



BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑLES

Continuación de la

COLECCIÓN RIVADENEIRA

publicada con autorización de la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

R. 801.857



**BIBLIOTECA**

DE



# **AUTORES ESPAÑOLES**

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

(CONTINUACION)

PRINCIPE DE LA PAZ

## **MEMORIAS**

II

EDICION Y ESTUDIO PRELIMINAR

DE

**D. CARLOS SECO SERRANO**



M A D R I D

1 9 5 6

## DERECHOS PRIVADOS

MANUEL GODOY

Príncipe de la Paz

# MEMORIAS

CRITICAS Y APOLOGETICAS

PARA LA HISTORIA DEL REINADO  
DEL SEÑOR

D. CARLOS IV DE BORBON

II

*Semper ego auditor tantum?  
Numquam ne reponam?*





# MEMORIAS DEL PRINCIPE DE LA PAZ

## PARTE SEGUNDA

(Continuación.)

### CAPITULO XVIII

*Año de 1804. Plagas de aquel tiempo. Intrigas de mis enemigos. Hambre ficticia. Disturbios promovidos en la Vizcaya. Elementos de rencores y discordias avivados en el palacio en contra mía. Cuarto del príncipe. Correspondencia secreta de la princesa Maria Antonia con su madre. Aspecto político de la Europa. Quejas injustas y afectadas de la Inglaterra con nuestro Gabinete. Satisfacción que le fué dada. Su ruptura intempestiva y alevosa con nosotros. Nuevo encendimiento de la guerra entre las dos naciones*

Entro a referir los acontecimientos ocurridos en un año en que comenzó un nuevo ciclo de trabajos e infortunios para todas las naciones, año después del cual no hallaré que contar sino aflicciones y dolores dondequiera que nuestra vista se vuelva, año en que dió principio y preparó sus cálices de hiel y sangre la funesta constelación, que se apesgó sobre la tierra nuevamente para castigo de los hombres; la que, después de mil estragos horribles y de haber transcurrido tan largo tiempo, reina y pesa todavía sobre tantos pueblos de ambos mundos. Año aquél también de fenómenos y prodigios, que parecían ser como el preludio de los tremendos males venideros. Si las creencias populares de este género de anuncios pueden hallar excusa en la tiniebla espesa que oculta el porvenir

a los tímidos mortales, más que nunca debieron encontrarla en el semblante de aquel lóbrego bisieto. Meteoros espantosos asombraban por todas partes a los pueblos, hachas de fuego, torbellinos de llama, lluvias de color de sangre, trastorno de estaciones, fríos y bochornos repentinos, fetos y engendros nunca vistos, inquietud de la tierra, agitación en sus entrañas, montañas desgajadas, poblaciones hundidas, lugares sumergidos, abismos nuevos entreabiertos..., y, lo que era más que esto y menos atendido por el vulgo, crímenes y maldades no esperadas ya más en nuestro siglo, desde la cruel matanza y exterminio de los blancos por el bárbaro Dessalines, hasta el frío y negro asesinato del duque de Enghien, con que manchó su gloria el hombre de la Francia, ungido luego éste y coronado; y porque no faltase nada a la nueva conflagración del continente, el famoso Guillermo Pitt vuelto al timón de la Inglaterra. ¿Qué podía esperar la triste muchedumbre de los pueblos que nació para aquel tiempo?

Carestías, epidemias, terremotos y después la guerra fueron en aquel año memorable nuestro repartimiento de trabajos; bien venidos si hubieran sido solamente de mano divina sin que los agravase la mano de los hombres. Mientras el piadoso Carlos IV decretaba consuelos y asistencia para sus pueblos afligidos, mis crueles enemigos, que lo eran también suyos los más de ellos, buscaban modo y traza de convertir

en su daño aquellas mismas plagas que su mano bienhechora trabajaba por aliviar en todas partes.

A la cabeza de ellos se encontraba Escoiquiz: los tiempos se tardaban para cumplir sus esperanzas. El reinado de Carlos IV era un martirio prolongado al ansia de influir y de mandar que devoraba aquel hombre, circunscrito a una iglesia donde vivía entre iguales. ¿De qué modo buscar el fin de aquel martirio? Pues que la muerte detenía su guadaña contra la inocente y quebrantada vida de aquel rey venerable, que le era tan molesta, ¿no habría un medio a lo menos para acortar los días de su reinado?

El inicuo había estudiado grandemente a aquel monarca, conocía bien su índole pacífica, su nobleza de alma, la sencillez de sus deseos, su desapego de los bienes, su indiferencia por el fausto, su amor de padre hacia sus pueblos, superior al de sí mismo; su aversión al derramamiento de sangre, su horror a los tumultos y a los disturbios populares, sus afecciones interiores de familia, su cariño entrañable para con sus hijos, su amor, en fin, sin límites, a su adorado primogénito, amor que él había visto tan de cerca, y le constaba a vista de sus propios ojos, aunque después, por sincerar sus deslealtades, haya querido desmentirlo; amor de tal manera, él lo sabía, que, una vez persuadido Carlos IV de que pudiese ser un bien para sus reinos traspasar la corona a su real heredero, lo habría hecho de su grado y sin costarle ni un suspiro. ¿Quién sirvió a Carlos IV, quién observó su vida y sus costumbres que pueda dudar de esto?

Por conocerlo así se alentó Escoiquiz a preparar muy de antemano, y a forzar y hacer venir por cualquier modo que esto fuese, aquel suceso tan posible. ¿Qué importaban los medios a este gran hijo de Escobar, que puso en obra tantas veces su doctrina! No opinó ser traición escamotear al padre el trono siendo para su hijo y debiendo reinar éste con mejor fortuna, como él se imaginaba, bajo su inspiración y su dictado. Loco con esta esperanza, ma-

quinando en la oscuridad, bien servido de enemigos míos reclutados entre la escoria del palacio y de la corte, y envuelto entre mil velos, se hizo el alma y el centro de una vasta conspiración, dirigida expresamente a promover en toda España el descontento y la aversión al reinado de Carlos IV. En cuanto a mí, no era yo para Escoiquiz solamente un objeto preponderante de sus odios capitales, sino, lo que era más, un grande obstáculo a sus traidoras miras, no pudiendo dudar que, para sorprender a Carlos IV y arrancarle el cetro por la violencia o por la astucia, era forzoso derrocarle a mí primeramente.

La facción tenebrosa hilaba y tejía largo en lo escondido; los emisarios de ella recorrían las provincias sin mostrar su origen ni sus planes. Era el encargo de éstos murmurar al oído con la mayor reserva, vilipendiar los hombres del Gobierno, imputarles los sufrimientos y trabajos que venían de antiguo y que hacían más sensibles y pesados las circunstancias de la Europa, representar a Carlos IV como un rey flaco e indolente, ensalzar los talentos y las grandes prendas y virtudes del príncipe de Asturias y proclamarme a mí como enemigo suyo declarado, como un tirano del palacio, como un visir del reino...; peor que esto todavía: ¡como un usurpador del poder real, que, empuñado por el favor, aspiraba a perpetuarlo entre mis manos por la fuerza, y tantear no menos que la corona de Castilla!

Para mover los pueblos, es un medio probado en todos tiempos esforzar las mentiras más allá de lo atroz y lo creíble, porque entonces se cree todo. Y, a la verdad, si entre la gente cuerda, y aun en el mismo vulgo, no era fácil hallar quien diera asenso a tan desconcertadas imposturas, quedaba siempre entre la muchedumbre alguna cosa de ellas, se lograban algunos tiros, se repetían las cargas y se hacía una llamada poderosa a los que hallaban su interés en contrariar la marcha del Golderno y trastornarlo o derribarlo. Tenía éste, y yo con él, en contra suya

y mía a todos los envidiosos, que eran muchos; todos los hombres nulos de entre la multitud de pretendientes y aspirantes a los favores de la corte; los que vivían de abusos y temían las reformas que se estaban preparando; cuantos se hallaban lastimados en la Iglesia y entre sus muchos dependientes, porque se hacía servir el sobrante y lo superfluo de sus rentas a las urgencias del Estado; los que temían disminución en su fortuna, o en su poder y su influencia, puesta que fuese mano en la mejora de las leyes; y, por añadidura y por refuerzo, todos los enemigos de las luces. Aún entre los amigos de éstas contaba yo, con harta pena mía, si no por enemigos a lo menos por descontentos, a los que, ansiosos de lo bueno, sin atender las circunstancias que después han visto y han tocado dolorosamente por sí mismos, creían que me retardaba.

A tantos elementos de oposición y de discordia se juntaban todavía los partidarios de Inglaterra, y, lo diré también, los que en sentido opuesto, deslumbrados por el poder y la grandeza de la Francia, habrían querido que la España se intimase más con ella y que tomase parte activa en sus empresas y sus glorias. ¿Se podrá creer que esta idea prevaleció en el clero por aquellos tiempos? Y, sin embargo, no era extraño: se creyó a Bonaparte emperador por derecho divino, y era mirado entonces como un restaurador de las prerrogativas y los derechos de la Iglesia. El piadoso Pontífice romano fué el primero para fiar en sus palabras y sus obras: lleno así de esperanzas eminentes por la fe católica, partió a ungir y consagrar aquel prodigio de la tierra (1).

(1) He aquí para muestra una pequeña parte de la alocución del señor Pío VII en el consistorio secreto del lunes 29 de octubre de 1804, antes de partir para la Francia. Después de un cuadro bien trazado de las ventajas obtenidas por el concordato y de la feliz vuelta de la Francia al gremio de la Iglesia, sigue el Papa de esta suerte:

"Y así como esta tan grande y admirable obra excitó entonces en nuestro ánimo los más íntimos afectos de gratitud al poderosísimo príncipe que, para perfeccionarla por me-

De entre tantas categorías que acabo de citar como opuestas más o menos al sistema del gobierno, no había nadie que conspirase; pero aquellos quejosos concurren, sin saberlo, a los designios de la facción secreta. Escoiquiz lo entendía perfectamente: bastaba enci-zañar por todas partes y acalorar el

dio del concordato, empleó toda su autoridad, así el recuerdo de esta misma obra estimuló vivamente nuestro ánimo para que siempre que se ofreciera una ocasión le manifestásemos los sinceros afectos de nuestra gratitud religiosa. Ahora, pues, el mismo poderosísimo príncipe, carísimo hijo nuestro en Cristo, Napoleón, emperador de los franceses, que por lo que hemos referido es tan esclarecidamente benemérito de la religión católica, nos ha significado que desea en gran manera recibir la sagrada unción y la corona imperial de nuestra mano, a fin de que esta solemne ceremonia, sellada con el carácter de la religión en el más eminente grado posible, atraiga sobre él con toda extensión las bendiciones del cielo. Semejante petición, expresada en estos términos, no sólo nos ha dado por sí misma un testimonio patente de religión y de reverencia filial a esta Santa Sede, sino que también ha venido acompañada de declaraciones positivas con que el emperador nos asegura su constante voluntad de mantener y ayudar, cada día más y más, la fe santísima, a cuya reparación en aquellas florecientes regiones tanto ha cooperado y se halla cooperando, haciéndonos entender que el objeto de nuestro viaje a la Francia no habrá de ser tan sólo para la ceremonia de poner la corona en su cabeza, sino mucho más para la utilidad de los grandes negocios de la Iglesia que deberán tratarse entre Nos y él mismo, con resultas felicísimas para los progresos de la religión y para el bien de los pueblos católicos, etc., etc."

A estos sinceros y candorosos sentimientos del padre de los fieles se juntaban al propio tiempo las altas alabanzas y los aplausos y homenajes del clero galicano al fundador del nuevo Imperio, de aquella misma clerecía que mostró tanta fuerza y entereza en los días de la República. De entre aquellos ministros y prelados, unos lo proclamaban el Moisés llamado nuevamente del Egipto; otros, el nuevo Matatías enviado por el Señor a la asamblea del pueblo; éstos, el nuevo Ciro; aquéllos, el Josías que abolió la impiedad; otros, el gran Nehemías de nuestro tiempo. El arzobispo de París decía en su pastoral a los fieles de su diócesis: "Jamás la religión ha resplandecido con más lustre que en esta memorable circunstancia: cuanto hay más elevado sobre la tierra concurrirá para su triunfo. Nuestro soberano, de acuerdo con el Sumo Pontífice, quiere postrarse ante el santuario y hacerle homenaje de su poder y de su gloria: en su piedad ha deseado y ha querido recibir la corona del rey de los reyes, y consagrar su autoridad humillándose a los pies del que reparte

descontento (2). De unos en otros, en un tiempo en que las circunstancias de la Europa hacían que ningún pueblo en toda ella se encontrase dichoso, ninguna cosa era más fácil que mover entre el pueblo la inquietud y el disgusto y envenenar la opinión pública: la malevolencia puede mucho cuando aquél padece, sea cual fuere la causa de que procedan sus trabajos. En verdad, no era poco precaver, disminuir o consolar los males que venían de afuera y los que el cielo a más nos enviaba tan copiosos; los pueblos desean más: quieren también los bienes aguardados con impaciencia. De los males de que

los imperios y por quien reinan los monarcas." El arzobispo de Turín decía estas frases: "Se acabaron las abstracciones de una vana filosofía, terminó su dominio, y comenzó el imperio del que Dios ha elegido según su corazón para el gobierno de los hombres." Y el célebre Fontanes, arengando a Pío VII, hablaba de esta suerte: "De hoy ya más acabaron de ser rivales el sacerdocio y el Imperio: ambos a dos están ya unidos para rechazar las doctrinas que habían amenazado la subversión entera de la Europa."

He aquí, pues, los que no vieron sino estos grandes lienzos de teatro, se imaginaron ya acabada la Revolución francesa. No era extraño que en el clero de todas las naciones luciese esta esperanza; pero la Convención, rugiendo y blasfemando sin ningún rebozo, fué menos peligrosa que el nuevo emperador ungiendo su cabeza y prometiendo paz y bienes a la Tierra.

(2) Uno de aquellos que sirvieron más largamente a la facción, sin saberlo ni pensarlo, fué el ministro Caballero, persiguiendo las luces, intimidando a Carlos IV, oponiéndose a las reformas y desconceptuando al Gobierno por las inconsecuencias y oscilaciones que causaba en su marcha la parte que él tenía en el mando. Su conducta producía un doble efecto. Los que odiaban las reformas, se apoyaban en su poder y adquirían mayor fuerza; los que las deseaban, no pudiendo concebir hasta qué punto contrariaba Caballero mi influencia, me acusaban de veleidoso y de inconstante en mis principios, y perdían la esperanza de lograr por mi mano las mejoras deseadas. Había de muy antiguo en nuestra corte una máxima heredada, de que el mismo Carlos IV no supo preservarse, que era mantener en el Gobierno cierta especie de oposición para impedir que el poder se acumulase en una sola mano y que por esta causa se hiciese peligroso. Aquel buen rey vió, harto tarde, en Aranjuez, los efectos de esta máxima; Caballero no creyó entonces que era faltar a Carlos IV el agregarse a mis contrarios para ayudar a despojarme en el tumulto de las armas.

son librados, y del impedimento de los bienes que desea, pocas veces tienen cuenta, ni aun lo saben. Si en las calamidades generales hay quien mueva las plebes, nada más peligroso en tales casos a quien tiene el poder como su permanencia en las alturas del Gobierno: todos los males que se sufren, hasta los más irremediables, hasta los males físicos, mueven en contra suya a la prevención y el descontento. Se desean las mudanzas de las personas que gobiernan, como desea el enfermo el cambio de sus médicos.

¡Cuántas veces no dije yo estas cosas y las expuse vivamente a Carlos IV para que me diera libertad de retirarme! De todas partes me escribían: "Se multiplican los malévolos, se trabaja en lo oculto para mover contra usted el odio de los pueblos; la calumnia se esparce sutilmente; fuerza es tomar medidas vigorosas." Yo no acepté jamás estos consejos. Retirarme no me era dado, el rey me lo impedía; bien puede creérseme. Organizar el espionaje y sostenerme persiguiendo no estaba en mis ideas: obrar rectamente y someterme a los destinos fué toda mi política. Muchos han censurado mi conducta de flaqueza. No, en verdad; no fué flaqueza esta conducta: pudo ser una falta, temeridad más bien de un sentimiento noble, del cual no me arrepiento. A quien viniese en pos de mí, no quise yo dejarle ya montado el bárbaro sistema de mandar y hacerse respetar con las cadenas y el azote. Esta deshonra y esta marca se ha quedado para mis feroces enemigos.

He aquí, pues, volviendo al hilo de la Historia, un grande ensayo que probaron éstos para alterar el reino: atacar el Gobierno, comprometerme con los pueblos si las armas eran empleadas para contener los alborotos, asombrar a Carlos IV y arrancarle la abdicación de su corona. Se hallaba el reino trabajado por la carestía de granos, triste efecto de la escasez de las cosechas de aquel año y los dos años anteriores. De la carestía a una hambre, no es larga la distancia, y mucho menos la del hambre a las sublevaciones

y tumultos. "Promovamos un hambre", fué el consejo y el acuerdo de la facción malvada. Este designio atroz anduvo cerca de cumplirse.

Más atrás hablé ya de las largas medidas que adoptó el Gobierno un año antes para hacer frente a la penuria que amenazaba al reino. A estas medidas generales se añadieron las del Consejo de Castilla, en cuya atribución se hallaba especialmente para tales casos al cuidado de la anona. Abiertos nuestros puertos y nuestras ensenadas y bahías por todas partes a los granos extranjeros, con entera exención de derechos a su entrada y en su paso para las provincias, a mayor abundamiento fueron decretados premios y favores especiales a los que concurriesen al surtido. Se obtuvo además un pase del Gobierno inglés para todas las banderas de quienquiera que fuesen los navíos que nos trajesen granos. Y, aún así, por no dejar ninguna cosa a la aventura, libres como se hallaron y quedaron toda suerte de individuos para hacer importaciones por su cuenta, formó el Consejo entre los comerciantes de Madrid una empresa nacional y patriótica que importase también granos en cantidad indefinida y formase depósitos a la redonda de todas las provincias, puesto el precio bajo la inspección del mismo Tribunal, por coste y costas de toda especie, sin otro beneficio que el derecho de una prudente y moderada comisión, a juicio del Consejo. A los Ayuntamientos de los pueblos en favor de los cuales se acometió esta empresa, se les facilitó el que hiciesen de ella sus acopios, y se les ensancharon los arbitrios y los medios de pagarlos (3). Calculadas las existencias del país por los presupuestos fidedignos que tenía el Consejo, las entradas en nuestros puertos y el nuevo suplemento que debía añadir la Compañía formada, el hambre era imposible, y el precio de los granos debía de bajar en breve tiempo.

Pero el arte y la astucia de los que

trabajaban en contrario con sus perversos fines, desconcertó todos los cálculos. Tal fué la ocultación de granos que se hizo en todas partes, aun en las mismas cillas decimales; tal el juego y el manejo de los monopolistas, atravesadores y logreros concertado en todo el reino; tal la mala fe, los engaños y las trazas con que los cargamentos extranjeros eran quitados de las manos, sin saberse más su paradero; tal el descrédito esparcido contra las provisiones y medidas del Consejo, contra la Compañía de negociantes, sobre la calidad del trigo que éstos habían traído, sobre supuestos robos de conductas en sus tránsitos a lo interior de las provincias, sobre llegada pronta de convoyes cuyos precios serían más bajos, y otras especies a este modo; tal, en fin, por causa de estas intrigas y estas voces, la desidia y la flojedad de un gran número de Ayuntamientos en hacer las provisiones de sus pueblos, que, llegando el aprieto en muchas partes casi de faltar ya el surtido cotidiano para el panadeo, subió el trigo en varios puntos al asombroso precio de cuatrocientos reales la fanega. La aflicción fué general; pero los pueblos sabían bien que aquel gran mal no era la culpa del Gobierno. Se quejaba tan solamente de la maldad de los logreros, ignorando, del mismo modo que el Gobierno, que un pensamiento oculto y manos escondidas favorecían la acción de los logreros, logreras ellas mismas.

En tan duras circunstancias, el conde de Montarco, gobernador entonces del Consejo, subió a informar al rey y a sus ministros de estas grandes maldades, atribuidas por entonces solamente a la avaricia. Pidió que se enviasen comisarios regios a todas las provincias, que reasumasen éstos las jurisdicciones de las localidades respectivas, visitasen los pueblos, residenciasen las justicias, removiesen de sus destinos a todos los individuos sospechosos o culpables, inquiriesen y pesquisasen contra los detentadores de los granos, descubriesen las existencias, comisasen cuanto fuese hallado en transgresiones de los decretos del Consejo, entendi-

(3) El pormenor de estas medidas se encuentra extensamente en la circular del Consejo de 28 de julio de 1804.

sen en el surtido de los pueblos con facultades absolutas y aterrassen a los logreros con castigos ejemplares.

El rey mandó llamarles: lento siempre para los rigores, quiso oírme. Mi opinión fué contraria a la adopción de aquellos medios, y mis razones fueron éstas:

—Toda medida extraordinaria de pesquisas y de aparatos judiciales podrá aumentar el mal aumentando las aprehensiones de un hambre que no existe, y, lo que es más, disminuyendo la gran masa de existencias que pueda estar oculta; porque los poseedores, ciertos de perderlas si éstas son halladas, de perder también su honor con ellas y de sufrir encima los castigos que les deban ser impuestos, las ocultarán con más empeño o llegarán tal vez a destruirlas si no encuentran otro medio de salvarse. Buscar denunciadores y ofrecerles premio es abrir un triste campo a la inmoralidad de las personas y poner en tentación las virtudes tan necesarias en el orden doméstico. ¿Quién podría denunciar sino parientes, deudos, amigos o criados de los detentadores? De extraños y enemigos, es bien cierto que se habrán guardado. Aun pasando por cima de esto, y dado que se logre descubrir alguna parte de los granos escondidos, la irritación que surgiría en la muchedumbre contra los detentadores podría causar violencias y atentados contra las personas, inconveniente grande, necesario en gran manera de impedirse para evitar que venga la anarquía tras los procedimientos judiciales, y que pensando dar ayuda a la justicia, las turbas populares desordenen su acción y comprometan su respeto. A esto podría añadirse otro nuevo embarazo en el Gobierno, cual lo sería en mi juicio haber de castigar a tantos delincuentes que podrán hallarse, y delincuentes, muchos de ellos, cuya difamación produciría tal vez más daño que la impunidad de su conducta: ninguno dudará que, llevándose a efecto las pesquisas, no se encuentren comprometidos individuos y cuerpos respetables aún en lo más sagrado. Una vez descubierto, si el mal no se casti-

ga, adiós la fuerza y el respeto del Gobierno para en adelante y para siempre. Yo concibo perfectamente que, en una extremidad, para salvar al pueblo de los horrores de una hambre se deberían cerrar los ojos sobre los inconvenientes que he indicado; pero tal extremidad no creo que haya llegado, mayormente si hay un medio, como creo que existe, para ocurrir al mal, hacerles vomitar a los detentadores de los granos hasta la postrer fanega de su acopio y dar castigo a su codicia sin emplear ni un solo esbirro. Tal asunto, en mi manera de pensar, debe ser tratado como una lucha de mercado, promoviendo la concurrencia de tal modo que sucumban. Las provisiones hechas hasta ahora en nuestros puertos habrían cubierto en todas partes los presupuestos del Consejo, y habrían bastado ciertamente sin la avaricia y los manejos de los monopolistas y sin la funesta inercia que han tenido los Concejos. En la dirección de este asunto no ha habido falta, sino sobra, de parte del Consejo, sobra de buena fe y de confianza en el celo de las justicias, cuyos miembros, o pudientes o sumisos a los pudientes de los pueblos, el bien procomunal lo sujetan al suyo. Proveamos de tal manera, bajo de tales basas y conciertos, y auxiliados de tales manos fieles y escrupulosas, que una nueva provisión no sea fallida, y que a la vista de ella, presintiendo su ruina los logreros, se entreguen o perezcan. De Francia puede ser traída en poco tiempo tanta cantidad de granos cuanta se necesite para desbaratar el monopolio: la introducción deberá hacerse no sólo en nuestros puertos, sino también en lo interior, bajo contratas especiales, y prodigando sobre esto los avisos y carteles, de modo que se calme, de una parte, la ansiedad de los pueblos, y, de la otra, desfallezcan el egoísmo y la codicia.

Todos, a excepción tan sólo del ministro Caballero, convinieron en mis ideas. Yo pedí un corto espacio para probar a realizarlas, y el rey me autorizó con plenitud de facultades.

Se hallaba entonces en la corte un

hombre largamente conocido por su especialidad en punto a provisiones: el famoso M. Ouvrard, de quien no es mi cuenta ahora ni defender ni censurar los actos de su vida, que han dado tanto pasto a la celebridad en pro y en contra suya. Yo hablé con él de aquel apuro en que se hallaba el reino, y a la primera insinuación que yo le hice se ofreció a servirnos "con igual lealtad y prontitud—me dijo—con que dos años antes, hallándose la Francia aún en mayor penuria, había acudido a la República". Convenidas las bases del contrato que yo ansiaba, le envié a la junta del Consejo de Castilla que entendía en la anona. Obligóse allí a surtir el reino según y como fuese necesario, a arbitrio de la misma junta, hasta la cantidad de dos millones de quintales en especies cereales, de trigo mayormente, buena calidad en todo, debiéndolas poner en nuestros puertos y darles dirección en lo interior a todos los mercados dondequiera que conviniere, facilitados los bagajes por cuenta de los pueblos bajo la inspección de comisarios que gozasen la confianza de la una y otra parte. Los precios fueron hechos a ochenta y ocho reales el quintal de trigo de selecta calidad, entregado en nuestros puertos, y en proporción debida las demás especies, salvo sólo añadir a aquel valor el derecho de extracción, que podría imponerse por la Francia. El nuevo emperador no fué nada generoso, y cargó en cuatro francos cada quintal de trigo. De esta suerte subió el precio, con poca diferencia, a ciento y cuatro reales. Pero en España se pagaba entonces, donde menos, a doscientos reales la fanega, y en algunas partes, como dije antes, se pagaba el duplo.

Dada publicidad a aquel contrato, interesadas con Ouvrard, como estaban siempre en su política, gentes y negociantes del país de su completa confianza, y no quedando duda a nadie del concierto hecho, ni esperanza de contrariarlo o defraudarle, aun antes que llegase ningún barco del surtido de Ouvrard, comenzó a verse trigo en los mercados como por encanto, y los

aprisionados granos salieron poco a poco de su encierro, temerosos y chorreados los primeros días; después, como una lluvia. Los precios descendieron sucesivamente hasta sesenta reales el del trigo, cuarenta el del centeno y el del maíz a treinta. De los atravesadores y logreros quedaron muchos arruinados: los demás detenedores sufrieron grandes pérdidas, obligados como se hallaron los más de ellos a vender por debajo de los precios ordinarios de otras veces. Todo esto se logró sin persecuciones ni procesos.

¿Cometí yo un error en impedirlos? Procesando a millares de individuos, ¿se hubiera descubierto que hubo designios especiales y un proyecto político para causar disturbios? Mas no se tuvo ni aún sospecha de esta alevosa infamia, ni se habría jamás sabido. Fomentado secretamente el monopolio por los medios ordinarios, los que procuraban producir un hambre y ocasionar los alborotos no decían a nadie su secreto. Años después, algunos imprudentes, cuando todo fué caído, se jactaron de esta hazaña. Yo no lo supe sino en Roma.

Aún hubo más en aquel año. Obra de aquel partido fué también el movimiento sedicioso que se mostró en Vizcaya. El tiro era directo en contra mía. El pretexto más general de aquella turbación facticia y sin raíces fueron las desventajas que pretendían sufrir los de Bilbao por aquella misma obra que tan aplaudida fué en un principio: el nuevo puerto de la Paz que se abrió a los vizcaínos en Avando, como la Junta general del señorío lo había solicitado y conseguido por influjo mío hacía dos años, empresa que tomé bajo mi amparo, y por lo cual, agradecida, la misma Junta general le dió aquel nombre. ¿Quién cambió las ideas? ¿Quién alteró los ánimos? No fué dado saberlo en aquel tiempo: ninguno dió cara. Los mismos bilbaínos estaban divididos unos en pro y otros en contra del Gobierno; un gran número de reos y de testigos preguntados, ni aun sabían dar razón de los motivos que causaron aquel alarde sedicioso, en que los más



entraron como máquinas, creyendo vagamente algunos de ellos que se trataba de sus fueros. Y así fué que, en pocos días, la presencia tan sólo de un corto número de tropas que fueron enviadas con un ministro del Consejo puso fin a los disturbios (4). Los hombres de Aranjuez se alabaron también más adelante de haber urdido aquella trama con solo el fin de derribarme.

A estos graves disgustos y cuidados de aquel tiempo que apenaban mi corazón de tantos modos, se juntaba la guerra de palacio. Allí, allí era el gran teatro en donde Escoiquiz y los suyos trabajaban sin ningún descanso: allí, la batería que tenían levantada, donde podían herir sin ser heridos; allí, el asilo que buscaron para lograr la impunidad de sus traiciones en cualquier evento. La enemistad del príncipe para conmigo no era ya un misterio para nadie. Trabajaba el maestro en contra mía, y trabajaba aún más la reina Carolina, desde Nápoles, por medio de su hija. El maestro ahondaba y remachaba en el espíritu del príncipe la idea fija que le había embutido de que yo aspiraba al trono. Mi consejo dado al rey de que enviase tres infantes para guardar la América fué pintado a Fernando como un indicio cierto de que yo intentaba dispersar la real familia para atacarle así más fácilmente, con designio tal vez (mi mano tiembla al escribirlo) de atentar no menos que a su vida.

De esta impresión terrible sobre el alma de aquel príncipe, ¿qué podía esperarse? Yo le disculpo ciertamente de haberme odiado tanto (5). La prin-

cesa, por otro lado, afectada de igual temor, y temor de una esposa tan prevenida y preparada en daño mío como ya venía de Nápoles contra mi influjo y mi política, atizaba más y más aquel

tra mí, escribió de esta suerte: "Desperté con su ambición desenfrenada en todos los españoles, y particularmente en el príncipe de Asturias, la justa sospecha de que aspiraba al trono; lo que obligó a S. A. privado como estaba de todo otro apoyo, a encargarme que me valiese de todos los medios posibles para prevenir tan grave atentado, etc." Traigo a cuenta este lugar con el solo objeto de hacer ver quién fué el que encendió aquella guerra, o llámase discordia, del Palacio. Ciertamente, no fui yo quien hizo concebir al príncipe de Asturias tan horrible desbarato en contra mía, ni en mis actos hubo nunca cosa alguna en que poder fundarlo. Yo no temo preguntar a los que existen de aquel tiempo, si hubo alguien, ni aun de mediano juicio, en quien naciese o se excitase tal sospecha. Me pudieron tener por ambicioso de poder y de honores extremados los que no vieron los adentros de las cosas, ni aquel empeño porfiado que tuvo Carlos IV de amarrarme a los negocios; pero que yo aspirase al trono era una idea de tal manera absurda, tan inaudita en los anales de la España, tan desnuda de fundamento e imposible de tal manera de mi parte, o de cualquier otro vasallo, entre españoles, que ninguno ha dado asenso a tan atroz calumnia ni aun después de propalada por Escoiquiz. Tampoco habrá quien crea que se engendró naturalmente tal idea en el alma del príncipe; ni en su carácter, ni en su edad tan joven, cabía tal suspicacia. Necesario fué, por tanto, que alguien se la inspirase, y que ésta inspiración procediese de un hombre como Escoiquiz, a quien estaba acostumbrado a escuchar como un oráculo. Y si Escoiquiz no la inspiró por sus propias palabras, no se podrá negar al menos que acaloró esta idea y le dió gran fomento, puesto que llamó *justa* tal sospecha, y que en fuerza de ella, puesto de perfecto acuerdo con su real discípulo, nos refiere que se encargó por todos los medios posibles de prevenir un atentado tan enorme. He aquí, pues, el grande origen y la piedra fundamental de lo que se ha llamado la discordia del Palacio. ¿Se necesitaba alguna cosa más para excitarla? ¡La sucesión de un trono puesta en duda a un heredero; junto a esto, la triste idea de que le ahorraban sus padres, y que amparaban a un vasallo capaz de tan gran crimen! ¿Quién habrá, después de esto, que repita que yo encendí la guerra entre los padres y entre el hijo! De mi parte estaba solamente retirarme, y el no hacerlo habría sido ciertamente una gran falta, si el retirarme hubiese estado en mi albedrío. Lejos de permitírmelo, me cargó Carlos IV de favores nuevos, recibidos por mí y ostentados a la fuerza, con previsión mía y ciencia cierta de mi ruina. Yo hablaré de esto muchas veces.

(4) Restablecido el orden y salvado que hubo sido el respeto del Gobierno, me opuse con vigor a que se realizase la contribución de guerra que el ministro Caballero mandó imponer sobre Bilbao para pagar las tropas. Bien sabido fué esto entonces, y aún vive el digno consejero don Francisco Durán, que entendió en aquel negocio, y a quien constaron mis oficios en favor de Bilbao; pero Caballero, en aquella ocasión, como tantas otras veces, prevaleció contra mis ruegos y deseos, ¡y era yo generalísimo!

(5) Cuando Escoiquiz, en su *Idea sencilla* (capítulo II), trató de sincerar su inexcusable traición de buscar un punto de apoyo para el hijo contra su propio padre en el emperador de los franceses, derramándose invectivas con-

fuero de discordia y empedernía los odios. Para mayor trabajo del Gobierno y de la España, tomando siempre parte en la política, y agnada continuamente por su madre para que la orientase en los secretos de la nuestra, pereciase por especies y noticias y las buscaba ansiosamente entre sus confidentes del palacio, damas y capellanes los más de ellos, y otros aún más oscuros e ignorantes, sirvientes o fauores de las oficinas del Despacho, afiliados los más de ellos a la facción de Escoiquiz. Bueno o malo, cuanto le decían (malo siempre para sus deseos de nuestra unión con la Inglaterra en contra de la Francia) todo lo escribía a su madre, y ésta lo hacía llegar al ministro inglés en Nápoles. Este manejo indisculpable influyó en gran manera sobre el rompimiento de Inglaterra con nosotros, de que se sigue hablar ahora.

Nadie ignora cuál fué el estado de la Europa en aquel año. Un silencio de observación, en que tenía también su parte el temor general de aventurarse en nuevas guerras, mantenía inmóvil el continente. La Inglaterra, sola todavía en su nueva lucha con la Francia, trabajaba casi en vano por moverlo. Estaba atento todo el mundo a la grande transformación del gobierno de la Francia, y no faltaba quien creyese, entre los potentados de la Europa, que, asegurados por la fundación del nuevo Imperio los principios monárquicos, y satisfecha la ambición de Bonaparte, llegado al colmo de su gloria, dejaría ya en reposo a las demás naciones sin caminar más lejos: salvo la Rusia y la Suecia, todas las demás potencias de la Europa parecían resignadas a lo que estaba ya cumplido. Y aún, mirada a buena luz la conducta del moscovita con el nuevo emperador de los franceses, más que hostil se mostró amiga. Oficio de amistad fué aconsejarle que, llevados a efecto los Tratados anteriores, diese a la Europa una gran prueba de templanza y de justicia, respetando la neutralidad de la Alemania, libertando al rey de Nápoles del peso de los Ejércitos franceses e indemnizando al de Cerde-

ña. Desatendida esta propuesta, retiró Alejandro su enviado. Napoleón retiró el suyo algo más tarde, pero sin declararse el rompimiento entre las dos potencias ni cuajarse todavía la nueva coalición por que tanto se afanaba la Inglaterra. La Suecia solamente, casi ya al fin del año, ajustó con ella una alianza. El nuevo emperador fué saludado por los demás monarcas, y aun el Austria y la Prusia, al menos por entonces, parecían estrechar sus relaciones con la Francia. ¿Qué faltó a Bonaparte para afirmar aquel Imperio que nació ya gigante, y hacer feliz al pueblo que le elevó tan alto, sino un sistema bien seguido; mejor diré, empezado y proseguido en adelante, de moderación y de cordura con las demás naciones, de respeto al derecho ajeno? ¿Por ventura no pudo ser de esta manera el árbitro del mundo mejor que con las armas?

Tal vez lo pensó así por un momento. Su invitación de paz a la Inglaterra, en 2 de enero del siguiente año, pudo ser sincera. Pocos días antes, abriendo la sesión de la Cámara Legislativa, dejó escapar estas palabras:

“No es mi ánimo extender más el territorio de la Francia, sino mantener su integridad como se encuentra... Tampoco tengo la intención de hacer mayor mi influjo en los negocios de la Europa... De hoy ya más, ningún Estado nuevo se incorporará al Imperio; pero no consentiré que sean deshechos nuestros vínculos con los Estados que he creado...”

Y en su carta al monarca inglés se encontraban estotras frases: “No creo yo comprometer mi honor dando los primeros pasos para hacer cesar la guerra. Probado tengo al mundo que nunca la he temido; pero la paz es el voto de mi corazón mucho más que la gloria. No hay circunstancia ni momento más favorable para imponer silencio a las pasiones... Perdido este momento, ¿cuál será el plazo de una guerra a que mis propios ruegos no habrían bastado a poner término? El mundo es bien grande para que no puedan prosperar las dos naciones sin dañarse... La ra-

zón tendrá sobrado poder para conciliar toda suerte de diferencias, siempre que de entrambas partes se quisiera terminarlas."

Cualquiera otro ministro que no hubiese sido Mr. Pitt hubiera puesto a prueba en aquel caso la buena o mala fe del emperador de los franceses oyendo sus protestas. La Inglaterra, y el continente todo de la Europa, hubiera visto entonces lo que había de real o mentiroso en sus palabras; lo que era aún más, la Francia misma lo podría haber juzgado y saber bien a qué atenerse sobre sus promesas. Pero al amor de su país, tan exclusivo, juntaba mister Pitt aquel odio capital e inexorable en contra de la Francia, que le comía su espíritu y era en él una herencia y un sistema. ¡Triste Europa entre dos hombres a las garras, cual un Pitt y un Bonaparte, cuya lid debía arrastrar del uno o el otro lado todas las demás naciones!

Cuando Pitt volvió a su antiguo puesto, vi el fin de nuestra paz, a tan duras penas mantenida cuando volvieron a enredarse la Francia y la Inglaterra. Durante el tiempo de Mr. Adington, nuestra neutralidad fué respetada por el Gobierno inglés con verdadera lealtad. Napoleón la respetó del mismo modo. Ambas a dos potencias mostraban interés en conservarla. Llegado Mr. Pitt, su política fué la misma y aún más dura que en la guerra con la República. Tendió la vista sobre los pueblos de la Europa, calculó bien los elementos de disgusto y de inquietud que estaban encerrados en los ánimos, estudió cada cual de los lugares donde podrían soltarse con mayor facilidad y con más fuerza, y, maduras o no las circunstancias, se resolvió a forzarlas y a sacrificarlo todo a sus ideas y empeños. España, sobre todo, fué el lugar donde ansió con más codicia levantar el campo de la guerra y asentar los reales de los Ejércitos británicos. No olvidado de los quehrantos y derrotas padecidos, otras veces en las llanuras de la Flandes, quería mejor un país servido a la ronda por dos mares, y cuyas posiciones y defensas naturales,

facilitando el triunfo, ofreciesen al mismo tiempo refugios ciertos y seguros contra los desastres. Libertar a su patria de los riesgos de la invasión, de que se hallaba amenazada, y endosárnoslos a nosotros, pelear en casa ajena y hacer la suya incólume, tales eran en puridad sus pretensiones con la España. En cambio de esto nos brindaba con un pedazo de la Francia en el gran día que él meditaba del banquete.

De igual modo trabajaba Mr. Pitt en Alemania, en Rusia, en la Suecia, en Dinamarca, en Nápoles, en la Turquía y aún en los mismos pueblos de la Italia, en la Suiza y en la Holanda, que se hallaban más o menos bajo el yugo de la Francia: en éstos, con mayor recato. En verdad que habría sido una gran obra y una redención feliz de los trabajos de que el tiempo estaba encinta si la Europa toda, de un acuerdo y un mismo pensamiento generoso, se hubiera coligado para poner a raya la ambición de Bonaparte o derrocarlo, y que en tiempo oportuno, en un principio, hubiese practicado lo que al cabo de diez años de escarmientos y desastres horrorosos realizó con tantas penas y combates; pero tal acuerdo no era dable sino en vista y evidencia del común peligro, cuando todos los intereses de la Europa se hallasen comprometidos igualmente y el desengaño fuese igual de que amigos y enemigos no tenían que esperar nada y sí temerlo todo del hombre de la Francia. Mientras tanto, debía guardarse cada uno de dar un golpe en falso, y era sabiduría y necesidad sortear aquella fiera y aguardar mejor tiempo; tiempo que debía llegar forzosamente si el nuevo emperador de los franceses venía a caer en la demencia de hacer vasallos suyos a los demás reyes de la Europa. Tal fué el tema de mi política, no una política de miedo o servidumbre, como tantos han dicho, sino de prudencia y reserva. Pelear sin que el honor y la defensa de la patria lo exigiese instantemente, en circunstancias tan inciertas y difíciles; pelear a la aventura, y esto por interés de la Inglaterra solamente, tan poco amiga nuestra en aquel

tiempo, con tantos desengaños propios nuestros y ajenos, con los recuerdos vivos todavía de su alianza con nosotros en la guerra con la República, no cabía en mi cabeza ni en la de nadie, ni la España quería tal guerra en aquel tiempo.

No una vez, sino muchas, probó a inducirme a ella el enviado extraordinario que era entonces de Inglaterra, Mr. Hookham Frere. Contaré aquí tan sólo alguna parte de mi postrera conferencia con aquel ministro, si no me engaña mi memoria, por el mes de agosto, en el Real sitio de San Ildefonso. Después de explicaciones generales de su parte y de la mía sobre el estado de la Europa, preguntéle yo, entre muchas cosas, si, puesto el caso, para mí increíble, de que Carlos IV, sin motivos especiales, consintiese a quebrar su paz con el emperador de los franceses, podría contar la España con las tropas auxiliares que ofrecía la Inglaterra para servir enteramente bajo nuestro mando como una parte del Ejército, y obligadas a perecer o a triunfar con nosotros.

A esta pregunta, no esperada, respondió Mr. Frere:

—La Inglaterra no milita nunca bajo mando ajeno, ni compromete a sus soldados más allá de lo que es justo y razonable; pero el número de tropas que enviaría a la Península, su disciplina y los excelentes jefes que les serían dados, responderían del buen suceso de esta gran empresa.

—Mas su número—repuse yo—, su disciplina y sus jefes tan beneméritos sucumbieron ya otras veces, y ni la Italia, ni Alemania, ni la Holanda evitaron con su asistencia los triunfos de la Francia.

—Los esfuerzos de la Inglaterra y de los aliados que se está adquiriendo—contestó Mr. Frere—serán mucho mayores en la ocasión presente.

—Pero los medios de la Francia—repliqué—son también mucho más grandes en el día que en los de la República, y, además, está unida cual no lo estaba entonces.

—¿Quién entró en ninguna guerra

—repuso Mr. Frere—a ciencia cierta de triunfar en ella? Pero de cualquier modo que vengan los sucesos, esté usted cierto de una cosa: de que el Gobierno inglés no dejará las armas sin haber vencido.

—Y la Inglaterra, ¿estará cierta—pregunté yo entonces—de que podrán pensar y obrar del mismo modo sus demás aliados?

—Si tuvieran quebrantos—dijo mister Frere—por necesidad, por desquite, por reparar sus pérdidas, se unirán con más fuerza a la Inglaterra y hallarán auxilios nuevos. Nuestros medios y recursos son inmensos.

—Mas ¿qué hará la Inglaterra—añadí yo—si entre sus aliados sucumbiese alguno enteramente?

—Le diría que sufriese—respondió mister Frere—y aguardase mejor tiempo. Muchos están sufriendo todavía por los reveses de las primeras coaliciones: para reparar tantos males y restablecer el equilibrio de la Europa, es la tercera que buscamos; la Inglaterra no olvida ni desampara a sus amigos. En cuanto a España, bien asistida por nosotros, yo tendría por imposible que sucumbiera; mas si (imposible, cual no lo creo) sucediese tal desgracia, si llegara una extremidad, que a todo mal venir las cosas, no sería sino instantánea, ¿le faltarían a usted recursos para soportarla y un corazón magnánimo? Cercano de la Francia, ¿se encuentra usted desprevenido? En tal terrible vecindad son muy pocos los que hoy mandan o gobiernan que no pongan al seguro sus caudales en el sagrado de mi patria. Si usted no tiene fondos para resistir allí cualquier contratiempo que viniese, la Inglaterra podría hacérselos.

—Señor Frere—le contesté haciendo un grande esfuerzo para reprimirme—; mi fortuna, en bien o en mal, la tengo unida con la fortuna de mi patria. Yo estaría cierto de agravarla si pudiera poner aparte y dividir mis intereses de los de ella. Yo no tengo ningunos fondos ni en el Banco de Inglaterra ni en otra parte alguna, ni reconozco más sagrado que la España... En cuanto a lo demás, yo no quisiera haberlo oído...; todas las

grandes Indias que posee la Inglaterra no serían bastantes para comprar a un español, cualquiera que éste fuese, a quien el rey habría fiado la defensa de su Corona y la existencia de sus pueblos.

—Pero yo he puesto un imposible, un caso que no es dable y un extremo que no es esperado—replicó Mr. Frere con la color salida al rostro.

—No: ni por imposible debió usted haber pensado que tendría yo oídos para tal oferta...; pero usted no ha dicho nada...; vea usted lo que digo yo... La voluntad del rey, firmemente pronunciada, no es otra que la paz, mientras motivos poderosos, su bien y el de sus pueblos no le obliguen a romperla. Esta voluntad es igual, tanto con la Inglaterra como con la Francia. La España será amiga de la Gran Bretaña mientras ésta quiera serlo suya. La palabra real de Carlos IV es inviolable: su reinado no ha ofrecido, en tantos años que gobierna, ni aun siquiera una apariencia que pueda hacer dudar sobre la religión de sus promesas y sus pactos. Nuestra neutralidad estriba en un Tratado. Si el emperador de los franceses se atreviera a comprometerla, Carlos IV acudiría a las armas y sabría sostener su dignidad o perecer en la demanda. Si al contrario, por parte de la Inglaterra se quisiese obligarle a quebrantar su fe pactada, mucho podría sentirlo, mas se hablaría en el caso de tener que unirse con la Francia.

Desde aquel día, se fué cargando más y más nuestra atmósfera política. Pitt, resolvió la guerra, y para encauzar este propósito, se comenzó a alegar y a pretender por parte de la Inglaterra que la neutralidad de España no era igual entre las dos potencias, puesto que la Francia recibía un subsidio nuestro (6); que a esta desigualdad se añá-

dian las que ofrecía de suyo la diversa situación geográfica de la Inglaterra y de la Francia, por la continuidad y cercanía de los puertos de ésta con los nuestros, y que tales desigualdades se debían compensar, o por equivalentes en favores y concesiones especiales a la Gran Bretaña, o por severas restricciones a la Francia en cuanto a sus arribadas y cruceros en los puertos y en las costas de ambos mares. Todas las pretensiones que movía la Inglaterra acerca de estos puntos eran exorbitantes y estudiadas adrede para hacerlas inadmisibles.

Tras de esto se siguieron luego quejas; sobre las quejas, cargos graves, hasta acusarnos de perfidia. Cuando Pitt volvió al Gobierno, previstos los peligros que podría traernos su durísima política, se creyó necesario reforzar nuestros cruceros en América, y se dió principio en El Ferrol a un armamento de cinco o seis navíos de línea. El ministro inglés pidió razón de aquella novedad, y refiriéndose a noticias que decían serle auténticas, nos arguyó que el armamento comenzado se estaba disponiendo por Convenio con la Francia para asistirle en un ataque proyectado

— sidio pecuniario era del todo incompatible con nuestra calidad de neutrales. A los que piensen de este modo les responderé con un lugar de monsieur Wattel, publicista moderno venturosamente conocido: "La imparcialidad de un pueblo neutro—dice este escritor—se refiere únicamente a la guerra, y consiste en dos cosas: 1.<sup>a</sup> No dar socorros a ninguna de las partes beligerantes, cuando de antemano no existe obligación de darlos; no darles libremente ni tropas, ni armas, ni municiones, ni cosa alguna de las que sirven directamente para hacer la guerra. 2.<sup>a</sup> No recusar a ninguna de aquellas partes, por motivo de la guerra que se hacen, lo que a una de ellas se conceda, libre empero el pueblo neutro para aquellas preferencias que su interés particular exija, no para ayudar la una en daño de la otra. Llévo dicho y repito que un Estado neutro no debe dar auxilios a ninguna de las partes contendientes, *salvo si de antemano hubiere obligación de darlos*. Esta excepción es necesaria. *Dar un socorro moderado, cuando el hacerlo así provenga de una antigua alianza defensiva, no es hacer la guerra ni asociarse a ella. Puede cumplirse lo pactado, sin faltarle por esta causa a los deberes de neutrales. Los ejemplos de esto son frecuentes en Europa.*" (*Le droit des gens*, lib. III, cap. VII, § 104 y 105.)

(6) Cerca de año y medio hacía ya que la Inglaterra había roto con la Francia y que tenía aceptada nuestra neutralidad sin embargo de este subsidio, concertado precisamente por no mezclarnos en la lucha de la Francia, como se mezcló la Holanda, nada señora de sí misma. Así a ésta como a España fué la Inglaterra misma quien les propuso ser neutrales, sin embargo de las alianzas de una y otra con la Francia. Algunos han escrito que aquel sub-

sobre Irlanda. Añadía al mismo tiempo saber de ciencia cierta que los subsidios de la Francia eran indefinidos y que excedían con mucho la tasa señalada en nuestros pactos con aquel Gobierno.

¿Cuáles eran estos informes en que fundaba la Inglaterra tales quejas? No tardaron en ser sabidos: los que salían del cuarto de la princesa María Antonia para Nápoles. El odio de la Francia, llamado de su madre, cegaba su sentido; creía todas las cosas y escribía, sin detenerse, cuanto llegaba a sus oídos de la boca de ignorantes o malévolos (7). Tan lejos de ser cierto que se

(7) La verdad y el rigor de la Historia me imponen, barto mal de mi grado, la penosa necesidad de revelar esta flaqueza de la princesa María Antonia, digna, por otras cualidades que la adornaban, de mucho aprecio y alabanza. Si se tratase de mí solo, callaría estas cosas; y si las cuento no es por mí, sino en defensa de aquellos buenos reyes, a quien sus enemigos, otro tanto como míos, han acusado tan injustamente de haber odiado al príncipe de Asturias y a la angusta esposa que le habían elegido, como a mí de haber movido los disgustos del Palacio. Por otras manos que las mías llegaron a los reyes los avisos de la correspondencia peligrosa que traía la princesa con su madre: los primeros fueron desde el mismo Nápoles. Ni pasó después mucho tiempo cuando Napoleón, que interceptaba los correos por todas partes con agentes pagados, envió directamente a Carlos IV una carta original de la princesa, dirigida a la reina Carlota, donde sus angustios suegros eran tratados malamente, llena de noticias falsas, y de injurias y denuestos contra los franceses, toda en favor de la Inglaterra, y protestando en ella que cuanto alcanzara su influencia, otro tanto haría por conseguir el rompimiento con la Francia. Yo aconsejé a Sus Majestades que tratasen aquel negocio sin exasperar a la princesa, y que Su Majestad la reina, por sí sola, se encargase de advertirla y de mostrarle los peligros en que ponía a la España, afirmándole para calmarla y aminorarle al mismo tiempo aquel disgusto, que el rey no sabía nada y se le ocultaría aquel paso del emperador de los franceses. Hizolo así la reina con sabiduría, con la mayor templanza, como la reina María Luisa sabía hacer aun en los casos más difíciles; pero todas las precauciones fueron vanas. Las respuestas a la angusta suegra fueron agrias y pasaron todos los lindes del respeto; el mismo príncipe Fernando se irritó aquel día indignado de la conducta de su esposa. Todo esto se callaba y era fuerza callarlo y ocultarlo a todo el mundo, para que después viniesen mis contrarios a cargar-me las discordias de la casa regia.

enviasen a la Francia auxilios pecuniarios en cantidad indefinida, era un hecho notorio que en noviembre, un mes después del alevoso rompimiento que cometió el Gobierno inglés contra nosotros, ni un solo maravedí se había pagado del subsidio convenido. M. Ouvrard hallábase entonces en Madrid, de parte de la Francia, estrechando por los caídos de año y medio, y luchando con el Gobierno, que no encontraba medios de hacerlos efectivos. Y a mí se me culpaba en Francia de este atraso, y venían quejas contra mí, figurándose Bonaparte que, por haberme opuesto a aquel concierto, era yo quien impedía que se cumpliera. El odio de la Francia y la Inglaterra se juntaban a un mismo tiempo en contra mía con el odio de los príncipes y de mis enemigos interiores. ¡Dolorosa verdad, que en política no hay peor cosa para ganarse la aversión de todos los partidos que vivir sin mentira y obrar reclamente!

Muy más que fué debido por no perder el beneficio de la paz entre tantas grandes plagas que nos venían del cielo en aquel año y, además, por salvarnos de la dura necesidad de juntar nuestras armas con las de Bonaparte y reforzar su orgullo si se rompía con la Inglaterra, se procuró satisfacerla. El ministro Ceballos siguió hasta el fin con dignidad y con talento las conferencias que se abrieron. Cuanto fué dable hacer y conceder para apartar la nota de perfidia que el ministro Pitt quería imponernos para cubrir la suya, y para dar a la Inglaterra nuevas prendas de nuestra fe sincera, otro tanto se hizo y se concedió noblemente. Se dió de mano al armamento; se hizo ver a Mr. Frere hasta las cartas mismas del ministro del Tesoro de la Francia acerca del subsidio aún no pagado; se concedió la prohibición a franceses y holandeses de vender sus presas en nuestro territorio, si bien impuesta a los ingleses la recíproca en cuanto a las suyas; y se ofreció también bajar nuestras tarifas de Aduana al comercio de Inglaterra, y ponerla al igual de las naciones más favorecidas en todos nuestros puertos y dominios.

Tiempo y afán perdido; al Ministerio inglés le convenía la guerra. Dios permitió que lo mostrase al menos, y que su mala fe y su alevosía fuese patente a todo el mundo. Mientras que aparentaba negociar seriamente con nosotros, daba y hacía volar sus órdenes secretas para acometer nuestras naos sobre todos los mares, y la de echar a pique (que ni en Argel se hubiera dado) todos los barcos españoles de inferior cabida desde cien toneladas para abajo. No pocos capitanes que se proveían en nuestros puertos, y a quienes se prodigaba como nunca la hospitalidad más esperada, tenían ya en sus carteras estas órdenes inicuas, y al tiempo señalado por aquel Gobierno, mientras aún pendían los ajustes comenzados, salieron a cumplirlas. Y aun esto es poco todavía: ninguno ignora la tragedia de las cuatro fragatas españolas asaltadas, en plena paz, por otras cuatro inglesas, cerca ya de entrar en Cádiz (8).

Para mayor desgracia eran iguales fuerzas de ambas partes; esto debía empeñar las nuestras. Los valientes que las mandaban, aunque desapercibidos, pues venían navegando bajo la fe de las naciones, aparejaron la defensa. Una de las fragatas, la *Mercedes*, en lo más recio del combate, al disparar una andanada, se ardió y voló en los aires con trescientos hombres... Las otras tres, muy maltratadas, tuvieron que rendirse. Mr. Pitt vendió aquel día su honor por un millón de libras esterlinas, de que venían cargadas las fragatas. No haré yo cargo de esto a la nación inglesa: la imprenta libre de Inglaterra dijo aún más aquellos días, contra tamaña felonía, que nuestros propios manifestos (9).

Toca preguntar ahora, qué más pudo hacer España que no se hubiese hecho, por mantener su paz, y libertarse de conexiones nuevas más estrechas con la Francia. Hablo aquí no por mí sólo; defendiendo al rey y a su gobierno contra las injurias tan injustas, como ruines y

vulgares, de tantos como han dicho que nuestro Gabinete sacrificó al de Francia su libertad y su existencia juntando sus querellas con las de ésta. ¿Fué que España buscó esta guerra? ¿Fué que España podía hacer cara a la Inglaterra por sí sola, y pelcar sin aliados sobre todos los mares? ¿Tenía por acaso más arrimo que la Francia? ¿Convenía hacerse de ésta otro enemigo? La inflexible necesidad que tan a pesar nuestro nos produjeron los sucesos, ¿pudo ser evitada de algún modo que estuviese en mano nuestra?

No; aquel mal vino del cielo, como la carestía, como la fiebre, como los terremotos que afligían el reino. ¿Habría valido más declarar la guerra a Bonaparte sin otro apoyo que la Inglaterra, tan probada de antemano en su conducta para sostener sus aliados? Y a la sazón, al tiempo en que nos declaró la guerra, ¿tenía ella alguna sobre el continente fuera de la Suecia?

Aquellos que censuran, o se olvidan o fingen olvidarse de las fechas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué en octubre de aquel año de 1804. La Rusia estaba pronta en aquel tiempo todavía, y aún después algunos meses, para tratar bajo proposiciones que eran admisibles. Su alianza con la Inglaterra en contra de la Francia, no fué hecha sino en 8 de abril de 1805. La del Austria se retardó más, hasta el 9 de agosto, en que accedió al Tratado de la Rusia. La tercera coalición no fué ejecutada sino un año después de la imprudente guerra que el Ministerio inglés precipitó contra nosotros. ¿Qué podía hacerse entonces? El Papa coronaba a Bonaparte, y casi todo el continente, sin excepción del Austria, solemnizaba aquel gran acto peregrino con sus embajadores y ministros. ¿Debió España en aquel tiempo, por complacer tan sólo a la Inglaterra, atacar el nuevo Imperio rebotando de fuerza y de entusiasmo? ¿Debió exponer sus reinos Carlos y por una lucha intempestiva, desigual, sin motivos suyos especiales, a una ruina casi cierta? Tamaña empresa, sobre loca y temeraria, habría también tenido alguna cosa de ridícula. Nadie

(8) En el cabo de Santa María, día 5 de octubre de 1804.

(9) Véanse éstos al fin, entre los documentos que se incluyen, números 1.º y 2.º

movía las armas en todo el continente; y si el emperador de los franceses, llegado a aquella cima a donde le subieron los destinos, hubiera sido moderado y tan político en el trono, como en el campo de la batalla fué feliz y formidable, aún estaría tal vez reinando.

## CAPITULO XIX

*De la Hacienda en 1804. Pérdidas y gastos extraordinarios que las calamidades generales ocasionaron al erario. Obras públicas y empresas filantrópicas con que se acudió al socorro de las clases indigentes. Construcción y establecimiento general en todo el reino de camposantos: abolición definitiva de sepultar en las iglesias. Aumentos y progresos de los grandes estudios positivos. Inspección general de caminos, puentes y calzadas: escuela de este ramo. Libros y producciones nuevas en ciencia, letras y artes*

Fácil es de concebir cuáles fueron los apuros y las angustias del Gobierno en medio de tantas plagas como nos invadieron en aquel año. La fiebre amarilla desolaba nuestros litorales desde Ayamonte hasta Algeciras, y de allí hasta Alicante, deslizándose tierra adentro y contenida apenas en un radio de quince a veinte leguas de las costas. En lo interior, de extremo a extremo de las dos Castillas, se encrudecían de nuevo las tercianas perniciosas; y en todas las provincias, aquí más, allí menos, se añadían los terremotos, amenazando en unas partes y asolando en otras con furor no visto. Pueblos y distritos enteros de la provincia de Granada fueron arruinados sin quedar en pie ni un solo techo, derramados sus habitantes en los campos, sus provisiones y existencias perecidas y enterradas bajo los escombros. A tantas aflicciones se juntaban la carestía y la aprehensión del hambre que excitaban los enemigos del Gobierno, junta luego con un respaldo de tamaños males la inacción del comercio, suspenso y nulo enteramente en tantos puntos donde reinaba la epide-

mia, rechazado o sujeto a rigurosas cuarentenas en los mercados extranjeros, excluidos por todas partes muchos de sus artículos por miedo del contagio, y reducido casi a nada en lo interior del reino por iguales miedos y terrores en los pueblos sanos.

De este modo, por punto general, bajo el peso y la influencia de estos trabajos apiñados, las entradas todas del erario sufrían disminuciones espantosas. De multitud de puntos llegaron a faltar enteramente, y no era sólo que faltasen, sino la necesidad también de socorrerlos y de hacerlo largamente. Hubo más en lo recio de aquel año, y fué la voz maligna que con achaque religioso hacían sonar a les oídos los enemigos del Gobierno, de que todos aquellos males eran obra de la cólera divina por la invasión que se había hecho sobre los bienes de las obras pías y fundaciones eclesiásticas. En la fuerza de aquellas plagas, semejante voz era temible en gran manera; la muchedumbre cree poder librarse de ellas, y hacer a Dios un gran servicio, castigando con sus propias manos a los que piensan que han movido su indignación y su justicia: la Historia ofrece casos de estos a millares. Nadie quería comprar en aquellos tristes días los bienes de memorias: los unos, por temores de conciencia; los otros por temor de los puñales.

Fuerza fué de economía y ahorros por parte del Gobierno, fuerza de buscar auxilios dondequiera que podía hallarlos, fuerza de lealtad y de desvelo por los pueblos el poder acudir, como acudió por todas partes, a tantas penas y cuitas. Nada le quedó que hacer contra los mismos imposibles, ningún deber fué descuidado. En el capítulo anterior dejé narrado de qué modo, y por qué medios, se hizo suceder la abundancia casi de repente a la penuria horrible en que pusieron malas almas todo el reino. Grandes fueron los sacrificios pecuniarios que arrojó el Gobierno, grandes las pérdidas que tuvo; pero enjugó las lágrimas de millares de individuos y familias, mató el hambre, y con el pan abarató las demás cosas del sustento humano, que habían seguido en



altas proporciones el precio de los granos. Aun en los días más rigurosos, mientras duró y se agravó la carestía por los manejos enemigos, no carecieron de socorros ni de arbitrios las clases indigentes. Cerca de un año antes, en todas las provincias y distritos, se habían establecido juntas especiales que cuidasen de dos objetos, a saber, el alimento cotidiano a los menesterosos que no pudieran ganarlo, y ocupación constante y bien retribuida a los obreros que careciesen de trabajo. A este fin, además de las limosnas de la caridad cristiana que debían recoger aquellas Juntas, les señaló el Consejo medios y arbitrios realizables; y en donde escasearon estos medios, suplió el Gobierno lo restante. Con igual objeto se ofrecieron, no sin fruto, gracias, honores y privilegios especiales a los individuos y asociaciones de individuos que emprendiesen por su cuenta, y en provecho suyo propio, rompimientos y descuajos de terrenos incultos, surtimiento de aguas a los pueblos, riegos nuevos, laboreos de minas y, sin excepción, cualquiera obra que ocupase muchos brazos (10). De su par-

(10) A estas invitaciones correspondieron gran número de personas pudientes e industriales. Una multitud de terrenos eriales, donde de memoria humana no entró nunca la azada, fueron convertidos en dominios útiles; muchas aldeas, fundadas; muchos caminos y carriles interiores, procurados al tráfico. Posadas cómodas, donde nunca las había habido; albergues y hospedajes, algunos suntuosos, en las fuentes medicinales; diques y defensas de toda especie contra las inundaciones de los ríos y los torrentes, y otras mil obras semejantes de universal provecho, compensaron en mucha parte las aflicciones de aquel año. Otros dedicaron su industria a granjerías de minas y ofrecieron un grande abasto de trabajo en diversas localidades. De este género, entre otras varias, fué la empresa del director de minas don Juan Martín Hoppensack, a quien se dió privilegio para beneficiar las de plata de Guadalcanal, Cazalla y sus diversos agregados, formado bajo de él un cuerpo numeroso de accionistas, nacionales y extranjeros. Se formaron también de por tiempo grandes y pequeños hospicios de trabajo, para niños y mujeres principalmente, algunos de los cuales consiguió el Gobierno sostenerlos y radicarlos, aun pasadas las plagas, en los años posteriores. Los obispos, los individuos de las altas clases, las Sociedades Económicas y las Juntas especiales de beneficencia concurrieron con emulación gloriosa a estas medidas saludables, que ayudaron a salvar las clases pobres.

te, y a sus expensas, promovió muchas otras el Gobierno, haciendo proseguir las carreteras ya empezadas y reparando las antiguas; trabajo largo y sostenido en que llegaron a emplearse, sólo de pueblos de Castilla, más allá de seis mil brazos (11). De caminos interiores mejorados o emprendidos nuevamente, parte a expensas de los fondos comunales de los pueblos, parte con auxilios directos del Gobierno, no hubo cuenta.

(11) Se trabajó en aquel invierno la carretera desde Burgos a Torquemada, doce leguas de distancia; y desde Torquemada a Cabezón, otras ocho. Entrada ya la primavera, fué seguida desde Burgos a Somosierra. A los trabajadores, además de sus jornales, se les daba la comida; se estableció también un hospital provisional en medio de los campos, donde hallaban toda suerte de asistencia si caían malos. Para precaver mejor las enfermedades, se les daba pan puro y saludable, con más una ración de carne. Desde Dueñas a Villamuriel, punto de la abertura del canal de Campos, y en la parte del camino hacia Herrera, yendo para Palencia, se emplearon más de tres mil hombres, sin contar las mujeres y muchachos a quien también se daba ocupación. Por un movimiento especial del corazón del rey, se emprendió eficazmente durante aquel invierno, y se acabó por junio, el camino real desde Madrid hasta las aguas medicinales de Trillo. Faltaban siete leguas de camino por abrirse desde Torija a Trillo: desde Madrid a Torija estaba casi destruido. El buen éxito de aquella obra, importante en sumo grado a un gran número de enfermos que hallan la vida y la salud en las aguas de aquel punto, se debió en mucha parte a la actividad y al celo del primer ministro don Pedro Ceballos.

Aun a las artes mismas y a la geografía y la historia alcanzó también el beneficio de las obras emprendidas para sustento de los pobres. Las ruinas del paraje nombrado *Cabeza del Griego*, en la Mancha, término de Saelices, descubiertas a mediados del siglo anterior, olvidadas después, y vueltas a excavar a principios del reinado de Carlos IV con no pequeño fruto en los descubrimientos que se hicieron, sirvieron nuevamente al principal objeto de ocupar muchos brazos, añadida la esperanza de encontrar aún más datos que fijasen el conocimiento de aquellos restos venerables. Llevadas adelante las excavaciones, se hallaron con efecto nuevos monumentos, medallas, inscripciones y vestigios magníficos de una gran ciudad populosa. Los más de nuestros sabios anticuarios la han reconocido por la antigua *Segóbriga*, una de las más célebres de nuestra España romana y goda, destruida y arrasada por los sarracenos. Las inscripciones y medallas que se hallaron han ofrecido a la ciencia de los tiempos muchas fechas importantes, que ilustró después nuestra Academia de la Historia.

De entre tantas empresas filantrópicas a que se puso mano en aquel año, hubo una que ella sola bastaría para honrar la edad de Carlos IV. Su augusto padre había muerto sin haber podido conseguir que se cumplieran sus ideas y decretos para abolir la pésima costumbre de enterrar en las iglesias; su Real cédula de 3 de abril de 1787 quedó sin cumplimiento. Carlos IV, en sus primeros doce años de reinado, llegó a lograr que aquel abuso tan antiguo fuese desterrado en muchos puntos de su reino, mas no queriendo nunca que se hiciese ni aun el bien, mientras faltasen a los pueblos convicciones de aquel bien que se buscaba y quería hacerse, se abstenía de estrechar, esperando que los ejemplos dados ya en otras partes serían seguidos dulcemente en todos sus dominios, y que la oposición del clero a esta reforma saludable perdería su fuerza. Llegó, entre tanto, el tiempo de cumplirse esta esperanza.

Los pueblos, asombrados por las enfermedades y epidemias que reinaron con tanto estrago en 1803 y se reverdecían en el siguiente, entrevicron un momento cuán justas eran las ideas del Gobierno en cuanto a establecer los camposantos, y retirar de las iglesias la podredumbre y el contagio. Tal instante de luz fué aprovechado, dióse fin a las contemplaciones con el viejo error que consagraban los motivos de piedad mal entendida, y sin admitir ninguna excusa, se mandó proceder por punto general a la construcción de cementerios extramuros, sin excepción de pueblos, ni aun de los lugares más pequeños (12). Para vencer la oposición que aún podría hallarse, fué encomendado todo el reino, por distritos, a ministros del Consejo de Castilla, que promoviesen estas obras hasta darles cima sin ningún descanso; cada cual, en su partido respectivo, con facultades absolutas para providenciar lo necesario, remover los obstáculos, designar los fondos convenientes, autorizar arbitrios donde faltasen medios, obligar las iglesias a cubrir una parte de los gastos con los sobrantes de

sus fábricas, y donde quiera que estos medios pecuniarios no alcanzasen, completarlos con subvenciones que, bajo sus informes, haría efectivas el Gobierno, reservándose su reintegro para adelante. Esta empresa, que por la firmeza con que hasta el fin fué sostenida, y por su extensión a todo el reino en las ciudades, villas y lugares casi en días contados, podría llamarse heroica, es uno de los grandes bienes que dejó cumplidos Carlos IV. Y esta obra, para ser más digna todavía de las bendiciones de los pueblos, bien servida la religión y no menos bien servida la gran causa de la salud pública, reuntó el mérito de haber abierto en todas partes un recurso seguro para la subsistencia de los pobres en los días calamitosos (13).

Tantos gastos extraordinarios que ofrecieron las circunstancias imperiosas de aquel año, juntos también como vinieron con las grandes disminuciones que las calamidades generales producían en las entradas del tesoro, no impidieron que el Gobierno, atento a to-

(13) Desgraciadamente para mí, mientras las personas sensatas e ilustradas daban las merecidas alabanzas a tamaña empresa, bien que todos los miembros del Gobierno, y principalmente el Consejo de Castilla, hubiesen concurrido a la adopción y ejecución de tan benéfica medida, la odiosidad vertida en contra de ella por el fanatismo y la codicia cayó toda sobre mis espaldas. Cuanto era bueno para herir, otro tanto dirigían en daño mío mis enemigos con sutil astucia. ¡Cuán a cuento les vino para difamarme entre el incanto vulgo la general consternación que ganó aquellos días a muchos curas y a la turba de capellanes y clérigos míseros, temerosos todos ellos, por la ausencia de los muertos, de la disminución de sus bolsillos! Dándome por autor o por fautor de aquel proyecto, propalaban mis detractores, con máscara piadosa, que, enemigo de la religión, procuraba yo acabar por todos medios con la fe del purgatorio. Daba también la suerte que, en aquellos días de general apuro, se había mandado sabiamente convertir en pan para los pobres los productos de memorias y hermandades, destinados a sufragios y a funciones eclesiásticas. Enemigo declarado de las ánimas benditas me llamaban los mismos que comían aquellos panes emprastados de los muertos. ¡Ridículos ataques, si se quiere, pero de grande consecuencia, de poderoso efecto entre las piebes! Gota a gota, de estos venenos cotidianos, derramados en todas partes por mis enemigos, se formaba un lago inmenso de ponzoña, que debía sumirme.

(12) Reales Ordenes e instrucciones de 26 de abril y de 28 de junio de 1804.

das partes, acudiese igualmente a sus obligaciones ordinarias: las tropas, bien pagadas; la Marina, provista; los intereses todos de la deuda pública, satisfechos a su tiempo, y efectuados también algo más tarde, mas sin haber pasado el año, los reembolsos correspondientes a los turnos de los empréstitos antiguos. Más que esto todavía, se llegó en aquel año hasta la 72 amortización de vales reales, que se cancelaron por la suma de cuarenta y seis millones, novecientos sesenta y ocho mil doscientos treinta y cinco reales, y diez maravedíes: valor total de vales extinguidos desde 1801 hasta fin de diciembre de 1804, la cantidad de doscientos noventa y nueve millones, novecientos noventa y siete mil ciento veintinueve reales, catorce maravedíes de vellón.

Sobre estos desembolsos, tan crecidos, los socorros y asistencias a los pueblos desolados por las plagas de aquel año, juntos con el perdón total de impuestos y atrasos anteriores que a muchos de ellos fueron concedidos, componían el valor de hasta doce millones por lo menos (14).

Sobre tantos dispendios, tan necesarios y tan justos, treinta y dos millones del subsidio concertado con la Francia habían ya caído, y se pagaron en diciembre.

Para ninguna de estas cosas se gravó al público con nuevas cargas, ni aun en los mismos pueblos florecientes donde las plagas no alcanzaron o se sintieron menos.

Se respetó al comercio de igual modo. Nada se le pidió sino aumentar las fuerzas y los medios de la producción

y de la industria. A este fin, le fué dado tal ensanche cual jamás lo había tenido. Libertad verdadera y libertad sin tasa en los negocios comerciales de la España y sus Américas, contento general de hermanos. En aquellos tres años de la paz fueron sextuplicados, por lo menos, nuestros buques mercantes de acá y de allende de los mares. Se tomó el gran camino que fué desestimado por tres siglos. Para esto era preciso un gran poder: yo usé del que gozaba para vencer montañas que oponían, aún más que los errores viejos, el interés y el hábito del monopolio. Este dichoso rumbo, que empezó a tomar viento en popa, me ocasionó enemigos nuevos poderosos, porque el bien y la riqueza harto mezquina que beneficiaba un corto número, se hacía común a todos y se arruinaba el privilegio. ¿Qué me importaba a mí aquella nueva clase de quejosos, pensando entonces todavía que los grandes bienes hechos a los pueblos debían ser una rodela contra toda suerte de enemigos y males? (15).

(15) En aquel año de 1804 fué tan grande el número de los que acudían pretendiendo privilegios comerciales exclusivos, que el Gobierno había podido salir de sus apuros y quedar ganancioso si se hubieran admitido las propuestas de esta especie que se le hicieron. Resistieronse, empero, con firmeza, no queriéndose sacrificar el hermoso porvenir, que se veía entonces con encanto, a las necesidades de un monumento, que estrechándose podían cubrirse, como se cubrieron, en efecto, sin acudir a tales medios destructores. Para desahuciar de una vez todas las esperanzas de los monopolistas fueron expedidas las dos Reales Ordenes de 21 de junio y 13 de julio de 1804, por las cuales: "1.º Para fomentar por todos los medios posibles el comercio directo de los puertos de España con los de los dominios de la América y favorecer anualmente la marina mercante nacional, se prohibía absolutamente admitir pretensiones y conceder gracias exclusivas y privilegios nuevos relativos a aquel comercio. 2.º Para evitar los perjuicios que ocasionaban al comercio los privilegios exclusivos y dejarle enteramente expeditas sus especulaciones, se mandaba no admitir instancia alguna sobre concesiones especiales para entradas en el reino de géneros y frutos extranjeros, o salidas de los de España y sus colonias bajo mejores condiciones de las que gobernasen en las Aduanas, declarándose todo igual en libertad y prohibiciones en los negocios mercantiles, salvo sólo respetar los derechos ya adquiridos por concesiones ante-

(14) Por desgracia, carezco de registros para señalar la multitud de pueblos que recibieron ya los dones o ya las gracias del Gobierno. De algunos de ellos me acuerdo con certeza. Tales fueron las ciudades, villas y lugares de Almería, Motril, Ugijar, Adra, Berja, Dalías, Turón, Vicar, Roquetas, Canjáyar y otros varios lugares subalternos arruinados más o menos por los terremotos; sobre el perdón de los impuestos, se mandó distribuirles gratuitamente todos los granos de tierras reales, diezmos y novenos pertenecientes a la Corona en toda la extensión de sus respectivos partidos, como también los caudales sobrantes de propios y arbitrios de los mismos territorios.

Ninguna de estas cosas de la Hacienda era de cargo mío ni mediata ni inmediatamente: y si bien mi respeto y mi presencia influían de gran manera para sostener la honradez, el celo y la lealtad de los que en tiempos tan gravosos y difíciles tenían a cargo suyo las obligaciones del Estado: nada cuento por alabarme, mas defendiendo a aquellos hombres que sufrían en agonía continua por el servicio de la patria, que murieron en la pobreza, como yo también estoy muriendo en ella, y que también conmigo han sido calumniados, no sé por qué *derroches*, como ha dicho el que tendría tal vez menos derecho entre los españoles para hablar en tal materia. Hubo en verdad tres años, tiempo no mío, cuando yo estaba retirado, en que de buena fe se profesaron y siguieron teorías impracticables en los ramos de Crédito y Hacienda (16). Cometieron errores, pero ningún pecado: ocasionaron males de larga trascendencia porque fiaron en sus luces mejor que en la experiencia, pero buscando el bien por un camino que les pareció seguro y practicable. No eran todos ami-

riores." Un Gobierno que tal hacía, la diré aquí de paso, no daba muestras de estimar los guantes y alborotos que producen tales gracias. Ciertamente, lo diré también, mis enemigos, mientras han mandado, no podrán alabarse de otro tanto.

(16) Véase acerca de esto o recuérdese todo el capítulo I de la primera parte. Y a propósito de *derroches de la corte*, véase el Real Decreto de 5 de junio de 1792, de que hago memoria en el mismo capítulo, decreto cuyo tenor fué cumplido largamente, y por el cual cedieron los reyes, para aliviar los apuros de la Hacienda, la mitad de las asignaciones en dinero que gozaban en Tesorería Mayor para sus bolsillos secretos, estrecharon y reformaron hasta la nimiedad la servidumbre asalarada del palacio y enviaron a la Casa de Moneda una gran parte de las alhajas de oro y plata del servicio de sus reales residencias y de la real capilla. En proporción con estas reformas y economías se hicieron muchas reducciones en los gastos de batidas, que en ninguna época del reinado de Carlos IV igualaron ni se acercaron a las del señor Carlos III. En lo demás, propios y extraños, saben todos cuál fué la parsimonia de los gastos del palacio, sin fiestas, sin sacros, sin espectáculos, sin banquetes, reducida la real familia a la oscuridad y el silencio de la vida privada que constantemente amaron.

gos míos: algunos eran lo contrario, y, sin embargo, los defendiendo, que si pudieron engañarse, fueron íntegros y puros como pocos.

En cuanto a los tiempos anteriores, y a los de paz que se siguieron hasta 1804, datos y hechos llevo yo presentados, quizá hasta el cansancio de los que lean estas MEMORIAS, públicos todos y notorios, consignados en los archivos del Gobierno, contenidos en los papeles públicos nacionales y extranjeros, puestos todos a prueba de mis propios enemigos, y el que los vea y los pese, no podrá menos de admirarse y preguntar ¿de qué manera pudo hacerse tanto con tan pocos medios? Porque sabidas son las rentas de la España aun en los años más propicios, no de plagas como lo fueron los de aquella época. Tantas letras como ha escrito el conde de Toreno (no ahorraré yo su nombre) con el designio de infamarme y de infamar aquellos tiempos, son carbones encendidos que él ha puesto sobre su cabeza. Ha pretendido herirme, y se ha cortado con los propios filos de su puñal innoble. ¡Justicia soberana que hace Dios más tarde o más temprano para el necesitado!... Cuantos a mí me han calumniado, por su propia conducta han hecho muy más fácil y mucho más palpable mi defensa.

¡Digresiones; pero precisas! Tal me encuentro escribiendo estas MEMORIAS como un viajero solitario que, atravesando una gran selva, tropieza aquí y allí con fieras y vestiglos, de que es preciso defenderse. Vuelvo a mi camino.

Los plantíos numerosos de enseñanzas superiores y europeas, que a fuerza de constancia y auxiliado por mis amigos, conseguí aclimatar en nuestra España y en sus Indias, daban ya copiosos frutos. Estos plantíos no cedían ya en verdor, en lozanía y en vigor propio suyo, a lo mejor del extranjero. Los exámenes en aquel año de los grandes estudios auxiliares del Estado, en la Guerra, en la Marina, en la Estadística y en los diversos otros ramos de la ciencia activa y operante del Gobierno, compitieron por todas partes con los de ciencias naturales planteados tan dichosa-

mente en todos los dominios españoles. Los archivos ministeriales deberán estar llenos todavía de programas, relaciones y memorias de estos certámenes brillantes en las altas ciencias y en las artes sublimes, sobre cuyas alas se levantan los Estados a las cumbres del poder y de la gloria (17). Los que vivan, también, de aquella época, exentos de pasiones y amantes de las luces, me darán testimonio de que no exagero. Recordaré tan sólo algunos hechos.

Entre las nuevas fundaciones que emprendí vuelto al Poder, una de ellas fué la formación de un cuerpo de ingenieros de caminos, puentes y canales, puestas a su cuidado las enseñanzas de este ramo. La dirección de aquel cuerpo científico, erigido en 1801, fué encargada a nuestro ilustre matemático y arquitecto don Agustín de Betancourt, encomendada también a su cuidado la del Gabinete de máquinas del Buen Retiro. Don José Lanz, alumno español de la Escuela de Aplicación de Ingenieros Geógrafos, de París, fué traído para la enseñanza de Arquitectura Hidráulica, nombramiento feliz que nos valió en seguida nuevas listas de sabios españoles de un crédito europeo. Los exámenes de 1804, entre otros individuos estimables a que no alcanza mi memoria, nos ofrecieron en primera línea los siguientes: don Antonio Gutiérrez, don Rafael Bausá, don José Azas, y don Joaquín Monasterio. Su instrucción, sus progresos, sus servicios y sus tareas científicas y artísticas, con las de Betancourt y Lanz, reunieron los aplausos extranjeros a los nuestros.

Uno tan sólo, que yo sepa, ha quedado en España para muestra: don Antonio Gutiérrez, hoy profesor de física, geometría y mecánica aplicadas a las artes en el Real Conservatorio de este nombre. Monasterio, también ha muerto. Azas, ignoro si existe. A los demás, los arrojó la misma tempestad que echó

del trono a Carlos IV. Don José Lanz existe todavía en París, vive en la soledad y goza, sin embargo, de un gran nombre entre los sabios. Betancourt y Bausá fueron buscados para adornar la Rusia, tal como en las ruinas de una gran ciudad derruida por los bárbaros, se entresacan después por los amantes de las artes las estatuas mutiladas y caídas. Allí, en el otro extremo de la Europa, se han levantado monumentos a las artes por aquellas mismas manos que se habían formado para erigirlos en su patria y darle nuevas glorias. Uno y otro han dirigido hasta su muerte todas las grandes obras que el emperador Alejandro se dignó encomendarles, colmándoles de honores, y hechos inspectores generales de caminos, puentes y calzadas de su Imperio; ¡pero sus ojos se cerraron sin volver a ver el cielo hermoso de su patria y sin que nadie le llamase!

Recordaré también aquí las primeras promociones a oficiales que, al tenor de las reformas y mejoras practicadas en el sistema del Ejército, se hicieron aquel año, precio ya asegurado del estudio, fruto puro del merecimiento. Detenidas las nuevas provisiones hasta que se hiciesen los exámenes generales de cadetes y alumnos militares en los estudios ordenados para cada arma, cesó el favor, el parentesco y la clientela. Una nueva generación, bien dotada de enseñanza, comenzó a llenar desde aquel año los claros del Ejército. Las academias militares, los colegios de nobles y demás institutos que tenían analogía con la milicia, ofrecieron su contingente a este renuevo, y concurrieron a estas pruebas mejor de ciencia que de sangre. La clase de sargentos, no olvidada en la enseñanza, presentó igualmente recomendables candidatos. La enseñanza esmerada, la emulación y el premio siempre cierto, debían doblar en poco tiempo la virtud y el poderío de nuestras armas (18).

(17) Si leyendo aquí ahora me preguntase alguno de mis enemigos quién nos impidió este vuelo, le respondería: "Vosotros, que impedisteis sazonarse el fruto y arrancasteis la mies de cuajo cuando empezaba a dar sus frutos."

(18) Faltaba todavía en nuestros cuerpos militares que se diese atención a la instrucción moral y religiosa. De tiempo inmemorial tenía sus capellanes cada cuerpo; pero de qué manera fuese esto se acordarán los viejos. Los

De entre las casas de enseñanza destinadas a las clases superiores para las carreras militares o política, no me podré abstener de hacer mención del Real Seminario de Nobles, y de la escuela o instituto nuevamente planteado, de los caballeros pajes de la real persona. Los exámenes de aquel año dieron de qué alegrarse más que nunca. Ocuparon los del Seminario veinte días seguidos, gloriosos igualmente para

desechos del clero, los que por su ignorancia crasa o por sus desarreglos no tenían cabida en los demás servicios eclesiásticos, tráfugas los más de ellos de sus prelados naturales, frailes desobedientes o clérigos viciosos y holgazanes, eran los solos aspirantes para servir en lo divino a nuestras tropas. Se hallaban mal dotadas estas plazas; no había carrera ni había premios para aquel oficio, y aquella clase de ministros se encontraba aislada y sin decoro, verdaderos parias, por decirlo así, de la clerecía española. Yo miré aquella clase con distintos ojos de como fué mirada hasta aquel tiempo. La moral del Ejército es y será siempre la base más segura de su disciplina. Un capellán de regimiento se necesitaba aún mucho más para inspirar virtudes al soldado por el vigor de la palabra santa y por la dignidad de sus costumbres, que por la misa y el rosario, a que se hallaban reducidas casi enteramente sus funciones. ¿Qué remedio para mejorar aquel linaje de ministros? Lo primero, dotarlos convenientemente: a este fin se les dió parte en el aumento de los sueldos con setecientos reales mensuales, puestos al nivel, cuanto al honor y privilegios, con la clase de capitanes. Lo segundo, proporcionarles salidas ventajosas y descuento para su vejez en las categorías más estimadas de las plazas eclesiásticas, lo que también fué hecho, dándoles opción a dignidades, canonjías y prebendas en habiendo cumplido determinados plazos de servicio en mar o tierra. Lo tercero, dados ya estos estímulos y ofrecidas y aseguradas amplias retribuciones, assimilar su ministerio al de los curas de almas, como en la realidad lo eran, y sujetar los nombramientos a concursos. Hízose así también, y el concurso fué establecido por las severas reglas del Arzobispado de Toledo, llamada gente docta y bien morigerada para inspirar virtudes al soldado y concurrir a las mejoras del Ejército. Tal fué el objeto y el asunto del Real Decreto de 30 de enero de 1804, puesto en ejecución seguidamente y mantenido con tesón en los años posteriores. Esta disposición hizo subir los gastos anuales hasta millón y medio, cuya suma fué cargada, parte sobre las mitras, parte sobre las rentas de beneficios simples y prestameras eclesiásticas. Claro deberá estar que esta medida me valió enemigos; pero el bien no puede hacerse por el orden público sin votarse a este trabajo.

maestros y discípulos (19). No comenzado aún a dibujarse el bozo en los más de éstos, alcanzaron sus primeros premios en aquellos actos don Angel de Saavedra, don Manuel y don Joaquín Villavicencio, don Diego Colón, don Juan de Salazar, don José Gil, don Juan Alvarez Acevedo, don Luis Gutiérrez de los Ríos, don José Collar, don Francisco Montalvo, con otros muchos más que viven, quizá, hoy para consuelo de la patria; plantas nuevas y semilleros que se doblaban cada año entre las clases elevadas. Convidados a estos certámenes los literatos y los sabios extranjeros con los nuestros, y dada a todos igualmente libertad de preguntar a los alumnos, vieron en sus respuestas y en su acierto nuevas pruebas de lo que alcanzan los estudios dirigidos por el mismo orden con que se desenvuelven las facultades del espíritu, lo que vale la aplicación de un mismo método analítico para todas las enseñanzas, lo que importa seguir en ellas los enlaces naturales de las unas ciencias con las otras, y penetrar en éstas con una misma llave para todas, lo que es, en fin, formar la vista del espíritu, o, dicho de otro modo, el buen sentido y el buen juicio.

Sobre estas mismas bases procedía la enseñanza de los caballeros pajes, tal vez más concertada y fructuosa porque el número era menor. Sus exámenes hicieron ruido tanto o más que los del Seminario. Algunos de estos jóvenes, cumplida ya su educación, salieron aquel año para lucirla en el Ejército y dirigir en él las enseñanzas (20). Recom-

(19) Las materias de enseñanza sobre que recayeron los exámenes fueron las siguientes: primeras letras; religión; lenguas castellana, latina, inglesa y francesa, comparadas, y estudiada la propiedad de cada una: geografía, historia y cronología; matemáticas en toda su extensión; astronomía teórica y práctica; física experimental; lógica, metafísica y filosofía moral, poesía, retórica y elocuencia en toda la extensión de la ideología; economía política; música vocal e instrumental; dibujo natural, militar y civil; equitación; esgrima, etc.

(20) Uno de aquellos individuos agraciados, paje del rey, fué don José María Torrijos, a quien Su Majestad se dignó conferir una plaza de capitán en el regimiento de infantería de Ultonia.

pensar no era tan sólo en Carlos IV el cumplimiento de un deber del trono: era, además, una pasión, un ansia en que no se daba nunca por contento. Salidos del palacio mismo estos ejemplos y estos rasgos de favor a las ciencias y a los estudios nuevos, crecía la emulación en todo el reino, y respondía la misma aplicación e igual deseo de distinguirse en las provincias.

Las ciencias exactas se acreditaban en Sevilla de tal modo, que no sólo la juventud que comenzaba sus estudios, sino también aquellos mismos que tenían acabada su carrera, gente ya laureada en otras ciencias, no esquivaban dedicarse a aquéllas y abarcarlas con el mayor ahínco volviendo a ser cursantes. Este raro fenómeno se vió en aquel año. La Sociedad de Amigos del País tenía en vigor dos cátedras de matemáticas regentadas por don Juan de Acosta y don Sebastián Morera, profesores e individuos de aquel cuerpo; y he allí entre los alumnos, entre la turba de estudiantes, tres doctores que cursaron a la par con ellos y quisieron sujetarse a exámenes y disputar los premios: don Manuel de Céspedes, don Francisco Velázquez y don José María Domínguez. Y aquel año también, el célebre canónigo don José María Blanco, miembro de la misma Sociedad, junto con el pro-censor don Alberto Lista, erigía una academia y una cátedra de Humanidades.

De Valladolid llegaban por el mismo tiempo las plausibles relaciones de los progresos de estas ciencias en los estudios promovidos con el mejor suceso por la Sociedad Económica, y de los premios conseguidos por la multitud de alumnos que las profesaban, añadida la enseñanza de economía civil y agricultura con un concurso numeroso de toda la provincia. De Barcelona, Zaragoza, Valencia y La Coruña se contaba igual suceso extraordinario. Y el Gobierno no se cansaba ni se daba por satisfecho, sino que aumentaba sus esfuerzos para aprovechar esta disposición feliz que se mostraba en todo el reino a los estudios productores y a la propagación de la enseñanza.

En la villa de Comillas, cerca de San-

tander, de Real Orden se establecía un colegio bajo la misma planta y las mismas constituciones que el de Nobles de Madrid, con igual número de cátedras y con largas dotaciones todas ellas. En la villa de Casarrubios del Monte se fundaba el mismo año otro colegio para niños nobles: el arzobispo de Toledo don Luis de Borbón sufragaba los gastos de esta obra. En la ciudad de Cartagena, como en Madrid y en Barcelona, fué fundada su academia médico-práctica. En Madrid, en la calle de las Tres Cruces, a más de la enseñanza que se daba en el Buen Retiro sobre máquinas, y en el Observatorio sobre instrumentos ópticos, se abrió la excelente escuela de don Pedro Megnié, costeada por el Gobierno, en los varios ramos de la maquinaria para todo género de artes, y en la construcción de instrumentos de matemáticas y física. Con igual solicitud se enviaban estos estudios y estas artes a la América, y este cuidado y este esmero, libertada la industria en ambos hemisferios del durísimo monopolio de otros tiempos, nos lo volvía en lealtad a su Metrópoli, y en nombradía también y en honra de las mismas ciencias (21).

En aquel año fué también cuando se dió la postrer mano para la perfección de las escuelas de primeras letras, fundamento principal de la moralidad y aplicación de las grandes masas populares. No era bastante haberlas extendido

(21) En uno de los capítulos anteriores se habló ya de la perfección que fué dada a las máquinas para el desagüe de las minas en el virreinato de Méjico sobre las mejores de Alemania. He aquí otra nueva muestra de los progresos de las artes sublimes en aquellas regiones. Don Alejandro Jordán, presbítero, antiguo capellán de la Real Armada, residente en Méjico, tuvo la gloria de haber perfeccionado la campana urinatoria de Mr. Halley. La prueba de su nuevo artificio fué hecha allí en la alberca grande de Chapultepec, hacia fines de diciembre de 1803. La campana estuvo ocupada cerca de tres horas por dos hombres, con sobrada luz para leer. La ventilación era tan fácil que, a beneficio de la llave del hidrógeno y del movimiento del tonel, les fué fácil hasta fumar allí dentro. Los papeles científicos de Europa hicieron larga mención de ella, y tributaron a su autor los elogios tan justos de que se hizo digno.

en todo el reino como se había hecho en pocos años: se necesitaba no menos tener buenos maestros. A este fin, fueron expedidas las dos Reales Ordenes de 11 de febrero y de 19 de marzo de 1801, por las cuales, sacando de su antigua miseria y abyección aquel magisterio tan útil, se le constituyó en especial carrera, se le dieron opciones y derechos, se le impusieron reglas y nuevas condiciones en materia de instrucción y de costumbres, se sujetó a exámenes, y aun a concurso donde esto podía hacerse, se le hizo formar cuerpo en todas las ciudades, se señalaron dotaciones a todos los maestros titulares de los pueblos, y además de honrada y bien retribuida la enseñanza, fué también uniformada en todas partes. ¿Bajo qué reinado se atendió a tantas cosas y se hicieron tantos bienes a los pueblos?

Concluiré con mencionar algunas de las muchas obras que se publicaron en aquel año. Citaré solamente las más útiles y bien escritas.

Don Isidoro de Antillón presentó al rey el primer tomo de *Lecciones de Geografía*, mandadas trabajar de su Real Orden para el Seminario de Nobles y demás colegios de enseñanzas.

Don Francisco de Clemente y Miro, teniente de navío de la Real Armada, dió el primer volumen de su traducción de las obras de Campe (mandada hacer también de Real Orden y costeada la impresión), a saber, el *Tratado de Educación*, la *Psicología* y la *Biblioteca geográfica*. Miro me hizo el obsequio de dedicarme aquel trabajo suyo.

Por el mismo tiempo, se empezaba a publicar la traducción de la *Geografía universal*, de Guillermo Guthrie.

En el mismo año se dió a luz, de Real Orden y a expensas del Gobierno, la obra original intitulada *Curso matemático para la enseñanza de los caballeros cadetes del Real Colegio de Artillería*: su autor, don Pedro Giannini, profesor que había sido del mismo Real Colegio.

De Real Orden también, y a costa del Gobierno, para el uso de las escuelas de caminos, puentes y canales, fueron traducidas y publicadas las siguientes obras: 1.º El *Tratado de mecánica ele-*

*mental para los discípulos de la Escuela Politécnica de París, según los métodos de Prony*, por M. Francoeur. 2.º Las *Lecciones de Geometría descriptiva*, de M. Monge.

Don Gabriel Ciscar dió su *Memoria elemental sobre los nuevos pesos y medidas decimales fundados en la naturaleza*. Este ilustre marino fué uno de los sabios que conturrieron en París para establecer la gran obra de un tipo universal de pesos y medidas.

La dirección de trabajos hidrográficos continuó enriqueciendo al mundo marítimo, y haciendo un gran servicio a la Humanidad con las pródigas y exactísimas rectificaciones que hacían nuestros marinos en la hidrografía de las dos Américas (22).

Don Rafael de Rodas publicaba, al mismo tiempo, su traducción del *Sistema universal del Derecho marítimo de Europa*, por Domingo Alberto Alzini, obra clásica en su género y de primera

(22) Para dar una muestra de la importancia de estos trabajos, me bastará indicar aquí las observaciones que acababan de hacerse por nuestro dotisimo marino don Ciriaco Cevallos. La latitud de Campeche estaba equivocada en doce minutos; la de las Bocas, en catorce; la de Champotón, en diecisiete, y así otros muchos puntos. Los errores en longitud eran mayores. El canal entre la costa y el Triángulo tenía un yerro de veintidós millas. El espacio de mar entre Campeche y las Arcas se encontró ser una cuarta parte mayor de la extensión que se le daba. Desde la Desconocida, junto a Sisal, hasta Jicalango, cerca de la laguna de Términos, había un error de treinta y seis minutos. La diferencia de longitudes entre el puerto del Alacrán y Sisal, estimada hasta aquel tiempo en cincuenta minutos, no era sino de veinte, resultando un error de medio grado entre dos puntos tan contiguos; y de aquí tantos naufragios en aquellos tiempos.

No menos importantes fueron las varias noticias y avisos, publicados por la misma Dirección, de nuestros capitanes y pilotos don Felipe del Castillo y don José de Serra sobre varios puntos del Océano Atlántico, junto con los de don Francisco Ruiz Colorado en el Pacífico y con los del teniente de fragata don Joaquín Lafita en su viaje de Manila a Nueva España, que, después de corregidos errores notables sobre el estrecho de Juan Bernardino, restituyó a la geografía las islas Mártires, Matadotes y Catriacán, descubiertas en lo antiguo y borradas después como quiméricas por los geógrafos modernos. Visitólas Lafita y determinó sus posiciones.



necesidad al comercio, a la navegación, al consulazgo y a la diplomacia.

Don Felipe Rojo de Flores, daba sus *Fontes legum XII Tabularum*.

Don Antonio Llaguno, por encargo especial del Gobierno, y a expensas de éste, trabajó y dió su traducción del *Arancel de la Gran Bretaña del año de 1802*, empresa especial, entre otras muchas de las nuevas oficinas del Fomento general del reino y de balanza de comercio, de cuyas utilísimas tareas se hablará más adelante.

Don Eugenio de la Ruga, llegaba ya al tomo XLV de su gran obra, titulada *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*.

Don Francisco Escolar, comisionado en Canarias por el rey para formar la estadística de aquellas islas, dió a luz su traducción de los *Principios de Economía política*, de M. Canard, obra premiada por el Instituto Nacional de Francia en 1801.

Don Isidoro Bosarte, secretario de la Real Academia de San Fernando, dió principio a la publicación de su *Viaje artístico a varios pueblos de España*, obra en la cual, sobre el juicio y la crítica de los monumentos de las tres nobles artes existentes en España, contenía documentos preciosos, desenterrados de los archivos; el Gobierno costéaba estos trabajos.

El doctísimo fray Jaime Villanueva, llegaba ya al tercer tomo de su *Viaje literario a las iglesias de España*, viaje y obras que se emprendieron de Real Orden y a expensas del Gobierno.

Nuestro abate mejicano don Pedro Marqués, conocido ya entre los amigos de las artes por sus obras sobre la arquitectura de diferentes edificios romanos, y sobre el origen y progresos del orden dórico, publicaba en Roma otra nueva sobre los monumentos mejicanos.

Don Alberto Megino, cónsul de España en Venecia, publicaba su importante obra de agricultura, intitulada *El aceite*, comprensiva de todas las especies conocidas que le producen, sus modos de cultivo, artes de beneficiarlos, ins-

trumentos, máquinas, molinos, etc. (23).

Don Francisco de Gaztañatorre, vizcaino, publicaba al mismo tiempo sus *Instrucciones sobre la cebada rumosa*. Este buen patricio la introdujo de Francia, sacada de la Escuela Central de Historia Natural y Agricultura del Oise; la cultivó en sus tierras y la repartía gratuitamente.

Don Hipólito Ruiz, don José Pavón y don Isidro Gálvez aumentaban la Flora del Perú con las nuevas descripciones de preciosas plantas llegadas aquel año (24).

Don Claudio y don Estaban Boutelou, dieron su *Tratado de las flores*.

Don Gregorio Bañares, publicaba su *Filosofía farmacéutica*.

Don Ignacio Lacaba y don Isidoro de Isaura, su prontuario anatómico, teórico-práctico del cuerpo humano, obra escrita bajo el impulso y protección del Gobierno, dada a luz en la Imprenta Real.

(23) Esta obra ofrecía un nuevo campo a nuestra industria agrícola, tan descuidada en este ramo. Mesino la escribió a mis ruegos y la dió de balde a beneficio de los presos pobres. Abrazaba, además del cultivo del olivo, tratado en toda su extensión, el del sésamo, de la col, del nabo, del cacahuete o mani, de las adormideras, lentisco, palma christi, onopordon, jabuco, niagra, linaza, etc., plantas, árboles y arbustos todos cultivables bajo nuestro clima. No contento el autor de haber explicado con tanta sencillez como extensión los métodos del cultivo y beneficio de todos estos artículos, ofreció varios premios pecuniarios a los labradores que adoptasen estos varios cultivos y los ensayos con suceso. Los programas fueron enviados a las sociedades económicas.

(24) En esta nueva remesa se contenían dos géneros más de las clases *Pentandria* y *Didynamia*, y varias especies de los géneros *Convolvulus*, *Ipomea*, *Gardenia*, *Randia*, *Tillandsia*, *Bonapartea*, *Rhexia*, *Gustavia*, *Hibiscus*, *Brownea*, *Theobroma*, *Maxillaria*, *Sorbaria*, *Croton*, *Schinus*, *Mimosa*, y la efímera *Chinchona rubicunda*, o quina colorada del comercio especie muy diversa de las otras quinas rojas del Perú y Santa Fe, cuya descripción y diseño se deseaban hasta entonces.

Don Hipólito Ruiz dió también en aquel año su nueva disertación sobre la raíz de la *ratanhia* y de su precioso extracto, específico singular contra los flujos de sangre de cualquier causa que procedan, para afirmar la dentadura, remediar las quebraduras y relajaciones, constreñir las caderas, moderar los loquios, etcétera.

Don Luis Garnerio, ayudado también y protegido por el Gobierno, dió su traducción del *Tratado médico-filosófico de la mania*, por el doctor Pinel (25).

El doctor Mitjavila, añadió a sus demás trabajos científicos la publicación de un periódico mensual sobre medicina, cirugía, química y farmacia.

Los periódicos literarios y científicos se aumentaban en el reino. Entre las publicaciones nuevas de este género, son dignos de mención el *Almacén de frutos literarios*, el *Almanak literario* y el *Diario de los Espectáculos*. Este último fué establecido expresamente a impulso del Gobierno, para ayudar a la gran obra de la reforma moral, literaria y artística de nuestros teatros, comenzada ya de algunos años, y llevada adelante, aunque no sin resistencia, con próspera fortuna. Don Casiano Pellicer, oficial de la Real Biblioteca, dió al mismo fin su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*. En el año anterior de 1803 se habían ya publicado con el mismo objeto otras dos obras importantes, a saber, *El Quijote de los teatros*, obra póstuma de don Cándido María Trigueros, y el *Origen, épocas y progresos del teatro español*, por el ilustrado actor de una de las compañías cómicas de Madrid, Manuel García de Villanueva Hugalde y Parra.

En crítica, filosofía, bellas letras y miscelánea se escribieron aquel año muchas obras, y se terminaron otras empezadas.

Se completó el *Teatro histórico y crítico de la elocuencia española*; don Lorenzo Hervás dió el cuarto tomo de su *Catálogo histórico e ideológico de las lenguas conocidas*.

Se llegó al duodécimo y último tomo de la *Colección clásica de los filósofos moralistas antiguos*.

Don Juan Antonio de Zamácola, empezó aquel año a dar por cuadernos la colección preciosa que había reunido de los *Discursos originales inéditos*, del célebre Antonio de Herrera.

(25) Este mismo escritor había ya publicado su traducción de la *Nosografía filosófica*, del mismo autor.

Se comenzó también el *Diccionario de varones memorables*.

Don Ramón de Campos publicó su obra ideológica, intitulada *Del don de palabra en orden a las lenguas y al ejercicio del pensamiento*.

Don Carlos Andrés llegaba al tomo nono de su traducción del *Origen, progresos y estado de toda la literatura*, por su hermano don Juan Andrés.

Don Félix José Reinoso, publicó su poema intitulado *La inocencia perdida*.

Don Pedro Montengón, continuaba sus traducciones en metro español de los poemas osiánicos.

Valladares daba el tomo VI de su *Leandra*, etc.

Por el mismo tiempo, de Orden Real, se comenzó la traducción del *Manual de las madres*, de la *Doctrina de la visión en orden a las relaciones de los números*, y de la *Doctrina*, también, de la *visión relativamente a los tamaños*, del sabio Pestalozzi.

La religión se enriqueció también aquel año con el segundo volumen de las *Pláticas dogmático-morales*, de fray José del Salvador, por los panegíricos del célebre americano fray Pantaleón García; por el *Sermón de aniversario de militares españoles*, predicado en noviembre del año anterior por el dignísimo eclesiástico, canónigo entonces de San Isidro, don Antonio de Posada Rubín de Celis, y publicado de Real Orden; por la traducción comenzada a publicar de las *Conferencias eclesiásticas*, de Angers, traductor de ellas don Arias González de Mendoza, y por el compendio del catecismo grande, de Pouget, empezado a trabajar bajo la dirección del difunto obispo don Antonio Palafox y héchose continuar, bajo el mismo plan y método, por don José Eustaquio Moreno.

Temiendo ser cansado, dejó de nombrar otras obras estimadas que se publicaron en aquel año en la capital y en las provincias, con una emulación y un celo vivo, celo que se notaba en todas partes. La nación marchaba con su siglo sin tener que desear otra cosa que un buen tiempo para lograr el fruto de las luces.

## CAPITULO XX

*Continuación del anterior. Mis deseos de aumentar nuestras relaciones comerciales en Africa y en Asia. Viajes y exploraciones que se encomendaron a don Domingo Badia y a don Simón de Rojas Clemente. Asunto de Marruecos. Grande empresa frustrada. Singular incidente a que dió margen este asunto en 1808. Suerte de los dos viajeros y de sus escritos*

Después de haber referido tantas cosas como se hicieron en el corto intervalo de nuestra paz marítima, al acabar esta revista no pasaré en olvido lo que además de ésta, en otros pensamientos a los que los tiempos no ayudaron, estuvo cerca de cumplirse, y Dios no quiso. Veráse, por lo menos, que ni un instante anduve ocioso para procurar aumentos a mi patria, sin que por mí quedara que hubiere sido más dichosa, muy más rica, muy más holgada de gloria y de fortuna.

Aun quitadas de todo punto, como en efecto se quitaron, las antiguas trabas al comercio y al ejercicio libre de la industria para todos los españoles de ambos mundos, faltaba todavía mucha parte para que se cumpliesen mis deseos y mis proyectos. No era bastante remover obstáculos y dejar campo libre y anchuroso a las empresas comerciales; necesitábase, además, emanciparlas de la dependencia y tercería de manos extranjeras, facilitar la concurrencia y la ganancia de nuestros negociantes en los mercados de ambos mundos, alumbrarles y encaminarlos al acierto en sus expediciones mercantiles, abrirles el camino a aquellos puntos, que, menos frecuentados o menos conocidos de otras partes, ofrecerían mejor salida y retornos más ventajosos a nuestras mercancías de toda especie, crearnos mesas y factorías que fuesen propias nuestras en los parajes oportunos donde podrían fundarse, proporcionar a todas las fortunas y a todas las industrias empleo seguro y permanente, y así en pequeño como en grande extender el impulso y el favor y la ayuda del Gobierno desde

el rico armador de galeones que daría la vuelta al mundo, hasta el parco aviador de una goleta o de un jabeque costanero. Importaba, además, sobremanera fundar nuestro comercio nuevamente y establecerle de tal modo en cuanto a España, que las guerras marítimas no alcanzasen a postrarlo, que no pendiese enteramente de la América, y pudiese existir y prosperar aparte de ella en su propia circunferencia, cual prosperaba en otro tiempo con mejor fortuna cuando se ignoraba el nuevo mundo.

Estas y otras cosas ansiaba yo ver cumplidas, o a lo menos planteadas, en aquellas vacaciones de la guerra que debían durar tan poco tiempo. Uno de los objetos con que se establecieron las Oficinas de Fomento fué el de acopiar las luces necesarias para ayudar al logro de esta importante innovación en los negocios e intereses del comercio. La Junta de comercio, moneda y minas tomó a pechos estas tareas, y puestas a su cargo aquellas oficinas, se hicieron a su cargo trabajos admirables, cual nunca se habían visto en los departamentos de la Hacienda; siendo hombres dignos todos ellos, cuantos figuraron en aquella Junta y cuantos trabajaron fuera de ella, de las más grandes alabanzas (26).

(26) He aquí la lista de los individuos que componían aquella Junta cuando, en 1802, se establecieron las oficinas especiales de Fomento general del reino y de la balanza de comercio: don Gaspar de Lerín Bracamonte, don José de Cueva Vasconcelos, don Andrés Tirado, don Pantaleón de Beramendi, don Manuel de Valenzuela, el marqués de Rioflorida, don Juan Alvarez de la Caballería, don Francisco de Angulo, don Domingo García Fernández, don Manuel Laso, don Juan de Peñalver, don Juan Soler, don Marcos Marín, don Juan Antonio Orovio, don José de Ibarra y don Manuel Jiménez Bretón.

Miembros de ella fueron también, en los años posteriores, don Manuel Sixto Espinosa, don Juan Antonio Melón, don José Pérez Caballero, don José María Puig, don Manuel del Burgo, don Manuel de Ortiz y don Manuel de Lamas.

Había también un número considerable de ministros honorarios de la misma Junta, que la auxiliaban con sus luces; muy distinguidos entre ellos don Fausto de Elhuyar, don José Martínez de Hervás, don José Murga, don

Ni era menor en aquel tiempo la suma de trabajo de esta especie encomendada a nuestros cónsules, a nuestras legaciones y a los comisionados especiales que viajaban con igual objeto por cuenta del Gobierno. Entre éstos, puse yo la vista especialmente sobre dos individuos de los muchos que se habían formado entre nosotros y habían perfeccionado su instrucción en los países extranjeros: don Francisco Domingo Badía Leblich y don Simón de Rojas Clemente, capaces ya uno y otro de alternar y figurar entre los sabios de la Europa. En estos dos sujetos competía su actividad y su disposición a las empresas grandes con sus conocimientos adquiridos en las altas ciencias naturales y políticas. Poseían, a más de esto, las lenguas orientales, varios de sus dialectos, y más especialmente, el árabe moderno. Badía lo llegó a hablar como si fuese la primer lengua que habría hablado.

Mi primer pensamiento fué encargarnos un viaje que, a la vista del extranjero, pasase solamente por científico, al Africa y al Asia, mas cuyo efecto principal sería inquirir los medios de extender nuestro comercio en las escalas de Levante desde Marruecos al Egipto, y hacer la misma indagación sobre los planes y medidas que convendría adoptar para montar nuestro comercio en la región del Asia con entera independencia de las demás potencias de la Europa, para formar enlaces comerciales y políticos con el Imperio chino, y organizar allí el tráfico directo de nuestros pesos fuertes sin que en él interviniesen otras manos que las nuestras. A estos encargos se debía añadir el de adquirirse cuidadosamente cuantos artículos exóticos de útil cultivo les fuese dable recoger o sorprender en las islas del Asia para aclimatarlos en la América.

De estos varios objetos mencionados, había uno, particularmente, que era en mí una idea fija, viva siempre en mi espíritu hasta soñar con ella a menudo, y era buscar el modo de adquirírnos

una parte especialísima del comercio interior del Africa por el conducto de Marruecos. Multitud de artículos de nuestra producción, poco o nada estimables en América y de valor también muy corto y nada cierto en los mercados de la Europa, podían hallar salida en los países africanos con preciosos cambios (27). Esta oscura ensenada de comercio se hallaba descuidada por las demás naciones comerciantes, que encontraban mejor su conveniencia traficando a un mismo tiempo con el Africa y el Asia en los mares del Oriente y en la Arabia y el Egipto. España solamente, por su posición geográfica, podía beneficiar este otro cabo del comercio africano sin temer la competencia. A nuestras mismas puertas, la travesía de pocas horas, casi bajo el amparo de nuestras baterías, casi a cubierto de enemigos, aun dado el caso de una guerra nuestro comercio con el Africa debía

(27) Pocos habrá que ignoren la riqueza y variedad de objetos de exportación que ofrece el Africa interior en polvo de oro, marfil, ámbar gris, gomas, pimienta arábiga, cueros, algodón, añil, cera, sen, anatron, aloe, plumas de avestruz, etc., sin añadir a esto la granjería de esclavos, indigna de nombrarse, pero recibida todavía y buscada codiciosamente en aquel tiempo sin ningún rebozo, como ahora. A estos varios artículos procedentes de las caravanas se juntaban los que eran propios de Marruecos: granos inagotables; ricos frutos, de salida cierta en todos los mercados de la Europa; ganados abundantes; caballos sin igual para el servicio de la caballería ligera; buenas lanas; tejidos estimables de esta especie, y los preciosos tafletes amarillos, inimitables en Europa. Sabidos son también los objetos más preciados de importación para el interior del Africa, consistentes en armas blancas y de fuego, pólvora, plomos, abalorios y bujerías de toda especie, telas bastas de lana, sederías, cotonadas, papel, latones, vidriado, corales, granates, ágatas, etc., mercancías todas ellas que podían surtirse por nosotros, de primera mano, dando paso a la industria de todas las provincias, sobre todo a la Cataluña, la Vizcaya, las dos Castillas, Valencia, Granada y Murcia. Lo que, menos perfecto en nuestras fábricas, no podía hallar consumo en otras partes, lo debía encontrar ilimitadamente en las ferias de Sus, donde se tenía un comercio activo con la parte central de la Nigricia de Occidente, Tombuctú, Dijinia, Sego y otros puntos de la otra parte del desierto. Establecido este comercio, no debía quedar ni un rezago ni ninguna cosa de desecho en nuestras fábricas.

José Ignacio de la Torre, don Frutos Alvaro Benito, don Erasmo Gónima, don Miguel González de Lobera, don Luis Fernández Gonzalo del Río, don Juan Andrés Gómez, etc., etc.

ofrecer empleo seguro y ventajoso no tan sólo a los grandes negociantes, sino también a los más cortos, hasta al humilde poseedor de un barquichuelo y de una vela.

Hacíase, empero, necesario para tal empresa tener puertos y asientos propios en los lugares aptos y oportunos de las costas marroquinas, como las tuvo el Portugal en otro tiempo, y como, unido después éste a la Corona de Castilla, los tuvimos también nosotros, si bien no se sacó ningún provecho de aquellas posiciones, puesta entonces nuestra codicia toda entera, por desgracia nuestra, en los negocios de la América. Con otra gente menos idiota y desleal que la morisma, habría cabido un buen Tratado de comercio, cuyo provecho hubiese sido mutuo entre Marruecos y la España, mayor quizá para los mismos marroquíes por la doble ventaja del movimiento comercial que habrían tomado sus provincias, y del inmenso desarrollo que se habría seguido de su cultivo y de su industria; puesta en mayor contacto con la Europa y derramada en sus mercados. Difícil, sin embargo, como era persuadir a los moros sus verdaderos intereses, y mucho más lograr que consintiesen a hermanarlos con los nuestros, todavía pensé yo que se podría sacar partido de la situación política en que el monarca de Marruecos se encontraba entonces.

Reinaba a la sazón Muley Solimán, príncipe más bien dado a la contemplación del Corán que a los negocios del gobierno, muy más bien alfaquí, como de profesión lo era, que señor de un vasto Imperio; flaco y perezoso, nada propio para las armas. Sus provincias del Atlas se hallaban invadidas por las tribus libres de aquel punto, y el cherif Ahhmed, levantando en Sus el estandarte de la rebelión, desafiaba su poder en aquel punto y amenazaba hacerse dueño del Imperio. Cherif por cherif y déspota por déspota, los pueblos de Marruecos debían ganar en aquel cambio, porque Ahhmed tenía talentos y prendas singulares para el trono. Muley se hallaba en gran peligro de perderle, como le perdió más tarde.

En tales circunstancias, me pareció poder lograr mi pensamiento, si, indicándole una alianza con España, y ofreciéndole socorrerlo contra sus enemigos y garantizarle su Corona, se pusiese por condición la de cedernos dos puertos por lo menos, a contento entero nuestro: uno de ellos en el Estrecho y otro en el Océano, prestándose igualmente a celebrar un pacto de comercio en sus Estados sin condiciones onerosas y sin ninguna restricción. Menos escrupuloso que lo que merecían aquellos pueblos semibárbaros, como enemigos muy dañinos, y como amigos muy gravosos y muy falsos, desde un principio hubiera yo tomado otro camino más derecho; pero había dos motivos para obrar más cuerdate: lo primero, la voluntad de Carlos IV, incapaz de aprobar ninguna empresa que ofreciese ni un solo viso de injusticia; lo segundo, la necesidad de no alarmar a la Inglaterra.

Pronto, no obstante, se nos vino a unno la ocasión de una guerra, bajo todas luces justa. Muley Solimán, cuya moderación y cuya paz mientras duró la lucha con la nación inglesa nos costó algunas parias bajo el nombre de regalos, como hubiese cesado hacia ya más de un año este tributo inicuo, se nos atrevió a pedirlo como un derecho ya adquirido, y del recuerdo pasó luego a la amenaza de interrumpir nuestro comercio en sus Estados. Negados los presentes, se mostró su despecho a poco tiempo, impidiéndonos comprar granos en sus puertos y retirando enteramente su protección a nuestros buques. Tras de esto se siguieron los amagos contra nuestros presidios y vejaciones y durezas ejercidas con los negociantes españoles, violando a cada paso los Tratados y las costumbres recibidas.

Sobran los motivos para tomar satisfacción a mano armada e invadir los Estados de aquel príncipe; mas siguiendo mi pensamiento, y mis deseos también, de que en el caso de una guerra se hiciese ésta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase a aquel Imperio no ya como español, mas como árabe, como un ilustre peregrino y un

gran príncipe descendiente del profeta, que habría viajado por la Europa y volvería a su patria dando la vuelta al Africa y siguiendo a la Arabia a visitar la Meca. Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley, y, presentada la ocasión, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatían su Imperio y amenazaban su Corona. Si esta idea era acogida, debía ofrecerse él mismo para venir a negociar acerca de ella en nuestra corte con poderes amplios. Si no alcanzaba a persuadirlo, debía explorar el reino con el achaque de viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinión de aquellos pueblos y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que, entrando en guerra, pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interés recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del Imperio, la que mejor nos conviniese.

Badía era el hombre para el caso. Valiente y atrevido como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original, de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos; hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu le hacían apto para aquel designio. Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo que, sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse, sola cosa que le faltaba para el papel difícil y arriesgado que debía hacer entre los mahometanos. El debía partir solo, que si bien Rojas pudiera haberle acompañado como amigo o dependiente suyo, no le era necesario, ni aquél tenía su atrevimiento, ni convenía exponerlo, joven de grandes prendas y de ricas esperanzas. Quedó en España mientras tanto, y le ocupé con buen suceso en recorrer las Alpujarras y formar su estadística.

He aquí, pues, a Badía partir para Marruecos, su genealogía bien compues-

ta y bien completa, sus papeles en regla: hijo de Othman-Bey, príncipe de Abasida, pariente del profeta de la Arabia. Allí ganó el favor de aquel monarca, y adquirió tal concepto por sus conocimientos astronómicos, por sus curas maravillosas y, lo que era más para Muley, por su profunda inteligencia de los textos y de la ciencia arcana del libro de la Ley, que hizo empeño de conservarle en sus Estados, le donó un palacio y una finca de sus reales residencias (que es la llamada *Semelalia*), otra casa alhajada cerca de su palacio, dos mujeres de su propio harén y un buen número de esclavos negros. Pero ni todo aquel favor, ni tan grande ascendiente que se había ganado sobre el crédulo y devoto emperador, alcanzaron a persuadirle que buscasse nuestra alianza: su austero fanatismo le hacía mirar como un gravísimo pecado toda especie de liga con infieles. En cuanto a los españoles, era más fuerte su ojeriza, porque los antiguos odios nacionales se juntaban al sentimiento religioso. Su intención decidida, en habiendo logrado sosegar o rechazar a los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, era hacer la guerra a España; soltar, como él decía, sus perros contra ella en los dos mares, y dejar libertad a sus vasallos para atacar nuestros presidios.

¡Singular situación la de Badía! "Lejos de buscar amigos y socorros en España—le decía el emperador—, nada llenaría mi alma de contento como ver cumplida en nuestros días la divina promesa que a este Imperio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fuese el elegido para tan santa obra, y más que fuese necesario para esto cederle mi corona. Discurre más bien medios de apresurar los tiempos buscando amigos y aliados en nuestras viejas razas: ponte tú a su cabeza, haz revivir la gloria de nuestros mayores; tú, que al pasar por esas tierras has sentido hervir tu sangre e inflamarse tu corazón al ver los monumentos y vestigios que allí quedan de su esplendor antiguo. Los que tan mal aconsejados de nuestra propia estirpe querrían des-

pedazar mis reinos, encontrarían mejor empleo en debelar a los cristianos. Tu voz podría atraerlos y acabar esta guerra impía, mejor por tus consejos que por conciertos y alianzas con príncipes infieles; después, llamar el África y el Asia para la grande empresa, cuyo fundamento es este Imperio... ¡Que los hermosos reinos de Granada, Sevilla y Córdoba volviesen a ser nuestros...!"

Tal concepto tenía Muley de los talentos de su huésped, y a tal punto poseía éste su perfecta confianza. Dueño así de extender sus relaciones y de entenderse y concertarse con quien le conviniese, se avistó con Hescham, hijo de Ahhmed, y sin manifestar quién era, bajo el mismo papel de príncipe Abasida, que había venido a España para cumplir un voto, le propuso su intervención con el gobierno castellano para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto a condiciones, dejando a Hescham que se explicase él mismo, llegó éste a prometer por cédirse la corona de Marruecos la cesión de Fez entera. Debían venirnos de esta suerte por el pronto Tetuán, Tánger, Larache, los dos Salés, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el más civilizado del Imperio.

Las fuerzas disponibles de Muley, si había de hacernos frente, consistían en diez mil hombres, los más de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no había temor de que se alzasen por un hombre que estaba aborrecido, mucho menos no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y a favor de otro cherif que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, tan lejos de acudirle hubiera peleado en contra suya; nuestro dominio mismo, en vez de disgustar a aquellos moros industriuosos, les hubiera sido grato y preferible, respetada su religión, introducidas nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tiene nadie, y dada entera libertad a su comercio. Aún había algunos de estos pueblos que referían por tradición haber sido

más felices cuando se hallaron gobernados por portugueses o españoles.

¿Habría sido una injusticia y una violación de nuestras treguas atacar a Muley? Treguas digo porque, después de rotas las antiguas paces con España por Muley Elyazit en 1791, en cuantos acomodamientos se trataron con la corte de Marruecos excluyeron aquellos príncipes la cualidad de paz perpetua, colocándose de este modo en situación más cómoda para exigir tributos o regalos y convertir en tráfico la amistad siempre incierta que pactaban con nosotros. Semejante estado de cosas era ya indigno de sufrirse, sin quedar otro medio que la guerra, ya que Muley Solimán amenazaba hacérsenosla si se negaban los presentes. Solrado tiempo, nuestra lucha con la Inglaterra nos había obligado a contemplar a aquellos bárbaros y a comprarles sus miramientos con nosotros.

¿Dirá alguno que, en las circunstancias que ofrecía la Europa, aquel proyecto era imprudente o que era extravagante? No; en los tiempos de paz es cuando se compone cada uno y se previene contra las contingencias venideras. Si era en cuanto a la Francia, la guerra de Marruecos nos ofrecía un pretexto para aumentar nuestros ejércitos sin que Napoleón se recelase de nosotros. En la vecindad de aquel hombre convenía tener constantemente nuestras armas sobre el pie de guerra, y esto no podía hacerse sin tener una razón y una deshecha bien plausible. Por lo demás, aquella guerra no le iba ni venía para haber de parar mientes sobre ella. En cuanto a la Inglaterra, ésta no podía ignorar las pretensiones de Muley, ni debía extrañar que se negasen, ni que por tal motivo se guerreara con el moro. El empleo de nuestras fuerzas, lejos de alarmar a los ingleses, les debía mostrar patentemente que España estaba lejos de ocuparse con la Francia en contra de ellos. Después de esto, la posesión de Fez, si llegaba a ser nuestro, no les quitaba a ellos expectativa alguna sobre aquellos países que nunca codiciaron. Dueños fueron de Tánger, y al fin de veinte

años se cansaron de aquella plaza y la dejaron a los moros. Verdad es que aquel país habría aumentado en el Estrecho nuestro poder marítimo, y que este aumento de poder por parte nuestra habría dado algún tormento a la Inglaterra; pero esto mismo me animaba más en mi designio, porque, una vez apoderados de aquellos puertos berberiscos, nos habría tenido más respeto aquel Gobierno. Y, al fin, si su intención era envolvernos en su lucha con la Francia, como después se vió, ¿no convenía tener más medios de hacerla buena guerra y de dañarla cabalmente en la salida y en la entrada del Mediterráneo y el Océano?

Diráse acaso todavía que aquella empresa debería de habernos sido muy costosa en armas y en dinero: mas ni aún eso. Tal como se ofrecía por sí misma, nos habría bastado reunir en los presidios, cuando menos, quince mil hombres, atraer allí las tropas de Muley y, comenzada la invasión por el caudillo Hescham, penetrar más adentro y acudirle. Tenía ganada mucha gente entre los principales marroquíes; de entre la parentela de Muley había uno solamente (el que mandaba en Mogador, Muley Abdelmelek) que pudiera oponerle alguna resistencia y disputarle el trono; pero Hescham tenía un concierto con parciales suyos, que, a la primera señal, le deberían sorprender y alejarle de Marruecos. Con nosotros lo podía todo aquel caudillo; sin nosotros no podían nada, porque le faltaban artilleros y buenos trenes de campaña. Hescham, por hacer cierta nuestra ayuda, nos ofreció rehenes que asegurasen sus promesas.

Faltaba sólo asegurarme yo también de la certeza de estas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puse yo en el secreto de aquella tentativa a un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul de Mogador don Antonio Rodríguez Sánchez. A éste le ofrecí tanta parte en la fortuna y en la gloria que podrían traer estos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastrado. Rodríguez me afirmaba que las operacio-

nes de Badía eran ciertas y seguras, que todo estaba calculado con buen pulso y que, vistas las circunstancias del país, el carácter de las personas que mediaban y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecía indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podía juzgar con menos riesgo de engañarse. Añadía, además de esto, que no sería imposible que el Imperio de Marruecos quedase todo por España si a Badía se diese anchura para aprovechar cualquier evento favorable a este designio, por más raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existía un partido que quería darle la corona, medio cierto por el cual, dueño que llegase a ser de aquel Imperio, lo podía añadir a la Corona de Castilla, haciéndole ocupar por las tropas españolas y estableciéndose después un virrey moro a la manera de los príncipes mediatos del Imperio angloindio.

Todavía después de esto, para más asegurarme, hice partir a los mismos lugares, para que se informase por sí propio, al benemérito coronel don Francisco Amorós, oficial que era entonces de la Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra, mi agente único desde un principio en el asunto de Marruecos y a quien tenía encargada la correspondencia con Badía y Rodríguez. Vuelto Amorós, no tan sólo me confirmó la verdad de los hechos y la exactitud de los informes recibidos, sino, además, me demostró la urgencia de poner mano a aquella obra, sin dejar que se entibiasen o que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los auxilios. Entonces di mis órdenes, envié a Amorós a Cádiz y encomendé al marqués de la Solana todas las cosas concernientes al envío de tropas, armas y de buques menores, que debían expedirse de diversos puntos y en diferentes veces, separados, al desgaire, sin que llamasen la atención en aquel país ni en parte alguna, y dejando correr la voz tan solamente de que los moros amenazaban los presidios, cosa que era



frecuente y ordinaria y no alarmaba a nadie.

Ninguna de estas cosas se había hecho ni se hacía sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por extenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero a Carlos IV; pero Su Majestad me dijo que podía enviarlas, y que después, cuando se hallase más despacio, tendría contento en darlas, juntamente con un resumen bien circunstanciado que me tenía pedido de la correspondencia de Badía. El resumen estaba ya extendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badía se encontraba el anuncio de la donación de *Semeluliu* y demás gracias y favores que el emperador marroquí le había hecho, junto con el diseño de aquella posesión y un traslado del firmán que la pasaba a su dominio. Y he aquí que cuando llegué a esta parte del resumen y desdoblé el diseño noté en Su Majestad una señal como de horror, tras la cual, después de haber leído por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras:

—No, en mis días no será esto; yo he aprobado la guerra porque es justa y provechosa a mis vasallos. He aprobado también que antes de hacerse vaya un explorador, porque esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para emprenderla con acierto; pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdición del que la da benignamente. Con Dios y con el mundo sería yo responsable de tal hecho siendo un agente mío quien habría obrado de esa suerte. La culpa es de Badía, que debió quedarse libre y no aceptar esos favores... A Badía, que se vaya y que prosiga sus viajes; otro hombre de más juicio y de más peso se podrá encargar de manejar ese negocio.

Tal era Carlos IV, en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni Gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez o dolo. ¡Y este mismo monarca, de tan purísima conciencia, tan fiel a la moral y tan severo y circunspecto

en su política, estaba reservado para ser una gran víctima de la ambición de propios y de extraños!

—Pero, señor—le dije al rey—, tiene que costar más deshacer lo que está hecho que llevarlo adelante. Hay además personas, y algunas de éstas españolas, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atrás de lo que está andado.

—Si los comprometidos—dijo el rey—son vasallos míos, escribirles que vengán al instante. Si son moros, no es cuenta mía, pero se podrá avisarles.

—¿Quién de ellos—insté aún—volvería a fiarse de nosotros ni querría concertarse con otro que Badía? Nadie podrá tener sus relaciones; de él se fían porque le creen un moro y un gran príncipe. El tiene en su favor los mismos jefes de la guardia, muchos gobernadores y bajeas..., nadie podría suplirle.

—Y, bien—repuso el rey—, dejemos esos medios y empréndase la guerra por sus caminos naturales si Muley no se aviene con nosotros.

En vano fué representar a Carlos IV las ventajas incalculables que podría traernos aquellas posesiones; los arbitrios y los recursos permanentes que adquirirían en la región del Africa nuestras industrias y comercios, las aclimataciones ricas que allí podrían hacerse en abundancia de los más preciosos frutos de los trópicos; el suplemento que esto haría a las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya fuese que las guerras interrumpiesen los negocios con aquellos países tan lejanos, o ya que éstos se alzasen algún día y adquiriesen su independencia como la América del Norte; el dominio que nos darían aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho, frente por frente de los nuestros y a tan corta distancia; la importancia que tomaría nuestra amistad con las demás naciones comerciantes teniendo aquel dominio; el respeto que por tal modo podría imponerse a la Inglaterra; el aliento y espíritu de gloria que cohraría la España conquistadas aquellas tierras codiciosas contra sus enemigos natura-

les, que lo fueron tantos siglos; el aumento de fuerzas que se podría añadir a nuestro Ejército con escuadrones berberiscos; la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestro equilibrio con la Francia por cuantos medios fuesen dables; tantas y tantas cosas como estas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa.

—Todo es verdad—respondió el rey—; todo cuanto tú quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente; mas mi conciencia no se aviene ni podría avenirse con los medios. *Non sunt faciendi mala ut inde veniant bona.*

—Gran principio, respetabilísimo—me atreví yo a decir por último argumento—si lo observasen todos; pero, en política, dañoso si es uno solo el que lo observa.

—Obrando rectamente, Dios estará conmigo—dijo el rey.

—Pero el correo ha partido con la instrucción—dije yo todavía—; Vuestra Majestad lo había mandado.

—Yo lo desmando ahora—dijo el rey—; despáchese un aleance.

Aquella noche se pasó toda en vela para deshacer cuanto había hecho, y deshacerlo para siempre. Cinco meses después volvió la guerra con la Gran Bretaña.

Grande fué el compromiso de Badia, que se hallaba ya medio a medio del camino peligroso, donde se había lanzado más aprisa que conviniera, y el secreto, partido ya entre muchos. Su admirable sagacidad halló manera de contentar los conjurados con esperanzas y promesas, hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese.

Muley, al fin, años después, desfalcado su Imperio y dividido en bandos, se vió obligado a desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderramán, sobrino suyo. Ninguno de sus hijos pudo haberla.

Sidi-Hescham fundó un Estado independiente con las conquistas que había hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas. La ocasión malograda era segura; yo no me había engañado.

Novela y fábula parecerán las cosas

que dejo referidas, y con mayor razón por ser muy pocos los que supieron de ellas en España. Pero de entre los vivos que mediaron en aquel asunto existe todavía don Francisco Amorós, que, como dije antes, fué mi especial agente para todo lo que fué hecho o preparado, dando en esto nuevas pruebas de su amor ardiente por la patria. En cuanto a documentos y papeles que fuesen relativos a este objeto, en mi archivo se habrán hallado algunos de ellos. Yo no esperaba ya en mi vida ver ninguno, hasta que venido a Francia hallé aquí impresa alguna parte de mi correspondencia con el marqués de la Solana, traducida al francés por M. Bausset e insertada en sus *Memorias*. Esta correspondencia es verdadera, si bien la traducción, por lo que alcanza mi memoria, me parece estar defectuosa algunas veces. Pero tal como la he hallado, copiaré de ella algunas cartas, donde se contiene mucha parte de los hechos referidos (28). ¡Rara suerte que mis papeles hayan pasado por entre tantas manos, a excepción sólo de las mías! Mas como dije ya otra vez, invadida mi casa y registrados mis bates y mi archivo minuciosamente, me sirve de consuelo que mi vida política se haya encontrado allí aún mejor que pueda yo contarla de memoria solamente, y que España y el mundo todo puedan haber notado que entre tantas correspondencias y tantos documentos y tanto cúmulo de apuntes, caído todo en mano de mis furiosos enemigos por sorpresa, ninguna cosa fué encontrada que pudiera publicarse en daño mío bajo ningún sentido. ¡Con qué ansia lo buscaban! Contaré sólo un incidente del mismo asunto de Marruecos, que podrá dar idea de aquel empeño tan rabioso y tan inútil de encontrarme delincuente.

La donación de Semelalia hecha a Badia parecía llevar consigo la maldición y la desgracia. Ella fué la ocasión, como se ha visto, de malograrse mi proyecto, por la impresión tan viva y tan

(28) Estas cartas se hallarán entre los documentos justificativos, número III, juntamente con la relación del asunto de Marruecos por monsieur Bausset, según afirma que la oyó de boca de Badia.

tenaz que causó en el ánimo del rey. Faltaba, empero, todavía que sirviese de fundamento a una calumnia monstruosa. Dormía el diseño de aquella propiedad en los estantes de Amorós, junto con el firmán de la donación, y la correspondencia de Badía, cifrado lo más de ella. He aquí, pues, entre las casas asaltadas en Madrid por extensión del alboroto y las violencias de Aranjuez, en marzo de 1808, una de ellas fué también la de Amorós. Su vida estuvo amenazada. Por fortuna, fué posible a sus amigos calmar al populacho; pero la nueva corte se introdujo en lugar suyo, se registraron sus papeles, se topó con el legajo de Marruecos, y a la vista de aquel diseño, del diploma, y de tanto papel escrito en cifra, la ignorancia unida a la maldad y al ansia de encontrar un gran delito, hizo correr que entre otras cosas se habían hallado documentos de una traición que estaba ya amasada para vender la España, unos decían que al bey de Argel, otros que al príncipe marrueco. Añadían que el señorío de una provincia y la ciudad de Semelalia (que por tal la tomaban aquellos ignorantes) se me daba en pago, que hasta el harén estaba ya dispuesto, que yo iba a renegar y a ponerme el turbanete, que yo era un nuevo conde don Julián, que había seguido las pisadas del barón de Riperdá, y otros desatinos de esta especie. Yo los oía contar desde las rejas de mi encierro por mujercuelas echadizas que venían a hablar con los soldados y a irritarlos.

¡Gran contento en la corte! A Amorós lo prendieron y lo comunicaron. Tres consejeros de Castilla—don Francisco Durán, don Ignacio de Villela y don Felipe Canga Argüelles—se vieron obligados a ocupar muchos días con los peritos en descifrar aquellas cartas y en ordenar aquella causa. Las resultas no fueron otras que el deshonor y la vergüenza del ministro Caballero, de quien procedió la orden de fulminar aquel proceso, postrer acto de su poder con que coronó la carrera de su mando, separado de él y arrojado por el mismo príncipe Fernando. Mas la calumnia quedó en pie, y quizá aún hoy día se

cuenten tales cosas como ciertas en los arrabales y en los campos.

Réstame decir alguna cosa sobre los años posteriores de Badía y de Rojas. El primero, desde Marruecos siguió a Trípoli y a Egipto, después corrió la Arabia, torció para la Siria, pasó a Constantinopla, siguió por Bucarest y tomó para España, en 1808, para venir a darme cuenta (29). Cuando llegó a Bayona se encontró con nuestra corte en aquel punto. Lo socorrí por medio de un banquero de la misma ciudad (30) y lo recomendé a M. Champagni. Viendo lo que pasaba con todos mis amigos, se quedó con los franceses. Dicen que, acomodado por el rey José, dió en caprichos y rarezas que no le granjearon el afecto de los pueblos. Vuelto a Francia, publicó sus *Viajes* con el título de Ali Bey el Abbassi, en cuanto a la parte histórica y científica tan sólo; libro apreciado en toda Europa (31). Protegióle el emperador y después Luis XVIII, a quien le dedicó esta obra. Después volvió al Oriente, costado para aquel viaje por la Francia. No ha habido más razón de su persona. Se ha creído con fundamento que lo asesinaron en Damasco. Con él han perecido sus demás manuscritos científicos y las preciosas colecciones de historia natural que tenía hechas.

Su excelente compañero don Simón de Rojas fué quizá más desgraciado. Verificó mi encargo y concluyólo felizmente en pocos años. Había escrito con elegante y docta pluma la *Historia natural, civil y política de las dos Alpujarras, alta y baja*. Este sabio español, dig-

(29) Uno de sus objetos en el viaje de la Arabia fué visitar la Meca, y adquirirse por aquel medio más favor y autoridad entre los mahometanos para unirse después sin ningún riesgo a alguna de las caravanas que bajaban de la región del Nilo a Tombuctú, y penetrar en aquel reino misterioso con la misma facilidad con que, el primero y único entre los europeos, visitó el templo de la Meca, cerrado a los profanos. Este viaje a Tombuctú y a otros puntos interiores de la Nigricia Central, no conocidos hasta ahora, había sido uno de los muchos encargos que le hice antes del episodio de Marruecos.

(30) Monsieur Barbachano.

(31) Tres volúmenes en 8.º y un atlas de 100 láminas, dibujos todos suyos.

no desde todos los conceptos de la buena memoria de su patria, vivió oscuro en el cultivo de las ciencias durante la invasión francesa y en los años que se siguieron, vuelto a España el rey Fernando, hasta el de 22 en que fué elegido diputado a Cortes. En tan largo espacio careció de medios para publicar su obra. Desterrado luego de Madrid en la durísima reacción del siguiente año de 1823, se vió obligado a oscurecerse nuevamente en una aldea de su tierra natal, donde prosiguió escribiendo. Más tarde, su amigo don Juan Antonio Melón pudo obtenerle su regreso a Madrid y el recobro de su plaza en el Jardín Botánico. Pero mal visto allí y acorralado por los enemigos de las luces, murió, en fin, consumido de pesares. El mismo don Juan Melón, testamentario suyo, logró preservar sus manuscritos de extravíos. Dícese que los más de ellos se conservan hoy día en el Jardín Botánico. En los postreros años del reinado de Fernando VII, el mismo Melón y otros amigos de Rojas practicaron en vano muchos oficios con el ministro de Estado, que era entonces don Manuel González Salmón, para que los hiciese dar a luz. Mucho dolor será que la España pierda el fruto y el honor de aquellos utilísimos trabajos. Rojas era un cordero en sus costumbres; intrépido para la ciencia, pero apacible, manso y tímido en los negocios de la vida. Los que le conocieron y observaron en las Alpujarras, se asombraban cuando lo veían trepar los precipicios más horribles, donde pie humano no había entrado, por coger una planta o un insecto; pero su corazón le amilanaban las injusticias de los hombres.

## CAPITULO XXI

*Año de 1805. Parte militar y política. Planes, operaciones y acontecimientos de la campaña marítima emprendida contra la Inglaterra por las armas combinadas españolas y francesas, hasta fin de julio de aquel año*

Los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bona-*

*parte*, obra mandada trabajar bajo la inmediata influencia de mis enemigos, cuando vuelto al trono el rey Fernando VII se encontraban aquéllos en la plenitud de su poder sin ningunos contradictores, han señalado tres categorías entre los aliados de la Francia en tiempo del Imperio, es a saber, de aquellos que lo eran por los lazos de parentesco con el emperador de los franceses, los que se le habían unido por interés recíproco, y los que se mostraban sus amigos por el temor o por la fuerza. En esta última clase colocaron a Carlos IV, al emperador de Austria, al rey de Prusia, al Papa y a la República suiza. No es mi objeto demostrar aquí la inexactitud y las contradicciones que ofrecen aquellos escritores al clasificar las potencias de la Europa bajo alguno de estos tres títulos, sino sólo rechazar la idea de que España fué aliada de la Francia por la fuerza. Ni es mi ánimo tampoco querellarme de la durísima injusticia con que me han tratado en todo aquello que han escrito. Han mostrado talento en muchas partes de su obra, y eran dignos de haber escrito libremente; pero su encargo fué escribir al paladar de aquella corte que pretendía justificarse. En medio de esto han dicho tantas y tales cosas, a sabiendas o sin pensarlo, que, contrarios míos, al parecer, se podría decir que ellos mismos habían trazado adrede mi defensa. Muchas veces usaré en mi favor de sus propias razones y de los grandes cuadros que presentan. Esto será más adelante: siguiendo ahora mi camino, insistiré de paso en repetir y hacer palpable que la alianza de la España con la Francia, República o Imperio, mientras me encontré libre y fui dueño enteramente de mis actos, no fué obra del temor ni de la fuerza, ni se cimentó sobre otro fundamento que el interés del reino.

Ruego aquí a mis lectores que recuerden las razones tan poderosas que fundaron nuestra alianza con la República francesa cuando, hostigada España por la Inglaterra, en 1796, no siéndole posible mantenerse neutral entre las dos potencias, por la oposición no

de la Francia, sino de la Inglaterra, prefirió la paz con la primera y se unió a ella con las armas para hacer frente a las violencias de esta última. Nuestra alianza, limitada en sus efectos a opugnar tan sólo a la Inglaterra, salva nuestra amistad con las demás potencias que guerreaban con la Francia dejaba ver muy claramente la entera libertad con que fué contraída. Nuestra paz interior, casi imposible de conservarse en aquel tiempo sin estar en paz con la República, era un motivo poderoso de interés para optar por su amistad entre ella y la Inglaterra, mientras, por otra parte, la necesidad de defendernos contra ésta sobre todos los mares no dejaba elegir más medios que juntar nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda para proteger nuestro comercio y guardar sobre todo nuestras inmensas posesiones de ambas Indias, que codiciaba Mr. Pitt con tantas ansias, y a quien, poniéndonos en guerra con la Francia, habría sido tan asequible levantarlas y separarlas de nosotros. De este queda ya hablado extensamente en mi primera parte (32).

Nuestra unión con la República no mudó de carácter llegado Bonaparte y puesto a su cabeza. Probado dejé ya con evidencia que la guerra de Portugal, en 1801, fué una consecuencia y un efecto necesario de la guerra con la nación británica, y que si bien los miramientos de la España con la casa de Braganza, unida en parentesco con la nuestra, contuvieron las quejas de la Francia muchos años, con daño suyo y nuestro, no fué dado ni convino disimular más tiempo la correspondencia ingrata del Gabinete lusitano, ni empeñar una guerra con la Francia para sostener a aquel Gobierno, que a entrambas dos potencias se hacía hostil por servir a la Inglaterra, favorecerla y ayudarla en contra de una y otra. Cuál fué la libertad y la completa independencia de nuestro Gabinete en la gestión de aquella guerra, referido quedó también y demostrado en su lugar con hechos y con datos innegales.

(32) Véanse en ella los capítulos XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV.

La voluntad de España, no la de Bonaparte, fué cumplida enteramente, y, por muy mal que lo llevase, respetó la paz que fué asentada por nosotros, retiró sus legiones y sentó, al fin, la suya sobre las mismas bases que la nuestra (33).

Hecha luego la paz de Amiens, y rota, por desgracia, a poco tiempo, entre la Francia y la Inglaterra, nuestra perfecta independencia se mostró patentemente por el mismo hecho que fué visto de tomar nosotros el carácter de neutrales. La Holanda, bien que la Inglaterra la brindase con su amistad sin otra condición alguna que de mantenerse neutral, fué arrastrada a la guerra por la Francia. España se hizo firme en su propósito, y guardó su paz con la Inglaterra sin que el Gobierno consular se lo impidiese. Mal pecado, no por mí ni por mi voto o anuencia, se pactó un subsidio pecuniario, pagadero a la Francia como compensación, harto mal entendida y mal fundada, del Tratado de alianza que no debía regir en aquel caso. Mas, comoquiera que esto fuese, visto está que fuimos libres, que evitamos la guerra, y que nuestra alianza, tal como entonces fué entendida y concertada, no excedió los límites, ni de la libertad, ni de la conveniencia de la España.

Entró Pitt a gobernar el Gabinete inglés, y la misma política con que nos estrechó a la guerra en 1796, más violenta todavía en 1804, más dura, más injusta, y sobre injusta atroz, nos obligó a tomar las armas, provocada por él la lucha con ofensas y ultrajes nunca vistos ni creíbles entre pueblos civilizados. No dirá nadie que, en tales circunstancias, fué la Francia quien nos lanzó a la guerra: 1804 fué justamente un año en que mantuvo España con la Francia, y Francia con España, la mejor correspondencia sin ningunas pretensiones ni debates de política.

Ciertamente el horror y la justa indignación que el atentado inglés produjo en toda España y en sus dominios de Ultramar, junto a esto la repentina

(33) Véanse sobre esto los capítulos V y VI de la segunda parte.

guerra a fuego y sangre que aquel Gobierno injusto rompió contra nosotros, sin ahorrar su furor ni aun a los pobres barcos pescadores, nos pusieron en el deber, por nuestro honor otro tanto que por nuestros intereses, de responder con energía, por cuantos medios fuesen dables, a una conducta tan infiel como feroz tenida con nosotros. Vano fué que alegasen los ministros ingleses que la presa de las fragatas fué tan sólo una *precaución* contra nosotros. Si éste fué el solo objeto, bien que extraño y desusado entre naciones cultas, ¿a qué fin fué ordenar, al mismo tiempo, apresar o destruir todas las naves españolas que se hallasen en cualquier punto que esto fuese, de cualquier porte que tuviesen, hasta las más pequeñas, y hasta aquellas mismas que aun en tiempos de guerra son exceptuadas del ataque? (34). Echar a pique, incendiar y destruir. ¿es por ventura hacer rehenes? ¿Fué que precipitamos nuestras justas medidas de defensa y de venganza, que aprisionamos los ingleses que se encontraban en España y tomamos también rehenes en sus personas, sus pertenencias y caudales? Así lo hizo la Francia, rota la paz de Amiens; nosotros no lo hicimos. Cuerdo y prudente aun más de lo que es dable en tales circunstancias, nuestro Gobierno aparentó por muchos días no saber la innoble hazaña que estaba cometida, y todo el mes de octubre se siguieron las conferencias, aguardando con flemma propia nuestra que el ministro Frere se explicase él mismo sobre tal conducta. Don Pedro Cevallos le dirigió su postrer nota en 3 de noviem-

bre, y esta nota, que ofrecía seguridades al Gobierno inglés cuanto era compatible con el honor de la Corona, se quedó sin respuesta, partiendo luego Mr. Frere atropelladamente. Nuestra declaración de guerra se tardó otro mes más, y las explicaciones no vinieron. Disimuló el Gobierno tanto tiempo y difirió su rompimiento por dos meses, esperando que la Inglaterra viese en esto nuestros deseos de paz y la perfecta independencia en que se hallaba el Gabinete. Desde el primer instante de saberse la agresión inglesa, nos prometió la Francia su asistencia: los ingleses lo sabían bien. La prueba que les dimos de espera y de cordura les debió hacer tomar mejor acuerdo; mas Pitt quería la guerra.

Necesario fué hacerla y aceptar los auxilios de la Francia para sostener aquella lucha con los señores de los mares. No guerreaban contra ella en aquellas circunstancias sino Francia y Holanda; razón fué unirnos a una y otra no por complacencia nuestra, sino por interés, por nuestra propia conveniencia. ¿Quién dirá en este caso que la Francia nos arrastró a sus guerras, o que, unidos con ella, la servimos con nuestras naves? Ella, al contrario, nos sirvió a nosotros. No podía pelearse con suceso sin asociarnos con las fuerzas de entrambas potencias.

¿Se dirá todavía, con M. Pradt, que la Francia no podía dañar a la Inglaterra? Esta no lo creyó así, llena de angustias y temores, manteniendo un Ejército de tierra de ciento cincuenta mil hombres, sin contar aquí los voluntarios y los armamentos populares, trabajando de día y de noche a toda costa por buscar aliados en todo el continente y esquivar así el golpe de que se hallaba amenazada.

¿Se dirá que concurrimos a la guerra con mayores fuerzas que la Francia? No, por cierto. La Francia toda entera acudió a aquella guerra con dinero o con efectos para ayudar al armamento formidable que se hacía contra la Gran Bretaña y que se hallaba casi ya completo cuando nos asociamos a sus armas. Casi todos los departamentos ofrecieron un navío de línea; las grandes ciu-

(34) Don Mariano Yzashiril, destinado por aquel tiempo en la fragata la *Extremeña* a la prosecución de los trabajos científicos de hidrografía en las costas de Chile, fué asaltado cerca de Copiapó por un bergantín inglés de la Marina real, que lo batió a metralla en 30 de septiembre, justamente seis días antes de la presa de nuestras fragatas. Nuestro sabio marino, que se hallaba indefenso y descuidado enteramente, puso fuego a la *Extremeña* y salvóse en una lancha, en que llegó a Copiapó con los papeles, diseños e instrumentos que le fué posible recoger en tal sorpresa. Este solo hecho, entre otros muchos de la misma especie, basta para probar la larga fecha que tenían las órdenes enemigas, mientras un plenipotenciario inglés negociaba con nosotros.

dades ofrecieron fragatas, y todos los Ayuntamientos, aun los de los lugares más pequeños, hicieron don de algún barco de transporte, o de una cañonera, una falúa, un peniche, un barcolongo, o los fondos equivalentes a su costo. No tan sólo se trabajaba sin descanso en los puertos militares, en los demás mercantes, y en las obras todas de la Francia, sino que en las orillas de los ríos que descargan en el Océano, y de sus varios confluentes, se abrían calas y astilleros. En Brest, en Lorient, en Rochefort, en Tolón y en Amberes se construían navíos de línea, fragatas, bergantines y bajeles de toda especie. La Holanda concurría del mismo modo. Se agrandaban los puertos y se hacían otros nuevos. En Boloña, en Etaples, en Wimereux, en Calais y en Ambleteuse, las alas y los centros de la flotilla destinada al desembarco en Inglaterra componían, en fin de julio, dos mil trescientos sesenta y cinco bastimentos de toda especie de servicio; dieciséis mil marinos los montaban. Hallábanse reunidos, acampados y prontos al embarque ciento setenta mil guerreros, cerca de diez mil caballos, artillería completa, bagajes, provisiones y pertrechos, todo listo. Para hacer frente a tantos gastos, al solo Ministerio de Marina estaban asignados cuatrocientos millones de francos, dinero puesto en Caja. Después de este armamento, la escuadra sola de Brest contenía veintidós navíos de línea. Con éstos, y los demás navíos armados que contaba ya la Francia en diferentes otros puertos, podían salir al mar hasta cincuenta, con un buen número proporcionado de fragatas y bastimentos inferiores. La escuadra de la Holanda componía once navíos y hasta quince fragatas o corbetas. Ningún siglo había ofrecido una fuerza tan poderosa como aquella que amenazaba en 1804 y 1805 a la nación británica, con más la maravilla y el prestigio del feliz guerrero que estaba al frente de ella, y de sus generales Ney, Soult, Lannes, Augereau y Davoust, que, bajo de él, debían mandar las tropas, inflamadas de entusiasmo y ambiciosas de nuevos laureles.

A esta Francia tan poderosa, no a

la Francia humillada y decaída de Luis XV, como en los días del ponderado Moñino, se unió España no para proteger empeños voluntarios y proyectos desleales contra la Inglaterra, como hizo aquel ministro, sino ofendida enormemente, no agresora; vulnerada en sus hijos, defraudada en su honor y en su amistad sincera con aquella potencia. Vengar sus agravios, defender su comercio, conservar sus Indias, mantener el decoro de la bandera castellana, y obligar a la Inglaterra al derecho común de las naciones sobre la superficie de los mares, eran los objetos solos y los objetos justos de la España. La opinión del Gobierno y de los pueblos fué una misma. Les affligía la guerra sobre tantas calamidades soportadas en los dos años anteriores; pero el sentimiento vivo del honor, indestructible en las almas españolas, aceptaba con voluntad resuelta los trabajos de aquella nueva lucha. Los partidarios de Inglaterra, que eran pocos, se callaron; nuestra unión con la Francia fué el deseo y fué la voz de toda España. No hubo ni pudo haber en aquel tiempo ni un español tan sólo que hubiese aconsejado ceder a la Inglaterra, devorar nuestro ultraje, humillarnos delante de ella, ponernos a su sueldo y pelear sus guerras contra Francia, que era nuestra aliada, y defendía la misma causa que nuestro propio honor, y el interés supremo del Estado pedía también que fuese defendida por nosotros.

Y, sin embargo de esto, mis enemigos, a una voz, han dicho que por servir y complacer al jefe de la Francia, por ganar con él albricias y afirmarme yo en mi poder con su benevolencia, procuré aquella reunión sacrificando en su favor nuestras fuerzas marítimas. ¡Dios del cielo, qué injusticia! ¡Y esto lo han repetido en tiempos posteriores los escritores mismos de la Francia! ¡Qué habrían dicho de mí los unos y los otros si, aceptados humildemente los azotes de la Inglaterra y unida a su carro España ignominiosamente, la hubiese puesto yo en la carrera de peligros y desastres en que después se vió al Austria, traída encima de ella la tormenta que amenazaba a la Inglate-

rra! Mis enemigos, en tal caso, habrían vociferado con mejor apariencia de verdad que yo vendí mi patria a los ingleses, que éstos me habían comprado con su oro, y que yo había causado infamemente la ruina de la España. Yo seguí el voto de los pueblos; nunca marché en mi vida en contra suya. El voto universal era de unirnos a la Francia. Los españoles todos se gloriaban de ser sus aliados y ansiaban tener parte en sus laureles; cuéntenlo los que vivan de aquel tiempo. Ninguno dijo entonces que en aquella unión fuimos nosotros los cargados; veíanlo todos y lo cantaban, que si España tiraba como ciento para aquella guerra, la Francia concurría más que ciento cuatro veces. ¡Qué de alabanzas se habrían dado a aquella unión si la hubiese coronado el triunfo! (35).

¿Faltó éste por mi culpa o de perso-

(35) No ha faltado quien haya dicho que la España habría podido unirse con el Austria y con la Rusia en la tercera coalición que estalló a fin de agosto de 1805. Decir esto arguye ciertamente necedad o malicia, y, por mejor decir, entrambas cosas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué a principios de octubre de 1804. El Austria, como dije ya en otra parte y es sabido, estaba lejos todavía de intentar medirse nuevamente con la Francia. La Rusia estuvo pronta a negociar con ella, por lo menos, hasta el mes de julio del siguiente año; del mismo modo, el Austria, mediando siempre Prusia o aparentando que mediaba, atenta a los sucesos y guardando bien su casa. En los primeros meses de 1805, nada había cierto ni aun probable sobre la nueva coalición que se cuajó en agosto. La resolución de Mr. Pitt de atacarnos diez meses antes fué un arrebató de pasión, una locura y un absurdo en política. Más tarde, y promovidada ya y segura la tercera coalición, podría al menos haberse prometido que la España entrase en ella buenamente, si su objeto no era más que poner valla a la ambición de Bonaparte. Mucho me habría mirado yo antes de aconsejar a Carlos IV que se agregase a aquella Liga, y jamás lo habría intentado mientras la Prusia no tomase parte en ella; mas al fin, con tales circunstancias y madurado el tiempo, no habría sido imposible persuadirnos a una guerra que pudiera haber fijado el equilibrio y el reposo de la Europa. No así en octubre y en noviembre de 1804. Acosada la España por la Gran Bretaña en aquel tiempo, no tenía más recurso para hacerle frente con esperanza de un buen éxito sino el de unirse con la Francia y con la Holanda. Unida ya, desertar de aquella unión sin ningún motivo grave hubiera sido infamia.

na alguna de la España? He aquí el punto esencial sobre el cual conviene mucho detenernos. Generalísimo de nuestras armas de mar y tierra, si el feliz resultado que se debía esperar de la combinación de nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda se llegara a malograr por culpa nuestra, yo era, sin duda, el responsable.

Mi primera obligación fué disponer un armamento grande y vigoroso. Este fué realizado o, por mejor decir, improvisado en menos de tres meses. Por el mes de marzo, sin contar las fuerzas destacadas a la América que arribaron a su destino respectivo con feliz suceso, tres escuadras se vieron listas: una, en Cádiz; otra, en Cartagena; y otra, en El Ferrol y La Coruña. Treinta navios de línea se aparejaron en tan corto plazo, y para gloria de aquel tiempo, todo aquel armamento, y el que se siguió aumentando siempre, fué surtido cumplidamente por nuestros almacenes y depósitos; nada pendió del extranjero. Nuestras tripulaciones se pusieron al completo sin necesidad de levás ni violencias; hervían el honor y el ansia de vengarse hasta en los más oscuros marineros. En cuanto a prontitud, las escuadras de España que debían obrar con las francesas tuvieron que aguardarlas.

Otra atención de las más graves, de la cual era yo el solo responsable, fué la elección de jefes y oficiales para la cooperación de aquellas fuerzas combinadas. A la pericia de éstos, a su entusiasmo por la patria y a su nombre bien acreditado, se necesitaba buscar en ellos y añadir aquel carácter de cordialidad y de buen comportamiento que requería el concurso mutuo de las dos naciones. En la guerra de los cinco años contra la Inglaterra por la cuestión americana, una de las causas que hicieron abortar las mejores combinaciones de los Gabinetes de Madrid y de Versalles fué el malísimo acuerdo y la rivalidad funesta de los jefes de entrambas dos potencias (36). Y otro tanto

(36) Sesenta y ocho navios de línea, treinta y ocho de éstos españoles y treinta franceses, habían sido destinados para invadir la Inglaterra. El ejército francés reunido en las



influyó también en los desastres de aquel tiempo la manía que hubo entonces de dirigir todas las cosas, hasta las más pequeñas, con órdenes ministeriales de los dos Gobiernos, muchas veces contradictorias, y casi siempre tardas para llegar en tiempo hábil y ser ejecutadas.

Uno y otro inconveniente procuré evitarlo. Del concurso sincero de ambas partes, y de una plena libertad en las combinaciones del momento, debía pender en gran parte el buen suceso de la guerra. Cuáles fuesen los jefes elegidos, cuál su merecimiento, cuál su inteligencia, cuál su valor y su desprecio de la vida, cuál su franca y noble cooperación con los franceses, no necesita España referirlo, porque las relaciones extranjerías sobre aquellos héroes españoles han excedido en mucho las alabanzas de las nuestras; las francesas, más que todas. Si la fortuna fué contraria y si hubo yerros, nadie culpó a la España; y si el Emperador, mal avisado, puso al frente de su armada un hombre menos apto de lo que requería el empeño de las armas aliadas, nadie ha dicho ni podrá decir que por España se cometió igual falta; y esto también es cierto, que por ningún concepto le

costas fronterizas contaba cincuenta mil hombres, con los transportes listos; era ya el mes de junio; el tiempo, favorable; la confusión y el terror pánico reinaban en Inglaterra aquellos días. Pero, llegada ya la escuadra combinada, y señora enteramente del Canal, los jefes españoles y franceses se pusieron en discordia. Pretendían los primeros que la invasión se hiciese sin tardanza, visto que el almirante inglés Hardy no estaba en el Estrecho ni osaba presentarse con fuerzas inferiores. Los franceses, al contrario, se oponían al desembarco hasta que se encontrase al almirante inglés y se lograra destruirle. Entre tales disputas, le sobró tiempo a la Inglaterra para guarnecer sus costas, y en tantas idas y venidas de la escuadra combinada ostentando su poderío de unos puntos en otros, la habilidad de Hardy halló el instante favorable de tomar puerto en Inglaterra sin ser visto. El equívoco vino luego, un contagio se apoderó de entrambas escuadras francesa y española, y la expedición fué abandonada. El mismo desacuerdo ocasionó la destrucción completa de la escuadra que mandaba nuestro excelente general don Juan de Lángara, malogró la primera y la segunda expedición de la Jamaica, y acarreó, por último, el doloroso desastre de la escuadra del almirante Grasse.

atribuirá la historia las desgracias con que dió fin a aquella gran campaña.

¿Fué posible prever estas desgracias? En verdad que jamás se concibió un proyecto más grandioso, menos quimérico, mejor fundado ni de esperanzas más seguras que el que fué acordado entre ambas Cortes. Napoleón, bien advertido por algunos de sus marinos de que la flotilla no bastaba para invadir a la Inglaterra sin que una grande escuadra, insuperable al enemigo, protegiese el paso de las naos y sostuviese el desembarco, se prestó a esta idea de que pendía en verdad el buen éxito seguro de tan vasta empresa. Para obrar de este modo, la primera medida debía ser distraer a la Inglaterra con expediciones verdaderas o aparentes sobre los diversos puntos que debía guardar en la Europa, en América, en el Africa y en las Indias orientales. Nuestra unión con la Francia dió una gran extensión a esta medida. De Rochefort debía salir la escuadra surgida en aquel puerto y dirigirse a las Antillas, tomando tal rodeo que no pudiese el enemigo adivinar su destino verdadero. La escuadra de Tolón debía salir al propio tiempo, con las mismas precauciones, dirigirse al Estrecho, desbloquear a Cádiz, reunirse allí con una escuadra nuestra, seguir a las Antillas y juntarse con la de Rochefort, destruir las fuerzas enemigas en aquellos puntos, atacar sus colonias y reconquistar la Trinidad de Barlovento, todo lo cual cumplido, deberían volverse juntas para el mes de junio, desbloquear El Ferrol, unirse con otra escuadra nuestra, seguir después a Brest, levantar su bloqueo, reforzarse todavía más con la grande escuadra aparejada en aquel puerto, dominar el canal, amparar la flotilla y proteger el desembarco.

La de Rochefort salió en enero bajo el mando del contraalmirante Mississy, venció los temporales, frustró la vigilancia de los cruceros enemigos y llegó a la Martinica en 20 de febrero (37).

La de Tolón zarpó también de aque-

(37) Se componía esta escuadra de cinco navíos de línea, uno de ellos de tres puentes, tres fragatas y algunos bergantines. Llevaba a

lla rada en el mismo mes de enero, mas la violencia que sobrevino de los vientos dispersó una parte de sus fuerzas, quebrantó algunos buques y le obligó a volver al mismo puerto. Los bastimentos dispersados arribaron dos días después y aún trajeron algunas naves capturadas; mas la nueva salida se retardó hasta el 30 de marzo. El comandante de esta escuadra, que debía mandarlas todas, fué el almirante Villeneuve (38).

La escuadra llegó a Cádiz felizmente sin ningún tropiezo el 10 de abril siguiente. El apostadero inglés delante de aquel puerto, al mando de sir John Orde, era de solos cinco navíos y de dos o tres fragatas. A la primera señal que dieron los cañones de Gibraltar picaron cables los ingleses y partieron a unirse con la escuadra que hacia el bloqueo de Brest. Nadie le ha perdonado a Villeneuve la necia ostentación de mostrarse en el Estrecho a la mitad del día. Sir John Orde estaba confiado en el crucero de lord Nelson, que velaba en el Mediterráneo. Llegando por la noche, nada más fácil que sorprender y haber tomado la pequeña escuadra inglesa.

De la bahía de Cádiz se reunieron a Villeneuve el *Argonauta*, de ochenta cañones, montado por el general Gravina; el *América*, de sesenta y cuatro, al mando de don Juan Darrac; el navío francés el *Aigle*, y varios bergantines y corbetas. Un día después salió de Cádiz a su alcance otra parte de nuestra escuadra, a saber: *San Rafael*, de ochenta cañones, su comandante el brigadier don Francisco Montes; el *Firme*, de setenta y cuatro, bajo el mando de don Rafael Villavicencio; el *Terrible*, de setenta y cuatro, capitán don Francisco Vázquez Mondragón; el *España*, de sesenta y cuatro, capitán don Bernardo

bordo tres mil quinientos hombres de tropas, un gran surtido de fusiles, un buen tren de artillería y toda suerte de pertrechos. Estas fuerzas eran mandadas por el general Langrange.

(38) La escuadra de Tolón se componía de once navíos de línea, siete fragatas y dos bricks. Llevaba también un Cuerpo de tropas, al mando del general Lauriston. La tardanza de esta segunda salida fué crasa, como se verá después, de no haber podido unirse Villeneuve y Missiessy en el Mar de las Antillas, como estaba concertado.

Muñoz; la fragata *Magdalena*, que mandaba don José Caro, y otros buques inferiores. Esta escuadra, sin embargo de haber salido un día después que la de Villeneuve, llegó a la Martinica dos días antes. La reunión fué hecha felizmente en la rada de *Fort-Royal*, a catorce de mayo. En aquella larga travesía, una sola corbeta inglesa de la marina real, que fué encontrada, la apresaron las fragatas cazadoras; en Inglaterra se ignoraba todavía la dirección que habrían tomado aquellas fuerzas francohispanas. La sola cosa que faltó a nuestra fortuna fué haber llegado a tiempo para hallar a Missiessy y reunir las tres escuadras; pero éste tenía orden de esperar cuarenta días tan solamente, y de volverse a Europa si dentro de aquel tiempo señalado no habría llegado Villeneuve. Cumplido ya aquel plazo, Missiessy había partido (39).

Cuando salió su escuadra por enero, y en seguida la de Tolón, las alarmas de los ingleses fueron grandes. Tantos y tan diversos puntos donde eran atacables, en la Irlanda, en las Indias occidentales, en el Asia, en Malta, en el Egipto, etc., obligaron a aquel Gobierno a despachar y repartir escuadras en todas direcciones. El secreto de la Francia y de España fué guardado de tal modo, y era tan difícil acertarlo, que un hombre como Nelson perdió el tiempo, desatinado, por espacio de cinco meses, sin poder dar con las escuadras ni formar conjeturas y emprender marchas que dejasen de fallarle. Los errores de Nelson nos valieron todo el tiempo necesario para la ida y vuelta de América.

Uno de estos errores, que salvó tal vez la escuadra de Tolón e hizo perder a Nelson momentos preciosísimos, lo causó el cumplimiento, por mi parte, de un deber que agravó después los odios del príncipe de Asturias y de la princesa María Antonia. Preguntóme un día

(39) La escuadra de Rochefort había hecho un gran número de presas en las Antillas, y había, además, invadido y devastado la Dominica, Monserrate, San Cristóbal y la colonia de Nieves. Cargada de un botín inmenso, volvió a entrar en Rochefort sin tropezar con enemigos.

el príncipe (de buena fe, sin duda) acerca de los planes de la guerra que iba a hacerse, del empleo de las fuerzas que se armaban en nuestros puertos y de su combinación con las francesas. Cuanto me preguntaba era el secreto de Estado de que pendía en gran parte el buen suceso de la guerra; yo no debía exponerlo por complacer al príncipe, de quien lo habría tenido, ciertamente, la princesa. Excusarme de responder era un desaire manifiesto; decirle la verdad, sabiendo su flaqueza, habría sido una falta imperdonable. Yo no sé si habrá alguno que me culpe de haber dado a Su Alteza noticias inexactas, puesto yo en aquel conflicto de respeto y de deberes.

Respondí que los planes eran vastos, si bien podrían cambiarse según vinieran los sucesos; que la escuadra de Rochefort salía para las Indias orientales, y que la de Tolón iría al Egipto, quietas las demás escuadras españolas, francesas y holandesas y dispuestas para dar un golpe combinado, cuando llegase el tiempo, sobre Irlanda. Como era de pensar, la princesa María Antonia no tardó en arrancarle mi respuesta ni en escribirla a Nápoles. A la primera salida de la escuadra de Tolón, por el mes de enero, se encontraba Nelson a la capa entre las islas de Cerdeña. Allí tuvo el aviso y de allí partió al instante a darle caza. Pero la misma tempestad que obligó a volver al puerto a Villeneuve contrarió muchos días al almirante inglés, buscando a aquél por todas partes y arrostrando los temporales. Al recorrer las costas de las Dos Sicilias, y preguntando aquí y allí, recibió de Nápoles el aviso que había dado la princesa María Antonia, y gobernó al momento para Egipto. Vuelto a Malta sin haber hallado a nadie, supo allí que Villeneuve regresara a Tolón combatido por los vientos, pero que estaba aparejando para salir de nuevo, y que embarcaba armas, sillas de montar, provisiones para hospitales y multitud de otros artículos de boca y guerra. Confirmado en la idea de que la expedición se dirigía contra el Egipto, procuró dar confianza a Villeneuve, se retiró de aquellas costas, aparentó dejar aquel

crucero, pasó al golfo de Lyon, figuró amenazar las islas Baleares y volvió a su escondite, al sur de la Cerdeña. Cansado de esperar, volvía sobre Tolón, cuando supo en el camino que la escuadra había salido y que su dirección parecía ser hacia las costas africanas.

Nelson recorrió el canal entre las costas de Cerdeña y las de Berbería; después torció a buscar la escuadra por el norte de la Córcega. Con la idea fija de que la expedición era al Egipto, volvió la proa hacia Malta, y antes de haber llegado, supo que Villeneuve había pasado ya el Estrecho. Para mayor trabajo suyo, hasta el 5 de mayo le impidieron los vientos entrar en el Océano. Incierto siempre de la dirección de Villeneuve, tomó lenguas en todas partes, dudosas siempre las noticias, hasta que supo por Lisboa que la escuadra combinada había hecho vela para América. Nelson partió tras de ella; era ya 11 de mayo. Tres días después fondeaba Villeneuve en la rada de Fort-Royal, y la armada francoespañola contaba en aquel punto dieciocho navíos, siete fragatas y varios bergantines. Nelson se atrevió a seguirla con solo diez navíos, mas no sin esperanza de encontrar los cruceros de los almirantes Dacres y Cochrane, que debían de andar, el uno en la Jamaica, y el otro en la Barbada. Villeneuve tuvo la suerte de recibir a pocos días de su llegada otro refuerzo nuevo de dos navíos franceses: el *Algéciras* y el *Aquiles*, uno y otro de setenta y cuatro, y la fragata *Dido*, de cuarenta. Estos bajeles traían tropas.

¡Qué de brillantes esperanzas dejó frustradas Villeneuve a las dos naciones aliadas! Después de reposar por veinte días en la rada de Fort-Royal, se decidió a atacar la roca del *Diamante*, semejanza de Gibraltar por sus defensas, que enfrenaba a la Martinica y hacía un poco daño a su comercio. El desembarco y el ataque fueron ordenados. Tres días de fuego y sangre nos valieron aquella roca que parecía imposible de tomarse, y que se habría tomado por asedio sin que costase un hombre en los veinte días de vacaciones que se había dado Villeneuve sobre treinta o cuarenta que debía durar, lo más, su pre-

sencia en las Antillas. ¡Y he aquí todo lo que fué hecho! Nuestros marineros y soldados compitieron con los franceses en valor y en audacia. El primer bote que abordó el peñasco bajo el horroroso fuego de los puestos ingleses fué un barco de la escuadra del general Gravina con tropas españolas (40).

A los ruegos, a las instancias y a los requerimientos repetidos del mismo general Gravina para que se llevase a efecto lo pactado entre las dos Cortes española y francesa, resolvió, en fin, el almirante Villeneuve realizar la expedición que le estaba mandada ejecutar para arrancar a los ingleses la Trinidad de Barlovento. Para esta expedición, a las tropas que retinia la escuadra, se añadió otra parte más de las guarniciones de la Martinica y de la Guadalupe, y el 6 de junio cingló al Sur la escuadra combinada, toda entera, con general contento de franceses y españoles. Dos días después se hizo la presa de un convoy de catorce navíos mercantes que venían de la Antigua. Al día siguiente, 9, se apresó un barco inglés que, salido de la Barbada, llevaba pliegos de lord Nelson al comandante inglés de la Jamaica y al almirante Dacres. El oficial inglés había tirado al agua aquellos pliegos. Súpose de él tan sólo que el almirante Nelson había llegado el 4 a la Barbada, que había encontrado allí a Cochrane, y que a las fuerzas que traía se habían juntado otros cuatro navíos que se hallaban allí al ancla. Mintió en esto, que era tan sólo dos los que tenía Cochrane en aquel punto, y se sabía en la armada. No fué posible hacerle declarar con qué fuerzas venía Nelson. Villeneuve, contra el deseo y el voto de la armada, que ansiaba por medirse con el soberbio inglés, se opuso a proseguir la empresa. En el primer momento de su justo despecho, el primer pensamiento del general Gravina fué seguir adelante con sus

solos seis navíos y tentar un gran golpe de fortuna; la Trinidad estaba sin defensa. Pero ¿cómo volver a unirse con la escuadra francesa, que debía partir a Europa? Y si desamparando a Villeneuve, en un encuentro, tan posible como lo era, con la escuadra inglesa, padecía aquél una derrota, ¿no debía temer que tal desgracia se imputase a su conducta? ¿No se le habría argüido de que por causa suya había abortado el gran proyecto, del cual la toma de la Trinidad no era más que un objeto subalterno y accesorio?

Resignado Gravina, la orden de volver atrás fué dada. Las tropas que se habían tomado de la Martinica y Guadalupe fueron enviadas a esta última, y mientras Nelson caminaba al Sur, la escuadra francohispana se arrumbaba a todo trapo para el Norte.

Nelson había llegado hasta las bocas del Orinoco. Desesperado de no hallarnos, o aparentando estarlo, se volvió a la Barbada, donde teniendo informes ciertos de que la escuadra combinada volvía a Europa, resolvió seguirla, no dudando encontrar en su camino, o lo más tarde en las entradas de la Europa, alguna flota inglesa con que aumentar sus fuerzas. Su diligencia fué tan grande que se adelantó de algunos días a la escuadra galatrispana. Llegado a Gibraltar y hallando allí al almirante Collinwood, que cruzaba sobre Cádiz, conferenciaron largamente y enviaron sus avisos a Cornwallis, que estaba sobre Brest, y a sir Roberto Calder, que asediaba El Ferrol y La Corniña. Nelson partió en seguida para Irlanda, donde creyó que hacía más falta, bajo la idea de que aquel punto sería el blanco de las escuadras combinadas. Allí acabó lord Nelson sus largos derroteros sin haber podido ballar, en más de siete meses, al enemigo que buscaba.

La escuadra combinada navegó felizmente hasta pasar por las Azores como unas veinte leguas al Nordeste. En aquellos parajes represamos un galeón que, con tres millones de duros que traía, nos llevaba un corsario inglés; hiciéronse otras presas de menor valía. Desde allí en adelante, sin otros enemigos que los vientos, atrasó aquella escuadra mu-

(40) Acerca de este hecho, puede verse en los *Monitores* de aquel tiempo uno de los partes del almirante Villeneuve al ministro imperial de la Marina. En él hace mención de este rasgo glorioso de nuestros valientes militares.

chos días. A haber llegado con más tiempo y con bonanza sobre el cabo de Finisterre, el almirante Calder, que cruzaba en las costas de Galicia con sólo diez navíos, no se habría salvado fácilmente, pero con los avisos de lord Nelson, lord Cornwallis dió orden a la escuadra, que, bajo el mando de Stirling, bloqueaba a Rochefort, de incorporarse prontamente con sir Roberto Calder y de cruzar con ella ocho o diez días para acechar el paso de la escuadra combinada y atacarla. Si, corrido aquel plazo, no era hallada, el almirante Stirling debía volverse a Rochefort, en donde hacía gran falta. Ya que no adelantase, si se hubiera retrasado ocho días más la escuadra francohispana, se habría encontrado Calder otra vez con sus solos diez navíos. La francesa de Rochefort, desbloqueada, salió en aquellos días por si podía encontrarnos; mal acuerdo del ministro francés, que aún no tenía noticias de la vuelta. Esta escuadra no pudo hallarnos.

Mientras tanto, el 22 de julio, demostrando el cabo de Finisterre al SE., con distancia de unas veinticinco leguas, navegaba la escuadra combinada en formación de tres columnas al rumbo de E. 1/4 SE. Cubría los horizontes una niebla espesa.

Descubriéronse al mediodía veintiuna velas, la mayor parte de navíos. Eran éstos dieciséis, tres de ellos de tres puentes, y dos rebajados. La escuadra combinada formó la línea de batalla amura habor, la española a la vanguardia, y a la cabeza de ella el general Gravina. Villeneuve ocupó el centro de la línea.

Los enemigos maniobraban de vuelta encontrada, y buscaban, al parecer, doblar la retaguardia, y ponerla entre dos fuegos; mas se viró en redondo por la contramarcha, y cubierta ya aquélla enteramente, el navío *Argonauta*, donde tenía arbolada su insignia el general Gravina, rompió el fuego con la vanguardia inglesa. La escuadra enemiga ciñó de nuestra misma vuelta, y se trabó el combate, empeñado a un mismo bordo sobre dos líneas paralelas. La espesura de la niebla creció de tal manera que se tiraba casi a tienta sin per-

cibirse más objeto que la luz del fuego que se hacía de cada parte. Duró el combate cuatro horas: desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. De las baterías de nuestros buques había continuamente cuatro balas en los aires. A aquella hora faltó el fuego de la línea enemiga: la oscuridad era tan grande, que se hacía imposible verla; notábanse tan sólo sus señales de conserva, cada vez más retiradas de nosotros; y, en efecto, por la mañana se la descubrió harto lejos a sotavento nuestro.

Las ventajas que debió darnos el tener el barlovento no pudieron aprovecharse, puesto que fué imposible manejarse por señales. Sin esta circunstancia nos habría sido muy posible cortar la línea inglesa. Bien lo quería Gravina, mas todos sus esfuerzos por hacerse entender los impidió la niebla. Bien al contrario, la ventaja de tener el viento fué una gran desgracia para España. De nuestros navíos—que estuvieron todos empeñados y eran los primeros de la línea—dos de ellos, el *San Rafael* y el *Firme*, derivaron sobre la enemiga. Hacía el fin del combate, en el momento de una clara, se vió a éste que, ciñendo el viento con las velas mayores y las gaviás arriadas, se batía con dos navíos, desmantelado el uno de ellos. El *Plutón*, navío francés que le seguía en la línea, lo pudo descubrir más tarde y trabajó por ampararlo. Su bravo capitán, M. Cosmao, lo encontró ya desarbolado de sus palos mayor y de mesana, y se atrevió a cubrirlo contra el enemigo; mas el humo y la niebla hubieron de impedir que los navíos franceses que seguían al *Plutón* se hubiesen dirigido sobre sus mismas aguas. No lo hicieron. Cosmao, puesto en gran peligro, solo contra tres navíos, tuvo que abandonar su generoso intento. Salvó, al menos, el *España*, que, grandemente maltratado, caía también a sotavento de la línea. El *San Rafael* no tuvo ayuda. Viéronle, de algunos buques, con sus mayores amuradas y desarbolado de los masteles, que se batía constantemente. Daba también la casualidad que aquel navío no era muy buen velero y derivaba mucho; fué, además, que el honor empeñó

nuestros navíos a esfuerzos temerarios por sobrepujar a los franceses, única especie de rivalidad con éstos que mostraron nuestros marinos en toda la campaña (41).

Calder tuvo cuatro navíos desarbolados, y el *Windsor-Castle* y el *Mutta* tan maltratados, que le costó un trabajo inmenso hacerlos arribar a Inglaterra. La escuadra combinada, que esperaba el día para proseguir el combate, vió con pena, cuando el cielo estuvo claro, que el almirante inglés se le escapaba. Calder huía en desorden, y nos tomó la delantera cerca de dos leguas. Cuando a las nueve de aquel día corrió la orden sobre la línea de dar caza al enemigo, las aclamaciones y los vivas con que fué recibida aquella orden no dejaban dudar del triunfo que debía lograrse si se alcanzaba a Calder. El viento era flaco, la mar estaba muy gruesa. Desde mediodía hasta las cuatro de la tarde, por más que se esforzó de vela, se había ganado apenas una media legua sobre el enemigo. Imposible alcanzar-

(41) He aquí el orden de batalla en que se había formado la línea de la escuadra combinada, estrechadas las distancias a medio cable. Los navíos españoles son los señalados con letra bastardilla: *Argonauta*, *Terrible*, *España*, *América*, *San Rafael*, *Firme*, *Pluton*, *Mont-Blanc*, *Atlas*, *Algésiras*, *Berwick*, *Neptune*, *Bucentaure*, *Formidable*, *Intrépide*, *Scripion*, *Achille*, *Swift-Sure*, *Indomptable* y *Aigle*. El *Argonauta* tuvo rendido el palo de mesana y varias vergas, cortadas las jarcias y mucha parte de la maniobra, veintidós balazos en costados y cubiertas, y otros varios en la proa, tajamar y codaste.

El *Terrible*, todo el velamen estropeado, parte de la maniobra deshecha, dos obuses desmontados y un balazo a lumbre de agua.

El *América* tuvo los cuatro palos rendidos, lo mismo los masteleros y vergas; las jarcias, casi enteramente destruídas, varias portas de batería hechas pedazos, y más de sesenta balazos en el casco, de la lumbre de agua para arriba.

El *España*, toda la arboladura quehrantada, rendidos el palo de mesana y varias vergas y masteleros, las jarcias y todo el velamen sumamente estropeados, el bote y lancha desfondados, cuatro balazos a pie y medio de la lumbre de agua, y hasta veintiséis en el alcázar y segunda batería, varias piezas de ésta desmontadas, etc.

El *San Rafael* y el *Firme* no cayeron en poder del enemigo sino después del combate y durante la noche, porque ya no podían maniobrar y se habían aconchado a sotavento.

lo sino a muchas horas de entrada ya la noche; mas, seguida la caza, la mañana siguiente lo más tarde nos habría tenido encima; la fragata *Dido*, que lo había reconocido desde cerca, vió que llevaba tres navíos a remolque, la mayor parte de la escuadra grandemente maltratada. ¡Cuál fué la admiración y cuál la pena entre los nuestros, franceses y españoles, cuando el almirante Villeneuve se negó a seguir forzando vela por la noche! La mañana del 24 no se vían sino los mástiles de los navíos ingleses. Se prosiguió la caza con esfuerzos increíbles la mitad del día; pero, desesperando ya de obligar al enemigo, se abandonó el empeño y se hizo vela para el mediodía. Los vientos impidieron poder entrar en El Ferrol: hízose en Vigo la arribada felizmente.

Uno y otro almirante, Calder y Villeneuve, faltaron a su patria: el uno, huyendo; el otro, dejándole salvarse. Calder fué puesto en Inglaterra al juicio de un Consejo Militar; su defensa consistió en probar que su escuadra estaba de tal modo maltratada el 23, que era cosa peligrosísima tentar otro combate. Mas a pesar de la probanza que hizo de esto, y de ser un marino de cuarenta años muy honrosos de servicio, su conducta fué declarada reprensible. Napoleón, o, por mejor decir, su malísimo ministro de Marina, se mostró más sufrido con el almirante Villeneuve, que debió haber sido reemplazado desde entonces, lo primero por su pereza y su desidia, y lo segundo, que era más, por faltarle ya la confianza y el aprecio de todos los marinos franceses y españoles que se arían por el honor de los dos pabellones aliados como si fuesen uno mismo. La victoria, en verdad, fué nuestra, pero incompleta y manca; para nosotros muy costosa, pues que perdimos dos navíos, pudiendo haberlos rescatado y haberse conseguido la derrota entera de la escuadra inglesa. No era, por cierto, un gran consuelo que semejante falta no hubiese sido culpa nuestra. Por más que fuese ajena, el efecto era el mismo y hacía temer para adelante. Yo no dejé de hablar al alma sobre esto al embajador francés, y éste no se excusó de escribir nuestras

quejas a su corte. Pero Decrès era un amigo apasionado del almirante Ville-neuve, y lo sostuvo tanto tiempo cuanto fué bastante para comprometer la gloria y la fortuna de las dos Marinas aliadas.

A estos graves disgustos quiso Dios añadirme un duro paso con el príncipe de Asturias. Me la tenía guardada, y hablando con Su Alteza de los últimos sucesos de la armada, díjome de esa suerte:

—Pero, Manuel, yo soy claro y tenía que decirte acerca de estas cosas. O a ti te engañan o tú me has engañado. Me habías dicho de la escuadra de Tolón que iría a Egipto.

—Pero, señor—le respondí—, también le dije a Vuestra Alteza que podría variarse aquel acuerdo variando los sucesos.

—No—dijo el príncipe de Asturias—, porque desde un principio la escuadra de Tolón salió para el Océano.

—Vuestra Alteza—repuse—se podrá acordar que la escuadra salió dos veces, siendo fácil colegir que la primera vez pudo ser para Egipto. Pero Nelson tuvo aviso de esto, y hubo de hacerse necesario variar aquel propósito.

—Bueno cuanto al Egipto—dijo el príncipe—; pero ninguna cosa de cuantas me dijiste ha salido verdadera. La verdad es que en materias de Gobierno no soy yo más que un tanto en el palacio, y que a mí se me trata como un hombre de escalera abajo. El príncipe heredero es un reflejo de su padre y se merece igual respeto. ¿Le habrías mentido tú a mi padre?

—Señor—le contesté—, jamás menté a mi rey. Vuestra Alteza lo será algún día, y plegue a Dios que tenga servidores tan fieles y leales como yo lo estoy siendo con su augusto padre. Vuestra Alteza tal vez lo entienda de otro modo. Al que daría su propia vida por agradar a Vuestra Alteza, todas las demás cosas no son nada. El remedio es muy fácil: yo deseo retirarme mucho tiempo hace y no he podido conseguirlo. Vuestra Alteza podría ayudarme interponiendo su respeto como un ruego que yo le he hecho, y que de corazón le hago a Vuestra Alteza.

—Si—replicó el príncipe con una mala risa—, tú me querías comprometer por ese medio, ¿no es verdad...?

Iba yo a responderle todavía, mas me dejó con la palabra y retiróse. Tal carácter tomaba ya el palacio en aquel tiempo.

Por tales cosas y otras muchas como ésta se ha contado que despreciaba yo al príncipe de Asturias y que le tenía humillado; al heredero justamente de la Corona de la España, que de un momento a otro, por los achaques de salud que sufría Carlos IV, podía empuñar el cetro. Yo cumplía mis deberes a expensas propias mías; yo habría podido complacerle y ser un cortesano a todos vientos, como tantos otros; pero mis reyes y mi patria eran primero que el príncipe de Asturias.

## CAPITULO XXII

*Continuación del anterior. Entrada en El Ferrol de la escuadra francoespañola. Su reunión con la que estaba aparejada en aquel puerto. Su dirección a Cádiz, su entrada y aumento de otros cuatro navios. Combate de Trafalgar. Triunfos de Napoleón en Alemania y en Italia. Paz de Presburgo.*

Las dos escuadras—española y francesa—arribadas a Vigo en 27 de julio, se hicieron a la vela el 31, menos tres navios, que fué forzoso dejar en aquel puerto para reparar sus averías (42). Por una derrota de las más atrevidas entró la armada en El Ferrol y La Coruña el 2 de agosto. Cuatro días antes había vuelto a su crucero el almirante Calder; pero, lejos de guardar la entrada de El Ferrol, evitó nuestro encuentro. Hallábanse ya prestos, tiempo hacía, para reunirse a aquella armada, quince navios de línea, cinco de ellos franceses, de a setenta y cuatro, a saber: el *Héros*, el *Fougueux*, el *Redoutable*, el *Argonaute*, y el *Dugay-Trouin*. Los españoles eran éstos: el *Príncipe de Asturias*, de ciento y diez cañones, donde

(42) El España, el América y el Atlas, francés este último.

el general Gravina enarboló su insignia; el *Neptuno*, de ochenta, bajo el mando del brigadier don Cayetano Valdés; *San Juan Nepomuceno*, el *Montañés* y *San Agustín*, de setenta y cuatro, mandados, respectivamente, por los brigadieres don Cosme Churrua, don Dionisio Alcalá Galiano y don Felipe Jado Cagigal; *San Ildefonso*, *San Justo* y el *Monarca*, de igual porte de setenta y cuatro, al mando de los capitanes de navío don Francisco Alcedo, don Miguel Castón y don Teodoro de Argumosa; *San Leandro* y *San Francisco*, de sesenta y cuatro, bajo los capitanes don José Quevedo y don Luis de Flores; la fragata *Flora*, y diferentes otros bastimentos inferiores, franceses y españoles.

La escuadra de Rochefort, que, como fué ya dicho en el capítulo anterior, había zarpado de aquel puerto para buscar la combinada, no se había divisado en parte alguna. Con los avisos oficiales que llegaron de que podría encontrarse a cierta altura sobre el cabo de Finisterre, se enviaron a buscarla diferentes buques de los más veleros, uno de ellos la fragata francesa *Dido*. Esta no volvió más ni se supo de ella en mucho tiempo. Los demás bajeles regresaron sin haber podido hallar a aquella escuadra (43).

Pronta ya la armada para seguir a Brest, según los planes concertados, le llegaron las órdenes de nuestra corte y la francesa, mandando hacer su derrota para Cádiz sin perder momento. Era el tiempo en que la Rusia y la Inglaterra decidían al Austria a la tercera coalición que fomentaba Mr. Pitt hacía ya un año. La Prusia se manifestaba siempre neutra y hacía el papel de mediadora para impedir la guerra; pero tenía sobre las armas cien mil hombres,

y en retén otros tantos, bajo el pretexto verdadero u aparente de mantener la paz en el norte de Alemania. Napoleón se recelaba siempre de sus intenciones, y temía, con razón, que en el progreso de la guerra con el Austria y con la Rusia faltase a sus promesas. Fuerza le fué renunciar a su proyecto de invadir la Inglaterra y prorrogarlo indefinidamente. La política inglesa, no siéndole bastante todavía divertir y atraer a la Alemania el grande Ejército francés que acampaba en las costas francesas, de amenazada que hasta entonces había sido, se volvió amenazante, preparando o fingiendo preparar expediciones sobre el continente. De estas expediciones se hablaba con misterio. Dejose traslucir, con verdad o con mentira, que se intentaba un grande ataque contra Cádiz, que la intención de los ingleses era desembarcar treinta mil hombres en las inmediaciones de aquel puerto, apoderarse de él, apresar o incendiar las naves que allí hubiese, destruir los arsenales y astilleros y devastar aquellas costas (44). Hablábase también de una

(43) La fragata *Dido* fué apresada por los ingleses. La escuadra de Rochefort, puesta al mando del jefe de división M. Allemand, no pudiendo encontrarnos, anduvo algunos meses en crucero sobre diversos puntos del Océano, hizo varias presas muy cuantiosas al enemigo, tomó el navío *Calcuta*, de cincuenta y seis cañones, y, cargada de botín y con muchos marineros ingleses prisioneros, entró de nuevo en Rochefort, sin que ninguna escuadra enemiga pudiese dar con ella. En Inglaterra la llamaron la *Invisible*.

(44) He aquí lo que acerca de este proyecto se escribía en el *Morning Chronicle*, a mediados de septiembre: "El objeto de la grande expedición se ha hecho de tal manera el asunto general de las conversaciones, que no encontramos ningún inconveniente en publicarlo. Si los ministros deseaban que se guardase el secreto, han hecho muy mal en revelarlo a sus amigos, los cuales, para darse importancia, lo han confiado del mismo modo a otros conocidos suyos. Dícese que se trata de una tentativa contra Cádiz, con el fin de apresar el mayor número de navíos que se pueda y de incendiar los que queden en el puerto. Si este plan se ejecuta con presteza y energía, puede contarse con su buen éxito, atendidas todas las probabilidades. Lord Nelson debe acometer por el lado del mar para proteger el desembarco de la tropa. Créese que los españoles no tienen muchas fuerzas en Cádiz; bien que para lograr esta empresa es menester ejecutarla cuanto antes, pues se ha perdido un tiempo precioso, y por poco que la expedición tarde en salir, ya no será ocasión oportuna. Por desgracia, el Gobierno ha manifestado, sobre una expedición tan importante, la misma irresolución que ha desbaratado la mayor parte de los proyectos. Destruir la escuadra de Boloña y apresar la de Cádiz serían dos sucesos mediante los cuales podríamos disponer libremente de nuestro Ejército y Armada durante la guerra actual, cuando ahora, sin que nadie pueda desconocerlo, la escuadra de Cádiz y la escuadrilla de Boloña nos



irrupción en las islas Baleares, en las costas de Tolón, en Nápoles, en la Toscana y en diversos otros puntos de la Italia. Temía con fundamento la Inglaterra que, aun estorbada la invasión de sus costas fronterizas, por medio de la guerra que habían movido en Alemania, pudiera realizarse al menos una tentativa sobre Irlanda, si las fuerzas marítimas de España, Holanda y Francia no eran llamadas a otros puntos. El Ministerio inglés logró salvar por este medio enteramente los peligros que amenazaban a aquel reino.

Napoleón propuso a nuestra corte dirigir a Cádiz la escuadra combinada, antes que, reforzados los ingleses delante de aquel puerto, se hiciese más difícil la defensa, dado el caso de un ataque. Juntas así las fuerzas que mandaban Gravina y Villeneuve con otra escuadra nuestra, armada nuevamente en Cádiz, y amenazando desde allí muchos parajes en el Mediterráneo y el Océano, se debía preparar un gran golpe contra los ingleses si, como era de aguardar, nos presentaban un combate. Conseguido aquel golpe no imposible, se debía trabajar hasta arrojarlos del Mediterráneo, bloquear a Gibraltar, sitiar a Malta, y preparar sucesos mientras combatiría la Francia en Alemania. Según el mismo plan debía permanecer en Cartagena nuestra cuarta escuadra surta en aquel puerto, mientras que en Tolón se daría cima a otro nuevo armamento con el cual pudiera combinarse aquella, para acudir mejor a estas empresas (45).

Nadie dirá que España se llevó de ligera en adoptar aquel proyecto, ni que en él consultó el emperador los intereses solos de la Francia. El interés era

tienen en suspenso. Lo peor de todo y lo que más nos sorprende es que los ministros hayan dejado transpirar este proyecto antes de realizarlo, y dado lugar al enemigo para que pueda prepararse, etc., etc."

(45) Nuestra escuadra de Cartagena se componía de los navíos *Paula*, *Guerrero*, *Asia* y *San Ramón*, al mando del jefe de escuadra don José Justo Salcedo. Se añadía a esta escuadra un buen número de fuerzas auxiliares. Durante toda la campaña inquietó constantemente al enemigo en sus navegaciones por el Mediterráneo y le hizo muchas presas.

directamente nuestro, y podría haberse dicho en aquel caso que servía su Marina, más que a Francia, a la España. Cuento aquí hechos históricos, hechos que son sabidos; no hubo nadie en España que pudiese haberlos ignorado. ¡Cómo es que tantas plumas dentro de ella y aun de afuera han escrito, después, que las escuadras españolas fueron puestas a merced y al servicio exclusivo de la Francia!

La escuadra francohispana salió el 13 de agosto de El Ferrol y entró en Cádiz el 20 sin hallar enemigos que se opusieran a su marcha. Cinco o seis navíos mercantes que halló tan sólo en el camino, fueron apresados. El almirante Collingwood cruzaba sobre Cádiz, pero con fuerzas inferiores en más de una mitad a las francesas y españolas. Villeneuve habría podido maniobrar muy fácilmente para cortar aquella escuadra y conseguir un bello triunfo; excusóse de probar esta fortuna por la incertidumbre en que se hallaba de las fuerzas que podría tener el enemigo. Pero en el mismo hecho de evitar su encuentro Collingwood, y de dejarle entrar en Cádiz, pudo haber colegido que carecía de medios suficientes para empeñar una batalla. Y era así, que Collingwood se hallaba todavía sin los refuerzos necesarios. El almirantazgo inglés mandó acudirle con la escuadra de sir Roberto Calder y con los navíos de Nelson que éste había dejado a lord Cornwallis, pero se pasó algún tiempo en carenarlos y ponerlos a la vela. Después fué dado a Nelson el mando de estas fuerzas. Este se puso al frente de ellas el 29 de septiembre.

Cuando llegó la escuadra combinada a Cádiz, se dirigió a Madrid el general Gravina para dar cuenta de lo hecho hasta aquel día y recibir las instrucciones del Gobierno. Los proyectos nuevamente adoptados le parecieron los más propios y adecuados en aquellas circunstancias; pero añadió que Villeneuve no era el hombre para el caso. Dijo que le faltaba la energía de voluntad, la prontitud del ánimo y aquel arrojo militar que decidía los triunfos y aseguraba los sucesos en los instantes críticos; que era valiente y esforzado, pero

irresuelto y tardo para el mando, pesando el pro y el contra de las cosas como quien pesa el oro, queriendo precaver todos los riesgos, hasta los más remotos, y no sabiendo dejar nada a la fortuna. En cuanto a su pericia y sus conocimientos, decía que Villeneuve aventajaba a muchos de su tiempo, pero apegado enteramente a las teorías y a los recursos de la vieja escuela de marina, muy difícil de acomodarse a las innovaciones de la Marina inglesa, porfiado en sus ideas, e inaccesible casi siempre a los consejos que diferían de sus principios y sus reglas. Decía, en fin, que Villeneuve, dominado por el temor cerval que lo oprimía de disgustar al emperador de los franceses, y teniendo siempre fijo el principal encargo que éste le había hecho de atender sobre todo a la conservación de las escuadras, y de evitar un triunfo a los ingleses, en sus resoluciones era por esta causa muy más tímido, y que esta timidez, mal comprendida en sus motivos, le tenía ya sin crédito en la armada, mal mirado igualmente por españoles y franceses.

No era, en efecto, Villeneuve el hombre que debía oponerse a un marino como Nelson. A Gravina le encomendé que entretuviese por su parte, cuanto le fuese dable, al almirante Villeneuve para evitar todo combate que la seguridad de Cádiz o el honor de las armas aliadas no hiciesen necesario enteramente; díjelo que en breves días sería reemplazado Villeneuve, que guardase bien este secreto, que tuviese siempre el mismo buen acuerdo que hasta entonces había observado con aquel almirante, y que en todo caso extremo que pudiera sobrevenir en aquel corto tiempo, como no fuese una locura, que, por cierto, no debía esperarse de la circunspección o timidez de Villeneuve, le asistiese constantemente, por manera que el malogro o la pérdida de cualquier coyuntura favorable que ofreciesen las circunstancias de dañar al enemigo o frustrarle sus intentos no pudiera atribuirse a falta nuestra.

Mientras tanto, se añadían por nuestra parte nuevas fuerzas a la escuadra con cuatro navíos más: el famoso Tri-

inidad, de ciento y cuarenta cañones, soberbiamente tripulado, bajo el mando del jefe de escuadra don Baltasar Hidalgo de Cisneros; el *Santa Ana*, de ciento y doce, comandado por el general don Ignacio de Alava; el *Rayo*, de ciento, por el jefe de escuadra don Enrique Macdonell, y el *Bahama*, de sesenta y cuatro, por el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano. De los venidos de El Ferrol se desarmó al *Terrible*, que estaba quebrantado. Fuerza total de la escuadra: treinta y tres navíos de línea, cinco fragatas y diferentes otros buques inferiores.

Nelson había reunido en 10 de octubre veintisiete navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, cuatro fragatas y varias goletas. Su verdadera fuerza se ignoraba en Cádiz. Creyóse allí, por las noticias recibidas, que eran sólo veintidós navíos los que mandaba el almirante inglés, y en efecto fué así durante algunos días; pero nada se supo de los refuerzos sucesivos que llegaban al enemigo. Nelson cuidaba mucho de ocultarlos y de tenerlos retirados de la costa.

Por desgracia, y con admiración de todos, Villeneuve salió de su inacción habitual aquellos días. Las órdenes con que se hallaba de su corte eran precisamente de no arriesgar la armada, de estar a la defensa solamente si intentaban los ingleses un ataque sobre Cádiz o los pueblos inmediatos, y no empeñar sus fuerzas voluntariamente mientras no pudiese pelear con gran ventaja sobre el enemigo (46). Tales órdenes le hicieron concebir la idea de que su honor estaba muy mal puesto, mucho más cuando leyó en el *Monitor*, en donde nada se escribía sin que Napoleón lo permitiese o lo mandase, que a la Marina francesa no le faltaba sino un hombre de carácter atrevido y de mucha sangre fría. Llegó a saber también que se había nombrado otro almirante. Este estímulo produjo en él un grande

(46) Estas órdenes sumamente restrictivas le vinieron cuando el almirante Rosily fué nombrado para reemplazarle. Venía ya éste de camino a mediado de octubre, y llegó a Cádiz tres o cuatro días después del combate de Trafalgar.

efecto. Tanto como hasta entonces pareció negligente, perdiendo los mejores lances en que pudo haber dado uno tras otro a los ingleses muchos golpes, otro tanto se volvió eficaz por reponer su honor a cualquier costo que esto fuese. Ansiaba la ocasión de acreditarse, y ésta se tardaba mucho para el tiempo que podía quedarle de adquirir la ilustración que le faltaba.

Un buque ragusco dió en Cádiz la noticia de que en Corfú y en Malta se aceleraba un armamento y que se hacían embargos de transportes para llevar tropas. Nuestros espías de Gibraltar escribían, al mismo tiempo, que de la escuadra de lord Nelson habían sido destacados cinco o seis navíos con dirección a Malta para una expedición que debería mandar sir James Craig. El almirante Villeneuve vió llegar con estas nuevas su momento tan apetecido. Parecióle ser aquélla la ocasión de medirse con Nelson antes que recibiese nuevas fuerzas, y, conseguido el triunfo, que debía prometerse con las nuestras, casi dobles de las que se creían al enemigo, juzgó también de su deber, dejada en Cádiz una parte de la escuadra, dirigirse hacia Malta y atravesar la expedición de Craig. De ésta había datos ciertos; faltaba, sin embargo, confirmar las noticias que procedían de Gibraltar y de ordinario salían falsas.

Gravina trabajó por persuadir a Villeneuve que aguardase algunos días, y con efecto se pasaron cuatro sin resolverse cosa alguna. Mientras tanto, llegaron otras nuevas que confirmaron las primeras sobre las fuerzas de lord Nelson. Los avisos más altos las hacían llegar a veintidós navíos, pero añadiendo siempre que debían aumentarse en breves días. Fundado en estos datos, y temiendo perder el tiempo favorable de atacar al enemigo, el almirante Villeneuve, con un ardor no acostumbrado, se resolvió a ofrecerle la batalla. Era ya el 18 de octubre cuando participó a Gravina que su intención era salir al día siguiente si podía contar con su asistencia. Gravina cedió entonces, más que a su propio parecer, al justo empeño que la ley del honor y el buen acuerdo de las armas combinadas le im-

ponían en aquel caso. La mañana del 19 dieron la vela algunos buques españoles y franceses. No pudieron hacerlo todos por haber rolado el viento al Sudoeste; en la del 20, con viento al Esueste salió toda la escuadra. Escaseóse luego aquél hasta el Sursudoeste, tan fuerte y con tan malas apariencias que se hizo necesario navegar con dos rizos tomados a las gaviotas. Duró este contratiempo algunas horas hasta que, llamado el viento por fortuna al Sudoeeste, la formación fué practicable.

Conforme al plan de Villeneuve, se ejecutó esta formación en cinco divisiones: tres de ellas que debían formar la línea de batalla, siete bajeles cada una, y otras dos de seis que habían de componer el cuerpo de reserva. El almirante Villeneuve mandaba el centro por sí mismo; nuestro general Alava, la vanguardia; M. Dumanoir, la retaguardia. El general Gravina mandaba la reserva, la primera división a su inmediato cargo; la segunda, al de M. Magon; éste y Dumanoir eran contraalmirantes. Avistados los enemigos por las fragatas avanzadas que descubrían dieciocho velas, se viró por redondo a un tiempo como en demanda del Estrecho, sin mudar la formación que se llevaba. A la caída de la tarde los bajeles de observación trajeron el aviso de haber reconocido dieciocho navíos puestos en línea de batalla. La nuestra fué formada entonces en una sola fila sobre los navíos sotaventados, y en esta formación se encontró el 21 frente a frente de la escuadra inglesa a barlovento nuestro y en línea de batalla de la amura contraria. Pero, en lugar de dieciocho, presentaba aquella escuadra veintisiete navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, cuatro fragatas y cinco o seis bajeles inferiores.

A las siete de la mañana se movían ya los enemigos y marchaban a todas velas con el viento de su parte, gobernando sobre el centro y retaguardia de la escuadra combinada. Venían, al parecer, en tres columnas; mas, repartida luego la una de ellas en las otras, no formaron sino dos al tiempo del combate. El almirante Villeneuve ordenó luego una virada por redondo a un

tiempo. Por esta evolución se cambió el orden de batalla; la retaguardia se volvió vanguardia, y ésta formó la retaguardia; dirigida la rota entonces para el Norte. Hízose así con el objeto de conservar a Cádiz bajo el viento para un caso de desgracia. Después se dió la orden de ceñir el viento al navío de la cabeza y de seguirle todos por sus aguas. La alineación fué hecha, pero no perfectamente; la endeblesz del viento lo impedía en gran manera. Hubiera convenido arribar y establecerla sobre los navíos sotaventados: tal vez que faltó tiempo para poder hacerlo, que el enemigo estaba ya muy cerca. Lo mejor formado de la línea se encontraba en la retaguardia desde el navío *Santa Ana*, donde tenía su insignia don Ignacio Alava, hasta el *Príncipe de Asturias*, donde tenía la suya el general Gravina, y, sin embargo, tres navíos se hallaban fuera de su puesto. Esta desigualdad era mayor en la vanguardia. El centro, sobre todo, objeto principal de Nelson, tenía cuatro navíos sotaventados y dejaba un ancho espacio al enemigo.

Casi ya a mediodía, las dos columnas enemigas comenzaron sus ataques. Nelson, al frente de la una, gobernó derecho sobre el *Bucentaure*, donde tenía su insignia el almirante Villeneuve. Collingwood, al frente de la otra, se dirigió sobre el *Santa Ana*. Nelson montaba el *Victory*, seguido de otros dos de a tres puentes. Su primera tentativa fué cortar la línea entre la popa del *Trinidad* y la proa del *Bucentaure*. El general Cisneros mandó sin detención meter en facha las gavias del *Trinidad* y se estrechó de tal manera con el *Bucentaure* que el almirante Nelson desistió de su empeño temerario, perdida mucha gente y maltratado el *Victory* por el terrible fuego a que se expuso. Buscó entonces abrirse paso por la popa del navío *Almirante*. Faltaba al lado de éste el que debía seguirle en línea, y, desgraciadamente, se encontraba a sotavento de su puesto, pero acudió a llenarle el *Redoutable*, que mandaba el valeroso comandante M. Lucas. Este se vió atacado a un mismo tiempo por el *Victory* y el *Téméraire*, uno y otro de

tres puentes. Arrastrado bajo el viento el *Redoutable* al defenderse de este último, dejó a la fuerza el paso al enemigo por detrás del *Bucentaure*. La mitad, por lo menos, de toda la columna que mandaba Nelson atacó entonces los demás navíos del centro. La otra mitad de la columna, amenazando a la vanguardia y figurando maniobras que la tuviesen en respeto, caía luego de reposo sobre el mismo centro y trabajaba en su derrota.

A los navíos sotaventados les hacían poco caso los ingleses: la fuerza del combate la sufrían el *Trinidad* y el *Bucentaure*, por un lado, defendiéndose algunas veces contra seis y ocho navíos y haciendo en ellos grande estrago, y por el otro, el *Redoutable*, de poder a poder empeñado con el *Victory*, de setenta y cuatro aquél, y éste de ciento y veinte. Aquel combate fué sangriento más que todos. Amarrados los dos navíos con los garfios de abordaje, de ambas partes se pelcaba en los alcázares con todos los furores de la rabia humana, y en un ataque de éstos cayó Nelson.

El triunfo era ya cierto para el *Redoutable*. Durante un corto espacio pareció el *Victory* desierto. Pero dejando al *Trinidad* el *Téméraire* y abordando al *Redoutable* por el lado opuesto al *Victory*, se trabó combate nuevo y se halló aquél entre dos fuegos, sosteniéndose no obstante hasta que ya el bajel daba muestras de irse a pique. No tuvo que mandarse arriar bandera, que con el mástil de mesana ella misma vino abajo.

El peso del combate cayó todo por aquel lado sobre el *Trinidad* y el *Bucentaure*. Aún no debía desesperarse si los navíos de la vanguardia, que estaban casi intactos, llegaron al socorro a tiempo. Dada señal por Villeneuve para hacerles virar de bordo viento atrás y a sotavento de la línea, para coger entre dos fuegos los bujales enemigos que la habían cortado, no todos acudieron con igual presteza, ni obedecieron todos de igual modo las señales. El *Nep­tuno*, *San Agustín*, el *Héros* y el *Intrépide* llegaron al socorro, no tan pronto como quisieran, mas lo que quiso el

viento; *San Francisco* y el *Rayo* no fueron tan felices, o fueron menos diestros: llegaron harto tarde. Dumanoir, contra-almirante, que teniendo a su cargo la vanguardia, sin esperar señales debió acudir al centro y socorrerlo, fué el más tarde, y faltando a lo mandado por aquéllas, después que hubo virado, ciñó el viento y dirigió su rumbo para pasar al barlovento de las dos escuadras. Cuando llegó, fué solo a ser testigo de la ruina de los bravos que pelearon sin su ayuda (47).

Habíase ya rendido el *Bucentaure* a las tres horas de combate, desmantelado enteramente y desprovisto hasta de un bote donde pudiera trasladarse a otro navío el almirante Villeneuve. Todas sus lanchas y sus botes se hallaban destruídos. Ningún bajel se halló en estado de venir a remolcarlo. Debiera haberlo hecho por lo menos la fragata *Hortense*, que era la almiranta, a cualquier riesgo que esto hubiese sido. Díjose que no pudo.

Una hora más, hecho ya una granada, sin un palo, los alcázares y los puentes cubiertos de cadáveres, y corriendo la sangre a ríos, se sostuvo aún el *Trinidad* heroicamente. Nada quedó por practicar a los ingleses para poder hacer flotar aquel coloso, hecho pedazos, y conducirlo en triunfo a la Inglaterra; pero vano fué cuanto hicieron, que el navío se fué a pique. Cerca de él pelearon, aunque llegados tarde para poder salvarle, el *Neptuno*, *San Agustín* y el *Intrépide*. El *Héros*, que siendo el más cercano al *Trinidad* pudo venir más pronto a su socorro, muerto ya su capitán M. Poulain, y sufrido no poco estrago en sus arboladuras y en el casco, por una maniobra en que intentó ganar el viento al enemigo, hubo de verse más envuelto, y alejóse. Los otros tres navíos se encontraron entonces solos contra ocho. El general Valdés, que mandaba el *Neptuno*, se cubrió en él de gloria no tan sólo por el valor, sino también, por la pericia y por la sangre fría con que hizo frente al enemigo y prolongó

el combate hasta el postrer extremo que cabía en fuerza humana. Cagigal e Infernet, el primero en *San Agustín*, el segundo en el *Intrépide*, no fueron menos dignos de alabanza. Dos navíos enemigos impidieron al *Rayo* y *San Francisco* juntarse a estos valientes.

Mientras tanto, por la otra parte, desde el navío *Santa Ana* hasta el *Príncipe de Asturias*, que cerraba la retaguardia, se peleaba horriblemente; la columna enemiga que mandaba Collingwood, acometió aquel lado. Su primera tentativa fué cortar nuestra línea por la proa del *Santa Ana*. Alava estuvo pronto y hurló al enemigo, porque abordándose el *Santa Ana* con el *Royal Sovereign*, que montaba Collingwood, y batiéndose en esta forma, desarbolaron los dos buques. Tres navíos ingleses intentaron al mismo tiempo atravesar la línea por la proa del *Príncipe de Asturias*; pero mandaba allí Gravina, y forzando de vela aquel navío y haciendo un espantoso fuego, forzó a ceñir al enemigo y a desistir de su proyecto. La línea fué cortada, sin embargo, en otros puntos. Los ingleses no acometían cuerpo a cuerpo, navío contra navío: atacaban en grupos, y conseguido abrir un paso, venían otros navíos a barlovento de los que estaban ya cortados y los ponían entre dos fuegos. Otros amenazaban de la una y la otra parte, figurando o comenzando ataques, cuya dirección cambiaban luego para embestir en otros puntos. Desmantelado un buque y deshecha su maniobra, cargaban luego sobre aquellos que se encontraban más o menos apartados de su línea luchando contra el viento. Teníale el enemigo de su parte, y por su prontitud y su pericia en las evoluciones, desconcertaba el orden de batalla, introducía la confusión en la defensa, elegía los lugares y se multiplicaba en todas partes por los recursos de su táctica, sin dolerse tampoco de sí mismo y buscando a cualquier precio de sangre derramada y de sus propios buques destruídos la victoria.

¡Qué no costó de estragos a la columna inglesa completar su triunfo en aquel extremo de la línea! Todes quince navíos, desde el *Santa Ana* hasta el *As-*

(47) Los navíos que llevó consigo Dumanoir fueron el *Formidable*, donde tenía su insignia, el *Dugay-Trouin*, el *Mont-Blanc* y el *Scipion*.

turias, franceses y españoles, se encontraron en la pelea; y a todos les quedaron, ya que no de fortuna, muy grandes títulos de gloria (48). Dijose en aquel tiempo, y después se ha repetido, que el navío francés el *Argonaute*, y el español *Montañés*, no pelearon hasta el fin con los demás de retaguardia; mas de uno y otro fué sabido que sus mayores averías estaban en los cascos. Peleando el *Montañés*, de un tiro de fusil cayó sin vida su capitán, Alcedo. Don Francisco Castaños, su segundo, tuvo la misma suerte. Todas las bombas del navío estaban empleadas para achicar el agua, y aun esto no bastaba cuando se vió obligado a retirarse.

Muy cerca de seis horas duraba ya el combate sobre aquel extremo de la línea, cuando entre grandes ruinas y destrozos de vencedores y vencidos se voló el *Achille*. Peleaba este navío al lado del *Asturias*, y uno y otro, luchando tanto tiempo, resistieron con virtud heroica los esfuerzos desesperados de fuerzas triplicadas que los batían de todos lados. Ardiendo ya el *Achille*, y prendido el fuego en una batería, aún se ocupaba más aquella gente valerosa en resistir al enemigo que en atajar las

(48) He aquí el orden de la línea desde el navío *Santa Ana* hasta el *Príncipe de Asturias*. Quedó ya dicho el claro que dejaban en el centro los navíos *Neptune*, *San Leandro*, *San Justo* y el *Indomptable*, más o menos sotaventados con respecto a la línea. El *Indomptable* era el décimoséptimo en el orden de batalla. Seguían luego el *Santa Ana*, el *Fougueux*, el *Monarca*, el *Pluton*, el *Algésiras*, el *Bahama*, el *Aigle*, el *Swift-Sure* y el *Argonauta*, perfectamente en su puesto; después, el *Montañés* y el *Argonauta*, algo sotaventados, y desde allí, en una línea regular, el *Berwick*, *Nepomuceno*, *San Ildefonso* y *Asturias*. El *Achille*, que debiera haberse hallado el trigésimo segundo, entre el *Asturias* y *San Ildefonso*, como no llegase a tiempo cuando se cerró la línea, formó a la espalda de este último. Los navíos *Indomptable*, *Neptune*, *San Justo* y *San Leandro*, que, hallándose sotaventados, no pudieron empeñarse eficazmente en la pelea del centro, hicieron arribada hasta la retaguardia para combatir en ella. En cambio de esto, el *Fougueux*, por entre el cual lograron los ingleses atravesar la línea, dejó aquel puesto y peleó en el centro, donde encontró su ruina más segura. El *San Justo*, comandado por Gaston, y el *Neptune*, por el capitán francés Maistral, arribados desde el centro, pelearon denodadamente cerca del *Asturias*.

llamas. Temerosos de la explosión abandonaron el combate los ingleses (49). La victoria era cierta en favor suyo, y cansados de la pelea, con dos terceras partes de sus buques no menos destrozados que los nuestros, cuando Duma-noir atravesó con sus cuatro navíos por cerca de aquel punto ni aún se cuidaron de ofenderle.

La insignia de Gravina fué la sola que quedó tremolando sobre la línea de batalla. Jamás ningún marino dió más pruebas que aquel jefe de presencia de ánimo, de fortaleza en los peligros, de saber mandar y hacer y dominar hasta los mismos infortunios. Desmantelado enteramente su navío, con sus jarcias cortadas, sin estays, sin poder dar la vela, con sus palos y masteleros atravesados a balazos, y aún temible así el enemigo todavía, hízose remolcar por la fragata *Temes*, y reuniendo a su pabellón hasta dieciocho bastimentos, once navíos, cinco fragatas y dos bergantines, bregando con el viento que sopló aquella noche al sursueste con gran fuerza, consiguió fondear a la una y media en el Placer de Rota, y llegar y anclar en Cádiz con toda su conserva el día inmediato. De diecisiete buques entre españoles y franceses que rindió el enemigo, dos tan sólo de los españoles pudo hacer entrar en Gibraltar llevados de remolque: el *San Ildefonso* y el *Nepomuceno*. El *Trinidad*, el *Bahama*, el *San Agustín* y el *Argonauta* se les fueron a pique a poco tiempo del combate. Otros de los bajeles derrotados que pudieron salvarse de la mano del enemigo encallaron en nuestras costas.

Cómo se hubiese peleado lo mostraron las mismas pérdidas que fueron hechas en marinos y en navíos destruidos, triste y único consuelo que quedó al honor de la escuadra combinada. Los anales marítimos españoles y franceses deberán consagrar eternamente en sus

(49) Los ingleses tuvieron la humanidad de enviar algunos botes y bajeles para recoger los que tuvieron tiempo y voluntad de salvarse. Era ya muerto el capitán que lo mandaba, su segundo y su tercero. El alférez que sucedió en el mando y una parte de la tripulación perecieron con el navío.

registros tantos nombres memorables de los que se ilustraron aquel día en el combate más reñido de cuantos se habían visto en más de un siglo (50). De nuestros generales y de los varios comandantes, perdimos a Gravina, que murió de sus heridas; al brigadier Churruca, sabio ilustre, y a su segundo, don Francisco Moyna, muertos en el *Nepomuceno*; a don Dionisio Alcalá Galiano, otro sabio de los primeros de la España, muerto en el *Bahama*; y a don Francisco Alcedo, con su segundo, don Antonio Castaños, ya citados más arriba, muertos en el *Montañés*. Heridos el general don Ignacio María de Alava y don José Gardoqui, en el *Santa Ana*; el general don Baltasar Hidalgo de Cisneros, el brigadier don Francisco de Uriarte y el segundo comandante don Ignacio Olaeta, en el *Trinidad*; don Antonio Escaño, jefe de escuadra y mayor general, en el *Asturias* (51); el brigadier don Felipe Jado Cagigal, y su segundo, don José Brandaris, en el *San Agustín*; el brigadier don Cayetano Valdés, y don José Somoza, capitán, en el *Neptuno*; el brigadier don José Vargas de Varas, en el *San Ildefonso*; el comandante capitán don Antonio Pareja, en el *Argonauta*; don Teodoro de Argumosa, capitán también y comandante, en el *Monarca*; don Tomás Ramerí, capitán, en el *Bahama*.

De oficiales de diversos grados y de guardias marinas tuvimos que llorar una gran pérdida; de la tropa y marinería subió el número de muertos a mil doscientos cincuenta y seis, y a mil doscientos cuarenta y uno el de los he-

ridos (52). La Marina francesa perdió al contraalmirante Magon, que murió gloriosamente defendiendo el *Algésiras*, y los capitanes Beaudoin, del *Fougeux*; Gourège, del *Aigle*; Camas, del *Berwick*; Poulain, del *Héros*; Nieport, del *Achille*, y otros muchos oficiales. El valor hermanado de las dos naciones hizo decir, mejor que nunca, que todo fué perdido menos el honor de los que disputaron por la postrera vez a la Inglaterra el cetro de los mares. Triunfó ésta, mas no de balde. Perdió a Nelson, al mayor Bickerton y muchos oficiales distinguidos. Sus relaciones mismas, grandemente disminuídas, confesaron mil seiscientos hombres entre muertos y heridos. El estrago de sus navíos se diferenció harto poco del de la escua-

(50) El almirante Nelson, al emprender el ataque, repitió por tres veces la señal de que se hiciese a *toca penoles*. Los más de los combates fueron dados a tiro de pistola.

(51) Este valiente marino fué herido en una pierna. A una descarga de metralla, hecha a boca de cañón, cuantos estaban a su lado en la toldilla perecieron, menos un artillero, que también fué herido. Pero Escaño siguió mandando, sin decir que él lo estaba. Los que vieron rebosar la sangre de la bota, le obligaron a curarse. Dada una gran prisa al cirujano para hacer lo más preciso, volvió al alcazar prontamente, y hasta el fin del combate siguió ejerciendo el mando.

(52) De los oficiales que se distinguieron más altamente y que pagaron a la Patria el tributo de su vida, nombraré aquí don Juan González Cisniega, don Joaquín de Salas, don Juan Matute, don Agustín Monzón, don Juan Donesteve, don Ramón Amaya, don Rafael Bobadilla, don Martín Urias, don Pedro Moriano, don José Roso, don Juan de Medina, don Luis Pérez del Camino, don Cayetano Picado, don Ramón Echagüe, don Benito Bermúdez, don Miguel García, don Jerónimo de Salas, don Jacinto Guiral, don Diego del Castillo, don Aniceto Pérez, don Manuel Briones y don Antonio Bobadilla. Nombraré también, de los oficiales del Ejército que murieron en el combate, a don José Graullí, don Agustín Moriano, don Juan Justiniani, don Miguel Vivaldo, don Bernardo Corral, don Miguel Cebrián y don Carlos Velorado. De los de la Marina, don Francisco Calderón, don Marcos Guruzeta, don Joaquín Jorganes, don Luis Moreno, don Rafael de Luna, don Manuel Hivera, don Juan del Busto, don Ignacio Valle, don Pedro Núñez, don José Losada, don Pedro Brigloer, don Pedro Rato, don Juan Balseña, don Nicolás del Río, don José de la Serna, don Diego del Castillo, don Jacobo Alemán, don Jerónimo Obregón, y un largo número de guardias marinas fueron heridos gravemente, sin contar otros muchos oficiales de mar y tierra heridos o contusos, que lo fueron casi todos. Muchas y muy singulares hazañas se contaron de estos esforzados militares, no menos que del heroico ardimiento de las tripulaciones, que se señalaron por hechos y proezas admirables. Aún sería tiempo de recoger, entre los viejos que se hallaron en aquel combate, tan siquiera una parte de los rasgos sublimes de valor que ofrecieron las matriculas. En el rincón del fuego, ellos los contarán a sus nietos y bisnietos, en quien debe resucitar ese gran pueblo generoso, trabajado tanto tiempo por los infortunios y el olvido.

dra combinada (53). ¿Quién le dió la victoria? Su pericia y sus progresos en la táctica marítima, en que excedían a todas las naciones. Nelson había previsto y designado toda la serie del combate; cual lo había figurado sobre un plano, así fué todo, sin engañarse en cosa alguna. He aquí, en suma, sus instrucciones:

“El orden de batalla será el mismo que el de la marcha, en dos o tres columnas, como mejor convenga en el momento del ataque. Este se habrá de hacer desde el centro hasta la cola de la línea enemiga, procurando cortarla en muchos puntos, siempre con fuerzas superiores en todos los asaltos, y a *toca penoles*, cuanto sea posible. No importa la vanguardia, pues la línea enemiga

(53) He aquí las pérdidas y quebrantos de la escuadra inglesa, según las relaciones más fidedignas de aquel tiempo.

El *Bretaña*, de ciento veinte cañones; el *Príncipe*, de ciento diez; el *Neptuno* y el *Príncipe de Gales*, de noventa y ocho, a pique en el combate.

El *Donegal*, de ochenta, y el *Orion*, de setenta y cuatro, desarbolados y varados en la costa de Africa.

El *Tigre*, de ochenta, varado y a pique en la playa de Santa María.

El *Defensa* y el *Coloso*, de setenta y cuatro, quemados por los ingleses después de la acción, en la playa de Sanlúcar.

El *Espartaco*, de setenta y cuatro, a pique después del combate.

El *Victoria*, de ciento veinte, desarbolado de todos sus palos en el combate.

El *Real Soberano*, de ciento veinte, perdido, con doscientas mil libras esterlinas que llevaba.

El *Spencer*, de setenta y cuatro, desarbolado y llevado de remolque a Gibraltar.

El *Canopus*, de noventa y ocho, desarbolado de sus palos y arrimado a la máquina de la misma plaza.

El *Reina*, de noventa y ocho, desarbolado de los masteleros de velacho y mesana, con el casco muy quebrantado.

El *Tonante*, de ochenta; el *Swift-Sure* y el *Zeloso*, de setenta y cuatro, y el *Dreadnought*, de noventa y ocho, más o menos desarbolados, y este último acribillado en todo el casco.

El *Atrevido*, de setenta y cuatro, en bandolas.

El *Minotauro*, de setenta y cuatro, desarbolado y varado en Gibraltar.

El *Ligero*, de ochenta, desarbolado, quebrantado en el casco, y llevado a Gibraltar de remolque.

El *Aquiles* y el *Polifemo*, de setenta y cuatro, faltos de muchos palos, y los cascos acribillados.

será, probablemente, de tan larga extensión, que se habrá de pasar bastante tiempo antes que hubieren maniobrado los navíos de la vanguardia para socorrer a sus compañeros, y aún les será imposible hacerlo así sin enredarse con los bajeles empeñados. Es de esperar que la victoria se haga cierta, antes que la vanguardia pueda acudir a incorporarse en la batalla. La armada, en este caso, estará pronta o para recibir aquella parte intacta de la línea enemiga, o para perseguirla si intentare huirse.”

Este atrevido plan y todos los detalles que acompañaban la instrucción del almirante inglés fueron cumplidos en su mayor parte; la batalla debió perderse y fué perdida. ¿A quién la falta de esto, pues que sobró el valor, sobró el desprecio de la vida, sobró el ardor guerrero, y tuvimos seis bajeles más que el enemigo? Al almirante Villeneuve solamente, a su presuntuosa insuficiencia. Debíó matarse aquel marino, y se mató en efecto en Rennes. No había quedado por nosotros el que fuese reemplazado, y ya iba a serlo de un instante a otro, como antes tengo escrito. No de Napoleón, sino de su ministro, fué la tardanza de esto: ¡tardanza apenas de unos cuatro días, que trajo tantos daños y tan largos!

Mientras tanto, Napoleón triunfaba en Alemania. No pudiendo culparme mis contrarios del desastre de Trafalgar, han culpado mi política no con razones, sino con sarcasmos, escribiendo y diciendo que la España sufrió a medias con la Francia sus desgracias, mientras ésta gozó sola de sus triunfos. ¡Oh almas duras sin justicia! ¿Por ventura la España peleaba en parte alguna sobre el continente en donde de nadie era enemiga? ¿Qué habrían dicho si la España, peleando en él con los franceses, hubiera concurrido con sus fuerzas para acabar de destruir el equilibrio de la Europa? De otro modo no era posible haber tenido parte en las victorias y laureles de la Francia.

¿Habrá alguno, por el contrario, capaz de sostener que erró España en no humillarse a Inglaterra, en no ponerse a su salario y combatir por ella las legiones que la amenazaban de las cos-



tas vecinas de la Francia? Pero el Austria y la Rusia, que se arrojaron a la guerra, responderán por mí a los que piensen de este modo. La Rusia fué humillada, y el Austria aún más que esto: para evitar su total ruina se vió obligada a rescatarse por el Tratado doloroso de Presburgo. Veinte mil carruajes transportaron a los soldados de Boloña desde las orillas del Océano a las del Rin y del Danubio. En poco más de un mes, Napoleón es dueño de Viena, y a la vuelta de sesenta días, la tercera coalición es destruida en Austerlitz con espantoso estrago. El joven Alejandro no se salva de entre las manos de Napoleón, triunfante, sino por gracia de éste, que le tenía cerrado; el buen emperador Francisco viene él mismo a implorarla para sí y su aliado al vivac de los franceses. La paz de Campo-Formio y la de Luneville fueron dicha y gloria, comparadas con la de Presburgo. Los Estados venecianos, el margraviato de Burgaw, el principado de Eichstadt, el territorio de Passau, el condado del Tírol con Trento y Brixen, los siete señoríos de Voralberg, los condados de Hohenems y de Königsegg-Rothenfels, los señoríos de Argen y de Tetnang, el territorio de Landau, las cinco ciudades llamadas del Danubio, el condado alto y bajo de Hohenberg, el Landgraviato de Nellenburgo, la prefectura de Altorff, el Brisgaw, las ciudades y territorios de Willingen y Bretingen, el Ortenaw y la encomienda de Meinaw, tal fué el precio que redimió a la casa de Lorena, sin contar aquí las exacciones pecuniarias a los pueblos, la contribución de guerra, la inmensidad de los despojos de almacenes y arsenales, y tanta y tanta sangre derramada inútilmente.

Y en medio de esto había sobrado la razón al Austria para hacer la guerra. El Tratado de Luneville había sido quebrantado muchas veces por el emperador de los franceses. Proclamándose rey de Italia, la independencia de ésta no existía ya ni aun en el nombre; la Suiza y la Holanda no la tenían tampoco; Nápoles se hallaba bajo el peso de las tropas francesas, la República de Luca se había dado en patrimonio a

Elisa Bonaparte, y la Liguria se había hecho, sin ningún respeto hacia la Europa, una provincia del Imperio (54). Pero tener motivos justos para hacer la guerra no es bastante, mientras ésta no pueda hacerse sin correr peligro de una entera ruina, salvo el caso de intenciones enemigas comenzadas a realizarse o ya previstas razonablemente. Aquella coalición no era de modo alguno injusta en sus motivos; no estaba, empero, bien cimentada, ni podía sostenerse sin la cooperación de Prusia, siempre incierta. Necesitábase esperar y madurar el tiempo; a ninguna de las potencias coligadas era la guerra urgente sino a la Gran Bretaña, y aquí fué el grande yerro que cometieron Austria y Rusia dejándose aguijar por los ingleses. De tan inmenso sacrificio sólo percibió el fruto la Inglaterra, nación no menos peligrosa entonces que la Francia en punto de ambiciones. Salvóse y fué a costa de sus aliados. ¿Hizo

(54) He aquí algunos de los principios de eterna verdad que contenía el manifiesto de la Corte de Viena:

"La conservación de la paz entre las potencias no consiste sólo en dejar de acometerse las unas a las otras, sino también, otro tanto a lo menos, en cumplir los tratados en que la paz está fundada. Aquel que los quebranta y rehusa hacer justicia a las reclamaciones es tan agresor como el que ataca a mano armada.

"Toda empresa dirigida a obligar a otras potencias a adoptar un Gobierno, una Constitución o un soberano que no sea libremente elegido por ellas, conservada su independencia política, real y verdadera, es una ofensa a todas las naciones cuya existencia independiente debe estimarse solidaria.

"La paz extingue todos los derechos anteriores que había dado la victoria.

"La conservación de los Estados y el reposo de las naciones requiere que cada una, no provocada ni ofendida, se mantenga en sus límites y respete en la paz los derechos de las otras, sean fuertes o sean débiles.

"Este reposo se altera y la seguridad común está expuesta, cuando alguna potencia se atribuye derechos de ocupación, protección o influjo que no estén reconocidos por el derecho de gentes ni por los tratados anteriores; cuando emplea la fuerza y el temor para dictar leyes a sus vecinos, para obligarlos a conformar sus constituciones a la suya, o para arrancar las alianzas, concesiones, actos de sumisión, incorporación, enfundación, etc.; cuando sacude, en fin, de cualquier modo que esto sea, el yugo del derecho común bajo el cual se encuentran convenidas las demás naciones."

en tanto el Gobierno inglés algún esfuerzo para salvarlos a su turno? Si no es bastante el Austria y Rusia abandonadas a su suerte, dígalos también Nápoles, cuya corte, seducida, acabado de hacer un Pacto con la Francia de no mezclarse en la querrela de sus enemigos, abrió sus puertos luego a los ingleses y a los rusos, y llegado el peligro, se encontró desamparada, sola y sin ningún recurso contra la venganza del emperador de los franceses. ¿Habrían sido los ingleses más leales con la España que lo fueron con la Rusia, el Austria y Nápoles?

Las desgracias de aquellos tiempos fueron grandes para toda la Europa; mas las de España fueron mínimas comparadas a los quebrantos y trabajos de los demás que guerrearon contra alguna de las dos potencias colosales e insaciables que altercaban por el dominio de la tierra y de los mares. Se perdió una batalla en Trafalgar, en que nuestra Marina y la francesa llevaron un gran golpe. ¿Se podrá comparar este infortunio a los desastres que sufrieron los rusos y austriacos guerreando con la Francia? Nuestras lágrimas, por lo menos, se enjugaron por la gloria que, aún vencidas, adquirieron nuestras armas.

### CAPÍTULO XXIII

*De la Hacienda en 1805. Asuntos interiores de conservación y fomento. Refutación de un pasaje del conde de Toreno. Esfuerzos míos en favor de la librería, de la imprenta y de las enseñanzas generales. Mejora de los teatros. Abolición de las corridas de toros de muerte*

Fácil es de concebir la inmensidad de gastos que debió traernos el apresto de cuatro escuadras que se armaron de una vez en pocos meses, y los que ocasionaron las fuerzas permanentes, terrestres y marítimas, que fueron destinadas a la guarda de nuestras costas y a los inmensos litorales de ambas Indias. Carezco de papeles para formar estados de estas fuerzas; pero, hablando de tiempos de que existen todavía

millares de testigos, no temo que ninguno me desmienta cuando afirme que no quedó paraje en la dilatada extensión de los dominios españoles que se hallase desprevenido contra las armas enemigas. Se acordarán los de aquel tiempo de qué manera se cubrieron nuestras costas de flotillas y de barcos ligeros, que se daban la mano unos a otros, que velaban en todas partes, que tenían siempre sobre aviso los puntos y lugares donde anagaba el enemigo, protegían el comercio costanero, incomodaban al inglés, facilitaban las entradas y salidas de nuestros puertos y bahías, y amparaban y sostenían la muchedumbre de corsarios nuestros, que en aquella guerra más que nunca combatían a los ingleses.

Los habitantes de la América podrán hacer igual memoria. No hacen falta las cifras, tan fáciles de henchirse y abultarse, donde los resultados fueron palmarios y evidentes.

El Gabinete inglés, no estimándonos preparados a la guerra, ni ignorando la escasez de medios que afligía nuestro Tesoro, esperó sorprendernos en más de algún paraje de entre tantos tan codiciables que ofrecía la España en ambos mundos. Muy menos poderosa en otras guerras, nos había dado la Inglaterra grandes golpes por espacio de dos siglos. Aún reinando en España un rey tan poderoso y tan temido en toda Europa cual Felipe II llegó a serlo, Cádiz se vió asaltada y saqueada por ingleses. Bajo Felipe V, nos quitaron a Gibraltar y la isla de Menorca, destruyeron el puerto en Vigo, y hechos dueños de Portobelo, arrasaron sus fortalezas. Bajo Carlos III, en los tiempos de un Wall, un Grimaldi y un Aranda, conquistaron La Habana a viva fuerza, y se apoderaron de Manila y de todas las Filipinas. Más cerca de nosotros, y en los días de don José Moñino, solos quinientos hombres entre marineros, colonos y soldados de la bahía de Honduras, nos hicieron una presa considerable, mayormente en barcos que en aquel punto, a la sazón, se hallaban de registro, y veintitrés millones de reales de plata acuñada, y algunos miles de pesos de plata labrada, que también tu-

vieron tiempo de allegar y llevarse antes de abandonar aquellas aguas.

Ninguna cosa de éstas, en verdad, sucedió en el tiempo de la guerra de que hago relación, siendo tantos y tan distantes los puntos en que la España era atacable. Pero sí debió de acontecer en una guerra tan violenta, enconada y pertinaz como nos la hicieron los ingleses desde 1804, sin que ni siquiera un solo palmo de terreno les hubiese sido dable el conquistarnos ni en España ni en sus Indias. ¿Por ventura no lo intentaron? Respondan Buenos Aires y tantos otros puntos hechos inaccesibles a sus intrigas y a sus armas.

¿Me alabaré yo de esto, que mandaba en aquel tiempo todas las armas españolas? No es mi ánimo alabarme, pero sí defenderme y rechazar calumnias ruines y soeces. He aquí de qué manera, hombres injustos, se derrochaba entonces el dinero del Estado (aquel dinero tan escaso para sus inmensas atenciones, ninguna descuidada) no en fiestas y banquetes de la corte, ni en llenar mis gavetas, sino en guardar la España, en defender su honor incólume sobre las cuatro partes de la tierra donde se extendía su mando, en mantenerle sus dominios y dejarlos intactos, a vosotros, que destronasteis a aquel rey que los guardaba tan gloriosamente, que no supisteis conservarlos, y que habéis devorado hambrientamente, a ojos vistas de todo el mundo, bajo el reinado de su hijo, lo poco que quedara.

Y he aquí ahora, lector mío, los recursos y los medios con que acudió el Gobierno a los inmensos gastos de aquella guerra no buscada (55).

(55) Al hablar de las operaciones del Gobierno en materias de Hacienda, repetiré todavía en este lugar que los negocios de aquél eran enteramente ajenos del poder que yo ejercía, y que durante todo el tiempo de mi mando guardé severamente aquellos lindes que yo mismo me había impuesto, en todo lo relativo a la dirección y al manejo de los fondos públicos. Los que dijeren lo contrario, necesitan probarlo. No negaré, por esto, dos cosas que son ciertas: la primera, que en los negocios del fomento general del reino, cuyas oficinas, anejadas a las de Hacienda, se crearon en mi tiempo por influjo mío, tomé una parte muy activa, protegiendo y estimulando las tareas y los proyectos que se dirigían a las

Por pronto les acudió con los que exigía la gran premura del momento. El comercio de Madrid, los cinco gremios y el Banco de San Carlos, adelantaron lo preciso y más urgente no exigido ni arrancado a mano poderosa del Gobierno, sino ofrecido y aceptado noblemente de ambas partes.

Los fondos que debían servir para ir amortizando vales reales se destinaron a los gastos de la guerra mientras faltasen otros medios, pero sosteniendo en tanto el crédito con aumento de hipotecas y con valores nuevos para proporcionar mayor empleo a la deuda. El Papa tuvo a bien de concedernos a este fin la septimación de las propiedades eclesiásticas (56).

reformas decretadas; la segunda, que, consultado por el rey frecuentemente en los retrasos que sufría la Hacienda, tuve parte, por mis dictámenes, en algunas de las medidas que fueron adoptadas para el socorro del Estado. Digo algunas, y no todas, porque muchas de ellas más o menos, según lo exigió la imperiosa necesidad de aquellos tiempos, no fueron en un todo acordes con mis pareceres. Nunca dañaron éstos aquella libertad de que debían gozar los que en circunstancias tan difíciles necesitaron extender los recursos del Erario y atender al mismo tiempo a sostener el crédito. Merecían todos ellos la entera confianza del monarca; lo primero, por su integridad y su pureza, que se encontraba bien probada; lo segundo, por las luces y talentos en que sobresalían no menos aquellos buenos españoles. *Arbitristas*, los ha llamado malamente el conde de Toreno, y en esta clase ha puesto a un Manuel Sixto de Espinosa, al que mantuvo a flote tantos años la nave de la Hacienda, por entre cuyas manos corrieron largo tiempo todos los fondos del Estado, y pidió después limosna. El desdeñoso conde sería muy más feliz hoy día si le hubiese estudiado más y se hubiera cuidado de imitarle.

(56) La enajenación de una séptima parte de los predios eclesiásticos, practicada sobre las mismas reglas, condiciones y formalidades que la de bienes de memorias y obras pías, sin ser perjudicial al clero, antes sí gananciosa, puesto que le cubría asegurado por equivalente el rédito anual de tres por ciento sobre el precio de los fondos enajenados, debía producir y produjo muchos beneficios al Estado, no tan sólo para su ayuda en los enormes gastos de la guerra, para preservar al pueblo de tributos gravosos y para dar estimación y salida a los diversos valores de la Deuda pública, sino, lo que era más, por los grandes aumentos que causó en la producción y en la riqueza general la libertad de aquellas fincas, que, entradas de nuevo en la circulación, se las vió por todas partes mejoradas,

Pasados ya seis meses de la nueva guerra, se abrió un préstamo de cien millones de reales, repartidos en cincuenta mil acciones con el rédito anual del cinco y medio por ciento, reembolsable todo en ocho años, en cada uno de los cuales deberían extinguirse seis mil doscientas y cincuenta acciones. Conocido también el gusto de los españoles por los premios en este género de préstamos, se asignó el de un millón seiscientos ochenta y siete mil quinientos reales, divididos también en seis mil doscientos y cincuenta lotes, desde cincuenta reales hasta trescientos mil, en diferentes proporciones, que deberían pagarse cada un año, con los réditos al mismo tiempo del reembolso. Para aumentar la confianza se puso aquel empréstito al cargo de los varios consulados bajo la inmediata dirección del de Cádiz, con señalación de arbitrios especiales para el pago. Estos arbitrios fueron una subvención temporal de uno y medio por ciento del valor de los géneros, frutos y efectos que se introdujesen en España de países extranjeros, o se extrajesen para ellos.

La misma subvención fué extendida

multiplicándose sus rendimientos y repartiéndose su utilidad entre un gran número de poseedores. Por este acrecimiento general de los valores y productos de los bienes enajenados, quedaba resarcido con universal ganancia la moderada imposición del tres por ciento que debía pagarse a los antiguos dueños, y sin embargo de esto, aquella operación, tan ventajosa al público, se ejecutó con tal economía y con tales miramientos y atenciones a las clases menos ricas y a las más interesantes de la Iglesia, que en 1808 faltaba mucho todavía para que se hubiese dado fin a las ventas concedidas por el Papa. El clero español tuvo entonces y ha tenido después sobradas pruebas para reconocer que en la ejecución de aquella gracia pontificia no entró de modo alguno ni el espíritu de avaricia, ni el de partido, ni ninguno de aquellos arrebatos que se tocan en las revoluciones. Por desgracia, los enemigos del Gobierno no dejaron tiempo para ver el fin de las nobles intenciones con que se caminaba, bajo las piadosas miras y los deseos tan verdaderos que animaban a Carlos IV de emprender la universal reforma del Estado, sin la ruina de ninguna clase, y del clero mucho menos. Se esperaba a las paces generales, y, entre tanto, aún se hacía mucho más que permitían las circunstancias. Hablaré de esto más extensamente en otra parte.

a los puertos de América, añadiéndose, a más de esto, un medio por ciento de las alhajas de oro y plata que procediesen de las Indias. Dado el caso que estos arbitrios no bastasen, la caja de consolidación de vales debía suplir lo que faltase, reintegrándose después con los productos sucesivos de aquellas subvenciones. Las acciones de este empréstito fueron declaradas endosables como los vales reales, y dinero efectivo para comprar bienes de obras pías y para redención de censos, por todo su valor de capitales e intereses (57).

Poco después, en interés por una parte de la Hacienda y por otra del comercio, se autorizó a la Caja de Consolidación para admitir, a rédito anual de tres por ciento, las cantidades que se quisiesen imponer en ella libremente, recibiendo por capital efectivo una tercera parte de su importe en metálico, y las otras dos en créditos liquidados y corrientes contra la Tesorería Mayor. Para el reembolso de los capitales que se impusiesen de este modo, fueron señalados por término los cinco primeros años que se seguirían al día en que se consiguiese el beneficio de la paz, pagaderos sucesivamente por quintas partes en cada uno de estos años. Los tenedores de estos nuevos créditos serían dueños de negociarlos como letras de cambio y transmitirlos por un simple endoso. Además de esto, los poseedores de estos mismos créditos adquirirían el derecho y la ventaja de contar con otro igual para las operaciones de sus giros o negocios, obligándose la Caja a descontarles letras o pagarés a tres meses de fecha, y al interés mercantil de seis por ciento, sin otra condición que la de tener depositados en la Caja aquellos créditos, ser comerciantes públicamente conocidos como tales, o llevar alguna firma de éstos.

Ninguna cosa más, en punto a préstamos. En cuanto a contribuciones, fueron impuestas las siguientes.

1.<sup>a</sup> Un tres y un tercio por ciento, en especie o en dinero, sobre los frutos que no pagaban diezmo.

(57) Este empréstito fué abierto, en virtud de real cédula del rey y señores del Consejo, en 29 de junio de 1805.

2.<sup>a</sup> Media anualidad de los productos de capellanías laicales en cada nombramiento nuevo que se hiciese.

3.<sup>a</sup> Un tres y un tercio por ciento sobre los productos de las donaciones de la Corona a manos muertas. Esta contribución se redujo luego a un dos por ciento.

4.<sup>a</sup> Y, por último, un arbitrio temporal de cuatro maravedises sobre cada cuartillo de vino que se consumiese en el reino. Cuando se trató de este arbitrio, me pidió el rey dictamen, y yo le di en contrario. Parecía exiguo aquel tributo, pero aun estimado así, no podía desconocerse a buena luz que, sobre impopular, sería gravoso, o tenido por tal al menos. Nadie ignora cuánta sea en España la abundancia de los vinos inferiores y la multitud de terrenos que se destinan al viñedo porque no son propios a otro objeto de cultivo. La mayor parte de estos vinos no tienen más consumo que el del mismo país en donde se producen, no pueden conservarse más allá de un año, y aun vendidos a precios ínfimos, no es fácil dar salida a una cosecha entera, sucediendo muchas veces que la nueva obligue a derramar los sobrantes de la vieja. En esta gran desproporción de los productos y el consumo, cargar aquella especie con un tributo nuevo, era gravar a la agricultura, y no a los bebedores. Tenía, además, aquel impuesto algo de mezquino, su percepción era difícil, sujeta al fraude, por un lado, y a vejaciones y violencias, por el otro. Todo lo expuse en mi dictamen, y, sin embargo, se adoptó aquel arbitrio. Su verdadero autor era el ministro Caballero, que reunía por aquel tiempo al ministerio de Gracia y Justicia el de la Guerra con el modesto nombre de interino, y que afectando un celo ardiente por el servicio del Estado, se mezclaba hasta en las cosas de la Hacienda. Así lo quería el rey, y en esto se ve siempre que mi poder no era tan grande como se le ha querido suponer.

He acabado de contar todos los medios y recursos con que se hizo frente a los dispendios de una guerra tan costosa. Los que de buena fe los examinen, encontrarán motivos de admirarse y pre-

guntar cómo pudo aquel Gobierno sostener tanto peso de obligaciones y de cupeños, mantener la confianza, sobrellevar regularmente el peso de la deuda, no faltar a los servicios ordinarios, no abandonar ninguna empresa comenzada de fomento público, ni dejar el camino que en los pocos años de la paz se había abierto para las mejoras y adelantos deseados. Todos los intereses de la deuda fueron pagados al vencimiento de sus plazos sin la menor demora: la Compañía de Filipinas y el Banco de San Carlos repartieron sus dividendos, la de la Buena Fe cumplió sus pagos prometidos. El curso de los vales se sostuvo con más o menos suerte, según la variedad de los sucesos, mas siempre con estima y siempre alimentados por el empleo que hallaban en los bienes de obras pías y en la parte que fué añadida de bienes eclesiásticos. El comercio sufrió escasez, pero no ruina; las quiebras fueron raras. En los negocios de ultramar fué ayudado por el Gobierno con largas concesiones para entenderse y asociarse con neutrales y proveer de mancomún aquellos pueblos retirados. El comercio con Portugal y con la Francia fué favorecido y ensanchado; la extensión del Imperio daba mucha salida a multitud de objetos nuestros. Junto a esto, subsanaban al comercio mucha parte de sus pérdidas las presas que se hacían a los ingleses. Concedida a los armadores la propiedad entera de estas presas, se notó pronto el buen efecto de esta medida del Gobierno, porque en ninguna de las guerras anteriores se vió nunca aquella muchedumbre de corsarios que se armaron en nuestros puertos, tanto en España como en Indias. Los que quisieren consultar las gacetas y diarios de aquel tiempo verán que no exagero, y hallarán muchos rasgos admirables de valor y audacia con que se distinguió constantemente la marina del comercio durante todo el tiempo de la guerra.

No deberé omitir, entre los grandes gastos de aquel año y los siguientes, los que con largueza más que real ordenó Carlos IV para premiar, sin excepción de clases, los heroicos marinos y solda-

dos de su armada. Todos los jefes, oficiales, guardias marinas y sargentos que se hallaron en el combate tuvieron sus ascensos en el grado inmediato. A aquellos que murieron se les contaron dos a beneficio de sus viudas; a las de marineros y soldados se les concedió igual paga a la de sus maridos. A los vivos de estas dos clases se les dió en efectivo el valor de tres meses de las suyas, y a los que más se distinguieron, diéronse también escudos y pensiones.

La lealtad española siguió este noble ejemplo de su buen monarca; se abrieron suscripciones en favor de los huérfanos, de las viudas y los estropeados, y aquel duelo de las familias recibió consuelos y asistencias de todas partes de la España. El comercio de Madrid, uno mismo con el Gobierno en todo tiempo para los esfuerzos generosos, hizo cabeza en todo el reino para aquellas suscripciones, y aumentó el movimiento general del patriotismo para acudir con una mano a los que habían sufrido por la patria, y ayudar con la otra a las reparaciones que pedía nuestra Marina.

Este excelente espíritu de hermandad y de civismo se mostró hasta en las tropas. Cosa no vista antes, cuerpos enteros del Ejército de tierra se escotaron ellos mismos y acrecieron de sus propias pagas aquellos dones patrióticos. Tales demostraciones dejaban ver sin género de duda la conformidad de sentimientos y opiniones entre los pueblos y el Gobierno (58). ¡Qué de escritos y manifestos espontáneos no corrían de todas partes mostrando aquel espíritu! De estas muestras aún quedan muchas, y entre ellas los cantos líricos

(58) En quebrantos mucho más grandes que los de Trafalgar, ocurridos bajo el reinado anterior, no se vió ninguna de estas demostraciones. Sabidos son los desastres de la expedición de Argel y la dolorosa catástrofe de los navíos flotantes en el bloqueo de Gibraltar. Nadie alargó su mano para reparar aquellos males, ni hubo más en todo el reino que el silencio del dolor y la reprobación común de los actos del Gobierno, expresada ésta amargamente en sátiras y en invectivas manuscritas que corrían de mano en mano, y eran buscadas como desahogo, a pesar de los rigores con que a mano real se perseguían. ¿Por qué se olvidan estas cosas?

de Quintana, de Moratín, de Arriaza, de Mor de Fuentes y otros muchos que han dejado consagrada la memoria, ya que no del triunfo merecido que nos rehusaron los destinos, de una de las batallas más gloriosas al vencido que podrán contarse en los anales de la Historia (59).

He dicho más arriba que las grandes atenciones de la guerra no entibieron al Gobierno en la prosecución de las empresas comenzadas ni en ningún objeto del servicio y del bien público en lo interior del reino. Citaré algunos hechos que comprueben su constancia no tan sólo para conservar las cosas hechas y continuar las empezadas, sino para dar aumento a todas ellas, favorecer la industria, animar el trabajo, procurar la abundancia, asegurar la salud pública, multiplicar las luces y preparar los bienes y sucesos que debían cumplirse madurando el tiempo, principal objeto de mis votos y deseos.

El canal de Aragón se hallaba adelantado de tal modo que le faltaban solamente nueve leguas para ser reunido al Ebro. La extensión del riego era ya de más de veinte leguas, y la navegación de dieciocho, practicable en barcos de todos portes hasta de dos mil quintales. Se comenzó a temer que, por las circunstancias de la guerra, se aminorasen los recursos de la empresa y que aflojase aquella obra. El Gobierno

(59) He aquí, acerca de esto, algunas de las bellas estrofas de don Juan Bautista de Arriaza:

*Cantar victorias mi ambición sería,  
Pero sabed que el Dios de la armonía  
Dispensador de gloria,  
El volver de fortuna en poco estima,  
Y sólo el valor inclito sublima  
Con inmortal memoria.*

*Hay a quien de la cuna alzó el Destino  
Para llevarle siempre por camino  
De dóciles laureles:  
Las dichas van volando ante sus pasos,  
Y en manos de ellas pierden los acasos  
Sus espinas crueles.*

*Héroes, si ya no dioses, el inmenso  
Vulgo los clama; mas en tanto incienso  
Yo mi razón no ofusco;  
Y de Belona en el dudoso empeño,  
Donde muestra fortuna airado el ceño,  
Allí los héroes busco.*

no la olvidaba. Concedióle una lotería al gusto del país que estimulase a los pudientes, y a pesar de la guerra, se aumentaron los fondos de la dirección hasta cuatro millones más, que le debía dejar aquel arbitrio.

Todas las obras públicas que se emprendieron en el año precedente para dar ocupación a los menesterosos, fueron continuadas, y se acometieron otras nuevas. Una de éstas, que se emprendió por mis instancias y a mis ruegos, fué la de Sacedón, en donde, por la incuria de los mismos interesados en el mantenimiento de sus grandiosos edificios, todo se hallaba casi en ruinas, sin hospedaje, sin socorro, sin medios de asistencia para la multitud de enfermos que debían hallar allí la curación segura de sus males.

Aquella empresa fué encargada al Consejo de Castilla. No encontrándose arbitrio alguno practicable para sufragar los gastos, entre tantas angustias que ofrecía la guerra, la Real Tesorería los hizo sola. Antes de mediar el año estaba todo concluido, con habitaciones cómodas, inmediatas a los baños, con dotaciones ciertas, con profesores escogidos, un director en jefe, una botica bien provista, un capellán celoso e instruido, y una casa de abasto en todo género de comestibles, no tan sólo los necesarios, sino también los de regalo. Se reparó el camino viejo y se empezó otro nuevo, y porque no faltase cosa alguna a los necesitados de salud y a los médicos encargados de asistirlos, hice traducir del árabe la obra intitulada *Tratado de las aguas medicinales de Salam-Bir* (Sacedón), obra del siglo XI, escrita por el médico toledano Agmer-Ben-Abdala, producción de mucho mérito y de un particular interés para el buen uso de las aguas de aquel punto (60).

La construcción de camposantos extramuros de los pueblos, se efectuó con rapidez en todo el reino. Dos terceras partes por lo menos se encontraron concluidas y en servicio al fin del año, superadas contradicciones y estorbos indecibles.

(60) El traductor de esta obra fué el doctor don Mariano Pizzi, médico acreditado, que la ilustró también con notas.

La mendiguez fué reprimida firmemente dondequiera que el error de una piedad mal entendida no alojó la mano en este gran servicio. Madrid se encontró libre enteramente de esta plaga. Los diarios de aquel tiempo dan testimonio de este hecho: me abstengo de copiarlos por los elogios que me hacen. Para todos los individuos que podían ocuparse se proveyó trabajo. Los que no podían ganar su vida trabajando, bien asistidos y tratados dulcemente, no tuvieron que echar menos sino la libertad de andar vagando y paseando la miseria.

De aquel año vienen también las escuelas y los talleres de trabajo que se pusieron en las cárceles.

Sobre todo, el mayor cuidado en aquel año fué la salud pública. Tenía el Gobierno dos objetos: el más grande era impedir reverdecerse los contagios y epidemias de los años anteriores; el segundo, proceder de tal manera que el comercio no sufriese por las medidas sanitarias. Aquellos dos objetos se lograron con muy pocas excepciones. De esto me gloriaré, por el bien grande que fué hecho. Yo fui quien introduje entre nosotros el recurso tan seguro de las fumigaciones permanentes y espontáneas de Guiton de Morveau. Treinta mil aparatos, contruidos bajo la dirección de don Pedro Gutiérrez Bueno, se enviaron a las provincias. Los resultados fueron vistos.

Se tomaron también medidas especiales, cuantas permitió aquel tiempo, para impedir la carestía, y una de ellas, merced a los progresos que se hacían en los conocimientos económicos, fué la libertad de los abastos públicos y la extinción del monopolio, que, a pretexto de asegurar las subsistencias de los pueblos, no hace más que encarecerlas y disminuirlas, con perjuicio de la producción y del comercio. Estas ideas reinaban ya en el Consejo de Castilla. En Madrid mismo y en los reales sitios se dió esta libertad a los abastos, sin el temor que había amparado al monopolio por dos siglos (61).

(61) Estas medidas fueron adoptadas por el rey, a consulta del Consejo pleno. Y hubo más: que todas las ventajas que disfrutaban

La guerra no dañó a las artes ni a las fábricas; adelantaron, al contrario, por la represión del contrabando. En Madrid, en Barcelona, y generalmente en todas partes donde se ejercía cualquiera industria, se aumentaban sus progresos. El Gobierno los auxiliaba multiplicando las escuelas y premiando. No desdenó tampoco dar el primer ejemplo en muchas cosas para introducir industrias nuevas y hacerlas nacionales. Una de ellas fué una fábrica de licores al estilo de Zara, que llegó a sobrepasar los más preciados que venían de Francia y nos costaban grandes sumas: este establecimiento se hizo a expensas del Estado (62). Igual o semejante origen tuvieron muchas fábricas, costosas al principio y hechas después vulgares en España.

¿Para qué cansar más a mis lectores? Referiré tan sólo, en cuanto a los progresos de las artes científicas que se hacían en aquel tiempo (y por honor a Barcelona, en donde prosperaban a la par de las demás ciudades industriales de la Europa), la bomba de vapor a doble efecto con una sola válvula, que a mediados de julio de 1805 fué expuesta en aquella capital, sin misterio y sin envidia, al registro y al examen de naturales y extranjeros, invención y obra toda del país, superior en su artificio nuevo y en su juego a las inglesas más preciadas en aquella época. Aún habrá quien se acuerde; su autor fué un catalán, don Francisco Sampons, director de estática y de hidrostática de la Academia de Ciencias Naturales y Artes de aquella misma capital. El arquitecto don Ignacio March dirigió la construcción del hornillo económico y demás obras de su arte; don Juan Pa-

los monopolistas en el goce de los bosques, dehesas, almacenes, etc., fueron trasladadas al común de los productores y de los traficantes de los pueblos. Tales medidas, tan favorables al bien procomunal, tenían mayor merecimiento en aquel tiempo, porque el fisco, tan necesitado entonces de fondos y recursos, perdía en ellas. Los interesados en la dirección de los abastos ofrecieron en vano muchas sumas por conservar sus privilegios; fuéronles despreciadas. Tal fué la ilustración y tal la probidad del reinado de Carlos IV.

(62) Esta fábrica fué la dirigida por don José Maricondi, vulgo *Rosi*.

blo Peradejordi, las de la caldera y las diversas pertenencias de aquel ramo; don Antonio Pujadas, las de carpintería, inventor también éste de una nueva llave de paso que aumentaba la sencillez de aquella máquina. De este género de adelantos realizados ya hasta aquella fecha, en dos ramos de las artes, podría citar mil pruebas más y llenar muchas páginas.

De las medidas especiales de fomento pertenecientes a aquel año, referiré una sola para muestra. Cuanto pedían los pueblos y las clases industriales para aumentar riqueza, o abrirle nuevas fuentes, otro tanto se concedía sin ningunas restricciones, y sin mediar para alcanzarlo ni el oro ni la plata. Los habitantes de Sanlúcar de Barrameda, pueblo por el cual hice yo muy grandes cosas, me buscaron para obtener del rey que, con los pueblos de su dependencia, se formase una provincia aparte, que aquel punto se habilitase para el comercio de la América y el extranjero, y se formase allí también un consulado independiente de Sevilla. Del logro de esta gracia debía pender que aquel distrito, decaído por tiempo de dos siglos, y sujeto a duras restricciones en el ejercicio de sus tráficos e industrias, pudiera verse alzado a la fortuna que gozaba en tiempos más antiguos. Yo me encargué de su demanda y la obtuvieron no por alto y sin las formas de la ley, sino instruido el expediente en el Consejo y a consulta suya; porque nunca me permití, ni aun para obrar el bien, no siendo en cosas de mi cargo o en materias independientes de los trámites legales, obrar por mí tan solamente.

Para evitar rivalidades, y hacer participantes de aquel bien a las provincias de Sevilla y Córdoba, se mandó derogar el auto del año de 1720 y cualesquiera otras restricciones y gravámenes que de hecho entorpeciesen o pudieran entorpecer la navegación del Guadalquivir, dando a favor de ella entera libertad para el transporte de géneros y frutos nacionales y extranjeros. A la concesión de esta gracia se siguieron las obras necesarias más precisas en el puerto y en el río. Antes de cuatro meses de estar gozándose aquel bien habían



anclado ya en aquella cómoda bahía setenta y seis embarcaciones de todo género de mercancías, entre ellas catorce fragatas y veinte bergantines, las entradas y salidas bien seguras, así de día como de noche.

De estos bienes parciales se hacían muchos, mientras las oficinas de fomento acumulaban luces y trabajos estadísticos para hacer llegar el día tan deseado de una nueva división de provincias y distritos con que todos los intereses de los pueblos quedasen bien servidos y bien equilibrados sin dañarse. Dios, por sus altos juicios, permitió que estos deseos y estos trabajos fuesen malogrados cuando no andaban lejos de cumplirse.

Voy a acabar, y paso a referir algunas cosas lamentables de la injusticia de los hombres. Porque el ministro Caballero, aprovechando el tiempo que las graves atenciones de la guerra, únicas de mi cargo, me quitaban, se desató aquel año en sus intentos de confinar las luces y ponerles embarazos; ciertos hombres de mala fe, de aquella parte de enemigos míos que habrían querido en aquel tiempo muchas cosas imposibles por entonces, han querido también cargarme las raterías de aquel ministro, o culparme, al menos, de no haberlas impedido. Más de una vez (costándome no poco el confesarlo) he referido, sin embargo, la solapada guerra que, en cuanto le fué dable, me mantuvo constantemente aquel ministro hipócrita, y los triunfos que consiguió en diferentes ocasiones contra la marcha que yo hacía en beneficio de mi patria. El lo ha dicho también en sus escritos, y que nunca fué mi amigo, que trabajé por derribarlo, y que no pude, porque se hallaba sostenido (63). Confesado también por mí, porque es verdad, ¿quién podrá dudar de ello? A más de esto, podrán dar fe de cuanto tengo dicho en este punto los que, frecuentando la corte y los departamentos del despacho, veían dentro alguna cosa. He aquí, no obstante, al conde de Tortono,

que dando a viva fuerza arcadas por vomitar en contra mía (no sé por qué) veneno y hieles, cuenta de mí de esta manera: "Al paso que fomentaba una ciencia particular, o creaba una cátedra, o sostenía alguna mejora, dejaba que el marqués Caballero, enemigo declarado de la ilustración y de los buenos estudios, imaginase un plan general de ilustración pública para todas las universidades, incoherente y poco digno del siglo, permitiéndole también hacer en los códigos legales omisiones y alteraciones de suma importancia" (64).

Los que leyeren esto sin ningún antecedente, me deberán tener por cómplice o por un hombre connivente con el ministro Caballero. La historia no se escribe de esta suerte. Los que encontraren a Toreno exacto en otras partes de su obra, creerán esto que dice, donde a sabiendas suyas, por rebajarme o por herirme, en unas cosas ha faltado a la verdad, y en otras la ha callado maliciosamente. Tengo dicho en mi primera parte, y Toreno debió saberlo, porque fué público y notorio, que, al retirarme del Gobierno en la primera época, dejé a don Gaspar de Jovellanos un excelente plan de estudios, obra de muchos sabios, uno de ellos don Francisco Saavedra, y otro don Juan Antonio Melón, que aún vive. Dije también que, suplantado Jovellanos por el ministro Caballero, recogió éste aquel trabajo y lo hizo noche. ¿Cómo podría creer el conde de Toreno que, herido en mis descos y también en mi amor propio, pudo serme indiferente el mezquino plan de estudios que después fué dado por el ministro Caballero? Cuando tuve noticia de él y me habló alguno de este aborto, estaba ya adoptado y convertido en ley. No era de mi incumbencia; pero advertido antes, no me hubiera estado ocioso.

Y ¿por qué calló Toreno tantos estudios nuevos que promoví en Madrid, y que por todas partes se extendieron

(63) En su carta a don Juan Llorente, publicada en las *Memorias* de este último, que he citado ya otras veces.

(64) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, libro primero. El epígrafe que eligió para estamparlo a la cabeza de su obra fué este lugar del orador romano: *Quis nescit, priman esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat*, etc.

a mi sombra, no en el recinto estrecho de las aulas, sino en tantas escuelas de Filosofía, de Matemáticas, de Ciencias Naturales y de Economía Política abiertas para todos, sin excepción de clases ni de estados? Ministro ha sido como yo el conde de Toreno y presidente del Consejo, situado mejor que yo, porque se hallaba a la cabeza de un Gobierno libre; el que escriba la historia de su tiempo podrá decir si España le ha debido un solo pensamiento a beneficio de las ciencias y las letras.

Ni es menor la injusticia con que ha dicho que permití yo a Caballero alterar nuestros Códigos (65). Cuando hizo esta maldad estaba yo entregado enteramente al cuidado de las dos escuadras que se aparejaban en El Ferrol y en Cádiz. La primera noticia de tamaña felonía no llegó a mis oídos sino al cabo de dos años de haberse cometido: tal fué el secreto y tales las medidas de reserva con que se condujo el ministro Caballero. Cuán ajena de mis ideas fuese tal conducta, aún más que infiel absurda, bastarían a probarlo los dos programas de la Academia de la Historia, en 1801 y 1804, uno y otro estimulados por mí mismo entre mis amigos socios de ella, señalando como un objeto especial de sus premios un resumen historial de nuestras leyes o, lo que era equivalente, una historia legal de ellas, dividida en cuatro épocas, que abrazase toda la jurisprudencia, sin excepción de ningún Código.

Los hombres que componían entonces aquel cuerpo científico no eran capaces de pactar con el poder en daño de su patria. Trabajaba allí, entre otros, el canónigo Marina, y acopiaba,

(65) Caballero había ordenado mejorar y reimprimir la *Novísima recopilación*, y, en 2 de junio de 1805, engañó al rey, y le sacó una orden reservada y dirigida al Consejo de Castilla para suprimir, en aquella nueva edición, diferentes leyes relativas a la Constitución del reino, leyes fundamentales las más de ellas; gravísimo delito que cuidó de encubrir, mandando igualmente de parte del rey que aquella orden y el expediente que en su cumplimiento se formase fuera archivado, cerrado y sellado, sin que pudiera nunca abrirse, a menos de una nueva orden para hacerlo.

a ciencia mía y con acuerdo mío, los ricos materiales sobre el Derecho público español que después han sido vistos. El que a fuer de historiador toma a cargo la censura de los hombres públicos debe estudiar los hechos de su tiempo o refrenar su pluma, si no se toma este trabajo concienzudamente. Toreno no lo ha hecho, y ha buscado no sé qué gloria en injuriar y deprimir los días de Carlos IV, debiendo echar de ver que su caudal, poco o mucho, lo que fuere, de estudios y de ciencia, lo comenzó a adquirir en aquel tiempo, y no necesitó adquirirlo en lo escondido, sino en las fuentes del saber, que corrían por todas partes, desalascadas por mis manos, siendo yo también quien, sin temer los enemigos que me hacía por esto, guardaba sus riberas; y he aquí, en el mismo año de 1805, un nuevo desmentido de mi dejar pasar y de mis convivencias con el ministro Caballero, que con tan poca fe me achaca el conde de Toreno. A espaldas mías, como lo acostumbraba siempre aquel ministro, osó quitar al Consejo mismo de Castilla, al guardián de nuestras leyes y al conservador por excelencia de los derechos del monarca y de los pueblos, la inspección de los libros y la censura de la imprenta. El objeto de Caballero era avocarse aquella atribución y ejercerla a su grado por un juez de imprentas, a elección suya privativa, con inhibición total de la magistratura del Consejo y de todos los Tribunales colegiados, Chancillerías y Audiencias. Cuando llegué a saberlo, el mal estaba hecho. No pudiendo ya otra cosa, logré al menos del veneno mismo hacer triaca, y conseguí de Carlos IV que el nombrado para aquel cargo fuese un sabio conocido por su generoso celo en favor de las letras y las ciencias. El nombrado fué don Juan Antonio Melón, tantas veces ya citado en esta obra. Con qué juicio, con qué templanza y con qué noble miramiento ejerció hasta el fin aquel oficio, lo podrán contar los que aún quedaren de aquel tiempo.

Cuál fué la libertad juiciosa, y siempre progresiva, que siguieron disfru-

tando la librería y la imprenta, bastan a demostrarlo las publicaciones de aquel año. Temiendo ser molesto, citaré algunas solamente.

La Academia de la Historia completó su tomo cuarto; una de sus *Memorias* fué contra el voto de Santiago; autor de ella, don Joaquín Antonio del Camino.

Don Francisco Rodríguez de Ledesma, abogado del Colegio de Madrid, acabó de demostrar la injusticia de aquel tributo y la falsedad del privilegio en que estribaba.

Don José de Vinuesa, otro abogado de Madrid, en un escrito con el título modesto de *Diezmos laicales*, desencantó la gran cuestión sobre el origen de los diezmos en España, excavó en las honduras de la Historia y encontró y dejó ver patentemente que aquel impuesto, desconocido entre nosotros hasta el siglo x, se fundaba tan sólo en concesiones de los reyes; que éstos los subrogaron en lugar de los bienes que se poseían por las iglesias, y que la dotación del clero, ancha y larga, como pedían la institución y las funciones de los ministros eclesiásticos, era negocio del Estado, independientemente de la Iglesia. Esto era ya andar mucho en aquel tiempo.

Las cuestiones más intrincadas de economía política eran ya en aquel año los asuntos ordinarios de los grandes programas de las Sociedades patrióticas, los unos para premios, los otros para exámenes. Los de Madrid y Zaragoza hicieron ver los adelantos y la marcha de las luces contra los errores de los siglos, que hacían nuestra miseria. Para enmendarlos era fuerza que la opinión se preparase, y eso se hacía constantemente. Se me ha pedido mucho, mas sin tener cuenta con el tiempo. ¿En qué reinado se hizo más, o se hizo tanto, para acotar errores y preparar reformas que fuesen voluntarias y que pudiesen ser durables? Las que son hijas del imperio y de la fuerza sin tener de su parte las convicciones de los pueblos, abortan casi siempre; y desgraciada la nación en donde comenzadas, y combatidas luego por reacciones, sea preciso volver atrás y con-

sagrar de nuevo los abusos, que esta nación será incurable. ¡Luces, luces a los pueblos, oh legisladores que con ánimo sincero os proponéis su dicha, y que estas luces no sean falsas ni corrompan los corazones; luces no confinadas en las aulas, sino esparcidas en las masas; luces no de abstracciones y quimeras de sofistas, sino de ciencias positivas, de las que dan el pan y hacen ver el secreto de la común riqueza, fundada en el trabajo; luces que den a todos los medios de existencia sin necesidad de dañarse unos a otros; luces, en fin, por cuyo empleo se introduzcan y afirmen las costumbres que proceden de la común aplicación, del amor al trabajo y de la honrosa independencia!

De aquí también mi empeño de agrandar el sistema de enseñanza en las escuelas generales, únicas que frecuentan las grandes clases productoras. No me bastaba a mí verlas ya establecidas, por aquella época, hasta en los lugares más pequeños y en las aldeas y cortijadas; yo iba buscando más. En 1805, en las Escuelas Pías, cuanto era dable hallar maestros a propósito (y éstos se multiplicaban cada día), se extendía la enseñanza al dibujo lineal, a las nociones usuales de la Geometría y a miniaturas fáciles e interesantes de Historia Natural y de recreos de Física, contraida a sus aplicaciones en las artes. Las lecturas graduadas se habían establecido; a este fin fueron hechas y se seguían haciendo las traducciones de Berquin, de Gauthier, Blanchard, Jauffret, Campe y diferentes otros escritores amigos de los niños. A nuestros literatos les pedía yo también manuales y cartillas de higiene, de economía rural, de economía doméstica, de deberes sociales y civiles y de enseñanza religiosa, que guardase armonía perfecta con los demás estudios.

Aún me faltaba todavía la adopción de algún método especial, cuyo objeto no fuese solamente la instrucción pasiva, mas por el cual se procurase de igual modo el desarrollo del espíritu, la solidez del pensamiento, la expansión de sus fuerzas y el talento de la invención, patrimonio de pocos por

falta de cultivo, por falta de un sistema que, practicado en todas las cosas donde se busca aumento y beneficio, se omite sólo con el hombre. Su facultad inteligente necesita ser desplegada en toda la extensión, no infinita por cierto, pero sí indefinida, que Dios le ha concedido. Llamado el hombre a trabajar en la creación como segunda causa, de él pende en gran manera el bien o el mal de este planeta, en donde ha sido puesto como potencia angelica, y en donde la ignorancia, la pereza y la tiranía le convierten en demonio. Yo llegué hasta el postrer extremo en mis ensueños y descos: ríase alguno si quisiere, pero nadie me negará que comencé esta prueba. No es tiempo todavía de hablar de Pestalozzi y del planteo de su instituto en las escuelas españolas, obra mía especialísima. Yo hablaré de esto en otra parte.

Otro ramo de educación que no miré jamás con el descuido que había tenido entre nosotros desde el principio de los tiempos fueron los espectáculos. No me desmentirá ninguno si dijere que la moralidad, la decencia, el buen gusto y la mejoración, bajo todo concepto, del teatro, fué obra mía y de mis amigos. Yo recibía en mi casa no tan sólo a los poetas y a los músicos, sino a los mismos comediantes, no para fiestas y saraos (yo no tenía ningunos), mas para estimularlos a aquella gran reforma, que sufrió contradicciones como todas, pero que al fin fué hecha. El repertorio de mi tiempo está sirviendo de modelo todavía; la indolencia de mis contrarios, que han reinado tantos años, no bastó a destruir aquel respeto a la moral de las familias que fué impuesto a los teatros en los días de Carlos IV (66).

Al mismo año de 1805 pertenece la abolición de las corridas de toros y novillos de muerte. Mucho murmura-

ron contra ella; pero todas las personas de buen juicio y de costumbres moderadas la aplaudieron. Si bien tuve mucha parte en la adopción de esta reforma, no por esto fué la obra de un capricho mío. Este asunto fué llevado al Consejo de Castilla, y tratado en él y madurado largamente. Arribados mis enemigos a la plenitud del poder, restablecieron estos espectáculos sangrientos, e hicieronlos el pasto cotidiano de la muchedumbre. Concediéronse como en cambio de las libertades y de todos los derechos que el pueblo heroico de la España había ganado con su sangre. No se dió pan a nadie; pero se dieron toros... ¡Las desdichadas plebes se creyeron bien pagadas!

#### CAPITULO XXIV

*Año de 1806. Parte política. Críticas y lamentables results de la Tercera Coalición. Aspecto de la Europa. Desarrollo del proyecto de Bonaparte sobre la formación de un grande Imperio europeo. Destronamiento del rey de Nápoles. Destinación y partida de una división de tropas españolas a la Toscana para guarnecer aquel reino. Motivo de esta medida. Demandas graves de Bonaparte negadas por España. Asunto de los veinticuatro millones que le fueron concedidos, en lugar de setenta y dos que intentó exigirnos. Intervención que tuvo en este negocio don Eugenio Izquierdo, y necesidad de ocuparle en agencias particulares diplomáticas. Refutación de una calumnia del conde de Toreno. Contestaciones duras entre las dos cortes, española y francesa, sobre el reconocimiento pedido en favor del nuevo rey de Nápoles. La nuestra se niega firmemente a reconocerle. Intenciones no encubiertas por Bonaparte de incluir la España en su sistema imperial y de hacer*

(66) En el año de 1805, don Manuel José Quintana dió su gran tragedia del *Pelayo*. Don Francisco Sánchez, autor de una estimable obra intitulada *Principios de retórica y poética*, y entre los árcades *Floralbo Corintio*, dió su melodrama sacro del *Saúl*. Don Félix Castriellón, don Dámaso de Ususquiza, don Gaspar

Zabala, Arellano y otros dieron varias comedias. No se adelantaba menos en el buen gusto a la música y en su ilustrada enseñanza. Don Mateo Pérez de Albéniz y fray Francisco de Santa María publicaron aquel año dos obras elementales de este arte, que fueron apreciadas.

*desaparecer todas las dinastías borbónicas. Situación de la Prusia y del norte de Alemania. Cuarta Coalición. Mis consejos a Carlos IV y mis porfiados esfuerzos por que España tomase parte en ella. Pasos que fueron dados a este fin, y malogro de ellos por las intrigas de mis enemigos.*

Se podría preguntar (y no es del todo inútil hacer esta pregunta) cuál debió o pudo ser el diferente rumbo que habrían tomado los sucesos militares y políticos con respecto a la Francia y a la Europa toda si la tercera Liga contra aquélla no hubiera interrumpido el gran proyecto de invasión de la Inglaterra, tan largamente preparado, y tan cerca como ya anduvo de cumplirse.

Muchos han creído que la intención de Bonaparte no fué nunca realizarlo, sino causar temor a la Inglaterra, entretenerla y agitarla en sus hogares, deslumbrar a los franceses, alimentar el entusiasmo que reinaba en favor suyo y reunir una gran masa de sus tropas bajo un pretexto tan plausible como el domar a la Inglaterra; pero, en la realidad, para imponer respeto dentro y fuera de la Francia, y encaramarse al trono, sostenido en todo evento contra propios y extraños por la fuerza y el prestigio de sus armas.

No dudo yo que, juntamente con su gran proyecto de acometer a la Inglaterra, no tuviese el doble objeto de asegurar su marcha al solio, y estar pronto, como después fué visto, a sostenerse en él por el poder de sus legiones; pero no cabe en mi entender que hubiese desistido de aquella expedición no habiendo sido contrariado en ella por la guerra que Austria y Rusia se dieron mala prisa de moverle. Dejarle en su paz el tiempo necesario para verle comprometido a una de dos cosas: o a invadir la Inglaterra, o a sufrir la ignominia de renunciar a aquel propósito, de que hizo tanto ruido y tanta gala. Este segundo extremo no era dable sin perder una gran parte del concepto que gozaba dentro y fuera de la Francia.

En verdad yo no pensaba que, lle-

gado el momento de lanzar sus naves y sus tropas contra la Inglaterra, quisiera Bonaparte aventurarse a pasar también con ellas el Estrecho. Monarca nuevo, y por decirlo así de un día, no bien asegurado sobre un trono recompuesto de improvisó, que tenía acreedores, no debía ni exponerse, ni dejar la Francia expuesta a los peligros de su ausencia. Bastábanle sus generales para apropiarse el lauro de aquella grande hazaña si la coronaba la fortuna, o para sacudir de su persona el menosprecio y los baldones, si ocurría un desbarato, muy posible, muy probable.

Comoquiera que el emperador de los franceses tuviese discurrida la ejecución final de aquella grave empresa, convenía en gran manera al continente de la Europa que la expedición se hubiese realizado. Conquistar la Inglaterra y subyugarla enteramente era imposible. Preparada como se hallaba a la defensa, ésta en su propio suelo, y el sentimiento nacional, más vivo allí que en pueblo alguno de la tierra, podía ser quebrantada, pero de ningún modo destruída (67). Se habrían batido cuerpo a cuerpo aquellas dos naciones, cuya rivalidad comprometía a la Europa en sus querellas, y cuyo predominio marítimo o terrestre era dañoso a todo el mundo. No conseguido un primer golpe decisivo, todas las caras de los dados se habrían vuelto contra los franceses; victoriosos, por el contrario, que éstos hubiesen sido no una vez sola, sino muchas, aún les habría quedado larga obra de combates para sacar algún partido de aquella empresa temeraria. Si las armas francesas hu-

(67) La Inglaterra tenía en pie de guerra ciento ochenta mil hombres de tropas regulares entre milicianos y soldados de línea; trescientos mil voluntarios, distribuidos en regimientos, y el alistamiento general de todos los varones desde la edad de diecisiete años, bien dispuesto y planteado para todo caso extremo. Las costas se hallaban guarnecidas por diferentes flotillas, que componían entre todas hasta unos mil bastimentos, montados por treinta mil hombres de tropas de Marina; y todo esto sin contar más de cuatrocientos bajeles de guerra, mucha parte de los cuales habrían podido acudir en tiempo hábil al peligro de la patria.

biesen sucumbido, Napoleón habría perdido mucha parte del fulgor de gloria que gozaba en Francia y en la Europa toda, habría tenido en tiempo hábil una lección de la fortuna, y habría quizá sabido contenerse, por su bien y el ajeno, dentro de los lindes justos que pedía el reposo de los pueblos. Si, cuando más, la suerte de la guerra hubiera vacilado y repartido sus azares en uno y otro campo, la paz habría podido ser zanjada de una manera permanente, y los intereses todos de la Europa conciliarse con menos ocasiones de ulteriores guerras, entrada la razón de un mismo modo en la Inglaterra y en la Francia. Pues venían a las manos aquellas dos naciones que oprimían igualmente la independencia y los derechos de las demás potencias, habría sido sabiduría dejarlas quebrantarse mutuamente y moderarse por sus propias armas y por sus mismas iras y furores. ¿A quién podían doler aquellos golpes que se daban una a otra? La Francia y la Inglaterra eran entonces las dos más grandes plagas de la tierra.

¿Cuál fué, en tanto, el efecto de la Tercera Coalición, tan tristemente calculada? Librar a la Inglaterra del asalto y de la prueba que debiera haber sufrido, descargar a Bonaparte del peligroso empeño de la guerra transmarina a que se había comprometido, y abrirle mejor campo a sus falanges, campo trillado ya por ellos tantas veces con prósperos sucesos, y eo donde la fortuna, y su saber hacer en su elemento propio, le habían dado tantas veces la victoria. ¿Por qué fatalidad para los pueblos de la Europa no aguardaron siquiera, tanto la Rusia como el Austria, que el nuevo soberano de la Francia se encontrase ya enredado en la violenta lucha que debía trabarse, venidos a las manos ingleses y franceses, no ya en naos, sino en tierra, donde tenían que pelear desesperadamente, el amor de la patria de una parte, y el honor decisivo de la Francia por la otra? Durante aquel empeño, Napoleón se habría encontrado en la necesidad de respetar el continente y de ceder a condiciones justas, o de

perderlo todo en una hora, como llegó a perderlo cuando todos los Gobiernos, harto tarde, fueron sabios y prudentes a la fuerza. Declararle la guerra cuando él mismo, por sus pasos, se apercebía a correr tan duro trance de fortuna en Inglaterra, no fué, en suma, otra cosa que acudir a la defensa de ésta, y alquilarle la sangre que debía verse solamente por libertar el continente y establecer de nuevo el equilibrio de sus fuerzas.

¿Quién, de un extremo a otro de la Europa, en habiendo podido hacerlo con esperanza de un buen éxito, no se habría armado de seguida y acudido a la palestra, para contrarrestar la prepotencia del que era contemplado y mal sufrido en todas partes por tan sólo el respeto de sus armas? Pitt fué, en verdad, un grande hombre, pues que salvó su patria para siempre de las costuras y sangrientas irrupciones de los ejércitos franceses, no importa el cómo fuese; que, en el peligro extremo, lo primero es salvar su propia casa. No así aquellos que pusieron sobre sus propios hombros el trabajoso empeño de salvar a la Inglaterra, esperanzados de salvarse luego con su ayuda y sus subsidios. Si la Primera Coalición, llevada más allá del punto que señalaba la política, hizo salir a luz un hombre de tan vasto ingenio como Bonaparte, la segunda le abrió el camino del Imperio, y la tercera, consagróle.

¡Y si aún no hubiese sido más que esto!... Pero aquel triunfo tan colmado que logró en la Moravia, no menos por las faltas de sus enemigos que por sus talentos militares, dejó la Europa toda al blanco de su ambición inagotable; mal también para él mismo, que, deslumbrados sus ojos por los rayos de tan grandes glorias, sin poder contenerse mientras no fuese el solo hombre que mandase el mundo entero, cansó él mismo su fortuna y excavó por sus manos el sepulcro que aún encierra en Santa Elena sus cenizas.

Pero en tanto, ¿qué de dolores y aflicciones! ¿Por qué serie tan larga de trabajos, de pruebas y conflictos se debía pasar para esquivar el yugo de aquel hombre y conseguir romperle! No hubo

más rienda desde entonces ni a sus deseos ni a sus proyectos: y, lo que fué peor, halló pretextos para extender sus planes de dominio, y desnudó su alma de aquel pudor del mando que en los pueblos civilizados suele poner algunas vallas a los monarcas poderosos.

Tras la paz de Presburgo, no satisfecho todavía con haber diezmando y reduciendo al Austria en sus mejores posesiones, de un acto solo de su voluntad disolvió el Santo Imperio de Alemania, y, reclutando en su favor una gran parte de sus miembros, formó de ellos una guardia de vasallos coronados, prontos a tomar las armas, cuando él los requiriese, contra sus demás colegas de aquel cuerpo de diez siglos. Los duques de Baviera y Wirtemberg, erigidos en reyes por su sola gracia; el margrave de Baden y el landgrave de Hesse-Darmstadt, levantados a grandes duques, con honores, prerrogativas y derechos reales, y más otros diez príncipes del mismo Imperio, unos por interés, otros por miedo, formarán su vanguardia de Alemania en adelante, y envueltos desde entonces con la Francia en todas sus querellas, les hará, sin embargo, renegar de la Constitución germánica y declarar al mundo que se apartaban de ella porque comprometía la paz de sus Estados (68).

(68) He aquí sobre esto el brevísimo preámbulo del tratado de la Confederación del Rin, celebrado en París en 12 de julio de 1806: "Su Majestad el Emperador de los franceses, Rey de Italia, de una parte; y de la otra Sus Majestades los Reyes de Baviera y Wirtemberg, Sus Altezas Soberanas los electores archicanciller y de Baden, el duque de Berg y de Clèves, landgrave de Hesse-Darmstadt, los príncipes de Nassau-Usingen y de Nassau-Weilbourg, etcétera; queriendo estipular entre sí, de la manera conveniente, para asegurar la paz interior y exterior del mediodía de la Alemania, en favor de cuya paz ha probado la experiencia mucho tiempo hace, tanto en el pasado como en el presente, que la Constitución germánica no podía ofrecer especie alguna de garantía, han nombrado por plenipotenciarios, etcétera, etc., etc."

Por este tratado, verdaderamente leonino, quedaba a la cabeza de la nueva federación, bajo el título de protector, el emperador de los franceses. Los príncipes confederados se imponían la obligación de hacer causa común entre sí, y con la Francia, para toda guerra continental que cualquiera de las partes con-

La bandera de enganchamiento quedó puesta, y por necesidad en unos, y por temor en otros, o por cálculo, se acreció en poco tiempo aquella nueva especie de conscriptos reales y ducales. Aun de la misma Casa de Lorena, Fernando, hermano del emperador Francisco, gran duque de Wurzburg, tomó plaza en aquel campo. Tales cosas, que son sabidas, no las refiero yo por deleitarme en ellas, mas sí por recordar a mis lectores cuál era ya aquel tiempo. Una causa perturbadora, irregular, extraordinaria y de una inmensa fuerza, rompía todas las piezas con que se gobernara antiguamente la máquina política del un extremo al otro de la Europa. Los imperios se despostraban a este continuo embate, sin valer a los unos la prudencia ni a los otros el arrojo, asombrados y mal acordes delante del peligro, sin haber modo de entenderse, como los que se ahogan y se disputan una tabla a sálvese quien pueda. Bien merecía disculpa cada uno, y aquellos que han escrito no la han negado enteramente, sino a España, que entre tantas naciones sojuzgadas ya por aquel tiempo, quehrantadas u oprimidas, era la sola y única de entre todas las potencias rayanas de la Francia que aún mantenía su dignidad y su carácter de nación independiente, no sometida ni entregada al albedrío del opresor del

tratantes se encontrase obligada a sostener contra quienquiera que ésta fuese; pero ninguno podía armar para cumplir esta obligación, sin el expreso mandamiento que con el nombre de invitación les habría de dirigir a cada uno el mismo emperador de los franceses. La Confederación, luego de requerida, debía aprontar sesenta y tres mil soldados de todas armas, señalado a cada uno de los príncipes más fuertes, y a la colección de los más débiles, su contingente respectivo para llenar aquella suma. Ninguno de ellos podía contraer relaciones políticas que le ligasen con otras naciones para cualquier género de servicio, fuera de los Estados mismos confederados o aliados de la Confederación, so pena de perder sus Estados y de que pasasen éstos a sus herederos. Cualquiera, en fin, que intentase enajenar sus Estados o parte de ellos, no podía verificarlo sino haciendo la renuncia, la venta, el cambio u el traspaso a otro príncipe confederado. Siervos del terrazgo o de la gleba llamaron muchos en aquellos días a los que se ligaron de esta suerte con el emperador de los franceses.

continente. Yo no censuro a nadie. ¿Quién erró entonces de buen ánimo? ¿Quién no buscó salvación, ora se sometiese a Bonaparte, ora se le opusiese con las armas? ¿Quién se vió libre y despejado cuanto era necesario en tales días de torbellino para acertar en sus medidas? Nunca más respetable para mí el combatido emperador Francisco que, cuando resignado a sus desgracias y volviendo a sus pueblos desolados, les dirigía su voz consoladora y trabajaba como un padre para enjugar sus lágrimas, o cuando, abandonado por una parte del Imperio, renunció la diadema de los Césares (69).

¿Cuál fué ya en aquel año y desde entonces la grande y nueva serie de desdichas, de apuros y conflictos que trabajó a la Europa?

La Prusia, entera todavía, pero prudente y detenida, que, fija siempre en su propósito de quitar ocasiones a la Francia de engrandecerse más y más por medio de la guerra, vivía con ella en paz hacía diez años, que permaneció neutral con todo el norte de Alemania durante tanto tiempo, a quien ningún esfuerzo del Gobierno inglés había bastado a hacerla declinar de aquel sistema, que trabajó de buena fe, con eficacia, aunque sin fruto, para

(69) Nada más digno de conservarse en la Historia, ni más propio para reconocer el carácter de aquel tiempo, que el manifiesto o declaración del emperador Francisco renunciando a la corona imperial de Alemania. Hele aquí este escrito, tan bien sentido como lleno de dignidad y de decoro en la desgracia:

"Nos, Francisco II, etc. Desde la paz de Presburgo hasta ahora, toda nuestra solicitud y desvelo se han empleado en cumplir con escrupulosa fidelidad los empeños entonces contraídos, para conservar a nuestros súbditos el beneficio de la paz, y aguardar a ver si las mudanzas causadas por aquel tratado nos permitirían satisfacer a nuestros importantes deberes en calidad de jefe del Imperio germánico, y al tenor del capítulo de elección que nos puso a su cabeza.

"Pero las consecuencias de algunos artículos del tratado de Presburgo, luego que se publicó, y aún ahora mismo, y los acaecimientos recientes en el Imperio germánico, bien notorios, nos han convencido de que, en estas circunstancias, nos sería ya imposible continuar nuestras obligaciones contraídas; y si, reflexionando acerca de las relaciones políticas del Imperio, *no era ni aun posible imaginar una mutación de tales cosas*, el convenio

avener los Gabinetes de Austria, Francia y Rusia, que suscitada a pesar suyo la Tercera Coalición, negó el paso por sus Estados a las tropas moscovitas, y a quien Napoleón debía, por tanto, igual respeto con las suyas al que observó Alejandro; la Prusia, en fin, tratando todavía de conciliar los ánimos y sofocar aquella guerra, tan peligrosa a la Alemania como oportuna a la Inglaterra, vió no obstante las tropas de la Francia, que, sin tenerle cuenta de ninguna de estas cosas, atraviesan su territorio y lo violan, no por necesidad extrema en que Napoleón se viese, sino por llegar más pronto y más derecho a la combinación de su campaña. El landgrave de Hesse-Cassel, neutral también y aliado de la Prusia, se vió en el mismo caso. Tal desprecio del honor y los derechos de una gran nación independiente indignó a la Prusia justamente y movióla a tomar parte en la querella con los enemigos de la Francia; mas, consiguiendo todavía a sus deseos de paz, envió su embajador a proponer a Bonaparte tal partido, que contenida su ambición en razonables lindes, quedase concordado el interés de la Alemania, de la Francia y demás pueblos de la Europa. Napoleón era perdido si, en el centro de la Moravia, y a tan larga distancia de la Francia

de 12 de julio, firmado en París y aprobado inmediatamente por las partes contratantes sobre la separación entera de muchos Estados considerables del Imperio, y su particular confederación, ha destruido enteramente la esperanza de poder conservarla. Convencidos así, como lo estamos, de la imposibilidad de cumplir por más tiempo los deberes de nuestras funciones imperiales, *exigen nuestros principios y nuestra obligación el renunciar a una corona que, en nuestro concepto, no tenía valor alguno sino en tanto que podríamos corresponder a la confianza de los electores, príncipes y demás Estados del Imperio germánico.* Así es que declaramos por la presente que miramos como disueltos los vínculos que hasta ahora nos unían al cuerpo del Estado del mismo Imperio, y miramos como extinguida, *por la confederación de los Estados del Rin*, la dignidad de jefe del Imperio, considerándonos, por tanto, libres y exentos de nuestras obligaciones para con dicho Imperio, y deponiendo y dejando, como deponemos y dejamos, la corona imperial y el gobierno del Imperio. Asimismo declaramos libres de sus obligaciones para con Nos a los electores, príncipes y Estados, etc., etc., etc."



para recibir socorros pronto, cerca ya de llegar el archiduque Carlos y el archiduque Juan con ochenta mil soldados, comenzada la insurrección en Hungría y en Bohemia, y llegado ya a la Silesia un gran refuerzo ruso, se hubieran añadido en contra suya ciento cincuenta mil prusianos, hessenses y sajones dispuestos a la lucha.

Pocos días de tardanza en esta gran tempestad que amenazaba a los franceses, cambió la escena enteramente. Napoleón, triunfante en Austerlitz, volvía a sus reales orgulloso, cuando el conde de Haugwitz debía entregarle el ultimátum de su corte, cuando el emperador Francisco pedía la paz ansiosamente, y cuando el ruso se salvaba, prometiendo pasar los montes y retirarse de Alemania ¿Quién culpará a la Prusia en tales circunstancias? Haugwitz, en vez de amenazar de parte de su amo, felicita a Napoleón, y por salvar su patria de una guerra en que debía quedarse sola, recibe la ley de éste. Los papeles de este gran drama se han mudado. Bonaparte amenaza, insulta, ensayorea y sofoca al desquiciado mensajero, pide a la Prusia los países de Anspach y de Bareuth, Neuchatel y Cléveris, y le propone a cambio de ellos el Hannóver, que ni aun entonces era suyo, ocupado como se hallaba por los rusos. Federico Guillermo acepta, en fin, aquel partido que la dura fatalidad de los sucesos le ha ordenado, puesto, además, en la forzosa situación de romper con la Inglaterra y cerrar la entrada de sus puertos (70). El triunfante

(70) Se ha querido vituperar la conducta del rey de Prusia en estas transacciones, pero injustamente. Si aquel monarca no entró en la coalición desde un principio, efecto fué de su buen juicio sobre la precipitación de aquella guerra tan malamente combinada. Si violado su territorio, y tocado en su honor, resolvió después unir sus armas con las del Austria y de la Rusia, digno fué de alabanza por haber querido tentar antes el recurso de una mediación armada y proceder en regla, como debe hacerse en tales casos. Si vencida la coalición en Austerlitz, y pedida la paz por el emperador Francisco en el momento mismo en que la Prusia se disponía a mover sus armas contra Bonaparte, desistió de la guerra aquel monarca, prudencia fué y necesidad disimular su intento, solo, como debía hallarse, retirado también el ruso, contra todo el poder

emperador campea a su anchura en Alemania y comienza su nuevo intento de dominar el Norte, como domina el Mediodía. Sus legiones son mantenidas por amigos y enemigos y neutrales; nadie se atreve a respirarle. La Batavia va a formar un nuevo feudo del Imperio bajo uno de sus hermanos; a una media palabra que han soltado sus agentes y emisarios, la famosa República, la que figuró en la Europa largo tiempo formando un peso en su balanza, le pedirá un señor que la gobierne y que haga de ella un firme baluarte de la Francia (71). Las ciudades han-

de los franceses. Si, cambiadas las circunstancias, Napoleón le dió la ley, consecuencia fué este trabajo de la difícil situación en que fué puesta la Alemania por la paz de Presburgo. Y si aceptó el Hannóver, fué una buena política, menos en realidad por agrandarse que por impedir mayores males y peligros al norte de Alemania, ocupado que llegase a ser de nuevo aquel país por los ejércitos franceses. A pocos Gabinetes de aquel tiempo, y a muy pocos de los hombres que dirigían sus actos, se les ha tenido cuenta ni de las circunstancias generales en que se vía la Europa, ni de las especiales en que se hallaba cada uno. Esta cuenta, tan necesaria y tan debida por aquellos que se encargan de escribir la Historia, con ninguno se ha tenido menos que conmigo. Esto me obliga a cada paso a presentar comparaciones, cierto como lo estoy de que aquellos que las hicieren imparcialmente, en tan terribles compromisos como los que ofrecían la Francia y la Inglaterra a todas las naciones, no hallarán el sistema de la España, ni el menos cuerdo, ni el menos precavido, ni tampoco el menos digno de una nación independiente. Lo que hicieron más tarde la fuerza y la perfidia, ayudadas por manos que debieran haber sido las más fieles, no se encontraba entre los datos, ni ordinarios ni extraordinarios, de las humanas previsiones.

(71) Napoleón, al conceder un rey de su familia a los diputados de la Holanda, no guardó ya ningún misterio. En la respuesta que les dió de lo alto de su trono, vuelto a su hermano Luis, le dijo de esta suerte: "Protegé la Holanda, pero jamás dejéis de ser francés. La dignidad de condestable del Imperio la poseeréis vos y vuestros descendientes, para que no olvidéis las obligaciones que debéis cumplir conmigo y la importancia con que miro las plazas fuertes de la Holanda, que aseguran el norte de los Estados de mi Imperio... Mantened en vuestros vasallos los sentimientos de unión y de amor para la Francia, etc." En el tratado que se hizo por el emperador y los Estados de la Holanda, entre otras preeminencias que Napoleón se reservaba, una de ellas fué la de nombrar en los casos de menor edad la regencia del reino, como jefe perpetuo

seáticas ven acercarse el término de su feliz independencia; una revolución igual a la del Mediodía se halla también muy cerca de cumplirse entre los príncipes del Norte; a la Sajonia se le tienta con el brillo de una corona nueva en perspectiva, lo mismo que fué hecho en Wittemberg y en la Baviera; la Prusia corre un gran peligro de encontrarse aislada: los ejércitos franceses, apostados en gran fuerza sobre el Main y extendidos en las dos Suabias, en la Baviera y la Franconia, sin ningunos enemigos, le darán a elegir entre la nulidad de su poder y su influencia en la Alemania, o la arriesgada prueba de las armas.

En la Italia, allí muy más contento y poderoso, trazará Napoleón otra gran parte de la carta de su Imperio, o por mejor decir, la Italia toda es ya una parte de ella. Nápoles ha cometido una gran falta; ha sido infiel a un pacto: prometió ser neutral, y a pocos días abrió sus puertas a la Inglaterra y a la Rusia. Potencia endeble y sin apoyo en ningún punto de la Italia, no encontrará rescate. Napoleón no tiene aquí un motivo para mostrarse generoso ni aun con aquella suerte de modestia tan pesada y tan gravosa que había usado con el Austria no siendo dable aniquilarla. Nápoles será suyo y un nuevo feudo del Imperio en donde investirá a otro hermano. ¿Qué queda ya en Italia que lleve un nombre aparte? ¿Serán Roma y la Toscana? No; la Toscana y los Estados Pontificios son países enclavados en el suelo del Imperio. Difiriendo para más tarde sus designios de apoderarse de ellos, no tocará al dominio útil, pero se atribuirá el directo y hará alarde de ejercerlo (72); mientras que, para hacer más familiar aquel sistema y darle

consistencia y aparato, lo ostentará creando aquí y allí, en la Alemania, en la Suiza y en la Italia, una larga comparsa de señores y de príncipes vasallos. Esta supremacía, bajo el nombre de suzerano, de mediador, de protector o cualquier otro título que sea, es el pensamiento fijo que le ocupa noche y día, y por el cual querrá infundar el mundo entero y gobernarle a su albedrío.

Después de esta reseña, deberá contar la Historia que la España, vecina codiciable de la Francia, y codiciable por tantos títulos, *era por aquel tiempo el solo Estado independiente entre todos los aledaños de la Francia*. Nadie sabrá decir que fué un acaso, siendo tan deseable su dominio. El sistema de su política y la actitud que había guardado, fuese con la República, fuese con el Imperio, sin enredarse en las querellas de la Francia, limitada con ella su alianza a hacer la guerra al común enemigo de una y otra, y esta guerra no de ambición ni sugerida, sino provocada duramente por la Gran Bretaña, dulce a Francia la España como amiga, pero severa y firme, si se quería tocar, de cualquier modo que esto fuese, a su justa independencia; tal sistema y no otra cosa nos había librado de doblar el cuello al duro yugo que sufrían tantas naciones.

¿Diré yo que Bonaparte no tentara abrir brecha a esta muralla? Lo había tentado muchas veces, y lo tentó aquel año nuevamente y comenzó a volverse amenazador. Que procediese así no es una prueba de que tuviese en menos a la España, con quien ni entonces ni después, cuando intentó amarrarla, quería guerra. Si se atrevió a pedirnos aquel año cosas demasadas, halló una firme y noble resistencia, cual la exigía nuestro decoro. Nuestro honor no fué hollado, ni se dió lugar a que lo hollase. Contaré algunos hechos.

Entre las antiguas preciosidades que el mariscal Berthier halló en Viena y dirigió a París como trofeos de guerra, una de ellas fué la armadura toda entera de Francisco I, prisionero de Carlos V en la batalla de Pavía. Faltaba allí su espada, que se guardó en Espa-

de la familia imperial. La monomanía del grande Imperio suzerano, tan fatal a la Europa y tan fatal a él mismo, fué puesta a descubierto.

(72) Napoleón no se acortó en declarar solemnemente esta soberanía imperial sobre toda la Italia. En su discurso al Cuerpo Legislativo, en 2 de marzo de 1806, profirió estas frases bien rotundas: "Mis enemigos han quedado confundidos y humillados: la casa de Nápoles ha perdido su corona: *la península de Italia, toda entera, forma parte del grande Imperio.*"

ña. El embajador Beurnonville recibió orden de pedirnosla como un gaje de amistad que haría completo aquel recobro de la Francia. Yo le dije, sin detenerme, que tal entrega era imposible.

—Mas por tan poca cosa—replicó el embajador—, ¿querría usted que se entibiase la amistad tan verdadera que el emperador de los franceses se complacía de tener con Carlos IV?

—No—le repuse yo—; por lo mismo que dice usted que es poca cosa esa demanda, no puedo yo creer que penda de ella en modo alguno la amistad entre los dos monarcas. La que el rey mi señor tiene mostrada y de que ha dado tantas pruebas al emperador y rey, tiene su fundamento en los comunes intereses y en la común gloria de la Francia y de la España. Hace muy pocos días que Su Majestad imperial y real, hablando de la España, ha dado un testimonio solemnisimo de la amistad sincera de que es deudor a Carlos IV (73). Además de esto, créame usted, aun cuando fuera dable, lo cual no cabe en mis ideas, que por complacer a su aliado quisiera Carlos IV deshacerse de esa prenda de las antiguas glorias de la España, no sería libre de entregarla sin faltar a sus deberes, porque es alhaja vinculada en la Corona y pertenece a España como al rey, del mismo modo. No por esto omitiré darle cuenta de lo que usted pide, porque éste es mi deber; mas mi consejo, si pudiera Su Majestad necesitarlo (que no lo necesita para esto), será contrario enteramente.

—Príncipe—me dijo entonces Beurnonville—, usted cumple sus deberes, pero usted se perjudica mucho con el emperador, sin tener cuenta de sí propio: *allá van leyes donde quieren reyes*, dice un refrán de ustedes.

—Pero no las del honor, amigo mío—le repliqué al instante—. En cuanto

a lo demás, se lo tengo a usted dicho, yo deseo retirarme. Los franceses tienen también este proverbio: *A quelque chose, malheur est bon*.

Al rey le hablé, en efecto, y la demanda fué negada. Estaba reservado a su heredero entregar aquel trofeo. Napoleón no lo olvidaba, y la primera cosa que se pidió en su nombre al príncipe de Asturias, aun sin reconocerle como rey, fué la espada del rey Francisco. Mis enemigos la entregaron, engañando a aquel príncipe, proponiéndose en esto dar un precio a sus traiciones, y pensando ganar por tal infamia el patrocinio del emperador de los franceses (74).

La segunda demanda, mucho más seria, del insaciable emperador fué pedir se le entregase, hasta las paces

(74) Si semejante concesión fué en sí misma ignominiosa, lo fué aún más por el modo con que fué cumplida y anunciada luego al público. He aquí una copia literal del artículo de oficio que publicó esta afrenta en la *Gaceta de Madrid* de 5 de abril de 1808:

"Su Alteza Imperial el gran duque de Berg y de Clèves había manifestado al excelentísimo señor don Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del Despacho, que Su Majestad Imperial el Emperador de los franceses y Rey de Italia gustaría de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia, rindió en la famosa batalla de Pavia, reinando en España el invicto Emperador Carlos V, y se guardaba con la debida estimación en la Real Armería desde el año de 1525, encargándole que lo hiciera así presente al Rey nuestro señor. Informado de esto Su Majestad, que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar a su íntimo aliado, el Emperador de los franceses, el alto aprecio que hace de su augusta persona y la admiración que le inspiran sus inauditas hazañas, dispuso inmediatamente remitir la mencionada espada a Su Majestad Imperial y Real, y para ello creyó, desde luego, que no podía haber conduction más digno y respetable que el mismo serenísimo señor gran duque de Berg, que, formado a su lado y en su escuela, e ilustre por sus proezas y talentos militares, era más acreedor que nadie a encargarse de tan precioso depósito y a trasladarle a manos de Su Majestad Imperial. A consecuencia de esto y de la Real Orden que se dió al excelentísimo señor marqués de Astorga, caballero mayor de Su Majestad, se dispuso la conduction de la espada al alojamiento de Su Alteza Imperial, con el ceremonial siguiente:

"En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un paño de seda de color punzó, guarnecido de galón ancho brillante y fleco de oro, y al vidrio se pusieron el armero mayor

(73) En 2 de marzo, al abrir la sesión del Cuerpo Legislativo, se expresó, en cuanto a España, de este modo: "Las tempestades nos han hecho perder algunos navios después de un combate empeñado imprudentemente. Me faltan palabras para alabar cuanto es debido la grandeza de alma y la lealtad que el rey de España ha manifestado en estas circunstancias por la causa común."

generales, el puerto de Pasajes. El pretexto de esta demanda era saber, o decir que se sabía, que los ingleses intentaban atacarlo, hacerse dueños de aquel punto, establecer allí un amparo permanente para sus cruceros sobre entrambas costas de España y de Francia, y asegurarse un puesto ventajoso en la frontera misma del Imperio. Esta des-

honorario don Carlos Montargis y su ayuda don Manuel Trotier. Esta carroza fué conducida por un tiro de mulas, con guarniciones también de gala, y, a cada uno de sus lados, tres lacayos del rey con grandes libreas, como asimismo los cocheros. En otro coche, también con tiro y dos lacayos de a pie, como los seis expresados, iba el excelentísimo señor duque del Parque, teniente general de los Reales Ejércitos y capitán de Reales Guardias de Corps. Precedía a este coche un correo de las Reales Caballerizas, y al estribo izquierdo iba el caballerizo de campo honorario don José González, según corresponde uno y otro a la dignidad de caballerizo mayor en tales casos. Concurrió a este acto, de orden de Su Majestad, una partida de Reales Guardias de Corps, compuesta de un subbrigadier, un cadete y veinte guardias, de los cuales, cuatro rompían la marcha, y los demás seguían detrás de la carroza en que iba la espada. En esta forma se dirigió el acompañamiento, a las doce del día 31 de marzo anterior, desde la casa del señor marqués de Astorga a la en que se halla hospedado el serenísimo señor gran duque de Berg. Luego que llegó la carroza en que iba la espada, se apearon los dos armeros, y tomando el honorario la bandeja con ella, aguardaron a que lo verificasen el señor caballerizo mayor y capitán de guardias, y subieron delante de Sus Excelencias hasta el salón, donde esperaba el gran duque. Allí tomó la bandeja el señor marqués de Astorga, y después de entregar la carta que llevaba de parte del rey nuestro señor, y hecha una corta arenga, presentó al gran duque la bandeja con la espada, que Su Alteza Imperial recibió con el mayor agrado, contestando con otro expresivo discurso. Concluida esta ceremonia, durante la cual permanecieron los Guardias de Corps formados al frente del alojamiento, se restituyeron los dichos excelentísimos señores con el mismo aparato y escolta al Real Palacio, a dar cuenta a Su Majestad de haber cumplido su comisión."

Este infeliz relato fué la obra de dos ingenios combinados: el ministro Cevallos y el canónigo Escoiquiz. La carta del rey que quedó sin respuesta fué parto de este último. Mucho más infeliz y deshonrosa que el relato.

Comparad, ¡oh españoles!, que ya es tiempo, mi conducta y la de mis contrarios, que han hecho y han escrito tantas cosas para deshonrarme ante vosotros. Que señalen mis enemigos algún acto de mi vida que se parezca a éste. ¡Yo estaba alherrojado en cárcel dura mientras tanto!

cabellada pretensión fué un tema largo y penoso de debates porfiados, en que vi deslizarse ya las amenazas entre palabras embozadas. A la primera insinuación que me fué hecha en este tono, di fin a las disputas.

—No hablemos más de tal negocio —dije al embajador, resueltamente—; lo que rehusa la amistad porque no es dable concederlo, ninguna suerte de temor que se quiera imponernos tendrá poder para arrancarlo de nosotros. El Imperio francés y el reino de España tienen, de un mismo modo, sus límites sagrados. No estamos en Italia, ni nuestra alianza es feudo, ni España ha dado todavía ningunas muestras de flaqueza a amigos ni a enemigos. Nuestra casa sabemos defenderla, sin necesitar que otro más fuerte se aposente en ella, porque nosotros nos bastamos.

Esta agria conferencia fué la última; no se volvió a hablar más del puerto de Pasajes.

Mas no por esto tenían fin las pretensiones del hombre de la Francia. Exigir a los unos y pedir a los otros, mas con aquel modo de pedir de los que cobran el barato; cierta manera de hacer gasto de todos sus amigos que no se vió jamás en los demás monarcas de la Europa a quienes trabajó igual rabia de poder y de conquistas, tal era su conducta, más narecido en esto a los aventureros de la Media Edad, que ponían a rescate los señoríos y los castillos para no dañarlos, o les hacían comprar a viva fuerza su veleidoso patrocinio.

Nuestra neutralidad con la Inglaterra nos había costado el contingente pecuniario que trató Cevallos con la Francia a pesar mío (75). Rota la paz por los ingleses, unidas nuevamente nuestras armas a las del Imperio contra la Gran Bretaña, debió cesar el contingente. Pidiólo, sin embargo, Bonaparte, poniendo por motivo que la Francia había empleado mayores fuerzas que nosotros y que había tenido cuormisimos dispendios. Nuestra respuesta era bien obvia; supuesto que ya en aquella guerra la causa era común

(75) Véase sobre esto el capítulo XIV.

para españoles y franceses, cada cual de las dos partes había acudido a ella en proporción con sus recursos, concurriendo España con mayores fuerzas que las estipuladas por el tratado de alianza. Napoleón, entonces, abandonado aquel camino, pero sin darse por vencido en la disputa, tomó el medio de pedirnos a lo menos un socorro como aliado y como amigo, porque se encontraba en grande apuro de dinero.

Aquel apuro era efectivo. Sabida fué la crisis en que se halló el Tesoro de la Francia, pocos meses antes, por la quiebra de monsieur Desprez, que envolvió a tantas casas, la baja que sufrieron los efectos públicos, y la suspensión de pagos a que el Banco mismo se encontró forzado. Mientras triunfaban en Moravia los ejércitos franceses, el terror que produjo aquel medroso descalabro de la Hacienda fué superior, con mucho, a la alegría y la confianza que debían causar aquellos triunfos. Cuando volvió Napoleón, el papel sobre París se descontaba al 22 por 100, y hasta las cédulas del Banco sufrían una gran pérdida. Tamaños golpes no se remedian de repente; sufría el Tesoro y sufría el crédito. En tales circunstancias pedía Napoleón a Carlos IV que lo socorriese de cualquier modo que esto fuese, no ya exigiendo, sino rogando, y prometiendo además que para en adelante estaba pronto a renovar nuestro Tratado de alianza bajo de tales condiciones, que las cargas y las ventajas fuesen equilibradas a satisfacción de la España.

—No es cordura negarlo todo—dijo el rey—; padézcalo el dinero, pues que el honor no sufre en esto, désele lo que alcancen nuestras fuerzas.

Y de sesenta y dos millones que pedía en un principio, se le dió la tercera parte solamente.

De esta concesión ha hecho memoria el conde de Toreno, pero tan sin verdad, tan sin conciencia, con tanta liviandad y con tan mala fe, que me es preciso responderle. Dice este nuevo historiador que don Eugenio Izquierdo, "hombre sagaz, travieso y de umaño, a quien yo tenía encomendados mis asuntos peculiares bajo la capa de otras co-

misiones, indicado que le hubo sido por el emperador de los franceses que podría yo merecer su particular atención si le acudía con socorros pecuniarios, gozoso de esto y lleno de satisfacción, brevemente y sin estar para ello autorizado, aprontó veinticuatro millones de francos pertenecientes a la Caja de Consolidación en Madrid, según convenio que firmó en 10 de mayo; y que aprobando yo esta conducta con la esperanza de ser ensalzado a más eminente puesto, en trueque del servicio concedido, hice darle poderes en nombre de Carlos IV en 26 del mismo mayo para que ajustase y concluyese un tratado".

Es imposible contar hechos con ignorancia más grosera, o con malicia más estúpida que lo hace aquí Toreno. Lo primero de todo, a ley de historiador, debiera haber sabido que don Eugenio Izquierdo era un buen servidor de la Corona desde tiempo muy remoto. Su honrosa y distinguida carrera venía ya del reinado del señor Carlos III, bajo el cual desempeñó diferentes comisiones graves, y las más de ellas reservadas, mereciendo la estimación del marqués de Grimaldi, del conde de Florida-Blanca, del conde de Lerena, del bailío Valdés y de todos los demás ministros de aquel tiempo. Antiguo director del Gabinete de Historia Natural, literato muy reputado, de conocimientos vastos en ciencias naturales, y nada extraño en las políticas, relacionado ventajosamente en muchas cortes extranjerías, y en París especialmente, donde la alta sociedad le estaba abierta, severo en sus costumbres, no conocido nunca ni en las casas de juego ni en las sentinas de la ópera, y hombre cabal en todo, no teniendo que huir a parte alguna por engaños ni por trampas o por deudas, sobrado de bienes, y enemigo del lujo y del boato, merecía bien la confianza del monarca. Era, además, sagaz, muy advertido y circunspecto en toda suerte de negocios, pero no *travieso*, como el conde ha escrito, queriéndole prestar alguna cosa de lo suyo.

A este sujeto benemérito, que no tenía ambición, que jamás pretendió ninguna cosa del gobierno, del carácter de

aquellos sabios que no buscan y que deben ser buscados, me resolví a ocuparle, bajo la aprobación de Carlos IV, en los negocios arduos y preñados que ofrecía a cada instante la encapotada y procelosa corte del emperador de los franceses. Para tales negocios no era propia la posición embarazosa de un alto embajador sujeto a la etiqueta, y empotrado en los carriles ordinarios de la antigua diplomacia. Necesitábanse hombres diestros y más libres, buenos nautas, que supiesen hurtar el viento y navegar a palo seco entre los arrecifes y las sirtes, que ni aun bastaba en aquel tiempo para salir adelante.

En cuanto a comisiones más particulares en París, es tan falso lo que dice el conde de Toreno, cuanto público y notorio, y comprobado por los tiempos, que no tenía intereses ni negocios míos privados en ningún punto de la Europa; y en París mucho menos que en otra parte alguna. Digo también que es pública y notoria esta verdad, porque el mismo Napoleón hizo más de una vez exploraciones sobre mis haberes, y no encontrando en Francia ningún rastro de intereses míos, sospechó que los podría tener en Inglaterra, y se dejó decir frecuentemente que evitaba yo comprometerlos en la Francia por mi poca fe con ella (76).

(76) De diferentes casos de estas raras pesquisas que Bonaparte hacía sobre mis intereses pecuniarios, por no cansar a mis lectores, referiré uno solo para muestra, y para desmentir al propio tiempo al conde de Toreno. Monsieur Michel, banquero de París, volvía a Francia de Madrid; no sabré fijar ciertamente el año en que hizo aquel viaje. Le habían dicho a Bonaparte que aquel banquero tenía conmigo relaciones íntimas, y, llegado a París, la Policía, que lo acechaba, le hizo llevar directamente desde la barrera al ministerio de aquel ramo con todo su equipaje; registró sus papeles, y, no encontrando cosa alguna que pudiera satisfacer la curiosidad de Bonaparte, fué interrogado minuciosamente sobre mi fortuna, acerca de la cual le exigieron especialmente declarar si la tenía yo puesta en Inglaterra. La respuesta de aquel banquero a esta última pregunta se encuentra referida en varios libros de *Memorias* de aquel tiempo, entre ellas las de M. Desmarest, jefe que era entonces de sección de la alta Policía. "El Príncipe de la Paz—dijo M. Michel—no tiene fondos en Londres ni en ninguna plaza extran-

Que medió Izquierdo en aquella concesión, pago, préstamo o comoquiera que se llame, que fué hecho a Bonaparte en 10 de mayo, es una cosa cierta; pero también lo es, y el conde de Toreno o no lo supo o lo ha callado, que los setenta y dos millones que buscaba con tanta ansia Bonaparte logró Izquierdo reducirlos a solos veinticuatro, y esto, en verdad, era muy digno de contarse y de saberse. Holanda, Italia, la Alemania y tantos otros pueblos, esquilnados bien a bien o mal a mal por Bonaparte en aquellos mismos días, no podrán menos de admirarse de que hubiese andado tan modesto con nosotros en peticiones de dinero (77).

Cierto es también que don Eugenio Izquierdo recibió poderes para tratar en Francia. Dije ya más arriba que Napoleón había propuesto renovar nuestro Tratado de alianza sobre las bases convenientes para equilibrar sus cargas y ventajas entre las dos potencias. Diéronse a Izquierdo los poderes a este efecto (78). Nos convenía aquel acto

jera: toda su gran fortuna consiste en bienes raíces sitos en España."

En el capítulo XV de esta segunda parte habrán ya visto mis lectores las pesquisas indirectas que, hallándome en Marsella con mis reyes, desahatando alforjas y vendiendo para su subsistencia, se hicieron todavía en París con el objeto de inquirir si poseía yo tierras en América. No es fácil explicar tales ruindades en un hombre como Bonaparte. Sirven, sin embargo, para que yo responda al conde de Toreno. Yo no era negociante; mi fortuna, clara y limpia, se encontraba toda en mi querida patria.

(77) La Historia ha conservado la escandalosa crónica de los manejos y torpezas que se cometieron en las nuevas anejaciones y trueques de pueblos y dominios para formar el patrimonio de los príncipes, que compusieron, bien o mal de su grado, la Federación del Mediodía de la Alemania. Ni fué menor la inmensidad de sacrificios pecuniarios a que en vano se prestaron por el mismo tiempo las ciudades anseáticas. Vacas de leche del Imperio las llamó M. Bourrienne. Sobre ninguna parte de la Europa se sentía menos el peso de aquel hombre que en España.

(78) Si preguntare alguno por qué no fueron dados al embajador de España, príncipe de Masserano, le diré que por temor de que lo ofuscara y envolviese Bonaparte. Aquel ministro, a propósito cual pocos para la ostentación que pedía su alto puesto, carecía, por desgracia, de aquella gran reserva y de aquella agilidad y perspicacia que requerían las

para ahorrar disputas y saber a qué atenernos sobre las ideas de aquel vecino, en tanto grado peligroso. Si aquel Tratado no se hizo, no fué la culpa nuestra, ni de Izquierdo. Napoleón halló un pretexto para diferirlo, porque en el mismo mes de junio, en que debió ajustarse, se comenzaron pláticas de paz entre la Francia y la Inglaterra (79). Bien sabía el emperador que aquella paz no tendría efecto, pues él no la quería de una manera razonable; pero necesitaba deslumbrar a los franceses y a las demás potencias.

—¿A qué fin—dijo a Izquierdo—precipitar nuestro Tratado, sin esperar a ver el término de las negociaciones comenzadas con la Gran Bretaña?

El fin de éstas coincidió con el rompimiento de la Prusia, y el emperador partió para Alemania arrebatadamente. He aquí explicado ya el motivo de por qué el tratado no se hizo. El conde de Toreno no debió de ignorarlo.

No ha faltado solamente este escritor a la escrupulosa exactitud con que deben contarse los sucesos, sino que, vulgar otro tanto como injusto, ni aun de sí mismo tuvo cuenta por el placer de calumniar, profiriendo y estampando que el socorro pecuniario que fué hecho por España a Bonaparte lo consentí, *contando ya con ser ensalzado a más eminente puesto en trueque del servicio concedido*. ¿A qué puesto, hombre falaz, a qué altura o qué eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¿Fué el señorío de los Algarbes, donde, pasado más de un año, concibió Napoleón por un momento la idea de desterrar-

circunstancias. Impedíale también su misma elevación las maniobras escondidas de la diplomacia, que a Izquierdo le eran fáciles no tan sólo por su talento, mas por tener a mano un grande número de amigos subalternos e intermedios que podían guiarlo y advertirlo.

(79) Pitt había muerto en enero de aquel año. Su sucesor, Fox, más por consecuencia con sus anteriores opiniones que porque hubiese juzgado posible hacer paces con la Francia, había enviado sucesivamente a París a lord Yarmouth y a lord Lauderdale, para tratar acerca de ellas. Las negociaciones, comenzadas por el mes de junio, fueron entretenidas de ambas partes hasta el 5 ó 6 de octubre, en que se retiró lord Lauderdale, fallecido también Fox en 13 de septiembre.

me y de quitar un grande estorbo a sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso o qué motivo había en la primavera de 1806, ni aun para imaginar aquella grande intriga que el emperador de los franceses discurrió en octubre de 1807? Otra cosa debió de ser que lo de Portugal lo que intentó indicar Toreno, cuando añade después *que me ofendí de la tardanza en ver cumplidos mis deseos*; pero necesario y justo e indispensable era decirlo, y no embozar tan torpemente una calumnia tan grosera.

He dicho, y lo repito, que el conde de Toreno ni aun de sí mismo tuvo cuenta por tener el placer de calumniarme de aquel modo. Yo quiero suponer que haya ignorado las negativas y repulsas que he referido más arriba, hechas por mí directamente y sin ningún rebozo, en aquellos mismos días, contra las pretensiones desmedidas que había tentado Bonaparte. Pero el mismo Toreno nos reficre, pocas páginas más atrás, que por el propio tiempo rehusó España reconocer al nuevo rey de Nápoles. ¿Cómo no vió Toreno que por solo este hecho quedaría desmentido lo que después contaba? ¿Qué grosera contradicción, en que no habría caído ningún hombre, ni el más rústico!

Si intentaba yo agradar a Bonaparte, y si buscaba *que me alzase a un eminente puesto*, ¿cómo le di en los ojos, resistiendo aquello mismo en que tenía más interés que en otra cosa alguna de cuanto pidió entonces? Si era mi objeto complacerle y recibir grandezas de su mano, ¿qué cosa fuera más fácil y menos reparable que aconsejar a Carlos IV reconocer el hecho llana y simplemente, y saludar a aquel monarca, que era hermano del hombre poderoso que acataban ya, postrados, tantos pueblos de la Europa? El Papa, el Austria y diferentes otros Gabinetes lo habían ya reconocido, y en no reconocerlo se aventuraba su rompimiento con aquel cuyo sistema de relaciones exteriores comenzaba ya a resumirse en aquel tiempo por estas palabras: *Lo que quiero o la guerra*. Y a estos motivos se juntaba todavía el peligro que po-

dia correr nuestra rama de Etruria, si se enojaba Bonaparte.

Carlos IV y los más de sus ministros y personas a quien pidió consejo prevalecían en el dictamen de ceder por evitar mayores males; dable me fué agregarme a este dictamen y haber lisonjeado al hombre de la Francia. No lo hice; y, al contrario, resistílo con la mayor firmeza. Y, sin embargo de esto, ¿el conde de Toreno se permitirá decir que buscaba yo el modo de ganar al emperador de los franceses para ser *ensalzado* de su mano a más eminente puesto del que yo gozaba en aquel tiempo? No, no lo había más eminente que aquel puesto de honor que yo tomaba, resistiéndole en rostro, y sosteniendo así la dignidad, los respetos y el decoro de mi señor y de mi patria. Yo no sabré decir si el conde de Toreno entiende bien este lenguaje.

Y con esto llegamos ya a la cuestión de Nápoles, y a aquella nueva época preñada de tragedias y desastres, cuando Napoleón, desvanecida y trastornada su cabeza por el resplandor de sus victorias, y por la espesa nube de tantos géneros de incienso y de aromas que la Francia postrada ofrecía sin cesar a su ídolo glorioso, concibió en su delirio, y en propio y común daño, el temerario empeño de avasallar la Europa entera. Procuraré ser breve, pero sin omitir ninguna cosa.

El rey de Nápoles, sordo a los consejos de la España, quebrantó malamente el pacto que había hecho con la Francia, y se dejó arrastrar a la Tercera Coalición, que no ofrecía esperanzas de un suceso favorable, y de la cual he hablado largamente. Aún no había comenzado a desplegar sus armas y a moverse, cuando se encontró solo en la demanda. Napoleón tenía motivo de vengarse, pero Fernando IV era un hermano del rey de las Españas y del único aliado que tenía la Francia digno de este nombre, porque no lo era por temor y servidumbre, sino por elección y por principios de política. Holanda, Italia y la Suiza habían sido conquistadas o sojuzgadas por la Francia y no eran libres. España había cumplido esta alianza escrupulosamente; el

mismo emperador dió testimonio a esta verdad cuando, hablando a la Francia, se alabó de tener un aliado en Carlos IV tan leal, tan generoso y tan magnánimo, que le faltaban las palabras para encarecerlo (80). ¿No merecía este rey que el emperador de los franceses lo hubiese también sido con su hermano, como lo fué siquiera con el Austria, como lo fué con Alejandro?

La primera comunicación que acerca de aquel príncipe recibió el rey fué igual a las demás que se enviaron a otras cortes. Ni una sola palabra más que diese excusas especiales, ni aun que mostrase la apariencia de proceder con pena a la dura resolución de destronar a un rey hermano suyo. Lejos de ser así, el embajador francés recibió orden de decirme que el emperador temía no fuese la Toscana un nuevo punto que eligiese la Inglaterra para turbar la Italia; que Roma y la Toscana eran dos puertas que aún quedaban por cerrarse enteramente al enemigo, sin que tuviese nadie que extrañar que una y otra las custodiase con sus tropas; y que, por falta de advertencia o por cualquier otro motivo, podría llegar el caso, en los azares de la guerra, de que uno y otro Estado se viesen obligados a sufrir igual medida que se tomaba en Nápoles.

—Señor embajador—le dije—: si los peligros todos de un Imperio se debieran precaver por tales medios, no habría fin de conquistar y hacer agregaciones, puesto que habiendo siempre de encontrarse lindes nuevos, y en estos lindes nuevos riesgos, fuerza sería por tal sistema no pararse ni contenerse en punto alguno, sino invadir por todos hasta no tener vecinos. Comoquiera que el emperador y rey lo entienda, en cuanto a la Toscana puede usted asegurar que responde de ella España moralmente, que uno y otro Gabinete componen uno solo, que es el nuestro; y que respondería también de aquel Estado en cuanto a su defensa, si el emperador no hallase inconveniente en que las armas españolas guardasen la

(80) En el discurso ya citado al Cuerpo Legislativo, en 2 de marzo de aquel año.



Toscana; esta misma proposición le fué ya hecha cuando volvió la guerra con la Gran Bretaña. Todavía, en cuanto a Nápoles, aun cuando usted no tenga orden de entenderse con nosotros, podría escribir también que Carlos IV no ha perdido la esperanza de que los negocios de su hermano tan querido pudieran componerse.

Napoleón creyó hacer mucho, o al menos lo bastante, con avenirse a que la España guardase la Toscana. Los que han dicho que lo exigió, se han engañado o lo han supuesto. Creyó en esto que daba un testimonio grande de su amistad y confianza. Cinco mil hombres fueron enviados, bajo el mando de don Gonzalo O'Farril. En cuanto al rey de Nápoles, ni aun se nos dió por entendido Bonaparte (81).

José Napoleón fué luego coronado. España se negó a reconocerlo. Los debates acerca de esto fueron largos y pesados; Napoleón se había olvidado de todos los respetos que se debían a Carlos IV. El embajador francés se adelantó conmigo en términos no usados hasta entonces, y fuera que se hallara autorizado para la amenaza, fuese que Beurnonville hablase sólo por su cuenta, que para mí no era creíble se atreviese a tanto, vi al fin patentemente que la Casa de Borbón estaba ya marcada como un árbol que, estorbando en el camino, se quiere echar abajo.

—Príncipe—me dijo un día—, yo el primero de todos, encuentro qué alabar en esa devoción que usted profesa a Carlos IV y a todos los Borbones; como usted, yo también se la he tenido a esa

(81) No merecen refutación los que han dicho que, enviando aquella corta división a la Toscana, empobrecimos nuestro Ejército, y que en esto le hicimos un regalo a Bonaparte. Si se hubieran de contar las tropas españolas que habían salido para Italia desde el tiempo del rey don Pedro III de Aragón hasta el de Felipe V y de sus hijos, se podría llenar un libro entero. Necesitábase poner a salvo la Toscana, mucho más que de ingleses, de intrigas y pretextos del ambicioso emperador, que sin aquella garantía de nuestras armas podía encontrarlos fácilmente para alzarse con aquel reino u ocuparlo y consumirlo con sus tropas, como ya lo estaba haciendo con los Estados Pontificios.

familia augusta; pero hay casos en que es necesidad y es una gran prudencia resignarse a los destinos. Al punto a que han llegado los sucesos después de tantas guerras y trastornos, otro cualquiera que reinase en Francia que no fuera Napoleón y que tuviera solamente alguna parte del poder que él tiene, habría ya concluido o procurado concluir con todo príncipe reinante de una Casa que, mientras pueda algo, mirará el nuevo trono de la Francia como una rica herencia que le está usurpada. Carlos IV no piensa así, y su sabia política y la grandeza de su alma, superior a las pasiones, lo mantienen todavía de pie derecho. Pero, al fin, ¿no es de temer que algún suceso inesperado, una complicación política o cualquiera otro motivo difícil de preverse le ponga en un conflicto? ¿Y no podría nacer este conflicto de la cuestión de Nápoles? Y puesto que llegase, ¿quién sufriría en primera fila las resultas de este encuentro peligroso? Porque, al fin, contra usted serían todas las iras, al menos las patentes, del emperador de los franceses. Usted ha visto cuál ha sido la caída de un Colloredo, de un Lamberti, un Avesperg, un Collembach y tantos otros en la catástrofe del Austria. Los monarcas son los más prontos para abandonar a sus amigos cuando les llega un infortunio... Si a España le viniera un contratiempo...

—Yo no lo temo, amigo mío—le contesté al proviso, interrumpiéndole—; pero caso que tal viniera, y que venir pudiese cuanto usted quiera imaginarse, yo al menos no tendría ni la vergüenza ni el remordimiento de haber huído tal peligro aconsejando a Carlos IV su desdoro. Señor embajador, lo que el emperador no hiciera si pudiera hallarse en las mismas circunstancias en que se encuentra el rey de España, no es justicia ni amistad que se le exija, porque de soberano a soberano, el honor del de España bajo ningún concepto es menos que el del emperador de los franceses. Carlos IV se ha resignado a su dolor; no se busque también, lo que no es dable, que consienta a deshonrarse y a renegar de su familia... En cuanto a lo demás, le diré a usted

que derrocar toda una Casa que tiene sus amarras en los siglos no es una empresa fácil. Nápoles no es España; Nápoles ha sufrido en todo tiempo el yugo del más fuerte. La Casa real de España no pierde cosa alguna en su poder porque le falte Nápoles; pierde, sí, en sus simpatías y en las tiernas afecciones de un hermano a otro hermano. Nápoles no ha sido nunca sino una carga nuestra, un lujo de grandeza solamente. La España es otra cosa muy diversa; a sus reyes los ama hasta la idolatría, y en toda la extensión que abarca su Corona, a cada vuelta de camino, a cada palmo de terreno, tienen quien los defiendan hasta el postrer suspiro. Más fuerza da al Imperio la amistad de un Borbón reinando en los dos mundos, que podría nunca darle la caída de esta Casa, si es que fuera posible echarla abajo. No quiero yo pensar que tal designio asalte la cabeza de nuestro grande amigo y aliado; España podría ser para el Imperio un grande escollo: los destinos del mundo podrían jugarse en ella, como se han jugado ya otras veces.

—Pero, príncipe, por lo que veo —dijo el embajador—, usted está a la guerra.

—Yo estoy a lo que venga —le respondí con entereza—. *Por amor al bien amo la paz, pero no admito ley que sea en ofensa de mi rey* (82).

—Usted avanza mucho —siguió luego—; nuestra conversación de hoy no es una conferencia diplomática. Tan sólo mi amistad hacia usted me ha inspirado lo que he dicho, y usted ha sospechado que venga de más alto. Napoleón no dice a nadie sus secretos, ni yo presumo por ahora que los tenga contra España. La Casa de Borbón, aun dado que la mire en general como ene-

miga suya, ofrece una excepción en Carlos IV. Créame usted; Napoleón no tan sólo le ama, sino que le respeta... Pero usted ve que es una vida solamente la que se encuentra de por medio entre Napoleón y los Borbones; ¿quién podría responder del príncipe de Asturias?

—De lo que es su existencia —respondí a esta pregunta, que envolvía gran malicia—, de la guarda de su Corona y del mantenimiento de nuestro honor e independencia, responde toda España. En cuanto a sus relaciones con la Francia, yo no dudo que las mantenga y las respete cuando reine, lo mismo que su padre, mientras la Francia las respeta de igual modo.

—Pero hablemos con más franqueza —replicó el embajador—; el príncipe de Asturias no es un amigo de la Francia; de usted lo es mucho menos. Mi objeto en decir esto es que usted no se empeñe más allá de lo ordinario en el puesto resbaladizo en que se halla, y que no se exponga a verse entre dos fuegos algún día... Usted podrá entenderme.

—Señor embajador —le respondí—, yo le agradezco a usted su buena voluntad, si viene de usted solo; mas su consejo no lo acepto. Entre mil, no entre dos fuegos que me viera, no cambiaría de conducta. Por el príncipe no menos que por su augusto padre, y por todos hasta el postrer renuevo de su Casa, daría mil vidas que tuviese. En encadenarme por Carlos IV, a quien todo se lo debo, no he hecho mucho. Si su hijo es mi enemigo, será mayor mi mérito; de la mano de Dios y de la mano de los reyes se reciben del mismo modo el beneficio y el azote.

—¡Ya! El derecho divino... —dijo el embajador.

—Los reyes —dije entonces— representan a los pueblos; y si votarse por la patria, aunque sea injusta, es un gran merecimiento, votarse por sus reyes es lo mismo. No creo yo que deseché estos principios el emperador de los franceses. Trate usted, con su influencia, de cortar estos disgustos y de impedir un rompimiento peligroso a entrambas partes, tan amigas todavía. El honor del

(82) La vehemente impresión que recibí aquel día me llevó hasta el extremo de hacer poner al pie de un retrato mío, que acababa de hacer Goya para mi gabinete, las palabras que he rayado por debajo. No hago mención de esto porque aquellas dos frases sean algún concepto peregrino, sino por muestra del estado a que llegaban ya las cosas y de mi resolución de hacer cara a cualquier desmandamiento de poder que Napoleón se permitiese con nosotros. Muchos de los que vieron aquel raro mote, y vivan todavía, podrán dar testimonio de este hecho.

rey de España no le permite sancionar con su anuencia la caída de su hermano. Todo pende de mil sucesos hasta las paces generales. *Al amigo y al caballo, no apretallo*, dice un proverbio nuestro.

No se pasaron quince días sin volver a la carga con más fuerza. El embajador francés, o más sincero, o encargado de aparentar y parecerlo, me habló con más franqueza; pero ¿qué suerte de franqueza! No se trataba ya de miramientos y protestas ni aun en favor de Carlos IV. Beurnonville me hizo leer sus instrucciones.

"La política del Imperio—decían éstas en sustancia—exige sacrificios desusados para llegar derecha y prontamente al principal objeto de la Francia, que son las paces generales. De no reconocer España al nuevo rey de Nápoles, tomarán pretexto para negar igual oficio las demás potencias que aún no han reconocido a aquel monarca, y la negociación que está empezada con la Gran Bretaña habrá de hacerse más difícil. Ya hace tiempo que Su Majestad Imperial y Real comprendía bien que *la Casa de Borbón era incompatible con la suya*; pero su moderación, y además de esto la amistad que halló entablada entre la España y la República, le decidieron a aceptarla y mantenerla, no tan sólo con Carlos IV, sino también, por sus respetos, con su hermano de Nápoles, enemigo porfiado de la Francia. Amigo de ella, aún estaría reinando; su perfidia, y no la Francia, le han quitado su corona. Si Carlos IV toma la demanda en favor suyo, aunque esto sea pasivamente, se hace hostil a la Francia, y *podrá llegar tal caso que el honor del Imperio exija lo que aconseja la política, y que, en fin, sean las armas las que controviertan esta y las demás cuestiones que se agitan todavía en Europa, porque el emperador no cesa en el camino que ya ha andado y seguirá más lejos si lo estrechan, etc., etc.*"

Tocante a mí, en otro pliego que me mostró el embajador con gran misterio, como si hiciese una traición a sus deberes, se le encargaba hablarme lisamente y sin rodeos, y advertírmelo de una vez, que mi lealtad caballeresca en

favor de los Borbones la miraba el emperador como un estorbo muy mal puesto a su política; que haría muy mal en apoyarme en muros viejos que amenazaban ruina; que las virtudes no eran nada si no las gobernaba la razón y la prudencia; que le convenía a cada uno ver su buena hora y no desperdiciarla; que la fortuna no esperaba, y otras mil frases de igual laña. "Y es preciso decirle—concluía la instrucción—que, en el terreno en que se encuentra, no es posible *mantenerse, y que una de dos cosas es precisa: que suba o que descienda. (Qu'il monte ou qu'il descende).*"

Los que me han vituperado de que intenté la guerra deberían ponerse en lugar mío, y a sí mismos preguntarse qué habrían hecho en semejantes circunstancias. Si hubiera yo cedido, si me hubiera tragado tanta infamia, tan insolentes amenazas, proposiciones tan inicuas, ¿qué habrían dicho de mí los mismos que me tildaron de ligero y han vociferado que comprometí a mi patria malamente con el emperador de los franceses? Para Napoleón, desde aquel tiempo, los nombres de alianza y vasallaje volviéronse sinónimos; amigos y enemigos debían sufrir el yugo de igual modo; poder vencer, o haber vencido, era lo mismo para imponer sus voluntades. La gran supremacía, no de opinión y de concepto, que en verdad la había ganado, sino de acción y de mando, fué el delirio que la embriaguez de la victoria le produjo finalmente, verdadero delirio que terminó en demencia, pues sin ella no es explicable su conducta en los desconcertados pasos y en los violentos saltos que fué dando en los siguientes años hasta su final caída irremediable.

He contado lo que pasaba entre cortinas y no supieron muchos. Lo demás lo han contado los cronistas de aquel tiempo, y cualquiera podrá observar y conocer que, aun aquello solo que fué público, dió sobrada ocasión para que España se debiese sentir herida gravemente y se pusiese en guarda. Para tratar de paces, la primera base de ellas que propuso la Inglaterra, y que aceptó el emperador, fué "que los dos

Estados se entendieran, de tal modo que el resultado fuese honroso no tan sólo a las dos partes contratantes, sino a sus respectivos aliados". Napoleón mandó comunicarnos esta base convenida, mientras que al propio tiempo, sin más poder ni autoridad que su albedrío, proponía a los ingleses resarcir al rey de Nápoles con las islas Baleares, y a ellos con Puerto Rico y aun con Cuba. Si esta proposición la hubieran aceptado los ingleses, y la paz se hubiera hecho entre la Francia y la Inglaterra, llenos aquí en el caso o de haber cedido a la ignominia y dejado llevarse aquellas ricas posesiones, o de haber tenido que lidiar a un mismo tiempo con entrambas dos potencias. ¿Se podía así vivir en armonía con aquel hombre tan osado y tan ingrato y tan infiel amigo?

Muchos se acordarán también de los escritos que se echaron a volar aquellos días en Francia, y fuera de ella, contra las dinastías borbónicas, sin exceptuar de estos ataques ni aun la misma Casa real de España, y en que se celebraba intencionadamente la política de Luis XIV y de Luis XV en haber sabido amalgamar la Monarquía española y la francesa, y hacer un mismo cuerpo de las dos potencias en la balanza de la Europa por lazos y por pactos de familia, *mal seguros después e incapaces de mantenerse aquellos lazos por maromas viejas empalmadas con las nuevas*. Estos folletos y libelos se escribían y publicaban bajo la censura misma, tan rigurosa como era, del Imperio. Y, lo que es más, Napoleón no se guardaba de confirmar estos escritos por sus frases aceradas, que corrían de boca en boca y que la Historia ha conservado. ¿Desmintió nadie aquella especie que se contaba entonces de haber dicho *que su dinastía sería bien pronto la más antigua de la Europa*, o bien aquella otra, *que sin tener el Mediodía no se podrían completar los radios naturales del Imperio*, o la palabra que soltó cuando, vista la persistencia de nuestro Gabinete en no reconocer al nuevo rey de Nápoles, dijo ya de una vez, sin más rebozo, *su sucesor sabrá reconocerlo*? Y sin ningún

motivo de éstos, sin que hubiesen pasado tantas cosas que dejo referidas, ¿se podía desconocer en el desate de proyectos que mostró aquel año, ni en ninguno de sus actos, cuáles fuesen sus designios de señorío supremo a la redonda de la Europa? Si hasta entonces podía alegar que él no había sido el agresor en la guerra que había tenido con el Austria, ¿podía ya en aquel tiempo pretextar que no lo era, hollando la Alemania en plena paz con todo el peso de sus tropas? ¿Fué injusto el rey de Prusia cuando, pasados once años de contemplar la Francia y de evitar las armas contra ella, se decidió a tomarlas para salvar su independencia y la de todo el norte de Alemania? ¿Había disimulado a Bonaparte pocos actos arbitrarios y otorgándole poca cosa cuando, cediendo tres provincias de su reino para engruesar a la Baviera y dotar en Alemania en calidad de soberanos dos generales de la Francia, tomó en cambio el país de Hannover, salvo luego el disputarlo con la Inglaterra y la Suecia? ¿Fué poca complacencia todavía la de cerrar sus puertos a estas dos potencias, empeñarse en la guerra contra ellas, y de neutral volverse un aliado de la Francia? ¿Fué alguna demasía del rey de Prusia que, disuelto por Bonaparte el viejo Imperio de Alemania, y federado con la Francia el Mediodía de aquel Imperio, quisiera prevenirse confederando la otra parte, buscando alguna suerte de equilibrio y procurando la seguridad del Norte? ¿Podía dejar la suerte de su reino al buen talante del jefe de la Francia, que trabaja para aislarle en sus Estados y arrancarle sus aliados naturales? La causa de la Prusia era la causa de la Europa, y de la España principalmente, que había seguido con la Francia la misma buena inteligencia que la Prusia, y la veía tan mal pagada aun después que había hecho tan grandes sacrificios por evitar romper con ella. ¿Podía España vivir segura y no temer que, oprimida la Prusia como el Austria, y acrecido el poder de Bonaparte sin más bordes, viniese luego sobre ella

a realizar los inicuos designios que ni aun se había cuidado de ocultarle?

No había más salvación que unirnos con la Prusia y con la Rusia, resueltas ya a la guerra. Mi mayor trabajo fué persuadir a Carlos IV de esta dura necesidad en que se hallaba España. No temía por sí mismo, mas temía por sus pueblos. La idea de que un revés de la fortuna trajera sobre ellos un peso de desgracias como el que el Austria soportaba, embarazaba y oprimía su espíritu; pero veía también que, pronto o tarde, amenazaba siempre el mismo riesgo y que era deber suyo prevenirle. Decidióse a la guerra, pero dudando siempre si esta medida era acertada o si era prematura; no siendo su voluntad tan segura y absoluta como era necesario en tales circunstancias para obrar resueltamente. Uno de sus encargos más estrechos fué no adelantar los pasos ni abrir negociaciones positivas con potencia alguna que pudiesen comprometernos y enredarnos con la Francia, si el emperador y el rey de Prusia, como al fin no era imposible, llegaban a ajustarse. Se estaba ya en septiembre, y el ministro prusiano Knobelsdorf se mostraba en París bajo el aspecto más pacífico, mientras que al embajador francés, M. de Laforet, se prodigaban en Berlín todos los miramientos y atenciones que eran propios de una corte amiga de la Francia.

Yo no ignoraba en tanto cosa alguna. Nuestros ministros en Berlín y en Petersburgo (83), que sabían mi ánimo, me alentaban y me escribían que la guerra era infalible, que el emperador de Rusia se proponía vengar su desastre de Austerlitz con todos los recursos de su Imperio, y que la Prusia estaba pronta a alzarse en masa cuando no bastase a sostener su independencia el numeroso ejército que se encontraba organizado y listo para romper el campo en breves días. De estas fuerzas y de los medios concertados entre la Prusia, la Rusia y la Suecia me enviaban los detalles más exactos. Estas noticias venían bien con las que

al mismo tiempo me comunicaban el barón de Strogonoff, nuevo enviado de la Rusia, hombre de bien, de fe segura, con quien podía tratarse. Venía provisto de poderes amplios para entenderse con nosotros, y él me hizo la abertura.

Esta feliz casualidad nos ofreció una coyuntura favorable para evitar los compromisos que podía traernos tentar pasos y negociar directamente con los diversos Gabinetes empeñados en la nueva Liga. Sobre todo nos convenía en aquel principio guardar mucha reserva con el Gobierno inglés, y no exponernos a que un día, si por algún evento inesperado se llegasen a transigir las diferencias de la Prusia y la Rusia con la Francia, y volviesen a quedar solos los ingleses, revelasen éstos en el Parlamento nuestros tratos, como habían hecho pocos meses antes con la Prusia para indisponerla y enredarla con la Francia.

Toda mi diplomacia se cñó en aquellas entremedias a conciertos y convenios hipotéticos con el barón de Strogonoff; la buena fe y la mutua confianza debían hacerlo todo, sin sonar España en notas ni en tratados con las demás potencias. Los poderes de aquel ministro le autorizaban plenamente para pactar a nombre de Alejandro la obligación expresa de no tratar de paces con la Francia, sin que mediase España en el tratado a su satisfacción, y a no dejar las armas mientras pudiese sernos necesario su concurso. Convenida esta condición, se encargó Strogonoff de dirigir las demás cosas hasta después de hacerse el rompimiento, y de su cuenta fué también haber de proenrarnos los suplementos necesarios a los gastos de la guerra, ya fuese por empréstitos en países extranjeros, ya incluyéndolos bajo mano en los subsidios con que debía asistir la Gran Bretaña a la Rusia y a la Prusia. Yo procuré evitar en este punto, más que en otro alguno, todo género de obligación directa y onerosa con la nación inglesa, para excusar que pretendiese aquel Gobierno unir sus armas con las nuestras en España; la independencia nuestra sobre todas cosas, aun para ser

(83) Don Benito Pardo Figueroa y el conde de Noroña.

amigos y aliados. Si debían cooperar a aquella Liga con fuerzas efectivas, lo habían de hacer no en España ni en Portugal, sino en Italia, Holanda, la Suecia o en cualquier otro punto que las circunstancias indicasen, no siendo en la Península. Bastábanos el Portugal para ayudarnos, sin poder comprometernos como los ingleses, ni abusar de nuestro suelo. Yo estaba muy seguro por entonces de que no nos faltaría el Gabinete lusitano; nuestro interés y el suyo corrían la misma suerte. Mi reserva, empero, con sus ministros fué muy grande: Napoleón tenía un partido en aquel reino. La princesa del Brasil, que gozaba mucho ascendiente con su esposo y tenía grande influjo en el país, hija de Carlos IV, y española antes que todo, tenía nuestro secreto y estaba grandemente preparada (84).

(84) Ha escrito el conde de Toreno, en su obra ya citada muchas veces, que, por el tiempo en que estoy hablando, di una comisión secreta a su amigo don Agustín de Argüelles para abrir pláticas de paz en Inglaterra. Por más esfuerzos de memoria que he procurado hacer, no he podido recordar que tal encargo hubiese dado ni al mencionado señor Argüelles ni a ninguna otra persona. Me acuerdo solamente de que tuve intención de enviar algún sujeto, que no fuese del Cuerpo Diplomático, para instruir verbalmente a aquel Gobierno de nuestras intenciones, para proponer la cesación de hostilidades de una y otra parte y pedir la restitución de los caudales que nos fueron apresados en 1804; pero habiéndome ofrecido el barón de Stroganoff que su Gabinete daría estos pasos amigables con suceso más seguro, tengo para mí que ninguna persona fué enviada. Mas la memoria es frágil, y quizá que yo me engañe. Lo que no puedo concebir es que don Agustín de Argüelles, si me debió esta confianza, la haya correspondido con los demuestos e improprios contra mí que ha referido el conde de Toreno; más fácil me es pensar que ha faltado en esto a la verdad, como en tantas otras cosas. Y aun aquí daré una prueba de que el tal conde, por zaherirme, escribía sin meditar y ciego, de tal modo que ni aun sabía guardarse y ocultar su mala urdimbre de mentiras, cuando dice, por ejemplo, "que su amigo Argüelles, vislumbrando en su comisión un nuevo medio—yo no sé cuál era el viejo—de contribuir a la caída del que había destruido la libertad, aceptó, al fin, el importante encargo confiado a su celo. Pero ocultóse a Argüelles—sigue luego—lo que se trataba con Stroganoff, y sólo se le dio a entender que era forzoso ajustar paces

¿Lo estábamos nosotros, habrá quien me pregunte, para tamaña empresa? Por más gastos y atenciones que la guerra marítima nos hubiese producido, no dejé de la mano un instante la mejoración, el buen arreglo y el aumento necesario del Ejército de tierra. Aun hallándose en pie de paz, ascendía en aquel tiempo a cien mil hombres de entre todas armas en servicio activo, sin incluir en este número otros cuarenta mil de las milicias provinciales, siempre listas, ni los cuarenta batallones de Marina, que, en caso necesario, podían servir en tierra, tropa bien aguerrida y acostumbrada a los peligros. Llegado un rompimiento con la Francia, se hallaba todo prevenido para un nuevo alistamiento que formase la reserva, por manera que en pie de guerra se contase con doscientos mil soldados. A éstos debían juntarse treinta mil portugueses, en clase de auxiliares. Tengo ya referida la enseñanza que se daba en los diversos Cuerpos del Ejército: la moral del soldado era excelente, obra ya de cinco años de mejoras en los ramos todos del servicio, y de la buena disciplina que se hallaba estableci-

con Inglaterra, si no se quería perder toda la América, en donde acababa de tomar a Buenos Aires el general Beresford". Al leer tal baturrillo, ¿habrá alguno que le crea o que pueda concebir que ni a Argüelles ni a ninguno se le hubiese dado comisión para tratar de paces sin ningunas instrucciones, ni más cosa que indicarle que eran necesarias estas paces? ¡Qué habría hecho el enviado con decir en Londres: *La España quiere paces por el temor que tiene de perder la América!* Para mentir, señor Toreno, se necesita que las cosas que se dicen sean creíbles. Si la comisión fué dada, debió decirse al encargado la intención de apartarnos de la Francia y de romper con ella, no que él la vislumbrase; y añadir después de esto algunas bases, o tales condiciones cual fuesen convenientes, preliminares a lo menos. Si no hubo nada de esto, ¿cómo pudo merecer aquel encargo el nombre de importante que le da Toreno, en el concepto de su amigo? Ni importante ni nada, ni ningún otro nombre podía dársele que el de necio y absurdo. Muy más necio habría sido el que lo habría aceptado y estimádole importante. ¿Se cuenta así la historia y se echan de este modo, en un escrito grave, embustes pelados y tan mal urdidos?

da (85). Después de esto, debía llamarse y levantar en masa a la España, si llegaba a ser preciso, para guardar su independencia y debelar a un enemigo que forjaba ya, sin encubrirse, la cadena con que quería amarrarla al carro de su Imperio.

Aun con esto, me dirá alguno si contaba con generales y oficiales que oponer a los famosos capitanes del Imperio. Mas la respuesta está en la mano: contaba con los mismos que hacía ya doce años se midieron con los franceses, cuando éstos peleaban con el doble entusiasmo de la libertad y de la gloria, no por la gloria de un tirano; contaba con aquellos que se formaron luego bajo su dirección y su enseñanza; contaba, en fin, para decirlo de una vez, con aquellos generales y oficiales que en Bailén marchitaron los laureles de Austerlitz, de Jena y de Friedland, y a quienes por primera vez en toda Europa se rindieron las legiones del Imperio, haciendo ver al mundo que no eran invencibles; los que en los campos y confines de Valencia derrotaron al mariscal Moncey, y los que en Zaragoza, en Gerona, en Ciudad Rodrigo y en tantos otros puntos, solos y sin ninguna ayuda de extranjeros, hicieron más creíbles en la Historia los prodigios sobrehumanos de Numancia y de

(85) Los autores españoles de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, bien que esta obra hubiese sido escrita, como ya noté otra vez, bajo la inmediata dirección de mis mayores enemigos en los primeros años de sus triunfos, y que en ella se hubiese derramado a toda anchura el odio inextinguible que me tenía Fernando VII, no se atrevieron, sin embargo, a negarme enteramente la justicia hablando del Ejército; y añadida, rehecha muchas veces y agravada como fué aquella obra por la corte antes de darse al público, se escapó a la censura este ligero testimonio a mis servicios: "El generalísimo, dueño de la confianza de su soberano, rodeado de los hombres de más mérito, y teniendo a su vista los planes que había reunido de todos los Ejércitos de Europa, hubiera podido dar al de España la forma más completa a su objeto; pero sería injusticia no convenir en que lo mejoró considerablemente."

Debo advertir a mis lectores que, no habiendo podido procurarme esta obra en su original español, he copiado este pasaje de la traducción francesa que se hizo de ella y se publicó en París por el año de 1818.

Sagunto. Ninguno de estos hombres había salido de lo oscuro; todos se hallaban empleados en mi tiempo; y, amigos o enemigos míos, si de este género había alguno por entonces, puestos los tenía yo por cima de la envidia en las primeras plazas del Ejército, y era yo su firme escudo, su verdadero amigo, pues me bastaba para esto que ellos lo fuesen de la Patria y que pudieran serle útiles. Cuenten los de Aranjuez quién salió de sus filas y dió los días gloriosos que aquéllos dieron a la España. ¡Fué un Infantado!, ¡un Villariego!, ¡un Jáuregui!, ¡un Montijo!...

Perdón, lectores míos; vuelvo ya a mi camino, y seguiré a buen paso, porque me afligen mucho los recuerdos de aquel tiempo, de aquel octubre de 1806 que debió librar a España de las calamidades que vinieron luego sobre ella, y en que vi desaparecer enteramente y convertirse en negro al porvenir tan lleno de esperanzas que yo buscaba y que yo ansiaba, por nuestro bien y el de la Europa toda.

Para poner en pie de guerra nuestro Ejército nos sobraba el achaque de estar amenazada la Península de una invasión de ingleses (86). El movimiento iba a empezarse; mas, desgraciadamente, aunque sin retractar su voluntad, notaba yo en el rey que vacilaba algunas veces, siendo mayor su hesitación cuanto más se guardaba de consultar y de tomar consejo de ninguna otra persona por no exponer aquel secreto. Su oscilación iba creciendo a medida que meditaba más sobre aquel paso que iba a darse.

Amigos y enemigos, casi todos me

(86) Poco tiempo antes, por el mes de agosto, había llegado al Tajo el lord San Vicente con una grande escuadra y con tropas de desembarco. El objeto de esta expedición fué incitar al Portugal y toda la Península a la guerra. La proposición me fué hecha, pero la resistí, porque si bien pensaba ya en la guerra, ni era tiempo de mostrarme todavía, ni quería yo ingleses en España. Portugal se negó del mismo modo. Después se empezó a hablar de un armamento formidable que disponía con gran misterio la Inglaterra, y que podría tener a España por objeto. Por más falsos que fuesen estos ruidos, bastaba que sonasen para fundar nuestro armamento sin dar alertas a la Francia.

han improbadó mi proclama del 6 de octubre; y, lo que es más, yo mismo conocía que aún no era tiempo de lanzarla. Mas temía por instantes que revocase el rey su voluntad y se frustrase aquel designio. La proclama fué el solo medio que encontré para afirmarle en su propósito y que, pasado el río, se resolviese a ir adelante. Yo no la di sin su permiso, pero tan mutilada, tan oscura y tan equívoca como después se vió. Carlos IV me hizo mudarla y remudarla, tejer y destejer y variarla de mil modos, pero al fin se dió (87). Si cometí un error obrando de esta suerte y por tal se me cuenta, sírvame de disculpa mi lealtad, mi amor al rey, mi amor a su familia y el amor a mi patria, cuyos riesgos, aun vistos desde lejos, ocupaban a todas horas, de día y de noche, mis potencias y sentidos.

Muchos me han argüido de que, en vez de hablar yo, no hubiese aconsejado al rey dar su voz a la España y dirigirle el mismo su palabra augusta. No era tiempo, responderé; el rey no debía hablar sino llegado el caso de declarar la guerra y de encontrarse todo listo para comenzarla. Mi proclama era una alerta solamente, a que debía seguir la voz del rey más adelante; y esta proclama, como dije antes, al mismo tiempo que un alerta, fué un ardid con que buscaba yo afirmar la voluntad del rey, que se mostraba vacilante. Mi objeto era también, cual mi lealtad me lo inspiraba, comprometerme yo tan solamente, y que viniendo mal las cosas, o torciéndose en un principio, fuese yo el responsable de aquel hecho y no el monarca. Para satisfacer a Bonaparte, dado el caso de verse en este extremo, habría bastado a Carlos IV separarme de su lado y dестerrarme: mi cabeza también la habría yo dado por salvarle. Y en verdad que aunque por parte suya no fué la víctima de aquel empeño, fuilo al fin del furor y del tesón de mis contrarios, a quienes desbarataba sus proyectos si se emprendía la guerra. He aquí ahora de

qué manera se entrelazan y se complican los destinos.

Decidido a la guerra, habría tenido yo muy grande apoyo en la princesa María Antonia, viendo cumplirse ya sus votos. Mas, por desgracia para España (que por tal y muy grande se debió contar en aquellas circunstancias), había muerto pocos meses antes (88). Mis enemigos la adulaban, mostrándose más bien ingleses que españoles, y mantenían su odio en contra mía pintándome a sus ojos como un obstáculo invencible para cambiar nuestro sistema de política. No tenían otro medio, ni de darse importancia, ni de anidarse en el Palacio bajo el abrigo de los dos esposos, sino el de figurar que trabajaban por hundirme y hacer prevalecer a la Inglaterra. Para llegar a un resultado por tal medio en daño mío, veía muy bien Escoiquiz que el camino era largo y muy incierto; muerta empero la princesa, vió abrirse un nuevo cielo a sus designios. Napoleón buscaba entronques reales para elevar a su familia y asegurarse más de sus aliados; el príncipe heredero de la Monarquía española le podía convenir en gran manera para enlazarlo con su Casa y hacer entrar la España en el sistema del Imperio. Nada más fácil por tal medio que derribarme a mí, aislar a Carlos IV, darle su paz en un retiro, reinar su hijo en lugar suyo, y, al modo de Alberoni en otro tiempo, el fautor de estas cosas hacerse el hombre de la España. ¡Qué le importaba ésta si conseguía sus votos! El poder lo cubría todo en aquel tiempo. ¿Por ventura en

(87) Esta proclama y las órdenes que fueron dadas a las autoridades se hallarán entre los documentos justificativos, núm. IV.

(88) En 21 de mayo de aquel año. No me detendré a refutar las inicuas sospechas que algunos pocos malvados pretendieron esparcir de que había muerto envenenada. Sabido fué de toda España que aquella princesa adolecía de tiempo muy antiguo de una tisis tuberculosa que, desmenuada por sus grados naturales, remató sus días. Los reyes napolitanos, haciendo poco aprecio de aquel achaque de su hija, y oculándolo a los nuestros, concertaron su enlace malamente, y la sacrificaron dirigiéndola a un país como Madrid, de un clima tan diverso del de Nápoles. Su asistencia fué esmerada: los siete profesores de cámara del rey, que velaron largo tiempo por la salud de la princesa, pudieron alargar su existencia cuanto alcanzaron los recursos del arte; pero la enfermedad era incurable.



Italia, en la Suiza, en la Holanda y en la Alemania se encontraban mal vistos los que amarraron su país al señorío de Bonaparte?

Tal era el modo de pensar de Escoiquiz. ¿Qué debió suceder cuando, leída la proclama y comprendido bien su objeto, vió que habrían de convertirse en humo sus proyectos, si quebraba nuestra amistad con el emperador de los franceses? La facción escondida que él gobernaba a su placer desde Toledo, y se hallaba ramificada en todo el reino, fué puesta en movimiento para esparcir de boca en boca que iba yo a perder la España, a quitarle su paz y su reposo, a enajenarle un aliado cuya gloria se derramaba sobre ella, a combatir al mismo que había restablecido el sistema monárquico y el sistema religioso, a exponer todo el reino a ser entrado a sangre y fuego, y a poner en cuestión nuestra existencia, cometiendo los mismos yerros que habían perdido al rey de Nápoles.

Este murmullo sordo comenzó a ser sentido en muchas partes, siendo de notar que se movía más bien entre las clases elevadas, y más especialmente entre clérigos y frailes. Ni paró en esto solamente, pues las intrigas se cruzaban y llegaron hasta el Palacio con anónimos que hallaron modo de dirigir a Carlos IV. Yo también recibí algunos, y uno de ellos fué una apostilla a mi proclama, llena de sarcasmos y amenazas. Y en aquellos mismos días, el príncipe de Asturias se dirigió a su padre y le llevó otro anónimo que dijo haber hallado en su cartera, papel artificioso en que mis intenciones eran alabadas y se impugnaban solamente en calidad de impracticables, hecho en él un cuadro y un resumen de las fuerzas del Imperio: tales eran las precauciones y el amaño con que Escoiquiz lanzaba sus cautelosos tiros y hacía jugar por diferentes modos los resortes de esta cábala (89).

(89) Lo que refiero aquí no son conjeturas ni visiones. Yo ignoraba todavía que Escoiquiz era el motor de estos pérfidos manejos. Súpelo ya muy tarde, cuando entre las muchas revelaciones que el príncipe Fernando hizo a sus padres, después que había obtenido

No necesito contar más para que cada cual conciba cuáles debieron ser las impresiones que produjeron estas cosas en el ánimo del rey, que tan vacilante anduvo en resolver la guerra. De los que consultaba acerca de ella, a unos los veía perplejos; a los que menos, tímidos; a los más, temerosos; a algunos, asombrados. ¡Y he aquí en esto, para mayor desgracia, que llegan las noticias del desastre del Ejército prusiano! Nadie se guardó entonces de aconsejar al rey que desistiese del empeño comenzado. Yo me hallé casi solo para tentar de persuadir a Carlos IV contra estos débiles consejos.

El uno de mis medios fué extender por escrito, lo primero, las razones favorables en que podía fundarse la esperanza casi cierta de un buen éxito; lo segundo, para lo último, y que hiciese mayor fuerza, los peligros que amenazaban al Estado, de no tomar las armas en aquella coyuntura tan propicia, visto que si en buena paz, y obligado por tantas pruebas de amistad sincera con que Su Majestad había cumplido los deberes de aliado, había pensado sin embargo Bonaparte derribar también a los Borbones de la rama española, se habría de afirmar más en su propósito, si volviendo triunfante, y desechado ya el temor de las demás potencias de la Europa, se encontraba con un motivo, más o menos aparente, para mostrarse hostil contra nosotros, solos ya entonces para hacerle frente. En cuanto a razones favorables, hacía yo ver al rey la escasez de recursos militares en que la Francia se encontraba para acudir al Mediodía con fuerzas respetables; la posición difícil en que se vía el emperador sin poder desmembrar su Ejército del Norte, obligado como se hallaba a combatir la Rusia, que se acercaba ya al teatro de la guerra con fuerzas superiores, y tenía en

su perdón en la causa de El Escorial, les refirió que aquel anónimo se lo había dado su maestro, y que de éste y sus amigos habían salido los demás que fueron dirigidos al palacio. Añadió, además de esto, que por el mismo tiempo hubieron de enviar otro anónimo al emperador en contra mía, del cual el duque del Infantado le prometió una copia, que nunca le fué dada.

favor suyo la cercanía de sus provincias, el clima y el invierno, con más la concurrencia activa que le prestaba la Suecia, no vencida ni quebrantada todavía, la diversión que debía hacerse al Ejército de Italia por la parte de Nápoles, donde crecía la insurrección de las provincias, adonde la Inglaterra dirigía socorros eficaces, donde habrían de llegar en breve tiempo los armamentos sicilianos, y deberían también llevarse diez mil soldados nuestros (90); la actitud, en fin, que yo sabía muy bien, del Austria, silenciosa, pero mandando sangre sus heridas, con cien mil hombres en Bohemia, dispuesta para obrar y desquitarse en la primera coyuntura favorable que le proporcionasen los sucesos. "Muy difícil será—concluía yo—que se ofrezca a la Europa en adelante ocasión más propicia para quitarse el peso de la Francia y poner freno a Bonaparte. Y en cuanto a España, añadiré que habrá de ser la única para poder salvarla y evitar más tarde una gran lucha desastrosa" (91).

Yo predicaba en el desierto. Dábanme algunos la razón, pero los más temían poner a un lado la fortuna de la

España, y engañados por las intrigas que movían mis enemigos, afirmaban que aquella guerra no tenía el voto de la España. ¡Rigor de los destinos! ¿Quién más que yo evitó comprometerla mientras se pudo conservar su paz y mantener su independencia, sin asociarla a guerras locas e impolíticas que pudieran haberla sumergido? Y he aquí, llegado el caso del peligro y la certeza de salvarla, los que habían deseado que la España se implicase en ellas cuando pudieron ser su ruina, los que formaron hasta entonces el partido de Inglaterra, vueltos amigos de la Francia repentinamente, trabajaban en favor de ella y posponían la Patria a sus designios y a sus traidoras esperanzas.

Triunfaron los malvados. Carlos IV desmandó la guerra, tristemente persuadido de que el voto de la España era contrario a ella. Para mis ojos, aquel día se desataron en sus sienes las lazadas de su real diadema. ¡Oh!, ¡cuántas veces me lo dijo cuando vió cumplidos mis pronósticos!... De allí, de un paso en otro, de un yerro en otro yerro, se ordenaron las demás cosas que el temor aconsejaba. ¡Pronto!, un embajador extraordinario para felicitar a Bonaparte por sus triunfos, y si dudaba de nosotros, mentíle mil excusas.

Yo me había retirado del Palacio aquellos días llorando los destinos de mi patria, y con vergüenza, sin ser yo quien debía avergonzarse de salir al público. Mas cuando supe aquel acuerdo, volé al instante a ver al rey, y le pedí con ansias que me salían de mis entrañas que tomase otro medio más seguro de calmar a Bonaparte. Díjele con verdad, bien persuadido de ella, que este medio era apartarme de su lado y cargarme a mí tan solamente aquel designio de la guerra; que esta medida, al mismo tiempo que sería bastante para complacer a Bonaparte y dejarle en gran manera satisfecho, salvaría también en adelante mi honor comprometido, y que si alguna vez, llegado el caso de cumplirse los trabajos que amenazaban a la España, podía yo serle útil, me encontraría a su lado ciertamente hasta verter la postrer gota

(90) En un proyecto aprobado ya por Carlos IV se debían enviar a la Calabria cinco mil soldados nuestros y renmíseles otros tantos que guarnecían la Toscana. A nuestros infantes se les habría puesto en salvo trayéndolos a España, y dejando establecida una regencia hasta llegar al fin de los sucesos.

(91) Los que juzguen imparcialmente verán bien que yo no estaba alucinado. Nadie ignora cuán laboriosa fué la campaña de Polonia; cuán empeñada y qué dudosa aquella lucha por espacio de seis meses; cuál el gasto de soldados que hizo el emperador, llegando hasta el extremo de tomar adelantadas las conscripciones de dos años (1807 y 1808); cuál el disgusto que se mostró en la Francia sobre aquella guerra y aun en el mismo Ejército; cuáles y qué terribles los combates que ocurrieron entre rusos y franceses; cuál la escasez de provisiones en aquella tierra retirada; los sufrimientos que produjo la intemperie de aquel clima, y la sangre que costaron a la Francia las batallas de Pultusk y de Preusch-Fylau, en que por ambas partes guerreantes se cantó victoria. ¿Qué habría sucedido si, atacada la Francia al mismo tiempo por doscientos mil soldados españoles y portugueses, hubiera echado el Austria de reposo sus cien mil hombres de Bohemia, que esperaban nuestro rompimiento? Se habría salvado España, se habría salvado Europa toda.

de mi sangre. ¡Tiempo también perdido! Negóse Carlos IV tercamente a concederme mi demanda. Me quedé para víctima, atado de pies y brazos, y próximo al sacrificio.

## CAPITULO XXV

*Continuación del anterior, hasta marzo de 1807.—Difícil posición de nuestro Gabinete.—Explicaciones de Napoleón con nuestro embajador en Berlín.—Mis reiterados consejos al rey acerca del Portugal.—Reconocimiento del nuevo rey de Nápoles.—Establecimiento del Almirantazgo.—Llegada del nuevo embajador francés Francisco de Beauharnais.—Comunicación a nuestra corte del decreto de bloqueo de las Islas Británicas.—Observaciones sobre este decreto.—Auxilio que nos pidió Napoleón de una división militar española.—Opinión mía contraria a la concesión de este auxilio.—Resolución favorable de Carlos IV sobre esta petición.—Partida de la división española para el Norte.—Mis instrucciones y últimas palabras al marqués de la Romana, encargado del mando de aquellas tropas.*

Muchos han sido los que han dicho que mi mayor altura de poder fué aquella en que me hallé los dos postreros años de mi mando, y que las riendas del Estado me fueron entregadas a mi pleno arbitrio. Y, cabalmente, jamás fué menos aquel poder tan decantado, nunca me hallé tan circunscrito, con facultades más tasadas, obligado a llevar aquellas riendas, no a mi agrado, sino al ajeno, por el camino sin salida y sin defensa que me fué trazado, donde querer salir a salvo equivalía a pedir milagros. Los que quieran juzgarme imparcialmente, deberán colocarse o suponerse en igual caso en que yo estuve, considerar atentamente la estrechura en que fui puesto, y graduar aquel error, aquel gran yerro capital a que el rey fué inducido de desmandar la guerra, y quedarse sin más fuerza contra el emperador de los franceses que la razón y la justicia. No fui yo quien formó la voluntad del rey; al con-

trario, la suya y la de otros me fué impuesta. ¿En dónde está aquel grado de poder que se ha querido atribuirme? Nunca se pudo ver más claramente que no era yo un valido: siéndolo, habrían triunfado mis consejos, o por mejor decir, el rey no habría escuchado más consejos que los míos.

¿Qué era yo en tal altura donde me hallaba puesto? Una criatura suya, obligada de tantos modos como yo lo estaba por sus favores sin medida, que lo amaba después de Dios y lo reverenciaba como la cosa más sagrada; incapaz de hacer nada, ni aun el bien, sin un permiso suyo; por quien hubiera sido poco dar mi vida, por quien aventuré, harto a sabiendas mías, lo más precioso de la tierra para el hombre público, que es la opinión y el fallo de la Historia: o guerra o servidumbre, era ya en aquel tiempo el cartel insolente que tenía puesto Bonaparte a todas las naciones. Yo preferí la guerra, yo estaba preparado, y yo la quise en el momento perentorio que ofreció la fortuna de poder emprenderla con feliz agüero. Se me impidió el hacerla y se me impuso el triste cargo de conseguir por medio de lisonjas, de deferencias y humildades, lo que debió obtenerse por las armas, o ser perdido honradamente.

No se diga, por Dios, que fué ambición por no dejar el mando el aceptar aquel empeño, donde vía yo el naufragio casi cierto y muy de cerca. Retirado del mando, ninguno de los males que vinieron y que debían venir forzosamente, se me hubiera atribuido. Yo había hecho el bien que había podido, no había dañado a nadie, no había expuesto mi patria a los desastres que padecieron tantos reinos y gobiernos, la había tenido en paz con todo el continente, me gozaba de verla intacta en los dos mundos, y no olvidado ni dormido acerca de ella en las borrascas de la Europa, al primer viso de peligro, aparejada su defensa a la hora y punto que se hizo necesaria y que era tiempo conveniente, no me arredró ningún temor para tomar las armas y entrar en la palestra, donde aguardaban la se-

ñal, donde nos esperaban muchos pueblos ansiosos de rescate.

Desbaratados mis proyectos, ¡cuánto no habría ganado dejando a mis contrarios el terreno en que ellos se habían puesto y en que debían perderse! Lo que yo habría perdido en aparato y en humos de grandeza, lo habría ganado en honra. ¡Y qué no habría ganado, después de esto, sustrayéndome en mi retiro a los enojos del príncipe de Asturias! Yo no le había agraviado en cosa alguna: me pintaban como un estorbo a sus deseos y pretensiones; quitado aquel estorbo por mí mismo, habría cambiado sus ideas, y la experiencia que habría hecho de los suyos le pudiera haber desengañado en favor mío.

¿Y se podrá creer que de mi propio acuerdo renuncié a estas ventajas tan positivas y evidentes por guardar un poder que iba a hacerse tan peligroso, tan precario, tan desairado, tan cercano de la ignominia? No; cerca de Carlos IV no era dueño de hacer mi voluntad, sino la suya. ¿Fue virtud, fue flaqueza obedecerle hasta aquel punto? Fuese virtud, fuese flaqueza, fue un verdadero sacrificio, fue abnegación entera de mí mismo. Los que aún puedan dudarlo, se hallarán obligados a explicar cómo fue que, llegada la catástrofe de Aranjuez y de Bayona, lejos de atribuirme sus desgracias, se culpó a sí propio de las mías, y tomó a sí propios mi salvación y mi defensa. ¿Sucede así frecuentemente con los reyes? ¿De qué provino esta excepción, que lo es en realidad de los ejemplos que en semejantes casos se encuentran en la Historia? Carlos IV lo dijo muchas veces, de palabra y por escrito: "El se ha sacrificado por haberme obedecido" (92).

(92) Cuando, en noviembre de 1806, pedía yo a Carlos IV, con el mayor ahínco, la libertad de retirarme si no se hacía la guerra, y le representaba los peligros que debían venirle de no hacerla, me dijo un día estas palabras, que jamás se borrarán de mi memoria: "Yo soy más amigo tuyo que tú lo eres de ti mismo. Si por seguir tu parecer y hacer la guerra nos viniera una ruina, te podría yo argüir de que me habías perdido; mas sometido el tuyo al mío, y haciendo lo que mando, si viniese igual mal yo no podré culparte." Y

He aquí, pues, ya la verdadera época en que nuestra alianza con la Francia comenzó a hacerse dependencia, si bien no fue esta dependencia tan absoluta y tan tirante como en las demás potencias que rodaban ya de antes, o entraban nuevamente en el sistema planetario del Imperio (93). Temíonos un momento Bonaparte, como temió también al Austria, mientras no había triunfado de la Rusia y estaba en nuestras manos y del Austria haberle atravesado en su carrera victoriosa. Halagónos entonces con aquel género de halagos con que sabía envolver las amenazas y dorarlas. No le costaban nada sus protestas de amistad ni las melosas quejas de cariño; prodigando estos medios, viendo nuestro desmayo y contemplándonos vencidos sin haber pelecado, siguió adelante tras de su fortuna, y se afirmó en sus votos y propósitos de completar su Imperio al Mediodía y al Occidente, como lo estaba haciendo en Alemania.

Desmandada la guerra, nuestra corte, sin aguardar preguntas, dió parte a la francesa, lo menos mal que pudo, de los preparativos militares a que se había movido, por los rumores, dijo, que corrían de armamentos ingleses destinados a invadirnos con fuerzas formidables. Nada fue replicado acerca de esto: corrían en Francia iguales voces, y si no nos creyeron, hicieron muestra de creerlo. Pero Napoleón se dió en Berlín por entendido con don Benito Pardo, nuestro embajador en Prusia. Acabado un recibimiento del Cuerpo diplomático, dirigióse a Pardo con las maneras más garbosas, y, guiando otro

así se vió que, lejos de culparme aquel buen rey, cuidadoso de mí otro tanto o más que de sí mismo en los acerbos días de su infortunio y mío, alzó su voz en mi defensa, se afanó por salvarme, y hasta el fin de sus días me honró con su amistad y fue mi solo amparo entre los hombres.

(93) En 11 de diciembre de 1806, el elector de Sajonia Federico Augusto celebraba ya su paz con el emperador de los franceses, y se agregaba a la Confederación del Rin. Las demás ramas de su casa imitaron su ejemplo. Poco más tarde se inscribieron en la misma Confederación diferentes otros príncipes alemanes de las casas de Anhalt, Schwarzburgo, Lippe, Reuss, Waldeck, etc.

aposento, trabó con él un gran coloquio, de aquellos que solía cuando se hallaba en vena de discursos y convenía a sus intereses. Este coloquio fué pacífico y templado, una conversación entreverada de amistad y de quejas muy medidas, de la cual, por conclusión, rogó a Pardo que hiciese un fiel traslado a nuestra corte, y en que mostró tal interés, que quiso revisarlo por sí mismo y hubo de corregir alguna que otra palabra menos almiharada que se le había escapado en su viveza. De esta conversación se ha hablado por algunos, mas con no pocas variaciones. Referiré en resumen lo que conservo en mis recuerdos.

Dió principio el emperador pidiéndole noticias de la salud del rey, y expresando sus votos de que viviese mucho tiempo, para ser, como hasta entonces, un vínculo de paz entre la España y el Imperio y su aliado el más seguro, el más constante, y el primero de todos en su afecto. Pardo le contestó en el mismo estilo; y acabada esta parte de lisonjas:

—Sí—le dijo el emperador—; usted ve que voy delante en conocer esa virtud genial y esa lealtad del rey de España: vería su firma puesta en contra mía, y no podría creerlo y la tendría por falsa. Tal es la persuasión en que me hallo de su amistad conmigo; pero quiero decirle a usted, y que lo escriba, que a esa amistad tan verdadera que me profesa Carlos IV hay una mala especie de polilla que trabaja en carcomerla. Ese gusano es un temor mal entendido, una cierta desconfianza que reina en vuestra corte sobre mi política. Se me tiene por ambicioso y no lo soy; mis enemigos solamente me han hecho parecerlo. Años van; muéstreme el que pudiere algún amigo mío a quien hubiere yo dañado: lejos de ser así, con mis amigos y aliados reparto yo mis triunfos. Tiempo hay ya que la España pudiera reinar sola en la Península; ella no lo ha querido. El Portugal debía ser suyo, yo se lo hubiera dado, ella sería más poderosa, y a mí me habría quitado muchas inquietudes. Muy satisfecho estoy por sus esfuerzos y sus heroicos sacrificios en la guerra maríti-

ma: mas yo a mi vez la he contemplado, no exigiéndole que concorra a las del continente donde me ataca la Inglaterra harto más que en los mares, donde ella sola es quien pelea. Austriacos, rusos, prusianos y suecos, cuantos me han combatido antes de ahora o me combaten al presente, son ingleses, pues por ellos son pagados. Y en verdad, señor embajador, que si la Francia sucumbiera en esta lucha, sucumbiría también la España y no sería su parte la menos dolorosa. Todos mis aliados, a excepción de la España, pelean entre mis filas, mientras ustedes gozan las dulzuras de la paz en sus hogares y la están disfrutando hace más de diez años, siendo la Francia su muralla contra todos los movimientos de la Europa, sin ahorrar su propia sangre, sino vertiéndola a torrentes en estas guerras inhumanas que nos promueve la Inglaterra. Esto conviene que se entienda y agradezca, en vez de dar oídos a las sugerencias pérfidas de ese Gobierno maquiavélico... No, no se extrañe usted; estoy hablando como amigo; no ignoro nada, señor Pardo: los ingleses son los autores de esas desconfianzas y esos miedos que se infunden a la España; yo sé cuánto se afanan al presente por moverla en contra mía, y conozco bien el instrumento que han hallado, tiempo hace, en el partido del príncipe heredero. ¿Será posible que lo logren, y que el príncipe de la Paz, por hacer con él las amistades, sacrifique la España a la Inglaterra?

—Que hay quien esparza—dijo Pardo—voces muy siniestras para turbar los ánimos, yo no sabría negarlo; que los autores de ellas sean ingleses o partidarios suyos, aunque en España son muy pocos los que tienen, sería muy posible; que se acojan en el Palacio por el príncipe de Asturias, ruego a Vuestra Majestad que no lo crea por más que lo hayan dicho: Su Alteza no se mezcla en cosas del Gobierno. En cuanto al príncipe de la Paz, podré decir a Vuestra Majestad que lo conozco hasta lo íntimo, y que ninguna suerte de influencia, de dondequiera que viniese, sería capaz de someterlo a la Inglaterra.

—Pero ¿usted no ha leído su proclama?—replicó Bonaparte—. ¿Ignora usted que se ha mandado hacer un armamento extraordinario?

—Señor—respondió Pardo—, mis encargos e instrucciones me dan sobrada luz para explicar esa medida; la proclama no la he visto. La presencia del lord San Vicente en Lisboa con una escuadra numerosa debió alarmar a nuestro Gobierno en sumo grado, y la repulsa pronta y vigorosa que sufrió la Inglaterra de ambas cortes de Madrid y de Lisboa ha debido hacer temer que el Ministerio inglés intente con las armas lo que no ha podido con negociaciones. En Falmouth, en las dunas de Buckland y en otros puntos, se están juntando grandes fuerzas. Se habla principalmente de dos expediciones, una de ellas al mando de sir Arturo Wellesley; la otra, de sir Jorge Prevost, y han corrido y aún corren voces muy válidas de que se disponen contra la Península. En Deptford se reúnen por millares los caballos y se embargan o ajustan por tres meses los buques de transporte, cuantos puedan ser habidos, sin acopiar forrajes. Mis encargos más apretados son inquirir noticias sobre el destino de estas fuerzas. ¿Será extraño que nuestra corte, encontrándose ahora sola, y Vuestra Majestad aquí empeñado, tome grandes medidas de defensa?

—Sí, todo eso es verdad—replicó el emperador—, mas la proclama es muy equívoca. Podrá ser como usted dice, y podrá ser también como hace pocos meses, que figurando armar la Prusia contra mis enemigos, después se unió con ellos para hacerme a mí la guerra. A nadie ofendo en recelarme, señor Pardo; sin este mate que aquí he dado, al Austria misma, escarmentada tantas veces, la tendría otra vez en facha. España está muy lejos, se cruzan las mentiras, se escribe que la Francia está agotada, que la Italia se encuentra sin defensa, que el mariscal Massena ha sido muerto, que mi hermano huye a Roma, que a Marmont lo han destruido en la Dalmacia, que las derrotas de la Prusia han sido estratagemas para engreírme y rodearme, que viene sobre mí medio millón de rusos, y que justicia será hecha de

la Francia y de sus aliados. De este modo, se hace la guerra por los que no aventuran ni un soldado para venir a hacerme frente.

—Lo mismo ha sido siempre—dijo Pardo—, sin que por eso en tanto tiempo nos hayan seducido los ingleses. ¿Qué motivo tendría la España para cambiar ahora de política?

—Hay otra especie de mentiras—siguió Napoleón—que podrían emplearlas con suceso en vuestra corte. Se ha dicho y se ha vertido que entraba en mis planes derribar a todos los Borbones, que miraba yo a España con codicia, y que intentaba hacerla mía y coronar en ella a alguno de mi Casa. Llegada a ser creída tal especie, he aquí un motivo justo que tendría vuestro Gobierno para volverse mi enemigo. Con este fin se me han supuesto no sé qué dichos o amenazas que descubrían este designio, como si en caso de tenerle no lo hubiera yo guardado en mis adentros. Sucedió también que algunos folletistas, pensando hacerme un obsequio sobre la cuestión de Nápoles, atacaron a los Borbones y recordaron la política de Luis XIV acerca de la España. En cuanto yo lo supe, todos estos escritos fueron recogidos, y los autores de ellos y los que permitieron publicarlos, tuvieron muy mal rato. Llegué también a sospechar que mi embajador en vuestra corte se hubo de explicar con indirectas de la misma especie cuando le fué negado el reconocimiento de mi hermano. Por ustedes no lo he sabido, pero lo colegí de sus informes. Vuestro Gobierno no debió callarme esos excesos, si los hubo. Pero sin más que mis sospechas, lo mandé retirar y he puesto en lugar suyo un nombre moderado y conocido señaladamente por su antiguo afecto a los Borbones. Yo no he tenido otro motivo para reemplazar a Bournonville por Beauharnais. Ya no rehusó explicaciones cuando debo darlas, y obrando de este modo tengo también derecho a que conmigo se hable claro de la misma suerte. De otro modo, no hay amistad ni podría haberla. A nadie he suplantado todavía ni amigo ni enemigo; cíteme usted alguno que se pueda quejar de esto. Para

aumentar la Francia no he usado nunca más derecho que el que me da la guerra provocada por mis enemigos, y aún al usar de este derecho he sido siempre moderado. ¿Cómo podría pensar en destronar a Carlos IV, ni qué razón política podría estimarse superior a los oficios de amistad y de correspondencia mutua que el uno al otro nos debemos? ¿Qué dirían de mí los demás pueblos aliados, y quién querría contar conmigo en adelante ni fiar en mi alianza? Después de esto, aún en política cometería un gran yerro si intentara cambiar la dinastía española. ¿No haría yo entonces un servicio a la Inglaterra, desatando los lazos que unen vuestras Américas a sus antiguos reyes, presentándole el plato deseado y abriéndole el comercio de aquel vasto continente donde hasta ahora son odiados? Y ¿qué sería la España sin la América más que una carga inútil a la Francia, un pueblo empobrecido y sin recursos, que nos agotaría nuestros tesoros y una parte de nuestras fuerzas para poder guardarla y conservarla en nuestra dependencia, de cualquier modo que esto fuese o se intentara hacerlo? ¿No está ahí Nápoles, que es tan grande como mi mano, y, sin embargo, necesito distraer y consumir allí un Ejército para domar las bandas calabresas? ¿No sabría la Inglaterra alimentar la misma guerra en vuestros largos litorales, y sacar en lo interior igual partido de la indignación que causaría el señorío extranjero? ¿Desconozco yo acaso vuestra soberbia nacional, el influjo de la nobleza y el poderío del clero en vuestro pueblo? Y ocupado yo en someterle, ¿me sería fácil defenderme aquí en el Norte, en donde están mis más grandes enemigos? Si se me cree ambicioso, no se me crea insensato. Yo soy amigo de la España por deberes, por sentimientos, por interés mío propio y por política. Me parece que me he explicado con franqueza y con aquella noble ingenuidad que le es dado poder usar al que después de todo está bien situado, como yo me hallo, y sin temer a nadie.

—Vuestra Majestad lo ha dicho todo —le contestó el embajador—, y esas

mismas razones, que adquieren en su boca la más grande autoridad con que podrían corroborarse, han mantenido y mantendrán constantemente la amistad y la alianza que se complace España de tener con un monarca tan glorioso. No es lisonja, señor; callaría si no fuese así: Vuestra Majestad a la cabeza de la Francia en tan supremo grado de poder como el que ha merecido de su pueblo y ha asegurado con sus armas, no goza en ella más afecto que el que le tiene España como su aliado. No es lisonja tampoco si le digo que este precioso título aumenta la soberbia nacional del pueblo castellano, que Vuestra Majestad ha mencionado. Caminar al lado suyo y al lado de la Francia no como un pueblo sometido, sino de igual a igual, no mandado por la victoria, sino espontáneamente, de suyo y no por orden, es para España un laureo nuevo en este siglo, de que hay muy pocos pueblos que puedan alabarse. Si Vuestra Majestad oyera referir sus hechos y sus triunfos hasta en las rústicas cabañas con el mismo interés y el mismo aprecio que en la corte, conocería más latamente la devoción que se le tiene entre nosotros, la buena fe española. Tanto como fué el ardor que se mostró en España en los primeros días de la República, cuando vió que peligraba el trono de sus reyes, la inmunidad de sus altares, y su existencia independiente, tan grande es al contrario el que hoy se nota en ella por el restaurador del régimen monárquico y del principio religioso. Vuestra Majestad no tiene mejores aliados que los españoles, porque lo son por reflexión, de propia opinión suya no impuesta ni imbuída, sino salida de ellos mismos, sin que se encuentre en su amistad ningún achaque de temor o servidumbre. Cualquiera otro menos cuerdo que Vuestra Majestad o menos advertido de la índole española, habría tal vez gastado estas disposiciones tan gratas y sinceras ambicionando su dominio y haciendo verosímiles las voces que ha esparcido la imprudencia o la malicia. Tales voces, yo lo confieso, podrían haber turbado este feliz acuerdo y esta unión tan estrecha que reina entre ambas cor-

tes: convertidas en realidades, habrían ocasionado el alzamiento entero de la España, sin que el Gobierno mismo hubiera sido parte a contenerle. En las masas del pueblo el sentimiento nacional no es menos vivo que en la Francia, y en tratándose de llevar un yugo extraño...

—¿Mas para qué es recargar—dijo Napoleón, interrumpiendo a Pardo—el cuadro mismo que yo he hecho? De nada estoy más lejos que de querer tocar a la Corona de la España. Nadie respeta más que yo el carácter personal de Carlos IV. nadie conoce tanto ni tiene en más estima las virtudes y el valor del pueblo castellano: en Trafalgar se han visto, sin ir las a buscar en tiempos más remotos. Mas no por esto piense usted que llegada una extremidad, lo que jamás suceda, ninguna de las cosas que yo he dicho y que usted podría decirme bastarian a arredrarme si se ofreciese un caso como en Nápoles. Comoquiera que sean los pueblos, que al fin todos se parecen más o menos, hay medios ciertos de vencerlos sin más que variar con cada uno la política y la táctica. Yo he hecho la guerra en el Egipto de distinta suerte que ahora en Prusia; y en Italia, de otra manera de como se pugnaba en Alemania... Pero no hablemos más de guerra. Ni yo pienso que se me haga por parte de la España, ni es su interés hacerla. Escriba usted, no obstante. Esta conversación que hemos tenido deseo yo que vaya entera a vuestra corte, y supuesto que yo no dudo de la amistad de España, derecho tengo de exigir que de la mía no queden dudas ni las más remotas. Escriba usted también a su amigo el de la Paz; su posición es tal, si no la desampara, que la historia podrá ponerle un gran renglón para él tan solo, y es el de haber librado su país de las revoluciones y las guerras que han desolado en todas partes a las demás naciones. Añada usted que no sea ingrato, porque esa posición yo se la he hecho en mucha parte, contemplando a la España cual no he llegado nunca a contemplar ninguna otra potencia de la Europa. En la guerra de Portugal se hizo lo que él quiso, no lo que yo

quisiera. Rota la paz de Amiéns, consentí que la España quedase neutral, y me privé por complacerla del poderoso auxilio que pudieron haberme dado sus escuadras todo el tiempo que le fué posible mantenerse en paz con la Inglaterra. Cuando llegó su desengaño, y la Inglaterra, no la Francia, la obligó a la guerra, yo abrí mis brazos a la España, y ella vió patentemente que su seguridad y su decoro dependía de la unión de sus armas con las nuestras. He llevado con paciencia cuantas repulsas se me han hecho a muchas peticiones y demandas razonables dirigidas de mi parte, y no he mostrado enojo. España ha sido para mí como una dama que me podía tener algún amor, pero al modo de una coqueta y de una melindrosa, avara de sus gracias y favores. Todo esto lo he sufrido porque veía al mismo tiempo un cierto fondo de lealtad y buena fe que me hacía olvidar las demás cosas. Y dígame usted, mas como un aviso de mi parte, que si desea vivir seguro no transija de ningún modo con la opinión de sus contrarios. Ni el príncipe heredero ni la facción que le gobierna harán con él las paces por más que se someta a su influencia; su perdición es cierta si cambia de política. El objeto de la facción es despeñarlo en un abismo. El día que yo quisiera se pondrían luego de mi lado y dejarían a la Inglaterra por perderlo. Escriba usted también que mi ambición no es más que el ansia de arribar a las paces generales y de quitar en todas partes los estorbos que me oponga la Inglaterra contra este fin tan deseado: que las mudanzas que yo hago y podré hacer en adelante son forzosas para cumplir este propósito; que atacaré en Europa cuanto se opusiere a esta gran necesidad del continente; que voy tras de una liga universal contra la Gran Bretaña; que cuento con la España para hacer entrar en esta liga al Portugal por la razón o por la fuerza, que sólo en este objeto me encontrará exigente, y que por todo lo demás mis intenciones hacia ella son que figure por sí misma como una gran nación independiente, amiga de la Francia y no su esclava. Escriba us-



ted, en fin, lo que ya ha visto de esta guerra con los que me querían hacer volver a Francia contándome los tránsitos y señalando las etapas. Bajo mi palabra no tema usted decir que la segunda parte de esta guerra, dado que se comience, tendrá el mismo resultado; que la paz no está lejos... y otra cosa no más: que sería mejor visto en la política de España no aguardar, pues ya es tiempo, a que mis enemigos mismos reconozcan a mi hermano el rey de Nápoles, antes que ella, mi verdadera amiga y mi aliada, lo haya hecho.

Pardo escribió esta conferencia, la presentó al emperador antes de remitirla, y a excepción como ya dije de alguna otra palabra que hubo éste de endulzar a su manera, le dió su aprobación y le rogó me la enviase con persona de su entera confianza. Si el emperador hubiera hablado de aquel modo en otras circunstancias menos arriesgadas de las que entonces combatían su espíritu, se habría podido dar a sus palabras algún crédito, pero hablaba en un tiempo en que necesitaba contemplarnos, en que el Austria y la España le podían poner en gran aprieto. Carlos IV no sabía dudar de las promesas de los hombres y se inclinó a creerlo.

—Vele aquí ya—me dijo—que él mismo se nos viene, y que de suyo me responde a aquellos justos cargos que podía yo hacerle. Tú eres desconfiado en demasía; él sabrá agradecerme mi perseverancia en su amistad por cima de las quejas que pudiera yo tener en contra suya. Evitémos de nuestra parte que él también las tenga de nosotros; reconozcamos a su hermano: basta ya el tiempo que ha corrido sin hacerlo, para satisfacer los miramientos que le debía yo al mío. No dirá nadie que es temor hacerlo ahora. Por lo demás, acostumbrado estoy de largo tiempo a sacrificar mi corazón por el bien de mis vasallos.

—Decidido a la paz—respondí al rey—cual Vuestra Majestad se halla con harta pena mía, es prudencia reconocer al nuevo rey de Nápoles y más pudiendo hacerse de tal modo que no padezca en cosa alguna su decoro delante de la Europa, reconociendo el hecho

solamente sin dar ninguna muestra de aplaudirlo ni consagrar ese derecho (94). Este gran sacrificio es a la paz: otro, tal vez mayor, encuentro yo que podrá hacerse necesario al mismo objeto. Bonaparte no nos engaña de tal modo que de aquello que ha dicho no podamos aprovecharnos y sacar un buen partido contra sus proyectos. El Portugal está en reserva para sus designios venideros; él mismo lo ha indicado en su conversación con Pardo, sin usar ningún misterio, y el Portugal será el señuelo con el cual podrá envolvernos en sus redes. Tiempo hay de prevenirnos; y pues él mismo ha descubierto su camino, paremos el peligro que nos amenaza y quitémosle de en medio todo pretexto y ocasión de introducirse en la Península. Persuadamos al Portugal de la necesidad de unirse con nosotros contra la Inglaterra, y si no lo alcanzan los consejos, obliguémosle por las armas, echemos los ingleses, guarnezca-

(94) El reconocimiento de José Napoleón como rey de Nápoles fué practicado de tal modo que ningún documento diplomático de los usados en tales casos dejase ver otra cosa que la sola admisión de un hecho ya cumplido. Aunque nuestra corte tuvo siempre un embajador en la de Nápoles (elegido éste de ordinario entre los individuos más clasificados de la grandeza), no hubo en tiempo del rey José sino un simple y mero encargado de negocios, que lo fué hasta el fin, sin más título que éste, don Pío Gómez de Ayala, antiguo secretario de Embajada en aquel reino. En el *Calendario manual y guía de forasteros*, donde a todas las testas coronadas se ponía el título de rey, simple y llanamente, se inscribió el rey José de esta manera: *José Napoleón, hermano del emperador de los franceses, proclamado rey de Nápoles y de Sicilia en 30 de marzo de 1806*. De este modo fué hecho no sólo en 1807, sino en 1808, siendo de notar que los otros dos hermanos, Luis y Jerónimo, fueron inscritos como los demás reyes, que lo eran de hecho y de derecho, leyéndose en sus respectivos lugares: *Luis Napoleón, rey de Holanda, condestable de Francia; Jerónimo Napoleón, rey de Westfalia*; y de la misma suerte los demás reyes, príncipes, princesas y duques soberanos que había investido Bonaparte. Esto será pequeño, si se quiere; pero prueba también alguna cosa acerca de la gravedad y la delicadeza de nuestro Gabinete, aun cuando bajaba ya y doblaba un tanto la cabeza, mal que a mí me pesase y que lo hubiera resistido, ante el emperador de los franceses.

mos sus puertos e impidamos que Bonaparte venga a hacerlo.

—Tú piensas bien—me dijo el rey—, estoy contigo, mientras que no se trate de violencias e injusticias. ¿Con qué motivo razonable se podría dudar a la vista de la Europa esa invasión que tú propones?

—Con el del bien común de entramos reinos—dijo al rey—. La Europa nos ha dado en estas mismas guerras dos ejemplos muy recientes. En la Tercera Coalición invadió el Austria a la Baviera para obligarle a sostener los intereses del Imperio. Después, la Prusia ha obrado de igual modo comprometiendo y obligando a la Sajonia a la común defensa. Y sin subir más lejos a buscar ejemplos en la Historia, nuestro augusto padre invadió el Portugal para obligarlo, en circunstancias harto bien diferentes y menos apretadas que las nuestras, a pelear en la común defensa de la España y de la Francia contra la Inglaterra. En cuanto a motivos especiales, y sin buscar pretexto, Vuestra Majestad no ignora que el Brasil está siendo hoy en día el punto de reunión donde se abrigan los ingleses y se amparan para atacar a Buenos Aires y robarnos aquella parte de la América. Y aún sin esto, señor, a Vuestra Majestad le ruego que me permita esta pregunta: si más pronto o más tarde, superada la Cuarta Coalición, y acallada otra vez la Europa, nos pidiera Napoleón abrir nuestras fronteras a sus tropas para atacar el Portugal y juntar nuestras armas con las suyas para el mismo objeto, ¿cuál de los dos partidos podría adoptar nuestra política: condescender o resistirle? Resistirle, no sería fácil; condescender, sería ponernos en sus manos, hacerlo dueño de nuestra casa y aceptar, mandados y sin ninguna gloria nuestra, esa misma invasión que Vuestra Majestad desecha ahora como injusta. Recuerde Vuestra Majestad la guerra que fué hecha en 1801 y lo difícil que fué entonces librar al Portugal y salvarnos nosotros mismos de la ambición de Bonaparte, no siendo en aquel tiempo más que primer cónsul de la República francesa. ¿Qué sería ahora, que es ya dueño de la mi-

tad del continente y no halla el fin de sus fronteras en ningún punto de la Europa? Dueños del Portugal como podemos ser ahora, antes que él venga a acometerle, y unidas con nosotros las armas portuguesas contra la Inglaterra, Bonaparte no podría hallar ningún pretexto para injerirse en la Península, desharía las sospechas que aún podrá abrigar contra nosotros, y, mal que le pesase, se encontraría obligado nuevamente, dando nosotros ese golpe no esperado y de tan grande trascendencia contra la Inglaterra. Hecho así, no tan sólo se habrá logrado contener a Bonaparte en sus designios, o, por mejor decir, desbaratarlos plenamente, sino también asegurarnos prendas ciertas para sacar partidos ventajosos cuando al fin llegare el caso de tratar de paces, libre siempre Vuestra Majestad en medio de esto para mostrarse generoso y volver en Portugal a sus augustos hijos mediante un buen tratado que los intíme para siempre con nosotros. Créame Vuestra Majestad, señor: apoderarse de este reino en la ocasión presente, sería triunfar a un mismo tiempo de franceses y de ingleses. Pues Vuestra Majestad no quiere guerra con la Francia sírvanos, a lo menos, para evitar nuestro peligro la política. De otro modo, yo no me atrevo a responder de lo que suceda.

—Todo cuanto me dices es verdad y me convence—respondió Carlos IV—, mas no pienso sea forzoso darnos prisa. Napoleón va a comenzar ahora con los rusos; ¿quién sabe todavía cuál será su fortuna o su desgracia en ese grande encuentro de las dos potencias, si saldrá el Austria a la demanda, si la Inglaterra hará el esfuerzo que tiene prometido a la Suecia y a la Rusia...? No nos anticipemos a los tiempos, no compliquemos los sucesos.

—Yo cumplo mi deber—repuse todavía—aconsejando a Vuestra Majestad, aunque se enfade, lo que creo que le conviene. Lo que ahora es tiempo hábil, seguro y bien holgado, podrá no serlo en adelante. El Austria no saldrá mientras Napoleón no sufra alguna gran derrota por parte de los rusos: la asistencia de los ingleses será siempre lo que

ha sido antes de ahora. Napoleón hará su juego; Dios quiera que después no venga a hacerlo con nosotros.

—Bien, esperemos, no me acoses —dijo el rey—; tomémonos tiempo de pensarlo.

De este modo, la fatalidad ordenaba paso a paso nuestra ruina con elementos bien contrarios, con la virtud de Carlos IV, con los consejos temerosos o enemigos que le ponían perplejo y con las traiciones sordas que se urdían en el palacio. Cosa en verdad que era inexplicable en aquel tiempo, porque jamás me mostró el rey mayor afecto que en aquella época y nunca tomó menos mis consejos.

Mientras tanto, para mayor desdicha mía, todo cuanto se hacía se me atribuía, y a la verdad había un motivo para pensar de esta manera. En medio de estas cosas fué el nombrarme Carlos IV su almirante general de España e Indias, protector del comercio, con iguales preeminencias, el mismo tratamiento y la misma extensión de facultades con que ejerció ambos cargos el infante don Felipe bajo el reinado de Felipe V; arreos y flores y listones que, sin pensarlo, me ponía aquella mano augusta para adornar el sacrificio que ya se estaba previniendo.

Todos creían que yo busqué encimarme de aquel modo: creíanlo cuantos quisieron; pero la sola cosa que buscaba en aquel tiempo sin poder hallarla era una puerta para irme. Con estas nuevas gracias y favores creyó el rey ponerme a salvo de mis enemigos, por aquel medio sujetarme y mantenerme en su servicio; mas con la rienda siempre asida sin dejarme el poder de obrar cual yo quisiera, cual requerían las circunstancias. Yo no acrecía mis facultades con aquellos títulos, crecían las apariencias, se aumentaban mis enemigos, y al príncipe de Asturias le hacían creer con mayor fuerza que yo aspiraba al trono.

Se alegraron los que, apreciando mis tareas y mis conatos anteriores, creyeron se aumentaba mi influencia y que podría llevar a efecto las reformas y mejoras que tanto deseaban y que yo estaba preparando; los que sabían por

experiencia que nunca estuve ocioso en los negocios que me estaban confiados y en que yo obraba libremente; todos, también, los que, dotados de algún merecimiento, veían mis puertas abiertas, mis brazos extendidos hacia ellos, sin pedirles otras lisonjas que traerme sus ideas y pensamientos en beneficio de la patria; los que notaban, sobre todo, que en mi casa no había partidos ni acepción de personas sino en favor del mérito. De esto me alabo porque es cierto; nadie lo ha desmentido sino los ignorantes y pretendientes nulos que se encontraban excluidos de los favores del Gobierno; nunca a sabiendas mías coloqué a nadie que no lo hubiese merecido. Aún existen y existirán a favor mío las *Guías de forasteros*; búsquense allí los nombres de los que yo empleaba en los departamentos de mi cargo, nombres los más que en los conflictos de la patria adquirieron honor y gloria, y algunos de los cuales, después de tanto tiempo, aún le están dando luz y honra. Elevado al almirantazgo, de los más de ellos tuve aplauso, y lo tuve también de multitud de pueblos que me debieron grandes bienes. Hubo muchas ciudades y parajes donde se celebró mi nombramiento con regocijos y con fiestas públicas; lisonjas, si se quiere, pero no del temor, que yo no lo inspiraba y cuidé siempre no inspirarlo, aplausos y lisonjas de esperanza; si con efecto eran lisonjas; mas para mi trabajo y perdición, y espinas y dolores.

Cuantas demostraciones se me hicieron de esta especie, las miró el príncipe de Asturias como otros tantos robos que le hacía en el afecto de los pueblos. Mi ruina era infalible; su enemistad y prevención en contra mía no tuvo ya medida desde aquella época (95).

(95) En una serenata que, con motivo de mi nombramiento a la dignidad de almirante, dieron en el Real Palacio todos los músicos de Madrid reunidos, el príncipe Fernando, casi al lado de sus propios padres, se quejaba con su hermano Carlos, como de un desaire a su persona, de aquel festejo, que, en realidad, más bien que a mí se dirigía a los reyes. "De esta suerte—decía—, Godoy, vasallo mío, me está usurpando el amor y la boga de los pueblos. Yo no compongo nada en el Go-

Ya había llegado en este tiempo un nuevo personaje que debía figurar en mis desgracias, y dar favor al bando del príncipe de Asturias, para que se efectuase, no diré mi ruina solamente, que era poco, sino la ruina de sus padres y, más que todo esto, la ruina de la España. Ningún ministro de la Francia nos había traído tantas y tan finas protestas de amistad de su Gobierno como nos trajo este enviado. Sus modales eran muy nobles y corteses: notábase en su trato aquel buen tono de la nobleza antigua de la corte de Versalles. Al contrario de aquel desgarró militar y aquella especie de franqueza soldadesca que usaba Beurnonville, el marqués de Beauharnais, pródigo con finura y con buen arte de aquellas gentilezas, que sin ser otra cosa que floreo dejan gustoso y satisfecho el amor propio, escaseaba las palabras en los asuntos de importancia, y se mostraba grave y circunspecto, con estudiada parsimonia y compostura.

Yo le traté muy poco, y sobre todo

bierno; él se lo lleva todo. Esto es intolerable." "No te incomodes—respondió el infante—, que mientras más le dieran, más tendrás pronto que quitarle." Yo veía mi ruina casi cierta, y no podía evitarla. ¡Qué posición la mía entre el odio del hijo y el amor del padre!

Pensarán tal vez algunos que salió de mí la idea de establecer el Almirantazgo y la dignidad de almirante. Ruego que se me crea. El pensamiento fué loable, mas no mío. Aún quedarán algunos que se acuerden. Aquel proyecto tuvo su primer origen en las frecuentes conferencias que el ministro de Hacienda tenía con la Junta de Comercio, Moneda y Minas, a que estaba agregado, como ya dije en otra parte, el Negociado de Fomento y de Balanza. Se trataba de animar el comercio, de sostener el crédito, de añadir confianza, de cubrir y amparar en todas partes nuestra Marina mercante, y, más que todo, de reforzar nuestros cruceros y aumentarlos en la América, donde los ingleses, mayormente en la del Sur, nos hacían una guerra peligrosa y porfiada. Era forzoso, en tales circunstancias, crear recursos nuevos a la Marina real, y plantear en todas partes, de acá y de allende de los mares, un sistema bien concertado de guerra defensiva que, poniendo del todo a salvo nuestras Indias, ayudase también a sostener cumplidamente nuestras expediciones comerciales, y amparase por todos medios las fortunas particulares y la hacienda del Estado. La dignidad y el cargo de almirante no eran una innovación entre nosotros; un número bien grande de caballeros

me guardé con él, cuanto me fué posible, de entrar en discusiones de política; se traslucía el emperador en su semblante como la luz ahogada de una linterna sorda. Toda su habilidad se mostró en esto; y con linterna sorda anduvo siempre, mal llevada, por fin de todo, al gusto de su dueño. Han dicho algunos que hice mal en no tratarlo más de cerca; mas ¿qué podía yo hacer con quien debía pensar que mi camino lo traería trazado en su cartera? Él no habría dicho su secreto, mucho menos yo el mío; ¡triste de mí que aún esperaba, si la fortuna presentaba alguna buena coyuntura, poder vencer a Carlos IV a asegurar su trono con las armas! Y, al fin, si yo hice mal en no intimarme con el precursor de Bonaparte, entre tan grandes pruebas de lealtad que dejé dadas, y contra tantas voces y mentiras tan groseras que esparcieron para perderme y para desluminar la España mis furiosos enemigos, aún me queda esta prueba más que, por desgracia, se ignoraba enton-

de Castilla lo ejercieron, desde el antiguo capitán Ramón de Bonifaz, nombrado por el rey Fernando el Santo, hasta don Juan Alonso Enríquez de Cabrera, en cuya familia había llegado casi a hacerse hereditario aquel dictado por espacio de dos siglos. Tuviéronle después don Juan de Austria, hijo de Carlos V; el segundo don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, y, más recientemente, nuestro infante don Felipe, suegro y tío de Carlos IV. El rey no añadió nada en cuanto a mis facultades confiéndome aquel cargo, puesto que no eran menos las que yo tenía de antes como generalísimo; igualándome, empero, en tratamiento y en honores con aquellos príncipes, exacerbó la envidia de mis enemigos y me aumentó el enojo de su hijo. Y en medio de esto, es de observar que mi poder en clase de almirante no fué absoluto y privativo, como en los siglos anteriores, sino templado y ejercido en un Consejo (sola cosa que fué innovada a imitación del de Inglaterra), y un Consejo, no de apariencia y perspectiva, sino formado a mi propuesta, de los hombres más estimables, más capaces y probados que podían convenir a aquel servicio, ricos no menos del aprecio público que del aprecio del monarca. Tales fueron los tenientes generales de la Real Armada don Ignacio María de Alava, don Antonio Escaño y don José Salcedo; don Luis María de Salazar, intendente general; el jefe de escuadra don José de Espinosa Tello, secretario; el capitán de navío don Martín Fernández Navarrete, contador, y don Manuel Sixto de Espinosa, tesorero del Almirantazgo.

ces, y es que no fué conmigo con quien contó Beauharnais para empezar a dar carrera a los designios de su amo; que se asoció a este fin con mis contrarios, y se asoció para perderme y destruir del todo mi influencia. Si ésta le hubiera sido favorable, no habría tomado aquel camino tan tortuoso y tan ajeno de un ilustre caballero y de un embajador acreditado cerca de Carlos IV, rey de las Españas, no cerca de su hijo; no se hubiera manchado torpemente hasta el extremo de hacerse agente y zureidor de *felones* y traidores con el emperador de los franceses. Ya hablaré de esto más extensamente en otra parte.

La primera encomienda del nuevo embajador fué de comunicarnos el famoso decreto del bloqueo continental de la Inglaterra, expedido en Berlín por Bonaparte en 21 de noviembre de 1806. Muchos han alabado esta medida como un desquite justo contra la tiranía marítima que usaban los ingleses; otros, la han censurado amargamente como una nueva tiranía que condenaba a privaciones insufribles los pueblos de la Europa, y que por arruinar a la Inglaterra, cosa que ne era dable sin que todas las naciones se hubieran convenido a un mismo tiempo en adherirse a aquel decreto, debía arruinar millares de familias y empobrecer el continente.

Comoquiera que lo entendiese cada uno, esto sólo fué cierto: que el bloqueo continental no fué un sistema de bloqueo contra el comercio de Inglaterra, sino un sistema de rapiña y latrocinio contra los pueblos mismsos que pretendía Napoleón emancipar de la opresión inglesa. Ni las regencias berberiscas, ni los viejos soldanes de la Persia o del Egipto habrían violado hasta tal punto la justicia que es debida en los negocios comerciales, como Napoleón y su Gobierno llegaron a violarla bajo la capa del bloqueo. Lo que en Italia, en la Suiza, en la Holanda y en Alemania fué sufrido de expoliaciones, de miserias, de sufrimientos y dolores con pretexto de aquel decreto, excede toda cuenta. Y no se diga que exagero; he aquí por cima alguna parte de lo que en este asunto ha escrito

en sus memorias M. de Bourienne, autor que puede ser creído:

“Nadie—dice—mejor que yo se ha podido encontrar en situación más propia para conocer toda la *picardía* del sistema continental y para graduar sus funestos resultados... Semejante decreto no puede ser mirado sino como un acto de demencia y de tiranía europea. No era un decreto de esta especie, sino armadas, lo que debía oponerse a la Inglaterra. Sin flotas, sin marina, era cosa ridícula declarar las islas Británicas en estado de bloqueo, mientras de hecho bloqueaban los ingleses todos los puertos de la Francia. No siéndole posible hacer lo mismo, suplió Napoleón su falta de poder por el decreto de Berlín, y esta rara política fué llamada el sistema continental, verdadero sistema *de dinero, de fraude y de pillaje*. Cuesta hoy trabajo concebir cómo pudo sufrir la Europa aquella tiranía fiscal que hacía pagar a un precio exorbitante los consumos que tres siglos de hábito habían hecho necesarios a los pobres lo mismo que a los ricos. Es tan falso que el solo objeto de esta medida fuese dañar a la Inglaterra, cuanto era visto que se vendían licencias para comprar los géneros ingleses, y que el oro solamente obtenía estos privilegios... La especulación de estas licencias llegó a un extremo escandaloso, sin más ventaja que de enriquecer a algunos aduladores y contentar las cortas miras y el capricho de algunos intrigantes... En Hamburgo, bajo el Gobierno de Davoust en 1811, un pobre padre de familia estuvo ya muy cerca de haber sido ajusticiado por haber introducido en el Departamento del Elba un pequeño pilón de azúcar de que necesitaban en su casa, y esto en el mismo tiempo en que Napoleón tal vez firmaba una licencia para introducir millares de pilones. El contrabando en pequeño era castigado con pena de muerte, y el Gobierno lo hacía en grande... Este odioso y brutal sistema, digno de los tiempos de ignorancia y de barbarie, que aún admitido en teoría hubiera sido impracticable en su aplicación, no ha sido todavía sellado bien de firme con la marca de la infamia... Los que aconse-

jaron al emperador aquel extravagante sistema no se cuidaron de reflexionar que, indignando y sublevando la Europa por tal medio, no podría menos de armarse toda ella contra aquella mano que la exasperaba tan violentamente... La prohibición del comercio y la severidad tan cruel y habitual en el cumplimiento de aquella odiosa concepción, no eran realmente otra cosa que un impuesto continental... Cantidades enormes de mercancías inglesas y de géneros coloniales se acumulaban en el Holstein, donde llegaban casi todas por Kiel y Hudsum, y penetraban con el favor de los seguros. Yo le escribí al emperador que aquel inevitable contrabando se podría reemplazar en provecho del fisco, concediendo el paso de los géneros por un derecho igual al que constaban los seguros. Mi dictamen fué oído, y en solo el año de 1814 ganó el fisco mucho más de sesenta millones. Mientras tanto, decían con entusiasmo los aduladores que la Inglaterra iba a arruinarse, impedida la entrada de sus especies coloniales... El decreto insensato de Berlín a nadie hizo más daño que al emperador, concitándole el odio de los pueblos... Se necesita haber sido testigo—concluye M. de Bourienne—como yo lo he sido de tantas vejaciones y de tantas miserias causadas por el deplorable sistema continental, para concebir el mal que sus autores hicieron a la Europa, los odios que excitaron, las venganzas que provocaron y la parte que tuvieron en la caída del Imperio" (96).

He traído a cuenta todo esto porque a pesar de aquel sistema de contemplación y paz a todo riesgo que comenzó a prevalecer en nuestra corte para con Bonaparte, en España no se sufrieron estos males y estas vejaciones que sufrían los demás pueblos aliadas de la Francia, por más que hubiesen sido provocados estos males por sus instigaciones, y por aquel dominio que comenzaba ya a afectar sobre nosotros. Bajo el pretexto de poner de acuerdo la ejecución de aquel sistema entre nos-

otros con las medidas que al intento hacía tomar en Francia y en los demás países aliados, se nos indicó la ruin idea de establecer juzgados militares y ambulantes en persecución del contrabando, y de agravar sus penas hasta la de muerte.

Los españoles saben que no se hizo nada de esto, que la persecución del contrabando fué la misma que de antes lo había sido, sin agravar las penas ni distraer los delinquentes de sus jueces naturales; que la España no sufrió la falta de azúcar y cacao como las demás naciones; que nuestros buques de comercio, amparados en sus viajes por la Marina Real, nos mantuvieron la abundancia de las especies coloniales, y nos sobró para vender a los franceses y a muchos otros pueblos de la Europa. No éramos desgraciados todavía comparativamente con los demás Estados que dominaba Bonaparte; feliz, sí, más que nosotros la nación francesa, si por felicidad puede entenderse vivir de una gran gloria a expensas de la sangre de sus hijos prodigada en todo el mundo, haber trocado por aquella gloria sus libertades más queridas, y ser en aquel tiempo la primera esclava, o, por hablar más propiamente, la gran sultana favorita entre las demás esclavas que su señor hacía en la Europa a la redonda.

Aun cuando Bonaparte no hubiese dado ya a entender sus intenciones contra el Portugal a don Benito Pardo, bastaba su decreto del bloqueo continental para inferir y no dudar de modo alguno que no podría pasarse mucho tiempo sin que se exigiese de aquel reino su total separación de la Inglaterra. Lo que me dió más inquietud acerca de esto fué el observar que Bonaparte, sabiendo bien que nos hallábamos con fuerzas militares muy sobradas para cualquiera empresa, no nos pidiese entonces que fuesen empleadas en obligar al Portugal a renunciar a la Inglaterra y a entrar en su sistema. ¡Cómo lo hubiera yo querido, y qué medio tan cierto hubiera sido éste para romper las vallas que detenían a Carlos IV en resolverse y entregarse a mi consejo de ocupar aquel reino! Mas Bo-

(96) *Mémoires de M. de Bourienne*, tomo VII, capítulo XV, desde la página 227 hasta la 240.

naparte no lo hizo: se reservaba ciertamente aquella empresa para acometerla él mismo, y a pesar del recelo que le daban nuestras tropas, ni una sola palabra nos fué dicha, ni directa ni indirecta, concerniente a tal objeto.

¿No hubiera sido aquél un medio de cumplir enteramente sus designios de cerrar el continente a los ingleses, de ocuparnos en favor suyo y quedar cierto de nosotros? ¿Por qué se abstuvo de esto? ¡Oh, con qué veras y qué inútilmente me esforcé yo entonces en demostrar al rey nuestro peligro de los tiempos venideros, y la necesidad premiosa que tenía la España de someter el Portugal, y de quitar de en medio aquel sillar que de pensado dejaba puesto Bonaparte para sus miras ulteriores! Carlos IV me comprendía perfectamente: me daba la razón, mas no perdiendo la esperanza de que el Gobierno portugués conociese mejor sus intereses y se aviniese con nosotros para evitar su riesgo y nuestro compromiso, dilataba poner en obra mis consejos, como cosa que debía hacerse solamente en un extremo. Los días eran contados: desperdiciáronse esperando, y el funesto sillar, el fatídico agarradero, quedó puesto.

Mientras tanto, no se olvidó Napoleón de buscar alguna prenda con que poder estar seguro de nosotros. En los días recios que le trajo la campaña de Polonia, y cuando la fortuna parecía indecisa entre los rusos y franceses, invocó la amistad y la alianza de la España, y pidiéndonos se le auxiliase con una división de tropas nuestras. Hizolo en tiempo en que podía encubrir esta demanda con la necesidad en que se hallaba de redoblar sus fuerzas. La batalla de Preusch-Eylau le fué costosa en demasía: con muy pocas batallas como aquélla se habría visto arruinado para siempre. Venían marchando nuevas tropas de la Rusia, y daba muestras la Inglaterra de querer obrar activamente según el plan de lord Morpeth, que consistía en poner al grande Ejército francés entre dos fuegos, reunir con este objeto en la Pomerania sueca cuarenta mil ingleses, quince mil rusos, diez mil prusianos y veinte mil suecos, y

atacar por la espalda a Bonaparte, al mismo tiempo que los rusos le atacarían en grande fuerza por su frente. Necesitaba aquél formar un nuevo cuerpo de ochenta a cien mil hombres, y establecer otra gran línea desde Magdeburgo hasta el Báltico sin desfaltar el grande Ejército.

A estos apuros se juntaba la incertidumbre en que Napoleón se hallaba de la intención del Austria. Esta formaba entonces cuatro cuerpos de neutralidad armada al mando de los archiduques Carlos, Juan, Fernando y Maximiliano; la totalidad de las fuerzas austríacas bajo pie de guerra componía en aquel tiempo trescientos mil soldados; se hacía, además, una gran leva, se mandaba organizar en todas partes milicias nacionales, y en la Bohemia, sobre todo, se mostraba el Austria amenazante, revistiéndose en tal estado del papel de mediadora. Entonces fué también cuando Napoleón pidió la conscripción anticipada de 1808 por su decreto dado en Hosterode (97), cuando hizo redoblar sus contingentes a sus confederados de Alemania, cuando la Italia, la Holanda y la Suiza fueron estrujadas inhumanamente para formar las grandes masas que necesitaba con urgencia.

Mi dictamen sobre aquel pedido fué de negarlo y emprender la guerra todavía, cierto de que el Austria, entonces, de mediadora que se había mostrado,

(97) En 20 de marzo de 1807. En su mensaje al Senado conservador explicaba bien sus apuros, cuando decía, entre otras cosas, las siguientes: "Todos los Estados confinantes toman las armas. La Inglaterra acaba de mandar se pongan sobre ellas otros doscientos mil hombres. Varias potencias levantan igualmente considerables ejércitos. Por formidables y numerosos que sean los nuestros, las disposiciones que abraza el proyecto del Senado-consulta nos parecen, aunque del todo no fuesen necesarias, a lo menos útiles y convenientes. Es necesario que nuestros enemigos, a la vista de la triple barrera de nuestros ejércitos, bien así como al aspecto de la triple cadena de plazas fuertes que defienden nuestras más importantes fronteras, pierdan enteramente todas sus esperanzas, etc." El informe del mariscal Berthier, ministro de la Guerra, era todavía más apretado y más explícito; la realidad de los peligros que corría Bonaparte, mucho mayor que cuanto se indicaba por escrito. Los fondos públicos bajaron.

acabaría por enemiga tomando parte en la demanda de los pueblos oprimidos. ¡Qué ocasión no fué aquélla! La capital y las provincias de la Francia, aun en medio de la opresión, mostraban su disgusto sin saber disimularlo: se tenía un movimiento, y muy pocos habrá que ignoren en la Francia que por entonces fué la primera tentativa de un trastorno del Imperio por el general Mallet, tentativa en la cual se dijo haber entrado algunos senadores. El descontento general, la incertidumbre de los ánimos y las sordas agitacione que se notaban en la Francia, dejaban presentir que era posible y muy posible una explosión al primer contratiempo que habría temido Bonaparte. ¿Erraba yo en querer la guerra?

Dirá tal vez alguno que me contradecía yo mismo, ora en querer la guerra contra el emperador de los franceses, ora en aconsejar la ocupación del Portugal, favoreciendo en esto sus designios. No era en verdad contradicción; era una disyuntiva, dos caminos que se ofrecían para salvar mi patria de los riesgos de que se hallaba amenazada. No adoptando el primer camino, aconsejaba yo el segundo, y entrambos eran justos, porque eran necesarios uno u otro. Ocupar el Portugal por más o menos tiempo y obligarle a marchar en nuestro mismo rumbo de política no era servir las miras del emperador de los franceses, sino valerme de ellas contra él mismo; tal vez también en favor suyo, si se quiere, porque quitándole el pretexto y la ocasión de penetrar en nuestro suelo no hubiera cometido el atentado y el yerro capital que trajo en fin su ruina y le dejó una mancha eterna.

Otra sería mi suerte hoy día si hubiera sido oído. No lo fuí, por mi desgracia y la de España, y yo llevé el pecado que no hice. No acuse nadie de esto a Carlos IV. Los consejos contrarios le abatieron; entre éstos, sobre todo, los consejos estudiados y capciosos de mis enemigos. Un nuevo campeón, el que jamás se había metido en los negocios de política, el que vivió una vida retirada y silenciosa entre sus devociones y sus telares de bordados, o

bien tocando la zampoña, que era su instrumento favorito, el pacífico infante don Antonio salió de su quietud, se alistó en la facción de su sobrino y se hizo un instrumento y un nuevo arri-madizo para quitar a Carlos IV toda idea de empresas belicosas, para alabarle a Bonaparte y para darle confianza en sus virtudes. Don Antonio Pascual no comprendía las intenciones de los que le movían y le arrastraban contra su propio hermano bajo la sola idea de contrariar mi influjo, de disuadir la guerra, de estrechar más y más nuestra amistad con el emperador de los franceses, y preparar al príncipe Fernando las soñadas bodas imperiales.

Dióse, en fin, el socorro que pedía el emperador, a la verdad no tan cumplido como deseaba, hastante empero para sus designios; no que precisamente fuera su intención debilitarnos; parte de aquellas tropas que se dieron bajo su misma indicación fueron las que se hallaban en Toscana un año antes. Sus principales miras eran comprometernos con las demás potencias beligerantes, quitarles la esperanza de que la España cooperase en favor de ellas, desanimar al Austria, y estar seguro de nosotros mientras se debatía en el norte y terminaba la campaña. Logró, al fin, que se viese entre sus filas la bandera castellana. En el largo discurso de mi mando no habían dañado nuestras tropas pueblo alguno que nos hubiese sido inofensivo; por la primera vez después de tanto tiempo sucumbió nuestra corte, a pesar mío, a la dura fatalidad a que cedieron antes otros pueblos.

No perdí, empero, la esperanza de que algún suceso favorable de entre tantos futuros contingentes que eran dables, nos volviese otra vez a nuestra entera independencia en los negocios de la Europa; aún esperé con fe española que nos sería posible todavía pelear por su salud y por la nuestra, inminentemente amenazada. Mis posterras palabras al marqués de la Romana, al despedirnos, fueron éstas:

—Marqués mío, mi verdadero amigo, con quien puedo mostrarme abiertamente; mientras que sea preciso mili-



tar con los franceses, peleando en favor de ellos, sostén, como tú sabes, el honor de nuestras armas, como lo sostuviste cuando lidiabas contra ellos. Pero está sobre aviso, porque será posible todavía que les hagamos la guerra. Si llegare este caso, yo te instruiré con tiempo por Hamburgo, y tú libertarás tu división de que sea hecha prisionera: cuenta con la Succia, donde hallarás asilo. La fortuna tal vez podrá ofrecerte la ocasión propicia de acometer alguna hazaña que haga eterna tu memoria.

## CAPITULO XXVI

*Prosperidad de nuestras armas en América. Tentativas del partidario don Francisco Miranda sobre las provincias de Tierra Firme. Invasión de Buenos Aires por sir Home Pophum. Reconquista de aquella ciudad por don Santiago Liniers. Nueva expedición inglesa contra aquel virreinato. Ocupación de la Banda Oriental y toma de Montevideo por las tropas enemigas. Ataque de Buenos Aires. Defensa heroica de la ciudad bajo el mando de Liniers. Derrota completa del Ejército británico. Capitulación que le fué concedida a condición de evacuar a Montevideo y reembarcarse. Un rasgo generoso de lord Holland. Vuelta de Balmis de su viaje alrededor del mundo para la propagación de la vacuna*

Los rencores de Mr. Pitt contra la Francia y contra España, y su tenaz designio de emancipar la América española y de abrir a la industria y al comercio de su patria aquellas ricas posesiones, fueron como una especie de legado y de disposición testamentaria que aceptaron sus diversos sucesores, sin que jamás abandonasen, ni en la guerra ni en la paz, aquel proyecto codicioso, por cierto no logrado mientras que tuvo el cetro Carlos IV. batallando lo más del tiempo con la Gran Bretaña en desigual contienda, pero cumplido, en fin, bajo el reinado de su hijo mientras aquella fué su amiga y aliada y gobernaron mis contrarios. Voy a con-

tar los triunfos que alegraron los posteriores años del reinado de aquel augusto anciano, a quien de hoy más, caídos ya en oprobio para siempre sus inicuos detractores y enemigos, le volverá la España juntamente con la historia la memoria honrosa que le debe.

Cuando Pitt murió tenía pendientes sus intrigas y proyectos contra el sud de nuestra América; las atenciones graves y continuas que le ofrecía la Europa le habían hecho prorrogarlos mal su grado. Sir Home Pophum, comandante general de las fuerzas navales destinadas contra el cabo de Buena Esperanza, llevaba el doble encargo de invadir las provincias de la Plata y de tentar su primer golpe en aquel punto sobre la capital del virreinato, mientras el llamado general Miranda, instrumento empleado ya otras veces vanamente por el ministro inglés para agitar la América española, caería sobre el país de Venezuela y alzaría en la Colombia el estandarte de la independencia. El comandante inglés, y el revoltoso caraqueño, concertaron los medios de poner por obra simultáneamente aquellas dos empresas, y aprobados sus planes por Mr. Pitt y lord Melville, partieron cada uno a su destino (98).

(98) Don Francisco Miranda, natural de Caracas, comenzó su desastrosa carrera militar y política al tiempo de la insurrección de las colonias inglesas contra su metrópoli, dejando su patria y pasando a aquellos Estados, donde tomó partido entre las filas de los voluntarios franceses que asistieron a los angloamericanos. Después, por una inconsecuencia difícil de explicarse, vino a Europa, donde militó bajo las banderas de la emperatriz de Rusia Catalina II. Oído allí el primer grito de la Revolución francesa, vino a buscar en ella su elemento más querido, se adquirió la boga popular por la exageración de sus ideas democráticas, corrió a las armas con la muchedumbre, y subió en poco tiempo hasta el grado de general de división, que ejerció con desigual fortuna, ora próspera, ora adversa. Mal visto y procesado después del gran desastre que sufrieron los franceses en la batalla de Neerwinden, donde mandaba el ala izquierda, escapó del suplicio como por milagro; pero, perdida su opinión y enredado después en mil intrigas de partido, fué expulsado de la Francia. Vacante entonces su ambición en las regiones de la Europa, volvió su vista hacia la América, y se propuso nada menos que hacerse un nuevo

Dirigióse Miranda a Nueva York surtido largamente de dinero y puesta a su servicio una goleta inglesa bien cargada de pertrechos. Allí trabó amistad con varios armadores, se allegó algunos entusiastas, reclutó gente advenediza, fletó el navío *San Leandro*, y no pudiendo estar más tiempo de aquel modo en un país amigo de la España, trasladó su armamento a Jacomelo, en donde se reunían mayores fuerzas, que le fueron enviadas desde Puerto Príncipe, entre ellas dos corbetas, *Baco* y la *Abeja*, bien provistas y artilladas. En aquel puerto organizó sus tercios, los ejercitó en las armas, dió sus patentes de oficiales, se hizo reconocer por comandante general de las tropas colombianas, y preparó sus planes sediciosos, sus correos, sus proclamas y sus cartas a todas las provincias. Recibido el aviso de estar listo el general inglés que debía atacar a Buenos Aires, se hizo a la vela para Orúa en 10 de abril, y el 19 pareció sobre las costas de Caracas.

Mas todo estaba ya provisto para la defensa, y lo que valía más, y por lo cual ninguna tentativa del rebelde podía tener buen logro, la lealtad del país nunca se había mostrado tan igual, tan positiva y tan sincera como entonces. Las proclamas incendiarias de Miranda no habían hallado ningún eco en

las provincias. Las costas fueron inundadas de escritos turbulentos; cuantos los encontraban dábanse prisa a presentarlos a las autoridades. Muchas cartas de aquel caudillo infiel que llegaron a penetrar en las correspondencias del comercio, los que las recibieron las trajeron al Gobierno, sin temer hacerse sospechosos. De todas partes una misma voz de verdaderos hijos de su antigua madre España; creyendo que el peligro era más grande de lo que al fin fué visto, cada cual hacía su ofrenda, unos de armas, otros de caballos, estotros de caudales, listos todos con sus personas a la común defensa. No menos generoso que los pueblos, evitó el Gobierno toda medida odiosa y preventiva de las que en tales casos son usadas, fiando más en el país que en las fuerzas militares, inútiles del todo en aquel riesgo si se hubiera alzado en masa la Colombia. Cosa difícil de creerse, pero cierta, que no se vió en el país ni un solo cómplice ni partidario alguno de Miranda, que no hubo ningún preso por aquel motivo de entre los naturales, y que en ninguno se notó una conducta equívoca. Este fué un hecho de que quedan todavía millares de testigos (99).

(99) Es de notar aquí que en ninguna otra parte de la América se habían mostrado tanto en otro tiempo las ideas de libertad e independencia como en la Colombia. Fué precisamente donde se permitió arribar y hacer descanso a los franceses que acudieron a llevar auxilio a la revolución de las colonias de Inglaterra; varios jóvenes colombianos, y uno de ellos Miranda, se alistaron entre sus filas, y en el país quedó un fermento peligroso, que no tardó en causar agitaciones y trastornos. Aún habrá algunos que se acuerden de la formidable insurrección que por el año de 1781 se movió en la provincia de Socorro, por resultas, ni más ni menos, como en la América del Norte, de un tributo nuevo que se mandó imponer a aquellos habitantes. El conde de Florida-Blanca, el mismo que había permitido que hiciesen allí escala los ardorosos voluntarios de la Francia, vengó luego su propio yerro con los durísimos rigores que ordenó contra los pueblos de aquel vasto territorio, después de sometido, más bien que por las armas, por la religiosa intervención del arzobispo de Bogotá. Los resentimientos y las quejas de los colombianos duraron largo tiempo, y aun bajo Carlos IV tardaron en gastarse más de doce años; pero el sistema largo y generoso que se

Washington en las colonias españolas. Muy poco escrupuloso acerca de los medios para poner por obra sus ideas, fué a buscarlos a Inglaterra y a brindarse y a ayudarla contra su propia patria. Pitt encontró en Miranda un instrumento propio a sus designios, y ensayó muchas veces, por su mano, revolver nuestras Américas. La última empresa de este género que acometió Miranda durante el reinado de Carlos IV, tan inútilmente como siempre, pero con más auxilios y en mayor escala que las anteriores, fué la que concertó con mister Pitt en 1805 y probó a ejecutar en el siguiente año de 1806. Rebeladas después las provincias de Tierra Firme, por el año de 1810, tuvo una parte activa en aquellas turbulencias, y hecho general y dictador, concluyó su infeliz carrera por capitular con el general español Monteverde y entregarle la Colombia. La enemistad de sus compatriotas le entregó después al mismo general, el cual le envió en seguida a España bajo partida de registro. Miranda murió en Cádiz, prisionero en una torre.

Podrá alguno preguntar cómo fué aquel arrojó de Miranda a tal empresa sin contar en el país con el apoyo de un partido; pero él mismo lo dijo a sus amigos: su desengaño vino tarde; tenía empeñada su palabra y le estrechaban a cumplirla sus muchos acreedores. El primero de todos éstos era el Gobierno inglés, que había hecho el mayor gasto; quiso pasar más bien por temerario que por tramposo o por cobarde. Su desaliento fué el más grande delante de un país que lo encontraba mudo enteramente. No pusieron pie en tierra sino algunos de sus oficiales y soldados que intentaron sorprender en las tinieblas de la noche la fortaleza de Ocumare: sin dispararse un solo tiro cayeron todos prisioneros. Debían seguirles los demás y se apostaba el desembarque, cuando dos bajeles nuestros, el *Argos* y el *Celoso*, rodearon las dos corbetas enemigas y se hicieron dueños de ellas. Miranda huyó en el *San Leandro* sin detenerse a recoger a muchos desdichados que se arrojaron a las olas por salvarse. La goleta inglesa había ya huido desde el principio del combate.

adoptó, por punto general y por ligeras graduaciones en todas las Américas, produjo allí también el mismo efecto favorable que en los otros virreinos. La adhesión y la lealtad de los dominios de ultramar a su metrópoli tomó otra nueva vida, fué sincera y se hizo igual en todas partes como nunca se había visto. Y diré aquí por incidencia a los que temen la instrucción y los progresos de las luces, que la entrada juiciosa y razonable que se les dió en mi tiempo en aquellas regiones, donde la ciencia fué tratada por tres siglos con más rigor que el contrabando y que la peste, ayudó a procurarnos la leal correspondencia y la fidelidad de que ofrecieron tantos rasgos, no comunes, sino heroicos, en los días de Carlos IV. Los pueblos ignorantes soportarán el yugo más o menos tiempo, mientras que nadie los agite; pero ningunos más inciertos, más desleales y temibles, si hay quien les dé un impulso para rebelarse. No fué, en verdad, la ilustración la que hizo alzarse las Américas más tarde; fué la mala política, fué el no saber tratarlas como las había tratado Carlos IV; fué, sobre todo, la opresión y la bárbara esclavitud a que quisieron obligarlas los que risieron y mandaron bajo el rey Fernando VII. Hasta entonces no consiguieron los ingleses rebelarlas. Cuanto hicieron, cuanto movieron y gastaron en mi tiempo por lograrlo, fué perdido.

Tan infeliz ensayo no bastó a corregir al temerario aventurero. Refugiado en la Trinidad, aumentó su malicia, y el Gobierno inglés le proveyó no tan sólo de dinero, mas de fuerzas navales respetables para aquellos mares, dos fragatas de guerra, una corbeta, tres bergantines, dos goletas y algunos barcos de transporte. Este armamento estuvo listo en fin de julio, y apareció a lo largo de las costas colombianas amenazando varios puntos y llevado y traído muchas veces con soberbio alarde de un extremo a otro para incitar los pueblos; la postrera esperanza de Miranda, que los juzgó acallados por la fuerza y creyó alentarlos y moverlos haciendo una gran muestra de las suyas.

Su primera tentativa fué la de apoderarse de la Margarita, establecer en ella su arsenal y asegurar en aquel punto su plan de operaciones. Rechazado dos veces de la isla sin poder hacer el desembarco, osó, en fin, aventurar su golpe en Coro, en donde, distraídas nuestras fuerzas a otras partes que se habían creído más amenazadas, logró desembarcar y echar en tierra unos seiscientos hombres. Todos los principales habitantes, sin que ninguno lo mandase, se internaron de su propio acuerdo. El comandante de aquel puerto se apostó y atrincheró como a una legua de distancia mientras llegaban nuevas fuerzas: tardaron éstas en llegar unos seis días.

Miranda no pasó más adelante; esperaba tener noticias de otro ataque simultáneo que ordenó hacer sobre la Guaira; este ataque no llegó a hacerse: no hubo quien se arriesgase a practicarlo, a ciencia cierta de perderse. Mientras tanto, cargaron tropas sobre Coro, y después de un combate en que perdió Miranda doscientos de los suyos, se vió obligado a reembarcarse y dió de mano a sus designios. Sin que el país se hubiese alzado, era imposible realizarlos. Su postrer desengaño lo vió en Coro: ni un solo hombre de la plebe quiso agregarse a su bandera. Oro, proclamas y promesas, todo fué empleado inútilmente. Desde el Orinoco al golfo Darién, en dondequiera que probó a en-

tablar sus relaciones, no halló quien respondiese a su llamada (100).

Por este mismo tiempo, con poca diferencia, los ingleses, con menos fuerzas que Miranda, pero con más ingenio y osadía, lograron sorprender a Buenos Aires por el descuido, en un principio, y después, por cegación y aturdimiento del virrey marqués de Sobremonte. Los ingleses consiguieron esparcir y acreditar la voz de que venían en número de seis mil hombres; la multitud de velas y de barcos de transporte que se mostraron en el río contribuyeron a este engaño. Junto a esto, sus estudiadas maniobras, una repartición que aparentaron de sus buques en cuatro divisiones, y los diversos giros que tomaron, dieron lugar a hacer creer que meditaban un ataque simultáneo en la Ensenada de Barragán, en las Balisas, en la punta de los Olivos y en las Conchas. Preocupóse el virrey, y dividió sus fuerzas malamente sin concebir ni sospechar el plan del enemigo. Realizado el primer ataque en la Ensenada y rechazados los ingleses de aquel punto, al amanecer del día siguiente invadieron la punta de los Quilmes, en donde menos se aguardaban, y en menos de dos días fué ocupada la ciudad por mil seiscientos hombres, fuerza total del enemigo, en vez de seis mil hombres que se pensó tener encima. Aun creyéndolo así, aquellos habitantes habían pedido armas para defenderse; pero el virrey no quiso ni lo creyó posible, porque no supo calcular como debiera el patriotismo de aquellos naturales. Parecióle mejor partir a lo interior y reunir un buen Ejército. Capituló la fortaleza en 28 de junio, y el virrey se fué a Córdoba.

No logró, empero, el enemigo sostenerse en Buenos Aires sino un mes y algunos días. Los habitantes, indignados, buscaban un candillo para alzarse

y sacudir el yugo de aquel puñado de extranjeros. Muchos se presentaron y les ofrecieron dirigirlos. Fué preferido un oficial de la Marina real, don Santiago Liniers, sujeto conocido en la provincia por su valor, por su prudencia, por su lealtad y sus talentos militares (101). Este oficial, que en la Ensenada había hecho frente a los ingleses con feliz suceso, penetró en la ciudad con traje de paisano cuando se encontraba ya rendida, disuadió a los patriotas de tentar el alzamiento sin contar con un apoyo de fuerzas militares bien disciplinadas, les prometió reunirlos, y partió a Montevideo.

El comandante de aquel puerto, don Pascual Ruiz Huidobro, preparaba ya una expedición de dos mil hombres para recohrar a Buenos Aires, cuando llegó Liniers y se ofreció a librar la capital con tan sólo seiscientos hombres de tropas escogidas, con los marinos y artilleros que él mandaba en aquel puerto, y con los buques que tenía ya armados Ruiz Huidobro para aquella empresa. Dijo que era expuesto desprenderse de más gente, porque había oído en el camino que los ingleses aguardaban un refuerzo y que intentaban atacar aquella plaza aún con mayor empeño que la capital del virreinato. Tenían aquéllos a la vista tres navíos, una fragata, dos bergantines, dos o tres bombardas y diez lanchas cañoneras.

A ningún otro que a Liniers habría fiado el comandante Huidobro aquella empresa. Le conocía por experiencia, y le hizo dueño de ella. Dióle a escoger su tropa y mandó partir a la colonia del Sacramento cuatro zamacas, dos goletas, seis cañoneras y diez buques de transporte. Esta escuadrilla, puesta al mando del excelente capitán don Juan Gutiérrez de la Concha, burló el

(100) El capitán general que mandaba entonces la provincia de Venezuela era el mariscal de campo don Manuel de Guayana Vasconcelos; el gobernador de la Margarita, el coronel don Miguel de Herrera; el comandante de la Guaira, el coronel don José Vázquez, y el de Coro, el coronel don José Franco.

(101) En algunas relaciones de los sucesos de Buenos Aires se ha dicho que Liniers era un francés aventurero. No era sino español, aunque de origen francés. Su carrera militar la comenzó por el año de 1775, en calidad de guardia marina. Se había encontrado en las principales expediciones de su tiempo, era caballero de la Orden de San Juan, había subido hasta el grado de capitán de navío, y era a la sazón comandante general de las fuerzas sutiles en el puerto de Montevideo.

crucero de los enemigos y arribó a la colonia felizmente. Liniers llegó por tierra al mismo punto superando estorbos indecibles que ofrecían las lluvias, desbordados los ríos y rebosando los pantanos. Reforzó allí sus tropas con cien hombres de las milicias del país, y en la noche del 3 de agosto dió a la vela, amaneció en las Conchas y en menos de una hora desembarcó su gente. De allí, de puesto en puesto, desalojando siempre las guerrillas enemigas, llegó el 10 hasta los *Mutaderos del Miserere*, siendo un continuo triunfo su camino. Sus excelentes artilleros ahuyentaron las lanchas que hacían fuego desde las Balisas, y aun el mismo Liniers quiso apuntar a una fragata y tuvo tal acierto, que le cortó la pena de mesana y la bandera inglesa cayó al agua, feliz agüero para nuestras tropas, que proclamaron su victoria desde aquel instante.

Inmediato ya a la ciudad, ordenó Liniers su plan de ataque; hizo una intimación al comandante inglés Carr Beresford, que había contado los soldados españoles desde el fuerte, y que, creyendo suyo el triunfo, la desechó con arrogancia. La mitad de sus tropas hacían frente en el Retiro; la otra mitad la repartió en las azoteas y en las calles y las plazas, bien atrincheradas. Tomar las baterías y apoderarse nuestra gente del Retiro, fué un instante. Al fuego de metralla que hacían nuestros obuses, desparramóse el enemigo y huyó cobardemente a la ciudad, dejando en poder nuestro todos los almacenes y repuestos que custodiaba en aquel punto. Dos días después, el 12, todo bien preparado, se realizó la entrada en la ciudad a viva fuerza; los paisanos armados que seguían detrás de nuestras tropas y acudían por millares, conducían ellos mismos los cañones, e introducían las armas en las casas no ocupadas: vióse a un tiempo asaltado el enemigo por los que venían de afuera y los que estaban dentro, donde cada habitante fué un soldado. Cuatrocientos ingleses quedaron en las calles y en las casas, entre muertos y heridos. Los demás, refugiados en el fuerte, pretendieron hacerse firmes un instante, mas oían

pedir a gritos el asalto y veían prepararse las escalas y apiñarse el pueblo en masa; Beresford no osó mandar tirar, y enarboló bandera blanca.

"¡Al asalto! ¡Al asalto!", gritaban todavía las turbas populares, sin que ni Liniers mismo fuese parte a contenerlas, ni ellas tuviesen cuenta del riesgo que corrían, si el general inglés mandara disparar las baterías. ¿Mas cómo lo habría osado? La población entera marchaba contra el fuerte, el rebato sonaba en todas las iglesias, y de afuera de la ciudad llovía más gente todavía, armado todo el mundo. Beresford tiró su espada desde las almenas y hacía entender con toda suerte de señales que quería entregarse. "¡La bandera española! ¡La bandera española!", gritaba todavía la innumerable muchedumbre; y la querida insignia castellana fué al momento izada en los cuatro baluartes.

El furor popular comenzó entonces a aplacarse, y a los clamores de la ira y a los terribles golpes del rebato se sucedieron luego las aclamaciones, las músicas marciales, los repiques y las salvas. El general inglés se entregó a discreción; mil y doscientos hombres quedaron prisioneros; los géneros ingleses introducidos en la plaza mientras se halló ocupada, fueron todos confiscados. Nuestro botín y nuestras presas, confiscadas por los ingleses en sus papeles públicos, ascendieron a tres millones y algo más de pesos fuertes. De las contribuciones que *impusieron* se rescató una parte. Cuanto no estaba ya embarcado de los fondos que tomaron de las arcas reales y de la plata que robaron, nos fué también devuelto. Contaré, en fin, lo que fué público y los ingleses mismos, admirados, refirieron: que durante la ocupación no vendieron ni un hilacho en la feria que abrieron de sus géneros, no habiendo habido quien comprase, aun ofrecidos a vil precio; ¡tal era el patriotismo de aquellos habitantes! (102).

(102) Debo añadir en este lugar que la rendición del fuerte fué anunciada en Inglaterra como el resultado de una capitulación honrosa ajustada con el comandante Liniers. Los ingleses no decían verdad en esto, y, sin embargo, no mentían, porque nuestro genc-

La conquista de Buenos Aires se comenzaba a celebrar en Inglaterra con alborozo universal de los tres reinos, cuando llegó la triste nueva de su pérdida. El Ministerio inglés, que poco antes recibía y aceptaba los parabienes generales y se había apresurado a enviar refuerzos a aquel punto para conservar, por una inconsecuencia muy frecuente en los que mandan, pretendió lavar sus manos acusando a Popham de haber acometido aquella empresa voluntariamente, sin tener orden para ella y posponiendo otros encargos diferentes que el Almirantazgo le había hecho (103). No obstante esto, aquel mis-

roso marino, aun rendido a discreción el enemigo, quiso cubrir el honor del general Beresford, a cuyo fin mandó hacer los honores de la guerra a la guarnición inglesa, y ocho días después de rendida tuvo la condescendencia de hacer extender y figurar un acto de capitulación, con cuyo documento quedase mejor puesta la reputación de aquel general cerca de su Gobierno. Para obrar así tuvo Liniers en consideración aquella especie de cordura que mostró Beresford absteniéndose de hacer fuego, cuando, izada y desatendida la bandera blanca, se agolpó la muchedumbre y llegó hasta el rastrillo, intentando el asalto. El general inglés cumplió después muy mal, quebrantando su palabra de honor bajo la cual fué dejado en libertad en Buenos Aires, y de donde fué forzoso retirarle poco tiempo después, por la rizaña sediciosa con que se atrevió a tentar la fidelidad de aquellos habitantes. Internado a Luján, poco distante de la capital, se fugó de allí con el coronel Paek, esparciendo la especie, para justificarse, de que la capitulación había sido violada, y calumniando con mil falsedades la conducta de su bienhechor Liniers.

(103) Sir Home Popham fué, con efecto, puesto en juicio ante la Cámara de guerra, en 6 de marzo de 1807. Su defensa puso en claro los encargos que le había hecho mister Pitt, en los términos que fueron referidos más arriba, y la combinación que aprobó aquel ministro de las dos expediciones, en cuanto al tiempo y los medios de ellas, la una sobre Tierra Firme y la otra sobre las provincias de la Plata. Sus testigos fueron lord Melville, lord Barham, mister Storges Bourne, secretario de la Tesorería en tiempo de mister Pitt; mister Huskisson y diferentes otros sujetos, que intervinieron en la invención de planes y medidas que se discurrieron y adoptaron para sublevar la América del Sur y arrancarla a su metrópoli. Aun sin estos testimonios, habrían bastado para prueba diferentes manufacturas de estofas fabricadas en Londres, que fueron aprehendidas en Buenos Aires y en Coro, en cuyas pinturas, emblemas e inscripciones se encontraba una patente demos-

tración de la identidad de miras y del perfecto acuerdo que reinaba en las expediciones de Popham y de Miranda. Citaré aquí solamente la composición de un gran pañuelo que fué enviado a nuestra corte para muestra. Tenía estampados en los cuatro ángulos los retratos de sir Home Popham, del mayor general Beresford, de Washington y de Miranda. En el centro se veía el de Cristóbal Colón rodeado de insignias navales y quitando de una columna las armas de Castilla. De su boca salía este mote: *Alba del día de la América meridional*. En los carteles interiores se representaba la Inglaterra rompiendo las cadenas de la América, y a sus pies un león desfallecido; un puerto lleno de naos empavesadas de todas las naciones, la diosa de la Libertad con todos sus atributos, y Astraea escribiendo una Constitución americana. En las orlas se contenían las siguientes inscripciones: *No es conquista, sino unión. Religión y sus santos ministros protegidos. Personas, conciencias y comercio libres.*

mo Ministerio que pretendía apartar de sí por aquel modo la vergüenza de la humillación sufrida en Buenos Aires, tomó luego con mayor empeño, a cuenta y nombre suyo, redimir aquella afrenta y comenzar de nuevo la grande empresa malograda.

Pocos asuntos tomó por aquel tiempo tan a pecho la Inglaterra como la conquista entera de las provincias de la Plata. A las fuerzas navales que había mandado sir Home Popham se habían juntado en pocos meses las que fueron enviadas sucesivamente de los puertos ingleses, puestas al cargo del almirante Stirling, las que se añadieron y llegaron del cabo de Buena Esperanza, y las que se hicieron venir de Santa Elena, comandadas por el almirante Murray, a quien, hecha la reunión de todas ellas, fué cometido el mando en jefe. El Ejército de operaciones con que debía invadirse el virreinato, sin exceder en esta cuenta las relaciones mismas oficiales que publicaron los ingleses, llegó a tener quince mil hombres.

La colonia de Sacramento fué ocupada fácilmente. Montevideo, después de cuatro meses de bloqueo y de ataques obstinados de la una y otra parte, así por mar como por tierra, resistió dos asaltos, y en febrero de 1807 sucumbió al tercero. Dueños enteramente los ingleses de la orilla izquierda y dominando el río con más de ochenta velas, aun

tración de la identidad de miras y del perfecto acuerdo que reinaba en las expediciones de Popham y de Miranda. Citaré aquí solamente la composición de un gran pañuelo que fué enviado a nuestra corte para muestra. Tenía estampados en los cuatro ángulos los retratos de sir Home Popham, del mayor general Beresford, de Washington y de Miranda. En el centro se veía el de Cristóbal Colón rodeado de insignias navales y quitando de una columna las armas de Castilla. De su boca salía este mote: *Alba del día de la América meridional*. En los carteles interiores se representaba la Inglaterra rompiendo las cadenas de la América, y a sus pies un león desfallecido; un puerto lleno de naos empavesadas de todas las naciones, la diosa de la Libertad con todos sus atributos, y Astraea escribiendo una Constitución americana. En las orlas se contenían las siguientes inscripciones: *No es conquista, sino unión. Religión y sus santos ministros protegidos. Personas, conciencias y comercio libres.*

se tardaron cuatro meses en disponer su ataque contra Buenos Aires. Probaron con el oro, con amenazas, con promesas y con alardes ostentosos, a corromper o a quebrantar los ánimos. Pero fué en vano: soldados y habitantes juraron morir todos, primero que entregarse al enemigo. Liniers había reunido diez mil hombres, entre tropas veteranas, milicias del país disciplinadas, y Cuerpos voluntarios que llegaron de las provincias interiores (104). La defensa de la ciudad fué concertada de tal modo, que aunque acometiesen los ingleses con fuerzas triplicadas de las que habían juntado, se estrellasen contra ella. Estos pensaron de otro modo y dispusieron el ataque en fin de junio. He aquí las fuerzas que llevaron casi cantando la victoria:

Los regimientos 5.º, 38 y 87 de infantería, al mando del brigadier general sir Samuel Auchmuty.

Ocho compañías del regimiento 95 y otras nueve de infantería ligera, al del brigadier general Crawford.

Todos los dragones desmontados y cinco compañías de infantería ligera, al del coronel Lloyd.

Cuatro escuadrones del 6.º de guardias dragones, el 9.º de dragones ligeros, y los regimientos 40 y 45 de infantería, al del coronel Mahon.

El 17 de dragones ligeros, y el 36 y 88 de infantería, al del brigadier general Guillermo Lumley.

Cuatro escuadrones de carabineros, al del teniente coronel Kingston.

Tres brigadas de artillería ligera, al mando del capitán Fraser.

Cuatrocientos cuarenta artilleros de Marina, con los trenes correspondientes, al mando de los capitanes Rowley, Prevost y Joycer.

Un Cuerpo de reserva de marineros

y tropas sueltas de Marina para auxiliar el desembarco, al mando del capitán Bayntun.

Toda esta gente fué desembarcada el 25 de junio en la ensenada de Barragán, bajo el amparo de la numerosa flota que dirigió y mandó en persona el almirante Jorge Murray, asistido de los capitanes y comandantes del navío el *Sarraceno*, y de las fragatas, bergantines y zumacas la *Medusa*, la *Tisbe*, el *Staunch*, el *Protector*, el *Fly*, el *Faisán*, el *Haughty*, la *Rolla*, el *Reasonable*, el *Flying-Fish*, el *Encounter*, la *Olimpia*, etc. "Era de ver—decían las relaciones—el lujo de buques, de lanchas cañoneras y barcos de transporte que desplegaron los ingleses en el río. Tal parecía a lo lejos, en un espacio dilatado, como una larga selva blanqueada por las nieves y mecida por los vientos. Las naves enemigas aquí subían, allí bajaban, amenazando a un mismo tiempo todos los lugares accesibles. Se conocía el empeño porfiado de atraernos a la ribera, abandonada por nosotros de propósito, de pelear bajo el amparo de sus naves, de quebrantar allí nuestros soldados, de asombrar la ciudad y conseguir su rendimiento sin arriesgarse al duro trance de embestirla. Pero, lejos de intimidarse, al mucho aliento que le daba su confianza en el Ejército, juntaba el suyo propio la ciudad heroica, en donde nadie estaba ocioso, en donde todos tenían armas y un abundante acopio de material de guerra, donde necesitaba el enemigo empeñar un asalto en cada casa y un batallón en cada calle, donde entre tanta gente no había más interés ni más partido que la patria, y donde el grito general de soldados y paisanos no era otro que *España y la victoria*."

Vióse, pues, obligado el enemigo a pelear sin el amparo de sus naos y a retirarse de ellas, a las que no debía volver sino vencido y humillado. Cuatro días tardó en llegar hasta los Quilmes, sin hallar más obstáculos que los pantanos, las cortaduras y albardones que ofrecía aquel suelo cenagoso. Venía en número de diez mil hombres; el general John Whitelock, a su cabeza: la columna de la derecha, bajo el man-

(104) En este número deben contarse tres mil hombres que el virrey dirigió desde Córdoba, donde se hallaba enfermo, o fingió estarlo por temor de hallar una mala acogida en la ciudad que había desamparado en la anterior tentativa de los ingleses. Juntamente con aquel refuerzo envió plenas facultades a Liniers para proseguir en el mando de las tropas y de toda la provincia, en lo cual no hizo otra cosa que confirmar la voluntad decidida del país hacia su héroe libertador.

do del mayor general Leveson Converg; la de la izquierda, comandada por el general Auchmuty, y el centro, puesto a cargo del general Crawford. Una columna de reserva, bajo el mando del general Linlley, seguía de lejos al Ejército.

Liniers, dejada en la ciudad la fuerza necesaria y el Cuerpo de Ingenieros para auxiliar y dirigir al vecindario armado, estableció su posición, con el grueso de sus tropas, a la derecha del Riachuelo, junto al puente de Barracas, punto casi forzoso y natural que debía buscar el enemigo para seguir a la ciudad, a no esguazar el río y seguir un camino muy difícil por la izquierda para poder llevar la artillería. La total fuerza de Liniers en aquel punto era de ocho mil hombres, seis mil de éstos en la línea de defensa, y otros dos mil en dos columnas de reserva. Su ala derecha la mandaba el coronel don César Salviani; la izquierda, el de igual clase, gobernador del Paraguay, don Bernardo de Velasco; el centro estaba al mando del coronel comandante de la campaña de Montevideo don Francisco Javier Elío, y la reserva, al cargo del capitán de navío, gobernador de Córdoba, don Juan Gutiérrez de la Coucha, nombres todos que se ilustraron en aquella defensa memorable (105).

La ventajosa posición que Liniers ha-

(105) He aquí los de los varios Cuerpos que se encontraron en ella:

El regimiento de infantería de Buenos Aires.

El de dragones, id.

La compañía de granaderos provinciales, id.

Los tercios españoles, de cántabros, vizcaínos, gallegos, arribañes, catalanes y andaluces, compuestos todos de tropas veteranas, que por una dichosa previsión había yo hecho formar y partir a las provincias de la Plata por el año de 1804.

Los Cuerpos de Blandengues de Buenos Aires y de Montevideo.

El escuadrón de carabineros de Carlos IV.

Los tres escuadrones de húsares de Pueyrredón.

El de cazadores.

El de miqueletes.

El regimiento de voluntarios a caballo de Buenos Aires.

El de voluntarios id., de la Frontera.

El de voluntarios id., de la Colonia.

El de voluntarios id., de Maldonado.

El de voluntarios id., de Corrientes.

El batallón de provinciales de Santa Cruz de la Sierra.

hía elegido y la engañosa formación con que ordenó sus tropas, le daban la esperanza casi cierta de envolver al enemigo y derrotarle, si éste aceptaba la batalla; pero el general inglés torció camino, aceleró su marcha, fingiendo retirarse, y puesto ya en seguro, osó esguazar el río por un vado peligroso, llevando dos columnas a la orilla izquierda, y dejada la otra y la reserva en la derecha, con designio más bien de entretener y divertir a nuestro Ejército que de empeñar un choque con fuerzas desiguales, mientras Liniers no retirase, como era necesario que lo hiciese, la mitad por lo menos de las suyas para acudir a la ciudad, adonde Whitelock guiaba con sus dos columnas por la izquierda. Obligado de esta manera, cual se encontró Liniers, a dar alcance al enemigo, dejó en el puente un trozo de su ejército que hiciese cara a los ingleses por aquella parte, y partió en derechura, con el resto de sus tropas, a adelantarse a Whitelock. Los dos llegaron casi a un mismo tiempo junto a los Mataderos, y se trabó un combate en que uno y otro se hicieron mucho daño, y en que Liniers no fué enteramente dichoso. La noche vino a separarlos, con tormenta y lluvia. La división del puente, después de rechazado el enemigo por dos veces, no encontrando a Liniers aquella noche y creyéndole en la ciudad, penetró dentro sin estorbo; pero Liniers estaba fuera. Un momento de confusión en que la oscuridad tenía casi mezclados los dos campos, dió lugar a que sus tropas le juzgasen prisionero o muerto, y en tal estado, el coronel Velasco repartiólas con gran trabajo en los diversos puntos exteriores que importaban más a la defensa. Liniers pasó la noche

El Cuerpo de la Real Marina.

El Cuerpo de patricios.

El de artillería veterana y urbanos del mismo Cuerpo.

El de patriotas de la Unión, agregados a la artillería.

El de labradores voluntarios.

La Real Maestranza.

El batallón de naturales pardos y morenos, agregado a la artillería.

Y el batallón de infantería de igual clase, de pardos y morenos.



solo: por evitar una patrulla de enemigos de entre muchas que batían el campo recogiendo a sus dispersos, dió de espuelas a su caballo, y vagando por fuera de camino en las tinieblas, tomó asilo en una quinta, donde pasó una parte de la noche, *noche la más amarga de su vida*, como él escribió luego en uno de sus partes. Antes que fuese día, más despejado el cielo, partió a la Chacarilla de los Colegiales, encontró ya reunidos todos los Cuerpos del Ejército, y la ciudad entera, en donde nadie había dormido, puesta en armas y aperechada a la defensa.

Dos días tardó el inglés en preparar su ataque, mientras que recibía otro Cuerpo de reserva de hasta unos dos mil hombres que aún quedaban en el río para acudir en un extremo. Durante estos dos días, nuestras partidas de guerrilla y los valientes tiradores catalanes hicieron mucho mal a los ingleses, pero sin empeñar ningún combate porfiado que empobreciese nuestras fuerzas. En esto era el día 5, cuando al rayar del alba comenzó el enemigo su embestida con el completo de sus fuerzas. Desde aquí dejaré hablar al general britano, que refiriendo su desastre y nuestra gloria, será mejor creído:

"La disposición—decía en su parte al ministro inglés Windham—con que ordené el Ejército, atendida la circunstancia de hallarse la ciudad y los suburbios repartidos en manzanas cuadradas de ciento y cuarenta varas por cada frente, y la certeza de que el enemigo pensaba ocupar las azoteas de las casas, me decidieron a formar el plan de ataque siguiente:

"Al brigadier general sir Samuel Auchmuty le mandé destacar el regimiento 38 para apoderarse de la plaza de toros y terreno adyacente; los regimientos 87, 5.º, 36 y 88 se dividieron en alas, y mandé a cada una que penetrase por las respectivas calles, enfrente de las cuales fueron puestas. El batallón ligero se dividió lo mismo en alas, y ordené que cada una, seguida por otra igual del regimiento 95 y un cañón de a tres, entrase por las calles a derecha de la del centro, mientras al

propio tiempo el regimiento 45 atacaría las de la izquierda y seguiría a la *Residencia* a tomar puesto. En la calle del centro se pusieron dos cañones de a seis, que debían ser cubiertos por los carabineros y por tres escuadrones del regimiento 9.º de dragones ligeros, quedando los restantes de reserva al mismo centro. A cada división se le mandó marchar en hileras directas y seguir hasta llegar a la última manzana de casas inmediata al río de la Plata, apoderarse de ella, y formarse en las azoteas mientras no recibiesen otra orden. Al regimiento 95 se le señalaron dos de las situaciones más altas donde pudiese dominar al enemigo. Cada columna debía llevar dos cabos con sus hachas para romper las puertas. El cañoneo en el centro debía ser la señal para que todas avanzasen, sin hacer fuego, de corrida, hasta tomar sus puestos y formarse en ellos.

"Bajo este plan de operaciones, el regimiento 38 y el 87 se acercaron al puesto fuerte del *Retiro*, y después del ataque más vigoroso, en que padecieron mucho estos regimientos por la metralla y fusilería, su valeroso comandante sir Samuel Auchmuty se apoderó del puesto, tomando treinta y seis cañones, gran cantidad de municiones y seiscientos prisioneros (106). El regimiento 5.º, hallando poca resistencia, avanzó hacia el río y ocupó la iglesia y el convento de *Santa Catalina*; pero los regimientos 36 y 88, al mando del brigadier general Lumley, tuvieron que sufrir desde un principio un fuego vivo y sostenido de fusilería de los tejados y ventanas de las casas, las puertas barradas de tal suerte, que se acercaba

(106) Este ataque del Retiro ocupó al enemigo tres horas y cuarto, y fué horriblemente sangriento de entrambas partes. El general inglés exagera el número de prisioneros; fueron doscientos solamente, aunque mayor el número de muertos y heridos, que se acercó a trescientos. Uno de los heridos fué el valeroso comandante don Juan Gutiérrez de la Concha, que mandaba en jefe en aquel puesto. Nos tomaron la artillería, pero clavada la más de ella. En cuanto a municiones, fuera de alguna pólvora que aún quedaba en los repuestos, no pudieron tomarlas de ninguna otra especie, porque estaban consumidas, única razón por la cual no pudo hacerse más defensa.

a lo imposible derribarlas o romperlas. Las calles estaban cortadas por fosos profundos, y en su interior había cañones que llovían metralla sobre las columnas que avanzaban. Y, sin embargo, el regimiento 36 pudo llegar a su destino, pero el 88 fué enteramente roto y hecho prisionero. Hallándose así expuesto el flanco del 36, éste y el 5.º se vieron obligados a dejar sus posiciones y retirarse al puesto de sir Samuel Auchmuty, distinguiéndose mucho en la arriesgada marcha que tomaron el teniente coronel Burne y la compañía de granaderos, acometiendo un Cuerpo de ochocientos enemigos, y tomando y clavando dos cañones de una de las calles.

"Los cañones de a seis que iban por las calles del centro encontraron un fago muy superior. El teniente coronel Kingston, que marchaba a tomar o a destruir la batería enemiga, fué herido juntamente con el capitán Burrel, que le seguía en el mando. Abrasados por todos lados los cuatro escuadrones de carabineros, abandonaron el empeño temerario en que se hallaban, avanzaron en otras direcciones y tomaron posiciones más seguras contra el enemigo.

"La división izquierda del brigadier general Crawford, al mando del teniente coronel Pack, pasó por cerca del río, y, torciendo a la izquierda, probó hacerse dueña del *Colegio de los Jesuitas*, situación que le habría dado un gran dominio sobre la línea principal del enemigo. Pero el fuego destructor que le hacía ésta le impidió su proyecto; tuvo que sufrir una gran pérdida y que rendirse al fin la mayor parte. El resto de ella, malherido su comandante, y sufriendo un fuego horrible, consiguió incorporarse con la división de la derecha que mandaba el general Crawford. Este logró tomar el convento de *Santo Domingo*, con la intención de avanzar al de los franciscanos, inmediato al fuerte, y sostenerse allí ventajosamente mientras arreciasen los combates que redoblaba el enemigo por aquella parte. El regimiento 45, hallándose más lejos y con menos oposición, pudo ocupar la *Residencia*. Dejada allí la

fuerza necesaria para la guarda de aquel punto, partió luego el teniente coronel Guard con una compañía de granaderos para auxiliar al general Crawford, que se encontraba en gran peligro, enteramente rodeado. Reunióse a Guard el mayor Trotter (oficial de gran mérito), que venía a dar socorro al mismo tiempo al general Crawford con una poca infantería ligera; mas, trabado en la calle un gran combate por el empeño que tomaron las tropas españolas de quitarnos un cañón de a tres, murieron Guard y Trotter en aquel sangriento encuentro, si bien el cañón fué salvado. El brigadier general se vió con esto precisado a defenderse en el convento, donde hacía un fuego sostenido; pero la cantidad de balas, metralla y fusilería que llovía sobre sus tropas le obligaron a dejar lo alto de aquel edificio. Llegaba en tanto el enemigo, en número de seis mil hombres; se acercó con cañones para forzar las puertas, y faltó ya Crawford de toda suerte de comunicación con las demás columnas, y juzgando por la cesación del fuego que las que estaban cerca de él no habían tenido mejor fortuna, se rindió a las cuatro de la tarde.

"El resultado de la acción de este día me había dejado en posesión de la *Plaza de toros*, puesto fuerte a la derecha del enemigo, y de la *Residencia*, que era otro puesto fuerte a su izquierda; yo ocupaba también una posición avanzada por delante de su centro; pero estas únicas ventajas habían costado ya dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros (107). El fuego que habían sufrido las tropas fué violento en extremo. *Metralla en las esquinas de todas las calles, fusilería, granadas de mano, ladrillos, losas y cantos de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el furor y la defensa halló bueno para ofendernos; otro tanto habían tenido que sufrir nuestras*

(107) Según las relaciones de Liniers, el número de ingleses muertos o heridos se acercó a dos mil hombres. El de prisioneros fué algo más de dos mil; entre ellos, ciento cinco oficiales, y el general Crawford, con cinco coroneles.

*hileras, dondequiera que dirigían sus pasos. Cada propietario, con sus negros, defendía su habitación; tantas casas como había eran otras tantas fortalezas, sin que sea ponderación afirmar que no había en Buenos Aires un solo hombre que no estuviese empleado en la defensa.*

"Tal era la situación del Ejército en la mañana del 6, cuando el general Liniers me dirigió una carta, ofreciéndome entregar todos los prisioneros hechos en la pasada acción, con más el regimiento 75 y demás cogidos al general Beresford, con tal que desistiese ya de atacar la ciudad y conviniese en retirar las fuerzas de Su Majestad del Río de la Plata, advirtiéndome al mismo tiempo que la exasperación del populacho no le permitía responder de la seguridad de los prisioneros, si yo persistía en obrar ofensivamente. Movido por esta consideración (que por conducto más seguro sabía ser fundada), y reflexionando el poco fruto que podría resultar de la posesión de un país cuyos habitantes nos odian mortalmente, resolví abandonar las ventajas que había conseguido la valentía de mis tropas, y accedí al tratado adjunto, que confío obtendrá la aprobación de Su Majestad.

"Nada me queda que añadir, excepto la alabanza de la conducta del almirante Murray, que contribuyó constantemente con el mayor esfuerzo al buen éxito de las operaciones del Ejército. El capitán Rowley, de la Real Marina; comandante de los marineros en tierra, el capitán Bayntun, del navío de Su Majestad el *Africa*, que dirigió el desembarco, y el capitán Thompson, del *Fly*, que mandó las lanchas cañoneras, y que además había contraído un mérito muy señalado en el reconocimiento del río, todos merecen mis más expresivas gracias. (*Siguen otros elogios de varios oficiales.*) Tengo el honor, etc. *John Whitelock*, teniente general."

Igual fué la carta del almirante Murray al secretario del Almirantazgo, Guillermo Marsden, en la cual, después de referir todos los medios que puso en obra para el buen éxito del desembarco y del ataque, continuaba como sigue:

"En aquella misma tarde (del 5) recibí una carta del capitán Thompson, con la noticia de que nuestro ataque al O. de la ciudad se había desgraciado, que el general Crawford, con toda su brigada, había caído prisionero, que se había pedido y obtenido una tregua, y que se necesitaban más transportes por si llegaba el extremo de que fuese necesario reembarcar las tropas. Luego, inmediatamente, envié orden a la *Medusa* y al *Sarraceno*, que se habían quedado en Barragán, para que viniesen río arriba cuanto más pudieran sin riesgo de perderse.

"A las ocho de la noche recibí un pliego del general Whitelock anunciándome la necesidad que tenía de verse conmigo para discutir sobre el partido que podría sacarse más favorable, vistos los trabajos incomparables que habían sufrido sus valientes y denodadas tropas. *añadiendo que estaba cierto de que la América del Sur nunca podría ser inglesa, que el rencor que nos profesaban todas las clases de habitantes era increíble, y que a consecuencia de una carta que había escrito al general Liniers y de su respuesta, se necesitaba que procediésemos de acuerdo.*

"La mañana del 7, muy temprano, hacía señales el *Staunch* para que bajase yo a la playa; en los cuarteles generales estaba izada la bandera de tregua. Bajé, en efecto, y hallé al general, que me aguardaba para mostrarme las proposiciones en que consentía Liniers, añadiendo que, después de haber conferenciado largamente con los demás generales, eran todos de un mismo parecer sobre la inutilidad de continuar los ataques; que por aquellas proposiciones se ofrecía la ventaja de recobrar todos los prisioneros que habían sido hechos en la América del Sur en una y otra campaña; que la destrucción de la ciudad no nos era útil, y que no veía la esperanza de que pudiésemos establecernos en un país donde no había ni una sola persona afecta al nombre inglés; que los prisioneros hechos por el enemigo estaban en poder de un populacho furioso, y que podría ser muy crítica su situación si perseverásemos en el ataque; que el número de muer-

tos y heridos no se sabía con exactitud, pero que debía creerse ser muy grande. En tales circunstancias, y en la firme persuasión de que los habitantes de este país aborrecen la dominación inglesa, he firmado los preliminares, con la confianza de que todo cuanto ha hecho merecerá la aprobación de sus señorías, etc.—A bordo de la *Nereida*, delante de Buenos Aires, a 8 de julio de 1807."

El tratado definitivo fué, a la letra, como sigue:

"Artículo I. Habrá desde ahora cesación de hostilidades en ambas bandas del río de la Plata.

"II. Las tropas de S. M. Británica conservarán durante el tiempo de dos meses, contados desde esta fecha, la fortaleza y plaza de Montevideo; y como país neutral se considerará una línea desde San Carlos, al O., hasta Pando, al E., y no se harán hostilidades en parte alguna de esta línea; entendiéndose por esta neutralidad que los individuos de ambas naciones puedan vivir libremente bajo sus respectivas leyes, siendo juzgados los españoles por las suyas, y los ingleses por las de Inglaterra.

"III. Habrá de ambas partes restitución recíproca de prisioneros, incluyéndose no solamente los que se han tomado después de la llegada de las tropas del mando del teniente general Whitelock, sino también todos los súbditos de S. M. Británica tomados en la América del Sur desde el principio de la guerra.

"IV. Para el más pronto despacho de los buques y tropas de S. M. Británica, no se pondrá impedimento en los abastos de víveres que se pidan para Montevideo.

"V. Se concede el término de diez días, contados desde esta fecha, para el reembarco total de las tropas de Su Majestad Británica, a fin de que pasen a la banda del norte del río de la Plata, llevando sus armas las que en la actualidad las tuvieren, con la artillería, municiones y equipajes, haciéndose el reembarco en los puntos más convenientes que se acuerden y señalen, durante cuyo tiempo podrán vendérsele los víveres que necesiten.

"VI. Cuando se entregue la plaza y fortaleza de Montevideo al fin de los dos meses prefijados en el artículo segundo, habrá de verificarse la entrega de una manera completa, en el mismo estado en que se hallaba, y con la misma artillería, armas y pertrechos que tenía cuando fué hecha su conquista.

"VII. Se entregarán mutuamente de una parte a otra tres oficiales de graduación hasta el entero cumplimiento de estos artículos, debiéndose entender acerca de ellos que los oficiales de S. M. Británica que estaban prisioneros bajo su palabra, no podrán servir contra la América meridional sino después de su llegada a Europa.

"Fecho por duplicado, en la fortaleza de Buenos Aires, a 7 de julio de 1807.—*J. Whitelock*, teniente general comandante.—*J. Murray*, almirante comandante.—*Santiago Liniers*, *César Salviani*, *Bernardo de Velasco*."

De las relaciones inglesas que he insertado es fácil deducir la resistencia y el estrago que encontró el enemigo en todos sus ataques. Diez horas duró el fuego, sin que el general Whitelock consiguiera llegar al centro de batalla que le presentaban nuestras tropas. Las ventajas que en un principio había logrado contra el uno de los flancos, sacrificando mucha gente, se volvieron en daño suyo, porque, seguidos los combates, los que ocupaban el Retiro se habrían visto rodeados, sin que ninguno de ellos escapase. Los que lograron penetrar hasta la *Residencia* no lo verificaron sino huyendo del terrible fuego que los abrasaba, a la desesperada más que por tomar un puesto de importancia; lo que hicieron fué buscar y ganar un asilo momentáneo, donde habrían tenido que entregarse en breve tiempo. Los ingleses, guardadas sus espaldas por una grande flota y protegidos desde el río hasta el pie mismo de la fortaleza, ciertamente no habrían cedido de la manera humilde y vergonzosa que cedieron, a haberles quedado el menor viso de esperanza de poder salvarse y reponerse. Salváronse tan sólo firmando su ignominia y su expulsión completa de todo el virreinato. "Así ha terminado—decía el *Daily Advertiser* de 14 de

septiembre, refiriendo los avisos oficiales sobre aquella grave ruina—, así ha terminado una expedición que sir Home Popham había emprendido sin estar autorizado competentemente cuando puso mano en ella.

"El último Ministerio se esforzó en vano para reparar el yerro de aquel oficial de la antigua Administración... Es harto claro que una población como la de Buenos Aires, una población animada por sus primeros sucesos y por un odio nacional, ha podido resistir a un golpe de mano. Cada casa, según las expresiones de la *Gaceta*, era un castillo, y cada calle un atrincheramiento. Un pueblo decidido de esta suerte es invencible. Los españoles estaban tan animosos, que cada ciudadano era un soldado, y cada soldado un héroe. Buenos Aires se perdió para siempre, y no es esto sólo, sino que la América española es inexpugnable para lo sucesivo. El ejemplo dará valor en todas partes, y el orgullo español y el odio al nombre inglés nos cerrarán todas las costas de aquel rico continente."

Liniers habría querido y pudo hacer más fuerte la lección que fué dada al enemigo, pero dejó de obrar así, hallándose empeñada en la defensa la ciudad entera. "La pérdida—decía en su parte—de un solo ciudadano honrado, vasallo fiel y padre de familia, no podía compensarse con la gloria de destruir las reliquias del Ejército enemigo. Y aun destruido enteramente—añadía luego—, me hubiera visto embarazado para conservar tantos prisioneros contra el imponderable enojo de los pueblos hacia ellos; además, se habría tenido que atender a las pesadas cargas de su manutención, en unas circunstancias en que era necesario sobre todas cosas atender a las familias que habían sacrificado sus haberes, y a sus casas que habían sufrido grandes deterioros. Estas consideraciones, juntas a la necesidad en que después me habría hallado de marchar sobre Montevideo y formalizar un sitio en toda regla contra aquella plaza, donde se habían reunido tres escuadras, me hicieron preferir el Tratado que se ha hecho, y por el cual debemos recobrar-

la sin más gastos ni efusión de sangre, quedando al propio tiempo libres de enemigos, que, tan bien escarmentados como han sido, no creo nos hagan más visitas."

Después, pasando a los elogios tan justamente merecidos por las tropas y el heroico vecindario, seguía de esta manera: "No cabe en expresión alguna el valor y entusiasmo sin igual de todos los cuerpos del Ejército. Todos se han distinguido de igual modo; oficiales y soldados solicitaban vivamente los lugares donde estaba el mayor riesgo; lo que era más de ver y de admirar era la disciplina de los cuerpos voluntarios, en nada inferior a los reglados. De tantos y tan grandes merecimientos contraídos haré formar, cuanto sea dable, la relación circunstanciada, junta con otra respectiva a las hazañas y al denuedo de estos habitantes, para que Su Majestad pueda disponer con la munificencia que acostumbra las gracias que tenga por convenientes a un pueblo generoso, que abandonando con la mayor constancia, por el tiempo de once meses, su industria, su comercio y el regalo de sus casas, dedicándose exclusivamente a adiestrarse en las artes de la guerra, ha sabido dejar bien puesto el honor de la Corona, conservando a Su Majestad, con la defensa de esta capital, la posesión de estos interesantes dominios, y cerrándoles la puerta para siempre... El cuerpo municipal ha sido el principal móvil para mantener este glorioso entusiasmo, proveyendo de caudales en las urgencias durante este tiempo, y dando el primer ejemplo de fidelidad y de constancia. Desde el momento del ataque no desamparó la plaza un solo instante, procurando los abastos, asistiendo a los heridos y poniendo en cobro los prisioneros, sin esquivar ningún peligro."

Concluye, en fin, recomendando la asistencia constante que le habían dado (tanto para poner la plaza en un estado inexpugnable de defensa, como para hacerla con las luces, el acierto, la extensión y el heroísmo con que fué ejecutada) los coroneles Balviani, Velasco y Elío, juntamente con el capi-

tán Gutiérrez Concha, ya nombrado más arriba. Aquella paz se festejó luego con un brillante convite, a que asistieron los generales ingleses con todos los cuerpos y principales habitantes de la ciudad. El general Whitelock, agradecido a la generosidad que Liniers había usado con la multitud de heridos de su Ejército, tratados con el mismo esmero que los nuestros, le hizo el regalo de una rica espada, adelantándose a ofrecérsela como un testimonio de la gratitud de su Gobierno otro tanto que de la suya, “cierto y seguro —le dijo— de que aquella demostración sería aprobada y la haría suya Su Majestad Británica”. Liniers correspondió con cuatro cajas de preciosidades de historia natural para el museo de Londres, y con una hermosa perspectiva de la ciudad de Buenos Aires no tomada (108).

Me he detenido en referir estos sucesos tan gloriosos, lo primero, porque no sonaron en Europa, o sonaron muy poco en aquel tiempo, entre el ruido de los combates que se daban y de las ruinas y trastornos que movían en ella la ambición de Bonaparte y la ambición de la Inglaterra (109); lo segun-

(108) Me es bastante sensible no tener la lista que fué enviada por Liniers de la multitud de individuos de todas clases que se distinguieron más en la defensa de Buenos Aires; lista en la cual se hallaban no pocas heroínas que pelearon con esfuerzo al lado de sus esposos, y una de éstas, que mató a un portagués de dragones ligeros, que fué herida, y volvió ufana a nuestras filas con la insignia, sin cuidarse de su sangre. Nadie quedó sin premio proporcionado a sus necesidades y a su clase. Todos los oficiales recibieron un grado más de ascenso. Los sargentos subieron a oficiales, y algunos subieron dos grados. Una multitud de voluntarios, cuantos quisieron y lo habían merecido, quedaron con plazas distinguidas en el Ejército, o empleados de algún modo en diferentes destinos de administración o de gobierno. Al capitán Liniers se le dió el mando de todo el virreinato, con el grado de mariscal de campo. A la ciudad se le concedió el dictado de *muy noble y leal*, con el tratamiento de excelencia; al comercio y a la industria del país, un gran número de gracias y franquicias. No tuvo España en ningún tiempo un rey que premiase con más larga mano los servicios a la Patria.

(109) Al mismo tiempo de nuestro gran triunfo en Buenos Aires, con muy poca diferencia, triunfaba Bonaparte en Friedland de

do, porque no debe olvidarse que cuanto poseía la España en ambos mundos fué guardado bajo Carlos IV, y que lo guardó el amor, no el miedo; que su gobierno fué prudente, circunspecto y comedido, cual se necesitaba en aquel tiempo; mas no flaco, no malquisto, no menospreciado entre sus pueblos. La América le amaba y lo reverenciaba no menos que la España. Su dominio lo tuvo en más que la libertad tan ponderada con que le hacían señuelo los ingleses. Por un gobierno odiado y corrompido no se levanta un pueblo entero de ochenta mil personas, cual lo era la ciudad de Buenos Aires; ni se ponen las vidas y los bienes de la manera heroica que lo hicieron aquellos habitantes, con el vivo entusiasmo que mostraron: pueblo civilizado, donde cundían las luces; pueblo opulento y poderoso, libre como se hallaba para sacudirse impunemente, cual se sacudió más tarde, cuando no reinaba Carlos IV.

Justo, sabio, benigno, popular y muy querido debió de ser aquel Gobierno, que pudo poseer bajo de entrambos Polos el afecto y la lealtad imperturbable de tantos pueblos retirados y dueños de sí mismos a la otra parte de los mares durante nuestra larga y cruda guerra con la Gran Bretaña. Fuélo así en tanto grado aquel gobierno que hasta las mismas tribus interiores, que nos fueron enemigas tanto tiempo, buscaban ya nuestra amistad y hacían pactos y alianzas con nosotros, hasta ofrecerse con sus armas para defender al *rey lejano*, que hacía guardar con ellos la justicia y el derecho de los pueblos libres. ¿No se vió esto en Buenos Aires? ¿No tentaron los ingleses mover contra nosotros a los fieros pampas y a los bellicosos araucanos, mientras que preparaban sus ataques en la Plata? ¿No se negaron éstos a servir a nues-

las armas rusas y prusianas. Dos meses después fué el horrible y escandaloso ataque de Copenhague por los ingleses. Un abismo se abría entonces en la Europa, aturdida y asombrada por dondequiera que Napoleón o la Inglaterra echaban sus miradas. Nuestras provincias de la Plata fueron más felices que la Dinamarca.

tro enemigo y despreciaron su salario? Y, lejos de servirle, ¿no vinieron todos ellos a ofrecernos su asistencia y sus auxilios con armas y soldados? Este es un hecho histórico, y el primero que en tres siglos se había visto de esta especie entre aquellas tribus indias (110).

Y tan ganadas estuvieron por nosotros y tan amigas se mostraron, que ellas fueron las postreras en abandonarnos cuando, caído Carlos IV, invadida la Monarquía, restanrada después con infeliz fortuna y rotos uno a uno nuestros lazos con las provincias de la América, aún pelearon por la España aquellos bravos naturales contra las Repúblicas nacientes. Y lo mismo fué visto en el Perú y en diferentes otros puntos. Lo diré muchas veces, aunque parezca ser molesto: bueno de toda ley debió de ser aquel Gobierno, que sin hacerse obedecer por la violencia

y los rigores había ganado a Carlos IV la afección y la lealtad de tantos pueblos retirados, propios y extraños, civilizados y salvajes.

Fué digno de notarse, no diré en Buenos Aires, donde todos pelcaron por la madre patria con esfuerzo heroico, sino en Caracas misma y en toda la Colombia (donde, como ya dije anteriormente, habían cundido en otro tiempo las ideas republicanas de la América del Norte), que ninguno de tantos habitantes se halló encausado por favor que hubiese dado ni a los ingleses ni a Miranda contra la metrópoli. No fué visto en Caracas más proceso que el de los extranjeros que fueron sorprendidos cuando intentaron corromper la guardia de Ocumare. Todo esto era sabido y admirado en aquel tiempo. La sobrada seguridad en que el Gobierno se encontraba le per-

(110) Copiaré aquí por muestra dos de las alocuciones calurosas que los jefes de estas tribus nos hicieron, cuando, ocupada la izquierda del río y amenazada la ciudad de Buenos Aires por doce mil ingleses, se preparaba su defensa. He aquí el discurso de diez caciques de las pampas de Buenos Aires, dirigido al Cabildo de la ciudad a fines de diciembre de 1806:

"A los hijos del Sol, a aquellos de cuyas grandes hazañas nos han llegado tantas nuevas, a los que expulsaron de sus casas a los *colorados* [los ingleses], a los que guardan con nosotros amistad y providencia de hermanos, hoy los grandes caciques que aquí veis, venimos a ofrecerles veinte mil guerreros nuestros, cada cual de estos guerreros con cinco caballos, gente que va adelante siempre y que no teme al enemigo. Hemos querido veros y que nos veáis, para que estéis más ciertos de nosotros, y se aprieten mejor nuestras lazadas de amistad y de hermanazgo. Nuestra resolución es de ayudarlos a despedir esos malos huéspedes codiciosos, embusteros y crueles, que por segunda vez intentan oprimirnos. Contad, palabra cierta de verdad, que ni agua de beber hallarán en nuestras costas, y que nosotros somos sordos de los oídos para ellos. Cuando el pampa le dice a alguno que es su amigo, da su sangre. Nuestros guerreros están prontos; a la primer llamada de clarines que mandéis hacer a sus caballos, dejarán sus dos ríos y cubrirán el vuestro. Los diez caciques grandes son los que prometen, puestas sus manos en las vuestras."

Pasó muy poco tiempo, y he aquí los araucanos, venidos de más lejos, de qué manera se explicaron:

"Epugner, Errepuento y Turuñanqu, capitanes principales de Pitulquen, Valdivia y

Chile, en la costa del cabo de Hornos, con noticia que nos han dado los caciques pampas Negro, Chuli-Laquini, Paylaguam, Marcus, Lorenzo, Guaycolam, Penascal, Luna y Quintuy, caciques capitanes, del mucho agasajo que hicisteis a sus personas, y de las ofertas que os han hecho de soldados; queriendo manifestaros igualmente los deseos que tienen de asistiros contra los *colorados*, invasores de nuestras tierras, ofrecemos:

"Yo, cacique capitán Epugner, dos mil ochocientos setenta y dos soldados, gente dura y bien armada de chuzo, espada, holas y honda, con sus coletes de toro. Téngolos a mi mundo en Cabeza de Bucy, lugar de mi residencia; allí los tendré al vuestro hasta que me aviséis no seros necesarios. A vuestro primer chasqui [aviso por la posta], acudirán velozes, sin hacer ningún descanso, para ayudar a sus hermanos..."

"Y nosotros, Errepuento y Turuñanqu, caciques capitanes, que, juntos y acampados en Tapalquen, contamos los dos hasta siete mil soldados, iguales en armas a los de nuestro hermano, cacique capitán Epugner, los ponemos también a vuestras órdenes. La mayor prenda de amistad para nosotros será ésta: que nos dejéis partir vuestros peligros como nos hacéis participar de vuestros bienes. Sois nuestros protectores, y nuestra obligación es seros fieles. Soldados vuestros somos; dadnos vuestra divisa y llamadnos cuando queráis a la batalla."

El Cabildo les dió, en efecto, sendos escudos con las armas de la ciudad, así a éstos como a los demás caciques, admitiéndoles sus ofertas y prometiéndoles llamarlos, si se llegaba a punto de hacerse necesaria su asistencia.

mitió usar de piedad aun con aquellos extranjeros, reos todos de la pena capital por su delito. Los más de ellos fueron destinados a un encierro de diez años, y a algunos de ellos se les hizo luego gracia entera. Contaré un caso de éstos solamente: mi espíritu se recrea y se solaza cuando, mirando en lo pasado, veo mi tiempo tan limpio de rigores, de prisiones y suplicios. Muy pocos me han tenido cuenta de esto. He aquí, no obstante, un extranjero, lord Holland, de ningún modo parcial mío en cuanto al rumbo de política que yo seguí con la Inglaterra, ha querido hacer público, después de tantos años, uno de aquellos hechos de humanidad y compasión, que tan frecuentes fueron en el uso que yo hacía de mi poder e influjo para aliviar dolores y enjugar los llantos. Lord Holland, noticioso de que el director de la *Revista de Londres y Westminster* se proponía escribir y dar su juicio sobre mis *Memorias*, le dirigió una carta que anda impresa (111), y en la cual, sin retractar, como él dice, su juicio en cuanto a mis ideas políticas, nada conformes con las suyas, hace de mí un diseño favorable, y cuenta como sigue:

"Antes de la guerra entre la Inglaterra y la España, en 1804, un joven inglés llamado Pocevell se comprometió con el general Miranda o con algún aventurero de la América del Sur en una expedición dirigida a libertar las colonias españolas. Pocevell cayó prisionero, y por ley debía morir. Una sentencia poco más o menos equivalente le condenó a un encierro perpetuo en el castillo de Omoa, donde el aire es muy enfermo (112). El padre de este joven, que era presidente del Tribunal

de Justicia del Canadá, en cuanto tuvo aquella triste nueva vino a Inglaterra. Cabalmente, para mayor desgracia, acababan de romperse las hostilidades entre España e Inglaterra, y por resultas de sucesos los más propios para exasperar al Gobierno español y a la nación entera. El presidente Pocevell se decidió, no obstante, a probar si su presencia y sus reclamaciones de padre podrían a lo menos endulzar los padeceres de su hijo, obteniendo que fuese trasladado a otra prisión, persuadido, en cuanto a lo demás, que le sería imposible por entonces conseguir su gracia. Partió, pues, para España con una sola carta que yo le di para el príncipe de la Paz, a quien se dirigió como llegado nuevamente de la América (en la primavera de 1805) y como un individuo que ninguna parte tenía en las agrias discusiones y sucesos que habían precedido a la ruptura entre los dos países o que habían sobrevenido después de ella.

"El príncipe le recibió en el palacio de Aranjuez, leyó mi carta, escuchó toda la historia, y diciendo al presidente le aguardase allí un momento, salió a buscar al rey sin más ceremonia ni dilación. Su vuelta fué muy pronta, con la Real Orden en la mano, extendida y firmada en toda regla, no para mudar la prisión del joven Pocevell, sino alzándole su pena y mandando ponerle en libertad en cuanto se recibiese aquella orden. Aun no satisfecho el príncipe de este primer acto de humanidad, con un semblante placentero dijo al presidente estas palabras: *Un padre que ha venido de tierras tan distantes a pedir por su hijo, tendrá mayor contento de llevarle él mismo bu-*

(111) *Extracted from the London and Westminster Review for april 1836.*

(112) La condenación del joven Jeremías Pocevell fué fué de diez años de encierro en Omoa, juntamente con los que siguen: Juan O'Sullivan, David Hedeke, Henry Ingersell, Juan Burck, Roberto Saunders, Juan Eldsel, Pablo Nanguí, John Sherman, Daniel Mackey, Juan Reis, Juan Elliot, Tomás Gill, Juan Moore y Bayley-Negus; otros trece fueron condenados por igual tiempo al presidio de Puerto Rico, y hasta unos dieciséis, a los castillos de Bocachica. Todos estos individuos

debieron ser condenados a muerte por su tentativa de corromper la guardia de Ocumare y apoderarse de la fortaleza; pero las órdenes de la corte tenían encargado por punto general a las diversas autoridades de ultramar de templar el rigor de las leyes, en cuanto fuese compatible con la justicia y con la seguridad de aquellos países; y así fué como lo hicieron en aquel caso. Los prisioneros hechos en el mar fueron destinados a los bajeles. A los más de los grumetes, atendidos sus pocos años, se les dió luego libertad. Algunos de ellos no quisieron irse.—*Nota del autor.*



nas nuevas. Ven usted aquí este pasaporte, y el permiso de embarcarse en una fragata que está lista para salir de Cádiz a las Indias Orientales (113).

"Diez años después, en 1814, me encontré con el príncipe de la Paz en Verona, y, acerca de su situación, me dijo que sería muy precaria cuando faltase Carlos IV, y que en tamaña adversidad buscaría tal vez asilo en Inglaterra, cierto que pudiese estar de hallarle. Cuando, en 1821, tuve noticia de la muerte de aquel rey, cuyas consecuencias temía tanto su antiguo ministro, en el mismo día en que lo supe fui a la Cámara de los Pares, y, después de referir a lord Liverpool los hechos que he mencionado, concluí por pedirle un pasaporte para el príncipe de la Paz. Lord Liverpool, como era de esperar de su excelente carácter, se conmovió; pero encontré el reparo, con harto sentimiento de su parte, de que un pasaporte inglés dado a un extranjero suponía una invitación formal, y que el Gobierno no se encontraba en el caso de invitar al príncipe de la Paz a que viniese a Inglaterra. Pero autorizo a usted—me dijo—y le insto para que le escriba, afirmándole que, si viene, no será molestado de modo alguno, y que tanto su persona como sus bienes gozarán de la entera protección a que tiene derecho un extranjero.

(113) Este hecho, verdadero en todas sus partes, como lo cuenta lord Holland, no tiene la misma exactitud en cuanto a las fechas. La prisión del inglés Jeremías Poëvell fué en el mes de abril de 1806, época de la expedición de Miranda que dejó contada más arriba. La venida a España del padre de aquel joven fué cuatro o cinco meses después de aquella fecha. Lo que no ha podido referir lord Holland, por ignorarlo, es que, concedido el perdón a Poëvell, di en pensar sobre los otros extranjeros, sus infelices cómplices, y no encontré sosiego en mi espíritu hasta que obtuve del rey se usase igual misericordia con aquellos de menor edad de veinticinco años, como Poëvell, cuyas familias, o bien sus Gobiernos respectivos, ofreciesen garantías de su ulterior conducta. Así fué hecho, dándose sucesivamente libertad a varios otros jóvenes, culpables más bien, sin duda, por un efecto de la seducción que por apego al crimen. Tales actos de clemencia no ocasionaron ningún daño. No hubo después más tentativas de ninguna parte contra las Américas.

"La respuesta del príncipe de la Paz cuando le escribí acerca de esto fué lacónica, y se redujo en sustancia a lo siguiente: *He sido dueño, durante muchos años, de un gran poder en uno de los reinos más ricos del mundo, y he hecho la fortuna de muchos millares de personas; pasado ya aquel tiempo, un viajero en España, un extranjero, ha sido el primero y el único hombre que, después de mi desgracia, se me haya mostrado agradecido de algún servicio grande o pequeño que yo le hubiese hecho. Usted podrá juzgar por esto que le digo—concluía—cuál ha debido de ser la emoción que su carta me ha causado.*

"Yo quisiera remitir a usted—continúa lord Holland—la misma carta original del príncipe; no creo que la he perdido, mas no he podido hallarla todavía. La relación que he hecho es exacta, aunque abreviada (114). Añadiré tan sólo que el príncipe de la Paz no ha venido a Inglaterra.—*Wm. Holland.*—Londres, 4 de marzo de 1836."

De esta ligera digresión, aunque no ajena enteramente del asunto de que estaba hablando, me disculparé con mis lectores. Yo he debido agradecer los recuerdos generosos de ese ilustre caballero inglés, que, después de treinta años de un hecho nada raro, sino, al contrario, muy frecuente entre los actos de mi vida (hecho, en verdad, que yo mismo había olvidado), ha querido producirlo a la luz pública, interesándose en mi obsequio de la manera tan garbosa con que lo ha verificado. Mi gratitud a lord Holland será tan grande y tan perfecta como es noble y respetable su carácter. Si hicieran otro tanto las personas estimables de todas clases y carreras que me debieron su

(114) Conservando yo, tanto la carta que me escribió lord Holland, como una copia de mi respuesta, hallarán mis lectores el traslado de una y otra entre los documentos justificativos número V. Es de notar aquí también que lord Holland se ha equivocado en las fechas. La carta que me escribió a Roma por mano de lord Gover, y a que se refiere en este escrito, fué de 30 de enero de 1819; mi respuesta, en 24 de febrero siguiente. Los oficios que practicó por mí fueron, por tanto, en enero de aquel mismo año, y no en 1821.

fortuna, y a quienes puse en candelero donde brillar pudiesen sus talentos y virtudes; si sus hijos hablaran; si el gran número de familias a quienes enjugué sus lágrimas y liberté de grandes males y dolores quisieran referirlo; tantos también, en fin, que perdoné ofendido, y que hice amigos míos volviendo bien por mal y favores por venganza, los testimonios de este género llenarian muchos tomos de esta obra. No les fué dado hacerlo mientras ha durado el largo azote de mis enemigos: de hoy ya más serían ingratos sin ninguna excusa los que, deudores míos por tantos modos, podrían mirar indiferentes mis desgracias e infortunios.

Volviendo a Buenos Aires, el Tratado que fué hecho con el Ejército vencido cumpliéndose religiosamente de la una y otra parte, y el virreinato quedó libre de tropas enemigas en 13 de septiembre. Las familias inglesas que, soñada la conquista del país, acudieron a tener parte en las primicias de aquel logro tan ansiado, se retiraron igualmente (115). No hubo más tentativas contra las Américas en los días de Carlos IV. Las canciones triunfales resonaron de polo a polo, desde el río de la Plata hasta río Bravo, con entusiasmo nunca visto tan igual en todas partes, tan sincero, tan ruidoso. En Lima, en Méjico, en Bogotá y en las demás ciudades principales de entrambos hemisferios hubo fiestas y regocijos, que duraron muchos días y que salían del corazón de aquellos fieles habitantes. En España también cantaron a porfía nuestros poetas; hubo fiestas y aplausos sin medida. Y no estuvimos solos para celebrar aquellas glorias; las naciones amigas nos felicitaron, y Napoleón, él mismo, quiso mostrarse parte en nuestros gozos. De orden suya

y en su nombre fué dado el parabién solemnemente a Carlos IV por el embaajador Beauharnais.

Acabaré por referir otro contenido de aquel tiempo de diversa especie, pero no menos nacional ni menos digno de las almas generosas; contento no de guerras y victorias, sino de paz, de humanidad y de beneficencia a la mitad del globo. Don Francisco Javier Balmis, al cabo de tres años, dada la vuelta al mundo, volvió a España cumplida ya su expedición de repartir el saludable flúido de la vacuna entre los pueblos de ultramar del antiguo y del nuevo continente, entre propios y extraños y entre amigos y enemigos sin ninguna diferencia. He aquí en breve la marcha y las tareas de aquella expedición cosmopolita y filantrópica.

Las primeras escalas que hizo Balmis fueron en Canarias y en Puerto Rico. De allí siguió a Caracas. Dividióse la expedición en aquel punto: la una parte para el Sur, puesta a cargo del subdirector don Francisco Salvani; la otra parte al de Balmis, para dar la vuelta al mundo. Primero fué a la Habana; después, a Yucatán, y en aquella provincia dividió la empresa nuevamente. Don Francisco Pastor, subdirector segundo, salió del puerto de Sisal para el de Villahermosa, en la provincia de Tabasco, siguiendo luego por Ciudad Real de Chiapa hasta Guatemala, y dando la vuelta por el frágil y dilatado camino de cuatrocientas leguas hasta Oaxaca, mientras Balmis, llegado a Veracruz, recorría el virreinato de Nueva España y todas las provincias internas, regresando después a Méjico, punto de reunión en donde entrambos profesores debían juntarse nuevamente, y se juntaron. El precioso licor fué repartido hasta las costas de Sonora y Sinaloa, donde fué bien recibido de los salvajes mismos, bendiciendo la mano poderosa del que les enviaba aquel presente. Llegado luego Balmis a Acapulco, partió a las Filipinas; enriqueció estas islas con el hálsamo de vida, y llevóle también a los visayos en toda la extensión de aquel vasto archipiélago. Los feroces reyes de estas tribus, que vivían siempre en gue-

(115) La salida de Montevideo, en conformidad de lo pactado, estaba señalada para el día 7; pero el rigor de los temporales impidió dar vela hasta el 13, en que, con tiempo no del todo favorable, zarparon de aquel puerto la escuadra, los transportes y las embarcaciones de comercio. Aun de los enfermos mismos, que eran tratados con esmero, cuantos pudieron, temiendo el odio del país, prefirieron embarcarse. Las mercancías inglesas salieron igualmente.

rra con nosotros, depusieron sus odios y sus armas cuando vieron llegar de mano nuestra aquel preservativo en la misma sazón en que se hallaban afligidos sus dominios con una peste devorante de viruelas. No era menos funesta la que reinaba al mismo tiempo en muchos pueblos del Imperio de la China y en las colonias portuguesas. Con la misma fortuna arribó Balmis a Cantón y a Macao, en donde por primera vez se vieron los efectos de aquel feliz descubrimiento. Los establecimientos portugueses fueron también abastecidos del precioso antídoto. De vuelta ya para la Europa, acogido igualmente en todas partes y haciendo escala en Santa Helena, a los ingleses mismos les llevó el regalo de la propia tierra de ellos que iba repartiendo; consiguió persuadir a aquellos habitantes de su bondad y eficacia, ganó su confianza y, presentados por los padres, vacunó por su mano muchos niños en la isla (116). De allí salió para Lisboa, y llegó a nuestra corte por septiembre u octubre de 1806. Este largo viaje fué dichoso en mar y tierra.

El profesor Salvani tuvo algunos contratiempos. Naufragada su embarcación en las bocas del río de la Magdalena y cerca ya de perecer la expedición, se salvó casi milagrosamente por los eficaces socorros de los pueblos inmediatos. De Cartagena siguió al istmo de Panamá, y dividiéndose en dos ramas, e internadas una y otra, reco-

(116) La Compañía inglesa de la India había intentado muchas veces introducir y aclimatar en la China aquel preservativo del azote de las viruelas, pero las porciones del pus llegaron siempre inertes. En nuestra expedición se llevaron niños constantemente, y fueron reemplazados muchas veces en diferentes puntos, tierno objeto todos ellos de la munificencia de Carlos IV, que a ninguno dejó sin recompensa. De esta manera pudo Balmis inocular de brazo a brazo en todas partes, hacer seguros los efectos de aquel remedio prodigioso, y quitar las aprensiones de los pueblos donde entraba. El mismo Jenner había enviado a Santa Elena el pus de la vacuna; pero los habitantes se habían resistido a usarlo. Balmis, mientras estuvo allí, mostrándoles sus niños llenos de salud y vida, consiguió persuadirlos, y dejó aquel bien en la misma isla de donde pocos meses después salió el almirante Murray para concurrir al ataque de Buenos Aires.

riendo las villas de Tenerife, Mou-pox, Ocaña, Socorro, San Gil y Medellín, el valle de Cúcuta y las ciudades de Pamplona, Girón, Tunja y otros pueblos de crecido vecindario. Reunidas luego en Santa Fe de Bogotá, se volvieron a separar para visitar los demás pueblos de aquel vasto virreinato, torcer luego al Perú, y desde allí a la Plata, Chile y Charcas.

Estos ilustres profesores llevaban además el especial encargo de enriquecer nuestra botánica con las plantas, árboles y arbustos exóticos que podrían descubrir en sus larguísimas derrotas, principalmente los que fuesen desconocidos. Trájonos Balmis una colección preciosa de especies nuevas, no pocas de ellas vivas, las otras dibujadas y descritas. Salvani recogía del mismo modo, pero su colección no había llegado todavía en mi tiempo.

Tales cosas se hicieron bajo Carlos IV, entre el estruendo de las guerras que estremecían a las naciones en aquella horrible era de destrucción y de trastornos. ¿Qué monarca de Europa, o qué Gobierno se ocupó en pensamientos liberales de esta especie en aquel tiempo de dolores? ¡Y, sin embargo, todo se ha olvidado! Las empresas pacíficas no tienen gran sonido en los anales de los pueblos. Gloria se llama devastarlos y atormentar los hombres. De este género de laureles se provee mejor la Historia, y a estos malvados triunfos se levantan los monumentos y se prodigan los aplausos de las gentes!

## CAPITULO XXVII

*Administración interior en los años de 1806 y 1807. Tareas de las oficinas de Fomento y de Hacienda en aquellos años. Intima unión del cuerpo de comercio de Madrid y de la Caja de Consolidación en favor del crédito público. Empréstito de Holanda. Conducta que yo tuve en este negociado. Justas observaciones y respuestas a mis detractores y enemigos.*

Antes de entrar en las escenas dolorosas con que empezó la larga serie de trabajos que afligen y consumen toda-

via a mi adorada patria sin ningún descanso, dejarán mis lectores que, a *manera del desterrado, que, en las postreras cumbres de donde aún se divisa la ciudad querida, fija en ella sus ojos, y descendiendo el sol al horizonte, contempla embebecido y lacrimoso los últimos reflejos de las alegres torres y ventanas encendidas, así yo me detenga y llame allí conmigo a los que hubieren de juzgar los días de Carlos IV.* a los que quieran ver de qué manera germinaban las semillas del bien que fueron esparcidas en su tiempo, las labores continuas y esmeradas que se daban con prisa a aquella mies inaciente, la dichosa sazón que iba tomando y la esperanza casi cierta que ahumbraba de un feliz agosto cuando, de adentro la eizaña que sembraron manos enemigas, de afuera el hombre injusto y poderoso que llamaron a la parte, destruyeron como de un soplo la tarea de quince años próxima a dar su fruto, la cosecha ya encima, las trojes entreabiertas.

Procuraré ser breve, y contaré por cima algunas cosas de que habrá muchos que se acuerden, y otros que tengan a su mano los documentos y los datos que las prueben. Supla por ellos mi memoria, solo archivo que me ha quedado, y se resquebra y se deshace con el peso de los años y la ausencia.

He hablado, aunque de paso, en otras partes, de las *oficinas de Fomento*, fundación que se hizo a mis instancias cuando volví al poder, y no fué un nombre vano para buscar pretextos al orgullo y al hacer que hacemos. He aquí lo que yo encuentro en mis recuerdos de los grandes trabajos cometidos a aquel departamento, parte de ellos ya cumplidos en 1807, y los demás adelantados, muy cerca de vencerse y de cumplirse:

1.º Reunir todos los conocimientos que podrían adquirirse sobre la historia económica de la España, registrar los cuadernos y memorias concernientes al mismo objeto, que existiesen en los archivos nacionales y en los del Gobierno, extractar de ellos cuanto diese luz para la formación de un código económico acomodado a nuestros tiempos, y formar de estos extractos un cuadro general de este importante ramo de la

historia del país por medio de tablas sinópticas exactísimas, que ofreciesen el resultado a una simple ojeada en cada una.

2.º Recoger y aprovechar, bajo el examen y el criterio conveniente, los trabajos ya hechos de antemano, y los que fuesen presentados sucesivamente por las diversas comisiones que recorrían el reino, para formar un censo exacto y completo en los diversos ramos de estadística.

3.º Examinar los periódicos y los demás escritos que se publicaban en los países extranjeros sobre agricultura, industria, comercio, navegación y hacienda pública, y extractar de ellos, por materias y secciones, cuanto se hallase conducente para España, y cuanto fuese relativo a leyes y sistemas sobre impuestos.

4.º Publicar todos los conocimientos e invenciones que pudieran ser útiles a la producción y a la industria nacional, de los dos mundos, por medio de diarios luminosos, sencillos y adecuados a la común inteligencia (117).

5.º Formar un *depósito industrial* permanente, donde se tuviesen muestras de todos los productos, sin ninguna excepción, de la industria española.

6.º Formar un depósito igual de muestras escogidas de la industria extranjera, que sirviese de estímulo a la nuestra, repartiéndose impresos y hojas sueltas, cuanto fuese posible, sobre los métodos, máquinas, utensilios, economías y ahorros que con respecto a los mismos objetos poseyesen o alcanzasen poseer aquellas laboriosas oficinas.

7.º Reunir, en beneficio del giro y del comercio, todas las monedas corrientes en Europa, ensayar su peso y su ley, y por su resultado, formar esta-

(117) Las oficinas de Fomento se hallaban en íntimas relaciones con los sabios redactores del *Semanario de Agricultura y Artes*, con los diarios literarios de la corte y las provincias, con los censores y secretarios de las Sociedades Económicas y, en general, con todos los sabios del reino que se ocupaban en este género de trabajos, designando y encomendando las traducciones que debían hacerse, los ramos en que escaseaba la instrucción, las materias que convenía tratar preferentemente, etc., etc.

dos comparativos con el peso y la ley de las de España.

8.º Reunir todos los pesos y medidas de la Europa, calcular y establecer su equivalencia exacta con los muestros y las muestras, y formar tablas de este resultado para el servicio del comercio.

9.º Formar una biblioteca especial de escritores de economía política y comercio, así españoles como extranjeros, y añadir en ella, con catálogos y tablas puntuales, todos los escritos sueltos y especiales de conocida utilidad que se reuniesen, clasificados por materias, y hecha especial mención del mérito particular de cada uno.

10. Presentar al Gobierno, al principio de cada año, una memoria relativa al estado económico, comercial y político que ofreciese la Europa, y al que bajo igual respecto ofreciera la España en sus dominios de ambos mundos.

11. Presentar también en cada un año los informes y estados relativos a la balanza del comercio, entre España y sus Indias, y con los países extranjeros.

12. Presentar igualmente el resultado anual de la producción agrícola en todos sus artículos, el aumento o disminución de los consumos, los progresos o los atrasos, comparados con los del año antecedente, en la prosperidad de nuestra industria y en los tráficos y comercios, la estancación o el movimiento de los fondos y especies circulantes, razones de esto y medidas necesarias u oportunas de protección, de estímulo, de auxilio y de fomento. A este informe debía añadirse el estado de las costumbres, observados en cada parte, los gustos dominantes, las propensiones y tendencias de los pueblos en bien o en mal de la riqueza pública, los adelantamientos conseguidos en materia de ilustración y de cultura, los progresos de la enseñanza, el estado de la opinión, la naturaleza y carácter de los procesos y los pleitos, etc., etc.

Para el completo logro de estas tareas políticoeconómicas se exigió una carrera, consumada en los estudios útiles y positivos, y un amor ya probado de la patria entre los aspirantes al servicio de este importante ramo del Despacho y del de Hacienda. En tiempos

ya pasados se componían las covachuelas de sujetos que aprendían trabajando en las plazas inferiores, triste suerte de empirismo administrativo que no podía salir de las rutinas ordinarias, y prestaba muy poco auxilio a los ministros y Consejos. Las oficinas de Fomento ofrecieron por excelencia esta feliz innovación en cuanto al mérito de las personas (118); los resultados de ella fueron vistos. Todos los doce artículos del programa fueron puestos por la obra con feliz suceso. El *Marcarío* y el *Monetario* se llevaron hasta su fin con grande honor de sus autores; el *Depósito industrial* fué establecido, se reunieron en mucha parte los materiales y los datos necesarios para el censo de población por provincias y por pueblos, y comenzó en fin la estadística de España, cuyas primeras muestras, verdaderas obras de sahiduría, me hacen recordar los talentos, la devoción al Estado y el incansable celo de don Bernardo Borja y don Francisco Escobar, dignos de figurar y disputarse con los economistas de la Europa de más nombre en aquel tiempo.

Estas y otras muchas tareas luminosas de aquellas oficinas permanecen las más, inéditas; otras, se han perdido en los trastornos de la invasión francesa; otras, las han robado manos interesadas en la conservación de los abusos. Mucha parte sirvió también a los trabajos ilustrados en economía, crédito y hacienda, que se hicieron luego por las Cortes. Ellas también sirvieron al único ministro que bajo el rey Fernando pretendió y no pudo hacer llegar las reformas deseadas en la Hacienda (119).

(118) En cuanto estuvo de mi parte y alcanzó mi influencia, en todas las secretarías del Despacho se hizo la misma novedad, con gran contento de los buenos, pero en contradicción y a disgusto del gran número de pretendientes que ambicionaban estas plazas sin más título que el favor, el parentesco o los respetos de personajes altos poco o nada cuidadosos del merecimiento de estas turbas de parásitos.

(119) Don Martín de Garay, hechura de mi tiempo y protegido mío. En el corto tiempo que duró su ministerio, se volvió a trabajar en la estadística de España, y estaba ya muy cerca de formalizarse un sistema universal de

Casi todo se hallaba hecho. Por la primera vez, después de tantos siglos, puede decirse que se vió en España un presupuesto normal del activo y pasivo de nuestra Hacienda, en la sabia y escrupulosa *Memoria* que el ministro Soler presentó al rey sobre las obligaciones de toda especie inherentes al Tesoro, sobre el importe verdadero de los productos ordinarios de las rentas del Estado, sobre los recursos extraordinarios con que podía contarse y sobre los medios posibles de acrecer estos valores con iguales ventajas de la nación y del Erario. A este escrito fundamental hizo seguir los dos plants modelos de presupuestos anuales, detallando en particular el valor reconocido de cada renta y la suma de gastos correspondientes a los varios Ministerios, hechos todos los cómputos sobre datos verificados e inconcusos, por dos quinquenios respectivos al estado de paz o guerra; documentos inestimables y verdaderas tablas económicas políticas, a cuya luz podía sacarse de lo arbitrario y de lo incierto todo el sistema del Tesoro (120).

impuestos en que pagasen todos con proporción a sus haberes. Cuando se hallaba en tren de hacer alguna cosa, el hombre oscuro y oscurísimo que gozó privanza entera bajo aquel reinado, don Antonio Ugarte, dijo al rey: "¿No sería más acertado confiar la formación de la estadística a los obispos y arzobispos? ¿Quién más integro que el clero, menos expuesto a errar ni con mejores relaciones en los pueblos para desempeñar estos encargos?" Y he aquí que, a escondidas de Garay, y mientras que este ministro se afanaba en dar cima a sus trabajos, se envió la misma comisión a los prelados, pidiéndoles también un plan de impuestos. Cuando Garay lo supo, presentó su dimisión al rey. Por el pronto no fué admitida y aun se le dió satisfacción revocando la comisión de los obispos y recogiendo los trabajos de éstos que se hallaban comenzados. Pero el viento del odio, que soplaba ya con fuerza a causa del subsidio impuesto al clero, sopló de nuevo con mayor violencia. Garay fué derribado, y con él dieron fin las esperanzas de ulterior reforma en los negocios de la Hacienda.

(120) ¿Qué podrán responder los que acusaron los años de mi poder (grande o pequeño, cual quisieren estimarlo) de haber sido un tiempo de confusión y de desorden, en que adrede, para favorecer el pillaje de la Hacienda, se procuró sumir aquel Departamento en un abismo de tinieblas? Y he aquí que

Madurábanse al propio tiempo las ideas proyectadas de economía en los varios ramos de la Administración, y de un plan nuevo de contribuciones, cuyas bases, delineadas y establecidas bajo una medida común de equidad y de justicia, pudiesen contentar al menos las clases generales, ya que dejar contentas las demás y hacer una obra buena sin disgusto suyo y sin peligro de reacciones se podía tener por imposible. Los tiempos han hablado, y la cuestión está pendiente todavía después de tantos años. Sobre esta reflexión para cerrar la boca a los que acusan al Gobierno de aquel tiempo de

lo que en largos años y en reinados prósperos y tranquilos no se hizo, se practicó en mi tiempo, sin dejar más lugar a la ignorancia y a los manejos arbitrarios. Sin embargo, no hallando modo mis enemigos para negar estos hechos, no se les ha quedado por decir que aquellos grandes trabajos fueron secuestrados, que se alzaron los borradores, y que el rey tomó y guardó para sí en su carpeta la copia en limpio que fué hecha con precauciones y misterios. ¡Qué manera de calumniar y pervertir las cosas tiene el odio! El rey tomó una copia, es cierto, y la miró como un hallazgo y un tesoro; pero el ministro de Hacienda tenía otra igual, y otra también, Espinosa. No se dejó, es verdad, en las manos de todos, ni mucho menos se dió a luz aquel interesante documento por entonces, porque mediaba otro interés no poco grave del Estado, que impedía publicarlo. Los que censuran los actos de un Gobierno, deberían abstenerse de hacerlo mientras ignoran los motivos de su conducta. Nada más duro al que gobierna como saber que obra bien, verse calumniado, y no poder defenderse ni explicarse. Se pagaba a la Francia todavía nuestro subsidio pecuniario; se reclamaba sin cesar la justa cesación de esta carga, y el Gabinete de las Tullerías insistía en reclamar aquel subsidio, ya con el mismo nombre de subsidio, ya con el de amistad y de socorro. El mejor modo de negarlo bucnamente era el de exagerar nuestra escasez de medios, y para hacerlo así necesitábase ocultar nuestros recursos. He aquí el único motivo de reservar en pocas manos por entonces aquellos documentos. Sirvieron, sin embargo, hasta el fin del reinado en las combinaciones ulteriores que se seguían haciendo para llegar al blanco deseado de una nueva fundación de nuestra Hacienda. Y una prueba, en fin, terminante de que aquellos papeles permanecieron siempre en Secretaría, es que en las conferencias de Bayona fueron presentados por el ministro Asanza, y que allí sirvieron largamente. Si es que ya no existen, la culpa podrá ser de las manos infieles o descuidadas, que, o los sustrajeron, o los dejaron perderse.

que tardó en hacer esta gran obra, que a ninguno hasta ahora ha sido dable comenzarla sin que se venga luego abajo y lo sepulte entre sus ruinas. ¡Imposible marchar apriesa por entonces, aun dándose gran prisa, en vista de un estado donde las manos muertas poseían dos terceras partes por lo menos de la propiedad inmueble; donde el clero, materialmente más numeroso que el Ejército mismo en pie de guerra, disfrutaba de una renta más que doble de las de la Corona (121); donde para cada agricultor había seis individuos, para cada artesano sesenta y tres, y para cada negociante seiscientos sesenta y tres, que no eran nada de esto!

Toda esta gente estéril, si se exceptúan los salteadores de caminos y la turba pordiosera, vivía de empleos, de comisiones, de ineumbencias, de mandamientos, de procuras y servicios de toda especie, pertenecientes los más de ellos a los mismos ramos que necesitaban la reforma. Sin buscar su acomodo en otras cosas o prepararles otros medios de existencia, era imposible dar un paso en las mejoras deseadas de la Hacienda y en el sistema, sobre todo,

(121) Por los últimos datos de estadística que obraban en mi tiempo, el número de personas eclesiásticas de ambos sexos, seculares y regulares, en todas sus especies, se acercaba a ciento ochenta mil individuos, en una población, cuando más, de once millones, distribuida en veintitún mil ciento noventa pueblos, verificándose que había un individuo eclesiástico por cada sesenta y dos personas. Por este solo dato será fácil a cualquiera concebir y explicar la preponderancia inmensa de esta clase entre nosotros, y los sucesos casi increíbles que se han verificado bajo su influencia, en las durísimas reacciones que ha sufrido y está aún sufriendo mi querida patria, presentes los dos campos y nada decidida la victoria.

No por esto se crea que mis ideas sean hostiles al clero, ni lo hayan sido en ningún tiempo; al contrario, deseaba yo que no se concitase el odio de los pueblos y que se hiciera ciudadano. Nadie podrá estar más persuadido que yo lo estoy de la suma y absoluta necesidad de los principios religiosos para mantener la moral, y que el ejercicio de ésta tenga a Dios por motivo y por principio, en vez del interés humano, tan mezquino, tan incierto y tan innoble. Nadie tendrá tampoco ideas más terminantes que las mías sobre la conveniencia de que el clero esté

de gabelas y tributos. De aquí mi afán desde un principio por desestancar la propiedad y abrir puertas y caminos a la agricultura y a la industria; de aquí el tesón de propagar las enseñanzas y los estudios positivos que alumbran a las masas y les muestran los tesoros ignorados que están entre sus manos; de aquí mi empeño de avivar las artes y quitarles las trabas y cadenas con que las tenía cargadas tan de antiguo el monopolio.

Pero ¿se estaba en tiempo hábil todavía para atreverse a una mudanza repentina en todas cosas, para emprender una reforma radical y simultánea en donde no había nada que no necesitara reformarse? Y aun dado caso que lo hecho y adelantado ya por aquel tiempo hubiera permitido aventurarse en días tranquilos y serenos, ¿era prudencia haberlo hecho en los días peligrosos e inseguros que amagaban a la patria, días en que más que en ningún tiempo se necesitaba la unión de voluntades? Cereza se estaba ya de reparar y mejorar la vieja casa de los siglos que nos llegó en herencia, mal fabricada y medio hundida; pero urgía más, por el momento, defenderla que reedi-

dotada aún con más de lo necesario, sin lo cual no será nunca el sacerdocio una carrera de hombres sabios, especiales en ciencia y en costumbres como la Religión los necesita. Pero había tres cosas que enmendar: la primera, el exceso de sus rentas, que corrompía sus almas, que adulteraba sus costumbres, que les hacía ser hombres de la tierra, no del cielo, y les daba por cima de esto un poder exorbitante sobre las otras clases; la segunda, su introducción, o su intrusión, diré mejor, en los negocios judiciales del orden civil, bajo de cualquier título que fuera o hubiese sido; la tercera, su excesivo número. En mi modo de entender la ciencia económica, los sacerdotes, verdaderos magistrados de la moral, pertenecen a las clases auxiliares de la muchedumbre trabajadora y la ayudan a producir, si hacen bien sus deberes, inspirándole las virtudes necesarias para el mantenimiento de las buenas costumbres, el amor al trabajo, el buen uso de los bienes y la guarda de la justicia por conciencia, como un deber de ley divina; pero el número excesivo de sacerdotes y ministros causaría un gasto tan superfluo de brazos y dinero como poner cien jueces en cada Tribunal donde bastasen tres o cinco, como añadir diez yuntas a un arado donde con una habría bastante.

ficarla. Se le ponían puntales mientras tanto, se acopiaban los materiales, se preparaban los obreros, se mejoraba parcialmente y se tenía habitable y guarnecida por cuantos modos era dable. Cuanto a Hacienda, se iba saliendo como por milagro, con medios, con arbitrios y con economías y esfuerzos, increíbles para cualquiera que no se halló presente en los recisimos apuros de aquellos tristes años ni en las tareas y los desvelos que costaba haber de hacerles frente. Años de confusión y de desorden los han llamado muchos; fuéronlo de trabajos y de urgencia, hijos no del Gobierno, sino del doble peso que gravitaba en sus espaldas, como en todas partes, de la Inglaterra y de la Francia, siendo preciso defenderse de una y otra. Y, en medio de este peso, no se cargó la mano sobre el pueblo, no se añadieron más tributos, no se hizo bancarrota; se pagaron constantemente todos los intereses de la Deuda pública: si entre los acreedores del Gobierno se halló quien padeciese algún retardo, fueron sólo sus dependientes y empleados, y muchas veces el palacio.

Grandes fueron las estrecheces del Gobierno, frecuentes sus ahogos; pero su buena fe y su solicitud en atender a los empeños contraídos y sostener el crédito cuanto alcanzaban sus recursos fueron bien notorios: prueba de esta verdad, la intimidad recíproca, la entera confianza que reinó constantemente entre el Gobierno y el comercio, prestándose uno y otro sus oficios mutuos de sostén y auxilio, y uno y otro luchando contra el agio de común acuerdo, cosa muy poco vista en otras partes (122). La adversidad de aque-

llos tiempos no impidió tampoco que el Banco de San Carlos y la compañía de Filipinas repartiesen dividendos. La de la Buena Fe siguió pagando siempre sus plazos e intereses. La marina real, dedicada mayormente en los años seis y siete al resguardo de la mercante, hizo menos difícil el comercio de la América; el enemigo no hizo presas de importancia, y las que se hicieron en aquellos mares y en los del Africa y del Asia sobrepujaron a las suyas. Nuestros papeles públicos de los dos años referidos y los de la Inglaterra podrán servir de prueba a los que quieran consultarlos. No hubo fruto exportable entre los nuestros que no tuviese compradores en nuestros propios buques o en ajenos, y si la concurrencia no fué tanta que se lograsen grandes precios, no les faltó el consu-

trataba de contener el agio, de quitar los embrazos que éste ocasionaba a nuestras relaciones mercantiles en lo interior del reino y en las plazas extranjeras, de restablecer el equilibrio de los cambios y mantener la estimación de los vales-dinero que empezaban a sufrir quebranto. A este fin mostró al Gobierno la oportunidad de una medida pronta y codiciable por la cual se sacase de la circulación la totalidad o a lo menos una parte de estos vales por la vía de una suscripción o préstamo voluntario, cuyas operaciones tomaría por su cuenta el mismo cuerpo de comercio, convenidas las condiciones con la Caja de Consolidación y obrando de común concierto. Fué hecho así, como el comercio deseaba, y la suscripción se abrió bajo de estas cláusulas:

1.<sup>a</sup> Que todo capitalista que quisiese hacer un préstamo en vales-dinero, recibiría en el acto cuatro pagarés u obligaciones del comercio, que satisfaría este mismo en cuatro plazos de seis, doce, dieciocho y veinticuatro meses, con el cinco por ciento de interés al año.

2.<sup>a</sup> Que los vales-dinero quedarían depositados en poder del cuerpo del comercio hasta recibir por ellos, de la Caja de Consolidación, su valor metálico.

3.<sup>a</sup> Que el que quisiese recibir vales comunes por vales-dinero, podría hacerlo, recibiendo obligaciones del comercio por la diferencia o pérdida entre el vale común y la plata, con iguales plazos e intereses que señalaba la cláusula primera.

4.<sup>a</sup> Que estas obligaciones del comercio se podrían negociar libremente por el simple endoso.

5.<sup>a</sup> Que la Caja de Consolidación admitiría estos pagarés u obligaciones por la cuarta parte del precio en que se rematasen los bienes de obras pías y las fincas eclesiásticas

(122) Entre la multitud de datos con que podría atestiguar esta buena correspondencia y hermandad entre los intereses del Estado y del comercio, citaré uno por muestra todavía. En el capítulo XXIII de esta segunda parte dejé referido, de qué manera tomó el comercio a cargo suyo el empréstito de cien millones de reales que fué abierto en 29 de junio de 1805 para los gastos de la guerra marítima. He aquí, pues, en el siguiente año, el comercio de Madrid, entre otros muchos servicios voluntarios con que acudió al Estado, propuso él mismo y realizó el siguiente. Se



mo, por lo menos, a precios razonables. No hubo miseria adentro, no decayó la agricultura, sino, al contrario, fué en aumento, y en un aumento nunca visto; la industria hizo progresos conocidos, y la guerra marítima, tan lejos de dañarla, condujo a su incremento.

¿Se dirá que exagero? Los que recuerden aquel tiempo, si son justos, bajo cualquier aspecto que lo miren, le llamarán edad de oro, comparada con la de barro, y peor que barro, que fundaron con tan ufanas pretensiones mis furibundos enemigos. Ellos, que todo lo han gastado y consumido hasta las últimas raíces más que una larga plaga de langosta, y se han comido hasta la parte de las generaciones venideras, ellos me han argüido de peculado y de pillaje, tales como bandidos

que se vendiesen al tenor del breve del señor Pío VII.

6.<sup>a</sup> Que la Caja de Consolidación entregaría cada semana al cuerpo del comercio la cuarta parte del producto de la venta de los bienes mencionados, en aquella misma especie en que se recibiese el precio de ellos.

7.<sup>a</sup> Que la misma Caja daría libranzas sobre Méjico, Lima, Buenos Aires y Cartagena de Indias, de otras tantas cantidades como obligaciones contraería el comercio de los dos modos ya expresados, negociándolas éste por sí mismo o de concierto con la Caja, y volviéndole el excedente que hubiese en sus productos y el de la porción a que alcanzasen las consignaciones semanales.

8.<sup>a</sup> Que bajo de estas condiciones se obligaría el comercio al pago puntual de los pagarés u obligaciones que expidiese y de sus intereses.

9.<sup>a</sup> Que el cuerpo del comercio podría reducir a metálico toda la parte de consignaciones que le fuesen entregadas en vales comunes, abonando el producto de igual modo en especies metálicas.

10. Que pasados cuatro meses los vales-dinero perderían su privilegio de curso forzoso, sin que nadie fuese obligado a recibirlos en pago de letras ni en ninguna obligación a efectivo.

La ejecución de esta medida tan ventajosa al crédito y al giro fué confiada a una Junta de gobierno de entre los mismos comerciantes, elegidos por ellos mismos, a excepción de un vocal solo de la Caja. He aquí los nombres de los individuos que compusieron esta Junta: el duque de Osuna, presidente; don Luis Fernández Gonzalo del Río, don Manuel García de la Prada, don Diego Crespo de Tejada, don Lorenzo Palacio y don José Antonio de Uriarte.

que, al desgraciado pasajero a quien despojan, le dan su propio título y le llaman ladrón a boca llena. No; en el tiempo de Carlos IV, si hubo algunos que errasen en teorías de Hacienda, no hubo ninguno que pusiese mano en el caudal sagrado de la patria; y, lo que es más, aun cuando hubiese habido quien quisiera mancharse de este modo, no habría hallado materia en que cebarse. Todo se lo llevaban, y más que hubiese habido, las atenciones del Estado, los premiosos apuros de aquel tiempo, los peligros, los compromisos y las guerras, la defensa y la guarda de la España, que fué guardada y defendida en todas partes, mientras los hombres de Aranjuez no acometieron el poder que trabajaba por su guarda, y que la habría guardado o percido con honor, las armas en la mano.

Ellos me han argüido de manejos y pillaje; citen un solo hecho por el que puedan acusarme. En su mano han estado, de repente y por sorpresa, mis estantes y escritorios; ellos han registrado todos mis secretos: publiquenlos si hay algo que me dañe. Yo, al contrario, sin libros, sin papeles, sin archivos, podré citar algunos que ellos han callado porque se han visto condenados por mis obras, y ninguno ha seguido mis ejemplos de pundonor y limpieza. He aquí uno que ya lo saben muchos, que ellos mismos lo han encontrado, y por el cual el mismo rey Fernando pareció un momento desarmado en favor mío.

Iba corriendo el año de 1807, crecían nuestros apuros en la Hacienda y se multiplicaban las exigencias de la Francia. Pendiente aún la cuestión del subsidio pecuniario, resistiéndolo el Gobierno, y ya cansado de razones, apeló a la postrera, que era no tener medios de pagarlo aunque quisiese hacerlo. La respuesta fué proponernos el empréstito de Holanda. Un alto personaje de la Francia se ofreció a interponer su autoridad y sus respetos para allanarnos este paso. No me detendré, por no cansar, en referir lo que es sabido: de qué manera fué el empréstito de Holanda, cuánto fué aventajado por encima de lo que permitían las

circunstancias y cuán diferente de los que luego ha visto España bajo el postrer reinado. Este encargo fué cometido a don Eugenio Izquierdo y realizóse con la Casa Hope y Compañía, extensivo el valor de aquel empréstito a treinta millones de florines si podían necesitarse (123): la emisión de la renta fué al ochenta y ocho. De los doce restantes cobró siete la Casa Hope; los otros cinco fueron puestos en destino reservado. Izquierdo fué inducido a hacerlo así por el sujeto mismo que interpuso sus respetos: una mitad en favor de éste; la otra mitad, en beneficio mío: aún todavía me cuesta pena referirlo.

Bueno lo hecho en cuanto fué preciso para el logro del empréstito, deseché aquella parte que se quiso reservar en favor mío, y escribí a Izquierdo al margen de su carta: "Yo no admito regalos; sirvo al rey: Su Majestad me recompensa suficientemente, quede esa parte más en beneficio del Erario." Instó en seguida Izquierdo, y escribíome que, recibida ya su parte por el alto personaje que medió en aquel asunto, se podría tener por humillado y ofendido si no aceptaba yo la mía del mismo modo. "Usted sabe—me decía—cuál puede ser su influjo en bien o en mal en las presentes circunstancias." Mi respuesta era fácil, y escribíle: "No hay ninguna necesidad de que él lo sepa; hástame a mí que no lo ignore el rey. La discreción de usted sea la que le dixija del modo conveniente; después dará usted cuenta, y dispondrá Su Majestad lo que fuere de su agrado."

Izquierdo puso aparte aquellos intereses, y, convenido con la Casa Hope, hizo de ellos un depósito legal en el oficio del notario holandés Mr. Seneth. Cuando después me vió en Bayona, díjome estas palabras:

—Todo se lo han quitado a usted; pero aún existen disponibles las dos

mil acciones del empréstito de Holanda, que se hallan sin destino.

Ciertamente, en circunstancias tales como en las que yo me hallaba, la tentación era muy fuerte. Me negué, sin embargo, a aprovechar aquellos intereses, y se quedaron, como estaban, en depósito. No admitidos por mí, no había a quien entregarlos en aquel tiempo de trastorno, en que la patria estaba huérfana, sin relaciones con nosotros.

Murió después Izquierdo, pasaron años, y un sobrino suyo distrajo sus papeles, dicen que para presentarlos en la corte; pero el asunto del depósito y de la acción a aquellos intereses quedó envuelto en una especie de misterio. Venido yo a París después de muchos años, parte por favorecer a la hija de don Eugenio Izquierdo, parte también muy grande y especial para atender a mi decoro, hice practicar no pocas diligencias (las que estuvieron a mi alcance) por descubrir aquel secreto. El resultado fueron solamente algunas copias, relativas una a la cuenta del empréstito y otras a documentos del depósito, lo bastante para hacer muy más claro y evidente en este asunto mi honor, no menos que el de Izquierdo.

Supe en tanto, en 1830, que el Gobierno de España intentaba, creo, una conversión de la deuda de Holanda, y temiendo que se perdiesen aquellos intereses que se encontraban muertos u olvidados, me dirigí al embajador de España, que lo era entonces el conde de Heredia y de Ofalia, le instruí por escrito de este asunto y remitíle un duplicado de las copias que yo me había adquirido, dejando a discreción del rey que dispusiera de aquel crédito y que hiciese participante de sus beneficios y favores a quien mejor le pareciese. Fuéronme dadas gracias en su nombre, añadiéndose en la respuesta que el rey tendría presente aquel servicio para atender las reclamaciones de intereses propios que a la sazón hacía mi hijo.

Baste con este hecho, entre otros varios de semejante especie, que por haber sido tan frecuentes en la carrera

(123) Por lo que pude saber por aquel tiempo, las acciones expendidas hasta marzo de 1808 no excedieron de veintitrés millones.

de mi vida casi los he olvidado. Pero, insistiendo un tanto sobre el que dejo referido, preguntaré yo ahora si al que viéndose desterrado, en plena ruina y a merced de la suerte, falto de todos bienes propios, despreció aquellos fondos tan cuantiosos sin tener que temer ningún testigo si los hubiese recibido, se le podría juzgar menos severo en sus principios, menos pundonoroso, menos limpio cuando ocupaba en el Estado la primera altura, cuando se hallaba tan colmado de honores y de haberes y cuando ningún paso de su vida se podía ocultar a centenares de testigos.

No habiendo hallado mis contrarios, entre tanto como han gritado y han escrito, un hecho tan siquiera personal con que fundar sus invectivas y calumnias, me han atacado en globo, me han cargado los yerros que se cometieron en Hacienda en los tres años que estuve retirado del Gobierno, los dispendios que nos causaron las plagas y trabajos que llovieron sobre nosotros de lo alto durante cuatro años, y después, por cima de esto, cual si los gastos de las guerras que sostuvo aquel reinado (tres años con la Francia, nueve con la Inglaterra) y el subsidio pagado a aquella tan contra mi dictamen, no hubiesen consumido cosa alguna, han pretendido hacerme un cargo de que, adoptada la enajenación de los bienes de obras pías y de una parte de los eclesiásticos para extinguir los vales reales, no fueron éstos extinguidos sino por el valor en reales de vellón de trescientos millones solamente, y que una parte de estos fondos o productos pasaron a la Francia por el fatal subsidio, para ganar yo albricias y favores con el emperador de los franceses.

Tales fueron las cosas que escribieron y alegaron contra mí los autores de la obra ministerial intitulada *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, de que he hablado ya otras veces. Escrita ésta bajo el inmediato dictado de mis enemigos cuando reinaban a su anchura, dueños sus redactores de todos los archivos y, lo que es más, de todos mis papeles, no

encontraron más armas con que herirme sino estas pérdidas declamaciones y estos ataques desleales, más bien contra el reinado del augusto anciano, que destronaron y abatieron los que inspiraban esta obra, que contra mí, tomado por achaque para hacerle odioso y deslumbrar los pueblos, no bien sentado todavía el trono de Fernando al juicio de la Europa. No era en verdad la Hacienda asunto de mi cargo, lo he dicho muchas veces y me es forzoso repetirlo; pero defendiendo aquel reinado. Sin el recurso de las ventas que se hicieron de los bienes de obras pías y de una parte del superfluo de los bienes eclesiásticos, ¿de qué modo se habría hecho frente a tantos gastos no voluntarios, sino inevitables y forzosos, sin aumentar las cargas de los pueblos?

Tal cuentan mis contrarios estas cosas como si España hubiese estado entonces en una paz perpetua y octaviana, sin participar en nada de los trabajos inauditos de la Europa. ¡Qué dirían hoy, qué podrían responder y qué estarían forzados a contar de sí mismos los que, gozando de una paz perfecta, protegidos a un mismo tiempo por la Francia y la Inglaterra, y reposado todo el mundo, en el solo discurso de diez años, desde 1823 hasta el fin del último reinado (de su reinado de ellos), no tan sólo no amortizaron ni una blanca de la deuda pública, sino que la aumentaron, la cargaron con el horrible peso de ciento veintisiete millones setecientos sesenta mil trescientos noventa y nueve pesos fuertes; en reales de vellón, dos millares quinientos cincuenta y cinco millones doscientos siete mil novecientos noventa! (124). Y ¿cómo contarían los Tratados desastrosos, más desastrosos que la misma deuda con que arruinaron nuestro crédito, con que pusieron en cuestión la buena fe española, que era como un proverbio de los siglos? ¡Dios los ha castigado!... ¡Ojalá no, porque mi amada patria es la que está pagando estos pecados de unos pocos!

Quédame responder por la postrera

(124) Así lo rezan los estados oficiales presentados por el ministerio de Hacienda en la sesión de Cortes de 7 de agosto de 1834.

vez, y por la misma boca de ellos, a aquella acusación tan desleal hecha correr de boca en boca, con que todos mis enemigos y la engañada muchedumbre han hecho tanto ruido, aquellos propalando y ésta creyendo sus mentiras, de que gravé a la España por el fatal subsidio que fué pagado a los franceses, y de que aquel subsidio fué obra mía. En el capítulo XIV de esta segunda parte dejé contado por extenso que, para conceder alguna cosa en vez de armas, tropas y bajeles que nos pedía la Francia (indebidamente) por el Tratado de alianza hecho con la República en circunstancias diferentes, tuve ya convenido un Tratado de comercio libre entre las dos potencias, no sin algunas restricciones que nos eran favorables, medio cierto y seguro que, en mi modo de ver las cosas, no tan sólo nos habría salvado del subsidio, sino que en muchas cosas habría inclinado a favor nuestro la balanza del comercio (125). He aquí, pues, los redactores de la misma obra que he citado presentando, por zaherirme, aquel proyecto como un grande desatino, cuentan después y siguen a la letra de este modo:

“El conocimiento—dicen—de aquella transacción ya comenzada llegó con tiempo a don Pedro Cevallos para que pudiese impedirla. Representó al valido los perjuicios que debían causarse si se llevaba a efecto; consiguió vencerle (esto fué falso), y escribió a París a nuestro embajador Azara, autorizándole para tratar el asunto del subsidio sin perder momento con los ministros del primer cónsul. Hizolo Azara así con tal presteza, que cuando Beurnonville anunció a su Gabinete el consentimiento que había dado Carlos IV para la libre importación de mercancías francesas, Azara y Talleyrand habían firmado ya una Convención definitiva, por la cual rescataba España las estipulaciones del Tratado de San Ildefonso, pagando a la Francia bajo el título de subsidio la enorme suma de seis millones mensuales.”

(125) Este hecho lo encontrarán mis lectores muy detallado en el capítulo XIV ya citado, hacia el fin.

De esta suerte, mis enemigos, sin temer contradecirse, inspiradores ellos mismos de esta historia, justamente en el propio tiempo en que el mismo Cevallos, por la segunda vez, era ministro de Fernando VII; ellos mismos, repito, por pintarme como ignorante o como inepto en los negocios, confesaron al fin que el Tratado del subsidio no fué mío. De esta manera han sido todas las calumnias con que me han herido tan protervamente. El tiempo ha hecho justicia contra ellos, pero muy tarde para España.

## CAPITULO XXVIII

*Continuación del capítulo XXVII. Mi proyecto de un nuevo sistema de educación primaria fundamental y uniforme para todas las clases del Estado. Establecimiento del Instituto Real Pestalozziano. Extensión que debía recibir esta enseñanza; medios y modo de dirigirla al grande objeto de formar la razón pública. Bula impetrada del Papa para la reforma de los Institutos monásticos. Mis ideas acerca de esta reforma, y mis fundadas esperanzas sobre la cooperación del clero para la necesidad y deseada correspondencia de la educación moral, civil, política y religiosa. Dirección que debía darse con el mismo objeto a los espectáculos, fiestas y regocijos populares. Un pensamiento de leyes censorias en armonía con nuestros tiempos. Progreso no interrumpido de las letras, artes y ciencias en los años 1806 y 1807. Obras públicas continuadas o emprendidas nuevamente en los mismos años.*

Los que hubieren leído con ánimo imparcial y atentamente cuanto dejo ya escrito en esta obra relativo a estudios y enseñanzas, no podrán desconocer una intención seguida, una idea fija y nunca abandonada, que dominó en mi pensamiento todo el tiempo que fuí dueño de dirigir o encaminar la marcha del Estado. Esta idea fué un problema muy difícil, no bien resuelto todavía bajo ningún Gobierno de la Europa; es, a saber: regenerar un pue-

blo sin cometer violencia y sin turbar el orden, con el solo auxilio de las leyes. En mis primeros años, en la edad generosa que se promete el bien a manos llenas, sin presentir, ni mucho menos calcular, la resistencia que éste encuentra en los errores consagrados por el tiempo y en los intereses enemigos ya formados, me llegué a persuadir que aquella idea era una cosa fácil. Pero a medida que pasaban años sin lograr otra cosa que fracciones de luz más o menos esparcidas en las clases medias y en algunos individuos de las altas, cuando toqué por experiencia y a lo vivo la dura oposición que se formaba a mis designios, de una parte por los que todo lo tenían y lo gozaban, de la otra por aquellos que vivían de sus migajas muy contentos sin tener ninguna cosa, comprendí tristemente que se acercaba a lo imposible la solución de mi problema. Las selvas seculares de la América no ofrecen más fatiga ni requieren tareas tan porfiadas y constantes a los que intentan un descuajo y una limpia de terreno, como en las viejas sociedades la maleza y la raigambre de los tiempos. Más que esto todavía: lo que los viejas fábulas han dicho de deidades espantosas que hacían sagrados los boscajes, es una realidad en la espesura impenetrable y erizada que ha formado la ignorancia y la codicia de los hombres. Aquí sí hay grandes dioses, genios terríficos, vampiros y fantasmas colosales, que se oponen a la corta, y que cierran al sol con mano poderosa todo acceso. Los pueblos reverencian estas divinidades, piden a los Gobiernos pan y holganza, lloran y se lamentan de sus males; mas ¡desgraciado el que se atreva, para dar lo que desean, a profanar los lucos de sus dioses!

Yo conocía el peligro que arrostraba; mas no cedí de mi propósito. Los ojos de desistir, ni de aflojar en lo que estaba ya empezado, me resolví a guiar más adelante y a probar mejor fortuna. "No, se ha hecho lo bastante —me decía yo a mí mismo— con establecer escuelas de primeras letras hasta en los últimos rincones de la España; para salir de su abyección y su ig-

norancia no es bastante a la inmensa muchedumbre saber leer, escribir, contar, medir y hacer dibujos: necesita también saber pensar, y esta necesidad se ha descuidado por todos los Gobiernos. Sin que se enseñe a todos a juzgar y a discurrir por obra propia suya, valdría mejor no enseñar nada; porque una de tres cosas: o los que quieran oprimir los pueblos harán de las lecturas que les dieren o permitan un instrumento más de corrupción y servidumbre, o los que quieran levantarlos y promover trastornos les ofrecerán escritos peligrosos, o si el Gobierno deja libertad para que escriba cada uno como quiera, y se alimente el público con ideas y principios divergentes o contrarios, vacilarán los ánimos y pararán al fin en un escepticismo deplorable, destructor de toda regla de conducta. ¿Por ventura no podrá darse tal modo de enseñanza, que nuestra inteligencia oficie y obre por sí misma, y se ejerza y se adiestre de tal modo que ni los libros ni la voz ajena perviertan nuestro juicio, y que en las cosas esenciales a la virtud humana vea claro todo el mundo? ¿No podrá darse un método tan eficaz y tan fecundo que el uno dé sus frutos, y el primero de todos sea la lógica, no aquella de las aulas, sino la del espíritu, la que debe nacer y nace siempre del ejercicio natural, bien procurado y dirigido, de sus potencias y sentidos? La vista del espíritu, clara, limpia, derecha y puesta bien en hito, ¿no hallaría con certeza la figura de lo bueno, de lo recto, de lo justo y de lo útil, como la vista de los ojos distingue los colores y las formas y bellezas de los objetos materiales? Y al aliciente y al ehicanto que la verdad produce por sí misma aun cuando esté desnuda, ¿no convendría añadir el aparato externo, que le diese también entrada por las puertas de la vista y el oído? ¿No convendría también ejercitar el corazón al mismo tiempo que el espíritu, desenvolver su amor al bien con excitantes poderosos y dar calor e impulso a las virtudes naturales, civiles y políticas, como la religión lo hace eo lo divino, encadenando los sentidos por la gran-

deza y por la pompa de sus solemnidades y espectáculos? Obrar así, ¿no sería un medio de avivar la marcha lenta de los tiempos, y de una misma andada formar los hijos y los padres, los primeros por la enseñanza y los segundos por contacto? ¿No se ve a cada paso en las familias que el amor a los hijos, cuando éstos vuelven educados y gloriosos a su seno, hace a los padres sus prosélitos, y que la casa entera transforma sus ideas y las refunde en la turquesa del hijo que se adora? La patria, misionera de los hijos; los hijos, de sus padres y parientes, ¿no se podría lograr en poco tiempo la educación completa de un gran pueblo?"

Anhelando, pensando y confiriendo acerca de esto con hombres especiales, que buscaban el bien sinceramente y que alentaban mis deseos, la primera disposición fué encomendar a los ministros residentes en las cortes extranjeras, y a los sujetos que viajaban por cuenta del Gobierno, que buscasen prolijamente y remitiesen cuantos métodos de enseñanzas populares se encontrasen en boga y mereciesen más estima entre los sabios de la Europa. Mientras tanto se registraban nuestros autores nacionales, y se extractaba y resumía cuanto se hallaba al caso en nuestra Historia, en nuestras leyes, en nuestros reglamentos y ordenanzas y en multitud de escritos y memorias, algunas muy preciosas, hacinadas en los archivos, no pocas de ellas bajo llave y entredichas las mejores, que contenían muchas verdades y lamentos. Y, cosa digna de notarse, los escritos más rancios de tres y aun cuatro siglos coincidían con los más nuevos en reclamar las bases y los medios de una enseñanza fructuosa, que al sentimiento religioso juntase el de la patria, casi olvidada en las escenas.

Trabajóse constantemente; fué nombrada una comisión de hombres sabios y celosos, que confiriesen a su anchura y presentasen sus dictámenes (126); llegaron las noticias y los

planes que se habían pedido de los países extranjeros, y, comparado todo y discutido largamente, la comisión, unánime en sus votos, prefirió las ideas del sabio Pestalozzi. Hecha consulta al rey de aquel dictamen, y obtenida su soberana aprobación, se puso mano a aquella empresa, y se le dió principio por un ensayo felicísimo.

Mucho había que tratar y disponer para llevar a cabo aquella obra y darle la extensión que yo me había propuesto; mas, sin embargo, en poco tiempo se hizo mucho. El presbítero don Juan de Andújar, uno de los literatos de la comisión que fué nombrada, había ya traducido las cinco obras elementales de Enrique Pestalozzi, e hizo presente de ellas por mi mano al Instituto. Otro individuo de la misma comisión y de igual celo, don Eugenio Luque, presentó también la traducción del *Manual de las madres*. Don José Doebely, profesor del Seminario Cantábrico, y don Francisco Voitel discípulo del mismo Pestalozzi y capitán primero del regimiento de Wimpfen, facilitaron lo demás, que concernía a la lectura, a la escritura y a las lenguas.

Dióse principio de este modo a la enseñanza por el nuevo método, mientras se trabajaban otros libros bajo igual sistema para enseñar la religión, la historia, la moral, las leyes patrias, la economía política y las reglas también y los preceptos higiénicos, necesarios a todo el mundo para arreglar la vida y conservarla; todo esto en manuales adecuados a su objeto, en elementos sumarisimos, en estados sinópticos, en nociones analizadas, en resultados positivos, lejos las abstracciones, las voces y palabras sobre hechos conocidos, antes de definir ninguna cosa; las realidades, lo primero; después, los signos convenidos para pensar y discutir acerca de ellas. Los que conocen este método podrán decir de qué manera desarrollan las facultades del espíritu, cómo se aprende a ver, a oír, a palpar, a sentir, a percibir exactamente, a fijar las ideas, a discernir sus relaciones, a colocarlas, a engarzarlas, a asirlas fuertemente y a convertir en

(126) El presidente de esta comisión fué el digno magistrado consejero de Castilla don José María Puig.

sensaciones las verdades más abstractas.

Pocas cosas hay más abstractas que los números. ¡Cuántos que saben bien la aritmética y el álgebra cuentan como por arte de mecánica, sin concebir cómo han obrado, sin poder dar razón de lo que hacen, como el que toca un organillo sin más que dar la vuelta a una cigüeña! No así el alumno de esta escuela: lo que hace lo ve adentro por sus ojos, y de las cosas comprendidas por la vista, por el oído o por el tacto, va a los signos, y sabe lo que valen, qué es lo que representan y cómo se han formado. De aquí el gusto, el encanto de los niños, la afición con que aprenden, la prontitud con que ejecutan y el movimiento y el ardor que toman ellos mismos para ir más adelante, para ganar terreno, para andar un camino que se brinda sin maleza, sin quebradura, sin tinieblas, siempre a la luz de los sentidos. ¡Qué ganancia de tiempo, del tiempo tan precioso y tan escaso de la vida!

Yo lo vi; no hablo de oídas, ni copio ningún libro: niños de cuatro a cinco meses de enseñanza fueron puestos en una prueba de este método a resolver problemas y ecuaciones de segundo grado, con alumnos que se habían traído de la misma escuela del Observatorio. Estos llevaban ya dos años, y calcular era su hábito continuo. De la una y otra parte fueron resueltas las cuestiones; mas los pestalozzianos, sin más pluma ni más arte que las rayas de sus tablas, superaron en prontitud a los que calculaban por el método ordinario en las pizarras. Lo que admiraba más era ver niños que aún no sabían leer y resolvían también estos problemas. Esto lo hacían como jugando, divertidos en el trabajo, deseados de ejercitar su entendimiento y de encontrar verdades, como otros de su edad no encuentran fin de entretenerse con brinquillos y muñecos. No es suficiente leer los libros del ilustre Pestalozzi para entender su método y conocer su alcance. Se necesita ver su ejecución, y, por decirlo así, estudiar

y conocer también por intuición (127) aquella magia de su arte. Esta manera de enseñanza daba la regla y el manejo del espíritu en los demás estudios: en cualquier ramo de las artes y de las ciencias, aun en las cosas más abstractas, se encaminaba siempre de los hechos a sus resultados en ideas generales, y la palabra propia, que les debía servir de signo, era lo último.

Imposible el engaño, y la mentira o la sorpresa, con personas enseñadas de esta suerte: educado así todo un pueblo, podrían tener lugar las disputas de intereses, pero no las de opiniones en materias accesibles a la capacidad de nuestro espíritu, porque el giro del pensamiento sería uno mismo en todos, y sobre aquellas cosas que son ciertas en lo abstracto, y sobre cualesquiera deducciones y subidas de unas ideas en otras, vería justo cada uno en su interior como en las cosas materiales y sensibles. Aun las disputas de intereses serían menos frecuentes en los pueblos educados de esta suerte, porque la exactitud del juicio regulariza los deseos y modera y corrige las pasiones. "Dadme—decía Leibniz—un pueblo de una misma lengua bien perfeccionada, en que se hallare convenido exactamente el valor de las palabras, en las que no quedare inteligencia alguna ambigua, donde los signos no vacilen ni puedan confundirse unos con otros; este pueblo será el más justo y el más sabio de la tierra."

Esto en cuanto al espíritu. *Una alma sana en cuerpo sano* fué el antiguo programa de los sabios entre los griegos y romanos, para advertir la parte de enseñanza que necesita el cuerpo si se desea que el hombre sea perfecto. Pestalozzi tomó a su cargo rehabilitar este programa legado de lo antiguo.

(127) Por esta palabra, tomada del latín, denotaba Pestalozzi la interior representación, viva, distinta y clarísima, de los objetos que han hecho una impresión en los sentidos corporales. La instrucción *intuitiva*, nombre que ha dado a su sistema, es la que facilita a los niños *mirar, ver y palpar* cuanto se les enseña en los ramos que son susceptibles de esta preciosa ventaja; y en los que no lo son, el buscar cuanto es posible la *evidencia*, de una manera aproximada.

puesto en olvido y descuidado tanto que causa asombro en nuestros tiempos. Hacer pacatos a los niños, muy silenciosos, muy medidos, muy tímidos y humildes, muy hipócritas; mantenerlos inmóviles todo el día, hacerles un pecado de la viveza y la energía de los primeros años, obligarlos a ser poltrones y convertirlos en autómatas; he aquí la educación de nuestros tiempos, con muy pocas excepciones; he aquí el ensayo de la vida activa, corporal, emprendedora, hecha a la fuerza y al trabajo que requiere la mayor parte de los hombres. Vióse en España por primera vez la educación del cuerpo hermanada con la del alma, los recreos convertidos en ejercicios militares y gimnásticos, el atambor y el pífano en vez de la campana, los cantos religiosos y monárquicos en vez del rezo triste y monótono de un mal compaginado catecismo, y los paseos históricos, y los paseos sentimentales y cristianos en vez de las salidas dos a dos con las manos cruzadas, la vista por el suelo y el escolapio a la cabeza con la caña.

Todo era acción en esta escuela, todo tenía grandeza y todo daba estímulo. Los objetos de la enseñanza se remudaban con tal arte, que a una tarea que se acababa, la que venía detrás era como una especie de descanso. Trabajo del espíritu y trabajo del cuerpo, todo era grato a los alumnos como un juego deleitoso; y a saber se jugaba, y jugando aprendían a ser fuertes y varoniles, a vencer los peligros, a superar obstáculos, a no temer ninguna cosa sino el crimen y el descrédito, a codiciar la gloria, a buscarla en las realidades, en el común provecho, en las virtudes productivas y en el servicio de la patria. La religión entraña en todo esto como una parte esencialísima, y la enseñanza de ésta en toda la pureza de sus fuentes y en su principal objeto, que es la moralidad de las acciones (128).

Tal fué esta fundación, de la cual no creo que habrá ninguno, ni que desprecie los designios que me propuse en ella, ni que los llame veleidad ni capricho de un momento, visto el afán con que la puse en obra y la constancia y el tesón con que hasta el fin fué proseguida. Mi objeto bien sabido fué hacerla general en todo el reino y criar por ella ciudadanos. Entre tantos cuidados y entre tantas contrariedades y aflicciones, unas de afuera, otras de adentro, que oprimían mi espíritu, yo no perdía esperanza; tenía gran fe en mi patria, y tal pensaba acerca de estos medios de preparar los ánimos, y levantarlos a la altura, y más arriba, de otros tiempos, cual si aquellos en que me hallaba fuesen del todo favorables, a mi intento, cual si todo estuviese mar en leche.

preciosos catecismos, uno, en grande, para los maestros, y otro, en suma, para los niños, que trabajó a mis ruegos y que me dedicó el sabio carmelita fray Manuel de San José, con este título: *El niño instruido por la divina palabra en los elementos de la Religión, de la Moral y de la sociedad humana*. Algunos de los que leyeron este título preguntaron si era algún catecismo de protestantes. Mas ¿por qué? "Por dos razones—respondían—: la primera, porque hablaba de moral y sociedad humana; la segunda, porque era el catecismo destinado a la fundación pestalozziana." ¡Y he aquí el autor de este libro era nada menos que ministro del Consejo Supremo de la Inquisición del Reino! Era empero aquella obrita el primer catecismo, cristiano a un mismo tiempo y filosófico, que se publicaba en España para la mejoración de esta parte tan necesaria de la educación de la infancia. Todo el dogma era propuesto en él bajo sus aplicaciones a la moral, repartida ésta y tratada en su división, tan conocida como natural, de los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y con sus semejantes. Veinticuatro lecciones tan sublimes como sencillas, puestas al perfecto alcance de los maestros y de la primera edad, presentaban todo el sistema de la fe y las costumbres cristianas, deducido inmediatamente de las divinas escrituras. Un libro de este mérito debía ser atarado, y lo fué en gran manera por los enemigos de las luces. Carlos IV. rey piadosísimo, pero no fanático, sabedor de estas intrigas, dió entonces su Real Decreto de 9 de marzo de 1807, autorizado y mandado publicar en sus Consejos de Castilla e Indias, por el que fué ordenado a los maestros de primeras letras que comprasen aquel catecismo y enseñasen por él en todos sus dominios sin ninguna excusa, pena, de lo contrario, del perdimiento de sus títulos.

(128) A los que calumniaron en España la institución pestalozziana y la llamaron institución gentilica, en el tiempo en que ya vivimos no les debo dar respuesta. A los que la tacharon de que se descuidaba en ella la enseñanza religiosa, los enviaré a que lean los dos



Para hacer cierto mi propósito me puse al frente de esta empresa; para que fuese mía del todo y nadie me estorbare le di un carácter militar al Instituto, y por que nadie corrompiese o alterase aquel sistema de enseñanza, para guardarle a un mismo tiempo de enemigos y pedantes, que le pudiesen dar descrédito, prohibí que nadie lo enseñase sin haber venido a conocerlo y practicarle en el estudio y en la prueba que se hacía en la corte debajo de mi vista. Establecida, en fin, aquella escuela con copia de maestros, sin perdonar ningún dispendio, y franquendo de mis propios fondos lo que no alcanzaban los medios del Estado destinados a este objeto, dándole de este modo un aparato de lujo y de grandeza que atrajese y produjera afecto, hice llamada a los Ayuntamientos, a las Sociedades Patrióticas y a los principales cuerpos literarios, pidiéndoles maestros y, a más de estos maestros, personas distinguidas en las letras y las ciencias, que concurriesen a aprender o a presenciar el nuevo modo de enseñanza que iba a comenzarse, y que volbiesen instruidos a propagar, a establecer o a proteger aquel sistema en las provincias. Hasta cien individuos de estas clases, personas las más de ellas muy notables por su posición social, por sus talentos y su ciencia, pudieron recibirse; no fué posible admitir más en el momento, porque faltaba espacio y porque un gran concurso inmoderado podía dañar a la enseñanza.

La escuela comenzó con un gran número de niños, con unos treinta y seis maestros de primeras letras y con los cien *discípulos observadores*, cuyo modesto título eligieron las personas recibidas de Madrid y las provincias (129). Más hice todavía: procuré un grande ejemplo y un estímulo más fuerte; la enseñanza pestalozziana entró en el Real Palacio. Carlos IV se dignó honrarla, mandándola adoptar para el infante don Francisco, que aún se halla-

ba en edad proporcionada. El coronel don Francisco Amorós, jefe primero del Instituto, fué nombrado preceptor del real infante, y el domicilio real hízose por tal modo como un anejo de esta escuela. Aún no contento el rey de honrarla de este modo, mandó ponerle compañeros de este estudio, y se eligieron de su orden varios niños de familias beneméritas, de padres militares mayormente, y por primera vez se vió en España al hijo de un monarca educado en común con hijos de su pueblo.

Los efectos de esta enseñanza se conocieron plenamente en los exámenes que fueron celebrados en los días 10, 11 y 13 de noviembre de 1807, tiempo ya harto nublado y proceloso para gozar aquel contento. Los del augusto infante y sus colegas de este estudio se tuvieron en el Real Palacio. El rey quedó complacidísimo, y se afirmó en el juicio que tenía formado del ilustre institutor de Stants y de Iverdun. Yo hacía por aquel tiempo traducir las *Lecturas de Lienhard y de Getrudis*, que escribió aquel sabio, amigo de los campos, y según me iba llegando el manuscrito a trozos lo leía a Carlos IV. Su corazón se deleitaba en esta obra; no una vez sola, sino muchas, le vi saltársele las lágrimas leyéndole aquel libro.

—¡Oh mis pueblos, mis labradores! —me decía una noche—. Ellos han sido siempre mi objeto predilecto. Mucha parte presentía yo de las cosas que has leído; mas yo no sabía tanto sobre las privaciones y trabajos que padecen esas clases laboriosas, que mantienen el Estado. ¡Date prisa en hacer llegar a las aldeas las enseñanzas de ese sabio; que se imprima esa obra y que circule; que se remedien tantos males; que no me muera yo sin que los campos sean felices! (130).

Confirmóse en seguida el Instituto. A los discípulos observadores, que de su propia voluntad se sujetaron al exa-

(129) Esta escuela central y normal del Instituto real pestalozziano fué abierta con gran solemnidad, en las Casas Consistoriales de Madrid, en 4 de noviembre de 1806.

(130) No estoy bien cierto si se llegó a imprimir aquella obra, pero el manuscrito fué enviado a la Imprenta Real, mandándose darla a la luz pública con preferencia a otras muchas que estaban encomendadas.

men y acreditaron su instrucción, se despacharon hasta setenta títulos de instructores o maestros. Húbolos de todas clases: militares, eclesiásticos, profesores de letras y de ciencias, y muchos caballeros de clases elevadas, que partieron decididos a fundar y a pagar aquel sistema de enseñanza. Esta grande obra pedía tiempo, y vino el mes de marzo, que destruyó todas las cosas. En algunas capitales se había ya planteado el Instituto: en Santander, en Tarragona y creo también que en Cádiz y en Sanlúcar. Seguía en Madrid y preparábase en Granada, en Sevilla, en Barcelona y en Valencia. Tres años más habrían quizá bastado para establecerlo en todo el reino (131).

¡Cuántas y cuántas cosas estaban ya previstas y dispuestas! Para llegar a mis designios no juzgué yo bastante esta mejoración de la enseñanza; era preciso resguardarla y asegurarla en sus efectos contra las influencias que podían neutralizarla y malograr su fruto. La enseñanza general del pueblo no se hace sólo en las escuelas de primeras letras; hay otra escuela permanente, que influye más que todas, y es la religiosa: escuela necesaria, escuela indispensable, pero escuela destructora si se encuentra en contradic-

ción con la enseñanza del Estado y con la marcha de los tiempos. Ella es la que nos lleva desde la cuna hasta la tumba, presente siempre a los sentidos y al espíritu. Su poder es divino; ninguna cosa puede en contra de ella entre la muchedumbre a quien consuela y sostiene en las amarguras de la vida; y desgraciado el pueblo a quien le falte este sostén y este consuelo. Una de las señales más palpables de la divinidad del Evangelio es de estar hecho y concebido para toda suerte de Gobiernos, para todas las situaciones de los pueblos, para todas las circunstancias de los tiempos, simple, llano y tratable con los pueblos rudos, sublime y grande con los cultos, inspirador allí y aquí de las virtudes, que, preparando la otra vida, entulzan la presente, y la hacen soportable. La ignorancia, la servidumbre y la miseria del espíritu no están escritas en sus páginas; mucho menos el interés, el tráfico y el logro de los que las enseñan.

El mayar sacrilegio que puede cometerse en este mundo es negociar con las ideas divinas y trabajar con ellas no en beneficio de los pueblos, sino en ganar la vida y convertir en lucros temporales la dirección de las conciencias y la enseñanza religiosa. He aquí la grande llaga que pedía remedio entre nosotros, y requería un remedio tal que no causase estrago; yo juzgué que era dable, si no sanarla enteramente, apartar de ella la gangrena. Hice pedir al Papa, y fué obtenido, un breve de visita y de reforma de las órdenes monásticas, cometida su ejecución al arzobispo de Toledo, con facultad de delegar a los demás obispos. Nuestro clero seglar se mejoraba entonces a ojos vistas: se consiguió en mi tiempo, en casi todas las diócesis de España, sacar de mercenarios a los curas y erigir las iglesias parroquiales en curatos propios, provistos en concurso. Esta medida comenzaba lentamente bajo el anterior reinado; se apresuró y cumplióse en el de Carlos IV, con muy raras excepciones. De esta suerte se abrió la puerta a la instrucción, al pundonor y a la decencia en las iglesias. Se hicieron dotaciones abundantes: los hom-

(131) Este Instituto no pereció del todo en la borrasca de 1808. Un hombre generoso y resuelto que había yo puesto a su cabeza y que en pocos días le hizo marchar a plenas velas, recogió y libró del naufragio alguna parte suya, encontró amparadores, y la hizo prosperar y brillar en el suelo hospitalario de la Francia. ¡Quién me habría dicho a mí, cuando se comenzaba en España esta grande obra, que otra nación más dichosa sería la que sacaría fruto de ella, y que la misma tierra que era el centro de las luces y que tenía sobrado de su propio fondo para repartir y dar en todas partes, aceptaría y se haría propia suya, no tan sólo una parte de esta obra, sino también el mismo obrero! Don Francisco Amorós, uno de los patricios más celosos que ha tenido España, ha sido el fundador del Gimnasio Normal parisiense, costeado por el soberano de la Francia y sostenido todavía con general aplauso, después de tantos años bajo los tres reinados que después se han sucedido. Este digno español lo ha organizado en todo el reino, y no tan sólo es director del Real Gimnasio Normal de París, sino inspector general de los demás Gimnasios militares que han sido establecidos en los departamentos y en los Cuerpos militares.

bres de carrera no desdenaban ya estas plazas. Eran muy pocos ya los párrocos que no ayudasen al Gobierno y no tomasen parte activa en los negocios e intereses de la patria.

No, empero, así los frailes, y en especial los mendicantes. Yo diré mis ideas acerca de esto. ¡Tal vez que sea ya tarde! Seculares o regulares, los ministros católicos son jueces soberanos sin inspección de nadie, en cuanto dice relación a las conciencias: ¡poder grande, poder inmenso, poder incalculable! ¿A quién se habrá de confiar una magistratura de tan largo alcance, de tan entera independencia y de un poder tan absoluto? ¿Qué se vería en el mundo y qué podría esperarse si los que juzgan en los Tribunales no tuviesen por dotación sino limosnas voluntarias recibidas de los mismos pleitantes, o de los mismos reos, en favor o en contra de los cuales habrían de dar sus fallos? Y aun así quedaría el freno todavía de la publicidad de sus sentencias y el de otros Tribunales adonde se apelase y en los que fuesen revisadas.

He aquí, pues, los confesores son verdaderos jueces, y a más de jueces, consultores, directores y maestros de los pueblos no en Tribunales manifiestos, sino secretos y velados bajo un misterioso impenetrable; sus sentencias y sus consejos y doctrinas son miradas como respuestas de Dios mismo, en cuyo nombre fallan y cuyas veces hacen. Las opiniones de los pueblos, su moral, su conducta, la dirección de sus acciones hasta en lo más secreto y lo más íntimo, lo humano y lo divino, todo está allí sujeto a aquella especie de dictadura religiosa; lo que no aviene ni concuerda con el dictamen superior de estos árbitros divinos es tenido por corrupción, por impiedad, por vanidad del mundo, por extravío del alma y por camino del infierno. He aquí funciones superiores a todos los poderes de la tierra: en pos-trer resultado, aquel que manda las conciencias, manda al pueblo; y desgraciado el que luchare en contra; su perdición es cierta. ¡Y este poder tan grande será ejercido en cuerpo por los que vivan de limosnas y no tuvieren otro medio de existencia que la mano liberal de los

que vienen a pedirles la absolución de sus pecados y su guíaje en este mundo para el cielo!

El Estado toma los hombres en conjunto; mas la Iglesia uno a uno; su escuela es cotidiana, y el hombre es suyo a toda hora. ¡Cuáles deberán ser los que posean una influencia de esta clase, los que ejerzan un ministerio de este orden! Pues que los ángeles no vienen a ejercerle, y los medios humanos son precisos, buscadles garantías, o legisladores de la tierra, y no dejéis al hombre solo. Dotad los sacerdotes convenientemente, dadles medios para que vivan con decoro, no opulentos, pero sobrados, lejos de la miseria tentadora; haced que sean apetecibles esas magistraturas religiosas, que acudan a llenarlas los que hubieren gastado un capital crecido en educarse, aquellos que ofrecieren las prendas de la ciencia, del honor heredado u adquirido, de la moral cristiana verdadera y del amor probado de la patria. Por Dios y por los hombres, no entreguéis la religión a *sans culottes*, de cualquiera especie que éstos sean: ¡harta experiencia está ya hecha!

Mi intención fué apartar la mendiguez del santuario; la moral en sus manos no podía ser tratada con pureza, la vitualla era precisa, y la piedad no podía menos de convertirse en medio de ganarla y de ganar las demás cosas. Esta sagrada industria la hacía más necesaria la inmensa concurrencia; no se trataba de unos pocos; la Orden sola de San Francisco, en sus varias familias y colores, aun ya disminuída de lo que fué otras veces, contaba todavía en España (no hablo aquí de ultramar) setecientas y sesenta casas y veinticinco mil vivientes de limosna, *victitantes precario*, sin ninguna otra industria que la religiosa, sin más bienes que el bolsillo de los pueblos. Y he aquí luego las otras religiones mendicantes calzadas y descalzas, que aunque tuviesen bienes las más de ellas, se hacían un suplemento de las limosnas de los fieles, lo primero para salvar la mendiguez, que era esencial a su instituto; lo segundo, para aumentar sus convinencias y hacer más numerosas sus familias. Y todas existían

con desahogo, la que menos al ir saliendo, y a ninguna faltó pan blanco y buen carnero aun en los tiempos más plagados de carestía y miseria. ¡Providencia! ¡Milagro!, decían muchos; obra humana, decía cualquiera que tuviese buen sentido y que siguiese paso a paso las andadas y manejos de estas turbas.

Cosa difícil era, muy difícil, reformarlas, pero no imposible. De los hombres de pro más señalados en ciencias y en virtudes, de que había muchos entre ellos, y de la gente anciana, donde la situación local lo hubiese permitido y la necesidad del pueblo lo habría mostrado conveniente, se habrían formado colegiatas parroquiales con sujeción a los obispos y mantenidas con los diezmos. De otros de estos ministros se habrían abastecido los hospicios, las prisiones, los presidios y las casas penitenciales que habrían podido establecerse en sus conventos mismos. ¡Qué misiones más provechosas que las de adoctrinar a tantos desgraciados, de enmendar sus costumbres, de habituarlos al trabajo y de volverlos remediados a la patria! Todo esto había de hacerse sin limosnas, sin cuestas, sin demandas de ninguna especie, a expensas, igualmente, de las rentas decimales (132). De los otros, en fin, de gente en buena edad, se habrían formado misioneros para nuestras Indias, donde vagaban al contorno de nuestras posesiones millares de millares de naciones bárbaras sumergidas en las tinieblas del espíritu y en todas las miserias y desdichas de la especie humana.

(132) Con el diezmo sobraba para todo, una vez hecha, como era necesaria y habría sido realizada, una gran reforma en sus distribuciones, mandándose además entrar en su gran masa las usurpaciones que sufría esta renta, y tanta parte de ella que se hallaba malamente distraída desde los siglos anteriores. La supresión de aquel impuesto no era conveniente bajo ningún respeto, mientras no pudiera asentarse un sistema general de contribuciones que bastase a todo, y que además fuese agradable a la nación entera. Se sabe bien que esto no es dable hasta tanto que la ilustración general y el estado de la industria y la riqueza pública hayan llegado a aquel término dichoso en donde caben las refor-

¿Habría sido por caso tiranía enviarlos a estas gentes, hacer sonar el Evangelio y prodigarlo en las regiones que la divina Providencia había puesto en nuestras manos, ganar para España y para el cielo aquellas miserables catervas? Véanse las estadísticas de las regiones de la América y habrá de qué asombrarse mirando aquel olvido y desamparo en que de parte nuestra se encontraba la propagación del Evangelio, con dos o tres millones por lo menos de paganos a nuestras mismas puertas; mientras entre nosotros estaban apiñados y sobaban y dañaban tanto número de apóstoles caseros y de profetas sedentarios. ¿No se podrá decir de aquellos pueblos y regiones lo que Jesucristo dijo: *messis quidem multa, operarii autem pauci*? He aquí, pues, sin dirigir a Roma aquel sobrante, cual se hizo en otro tiempo duramente con los jesuitas, un medio bien humano, bien cristiano y bien político de aliviarnos el peso de las religiones mendicantes: y una obra de justicia, pues que una parte, y no la más pequeña de estas fundaciones religiosas, se hicieron en España con caudales adquiridos en sus Indias. Y aun hoy es, y perdido cual ha sido el continente americano, aun en aquello poco que ha quedado de las inmensas posesiones de las Indias españolas, habría de qué ocupar, con gran provecho de la Patria, millares de operarios, que, extendiendo la luz del Evangelio, aumentasen también los intereses nacionales y agradasen e hiciesen cierto lo que podría perderse. Las islas Filipinas podrían llegar a ser un manantial inagotable de riquezas que socorriese nuestro suelo, si se

más radicales de este género. Cuando un pueblo no está maduro para ellas, todos los impuestos nuevos son mal recibidos, por más que se le quiten o se reformen los antiguos; tan poderoso y ciego es el dominio de las viejas hábitos. Tenía el diezmo, por otra parte, en su favor que era un tributo religioso. Destinado tan sólo a mantener la Iglesia, a la enseñanza, al cuidado de los pobres y a los establecimientos de beneficencia, no podía menos de pagarse de buena voluntad, tanto más si se añadía una administración severa de esta renta y una esclarecida intervención del Gobierno en su modo de percepción, en su manejo y su destino.

atendiese a ellas cual merecen, cual podrían atenderse de presente faltando las Américas (133).

De entre más de mil islas que llevan aquel nombre, ninguna, ni aun Luzón, se encuentra poseída enteramente por nosotros. Lo interior de esta isla, y su costa oriental, lo ocupan tribus bárbaras y atroces. En Samar, otra de las más grandes, la mayor parte es poseída por indígenas incultos y enemigos nuestros. Otro tanto se ve en Leyte, en Zebú, en Negros, en Panay, en Mindoro y otras muchas de las más feroces, donde tenemos solamente algunos litorales. En Mindanao, que es la segunda en extensión y en importancia, tenemos tres pequeños territorios, ocupado lo demás de ella y poseído con entera independencia por un pueblo de corsarios y piratas que forman un grande estado con título de reino. En otras no tenemos parte alguna; el grupo de Soulou se ha convertido, por decirlo así, en un Argel de la Oceanía. En la parte oriental aún nos quedan también las islas Marianas, no indignas de atenderse. He aquí, pues, un ancho campo todavía donde podrían labrar con gran suceso en lo divino y en lo humano las empresas de misiones dirigidas y organizadas con acierto, campo por descuajar, pero de mucho premio, donde podría lucir, y hacer también fortuna, la juventud activa y saludable de los religiosos mendicantes, cuyo principal oficio es propagar el Evangelio, campo, en fin, donde podría fincar y establecerse largamente, como en el Paraguay lo hicieron con tan ventajosos resultados los misioneros jesuitas. Hecha está la experiencia; los indígenas de estas islas, luego de convertidos, adoran a los sacerdotes y los sirven como a dioses. Lo que allí falta es abundancia de ministros: los pocos religiosos

(133) Una gran parte de los productos del suelo español y de su industria tienen una salida ventajosa en los mercados de aquella parte del mundo, y con especialidad el hierro, el cobre, el plomo, los azúcares, las armas de fuego, los vinos y los aguardientes, el papel, los espejos, la quincalla, los relojes, los tapetes, etc.

que al presente existen son felices (134).

De este modo pensaba yo en cuanto a las religiones mendicantes; no así de las demás, cuyos conventos y familias diferentes vivían de rentas propias, sin pedir limosna o sin necesidad de recibirla. Los religiosos que subsisten de sus propios fondos equivalen en realidad a pequeños propietarios asociados que viven en común del cultivo o del arriendo de sus rentas; útiles al Estado doblemente, lo primero como productores, lo segundo como ministros o empleados de la Iglesia que no le cuestan nada. En las reformas intentadas ya otra vez antes de ahora, y cuando se trató tan sólo de disminuir los regulares, tuvieron que sufrir mayor rigor los monasterios y conventos que existían sin ser gravosos a los pueblos, que los que subsistían enteramente de limosnas, o, lo que es lo mismo, en sus efectos, de prestaciones o tributos. No se advirtió tal vez que las comunidades propietarias que vivían de sus rentas solamente no le costaban nada al pueblo, y que en vez de costarle, producían y añadían, más o menos, una parte a la riqueza pública; mientras los mendicantes, que hacían el mayor número, consumían en valores de limosnas (gran parte de ellas sonsacadas) cuanto era necesario para vivir cumplidamente, mantener y agrandar sus edificios, sufragar a los gastos, no humildes o inferiores, de sus templos, proveer también a sus necesidades religiosas, y hacer ricas y opulentas ciertas plazas de sus superiores (135). Las religiones mendicantes que carecían de bienes no tenían nada que tomarles;

(134) En la actualidad misma en que escribo estas cosas, me han asegurado personas fidedignas que hay dos Comisiones de las Repúblicas del Perú y del Río de la Plata, una en Francia y otra en Italia, para reclutar religiosos misioneros, de que se tiene gran falta en aquellas regiones. Las mismas personas me han asegurado que estaban ya apalabrados a este fin hasta unos quinientos religiosos.

(135) El generalato de San Francisco (todo el mundo lo sabe) no bajó nunca del valor, en buena moneda de oro, de doscientos mil ducados. Nadie ignora tampoco lo que valían los comisariatos de Indias y de los Santos Lugares, ¡y todo era limosna!

mas no se calcularon las inmensas sumas que salían del pueblo cotidianamente para mantener aquellas turbas pordioseras, verdaderos valores que, percibidos en impuestos bien reglados, habrían bastado ciertamente para extinguir la Deuda pública en plazos no muy largos; todos los bienes juntos de los regulares propietarios no habrían podido dar en rentas anuales la mitad del valor de las limosnas que consumían los mendicantes.

Justo y sano pensamiento, lo primero por los derechos inconcusos e innegables del poder supremo del Estado; lo segundo, por la firmeza que a estos derechos añadía la concesión del Papa, justo y sano que las necesidades extremas y premiosas de la Hacienda pública se socorriesen con los bienes que se viese ser superfluos a estas casas; justo y bueno también el reducir su número si se encontraba que eran muchas; pero ir más lejos de esto, jamás habría cabido en mi cabeza. En estas casas propietarias entraba menos plebe que en las mendicantes; las más de ellas se distinguían por la moderación de sus principios y doctrinas; rara vez era visto que sus miembros enredasen las familias o intrigasen en los pueblos; reinaba en ellos cierto fondo de honradez y de virtud cristiana que les ganaba mucha estima; abundaban, en fin, estos conventos en gente bien criada y gente sana, de ordinario no enemiga de las luces, que cultivaban en silencio no pocos individuos eminentes. Hablando una vez de esto con personas ilustradas de mi perfecta confianza, que alguna de ellas vive, se me ocurrió una idea, y les dije:

—¿Por ventura no sería fácil volver estos conventos en lugares de las letras, de las ciencias y de las artes útiles? ¿No sería cosa muy factible el imponer a cada una de estas casas el estudio y el cultivo de alguno de estos ramos, a las unas tal o tal parte de las matemáticas, a otras tal o tal parte de las ciencias naturales, darles también el cargo de enseñarlas con sus aplicaciones en la práctica, y convertirlas todas en escuelas provechosas de los pueblos sin que esto les costase nada, ni al Gobierno

le trajese un gran dispendio? ¿Serían incompatibles las funciones santas de los religiosos con estas obras eminentes de caridad cristiana? Los que en los tiempos ya pasados descuajaron los terrenos que hoy cultivan, y concurrieron a aumentar la riqueza del Estado, ¿serían hoy menos santos si en lugar de un ocio peligroso, se dedicaran a enseñar la agricultura y propagar los adelantos de este arte, el primero que impuso Dios al hombre? Su calidad de celibatos, sin cuidados ni distracciones de familia, y la inmovilidad del mismo estado en que se hallan, asegurados por sus votos, ¿no darían a estas escuelas más firmeza y permanencia que entre las manos de seglares? ¿No lograrían por este medio entre nosotros las ciencias positivas y sus aplicaciones a las artes un gran progreso indefinido, y no podrían hacerse por tal modo familiares entre la muchedumbre con universal ganancia? ¿Opondrían por acaso aquellos cuerpos resistencia en recibir estos encargos si les mostrase el rey su agrado de que los aceptasen? ¿No admitirían contentos estas tareas tan agradables en sí mismas, que deberían a más valerles los favores especiales del Gobierno, afirmar sus casas, y les daría un gran nombre dentro y fuera de España?

Mis amigos me confirmaron en mi idea: les encargué guardar secreto acerca de ella hasta el momento en que pudiera realizarse; hablé de ella también al rey, le merecí su aprobación, y entre tantos efectos provechosos que podían lograrse puesta en obra, encontré en ella un medio cierto para llevar a cabo un grande pensamiento decretado por el rey hacía ya más de un año (136). Mandaba el Real Decreto la erección en todas las provincias de institutos normales de agricultura práctica que fuesen dirigidos y alumbrados por la ciencia. Se trataba, precisamente, de buscar recursos para establecer aquellas casas, y era una empresa muy costosa, porque al tenor de lo mandado debían ser veinticuatro por lo menos las escuelas de esta especie, cada cual con un campo y un jardín botá-

nico donde se practicase la enseñanza, en donde se ensayasen los descubrimientos, métodos, utensilios e instrumentos nuevos que nos llegasen de otras partes, en donde se reuniesen todas las producciones conocidas del país, en donde se educasen las silvestres y se explorase su importancia, donde se aclimatasen las exóticas que las localidades respectivas permitiesen, y donde se instruyese a los alumnos en la fisiología vegetal, en el discernimiento de terrenos, en los medios de fecundarlos según sus calidades y mejorar sus producciones y en todo lo demás que condujese a propagar entre los pueblos los conocimientos físicos, industriales y económicos que necesita en tanto grado la clase labradora para sacar un buen partido del sudor de su frente y la fatiga de sus brazos. Mientras se hallaban medios no gravosos de realizar estas empresas se había ya establecido, en el Jardín Botánico de Madrid, una escuela particular bajo la dirección de don Francisco Zea, jefe y primer profesor de aquel jardín, para formar maestros especiales de estos ramos indicados, que deberían llevar la luz a las provincias y gobernar las nuevas casas. Daba ya un gran estímulo a esta obra el suceso prodigioso del jardín de Sanlúcar, primer ensayo que yo hice de esta suerte de establecimientos, tan necesarios y tan útiles en medio de un país como la España, donde la grande vocación del pueblo y el fundamento principal de la riqueza es el cultivo de la tierra. En Sanlúcar prevalecían y prosperaban ya y se daban el árbol de la quina, y los de la canela, del cacao, del plátano, y del coco, con otras muchas plantas, árboles y arbustos de la América, del Africa y del Asia, huéspedes ya seguros de la España, que a la vuelta de pocos años habrían enriquecido más y más el mediodía de nuestras costas, y habrían tomado carta puebla entre nosotros (137).

(137) Este jardín de Sanlúcar se había puesto bajo la inmediata inspección de la Sociedad Patriótica. Sería muy largo referir los rasgos de generosidad, de ilustración y de civismo con que, tanto aquella corporación como los principales habitantes de la ciudad y de

A semejanza de esto, pero mucho más en grande, era muy fácil realizar las veinticuatro escuelas decretadas, poniéndolas al cargo, sino todas, las más de ellas, de comunidades religiosas propietarias en sus mismas granjas, sin más costo que proveerlas de maestros que llevasen la ciencia a sus conventos y la fundasen para siempre (138). Por punto general, en donde quiera que los monjes o los frailes labraban por su cuenta, se notaba un buen cultivo. Y ¿quién mejor que ellos para inspirar la sobriedad, la economía, el arreglo, la paciencia y el buen orden que necesita la labranza, o quién mejor también para

más pueblos de la provincia, se distinguieron para hacer progresar aquel bellísimo establecimiento. Los Gobiernos no necesitan hacer otra cosa para este género de empresas que promover la instrucción, mostrar el bien, dar el primer impulso, y dejar obrar después el instinto y el interés del pueblo. Entre los individuos que más se señalaron por su ilustrada liberalidad en favor del establecimiento, no podré menos de nombrar a don Jacobo Gordón, vecino y labrador de Jerez de la Frontera, que hizo un viaje a diferentes pueblos extranjeros con el solo objeto de adquirir luces en favor de la agricultura y de introducir en su patria los adelantamientos rurales de las demás naciones. Este benemérito ciudadano compró un gran número de arados y de nuevos instrumentos, y volvió con ellos y con operarios instruidos en su manejo para darlos a conocer y hacerlos emplear en nuestros campos. Toda su colección la regaló a la Sociedad, añadiendo a aquel don seis mil reales para que se enseñase en el país a construir aquellos instrumentos. La Sociedad dispuso una gran fiesta, que celebró ostentosamente el primer día de enero de 1807, repartiéndose cien arados entre los labradores, y empuñando la esteva para abrir el primer surco las autoridades mismas. Copiaban de la China, pero importaban estas copias. El entusiasmo fué tan vivo y general, que llovían los donativos para aumentar y sostener aquel jardín, llamado *de la Paz*, viéndose de estas muestras de contento y de largueza en todos los estados y hasta en la misma tropa. Su don no fué menor: los oficiales y soldados que guarnecían la plaza ofrecieron diez mil reales. Los más de ellos eran hijos de los campos, e hicieron los honores de aquel día probando y ensayando con los otros labradores. Parte de aquellos dones fué empleada en dotar algunas huérfanas de entre la misma clase agrícola.

(138) Abundando como abundaban muchas de estas casas en bienes superfluos, habrían podido sufragarse todos los demás gastos con la sobra de sus rentas.

morigerar la juventud campestre, para inspirarle buenas máximas, y unir la religión con la enseñanza del trabajo, amigo de ella y enemigo de los vicios? En tres o cuatro años se podría haber cuajado todo esto felizmente. ¡Dios permitió que todo se perdiese por la injusticia de los hombres!

He explicado mis pensamientos sobre los institutos regulares. No faltará quien diga cuanto a los mendicantes que, realizado mi proyecto, habría faltado al pueblo la abundancia de ministros que requiere la comunión católica. Mas yo responderé que tan sólo le habrían faltado los que le sobraban, o le causaban daño y no provecho. Fuera de que, en las demás reformas simultáneas que se habrían obrado, lo que se habría perdido en los servicios mercenarios de aquellas turbas mendicantes, el clero secular lo habría llenado, puesta la obligación a todos sus ministros de cualquier grado que éstos fuesen, de atender al pasto de las almas; puesta he dicho esta obligación, pero diré mejor, restablecida al pie del Evangelio. La aristocracia clerical, que abandonaba este cuidado con desdén y con desprecio a las parroquias y llamaba a los curas impíamente *bajo clero*, habría salido de su ocio; no habría habido más beneficios tan sólo por el rezo y para el fausto; y del obispo abajo, hasta el postrer diácono, ninguno habría gozado de sus rentas ni de las exenciones de su estado sin administrar los sacramentos. Tal vez más adelante se habría podido realizar otra gran obra, organizando todo el clero en cuerpos o colegios parroquiales en los que hubiese renacido la antigua y bella disciplina agustiniana (139).

(139) Podrá decirse todavía que el Papa se habría opuesto a estas reformas y proyectos. Pero yo estaba bien seguro de encontrar favor en Roma para estas providencias; lo primero, porque en todas ellas se trataba solamente de hacer mejoraciones, sin destruir ninguna cosa; lo segundo, porque el Papa que reinaba entonces conocía su siglo y se prestaba dócilmente a cuanto requerían las circunstancias de los tiempos. ¿Quién fué más lejos que Pío VII en conceder dispensas y reformas? Algunos de sus actos de esta especie fueron tan singulares y notables, que las

Mis lectores encontrarán que yo no andaba lejos del camino por el cual podía llegarse en poco tiempo a desnudar los ánimos de los errores y vejeces que embotaban y consumían el buen sentido de los pueblos, a ahuyentar las tinieblas que los tenían dormidos y contentos en su inercia, y a quitarles los malos lados que fomentaban aquel sueño. Sentar un plan de educación que despejase por igual, entre las clases todas, las facultades del espíritu, que cultivase las del cuerpo, que mejorase el corazón, que hiciese gratos los deberes y familiares las virtudes; que esta enseñanza y esta escuela, dada a todos en los primeros años de la vida, uniformase las ideas y los deseos, y que la religión bien entendida y enseñada cooperase soberanamente a esta gran obra, tal era el fin que yo llevaba en mis proyectos, los unos comenzados, los otros aguardando mejor tiempo, pero no lejos de ompezarse.

Puestas así, cual yo buscaba, en armonía la educación civil y la enseñanza religiosa que unidas pueden tanto, o, por mejor decir, lo pueden todo sobre el hombre, no estaban olvidadas en mis cálculos las demás fuerzas auxiliares que debían obrar en convergencia con los principios recibidos y con las habilidades de lo bueno contraídas en la infancia. Los regocijos públicos, los espectáculos profanos, y las solemnidades

centurias anteriores de la Santa Sede no ofrecían ningún ejemplo semejante. Bastaba con decirle algunas veces: "Vuestra Santidad no puede hacer tal gracia o conceder tal cosa", para que se arriscase más a hacerla. Si en tiempos posteriores pareció volverse más difícil y entrar en los carriles ordinarios, si mudó de carácter y política y se volvió más cauteloso, culpa fué del mal pago que le había dado Bonaparte y de las fuertes impresiones que le habían causado sus violencias; en mi tiempo, el camino estaba abierto para todas las mejoras que se habrían pedido. Y aun hoy día, con poca diferencia, muy raras cosas de éstas son difíciles, si en el modo de presentarlas se guardare la medida que aconsejan la Religión y la política. He aquí una regla general en todo tiempo, y mucho más en el presente: No disputéis con Roma, y componeos con ella. No temáis prodigar al Padre de los fieles los respetos que le son debidos; no os mostréis imperioso con ese anciano de los días; no le exijáis jamás, sino pedidle..., y dadle también algo de lo vuestro.



religiosas ejercen un influjo poderoso en las costumbres de los pueblos. Yo trabajé también por concordar estos resortes y ajustarlos al sistema preparado de la pública enseñanza. Bajo este pensamiento se abolieron los espectáculos sangrientos de los toros, uso feroz, pasión desatinada, que sin desenvolver virtud alguna entre los hombres, los hacía ser atroces e insensibles. En cuanto a los teatros, no habrá quien niegue en toda España la enmienda que tomaron paso a paso, un año tras otro, en lo esencial y lo accesorio. Corregido ya el gusto que nos venía tan depravado de los dos siglos anteriores, obra penosa y larga, no posible de conseguirse por la fuerza, se llegó a punto felizmente de poder formar un reglamento general que mejorase estas escuelas de la vida adulta. No era perfecto todavía cual yo lo habría querido; mas preparaba en mucha parte las reformas esenciales que eran deseables y que después habrían llegado por completo (140).

En cuanto a las fiestas religiosas, lle-

vaba ya el Gobierno muchos años, desde el anterior reinado, de ocuparse en hacer leyes y expedir decretos, cartas y sobrecartas contra los abusos que manchaban el decoro de los templos y deturpaban las costumbres. Pero las leyes no son nada cuando atacan los abusos en las ramas sin tocar a las raíces. El mal estaba no en el pueblo, sino en aquellos que explotaban su ignorancia, que fomentaban sus locuras religiosas y las hacían sagradas. Donde quiera que había ministros bien dotados se cumplían exactamente todas las reales cédulas que prohibían las cofradías escandalosas, por las cuales se convertían los templos en teatros, las procesiones en comparsas histriónicas, y las limosnas de los pueblos en francauchelas crapulosas, dado a la Iglesia por supuesto el precio convenido de estas cosas. Remediado este mal en las iglesias parroquiales a medida que se erigían en rectorados propios bien dotados, faltaba remediarlo en las de los conventos mendicantes, cosa imposible de lograrse

(140) Este reglamento fué aprobado por el rey, y mandado observar y publicar por su Real Orden de 16 de marzo de 1807. Una de las combinaciones más difíciles de conseguir para la entera mejoración de nuestro teatro era la de conservar tanta riqueza de poesía y de ingenio que ofrecían nuestras antiguas comedias, y que la falta de las buenas reglas dramáticas en que abundaban las más de ellas, y la de miramiento y de respeto hacia la honestidad de las costumbres de que adolecían no pocas, no mantuviesen el imperio del mal gusto ni dañasen a la moral pública. Con este objeto, a los poetas de nuestro tiempo que querían ocuparse en refundir las antiguas composiciones dramáticas, conservando sus bellezas y enmendando sabiamente sus defectos, se les decretó igual premio que a los compositores de tragedias y comedias que llenasen su objeto dignamente. Don Cándido María Trigueros había ya abierto este camino con feliz suceso: los que le habrían seguido, si hubiera habido tiempo, hubiesen hecho su fortuna, porque, a más de los premios ordinarios señalados por el nuevo reglamento, habrían tenido a manos llenas, como el ilustre Moratín y tantos otros, los favores del Gobierno.

Por aquel mismo tiempo fué erigida la Comisión de los teatros, que debía atender a los objetos indicados en cuanto a las composiciones nuevas y las que fuesen refundidas de lo antiguo, con encargo especial y muy estrecho de expurgar y mejorar los repertorios de las obras que podrían representarse. Todas de-

bían pasar por los informes previos del censor real, del eclesiástico y de los directores de la escena. Hoy día podrá decirse por algunos que esta severidad era excesiva, pero ningún rigor es demasiado cuando se trata de dos cosas tan esenciales a los pueblos como lo son en todas partes, y bajo toda especie de gobierno, la instrucción general, la formación del gusto y la mejoración de las costumbres. Bajo esta triple mira se escribía en mi tiempo. Los que han escrito que este tiempo fué una era de corrupción y de licencia, me designarán un solo libro tan siquiera que lo muestre. Los libros, más que nada, son la muestra de las costumbres públicas y de los gustos dominantes. Rivalizando con la Edad de Oro en cuanto a prosadores y poetas la Edad de Carlos IV, y aun excediendo a aquélla algunas veces, no se hallará en ninguno de esta Edad ninguna cosa de la inmoralidad y la torpeza que se nota en los escritos de las centurias anteriores. Los que quieran hablar de corrupción de las costumbres es menester que suban a buscarla entre la multitud de libros de los siglos XV, XVI y XVII, que lean a sus poetas y que consulten sus satíricos. ¡De tan antiguo venía el mal, y tan extraña y rara es la piedad y la disolución de las costumbres, todo junto, que nos llegaron de esos siglos! Lejos de progresar en esta mala liga, se corregían y se enmendaban en el nuestro. Si esto que digo no es verdad y si esto no es histórico, fácil será a mis enemigos rebatirlo; pero lean antes y mediten y comparen justamente.

mientras viviesen de limosnas y les fuera preciso, para existir y mantenerse, sonsacar a títulos piadosos las voluntades y el dinero de los pueblos. Entibos de la fe católica llamaban a estas orgías religiosas; no era la fe católica, sino la fe frailesca.

Mas las leyes no podían nada sobre estos cuerpos numerosos que gobernaban las conciencias, y manejaban la opinión a su albedrío. Yo he hablado ya del solo medio de reforma que tenía el Gobierno para haber de dar fin a tal desorden, que era quitar la mendiguez y la miseria de la Iglesia. Dejárase a los pueblos hacer ofrendas voluntarias, mas viérase al ministro del Dios del Evangelio nacer de estas larguezas el consuelo de los pobres, y acostumbrar al pueblo a *devociones de caridad cristiana*; viérase a estos ministros venerables celebrar los misterios sacrosantos, repartir la palabra y dar consejos, cual si lo hiciesen gratis, por más pagados que estuviesen; hacerse más creíbles por el desinterés de sus doctrinas, conceder un lugar bien espacioso en sus discursos a las virtudes cívicas, y no formar dos campos encontrados entre la moral civil y la moral cristiana; fomentar en los templos, sobre todo, el amor santo de la patria, que es el amor del prójimo por excelencia, la parte más sublime de este gran mandamiento de la fe católica; darle allí un alimento cotidiano y elegir en las vidas de los santos los ejemplos de la virtud activa y patriótica que necesita el ciudadano.

No hay más que una moral: la moral religiosa y la civil es una misma. Dios, que de nada necesita, lo ha revelado todo y lo ha inspirado tan sólo para el hombre; no ha separado nada, no ha fundado dos fortalezas enemigas o rivales en el Estado y en la Iglesia, sino dos fuerzas cooperantes al común provecho de la especie humana. Los magistrados religiosos y civiles tienen un mismo objeto, los unos persuadiendo los deberes, los otros obligando al cumplimiento de ellos. Esta hermandad de ambos estados no para dominar y hacer esclavos a los hombres, sino para educarlos y regirlos de común acuerdo, haría la dicha de los pueblos.

Para llegar a ella había yo deseado mayormente la unidad de la enseñanza en los primeros años de la vida, y que aquella enseñanza fuese tal que produjese en todos de igual modo la vista y el sentido del espíritu, iguales hábitos e iguales sentimientos, con lo que repartido luego y derramado cada uno en las varias carreras y en las diversas clases del Estado, obrasen todos y pensasen en perfecto acuerdo, y se acabasen las disputas entre la moral social y la moral de los teólogos. A este fin eran también las reformas proyectadas de los institutos regulares y las mejoras que se hacían y se buscaban en la composición del sacerdocio secular, puesta en honor especialmente y levantada de la abyección y la pobreza la importante clase de los párrocos. Estas mejoras fueron vistas; las luces que mostraron tantos dignos eclesiásticos, y las virtudes cívicas con que se señalaron en los días tempestuosos que después llegaron, son una prueba incontestable de aquel dichoso cambio que empezaba a hacerse en los ministros de la Iglesia. Después vinieron las reacciones; la luz no había ganado todavía la mayoría de estos ministros; volvieron y mandaron con espada en mano los enemigos del buen rey que estaban en el destierro, y las prisiones las llenaron de eclesiásticos ilustres; parte de ellos los enviaron a aprender el catecismo en los conventos, a otros los dispersaron por el mundo, y algunos pocos, que escaparon al martirio de las depuraciones, se vieron obligados a callarse. Reinaron veinte años aquellos nuevos vándalos, y se podrá dudar en tanto estrago que han causado a quién han hecho mayor daño, si a la religión cristiana o a la patria...

Sería muy largo todavía si hubiera de contar los demás medios auxiliares que estaban ya trazados para poner en movimiento el buen querer y las virtudes de los pueblos, buscándoles estímulo. Por más entumecidas que en los pueblos ya viejos y gastados tuviere el corazón sus fuerzas para poder alzarse a lo sublime y a lo grande, hay siempre medios poderosos de animarlas y de volverles su resorte, hay sim-

patías, hay sentimientos y pasiones que jamás mueren en los hombres, mientras no hubiere muerto el amor propio. Beneficiad este elemento indestructible, abridle un buen conducto, encaminadlo a vuestro objeto, y hallaréis el remedio contra la inercia de los ánimos, contra la corrupción y el egoísmo. Yo tenía un plan de ley censoria que debía acompañar las enseñanzas nuevas cuando se habrían montado en todas partes, no una ley que oprimiese ni prescribiera cosa alguna a las acciones libres; tal ley se habría quedado sin efecto como tantas otras de la misma especie; pero ley de impulsión y de una larga trascendencia, si yo no me engañaba, que no habría sido defraudada.

Un escritor profundo en estas cosas sentó como un principio que la censura era un buen medio para impedir la corrupción de las costumbres; mas que este medio era impotente para restablecerlas si la opinión se había estragado. Aquel autor tendría razón si no pudiera darse otra manera de censura que la de la directa como en Roma fué ejercida. Corrompida la sociedad, ni las leyes ni los mandatos serían obedecidos, ni los censores mismos serían íntegros y justos; más bien tiranos y opresores que aumentarían los males en vez de remediarlos. Mas ¿acaso no habría otros modos de censura por leyes indirectas que pudiesen restablecer lo que estuviese decaído, restaurar las costumbres y hacer forzosas las virtudes? Mi pensamiento fué *censura sin censores*, o por mejor decir, sin más censor que el público, y esto de tal manera que no errase, que sus juicios y sus sentencias fuesen infalibles, y que él, por sí tan solo, fuese el remediador de las costumbres, sin poder dejar de serlo. Referiré por muestra alguna parte del proyecto, cuyo texto literal perdí también con mis demás papeles.

Se habría mandado abrir registros en cada Ayuntamiento, donde todos los ciudadanos, sin excepción alguna, se inscribiesen, anotada la edad, estado y profesión de cada uno y toda su familia.

Para cada individuo debía dejarse un

blanco de extensión proporcionada. En él debía escribirse sucesivamente cuanto le fuese honroso y por la misma ley se hubiese designado como digno de anotarse.

No se habrían de escribir en aquel libro los delitos. De los culpables tendrían cuenta los archivos de los Tribunales y la publicación de sus sentencias. No convenía infamar a las familias inocentes en un libro destinado para honrarlas; ni al mismo delincuente debía cerrársele el camino para reparar su honor perdido después de muchas pruebas de su enmienda. Mientras tanto, sería bastante dejar su margen blanca.

Las de aquellos que habrían cumplido simplemente sus deberes y no estuviesen mal llamados, sin acto alguno meritorio relevante de los fijados por la ley, tendrían sólo esta inscripción: *Sin tacha por las leyes*.

Los que, cumplidos los deberes ordinarios de su estado y de su clase, se habrían hecho recomendables por acciones especiales meritorias, o por servicios a la patria, no serían calificados en el libro con epítetos o títulos abstractos; se escribirían sus hechos meritorios en su hoja, previo examen y la aprobación de los Ayuntamientos y los párrocos, con audiencia de los síndicos (141).

Las elecciones populares de justicias y regimientos de los pueblos debían ser restablecidas donde quiera que estos oficios se hubiesen convertido en propiedades de personas o familias.

Cada un año serían leídos los registros en Consejo o consistorio abierto antes de celebrar las elecciones de los oficios públicos. Todas las hojas del registro que expresasen acciones meritorias, o servicios a la patria, se darían al mismo tiempo al público por medio de la imprenta.

Los que, honrados de esta manera, no habrían desmerecido cosa alguna en

(141) La intención de la ley era la de evitar que el favor aumentase, o la envidia disminuyese la idea justa y cabal de los merecimientos contraídos. Dados a conocer los hechos, la graduación era dejada al público, o lo que es lo mismo, no había más censor que el público.

los siguientes años, tendrían mención honrosa en los registros sucesivos con una breve referencia a los registros anteriores, añadido, cuando lo hubiese, cualquier merecimiento nuevo que hubiesen contraído. Los que, por faltas graves o delitos que se hubiesen conocido legalmente o bien de público y notorio como la luz del mediodía, habrían desmerecido los honores de la patria, no perderían sus hojas anteriores; pero las sucesivas quedarían en blanco sin mención alguna, mientras que por su enmienda y por sus esfuerzos grandes meritorios que fijaría la ley, no hubiesen reparado su caída.

Los hechos meritorios designados por la ley para tener lugar en los registros públicos, habían de ser de tal cabida, que ningún acto extraordinario de virtudes cívicas, de quien quiera que procediese, grande o pequeño, rico o pobre, noble o plebeyo, se pudiese excluir o desechar de estos asientos, siempre que proviniera de personas no tachadas por delitos o por desórdenes notorios y evidentes de su vida.

De los servicios militares, sobre todo, se debía llevar menuda cuenta. Ningún nombre de cuantos quedan enterrados y olvidados para siempre en los campos de batalla debía quedarse sin registro; ninguna hazaña conocida sin apunte, ningunos padeceres y trabajos sufridos por la patria, sin mención entera en estos libros.

Nadie estaría obligado a revelar sus buenas obras y podría hacerlas en secreto; pero sabidas que éstas fuesen con certeza por los Ayuntamientos, las deberían poner de oficio en los registros públicos y aumentar su riqueza averiguando e inquiriendo; nueva manera de espionaje nunca usado y policía honrosísima, en vez de la que busca solamente en los Estados delitos y culpables.

Este gran *nobiliario nacional*, tan fácil de llevarse y de tenerse, no habría de ser un simple archivo de virtudes sin producir ningún efecto sobre los nobiliarios de familia. La nobleza debía partirse en tres categorías: la más preciada, la más alta y la primera, la heredada y mantenida por actos per-

sonales y meritorios y servicios a la patria; la segunda, la adquirida por actos y servicios relevantes que fijaría la ley; la tercera y la última, por alta y grande que viniese de lo antiguo, la heredada y no aumentada y sostenida por merecimientos nuevos personales después de un cierto tiempo prefinido e improrrogable. En cualquiera de estos tres grados podía perderse la nobleza por excesos graves o por crímenes que habrían sido señalados por la ley censoria; pero esta pena no caería sobre los hijos o herederos del culpable, que seguirían gozando del mismo estado que él había tenido, bajo las mismas condiciones.

Para adquirir nobleza, sobre los hechos meritorios personales que ofreciesen los registros en favor del pretendiente, podrían acumularse los de sus padres y mayores que habrían dado honor y lustre a su familia. Mas ninguno podría admitirse en adelante al goce de nobleza sin merecimientos propios suyos de entre los señalados a este efecto.

La entrada en el estado de nobleza no podría cerrarse a nadie por faltarle antecesores en aquella clase. Ninguna industria provechosa a la riqueza pública podría servir de obstáculo; mas sería necesario un cierto grado de fortuna, o heredada o adquirida, o recibida del Gobierno, con que pudiese el agraciado vivir honestamente, figurar en su clase y hacer la educación de su familia.

Por esta nueva ley no habría gozado la nobleza sino de privilegios, distinciones y favores honoríficos, diferentes y graduados con las debidas proporciones entre las tres categorías en que habría sido dividida. Toda especie de señorío y de derechos señoriales, salvo las propiedades y los cánones o censos de posesión legítima, se habría abolido para siempre.

En todas las carreras la entrada en los empleos y dignidades del Estado y de la Iglesia, sería franca a todas las personas que pudiesen merecerla por su aptitud y sus costumbres; mas serían antepuestos los que además de ser capaces, tuviesen hojas especiales de merecimientos y servicios propios suyos

en los registros públicos; y con mayor razón los que juntasen a estas hojas las de sus padres y mayores inmediatos. Todos, en fin, los que tuviesen estas hojas de merecimientos y servicios gozarían en sus pueblos de distinciones honoríficas y llevarían el nombre de *amigos especiales de la Patria*.

Tales eran en aquel tiempo mis ideas y mis proyectos para enhestar los ánimos, preparar las mejoras deseadas, tener ayudadores y llegar al día grande que yo ansiaba de que la Monarquía pudiera realizarse sobre cimientos inmutables en leyes y en costumbres. Dirán muchos que eran utopías y locas vanidades lo que yo intentaba; mas los que me han tachado de que no supe comprender mi siglo, y me han echado en cara no haber dado o hecho dar de un primer golpe leyes fundamentales e instituciones nuevas, ellos, sí, son los visionarios, si es que no son injustos o ignorantes. Yo quería preparar y preparaba; yo quería acelerar y aceleraba, cuanto me era dable, en circunstancias las más duras y difíciles que jamás había ofrecido ningún tiempo; yo estaba ya a la orilla del precipicio horrible que abrían mis enemigos, yo no ignoraba mi peligro, y me ocupaba, sin embargo, y me ocupé constantemente, hasta la postrer hora, del adelanto de mi patria. Faltóme sólo el tiempo deseado y necesario (142).

(142) De la injusticia con que acerca de este punto me han tratado algunos, y de las contradicciones mismas que se han visto en la manera de atacarme, presentaré una prueba de entre muchas que pudiera ofrecer y ofrecería, si no temiese hacerme largo con exceso. En la *Historia de la guerra de la Península*, por Mr. Foy, citada ya otras veces (tomo II, pág. 182), se lee a la letra lo que sigue: "En España no vino a nadie del Gobierno el pensamiento de prevenir las consecuencias del movimiento europeo y de ponerse a la cabeza del movimiento interior, acallando el disgusto de la parte ilustrada de la nación y llamándola a una sabia participación del Poder. La guerra hecha a las instituciones nacionales durante tres siglos por los príncipes de Austria y de Borbón fué continuada, etc."

Y he aquí este mismo autor de la manera que se explica pocas hojas más adelante, página 259:

"El Príncipe de la Paz mereció el reconocimiento de la Patria y de la Humanidad. La

Los tres postreros años que refiero no fueron menos favorables a las artes y a las ciencias que los anteriores; los frutos, más crecidos. Temo cansar si me detengo en esto, mas séame permitido contar algo y honrar algunos nombres todavía. Escribiendo la historia de mi tiempo, ¿me deberé abstener de referir ninguna gloria de mi patria?

Era la tarde ya de aquel reinado; la cueva de los vientos se agitaba y se sentían bramidos; pero aún brillaba un sol hermoso... Amada patria mía, tú lo has visto después y tú lo sabes, no fui yo quien te hundí en la espantosa noche que venía; tú estabas placentera, tú

impulsión dada por los Borbones a la industria y a las artes, él la continuó y él le dió prisa. *Hizo más por las artes y las ciencias durante quince años, que cuanto se había hecho bajo los tres reinados anteriores.* A pesar de una guerra casi continua, los trabajos civiles fueron continuados; muchas fábricas nuevas fueron establecidas. Y no quedó por él que la España no tomase parte en los descubrimientos hechos en otros países y en la mejoración del espíritu humano, etc." Siguen después otras tres páginas de elogios, con multitud de datos en su apoyo, puestos en parangón algunos de ellos con los abusos dominantes en los reinados anteriores, y entre otras alabanzas que me hizo, no se olvidó de encarecer la nacionalidad que me animaba. Volved en tanto dos hojas más atrás y no leeréis sino un turbión de injurias, de calumnias y denuestos contra el mismo que después alaba tanto; uno de estos denuestos, el siguiente: "Jamás en la vida, ninguna idea elevada, ninguna idea de patriotismo ni de honor penetró hasta aquel hombre, dormido en la malicia." Vese aquí claramente lo que ya dije en otra parte, que en esta obra hubo dos plumas, y que esta historia, publicada cuando el ilustre general era ya muerto, fué alterada en daño mío bajo el influjo y el dinero de los emisarios que la corte de Madrid pagaba en todas partes para deshonrarme y deshonrar el anterior reinado, cubriendo así los atentados y los crímenes que dominaron el siguiente. Este tesón continuo de mis enemigos mientras que yo hacía espaldas y callaba, logró hacer tantos ecos en mi daño, como escritores extranjeros se ocupaban en recoger la historia de aquel tiempo, sin poder oír ni haber oído más voz ni más informes y noticias que las de aquellos triunfadores inhumanos. De esta manera, cuantos han escrito, algunos pagados, los otros seducidos, han ido todos un camino mismo, y por decirlo así, he sido condenado por ausencia. Presentado ya en juicio, aunque bastante tarde y producidas tantas pruebas, con mi testigo el tiempo, que tanto ha descubierto y revelado, aguardo mejor juicio de la Historia.

brillabas, yo no perdía mis esperanzas..., yo paro aquí mi pluma un poco tiempo para dejar correr mi llanto por los años que se aguardaban... ¡y se fueron!

España no tomaba ya prestado de las luces de otras partes sin tener también mucho de las suyas que poder volverles. Los que se acuerden del aprecio y del respeto con que los sabios extranjeros que venían a vernos trataban a los nuestros en Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, en Cádiz, en Valencia y en otras varias capitales, confesarán que no exagero. Las principales academias de la Europa fraternizaban con las nuestras, y España era una parte ya integrante, como lo fué otras veces, en el concurso de las letras y las ciencias europeas. Mucho dejo contado acerca de esto en mis *Memorias*; temo cansar a mis lectores, mas para no dejar en claro ningún año de aquel tiempo sin referir algunas de estas cosas, añadiré unas pocas y procuraré ser breve.

En 1806 y 1807, nuestros sabios geómetras y astrónomos don José Chaix y don José Rodríguez se ocupaban en proseguir la meridiana comenzada por Mechain y por Delambre, y la llevaban hasta las islas Baleares en compañía de otros dos sabios de la Francia, los señores Biot y Arago.

Del mismo Chaix se publicó en 1807 su nuevo método general para transformar en series las funciones trascendentes, y otro no menos estimado para las funciones logarítmicas y exponenciales. Aquel escrito, tan nuevo como luminoso, alcanzó el honor de ser traducido en varias lenguas y adoptado con aprecio en varias academias y enseñanzas extranjeras. Chaix me hizo a mí el de dedicármelo (143).

Don José Rebollo y Morales, catedrá-

tico de la escuela de los pajes del rey, comenzó a publicar en 1807 su traducción del *Curso completo elemental de matemáticas puras*, de Mr. Lacroix, adoptado entonces por el Gobierno francés para todos los liceos y escuelas secundarias. Rebollo mejoró todavía el método del original, le hizo varias adiciones muy necesarias, y ordenó e ilustró su traducción de tal modo que resultase en ella una obra enteramente nacional.

Don Antonio Gilman publicó en el mismo año una esmerada traducción de los *Elementos de Geometría*, de Mr. Legendre, la mejor obra tal vez que se ha dado a luz sobre esta parte fundamental de las matemáticas.

Don Isidro de Antillón dió su segundo tomo de la *Geografía astronómica, natural y política*. El tercero, que debía ser el de la geografía política, se hallaba detenido, no por falta de Antillón, sino aguardando el día en que las circunstancias políticas de la Europa fijasen de un modo más estable la división y relaciones de sus Estados y Gobiernos.

Don Gabriel de Ciscar tenía ya concluidos en 1808 los últimos tratados del *Curso de estudios elementales de Marina*, que le fué encargado de Real Orden, y del cual llevaba publicados cuatro tomos. El mérito de aquel dignísimo oficial y de su obra no necesita encarecerse; el amor de su patria fué solamente comparable con sus talentos y su ciencia.

Otro dignísimo marino, don José de Vargas y Ponce, director que era entonces de la Academia de la Historia, se ocupaba, por especial encargo mío, de escribir la *Historia razonada de la Marina española*. Su prospecto, publicado en 1807, daba una idea completa

(143) Leibniz y Newton, inventores uno y otro del cálculo diferencial, habían usado distintos métodos para sus operaciones. El de Leibniz era sencillo, pero oscuro, y no siempre exacto; el de Newton, explicado por los principios del movimiento y por las reglas de las primeras y últimas razones, era muy exacto, pero largo, cansado y difícil en sus aplicaciones. Mr. D'Alembert, con la notación de Leibniz y con el método de las últimas razones de Newton, inventó el suyo, llamado

de los límites, con lo cual fueron conseguidas las dos ventajas de la claridad y la exactitud. Pero el método de D'Alembert daba por supuesto que se conociese bien el modo de desenvolver en serie toda clase de funciones, lo cual se practicaba todavía con métodos muy largos y penosos. Chaix tomó a pecho la invención de un método para hacer las transformaciones que reuniese las condiciones de claridad, sencillez y exactitud, y consiguió su objeto.

de esta empresa, confiada a su elegante y docta pluma. Infatigable en sus tareas por el provecho y por las glorias de su patria, comenzó a publicar al mismo tiempo sus *Varones ilustres de la Marina española*; la primera que dió a luz, casi a fines del año, fué la vida de Pedro Niño, primer conde de Buena, dada en la Imprenta Real a expensas del Estado.

En el mismo año comenzó también a publicar don Manuel José Quintana sus *Vidas de españoles célebres*.

Don Juan Antonio Moreno hizo salir del olvido la antigua colección de los principales hechos de la historia de España recopilada por el antiguo arcipreste Diego Rodríguez de Almeza, capellán y cronista de la reina doña Isabel la Católica. Publicada esta obra la primera vez en 1487 con el nombre de *Valerio de las historias*, Moreno la ilustró con varias notas y observaciones oportunas. En el siglo XVI fué estimada de tal modo, que llegó a tener siete ediciones; después de tanto tiempo, la de Moreno fué la octava.

Muchos de nuestros libros de estas viejas fechas, y aun otros menos viejos, eran desconocidos o estaban desusados, por la pasión de libros extranjeros. De un gran número de ellos se hicieron ediciones nuevas, sin olvidar los que trataban de materias militares. Uno de éstos fué el *Curso militar de matemáticas*, de nuestro antiguo ingeniero don Pedro de Padilla, que fué reimpresso de mi orden en el mismo año de 1807, corregido y aumentado. Yo le hice preferir, y creo no me engañaba, para las academias militares.

Muchas fueron las obras publicadas aquel año para aumento de la instrucción de la milicia. En los papeles públicos podrán hallarse los anuncios de ellas. Mencionaré sólo, por ser breve, la verdadera biblioteca militar que, con el nombre de *Espíritu del sistema moderno de guerra*, dió a luz don José Javier de Lardizábal, ayudante mayor de guardias españolas, recopilación preciosa, que en sólo dos volúmenes des envolvía toda la ciencia derramada en multitud de libros nacionales y extranjeros.

En ciencias naturales, sin que sea exagerar, se trabajaba entonces en España tanto o más que en Francia y en otras capitales afamadas de la Europa, donde la guerra lo ocupaba casi todo.

Uno de los descubrimientos más preciosos que hacia fines de 1806 hicieron nuestros químicos y mineralogistas, fué la existencia de la platina en las minas de Guadalupe, en proporción de un 10 por 100 con la plata, y algunas veces hasta un 15. Remitidas al Instituto de París algunas muestras, ofrecieron a los químicos franceses los mismos resultados (144).

Mientras en París y en otros puntos de la Francia se daban prisa los hombres del arte a aprovechar la remolacha para azúcar, nuestros químicos, en España, imaginaron su extracción de la uva, hicieron sus ensayos con feliz suceso, y abrieron el camino de una nueva industria (145). El comercio ac-

(144) Mr. Vauquelin, miembro del Instituto y profesor de Química en el Museo de Historia Natural, después de comprobadas nuestras experiencias, dió cuenta de este descubrimiento en una de las juntas de la clase de Ciencias Matemáticas y Físicas celebradas en 1807. Pocos habrá que ignoren la escasez de la platina, que hasta entonces no se había hallado más que en dos parajes de la América, y aun allí, en cortas cantidades. De aquí su precio tan subido en el comercio, que impedía emplearla en muchas artes donde sería de un grande efecto por su infusibilidad e inalterabilidad. Este hallazgo que refiero es un hecho verdadero, digno de no olvidarse.

(145) Esta azúcar, descubierta y enseñada a sacar en el Real Laboratorio de Química de Madrid, era una especie aprovechable para todos los usos de la vida, como la de la caña. El moscatel, la albilla y el aragón daban más de treinta por ciento de esta azúcar, a lo cual no llega la caña más rica. Cualquier viñador podía hacer en adelante toda la azúcar que necesitase o pudiese vender, empleando en esta producción todo el sobrante de la cosecha, cuando, como suele suceder frecuentemente, no le bastasen sus bodegas. Aprovechado este nuevo recurso, podía también vender al extranjero de esta azúcar en su primer estado de mascabado. Puesto en tren este comercio, no podía dudarse que sería buscado para su exportación a las regiones frías, donde sus habitantes habrían logrado tener, por este medio, vino de Málaga, de Jerez, de Alicante, etc., con tan sólo extender el mascabado en cantidades proporcionadas de agua y dejarlo luego a su fermento, con más esta ventaja para el buen despacho, y es que podían cargarse mayores cantidades de este

tivo y el recíproco cambio de conocimientos y adelantos en las ciencias exactas y en las naturales entre los sabios españoles y franceses no había sido nunca tan activo ni tan fecundo en resultados. Hechas por la Naturaleza

género, ahorrando toneles, averías, pérdidas y demás inconvenientes de la conducción de líquidos. Los labradores, finalmente, podían fortalecer y mejorar sus vinos con esta azúcar y guardarlos con más seguridad de un año para otro. El Gobierno hizo publicar estas cosas en los papeles públicos, y dirigió además a las Sociedades Patrióticas las memorias e instrucciones necesarias para extender y propagar aquel nuevo género de industria. Concedióle también, por tiempo de diez años, exención entera de toda suerte de impuestos, hasta del diezmo.

En cuanto a la azúcar de remolacha, no quedó por mis amigos ni por mí que este nuevo artículo de industria agrícola se introdujese entre nosotros, ni la Francia nos llevó la delantera en conocerlo ni en probarlo. Apenas el célebre químico Achard había practicado en Berlín sus primeros ensayos sobre aquel fruto, nuestro digno y sabio patriota don Juan Antonio Melón, cuya vida no ha sido sino una larga y continua serie de servicios en favor de las luces, hizo traer de Holanda una buena cantidad de semilla de *betarragas*, llamada por unos *racine de la disette* y por otros *racine de l'abondance*. Cultivada esta semilla bajo su inmediata dirección en la Moncloa, heredad perteneciente entonces a la amable y justamente celebrada María Teresa, duquesa de Alba, y recogida una abundante cosecha, hizo Melón su prueba por el método de Achard y sacó una porción de azúcar igual en todo a las muestras que de Berlín le habían llegado. De este producto hizo presente al rey en dos cajas, una de azúcar refinada y otra de terciada, con más un frasco de la melaza en que había cristalizado. Carlos IV mandó que le fuesen dadas en su nombre las más expresivas gracias, encargando mucho que se procurase extender aquella nueva industria en los parajes donde aquel ramo de cultivo podría ser más ventajoso, respectivamente, a otros objetos de labranza. Así se hizo, con instrucciones y encomiendas especiales a las Sociedades Económicas para que diesen a conocer aquel nuevo descubrimiento, ofreciéndose porciones de semilla a los cultivadores que quisiesen emplearla. Mi particular deseo, y así cuidó Melón de hacerlo, fué que se enviasen paquetes de ella a las provincias del Norte, donde podría convenir mayormente la introducción de aquel cultivo. La abundancia solamente de la azúcar de caña, tanto la que venía de América como la que rendían las provincias órcales del Mediodía, pudo ser causa de que el cultivo de la *betarraga* se hubiese limitado entre nosotros al empleo de esta especie en los demás consumos ordinarios.

para ser eternamente amigas estas dos naciones, apretaban sus lazos y se hacían regalos con los productos de las ciencias industriales, aumentando de esta manera sus mutuos intereses y sus cordiales simpatías, que una mano de hierro había de ahogar bien pronto, en común daño de una y otra. Don Luis Proust, don Pedro Gutiérrez Bueno, don Antonio Gutiérrez, don Gabriel Fernández Taboada, don José María de San Cristóbal, don José Garriga y Buach (146), don Fausto Elhuyar, don Cristiano Herrgen, don Martín de Parraga, don Eugenio Izquierdo, don Carlos Gimbernát, don Francisco Angulo, don Juan de Peñalver, don Salvador Ximénez Coronado, don José Ibarra, don Modesto Gutiérrez, don José de Saraza, don José Espinosa y Tello, don Felipe Bausá, don José Luyando, don Agustín de Betancourt (147), don Francisco Antonio Cea, los dos Boutelou, don Simón de Rojas Clemente, don Mariano Lagasca, don José Rodríguez, don Eugenio Roldán, don Hipólito Ruiz, don José Pavón, y el benemérito joven don Bermúdez Salcedo, que nos dejó en herencia el ilustre Cavanilles; he aquí nombres

(146) Don José de San Cristóbal y don José Garriga publicaron en 1807 un *Curso de Química general aplicada a las artes*, que mereció un particular aprecio y fué adoptado para las enseñanzas populares.

(147) Las invenciones de este excelente ingeniero merecieron un distinguido aprecio en muchas capitales de la Europa. Una de ellas, concerniente a la construcción de canales, cuyo principal objeto era facilitar la economía en los gastos de estas obras y buscar en ellas la sencillez, mereció en Francia no tan sólo los aplausos del Instituto, sino también que el tribuno M. Pictet la propusiese al Cuerpo legislativo para que fuese adoptada como un medio de ahorro en los caudales destinados a las obras de esta clase. Por el invento de Betancourt, cada esclusa, en lugar de un solo vaso, tenía dos contiguos que comunicaban por el fondo. El uno estaba destinado para hacer subir y bajar los barcos por el método ordinario; pero el movimiento vertical del agua que debía sostenerlos era producido por la simple inmersión o emersión de un pontón en el vaso contiguo. El pontón tenía un volumen igual al del agua que se necesitaba quitar o poner, y estaba tan ingeniosamente equilibrado, que un hombre solo bastaba para la maniobra de hacer subir o bajar un barco, por más grande que éste fuese.



conocidos ventajosamente por aquella época en las naciones sabias de la Europa, sin contar los de América ni los de aquellos que sonaban más o menos en la extensión del reino.

Nada inferior la España entonces a las demás naciones en los estudios matemáticos, y al nivel en muchos ramos de las ciencias físicas, tomada ya la delantera en la botánica, la colección de materiales para la *Flora completa de España* era ya inmensa; nuestro herbario, más rico que los de París y Londres. Estaba calculada como trabajo de diez años la conclusión de aquella obra. A lo mucho que había reunido Cavanilles se juntaban las nuevas colecciones que en sus varios viajes por el reino habían traído los alumnos pensionados del Jardín Botánico, mayormente, Lagasca, Rodríguez, Rojas y Salcedo. Venían luego las que añadieron no pocos aficionados a la ciencia que exploraron voluntariamente los tesoros ignorados de esta especie que encerraban nuestras selvas y montañas (148).

(148) Entre tantos nombres de beneméritos españoles que emprendían por recreo y por amor de la patria, a expensas suyas, estos viajes científicos, y a los más de los cuales no alcanzan ya mis recuerdos, tengo la felicidad de poder mencionar al sabio naturalista don Juan Sánchez Cisneros, vicesecretario del Real Cuerpo Patriótico de Valencia, que hizo a su costa dos de este género de viajes; uno, por la margen izquierda del Turia; y otro, a la Sierra de Espadán, en cuyas exploraciones invirtió muy cerca de tres años. No quedó género de riqueza en los tres reinos de la Naturaleza que no hubiese investigado en los parajes más incultos. Allí encontró multitud de plantas que no se habían creído propias de nuestro suelo, y allí topó también con mucha parte de especies minerales, tales como la molibdena en diferentes matrices, cobre verde, azul y color de violeta, hierro hematites negro, rojo y pardo, plomo, variedad de mármoles, arcillas excelentes para toda clase de alfarería, etc. Dotado de conocimientos especiales de astronomía y meteorología, verificó varios errores involuntarios de la *Historia Natural y Civil* de aquel reino, del sabio Cavanilles. Su trabajo científico todo entero lo ofreció gratuitamente a la Sociedad Patriótica, remitiendo a Madrid muchas preciosidades para el gabinete de Historia Natural y para el Jardín Botánico. Este amor y este celo por el honor y el bien de la Patria se propagaba en todas partes. Para formar idea de este celo general basta leer los periódicos de aquel tiempo.

Se trabajaba sin cesar, y millares de plantas nuestras esperaban su turno para ser determinadas, mientras venían en competencia las de entrambas Indias. Ninguno de los tres últimos años se pasó sin llegar nuevas remesas de especies nuevas de ultramar. De las de quina, solamente con las últimas llegadas en 1807 de Quito y Cuenca, se contaban ya veintiocho especies de *chin-chona*, sin incluir en ellas la *angustifolia* de Santa Fe, publicada ya en el suplemento de nuestra Quinología. En el mismo año nos llegaron nueve especies de nuevas *capparis*, cinco *mazegravias*, quince *loasas*, nueve *annonas*; multitud de *mimosas*, *bignonias*, *epidendros*, y otras varias de la familia de las *orchideas*, con más otros treinta géneros nuevos que por primera vez entraban bajo el dominio de la ciencia (149). No era, entre tanto, el lujo y la grandeza de ésta solamente lo que se buscaba, sino también, y mucho más, el fruto de ella. Dos comisiones, una del Jardín Botánico y otra del Colegio de Farmacia química, se ocupaban constantemente, la primera, en enriquecer aquel estudio inagotable; la segunda, en sacar provecho de él para la materia médica y las artes.

Los operarios abundaban; el concurso brillante de los discípulos que se formaban, estimulados por los premios y distinciones del Gobierno, producía,

(149) He aquí, acerca de esto, una anécdota curiosa. Entre los géneros nuevos de aquella remesa a los cuales se necesitaba dar un nombre, hubo dos plantas, que recibieron, la una, el de *Beauharnesia*, y la otra, de *Caballeroa*. Era el caso que el embajador francés Beanharnais había deseado visitar el Jardín Botánico y ver las nuevas colecciones recién llegadas de la América. El ministro don José Antonio Caballero le acompañó para aquella visita, y le hizo el obsequio de darle a elegir una planta que llevase su nombre. Eligió, en efecto, una, y ésta fué llamada *Beauharnesia*. Después, sin más rodeos, dijo Caballero: "Yo tomo para mí esta otra." La dificultad estaba en componer su nombre que no tuviese nada de barroco. El director del Jardín, por complacerlo, propuso llamarla *Caballerosa*. "No — dijo Caballero —; ese nombre me suena mal. Los caleseros se lo ponen a sus mulas. Escriba usted *Caballeroa*."

año por año, maestros distinguidos, de los cuales, los unos atendían a las tareas continuas y multiplicadas del Jardín Botánico, y los otros salían a las provincias con destino cierto y ganancioso. En el postrer concurso celebrado en julio de 1807 no bastaron los premios anuales que en su nombre y de dinero propio suyo daba el rey: sabidos los progresos admirables que ofreció aquel año, su real munificencia se extendió a todos los alumnos; tenía el Gobierno ya donde elegir sus profesores reales para las veinticuatro fundaciones que estaban decretadas y no les dio lugar a cumplirse.

En ciencias industriales, económico-políticas y políticas sublimes, se hacía también un gran camino acelerado. Por no cansar a mis lectores, a aquellos que dudaren del estado y del arreglo que tenían entre nosotros estas ciencias en los postreros años del reinado de Carlos IV, les diré, lo primero, que registren las Memorias de las Sociedades Patrióticas, los discursos que se decían en los exámenes periódicos de las diversas enseñanzas que tenían establecidas de agricultura, de comercio y de economía política, las materias que se trataban a la luz del día en aquellos públicos certámenes y de que daban luego cuenta libremente los periódicos; los dictámenes, en fin, que, consultados estos cuerpos, daban al Gobierno en cuestiones políticas de alta administración, vedadas tanto tiempo entre nosotros y quitadas del oído de los pueblos; lo segundo, si esto primero no es bastante, les diré que me expliquen de dónde vino la instrucción y el saber que se mostró después, a poco tiempo, en los Congresos nacionales. De todo existen pruebas todavía, actas de Cortes, discursos de tribuna, leyes, no pocas de ellas sapientísimas, periódicos políticos escritos con grandeza. Allí están consignados los progresos de las luces, bajo Carlos IV, en materias de Estado y de política. Pocas, muy pocas cosas de las buenas, o por mejor decir ningunas, se aprendieron a escondidas: había quien protegiese y

quien guardase las espaldas a los sabios y a los amigos de su patria (150).

Dejo por referir los aumentos continuados que se vieron en los demás estudios provechosos; es ya muy largo este capítulo (151). ¡Qué no podría de-

(150) No será mucho que alguno diga ahora: "He aquí al Príncipe de la Paz defendiendo la Constitución de 1812." Yo le responderé que no es mi objeto defender ni impugnar nada de aquello que fué obrado, sino verificar un hecho histórico. La Constitución de Cádiz, de igual modo que la francesa de 1791, fué tal vez un error magnífico, relativo más bien que no absoluto; quiero decir, que eran incompatibles una y otra con las costumbres, con las hábitos, con la manera de existir y con los vicios de los pueblos modernos. Pero de la misma suerte que nadie negará por esto que la Asamblea Constituyente de la Francia dejó ver un concurso de hombres sabios y eminentes tal jamás se vió en los siglos, así también los errores que pudieron cometerse en las nuevas Cortes españolas no quitarán nada de su lustre a los sabios que brillaron dentro y fuera de ellas. Esto lo traigo a cuentas porque aquellos hombres no salieron de la nada, ni se improvisaron, ni tuvieron ciencia infusa. En cuanto a defenderlos sólo diré una cosa, y es que jamás tampoco se habrá visto una reunión de hombres de intenciones tan puras y un amor tan intenso de su patria, como lo fueron todos, o los más que compusieron las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz. No dirá nadie que les rindo este homenaje porque se habrían mostrado amigos míos; fué todo lo contrario: reinaban entre ellos las mismas prevenciones con que mis enemigos, antes que fuesen conocidas sus maldades, consiguieron difamarme. Ellos también probaron luego sus odios implacables; no sé si algunos se avisaron en medio de sus penas de que yo había sido el protomártir.

(151) Entre las obras nacionales y las extranjeras traducidas e ilustradas, concernientes a las ciencias médicas, que vieron la luz pública en los tres últimos años, haré mención siquiera de las dos importantes y excelentes traducciones que publicó don Tomás García Suelto, la una del *Curso de Anatomía médica*, del célebre Portal, y la otra de las *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*, del sabio Bichat.

Entre las producciones, en materia de historia, que se publicaron en los mismos años, merece también una conmemoración especial la que trabajó y dió a luz, por encargo especial del Gobierno, don Juan Antonio Llorente, con el título de *Noticias históricas de las tres provincias vascongadas, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y del origen de sus fueros*. Se publicaron cinco tomos en los años de 1806 y 1807. En 1808 debían haberse publicado los dos últimos, que eran los más importantes, por contenerse

cir de estos aumentos en las bellas letras y en las bellas artes! Meléndez, Quintana, Moratín, Cienfuegos, Gallego, Arriaza, Sánchez, Maury, Reinoso, Mor de Fuentes, Arjona, Antero, Lista, Silvela, Rodríguez Ledesma, tantos otros a que no alcanza mi memoria, y los que se formaban nuevamente y empezaban y seguían tras de sus huellas, nadie quebró sus plectros, ninguno estaba mudo, muchos añadían cuerdas a sus liras, nadie era osado a perturbarlos, todos tenían la égida del hombre amigo que olvidaron.

Tocante a bellas artes, no me privaré de referir que en 1806 llegó a cabo la magnífica empresa, que yo ansiaba y protegía, del *Viaje pintoresco de España*. Tenían el suyo otras naciones; la nuestra no debía ser menos. Interesaba mucho a nuestra historia, e interesaba nada menos a nuestra arqueología y a nuestra arquitectura y escultura: se necesitaba eternizar por el dibujo y el grabado lo que la voracidad del tiempo podría llevarse en adelante, tantos monumentos fenicios, griegos, romanos, godos, árabes e hispanos que conocían tan sólo los viajeros, cuyas noticias y detalles escaseaban en los libros, de los que nada entraba por los ojos del que no viajara. Siendo tan conocida esta gran obra, no necesito detenerme en su alabanza (152).

Concluyo ya; mas, aunque sea de

---

en ellos la colección de los fueros antiguos de Vizcaya. El manuscrito estaba ya completo, pero no sé que se haya publicado todavía.

(152) En la parte del dibujo y del grabado de esta vasta empresa trabajaban a competencia artistas españoles y franceses, tales como Carmona, Selma, Ameiller, Enguádanos, Moulinier, Liger, etc. El texto español fué puesto a cargo del sabio agustino fray Juan Fernández de Rojas, continuador de la *España sagrada*, del padre Flórez, juntamente con la parte histórica, en unión con don Bernardo Cerat de Salvatierra, antiguo presidente de una de las salas del parlamento de Tolosa, y bibliotecario en aquella actualidad de la real biblioteca de San Isidro. Todo el texto de la obra fué impreso en la Imprenta Real con caracteres de Bodoni. Los señores Boudeville y Laborde, a quienes fué dado el privilegio y la dirección de esta empresa, y que tan acreedores se hicieron por ella al aprecio de los españoles, me hicieron el obsequio de dedicármela.

paso, añadiré que en empresas de obras públicas de un interés más elevado, a pesar de tantos gastos y cuidados tan punzantes que ofrecieron aquellos años, lejos de interrumpirse lo que estaba principiado, se siguió adelante siempre y fueron añadidas otras nuevas. El tesón del Gobierno y del Consejo de Castilla consiguió ver concluida en todas partes la construcción de enterramientos extramuros, no tan sólo en España, sino en gran parte de la América. Cuanto fué posible, se extendió constantemente a la mejoración de los caminos. Entre otras obras emprendidas a favor de la salud común, una de ellas fué la abertura de un camino llano, seguro y espacioso para los baños de Arnedillo, situados en fraguras espantosas. Concluido este camino a mediados de 1807, se trabajaba todavía para unirlo con los de Navarra y las Provincias. La casa de los baños fué restablecida, puesto además un hospedaje para las clases pobres. Don Pedro Gutiérrez Bueno publicaba al mismo tiempo, por encargo del Gobierno, la virtud de aquellas aguas, verdaderamente milagrosas contra grandes dolencias que resistían a todo el arte de las ciencias médicas.

El canal de Aragón se proseguía constantemente, bajo la dirección de don Juan Peñalver, sucesor de don Javier de Ripa en aquel encargo.

Después de la gran obra del puerto de Tarragona, llevada incesantemente a su completa perfección, mandóse abrir un buen camino carretero desde Tarragona hasta Lérida, entrando en esta empresa la ventaja de abrirse la comunicación del Urgel y de Aragón, con gran provecho del comercio de las dos provincias.

Se trabajaba, finalmente, en la empresa no menos útil del canal de Reus hasta el puerto de Saló. Esta obra la había yo puesto a mi especial cuidado. Se hacía también el nuevo muelle de aquel puerto, su hermosísima playa se poblaba de un largo caserío, y quedaba formado el gran triángulo de Tarragona, Reus y el antiquísimo Saló en el delicioso y feraz campo que se encierra en estas líneas. Aquel proyecto venía ya de cinco siglos, sin haber po-

dido realizarse en tanto tiempo por la injusta resistencia que había opuesto el monopolio.

## CAPITULO XXIX

*Situación de la Europa después de la paz de Tilsit. Sucesos anteriores y posteriores a este grave acontecimiento. Nuestra difícil posición en aquellas circunstancias. Mi respuesta a los que han escrito que las ideas de Napoleón contra España tuvieron su origen de mi designio de asociarla a la Cuarta Coalición. Infortunios y trabajos en diferentes puntos de la Europa. Política de la Inglaterra. Catástrofe de Copenhague. Esfuerzos de nuestro Gabinete para separar al Portugal de la Inglaterra y quitar a Napoleón el pretexto de una guerra contra aquel reino. Obstinación del Portugal. Llegada de Napoleón a París. Colmo de su poder en aquella época. Su pretensión de obligar al Portugal a adherirse de todo punto a su decreto de Berlín de 21 de noviembre de 1806, o de hacerle la guerra en unión con España. Nuevos esfuerzos inútiles de nuestra corte para atraer al Portugal a su interés y al nuestro. Mediación nuestra con la Francia para detener el golpe, y cumplimiento de los plazos que fueron conseguidos. Resolución de la guerra por Bonaparte. Compromiso inevitable en que se vió nuestro Gabinete de acceder a sus pretensiones. Petición de un tratado por nuestra parte para proveer a un mismo tiempo a nuestra seguridad y decoro. Propositiones de Napoleón dirigidas a nuestra corte por el intermedio de don Eugenio Izquierdo. Nuestra adhesión a ellas y motivo de esta adhesión. Consideraciones sobre la proposición de Napoleón defiriéndome el principado de los Algarbes. Plenos poderes despachados y refrendados por el ministro Cevallos en favor de don Eugenio Izquierdo. Observaciones sobre la conducta ulterior de aquel ministro. Carta del príncipe de Asturias a Napoleón en las circunstancias críticas de estar tratando las dos cortes. Los efectos que se vieron de esta carta sin conocerse la causa.*

### *Celebración definitiva y letra del tratado de Fontainebleau. Breves reflexiones sobre el progreso de los designios de Bonaparte en orden a la España*

Llego ya, en fin, al último setenio de trabajos que aún estaban guardados a la Europa sobre los quince años que llevaba de trastornos y destrozos; entro a contar los días sangrientos y nefandos de aquel durísimo período, en que nación ninguna, ni por prudente y moderada, ni por guerrera y atrevida, por grande o por pequeña, por animosa o tímida, ni una tan sola en todo el continente quedó a salvo del furioso incendio que agitaban la Francia y la Inglaterra. Cuando ninguna tuvo ya defensa; cuando la ley común en que estribaba la inmunidad sagrada de los Gobiernos y los pueblos dejó de ser un baluarte contra las ambiciones y la lucha de aquellas dos potencias colosales; cuando ningún respeto humano, ni de moral ni de política, fué ya bastante a contenerlas en los deberes y en los límites respetados por los pueblos cultos, sin regir ya más código en Europa que el derecho de la fuerza, entonces, y no antes, tocó a España su parte en las catástrofes, la postrera en las ruinas, como también después fué la primera que levantó su noble frente ensangrentada contra el tirano de la Europa.

Vuelvo a tomar el hilo de la campaña de Polonia. Contado dejé ya (153) cuál fué mi pensamiento, cuál mi resolución, mi empeño y mi esperanza, cuando tenté de hacer entrar a España en la alianza de la Prusia, la Rusia y la Suecia contra el emperador de los franceses; guerra justa, guerra oportuna y de interés común a todas las naciones; guerra a que el Austria habría salido al mismo tiempo que nosotros, que a las demás naciones oprimidas habría aflojado sus cadenas, y que a la Francia misma le habría vuelto la acción que le faltaba para tornar a ser señora de sí misma y poner freno a la locura de su dueño.

(153) Véanse acerca de esto los capítulos XXIV y XXV de esta segunda parte.

Dicho dejó también de qué manera se estrellaron mis intentos contra las traiciones de los unos, ya amasadas, y contra los temores insensatos de los otros; de qué suerte fué trastornada la voluntad de Carlos IV y destruidos mis consejos; cuál era, en fin, y debía ser la posición precaria en que la España habría de verse si Napoleón volvía triunfante, sola entonces, sin ningún arrimo de aliados, obligada a luchar con las descomunales fuerzas del Imperio o a someterse a su dictado.

La batalla de Preusch-Eylau dejó en la incertidumbre los destinos venideros del continente de la Europa, que en bien o en mal pendían del triunfo de las armas rusas o francesas. Pusiera en la balanza sus escuadras y soldados la Inglaterra, cumpliendo sus promesas; no se dejara tiempo a Bonaparte para rehendir sus filas; pelcaran en invierno los que se hallaban cerca de sus casas y aquellos que eran dueños de los mares y de acudir a todas partes, contra el que estaba quebrantado, a cuatrocientas leguas de la Francia, mal provisto y viviendo de exacciones sobre los pueblos descontentos y oprimidos; diérase un grande golpe bien tajado sobre el enemigo que reanimase al Austria, ansiosa de vengarse, y la paz se habría hecho a beneficio de la Europa y de la Francia misma, quizá que para siempre. Pero la Rusia estaba sola, en guerra al mismo tiempo con los turcos y amenazada de otra guerra por los persas; la Prusia, por el suelo; la Suecia, incierta y disgustada, y la Inglaterra, a su provecho siempre, haciendo expediciones a la América, al Egipto, al Helesponto, mientras que perecía la Prusia por instantes y se acercaba el fallo de la suerte sobre los campos de Polonia, sin un soldado inglés tan sólo para muestra (154).

(154) He aquí las fuerzas de los ingleses en aquella época, tales por lo menos como rezaban los estados oficiales presentados a las cámaras. Las fuerzas de tierra constaban de doscientos cincuenta y cuatro mil seiscientos sesenta y cinco hombres de tropas regladas, de las cuales había ochenta y seis mil ciento cuarenta y cuatro fuera de Inglaterra, y ciento sesenta y ocho mil quinientos y veintiuno en el reino. La caballería contaba veintidós mil seis-

Tras del Pregel los rusos, tras del Passarge los franceses, corrían los meses fuertes del invierno negociando en ambas partes con fe más que dudosa, el Austria medianera, y la Inglaterra prometiendo siempre, dificultando todo ajuste y atizando las hachas de la gue-

cientos cincuenta y tres hombres, la guardia de infantería ocho mil noventa, y la legión alemana siete mil ochocientos cincuenta y ocho infantes y dos mil novecientos ochenta y nueve caballos. A estas fuerzas se añadían doscientos noventa y cuatro mil ochocientos sesenta y nueve voluntarios, los veinticinco mil ciento y ochenta de caballería, doscientos cincuenta y nueve mil quinientos y uno de infantería, y diez mil ciento ochenta y ocho de artillería.

Las marítimas se componían de ochenta y ocho navíos de línea navegando, con más otros trece de a cincuenta y cuarenta y cuatro cañones, ciento y diez y seis fragatas y trescientos dieciocho bastimentos entre corbetas, bergantines y otros buques menores; de cincuenta y siete navíos de línea, siete de cincuenta y cuarenta y cuatro cañones, cincuenta fragatas, sesenta y una corbetas y sesenta y un bergantines armados y listos en los puertos; de treinta y cuatro navíos de línea, veinticuatro fragatas, treinta y cuatro corbetas y tres bergantines en astillero; y de treinta y nueve navíos de línea dieciséis de cincuenta y cuarenta y cuatro cañones, cincuenta y un fragatas y seis bergantines desarmados: total absoluto, mil veintinueve navíos de guerra. Al ver el desamparo en que el Gobierno inglés, tan sobrado de fuerzas terrestres y marítimas, dejó a sus aliados, no se podía dudar que en vez de desear la paz de Europa, buscaba el dilatarla para tener más tiempo de abarcar conquistas y de marina y de comercio, a expensas igualmente de amigos y enemigos, cayera quien cayese mientras tanto. A la Rusia vendieron por fuerza haberse aventurado a atravesar el Helesponto y haber probado a hacerse dueños de aquella llave del mar Negro. ¿Mas para quién habrían tomado aquellas fortalezas sino para ellos mismos, caso de lograrlo? Y ¿para quién hubiera sido la ganancia, si, como lo intentaron, hubieran conseguido apoderarse de la escuadra turca? Situado el almirante inglés delante del serrallo y sorprendida y conternada aquella corte, ninguna cosa fué más fácil que obtener la paz entre la Puerta y el Imperio ruso; pero, pidiendo por rehenes los castillos y la escuadra turca, quedó mostrado que el servicio de la Rusia no era más que un proyecto para lograr aquel golpe a favor de la Inglaterra. Interés de ésta, no de Rusia, fué también el probar a hacerse dueños del Egipto, e interés, sólo de ella, sin más velo, atacar las provincias de la Plata guerreando contra España, y dejando a su anchura a Bonaparte en Prusia y en Polonia. Aquí tan sólo estaba el puesto del honor para la Gran Bretaña, aquí la gloria, no en Egipto, no en Buenos Aires, no en el Bós-

rra (155). Entre tanto, llenaba y rellenaba Bonaparte sus falanges y escuadrones, y no teniendo a sus espaldas quien le pusiese estorbo, los contingentes de Alemania y los polacos le conquistaban la Silesia. Más que esto todavía, para que no faltase nada a su fortuna, su enemigo más antipático, el rey Gustavo IV, ajustó un armisticio indefinido con los ejércitos franceses, no porque se encontrase en un apuro, mas por picar a la Inglaterra, que se tardaba en socorrerle y que rehusaba deferirle el mando de las tropas auxiliares no enviadas. Por esta coyuntura inesperada, las tropas que invadían la Pomerania sirvieron a estrechar a los prusianos en Dantzig y a conseguir más pronto el rendimiento de esta plaza. Segura así su izquierda, y superior con mucho al enemigo, no importó nada a Bonaparte que las negociaciones fuesen rotas. Rompiólas con efecto el moscovita, y acertó a romperlas cabalmente a la peor hora, cuando todo se hallaba en contra suya.

Bonaparte dejó que comenzase su enemigo, para poder contar que no era él quien se oponía a las paces deseadas; mas como aquel que rompe un dique que contenía al torrente, así se halló Alejandro; y así, como el torren-

fo de Tracia, donde encontró tan sólo la derrota y el oprobio. Seis años más de guerras y desastres costó a Europa esta avaricia loca y este maquiavelismo de la Inglaterra de aquel tiempo. Mis enemigos se alegraban de estas cosas y me lanzaban sus sarcasmos porque pensé juntarme a aquella liga; y el rey mismo, sugerido sin saberlo por los que eran sus contrarios otro tanto como míos, me decía:

—¿Qué hubiera sido de nosotros si nos hubiéramos metido en esta guerra cooperada por ingleses!

(155) Las pláticas de paz habían corrido del uno al otro campo por espacio de tres meses, mediando el Austria en las más de ellas. A mediados de mayo se había llegado a convenir en la reunión de un congreso general que había de ser tenido en Copenhague. Bonaparte había propuesto para base de las negociaciones la igualdad y reciprocidad entre las dos ligas beligerantes, y la adopción de un sistema común de compensaciones; pero encerrado en el tenor general de estas condiciones, y rehusándose a declarar su manera de entenderlas y aplicarlas, la Inglaterra encontró sobrados pretextos para disuadir a la Rusia de aquella tentativa pacífica, y la empujó a las armas.

te, cayó Napoleón sobre los rusos, y en obra de diez días, cada combate un triunfo y cada marcha una victoria, dió en Friedland cima a la campaña.

El vencido y el vencedor se abrazan en el Niemen. Alejandro, asombrado de ver al triunfador en sus fronteras, en vez de retirarse, de apellidar su Imperio, y de atraer a su enemigo y empeñarlo en una larga guerra porfiada lejos seiscientas leguas de la Francia, o a lo menos dejar pendiente su querella, pide la paz a cualquier precio, se vuelve su instrumento, se muestra un entusiasta y un oficioso cortesano del que le había humillado ya dos veces hasta el polvo, le otorga cuanto pide, le da ducio de la Europa y acepta su permiso de agrandarse en la Finlandia y en Turquía.

Todos saben cuál fué el tratado de Tilsit, cuál la mísera suerte de la Prusia; con qué facilidad el grande autócrata Alejandro, por complacer al nuevo amigo, entró en parte del despojo de su íntimo aliado Federico, en cuyo auxilio había venido; cómo cerró sus ojos al porvenir de la Alemania, reconociendo a bulto cuanto Napoleón quisiese hacer más adelante en los Estados que ocupaba de los príncipes germánicos (156); cómo desaparecieron de esta lista el elector de Hesse, el príncipe Guillermo de Brunswick, el príncipe de Orange-Fulda y varios otros que fueron arrastrados a la guerra en favor de la Prusia y de la Rusia (157), como la Sajonia; ésta,alzada y ensangrecida; los otros, más endebles, reducidos los unos a la nada, los otros mutilados; el nuevo reino de Westfalia, levantado sobre los despojos de la Prusia y de estos

(156) Véanse sobre esto los artículos XV, XIX, XX y XXV del Tratado de Paz de Tilsit entre Rusia y la Francia.

(157) Por la intercesión del emperador Alejandro concedió Bonaparte una pensión de ochenta mil florines al príncipe de Orange-Fulda, y otra de sesenta mil al príncipe Guillermo de Brunswick. Al elector de Hesse no quiso señalarle renta alguna, alegando ser sabido que tenía muchos fondos en los Bancos extranjeros:

—A lo menos, los otros dos no pedirán limosna enteramente: le respondió Alejandro, y le dió gracias.

príncipes (158); los que alcanzaron gracia, encadenados a la Francia con sus demás colegas los reuianos; la infortunada Prusia, en fin (lo que quedaba de ella), condenada a vivir hundida bajo el peso de los ejércitos franceses hasta pagar el último dinero de las contribuciones inhumanas e impagables que le fueron puestas para alargar el yugo sobre aquellas tristes ruinas (159).

¡Dichosos los Estados a quien el mar ponía a cubierto de la espada que reducía al silencio y que ponía en su dependencia el continente todo de la Europa! ¡Quién no tembló en aquella época y quién fué libre en aquel tiempo! No, ni la Francia misma: éralo menos en verdad que las demás naciones

(158) La dotación del reino de Westfalia, erigido en favor del Jerónimo Bonaparte, se componía de las posesiones siguientes: los Estados de Brunswick-Wolfenbützel; la parte de la Marca situada en la orilla izquierda del Elba; la del país de Magdeburgo en la misma orilla, el territorio de Halle; el país de Halberstadt; el de Hildesheim y la ciudad de Goslar; el territorio de Quedlimburg; el condado de Mansfeld; el Eichsfeld, con Erfurt, Mulhausen y Nordhausen; el condado de Stolberg; los estados de Hesse-Cassel, con Rinteln y Schaumburg, menos el territorio de Hanau; Smalkalden y Carzenellenbogen sobre el Rin; el territorio de Gorvey, Cöttingen y Grubenhagen con los distritos de Hohenstein y de Elbingerode; el obispado de Osnabrück; el de Paderborn, Minden y Ravensberg; y el condado de Rietberg-Kaunitz.

(159) De cinco mil seiscientos cuarenta y seis millas cuadradas que contenía el reino de Prusia, le quedaron por el Tratado de Tilsit tres mil sesenta y cuatro: de nueve millones ochocientos cincuenta y seis mil habitantes, cuatro millones novecientos treinta y tres mil seiscientos ochenta y siete. Por el mes de octubre componía apenas treinta mil hombres el Ejército prusiano. El número de tropas francesas que pesaban sobre el país, lejos de disminuirse, se aumentaba cada día y se proveía largamente en él, mientras el durísimo impuesto de guerra se aumentaba devengando el interés de un cinco por ciento hasta el completo pago, que no podía verificarse en largo tiempo. Al mismo tiempo, el ministro inglés Canning declaraba a Mr. Jacobi, embajador de Prusia, que S. M. B. se lamentaba mucho de las desgracias que sufría la Prusia; pero que, cerrados sus puertos a los bastimentos ingleses, el honor de la Gran Bretaña le hacía forzoso adoptar medidas hostiles contra Su Majestad prusiana. Los que vivían entonces son los únicos que han podido comprender los dolores y sufrimientos de la Europa desde aquella época no acostumbrada a verse en los anales de

de la Europa, el primer pueblo conquistado. Después de tanta sangre derramada de sus heroicos hijos, tuvo que contentarse con que Napoleón, de lo alto de su solio, le dijese: *Vosotros sois un pueblo grande y bueno* (160), mientras que le quitaba sus tribunos (161), mientras que sometía la imprenta en grande y en pequeño a la censura (162), y a la magistratura del país la hacía amovible (163). Diéronle gracias los tribunos; los diferentes cuerpos del Estado consumieron todas las frases con que atendieron los romanos a Tiberio mismo, y los santos prebados agotaron los temas de la Biblia hasta casi igualar a Bonaparte al hijo de Dios vivo (164).

No es mi intención aquí bajar a los

los pueblos. He aquí una muestra de aquellas grandes penas y aflicciones en la proclama del rey de Prusia a los pueblos que había perdido por la paz de Tilsit: "Amados habitantes de las provincias, territorios y ciudades fieles: La suerte de mis armas ha sido desgraciada y vanos los esfuerzos de las reliquias de mi Ejército. Arrojado hasta los últimos confines de mi reino, y viendo que mi poderoso aliado había tenido por necesidad que ajustar un armisticio y firmar la paz, no me quedaba más partido que el de imitarlo. La paz ha sido tal y como debía esperarse de las circunstancias: era preciso que yo, mi Casa y la nación hiciéramos los sacrificios más dolorosos. Ya se han roto los vínculos con que estábamos unidos por el tiempo, por los Tratados, por el amor y por el deber. Mis esfuerzos por conservarlos han sido inútiles, y el destino quiere que el padre se separe de sus hijos. Así es que os eximo de todas las obligaciones que, como vasallos, me debíais a mí y a mi Casa. Sin embargo, mis ardientes votos por vuestra prosperidad os seguirán bajo el gobierno de vuestro nuevo soberano, para el cual habréis de ser lo que para mí habéis sido. Ni la suerte, ni potencia ninguna humana podrá borrar de mi paternal corazón vuestra tierna memoria. Memel, 24 de julio de 1807.—*Federico Guillermo.*"

(160) En el discurso pronunciado en 16 de agosto de 1807, haciendo la apertura de la sesión del Cuerpo legislativo.

(161) Senado-consulta orgánico de 19 de agosto del mismo año.

(162) Decreto imperial de 27 de septiembre.

(163) Senado-consulta de 12 de octubre.

(164) Hubo alguno, en efecto, que puso por texto de un sermón o de una carta pastoral el *Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum*. Yo creo que fué el obispo de Contanees quien aplicó este texto a Bonaparte; no estoy cierto; podré citar con más certeza como suyo lo que en la Santa Iglesia metro-

franceses ni una línea del honor y la gloria que bajo tantos títulos merecen; yo el primero de todos, con corazón sincero, rindo homenaje a sus virtudes cívicas, a su amor de la patria, a su bravura y heroísmo; mas debo hacer memoria de aquel estado de opresión a que se vieron ellos mismos reducidos por el hombre en cuyas manos pusieron sus destinos. Si hasta tal grado llegaron a postrarse ante su propia hechura tantos Catones, tantos Pompeyos, tantos Brutos, ¿por qué razón sus escritores, casi todos, han zaherido a las demás naciones o a los demás Gobier-

politana de París pronunció un año antes, en 7 de diciembre, segundo domingo de adviento: "Ah si los astros, fieles a las leyes que han recibido del Criador, cuentan su gloria y publican la obra de sus manos, Napoleón creando en Francia, si me puedo explicar así, *nuevos cielos y nueva tierra*, protegido en los combates contra su propio valor por el Todopoderoso, inspirado en los consejos por una luz celeste, no encontrando obstáculo sino para vencerlos; Napoleón marchando de maravilla en maravilla, de prodigio en prodigio, atestigüa al universo la existencia de una Providencia divina que dirige a su grado todos los sucesos de la tierra, escoge aquí y allí, donde lo quiere y como quiere, los instrumentos de sus obras, y aun a ellos mismos los asombra por los increíbles resultados que les hace que obtengan, derribando y echando por delante de ellos, como el viento al polvo, cuanto se atreve a resistirles, dándoles su poder para consuelo de los buenos, como también para castigo de los malos, etc."

Después citando aquel texto, *et nunc reges intelligite*, de que usó Bossuet en Versalles con tanta gloria, dijo lo siguiente: "Bossuet mismo se encontraría inferior a sí propio si tuviera que explicarnos los caminos de Dios en todo lo que ha hecho, primero para castigar a la Francia, después para salvarla, después en lo que vemos que está obrando, *para obligar a los reyes a someterse a sus decretos acerca de Napoleón, y que acaben de comprender que su absoluta voluntad es que él sea el árbitro de la Europa*, y el regenerador del mundo, que los soberanos aprendan de él la ciencia del reinado y que los pueblos reciban de su mano la felicidad unida a la obediencia..." Baste esto para muestra. Leyendo tales cosas, ¿no se podría decir que la tribuna evangélica llegó entonces hasta el extremo de parodiar a su modo y en sentido monárquico la de la Convención francesa?

Este sermón agradó tanto, que se mandó imprimir e insertarlo en el *Monitor* de 17 de diciembre de 1806, núm. 351, donde podrán hallarle más extensamente los curiosos. Poco después nombró Napoleón a aquel prelado obispo de Orleans.

nos que se plegaron más o menos, por evitar mayores males, ante aquel hombre poderoso? No; la Francia de quien venia todo el poder de aquel gigante y sin la cual ninguna cosa habría podido aquel caudillo, no tuvo voz para argüirle, ¿qué digo yo para argüirle!..., para indicarle tan siquiera su deseo de verle poner fin a su proyectos ambiciosos, y de gozar en paz el fruto de tantos sacrificios y trabajos y tormentos como había arrostrado por ser libre. Fué menester que la fortuna le hubiese vuelto las espaldas y que la Francia ya se viera sobre los bordes de un abismo, para que al fin hubiese quien osara proponer se le rogase renunciar a su poder desmesurado y volver a aquel pueblo tan sufrido y generoso en libertades y derechos (165). ¡Oh!, la Francia no habría perdido, en fin y postre, sus fronteras naturales, que a tanto coste suyo propio había ganado con heroico esfuerzo, si la ambición de Bonaparte hubiera recibido un escarmiento en la Polonia, y si escaparlo a un gran peligro, mejor alicionado por la suerte y vuelto a Francia menos soberbio y arrogante, la hubiera hallado menos blanda y obsequiosa. No fué el mal de la Francia lo que yo buscaba cuando intenté mover la España a tomar parte en la demanda de la Prusia y de la Rusia: quería el bien de mi patria, el de la Francia y toda Europa. ¿Con qué razón propios y extraños me han colmado de improperios por haber ansiado aquella guerra, que habría podido ahorrar al mundo tantas otras?

¿Fué porque no la hice? Mas todo estaba listo y bien dispuesto; mis enemigos la impidieron (166). ¿Fué que de

(165) Voto del Cuerpo legislativo para la respuesta al discurso del emperador en la sesión que fué abierta en diciembre de 1813. ¿Qué de elogios no han sido dados a los valerosos diputados M. Raynouard, Lainé, Flaugergues, Gallois y Maine de Biran, que propusieron aquel voto, los primeros, después de tantos años de humildad y obediencia, que osaron, harto tarde, producir y formular los votos de la Francia?

(166) Si intenté aquella guerra seriamente y con empeño, mejor que ninguna otra prueba lo demuestra el dicho mismo del canónigo Escoiquiz, cuando en el diálogo (aderezado y compuesto a su manera) con el emperador



allí tomó principio la idea de Bonaparte de oprimirnos y hacer la España suya? Tan sólo Mr. De Pradt, puesto a contar de acuerdo con su amigo Escoiquiz, es el que ha escrito y afirmado que el emperador de los franceses no había pensado cosa alguna contra España anteriormente. Yo hablé ya largamente acerca de esto (167). Mr. De Pradt podía ignorar de qué manera se llegó a explicar conmigo Mr. De Beurnonville un año antes; mas ¿cómo Mr. De Pradt podía ignorar lo que se oía a Napoleón, lo que se hablaba en Francia y lo que se escribía, aun contra los Borbones mismos de la dinastía española, sin ningún rebozo ni recato? ¿Y por ventura Mr. De Pradt, puesto siempre su oído en las escuchas, no llegó a saber nada de un consejo que fué dado a Bonaparte mucho tiempo antes sobre las dos familias de Borbón y Lorena, *de aliarse con la una y de aplastar la otra*? ¿Por ventura el bendito obispo, tan perspicaz como hace gala de mostrarse en sus escritos, no vió nada contra los Borbones en el horrible asesinato de Vincennes? La caída del rey de Nápoles, reemplazado por un hermano del emperador de los franceses, ¿no le mostró el camino y el sistema ya tomado y empezado contra los demás Borbones que aún reinaban?

Cierto es que Bonaparte hizo mención de mi proclama, no una vez sola, sino muchas: no tenía más pretexto ni más sombra de pretexto, para buscar

de los franceses, cuenta que le dijo con referencia a mi proclama: "Cierto es que aquella proclama debió mirarse como una declaración de guerra la más ofensiva por sus circunstancias; ¿pero fué acaso obra de un Borbón, de Carlos IV? Vuestra Majestad sabe mejor que yo (\*) que no lo fué sino el Príncipe de la Paz, que tuvo que vencer toda repugnancia del rey, que no cedió a su empeño sino en fuerza de una debilidad tan notoria como inconcebible; que por lo mismo no puede citarse como prueba, ni atribuirse a odio alguno del rey contra Vuestra Majestad ni su Casa, etc."

(Idea sencilla, documento 3.º, pág. 156.)

(\*) M. de Pradt, refiriendo este mismo pasaje en sus *Memorias*, en lugar de las palabras que van en bastardilla, pone estas otras: *On ne vous a pas laissé ignorer.*

(167) Véase el capítulo XXIV de esta segunda parte.

disculpa a las maldades que cometió en Bayona; mas si no hubiese habido tal proclama, ¿habría dejado de llevar a efecto sus deseos y sus intentos acerca de la España? ¿Hizo alguna proclama en contra suya el Pontífice romano que había venido a consagrarlo, que le había concedido tantas cosas, que reconoció a su hermano, sin tardarse, como rey de Nápoles, y que por agradarle había cerrado sus fronteras y puertos a los miserables emigrados de aquel reino que iban buscando asilo y huyendo de la muerte a los Estados Pontificios? ¿No le atacó del mismo modo, al mismo tiempo y con las mismas artes y perfidias que a nosotros? De otra parte, si se sentía agraviado por nosotros, ¿quién le estorbó mostrarlo, pedir satisfacción, o declarar la guerra, como antes hizo contra Nápoles? ¿Quién le impidió pedir al menos, cual yo lo deseaba, mi retiro? ¿Quién le obligó a lisonjearnos muchos meses todavía, a celebrar tratados que excluían toda idea de queja, y a mostrarse contento y amigable, hasta el extremo de hacer a Carlos IV un gran regalo?

Baste con esto para ver y concebir que, con proclama o sin proclama, Napoleón hubiera obrado de igual modo con nosotros. Bastábale haber visto desde un principio hasta aquel tiempo, que el Gabinete de Madrid no se doblaba fácilmente a sus proyectos y deseos, que mantenía su dignidad e independencia con decoro, que resistía el hacerse un instrumento ciego suyo en los negocios de la Europa, y que rehusaba tenazmente cualquiera concesión que se opusiese a la igualdad en intereses mutuos y en respetos que era debido se guardasen entre potencias aliadas libremente. Yo he contado ya, en prueba de esto, multitud de hechos sabidos y notorios, no inventados, que pertenecen a la Historia. Si mi pecado fué, o por pecado se me cuenta, haber tenido esta conducta, yo pude haber causado la enemistad de Bonaparte y ocasionado sus designios de domarnos por la intriga o por la fuerza, mas yo no me arrepiento. Falta saber si, habiendo obrado de otro modo, no nos habría arrastrado a su dominio imperceptible-

mente, no nos hubiera habituado a obedecerle a ciegas, no nos hubiera confundido desde un principio entre sus filas con los demás pueblos que le servían postrados, ni nos hubiera atado y corrompido de tal modo que el sentimiento nacional se hubiera disipado, y al intentar poner a España la coyunda no hubiera hallado a nadie que sacudiese la cabeza. Yo logré por lo menos, nadie me quitará esta gloria, que mi querida patria atravesase aquella edad de incendio, y de revoluciones y trastornos, sin alterarse su elemento; su nacionalidad, intacta; su patriotismo, puro como un oro coronario, sin ninguna mezcla de las que corrompieron a otros pueblos de las que los doblaron, fuese a la democracia de la República francesa o fuese a la autocracia del Imperio (168).

Vino, en fin, nuestra hora: Dios visitaba entonces en su ira todos los pueblos de la Europa. Debe tenerse en cuenta aquella época, en que ninguno se escapaba del azote, más recio sobre aquellos que habían sufrido menos en los períodos anteriores. Dios castigaba los errores y el desacuerdo de los hombres lo mismo que sus culpas. Cuando movía sus tropas Alejandro para acudir al rey de Prusia, como supiose los esfuerzos que hacía Napoleón para atraer al Turco a su alianza, en vez aquél de hacer al Gran Señor un buen partido

y de ganarle contra los franceses aun cuando hubiera sido a costa de algunos sacrificios, invadió como en prenda la Valaquia y la Moldavia y fomentó disturbios en la Servia. De este modo, en lugar de atravesar las pretensiones del emperador de los franceses, le hizo más fácil traer la Puerta a su partido. Declaróle la guerra el Turco, sostenido por la Francia; vióse Alejandro precisado a sostener dos guerras y a pelear con los franceses, desigual en fuerzas.

¡Grande ocasión a los ingleses para hacer negocio, so pretexto de obligar la Puerta a deponer las armas contra Rusia y a romper con los franceses! Mientras tanto, no pelcaban los ingleses en el gran teatro de la guerra; parecían hacer algo, y tanteaban para abrir los Dardanelos y el Egipto. Frustrados en su intento y humillados en la una y la otra parte, no por eso acudieron a sostener sus aliados en el Oder o en el Vístula; pero en Constantinopla los vengaron los genizaros y el mufti. Selim III fué arrojado de su trono; después, asesinado; sus consejeros y ministros, degollados. Constantinopla fué teatro largo tiempo de crueldades y de reacciones espantosas.

El rey Gustavo IV, que en la ocasión más decisiva de la campaña de Polonia pactó una tregua con la Francia, y que allanó de esta manera la conquista de Dantzig y los progresos y vic-

(168) He aquí acerca de esto un testimonio que han dado a esta verdad los autores mismos de la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, que he citado ya diversas veces: "Bonaparte—dicen—, dando crédito a observadores superficiales y a las pinturas inexactas de nuestras costumbres que le hacían sus agentes, creyó, por su desgracia y por la nuestra, que la España contenía un cierto número de hombres deseosos de innovaciones y reformas que favorecerían de buena fe su usurpación, mientras que el pueblo, masa crédula y estúpida, se entregaría con sumisión y sin examen al impulso que le darían las clases superiores. Sin que pueda dudarse, la España deseaba las reformas, pero no las de un usurpador extranjero que miraba a los hombres con desprecio y se reía de los principios más sagrados del derecho de los pueblos. La instrucción estaba mucho más extendida en España de lo que se creía generalmente; el pueblo, aunque sinceramente religioso, no era ni estúpido, ni fanático, ni supersticioso. Las perniciosas doctrinas que desmoralizaron a otros

pueblos y derribaron sus Gobiernos, no se habían esparcido entre nosotros; los nombres de patria, de religión y de monarca se hallaban respetados; y si en las grandes ciudades se encontraban más o menos ejemplos de inmoralidad o de molice, la gran masa de la nación conservaba las virtudes antiguas y severas de nuestros abuelos y alimentaba en sí misma el germen del heroísmo que se desenvolvió con tanta gloria." (Pág. 142 de la traducción francesa.) Los autores de esta obra no intentaron contar esto en favor mío; mas si después de quince años de mi influencia o de mi mando que ellos decantan haber sido omnipotente, la nación española conservaba sus costumbres y su pureza de principios, algo debía probar en favor mío esta conservación, que fué tan rara en otros pueblos tan bien morigerados como el nuestro. Cuéntente Nápoles, la Bélgica, el Piamonte y Roma misma; cuéntente la Alemania, la Holanda y la Suiza; Bonaparte no halló más digne en todo el continente que la España.

torias del emperador de los franceses, cuando ya todo se ha acabado, cuando los dos emperadores están juntos y se abrazan, denuncia el armisticio y desafía a la Francia victoriosa. Verdad es que los ingleses le han movido y ofrecido un ejército; pero este ejército no llega. La vanguardia alemana que le enviaron para muestra, y que guardaba a Rugen, tiene luego la orden de evacuar aquella isla para acudir a la invasión horrible que dirigen los ingleses contra Copenhague: la Suecia se halla sola, y el infeliz Gustavo comienza la carrera de miserias e infortunios que deberán costarle la corona. La Pomerania es conquistada por la Francia: Alejandro no es ya su amigo y aliado, y tomará su parte de un convenio inicuo en la Finlandia.

La Dinamarca, en tanto, inofensiva a todo el mundo, neutral con Francia, neutral con Inglaterra, es deseada de ambas partes. Napoleón la respetaba todavía y se tardaba en obligarla a figurar en la palestra. El Ministerio inglés no se detiene ni se esconde de dar a Bonaparte una lección de atrocidad y de barbarie. La capital de Dinamarca está casi indefensa, Dinamarca no teme nada de Inglaterra; temía de Bonaparte. El grueso de sus fuerzas cubría en el continente el Holstein y la Jutlandia. He aquí, pues, el Gabinete inglés, o temeroso, o pretextando estarlo, de que Napoleón tentase sojuzgar a aquel Estado neutro y lo obligase a entrar en su alianza, resolvió, no el impedirlo, no el socorrer y reforzar la Dinamarca con un ejército británico y pelear en favor suyo, si llegaba el caso, sino dejando el enemigo el continente en donde había peligro, invadir la Zelandia inaccesible a los franceses, amenazar a Copenhague y requerir a aquella corte su Marina: dijéronle que en prenda hasta las paces generales. Rechusada esta demanda ignominiosa, la improvisa ciudad fué acometida y debelada por veinte mil ingleses; sus edificios, incendiados; sus astilleros y arsenales, destruidos; su Armada entera, arrebatada. Jamás un enemigo fué tratado ni con mayor rigor ni con igual baja que la inocente Dinamarca lo fué entonces por

la Gran Bretaña; primer ejemplo de esta especie en los anales de los pueblos cultos, hazaña digna de los vándalos (169). Después, se retiraron, dejaron a merced de los franceses aquel reino; no osaron ni asomar al continente y ocupar sus puertos.

Cuento estas cosas, ya olvidadas a fuerza de sabidas, por recordar a mis lectores, y a los de España mayormente, cuál fué aquella estación de violencia y desorden que empedernieron en la Europa, y en el mundo entero, la Francia y la Inglaterra. Ni más fe, ni más pudor, ni más respeto a nada, ni más temor de Dios ni de los hombres en la obstinada lucha de aquellas dos potencias; todo es hollado y oprimido o devastado dondequiera y de cualquier modo que se puedan hacer daño, dondequiera que cada una, bajo cualquier pretexto, pueda aumentar sus fuerzas y agrandar su imperio. Quedaba aún Portugal, que vivía en paz con las demás naciones hacía ya cerca de seis años; el Portugal..., la piedra de tropiezo de la España, que la piedad de Carlos IV se negó a quitar de en medio. Avisos, y consejos, y advertencias, y ruegos porfiados; he aquí lo que se hizo, y todo en vano, durante los seis meses de la campaña de Polonia.

Tenía tiempo sobrado el Gabinete lusitano para fortalecerse en sus colonias y recoger sus navés, asegurar sus intereses y sacudir el yugo de la Ju-

(169) Por un refinamiento de crueldad fueron empleados contra Copenhague los cohetes a la Congreve, y el autor de este infernal invento fué a emplearlos en persona. Hasta seiscientos edificios fueron incendiados y entre ellos la iglesia de San Nicolás, donde estaba el panteón de las grandes familias históricas de aquella ilustre monarquía, las viejas armaduras de sus antiguos héroes y sus reliquias venerables. Todo el nuevo arsenal lo destruyeron los ingleses, rompieron los puentes, destruyeron las bombas, despedazaron las máquinas; los pertrechos navales que no cupieron en sus naos los arrojaron a las aguas; desmantelaron el lazareto, saquearon el hospital de San Juan; los archivos de la Marina los quemaron. Los daños y las pérdidas que sufrió la Dinamarca en tamaño desastre fueron regulados en treinta y seis millones de táleros, a poca diferencia, cuatrocientos setenta y siete millones de reales.

glaterra. No lo hizo. La paz de Francia y de la Rusia estaba hecha, y aún se dudaba en Portugal que fuese cierta, o que al menos no hubiese entrada en ella la Inglaterra. Cuando oyó la verdad de boca de ésta, no era tiempo de desprenderse de sus garras; ninguna cosa estaba preparada. Un momento, no obstante, pareció prestarse el Ministerio portugués a los consejos de la España, y aún llegó hasta adoptar el borrador que se extendió en su cuarto de un manifiesto decoroso, bien medido y bien fundado, que no hiriese enteramente a la Inglaterra ni al Portugal lo rebajase (170).

Debía deducirse en él que Portugal, nación pacífica y amiga de las demás naciones que componían con ella la soberanía del continente, atunido el estado de la Europa, no podía menos de agregarse en sus medidas de política al mayor número de aquéllas, y, bajo tal concepto, de adherirse plenamente a los oficios y loables intenciones con que el emperador de Rusia iba a constituirse mediador entre la Francia y la Inglaterra; que no obtenido el logro de estos oficios amigables, y seguida la guerra entre las dos potencias, por su propia tranquilidad y por respeto a los demás Estados influyentes de la Europa, se hallaría precisado el príncipe regente, no sin mucha pena suya, a interrumpir sus relaciones con la Gran Bretaña y a seguir aquel sistema que, en final resolución, se adoptaría en el continente por las potencias grandes, interesadas en las paces; que sus estrechos lazos de amistad y de familia con España no podían permitirle por más tiempo parecer indiferente a la obstinada guerra que se le hacía en América; que esta guerra dañaba tanto al Portugal como a la España, visto el designio de la Gran Bretaña de sublevar aquellos pueblos contra su metrópoli, lo cual, verificado que pudiese ser en los Estados de la América

española, ofrecería un ejemplo peligroso en las colonias portuguesas; que, además, los sucesos ulteriores y los diversos compromisos que podría ofrecer el continente si no se realizaban las paces generales, no tardarían en impedir que las potencias menos fuertes pudiesen ser neutrales, y que, obligado el Portugal, cual podría verse, a la penosa alternativa de tomar parte en la querrela o por la Gran Bretaña o por la Francia y sus amigos y aliados, el príncipe regente no haría bien en separarse del sistema de los otros pueblos, ni podría mucho menos resolverse a pelear contra la España, a quien, después de tantas relaciones de amistad y parentesco que le ligaban en su obsequio, era también deudor de aquella paz que había gozado y que gozaba con la Francia; que llegado a un extremo de quebrar con la Inglaterra o con la España, la moral pública, su honor, la quietud de sus reinos y su seguridad también le obligaban a unirse con la última y a correr con ella igual fortuna próspera o adversa; que sus votos eran la paz que la fortuna de la Francia acababa de conseguir en todo el continente, sin que ninguna otra provincia se opusiese a ella, y sin que la Inglaterra tuviese ya más medio de estorbarla; que estaba decidido a soportar más bien quebrantos en los mares que a tenerlos en su propia casa y exponerlo todo a la ventura de una guerra territorial y destructora sin ningún motivo por su parte de lanzarse en ella; que llegadas, en fin, las cosas al extremo de proseguir la Gran Bretaña guerreando contra España y Francia, le era forzoso declarar que se uniría con ellas, y que por más dolor que le costase renunciar a las antiguas relaciones de amistad y buena inteligencia que mediaban entre el Portugal y la Inglaterra, el interés común del continente le haría seguir el mismo rumbo de política que adoptarian en contra de ella los demás pueblos de la Europa.

Bien que el Ministerio portugués se encontrase dividido en dos partidos, uno en favor y el otro en contra de Inglaterra, estuvo ya resuelta esta virada

(170) Esta minuta fué trazada de común acuerdo con el conde de Ega, embajador de Portugal, por quien no quedó nada que no se hiciese a fin de persuadir a su Gabinete de la necesidad de apartarse de la Inglaterra, y evitar cuestiones con Francia.

de política que debía poner el Portugal en guarda contra las presuntas intenciones y designios del emperador de los franceses. Mas era necesario no tardarse, y aquí estuvo la desgracia. Lord Strangford, embajador inglés cerca de aquella corte, fuera que hubiese presentado lo que se trataba en el Consejo del príncipe regente, fuese más bien que alguno le avisara, hizo esparcir la voz de que el Gobierno inglés iba a aceptar la mediación del Gabinete moscovita, y que por dar la paz al mundo estaba decidido a consentir los sacrificios que fuesen compatibles con el honor británico.

Aquella especie era probable; en la misma Inglaterra se creyó por muchos que adoptaría el Gobierno aquel partido y tomaría descanso y tiempo. Preguntado lord Strangford acerca de esto por los ministros portugueses, y confirmada aquella voz por sus respuestas positivas, se creyó en el Consejo que la medida ya acordada no era urgente, y que sería prudencia diferirla y ver venir las cosas. ¡Triste fatalidad de la prudencia humana, que yerra a veces más que la temeridad y la osadía! Cada momento que pasaba en esta indecisión del Gabinete lusitano, ganaba el enemigo una jornada. Pasáronse los días, los días contados que faltaban para empezarse o no empezarse el nuevo drama trágico que los destinos empujaban, drama sangriento y espantoso en muchos actos, en que el protagonista, más parecido en su poder a un personaje fabuloso que a un personaje histórico, después de haber causado tantas ruinas, debía encontrar también la suya para llorarlas todas solitario en medio de los mares.

No bien Napoleón había llegado, desde el Niemen hasta el Sena, cargado de trofeos, y ensordecido por los vítores y aplausos de amigos y enemigos postrados igualmente ante su carro victorioso, no descansado todavía de los afanes y tareas de la campaña laboriosa de Polonia, cual si ninguna cosa hubiese hecho mientras que le faltaba alguna cosa deseada, pronto una nota a España, convidándola a ayudarle y tomar parte en el gran gol-

pe que intentaba contra los ingleses de sustraer el Portugal a su influencia y su comercio. Se han engañado los que han dicho que aquella nota fué violenta; no, su intención no fué alarmarnos. Se hablaba en ella de la urgencia de estrechar a la Inglaterra por cuantos medios fuesen dables para lograr las paces generales; de las medidas simultáneas que se habían tomado a este fin por todas partes, cerrando el continente a los ingleses; del interés de España en estas cosas y de los medios amigables que podría emplear para atraer al Portugal a su alianza y hacerle encontrar en el sistema de la unión continental contra la tiranía británica; decía que el interés mal entendido de un pueblo tan pequeño en divergencia de política con la mayoría de los demás Estados de la Europa no podía tolerarse por más tiempo; que por condescendencia hacia Su Majestad Católica, y por afecto a su persona, se resignó el emperador, hacia seis años, a tratar con Portugal y hacer la paz con aquel reino; que por igual motivo, rota ya la paz de Amiens y atacada la Francia nuevamente por la Gran Bretaña, consintió Su Majestad que el Portugal quedase neutro como España; que el Portugal había gozado de este beneficio aun después que la Inglaterra acometió a la España alevemente, siendo mucho de reparar y de quejarse que en tales circunstancias hubiese sido indiferente a los agravios que sufría la España, por cuya protección se había librado hasta tres veces de las armas de la Francia; que no tan sólo había vivido tanto tiempo en esta indiferencia, sino que, votado enteramente a la Inglaterra aquel Gobierno, y sin ningún respeto a los deberes de un país neutro, había prestado asilo y asistencia en el Brasil a las escuadras enemigas que invadían a Buenos Aires; que el Portugal, en tanto que se hallase en relación con la Inglaterra, por egoísmo o por flaqueza, sería siempre su instrumento para dañar a España y Francia; que esto debía acabarse; que en la crisis en que se hallaban los negocios de la Europa, bajo ningún concepto y por ningún motivo de-

sistiría el emperador de su resolución, tomada ya definitivamente, de reducir el Portugal a su sistema de política; pero que, descando no hacer uso de sus armas sino en el caso extremo de negarse aquel Gobierno a la demanda de la Francia, y proceder también en mutuo acuerdo con Su Majestad Católica, había determinado invitarle a interponer su persuasión y su influencia con la casa de Braganza para el efecto deseado, o bien a unir sus armas con las del Imperio para conseguirlo, en el caso, no fácil de creerse, que el príncipe regente se negase a los oficios amistosos de las dos potencias: bien entendido todo esto—concluía—que el emperador no admitiría partidos medios que el Gabinete portugués podría ofrecer para salir del paso sin romper enteramente con la Gran Bretaña, y que su intento era exigir de aquel Gobierno conformarse en todo, y a la letra, a las medidas rigorosas adoptadas contra la Inglaterra por su decreto de Berlín del 21 de noviembre.

Tal fué en sustancia aquella nota, y tal el artificio con que Napoleón disimulaba sus proyectos. Venida de otro hombre, contra el cual no hubiesen existido tan graves prevenciones y recelos como su ambición causaba, y sin que hubiese habido antecedentes de su ánimo doblado, nadie habría hallado qué temer de aquella pretensión, ni habría sabido desecharla por inmoderada o por injusta. El Portugal, era verdad, nos era infiel en el Brasil, y, lejos de mostrarse en favor nuestro, ayudaba (pasivamente por lo menos) a la Gran Bretaña en el empeño de robarnos las provincias de la Plata. Los araucanos y los pampas tomaban parte por nosotros, mientras que el Portugal, con tantas relaciones y motivos para sernos favorable, contrastaba con la honradez y la virtud de aquellas fieras tribus, dando asilo y surtiendo a los ingleses.

Tal modo de olvidar a un pueblo hermano suyo y al que fué su escudo tantas veces; mirarle expuesto más de un año a sucumbir al enemigo en aquellas regiones tan distantes, y no tan sólo no asistirnos, sino amparar a la

Inglaterra en sus Estados, era más que flaqueza y egoísmo; era una infamia. Después de esto, la guerra de los mares, no provocada por nosotros, nos afligía y depauperaba después de largos años sin ningún desquite contra el poder insuperable que ejercía la Inglaterra en su elemento: sustraer al Portugal a su influencia y su comercio era hacerle una herida en sus entrañas y dar un paso más para obligarla a hacer las paces y quitar a Bonaparte la ocasión y los pretextos de acometer más aventuras.

Digo esto por aquellos que, sin vituperarle por haber propuesto y requerido aquella empresa, han argüido a nuestra corte de una injusticia escandalosa por haberla consentido. Lo he escrito ya otra vez, y lo repito: Carlos III, rey de España, y Luis XV, rey de Francia, aún con menor motivo, medio siglo antes, combinaron sus fuerzas y emprendieron forzar al Portugal a entrar en su alianza y renunciar a la Inglaterra, sin que nadie los arguyese de injusticia. Y si a injusticias y violencias iba, ¡quién como la Inglaterra daba la iniciativa y el ejemplo, no de injusticias y violencias ordinarias, sino de atroces e inauditas en los fastos de los pueblos cultos! Bastaba lo que hizo con nosotros en 1804 y las trescientas víctimas que ardieron navegando en plena paz, primera voz de guerra que nos dió aquel pueblo.

No era injusto dañar a la Inglaterra por cuantos medios fuesen dables; el mal no estaba en esto: el mal era la diferencia entre Luis XV y Bonaparte. Se habrían podido perdonar a los ingleses todos los agravios en aquellas circunstancias, y valía más haber dejado el Portugal a su albedrío que combatirlo y someterlo en compañía con aquel hombre peligroso; mas la España no era ya libre para obrar como quisiera... La culpa no fué mía...; se desoyeron mis consejos, se perdió el tiempo más precioso, el tiempo único...; no había ya entonces en aquella actualidad, del uno al otro extremo de la Europa, quien le chistase a Bonaparte.

Fácil será de concebir con qué eficacia se trabajó por parte nuestra para

mover el Gobierno lusitano a conjurar la gran tormenta que amenazaba a la Península. Quince días antes, si hubiera puesto por la obra el plan que había adoptado, Napoleón no habría tenido que decirle. Infelizmente diferido aquel gran paso, Napoleón ganó su tiempo aun sin saber que lo ganaba: tanto importa no detenerse cuando se intenta alguna cosa que interesa en gran manera y se ha pensado lo bastante. En política, como en guerra, no hay que dejarle tiempo al enemigo; la indecisión, y la tardanza, y la pereza de los ánimos para arrojarle a obrar y aventurarse en los instantes críticos, fueron, en mucha parte, la ocasión de las victorias y de los grandes logros del emperador de los franceses.

Perdido, en fin, por el Gobierno portugués el tiempo favorable para evitar encuentros con aquel hombre tan temible; perdida la ocasión de haber salvado tan siquiera la apariencia de obrar de acuerdo propio, con un motivo tan plausible para Bonaparte como adherirse y agregarse a los esfuerzos que debían hacerse por la Rusia y por la Francia para lograr la paz marítima y la tranquilidad del continente, no le quedaba ya que hacer sino salvar la material independencia, la inmunidad del suelo patrio, que aún se encontraba intacta. Dura cual fué la intimación que se le hizo por parte de la Francia de declararse en días contados contra la Inglaterra (171), de confiscar las mercancías inglesas, de poner en prisión en clase de rehenes a todos los ingleses que habitaban el reino, y de ayudar con las escuadras portuguesas a la guerra, no llegó Bonaparte hasta el extremo de pedir, como pudiera haberlo hecho, que se admitiesen tropas extranjeras para guardar los puertos. Uno de sus ministros quiso añadir esta exigencia, y él se opuso: estaba en los principios de su nueva empresa, y caminaba paso a paso, con reserva; la habilidad y el arte del Mi-

nisterio portugués hubiera estado en sortearlo y hacer nula aquella tentativa.

¿Era contra el honor de aquel Gobierno ceder a mayor fuerza que la suya, y conceder aquello que no podía negarse sin exponerse a una gran ruina? Pero el primer deber de una potencia endeble en colisión con una grande es el poner a salvo su existencia y conservarse. Sus alianzas son sagradas mientras los aliados la protejan y puedan protegerla con esperanza de buen éxito; pero exponerse a perecer por mantener su fe al aliado, que no quiere o que no puede libertarla, podrá ser un fanatismo de amistad, mas no un consejo de política. Nada es primero para un pueblo que mantener su propia vida; después son los deberes con los otros pueblos. ¿Y, por ventura, la Inglaterra obraba de otra suerte? ¿Enviaba entonces sus escuadras y un Ejército para sacar al Portugal de aquel aprieto? Y si Inglaterra misma no protegía sus propios súbditos en aquel reino, ¿era un deber del Portugal sacrificarse en favor de ellos?

Fué la mayor desgracia que el Gabinete portugués formó la idea de que la Francia pedía mucho para obtener lo más preciso, y que era fácil transigir y contentarla con ofrecerse a lo pactado con la Francia por el Tratado de Madrid de 29 de septiembre de 1801, que era cerrar sus puertos a los navíos ingleses y no prestar ningún auxilio a la Inglaterra ni a ningún enemigo de la Francia: el Ministerio portugués no conocía la diferencia de los tiempos. Mientras se daba esta respuesta corría el término fatal del mes de agosto, que Bonaparte había fijado, y se reunían las tropas, que mandó juntar desde un principio en la Gironde. Llegado el fin del plazo, aún pudo nuestra corte conseguir que se alargase a quince días; cumplido este segundo, aún conseguimos otros quince, declarando Napoleón que era ya el postrer plazo irrevocable: a su envío le mandó pedir sus pasaportes si, llegado el 30 de septiembre, no se hubiese accedido a su demanda por entero. Nada quedó por nuestra parte

(171) La nota del encargado de negocios del Imperio francés fué presentada en 12 de agosto: el término dado al Gobierno portugués para conformarse o no con las pretensiones del emperador fué del 1 de septiembre.

que no se hubiese hecho por atraer al Portugal, siquiera de por tiempo, a su interés y al nuestro. Más de una vez escribió el rey de propia mano al príncipe regente y a su hija la princesa; la reina María Luisa le dirigía también sus cartas con toda la vehemencia de su espíritu; pero era mucho más el predominio de hábitud que ejercía la Inglaterra en los Consejos de aquel príncipe.

No atreviéndose a obtemperar aquel Gobierno a la demanda de la Francia de arrestar a los ingleses, de confiscar sus mercancías y secuestrar sus bienes, se resolvió a mostrar su situación a la Inglaterra y a preguntarle si podría auxiliar al Portugal con medios suficientes para hacer rostro a Bonaparte y defenderse. La Inglaterra le respondió no ser posible en aquel pronto desprenderse de sus tropas; que más tarde, y no muy tarde, podría hacerlo; que procurase entretener; que la Inglaterra consentía entre tanto a que cediesen cuanto a cerrar sus puertos y cortar las relaciones entre los dos países, mas declarando al mismo tiempo que si el Gobierno portugués llegase hasta el extremo de auxiliar con sus naves a la Francia, o de tocar a los ingleses en sus personas o en sus bienes, le trataría como enemigo, con todos los rigores de la guerra. De aquí la hesitación en Portugal, la confusión de los dictámenes y aquellas tentativas de bordear a un mismo tiempo entre dos vientos encontrados. Entre tanto ponían a salvo los ingleses sus caudales y preparábanse a la huida para el caso en que llegara a realizarse la invasión amenazada. Napoleón lo supo todo, y le sobró pretexto para airarse y resolver la guerra.

Ningún político, creyó yo, podrá vituperarme de que en tan graves circunstancias, tan perentorias, tan premiosas, no hubiese yo intentado hacerle frente. Aun cuando hubiera yo querido, ni el rey ni nadie me hubiera sostenido en tal intento, visto que nadie me sostuvo cuando era tiempo hábil y pudo haberse obrado a nuestra entera anchura. No hay ninguno que ignore cuál era entonces la situación de Europa, cuál el poder de Bonaparte en

aquel tiempo. Sobre temeridad, hubiera sido necedad o insania presentarle una ocasión de combatir a los Borbones en una guerra provocada por nosotros, por más justa que ésta fuese. ¡Qué más habría querido Bonaparte que poder decirle al mundo, como lo habría dicho: "Yo no quería la guerra; la España la ha buscado! ¡Cuando pensaba hacer por mi aliado Carlos IV grandes cosas, vengarle sus agravios, domar el Portugal en favor suyo, tomar prendas y rehenes contra los ingleses que atacaban sus Estados en la América, hacerle muy más grande y ensancharle sus dominios, me ha recibido como enemigo con las armas en la mano! La familia de los Borbones es incorregible, y se hace incompatible con la Francia; la Inglaterra ha hecho de ellos su postrer instrumento para impedir la paz del continente." Cierzo que lo habría dicho, y habría encontrado el mejor logro a sus deseos. Y si la España, sola enteramente contra el gran coloso, hubiera sucumbido y hubiera sido derrocado Carlos IV, ¿qué habría dicho de mí el mundo, o de cualquiera otro que hubiera ocasionado en tan difícil coyuntura tal catástrofe?

Tal vez me opondrá alguno que me faltó la confianza que pudiera haber tenido en la lealtad y el carácter de la España; que invocada en aquel conflicto la Inglaterra, no habría podido menos de acudirnos, y que unidas la España, el Portugal y la Inglaterra, pudiera haberse resistido Bonaparte, como después, al cabo de ocho meses, en posición muy más difícil, fué visto levantarse como un solo hombre la nación entera, y resistirle y pelear y sostener su independencia a todo trance hasta la total ruina del tirano. ¡Oh! Yo responderé que, sin haber tenido una gran fe en el aliento, en la lealtad y en el carácter nacional de mi querida patria, no habría intentado apellidarla un año antes, y asociarla a la lucha a que se apercibían los príncipes del Norte, solos nosotros con el Portugal al otro extremo de la Europa. El que entonces, sin más motivo que un temor remoto de intenciones vagas,



que se dejaron entrever por Bonaparte, le quiso hacer la guerra, mucho más bien habría querido hacerla cuando arreció el peligro y se cumplían sus previsiones. ¿Pero fué tiempo entonces y podía hacerse en el momento lo que después se hizo con tan grande gloria de la España?

El que quiera juzgar imparcialmente acerca de esto es necesario que se ponga y se coloque justamente en aquellas mismas circunstancias en que se hallaba entonces el Gobierno; que reflexione y tenga en cuenta aquel bloqueo moral en que nos vimos, el tropel de sucesos y de urgencias que precipitaba Bonaparte, los colores y los pretextos con que disimulaba sus designios y el estado de la opinión entre nosotros, tan favorable cual le era en aquel tiempo. Sucedian estas cosas cabalmente cuando Escoiquiz e Infanteado conchababan a escondidas con el embajador francés las bodas imperiales; y cuando sus agentes e instrumentos trabajaban en el reinado por destruirme a mí del todo en el concepto público, y levantar a Bonaparte hasta los astros.

Estos manejos se ignoraban, mas víanse los efectos; nadie pensaba mal de sus proyectos; los más se figuraron o creyeron que quería partir sus glorias con nosotros, y que se proponía recompensar al rey de España, su aliado el más constante, como había hecho en Witemberg, en la Baviera y en Sajonia con aquellos electores. ¿De qué manera me era dable combatir esta opinión y destruirla en un momento? ¿Haciendo acaso un manifiesto? Pero las tropas imperiales se acercaban a Bayona, y disponía Napoleón de poco menos de un millón de hombres derramados en la Europa sin tener en qué ocuparlos, toda la tierra sometida y acallada. Fuera de que, difícilmente, el solo dicho del Gobierno habría bastado a trastornar en un instante la opinión del pueblo. Mis enemigos habrían dicho que era un invento mío, y que quería perder la España por servir tal vez a la Inglaterra.

Para cambiarse la opinión de que gozaba entonces Bonaparte fué necesari-

rio que los españoles, tan leales, tan sinceros, tan firmes en sus pactos, se encontrasen a ojos vistas engañados, cautiva la familia entera de sus reyes y manifiesta la cadena que intentó ponerles el gran hombre que admiraban. Yo propio me argüía a mí mismo algunas veces contra mis dudas y recelos, pareciéndome imposible que el vencedor de Europa, a fuerza de armas, tan poderoso y tan valiente, viniese a conquistarnos con mentiras y perfidias. En la duda, no obstante, y por pequeña que ésta fuese, no hubiera habido medio alguno que, a tenerlo, no hubiera yo adoptado en tales circunstancias para negar el paso a los franceses y resistir aquella empresa; entre los brazos mismos de Inglaterra me habría puesto, si pudiera haber contado con su auxilio antes que se diera a Bonaparte el sí o el no definitivo. Pero el Gobierno inglés, que tanto habría querido establecer su campo en la Península, no podía socorrernos al proviso: el Portugal le había llamado inútilmente. Estaba entonces ocupada la Inglaterra en Buenos Aires, en Egipto y, sobre todo, en la horrorosa bazaña de incendiar a Copenhague y de robar a Dinamarca su Armada y su Marina, abriendo el campo a Bonaparte y dándole enseñanza, si aún le era necesaria, del abuso que podía hacerse de la fuerza contra pueblos neutrales e indefensos (172). Temió también la indignación que causó en Rusia este atentado nunca visto (173), y temía más que todo a Bonaparte. Su ministro Decrès había salido a visitar los puertos de la Mancha, corría la voz de que Napoleón

(172) La expedición contra Copenhague ocupó a la Inglaterra desde principios del mes de agosto hasta el 20 de octubre, en que las tropas inglesas se embarcaron y partieron las escuadras, consumada la destrucción de la Marina danesa.

(173) La declaración de la Rusia contra la Inglaterra fué publicada en 26 de octubre. El emperador Alejandro, unido con la Dinamarca, proclamó de nuevo los principios de la neutralidad armada. Pocos días después comenzó las hostilidades contra la Inglaterra, embargando todos los bastimentos ingleses que se hallaban en sus puertos y ordenando el secuestro de todas las propiedades inglesas.

mandaba armar de nuevo la flotilla de Boloña, se ponía en movimiento la Marina y se hacían llegar tropas a aquel punto en ademán de renovar los antiguos campamentos. La situación de la Inglaterra era muy grave y no podía atender sino a sí propia.

Aun sin contar con la asistencia de las escuadras españolas (174) quedaban a la Francia todavía Amberes, en Rochefort y en Brest, treinta navíos de línea y diez o doce, por lo menos, de la Holanda. Napoleón podía juntar muchos recursos de marina sobre el Báltico, contar tal vez con los de Rusia, obligar a la Suecia a entrar en su alianza, reanimar la Dinamarca y formar en el Norte una gran Liga formidable. Los temores de la Inglaterra eran tan bien fundados, cuanto más era de creer que Bonaparte conocería sus intereses y sabría aprovechar el punto y la ocasión tan favorable de humillarla y obligarla a hacer la paz a cualquier precio. ¡Quién podía imaginarse que, malograda esta ocasión, sería capaz de distraerse en aquel tiempo con los proyectos locos y fantásticos que formó sobre la España, y que querría enredarse al Mediodía, donde ninguna cosa amenazaba su poder entonces! Calculando de esta manera la Inglaterra; hecha el horror del mundo en aquella actualidad por su conducta atroz contra la Dinamarca; sin ningún aliado en todo el continente sino el rey Gustavo IV, combatido por la Francia, cerca también de serlo por la Rusia; más que esto: amenazada de una guerra general que habría tenido, si Bonaparte hubiera sido sabio y cuerdo, le era imposible desprenderse por entonces de sus fuerzas y ocuparlas en otro caso que en defenderse y en guardarse. Y vióse así que ni aún al Portugal, en tan grande extremidad como se halla-

ba, se atrevió entonces a enviarle su socorro y ampararlo (175).

Sí; la España se encontró sola, cual yo lo había previsto y anunciado, cuando pudo salir a la palestra bien acompañada, y no se quiso. No había por parte alguna dónde volver los ojos para encontrar ayuda; no había más que aguardar, no había más tiempo. Napoleón le daba con la espuela; el tercer plazo irrevocable, conseguido a duras penas, comenzaba, y el Portugal no lo creía. En tan estrecha situación no nos

(175) La Inglaterra no disimuló a la faz de la Europa sus temores en aquellas circunstancias. Citaré sobre esto algunas frases del lord canceller cuando el rey prorrogó en 10 de agosto el nuevo Parlamento: "Su Majestad—dijo—nos ha mandado aseguraros que está penetrado de un grande sentimiento al considerar cuán desgraciada ha sido la conclusión de la guerra del continente. La extensión del poder e influencia de la Francia, y la intención que manifiesta de valerse de todos los medios y recursos del país que ocupa o tiene bajo dependencia para conseguir nuestra ruina, nos dan a conocer el tamaño del peligro en que nos hallamos y las grandes dificultades con que es forzoso batallar por lo presente. Pero Su Majestad espera que el pueblo valiente y leal que gobierna no dará entrada al temor y al desaliento, y que estará dispuesto a cooperar con su Gobierno a todas las medidas que podrán hacerse necesarias para desvanecer los proyectos del enemigo contra la independencia de los dominios del rey, y para defender contra pretensiones injustas y confederaciones hostiles los derechos legítimos que desea ejercer con justicia y moderación, pero a los cuales no debe renunciar jamás, puesto que en ellos se cifra el honor de su Corona y el verdadero interés imprescindible de los pueblos."

Este temor de la Inglaterra reinó en ella muchos meses y la empujó en medidas no ordinarias de precaución y de defensa, cuales fueron la formación de cuatro campamentos en Irlanda, el rigor casi entero de la ley marcial contra sus habitantes, la visita general de las costas de los tres reinos, las fortificaciones que se hicieron en todos los parajes impugnables, el refuerzo de las escuadras en los mares de Irlanda y de la Escocia, las baterías flotantes que se construyeron para llevar auxilio a todas partes, y el alistamiento general de cerca de un millón de hombres. No respiró a su anchura la Inglaterra en aquel tiempo, hasta que al cabo de diez meses vió empeñado a Napoleón en la Península, a la garra, no ya con reyes y con Ejércitos reglados y vencibles, sino con un gran pueblo enfurecido con la ira del honor y peleando de otro modo que los reyes. Entonces dijo la Inglaterra: "Allí es mi puesto y voy a estar segura."

(174) La España tenía entonces en sus puertos de Europa hasta unos cien buques armados, entre ellos veinticuatro navíos de línea y siete fragatas; desarmados, pero fáciles de aparecerse en la necesidad de hacerlo, veintiséis navíos, veinticinco fragatas, y otros cien buques menores: total, doscientos cuarenta y un bastimentos, sin contar en ellos las fuerzas sutiles que guardaban nuestras costas.

quedaba más recurso que atender ya a nosotros mismos, ceder a Bonaparte y asegurarnos por lo menos con el ajuste de un Tratado que no dejase nada a lo arbitrario, que fijase la condición de aquella guerra que iba a hacerse, el número de tropas que deberían obrar de la una y otra parte, los gastos respectivos, el mando del Ejército y las demás medidas que requería aquel caso para el decoro de la España. Cuando entre dos potencias desiguales en poder no es dable resistir a la más fuerte, no queda más salud que transigir honrosamente y escudarse bajo la fe de un buen Tratado. A la verdad, con Bonaparte no era una gran defensa la religión de los Tratados; pero era con la España con quien debía empeñarse su palabra, y era a la faz del mundo, y se podía esperar al menos que el honor sería una valla que no osaría saltar el hombre a quien en tanto grado le importaba realzar su Imperio nuevo por la moral de sus acciones (176).

(176) Por más evidente que resulte de cuanto dejo dicho la necesidad insuperable en que nos vimos de transigir con Bonaparte y acceder a su empresa proyectada, citaré todavía, en confirmación de esta verdad, algunos pasajes de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, obra escrita, como otras veces he dicho, al paladar y bajo el dictado de la corte de Fernando VII, después de vuelto al trono, y cuyo principal objeto fué la defensa de aquel príncipe en su conducta política, sin perdonar en ella ningún medio de culpar la mía por cuantos modos de herirme, de rebajarme y calumniarme pudieron inventar mis enemigos cuando no había nadie que pudiera responderles. Los autores de esta obra, que eran todos militares, después de hacer un cuadro muy extenso del poder asombroso de Napoleón en 1807 y 1808, y referir los medios y recursos de la España fuera de toda proporción para haber de medirse entonces sola con la Francia; para explicar, no obstante esto, el feliz y glorioso resultado que tuvieron luego nuestras armas, concluyen de esta suerte: "Cosa es de estremecerse volver la vista y considerar cuál fué en aquella lucha la desproporción infinita de los combatientes. Sólo el furor de una guerra popular, en que los sacrificios no se calculan ni se cuentan, en la que nadie es responsable, en que no hay privilegios ni excepciones, donde todo lo puede el entusiasmo nacional, y en la cual son todos inspirados y movidos por unos mismos votos, un mismo fin y un mismo objeto, pudo ser tal que alcanzase a balancear la guerra y superarla entre dos potencias tan desiguales en poder y en fuer-

Hallábase en París a la sazón don Eugenio Izquierdo, ocupado por nuestra corte en los negocios del empréstito de Holanda, y en las nuevas reclamaciones que se hacían contra el subsidio pecuniario, bajo ningún pretexto ya exigible después que España había enviado la división de tropas auxiliares que Bonaparte había pedido. Puesto en relación por este modo con los ministros del Imperio, y gozando de antiguo la amistad de algunos de ellos, tenía también encargo de observar con gran cuidado los sucesos y de explorar con discreción, por cuantos medios alcanzase, la dirección de la política francesa. Dije ya en otra par-

za. Si el Gobierno hubiera declarado la guerra a la Francia por sí solo, habríamos sucumbido: no hay militar alguno juicioso y sensato que no esté penetrado de esta verdad, que habemos demostrado por la sola situación comparada con las dos naciones." (Tomo I, pág. 114, de la traducción francesa.)

No era, por cierto, la intención de estos escritores defender la corte de Carlos IV, sino la de su hijo; mas, defendiendo a éste, defendían mejor al padre sin pensarlo, cuando dicen más adelante de esta suerte: "No es sin utilidad ni fuera de propósito recomendar la lectura de estas observaciones a los que han censurado tan severamente el sacrificio a que se resolvió Su Majestad [Fernando VII] determinando su ida a Bayona, y queriendo más bien exponer su persona y su trono que provocar una guerra, que según todos los cálculos de la prudencia humana habría debido de ser funesta." (Pág. 118.)

He aquí, pues, un argumento que se viene delante de los ojos: Fernando VII contaba y debió contar con toda popularidad que las circunstancias le dieron, a gozar en su advenimiento al trono; y puesto al frente de sus reinos hubiera duplicado aquel furor y aquel arranque nacional que los hizo batallar con tanto esfuerzo, huérfanos, solos, sin centro de reunión, sin más que un nombre proclamado. Carlos IV no se encontraba en tan dichosa situación; si hubiera hecho la guerra se habría tenido por locura, y la guerra no hubiera sido nacional; le habría faltado el grande apoyo de la opinión del pueblo y, sin duda, le habría tenido en contra, enervada su autoridad por el descrédito que le movían sus enemigos, y faltándole todo medio posible de persuadir a la nación el gran peligro en que se hallaba. Todo el mundo admiraba a Bonaparte, nadie esperaba de él sino favores y grandeza para España; creían, en fin, los más que era llegada la ocasión en que debía mostrarse agradecido, cual lo había hecho en otras partes con sus demás amigos y aliados.

te (177) que el príncipe de Masserano, excelente sujeto para ejercer la dignidad de embajador en circunstancias ordinarias, no era bastante en aquel tiempo para cumplir todas las cosas y para trabajar en lo encubierto y al desgaire, como Izquierdo. Su misma posición se lo estorbaba y se lo habría estorbado a cualquier otro en igual puesto. Llegada, pues, a aquella corte nuestra accepción definitiva a las proposiciones de la Francia si se obstinaba el Portugal en resistir a las demandas hechas, mas con la condición de consignar antes de todo en un Tratado las condiciones, el objeto y las resultas de aquella grave empresa, Napoleón hizo llamar a Izquierdo con gran prisa. Este se hallaba prevenido por mi parte para obrar y conducirse de la manera que lo hizo.

—¿Ha recibido usted poderes —le preguntó Napoleón— para el Tratado que ha de hacerse? ¿Le han dado a usted las instrucciones necesarias de su corte?

—Señor—le respondió—, no tengo más poderes que los que recibí, va ya cerca de año y medio, para refundir de nuevo, como Vuestra Majestad había propuesto, el antiguo Tratado de alianza hecho con la República, y equilibrar mejor sus cargas y ventajas entre las dos potencias (178). Tengo aviso de que va a hacerse otro Tratado relativo al Portugal, y se me dice que la intención del rey, mi amo, es que el Tratado se celebre de su parte por quien fuere más agradable a Vuestra Majestad, ya sea el embajador ordinario, ya el duque de Frías, que deberá llegar muy pronto para felicitar a Vuestra Majestad por sus gloriosos triunfos, ya sea yo, o cualquier otro sujeto que merezca confianza de ambas partes. Yo iba a dar cuenta de esto al ministro de Vuestra Majestad al propio tiempo que Vuestra Majestad se ha dignado llamarme.

—Pero instrucciones, instrucciones son precisas—dijo el emperador—; yo elijo a usted... No tengo confianza en Maserano; cuando no cuenta lo que

pasa se lo conocen todos en su rostro... Sin tardanza, señor Izquierdo, pida usted poderes nuevos, no son bastantes los antiguos, hay muchas cosas nuevas que es preciso que se arreglen. Me matan las tardanzas, es menester que hablemos y que vuelen los correos.

Napoleón cerró entonces una puerta que estaba medio abierta, y comenzó a explicarse de esta suerte:

—Los ingleses nos ganan por la mano, ellos no pierden tiempo; usted ve bien lo que ha pasado en Copenhague... Yo, que habría podido anticiparme, ocupar el Holstein y hacer marchar el Ejército danés para cuidar de la Zelandia, me abstuve por respeto a la neutralidad de Dinamarca. Los daneses desconfiaron del que era amigo suyo verdadero... Esto me pasa en todas partes...; es necesario que me enmiende..., sí, que me enmiende de ser bueno... Vea usted allí una buena Armada que se ha robado al continente. Después querrán hacer lo mismo en Portugal..., poner tal vez en aquel reino el teatro de la guerra esperando mejor tiempo para urdirla en otras partes. Me pesan en el alma los dos plazos nuevos que he otorgado, para resolverse, al príncipe regente; el postrero se va a cumplir, y es ya forzoso que mis tropas marchen y que estén listas las de España..., bien entendido, desde ahora, que aun cuando se someta a las intimaciones hechas, debemos ocupar el Portugal y guarnecer sus puertos; no que yo crea que se someta. Día por día tengo noticia de lo que allí pasa; cuantas respuestas han venido son dictadas por el embajador inglés, que aún se pasea en Lisboa. No hay más remedio para quitar el Portugal a la influencia de Inglaterra que sojuzgarlo enteramente, repartirlo; y establecer en él dos o tres feudos para España. Yo para mí no quiero nada; se me presenta la ocasión de resarcir a vuestro rey de las inmensas extorsiones que le está causando la Inglaterra, y mi resolución está tomada acerca de esto... Queda, no obstante, un sacrificio que yo tengo que pedir a mi aliado, si es posible que por tal lo tenga en su política. Me es preciso apartar tropiezos en mi Imperio, necesito que

(177) Tomo II, capítulo XXIV, pág. 78.

(178) Véase el mismo capítulo XXIV ya citado, páginas 78-80.

sea homogéneo. Después que Nápoles está incluido en mi sistema, el gran ducado de Toscana no tiene ya importancia para el rey de España; la Etruria, aislada y enclavada en el Imperio, sería una extravagancia; las cosas han venido de esta suerte. Mi intención es que sirva a España de defensa aquella rama de su Casa, dándole en Portugal una porción equivalente... No haga usted aspavientos. ¿Qué reparo podría oponer el rey de España a esta medida de política, que aumentaría su fuerza en la Península, sin causar ningún agravio a su familia? Hábleme usted con libertad, dígame usted lo que quisiere.

—Señor—respondió Izquierdo—, en el carácter del rey mi señor domina siempre un sentimiento escrupuloso de justicia, superior enteramente a las combinaciones de política cuando se toca en el derecho de tercero. La mejor garantía de su amistad y de sus relaciones con la Francia y con la Europa toda, es la regla inaudable que siempre se ha propuesto de respetar ese derecho. Yo no sé si se creará Su Majestad con facultades para tratar contra el derecho tan fundado que goza, no su hija, sino el legítimo heredero del ducado de Parma, huy rey de Etruria, por pactos y convenios ajustados sobre aquel derecho primitivo que el rey no será dueño de quitarle sin que se ofusque su conciencia. Después, señor, recompensarle a costa de otro Estado en donde está reinando otra hija suya...

—Y bien—le interrumpió el emperador—, usted podrá decir que lo que es cargo de conciencia yo lo tomo por ante Dios y ante los hombres. Yo soy quien hago la injusticia, si por tal se tiene; la paz de Europa y el sistema del Imperio requieren esta mudanza. Si Su Majestad Católica no la aprobaré, me entenderé con los de Etruria y les daré su equivalente en Alemania. Bajo de tal concepto, ¿no sería mejor que el rey de España juntase su familia, y que esa rama, sin ningún influjo ya en Italia, lo tuviese en la Península? Vea usted mi intención neta... Voy a decirlo todo y a ligarme tres Estados en

Portugal en vez de uno, todos tres enfeudados a Su Majestad Católica. A los de Etruria, la provincia de Entre Douro e Minho, con la ciudad de Oporto; las provincias de Beira, Tras os Montes y la Extremadura portuguesa, para la casa de Braganza, si no se hiciese enteramente indigna de este miramiento; el Alentejo y los Algarbes... tal vez pensará usted que para alguno de los míos...; tampoco...; todo para la España...; para el ministro a quien más ama Su Majestad Católica, al que hizo entrar en su familia. Le ha servido fielmente y allí tendrá un amigo verdadero. ¿Se negaría también a esto Carlos IV? ¿Vuestro Príncipe de la Paz desdeñará ser príncipe de los Algarbes?

Izquierdo, respondió:

—Vuestra Majestad, señor, es generoso sin medida. ¿quién podría dudarlo? Pero el príncipe de la Paz... Conozco mucho su carácter..., podrá temer con fundamento que le arguyan algún día de haber sacrificado el Portugal aconsejando al rey prestarse a la desmembración de aquel Estado para tener allí su parte...

—¡Bueno sería también—replicó Napoleón—hacer la mueca a una corona por el qué dirán las gentes! Yo no comprendo a ustedes.

—Pero en España—dijo Izquierdo—se piensa de otra suerte que en lo demás de Europa; la opinión es un freno en mi país que lo sujetaba todo...

—Y ¿qué opinión es ésa?—preguntó Napoleón de muy mala catadura—. ¿Es que en España se creería que para hacer la guerra en Portugal a mi enemigo necesito yo comprar vuestro ministro? Señor Izquierdo, yo no preciso a Carlos IV, ni a su ministro, ni a ninguno a hacer la guerra; si el rey no quiere hacerla, me sobra con el paso por sus tierras, que ni en las reglas del Derecho me podría rehusar en modo alguno, ni menos impedírmelo con armas. ¿Habrá alguno de tan corto alcance entre los españoles que piense de otro modo...? Pero, en fin, por lo que valga, vea usted mi pensamiento; no se dirá que no soy franco..., tan favorable para España como usted me encuentra, me es necesario prevenirme contra to-

dos los eventos. Vuestro príncipe de la Paz está ya usado; ha hecho grandes servicios, ha libertado a España de las revoluciones de la Europa; pero, además de estar usado, tiene muy fuertes enemigos en su patria: la grandeza y el clero están en contra suya, y más que todos, el príncipe de Asturias. La España no está lejos de una grande intriga que fomentan los ingleses. Hay entre la grandeza alguno que, apegado de todo corazón a la Inglaterra, querría tentar una mudanza intempestiva para hacer algo parecido a la Constitución inglesa; no que la tal persona y su partido se propongan hacer algo por el pueblo, de nada están más lejos; lo que ellos quieren solamente es conservar sus grandes rentas, afirmar sus privilegios, y establecer la oligarquía (179). A falta de otros medios y recursos que impedía la guerra de los mares, se ha tocado al clero, y al presente se está tocando a la nobleza. Yo no digo que no sea justo; sé bien que no se trata, en cuanto a esto, sino de poner cobro a las usurpaciones de los grandes, y de su vuelta a la Corona; pero el príncipe de la Paz se compromete mucho, y estas irritaciones de los unos y los otros podrían dar un estallido. Una revolución en las presentes circunstancias abriría a los ingleses ancho campo; mi objeto es impedirlo. Váyase a Portugal vuestro generalísimo, quitemos un pretexto a tan rabiosos enemigos como tiene; yo arreglaré con Carlos IV la manera de dar instituciones a sus pueblos, y lo haré de tal modo que esos guapos doblen la rodilla ante ese rey que no merecen... ¡Cohardes! Si fuese yo capaz de oírlos... Apenas pasa una semana sin que no reciba algún anónimo para hacerme dudar de la lealtad de Car-

(179) Aunque Napoleón se abstuvo de nombrar personas, aludía (más informado de estas cosas que nosotros) al duque del Infantado, sin poder quedar duda. Más que esto debía saber Napoleón, por su embajador Beauharnais, sobre la virada que había hecho aquel partido en favor suyo; pero aun callando acerca de esta novedad, se le escapó en el torrente de la conversación alguna enunciativa harto significativa, como podrá observar el que lea atentamente.

los IV (180); y en verdad que, a creerlos, nuestra amistad estaría rota tiempo hace.

Izquierdo quiso hablar, pero el emperador no le dió tiempo.

—No necesito excusas—le siguió diciendo—; todo lo tengo perdonado; he sabido todas las cosas cómo fueron y me basta para olvidarlas esta sola circunstancia, que aun cediendo por un momento vuestra corte a las instancias de la Rusia, se le puso por condición que los ingleses no aportasen en España (181). En fin, de todos modos, yo necesito asegurarme; Carlos IV podría morir, los intereses del Imperio requieren mirar largo y prevenir, entre mu-

(180) A propósito de estos escritos referiré una rara escena que yo tuve con M. de Beauharnais. Poco después de haber llegado a París el emperador, vino este embajador a visitarme un día, sin más objeto que contarme que se escribía en Madrid en contra mía para indisponerme con su amo. Díjome que había sabido de un *libelo*, que algunos malévolos trataban de enviar derechamente al mismo emperador en daño mío; que había llegado una persona a interesar a un guardia de Corps de la Compañía Flamenca para que tradujese en buen francés aquel escrito, que este guardia se había negado a hacerlo; que no sabía su hombre, pero que a mí me sería fácil inquirirlo, y que a este fin me lo avisaba. Respondíle que mi cuidado se extendía tan sólo a conducirme noblemente, sin ocuparme en perseguir a nadie; que yo debía fiar en su amistad, seguro como podía estarlo de que el emperador daría más fe a sus relaciones que a chismes y *libelos*, y que, por otra parte, mi deseo constante era de retirarme; que si no lo había hecho ya más antes, era tan solamente porque el rey me lo estorbaba, y que después de todo no me vendría muy mal que mis contrarios me procuraran por tal modo lo que yo tanto deseaba. Después de aquel día, M. de Beauharnais dejó ver una frialdad bien pronunciada en las tales cuales relaciones que tenía conmigo, y esta frialdad se fué aumentando sucesivamente. Yo no he dudado nunca de que el emperador le habría prescrito, o ganarme en su favor a cierra ojos, o trabajar en derribarme. En cuanto a ganarme, podré decir que dió muy pocos pasos; cuanto a perderme, todos saben que acabó por asociarse con mis enemigos y tomar parte en sus traiciones.

(181) Esta insinuación de Bonaparte es una prueba más, sobre tantas otras como ha habido, de que los dos emperadores hablaron en Tilsit muy largamente de la España. Nadie pudo contar a Bonaparte esta circunstancia sino el emperador Alejandro. Véase sobre esto el presente volumen, cap. XXIV, pág. 86.

chas contingencias, que el príncipe heredero no sea instrumento ni juguete de una facción desatinada. El de la Paz no puede nada en contra de ella; se necesita de otra mano que sea más poderosa y menos indulgente. Vea usted si pienso bien en buscarle su descanso, y esto de tal manera que su augusto amigo no lo sienta. En fin, señor Izquierdo, ya hemos hablado lo bastante, no me haga usted más réplicas; todo mi pensamiento lo tiene usted mostrando; escriba usted derechamente y encargue usted el secreto, un secreto sagrado de estas cosas; de la lealtad de usted no tengo duda, Duroc me la ha abonado. Si esta franqueza que he tenido no bastare, o se abusare de ella, yo, en cuanto a mí, no temo nada; quedaré en libertad, y seguiré aquel rumbo que conviniere a mi política... Dos correos, al instante, uno detrás de otro, y la respuesta. No dejemos a los ingleses tomar la delantera, no hagan ustedes que me canse de aguardarlos.

Se levantaba ya el emperador, Izquierdo iba a salir, y deteniéndole un instante, añadió estas palabras:

—Escriba usted también que cesará el subsidio, que se liquidará esa cuenta... Otras dos cosas más: que mi intención es garantizar al rey por el Tratado que se haga, todos sus dominios de Europa de la otra parte de los Pirineos, y obligarme a reconocerle con todos mis amigos y aliados por emperador de las Américas.

He aquí todo el origen de la ruidosa y decantada soberanía de los Algarbes. Básteles sólo el buen sentido natural a los que juzguen estas cosas, para que fácilmente reconozcan, atendido el poder de Bonaparte en aquel tiempo, su posición tan fuerte y encumbrada, la mía tan débil y precaria, que no cabía en ninguna idea pedir yo un trono ni imponer condiciones al que sin mí podía cuanto quisiese entonces, al que acababa de ponerlas desmedidas e insólitas al autócrata de Rusia, al que dejaba reducido a poco menos que la nada a un sucesor de Federico el Grande, a quien, de todo el continente de la Europa, del Africa y del Asia, prestaban homenajes en aquella misma época em-

bajadores y legados de todas las potencias (182) ¡Y entre éstos todos (¿se podrán creer?), un simple comisario de la España para tratar negocios de la Hacienda se habría atrevido a presentarse para pedir un reino de mi parte! ¿Habría yo perdido el juicio a tanto grado, y el emperador de los franceses habría depuesto la fiera de su poder y de su orgullo para pactar conmigo tales cosas? ¿En dónde está aquí el criterio de los hombres que tan pronto me han puesto por debajo de la nada, y tan pronto me enciman hasta el punto de poder exigir una Corona al dictador del continente y obtenerla, y esto por abrirle un paso en la frontera que ni yo, ni nadie, le podía ya impedir en aquel tiempo?

¡Oh!... Que si alguna grande gloria de mi vida me ha quedado sin que ninguno pueda arrebatármela, es no haberle pedido nunca nada, ni antes, ni al tiempo, ni después de la catástrofe de nuestra corte; de haber sufrido luego mi desnudez y mi pobreza, atendido tan sólo a las migajas de la mesa de mis pobres dueños peregrinos; no haber tocado de su mano ni un socorro en mi miseria, ni aun por indemnidad de mis alhajas y mis bienes derramados por él y por su hermano entre los suyos; gloria junta con la que más me llena y lisonjea, de no haber reconocido en ningún tiempo más señores ni otros ídolos que mis augustos reyes y señores naturales; gloria, en fin, que habrá muy pocos que la cuenten en Europa como yo la cuento a mis sesenta años, de no haber hecho en tanto tiempo sino un solo juramento, y de haberle observado aun con el mismo hijo de mis reyes mi enemigo, tan religiosamente, que hasta mi propio honor y mi defensa natural la he postergado veintisiete años por guardarlo... Yo hablaré de estas cosas otra vez en el lugar debido. Presento ahora estos recuerdos no por alabarme ni deprimir a nadie, mas sí

(182) Los había entonces en París hasta de la Persia y de Marruecos. El de la Persia le llamó en su arenga *sol nuevo de la tierra*; el de Marruecos, más sincero, le llamó *sultán de los sultanes*, y esto le cayó en gracia a Bonaparte. Léanse los *Monitores* de aquel tiempo.

porque merezca alguna fe mi dicho cuando afirmo con tantas pruebas e inducciones en mi mano, que ni Izquierdo recibió jamás encargo mío de pedir cosa alguna a Bonaparte, ni él de su propia idea se adelantó a pedirle nada en mi provecho ni se ocupó en París de objeto alguno que no fuese en beneficio de la patria. Quien diga alguna cosa en contra de esto, de probarlo tiene, o le diré que es un villano.

Lo dije ya otra vez y me conviene repetirlo: después de tanto tiempo, ¿qué archivo se ha escapado a los registros de los historiadores, o qué secreto se ha escondido a la codicia de los cronistas de la Europa? Declaro en contra mía, si pudiere encontrarse algún testigo, o rastrearse un documento que desmienta lo que digo... ¡Noble Izquierdo, atacado por la pluma de un... Torero! Merezca alguna fe aquel navarro fidelísimo, que nunca desdoró su vida con ningún manejo, con ningún embuste, con ninguna intriga, y que al tiempo que todo el mundo me negaba o me desamparaba en mi desgracia, él solo, sin cuidar de ponerse en buen lugar y de mostrarse en contra mía, cual tantos se mostraron y obtuvieron (uno de ellos Cevallos) las buenas gracias de la corte de Fernando, escribía a aquél de esta manera (183):

*"En presencia del Todopoderoso, y a la faz de todo el universo, declaro que durante mi mansión diplomática en París, jamás me ha sido inspirada, ni comunicada por el señor príncipe de la Paz hasta el día de hoy, idea alguna opuesta al bien general del Estado, ni al de la real familia, ni idea dirigida a utilidad suya, actual o futura. Mi misión ha sido para que ambos Gobiernos se comunicasen por un conducto fiel, seguro, secreto y de tal lealtad, que no mezclase jamás intereses o pensamientos suyos personales con los del Estado, como han hecho casi todos los embajadores de ambas potencias en estos últimos tiempos, con graves e in-*

calculables perjuicios de nuestra patria" (184).

Más adelante, en esta misma carta, interpela a Cevallos como sigue:

"Y ¿cuáles fueron los resultados de esta misión mía en París? ¿No me dijo últimamente vuestra excelencia, en Aranjuez, y en su misma secretaría, que los Convenios firmados el 27 de octubre anterior por el gran mariscal del palacio imperial, el general Duroc, y por mí, ratificados inmediatamente por Su Majestad el Emperador, y por el rey nuestro señor, eran los más ventajosos que había hecho la España en ningún tiempo? Y ¿no me dijo también vuestra excelencia que se había logrado en ellos lo que en dos siglos había negado constantemente la Francia, aun a su misma dinastía reinante en España...?"

Después decía de mí al concluir aquella carta de demostraciones y verdades:

"¡Saber que está oprimido! ¡Saber que es víctima del odio de muchos, de la preocupación de todos! ¡Saber que es inocente, como puedo yo decirlo, por lo menos, en cuanto a las relaciones políticas con este país de que he tenido pleno conocimiento! ¡Saber que ha sido el más fiel apoyo de toda la dinastía reinante, el que ha visto más lejos que todos los demás! ¿Esto no ha de excitar mi honradez y mi lealtad, para que apoyadas en la verdad y en la justicia, defiendan el honor del que acaba de ser tan ignominiosamente ultrajado en su persona, a vista y a pesar de su rey, con oprobio del Gobierno y con deshonor de mi patria?"

Baste ya de esta materia, acerca de la cual no puedo concebir que aún haya todavía en mi patria muchas personas preocupadas; vuelvo a la triste serie de los durísimos sucesos que agolpaban los destinos.

Llegaron los correos a pocas horas de distancia. Los que para juzgar impar-

(183) Carta de don Eugenio Izquierdo a don Pedro Cevallos en 10 de abril de 1808, colección de Llorente.

(184) Izquierdo le dejaba comprender en esto lo bastante para que lo entendiese, el gravosísimo convenio del contingente o subsidio pecuniario de guerra que se pagaba a la Francia, obra enteramente del ministro Cevallos y del embajador Azara. Véase sobre esto el capítulo XIV de esta segunda parte (tomo I), y el XXVII (tomo II).



cialmente se hubieren puesto o se pusieren en aquellas circunstancias, verán por todo lo que he dicho si quedaba más recurso o más arbitrio, para abroquelarnos de algún modo, que aceptar aquel partido favorable que Bonaparte proponía, cogerle la palabra y convertirla en un Tratado. No, con verdad, que yo atendiese en esto al oropel del principado, ni creyese sincera tal propuesta, ni viese en ella sino un medio de que usaba Bonaparte para hacerme grato a sus ideas, y poder llevar a cabo sus deseos de alejarme de la corte y deshonorarme en el concepto público. Y así fué que dije al rey resueltamente que, admitiendo las ofertas hechas, se dignase enmendar tan solamente la partición que se me daba, proponiendo en lugar mío algún infante de Castilla; y que para lograr que Bonaparte consintiese en esto y no frustrarlo en su designio de apartarme de la corte, me dejase Su Majestad retirarme a mis haciendas de Granada, que eran las más distantes. No quiso Carlos IV:

—No, no convicne—dijo, y se fundaba—; la voluntad de Bonaparte es movediza y variable como el viento; se necesita asirle por sus propuestas mismas, *no sea que invente otra diablura peor que ésta*. Dios nos alumbrará después lo que mejor convenga. Si cumple lo que ha dicho, no pierde España nada; y al fin, mi pueblo es lo primero. Sacrifico mi corazón; me pone Bonaparte entre dos hijas, pedazos de mi alma; violenta mi conciencia, abusa de nosotros... Dios le perdone, y me perdone a mí no haber tomado cuando pude tus consejos.

Las lágrimas se le saltaron a aquel justo.

Fué preciso guardar un gran secreto de estas cosas. Hubiera yo querido, y lo propuse al rey, que consultase con algunos de sus más fieles consejeros; no que fuese esperable hallar mejor dictamen, mas por no ser yo sólo el responsable de cualquier mal suceso que ofreciese aquel negocio si nos engañaba Bonaparte. Tampoco quiso hacerlo; consintió, empero, a duras penas en que Cevallos fuese impuesto, y se le impuso enteramente. Libre para decir lo que

quisiera, se adhirió enteramente al pensamiento del monarca, y afirmó por su parte que si se hacía el Tratado, no habría a qué comparar aquel partido tan ventajoso a la Corona; añadió más, y dijo al rey que no era de temer, en su concepto, que Bonaparte fuese menos sincero o menos consiguiente con España de como lo había sido con los tres electores del Imperio de Alemania a quienes había dado, a cada uno, una Corona. A esto repliqué yo que aquellos electores no eran dueños de Estados poderosos como España para poder temerles Bonaparte, vasallos suyos, que no reyes, con el título de tales; mas no era ésta la cuestión de aquel momento, sino la de acceder o no acceder, temiendo o no temiendo, a las propuestas hechas. Sobre esto no había escape, y ni aun del tiempo que apretaba se podía tomar consejo. Diéronse los poderes y fueron remitidos a don Eugenio Izquierdo.

Siento tener que hablar de un hombre que me estaba aliado por familia, a quien yo amaba, a quien di tantas muestras de un cordial afecto, a quien nunca le tuve ni un desvío, que cooperó conmigo en muchas cosas largo tiempo para el bien de España. Mas don Pedro Cevallos Guerra, arregostado al mando, fué tan débil o se hizo tan perverso que por no perderlo, el primero me vendió a mí cuando me vió en peligro; después, a Carlos IV; después, acompañó y llevó a Fernando a su desastre... Sirvió luego al rey José mientras le vió boyante, ministro de tres reyes enemigos en el discurso de tres meses; y trabajó después para engañar la España por su cuenta... y consiguilo, y fué también ministro de los Gobiernos nacionales que se sucedieron, y renegó después de todos ellos; y fué otra vez ministro de Fernando. Este hombre, pues, jurado y perjurado tantas veces, cuando en España no había nadie que pudiera desmentirlo, dijo a España que ninguna cosa había sabido en un principio sobre las propuestas que había hecho Bonaparte, que yo do oculté todo, y que por mano suya no se dieron los poderes a don Eugenio Izquierdo.

¡Cevallos...! ¡Aquel mismo que los había firmado, que todo lo sabía, que a todo daba aplauso, y que venido ya el Tratado, me abrazaba y me llamaba soberano a boca llena, me tomaba la mano, y llorando de gozo la besaba, brindándose también a ser ministro mío... de los Algarbes! Se aclararon después las cosas por el tiempo, los poderes que había firmado han sido vistos, y todo se ha sabido y se ha mostrado cuando era inútil ya que se supiese y se mostrase. El hizo su carrera; dícese ahora que la llora; los dos estamos ya muy cerca de la tumba, y a fuer de hombre cristiano no ignorará, creo yo, que no perdona Dios al que calumnia, mientras que pudiendo hacerlo, no se hubiere retractado.

Con los poderes se enviaron instrucciones, dispuestas de tal modo que fuesen ostensibles en caso necesario; breves, sencillas, claras y, sobre todo, decorosas, bien que fuese tan desigual la posición de las dos partes contratantes. Se admitían las propuestas de la Francia, mas ponderando el sacrificio que hacía el rey de sus afectos personales, violentando la suerte de dos hijas que amaba tiernamente, por concurrir al bien tan deseado de las paces generales. Poníase tasa fija, por nosotros, al número de tropas que deberían obrar en concurrencia con las nuestras, cifra igual de las dos partes; convidándose España en medio de esto a acometer la empresa por sí sola si quería aborraz las suyas el emperador de los franceses, sobre lo cual se encomendaba mucho a Izquierdo, reservadamente, trabajar e insistir cuanto pudiese. Puesto ya el caso de que entrasen las tropas imperiales, se fijaba también la dirección precisa que debían tomar de un punto a otro de las dos fronteras, y puesta por delante la escasez de nuestros medios pecuniarios, se exigía que cada parte proveyese los gastos de las suyas. En cuanto al mando de ellas, se exigía con firmeza que la cooperación de ambas potencias fuese igual en dignidad e independencia, y que en el caso de que el rey, o bien personalmente, o bien por comisión a su generalísimo, creyese necesario ponerse a la cabeza de las tro-

pas combinadas, podría hacerlo. En previsión del caso de que por parte de Inglaterra se hiciese un desembarco en Portugal con fuerzas respetables, y que las circunstancias exigiesen aumentar los dos Ejércitos, la entrada de refuerzos por parte del Imperio no debería tener lugar de modo alguno sin proceder un nuevo acuerdo entre las dos potencias.

No se podía hacer más, y en realidad era hacer mucho, dictar a Bonaparte estos capítulos y conseguir que los firmase, tanto los firmó en efecto. Si el sacramento de un Tratado, si el derecho común de las naciones cultas, si la lealtad y buena fe de dos naciones aliadas después de largo tiempo con vínculos estrechos valían algo, la España no tenía que temer nada. Volar, después de consentido, aprobado, ratificado, canjeado, un acto tan solemne, y esto no en un artículo accesorio o subalterno, sino en la esencia del Tratado, mucho más que en su esencia, en el cimiento de ella, para perder y ahogar entre sus brazos a la nación amiga y aliada, esto no podía ser sino retrocediendo muchos siglos a las edades de los bárbaros, género de perfidia no común entre ellos mismos.

Todo pendía de un punto, que era lograr que aquel Tratado fuese hecho de la manera que se hizo. Una vez conseguido, y afirmados nosotros con este parapeto moralmente inexpugnable, no nos quedaba más por nuestra parte que mantener al tenor suyo nuestra actitud honrosa y firme, cuidar de su observancia escrupulosa para que la otra parte la guardase de igual modo, mostrarnos confiados, no dejar ver temores, aparecer seguros de nosotros mismos, y hacer brillar en tanto, cuanto cupiese en nuestro esfuerzo, la majestad del trono, la unión perfecta del monarca y de sus pueblos, y los respetos grandes de una nación sonada en todas las historias, reverenciada en todos tiempos, y señora de dos mundos. Yo lo hice todo esto en el terreno chinarroso y deleznable que yo no había elegido, en donde me habían puesto a pesar mío; a este fin, se tomaron las medidas necesarias, y la nación correspondió de

la manera tan honrosa, tan acorde, tan leal, tan digna y tan sincera como después se vió.

¿Por quién quedó, ¡Dios mío!, que esta actitud sublime se guardase, que este aspecto majestuoso de la España se mantuviese dignamente, que el trono no brillase con aquel esplendor y aquel respeto que pedían las circunstancias, y que Napoleón no hubiese visto de un principio la España de los siglos? ¡Oh baldón! ¡Oh dolor! ¡Oh mengua nuestra no merecida ni buscada! Al tiempo mismo que los poderes se enviaban, con diferencia de tres días tan solamente (185), cuando iba a celebrarse aquel Tratado, nuestra sola muralla, nuestra sola égida en tan difícil crisis; arrastrado, engañado, traqueado, envilecido el príncipe heredero por traidores, hombres indignos para siempre del nombre de españoles, escribía a Bonaparte claudestinamente de este modo:

“Señor: el temor de incomodar a Vuestra Majestad Imperial y Real, en medio de sus hazañas y grandes negocios que sin cesar le ocupan, me ha impedido hasta ahora satisfacer directamente el más vivo de mis deseos, que era de manifestar, a lo menos por escrito, los sentimientos de respeto, estimación y afecto que profeso al héroe mayor de cuantos le han precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar a las naciones la paz y la felicidad.

“Las virtudes de Vuestra Majestad Imperial y Real, su moderación, su bondad aun con sus más injustos e implacables enemigos, todo, en fin, me hacía esperar que la expresión de estos sentimientos sería acogida como la efusión de un corazón lleno de admiración y de amistad la más sincera.

“El estado en que me hallo de mucho tiempo a esta parte, incapaz de ocultarse a la grande penetración de Vuestra Majestad, ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi

pluma, preparada siempre a manifestar mis deseos. Pero, lleno de esperanza de hallar en la magnanimidad de Vuestra Majestad Imperial y Real la protección más poderosa, me determino no sólo a testificar los sentimientos de mi corazón para con su augusta persona, sino a depositar mis secretos más íntimos en el pecho de Vuestra Majestad como en el de un tierno padre.

“Yo soy harto infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares, a ocultar, como si fuera un crimen, una acción tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad aun en los mejores reyes.

“Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazón es el más recto y generoso), no me atrevería a decir, sino a Vuestra Majestad, aquello que Vuestra Majestad conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas cualidades suelen con frecuencia servir de instrumento a las personas astutas y malignas para confundir la verdad a los ojos del soberano, por más análoga que ésta sea a un carácter como el de mi respetable padre.

“Si los hombres que le rodean aquí le dejaran conocer a fondo el carácter de Vuestra Majestad Imperial y Real, como yo lo conozco, ¡con qué ardor no desearía mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones! Y ¿habría medio más proporcionado que rogar a Vuestra Majestad Imperial y Real el honor de que me concediera por esposa alguna princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que también el suyo mismo (a pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos), así que sepa las intenciones de Su Majestad Imperial y Real. Está es cuanto mi corazón apetece; pero no sucediendo así a los egoístas pérfidos que rodean a mi padre y que pueden sorprenderle en un primer momento, estoy lleno de temores.

“Sólo el respeto a Vuestra Majestad Imperial y Real pudiera desconcertar sus planes, abrir los ojos a mis buenos y muy amados padres, hacerlos felices, y hacer al mismo tiempo la felicidad de

(185) Los poderes se despacharon, como dije más arriba, con fecha de 8 de octubre; la de la carta de que voy a hablar era del 11.

*mi nación juntamente con la mía. El mundo entero admirará cada vez más la bondad de Vuestra Majestad Imperial y Real, quien tendrá siempre en mí un hijo el más reconocido y más devoto.*

*Imploro, pues, con la mayor confianza la protección personal de Vuestra Majestad, a fin de que no solamente se digne concederme el honor de aliarme a su familia, sino también de allanar todas las dificultades y hacer desaparecer todos los obstáculos que puedan oponerse a este único objeto de mis deseos.*

*"Este esfuerzo de bondad de parte de Vuestra Majestad Imperial es tanto más necesario para mí, cuanto que yo no puedo hacer ninguno de mi parte, atendido que se podría hacer pasar por un insulto a la autoridad paternal, y que, a mí no me queda sino un solo medio, que será el de rehusar, como lo haré con una constancia invencible, el casarme con ninguna otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobación positiva de Vuestra Majestad Imperial y Real, de quien yo espero, únicamente, la elección de esposa para mí.*

*"Esta es la felicidad que confío conseguir de Vuestra Majestad Imperial y Real, rogando a Dios que guarde su preciosa vida muchos años.*

*"Escrito y firmado de mi propia mano, y sellado con mi sello, en El Escorial, a 11 de octubre de 1807. De Vuestra Majestad Imperial y Real, su más afecto servidor y hermano,*

*Fernando" (186).*

*¡Tal fué la máquina infernal que imaginó, que trabajó y que dispuso don Juan de Escoiquiz; máquina destructora, que disparada, a su entender, tan solamente contra Carlos IV y sus ministros, aparejó la ruina de la familia entera de sus reyes, y comenzó el estrago que los destinos nos guardaban; origen lamentable de todos los partidos que han germinado en nuestra patria después de treinta años, pozo abierto*

*a todos los volcanes que han ardido tanto tiempo y no se apagan! Cuando era necesaria, como nunca, la unión íntima entre las clases todas del Estado, cuando era menester formar en torno del monarca un batallón cerrado inexpugnable, en perfecta armonía de sentimientos, calladas las pasiones, los ánimos bien puestos y atentos a una cosa solamente, que era la guardia de la patria, Escoiquiz volvió al hijo contra el padre, y abrió un costado al enemigo por donde podía entrar, como lo hizo, a su contento, desbaratar las filas y quedar señor del campo. No, no culparé a aquel hijo seducido; imposible que coligiera por sí mismo tantos males de que iba a hacerse instrumento sin pensarlo. ¡Mas los que le movieron, mas los que le llevaron a tal punto, y consiguieron luego sincerarse con la España y echar sobre mi alma sus pecados de ellos...! ¿Se ha pensado con seriedad acerca de esto todavía? ¿No encuentro yo a millares los autores y cronistas y biógrafos que alaban de este crimen increíble a sus perpetradores? ¡Crimen en cualquier tiempo, y crimen grave, el dirigirse un príncipe heredero a escondidas de su padre a otro monarca; crimen, empero, muy más grande, crimen atroz y sin medida el dirigirse en contra suya al que venía acotando o mutilando aquí y allí por todas partes los tronos de la Europa para añadirlos a su Casa o enfeudarlos a su Imperio!*

*Acusábase a Carlos IV por su propio hijo de falta de amistad y de franqueza con la Francia y de hallarse entregado en contra de ella a consejeros enemigos; suponía aquella carta planes y proyectos que el emperador tan sólo podría desconcertarlos; desheredaba el hijo al padre de su autoridad paterna para entregarla a Bonaparte; se le mostraba a éste no ya como un amigo sólo, como un apasionado de su gloria, mas como un hijo reverente, pronto a romper por él los lazos de obediencia con su señor padre que la naturaleza le había dado; le pedía, en fin, abrir los ojos a su padre, imploraba su protección y le llamaba a hacer felices a estos padres, a toda la nación y a él mismo.*

*Y esta carta, embozada con elogios*

(186) Traducción literal de la publicada en el Monitor de 5 de febrero de 1810, y colacionada con diferentes otras copias sacadas de la autógrafa.

pérfidos al rey, dejaba ver un fondo oscuro de traiciones y perfidias amasadas ocultamente en nuestro Gabinete en contra de la Francia.

¿Dirá alguno que la opresión en que se hallaba el príncipe de Asturias dió margen a esta carta? ¿Mas cuál fué, ni en qué estuvo esta opresión tan decantada que mis enemigos han mentido? ¿Se hallaba acaso preso, amenazado o violentado de algún modo? ¿Tenía más sujeción a otra etiqueta que a la usada en todo tiempo entre los miembros de la real familia? ¿De qué opresión podía quejarse el que tenía su corte libremente, el que trataba de estas cosas, sin que ninguno lo supiese, con sus confidentes, el que podía escribir de esta manera sin que le sorprendieran? ¿Cuál era su opresión? ¿El no tener las riendas del Gobierno? ¿No entrar en los Consejos? Pero ¿con qué derecho exigió nunca el príncipe heredero entre nosotros que se le diese parte en los secretos del gobierno? Tenía treinta y seis años Carlos IV cuando su augusto padre le permitió, como una gracia, que asistiese a los despachos ordinarios, no a los internos de política. El príncipe Fernando tenía veintitrés años solamente, y por desgracia no dió muestra de circunspección y de reserva; yo he hablado de esto ya otras veces. En cuanto a lo demás, dando todo el valor que se quisiere a la descabellada prevención en que mis enemigos le habían puesto de que yo aspiraba al trono, y admitido por un momento que mercediese alguna excusa, lo que jamás podía tenerla, de dirigirse y escribir a un príncipe extranjero reclamando una intervención en favor suyo, debiera haber bastado hacerme a mí tan solamente el blanco de aquel tiro. Pero ¿por qué atacar a su padre, y hacerle sospechoso, y presentarle como un ciego, flaco y miserable, al que quitaba y daba tronos a su antojo sin más trabajo que un decreto? Quiero pensar que el príncipe Fernando no tuvo más designio que de dañarme a mí tan sólo, mas no fué aquél el único designio de los que le empeñaron en un paso tan culpable. Ni aun a mí me nombraban; ponían en causa y en sospecha al Gabinete en-

tero. El ataque era al trono, a la Corona de su padre. ¡Nada más fácil a los ojos de Escoiquiz e Infantado que obligar a Carlos IV a que abdicase, abrevándole con pesares y aflicciones, e interesando en contra suya a Bonaparte, mas que esto fuese a costa de la España, mas que quedase el reino a la merced entera de aquel hombre, con tal que figurasen ellos y mandasen!

Lo peor de todo esto era ignorarse enteramente aquellos pasos, de haber noticia alguna, ni la más remota sospecha, de esta puerta que se abría de par en par a la ambición de Bonaparte. Lejos de recelar, ni por ensueño, tales cosas, creía el rey precisamente en aquel tiempo, y todos lo creíamos, que el príncipe de Asturias iba mudando de carácter; se mostraba más apacible, muy más afable con sus padres, conmigo más humano. ¡Y la rotura estaba hecha, y comenzaba a entrar el agua, y nadie lo sentíamos! El marqués de Beauharnais nos festejaba más que nunca; el 14 de octubre (justamente tres días después que se encargara de la ignorada carta del príncipe de Asturias), pedida audiencia al rey, pasó a felicitarle al Escorial de parte de su amor por los triunfos de nuestras armas en la América, y a darle cuenta al mismo tiempo del matrimonio celebrado entre el príncipe Jerónimo y la princesa real de Wurtemberg Federica Catalina. Las expresiones de la carta autógrafa que dirigió el emperador a Carlos IV excedían a lo ordinario de los cumplidos y lisonjas que se acostumbra en estas cartas (187).

Vióse no obstante, a pocos días, una muy grave inconsecuencia en la conducta de la Francia. Las tropas imperiales no debían pasar nuestra frontera sin que el Tratado, que aún pendía, se hubiese celebrado y se ratificase de ambas partes. Esto se había observado de tal modo, que, careciendo de forraje la caballería francesa en las inmediaciones

(187) Este mismo día 14 era el del cumpleaños del príncipe de Asturias. Viósele hablar especialmente con el embajador francés de una manera la más amigable, y esto llenó de gozo a sus padres, creyéndole sinceramente reconciliado con la Francia.

de Bayona, mandó el emperador que mientras tanto que se hacía el Tratado, pasase aquella tropa a las dehesas de los Altos Pirineos (188). Llegados los poderes y dada cuenta de ellos, no metió prisa Izquierdo; era aún de descartar para nosotros que se tardase aquel ajuste algunos días, por si tomando el Portugal mejor partido, daba materia, aunque tarde, para templar al menos la dureza de aquel golpe de que se hallaba amenazado.

Peró he aquí, de repente, manda el emperador reunirse de todo el cuerpo del Ejército, apereibir su marcha en veinticuatro horas, pasar nuestra frontera y dirigirse a Salamanca; la orden llegó a Bayona el 17, dióscenos el aviso el mismo día, y el Ejército empezó a entrar el 18. El Tratado no se había hecho todavía. ¿Cuál pudo ser la causa de atropellarse de este modo los respetos tan debidos a la España? ¿Fué el recibo de aquella carta del príncipe de Asturias? ¿Fué que, leído su contexto, se imaginó Napoleón que se estaba jugando alguna intriga contra su política por nuestro Gabinete, y que los hombres pérfidos de que se hacía la indicación en la tal carta, entretenían la expedición del Portugal con plazos y más plazos para dar tiempo a los ingleses? ¿Fué que halló entonces su camino medio abierto teniendo al hijo contra el padre, y ya segura y cierta la discordia entre nosotros? Yo no podré afirmarlo, pero es muy fácil colegirlo.

En cuanto supo Izquierdo la orden dada de marchar las tropas imperiales, pasó una nota y otra nota sin ningún efecto ni respuesta en más de siete días: ora con un pretexto, ora con otro, se le hurtaba el cuerpo con destreza, y la hora no llegaba de ajustarse aquel Tratado. Firme Izquierdo, sin desmayar ni un solo instante, por entre tanto mundo de alta esfera que en Fontainebleau bullía, se puso al paso un día, habló al emperador, y éste, de no buen gesto, se volvió y le dijo:

(188) Esta orden fué recibida por el general Junot en 10 de octubre, de lo cual se infirió por muchos que la entrada del Ejército podría tardarse, por lo menos, quince días.

—Duroc irá a buscar a usted y se hará todo.

Duroc vino a buscarle aquella noche. Venía con los poderes en la mano, díjole de esta suerte:

—Su Majestad se ha incomodado y se incomoda siempre de las desconfianzas que muestra vuestra corte; los negocios multiplicados que se agolpan han causado la tardanza. La entrada de las tropas era urgente: los ingleses preparan nuevos crímenes tras los de Copenhague. Puedo anunciar, no obstante, a usted, con mucho gusto mío, que Su Majestad no altera en nada sus proposiciones favorables para España, pero inmutable en su propósito de dividir el Portugal en tres Estados, sobre lo cual no admite reflexiones. En cuanto a formalidades, quiere que se complazca a ustedes, y que una vez por todas se cercioren de sus intenciones generosas. Todo cuanto se pide o se insinúa acerca de este punto por parte de la España será hecho a su contento, menos una cosa, que es el dejar a ustedes solos la conquista de aquel reino. Esto no tiene que extrañarse; las circunstancias no son hoy como otras veces. Usted verá también que unida con la Francia en esa expedición, será España más respetada por parte de Inglaterra, y que las esperanzas de ésta se harán más imposibles. Créalo usted, pues ya se ha visto muchas veces: los ingleses no gustan presentarse en donde hay tropas del Imperio (189).

Conferenciado, en fin, aquel negocio de una y otra parte, se extendió el

(189) En este lugar me es necesario hacer una advertencia: el coronel Esmenard, que me ha hecho el honor de traducir mis MEMORIAS, añadió de suyo una introducción, en la cual no tuve parte alguna directa ni indirecta. Bien que yo encuentre en ella su deseo de hacerme honor y justicia, hubiera yo querido (y se lo hubiera rogado si hubiera visto aquel escrito en tiempo hábil antes de publicarse) que suprimiese en él ciertas especies en que, sin necesidad de hacerlo, hirió a algunas personas en materias de que yo siempre me he abstenido. Dejando esto a un lado, pues que ya no tiene remedio, no me es posible dejar pasar sin reparo un hecho que refiere sobre los antecedentes del Tratado de Fontainebleau, en donde encuentro algunas inexactitudes. Cuenta, y sin duda de la más perfecta buena fe, haber oído de la boca misma del general

Tratado y una Convención secreta. Aunque este documento es conocido y se halla en muchos libros, conviene referirlo aquí a la letra para el completo de esta historia, y aun mucho más porque se vea y se observe con qué extremada diligencia, con cuántas precauciones y de qué modo tan seguro para España, cuanto era dable en un Tratado, se otorgó aquel acto.

### *Letra del Tratado*

Napoleón, por la gracia de Dios y la Constitución, Emperador de los franceses, Rey de Italia y protector de la Confederación del Rin: habiendo visto y examinado el Tratado concluido, arreglado y firmado en Fontainebleau, el 27 de octubre de 1807, por el general de división Miguel Duroc, gran mariscal de nuestro palacio, etc., en vir-

Duroc, que en 26 de octubre le llamó el emperador y que le dijo lo siguiente:

—Escuchad, gran mariscal; buscad a Izquierdo en vuestra casa, en la de Talleyrand, en la de Hervás, en dondequiera que estuviere; es necesario que acabemos. Yo envío a los Borboncitos de Etruria al norte de Portugal con el nombre de reyes de la Lusitania Septentrional, allá, juntos a la orilla del mar... Junot va a ocupar a Lisboa y el desembocadero del Tajo; guardará aquel país...; después, verá lo que ha de hacerse... ¿Qué es el príncipe de la Paz en España? El fué quien hizo el Rodomonte el año último y el que gobierna esa corte de Madrid. Decidle que tome los Algarbes y se vaya. Yo me componeré si él con Carlos IV y con su hijo, que no se entienden entre sí y me llaman uno y otro.

Yo ignoro todo esto. Es muy posible que Napoleón se explicase con Duroc de un modo parecido a este relato, pero no lo es, ni cabe serlo, el haber dicho que Carlos IV y su hijo uno y otro le llamaban. La razón es clara y terminante. Carlos IV no escribió a Napoleón sobre su hijo, sino después de los sucesos de El Escorial, en 29 de octubre. Sería un anacronismo suponer que el 26 del mismo mes Napoleón hablase de esta carta o que la diese por supuesta sin el menor antecedente de tal cosa. El Tratado se hizo el 27, y antes de aquella fecha nadie había escrito a Bonaparte para implorar su patrocinio o su favor sino el príncipe de Asturias. Este es un hecho histórico evidente.

La relación que yo he dado de estos acontecimientos de Fontainebleau y de sus demás antecedentes la he formado exactamente por las de don Eugenio Izquierdo, que fueron siempre puntualísimas, y se vieron confirmadas por los hechos.

tud de plenos poderes que le hemos conferido a este efecto, con don Eugenio Izquierdo de Rivera y Lezaun, consejero honorario de Estado y de Guerra de Su Majestad el Rey de España, igualmente autorizado con plenos poderes de su soberano, cuyo Tratado es del tenor siguiente:

Su Majestad el Emperador de los franceses y Su Majestad el Rey de España, queriendo arreglar de común acuerdo los intereses de los dos Estados, y determinar la suerte futura del Portugal de un modo que concilie la política de los dos países, han nombrado por sus ministros plenipotenciarios, a saber: Su Majestad el Emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la Confederación del Rin, al general de división Miguel Duroc, gran mariscal de palacio, gran cordón de la Legión de Honor; y Su Majestad el Rey de España, a don Eugenio Izquierdo de Rivera y Lezaun, su consejero honorario de Estado y de Guerra, los cuales, después de haber canjeado sus plenos poderes, han convenido en lo que sigue:

Artículo I. La provincia de Entre Duero y Miño, con la ciudad de Oporto, se dará en toda propiedad y soberanía a Su Majestad el Rey de Etruria, con el título de Rey de la Lusitania septentrional.

II. La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz para que los disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

III. Las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta la paz general para disponer de ellas según las circunstancias y conforme a lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

IV. El reino de la Lusitania septentrional será poseído por los descendientes de Su Majestad el Rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de Su Majestad el Rey de España.

V. El principado de los Algarbes será poseído por los descendientes del

Príncipe de la Paz hereditariamente y siguiendo las leyes de sucesión que están en uso en la familia reinante de Su Majestad el Rey de España.

VI. En defecto de descendientes o herederos legítimos del rey de la Lusitania septentrional, o del príncipe de los Algarbes, estos países se darán, por investidura, por Su Majestad el Rey de España, sin que jamás puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, o a la Corona de España.

VII. El reino de Lusitania y el principado de los Algarbes reconocerán por protector a Su Majestad el Rey de España, y en ningún caso los soberanos de estos países podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

VIII. En el caso de que las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Extremadura portuguesa tenidas en secuestro, fueren devueltas, en la paz general, a la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses hubieren conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendrá, con respecto a Su Majestad el Rey de España, los mismos vínculos que el rey de la Lusitania septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseídas por aquél bajo las mismas condiciones.

IX. Su Majestad el Rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria a Su Majestad el Emperador de los franceses.

X. Cuando se efectúe la ocupación definitiva de las provincias del Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

XI. Su Majestad el Emperador de los franceses, Rey de Italia, *sale garante a Su Majestad Católica el Rey de España de la posesión de sus Estados del continente de Europa, situados al mediodía de los Pirineos.*

XII. Su Majestad el Emperador de los franceses, Rey de Italia, se obliga a reconocer a *Su Majestad Católica el Rey de España como Emperador de las Américas*, cuando todo esté preparado para que Su Majestad pueda tomar este

título, lo que podrá ser, o bien a la paz general, o a más tardar dentro de tres años.

XIII. Las dos altas partes contratantes se entenderán entre sí para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias, y otras propiedades ultramarinas del Portugal.

XIV. El presente Tratado quedará secreto, será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en Madrid, veinte días a más tardar después del día en que se haya firmado.

Fecho en Fontainebleau, a 27 de octubre de 1807.—*Duroc.—Izquierdo.*

Hemos aprobado y aprobamos el presente Tratado en todos y cada uno de los artículos en él contenidos: declaramos que está aceptado, ratificado y confirmado, y prometemos que será observado inviolablemente. En fe de lo cual hemos dado la presente firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial en Fontainebleau, a 29 de octubre de 1807.—Firmado: *Napoleón.*—El ministro de Relaciones Exteriores: *Champagny.*—Por el Emperador, el ministro secretario de Estado: *Hugo Maret.*

*Convención anexa al Tratado anterior, aprobada y ratificada de igual modo.*

Napoleón, por la gracia de Dios, etcétera.

Habiendo visto y examinado la Convención concluida, arreglada y firmada en Fontainebleau, el 27 de octubre de 1807, por el general de división Duroc, gran mariscal, etc., en virtud de los plenos poderes que le hemos conferido a este efecto, con don Eugenio Izquierdo de Rivera y Lezaun, consejero honorario de Estado y de Guerra de Su Majestad el Rey de España, igualmente autorizado con plenos poderes de su soberano, el tenor de la cual Convención es como sigue:

Su Majestad el Emperador de los franceses, etc., y Su Majestad Católica el Rey de España, deseando establecer las bases de un arreglo definitivo en todo lo tocante a la ocupación y conquista de Portugal, a consecuencia de



las estipulaciones del Tratado ya firmado en este mismo día, han nombrado, etc., etc. Los cuales, después de haber canjeado sus plenos poderes, han convenido en lo que sigue:

Artículo I. Un cuerpo de tropas imperiales francesas de veinticinco mil hombres de infantería, y de tres mil de caballería, entrará en España y marchará en derecha a Lisboa. Se reunirá a este cuerpo otro de ocho mil hombres de infantería y de tres mil de caballería de tropas españolas con treinta piezas de artillería.

II. Al mismo tiempo, una división de tropas españolas de diez mil hombres tomarán posesión de la provincia de Entre Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra división de seis mil hombres, compuesta igualmente de tropas españolas, tomará posesión de la provincia de Alentejo y del reino de los Algarbes.

III. Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España, y sus sueldos pagados por la Francia, durante todo el tiempo de su tránsito por España.

IV. Desde el momento en que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Trás-os-Montes y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se impongan quedarán a beneficio de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribuciones que se impongan quedarán a beneficio de la España.

V. El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y a él estarán sujetas las tropas españolas que se reúnan a aquéllas. *Sin embargo, si el Rey de España o el Príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse a este cuerpo de Ejército, el general comandante de las tropas francesas, y éstas mismas, estarán bajo sus órdenes.*

VI. Un nuevo cuerpo de cuarenta mil hombres de tropas francesas se reunirán en Bayona, a más tardar el 20 de noviembre próximo, para estar pronto a entrar en España y *transferirse a Portugal en el caso que los ingleses envíen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará, sin embargo, en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo a este efecto.*

VII. La presente Convención será ratificada, y el canje de las ratificaciones se hará al mismo tiempo que el del Tratado de este día.

Fecho en Fontainebleau, a 27 de octubre de 1807.—Firmado: *Duroc*.—*Izquierdo*.

Hemos aprobado y aprobamos la Convención que precede en todos y en cada uno de los artículos contenidos en ella; declaramos que está aceptada, ratificada y confirmada, y prometemos que será observada inviolablemente. En fe de lo cual hemos dado la presente firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial. Fontainebleau, a 29 de octubre de 1807. Firmado: *Napoleón*.—El ministro de Relaciones Exteriores: *Champagny*.—Por el Emperador, el ministro secretario de Estado: *Hugo Maret*.

Imposible parecería que, al ajustarse este Tratado, en cuyas condiciones de engrandecimiento, de poder y señorío para la España fué tan sólo Napoleón quien tomó la iniciativa sin demanda alguna nuestra, y que, otorgadas francamente y sin ninguna oposición las que nosotros añadimos para el decoro nuestro y la seguridad del reino, escondiera en su mente los designios que luego fueron vistos. ¿Procedía tal vez de buena fe por aquel tiempo? ¿Se limitaba entonces su intención a removernos de aquel estado de reserva y de inacción que conservó la España tantos años sin tomar parte alguna en las empresas de la Francia sobre el continente, manifestándose neutral y amiga con las demás potencias guerreantes? ¿Se propuso tan solamente encontrar modo de lanzarnos en las guerras que podría ofrecer el tiempo

en adelante, y contar con nosotros de igual modo que contaba con la mitad de Europa bajo diversos títulos? ¿Tenía tal vez un ángel bueno y otro malo, que le hiciesen cambiar de ideas en cada ensueño? ¿Le empujaban hacia su mal y el nuestro algunos consejeros? ¿Será verdad lo que se ha dicho y anda escrito de que alguno de éstos le instigaba con violencia contra los Borbones?... En aquello que ignoro y que deseo ignorar, y no conduce a nada, prefiero la templanza y el silencio. ¿Qué importa, al fin, para las grandes cosas lamentables que después vinieron, que Bonaparte obrase sugerido, o de su solo acuerdo? No era tampoco aquél un hombre que se dejara gobernar tan fácilmente por los otros. Lo verdadero para mí es lo que él mismo dijo tantas veces de que en las más de sus empresas y sus logros fueron las circunstancias y las ocasiones las que le abrieron su camino, más bien que no proyectos concebidos y marcados de antemano. Pocos habrá que ignoren esto que dijo en Santa Helena: "Si es que anduve muy cerca de realizar la Monarquía universal, no fué en verdad por cálculo, sino que me empujaron hacia ella paso a paso. Los últimos esfuerzos para llegar a poseerla costaban ya muy poco; ¿era quizá muy fuera de razón el apuntar a aquella carta?"

Tal fué nuestra desgracia. Bonaparte había ya andado felizmente en aquel tiempo más de dos partes del camino peligroso que llevaba; parecióle de poca monta lo que le faltaba. Tal vez no imaginó otra cosa en un principio que mandar sin estorbo entre nosotros, y ligarnos al sistema de su Imperio, sin cambiar la dinastía, como había ya ligado a Nápoles, a Holanda, a la Suiza y a una gran parte de Alemania. Pero faltó la unión, faltó la sujeción, faltó el respeto de las leyes, faltó la religión del rey y de la patria en donde más se requerían estos deberes tan sagrados. Una facción infame, que crecía lentamente, después de muchos años, por entre senos escondidos, como un río de muchas aguas, invadió los cimientos del palacio, no respetó ningun-

na cosa, apartó al hijo de su padre, retiró de éste la obediencia de aquel hijo, pasóla a Bonaparte y le hizo dueño. El juego se brindaba; Bonaparte debió apuntar a aquel buen naipe.

## CAPITULO XXX

### *Los sucesos de El Escorial.*

Si cual debió esperarse, y cual fué visto en otros pueblos muy más plagados que nosotros de ruinas y trastornos por más de veinte años sin ningún descanso, vuelta ya en fin la paz a Europa en 1815, hubiera presidido a los destinos de la España un buen Gobierno generoso, conciliador, pacífico, ilustrado y amante de la patria, y si al heroico sacrificio del pueblo castellano hubiera respondido la merecida recompensa de que le fué deudor Fernando VII, difícil sería ahora justificar aquel rigor de pocos días a que se vió sujeto, siendo príncipe de Asturias, por los empeños lamentables en que le pusieron sus amigos, tan desleales como ineptos. Por grave que sea un yerro, se perdona; y más que perdonado, es aplaudido si lo corona un feliz éxito.

¡Hubiera Dios querido que sucediese de este modo, que el rey Fernando hubiera sido el iris de la España después de la tormenta, y que su gloria y su grandeza se hubiese levantado hasta los cielos, hechos nacer por obra suya aquellos días felices que aguardara la nación heroica! Si tal hubiera sido el fin de los sucesos, el bien que habría hecho a España, libré como se hallaba y sin ningún estorbo para hacerlo, hubiera sido contrapuesto a aquella parte de aflicciones y trabajos que nos tocó en los males de la Europa bajo el reinado antecedente; pocos hubieran sido los que habrían notado y atendido la diferencia de los tiempos, los males evitados en aquella época y los bienes, no pocos, que se hicieron.

Me sale de mi alma lo que digo; a trueque de mirar mi amada patria próspera y dichosa como pudiera haberlo sido, nada me aquejaría sufrir

yo solo la injusticia de mis furiosos enemigos, sus improprios y baldones. Si ellos hubieran hecho lo que yo no pude, falto de tiempo favorable, lo que pudieron ellos en las felices circunstancias que lograron, lo que anhelaba yo con tantas ansias y me esforzaba en preparar para la dicha de la España, yo los habría aplaudido y hubiera perdonado sus injurias de buen ánimo. Mas todo ha sucedido de tal suerte, que si de alguna cosa necesito ser absuelto, es de haber sido moderado, leal, endeble o flaco, cual quisiere llamarme cada uno, con la facción perversa que dominaba al príncipe, y que, acrecida en proporción de mi fatal templanza y mansedumbre, hundió todas las cosas y cimentó entre sangre y ruinas el dominio aciago y deplorable que puso a España por los suelos; facción de tal reato y trascendencia que, aun sacudida por la España y destronada, ha dejado tras de ella por herencia la nefanda guerra de hermanos contra hermanos, que despedaza sus entrañas sin verse el fin de sus dolores. Me acusaron mis enemigos falsamente de que oprimí a aquel príncipe; otros serán ahora los que quizá me acusen con razón de que, por endeblez o por errados miramientos, no precaví con mano firme y nada temerosa tantos males y tan gran avenida de trabajos que nos trajo el descarrío de sus ideas. Yo a mí propio no me perdono mi lealtad mal entendida y aquella sobra de respeto con que miré su cuarto. ¡Inmunidad funesta, que fundó en lo oscuro el ancho poderío de la facción proterva, que ha abismado en pocos años tantas glorias!

Fué poco no cebar en los negocios y secretos del Estado la ambición prematura del poder que le inspiraban a Fernando sus pérfidos amigos, sola medida y sola precaución, no de rigor, mas de prudencia, que adoptó su augusto padre por sí mismo, y que yo por mí solo, tan juiciosa y tan necesaria como era, aún no me habría atrevido a demandarla. El príncipe de Asturias fué más señor de sus acciones que ninguno otro príncipe de España en igualdad de circunstancias; y, como dije ya

otra vez, se halló tan a su holgura, que pudo mantener sus relaciones muchos años con los malsines y traidores, que consiguieron seducirle y hacerle su instrumento: espiado y oprimido, como ellos han escrito y han repetido tantos ecos suyos, no habría podido adelantarse hasta el extremo que fué visto (190).

No es bastante disculpa, aun en mi propio juicio, mi lealtad y mi respeto a su persona. No había más rey que Carlos IV; Fernando era su hijo, pero el primero de sus súbditos. En su alta posición era más grave que en ninguna otra trammar y maquinan contra el Estado; mucho más grave todavía tratar en daño o vilipendio de su padre y de su rey con un príncipe extranjero, rendirle su obediencia y convidarle a intervenir en los negocios de su casa y de su reino. Traidor habría yo sido si, a saber que el príncipe heredero conspiraba de este modo, o de cualquiera otro, no hubiera provocado la justicia de su padre y promovido un escarmiento. Yo lo ignoraba, y no lo

(190) Conviene aquí dar una idea de la distribución del tiempo y de las etiquetas del palacio, a que el príncipe y los infantes se encontraban sujetos no por innovación, sino de tiempos muy antiguos. Hechas sus devociones y oída la santa misa, podían recibir visitas. A las once y media de la mañana iban de ordinario a hacer la corte a los reyes y acompañaban a Sus Majestades hasta la hora de comer. Se volvían después a sus cuartos, y cada uno comía en el suyo. Por la tarde salían a paseo, cada cual en su coche, y se dirigían de ordinario a un mismo lugar. Por la noche hacían también la corte a los reyes por más o menos tiempo, un cuarto de hora o media hora. Vueltos a sus cuartos podían recibir personas de su agrado. Cuando salían a paseo iban siempre escoltados por una partida de guardias: el príncipe llevaba ocho, un cadete y un exento, por su mayor dignidad; los infantes, cuatro, un cadete y un exento. Para salir por el palacio iban siempre acompañados por un gentilhombre de la respectiva servidumbre de cada uno; el nombramiento de personas para su servicio se hacía siempre por el rey, y claro está que no elegía Su Majestad sino a sujetos que mereciesen su augusta confianza. Sin embargo, visto está no haber sido Su Majestad muy riguroso en este punto, puesto que los más de los individuos de la servidumbre del príncipe de Asturias fueron cómplices de don Juan de Escóquiz y del duque del Infantado en las intrigas que urdieron en su cuarto.

hice: aun para sospechar tan gran pecado me hubiera sido necesario tener un corazón tan corrompido y depravado cual lo tenían los consejeros del incauto príncipe. Llamar a un Bonaparte a intervenir en los asuntos interiores de la España, ¿quién pudo imaginarlo sino los que movieron a tal paso al príncipe de Asturias, paso en el cual había otro tanto de estupidez e insania, como de traición y felonía contra el monarca y contra el reino?

¡Desgraciado de mí! Creí de buena fe que era yo el blanco solamente del odio de Fernando y de su corte; su enemistad conmigo no era justa; pero era mi señor, le había jurado, y el súbdito leal no tiene armas para luchar contra su dueño. Mi defensa la hallaba sólo en mi retiro; lo pedi tantas veces, que no es posible numerarlas: me abstuve de insistir casi otras tantas por no decir la causa verdadera, por no irritar al padre contra el hijo. Suspiraba y lloraba en lo apartado, y acababa por resignarme a mi destino inexorable. Yo comprendía mi suerte, veía bien el riesgo en que me hallaba, mas no entrevía otro mal que el propio mío; no asaltó mi cabeza ni un instante la menor sospecha del peligro que amagaba muy más alto. No tengo más excusa de este cargo de indolencia o de descuido, que temo me sea hecho de presente (después que se han visto tantas cosas que entonces se ocultaron), al contrario del que me han hecho tanto tiempo mis viejos enemigos, de que oprimí, que perseguí al príncipe de Asturias y que intenté su ruina.

He aquí, pues, que la división francesa destinada contra Portugal llegaba ya con su vanguardia a lo interior de la Castilla, lleno el Gobierno de atenciones y cuidados, y no del todo prevenida la asistencia para aquellas tropas que no debían haber entrado hasta la conclusión definitiva del Tratado y las aprobaciones respectivas de ambas cortes. Se esperaba dinero del empréstito de Holanda, y no llegaba casi nada todavía; Bonaparte se hacía pagar con las primeras emisiones de esta renta los atrasos que había caídos del subsidio, por cuya cesación definitiva trabajaba

don Eugenio Izquierdo hacía ya más de un año. Mi grande empeño en tales circunstancias fué el evitar que se cargase al pueblo con impuestos nuevos y con requisiciones arbitrarias y onerosas; mi modo de lograrlo mientras llegasen fondos, o se encontrasen otros medios, fué hacer un suplemento a los recursos del Erario con dinero propio mío, como otras veces había hecho en casos apurados; con esta diferencia solamente: que fui pagado aquellas veces cuando hubo coyuntura de poder hacerlo, y que por esta vez los seis millones que suplí en aquel conflicto se quedaron sin reintegro (191). Y lo de menos eran estas cosas: las tropas imperiales se internaban, y no venía el Tratado y había ya entrados veinte mil franceses hacia fin de octubre bajo su palabra.

En tal estado de congoja y de recelos tan punzantes y tan serios, cuando nadie podía pensar, ni era posible imaginarse que corazón alguno en quien corriese sangre de españoles fuese capaz de proponerse dar aumento a las angustias del monarca y del Estado, cuando más quieto y más templado en sus antojos y en sus quejas se juzgaba al príncipe de Asturias, encuentra el rey sobre su atril un pliego con tres fuegos, la letra disfrazada y muy temblona, sin ninguna firma, en donde se le dice: "Que el príncipe Fernando preparaba un movimiento en el palacio; que peligraba su corona y que la reina María Luisa podía correr un grande riesgo de morir envenenada; que urgía impedir aquel intento sin dejar perderse ni un instante, y que el vasallo fiel que daba aquel aviso no se encontraba en posición ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes."

La corte estaba en San Lorenzo el Real, y yo en Madrid, enfermo, y no como *amalado*, expresión insidiosa de que ha usado el conde de Toreno al referir estos sucesos, sin atreverse a

(191) Este suplemento fué entregado por mí a don Pedro Vincenti, director general de provisiones, y remitido por éste en diferentes partidas a los intendentes para el surtimiento de las tropas.

mentir claro acerca de estos hechos. Había ya cinco días que una violenta fiebre inflamatoria me tenía postrado. Del accidente grave que sufría, sin poder dejar la cama ni ocuparme en cosa alguna, quedame por lo menos un testigo de honradez notoria entre los tres facultativos que me prestaban su asistencia. Fué uno de éstos el benemérito español, de tantos modos señalado noblemente en su carrera patriótica, don José Martínez de San Martín, hoy mariscal de campo. Los otros dos facultativos eran don Manuel Pereira y don Joaquín de Lerga.

Desgracia fué no hallarme yo en la corte; mayor desgracia todavía que se encontrase en ella un hombre extraño a la política y de tan pobre juicio como el ministro Caballero. Sus consejos, de que los reyes hacían tan grande caso en los negocios interiores de su cargo, precipitaron los pasos y atropellaron las cosas de una manera irremediable. En circunstancias tales como las de entonces, hubiera sido necesario un grande misterio, una reserva prudentísima y un buen remedio radical sin que la tierra lo sintiese. Bastara haber tomado las precauciones convenientes con el príncipe sin que se percibieran o coligiesen desde afuera; apartarle los malos lados que tenía, y confinarlos de tal modo que se creyese en lo exterior no ser estas medidas, sino sucesos casuales; averiguar los hechos y seguir sus hilos sin ningún estrépito forense; obrar y gobernar en adelante con firmeza y con igual recato, y aconsejarse con el tiempo (192). Caballero lo llevó

todo a fuego y sangre en el primer momento: bien notará cualquiera que la intención de aquel ministro (mi contrario eterno, como él mismo ha declarado en sus escritos) no pudo ser servirme en esto y agradarme. Salían de su carácter estas cosas.

Escoiquiz e Infantado, que sabían la intimidad que disfrutaba con los reyes, no habían osado tantearle y atraerle a su partido, ni creo que en aquel caso habían probado todavía a corromper ningún ministro. Libre de esta manera, como se hallaba Caballero, de todo compromiso, bastábanle dos cosas para adoptar medidas extremadas: su aptezza genial en las materias criminales y su ansia de adquirirse la plena confianza de Carlos IV y María Luisa, amontonando pruebas de lealtad y devoción a sus personas. Así partió de recio, temeroso tal vez, si aconsejaba espera y mansedumbre, de hacerse sospechoso. Voy a contar desde el principio.

Antes de comenzar a desplegar el

Carlos le habría vuelto con el príncipe, le hubiera hablado francamente, y le habría dicho que el perdón del rey dependía de su ulterior conducta, y que iba en esto enteramente su honor y su cabeza: yo conocía a San Carlos. Habría hecho entrar al mismo tiempo en el servicio del príncipe de Asturias a algunos otros grandes, de una lealtad a Carlos IV perfectamente bien probada, y a cuya circunstancia se añadiese la estimación del público. Al rey también hubiera procurado persuadir que de la servidumbre del príncipe Fernando pusiese a algunos en la suya, pero sujetos y ocupados de tal modo que les fuera imposible proseguir en las intrigas comenzadas. Para mejor disimular aquellas mutaciones habría, además, aconsejado al rey que hiciese algunas en las respectivas servidumbre de los tres infantes. En cuanto al príncipe, en fin, hubiera aconsejado a Carlos IV aproximarle mucho a su persona, hacerle concurrir todos los días a sus cazas y paseos por más que aquél lo resistiese como hasta entonces lo había hecho, sentarle a su real mesa, hacerle figurar al lado suyo en todos los recibos de etiqueta y de aparato, y tenerle ocupado de tal modo bajo su propia vista que no pudiese extraviarse nuevamente en su conducta; pronto siempre el perdón cuando lo hubiese merecido por grandes pruebas de su enmienda. En otras circunstancias, tal vez hubiera sido menos dulce mi consejo; pero la suma de las cosas era entonces cerrar expresamente nuestras filas, poner respeto a Bonaparte, y procurar a todo precio la concordia en el palacio y en el reino.

(192) Algún amigo de Caballero podría preguntarme qué habría yo aconsejado o qué habría hecho en tales circunstancias. Mi respuesta es fácil. Al duque del Infantado le habría enviado al Ejército que se reunía en Galicia para su entrada en Portugal, bien encomendada la observación y la custodia de aquel hombre necio y turbulento al excelente general Taranco, que mandaba aquellas tropas. Al canónigo Escoiquiz le hubiera procurado el vicariato general de las misiones en el Paraguay para llevar a efecto las nuevas e importantes fundaciones que se hallaban decretadas, con más la expectativa de la mitra de aquel punto, vacante justamente en aquel tiempo. Una orden real ejecutiva le hubiera hecho partir sin dilación a aquel destino. Al duque de San

triste lienzo de estos gravísimos sucesos, referiré una especie de que ninguno, que yo sepa, ha hecho mención en sus escritos. En los postreros años de aquel fatal setenio tuvo Fernando cierto antojo, no sé si sugerido o propio suyo, de figurar en la palestra literaria, traduciendo alguna obra de importancia. Eligió para esto, o le eligieron, que es lo más probable, las *Revoluciones romanas*, por Vertot, obra maestra y la mejor sin duda de este escritor fecundo. Tal vez, si se la propusieron, se tuvo por designio, más bien que procurarle el lustre de escritor, quitarle aquel temor que podía darle la revuelta que intentaban. Fernando tomó a pecho su tarea, y en acabando la versión del primer tomo, hecha con gran secreto, enviola al juez de imprentas con igual misterio, rogándole la viera y corrigiese los defectos que encontrase. Hizolo así don Juan Antonio Melón, el mismo ilustre literato de quien he hablado tantas veces con elogio, a quien había yo puesto en aquel cargo, y a quien, mejor que juez de imprentas, se pudo haber llamado su defensor y su patrono. Hecha la corrección, volvió al príncipe su manuscrito con una copia en limpio, y le guardó el secreto que le había encargado.

A poco de esto se empeñó Fernando en que se diese al molde aquella parte de la obra, y en que esto se hiciese con igual misterio. Melón concebía bien que la licencia para imprimir aquel trabajo del príncipe de Asturias no le tocaba a nadie sino al rey, y que dejar que viese la luz pública sin su noticia y sin su orden era exponerse a un grave sentimiento. Pero Fernando instó de tal manera, que Melón cerró los ojos, y permitió imprimir aquel volumen, bajo la sola condición de no ponerse el nombre del augusto traductor mientras el rey no lo mandase. Impresa ya, pidió Fernando con el mayor empeño que se le designase por lo menos como autor con las letras iniciales (F. de B.), y, con efecto, fueron puestas (193).

(193) Esta impresión fué hecha en la oficina de don Fermín Villalpando.

Los que han dicho y afirmado, en odio mío, que el príncipe de Asturias se encontraba oprimido y espiado sin libertad ninguna, explicarán de qué manera pudo hacerse todo esto sin que sus padres lo supiesen, y sin que me llegase a mí tampoco la noticia. ¿Era enemigo mío don Juan Melón? No; en verdad, no lo era, pero me conocía perfectamente, y calculó muy bien que yo no tendría queja del secreto. Cuanto a Sus Majestades, si bien temió poder desagradarles, se animó, sin embargo, a complacer al hijo, constándole el amor y la pasión con que miraban a Fernando y el placer que podía darles verle ocupado de aquel modo tan loable.

Fernando, en fin, a poco tiempo de esto, presentó a su madre aquel volumen como una especie de agasajo. La reina le tomó con alegría, mezclada de sorpresa; pero, en leyendo el título, le dijo:

—Revoluciones, no, Fernando mío; tú sabes lo que odiamos este nombre, y lo que se padece en todas partes por las revoluciones. ¿Por qué no has elegido alguna obra que llevase mejor título? ¿Por qué no nos lo has dicho, y has observado con nosotros tan poca confianza? ¿Qué dirán los que han visto que te has guardado de tus padres para esto? Yo te agradezco tu intención; pero no apruebo que hagas nada en cosas graves sin que nosotros lo sepamos. Por tu honor, y por el mío también y de tu padre, no haremos cargo a las personas que han consultado a tu respeto más que al nuestro. Doy por supuesto que este ejemplar que me has traído será el primero que hayas dado; no repartas los otros mientras el rey no lo mandare.

A los que censuraren esta respuesta de la reina les diré: lo primero, cuanto a su repugnancia al título del libro, que era muy disculpable, presente siempre a su memoria como estaba la catástrofe espantosa de la familia real de Francia; lo segundo, cuanto a sentir que su hijo hubiese procedido en aquel caso sin noticia y sin la venia de su padre, que aquella queja era justísima.

El rey le perdonó del mismo modo

aquella falta; mandó que la edición se conservase y no se repartiese por entonces, y para no descontentarle enteramente, Su Majestad le dijo que su intención era leer aquella traducción y ver si merecía que viese la luz pública, "porque, Fernando mío—prosiguió el rey—, una persona real que escribe para el público, y mucho más el que algún día debe reinar, es menester que no se exponga al menosprecio que podría venirle si su obra no está a prueba de la crítica (194). Es menester también que a tu madre la complazcas: puesto que gustas de ocuparte en ejercicios literarios de esa especie, ¿no harías mejor en traducir a Condillac en su tratado tan precioso del *Estudio de la Historia*, libro cuya lectura y relectura te he recomendado tantas veces? Conviene mucho te prepares para llegar a comenzar o a proseguir los pensamientos que yo tengo en mi cabeza, y acerca de los cuales te he hablado algunas veces. Quizá a mí me falte tiempo apto para realizarlos, y tú te llevarás toda la gloria. El libro que te he dicho, tú lo sabes, fué compuesto para tu tío el de Parma; sácale tú más fruto y vete disponiendo para las miras que te indico".

Fernando, al parecer del mejor ánimo, prometió a su padre traducir aquella obra, y hacerlo de seguida y con esmero para complacerle. Más de una vez le llevó muestras de aquel trabajo nuevo, y en una de estas veces le consultó sobre el epígrafe que convenría poner en la portada de la obra. Dióselo Carlos IV de una de las sentencias de la misma obra, que conservaba en su memoria: *Les hommes ne sont pas grands par leurs passions, mais par leur raison*. Fernando le ofreció ponerla y proseguir en su tarea.

Trasladada la corte a El Escorial, como la reina hablase de esto un día con la marquesa de Perijaa, señora de honor suya muy querida, díjole la marquesa haber oído alguna especie seme-

jante procedente de un criado de Su Alteza, y que velaba el príncipe hasta la madrugada algunas veces engolfado en su trabajo. Lejos de sospechar alguna cosa mala, tuvo la reina gran contento, y persuadióse más y más de que Fernando había ya entrado en buen camino. Muy pocos días después de este contento fué la llegada del anónimo.

Cuál debió ser la sensación que aquel anónimo produjo en Carlos IV y María Luisa, fácil es imaginarlo. Dominada, no obstante, esta impresión tan fuerte y angustiosa, echándose a pensar, ora dudando y complaciéndose en dudar de la verdad de aquel anuncio, ora pensando que fuese exagerado, mas que pudiese haber en él alguna cosa verdadera, el rey, de acuerdo con la reina, sin descubrir a nadie aquella gran zozobra en que se hallaban, determinó explorar, si era posible por sí solo, la conducta de su hijo, y resolvió por primer paso hacer un escrutinio en sus papeles. Aun este paso quiso darlo de tal modo que no llamara la atención en el palacio, y que, lejos de dar motivo para sospechar la realidad, fuese mirado en lo exterior como una prueba de cariño y de amistad perfecta con su hijo.

No era una cosa rara, sino, al contrario, muy frecuente, que pasase el rey a visitar a sus hijos en sus cuartos, sin más motivo que el placer de verlos y tratarlos (195); mas por aquella vez tomó un pretexto muy plausible, cual fué el de gratularse con el príncipe Fernando, comunicándole noticias y detalles nuevos que llegaban de nuestros triunfos en América, llevándole también como un regalo la colección completa de poesías que celebraban estos triunfos, encuadernada ricamente. Contóme el rey después que entró con estas nuevas y aquel libro, pidiendo

(194) El príncipe hizo depositar la edición en casa de don Pedro Gutiérrez Bueno, catadrático de Farmacia Química, de cuyas manos la recogió siendo ya rey sin volver a pensar en su publicación.

(195) Carlos III tenía la costumbre de visitar a sus hijos casi diariamente. Estas visitas las hacía de ordinario a las siete de la mañana, hora en la cual necesitaban hallarse vestidos y dispuestos para recibirle. Carlos IV, bien que madrugase mucho, no quería darles esta molestia, y les hacía sus visitas en horas más cómodas, prefiriendo aquellas en que podía hallarlos ocupados con sus maestros, o bien las de recreo y descanso sin período fijo.

albricias a su hijo, y que de tal manera se sentía dispuesto en favor suyo, que si en su rostro hubiera visto algunas señas de aquel desecido natural con que se muestra un ánimo inocente, no habría podido resolverse a practicar el escrutinio; mas que la turbación y el embarazo de su hijo le vendieron, y que sus ojos mismos dieron guía para topar con los papeles que le fueron aprehendidos. Para que todo se empeorase y se espesara más aquel nublado que comenzaba a desdoblarse, quiso la mala suerte que, hecho ya el triste hallazgo, el príncipe Fernando, en vez de que probase a sosegar el ánimo del rey y a contener su enojo, rehusase contestar a sus preguntas y le tuviese un tono irreverente y despechado. El consternado padre le dió orden de que no saliese ni recibiera a nadie, y retiróse.

Comido de dolor, sobresaltado y temeroso sobre todo de los anuncios del anónimo en mucha parte comprobados, quiso tomar consejo Carlos IV, y resolvió llamar a Caballero. Solos el rey, la reina y el ministro, fueron leídos los papeles. Pocos han visto estos papeles, y muchos han hablado acerca de ellos. Hubo uno, sin embargo, del que ninguna cosa ha sido dicha, porque el amor materno le quitó de en medio, y ni a los mismos jueces fué mostrado. En lo que todos saben seré breve; lo preciso y no más para el completo de la Historia.

Los papeles de que se ha hablado por el común de los autores fueron los siguientes:

1.º La famosa exposición al rey dictada por Escoiquiz a su real discípulo, donde éste me cargaba de toda especie de delitos y maldades, y entre ellas, mayormente, del designio de hacerme rey de España, y de intentar su muerte, la del rey y demás personas reales. Para probar lo que exponía y atajar tantos riesgos y delitos, pedía a Su Majestad que dispusiese una batida, en que sin mi asistencia ni de persona alguna que me pudiese ser adicta, sin que la reina lo supiese ni sospechase nadie aquel designio, pudiese oír a las personas que Su Alteza lle-

varía como testigos, y a cualesquiera otras que Su Majestad tuviese a bien llamar y examinar, no siendo mis amigos y parciales, que se ordenase mi prisión, que se me hiciese la sumaria por trámites brevísimos bajo las precauciones y medidas que indicaría Su Alteza, y entre ellas, la primera y principal, que el rey no oyese a nadie sino en su presencia, y que durante mi proceso, y hasta tanto de estar cumplida la sentencia, no hablase ni tratase con la reina en modo alguno; que en esto y lo demás que conviniese le asociase a su Gobierno, le diese el mando de las tropas y autorizase y confirmase cuanto hiciese para seguridad de la Corona y afirmación de sus derechos como príncipe heredero, dando de esta manera un testimonio a la nación de su acendrado amor a la justicia, y de la confianza y del aprecio que debía a su hijo primogénito, primer columna de su trono, amenazado por traidores. Concluía después rogando al rey que, si por caso se negaba a concederle aquella petición tan justa, jamás la descubriese y le dejase expuesto a mi venganza.

2.º Una instrucción del mismo Escoiquiz, copiada por el príncipe, donde le proponía, si lo juzgaba conveniente y oportuno, tentar primero mi caída por medio de su madre, hablarle de rodillas y excitarla en contra mía, pronunciando a este fin un gran discurso en su presencia, en que pusiese a prueba todos los resortes del amor materno, sin omitir especie alguna de cuantas fuesen propias para hacerme aparecer ante sus ojos como un monstruo. "Puestos en obra estos dos medios—le decía—, o bien el principal tan solamente, si el más dulce se estimare inútil, se habrán salvado todos los deberes; y si esto no bastare, se podrá apelar a otros recursos más seguros." En la misma instrucción y en una carta, de letra disfrazada, que era también de Escoiquiz, se tocaba el punto de las bodas imperiales deseadas, de los pasos que debían darse y de las precauciones necesarias para llegar al logro de ellas sin ningún tropiezo, y de las trazas y rodeos de que podría va-



lerse el príncipe para eludir o resistir cualquier empeño que tomase el rey de darle por esposa a mi cuñada doña María Luisa; todo esto bajo el velo de otros nombres de sujetos, mas con tan poco arte que no podían desconocerse los personajes verdaderos ni la cuestión que se trataba; quedaba, empero, muy grande oscuridad en el contexto de aquellos dos escritos para juzgar los hechos en sí mismos, y colegir la marcha y el progreso que llevase aquella intriga misteriosa (196).

3.º La cifra y clave de ella, con que se entendían el príncipe de Asturias y don Juan Escoiquiz, y las que habían servido a la princesa María Antonia para entenderse con su madre Carlolina, reina de las dos Sicilias.

A estos papeles que obraron en la causa y han sido conocidos, deben añadirse el que ya he dicho que retiró la reina María Luisa, y en el que mayormente se fundaron los temores de los reyes y del ministro Caballero. Este papel era una carta, ya cerrada, pero sin sobrescrito; la fecha, del día mismo en que fué hallada. Tenía la forma de una simple nota sin firma ni membrete; la escritura, del príncipe

Fernando. A lo que alcanza mi memoria decía el príncipe que, meditado el pro y el contra de las dos operaciones consabidas, y creyendo no ser posible hacer camino con su madre, prefería el otro medio de dirigir al rey la exposición que había ya puesto en limpio de su letra, para lo cual se proponía buscar un religioso que la entregase en la real mano como un asunto de conciencia; que se había *empapado bien* en la gloriosa vida de San Hermenegildo, y que, llegado el caso, sabría tomar el mismo esfuerzo de aquel santo para combatir por la justicia; pero que no teniendo vocación de mártir, quería de nuevo asegurarse, y exigía se le dijese si estaba todo bien dispuesto y concertado para el caso en que, surtiendo mal efecto aquel escrito, se tratase de oprimirle; que si tal cosa sucediese, se hallaba decidido a rechazar la fuerza con la fuerza, y se sentía animado de un impulso más que humano, que no podía venir sino del santo mártir, a quien había tomado por patrono; que se mirase bien si los que se ofrecían a sostener su causa estaban firmes, que se tuviesen prontas las proclamas y que se hallase todo listo, a

(196) Aún con más necesidad todavía que malicia pretendieron esparcir mis enemigos que para afirmarme yo en el mando y poder conservar en adelante mi influencia cuando faltase Carlos IV, había inspirado a Su Majestad el proyecto de unir en matrimonio al príncipe de Asturias con la segunda hija del infante don Luis, hermana mía política. A cualquiera que tenga buen sentido querré yo preguntarle si habría sido de creer o de esperar que por llegar a ser el príncipe con cuñado mío se trocaría su voluntad, y de enemigo capital se volvería mi amigo. Lo que sus propios padres no alcanzaron, mal podría haberlo conseguido como esposa una señora a quien no amaba, y con la cual se hubiera unido mal su grado. Aun prescindiendo de esto, ¿qué son las relaciones de cuñados para quitar odios o aplacarlos, cuando ellas, al contrario, los engendran con frecuencia? Ni por la idea me pasó nunca este desdichado proyecto. Un día, en verdad, hablando Carlos IV con el príncipe Fernando de la necesidad de ir ya pensando en nuevas bodas, y haciendo una reseña de las familias reales de la Europa donde podría encontrarse una princesa digna de su mano, topó con el reparo que ofrecían las circunstancias de aquel tiempo, debiéndose evitar el aliarse con familias enemigas o quejasas de la Francia, y excusar también el otro extremo de intimarse

con las que se encontraban bajo la entera dependencia del emperador de los franceses; tan ajeno se hallaba Carlos IV en su política de imaginar siquiera de emparentar con Bonaparte. Por incidencia de esto hubo de ser decir su Majestad al príncipe Fernando o preguntarle si quería casarse con aquella niña, sangre pura suya, especie a que Fernando respondió no tendría en ello repugnancia: "Piénsalo tú a solas, dijo el rey entonces; no es necesario darnos grande prisa; yo no desco sino dos cosas: tu dicha y nuestra paz en estos malos tiempos, en que no puede darse un paso sin algún nuevo compromiso." De esta ocurrencia de un momento no volvió a hablarle Carlos IV, ni a mí me dijo nunca cosa alguna. Fué menester un buen esfuerzo de memoria para que recordase el rey aquella especie cuando encontró por los papeles que se hallaron tantos consejos y advertencias que se daban a su hijo para que resistiese aquel enlace. Bastaba, sin embargo, para Escoiquiz que pudiera suscitarse nuevamente aquella idea y desgraciarse su proyecto, tanto más cuanto era cosa fácil presumir que el rey no querría nunca someter la libertad ni la suerte de su hijo y de la España a la influencia poderosa que adquiriría la Francia por un enlace de familia cual meditaba aquel canónigo.

prevención, para el momento en que avisase que la exposición se había entregado. Encomendaba mucho que, si llegaba el caso de que fuese necesario un movimiento, se dirigiese de tal modo que la tormenta amenazase solamente a *Sisberto* y a *Gosvinda*; que a *Leovigildo* le ganasen con vítores y aplausos, y que una vez las cosas puestas de este modo, se prosiguiese obrando con firmeza hasta lograr el triunfo entero y afirmado para siempre (197).

Tal fué el papel que recogió la reina, y que impidió esta madre que figurase en el proceso. Fué el caso que, acabado de leerse aquel escrito, dirigida la vista a Caballero, dijo el rey:

—¡Tú me dirás lo que merece un hijo que tal hace!...

—Señor—dijo el ministro—, sin vuestra real clemencia, y a no poder servir para descargo de Su Alteza la instigación de los malvados que han conseguido extravíarle de un modo tan horrendo, la espada de la ley podría caer sobre su cuello..., por menos que estas cosas..., en otro caso semejante...

—¡No más! ¡No más!—clamó la rei-

(197) Fácil es de ver aquí hasta qué extremo había logrado Escoiquiz seducir al incauto Fernando y ofuscar su espíritu. Presentóle como modelo a un príncipe venerado en los altares, cuyo gran merecimiento era haber hecho la guerra a su padre dos veces, puesto a la cabeza del partido católico, y eligió aquel modelo y apañóle de tal modo, que hasta en buscar la protección del emperador de los franceses pudiese hallar el príncipe de Asturias el mismo rasgo de conducta en San Hermenegildo, cuando este príncipe invocó contra su padre la protección de Justiniano. Se ve bien que Carlos IV estaba designado en el escrito de Fernando con el nombre del rey godo Leovigildo; a la verdad un rey de los mejores y más grandes que se cuentan en las centurias góticas, por más que los autores eclesiásticos hayan querido presentarle como un monstruo. Gosvinda era la viuda de Atanagildo, casada en segundas nupcias con Leovigildo, y, por tanto, madrastra de sus dos hijos: Hermenegildo y Recaredo, que el rey godo había tenido de su primera mujer Teodosia. ¡Con aquel nombre de madrastra era significaba María Luisa llamándola Gosvinda! El Sisberto era yo precisamente. Este nombre me fué aplicado por Escoiquiz para hacerme más odioso y más temible al príncipe Fernando, porque Sisberto fué quien presidió a la ejecución de muerte de San Hermenegildo. Con tal instigador y tal maestro como Escoiquiz disculpará cualquiera, como yo disculpo, al príncipe Fernando.

na... ¡Por mal que hubiere obrado, por más ingrato que me sea, no olvides que es mi hijo! Si me da algún derecho mi título de madre, sea yo quien guarde y quite de la vista de los hombres ese papel que le condena... ¡Le han engañado! ¡Le han perdido!...—y se arrojó llorando, arrebató el papel y lo escondió en su seno.

Al llanto amargo de la reina y a la aflicción profunda y silenciosa del rey Carlos, se sucedió el pensar y el discurrir qué habría de hacerse en tal conflicto. Era preciso resolver y andar aprisa en donde cada paso era un tropiezo y un peligro. ¿Estaba preparado un movimiento como se reencargaba en el escrito de Fernando, y lo decía el anónimo? ¿Había algún rastro que indicase cuáles eran las personas con quien el príncipe contaba? ¿Había necesidad de interrogarle y de incomunicarle? Para obligarle a declarar, ¿podrían tomarse medios rigurosos sin las formalidades de las leyes, y sin la intervención de magistrados que salvaran de la nota de arbitraria la prisión del príncipe, puesto que fuese necesaria? ¿Se debían tomar sin dilación medidas preventivas de resguardo y de defensa sin informar al público de los motivos? Y ¿podría hacerse de este modo sin excitar sospechas y temores de que se aprovecharan los que tuviesen preparada la conjura? ¿Sería mejor traer a declarar los individuos todos de la servidumbre del príncipe de Asturias, y hacer prender cuantos entraban en su cuarto?

Estas cuestiones, y otras muchas de igual porte, se agitaban sin más hombre de consejo que el ministro Caballero. Su parecer fué enteramente de oír a descubierto, tomar medidas de resguardo, hablar a la nación y nombrar jueces imparciales, previstos por las leyes, a quienes se encargase formar causa, y que justicia fuese hecha; salvo después al rey usar de su clemencia soberana con el príncipe de Asturias, si renunciando enteramente a sus proyectos, daba esperanzas de la enmienda. Sus fundamentos eran no poder dudarse de que el príncipe era amado en todo el reino, y que cualquier medida o sombra de medida que se tomase en

contra suya sin conocerse legalmente los motivos, podría pasar por tiranía y producir muy mal efecto; que usar de paliativos en aquel negocio era mostrar temor, y equivaldría a una tregua, tras de la cual podrían venir intentos nuevos más temibles; que en crímenes de Estado cualquiera suerte de indulgencia era tenida por flaqueza, y que, después de todo, para tener seguridad en adelante, era preciso averiguar prolijamente quiénes fuesen los culpables, lo cual no era posible conseguir sin los procedimientos judiciales.

A esta manera de pensar de Caballero no habría ninguna tacha que ponerle, si antes de aconsejarla se hubiese ya probado inútilmente a reducir al príncipe Fernando y hacerle entrar en sus deberes por medios industriosos, de los que dicta en tales casos la prudencia y el conocimiento de los hombres. Caballero desconoció lo que importaba más que nada en circunstancias tan vidriosas, que era ahogar todo germen de discordia y mantener la unión del reino, la dignidad del trono y el respeto del Gobierno cara a cara del extranjero que pasaba; concepto bajo el cual, más bien que la justicia, debía llevar las riendas la política. Caballero conocía bien al príncipe de Asturias, y habría podido colegir que, descubierto aquél, como se hallaba, y no del todo confiado en las promesas de los hombres de su bando, hubiera recibido su perdón con ansia; y los hubiera abandonado y descubierto como después lo hizo. ¡Y qué no habría podido, con una noche de por medio de remordimientos y temores una visita de sus padres poniéndole a elegir entre sus brazos o el rigor de la justicia!

¡Fatalidad en todas cosas! Prevalció el consejo del temor y del ofuscamiento, mal que a la reina María Luisa, que quería estorbarlo, le pesase. El Ministerio, todo entero, fué llamado, y la opinión de Caballero fué adoptada. Se resolvió por primer acto judicial interrogar al príncipe de Asturias, y en calidad de juez se hizo llamar al gobernador interino del Consejo don Arias Mons Velarde. En uno de los claros de turbación y angustia de aquel día, me

escribió una esquila el rey, en que me refería Su Majestad, muy por encima y muy confusamente, los sucesos; pidiéndome dictamen por escrito, si no me era posible, en el estado en que me hallase, trasladarme a San Lorenzo. Pero partir era imposible con la fiebre inflamatoria que me tenía postrado. Pedí recado de escribir, me incorporé en el lecho no sin gran trabajo, y en la mesa de cama tracé lo menos mal que pude mi respuesta.

Falto como me hallaba de una multitud de datos necesarios para poder improvisar un parecer tan grave, mi espíritu, oprimido y conturbado, como podrá inferir cualquiera que se ponga en lugar mío, y mi cabeza nada firme, me limité a decir al rey que, a mi entender, podrían bastar algunas simples prevenciones de resguardo, y éstas tomadas de tal suerte que ni aun pudiera columbrarse su motivo verdadero; que a este fin haría partir (y así lo hice) alguna tropa suelta con el achaque de ojear y perseguir una partida de ladrones que infestaba, cabalmente, en aquella misma actualidad, los despoblados del Real Sitio (198); que antes de resolver medidas extremadas, sería mejor tentar, por cuantos medios fuese dable, las pacíficas, y atraer a Su Alteza dulcemente, que en mi modo de ver las cosas, y conociendo a fondo su carácter, se hallaba casi cierto de que sería muy fácil saber de boca suya lo que importaba se supiese; que una vez conocidos los que se habían extraviado, podría ponerse el freno conveniente a aquellos embaidores, y aun esto mismo con templanza y discreción muy grande, para evitar escándalos y ruidos, procurando de tal manera el

(198) Unos cuatrocientos hombres que hice salir con este pretexto fueron añadidos a las compañías volantes que mandaba el comandante del primer batallón de infantería ligera de Aragón don Manuel de Peñas, a quien estaba recomendada la persecución de malhechores en los Reales Sitios. Daba la casualidad de que en el día anterior habían sido robados algunos pasajeros en las inmediaciones de la Fresneda, razón por la cual no podía extrañarse la salida de aquellas tropas. El coronel Peñas se encontraba aquel día a unas tres leguas de El Escorial y venía justamente a aquella residencia cuando recibió mis órdenes.

disimulo y el recato en cuanto se hiciese, que el nombre de su alteza no sonase en cosa alguna, y que las mismas precauciones que se pudiesen tomar en cuanto a su ulterior conducta, se disfrazasen con tal arte que el público no viera sino señales indudables de intimidad y unión entre Sus Majestades y Su Alteza; que esta manera de mostrarse haría que desmayasen los que habrían entrado, si la había, en cualquier suerte de conjura, y que en el caso solamente de no bastar estas medidas ni quedar más recurso para descubrir aquella trama que los procedimientos judiciales, se podría apelar a ellos, como se apela algunas veces en un total desalucio del enfermo a los remedios soberanos.

Esta respuesta mía fué hallada: los jueces que empezaron mi proceso la encontraron. Lo supe de la boca de uno de ellos (199); y esta respuesta fué apartada por las manos enemigas de los que habían jurado mi completa ruina. Carlos IV tenía por orden (y guardaba) mi correspondencia de más de quince años: cartas, informes reservados, consultas suyas respondidas y exposiciones en gran número de asuntos de política. Ninguna de estas cosas las quitó de en medio cuando bajó del trono, y ninguna tampoco le fué devuelta. ¿Por qué se obró de esta manera? Si estos papeles me dañaban, se hubieran publicado ciertamente; si no se publicaron ni se volvieron a su dueño, en esto mismo se ha mostrado que me eran favorables. Y así fué y lo declararon mis tres jueces al mismo rey Fernando. Mandóse entonces añadir otros dos jueces, que hicieron nuevo examen, y sucedió lo mismo. ¿No existirán, acaso, todavía en algún escondrijo aquellos documentos? ¿Los destruyeron mis contrarios? Yo lo ignoro. ¿Cuántos podrían servirme para documentar estas MEMORIAS y hacerlas más completas!

Mi respuesta, de que iba hablando, por mucha prisa que me diera en meditarla, en escribirla y enviarla a Carlos IV, llegó tarde. El príncipe de Asturias había ya sido interrogado y arres-

tado. Cada momento que pasaba sin procederse a averiguar lo que pudiese estar urdido, y sin intimidar a los malévolos por medio de un gran golpe de autoridad y de firmeza, Caballero lo hacía mirar como un aumento del peligro en que juzgaba podía hallarse el real palacio y la quietud del reino.

Aún aguardaba el rey; mas Caballero averiguó que uno de los criados del príncipe Fernando había salido disfrazado tiempo había, que aún no había vuelto y no se hallaba en parte alguna. Pintada a su manera esta salida y esta ausencia, y produciendo a cada instante sus aprensiones y recelos, pudo dolir el ánimo del rey, y con arreglo a su dictamen el príncipe Fernando fué llamado a declarar, presente el mismo rey con sus ministros y el decano del Consejo. Sucedió así lo que debía aguardarse; juzgándose humillado, se exasperó su espíritu, no respondió directamente, declaró poco, ocultó mucho, torció las más de sus respuestas y faltó en muchas de ellas al respeto que exigía la autoridad del rey su padre, que era quien preguntaba y le tenía este miramiento. De aquí fué el paso, inexcusable en tales circunstancias, de pronunciar el rey su arresto.

Mucho se ha dicho ponderando el aparato y el rigor con que fué hecho aquel arresto. Casi por todos se ha contado que el rey lo ejecutó al frente de su guardia, en compañía de sus ministros, con hachas encendidas, y que llevado al cuarto de su hijo, y declarándole allí preso, le recogió la espada. Ninguna cosa de éstas se podría haber tenido por extraña en tales circunstancias y con tan gran motivo; pero de aquello que se ha dicho hay mucha parte exagerada, y alguna también falsa. Cuando el rey salía por el palacio, le acompañaba siempre el zaguanete, es a saber, ocho individuos de la guardia y un exento. Este era un uso consagrado entre las muchas reglas y etiquetas que venían de antiguo. Saliendo el rey para aquel acto, acompañóle el zaguanete como era de costumbre aun en los casos mismos más indiferentes. Los ministros con quien el rey había formado, en cierto modo, un Tribunal, y, por

(199) Don Francisco Javier Durán.

decirlo así, había querido ascensorarse para tomar declaración al príncipe, no se debían quedar y abandonar la real persona en aquel acto, que era en la realidad una secuela del primero. El gentilhomme de servicio llevaba una bujía tan solamente. Lo de la espada no es verdad tampoco, si bien estaba en regla que Su Majestad la hubiese recogido; empero no lo hizo. Que el rey, en fin, hubiese dirigido por sí mismo las preguntas, y que Su Majestad, y no otro alguno, constituyese al príncipe en arresto, era un honor que el rey le hacía y que le ahorra humillaciones. Diré más, en cuanto al hecho de aquel procedimiento: no porque yo pensase de distinta suerte que el ministro Caballero, y hubiese descado se tratase aquel asunto de una manera diferente, encuentro yo ni encontrará ninguno que hubiese el rey faltado a la justicia obrando de aquel modo. Faltóse solamente a un pensamiento grande de política, que aconsejaba mantener por todos medios la dignidad del trono a la faz del extranjero, y en situación tan delicada cual era entonces la de España con la Francia. Y, sin embargo, aquella falta tenía excusa. Una impresión tan viva como aquella bajo la cual se estaba en el palacio, y aquel anuncio recibido y casi comprobado por los papeles que se hallaron, podían poner en agonía el ánimo más fuerte. Yo también, aun pensando con más calma, me quedé entregado a las más fuertes inquietudes, menos por mí que por mis reyes, a quienes tenía votada mi existencia, y los seguía sirviendo todavía a ciencia cierta de perderme.

Ni en aquel tiempo ni después ha sido dable rastrear quién fué el autor de aquel aviso que llegó a Sus Majestades. Debo hablar de esto alguna cosa. El ministro Cevallos Guerra, en su famoso *Manifiesto*, donde escribiendo a su placer sin que saliese nadie ni salir pudiese a desmentirlo por entonces, se permitió grandes mentiras y muchos falsos juicios, dijo que había razones poderosas para juzgar que aquel anuncio había partido de algún agente de la Francia, llevando en esto por designio abrir el campo a las discordias y

sucesos que Bonaparte preparaba. A mi modo de ver, aquella conjetura no estaba bien fundada, y si lo estaba de algún modo, faltábanle por cierto los fundamentos lógicos. Tal anuncio no podía menos de dar margen para que fuesen descubiertas las intrigas ya empezadas de las bodas imperiales y los tratos clandestinos del embajador Beaumont con el príncipe Fernando, con Escoiquiz, Infantado y algunos otros adherentes. Lograda ya la carta de Fernando y enviada a Bonaparte, puesto de aquella suerte un gran cimiento a la discordia entre la real familia, y tan comprometida cual se hallaba por tan pérfido manejo la embajada de la Francia, ¿podrá ninguno persuadirse de que el modo de proseguir tales enredos y traiciones fuese tirar a descubrirlos lanzando aquel anónimo, con que podía venirse todo abajo, deshonorarse el embajador y extenderse tan gran mengua hasta el emperador de los franceses?

No, no era entonces todavía la intención de éste hacer romper al padre con el hijo, ni aventurar con éste una amistad improvisada mientras podría contar por cierta y por sincera la que tenía zanjada con su padre. El príncipe de Asturias era una carta que buscaba para ponerla entre sus naipes, y usar de ella en el extremo solamente de no lograr su juego proyectado con el padre. Para poder lograrlo trazaba entonces como medio cierto, a su entender, el de quitarme de su lado. Veía en mí no un enemigo, pero sí un obstáculo para llevar a cabo sus designios, designios ensanchados, muy más grandes que le habían inspirado sus victorias y que intentaba realizar entre nosotros sin más armas que el prestigio de su gloria y el temor de sus legiones. Mi entereza, de que había visto tantas muestras en los negocios y los tratos que habían mediado anteriormente entre ambas cortes, le hacía temer que le frustrase en sus intentos, tanto más cuanto eran éstos más vastos y atrevidos. Aun en aquella misma actualidad veíase obligado a estipular las condiciones con que entrarían sus tropas en España en número tasado, y a prohibirse él mismo el aumentarlas, aun en el caso de que

fuese necesario aquel aumento, sin una nueva convención de las dos cortes. Sus demás aliados de la Europa no le tenían acostumbrado a estas formalidades diplomáticas. Iba, venía, campaba y decampaba en tierra ajena lo mismo que en la propia, aquí aumentaba a unos, allí acortaba a otros, y aquí y allí, por dondequiera, hacía permutas de países y dominios a su antojo, sin que en ninguna parte le chistasen.

Llegado a tal extremo de poder y de engrandecimiento, ¿cómo sufrir que hubiese nadie entre nosotros que le pusiese tasa en estas cosas? Mas como fuesen justas estas tasas y fundadas en la ley común de las naciones, en vez de combatir las con la fuerza y hacer ruido, lo cual podía desopinarlo, buscaba el modo de impedir las con el arte, y persuadiendo, como estaba, de que sin mi consejo sería más fácil y más largo Carlos IV para hacerle concesiones, era su empeño hallar el modo de sustraerlo a mi influencia. Viósele procurar poniéndome, en su juicio, un gran señuelo en la soberanía de los Algarbes, y por si no bastaba este recurso, o para hacérmelo preciso y deseable, debió encargarme a su enviado que trabajase firmemente bajo mano en buscar medios, fuese de enajenarme el corazón de Carlos IV, fuese de hacerme muy temible la posición en que me hallaba, dando a este fin espuela a mis contrarios y aprovechando la enemiga que tenía conmigo el príncipe de Asturias. Y que esto fuese así se vió probado luego por las revelaciones espontáneas de Fernando, quien afirmó constantemente haberle dicho Escóiquiz que el ministro francés no tan sólo aprobaba aquellos pasos a que le habían movido en contra mía, sino que el mismo embajador le había dicho muchas veces que siguiendo yo en el mando debía llegar el caso irremediable de una guerra con la Francia en la que todo se perdiese.

Basta con lo que he dicho para inferir y concluir que se engañó Cevallos en pensar que fué un agente de la Francia quien dirigió el aviso anónimo a los reyes. Otros ha habido que han negado se hubiese recibido tal aviso. Estos han pretendido (y así también lo

cuenta el conde de Toreno) que no hubo más origen de la primera alerta de los reyes, sino el aviso dado por una dama de la reina, de que Fernando hacía veladas muchas noches, escribiendo. Lo que hubo en esto lo he contado más arriba, refiriendo que lejos de alarmar esta noticia a Carlos IV y a la reina, los confirmó en la idea de que Fernando trabajaba en realidad, como él les había dicho, en la segunda traducción que había emprendido. Llegado el triste anónimo, dejaron de creer con harta pena aquella especie, y las veladas de su hijo debieron parecerles otra cosa muy diversa.

Otros, en fin, han dicho que llegó a Carlos IV con efecto aquel anuncio; y porque no quedase nada que inventar a la calumnia, me lo han atribuido. A los que así han escrito los denuncio al buen sentido de todos mis lectores, amigos y enemigos (los que aún me queden de esta especie, que a la hora de ésta me persuado sean muy pocos). Los autores de la obra que he citado tantas veces, dictada enteramente bajo el influjo de la corte cuando le era necesario más que nunca defenderse y sostenerse calumniado (200), se permitieron escribir, sin producir ninguna prueba de su dicho, que habiendo yo logrado penetrar en el secreto de las bodas que se empezaban a tratar por el conducto de Mr. de Beauharnais, y ansioso de impedir aquel proyecto, resolví atacar *de frente* al príncipe Fernando; que a este fin forjé el anónimo yo mismo, y que, teniendo preparadas las personas que debían hallarse con el rey para encender su cólera, hice llegar directamente aquel escrito hasta sus manos (201).

Esta impudente cuanto absurda fal-

(200) *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*. He dicho ya otra vez que no poseyendo la obra original en español, sigo el texto de la traducción francesa publicada en París, con notas, en 1818.

(201) He aquí el texto literal de la traducción francesa, la única, como he dicho antes, que tengo a la vista: "Le secret de cette négociation ne fut point assez fidèlement gardé; le Prince de la Paix en eut connaissance. Effrayé du danger imminent qui le menaçait dans le cas où Bonaparte accueillerait la proposition du prince Ferdinand, il résolut d'attaquer de

sedad, tan mal compaginada, se deshace por sí misma. Dicen que supe yo el proyecto de las bodas y las negociaciones clandestinas que mediaban a este efecto. A haberlas yo sabido, por mi deber hubiera dado cuenta en el momento a Carlos IV, y de no hacerlo me hubiera yo cubierto de ignominia, y hubiera merecido ser mirado como un encubridor, y casi un cómplice de aquella felonía contra el respeto y los derechos de un padre y un monarca; felonía no menor contra la madre patria, a quien por tal camino se buscaba un dictador en Bonaparte. Si tal fué mi deber, ¿a quién podrá ocurrirse que prefiriese el medio infame de un anónimo, cuando mi honor hubiera consistido en dar yo cuenta por mí mismo? Y ¿qué ocasión mejor que aquella para probar al rey mi celo y mi adhesión a su persona? ¿Qué habría podido contenerme para advertir al rey de tan gran riesgo de la Corona y del Estado? Le habría advertido en el instante, y hubiera aconsejado los medios de firmeza, de prudencia y de política elevada que requerían las circunstancias sin que se hubiese dado el menor ruido. Mas lo ignoraba todo, y de haberlo ignorado me hago un cargo, porque debiera haber velado atentamente sobre los amigos del príncipe de Asturias y sobre el mismo príncipe, no posponiendo aquel deber a mi respeto y mi lealtad mal entendida a su persona (202).

*front ce dernier et de le battre avec ses propres armes.*

"Il fit parvenir au roi Charles une lettre anonyme, le 29 du mois d'octobre, dans laquelle on lui dénonçait une conspiration tramée contre son trône et sa vie, et dont le prince son fils était le chef. L'esprit du roi avait été disposé d'avance; la lettre fut appuyée fortement par des personnes placées par le favori auprès de ce père infortuné, qui, se croyant menacé, et menacé par son fils, se rendit sur le champ dans le cabinet du prince, se fit ouvrir son secrétaire, prit tous les papiers, les examina lui-même et les remit au marquis Caballero, alors ministre de la Justice."

(202) Estuve tan lejos de sospechar ninguna cosa de las maquinaciones que se urdían por Escoiquiz e Infantado, que dos o tres días antes de los sucesos de El Escorial, estando ya postrado en cama sin recibir más personas que los jefes del Estado Mayor, lo preciso no más para que no se interrumpiese el servicio, hizo

Esto por una parte; mas ¿qué contradicciones no se encuentran en las pocas líneas que he copiado de los tales escritores? Dicen que resolví atacar *de frente* al príncipe, ¡y me atribuyen un anónimo! Añaden que el motivo de este ataque fué que llegué a entender los pasos que se andaban para las pretendidas bodas imperiales; ¡y he allí que aquel anónimo no hablaba de tal cosa! Dicen, en fin, que preparé personas para encender el ánimo del rey cuando llegase el tal anónimo; mas, ¿a quién habló el rey, a quién se dirigió para contarle su cuita, para tomar consejo y ordenar lo que fué hecho? A un hombre solamente: a Caballero, del cual afirman luego en una nota, estos autores, que siempre fué un contrario mío. Si él atizó la cólera del rey contra su hijo, nadie dirá que esto lo hizo por servirme. Falta sólo que diga alguno que la reina fué parte con el ministro Caballero para excitar a Carlos IV a abrir un juicio contra el príncipe; pero la noble madre, que quitó de en medio el documento que más le condenaba y la que a pocos días unió conmigo sus esfuerzos para cortar aquel proceso, mal

una grande instancia el duque del Infantado por entrar a verme, como lo consiguió al primer recado suyo que me pasaron. Era su objeto preguntarme si tendría yo inconveniente en mandar que se le diese un pasaporte para las provincias de Vizcaya y Navarra, donde algunos negocios suyos le llamaban con urgencia. Díjele sanamente que no tenía ningún motivo de negárselo; y en el momento di la orden de que se le expidiese como lo desease sin ninguna tasa de tiempo. Yo no hice aprecio alguno de aquel incidente, ni me vino la menor sospecha de que pretendiendo Infantado acercarse a las fronteras francesas, llevase en esto algún designio pernicioso. ¿Cuál pudo ser su objeto? ¿Fué quizá probar a ver si tendría yo alguna idea o recelo de las negociaciones clandestinas que se habían abierto con el emperador de los franceses, en cuyo caso sería cosa natural y consiguiente que le negase yo su pasaporte? ¿Fué por asegurarse por sus propios ojos de la enfermedad que yo sufría, y averiguar si era tan grave que se pudiesen realizar en aquel claro los ataques que meditaba la facción, según estaban y se hallaban luego designados en las instrucciones de Escoiquiz copiadas por el príncipe? Yo lo ignoro enteramente. Cuento este hecho solamente como una prueba más de la absoluta ignorancia en que me hallaba de las intrigas y traiciones que se aparejaban.

pudo ser quien concurriese a provocarlo, mucho menos estar de acuerdo conmigo ni con nadie para mover aquel nublado. Estaba descuidada, el rey lo mismo, y yo lo estaba de igual modo. En cuanto al autor de aquel aquel anónimo, no fué posible averiguar de quién viniera. Debió pensarse, con razón, que procediese, como sucede con frecuencia, de alguno de los mismos conjurados. Quienquiera que hubiese sido, estaba en el secreto, y no mentía. ¿Por ventura no fué verdad que la conspiración estaba presta? ¿Por ventura no había una prueba en la carta que fué encontrada del príncipe Fernando? ¿Por ventura lo negó él mismo? ¿Tardóse mucho en estallar el movimiento que estaba concertado y que redujo al rey hasta la extremidad de desnudarse del real manto y de ponérselo a su hijo?

Vuelvo a seguir la historia lamentable en la que cada paso que voy dando abre mis viejas llagas de aquel tiempo... Tiempo infeliz en cuya dura prueba reconocí palpablemente que no hay sabiduría, ni arte, ni prudencia, ni poder sobre la tierra para esquivar o resistir aquella fuerza superior con que se ligan, se complican y envenenan, si aparta Dios su mano, los sucesos. He aquí al rey ya empeñado en el camino de un proceso del cual no podía menos de dar cuenta a todo el reino. Constituido ya en arresto el príncipe de Asturias, extendió Caballero el borrador del manifiesto que habría de publicarse el día siguiente. Quiso el rey que yo leyese aquel papel, y dirigiéndome un pliego suyo por la posta, pidiéndome dictamen y autorizándome a mudar y a reformar cuanto juzgase necesario en un escrito de tan grave trascendencia. Me refería Su Majestad lo sucedido aquella noche y se manifestaba muy airado contra el príncipe por la escasez de sus respuestas, y lo atrevido y descompuesto, me decía, que se había mostrado en sus palabras.

¿Qué se podía hacer ya para impedir aquel gran ruido que iba a darse! Una vez dado el paso del arresto, el rey debía justificarlo; y puesto en la balanza, padre e hijo, no sé si podrá ha-

llarse quien pretenda que, por no cargar al hijo, verdadero delincuente, se debiese dejar al inocente padre en descubierta. El manifiesto era preciso; mas Caballero lo había puesto con tal tono de aspereza, aludía tales hechos de la Historia tan medrosos, y añadía tales citas de nuestros cuerpos de Derecho, que se podía inferir por su contexto haberse concebido y comenzado a preparar un ejemplar tremendo; más bien que el manifiesto de un monarca tan benigno y tan piadoso como Carlos IV, parecía aquel escrito un gran requisitorio, y estaba tan cargado que ni aun aquellos mismos a quienes toca por oficio hacer acusaciones lo habrían puesto tan acerbo.

Era lo más profundo de la noche; la fiebre me abrasaba; mi vista estaba oscura; mi cabeza, como el hervir de una marea, y no embargante tal estado, era precisa una respuesta sin la menor tardanza, y esta respuesta darla sin consultar con nadie, sin que ninguno me ayudase ni aun a llevar la pluma. La excitación tan grande que sufrió mi espíritu me hizo encontrar mis fuerzas, tal como algunas veces se despliegan en el acceso de un delirio. Leyendo y releiendo comencé a enmendar lo que de modo alguno era enmendable; aquí borro, allí mudo, a esta parte deshago, a la otra sobrescribo, allí me caen borrones, y al cabo de un buen rato yo mismo no entendía lo que había hecho, ni nadie habría podido descifrarlo. ¿Qué podía hacer en tal apuro? Resolvíme a trazar un borrador, distinto enteramente, escrito a mi manera, el menos alarmante que pudiera hacerse, dando más bien lugar a la moral y al sentimiento que a la ira, y suavizando en mucha parte aquel relato doloroso, aunque no tanto que, a fuerza de endulzarlo, la medida tomada por el rey apareciese injusta y arbitraria. Trasladaré su contenido, tal como yo lo puse y pareció después en el decreto o manifiesto que se dió el día siguiente. Aunque es tan conocido, debo reproducirlo en este sitio, porque el lector lo juzgue y para que pronuncie imparcialmente si en tales circunstancias era dable haberle puesto más sua-



ve, y si entre un padre y soberano tan ofendido cual se hallaba, y un hijo extraviado hasta tal punto como lo consiguieron los malvados a quienes dió su oído, cabía haber hecho aquel escrito más templado. Mi pensamiento dominante en su contexto fué no cerrar la puerta a la indulgencia, como se habría cerrado, o hubiera parecido se cerraba en el papel de Caballero. Decía el decreto de esta suerte:

"Dios, que vela sobre sus criaturas, no permite la ejecución de los hechos atroces cuando las victimas son inocentes. Así me ha librado su omnipotencia de la más inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis vasallos todos conocen bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman, y de todos recibo pruebas de veneración, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad cuando una mano desconocida me enseña y descubre el más enorme y temerario plan que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida mía, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que preocupado, abecado y enajenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí mismo la verdad del hecho, y, sorprendiéndole en su mismo cuarto, hallé en su poder la cifra de inteligencia y de instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué al examen a mi gobernador interino del Consejo para que, asociado con otros ministros, practicase las diligencias de indagación. Todo se hizo, y de ella resultan varios reos, cuya prisión he decretado, así como el arresto de mi hijo en su habitación. Esta pena quedaba a las muchas que me afligen; pero así como es la más dolorosa, es también la más importante de purgar, e ínterin mando publicar el resultado; no quiero dejar de manifestar a mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que circule en la forma conveniente. En San Lorenzo, a 30 de

octubre de 1807.—Al gobernador interino del Consejo."

De esta suerte me vi empeñado en un asunto que a mí no me tocaba, del que hubiera querido estar distante cielo y tierra, y en que el hombre más desprovisto de nociones y de buen sentido en punto de gobierno y de política lo hizo todo en un principio sin ninguna parte mía. Vi en un extremo al padre; en otro, al hijo, y busqué el modo de salvar, lo primero de todo, el alto honor, la autoridad y la justicia del monarca a quien servía; lo segundo, cuanto era dable, el porvenir del hijo, contando en el decreto solamente lo que era fuerza se dijese, y eliminando de él hasta la semejanza de la ira y del enojo acriminante que arrojaba el borrador de Caballero. Aún no contento con esto, dejé el camino abierto a la disculpa, como cualquiera notará por el contexto del decreto. A haber yo deseado la perdición del príncipe de Asturias, habría dejado que corriese la criminal minuta que me fué enviada. Dueño de recargarla, lo habría hecho, o hubiera abandonado aquel negocio a su fortuna bajo su inmensa pesadumbre.

Y, sin embargo, aquel decreto, reducido y endulzado por mi mano con intenciones tan propicias para el príncipe Fernando, fué luego el mayor fomes de su odio en contra mía. Murió tal vez sin que ninguno le contara ni pudiese haber sabido lo que hubo y lo que hice. Muy más hubiera hecho si el rey me hubiera consultado las minutas que le fueron presentadas para comunicar aquel suceso deplorable al cuerpo diplomático, y más que todo aquella carta, que fué puesta el 29 a Bonaparte. Ninguna cosa me fué dicha acerca de ella. Cuando, llegado a El Escorial a pocos días, vi el borrador de aquella carta, doblóse mi amargura; muy más que todo me afligió que se pidiera en ella a Bonaparte sus consejos y sus luces. No fué de esta manera la que, con fecha de 4 de noviembre, aconsejé yo al rey que le pu-

siese, y le fué puesta. Más adelante hablaré de ella (203).

El rey me instaba día por día a que me trasladase a El Escorial cuando tuviese algún alivio; y aún se pasaron cuatro sin poder hacerlo humanamente. En tanto encomendaba mucho al rey, si mi consejo valía algo, que se marchase en el proceso dulcemente, y que se obrara de tal modo y se guardase tal reserva que pudiese quedar lugar a la clemencia sin que la majestad del trono padeciese. El príncipe Fernando había ya declarado extensamente ante el ministro Caballero cuanto calló en la noche de su arresto;

(203) Si descan mis lectores apurar la verdad, me perdonarán de buena voluntad que sea prolijo y minucioso en tales cosas como éstas. Los que examinare atentamente el manifiesto a la nación (cuya minuta toda entera, como dejo dicho, formé yo para evitar que corriese la de Caballero) no podrán menos de advertir que lo más fuerte, o por mejor decir, lo único que articulaba el rey contra el príncipe, era que éste había admitido un plan para destronarle. No se tocaba en este manifiesto ni una sola palabra de atentado contra la vida de su madre, ni mucho menos se enuncia la idea de desheredarle, especies que contenía el borrador de Caballero, y que después fueron vistas en la primera carta del rey a Napoleón, fecha en 29 de octubre, sobre la cual no fui consultado y en la cual no tuve parte alguna (\*). En el manifiesto a la nación que yo minuté, cualquiera podrá notar que diciendo *haber admitido* el príncipe un plan para destronar a su padre, procuré disminuir la gravedad de aquel delito para que le quedase luego el descargo de la sugestión y del engaño. No así la carta a Napoleón ya citada, en la cual se atribuía el proyecto al mismo príncipe. Mis lectores deberán también comparar el estilo, dolorido en extremo, pero no acerbo, del manifiesto a la nación, con el estilo asperísimo y furioso de la referida carta. Que el borrador del manifiesto fué mío, lo certificaron cuatro secretarios de Fernando VII, diciendo haberlo visto de mi letra. Mas ¿de qué letra estaba escrito el borrador de aquella carta furibunda? Nadie lo ha dicho ni podrá decirlo, porque, sin duda alguna, Caballero, que conservó y mostró el borrador del manifiesto, tuvo especial cuidado de hacer desaparecer el de la dicha carta. Si hubiera sido mío, lo hubiera guardado ciertamente aquel ministro, y lo habría mostrado de igual modo que el primero.

(\*) Esta carta fué publicada por primera vez en el *Monitor* de 5 de febrero de 1810, y se encuentra traducida en la compilación de Llorente.

nombró a sus seductores, explicó los motivos que le habían propuesto, se descargó poniendo por excusa que había creído estos motivos verdaderos y algunos poderosos, dos de ellos mayormente; es a saber: primero de ellos, que yo aspiraba el trono y andaba cerca de invadirlo; segundo, y aún más fuerte, que la amistad de Bonaparte con su padre estaba a punto de quebrarse enteramente si yo seguía en el mando, y que rota la paz de España con la Francia podrían sobrevenir tales sucesos que se perdiese el trono para siempre; que para conjurar estos peligros le habían aconsejado ganar a Bonaparte, pidiéndole una esposa de las princesas de su Casa, y para el caso de morir su padre, tener nombrado a prevención un general de su perfecta confianza, que se opusiese a mi ambición y destruyese mis proyectos; que todo lo había hecho seducido y deslumbrado, tanto más cuanto el embajador francés estaba en el secreto de estas cosas y era el primero en apoyarlas y arrearlas; que su carta a Bonaparte, de la cual no tenía copia, se la trajeron hecha, después de asegurado aquel embajador por cierta seña y contraseña convenidas, que un día de corte se habían hecho mutuamente; que nunca tuvo idea de conspirar contra su padre; que, a la verdad, le habían propuesto muchas cosas, y harto graves, contra su amada madre, no de atentar contra su vida, pero sí de apelar a medios rigurosos, recibidos, según decían, y consagrados en la Historia como razón de Estado en casos arduos y apurados (204); que si en las

(204) Muy pocos días después, cuando obtenida ya la piedad de sus augustos padres, se desvivía el príncipe por darles muestras de una entera mudanza en su conducta y hacia esfuerzos de memoria para referirles todas las malas artes que habían usado sus seductores para alucinarle, hizo llevar a Sus Majestades un paquete de libros, cuya lectura le había propuesto el canónigo Escoiquiz, registrados de su mano los lugares en que le aconsejaba detenerse y leerlos muchas veces. Eran éstos una vida de San Hermenegildo y el poema de Morales en honor de aquel príncipe, la del rey don Alfonso el Sabio y de su hijo don Sancho, la del príncipe de Viana, la de Luis XIII, rey de Francia, la de su madre

cartas de su suegra se encontraba alguna insinuación sobre atentar contra la vida de su madre, tanto Su Alteza cuanto su difunta esposa habían mirado siempre con horror tan criminal especie; y que si, en fin, por un instante, trastornada su cabeza por los gravísimos temores con que le impresionaban aquellos malos consejeros, habían logrado sorprenderle y arrastrarle a sus intentos, podía alegar al menos una especie no indigna de atenderse en favor suyo; era, a saber: que hacía ya tiempo de más de cuatro años que resistía la instigación de aquellos hombres; que por haberse resistido no habían osado en tanto tiempo, faltándoles su apoyo, mover las turbaciones que tanto descaban; que los grandes culpables eran ellos, y de ellos se quejaba por haberle puesto en aquel lance tan amargo y haber querido hacerle el instrumento de sus intrigas ambiciosas. En cuanto al embajador francés, añadió el príncipe que no sabía de cierto si fué tal vez engaño, o si sería verdad, lo que en distintas ocasiones le habían dicho de que aquel ministro estaba autorizado para darle amparo en caso necesario, y que el emperador no estaba lejos de hacer venir sus tropas a Madrid para librarle y sostenerle si se encontrase amenazado.

Tal fué en sustancia la exposición del príncipe hecha espontáneamente, y a instancias suyas reiteradas, ante el ministro Caballero. Su deseo y su intención fué de explicarse con la reina, y a este fin, salido el rey a su paseo ordinario, pasó un recado a aquella tierna madre pidiendo que le oyese. La reina anduvo cerca de pasar al cuarto de su hijo, mas Caballero la apartó de aquel intento, diciendo que aquel paso sería muy prematuro y que podría comprometerla. Mandóle entonces que fue-

se de su parte, que le oyese y que buscase el modo de suavizar aquel asunto y que Fernando se salvase.

Vuelto el rey e instruido de lo que había pasado, me escribió de nuevo. Reduje mi respuesta a suplicarle que suspendiese hasta mi ida a San Lorenzo todo ulterior procedimiento contra el príncipe; le prometía partir a lo más tarde dentro de tres días, término el menos largo que ofrecía mi enfermedad en juicio de los médicos para poder hacerlo con menor peligro de agravarme; y mientras tanto le pedía su venia para hacer volver algunos cuerpos de milicia que habían salido de Madrid para el completo de las tropas que debían obrar con los franceses bajo el mando del general Caraffa.

Era muy de temer que Bonaparte quisiese aprovechar una ocasión tan favorable que le ofrecían las circunstancias para erigirse en mediador entre hijo y padre, y que mandase aproximar sus tropas a la corte con achaque de proteger a Carlos IV y poner freno a los partidos. En medio de esto, para más cuita, se ignoraba todavía si el Tratado pendiente estaba hecho; la noticia de estarlo no llegó a la corte hasta el día 4 de noviembre. En tal incertidumbre, y en situación tan complicada de sucesos imprevistos, se redoblaban los motivos que yo tuve cuando en mi primera carta dije al rey que convendría encerrar aquel asunto lamentable del príncipe su hijo entre los muros del palacio. Frustrado este consejo, quedaba sólo dar un corte a lo que estaba ya empezado. Este corte no podía darse sin el perdón del príncipe, ni concederse este perdón sin que Su Alteza lo invocase y sin templar la irritación de Carlos IV, que era grande. Partí, pues, a El Escorial, no libre enteramente de la fiebre que me había postrado; hablé al rey extensamente, le expuse mis razones, y me ayudó la reina a mitigar su justo enojo. No fué la obra de un instante el conseguirlo. Fiaba el rey en su razón, en su derecho y en el amor también con que contaba de sus pueblos, sin que cupiese en su real ánimo la idea de poder verse abandonado.

Maria de Medicis, y no me acuerdo ya qué otras, todas ellas con señales de lápiz al margen en los pasajes más importantes a los designios de aquel malvado sacerdote. Cuál hubiese sido la poderosa influencia de estas lecturas se puede echar de ver en la constante devoción del príncipe Fernando a San Hermenegildo, bajo cuyo patrocinio instituyó en 1815 la real y militar Orden a que dió el nombre de aquel príncipe rebelde y santo.

—Ni como rey ni como padre—nos decía—podría yo perdonarle sin faltar a mis deberes y exponerme al menosprecio. ¡Yo tan bueno con él! ¡Yo tan buen padre!... ¡Haberme así engañado! ¡Haberme puesto en tal conflicto! ¡Haber hollado mis respetos y haber comprometido la suerte de mis reinos pidiéndole a escondidas una esposa al enemigo de mi Casa! ¡Haberle abierto así el camino para que pueda sojuzgarnos!... Y ¿qué dirán de mí, si lo perdono, mis vasallos? ¿No podrían persuadirse de que he partido de ligero en lo que he hecho? ¿No pensarán tal vez que yo le he calumniado, y no dirán—me dijo a mí—tus enemigos que tú me has sugerido cuanto he obrado? Ven, verás lo que ha escrito en contra tuya y, por rechazo, en contra mía y en contra de su madre. No se perdonan en tres días tantos delitos, sin que aquellos que nada han visto por sus ojos los crean fábula y calumnia. Siguiéndose el proceso verás todo el mundo comprobados, y ya sea entonces que perdone, o ya que haga justicia, mi honor quedará a salvo.

De esta manera hablaba Carlos IV, y le sobraba la razón en cuanto hablaba; vencióle solamente para avenirse a mi consejo la razón de Estado: la de cerrar a Bonaparte aquella puerta por donde podía entrarse con máscara de amigo, y, al fin de fines, suplantarlos. Faltaba en tanto que el príncipe invocase la misericordia de sus padres. ¿Quién debía ser el medianero que fuese a aconsejarle estos oficios?

—Yo me degradaría—me dijo el rey—si diera tal encargo a quien pudiese divulgarlo. Pudiera darlo a Caballero, pero Fernando inferiría al instante que iba de acuerdo con nosotros, y tomaría más alas. A ti, que te ha ofendido en tanto grado y en nada te has hallado del proceso, es a quien toca un acto generoso, y tú sabrás hacerlo como cosa tuya sin que él penetre nuestro acuerdo.

Hicelo así; pasé a su cuarto, y se tiró a mis brazos.

—Manuel mío—clamó llorando—yo te quería llamar, ya iba a llamarte...; me han engañado y me han perdido

esos bribones...; nada he guardado en contra tuya...; yo quiero ser tu amigo...; tú me podrás sacar de esta aflicción en que me encuentro.

—No he venido con otro objeto—respondí—, malo y calenturiento cual me hallo, cual Vuestra Alteza me está viendo...

—Sí, estás ardiendo—dijo el príncipe.

—Y ardo también—le dije—de amor a Vuestra Alteza, el hijo de mis reyes, el que yo tuve tantas veces en mis brazos, por quien daría mil vidas que tuviera!...

Y yo lloraba aún más que el príncipe, lágrimas verdaderas que me salían del alma... Sin duda, en aquel acto las suyas lo eran igualmente.

—Yo estoy cierto de lo que dices—prosiguió Fernando—; tú no vendrías a verme de la manera que has venido, sino para consuelo de mis penas. Habrás hablado con mis padres, ¿no es verdad? ¿Están muy enojados? ¿Podré esperar que me perdonen? Todo lo he declarado, todos los reos los he nombrado sin ocultar ninguno. ¿Qué más señal podría yo dar de mi arrepentimiento? Si me quedare por hacer alguna cosa, a todo me hallo pronto para dar satisfacción a mis queridos padres... y a ti también; a ti te pido me per...

—Señor, señor—le interrumpí—, la distancia es inmensa para que Vuestra Alteza se produzca de ese modo con un esclavo de su casa...; que Vuestra Alteza mude de concepto en cuanto a mí, ésta es la sola cosa que yo deseo y le ruego: no he venido a otro fin que al de pedir por Vuestra Alteza.

—Manuel, Dios te lo premie—volvió a seguir Fernando—; te he dicho ya que iba a llamarte. ¿Quién podía ser mi medianero que no temiera hacerse sospechoso pidiendo en favor mío? Yo he escrito ya muchos borriones con objeto de enviarlos a Sus Majestades; pero era menester un hombre como tú que se encargase de llevarlos, que intercediese al mismo tiempo y que pudiese ser oído sin desconfianza. No he visto aún más que a Caballero, y me ha desconsolado diciendo que no es

tiempo; mas para ti cualquiera tiempo será bueno. ¿No querrias tú dictarme las palabras que mejor convengan para mover los corazones de mis padres?

—Las mejores palabras—dijo al príncipe—son las que a Vuestra Alteza le inspiraren sus propios sentimientos. Si las dictara yo, y el rey me preguntase si eran mías, yo no podría negárselo: en tal materia es cosa natural que crean Sus Majestades más sincero lo que escribiere Vuestra Alteza de su propio ingenio. Yo me haré cargo de llevarlo, y juntaré mis ruegos a los de Vuestra Alteza.

—Pues bien: yo voy a hacerlo—dijo el príncipe—. ¿Crees tú que convendrá mejor alguna exposición, en que repita cuanto he dicho a Caballero?

—Yo no lo creo, señor—le respondió—; escriba Vuestra Alteza alguna cosa que baste a enternecer a sus augustos padres, alguna cosa breve, muy natural y bien sentida. Mañana es día del rey; yo he querido ganar estos instantes como los más propicios; conviene no tardarnos.

El príncipe Fernando escribió entonces las dos cartas que son tan conocidas (205), producción suya enteramen-

(205) Para aquellos que no las hubiesen leído o las tuviesen olvidadas, pondré aquí el texto literal de estas dos cartas, una al rey y otra a la reina:

“Señor:

“Papá mío: He delinquido, he faltado a Vuestra Majestad como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco a Vuestra Majestad la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de Vuestra Majestad; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a Vuestra Majestad me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo,

Fernando.”

“Señora:

“Mamá mía: Estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido a Vuestra Majestad se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo,

Fernando.”

Debo advertir aquí que el príncipe olvidó poner las fechas de estas cartas, a las cuales

te. Faltan a la verdad inicuaamente los que han dicho que yo formé los borradores de estas cartas, y que convino el príncipe en firmarlas a condición de que se hiciese gracia de la vida a los comprometidos en la causa o a sus *fieles servidores*, como escriben ellos (206). Lejos de interesarse y de pedir por ellos, Fernando les cargó todas las culpas bien de firme; y entonces, por lo menos, a *aquellos fieles servidores* consagrólos a los dioses infernales. Después del tiempo que ha pasado y de las cosas que se han visto, no será difícil de creerse que obrara así con ellos: aún más podría decir acerca de esto, y no lo digo por respeto. A los que así escribieron no los culpo enteramente: obedecían a fuerza superior y obraban por mandato. No así el conde de Toreno, que, escribiendo libremente, pero sin lógica y sin juicio, les ha copiado en mucha parte esta absurdísima mentira, asegurando que llevaba yo los borradores de ambas cartas (207). Caso de haberlo hecho, y de

correspondía el día 3 de noviembre, en que fueron escritas. Viéndolas puestas del día 5 en todas las publicaciones que se han hecho de ellas, me inclino a pensar que el ministro Caballero, por cuya mano pasó el real decreto del perdón que Carlos IV concedió a su hijo, hubo de suplirlas o hacerlas suplir poniéndoles la misma fecha de 5 de noviembre con que fué publicado aquel decreto. Dígolo esto por lo que toca a la escrupulosa exactitud de mi relato, aunque esta ligera circunstancia no altere en nada la sustancia de los hechos.

(206) Los autores españoles, muchas veces citados, de la obra compuesta bajo la inspiración de mis enemigos triunfantes en 1815, con el título de *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*.

(207) “Yendo, pues, al charto del príncipe—dice Toreno—se le presentó como mediador y le propuso que aplacase la cólera de sus augustos padres, pidiéndoles *con arrepentimiento contrito el más sumiso perdón*. Para alcanzarle indicó como oportuno medio el que escribiese dos cartas cuyos borradores llevaba consigo. Fernando copió las cartas, etc.” (*Historia del levantamiento, guerra y Revolución de España*. Tomo I, pág. 28.)

Al combatir aquí estas necias y vulgares suposiciones de mis enemigos, adoptadas por el conde de Toreno, he querido copiar literalmente su propio texto porque vean también mis lectores una muestra de su arrogante impericia en el modo de manejar la hermosa lengua castellana, cuando dice: “Pidiéndoles *con arrepentimiento contrito el más sumiso*

prestarme en esto, como después me presta el conde de Toreno siniestras intenciones, hubiera sido yo muy necio no articulando en ellas los delitos cometidos y componiendo unas minutas tan desprovistas de sentido.

El que leyere atentamente las dos cartas verá que casi nada dicen de importante, que no detallan cosa alguna y no dan armas contra el príncipe, pues nada especifican. Si hubiese yo querido deshonrarle o humillarle, pronto se me mostró para trazar en ellas un resumen de las revelaciones que había hecho al ministro Caballero; mas yo le aconsejé que no lo hiciese. Aconsejéle su provecho para daño mío, porque si hubiera escrito aquel resumen que se brindó a estampar de sus declaraciones anteriores, el pueblo, que no vió ninguna cosa del proceso, hubiera visto cuanto había, y esto contado por Fernando y autorizado con su firma. No habría quedado de aquel modo campo ancho a las calumnias que entonces y después se levantaron contra el rey, contra la reina y mayormente en contra mía, diciendo y propalando mis contrarios que aquel proceso fué una intriga que preparé en lo oscuro para arruinar al inocente príncipe. Hombre de bien a toda prueba, acañado de ver cuanto aquél había escrito por perderme, y sin venirme tan siquiera al pensamiento lo que después sucedería, tiré a salvarle solamente, dejando a su elección el contenido de las cartas. Libré como se halló para escribir lo que quisiese, no se olvidó, por cierto, de sí mismo; porque si en ellas no había nada que hiciese conocer las graves culpas de que pedía perdón a sus augustos padres, ni se acusaba de otras faltas que de *haber obrado o intentado obrar alguna cosa sin dar noticia al rey, y haber faltado a la verdad en la primera noche en que había sido preguntado* (208), ciertamente el delito

perdón", como si *contrito* pudiera recaer sobre *arrepentimiento*, y como si *sumiso* pudiera predicarse de *perdón*. Y, sin embargo, este mismo hombre es el que más adelante dice de mí: "Profunda era su ignorancia."

(208) Ruego aquí a mis lectores que vuelvan a leer con mucha atención las dos cartas que dejo insertadas más arriba en otra nota.

de que en globo se acusaba, no podía ser tenido por *muy grande*, y los que las leyesen debían pensar tan sólo que habría faltado simplemente en algo a la obediencia de sus padres.

Si hubiera yo dictado aquellas cartas, tan lejos de negarlo, pudiera yo alabarme de haberlas inspirado, visto que en ellas se apocaba, cuanto era dable el apocar, lo malo que había hecho el príncipe Fernando. Su amigo el más devoto no las habría dictado con más arte en favor suyo. Escritas por Fernando, fuéronlo ciertamente por su mejor amigo, que era él mismo (209).

Ninguna razón de éstas ha pesado el conde de Toreno, ansioso solamente de atacarme, y mas que fuese a cierra ojos sin tener cuenta de la lógica tan necesaria al que calumnia. Referiré a la letra lo que escribe acerca de esto:

"Presentar a Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinión nacional, y perderle en el ánimo de sus parciales; poner a salvo al embajador francés, y separar de todos los incidentes de la causa a su Gobierno, fué el principal intento que llevó Godoy y su partido en la singular reconciliación de padre e hijo."

Al escribir de esta manera, el conde de Toreno no se paró a pensar que si perdona nuestro siglo la maledicencia y la calumnia, es severo a lo menos contra la falta de criterio y buen sentido en los que escriben. Contestaré por partes brevemente y haré algunas preguntas.

La primera: ¿Después de lo ocurrido y descubierto en San Lorenzo, sin otra cosa más que aquella parte del proceso que ha sido conocida, la que reza la propia obra de Toreno, lo sólo que él ha escrito, podía sobreseerse con

(209) Los que se encontraron en la intimidad del rey Fernando VII, o recibieron cartas suyas, sabrán juzgar mejor que otros si el estilo y la manera de estas cartas añaden una prueba de ser suyas. Yo pudiera también hacer litografiar todas las cartas que escribió a sus padres durante el largo tiempo del destierro doloroso que sufrieron de por vida aquellas víctimas augustas. Veríase entonces bien si el estilo y la frase de estas cartas y de aquellas no eran de un mismo molde enteramente.

respecto al príncipe sino por medio de un perdón que fuese motivado de una manera conveniente? Una de estas dos cosas era forzoso que se hiciese: o declarar al rey que el príncipe, su hijo era inocente, y que la causa fulminada de su orden había sido un atropello; o perdonarle. Lo primero no podía ser de ningún modo; el mismo conde de Toreno ha ponderado los delitos que arrojó la causa (210). El rey estaba en su

(210) Entre otras cosas, dice así Toreno (tomo I, págs. 26 y 28 de su obra ya citada): "El decreto expedido a favor de Infantado hubiera por sí solo acarreado en otros tiempos la perdición de todos los comprometidos en la causa (\*); por nulas se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Carlos IV, y los recelos de las ambiciosas miras del valido; antes bien, se habrían tenido como agravantes indicios que admitiéndose como descargos de la acusación. Semejantes precauciones, de dudosa interpretación aún entre particulares, en los palacios son crímenes de Estado cuando no llegan a cumplida ejecución y acabamiento. *Con más razón*—sigue Toreno—se hubiera dado por tal la carta escrita a Napoleón; pero esta carta, en que un príncipe, un español, a escondidas de su padre y soberano legítimo, se dirige a otro extranjero, le pide su apoyo, la mano de una señora de su familia, y se obliga a no casarse en tiempo alguno sin su anuencia, esta carta salvó a Fernando y a sus amigos." (Yo contestaré más adelante acerca

(\*) He aquí algunas cláusulas del decreto citado aquí por el conde de Toreno: "Fernando VII, por la gracia de Dios rey de España, etc... Habiendo Dios tenido a bien llamar para sí el alma del rey nuestro padre..., nombramos por las presentes al duque del Infantado gobernador general de las dos Castillas, generalísimo de las tropas de mar y tierra, etc... Es nuestra voluntad que este acto, aunque carezca de las formas ordinarias, sea reconocido y tenga su plena ejecución y efecto, etc., etc." No tenía fecha este decreto: los culpados alegaron que el príncipe lo había firmado muchos meses antes, con ocasión de una grave enfermedad que padecía Carlos IV en aquella actualidad; mala salida por muchas razones, y principalmente por las dos siguientes: 1.<sup>a</sup> Que en aquella enfermedad, los facultativos no habían reconocido ni declarado el peligro de muerte. 2.<sup>a</sup> Que una vez convaltecido el rey, y gozando otra vez de salud robusta, sin otros achaques que los habituales y ordinarios de la gota, parecía consiguiente y natural que el príncipe hubiese recogido aquel decreto en vez de dejarle permanecer en poder de Infantado, como una próxima expectativa de la muerte de Carlos IV.

derecho; nadie podrá decir que por cubrir a un hijo delincuente, el inocente padre deliera parecer culpable, injusto, mentiroso, tirano sin entrañas ante la España y todo el mundo. Quedaba sólo el otro extremo, que era el de perdonar a su hijo extraviado, lo cual no podía ser, sin que reconociendo sus errores y extravíos rompiese enteramente con sus perversos consejeros e implorase la gracia de sus padres. Perdonarle de otra manera hubiera sido una flaqueza inexcusable; la majestad del trono no estaba interesada en un punto menos que la autoridad paterna; ni se trataba solamente de asuntos interiores y domésticos, sino de los más graves en materia de gobierno y de política, de grande trascendencia a su corona y a sus reinos, tan graves y elevados como después se ha visto, como aún se están tocando los efectos.

Mi segunda pregunta al conde de Toreno será ésta. ¿Debió ocultarse a la nación que Fernando había implorado la clemencia de sus padres? ¿Debió callarse enteramente que a este fin les había escrito reconociéndose culpable? ¿Dehieron suprimirse aquellas cartas? ¿Hubiera habido quien creyese que el príncipe había sido delincuente, y que le perdonaba Carlos IV grandes culpas, no constando de modo alguno a la na-

de esta especie.) El mismo autor continúa luego: "No fué así en la causa de don Carlos de Viana. Aquel príncipe, de edad de cuarenta años, sabio y entendido, amigo de Ausias March, con derecho inconcuso al reino de Navarra, creyó que no se excedía en dar por sí los primeros pasos para buscar la unión con una infanta de Castilla. Bastó tan ligero motivo para que el fiero don Juan, su padre, le hiciese en su segunda prisión un cargo gravísimo por su inconsiderada conducta. Prohó don Carlos haber antes declarado que no se casaría sin preceder la aprobación de su padre: ni aún entonces se amansó la orgullosa altivez de don Juan, que miraba la independencia y derechos de la Corona atropellados y ultrajados por los tratos de su hijo."

Hasta aquí el conde de Toreno, que omitió añadir la inevitable y entera dependencia en que las bodas pretendidas debían poner a España, las cuales realizadas, no habría podido nunca sacudir el duro yugo del emperador de los franceses, puesto por mano de Fernando y afirmado ciegamente en tales circunstancias por el entusiasmo de los pueblos.

ción aquellas culpas, no publicándose el proceso, ni publicándose las cartas en que, reconocido y confesado su extravío, pedía perdón el príncipe? Aun publicadas éstas como fueron, quedóse en duda para muchos (y a poco más de tiempo para todos) si era verdad que el príncipe hubiese cometido en realidad algún delito que mereciese justamente la indignación de Carlos IV, o si el perdón tan prontamente concedido sin explicar las culpas cometidas no era un indicio cierto de que éstas no eran nada o casi nada, algún antojo del poder, alguna falta en la etiqueta del palacio, o alguna intriga contra el príncipe.

¡Oh! Si de alguna cosa puede argüirme todo el mundo con razón sobrada, es de la insigne hobería de mi lealtad, que no teniendo cuenta de otra cosa que de apagar a toda prisa aquel incendio comenzado, consentí a tomar parte en un negocio que a mí no me tocaba. Desconocí los hombres, desconocí las circunstancias, y pensé hacer una gran cosa por la familia real y por mi patria, aconsejando, apresurando, y arrancando, diré mejor, aquel perdón sin garantía ninguna para el monarca bondadoso que lo daba, y sin ninguna para mí tampoco, desventurado medianero. Creí un instante en los abrazos del príncipe Fernando, y sin cerrar el flanco que quedaba a la malicia de una facción proterva incorregible, di en contra mía las armas a los que tanto ansiaban hallar modo de perderme en el concepto público. Hubiese yo dejado a Caballero que obrara y que signiera en su sistema riguroso comenzado, y nadie habría ignorado la verdad de los delitos cometidos; no se habría dicho luego a pocos días que eran inventos míos, no habría cubierto estos sucesos el velo espeso que yo puse encima de ellos, y habría sabido entonces la nación, cuando debió saberlo y no lo supo, quiénes habían llamado a Bonaparte *ja hacer feliz el reino!*

Escrito estaba todo; el rey quería que hubiese sido publicado, juntamente con las cartas de Fernando, un breve extracto del proceso; que la nación hubiese visto los motivos poderosos que obligaron su real ánimo a proceder con-

tra su hijo, y que por este medio se hubiese conocido todo el grandor de su clemencia en el perdón tan generoso que otorgaba a su hijo al parecer arrepentido. Caballero le aconsejaba esta medida; yo la templé, yo eché más agua al fuego, yo aproveché un instante favorable, y no aguardé a pensar lo que escribía ni cómo lo escribía, en el decreto que propuse del 5 de noviembre, y en el que puso el rey su firma, no sin temor de errar en lo que hacía. Cualquiera que juzgare imparcialmente verá con evidencia cuánta fué la lealtad con que cuidé disminuir, diré más bien aniquilar, los graves cargos que pesaban sobre el príncipe no ya en pueril edad, sino cumplidos ya veintitrés años. El decreto no le argüía sino de inadvertencia y de un manejo frágil; he aquí cuál fué este documento tan vivamente censurado por el conde de Toreno, cuando dice (211), *que quise desconcepcionar al hijo, sin dar realce ni brillo a los sentimientos generosos de un apiadado padre.*

“La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la *inadvertencia* reclama la piedad, no puede negarse a ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que *le habían hecho concebir unos malvados*; todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen:”

*Aquí las dos cartas que dejé copiadas más arriba; después, continuaba y acababa el Real Decreto de este modo:*

“En vista de ellas, y a ruego de la reina mi amada esposa, perdono a mi hijo y le volveré a mi gracia cuando con su conducta me dé pruebas de una verdadera reforma en su *frágil manejo*; y mando que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su principio, la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitaren, y que, concluida, me consulten la sentencia, ajustada a la ley según fueren la gravedad de los delitos



y la calidad de las personas en quienes recaigan; teniendo por principio para la formación de cargos las respuestas dadas por el príncipe a las demandas que se le han hecho, pues todas están rubricadas y firmadas de mi puño, así como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su mano; y esta providencia se comuniqué a mis Consejos y Tribunales, circulándola a mis pueblos para que reconozcan en ella mi piedad y justicia, y alivien la aflicción y cuidado en que les puso mi primer Decreto, cuando por él vieron el riesgo de su soberano y padre que como a hijos los ama y así le corresponden.—San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.”

Tal fué el remate del proceso cuanto al príncipe Fernando. El conde de Toreno, hablando un poco más arriba acerca de estas cosas (212), y haciendo un grande esfuerzo de su afanoso estilo, pedantemente grave y tontamente campanudo, escribe de esta suerte:

“Al ver la solemnidad y aun semejanza del acto (*el del arresto del príncipe*), hubiera podido imaginarse el atónito expectador (213) que en las lúgubres y suntuosas bóvedas de El Escorial iba a renovarse la deplorable y trágica escena que en el alcázar de Madrid había dado al orbe el sombrío Felipe II (214); pero otros eran los tiempos, otros los actores, y muy otra la situación de España.”

No acabaría por cierto en mucho rato si yo escribiera aquí cuanto me viene al pensamiento comparando tiempos y sucesos, y recordando nuevamente a mis lectores que este arrogante historiador, en situación bien diferente de la mía bajo cualquier concepto que se miren una y otra, ha sido actor también y ha sido visto lo que vale. Diré tan sólo alguna cosa por honor de Carlos IV, que

él tanto ha deprimido. Uno de los actores fué aquel rey, digno de mejor suerte, digno también de su respeto por multitud de títulos. No fué un actor, seguramente, como el rey don Juan II de Navarra, usurpador de los derechos de su hijo, y cruel tirano de aquel príncipe; no, tampoco, como el durísimo Felipe citado por Toreno, que por recelos y sospechas no bien justificadas, y no por realidades, cuales fueron las del príncipe Fernando, entregó a los verdugos su hijo único; no como Pedro el Grande, que hizo o dejó morir del mismo modo a su hijo primogénito, príncipe, si se quiere, indigno de reinar por su incapacidad y la depravación de sus costumbres, pero sin más delito de política apariencia que el de haberse huido del lado de su padre a reinos extranjeros por sustraerse a sus rigores; traído luego con engaños, perdonado falsamente, forzado a renunciar a todos sus derechos al trono moscovita, puesto después en juicio y entregado a un Tribunal sin albedrío, más bien de esclavos que de jueces (215); no, en fin, fué actor en tales dramas horribles el humano y piadoso Carlos IV, cual se vió en Prusia al mismo padre de Federico el Grande. Severo con sus hijos, sin perdonar la menor falta de obediencia que tuviesen a sus caprichos mismos, los castigaba duramente como un cómitre, los condenaba a grandes privaciones y les hacía sufrir hasta el rigor de sed y hambre. El príncipe heredero, maltratado un día cruelmente por su padre, probó a huir, como el de Rusia. No tuvo más delito que intentarlo:

(215) La causa del desdichado zarevich no ofreció prueba alguna de conspiración por parte de aquel príncipe. Oprimido inhumanamente y forzado a revelar hasta sus pensamientos más ocultos, de que a nadie sino a Dios debía dar cuenta, llegó a declarar que había deseado algunas veces que su padre se muriera, y que había escrito algunas cartas a los que había creído tomarían parte en favor suyo, para que sostuviesen su derecho de sucesión al trono cuando aquél faltase. Muchos han contado que fué puesto a cuestión de tormento, y que esta atrocidad le hizo revelar los nombres de los que habían tenido noticia de su huida o se le habían mostrado amigos suyos. Esta revelación les fué costosa, porque los más murieron en suplicios espantosos.

(212) Páginas 20 y 21.

(213) No hay tal sustantivo en nuestra lengua: el autor debió decir *espectador*, y confundió la s con la x, como confunde tantas veces la verdad con la mentira.

(214) *Sombrío* se dice en lengua castellana de las cosas y no de las personas: podrá decirse, por ejemplo, *carácter sombrío*; pero no *hombre sombrío*, ni *el sombrío Felipe*: he aquí dos barbarismos de este autor, tanpreciado de sí mismo, en una sola frase.

fué puesto en prisión luego, y el padre mandó hacerle su proceso como a reo de Estado. Absuelto Federico por sus primeros jueces, mandó aquél rever la causa a otro Consejo, que pronunció su muerte. Sin la oportuna mediación de algunas testas coronadas, no habría existido más el joven Federico. Y aun perdonado, quiso darle un escarmiento horrible: el joven Katt, el tierno amigo de aquel hijo, comienado también a muerte como confidente suyo en el proyecto de la fuga, no pudo obtener gracia, y el lastimado Federico, en hábito de preso, fué obligado a presenciar su muerte en el patíbulo.

¿Fueron de alguna raza de gentiles o de moros estos reyes? ¿Pertenecieron a otros tiempos muy distantes de los nuestros? ¿Fueron pasiones solamente, la soberbia del reinado o la codicia del poder la que los hizo ensangrentarse con sus propios hijos? ¿Faltóles la justicia enteramente o la razón de Estado? Don Juan el de Navarra y de Aragón fué ciertamente injusto, porque era un detentor de los derechos de su hijo. En cuanto a los otros tres, yo encuentro una disculpa a sus rigores. Se heredan las coronas, y es en grande manera conveniente que se hereden, y que la ley confiera este derecho y lo consagre para cerrar el paso a la ambición del mando, para evitar las guerras interiores, para poner también un gran vallado a las intrigas extranjeras tan frecuentes cuando el reinado es electivo. Pero esta ley de sucesión que se ha buscado y se ha querido por los pueidos, prefiriendo vivir en paz aun bajo el cetro de un monarca poco digno de tenerlo, al riesgo de disturbios y trastornos que se corre cada y cuando que se trata de elegir un soberano, esta ley, digo, tan altamente saludable, tan seguida y tan probada, sería vana, si la ambición del heredero presuntivo pudiera asir impunemente las riendas del Estado, intervenir en su Gobierno al príncipe reinante, o anticiparse al tiempo prefinido para ceñirse la corona. Tanto cuanto es más fácil a un príncipe heredero ponerse a la cabeza de un partido contra el que está reinando y oprimirlo o suplantarle, tanto es más rigurosa la obediencia,

el hondo acatamiento, la sumisión perfecta que le debe aun en las cosas más pequeñas; tanto mayor también la pena que merece cuando quebranta estos deberes. No es sólo su derecho lo que defiende un rey cuando reprime o pena a un hijo inobediente o turbulento; defiende el bien común, la paz del reino y la seguridad de cada uno de sus súbditos, sola razón, como ya he dicho, razón potísima a lo menos, para que el cetro se vincule en una casa, y se establezca aquel derecho que legitima a los monarcas por una larga serie indefinida de reales sucesores.

El heredero presuntivo no tiene más derecho que el que le da su turno de heredar al príncipe reinante, y mientras este caso no llegare, es el primero entre los súbditos de un reino; primero no tan sólo por su alta jerarquía, sino también, y aún más, por la extensión de los deberes y de los grandes miramientos que le impone su inmediación al trono. Aquel que se mostrare inobediente o atrevido aun en las cosas más pequeñas, podrá después mostrarse de igual modo en las más grandes; no peca un rey que le refrene, o le contenga, o le desarme, o le haga caer encima, si lo juzgare necesario, todo el peso de las leyes.

Puestos estos principios de verdad eterna, no me es aquí del caso discutir la justicia o la injusticia de los hechos de esta especie que he citado; diré tan sólo que si algún monarca estuvo en su derecho de procesar a un hijo y castigarle duramente, nadie lo estuvo tanto como Carlos IV con el príncipe Fernando. Pudo desconocerse a los principios la conducta de este príncipe, pudo aplaudirse luego por la nación entera sorprendida y deslumbrada, por más o menos tiempo, con ilusiones y mentiras; mas la verdad, hija del tiempo, ha hecho ya larga justicia para siempre entre hijo y padre. De los actores de aquel drama lamentable contará la historia, sin que a ésta le haga falta para nada la pluma de un Toreno, que Carlos IV, rey piadoso, prudente y circunspecto, pudiendo castigar severa y justamente, oyó su corazón de padre, y oyó también al mismo tiempo la voz de la po-

lítica, que, en tales circunstancias como aquéllas, le presentaba en la clemencia el solo medio de frustrar a Bonaparte las alevosas intenciones que podía tener en contra suya; que yo no fui un actor, cual Menchikof en Rusia con el triste zarevitch Alexis, no como en Prusia fué Grumkow con Federico; que por aquel que había intentado perderme y arruinarme en el concepto de su padre, pedí a este mismo padre, y le alcancé el perdón de los delitos de lesa majestad en que se había enredado, y procuré acercarlos e intimarlos, en cuanto estuvo de mi parte, padre, hijo y madre, con amistad perfecta; que, en fin, no tuve cuenta de mí mismo, ansioso de impedir que en situación tan peligrosa en que mi patria se encontraba la división del hijo con sus padres no abriese campo a las intrigas del emperador de los franceses.

De esta manera fui yo actor con riesgo sólo mío; ¿quién le quitó a Fernando, ya reconciliado con sus augustos padres, que en vez de persistir en sus manejos clandestinos, se hubiera comportado de otro modo, y que sagaz, y cuerdo y atento a sus deberes, hubiese conquistado la entera confianza de aquellos tiernos padres que le amaban tanto? ¿Cuán fácil por tal modo le habría sido derribarme! Y yo lo veía bien; pero mis reyes eran antes, y mi patria era primero que mi seguridad y mi existencia.

Y he aquí otro punto sobre el cual aún me queda una cuenta que ajustar con el conde de Toreno. Dejo ya probado por la naturaleza misma y por la serie de los hechos que he contado, cuál fué el motivo principal que dirigió mis pasos para sacar al príncipe Fernando del abismo en que le habían hundido mis contrarios, para pedir su gracia, reconciliarle y amistarle con sus padres; mas he aquí el conde historiador de qué manera piensa y juzga. Después de ponderar la gravedad de los delitos que pesaban sobre el príncipe de Asturias, escribe de esta suerte con su hinchazón de estilo y con su hiel acostumbradas (216):

(216) En la obra ya citada, tomo I, páginas 27 y 28.

“Ahora—dice—, en la sometida y acobardada corte de El Escorial, al oír que el nombre de Napoleón andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron y anhelaron poner término a tamaño compromiso, imaginándose que Fernando había obrado de acuerdo con el soberano de Francia, y que había osado con su arrimo meterse en la arriesgada empresa. El poder inmenso de Napoleón, y las tropas que habiendo empezado a entrar en España, amenazaban de cerca a los que se opusiesen a sus intentos, arredraron al generalísimo Godoy, y resolvió cortar el comenzado proceso.”

He dicho ya, sin embozarme, cuál fué desde el principio mi recelo de que Napoleón hubiese encomendado a su ministro en nuestra corte que promoviese bajo mano o fomentase en el palacio la infernal intriga que fué vista. Dos días después, aún no cumplidos, de haberse descubierto aquella intriga, no cupo ya la menor duda, gracias a las revelaciones de Fernando, de que el embajador francés tenía una parte activa en la mesnada, siendo muy fácil colegir que aquel ministro no habría osado entremeterse en un asunto tan culpable y tan ajeno de su carácter diplomático, sin que Napoleón le hubiese autorizado para obrar de aquella suerte. ¿Y quién hubiera sido tan confiado o tan estúpido que no temiese nada en aquel caso! Temer no es tener miedo, ni se puede llamar *acobardarse* tomar medidas de prudencia para esquivar un gran peligro. Ningún peligro podía darse tan temible en lo político como la enemistad del rey y el príncipe heredero en la sazón en que debían hallarse más unidos, nada tan ominoso como la rebelión de un hijo que, o se apoyaba, o pretendía apoyarse con la fuerza del emperador de los franceses al mismo tiempo en que sus tropas transitaban por el reino.

Sí, este temor tuvo gran parte en el perdón del príncipe de Asturias; aun siendo Carlos IV tan clemente y tan amante de su hijo, no hubiera yo obtenido aquel perdón (al menos por entonces) sin demostrar al rey, como lo hice, la gravedad y la extensión de aquel

peligro. Quisiera yo saber qué hubiera hecho en igual caso el conde de Torreno o cualquier otro que censurase mi conducta. Unidos padre e hijo, habría perdido Bonaparte el juego infame comenzado; unidos padre e hijo, no habría hallado Beauharnais, ni el mismo Bonaparte, con quien urdir traiciones, la facción no era nada sin el príncipe; unidos padre e hijo, o Bonaparte no habría osado probar a subyugarnos, o hubiera hecho la guerra sin ningún motivo ni pretexto razonable a su aliado, guerra que él mismo dijo al duque de Rovigo *que su intención era evitarla, porque tendría el aspecto de sacrilega* (217); unidos, finalmente, padre e hijo como yo buscaba que estuvieran, ni uno ni otro hubieran hecho la triste caminata de Bayona; y la nación heroica, unida con sus reyes y sus príncipes en nuestro suelo inconquistable, visto el mal pago y la perfidia de su falso amigo y aliado, si es que se habría atrevido a mover armas contra ella, hubiera combatido como suele contra el yugo ajeno, y hubiera conservado sus dominios de ambos mundos.

Tales fueron mis intenciones y deseos, y de este modo fué el temor, o la lealtad, o la prudencia, o la política (como quiera llamarlo cada uno) que dirigió mi pensamiento sobre todas cosas, cuando con tanta priesa pedí y aconsejé el perdón del príncipe de Asturias. Siendo una cosa entonces tan probable que preparase Bonaparte alguna grande intriga de las suyas apoyada en los sucesos deplorables ocurridos, cualesquiera que hubiesen sido sus designios, el modo de atajarlos era impedir la división de nuestra corte, ora intentase dominar a padre e hijo bajo el papel de mediador entre uno y otro, ora dar mano fuerte al hijo contra el padre, o al padre contra el hijo. Esta ocasión, si la buscaba, fué quitada, en cuanto estuvo de mi parte. Dado el perdón y unidos padre e hijo, la mediación de Bonaparte era ya inútil, y aun habría tenido alguna cosa de ridículo, puesto que habría llegado cuando se hallaba

todo fenecido. Aseguro por vida mía que mi intención fué darle un bravo chasco, y explorar de camino sus intentos. Aconsejé a este fin al rey no darle cuenta del perdón hasta pasarse algunos días. Tardó por esto en publicarse hasta el día 5; y aun del perdón no fué enviada la noticia oficialmente hasta el día 8 de noviembre.

Hice más (dignóse el rey también tomar en esto mi consejo); antes de escribir nada del perdón, aquel día mismo en que fué dado, escribió Carlos IV de su puño a Bonaparte, y en términos tan duros cuanto era dable hacerse de testa a testa coronada, dándole vivas quejas de su embajador Beauharnais, pintándole con fuerza el indecoro de las negociaciones subrepticias entabladas por su mano, y apelando al honor de su Gobierno, comprometido gravemente en los sucesos ocurridos por la audacia inexplicable de su agente. De esto no ha dicho nada el conde de Torreno. A ley de historiador debió contarle, porque este asunto fué muy grave, y fué notorio, y se halla consignado en documentos indudables que tenía a la vista cuando escribió "que sometida y acobardada nuestra corte, al oír que el nombre de Napoleón andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron, y anhelaron poner término a tamaño compromiso".

¡Cómo quisiera yo tener un borrador de aquella carta que Bonaparte no dió a luz en ningún tiempo, habiendo publicado al cabo de dos años tantas otras que le convinieron para engañar la Europa y deslumbrarla! Mas cuál hubiese sido aquella carta, se vió por los efectos. Hace ya treinta años que una casualidad hizo caer, aquí, en París, en el dominio de la imprenta, la correspondencia que tenía conmigo don Eugenio Izquierdo, y en ella se habla largo de los efectos que produjo aquel autógrafa. La irritación de Bonaparte fué tan grande, que, al decir del príncipe de Benevento y del mariscal Duroc, jamás habían notado en el emperador un arrebató tan violento de cólera y enojo. He aquí la serie de sucesos que produjo aquel escrito; referirélos por su orden.

(217) *Memorias del duque de Rovigo*, tomo III, pág. 254.

El príncipe de Maserano, que aún seguía de embajador de España en Francia, fué encargado de entregar la carta en propia mano a Bonaparte; hizo en 11 de noviembre. Leerla aquel gigante de la Europa, y estallar en gritos furibundos y en amenazas y denuestos, fué una misma cosa. Escribió Maserano a nuestra corte aquella escena bajo las impresiones del momento, que no pudieron ser más fuertes; cólera de un culpado que juzgó Maserano ser fundada, cólera que revienta y que se aplaca luego por sí misma cuando no encuentra los descargos.

Díjole Bonaparte, sin perdonar aquel estilo indecoroso de cuartel que le era tan frecuente en los accesos de su ira, que recibía como una ofensa la más grave que cabía de un rey a otro aquella carta, que a no poder dudarse la habría copiado Carlos IV sin advertir lo que escribía; que aquella carta era obra mía, y una osadía contra la cual debía pedir al rey *una satisfacción ruidosa que no sería bastante, a no quitarme de su lado y desterrarme para siempre de la corte*; que se hallaba tentado de declarar la guerra en aquel acto y hacer prender la Legación entera y cuantos españoles hubiese en sus dominios, entre ellos al bribón de Izquierdo, el cual era un espía que yo tenía en su corte; que el suceso de El Escorial sería otra intriga semejante contra el príncipe inocente; que no había recibido carta alguna suya, y que su embajador Beauharnais ninguna cosa le había escrito relativa a bodas ni a otra ninguna pretensión por parte de aquel príncipe; que era una gran maldad el calumniarle de aquel modo, y complicar en tal calumnia su propio nombre y los respetos de su Imperio; que desde aquel momento ponía bajo su amparo al príncipe Fernando, y le protegería contra cualquiera que intentase difamarle y oprimirle; que aquel enredo era, sin duda, una maquinación de la Inglaterra, dirigida a romper la unión de las dos cortes y a embarazar la expedición que estaba concertada para sacar al Portugal de su influencia; que a su excelente amigo y aliado Carlos IV le pretendían hacer torcer de su po-

lítica en la misma ocasión y en la hora y punto en que intentaba engrandecer su poderío y darle pruebas especiales del interés que había tomado por su Casa; que escribiera al momento a nuestra corte, y que pidiese de su parte la reparación debida al alto agravio que se había hecho a su decoro, si era que no querían que la pidiese de otro modo y que rompiese enteramente con nosotros (218).

De este talante fué en resumen aquella grande escena de fantasmagoría que se representó en Fontainebleau el 11 de

(218) Convicne recordar en este sitio lo que después no ignoró nadie; es, a saber; que Bonaparte, que tan a pie juntillas negó entonces que le hubiese escrito el príncipe de Asturias, olvidado probablemente de esta escena que he contado, él mismo hizo mención de aquella carta algunos meses adelante, cuando escribiendo al mismo príncipe, en 16 de abril siguiente, le dijo, entre otras cosas, lo que sigue, relativo a su proceso: "Vuestra Alteza Real había cometido sobradas culpas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Cuando Vuestra Alteza fuere rey, conocerá cuánto son sagrados los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal."

Aún es más digno de notarse que Bonaparte fué el primero que dió a luz aquella carta al cabo de dos años, tan reservada y tan callada como la tuvieron a la España los malvados que indujeron a escribirla al príncipe Fernando, mientras al propio tiempo trataban de traidores a tantos hombres respetables e inocentes, que fueron arrastrados por las calles y hechos piezas, como llamadores y parciales del emperador de los franceses. He aquí lo que se lee en el *Monitor*, de 5 de febrero de 1810, bajo el título de *Piezas relativas a los asuntos de España*: "Hallándose en Fontainebleau recibió el emperador, en octubre de 1807, la carta aquí adjunta (número 1) del príncipe de Asturias, de quien apenas conocía la existencia. Esta carta no había sido precedida de paso alguno anterior, y Su Majestad no pudo menos de entrever que se intentaba tomar su nombre para dar a los asuntos de España una dirección opuesta a sus intereses, etc., etc."

Esta revelación harto tardía de Bonaparte (ignorada en España por el mayor número de sus habitantes en aquella época, y cuya verdad fué confesada después por Escoiquiz en su *Idea sencilla*, por el año de 1815), prueba una de dos cosas: o que la cólera de Bonaparte por la carta de Carlos IV fué fingida, o que si fué verdadera no tuvo más causa que la confusión y la vergüenza que debió causarle ver descubiertas y patentes sus intrigas comenzadas.

noviembre. Dejo de hacer los comentarios que merece tal mentir y tal razonamiento de aquel hombre, que a la fuerza y al poder de un millón de combatientes, juntaba las astucias y perfidias de un príncipe italiano de los de la Edad Media. Cualquiera que leyere podrá hacerlos sin que yo le ayude. Voy a contar de qué manera tuvo escampo y dispóse en pocas horas aquella gran tronada de aparato.

Había faltado a Maserano en este lance aquel dominio de sí propio que necesita un diplomático. Ofuscado su espíritu, como le preguntase Bonaparte si había tenido carta mía, o había llegado alguna por su mano para don Eugenio Izquierdo, díjole sin reparo que para éste solamente había llegado un pliego mío, y dióle hasta las señas de aquel pliego, una de ellas ser tan pequeño y tan sencillo como una simple carta. Muy tarde se le hacía a Napoleón saber, si era posible, el contenido de aquel pliego, y a los suyos les dió la orden de escribir a Izquierdo que su presencia era precisa y muy urgente para asuntos graves. Izquierdo, recibida ya mi carta que aguardaba impaciente hacía seis días, de una corazonada, sin aguardar que le llamasen, el día siguiente, muy temprano, partió a Fontainebleau. No le arredraron las noticias abultadas y medrosas que comenzaron a esparcirse en los salones desde la tarde del día 11, ni la advertencia que le hizo uno de sus amigos de que podrían ponerle preso, si era verdad lo que decían de que se habían atropellado los respetos del embajador Beauharnais. Fuéese derecho a visitar al mariscal Duroc, amigo suyo verdadero. Este le dijo que el emperador había mandado le llamasen, que una carta del rey de España le había irritado a tal extremo cual nunca le había visto, que estaba ansioso de saber de un modo cierto y detallado lo ocurrido en nuestra corte y lo que yo habría escrito acerca de esto, puesto que Su Majestad sabía por Maserano que le había llegado un pliego mío.

—No tengo más noticias ni detalles —dijo Izquierdo, mostrándole mi carta— sino la relación sucinta de este plie-

go. Aunque el embajador no hubiese dicho que me había llegado no era mi ánimo ocultar ni disfrazar su contenido; mi misión en París no tiene más objeto que el de estrechar las relaciones de ambas cortes. Se me responde en ella que el Tratado, tal como estaba concebido en su minuta, será bien recibido. Después, por incidencia, para gobierno mío tan solamente, sigue una breve indicación de los sucesos ocurridos. Recibida esta carta, creí de mi deber hacerme aquí presente, y así lo he ejecutado sin detenerme a ver a nadie, ni aun al mismo Maserano.

Izquierdo quiso dar aquella carta y que el emperador la viese por sus propios ojos. Díjole el mariscal que bastaría una copia traducida. Dióla Izquierdo, y quedóse impasible, imperturbable enteramente, por más que aquella carta pudiera ser desagradable a Bonaparte.

El contenido de ella era muy breve: acusado el recibo de las que Izquierdo me había escrito en 8, 12, 13 y 25 de octubre, relativas al proyecto del Tratado, y anunciada su adopción de parte nuestra tal cual le había enviado, le contaba yo por cima las tristes novedades ocurridas, como sigue: "Por ahora la novedad grande es la del arresto del príncipe de Asturias (219). Escóquiz era el autor de un plan para oponer al Gobierno actual y aun al rey. Infantado, Orgaz, Ayerbe y otros criados del cuarto, los cómplices, sostenidos por el embajador Beauharnais. Madrid está medio movido; todos esperan las resultas; pero ya traslucen que este embajador ha dicho pondrán en Madrid su cuartel general las tropas francesas. Estoy en el Sitio; todo mi cuidado es poco para tantos enemigos; pero el ca-

(219) Cuando escribí esta carta había ya obtenido el perdón del príncipe Fernando; mas reservéle a Izquierdo esta noticia, con la intención, como he dicho anteriormente, de que no llegase a Francia sino lo más tarde posible, y descubrir de esta manera las ideas de Bonaparte en favor o en contra de la maquinación descubierta, y si era su designio procurarse algún modo de intervención, tomada ocasión de aquellos sucesos.

nón los reducirá. Sirva ésta para gobierno de usted, y entienda que nada quiere sino su inmunidad,

*Manuel.*

San Lorenzo, 3 de noviembre de 1807."

¿Quién no se hubiera imaginado que el contenido de esta carta debiese haber causado alguna escena semejante a la que, aún no pasadas veinticuatro horas, se ofreció con Maserano? Mi carta a Izquierdo, breve, sencilla y sin ninguna agrura como era, remachaba el clavo de la de Carlos IV a Bonaparte. En ella se culpaba abiertamente a su cuñado Beauharnais, y había por cima de esto una amenaza; empero Bonaparte no pudo menos de notar la buena fe de aquella carta, ajena de calor y de artificio, carta no escrita para que él la viese, y en que mi corazón, tal cual se hallaba, era muy fácil de leerse. Citó a Izquierdo el mariscal para volver más tarde, y luego que hubo vuelto, díjole el mismo mariscal que el emperador se había mostrado más tranquilo y más suave, que se hallaba Su Majestad muy satisfecho de la sinceridad de su conducta y deseaba solamente que le diese su opinión, y le mostrase francamente cuanto entendiera y concibiese sobre aquel asunto.

Izquierdo lo hizo así con dignidad y con acierto, satisfaciendo a más con discreción a otras preguntas en que se traslucía cierto interés de Bonaparte por el príncipe de Asturias, y la inquietud que le agitaba acerca de la marcha que podría tomar nuestra política. Después le habló Duroc de esta manera:

—El emperador asegura que nada sabía por su embajador de estos asuntos (220); que la primera noticia le llegó por la carta del rey de España que recibió el 5 de este mes; que Su Majestad Imperial, dijo: "Son cosas domésticas del rey de España, y no quiero mezclarme en ellas." Pero que viéndose comprometido en la que recibió el 11

y horrorizado de entender que se vulneraba su alto carácter, y se le hacía participante de una conspiración tan deshonrosa y tan inútil para un soberano de su poder y fuerzas, apenas había podido contener su ira justa y terrible. Quiere el emperador que se ratifiquen y pongan en ejecución los dos Convenios firmados en 27 de octubre.

—No cabe duda en que serán ratificados—dijo Izquierdo.

—Pero ¿cómo han de llevarse a ejecución—replicó el mariscal—si el rey de España retira de Portugal sus tropas para defenderse? Y ¿de quién, diga usted, intenta defenderse?

—La carta del príncipe de la Paz—respondió Izquierdo sin apurarse—lo anuncia con arta claridad, y Su Majestad Imperial ha visto ya esta carta. Si usted quiere, voy a poner una nota para el emperador acerca de este asunto para enterar de todo, según lo concibo, a Su Majestad Imperial y Real.

—No; que me está esperando—dijo Duroc—; bastará hacerlo de palabra.

Izquierdo le hizo entonces un resumen de lo que ya había dicho, y añadió más ideas y reflexiones importantes, muchas de ellas relativas a refutar como imposible la multitud de desatinos que de Madrid se habían escrito en contra mía, y en deshonor y afrenta de Carlos IV y María Luisa. Izquierdo, sin más norte que mi carta tan sucinta, supo poner en todo su relieve la rectitud del rey, y hacerme a mí justicia adivinando la verdad de mi conducta en tan penoso asunto, menos los pasos que había dado para templar al rey, y los que estaba dando cuando le escribía, de los que nada le contaba por las razones que ya he dicho (221). Ni se

(220) Esta aserción era enteramente increíble. M. de Beauharnais había despachado dos correos, uno detrás de otro, con veinticuatro horas apenas de diferencia: el uno en 29 y el otro en 30 de octubre.

(221) Lo que sucede siempre en todos los eventos de magnitud y gravedad extraordinaria, que es abultarse los sucesos e ir creciendo las especies peregrinas según que van corriendo entre la muchedumbre, debió entonces suceder con más motivo estando ya extendida y derramada dentro y fuera de la corte en todas las provincias la facción que trabajaba por el príncipe de Asturias, obra larga de Escoiquiz, de Infantado y algunos otros grandes, y de la dilatada germanía, tan poderosa y tan temible entre nosotros, de clérigos y frailes descontentos porque les toca-

pegó su lengua al paladar para decir abiertamente al mariscal, como le dijo, que habiendo yo afirmado por mi carta que la maquinación estaba sostenida por M. de Beauharnais, no podía menos de ser cierta y hallarse comprobada aquella especie, ni se debía extrañar se hubiese dado orden para volver las tropas, habiendo dicho aquél, y propalándose en Madrid, que irían las imperiales a guarnecer aquella plaza; escándalo muy grande que habría sido para España, como si el rey no se encontrase bien seguro de la fidelidad incorruptible de sus pueblos.

Después de esta entrevista, el mariscal Duroc subió a dar cuenta a Bonaparte, y vuelto a poco rato, dijo a Izquierdo que quería el emperador tuviese otro coloquio sobre el mismo asunto con el príncipe de Benevento. Aquella nueva conferencia fué casi en todo igual a la que Izquierdo había tenido con M. Duroc, sin otra diferencia que añadir aquel ministro gran número de excusas para poner en buen lugar a su señor y soberano. Díjole, lo primero, como M. Duroc también se lo había dicho, que nunca vió al emperador tan resentido y tan colérico cual se mostró leída aquella carta (la segunda que Carlos IV le había escrito), porque tocaba al alto honor de su persona tan inca-

ban al dinero. Se escribió a Francia que mi misma guardia había asistido a la prisión del príncipe, y añadían otras cartas que yo mismo le había preso y puesto luego en un encierro, sin perdonar los grillos. Hubo también quien escribiera que se trataba muy aprisa de hacer morir al príncipe sin más juicio ni sentencia que un decreto de su padre, y que su ejecución estaba detenida solamente hasta tanto que llegase el verdugo de Valladolid, a quien se había llamado para poder hacerla con mayor sigilo y sin temor de un alboroto. Y fué también de ver que estas mentiras tan extrañas circulaban en los salones mismos imperiales, y que la amable Josefina las dió como sucesos verdaderos a diferentes personajes de la corte. De donde infero rectamente que le escribió Beauharnais estas especies tan absurdas y malignas, no siendo de creer que las tuviese aquella por seguras sin afirmárselas su hermano. ¡Y yo, entre tanto, estaba trabajando por libertar al príncipe y sacarle del abismo en que le habían metido! ¡Y mientras se contaban y se escribían tantas calumnias, Fernando estaba perdonado a ruegos míos!

paz de deshonorarse con intrigas y traiciones; que aún ignoraba lo que habría tocante a aquel asunto en la Secretaría de Relaciones Exteriores; que ignoraba el emperador y él lo ignoraba de igual modo, si habría escrito M. de Beauharnais alguna cosa (222); que en su tiempo no había existido relación alguna, de ninguna especie, con el príncipe de Asturias, y que Su Majestad le había encargado expresamente asegurarle no haber hecho a Beauharnais por parte suya encargo alguno de palabra, y que en las instrucciones que le fueron dadas por escrito se le recomendaba la armonía y toda especie de atenciones con Sus Majestades y conmigo.

El día después, buscado siempre Izquierdo en vez de que él buscase (y sin faltar a la verdad pudiendo bien decirse, lisonjeado y adulado en cierto modo), se renovaron los coloquios y se añadieron otros con el mariscal Duroc, con el príncipe de Benevento, con monsieur de Champigny y con el príncipe Murat. Dióle éste a Izquierdo algunas quejas de que en tan graves circunstancias yo no le hubiese escrito. Díjole, entre otras cosas, sobre esto:

—Con una carta del príncipe de la Paz que hubiese yo tenido, habría quitado al emperador *las ideas que le han dado* de que la carta del rey de España, recibida de mano del príncipe de Maserano, la había dictado el de la Paz;

(222) Cosa bien rara que, siendo ya pasado más de un día de haberse recibido aquella carta que había irritado tanto a Bonaparte, y en que se denunciaba la deslealtad de su ministro, no le ocurriese a nadie preguntar si no habría alguna carta de Mr. de Beauharnais en la Secretaría de Relaciones Exteriores, como también que aquellas oficinas hubiesen olvidado dirigirla, y en circunstancias tales en que se hablaba tanto ya en París de las ruidosas novedades que de España habían llegado. Pero a la grande habilidad del príncipe de Benevento no le quedaba más recurso sino decir que se ignoraba todavía si habría llegado carta de Mr. de Beauharnais. Negar que hubiese escrito (como escribió, en efecto; no una carta, sino muchas), no era posible sin clavarse; negar lo que había hecho en nuestra corte, no era dable; el príncipe de Asturias lo había ya declarado, y Escoiquiz e Infantado, que se hallaban presos, confirmaban las revelaciones de Fernando.



de que es una intriga de corte el arresto del príncipe de Asturias, y de que el Príncipe de la Paz quiere que reine otro infante y no el príncipe de Asturias (223).

—Yo—añadió Murat—, fiel a la amistad del Príncipe de la Paz, aunque mon-sieur de Beauharnais es cuñado de la emperatriz, y aunque esta señora, que no me quiere, me honra; luego que recibí una carta del Príncipe de la Paz, *pidiendo se retirase al embajador*, se la manifesté al emperador, que es cuanto pude hacer; y si en el último correo me hubiera escrito, lo habría hecho igualmente, tanto más que el emperador ha extrañado que en tal ocasión no me escribiese, etc.

Añadió luego, al fin, que había tem-plado el grande enojo que causó al emperador la carta recibida, y que él mismo le propuso pedir mi carta a Izquierdo, respondiendo por mí y asegurando que yo no sentiría que se pidiese y fuese vista. Champagny no se dió por entendido de ninguna cosa de Beauharnais: en lo demás, habló como los otros.

Suma de los coloquios de aquel día: los cuatro personajes mencionados, después de tantas idas y venidas para hablar con Bonaparte y con Izquierdo, concluyeron por decir a éste, que el em-

perador se hallaba más tranquilo y se sossegaria completamente siempre que se aprobasen, se ratificasen y tuviesen pleno efecto los Tratados concluidos y aprobados por su parte el 27 del mes último; que convendría que Izquierdo despachase un pliego a nuestra corte para calmar las impresiones que podría haber hecho la relación de Maserano del día 11, y que escribiese asegurando firmemente que Junot no iría a Madrid como se había mentido, y que éste no tenía más órdenes que de seguir a Portugal derechamente.

Debo añadir aquí que en las diversas conferencias tenidas con Izquierdo en los días 12 y 13 le fueron hechas de parte del emperador muchas y varias preguntas, en que se descubría la inquietud de éste sobre el giro que podrían tomar los sucesos de El Escorial, y acerca de la suerte que podría caber al príncipe de Asturias por aquel procedimiento. Las preguntas fueron todas de esta especie:

“Quiere el emperador saber qué sucedería si el príncipe de Asturias fuese delincuente. Si se juntarán Cortes para juzgarle. Si el príncipe de Asturias hallaría algún partido en la nación. Si los señores de su bando tenían poder, fuerza y amigos. Si se repetiría la tragedia de El Escorial del tiempo de Felipe II, etcétera.” Preguntas todas a que Izquierdo dió salida con el mayor decoro, cerrando con gran arte todos los portillos a pensamientos y esperanzas des-leales.

Tales preguntas, añadidas a los demás antecedentes que arrojaban los sucesos, probaban más y más la inteligencia de Bonaparte y de Beauharnais en cuanto había ocurrido. Lo he dicho ya otra vez: Bonaparte no había fijado enteramente sus proyectos, y andaba tanteando. Sí, su primer intento se ciñó tan sólo en los principios a conseguir mi perdición o mi retiro; la pretensión del príncipe de Asturias de emparentar con él y de acatarle como a un padre, abrió un camino ancho a sus deseos y sus designios de enfeudar la España y hacerla luego cuartos a su arbitrio. Debió aceptar y dirigir su marcha por aquel camino, donde le porfiaba que

(223) ¿Quién pudo escribir a Napoleón tales especies y darle estas ideas sino el embajador Beauharnais? Sólo podré decir acerca de esto que en aquellos mismos días, y si mal no me acuerdo el 4 de noviembre, en el besamanos de la fiesta de San Carlos, me preguntó Mr. de Beauharnais si se habría escrito por nuestra parte alguna cosa que pudiera ser desagradable a Su Majestad el Emperador. Dile tan sólo por respuesta que ni el rey creía, ni yo tampoco, que pudiera ser desagradable al emperador saber la pura y exacta verdad de las novedades ocurridas. “Dígoles—me replicó Beauharnais—porque si con efecto ha sido escrito lo que usted podría llamar pura y exacta verdad, *debe usted contarse por perdido*.” Contestéle sin inmutarme “que el hombre de bien no temía nada, aunque los cielos se cayesen a pedazos”. No tengo ya presente quién fué el que llegó entonces y dió fin con su presencia a aquella escena, que pudo ser pesada. Desde aquel día, en las cosas de oficio que ocurrieron, nos entendimos siempre por escrito, a la verdad con muchos cumplimientos y atenciones de ambas partes, mas sin volver a visitarnos.

siguiere preferentemente un grande consejero de los suyos, y que aún siguió después por más o menos tiempo, sin que le embarazasen sus protestas tantas veces hechas, de su orden, en las conferencias con Izquierdo; prueba de ello su tentativa, posterior a estos sucesos, con su hermano Luciano Bonaparte, a quien propuso en Mantua el desposorio de su hija con el príncipe Fernando (224).

Vuelto a tomar el hilo de los hechos, estaba preparada la misteriosa marcha que Bonaparte había resuelto para Italia; debiera haber partido tres días antes, pero aguardaba a ver más claro en los sucesos de la España, que le tenían incierto y anheloso. Llególe en tanto en 15 de noviembre la primera nueva del perdón del príncipe de Asturias, y el mismo día llegó también la ratificación de los Tratados. Ordenó entonces el viaje para el día siguiente, dejando cometida a su ministro de Negocios Extranjeros la explicación y la satisfacción definitiva que habría de darse a nuestra corte, para lo cual mandóle se entendiese con Izquierdo. En consecuencia, aquel ministro tuvo con éste nueva plática que fué, en resumen, como sigue:

Después de referirle que había llegado un pliego con la nueva del perdón del príncipe de Asturias y con la rati-

(224) Esta propuesta de matrimonio es un hecho incontestable referido por diferentes escritores contemporáneos, entre ellos monsieur de Bourrienne (\*), el cual asegura también que Luciano, *sin embargo de su estoicismo democrático*, consintió de buena voluntad en tener un rey Borbón por yerno. Yo también supe en Roma, y de la boca misma del príncipe Luciano, que la propuesta le fué hecha con bastante empeño; pero me aseguró haberla resistido con tan gran firmeza que amenazó a su hija con la maldición paterna si se prestaba a tales bodas. Lo sólo cierto en este punto es que Napoleón, mientras que en Fontainebleau hacía firmar rotundamente a nuestra corte que nunca había tenido carta de Fernando, ni pensado en tales bodas, se estaba preparando para marchar a Italia y conchabárlas de camino con la hija de su hermano. ¡Y así mentía y así enredaba, sin tener vergüenza de sí propio, un hombre que tenía el imperio de la Europa!

(\*) *Mémoires de Mr. de Bourrienne*, volumen VIII, cap. VII.

ficación de los Tratados; después, también, de repetirle cuanto en las otras conferencias se había dicho de la grave queja que el emperador había tomado por la carta que Carlos IV le había escrito; después, en fin, de dada nuevamente por Izquierdo la explicación más decorosa, noblemente y bien fundada, que requería la dignidad y la razón de Carlos IV, dijo M. de Champagny que el emperador le había mandado volver a asegurar de parte suya no haber nunca recibido carta alguna del príncipe de Asturias; mas que, aún poniendo el caso de haberla recibido, no comprendía Su Majestad *qué cosa habría de extraño en recibir cartas de todo príncipe, ni por qué podría formarse queja de que recibiera las que le escribiesen*. Dijole Izquierdo muchas cosas bien sentadas sobre esto, y haciéndole notar aquel ministro cuán grave cosa fuese que un príncipe heredero se entendiese con un soberano extraño a escondidas del natural y padre suyo que reinaba, se expresó lo bastante para demostrar cuánto debían ser justas las aprensiones y las quejas que podía tener el rey si el embajador francés había intentado o prometido hacerse el intermedio de una correspondencia tan culpable.

El ministro no dió respuesta a este argumento; se encerró entonces en su encargo, y hablóle de esta suerte:

—No quiero meterme en cuestiones, y me limito a decir a usted lo que el emperador me ha mandado; es, a saber: primero, que *pide* muy de veras Su Majestad que, por ningún motivo ni razón, y bajo ningún pretexto, no se hable ni se publique en este negocio cosa que tenga alusión al emperador ni a su embajador en Madrid; y nada se actúe de que pueda resultar indicio ni sospecha de que Su Majestad Imperial ni su embajador en Madrid hayan sabido, intentado ni coadyuvado a cosa alguna interior de España; segundo, que si no se ejecuta lo que acabo de decir, lo mirará como una ofensa hecha directamente a su persona, que tiene medios de vengarla, y que la vengaría; tercero, *declara positivamente* Su Majestad que jamás se ha mezclado

en cosas interiores de España, y asegura SOLEMNEMENTE que jamás se mezclará; que nunca ha sido su pensamiento que el príncipe de Asturias se casase con una francesa, y mucho menos con *mademoiselle Tascher de la Pagarie*, sobrina de la emperatriz, prometida, ha mucho tiempo, al *duque de Aremberg*; que no se opondrá (como tampoco se opuso cuando lo de Nápoles) a que el rey de España case a su hijo con quien tenga por acertado; cuarto, que *M. de Beauharnais* no se entremeterá en asuntos interiores de España; pero que Su Majestad no le retirará, y que nada debe dejarse publicar ni escribir de que pudiera inferirse cosa alguna contra este embajador; quinto, y principalmente, que se lleven a ejecución estricta y prontamente los Convenios ajustados el 27 de octubre último, que no se dejen de enviar las tropas prometidas para la expedición de Portugal, que en ningún punto falten, y que si faltan, Su Majestad no podrá menos de mirar esta falta como una infracción del Convenio ajustado.

Hecha esta explicación y esta rara manera de *ultimátum*, en que Napoleón se degradó, hasta el punto de excusarse con falacias y protestas mentirosas para satisfacer a Carlos IV, mezclando al mismo tiempo la amenaza para impedir que se actuase y se pudiese en evidencia aquello mismo que él negaba, replicó Izquierdo todavía con la serenidad de espíritu y con la misma discreción y dignidad que había mostrado en los coloquios anteriores, arguyendo a Champagny de este modo:

—Yo sé muy bien lo mucho que mi rey y mi Gobierno desean mantener la buena inteligencia, que tanto les complace, con Su Majestad el Emperador; estoy bien cierto de que en nada, si es posible, querrán ocasionarle ninguna especie de disgusto; pero aunque Su Alteza Real el príncipe de Asturias, mi señor, esté ya perdonado (como usted acaba de decirme), si hubiese necesidad de procesar a los cómplices, y si de la causa aparece alguna cosa contra *M. de Beauharnais*, ¿qué es lo que habrá de hacerse? ¿Se ha de seguir o suspender? ¿Se dejará libre al reo,

porque no puede hacérsele patente su delito? ¿Se le ha de condenar sin hacérsele presente, como ordenan las leyes? ¿Se han de ver castigos en España sin publicación de las causas y de las sentencias motivadas? Y si resulta algo contra la persona de *M. de Beauharnais*, ¿habrá de impedir esta resulta la acción de la justicia del rey, con escándalo de toda la nación?

*M. de Champagny* se excusó de responder a estas cuestiones, diciendo no ser libre para mudar ninguna cosa de las instrucciones que el emperador le había dejado, y que era de rigor lo que exigía de parte suya, de que el embajador *Beauharnais* no se implicase en cosa alguna del proceso.

—Mas si por caso—instó *Izquierdo*—hubiera resultado o resultara un documento que probase en contra suya, ¿no será al menos necesario el enviarlo, para que el emperador haga justicia?

*Champagny* respondió que, en cuanto a esto, no habría dificultad, y que si se enviaba un documento, cual decía, Su Majestad haría justicia. Concluyó, en fin, diciendo a *Izquierdo* que el emperador quería que redactase aquel coloquio y me lo dirigiese sin tardanza.

Esta postrera explicación del ministro *Champagny* es la sola cosa que de aquellas ocurrencias e incidentes de Fontainebleau, que dejo referidas, ha contado a sus lectores el conde de Toreno. En la embrollada e infiel historia que tejió de estos sucesos, ni una palabra ha dicho de la severa y enérgica carta que, en 3 de noviembre, acabando de perdonar al príncipe de Asturias, dirigió Carlos IV a Bonaparte; carta por la cual es visto que no dió este perdón por complacerle, ni por temor indigno de su real carácter, pues ni aún le notició en aquella carta que tal perdón hubiese dado, ni recibió esta nueva Bonaparte hasta el día 15. Tampoco ha dicho nada sobre la cólera, teatral o verdadera, que mostró Napoleón al recibir aquella carta; ni acerca de la mía que, con la misma fecha, había yo escrito a *Izquierdo*, culpando a *Beauharnais* de ser fautor de

la conjura descubierta; carta que, hecha patente a Bonaparte por Izquierdo, en vez de acrecentar su cólera imperial tan inflamada (como debiera haberla acrecentado si hubiera sido más sincero aquel enojo) sirvió para aplacar o moderarla; ni ha hecho mención tampoco de las diversas pláticas de Duroc, de Talleyrand, de Murat y de Champagny tenidas con Izquierdo, las más de ellas con el objeto de disculpar las iras del día 11; ni de las vergonzosas negativas y solemnísimas protestas con que afirmó Napoleón no haber tenido carta alguna del príncipe de Asturias, aseverando al mismo tiempo no haber dado a Beauharnais ningún encargo reservado, y que en las instrucciones por escrito se le recomendaba especialmente guardar toda armonía y usar de toda suerte de atenciones con Sus Majestades y conmigo mismo.

Estos diversos hechos e incidentes merecían contarse: debiera haber mirado el conde de Toreno que la verdad histórica, como la judicial, está compuesta de la totalidad de datos que concurren a formarla y a ilustrarla; pero, escritor parcial y malintencionado, calló cuanto podía realzar, no diré mi conducta y mis consejos, mas sí la dignidad de Carlos IV, comparada con los fugios trapaceros del grande emperador desconcertado y con aquel papel de delincuente, convicto, aunque inconfeso, que representó en Fontainebleau en todos los coloquios tenidos de su orden con Izquierdo. Al estampar aquel postrero de Champagny, no tuvo otro designio el noble conde sino de persuadir a sus lectores que aquella especie de *ultimátum*, comunicado de París en 18 de noviembre, y llegado a Madrid el 24, me afirmó en la intención (¡notable despropósito!) de hacer lo que había hecho había ya veinte días, y de *cutar el gran proceso comenzado*, sin reparar tampoco, al decir esto, que ni yo corté el proceso ni el proceso fué cortado (225).

Ciertamente no es éste el modo de escribir la Historia honradamente. Manejando su pluma de esta suerte, no sólo en contra mía, sino contra otros muchos, que podrán quejarse, como yo me quejo, de sus infieles narraciones, de su parcialidad, su ligereza y la injusticia de sus juicios y sus fallos, el conde de Toreno figurará en el mundo como historiador, a poco más o me-

rar una fecha, diciendo que el pliego que me remitió Izquierdo desde París, el 11 de noviembre, con la postrera explicación del ministro Champagny, me afirmó en la resolución de cortar el comenzado proceso. Faltó en esto a la verdad el vanaglorioso historiador, porque el día 11 fué el recibo de la carta que por mi consejo escribió Carlos IV a Bonaparte, la ira de éste y el tono gravemente descompuesto y furibundo que se permitió con el príncipe de Masserano. Izquierdo llegó el 12, y en este día, y en los siguientes hasta el 15, fueron las diferentes pláticas, en que con toda la autoridad, circunspección y medida de un buen español digno de su patria puso a Bonaparte en el caso de tener que encerrarse en falsas negativas y protestas amistosas. El 15 fué la llegada a la corte imperial de las noticias del perdón del príncipe de Asturias, juntamente con la ratificación de los Tratados consentidos de ambas partes; el 16 partió el emperador para Italia; el mismo día, por la mañana, fué la postrera conferencia de Champagny con Izquierdo, y el 18 partió el pliego que contenía esta conferencia y los sucesos y coloquios anteriores. ¿Se dirá que el conde de Toreno no tenía a la vista los hechos que ha ocultado, y que marró las fechas por inadvertencia? No, por cierto. Lo poco que ha contado acerca de esto lo ha extractado de los documentos oficiales, que compiló don Juan Llorente; y los tenía en sus manos, pues se refiere a ellos y los cita en su apéndice al libro I de su *Historia*, número 9, pág. 14. Cuanto yo he referido de estas ocurrencias, pláticas y explicaciones tenidas en Fontainebleau se contiene muy largamente en dichos documentos con detalles minuciosos. Los que deseen examinarlos por sí mismos los podrán hallar en el tomo III de la referida compilación. Todos ellos fueron copiados de los originales que, después de la muerte de Izquierdo, anduvieron de mano en mano, que fueron luego secuestrados debidamente por la Policía francesa, y hoy existen en mi poder con los registros o anotaciones que por la misma se habían puesto al margen de cada uno. Cuanto a la mayor o menor exactitud de las copias que publicó Llorente sin mi acuerdo ni de nadie, puedo decir que, aunque en ellas hay algunas equivocaciones de palabras y aun de frase, no quitan nada sustancial a los originales estas pequeñas diferencias.

(225) El conde de Toreno, para hacer menos notable esta especie de anacronismo antológico que comete en el lugar ya citado (tomo I, pág. 28), no hizo escrúpulo de alte-

nos, como después ha figurado algunos meses en el timón de los negocios. Dios sabe hacer justicia: la pena del Talión la tiene bien sufrida el triste conde con setenas. Básteme ya lo dicho para probar su mala fe conmigo y para dar respuesta a sus demás calumnias y a los groseros improprios y baldones que tan de balde me ha asestado con un encono y un furor cuya razón no alcanzo. No es mi intención cansar más tiempo a mis lectores siguiendo esta polémica. Voy a acabar la deplorable serie de los días, a cuál más anublados y azarosos, que siguieron a los que ya he contado largamente.

Aun quedaba a mi vista una esperanza en la extremada situación en que nos había puesto la facción descomulgada del príncipe de Asturias. Esta esperanza era la vuelta de aquel hijo extraviado a su interés y a sus deberes, para impedir la marcha tortuosa que había abierto a Bonaparte su conducta; el abandono entero de sus cómplices, que, sin su patrocinio, no eran nada; la unión sincera con su augusto padre para guardar su casa y su Corona, amenazadas; aquella postura inofensiva, mas circunspecta y firme, que aún podía tomarse con el emperador de los franceses, sin dejar ningún camino ni resquicio a sus intrigas; aquel respeto, en fin, que le podía imponer una nación heroica, unida estrechamente con sus príncipes, y éstos entre sí unidos, cual requería la majestad del trono y la presencia del peligro. Una nación tan fiel a su amistad y a su palabra, como terrible a quien la engaña y ofende su amor propio; una nación como la España, a quien ninguna fuerza humana puede poner el yugo que ella esquivó, y que, aún vencida, se debate y lucha en guerra perdurable hasta romperle; una nación, en fin, de este carácter infranqueable, tan conocido y tan probado en todos tiempos, tan felizmente situada para guardar su independencia, fuerte por todas partes con sus cadenas y lazadas de altísimas montañas, que la protegen y defienden como un inmenso laberinto inextricable e inexpugnable de ciudadelas naturales, favorecida

a la redonda por dos mares, y, allende de estos mares, poderosa y rica por sus dominios transatlánticos, no podía ser una conquista, a que aspirase Bonaparte de otro modo que con manejos escondidos y alevosos.

Confirmábame en esta idea saber, como sabía de positivo por confidentes míos seguros (226), que Bonaparte fiaba poco en las demostraciones y promesas halagüeñas del autócrata Alejandro, y en las del Austria mucho menos. ¿Cómo podía querer comprometerse en una guerra abierta con España, que, a más de la defensa vigorosa que podía oponerle, podía también llamar a los ingleses en su ayuda y reanimar de nuevo el continente con su ejemplo! Si ansiaba Bonaparte someter la España para tener seguras sus españadas en cualquier guerra que estallase nuevamente al norte del Imperio, empuñándola entonces con nosotros, y exponiéndose a una gran lucha porfiada, cual debía temerla, lejos de precaverse contra un riesgo que debía juzgar remoto e improbable mientras que cultivase con lealtad nuestra alianza, hacía efectivo y presenciar aquel peligro mismo, contra el cual quería precavirse, y, guerreando al Mediodía, debía quedarse descubierto al Norte, donde estaban sus grandes enemigos, humillados y ansiosos de un desquite. Napoleón, sin duda, quería imitar a Luis XIV en su política; mas no en la guerra de cuarenta años, que le costó ayudar a su real nieto contra la Europa conjurada. Me confirmó además en este juicio la relación que Maserano había enviado del furor de Bonaparte por la austera carta que recibió de Carlos IV el 11 de noviembre; y, después, los lentivos, los efugios, las contradicciones, las protestas y mentiras con que en las pláticas tenidas de su orden con Izquierdo pretendió tranquilizarnos, tomar tiempo y disponerse a

(226) Los confidentes especiales que yo tenía pertenecían de todo corazón al partido de los Borbones; personas no compradas por dinero, pero las más de ellas agradecidas a la honrosa y liberalísima acogida que les hice durante su destierro cuando era yo primer ministro.

comenzar intrigas nuevas o a proseguir las comenzadas (227).

Yo expuse a Carlos IV mi opinión acerca de esto, y procuré mostrarle vivamente cuál era la actitud y cuál el baluarte que era tan necesario como urgente se opusiese a los ataques desleales del emperador de los franceses.

—Se necesita—dije al rey—un nuevo Ministerio grandemente respetable, que, comprendiendo bien la situación presente, pueda hacer cara, dentro y fue-

(227) Estas conjeturas que yo formaba entonces fueron luego comprobadas por toda la conducta ulterior de Bonaparte, y después lo fueron mucho más por su carta del 29 de marzo de 1808 al gran duque de Berg, de la cual citaré solamente algunos pasajes: "No creáis—le dice—que vais a debatiros con una nación desarmada, ni que os baste hacer alarde de tropas para someter la España... La aristocracia y el clero son los dueños de España; si llegaran a temer que se tocara a sus privilegios y a su existencia, promoverían levantamientos en masa, que podrían eternizar la guerra. Yo tengo partidarios en ese país; mas si me presentara como conquistador, no tendría a nadie en favor mío... El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nación; pero no por esto dejarían de ponérmelos enfrente, haciéndole figurar como un héroe. Yo no quiero que se haga violencia a ningún personaje de esa familia. No conviene nunca hacerse aborrecible ni inflamar los odios. La España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, más de lo que era menester para poder sostener con ventaja una guerra interior: divididas en muchos puntos esas tropas, pueden ser otros tantos centros de acción para sublevar toda la Monarquía... Comportaos de tal modo que los españoles no puedan adivinar el partido que pueda yo tomar; esto os será muy fácil, porque yo mismo no lo sé tampoco... Yo miro que la disciplina se mantenga del modo más severo; ninguna falta, ni la más ligera, sea disimulada: haced que se tengan con los habitantes los más grandes miramientos, y más que todo con las iglesias y los conventos... Cuidad mucho de evitar todo encuentro, sea con los cuerpos del Ejército español, sea con los destacamentos; es necesario, es esencial, que ni de una ni otra parte se queme ni un tan solo cebo de pólvora; dejad a Solano ir más allá de Badajoz, contentaos con observarle, dad vos mismo la indicación de las marchas de mi Ejército para tenerle siempre distante muchas leguas de los cuerpos españoles. Si llegara a encenderse la guerra, todo se habría perdido. Las negociaciones y la política son las que deben decidir de los destinos de España. Os encomiendo mientras tanto que evitéis cualquiera especie de explicación con Solano y con los demás generales y autoridades españolas, etc."

ra de la España, a toda suerte de enemigos; hombres del todo nuevos y de buen tamaño, de corazón muy grande, de larga trascendencia, no conocidos por amigos o enemigos ni de Inglaterra ni de Francia, sin relación alguna antecedente con M. de Beauharnais, enteramente extraños a la discordia suscitada en el palacio, pero adheridos y votados a Vuestra Majestad a todo trance; no usados demás de esto, no gastados, no expuestos de antemano ni a los tiros de la envidia ni a la malevolencia de ningún partido; de una reserva impenetrable, libres de amor y odio en cuanto a las personas, de nadie temerosos e inaccesibles a la intriga; de dondequiera que viniera y de cualquiera modo que ésta obre. Esta elección no es muy difícil: los buenos españoles abundan dondequiera que se busquen. Después de esta medida, si puede valer algo mi consejo, Vuestra Majestad podrá dignarse de tomar el mando superior de los Ejércitos franceses y españoles, conforme puede hacerlo por el tenor de los Tratados concluidos; resolución magnánima, a que Napoleón no tendría modo de oponerse sin quebrantar él mismo los Convenios que tanto recomienda, y cuyo cumplimiento exige tan de veras; resolución, sin duda, no esperada de su parte, y que pondría un gran dique a cualesquier designios ulteriores que esté agitando en su cabeza. Su Alteza el príncipe de Asturias (y esto sería de esencia) debería en este caso acompañar en todas partes vuestra real persona y ser honrado con el mando de alguna parte de las tropas bajo vuestras reales órdenes, inseparable siempre de su lado. De esta manera, Su Alteza sería puesto fuera de la influencia o del contacto del enviado de la Francia y de cualquiera instigador o instigadores que intentasen tantearle y seducirle nuevamente. En cuanto a mí, yo debo retirarme, y esto es también de esencia: no que en ninguna parte donde me encontrare pretenda yo soltar mi carga en tales circunstancias como las presentes, ni a Vuestra Majestad rehusarle mis consejos ni mi vida, que es suya enteramente; pero

conviene que esté lejos, por lo menos, de toda intervención en los negocios de política, sean exteriores o interiores. Si, como ya se ha visto tantas veces y se está viendo claramente, intriga Bonaparte con tenaz empeño entre nosotros, porque mi intervención en los asuntos de política la estime opuesta a sus proyectos, váyame yo como él desca, y pónganse al reparo, contra sus intenciones, tales hombres, tan enteros y tan dignos, que Vuestra Majestad no me eche menos a su lado. Esto, por una parte; por la otra, si, como puede ser (porque las grandes impresiones no se borran fácilmente), Su Alteza el príncipe de Asturias conserva en contra mía la triste prevención en que mis enemigos le han tenido tanto tiempo, viendo que me retiré del poder y que yo mismo lo pretendo, se calmará del todo, resistirá con más firmeza cualquier tentación con que asaltaren a Su Alteza todavía, y quitaráse al menos el pretexto con que lograron seducirle. Napoleón nos deja a su cuñado en medio de nosotros, y yo no creo que cambie ni de objeto ni de medio. La unión, señor; la unión del príncipe de Asturias con Vuestra Majestad y su Gobierno es, sobre toda cosa, necesaria en el extremo en que nos vemos; y en esta unión está cifrada la de todo el reino. El precio de esta unión es la Corona de Castilla, cual Vuestra Majestad la recibió de sus angustos padres, y cual la lleva todavía sin que le falte ni una joya de un rico engarce. No logre nunca Bonaparte la ocasión de intervenir en las discordias que ha movido o fomentado, ni hacerse necesario a Vuestra Majestad contra su hijo, ni a éste, señor, contra el Gobierno de su padre.

Ni estas ni otras razones de igual fuerza me bastaron para que el rey tomase este consejo. Su Majestad me opuso sus achaques, las circunstancias nada propias y adecuadas para ir a figurar a la cabeza de un Ejército, donde los generales extranjeros, franceses, de otros tiempos muy diversos, no prestarían a su persona sino un respeto de etiqueta y apariencia junto con los desdenes y desaires a que podría encon-

trarse expuesto en tal teatro, tan contrario a sus ideas. En cuanto a mudar el Ministerio, formaba el rey este argumento:

O los ministros nuevos serán desagradables al emperador de los franceses, o le serán gustosos: si fuere lo primero, buscará modo de apearlos; si fuere lo contrario, será porque los halle favorables a las ideas que tenga en su cabeza. Con la facción que sorprendió a mi hijo, si ésta se encuentra alimentada o sostenida por Beauharnais, sucederá lo mismo. Cualesquiera personas que yo nombre, no siendo de su bando, dirán que son hechuras tuyas, e intrigarán en contra de ellas. ¿Me iré yo a echar entre los brazos de los hombres que no han tenido profanar mi honor y mi respeto, pidiendo para mí una nuera al enemigo de mi Casa, y arrastrando a mi heredero a una tamaña felonía? ¿A qué mudar de mano y exponerme a ser vendido en situación tan peligrosa como la en que Fernando nos ha puesto? Los ministros actuales, por lo menos, me tienen dadas muchas pruebas de lealtad a mi persona, y el uno de ellos, Caballero, tú mismo me lo has dicho, que ha pecado por exceso de calor contra mi hijo. Si quiere Dios, como yo aguardo, que su arrepentimiento sea sincero y permanente, y si las pruebas que me ha dado de tenerlo, por sus declaraciones voluntarias tan ingenuas, por sus promesas cotidianas y por el gran tesón con que me pide sea severo y riguroso con los que le metieron en tan malos pasos; si sus caricias con nosotros, y tantas lágrimas que vierte con su madre, merecen confianza, como yo creo que la merecen, debe esperarse que Beauharnais, tan desenierto cual se halla, faltándole ya el campo a sus intrigas, no ose empeñarse en otras nuevas. Cumplamos los Tratados religiosamente, vivamos con cuidado, tomemos bien nuestras medidas de resguardo, cual las pidieren los sucesos; mas no toquemos al Gobierno, tal cual está montado, no se nos venga todo abajo; queriendo mejorar la situación en que nos vemos, no nos expongamos a empeorarla. Por lo que toca a ti, ni me conviene tu re-

tiro, ni cuando yo quisiera deferir a tus deseos podría acceder a ellos sin mostrarme muy por bajo del emperador de los franceses. No habiendo él retirado a su culpable embajador después que yo le he escrito de mi puño mis justos sentimientos, ni dádome respuesta, cual debía, directamente, sería mostrarme muy endeble si consintiera en tu retiro, y se podría decir que me encontraba yo forzado a despedirte porque el emperador lo había exigido. Podría también decirse que tu caída era un efecto de las gestiones de mi hijo, y que él tenía razón, y que eras tú el culpable, y que el proceso fulminado contra sus desleales consejeros era violencia y atropello. Piénsalo bien, que no tan sólo va tu honor, sino también el mío, en que te quedes en tu puesto. Nadie ha sabido todavía los graves cargos que resultan de la causa, y lo que es más, nos exponemos a una guerra con la Francia si aquellos cargos se hacen públicos, pues que el embajador está implicado y estás viendo lo que ha pedido Bonaparte acerca de esto. Si te retiras a este tiempo, ¿no será fácil que propalen mis enemigos y los tuyos que yo oprimí a mi hijo malamente, que yo había obrado sugiriendo, que abrí después los ojos, y a ti, que en nada te has metido sino en temprar mi enojo, te encontré culpable? Es imposible retirarte.

Esto y más lo veía yo; pero primero era mi patria, por más que fuese grande el sacrificio. Todo pendía, para salvarse aquella, de la perfecta unión del príncipe Fernando con su excelente padre: perdiese yo en buen hora hasta mi honor por más o menos tiempo con tal que le faltasen sus pretextos a la facción traidora, con tal que se calmase enteramente el príncipe de Asturias y no llegase a poder ser un instrumento inadvertido del ambicioso emperador para amenguar o deshacer el trono de su casa. Insté, clamé y me hice porfiado más que nunca por recabar de Carlos IV que aceptase mis renunciaciones; mas todo inútilmente. Pedíle todavía me exonerase al menos de aquellos cargos más subidos que me envidiaban mis contrarios; aquellos, sobre todo,

que aún pudiesen dar sospechas o temores, por infundados que éstos fuesen, al príncipe Fernando. Díjome el rey, entonces, que, cuanto al mando superior de sus Ejércitos, no le era dable exonerarme sin perder la gran ventaja que le ofrecía el Convenio ya ajustado y aprobado de ambas partes de que pudiese yo tomar la Comandancia general de los Ejércitos franceses y españoles, caso que podía llegar—decía Su Majestad—si la seguridad del reino lo exigiese, ya que el emperador no sería dueño de oponerse sin que violase él mismo los Tratados, cuya completa ejecución había pedido y reclamado tan de veras (228).

—En cuanto al almirantazgo—siguió el rey—, que es lo que te ha traído más envidias, cuando pudiesen todos ver con evidencia que tu renuncia es voluntaria y libre enteramente, la admitiré, tal vez, porque no digas que te lo niego todo, y le daré esa dignidad a mi hijo don Francisco Antonio, como tú mismo habías querido en un principio. Tú debes conocer que ahora no es tiempo todavía. Es menester que reflexiones y que medites altamente la situación en que nos vemos. El público no sabe nada cierto de las grandes culpas que tengo perdonadas a mi hijo. Si yo mandase publicarlas (tú mismo me lo has dicho), sería amargarle y exponernos a perder el fruto del perdón tan generoso que le he dado. Júntase a esto, como ahora poco te decía, que, sin correr el riesgo de una guerra con la Francia, no podría publicarse cosa alguna que tuviese relación con los manejos criminales del embajador Beauharnais. De esta manera, la piedad, por una parte, y la política, por otra, me hacen poner un velo sobre los yerros de Fernando, no ente-

(228) Mis lectores recordarán acerca de esto el artículo V de la Convención secreta del 27 de octubre, concebido en estos términos: "El cuerpo del centro estará bajo las órdenes del comandante de las tropas francesas, y a él estarán sujetas las tropas españolas que se reúnan a aquéllas. Sin embargo, si el rey de España o el Príncipe de la Paz juzgasen conveniente trasladarse a este cuerpo de Ejército, el comandante de las tropas francesas, y éstas mismas, estarán bajo sus órdenes."



ramente sin peligro de que sea desconocida la verdad de los sucesos, y que a mí mismo me calumnien de que oprimí a mi hijo injustamente y a ti de que tú fuiste la ocasión o el instrumento. Aun los más cuerdos lo dirían si yo disminuyese (o así lo pareciera, que es lo mismo) la confianza que te he dado tanto tiempo. Déjame ver, déjame obrar, déjame un poco espacio para que fije mis ideas: hagamos todavía una prueba, y voy a mandar llamarle.

No quería yo que se pusiera en esta prueba al príncipe de Asturias.

—Podrá pensar—dijo yo al rey—que me he quejado de Su Alteza y que he intentado indisponerle; podrá creer que se le humilla, que se le trae a dar cuenta de sus pensamientos estando yo presente. ¡Por Dios, señor, no sea que se susciten en su ánimo mayores preveniciones para odiarme!...

No me dejó acabar Su Majestad, y dió la orden de llamarle. Era genial en Carlos IV esta sinceridad y esta vehemencia de voluntad y de carácter cuando tenía una idea que le punzase.

El príncipe llegó con buen semblante, y con aquel agrado, si no era verdadero, muy parecido a la verdad, que me mostraba aquellos días. Dijole el rey:

—Fernando mío, yo te he llamado porque Manuel se quiere retirar de todos los negocios que están puestos a su cargo. Toda su ansia es de quitar pretextos y ocasiones a sus contrarios y rivales, a fin de que no logren perturbar la paz, que tanto nos conviene en todos tiempos, y al presente más que nunca. Yo estoy cierto de ti; me has dado muchas pruebas estos días de tu sincera vuelta al seno de tus padres y de tu horror a los malos que consiguieron engañarte. Quiero que tengas una prueba de que se fía de ti tu padre, y preguntarte estas dos cosas: la primera, si piensas tú que esté ya hundida enteramente y acallada esa facción que se jactaba de tenerte a su cabeza, y que, cual tú me has dicho, hacía ya largo tiempo que trabajaba en dividirnos y en atender a mi Gobierno: la segunda, si será un medio conveniente, en tu manera de pensar, para

acabar de desarmarla, que a Manuel le deje irse.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!—dijo Fernando, tirando una mirada sobre mí, la más graciosa y más benigna que cabía en sus ojos—; el que me ha vuelto a vuestra gracia cuando me hallaba tan ajeno de lograrla, no debe nunca separarse de nosotros—y el príncipe se acerca y me ase de una mano, sus lágrimas se muestran, y con la voz entrecortada sigue diciendo a Carlos IV:—He visto el precipicio en donde había caído, y he conocido ya las redes que me estaban puestas; nadie podrá salvarnos sino el mismo que tantos años nos ha librado de las garras de la Francia, y ha contenido a los perversos sin más que su prudencia: no hay que temer a ese partido; ¿quién son ellos, ni quién pudiera sostenerlos en medio de nosotros, unido yo como lo estoy con Vuestra Majestad tan firmemente, y reclamando los castigos que merecen esos pícaros?

Otras mil cosas como éstas dijo el príncipe abrazándose. Mi papel fué muy pasivo en esta escena, ceñido sólo a darle gracias por la bondad con que me honraba, y a asegurarle con palabras salidas de mi alma, que no habría sacrificio ni abnegación de especie alguna que me viniese grande para probar mi entera devoción a su persona, igual en todo a la que me ligaba a sus augustos padres.

—Pues bien—me respondió—: si mi papá me lo permite, te pediré tan sólo un sacrificio, y es que te quedes con nosotros.

Yo me abstuve, no sin razón, de repetir en su presencia la totalidad de los motivos que para retirarme había expuesto a Carlos IV. ¿Cómo podía estar cierto de que no fuesen trasladadas mis palabras a Beaumais, más tarde o menos tarde? Yo no podía creer ni que éste variase de conducta, ni que no hubiese todavía algunos hombres desleales que urdiesen nuevas tramas con su apoyo y con su influjo, ahucados cual se hallaban estos hombres con la idea de que el emperador protegería cuanto se hiciese en daño mío, y que vendría a vengar al príncipe de

Asturias. Esta postrera especie se propagaba cada día con mayor fuerza en todas partes; y si era que Fernando habló de buena fe cuando me dijo tantas cosas halagüeñas, yo no debía li-sonjearme de que a otro nuevo empuje que le hiciesen mis contrarios, supiese resistirlo. Mas para Carlos IV fué ya un suceso decisivo aquella nueva prueba que había hecho o creído hacer de las disposiciones de su hijo. Juzgaba casi siempre el corazón de todos por el suyo, cuanto y más el de un hijo idolatrado con quien se había mostrado tan piadoso y tan benigno. El cielo lo ordenaba de este modo; ni a izquierda ni a derecha había camino para mí por donde huir los duros hierros del Destino.

Mientras tanto, quedaba por tratar y resolver una cuestión penosa. ¿Debía escribir el rey al orgulloso emperador para satisfacer las quejas de que hizo éste tanto ruido el 11 de noviembre, y que siguió después mostrando en los coloquios que se tuvieron de su orden con don Eugenio Izquierdo? No habiendo contestado aquél en derecho a Carlos IV, mas sí mandado dar, de parte suya, en formas diplomáticas, explicaciones largas y excusas y promesas amigables para satisfacerle y remendar a su manera la amistad de las dos Cortes, ¿debería también el rey dar su respuesta de igual modo con una nota diplomática; o bien por evitar mayores males y no dejar pretexto a nuevas quejas, explicar las suyas Carlos IV y endulzarlas con otra carta de su puño?

Después de meditarlo largamente, se decidió Su Majestad por escribir de nuevo a Bonaparte. En una nota diplomática no se podía expresar con la franqueza necesaria lo que debía decirse en aquel caso, y menos todavía siendo forzoso contestar alguna cosa sobre el fatal asunto de las bodas pretendidas por el príncipe. No sólo había negado Bonaparte que hubiese recibido carta alguna de Fernando, sino, como se ha visto más arriba, hizo decir de parte suya en la postrera conferencia de Champagny con Izquierdo, que no había entrado nunca en sus ideas que el príncipe de Asturias se casase con

parienta suya; que la sobrina de la emperatriz, mademoiselle de la Pagerie, estaba prometida, hacía ya tiempo, al duque de Arenberg, y que de ningún modo se opondría a que casase el rey al príncipe su hijo con quien mejor le pareciese. No responder a esto ni aun de cumplimento, hubiera sido un gran desaire en tales circunstancias como aquellas en que Napoleón se hallaba ya enlazado con familias reales de Alemania, y en que subían tan alto sus en-cumbradas pretensiones.

—Después del vomitivo de mi carta antecedente—dijo el rey—con que hemos descubierto la mala fe de su conducta, enviemos el calmante.

No puedo presentar a mis lectores un traslado literal de la carta que fué puesta, porque no la tengo; pero conservo en mi memoria la sustancia. Decíale el rey que al escribir sus quejas de la conducta irregular que había tenido su enviado en nuestra corte, no había sido su intención atribuirle ni la más pequeña connivencia con aquel ministro, que el texto de la carta no ofrecía palabra alguna, ni aun ambigua, que prestase margen para entenderla de aquel modo, que cierto el rey de la franqueza y de la grande intimidad con que uno y otro debían comunicarse entre sí mismos y sin personas intermedias cuanto les conviniese para su buena inteligencia, como buenos amigos y aliados, le había comunicado en derecho los sucesos dolorosos que oprimían su espíritu, y el extravío de sus deberes en que había caído aquel ministro, tan ajeno de los respetos que debía imponerle el alto soberano a quien representaba, y aquel cerca del cual tenía su residencia; que sin necesidad de que el emperador pidiese ni exigiera que se echase un velo sobre la conducta incomprensible que había tenido aquel ministro, Su Majestad lo tenía echado de antemano, no siendo su intención y su deseo sino que el mismo emperador le reprimiese o retirase; que la infidelidad de su enviado estaba descubierta por las revelaciones del príncipe de Asturias confirmadas hasta la evidencia por las declaraciones de los que oculta-mente se entendieron con el marqués de

Beauharnais; que el grande sentimiento de su majestad no era tan solamente de que aquel embajador se hubiese permitido inteligencias reservadas con un príncipe heredero, lo cual era un gran crimen bajo cualquier concepto que esto fuese, mucho más promoviendo u acaalorando la discordia en el palacio; sino también, y en igual grado, que el emperador, en vista de estos tratos clandestinos, pudiera haberse persuadido que el soberano de la España era tan poco amigo suyo y de la Francia, que a constarle los deseos del príncipe su hijo, los hubiera resistido, siendo así que en ningún tiempo, ni directa ni indirectamente, le había mostrado estos deseos (229); que tan buen padre con su hijo, como verdadero amigo del emperador de los franceses, no se opondría de modo alguno a tal enlace, puesto que él continuase en desearlo y que el emperador tuviese modo de adherir a sus deseos, debiendo estar seguro de que Su Majestad daría en tal caso su pleno asentimiento, y de que a más tendrían muy grande complacencia en que el emperador de parte suya se explicase de igual modo; que en todo lo demás, debía no menos estar cierto su buen amigo y aliado de sus disposicio-

(229) Cuando esto se escribía, ni el rey sabía, ni yo tampoco, el contenido de la carta que había firmado y dirigido al príncipe Fernando. No fué posible hallar ni un rastro de ella; ni el príncipe, ni Escoiquiz, ni Infanta-do declararon otra cosa sino que aquél había indicado a Bonaparte sus deseos de unir con lazos de familia las dos cortes. ¡Qué no podía haber dicho Carlos IV en esta carta si, habiéndose encontrado el borrador de la del príncipe, hubiese visto la desconfianza que pretendía inspirar aquel escrito a Bonaparte en contra suya y contra su Gobierno, y aquella frase, en que decía: "Si los hombres que rodean aquí a mi padre le dejasen conocer a fondo el carácter de Vuestra Majestad Imperial como yo le conozco, ¡con qué ansias procuraría estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones!"; y estas dos otras: "Esto es cuanto mi corazón apetece; pero no sucediendo así a los egoístas pérfidos que rodean a mi padre, estoy lleno de temores en este punto... ¡Sólo el respeto de Vuestra Majestad Imperial pudiera desconcertar sus planes, abriendo los ojos a mis buenos y amados padres y haciéndoles felices, al mismo tiempo que a la nación española y a mí mismo!"

nes permanentes e inmutables para la ejecución de los Tratados concluidos, y comenzados a cumplirse, como también de su amistad probada largo tiempo, la cual jamás por parte suya sería desfallecida por ningún evento ni por ninguna queja de un orden subalterno.

Casi todos los que han escrito sobre esta historia lamentable tan inexactamente conocida en todos sus adentros, copiándose los unos a los otros, han contado que el rey, por contentar a Bonaparte, le pidió una esposa de su Casa para el príncipe. El ministro Cevallos fué el primero que entre las muchas imposturas con que bordó su *Exposición* o, por mejor decir, su apología, cuando no había quien respondiese a ellas, refirió con pícaro conciencia, que para conjurar la tempestad que contra mí se armaba faltándome el apoyo del emperador de los franceses, *dispuse que los reyes le escribiesen, pidiéndole el enlace de su hijo el príncipe de Asturias con la princesa que eligiese de entre sus sobrinas o parientas*. Faltó aquel hombre a la verdad no por error, sino de intento, pues que en su mano tuvo y aplaudió la carta llena de reserva y de decoro cuya sustancia he referido (230). Mal embastadas sus mentiras, cuenta luego que Napoleón, pasado ya algún tiempo, escribió a Carlos IV amargas quejas por no haberle renovado la demanda de una esposa para el príncipe. Cualquiera observará, que si el rey le hubiese hecho ya una vez la tal demanda, hubiera sido necedad en el emperador quejarse de que no hubiera vuelto a hacerla.

La verdad fué que no le hizo, como ya he contado, sino un atento cumpli-

(230) La intención de Cevallos no hubo de ser tan sólo la de deprimirme a mí, su bienhechor, su amigo y su pariente, sino más todavía a su buen rey, de quien era en tan gran manera deudor por tantos títulos, imputándole aquel acto de flaqueza y poniéndole por tal modo muy por bajo de su mismo hijo, que si pidió una esposa a Bonaparte, hizolo al menos libremente, mientras su augusto padre, al dicho de Cevallos, lo ejecutó por cobardía, por miedo y por un miedo sugerido; peor que esto, porque yo lo había dispuesto u ordenado, que es lo mismo. A este hombre ingrato, y tan falsario y desleal, le dará la Historia la plaza que él merece.

miento, cual requerían las circunstancias. Napoleón le contestó desde Milán a aquella carta y a las anteriores, que aún se encontraban sin respuesta. Nególe todavía en la que entonces daba, que por la mano de Beauharnais ni de ninguna otra persona hubiese recibido carta alguna del príncipe heredero, y daba luego esta salida: que si bien pudo haberla escrito el príncipe y hallarse persuadido de que su carta fué enviada, cierto de lo primero, no podía estarlo de esto último, y que sin duda alguna le engañaron los que habían montado aquella intriga. En cuanto a todas respondía con otro cumplimiento semejante al que le hiciera Carlos IV, y le decía que, en cuanto fuese conducente para estrechar las relaciones del Imperio y de la Monarquía española le hallaría el rey pronto, siendo, entre tanto, su principal deseo que el príncipe de Asturias volviese a hacerse digno, como era de esperarse, de su paternal benevolencia.

Un mes después, a poca diferencia, le regaló el emperador dos tiros de caballos, y le escribió de nuevo finamente, dándole quejas amigables, nada amargas, de que no hubiese vuelto a insinuarle cosa alguna sobre enlace de las dos familias, con que podría aumentarse la unión, la fuerza y el poder de entrambos dos Imperios para dar la paz al mundo. Escribía así para dorar los grandes desafueros, con que violando los Tratados de cuya ejecución se había mostrado tan celoso, hacía inundar el reino con sus tropas. Jamás entre naciones cultas se había visto tal manera de intentar sorberse un reino amigo y un gran reino, con mentiras y lisonjas. ¡Oh, mundo y oh, qué hombres! Cevallos fué testigo más que nadie de mis consejos y mis votos para romper con aquel hombre a todo trance, para pedirle cuenta de sus intenciones y apellidar la España toda contra sus perfidias. Y él, entre tanto, pretendía calmarme, y estaba conchabado ya por aquel tiempo con Beauharnais para perderme... ¡Y no alcanzaba su talento (de que después él mismo se ha alabado con tan gran jactancia), no digo a descubrir, o sospechar siquiera

que no empujaba Bonaparte sobre España tan grandes fuerzas de su Imperio para tan poca cosa como era el removerme y retirarme del lado de mis reyes! ¡Y él no ignoraba en tanto con qué veras yo ansiaba retirarme, que mi existencia en los negocios era un mandato insuperable, y que atentar en contra mía era atentar tan sólo contra Carlos IV, que me tenía amarrado...! Pero yo me anticipo a los sucesos; ya hablaré de ellos por su orden y a su tiempo. Concluiré por refutar otras mentiras del infiel Cevallos:

Dice en su *Exposición* que por el intermedio de mi confidente Izquierdo tenía yo establecidas relaciones íntimas con el príncipe Murat, y que contaba yo llegar al cabo de mis votos con su influjo, bien que me fuese necesaria la poderosa mediación de algunos millones para tenerle grato. Después añade, que aquel príncipe me dirigió una carta que hundió mis esperanzas, en la que al propio tiempo que me prometía poner en obra toda su amistad en favor mío, me declaraba ser muy graves aquellas circunstancias, comprometidos cual se hallaban los respetos de la sobrina de la emperatriz y del embajador Beauharnais. "No hubo medio—concluye luego—que no tentase el favorito para conservar aquel amigo; demostraciones, atenciones, deferencias, todo fué puesto por la obra cerca del gran duque." Sigue después lo que ya dije anteriormente: "Y para conjurar la tempestad que tenía encima, *dispuso* que los reyes escribiesen al emperador pidiéndole una esposa de entre sus sobrinas para el príncipe de Asturias" (231).

Responderé por partes a este embolismo de mentiras, y procuraré ser breve cuanto pueda.

(231) Debo advertir a mis lectores que, no habiendo podido proporcionarme en mi soledad ningún ejemplar de las ediciones españolas del *Manifiesto de Cevallos*, me veo obligado a volver en castellano el trozo que he copiado aquí, según lo encuentro en dos traducciones conformes que tengo a la vista, la una italiana y la otra francesa. De esto podrá resultar alguna diferencia en las palabras o en el modo de las frases con respecto al texto original castellano, pero ninguna en su sustancia.

Mis relaciones con Murat venían de antiguo, precisamente desde el tiempo en que nuestros infantes y don Luis y doña María Luisa fueron proclamados reyes de Etruria. Murat, después de sosegadas algunas turbulencias que agitaban La Toscana y preparados bien los ánimos, fué quien dispuso y dirigió los obsequios y el recibo de aquellos nuevos reyes, y el que, por una larga serie de actos amigables y oficiosos, apartó de aquel Estado cuanto alcanzó su influencia, las grandes cargas que pesaban sobre los otros pueblos de la Italia, por el continuo paso de los Ejércitos franceses. No tan sólo trabajé yo cuanto me fué posible en mantener aquellas relaciones amigables de Murat, sino también, y aún más, Carlos IV y María Luisa, que le honraron muchas veces con sus cartas, a fuer de agradecidos. Cevallos lo sabía, y había dictado él mismo varias de ellas. Y heic aquí por degradarme, y para más indisponerme con la engañada España, mintió hasta el punto de decir que yo fundé estas relaciones por el intermedio de don Eugenio Izquierdo, no sin mediar millones para mantenerlas. ¡Qué calumnia tan infame! Por parte de los reyes recibió Murat la Orden del Toisón de Oro; por parte mía, no recibió sino una caja de *chinchona*, que él mismo me pidió para su esposa (hoy condesa de Lipano), que a la sazón se hallaba enferma. Esta señora, agradecida por tan poca cosa, me envió un magnífico tahalí bordado de su mano. He aquí todos los intereses pecuniarios que mediaron de una y otra parte. Personas quedan todavía de aquellos tiempos así en España como en Francia y en Italia, y a mayor abundamiento, mi correspondencia toda entera, mis borradores, mis apuntes, mis libros y mis cuentas, que, como he dicho muchas veces, todo cayó en las manos de mis mayores enemigos. Yo desafié a cualquiera que pretenda saber algo que acredite la ruin calumnia de Cevallos, a que produzca lo que sepa y me desmienta.

Es cierto que conté más de una vez con la amistad del príncipe Murat para evitar encuentros de entrambos Gabi-

netes, y para desviar a Bonaparte de muchas pretensiones temerarias que estuve conteniendo largo tiempo. Yo le debí a Murat en diferentes ocasiones avisos y consejos importantes que alumbraron grandemente para evadir, torcer o resistir con buen suceso los infinitos pedimentos de aquel hombre, nunca contento de lo suyo y siempre ansioso de lo ajeno. Puedo decir también que mientras que me hallé en el timón de la política, no tuve que quejarme de la sinceridad de sus avisos y advertencias (232). Y aun ya muy poco antes de aquel tropel de compromisos y aflicciones que la infeliz barrabasa del engañado príncipe Fernando nos había traído, Murat mismo, a ruegos míos, había probado a persuadir a Bonaparte que era interés de las dos cortes la revocación del embajador Beauharnais (233). Poco después fué el estallido que causaron las intrigas y traiciones concentradas con Beauharnais. Murat me escribió entonces doliéndose conmigo de aquel conflicto de sucesos, contándome haber hecho cuanto le fué posible para que retirasen a Beauharnais, pero diciendo no ser tiempo de insistir más en aquel punto, ni ser ya conveniente sino correr un buen telón

(232) ¿Dirá tal vez alguno que Murat pudo ser un instrumento de que hubiese usado Bonaparte para engañarme y sorprenderme? Mas si él me daba trazas para prevenirme contra las pretensiones y designios de aquel hombre, mal podía ser un instrumento suyo. Fuera de que es sabido que el emperador llegó a tener alguna vez que esta correspondencia fuese desfavorable a su política, y se dejó llevar hasta el extremo de interceptar sus cartas y las mías para aclarar sus dudas y aprehensiones. Desmarest mismo ha referido estas sospechas, no mal testigo en este punto, pues estuvo siendo jefe de sección de la alta policía bajo del Consulado y del Imperio. Véanse sus *Testimonios históricos*, en su capítulo intitulado "Napoleón y la España", página 201.

(233) Que Murat dió en efecto este paso, me lo dijo el mismo emperador en Bayona, cuando, hablándome de Beauharnais, pronunció estas palabras: "Beauharnais me ha engañado sobre usted y sobre todas las cosas de la España; nunca jamás le volveré a emplear en parte alguna. El gran duque de Berg le conocía mejor que yo cuando me aconsejó le reemplazase. Estaba yo en haberlo hecho, pero luego no hubo tiempo, ni me era decoroso revocarle."

sobre las cosas ocurridas. Contaba luego en esta carta lo que pasó en Fontainebleau con Maserano, lo que había él hecho por templar la grande irritación que el emperador había mostrado el 11 de noviembre, y el medio que le había inspirado de llamar a don Eugenio Izquierdo y de pedirle explicaciones sobre aquel asunto, puesto que, habiéndole yo escrito, podría darlas mejor que Maserano. Concluía, en fin, dándome quejas de que no le hubiese escrito cosa alguna sobre tan graves ocurrencias, y me pedía que le informase de la verdad de los sucesos, acerca de los cuales circulaban en París especies y noticias increíbles.

Tal fué la carta de Murat, que, *al decir de Cevallos*, me impresionó hasta el punto de estimarme ya perdido, porque juzgué que iba a faltarme el patrocinio del emperador de los franceses, como si en realidad lo hubiese yo tenido en algún tiempo; como si ya de antiguo, desde la paz de Portugal que yo hice a pesar suyo, no hubiese trabajado cuanto le fué posible en contra mía; como si el conservarme Carlos IV su confianza y su amistad hubiese nunca dependido del favor de Bonaparte; como si el hueco principado que había ideado en favor mío, hubiese sido más que una solapa para apartarme de mis reyes; como si mis deseos de conseguir mi libertad y retirarme del Poder no hubiesen sido conocidos por Cevallos, testigo, más que nadie, tantas veces, y entonces más que nunca, de los esfuerzos que ya hacía por sacudir la carga insoportable y peligrosa que tenía en mis hombros tan a pesar mío. ¿Cuáles fueron en tanto mis deferencias, mis demostraciones, mis oficios y los medios que yo puse por la obra, como él dice, para alejar la tempestad de que me hallaba amenazado del lado de la Francia? Yo he referido ya cuál fué la carta que escribió Carlos IV a Bonaparte, tan urbana como llena de decoro y entereza. La mía a Murat, que una casualidad llegó a poner bajo el dominio de la Historia, es la siguiente:

"Una enfermedad cruel, que me obligó a guardar cama por ocho días, ha sido la causa de incurrir en la falta

que justamente me advierte Vuestra Alteza Imperial en su apreciable carta del 11. Sí, príncipe, yo no hubiera debido omitir la participación de un suceso tan grave, cual era el que ocurría en la corte; pero ahora que me hallo capaz de cubrir mi falta, voy a satisfacer la obligación que tengo con Vuestra Alteza Imperial por la amistad con que me honra. El suceso, pues, ha sido éste:

"Acostumbrado por desgracia el príncipe a la intriga de su mujer, admitió a su consejo un eclesiástico que, presándole mil ideas lisonjeras, le puso en el riesgo de cometer mil errores. Dió principio por la seducción de algunas personas de carácter, y cuando se creyó con número suficiente para desplegar sus ideas, empezó a escribir libelos infamatorios contra la reina su madre y contra mí, cuyos borradores, que le daba el cura, eran quemados por él mismo, apenas los copiaba el príncipe de su letra. Estos fueron encontrados en la papelería de Su Alteza, quien declaró el hecho y los cómplices o seductores. No contento con esta atrocidad (por cuyo medio y con el dinero que repartían en las clases inferiores del pueblo, buscaban sus aplausos y el descrédito de sus padres), hicieron un decreto, intitulándose *rey* el príncipe, por el cual daba el mando de las tropas a uno de los conjurados. Este decreto estaba sin fecha; pero sellado con lacre negro. Todo consta de declaraciones y documentos. Dudosos luego o temerosos de ser descubiertos (porque creían que el rey muriese o que el pueblo se sublevase) proyectaron otro enredo para asegurarse; y fué cuando el cura solicitó y consiguió internarse con el embajador de Su Majestad Imperial y Real. Desconfiado sin duda M. de Beauharnais, pidió una contraseña del príncipe para saber si aquel sujeto estaba autorizado para tratar con él, y Su Alteza dió ésta: *En la corte preguntaré al embajador si ha estado en Nápoles, y al mismo tiempo sacaré el pañuelo*. Así se hizo, y quedó introducido el eclesiástico, por medio del cual ha seguido larga correspondencia el príncipe según ha declarado; mas como de estas cartas

ninguna se ha cogido, ignoro el objeto.

"Sin embargo de estos delitos, el rey, conducido por los sentimientos de amor, y persuadido a ruegos de la reina (a que uní los míos), levantó el arresto del príncipe. Su Alteza pidió perdón a sus padres, prometió la enmienda, ha seguido declarando en la causa espontáneamente, y me ha prometido amistad constante. No sé si la luz de la razón le hará cumplir lo ofrecido; pero no confío mucho en quien una vez me engaña, y creo que Vuestra Alteza Imperial no desaprobará mi opinión.

"Este es un resumen del suceso. Vuestra alteza imperial inferirá por su gravedad cuál habrá sido el trastorno que ha ocasionado en el ánimo de Sus Majestades, y cuáles sus justas sospechas, tanto más que los reos son muchos, y de la primera clase. Satisfago, pues, mi deber con Vuestra Alteza Imperial rogándole, además, que si juzgase conveniente que Su Majestad Imperial y Real se instruya de lo ocurrido (aunque en breve), procure vuestra alteza imperial persuadirle de la sinceridad de este relato, y de que no adelanto cosa alguna que no esté probada. Sabiendo también que el aprecio de Su Majestad Imperial y Real para con el rey mi señor, preserva a España de todo riesgo; no solicito de Vuestra Alteza Imperial más que su mediación para que no varíe de sentimientos" (234).

Puestos entre Cevallos y entre mí los que lean imparcialmente, verán quién de los dos ha referido la verdad en este punto como en tantos otros en que ha mentido aquél tan torpemente. Verán también por esta carta hasta qué grado había yo circunscrito mi conducta, puesto como me hallaba entre dos fuegos, de la una parte la facción del príncipe de Asturias; de la otra, un hombre tan temible y tan temido como el empera-

dor de los franceses. No ignorando los tiros que me asestaban mis contrarios, escribiendo a París, como escribirían en aquellos días tantas ficciones y calumnias para excitar a Bonaparte en contra mía, teniendo al mismo tiempo ante mis ojos la relación que el príncipe de Maserano había enviado del furor de Bonaparte por la carta que recibió del rey, y que infirió al instante ser consejo mío; cierto también, cual debía estar, de que Beauharnais se habría esforzado más que nadie para malquistarme y avivar aquellas iras, no me curé, diré mejor, tuve por cosa indigna sincerarme y defenderme cerca de un príncipe extranjero. Tenía a Dios, tenía a mis reyes y me tenía a mí mismo para vivir sereno en tal borrasca; bastábame mi honor y mi conciencia contra cualquiera cosa que aviniese. Y ¿qué podía venirme que yo no deseara? ¿Mi retiro? Lo estaba requiriendo noche y día, y no podía lograrlo. ¿Mi caída del concepto de mis reyes? Este, sí, hubiera sido un grande mal; pero este mal era imposible, porque a ellos les constaba mi conducta y veían los sacrificios a que por ellos me votaba.

De esta suerte me estuve sin escribir a nadie en Francia, mientras que circulaban contra mí tantos escritos en los salones del Imperio. Fué menester que Murat mismo me escribiese pidiéndome noticias de los sucesos ocurridos y admirando mi silencio, para que, en fin, me resolviese a escribir algo, yo, el último de todos. No haberle respondido a sus preguntas, hubiera parecido hacerme reo y confirmar tantas infancias que se escribían en contra mía. Le respondí; mas de qué modo hubiese respondido, lo ha mostrado la minuta de mi carta que Dios no quiso se perdiese. Ninguna cosa dije de cuanto estaba oculto y sepultado sobre las acciones del príncipe de Asturias. Contando muy por cima lo que ofrecía la causa, procuré buscarle excusa en la maldad de aquellos que le habían servido. De ningún modo temeroso de tantas encomiendas, prevenciones y aménazas con que Napoleón había pedido y exigido se pusiese punto en boca en cuanto herir pudiese la conducta de su embajador

(234). Esta copia de mi respuesta al duque de Berg es una de las piezas que fueron halladas entre los papeles de don Eugenio Izquierdo después de su muerte, y publicadas por don Juan Llorente en 1816, hallándome yo en Roma, sin saber nada de este hallazgo. Muchos años después, como dije más arriba, pude sacar estos papeles del secuestro en que se hallaban en los archivos de la Policía francesa, y los conservo.

Beauharnais, contéle con modestia, pero con seguridad y con firmeza, los manejos y trastiendas de aquel pérfido ministro. Y le rogué también que hiciese uso de mi carta, y al mismo emperador le diese parte de ella, quedando yo garante y responsable de la sinceridad y la verdad de lo que en ella había estampado; empero nada dije ni pedí para que trabajase por ponerme o reponerme en su amistad y buena gracia. Pedí solamente que procurase mantener la buena inteligencia entre el emperador y Carlos IV.

Otros podrán decir si, en mi lugar, y en tales circunstancias como aquéllas, se hubiera alguno comportado con más honor, con más decoro, o con mayor firmeza.

Y con esto llegamos ya a fines de noviembre de 1807, y a aquella situación desoladora que yo no había traído, contra la cual había bregado tantos años, y que tan mala como era, habría tenido enmienda todavía, si el príncipe Fernando hubiera estado firme y sido consiguiente a su palabra, tantas veces reiterada, de unirse con sus palabras. De aquí ya más no tengo que contar a mis lectores sino desdichas y desastres. Largo he sido en narrar estos sucesos lamentables desfigurados tanto tiempo; contados solamente por los mismos que aparejaron tantos males, y a quienes tantos otros que han escrito acerca de ellos han copiado, no habiendo hallado más relatos que los suyos. A mis lectores ruego, a aquella clase de lectores que busquen la verdad sin prevenciones y sin odios, que no olviden ningún hecho ni circunstancia alguna de cuanto dejó referido anteriormente en mis MEMORIAS, porque todo está atado y enlazado estrechamente: al que huscare la verdad no le es bastante haber leído este capítulo.

De los que me leyeren de un extremo a otro de esta obra imparcialmente, no temo yo más cargo, como ya dije en el principio, que uno sólo: haber podido, y diré más, haber debido sujetar con mano firme el instrumento ciego y peligroso de que se armaron los malvados, y haberle respetado tanto tiempo hasta la postrer hora. ¡Oh! ¡Ama-

da patria mía, si al contrario de lo que han dicho mis enemigos y los tuyos que yo hice, hubiera sido yo menos leal de lo que fui por reverencia y por lealtad mal entendida, habría podido ahorrar-te los inauditos padeceres con que después por tantos años no acabados todavía te ha atormentado tan cruelmente la oruga y la langosta que salió de aquella larva de ambiciosos y traidores!

### CAPITULO XXXI

*Continuación de los sucesos hasta  
15 de marzo de 1808*

Yo había bogado y afamado quince años, ninguno de ellos mar en leche, siempre bajo del cielo tormentoso que cubrió a la Europa en los periodos sucesivos, a cuál más rigoroso, de la República francesa, del Consulado y del Imperio; mas la galera, hermosa puesta a mi cuidado, bien que se hallase quebrantada, maltratada y falta de carena por cerca de tres siglos, atravesó los quince años sin romperse, y alzada su bandera, por entre los encuentros y peligros en donde tantas otras más hechas a los mares, más nuevas, más boyantes, y conducidas a más de esto por fuertes remadores y por pilotos excelentes, perecieron. Aún se encontraba intacta en 1803. ¿Había un decreto del Destino para que naufragase también ella?

Muy grande fué su riesgo cuando la nube desoladora que por tan largo tiempo fué esquivada, vino a apesgarse luego en nuestros horizontes, y hubo quien saludara su presencia y se gozase en amarrar debajo de ella aquella nao sagrada; empero yo esperaba (¡lo esperé un instante!) que podría salvarse, y que, desengañado de su error, cuando era tiempo todavía, el que podía ayudarme, me alargaría su brazo para ponerla en lugar salvo, para salvarse él mismo del abismo que había abierto. Muy pronto vi que me engañaba. La obra de destrucción estaba ya montada después de siete años de empezada por Escoiquiz, el combustible preparado y extendido largamente, muchos y bien trazados los ramales sobre el gran cen-



tro del incendio, muchas, también, las manos que en dando la señal debían botar el fuego en radios convergentes; grande, muy más que todo, el cierzo asolador que había de enfurecer aquellos fuegos hasta que todo se abrasara.

Tenía yo en contra mía cuantos eran contrarios de las medidas adoptadas para aliviar al pueblo del inmenso peso de los gastos que ofrecía aquel mal tiempo de la Europa, contando más con ellos que podían sufrir sin arruinarse las santas cargas de la patria; a los que rebotando de riquezas, y siendo interesados más que nadie en la defensa del Estado, que era también la de ellos, ni sabían ni querían acomodarse a concurrir con lo superfluo, diré mejor, con una sola parte de las superfluidades de su fortuna inmensa. Bajo de tal concepto, en primer línea, mi mayor enemigo era la clerecía, más fuerte en rentas que el Estado, y en la cual, no con violencia ni arbitrariamente, sino por concesiones pontificias, se tomaba una parte despreciable comparada a sus innumerables propiedades. ¿Qué importaba que esto se hiciese con la venia del Pontífice romano, a quien los mismos eclesiásticos, por sus propias doctrinas, reconocían como el ecónomo supremo de los bienes de la Iglesia?

A aquel Dios mismo de la tierra como lo predicaban, le hubieran destronado si pudieran, en habiendo tocado a sus riquezas; que era el erónomo, decían, para guardarlas, mas no para expenderlas. Se hacía correr y se decía al oído entre la gente santa que el príncipe de Asturias era por excelencia religioso, y que la primer cosa que sería mandada, si por fortuna se lograra que ocupase el trono de su padre, sería sobreseer enteramente en la enajenación de aquella parte de los bienes de la Iglesia que el Papa había otorgado. Y no fué sólo aquella especie un simple anuncio incierto y vago, sino una gran promesa que se vió cumplida desde el instante mismo de ocupar el trono el rey Fernando, y promesa cumplida hasta su muerte. ¿Qué podía ser de mí teniendo en contra, con muy pocas excepciones, la mayoría, la grande masa de clérigos y frailes, due-

ños de las conciencias, dueños de la opinión por tantos modos, tan poderosos en las plebes en donde tanta gente vivía de sus migajas tan contenta!

Sabían también los frailes que iba ya a comenzarse su reforma, que ésta le estaba cometida por bula pontificia a mi cuñado el arzobispo de Toledo, y que se había alcanzado a mis instancias. Los que desafiaron tantas veces el poder mismo de los Papas contra algunas reformas, particulares las más de ellas en tal o cual provincia de la Iglesia, ¿cómo podían mirarme, a mí, el primero que había intentado aquella obra seriamente! Vióse así luego en muchas partes, caído Carlos IV, y yo proscrito y encerrado en dura cárcel, salir de los conventos cuadrillas furibundas de aquellos hombres celestiales, reunir la muchedumbre, concitarla, levantar hogueras, echar en ellas mi retrato, danzar arremangados en torno de las llamas con lo más vil del populacho y ensordecer las calles y las plazas con su algazara de victoria.

Bastaba ciertamente, para muerte y ruina, estar al blanco de tales enemigos que no perdonan ni transigen; mas no eran éstos solamente. Otro recurso de la Real Hacienda previsto por las leyes, justo y legal en cualquier tiempo, pero más justo todavía y, sobre todo, necesario en las continuas estrechuras que sufría el Tesoro, era la reversión a la Corona de multitud de propiedades, enajenadas de por tiempo ya cumplido, poseídas sin derecho, verdaderas detentaciones acerca de las cuales se habían formado ya expedientes en los reinados anteriores, vivo siempre el derecho no prescriptible del Estado. Primero era buscar para socorro lo que era propio suyo, que ir a buscar aquel socorro en el bolsillo de los pobres. Decíalo así el Consejo en sus reclamaciones y consultas; mi sola parte fué estimarlas justas y apoyarlas en el ánimo del rey; pero con esto sólo había bastante para cargarme todo el odio de los que en tal medida se reputaban agraviados.

Cargad al pueblo, y contemplad las clases poderosas; no os faltará quien os sostenga; y ellas, que dan el tono a la

opinión, se encargarán de defenderos contra las quejas y lamentos de la oprimida y temerosa muchedumbre; haced por ésta, ahorradle su miseria, y sed un poco menos complaciente con las clases altas y opulentas; éstas dirán al pueblo que sois un hombre inicuo, un opresor violento; un enemigo de la patria; y él se hará el eco de estas clases de quien pende en su miseria, y les ayudará a embestiros. Por los recobros intentados había no pocos grandes a quien podían menoscaerse en más o menos su poder o su riqueza, muchos también en otras clases menos altas, y mayormente entre empleados y oficiales subalternos de justicia. Nadie que poseyese los bienes denunciados por el Fisco podía ser despojado sin preceder un juicio en toda forma en el Consejo de Castilla o en el de Hacienda, juicio seguido enteramente según las leyes anteriores que regían de antiguo, y no por leyes retroactivas. ¡Mas qué importaba el proceder tan detenido de los Consejos Reales a los que detentabao estos bienes y debían perderlos!

A estas falanges de enemigos y a los que tan de antiguo me traía la elevación de mi fortuna subida tan por cima de lo que hubiera yo querido, juntábanse, además, los que, sin tener cuenta de las calamidades, y trastornos horribles que se sufrían en tantos reinos y Gobiernos de la Europa, me atribuían a mí aquella parte exigua de trabajos que nos había tocado en la común tormenta, y en contra de los cuales ninguna fuerza humana era bastante; los que, olvidados de la Historia, ponían también en contra mía los males y trabajos que venían de muchos siglos y que se están sufriendo todavía; los que, sin tantarlos, creían que era bastante levantar la mano y decir ¡alto!... para atajar y consumir aquel torrente; los que se lamentaban de que la España estaba en zaga de las demás naciones de la Europa, y creían de buena fe por aquel tiempo que una reforma general estaba hecha de contado con tan sólo decretarla; los que por cima de esto, finalmente, imaginaron que los prodigios y el honor de esta reforma tanto ansiada estaban reservados al príncipe

de Asturias; ¡rara tendencia y concordancia de los ánimos, esperando los unos que en el reinado de aquel príncipe cesarían las medidas y las cargas que pesaban sobre las clases superiores; y los otros, que pondría mano poderosa en las reformas radicales!

Quiénes fueron los engañados se vió luego; mas por entonces, los unos y los otros, cada cual en su idea, mas con diversos anteojos, vieron un lindo cielo tachonado de esperanzas. ¡Y al pueblo, que no sabe, y cree lo que le dicen, le hacían leer las profecías y las visiones que prometían las nuevas glorias y la completa dicha de la España para el reinado venidero!

En tales circunstancias, se repetía y se hacía creer por todas partes, que a ojos vistas trabajaba yo la ruina de aquel príncipe, que el proceso de El Escorial era obra mía, una calumnia atroz, una horrorosa intriga que había yo escogitado para lograr su perdición que había impedido el cielo, desalentándome y hundiéndome en los primeros pasos de tan enorme crimen. Y a la verdad que había apariencias con que poder fundar aquel mortal ataque que me hacían mis enemigos. Implorado el perdón del príncipe Fernando tan apriesa y sin tomar ningunas precauciones, cual lo hice, me había yo suicidado. Procurando amistar al hijo con su padre, y al padre con su hijo, sin tardanza, pensé salvar de un solo golpe tantas miserias y peligros que se habían movido, y asegurar con esta unión la fuerza del Estado, necesidad de aquel momento la más grande...

¡Infeliz de mí, que no hice más sino dar treguas a la facción perversa, y aumentar sus fuerzas, y procurarle la victoria! Habiéndose ocultado a la nación los documentos, los hechos y los cargos que pesaban sobre el príncipe de Asturias, fué muy fácil hacer mirar aquel perdón que le fué dado tan temprano, como una prueba irrecusable de la inocencia de Su Alteza; no habiendo publicado Carlos IV sino aquellas simples cartas en que pidió perdón el príncipe reconociéndose culpable, mas sin decirse en ellas, ni en qué cosas, ni de qué modo lo había sido, muy fácil

era persuadir, como lo consiguieron mis contrarios, o que las culpas en cuestión eran tan sólo faltas ordinarias de las que ocurren en familia; o que en la realidad no había ningunas y que por aquel medio, a ley de hombre cristiano y de buen hijo, se resolvió Fernando heroicamente a mantener a costa suya la opinión y buena fama de su padre, o que yo le llevé escritas las dos cartas y le obligué a firmarlas: que estas tres cosas se dijeron, y al escoger fueron creídas.

Todo esto y mucho más llegaba a mis oídos tal como la avenida de un río que se desborda y va arreciando cada instante. ¿Debía yo defenderme a costa de Fernando y aventurar aquella paz que yo creía que había zanjado entre hijo y padre? Sustraído el príncipe de Asturias a la acción de la justicia y perdonado a ruegos míos; ¿debía ser denunciado al Tribunal de la opinión, porque la mía no padeciese, y provocase un juicio escandaloso ante la muchedumbre, del que no podía haber más resultado que el incendio y la discordia de los ánimos? Mi partido forzoso, a ley de buen vasallo, y si este nombre no se quiere, a ley de servidor votado de mi patria y de mis reyes, era callar entonces, y fiar al tiempo mi defensa, si el príncipe Fernando se olvidaba de tomarla y de pagarme.

Comenzóse de esta manera aquel silencio prolongado, que ora con un motivo, ora con otro, me habían impuesto los Destinos. De esta suerte me quedé inerte contra las baterías que a mano salva levantaron mis furiosos enemigos para batirme en brecha y destruirme... Y ellos lo sabían bien, y veían que lo podían hacer sin arriesgarse; ellos lo sabían bien, que defenderme persiguiendo no estaba en mis costumbres. Dábanme ejemplos a millares las historias de ministros de un gran nombre que usaron del terror para acallar a sus contrarios, y nadie negará que pude hacer lo mismo; mas cite alguno, si pudiere, algún procedimiento que en la corte o fuera de ella hubiese yo intentado para vengarme o defenderme. Se ha hablado mucho de mi orgullo por los que han escrito en contra mía, y han

dicho de él que era un orgullo vano e insensato de la grandeza y oropes que me había dado la fortuna; júzguenme acerca de esto los que me trataron de cerca o por escrito: juzguen también y fallen sobre el carácter de mi orgullo los que me vieron siempre superior a la calumnia sin volver mi poder en contra de ella, sin oponerle más escudo que la seguridad de mi conciencia, y sin tener que reprocharme yo a mí mismo ningún luto, ninguna ruina de familia. ¡Oh! En esto sí tuve mucha soberbia y mucho orgullo, y esta soberbia y este orgullo consuela mi vejez en todos sus trabajos y alegrará mi tumba.

En tan furioso torbellino de mentiras y calumnias que revolvían mis enemigos y a que oponía tan sólo mi silencio y mi paciencia, aún me quedaba una esperanza, y era la sensatez del pueblo castellano. Yo fiaba en ella, y no me habría faltado sin los espesos velos que le pusieron en sus ojos, sin la infernal astucia con que aquellos malvados me cargaron sus maldades mismas y traiciones, sin el auxilio, más que todo, que recibían del extranjero. Solos no habrían bastado a destruirme. Napoleón dejóse parecer por un instante en lo escondido el instrumento de ellos, para lograr mejor que ellos lo fuesen suyos, y logrólo. Alucinando al pueblo con promesas de un porvenir magnífico y dichoso, contando siempre adentro los inicuos con la infeliz docilidad del príncipe de Asturias, ciertos como se hallaban del impulso y de la ayuda que esperaban del gran hombre de la Europa, y asegurada de este modo doblemente la impunidad de sus traiciones en cualquier evento, pudieron atreverse y se atrevieron los que eran por sí solos tan impotentes y cobardes.

He aquí, pues, ya, cuál fué mi situación a fines de noviembre, y de qué modo fué creciendo la apretura de aquel cerco, irresistible a toda fuerza humana, donde mis enemigos me encerraron, aumentando sus fuegos día por día, hasta el final asalto, hasta la gran catástrofe en que hundieron la Corona misma de sus reyes.

Hacían cuadir y se esforzaban para hacer creer como una cosa descubierta y demostrada, que yo aspiraba al trono, que Carlos IV me iba a dar no sé qué especie de regencia, de dictadura o de tutela de sus reinos y sus hijos no sólo en vida suya, entregándome todo el cargo del reinado, sino también después, por más o menos tiempo, a mi albedrío; y que para arrancarle esta medida tan extraña había yo calumniado al príncipe de Asturias, esperando apartar por este medio el solo obstáculo que había para frustrar mis criminales ambiciones.

Decían que había cejado en mis ataques contra el príncipe, porque Napoleón había tomado por su cuenta el defenderle y sostenerle con toda su influencia, y si llegaba el caso, a mano armada (235).

La Embajada francesa sostenía estas voces por agentes suyos, de una manera cautelosa, haciéndolas valer por el misterio mismo con que hablaban y aparentaban encubrirse.

Las cartas de París, contestes todas ellas, hablaban en igual sentido sin ningún rebozo, y referían la indignación de Bonaparte en contra mía y la furiosa escena del día 11 de noviembre, que en su lugar dejé contada. El príncipe de Maserano no se guardó de referirla a varios españoles, y su hija había también hablado de ella con aumento a todas sus amigas (236). Por

cima de esto, el mismo Maserano había escrito y detallado aquel suceso a sus amigos en España, dándoles el consejo de cortar conmigo todas las relaciones que podrían comprometerlos: "Ciertos —decía— como podían estar de una caída muy ruidosa que me aguardaba por instantes, ciertos también de que el emperador, no menos chojado con el rey, le había dicho abiertamente que él sería el protector del príncipe de Asturias y el vengador de las calumnias con que mis intrigas habían también envuelto los respetos de M. de Beauharnais y de su misma real persona." De algunas de estas cartas se escribieron muchas copias y se hacían correr de mano en mano en todo el reino con largos comentarios (237).

Se hacía correr la voz de que una parte de las tropas imperiales vendrían hasta Madrid para llevar a efecto las intenciones generosas que el emperador había mostrado de sostener al príncipe Fernando, y que tal vez vendría en persona para tratar con Carlos IV y reducirle a separarme de su lado y a extrañarme de sus reinos.

Otros añadían más, y procuraban consternar los ánimos haciendo susurrar que Bonaparte nos haría la guerra si Carlos IV se obstinaba en conservarme; y ora citando cartas, que decían venir de Francia; ora apuntando especics, que afirmaban proceder en derecho de la boca misma del embajador Beauharnais; ora dando por prue-

(235) Mis lectores no olvidarán que el perdón del príncipe fué obtenido el día 3 de noviembre, y que la primera noticia de su arresto no llegó a París hasta el 4 ó 5 del mismo mes. Esta sola reflexión habría bastado para desmentir la especie de que yo había pedido el perdón de Fernando, por haber sabido que el emperador se proponía tomarle bajo su protección y defenderle. Pero la muchedumbre, siempre crédula, no se ocupa nunca de las fechas ni se detiene en la crítica de las especies que se le sugieren: mientras más grave es aquello que se le cuenta, mayor es su disposición a creerlo.

(236) La turbación de Maserano en la violenta escena del día 11 fué tan grande, que comenzó a poner en salvo los papeles de su Legación, temeroso de que el emperador mandase arrestarle; y este mismo temor lo comunicó a varios españoles, refiriéndoles el motivo y aconsejándoles que se pudiesen en seguro y que salvarsen sus caudales, porque era

muy posible que el emperador nos declarase la guerra y mandase prender a todos los españoles y poner sus bienes en secuestro. Don Eugenio Izquierdo sosegó después todos los ánimos; pero el mal estaba ya hecho por la indiscreción de Maserano.

(237) Las cartas de Maserano, y las de varios españoles y franceses que escribieron desde París en el mismo sentido, fueron, las unas, con fecha del día 12, y las otras, con fechas posteriores. No hubo entre tanto ninguno que pudiese ni que debiese contar las conferencias tenidas luego con Izquierdo, en las que, en menos de tres días, se desvanecieron las iras teatrales del emperador de los franceses. De esta suerte quedaron siempre reinando las grandes impresiones que causaron aquellas cartas, sosteniéndose más y más, y adquiriendo más valor por muchas otras especies análogas salidas de la Embajada francesa.

ba las nuevas divisiones que llegaban a Bayona, hacían creer y acreditarse estos temores, y a mí me divulgaban como la piedra de tropiezo, contra la cual había un peligro grande e inminente de romperse la alianza y la amistad de España y del Imperio.

Ni era bastante a la facción que propalaba estas especies soliviantar en contra mía hasta los ánimos más tibios, sino que a más, para excitar con mayor fuerza a Bonaparte a realizar las esperanzas que tenían de que viniese a derribarme, hacían contar en la Embajada, y escribían a Francia, que andaba yo buscando para sostenerme la protección de los ingleses; que habían ido agentes míos a Gibraltar y a la Inglaterra para abrir pláticas de paz y de alianza, y que la España, a pesar suyo, estaba al canto de empeñarse en una guerra con la Francia, guerra incendiaria, que podría excitar de nuevo las viejas coaliciones y dilatar las paces generales, puesto que Carlos IV, mientras me hallase yo a su lado, cerraría el oído a todo otro consejo. Esta fué otra manera de llamada con que la facción traidora, no contenta con la carta tan explícita que había logrado ya un mes antes que escribiese a Bonaparte el príncipe Fernando, poniéndole en sospecha la conducta de su padre, como de un hombre rodeado de infieles consejeros enemigos de la Francia, volvió a la carga nuevamente, y con más fuerza, para incitar al ambicioso emperador no sólo contra mí, mas contra el rey y la reina, y conseguir por medio suyo el principal objeto que llevaban de hacer subir al trono al príncipe Fernando, ponerle la coyunda y gobernar el reino en nombre suyo, como después fué visto y se ha horado tanto tiempo.

No omitieron tampoco aquellos malos hombres otro medio de alucinar al pueblo castellano, cual fué el de difundir y acreditar por todas partes que el emperador había intentado hacer más firme su alianza con la España, proponiendo una princesa de su Casa para el príncipe de Asturias; pero que Carlos IV se había opuesto por consejo mío, queriendo violentarle a desposar-

se con la hermana de mi esposa (238). Tenían en tanto buen cuidado de callar la petición que tenía hecha a Bonaparte el príncipe Fernando, secreto que guardaron tanto tiempo cuanto estuvo en sus manos que España lo ignorase. Importábales solamente hacer creer por todo el reino que iba yo a ser la causa de un rompimiento con la Francia y de una guerra desastrosa; mientras que Bonaparte, al decir de ellos, no tenía otro empeño que salvar al príncipe heredero de mis garras, asegurarle su corona y engrandecer la España, como tenía costumbre de hacer en todas partes con sus amigos y aliados.

A los que aún viven de aquel tiempo no necesito producirles documentos ni otra ninguna prueba de lo que vieron y tocaron por sí mismos de estas empecatadas maniobras de mis enemigos, ni del efecto que causaron. Para los que han venido después, me bastará citarles un testigo irrecusable, cual lo será don Juan de Escoiquiz. Léase su *Idea sencilla*, capítulo primero, en donde, hablando de los pasos que había dado con el embajador francés en el asunto de las bodas imperiales, y dando por supuesto que la primera indicación acerca de ellas había venido de la Francia, dice luego de esta suerte: "Las explicaciones de dicho embajador (a quien estudié con el mayor cuidado) me parecieron sinceras, y lo eran con efecto de su parte, pensase o no pensase de otro modo entonces su Gobierno, pues me consta que estaba persuadido el expresado embajador de que no hacía más que seguir sus verdaderas miras.

"Estas—sigue—eran tanto más probables para mí, cuanto las confirmaba entonces la voz que corría por toda la España, de que el emperador Napoleón, irritado contra la perfidia de don Manuel Godoy, a quien achacaba justamente la proclama hostil e intempestiva publicada contra él poco antes de la batalla de Jena, compadecido de la

(238) En el capítulo anterior dejé explicado largamente cuál fué el origen de esta especie y de qué modo usaron de ella para alucinar al príncipe de Asturias.

*preocupación del señor don Carlos IV para el tal favorito, estaba empeñado en desengañarle, en privar al favorito de todo su influjo, en remover a la reina, aún más engañada por él, del manejo de los negocios, y en volver a excitar en el rey padre el amor paternal y la confianza para con su hijo el príncipe de Asturias, contando con esto asegurarse totalmente de la fidelidad de la España en su alianza.*

"Con efecto—prosigue Escoiquiz—, todas mis observaciones y noticias (239) debían persuadirme que esta voz era fundada y, por consiguiente, que las explicaciones del Gobierno francés por su embajador eran sinceras, pues no podía adoptar un sistema más favorable a sus verdaderos intereses que el de remover a un enemigo declarado, adquirir un total influjo sobre un rey amigo (240), y prepararse en su heredero un aliado inseparable, poderoso y necesario para contrarrestar el despotismo marítimo de la Inglaterra su rival, estrechando su amistad con servicios tan importantes y anticipados y con los vínculos de la sangre. Tal fué el primer fundamento de la confianza que dividió conmigo (241) toda la nación en

(239) Nótese aquí de paso que el mismo autor de esta voz ni fué ni pudo ser otro que el mismo Escoiquiz, por sí y por sus demás amigos y agentes de la facción, de la cual él y el duque del Infantado eran los principales caudillos. Nadie sino Escoiquiz, Infantado y algún otro confidente trataban íntimamente con el embajador, y, de consiguiente, nadie sino ellos y algunos dependientes de la Embajada que obrasen con ellos de acuerdo pudieron ser los autores de aquella voz general, extendida en toda la nación. ¡La singular fatuidad de Escoiquiz, que se muestra a cada paso, más que en ninguna de sus demás producciones, en su *Idea sencilla*, pretende hacer creer aquí que esta voz le llegó del pueblo! Llególe, sin duda, pero como un eco de la que él había extendido, y hecho correr por sus agentes.

(240) Nótese aquí también de paso que Escoiquiz me reconoce como un *enemigo declarado del emperador*, y que afirma, además, que éste necesitaba apartarme del lado de Carlos IV, para adquirir sobre él un total influjo. De consiguiente, no tenía este total influjo mientras yo tenía el poder.

(241) *Participó*, quiso decir Escoiquiz con el galicismo aún mal hecho, de que usa, escribiendo *dividió*. Este mismo barbarismo se encuentra en otros varios lugares de su *Idea sencilla*.

*la rectitud de las miras del Gobierno francés en aquella sazón."*

No contento Escoiquiz con esto que había escrito, se ratifica en ello todavía con una nota puesta al pie de este relato (pág. 11), donde dice: "*Esta voz fué tan notoria y universal en aquella época, que no necesitan mis compatriotas, que se acordarán de ella, que se la pruebe.*" Sigue después el texto de esta suerte: "*Creció esta confianza en mí como en todos los españoles (242) por la enemistad constante del embajador francés contra el Príncipe de la Paz, y por su conducta en favor del príncipe de Asturias y de los implicados en la causa del Escorial hasta su conclusión; y subsistió la misma confianza hasta la época del tumulto de Aranjuez y de la abdicación de la Corona, hecha por el señor don Carlos IV.*"

No es aquí ahora mi intención sacar de estos pasajes la multitud de consecuencias e ilaciones a que dan materia. Mi principal objeto, por el pronto, es hacer ver por cuáles medios fué movida y alterada la opinión en contra mía, de qué manera me emprendieron, me asediaron, me aislaron y tapiaron mis contrarios, y de qué modo procuraron y lograron despojarme de la fuerza moral, tan necesaria en todo tiempo al que dirige la marcha del Estado, cuanto y más una marcha tan escabrosa y tan difícil como aquella en que se vía la España. Por nada fué tenido haber estado reluchando con feliz suceso tantos años contra la inundación de males que sufría la Europa. Y haber logrado preservar mi patria hasta aquel tiempo de todas las tormentas que asolaban a otros reinos; cuanto intenté después en los postreros años para hacer frente a los arrojados nuevos con que hacía temblar al mundo la ambición de Bonaparte, me fué imputado a culpa. Por tal me fué contado haber querido hacerle guerra en la única sazón en que nos hubo sido dable hacerla con certeza de un buen éxito, ligados con la Prusia, con la Ru-

(242) Debiera haber añadido: *cuya opinión había sido sorprendida y pervertida por la facción en la capital y en las provincias.*

sia, la Suecia, la Inglaterra, y con el Austria, tan pronta como estaba a declararse, si la España (¡tanto como insistió en vano por lograrlo!) se hubiera declarado y parecido en la palestra: por culpa y ambición y vanidad personal mía, se me contó también haber aconsejado a Carlos IV con temerario empeño la ocupación del Portugal con nuestras solas fuerzas, antes que Bonaparte viniese a pretenderla con las suyas, único medio que ya hallaba, y no había otro, para quitarle la ocasión de introducirnos sus legiones en calidad de amigo y aliado.

Yo era, al decir de mis contrarios, un obstáculo para la buena inteligencia y la amistad de España con la Francia; por mí podía frustrarse que ambas Cortes fortificasen su alianza con las bodas del príncipe Fernando y una princesa del Imperio; por el tesón de Carlos IV de conservarme en el Poder había iaminencia de una guerra con el mejor amigo de la España; por mí y en contra mía tan solamente amontonaba sus falanges Bonaparte en la frontera; en contra mía venía el Imperio de la Francia con todo su poder, y el mismo emperador debía venir para vengar al príncipe heredero y preparar y apresurar el gran reinado de salud que había de alzar la España al mismo grado de poder y de influencia que tenía la Francia. Todo esto al mismo tiempo que se me hacía pasar en todo el reino como el perseguidor del príncipe de Asturias, y que se procuraba hacer creer por todas partes que lo de El Escorial fué un atentado y obra mía contra aquel príncipe inocente, luz y esperanza de la España. ¿Qué es la opinión de un hombre público, quienquiera que éste sea, y cuáles son sus fuerzas y sus medios, cuando en las grandes crisis de los pueblos, y cuando necesita más su confianza y su concurso, le atacan de este modo los partidos? ¿Quién me podrá argüir de los desastres que se precipitaron sobre España? Retirarme no me era dado por más que lo rogaba a Carlos IV día por día; desmentir las calumnias esparcidas, no me era permitido sin deshonrar al príncipe y aventurar el solo

medio de salud que nos quedaba, como ya he dicho muchas veces, que era la unión sincera del hijo con el padre, unión que restablecida de la manera que yo ansiaba, hubiera confundido y desarmado a sus parciales y al mismo Bonaparte. Tal vez había otro medio, que era el declarar al pueblo castellano su peligro; mas ¿quién me habría creído, cuando se hacía creer en todo el reino que venía Bonaparte a derribarme, a dar favor y ayuda al príncipe Fernando y a introducirle en su familia? Llamándose a las armas a los pueblos, se habría dicho que eran llamados contra el príncipe de Asturias; nadie me habría creído, y el solo efecto de mi aviso hubiera sido procurar un gran pretexto a Bonaparte para hacer la guerra a Carlos IV, sin que la Europa lo extrañase...

¡Oh! Yo no era más nada; la corte y todo el reino, amigos y enemigos, me miraban como un proscrito del Imperio; a Carlos IV, como a un rey que se vería obligado a descenderse la Corona y a traspasarla a su heredero a la menor insinuación, a la primer palabra que hablase Bonaparte. Desde entonces me encontré solo; Carlos IV, en la realidad, se vió lo mismo, sus ministros no lo eran más que por la forma. La idea del gran poder de Bonaparte, y la voz tan continua y sostenida en la Embajada de que el emperador vendría, y de que su venida sería sólo a intervenir en contra mía y en pro del príncipe de Asturias para hacer feliz la España, bastó a cambiar todo el teatro de la corte. Se anunciaba un sol nuevo, todos se preparaban a adorarle; ¿qué importaba ya más aquel augusto anciano que por tantos años, ya que no había podido, por los rigores de los tiempos, hacer felices a sus pueblos tanto como quisiera haberlos hecho, los había al menos preservado de los horrendos males y desastres que soportó la Europa, único rey en toda ella que podía jactarse de esta gloria?...

Cuanto a mí, fué peor; hasta los más amigos, y amigos verdaderos, si es que en las Cortes puede haberlos, víales yo hacerse extraños y cautelarse más o menos ante el variable porvenir que se

aguardaba. Los que podían prestarme su concurso para acudir al riesgo de la patria, formaban varias clases: unos, y eran los más, que estaban ya ganados por el partido de Fernando; otros, que vacilaban y no querían perderse, si como se decía y se hacía creer con datos casi ciertos, se introducía el emperador a intervenir en contra mía y en beneficio de Fernando; otros, que no creían que en plena paz, cual se encontraba Bonaparte con nosotros, querría valerse de esta paz para invadir la Monarquía cobardemente con astucias y perfidias sin declarar la guerra, no habiendo para hacerla ni el menor pretexto, y estando asegurada más que nunca su amistad por los Tratados concluidos tan recientemente. Los que pensaban de este modo, lejos de recelar y de alarmarse por la venida de más tropas, veían en ella un medio poderoso con que Napoleón, en su extremada previsión y vigilancia, se proponía cubrir la España contra cualquier proyecto de invasión que la Inglaterra meditase hacer en la Península, siendo mejor, decían, poner respeto a los ingleses asegurando la defensa en todos los parajes atacables, que tener puntos más o menos descubiertos en la larguísima extensión de entrambos litorales del Mediterráneo y del Océano, y que logrando el enemigo un desembarco en donde menos se pensase, pudiese hacer la España teatro lamentable de una guerra prolongada y destructora.

De esta suerte me encontré solo, y solo de tal manera, que ni aun al mismo Carlos IV pude llegar a persuadirle enteramente del peligro y la inminencia del peligro, que en mi manera de juzgar, amenazaba a su Corona, y amenazaba a todo el reino. Acuérdomme de un día, presentes los ministros, mirando hacia Madrid desde un balcón de El Escorial, con qué veras, con qué vehemencia, pintando nuestro riesgo, dije al rey:

—Vea Vuestra Majestad esas llamas, tan libres al presente, tan alegres bajo este sol hermoso, sol de España, que está alumbrando ahora, donde ninguno está temiendo...; yo las veo llenas de soldados de la Francia, yo veo los

campamentos, la multitud de infantes y caballos, los trenes de campaña, el brillo de las armas, los estandartes tricolores, y los brazados de cadenas mal escondidos en los carros para aherrrojar, si es dable, al valeroso pueblo castellano: veo esa Corona hermosa que Vuestra Majestad conserva intacta hasta el presente, esa Corona de los siglos, la Corona de la virtud, que tal puede llamarse la que adorna vuestras augustas sienes, reducida o tal vez arrebatada por el águila sangrienta que adoran esas huestes, menos temibles al presente si se mostraran enemigas; más temibles por sus abrazos que por sus bayonetas.

—Yo no veo tan negro el horizonte como tú lo pintas—dijo el rey—; un atentado de esa especie debe juzgarse casi un imposible en nuestros tiempos. Esperemos un poco; mejor es aguardar que el emperador se explique el mismo que exigiérselo; él deberá explicarse y yo no dudo que lo haga de un momento a otro.

—Pero, señor—repuse todavía—, en tanto que se aguarda están entrando nuevas tropas y caminando muchas más a la frontera. ¿Se deberá aguardar a reclamar el artículo VI de la Convención secreta cuando ese nuevo Ejército haya entrado? (243).

Ningún ministro me ayudaba, y aun uno de ellos (no tengo bien presente si Cevallos, o el ministro recién nombrado de la Guerra don Antonio Olaguer Feliú se esforzó en persuadir que los cuerpos que habían entrado del segundo Ejército de observación de la Girona iban en derecho a Portugal y debían hacer parte del primero, sin que en rigor fuese una cosa digna de extrañarse que se enviase aquel refuerzo para tan grande empeño como era el de ocupar todos los puestos de aquel reino, y re-

(243) Mis lectores recordarán el texto de este artículo: "Un nuevo cuerpo de cuarenta mil hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona, a más tardar el 20 de noviembre, para estar pronto a entrar en España para transferirse al Portugal en el caso de que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarle. Este nuevo cuerpo no entrará, sin embargo, en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo a este efecto."



sistir al largo en todas sus bahías y surtideros cualquiera expedición de las que aparejaba la Inglaterra con un secreto impenetrable. Cuanto a faltarse a lo tratado en el Convenio haciendo entrar más tropas sin preceder un nuevo acuerdo de ambas partes, añadió que la amistad tan íntima con que estaban unidas las dos cortes, la actividad de Bonaparte, y las diversas atenciones que le ocupaban en Italia, ofrecían una excusa razonable de aquella falta o aquel olvido que me causaba tanta alarma.

—Ese es también mi juicio—dijo el rey:—trátese, sin embargo, esa cuestión en un Consejo extraordinario, guárdese un gran secreto, y procedamos con el pulso y la prudencia que requiere la situación presente.

Aquel Consejo extraordinario fué tenido. Pedí yo en él que señalando al Gabinete francés como una prueba de nuestra perfecta confianza y amistad haber dado paso franco hasta a unos diez mil hombres sobre el número tratado, se le exigiese suspender su marcha a España de otros catorce o quince mil que se acercaban a Bayona, hasta que, vuelto ya el emperador, se entendiesen y concertasen nuevamente las dos cortes; bien comprendido que la España no se encontraba en situación de empeñarse en nuevos gastos para la subsistencia de más tropas en sus tránsitos, y que no necesitaba auxilio alguno para guardar sus costas, como antes lo había hecho en diferentes casos con mucha gloria suya propia, a la cual no era honroso renunciarse; tanto más todo esto, cuanto el peligro que debía pararse no era grande, puesto por una parte que la Gran Bretaña, por más que se esforzase, no nos podría oponer tal número de tropas que balancease las fuerzas combinadas francesas y españolas puestas ya en campaña, y visto por la otra, que todo el Portugal se hallaba enteramente sometido y resignado de un cabo a otro de aquel reino; motivo por el cual, en vez de tropas y más tropas que sin necesidad gravasen a aquellos pobres habitantes, el mejor medio de guardarle y conservarle sin alterar los ánimos, era contar con el país y gobernarle como un pueblo amigo, de

la manera misma que por parte de Su Majestad Católica se estaba practicando en las provincias que ocupaban las divisiones españolas de Solano y de Taranco; diciéndose, además, que el rey de España, fiel y constante cual se hallaba en cuanto al exacto y esmerado cumplimiento de los Tratados concluidos, pedía su ejecución del mismo modo por parte de la Francia, sin que ésta se apartase en cosa alguna de su letra y de su espíritu, dándose de esta suerte, a vista de la Europa, la prueba más completa de la amistad sincera que reinaba entre ambas dos potencias, y de la fe inviolable con que cumplía la Francia sus Tratados y alianzas; y concluyendo, en fin, que mientras tanto no hiciesen necesario los sucesos aumentar las fuerzas militares por entrambas partes, ni precediese para esto el mutuo acuerdo de una y otra, como se hallaba estipulado, se invitaría por nuestra parte al jefe del 2.º Cuerpo de observación de la Gironda a suspender su marcha para España y a esperar las nuevas órdenes, que en armonía sin duda con las nuestras, le dirían que hiciese alto en su camino y se abstuviese de internar más tropas.

Tan moderada y circunspecta como esto que refiero, fué la propuesta que yo hice en el Consejo. Aún nos quedaba un grande escudo, que era la religión de los Tratados, acerca de la cual necesitaba Bonaparte aparentar, por lo menos, de observarla. Y era de esencia el reclamar en tiempo hábil, y no era un paso inútil mostrar a Bonaparte, que la España no era una amiga doblada a su poder, y que faltando a los deberes contraídos tan solemnemente podría empeñarse en una empresa temeraria de donde le viniera, lo primero, su descrédito; y lo segundo, un nuevo riesgo en toda Europa, encendida la guerra en la Península. Yo hablé más de una hora acerca de esto con tanto más calor, cuanto no vía más esperanza de salud que los momentos perentorios que quedaban, o para contener a Bonaparte, o para hacerle frente con las armas.

Cuando hube ya acabado, habló pri-

mero el rey y, dirigiéndome su voz, me dijo estas palabras:

—Lo que propones es lo justo, lo debido y lo que exige el honor de mi Corona; mas ¿qué se hará después, si el emperador insiste en que entren nuevas tropas?

—Señor—respondí yo—, negar la entrada con firmeza, mientras ningún motivo poderoso previsto en el Tratado pueda justificarla.

—Y si las manda entrar, no obstante—añadió el rey—, ¿qué es lo que podrá hacerse?

—Defendernos si a tal se atreve en casa ajena sin ningún motivo verdadero—dijo al rey—, hablar a la nación, decirle lo que ignora, fiar en Dios, en nuestra buena Causa y en la España.

—¡Resolución heroica, pero desesperada!—exclamó el rey.

Su Majestad hizo señal para que hablase a su turno cada uno. Todos los pareceres fueron uniformes en igual sentido que habló el rey, y yo me quedé solo sin ningún apoyo. Hubo más, que un ministro, el de Marina, el bailío Gil, un grande amigo mío, tomó el empeño no tan sólo de rebatir cuanto propuse y cuanto dije, justificando a Bonaparte en todas sus acciones, y haciendo una excepción en favor suyo en cuanto a su deber de sujetarse estrictamente a los Tratados en la persecución de sus proyectos contra la Inglaterra, sino que, a más, en el calor de su discurso, se le escapó el decir “que cuando en todo evento, Napoleón, mal informado, tuviese algunas quejas o prevenciones personales, no podían ser de ningún modo contra Su Majestad, a quien tenía prestados ante la Francia y ante la Europa entera tan grandes testimonios de amistad y de respeto; mas que temiendo acaso hallar quien se opusiese en nuestra corte a sus combinaciones y proyectos contra la Inglaterra, o quien desconociese sus intenciones manifiestas de estrechar sus relaciones y partir su gloria con la España, no era gran cosa de extrañar que se tomase una licencia a que ya estaba acostumbrado en todas partes con sus demás amigos y aliados, sin intentar por esto deprimirlos ni dañarlos, sino, al contrario, enteramen-

te engrandeciéndolos y poniéndoles más altos.” Extendióse después a pincelar a su manera con los colores más sombríos el resultado de la guerra que podría encenderse, y concluyó llorando y protestando vivamente no querer hacerse responsable por su voto de los tremendos males que venir pudiesen sobre España, por empeñar un choque en tales circunstancias con el emperador de los franceses.

Cuando acabó el bailío volví yo a hablar, y dije estas palabras:

No es mi intención hacerme muy cansado, pero debo responder alguna cosa a lo que he oído. Por no empeñar un choque ahora, en este tiempo que ha llegado y yo tenía previsto, quise empeñarlo ya hace un año, y me hallé solo como ahora... Más que esto todavía... lo que intenté yo entonces y pudo ejecutarse con fortuna casi cierta, hoy se me cuenta como un yerro. Nada ignoro de lo que dicen y se murmura en todo el reino, que yo solo soy el blanco de las quejas o del odio del emperador de los franceses, y en verdad yo no dudo de que el emperador me mire mal, pues que jamás he sometido, en cuanto ha estado de mi parte, nuestro interés al suyo. ¡Pluguiese a Dios que fuese cierto eso que dicen, porque el remedio estaría entonces en la mano, remedio, si lo es, que yo he pedido tantas veces y estoy pidiendo con más ansia cada día que pasa! Mas comoquiera que ella sea, y cuanta fuere la mala voluntad o la enemiga que el emperador me tenga, no puedo persuadirme que acerque tanta gente y que viole los Tratados con el solo objeto de hacerme a mí la guerra. Daría muy mala idea de su poder si no creyera que bastase a derribar el mío una tan sola insinuación de parte suya. Podrá ser el pretexto que él se tome para encubrir sus miras sobre España; pero la realidad la dirá el tiempo, si no se toma más camino que mostrarle confianza y abrirle nuestras puertas como las tiene abiertas en toda la Alemania. Allí, a lo menos, no hay Borbones..., queda sola una rama de esta familia augusta; esta tan sola rama es la de España. Omito aquí el hablar de otras

especies que circulan y no son para este sitio; sólo diré una cosa que es de esencia, y es que si el rey nuestro señor, que está presente, no inspira confianza al soberano de la Francia, mal la podrá inspirar cualquiera otro en quien se piense por algunos. No hablo de nadie aquí presente; pero los hay en otras partes que lo sueñan. Estos ensueños son muy malos, porque podrán entretener la opinión pública, dar una mala confianza y adormecer los ánimos en medio del peligro. He dicho más que no pensaba; concluiré sólo con decir, sin necesidad de hacer protestas, que si se deja entrar más tropas y sobreviene una catástrofe, la postrera injusticia y la más grande de mis enemigos será tal vez, serálo ciertamente, de hacerme responsable de cuanto aconteciere, cual si no hubiera hecho cosa alguna ni querido hacerla para salvar la patria y la Corona de mis reyes. No tendré entonces más defensa que el testimonio augusto de Sus Majestades, y el que me sabrían dar en tal extremo vuestras excelencias, si tan funesto porvenir como entreveo, Dios no lo quiera, se cumpliera.

Fácil habrá de ser a mis lectores concebir con cuántas veras volví a pedir a Carlos IV mi retiro. ¿Quién que me lea de buena fe podrá creer que alguna especie de ambición me retuviese todavía de propia voluntad, cabe la orilla de un abismo que se abría, sin que siquiera fuese dueño de poner delante de él alguna valla, rodeado de enemigos cual me hallaba, tibios y amedrentados los que podían llamarse mis amigos, contraria la corte toda, y el rey mismo, a mis consejos? Mas mientras más difícil se hacía mi posición, más me amarraba Carlos IV al pie del solio cercano a desplomarse (244).

He aquí, no obstante, un medio de prepararse en lo posible a todo even-

to, que aún le propuse a Carlos IV. Casi en los mismos días, el general Junot (sin duda porque así se lo mandara Bonaparte), contándome el feliz suceso de su empresa y la quietud del Portugal, me escribía y me invitaba, como por una especie de consejo suyo de amistad, a que me trasladase al Alentejo, "para hacerme, decía, amable y familiar con los que habían de ser mis pueblos, y para hacer aquella esquina, que había de ser en breve tiempo propia mía, impenetrable a los ingleses".

Posición falsa, deleznable y vana como era la que Junot me proponía, era en verdad menos expuesta que la que yo tenía en la corte sin más cimienta ni más fuerza que el buen querer de Carlos IV. Yéndome al Alentejo, a la primera demasía que hubiese cometido Bonaparte contra mis reyes y mi patria, hubiera allí podido por lo menos levantar el Portugal y dos terceras partes de la España, reunir un grande Ejército, ponerme sin estorbo en relaciones con muchos Gabinetes y abrir en una extrema a la Inglaterra nuestros puertos. El rey habría tenido un punto cierto donde poder salvarse, y entonces, si, la España hubiera visto en mí no un ambicioso, sino un amigo suyo verdadero, hubiera visto quién la amaba, quién era el ambicioso, quiénes sus enemigos, y quién miraba su interés en vez del propio que buscaban mis contrarios. No quiso Dios tampoco que este consejo se cumpliera. Mostré yo al rey aquella carta, hice mi comentario y le expliqué mi pensamiento con los colores más alegres y más vivos que yo pude.

—Si, lo que yo no espero—añadí luego—, se cumplen los Tratados y Bonaparte se conduce noblemente, en mi mano estará, como ya dije en un principio a Vuestra Majestad, el renunciar el principado para que dé la investidura

(244) Para formar completo juicio de la mala fe con que mis enemigos han contado la historia de aquel tiempo, bastará observar que ninguno de ellos ha hecho mención de aquel Consejo, en que, con tanta pena mía y con tan gran desprecio de mi voto, se abrió la puerta a Bonaparte. ¿Dirán que lo ignoraron? No pasaron dos días sin que se refiriese en todas partes a la letra cuanto había

pasado en el Consejo, formándose argumento sobre esto de que mi caída era infalible, visto que Carlos IV había dado tan gran muestra de sustraerse a mi influencia. Faltó sólo encargarme cara a cara; pero llovieron los anónimos, en que juntaban al sarcasmo la amenaza de que vendrían las tropas a quien quería negar la entrada, y que vendrían tan sólo en daño mío.

ra a otro hijo suyo. Tal vez también que mi retiro al Portugal pudiera deshacer cualquier desconfianza que altamente Bonaparte sobre mi influencia en la política de España. Tal vez, señor, también, esa facción que no sosiega y que trabaja siempre en contra mía, se diera por contenta...

—No— dijo Carlos IV interrumpiéndome—: te voy a hablar sin ningún velo; esa facción trabaja a lo exterior en contra tuya, pero en la realidad, y más que todo, en contra mía; yo tengo mis tormentos y mis aflicciones muy profundas que no debo ya ocultarte. Yo he comenzado a sospechar de nuevo de Fernando; temo que tenga relaciones más o menos íntimas con tus enemigos y los míos; temo que Bonaparte intente un juego doble, y que, moviéndose una guerra, me pongan a Fernando de su parte, y haga una división escandalosa que sea la perdición de mis vasallos inocentes, y el último desdoro a mi Corona y mi persona, porque no dudo que en tal caso él triunfaría contra su padre, y la nación se vería en manos y a merced de Bonaparte. ¿Qué le podría pedir entonces a mi hijo que se atreviese éste a negarle? Estas son penas, Manuel mío; me sobran fundamentos para tener estos temores; Fernando no se abre ya conmigo como después de haberle perdonado solía hacerlo; no una vez, sino muchas, le he visto que se turba y se atraganta en mi presencia; veo yo en su corazón no sé qué mala letra muy borrosa que no entiendo; divaga siempre que le hablo, y en una sola cosa se dilata y fija con placer, que es en hablar de Bonaparte con grande elogio y entusiasmo. Nada de lo que pasa en lo interior llevo a saberlo por la boca de aquellos que debieran advertirlo y darme luego cuenta; en los ministros veo también una reserva sospechosa que nunca había notado en ellos; no sé de quién fiarme; comienzo ya a notar como una especie de esquivar, de precaución o de frialdad, no sé cómo explicarlo, en más de una persona de mi corte. ¡Y tú te quieres ir, el solo hombre de quien podría fiarme sin ningún escrúpulo, a quien ni Bonaparte ni mi hijo podrían ganar en con-

tra mía! En cuanto te ausentases con tan nobles intenciones como has dicho, verías doblarse las intrigas, y la facción lanzar un grito de victoria, y caer tal vez de mi cabeza la Corona antes que venga Bonaparte, si es que viene. Más confianza tengo en él que en los malvados que inspiran a mi hijo. Ahorremos una guerra, que a estar yo cierto de él, sería el primero en resolverla fiándole a mis pueblos; no estando cierto de él, vale más sacar partido a fuerza de amistad y deferencia a Bonaparte, que exponernos a verle a la cabeza de una facción traidora que va creciendo cada día. Mantente aquí, busquemos vado en la política, y esperemos también en Dios, que ve mis intenciones. Si a pesar de ellas viniera una desgracia, la partiremos juntos, y servirános de consuelo, por lo menos, no haber sido causa de ella.

Véase, pues, ya de qué manera fué dejada libre entrada a las legiones del Imperio; cuál fué el durísimo conflicto en que fué puesto el ánimo del rey, y cuál mi posición sin facultad ninguna para oponer a aquella entrada ni aun las reclamaciones ordinarias que en tales casos son debidas, y sin ninguna otra defensa que me fuese permitida para guardar la Monarquía, sino el infelizísimo recurso de una política pasiva y expectante, en circunstancias tan premiosas, con un hombre como el emperador de los franceses. Y lo que yo no quise, y lo que yo no hice ni fué hecho sino por el Acuerdo, convertido por el rey en mandamiento, de los que hablaban y votaban en la sombra, ora ya sometidos a la facción del príncipe, ora ya por lo menos temerosos de la osadía y la confianza con que los conjurados se mostraban, a mí después me fué imputado, a mí, que había luchado tanto tiempo hacía por conjurar aquel nublado, a mí, que, atacados pies y manos, mofado ya y escarnecido por las artes de mis enemigos y acometido en las tinieblas, ni aun era dueño de pedir consejo y asistencia a los que no sabía si eran amigos o enemigos. Jóvenes españoles que nada de esto visteis, preguntad a vuestros padres, si es verdad que les fué dicho que yo quería arrui-

nar al príncipe de Asturias y arrogarme el dominio de la España, y de qué modo fué propuesta y fué creída aquella especie venenosa; preguntadles, también, si los que en aquel tiempo proclamaban la inocencia de Fernando, les hicieron creer que había yo sido autor o instigador de aquel proceso que le fué formado sobre calumnias mías dispuestas de antemano, y si es verdad, también, que provocado por tal modo el odio general en contra mía, y dando por sabido mis contrarios que el emperador de los franceses tomaba voz y causa por el príncipe, la seducida muchedumbre se alegraba de ver entrar las nuevas tropas, cuyo objeto le hacían creer que no era más que levantar la España a un alto grado de prosperidad y de poder bajo Fernando el Deseado!... Vuestros padres lo vieron todo, y sorprendida su lealtad por largo tiempo, vieron después los tristes desengaños que os habrán contado; y de deciros tienen de qué modo vieron con el tiempo que Fernando fué culpable y un instrumento lamentable de la facción proterva que ha pesado tantos años sobre España, armada de cadenas y suplicios y anegada en vuestra sangre. Todo esto os lo dirán con muchas cosas más que yo no cuento por lealtad y por respeto al hijo de mis reyes. Y por si acaso no se acuerdan con viveza de lo que pasó entonces cuando ya no era yo parte para salvar la España, contaránlo mis propios enemigos, los que bajo el reinado de Fernando y bajo la influencia y las inspiraciones de su corte, descubren y refieren ellos mismos cuál era la opinión que prevaleía en España en aquel tiempo, en que yo solo, reluchando inútilmente sin serme permitido ni aun reclamar lo que pasaba, cayeron sobre España sin cuenta ni medida los Ejércitos franceses:

“El general Dupont (dicen los autores de la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*) (245), comandante del segundo cuerpo del Ejército de la Gironda, entró en Irún el 24 de diciembre, aunque, según el

Tratado, la entrada de aquel Cuerpo no debiese tener lugar sino en el caso de moverse los ingleses para defender el Portugal, en el cual no se estaba, puesto que el bloqueo del Tajo no podía calificarse de defensa de aquel reino, ni menos todavía las simples amenazas de un desembarco que hubiesen proyectado hacia la parte del Occidente.

“Se reunieron, entre tanto, nuevas tropas en el departamento de los Pirineos Orientales, y cada día se descubría más claramente un proyecto de invasión; pero convencidos los españoles de que las tropas francesas venían destinadas para obrar en favor del príncipe de Asturias, y aunque no viesen con placer aquellas tropas extranjeras, las trataban con una sincera cordialidad, y no se quejaban de los sacrificios indispensables que pedía su subsistencia (246). Dupont continuó lentamente

(246) Al leer esa voluntaria y paladina enunciación de mis mayores enemigos, a cualquiera podrá ocurrirle preguntar:

1.º ¿De dónde procedía este convencimiento y este error en que fueron puestos no todos, como ellos dicen, pero sí un gran número de españoles de todas clases, de que aquellas tropas venían en favor del príncipe de Asturias? ¿Por quién fué derramada aquella especie y por quién acreditada, hasta el punto de formar un convencimiento? Ciertamente, no pudo ser por mí ni por ninguno que mantuviese su lealtad a Carlos IV. Fué, pues, por la facción, que, unida estrechamente con el traidor agente de la Francia, y engañada por él, difundió aquel error y extravió la opinión pública, haciendo nulo de este modo cuanto pudiera haberse opuesto por mi parte o por parte del Gobierno, pues se debía pensar que desmentir la tal especie no podía ser sino por miedo del gran golpe que la Francia preparaba contra Carlos IV o contra mi influencia.

2.º Pues la facción creía que las tropas imperiales se internaban en favor del príncipe de Asturias, y que esto hacía que el pueblo las mirase y recibiese con cordial afecto, como cuentan los autores de esta obra, ¿qué es lo que iban a hacer las tropas imperiales, o, por mejor decir, qué era lo que aguardaba la facción de la venida de estas tropas? ¿Era librar al príncipe de los procedimientos de la causa fulminada en San Lorenzo? Mas Fernando, a los cuatro días de principiada aquella causa, había ya sido perdonado por su padre. ¿Era porque se hallase en su desgracia y se encontrase maltratado u oprimido? Pero tras del perdón volvió a la gracia de su padre a pocos días, y Carlos IV se había puesto con Fernando bajo un pie de intimi-

(245) Libro I, págs. 228 y 229 de la traducción francesa.

su marcha hacia Valladolid mantenándose siempre en la dirección del Portugal, para no dar a nuestra corte motivo justo de quejarse, y cubrirse, además, con los artículos del funesto Tratado de Fontainebleau (247). Las sospechas e inquietudes de nuestro Ministerio se aumentaban por instantes y fueron extremadas cuando, en 30 de enero, entró en Irún Moncey con un refuerzo considerable, y cuando cuatro días después, el general Duhesme, sin pasaporte, sin el consentimiento de nuestro Gabinete, y sin que ni aun siquiera nos hubiese dado un simple aviso el embajador Beaurnhais, penetró en Cataluña por la Junquera con doce mil hombres."

Es digna de observarse aquella mala fe con que, contando estos autores las supuestas inquietudes de nuestro Ministerio por la inundación de tantas tropas que llegaban sin ningún aviso ni concierto, no dicen nada de las más, las únicas que fueron verdaderas, mucho más que inquietudes, vista cierta de la catástrofe inminente de mi patria sin

dad la más perfecta, y había llegado hasta el extremo de escribir a Bonaparte y de mostrarle su paternal agrado acerca de las bodas que Fernando había pedido y deseaba. ¿Qué era, pues, ya lo que faltaba, y qué tenían que hacer en favor suyo las tropas que avanzaban en tan crecido número? Grande empresa debía de ser la que se imaginaba la facción, no la de derribarme, que era muy poca obra para tanta gente, sino la de ponerle la corona y obligar a Carlos IV a retirarse. Tal era el gran proyecto ya amasado, no que el embajador fuese tan lejos en los planes de su corte, mas sí que hiciese concebir esta esperanza para allanar la España y alimentar aquel partido que debía allanarla, y embaucar los pueblos en favor de los franceses; yo, entre tanto, encargado sin ningún apoyo de guardar el reino y la corona de mis reyes.

(247) Funesto llaman aquí el Tratado de Fontainebleau los autores de esta obra, y es de notar que escribían bajo el dictado o bajo la inspección de don Pedro Cevallos, ministro por segunda vez en aquel tiempo de Fernando VII, y que aquel mismo ministro, siéndolo de Carlos IV, dijo a don Eugenio Izquierdo "que los Tratados de Fontainebleau eran los más ventajosos de cuantos había hecho la España en tiempos anteriores, y que por ellos se había logrado lo que por dos siglos había negado constantemente la Francia aun a su misma dinastía, reinante en España". Y ¿para qué se hicieron aquellos Tratados

ningún medio de salvarla. De nadie tenía ayuda; los ministros del rey estaban ya ganados por los conspiradores; sus ojos no veían sino un reinado nuevo, un aliado poderoso y complaciente que se movía a servir el pensamiento y los deseos de la facción del príncipe, para tener en él un aliado decidido en los caminos de la gloria, un reinado que se acababa, y otro que estaba preparado y pronto ya a manifestarse; un señor nuevo y una corte nueva que debía componerse preferentemente de aquellos servidores que, a cuál mejor, hubiesen dado pruebas de adhesión y de servicio al que debía ceñirse la Corona de su padre bajo la iniciativa y el amparo del emperador de los franceses. Si tenían inquietudes los ministros, eran tan sólo de la suerte que podría tocarles en el cercano advenimiento que creían y que aguardaban del príncipe de Asturias. Los que lograron pervertir la opinión pública y hacer creer que los franceses se amontonaban en España para ensalzar y guarecer al príncipe Fernando, fueron también los due-

sino para impedir que Bonaparte nos inundase con sus tropas, a pretexto de la invasión del Portugal? Funesto fué que Bonaparte los violase; mas no funesto que se hubiesen hecho para poner un dique a su ambición; y dique hubieran sido, ciertamente, si hubiera respetado en ellos, cual su mismo interés lo requería, la fe de las naciones cuya sagrada égida le fué opuesta por aquellas transacciones, a duras penas conseguidas. ¿Fué voluntario de mi parte que se le abriera el paso que pedía y que él podía tomarse, triunfante ya de todo el continente y poderoso, con cerca de un millón de combatientes? ¿Me dormí un año antes, cuando siendo tiempo y ocasión casi segura y evidente de poner coto a su poder quise entrar tan de veras en la coalición de la Prusia, de la Rusia, la Suecia y la Inglaterra? Cuando me vi frustrado, con tan gran desaire mío, de llevar a efecto aquel intento, ¿quedó por mí que se quitase a Bonaparte la ocasión de pedir paso a sus Ejércitos para invadir el Portugal, cuando propuse, y no fui oído, ocupar el Portugal por nuestras armas mientras aquél se hallaba tan distante de nosotros y empeñado en la Polonia con los rusos? De esto tengo ya hablado muchas veces largamente; sólo pretendo aquí que mis lectores no lo olviden, y que observen conmigo que todos mis contrarios, a una voz, han improbadado mi proyecto de asociar la España a aquella coalición tan poderosa, tachado en esto por el mismo Escoiquiz de perfidia.

ños de persuadirlo a los ministros: y los que oían a todas horas que se acercaba mi caída con estruendo, temían participar de mi desgracia, si no se daban prisa a abandonarme y a dar pruebas de ser contrarios míos concurriendo al gran plan que la facción traía entre manos, ella no menos engañada por Beauharnais y sus demás amigos de la Francia. Puesto yo en tal estado, no solo abandonado, sino, además, vendido por los que al menos, si no a mí, era de su deber unirse a Carlos IV y sear leales a aquel rey que fiaba en todos ellos su existencia y su Corona, ¿quién será tan cruel que me haga cargo del peso de trabajos y aflicciones que vinieron sobre España?

Pudiera alguno preguntarme con qué pruebas culpo a los ministros. Cosas son éstas en verdad más propias a ser vistas que contadas. Lo que yo veía en ellos, lo que yo notaba tan diferente de otras veces, los colores del disimulo y la doblez pintadas en sus rostros mal compuestos, la insignificación de sus palabras tan lisonjeras como vanas, cierto estudio que yo observaba en todos ellos de evitarme, cierta manera de mostrarse y de tratarme semejante a la que tiene un heredero que está ansiando el último suspiro del que muere, y viene tal cual vez a confortarle con albricias y esperanzas que él no cree, de aquella vida que se escapa por instantes; ver acercarse el mal y no temerle, y trabajar en aquietar a Carlos IV sobre los peligros que amagaban y cada vez se hacían más claros y evidentes; saber lo que se hablaba a descubierto en todas partes, que nadie lo ignoraba, y no sólo ocultarlo a Carlos IV, mas desmentir cualquiera voz que le llegase de estas cosas, he aquí pruebas de que no sé si queda algún testigo de aquel tiempo, que hubiese visto bien lo que pasaba en nuestra corte.

Empero hay otra prueba, un hecho que es notorio, una ilación que salta luego delante de los ojos. No sólo mis parientes, sino también cuantos por punto general fueron tenidos por amigos míos, sufrieron más o menos en los días que me asaltaron mis contrarios; nadie fué perdonado que no se hubiese

vuelto en contra mía y no añadiese alguna cosa a los furios de las plebes sobornadas e instigadas, nadie que se mostrase o se tuviese por leal a Carlos IV, o que dejase ver algún indicio de dolor por la aflicción y la violencia que sufría su soberano. Hasta el ilustre Moratin, que me había dedicado algunos versos, no de los hombres más frecuentes en hacerme obsequio, pero a quien hice algunos bienes, siempre extranjero a todas cosas de política y gobierno, fué embestido en su casa y maltratado.

Mas he aquí una excepción: Cevallos, tan cercano a mí por amistad y parentesco por nuestras relaciones tan inmediatas y tan íntimas en los negocios de gobierno y de política, por gratitud también y por afecto personal que nunca había encubierto y de que acostumbraba hacer alarde con palabras y con obras, Cevallos es el único de entre la multitud de mis amigos, deudos y allegados, a quien respeta el populacho que la facción ha sublevado, contra quien no se oye un solo grito, a quien sonríen las turbas, de quien el nuevo rey hace excepción, y hace un elogio por medio de un decreto (248), a quien entrega y fía la nave del Estado en tales días, y bajo cuya guarda pone la Corona recién tomada de su padre en un tumulto. No, no era de lograrse una excepción tan singular, un honor tan subido, ni tan inmensa confianza por quien no hubiese dado grandes pruebas de haberme renegado enteramente, de haber obrado en daño mío y haber minado mis caminos, por quien, en fin,

(248) He aquí la letra del decreto de Fernando: "Aunque don Pedro Cevallos, mi primer secretario de Estado y del Despacho, ha hecho renuncia en mis manos de este encargo por varias razones que me ha expuesto, no he venido en admitirla, pues me consta muy bien que, sin embargo de estar casado con una prima hermana del príncipe de la Paz don Manuel Godoy, nunca ha entrado en las ideas y designios injustos que se suponen en este hombre, y sobre los que he mandado se tome conocimiento, lo que acredita tener un corazón noble y fiel a su soberano, y del cual no debo desprenderme: siendo mi voluntad que así se publique y llegue a noticia de todos mis vasallos. Tendréislo entendido para su cumplimiento.—Yo, el rey. En Aranjuez, a 21 de marzo de 1808.—Al marqués Caballero."

no habría tenido una gran parte en los sucesos con que acabó el reinado del que le había favorecido con su entera confianza siete años.

Del marqués Caballero todos saben, y él lo ha escrito, que fué siempre mi enemigo. Y él fué quien contrarió por todos medios la defensa y el viaje que yo intentaba al Mediodía para salvar al rey y a toda su familia, y contener a Bonaparte desde lugar seguro, o por las armas del honor, a vista de la Europa y en libre relación con toda ella, o por las armas invencibles de los generosos pueblos castellanos; viaje y defensa que Fernando, seducido por sus amigos y parciales, miraba con horror, porque temía perder la protección y la amistad del que le hacían creer venía a ponerle la Corona. Y el mismo Caballero, el ministro de la Justicia, custodio de las leyes cual debía serlo por su oficio, él fué quien obligó con fieros y amenazas al Consejo Supremo de Castilla a registrar y publicar la abdicación de Carlos IV hecha en el ruido de un tumulto sin permitir a aquel Consejo ni aun oír a sus fiscales sobre un acto de tan grave trascendencia. Premiado estaba de igual modo que Cevallos por la conservación del Ministerio que tenía bajo de Carlos IV, como también el bailío Gil, ministro de Marina, que me hizo frente hasta zaherirme y vulnerarme en el Consejo, para impedir se disgustase a Bonaparte por la reclamación de los Tratados y por la negación de ulterior paso a sus Ejércitos (249). Más tibio, aunque también

(249) De entre las personas que, conforme a las listas de la facción, fueron vitoreadas en los tumultos de Aranjuez y de Madrid, fué una de ellas Caballero. Pero aún los mismos hombres de la plebe, que recibían su sueldo para excitar y dirigir la voz del pueblo, no acertando a aclamar de una manera seria a aquel ministro tan desopinado, obediendo en darle vivas, las mezclaban con dieterios, y gritaban: ¡Viva el pícaro Caballero! Dirá alguno, tal vez, que, a pocos días de entronizado el príncipe de Asturias, fué retirado Caballero, y que probaría no haber servido a la facción de una manera firme y decidida. Pero sabido es (y el mismo Escoiquiz habla de esto en su *Idea sencilla*) que Caballero tuvo la desgracia de ofender a este canónigo, porque se había tardado cuatro días en dirigirle la Real Orden en que Fernando

susmito a la facción y en defección con Carlos IV, no menos que conmigo, don Antonio Olaguer Feliú, ministro de la Guerra, recibió su retiro con un cumplido testimonio que el nuevo rey le despachó de hallarse complacido de sus actos. Sólo el de Hacienda, el infeliz Soler, previsto y señalado para muerte, víctima de expiación, como otras muchas, en quien debían vengar los que triunfaban el atentado enorme de pretender volver a la Corona los bienes que eran suyos, y de tocar en el vedado de los bienes de la Iglesia aun con la permisión del Papa, sólo Soler no fué buscado para apostatar de Carlos IV (250).

Cuento estas cosas antes de haber llegado al fin de los sucesos, para hacer ver a toda luz cuál era ya mi posición y el abandono en que me hallaba sin ningún amparo y sin ninguna ayuda, cercado enteramente de enemigos, en los postreros meses del reinado. Esta

le llamaba, intriga por la cual pretende Escoiquiz que quiso retardar viniese a darle sus consejos. De aquí fué su caída; mas, sin embargo, he aquí un decreto de este príncipe que, aún alejándole de sí, da un testimonio a sus servicios: "Habiendo tenido por conveniente nombrar gobernador de mi Consejo Supremo de Hacienda al marqués Caballero, secretario que ha sido de Estado y del Despacho Universal de Gracia y Justicia, en atención a sus buenos servicios y señaladamente al mérito que ha contraído en las últimas ocurrencias del reinado de mi augusto padre: y asimismo conceder su retiro de secretario de Estado y del Despacho Universal de Guerra al teniente general don Antonio Olaguer Feliú, que ha servido este destino a mi satisfacción, he venido en nombrar para el empleo de mi secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia a don Sebastián Piñuela, y para el de secretario de Estado y del Despacho de Guerra al teniente general don Gonzalo O'Farril, etc." La fecha de este decreto es de 6 de abril de 1808, y podrá verse original en las *Gacetas* de aquel tiempo, como el anterior que ya cité, expedido en favor de don Pedro Cevallos.

(250) Don Miguel Cayetano Soler, de quien la historia de aquel reinado contará haber sido uno de los ministros más íntegros que ha tenido la Real Hacienda, y por cuya muerte quedó su familia sin pan, fué asesinado en el Corral de Almaguer por una banda de hombres criminales, que le buscaba después de haber asaltado y destruido su casa en Madrid. Salía de oír misa y le acompañaba un monje jerónimo de El Escorial.



invasión de los parciales del príncipe de Asturias que había ganado a todos los ministros, menos uno, que estaba reservado a sus venganzas, penetró por todas partes, sin escaparse de ella ni aun los mismos consejeros de Castilla. Si alguna cosa podía dar un gran sacudimiento para acallar de deslumbrar a los incautos pueblos y arrastrarlos en favor del príncipe de Asturias, era ganar los jueces que debían fallar la causa seguida contra los seductores de aquel príncipe. Fiel a las leyes Carlos IV como ningún monarca de la España, y enemigo (como yo también me mostré siempre) de Tribunales especiales y arbitrarios, cometió aquella causa, aun perdonado ya su hijo, al Tribunal Supremo de sus reinos, al aerópago castellano, en donde no había ejemplo de un prevaricato en punto de justicia. Tres consejeros de Castilla formaron el proceso y once debían juzgar y sentenciarlo (251).

Consiguiente al perdón que tan de buena fe y con tan gran largueza tenía dado al príncipe Fernando, su intención era usar misericordia con los que habían de ser juzgados; pero quería también que antes de usarla, fuésc oída y entendida la voz de la justicia. Se escasearon los rigores, o, por mejor decir, no hubo rigores, no fué una cárcel ni una torre, sino una celda cómoda, de las que se habitaban por los monjes, la prisión de cada uno; no se incomunicaron sino pocos días, no se cerró la entrada a sus familias y parien-

(251) Los jueces nombrados para sustanciar la causa de los reos declarados por el príncipe de Asturias fueron don Arias Antonio Mon, decano gobernador interino del Consejo; don Sebastián de Torres y don Domingo Fernández Campomanes, ministros del mismo Consejo, asistidos por el alcalde de corte don Benito Arias de Prada, en calidad de secretario. Concluida la sumaria, fué nombrado para fiscal el más antiguo del propio Consejo, don Simón de Viegas. El Tribunal Supremo que debía sentenciarla, y la sentenció, se componía de los tres consejeros que la sustanciaron y de los ocho siguientes: don Gonzalo José de Vilches, don Antonio de Villanueva, don Antonio González Yebra, el marqués de Casa García, don Andrés Lasauca, don Antonio Álvarez de Contreras, don Miguel Alfonso Villagómez, consejeros de Castilla, y don Eugenio Álvarez Caballero, del de Ordenes.

tes; ninguno fué afligido con la presencia de una guardia; su solo carcelero era el honor de cada uno; Infantado tenía su espada que yo mismo le había vuelto (252). Tanta dulzura usada con aquellos reos, dulzura consiguiente a la que el rey había tenido con su hijo, y bajo cierto aspecto necesaria por la violencia que fué hecha a la justicia sustrayendo aquel príncipe al proceso, tanta dulzura, por mayor desgracia, dió nuevo texto a la facción para argüir aquel procedimiento de infundado y de fantástico. Confesaban en tanto sus delitos los culpables; cuanto Fernando había depuesto en contra de ellos, reconocieron ser verdad, cubriéndose tan sólo con disculpas y pretextos especiosos. Reos eran de delitos que en todas las naciones y en todos los Gobiernos, lo mismo que en España, son mirados como altos crímenes de Estado; y en tales circunstancias como aquéllas, en que se hallaba el reino amenazado por la ambición de Bonaparte, no tenían linde ni medida algunos de estos crímenes. Convictos y confesos Escociquiz e Infantado, pidió el fiscal la pena que la ley impone a los traidores, contra ellos; pena que ciertamente hubiera conmutado Carlos IV, pena que pronunciada por el Consejo de Castilla hubiera confundido las calumnias con que atacaba la facción no mi honor solamente, sino el de Carlos IV en alto grado; sentencia merecida que hubiera puesto en hito a toda España de las tramas y traiciones que se urdían tomando por pretexto la lealtad y el amor que se debía al príncipe heredero, calumniado, como losaban, por su propio padre. No quiso Dios tampoco darles fuerza a aquellos Magistrados. Los reos fueron absueltos;

(252) El duque del Infantado me había enviado oficiosamente su espada por mano de don Francisco Carmona, gobernador del Real Sitio de San Lorenzo, como a su jefe superior en calidad de generalísimo. Yo se la devolví y mandé decirle que, no encontrándose bajo el peso de un proceso militar, no era a mí, ni a ningún otro jefe de mi jurisdicción, a quien debía entregarse su espada, y que aun dado el caso de que a mí me hubiese podido pertenecer recogerla o recibirla, se la hubiera vuelto también bajo su palabra de honor a ley de caballero.

a la unanimidad, los once jueces declararon *no resultar ninguna culpa contra los acusados, y ser hallados dignos de continuar en sus empleos y ocupaciones, con más las demás gracias a que la inalterable justicia y clemencia del rey los pudiese hallar acreedores* (253).

Hoy se admirará cualquiera de este fallo, porque ninguno ignora hasta qué grado eran culpables aquellos reos absueltos. No así entonces, cuando los pueblos no sabían lo que pasaba, y la facción del príncipe clamaba en todas partes al oído, que Fernando y sus amigos eran todos inocentes, y que el proceso era una trama que, ansioso de perderle, había yo urdido. ¿Qué faltaba para dar fuerza a estas imputaciones tan odiosas como injustas? ¡Una sentencia, cual fué dada, por once consejeros de Castilla!... La buena fama que gozaban aquellos magistrados no era inferior al alto grado de sus puestos; ¿quién no debió creer lo que se hablaba y divulgaba por los parciales de Fernando, y quién podía volver por el honor que la sentencia le quitaba a Carlos IV, ni cómo defenderme yo a mí mismo de inculpaciones tan atroces que parecían justificadas! El silencio, el silencio (silencio no del miedo, sino de abnegación y lealtad pura) ha sido quien me ha puesto y me ha tenido tanto tiempo al blanco de las iras de mis enemigos, tal como Prometeo encadenado en la montaña, abierto el pecho, más que a un buitre, a la calumnia aún no saciada enteramente. Cuando aquel fallo escandaloso subió en consulta al rey, su primera resolución fué publicar la causa entera por medio de la imprenta y hasta la carta misma que la reina había guardado y escondido.

—¡Mi honor! ¡Mi honor antes que la Corona!—decía a gritos.

Y yo, ¡infeliz de mí!, yo trabajé para aplacar su justa ira, ayudado, podré decir esta vez sola, por el ministro Caba-

llero (254). Erré tal vez en contener y en aplacar aquella ira; pensé que no era tiempo de aventurar una medida que podría dar pretexto a Bonaparte para justificar un rompimiento con nosotros; agnardé a ver más claro, si era dable, en el nublado espeso que cubría nuestro horizonte; temí una guerra en lo interior, amenazado el reino de otra externa: no tengo más disculpa, si erré en aconsejar aquel silencio. ¿Querrán saber algunos lo que don Arias Monosó decirme algunos días después de presentada la sentencia? He aquí a la letra sus palabras:

Cuando el principal acusado ha obtenido la clemencia real, y mañana o el otro podrá llegar a suceder que empuñe el cetro, ¿nos tocaba a nosotros condenar a los que han sido sus agentes? ¿Se puede hacer justicia en tales circunstancias como las del día?

Tal manera de producirse un presidente del Consejo de Castilla muestra

(254) Este ministro fué el principal agente que trabajó en corromper, o, por mejor decir, en intimidar a aquellos consejeros. El que a los mismos reyes había dicho que Fernando había incurrido en pena capital por su conducta, el que precipitó el proceso y le dió fuego en un principio, él mismo, ya ganado y corrompido, como tantos otros de la corte, sacó a salvo, puros e inocentes, a los instigadores de Fernando, doblemente culpables que el pervertido príncipe. Nadie dirá que hablo por conjeturas y sospechas: él propio se ha alabado de esta obra y lo ha dejado por escrito (\*). Echado de la liga de los que había servido, por ellos mismos perseguido, y prófugo de España, llama ingratos a Escoiquiz y a Infantado, a quienes dice que evitó saliesen a un cadalso. A lo que digo yo: si merecían tal pena, y consiguió salvarlos, claro está que él fué el autor o el promotor de aquella afrenta a la justicia y a su rey. Si no hubo nada en que doblar la conciencia de los jueces para salvar a aquéllos, una de estas dos cosas: o Escoiquiz e Infantado se hallaban inocentes, y aquellos once jueces intentaban, no obstante, condenarlos, cosa que es imposible suponerla; o hallándolos sin culpa se encontraban prontos a absorberlos; en este último caso, nada tenía que hacer para salvarlos; que los quisiesen condenar siendo inocentes no es creíble; luego si los salvó como él se jacta, debían ser condenados, y él fué quien, de cualquier manera que lo hiciese, promovió el prevaricato.

(253) He aquí los nombres de los reos por el orden mismo de la sentencia: don Juan Escoiquiz, duque del Infantado, conde de Orgaz, marqués de Ayerbe, Andrés Casaña, don José González Manrique, Pedro Collado, Fernando Selgas, don Juan Manuel de Villena, don Pedro Giraldo de Chaves, conde de Berrios, y Manuel Rivero.

(\*) En su carta a don Juan Llorente de 15 de mayo de 1815.

sobradamente cuál era ya el estado en que tenían a España los que, tomando el nombre del príncipe de Asturias y del emperador de los franceses, fomentaban la idea de un próximo reinado lleno de ventura. La anarquía había ya entrado en las alturas del Gobierno, y Carlos IV estaba solo. En situación tan extremada yo vía mi perdición casi segura; mas si antes le había instado tantas veces porque me concediese retirarme, miré como una infamia abandonarle cuando le vi tan solo y cuando más que nunca reclamaba mi asistencia. Vía también a mi patria, y vía de qué manera se estaba preparando por tantos hombres ciegos su entera perdición, o, cuando menos, su desmedro o su ignominia. "Aun cuando fuese cierto—decía yo en mi soledad—que Bonaparte se proponga entronizar al príncipe de Asturias, ¿lo hará sin recompensa? La integridad de España, guardada felizmente entre tantas mudanzas y trastornos de la Europa, ¿quedaría a salvo de sus uñas? Y ¿en dónde se ha metido ese gran hombre a proteger que no haya hecho tributarios y verdaderos feudos suyos los pueblos protegidos; o qué otra cosa son los príncipes que ha hecho o agrandado sino prefectos de su Imperio? ¿Se volverá la España otra caserna más para las tropas imperiales, como la Italia y la Alemania? ¿Intentará Napoleón hacer arder y enfurecerse entre nosotros dos partidos poderosos y enemigos, interponerse luego a fuer de mediador y secuestrar o desmembrar el reino a su provecho?" Todo podía pensarse cuanto al fondo, excepto la manera con que después dió cima a sus designios.

Cierto de un mal muy grande que caminaba aprisa, sin que en tanto me fuese dable adivinar lo que aún el mismo emperador no había resuelto todavía cuanto al tamaño y a los medios de su ruin hazaña, me desvelaba imaginando algún recurso que bastase para desconcentrar los planes de aquel hombre tan inquieto, tan soberbio y tan osado. Yo lo afirmo, yo lo aseguro, y no es difícil de creerse comprendida la situación en que me vía encerrado:

persuadido cual me encontraba de que sólo la unión de sentimientos y de objeto podía salvar la España, hubiera aconsejado a Carlos IV, como un medio y un heroico sacrificio, la abdicación de su corona en la persona de Fernando, si éste no hubiera estado ya medio vendido al emperador de los franceses por los que le inspiraban la pretensión funesta de aliarse a su familia y hacerse un deudo suyo; triste alianza, que llevada a efecto y coronado el príncipe, hubiera equivalido a abandonar a la política absorbente del Imperio los destinos de la España. Bajo su nombre, entonces tan querido, habría dispuesto de ella Bonaparte a su albedrío, sin dejarle en su rey nuevo más que un fantasma de monarca, y prisionero suyo más seguro sobre el trono que en la jurisdicción de Valencia, porque la España, sorprendida y engañada de aquel modo, o nunca se habría alzado o habría acudido a hacerlo ya muy tarde, cuando no era tiempo.

¡Oh! Que si el príncipe Fernando, con su ambición del solio tan premiosa, hubiera a más tenido los talentos y las virtudes necesarias para salvar la España, y defender su casa en la terrible crisis que ofreció aquel tiempo, y que movido y agitado por sus ineptos y malvados consejeros había tan gravemente complicado, a mí me habría debido ceñirse antes del tiempo señalado la corona; y lo diré también: que si hubiese yo amado menos a mi patria del alto grado en que la amaba, habría adoptado ciertamente un medio tan seguro de desmentir las duras prevenciones con que habían trastornado mis contrarios la cabeza de aquel príncipe, haciéndole creer que yo aspiraba al trono o pretendía desheredarle. ¡Cuánto más fácilmente que Cevallos hubiera yo podido procurarme su amistad y confianza por tal medio, sin recurrir a las traiciones, sin más medios ni más artes que mis consejos y mis ruegos a su augusto padre, que le amaba tiernamente! Yo habría ahorrado a aquel hijo un grande escándalo, no habría puesto a su fama una gran mancha, y él hubiera subido al trono por mano de su padre, de la ma-

nera más legítima. Yo habría logrado entonces, cuando menos, retirarme en paz a mis Estados, o hubiera acompañado a Carlos IV, no peregrino y desvalido en reinos extranjeros, sino en el seno de mi patria, haciendo el bien que habría podido: tal vez también los españoles habrían echado menos, no muy tarde, su buen rey y su infeliz amigo, privado o favorito, como llamarme habrían querido: tal vez, o por mejor decir de cierto, los cronistas de aquel tiempo, y los que luego se han seguido, habrían escrito de otro modo. Si a pesar de esto no lo hice, y si rehusé aquel modo de salvarme, solo, desamparado cual me vía, cercado de mil riesgos, expuesta mi cabeza, mi patria, ya más tarde, cuando abrió sus ojos, cuando desaparecieron tantas ilusiones con estruendo y sangre, y a expensas tuyas ha tenido tan grandes desengaños, debió acordarse de mi tiempo y hacerme al menos la justicia de compadecerme y de contarme entre sus hijos que más la habían amado, como el que había pospuesto a ella su propia salvación, su honor y su existencia.

No; yo no supe resolverme a dar tal paso, que me habría salvado, al precio de dejarla entre las manos de Fernando y del emperador de los franceses; no pude resolverme a aventurarla, y que por culpa mía quedase en tan terribles circunstancias bajo de los consejos y la guarda de semejantes hombres como Escoiquiz e Infantado, que ya después fué visto lo que eran para dar consejos, y para gobernarla y defenderla, no quise que quedara por mi causa bajo el funesto imperio de un partido, que no tenía más patria que a sí mismo, cuyo Gobierno e influencia se ha visto y se está viendo lo que ha sido y aun querría que fuese todavía. ¡Ah! ¡Yo los conocía!... Ya la nación iba marchando y sacudiendo los errores de los viejos siglos; había ya andado muchos pasos, y le faltaban solamente para haber conocido a Carlos IV y haberle hecho justicia los días de paz que requería la gran reforma deseada por los buenos y tan temida por los malos. Muy pocos ignoraban lo que se estaba haciendo y preparan-

do. Ella se habría cumplido teniendo un tanto de paciencia. Los que la esperaban del príncipe Fernando y de sus grandes consejeros, ellos lo han visto bien, y harto cruelmente, hasta qué punto se engañaron, o, por mejor decir, los engañaron sus inicios enemigos, que eran también los míos.

Era ya fin de enero de 1808, y los conspiradores, favorecidos en lo alto, y en nuevas relaciones con el príncipe de Asturias: sugeridos y apadrinados en la Legación francesa; cobrado nuevo aliento y una fuerza inmensa por la absolución de sus dos jefes principales y demás reos de El Escorial; ciertos ya más que nunca de la impunidad de sus acciones, extraviaban de repeso la opinión en todo el reino, dándose grande prisa en la preparación de los desastres (255). Nada más

(255) Los innumerables agentes de la facción se esforzaron en pintar como un acto gravísimo de tiranía el Decreto Real por el cual fué confinado el canónigo Escoiquiz al monasterio del Tardón, e Infantado a la ciudad de Granada, sin otra pena a los demás reos que el destierro de la corte, y esto en un país donde regía tan de antiguo el poder absoluto. Cualquiera de mediano juicio podrá fácilmente decidir cuál de los dos extremos quebrantó la verdadera justicia: el uno, de absolver de toda culpa y pena reos convictos y confesos de verdaderos delitos de felonía y alta traición, cual hicieron los once consejeros, y el otro, de imponer cual lo hizo el rey, como medida de política, aquellas penas tan suaves en proporción de los delitos, precauciones más bien que no castigo, en circunstancias tales en que se estaba viendo arder el fuego que habían aparejado aquellos hombres criminales. Los que en esto han intentado deprimir a Carlos IV, habrían debido recordar, en los antecedentes de la Historia, cómo fué la conducta de otros reyes en casos parecidos e incomparablemente menos graves. No diré nada de los medios de influencia personal con que Felipe II promovió él mismo la desapiadada sentencia de su hijo sobre culpas todavía ignoradas. Carlos IV se abstuvo de toda intervención directa e indirecta con los jueces del proceso, respetó lo juzgado abiertamente injusto, y sin declaración ninguna contra aquel prevaricato, contentóse con apartar a aquellos reos del centro de sus grandes tramas, tan descubiertas y probadas como estaban, Federico II (\*), rey de Prusia, cuando en la causa de su hijo Federico el Grande (causa sin más delitos que pecados interiores de familia sin ninguna trascendencia

(\*) Así, en la edición de 1836: se refiere a Federico Guillermo I, el rey sargento.

fácil entre tanto que mantener las ilusiones de estos hombres. De Gabinete a Gabinete, ninguna luz, ninguna iniciativa que dejase ver al nuestro la intención de Bonaparte. Una reserva grande con nuestro embajador y con Izquierdo, más que reserva todavía, desaires estudiados que se hacían sufrir a entrambos, todo lo cual era sabido y se escribía de Francia, alimentaban más la idea de que el emperador no estaba lejos de romper con Carlos IV, y declararse abiertamente por el príncipe; mucho más todavía, cuando era vista la tibieza de Beauharnais con nuestra corte, mientras con los amigos de Fernando se trataba íntimamente y no se hablaba de otra cosa que de los días felices y gloriosos que tendría la España cuando sus lazos con la Francia se anudasen para siempre por el casamiento de Fernando. En cuanto a mí, profetizaba siempre mi completa ruina cuando el emperador viniese, hasta llegar a asegurar que rehusaría toda entrevista con el rey mientras que yo me hallase al lado suyo. Maserano, desde París, no se acertaba en escribir a sus amigos cuanto se hablaba en los salones favorable al príncipe de Asturias, y citaba palabras y expresiones que corrían como escapadas de la boca del mismo emperador, tan significativas de su aprecio de Fernando, como despreciativas del gobierno de su padre, y, en cuanto a mí, llenas de enojo. De la venida a España muy cercana del mismo emperador decía que sería el fin de mi poder, y que caerían conmigo cuantos se repudiasen ser criaturas mías.

a lo político) fué éste absuelto por el consejo militar que entendió en ella, no se detuvo en nombrar otro, y buscó jueces complacientes que le condenaron en revista. Perdonóle después con condiciones las más dadas; empero, al infeliz amigo de su hijo, que le había servido de consejo para su fuga proyectada y no cumplida, al que sus jueces condenaron solamente a reclusión perpetua, él de su propia autoridad le condenó al último suplicio, ejecutado casi encima de su hijo con circunstancias horribles. Yo hablé ya de esto en otra parte, como también de los suplicios espantosos, martirios verdaderos, que Pedro el Grande hizo sufrir a los que en algún modo apareció por conjeturas o por levisimos indicios que habían tenido conexiones amistosas con sus hijos.

Todo esto me llegaba a mí también por lo que oían en las tertulias y corrillos mis amigos, que unos tras otros por instantes se iban eclipsando y comenzaban a evitarme como a una casa que amenazaba ruina. Y el mismo Izquierdo me escribía y me confirmaba las especies que corrían entre los personajes más cercanos del Gobierno, y el resfrio calculado que encontraba en sus amigos de la corte.

Sin dudar de estas cosas que no podían dudarse, y sin dejar de ver las baterías que dentro y fuera de la España me estaban asestadas mecha en mano, no cupo nunca en mi cabeza que tanta gente armada que movía Napoleón sobre la España pudiese ser para un objeto tan sencillo y practicable como coronar al príncipe Fernando y oprimir a Carlos IV. Para guardar la España contra la Inglaterra mucho menos; sobraban tropas en España francesas y españolas para resistir cualquier ataque temerario que intentasen los ingleses contra nuestras costas. Y ciegos, más que ciegos, ciegos por la ambición de entrar en el Poder por la mudanza de monarca, era preciso que estuviesen los que ninguna cosa sospecharon cuando hacia fin de enero pidió el emperador la conscripción del año nueve. ¿Qué nueva empresa tan difícil y tan arriesgada tenía enfrente Bonaparte, en paz y en paz segura por entonces con todo el continente, aliado con la Rusia y con la Dinamarca, la Suecia invadida por la Rusia, la Prusia aniquilada, aún más de la mitad de la Alemania comprometida en favor suyo por intereses propios de ella, la Italia entusiasmada de su poder y de sus glorias y postrada de buen ánimo a sus plantas; hasta la Puerta, hasta la Persia, haciéndole homenaje, y el Portugal, la sola cosa que parecía faltar a sus deseos, completamente subyugado?

Faltábale la España. No habla ya más en toda Europa que excitase su ambición y aun faltase a su dominio soberano de entre todos los vecinos de la Francia. No me haré yo un merecimiento de haber reconocido su intención enteramente, mas sí de haber querido combatirla hasta el postrer extremo

como la estuve conteniendo muchos años. Todos los partidarios de Fernando debieron conocerla: bastaba a todo el mundo para esto un solo dato que ya he dicho. Pedir la conscripción del año nueve al comenzar el año ocho, suponía alguna empresa peligrosa a que Napoleón se preparase nuevamente: y cada cual podía advertir que, derribar a Carlos IV y coronar al príncipe Fernando no le podía ofrecer ningún peligro. Luego intentaba más, luego intentaba alguna cosa muy más grave, o bien hacer de España un feudo del Imperio dejándole a Fernando solamente un vano título como lo fué el de Holanda y el de Nápoles; o desmembrarla y agregarse alguna parte de su suelo como precio del coronamiento de Fernando; o acabar de una vez con los Borbones, aniquilando aquella sola rama que quedaba del gran tronco derribado en Francia. Tal vez los partidarios de Fernando, fascinados por la esperanza de las bodas que mantenía Beauharnais, no alcanzaron a recelar que Bonaparte se arrojase a este postrer extremo: cuanto a sacrificar alguna parte de la España con tal que se lograra entronizar al príncipe Fernando, o bien que Bonaparte, de hecho o de derecho, se erigiese en suzerano de la España, rigiéndola Fernando como un teniente suyo, rey en el nombre y ellos ministros, consejeros o prebostes suyos, como después lo fueron; todo esto era muy poco sacrificio para ellos con tal que consiguiesen sus intentos y se cumpliesen sus traiciones (256).

(256) De qué manera fuesen indiferentes a la facción de los que tomaron el título de fernandinos, tantos y tan deplorables sacrificios a que estaban dispuestos, se ve a cada paso en la *Idea sencilla*, de Escoiquiz, donde, para justificar y hacer plausible el viaje a Bayona a que las demás cabezas y supuestos altos de la facción arrastraron al príncipe de Asturias, dice frescamente (pág. 25), con aquella especie de candor que toma algunas veces el orgullo del crimen, que lo más que podía temerse de Napoleón fué que se aprovechara de aquella ocasión para exigir la cesión de las provincias de la izquierda del Ebro, o la vía militar para Portugal, o quizá la Navarra sola, como ya se había visto en el Tratado remitido por Izquierdo. (Proposiciones, no Tratado, que hizo el emperador por medio de Izquierdo, y

¡A mí, pues, que sin necesidad de un gran tumulto escandaloso, y sin buscar infamemente el poderío de un príncipe extranjero, pudiera haber logrado ciertamente con mis consejos y mis ruegos que hubiese coronado Carlos IV al príncipe Fernando y haberme rescatado por tal medio de su odio; a mí, que no lo hice por no exponer a España a someter su cuello a Bonaparte, por no asociarme a tales hombres tan ignorantes, tan perversos, tan indignos del nombre de españoles cual eran y cual fueron hasta el fin los seductores y amigos de Fernando; por no arriesgar entre sus manos los destinos de treinta y tres millones de habitantes, hijos queridos de la España, repartidos en las cinco partes de la tierra, todos leales, todos fieles, sin que uno solo de entre tantos pueblos se hubiese separado de la madre patria entre tan grandes turbaciones como las que ofrecían las guerras de las tierras y los mares; a mí, que quise combatir al enemigo de mi patria hasta la postrer hora en que me derribaron aquellos mismos hombres que lo perdieran todo...; a mí tan solamente los odios implacables y las in-

rebatidas por éste; las cuales no llegaron a Madrid sino después de arrojada Carlos IV del trono; proposiciones que la facción tuvo lugar bastante para examinar con otras varias pretensiones exorbitantes que se contenían en ellas. Estas las calla Escoiquiz, y todo esto le pareció nada para ir a traficar en Bayona la usurpación de la Corona.) En cuanto a la influencia poderosísima que habría de haber tomado Napoleón sobre la España, hechas las bodas deseadas por Fernando y promovidas por Escoiquiz e Infantado, no sólo hace escrúpulo de reconocerla y confesarla, sino que el simplicísimo malvado dice (pág. 34) de esta suerte: "¿Era de creer que estando cierto (Napoleón) de que por este enlace, incorporado Fernando con su familia, olvidaría todos los intereses de las otras ramas de la Casa de Borbón, que sin esto tenía su padre ya harto olvidadas, adoptando los de su Casa imperial, y de que había de ser por aquel medio un hijo obediente suyo y un aliado inseparable, quisiese destronarle y con él su sobrina, su futura esposa? Etc..." ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Quién consintió entonces a toda suerte de bajezas e ignominias para España, sino los partidarios, los amigos y los indignos consejeros del engañado príncipe de Asturias? ¡Y tales hombres como éstos, hablando de este modo y refiriendo tales cosas, se han justificado, y han gobernado muchos años!

justas prevenciones, yo no diré de todos, pero sí de algunos todavía...; después de treinta años...; después de tantas cosas que se han visto, tantas comparaciones como han debido haberse hecho!

Júzgueme, pues, ahora, sin pasión, el hombre más austero que se encuentre en punto de deberes a la patria. Yo solo, yo hecho el blanco de tantos enemigos, yo atacado de tantos modos, yo, sin fuerza moral en tales circunstancias, herido de calumnia y divulgado en todas partes como un atentador de los derechos, del honor, de la existencia y de las glorias preparadas al príncipe de Asturias por el primer monarca de la Europa; yo, misero de mí, que ni aun tenía el recurso de lanzar un grito al pueblo castellano y advertirlo de su mal y su peligro, porque se hacía creer a todo el mundo que yo quería la guerra contra el emperador de los franceses por evitar mi ruina y por quitar al príncipe Fernando aquel amparo, perplejo en tanto, cual se hallaba Carlos IV, sin saber a qué consejo debería atenerse en los peligros de que se vía cercado, yo solo de esta suerte y expuesto cual me hallaba a todas horas al furibundo ataque que maquinaban mis contrarios y que tardó tan poco tiempo en realizarse como después fué visto, yo dije entre mí mismo: "Más sola está la patria, mayor es su peligro: ¿qué importa mi existencia mientras me fuere dable hacer algún esfuerzo por salvarla? Tal vez, tal vez la disciplina del Ejército y la lealtad al rey, tan bien probada, de sus jefes, podrá impedir la ruina que amenaza: éste es el caso de morir mil veces antes que dejar el puesto en que la confianza de mi rey me tiene colocado..." Y el pecho eché a las olas y a los vientos que bramaban en redondo, a lo que quiera que viniese, a todas las venturas, y no sin esperanza todavía de que mi cara patria pudiese ser salvada.

No tenía más que al rey, a aquel buen rey desamparado; de él tan sólo podía venir la salvación mientras no osasen los malvados atacarle, y me fuese a mí dable resolverle a mis consejos tantas veces malogrados. De día, de noche, a to-

das horas, no le hablaba de otra cosa que de mudar asiento a país seguro dentro de sus reinos, de rodearse de sus tropas, de pedir razón a Bonaparte de la infracción de los Tratados, y apellidar sus pueblos a la común defensa, si Bonaparte no hacía alto en el camino comenzado y proseguía violando con nosotros la ley de las naciones.

Conseguí persuadirle de no quedar más medio de cumplir sus deberes de un buen rey, de proteger sus pueblos, y de poner en guarda su casa y su Corona, sino tomar aquel partido. Faltábame tan sólo persuadirle de la urgencia de instantes y momentos, de la de dar aviso del peligro a las autoridades y de tomar medidas militares preventivas para cualquier evento. Titubeaba Carlos IV todavía en la elección del tiempo apto, y he aquí llegó la carta del emperador de los franceses llena de lisonjas, tocando nuevamente el punto de las bodas sobre el cual Su Majestad no le había escrito nuevamente de una manera terminante, sin escribir en ella cosa alguna de las tropas que inundaban nuestro suelo, y acompañando aquella carta con los dos bellos tiros de caballos que le regalaba.

No fué inútil esta jugada de su astucia a Bonaparte. Carlos IV volvió a pensar, y a recaer en nuevas dudas en favor de su aliado tan poderoso, tan magnánimo, tan incapaz de una fe doble y de arterías infames, como, juzgando por sí mismo, se complacía en juzgarle. Cada momento que corría se hacía para mí un siglo, y yo no me engañaba, y daba siempre prisa; Carlos IV, no obstante, volvió a su tema habitual de tanto tiempo, *al esperemos todavía, al veamos aún más claro, no nos precipitemos, no provoquemos una lucha que él tal vez no ha imaginado...* Tema digno en verdad de su alma generosa que no sabía creer en las traiciones mientras no estaban descubiertas, tema, empero, que hacía ya cerca de año y medio que había frustrado mis consejos y había dejado al enemigo el tiempo que fué nuestro y que debió salvarnos. Ahora ya no corría si no es en contra, y no corría, sino volaba, para hundirnos.

Mientras el general Dupont, fingiendo caminar a Salamanca, se está en Valladolid muy a su espacio, el mariscal Moncey le sigue en Burgos, y el Pirineo no se despeja; el mariscal Bessières se acerca al Bidasoa con otro cuerpo igual al de Moncey. El gran duque de Berg vendrá a tomar el mando de los cuatro Ejércitos, y yo le escribo y le pregunto, y no responde. Ningún aviso desde Francia, y la Embajada está sin nuevas y sin ninguna orden. Y mientras todo esto, he aquí un parte de Pamploña de que una división francesa ha penetrado en Roncesvalles y caminaba en dirección a la ciudad; tras de este parte, a los tres días, nos llega otro, de que la ciudadela ha sido sorprendida y ocupada por las tropas imperiales (257). Otro aviso de Cataluña llega casi al mismo tiempo, y nos anuncia que otra división francesa comienza a entrar por La Junquera y que camina en dirección a Barcelona.

—¿No será tiempo todavía?—pregunté a vista de esto a Carlos IV.—Aun cuando pretextando la mutua confianza de aliados, quisiera disculparse Bonaparte con la urgencia de anticiparse a los ingleses por avisos que tuviera o que alegase de alguna grande expedición que proyectasen éstos, ¿cómo tendría disculpa de no explicarse al mismo tiempo con Vuestra Majestad ni dar

respuesta alguna a nuestro Gabinete de las preguntas que se han hecho? Sorprender una plaza y apoderarse de ella por astucia, ¿no sería violar la paz y la amistad del mismo modo que si la tomase a viva fuerza? ¿Aguardaremos todavía que emplee las armas?

—Esto es precisamente a lo que aguardo—me dijo Carlos IV.—Si algún respeto puede contener a Bonaparte todavía, es el respeto a la opinión de sus demás amigos y aliados, sólo el temor de que se diga que sin ningún motivo ha quebrantado con nosotros su alianza, su palabra, sus Tratados y la fe de las naciones. Tomemos precauciones cuantas sean posibles, pero con tal cordura que ni una sombra de pretexto le dejemos para llamarnos agresores. No puede ser muy largo que se explique o se descubran sus intentos; obra en tanto de manera que a vista de la España y a la faz de Europa, sea Bonaparte quien sin razón alguna nos dispare el primer tiro. No hablemos de partida a Badajoz sin que se aumenten los motivos de apelar a este recurso. Podría pensar Napoleón que era temor de parte mía, imaginar tal vez que yo intentase seguir el triste ejemplo de la familia portuguesa, o que me aparejaba a hacer la guerra y abrir la puerta a los ingleses.

El rey se pronunció de tal manera en

(257) Era entonces virrey de Navarra el marqués de Vallesantoro, modelo de lealtad y de valor, cuyas pruebas había hecho en la guerra con la República francesa y en el largo y penoso bloqueo que sufrió en Bellegarde muchos meses. Tuvo la condescendencia con el general francés D'Armagnac de alojar en la ciudad a los tres batallones franceses que mandaba aquel general, pero nególe la petición que hizo de poder meter en la ciudadela dos de aquellos batallones que eran suizos, pretextando el recelo que tenía de que desertasen. El general D'Armagnac, que ninguna queja había mostrado por aquella negativa y no había vuelto a repetir su demanda, sin respetar aquel derecho sagrado que impone la hospitalidad aun entre gentes enemigas, preparó su indigna hazaña, escondiendo en su posada, poco distante de la ciudadela, algunos granaderos, además de los de su guardia, y encomendó a un jefe de batallón, que, desarmado y disfrazado la mañana siguiente con algunos soldados escogidos cuando irían a tomar sus raciones a la ciudadela, buscarse el modo de sorprenderla con alguna estratagema, dando

tiempo a que saliesen los granaderos escondidos y pudieran apoderarse de la entrada. Nevaba aquella mañana, y los soldados que conducía el disfrazado oficial movieron una broma jugando con la nieve, haciendo bolas y tirándose unos a otros. Distraída así un momento la guardia con aquella especie de escaramuza que hacían los soldados franceses, algunos de éstos que aparentaban huir vinieron a refugiarse sobre el puente levadizo para impedirle alzasen, acudieron los otros de tropel y salieron los granaderos, obra de un momento que les bastó para sorprender las centinelas y desarmar la guardia. Cuando acudió el virrey, los franceses eran ya dueños de la ciudadela, disculpándose D'Armagnac con la necesidad en que le había puesto de obrar así sin comprometerle el rigor de la disciplina en que le era forzoso tener aquella tropa hasta volver a ponerla en marcha cuando recibiese orden de hacerlo, y haciéndole mil protestas de la estrechísima amistad que debía reinar entre los dos Gobiernos, unidos más que hermanos, y a un fin único, que era dar el golpe mortal a la Inglaterra.



este acuerdo suyo, que yo no tuve más camino que el de seguir su voluntad y obedecerle, si bien puedo decir que fui más lejos de los linderos que en globo me había puesto. Lo primero de todo, dirigí las instrucciones convenientes al general Solano y al general Carafa para que procurasen estar prontos a dejar el Portugal y replegarse sobre España, si al servicio del rey pudiese convenir una medida de esta especie. El general Solano estaba libre enteramente para poder hacerlo. Carafa estaba más ligado por ser su división la que auxiliaba al general Junot; tenía yo, empero, alguna confianza de que pudiese desatarse con el todo o con la mayor parte de sus tropas, porque habiendo fallecido el general Taranco, que mandaba la división del Miño, le añadí a Carafa el mando de ella, previendo que algún día podría ser conveniente que con cualquier pretexto de una urgencia, retirase para España entrambas divisiones (258). A uno y otro les hice ver

(258) El general Taranco, uno de los militares más beneméritos de nuestro Ejército, tal vez el primero de todos los de aquel tiempo por la sabiduría de su conducta igual a su pericia militar y a su valor y denuedo, y por su espíritu conciliador, murió en enero de un cólico tan violento, que dió a pensar si habría sido envenenado. Mas ¿quién pudo cometer tal crimen, ni por qué razón, contra un hombre que no tenía sino amigos en España, y que en Portugal estaba adorado por los pueblos que ocupaba? He aquí un tributo de alabanzas que le rinde un escritor portugués: "Ni un instante llegó a turbarse la buena armonía entre los españoles y el pueblo portugués, gracias a la severa disciplina del Ejército español y a la moderación y a la prudencia del general Taranco, cuyo nombre será pronunciado con eterno reconocimiento por los habitantes que fueron testigos de su dulzura y de su integridad; tan sincero en sus promesas, como Junot era pícaro y pérfido en las suyas; haciéndose amar de tal modo, que nunca tuvo motivo para usar del rigor; disminuyendo, tanto como era posible hacerlo, las calamidades de la invasión; sin verse bajo su mando los robos, vejaciones y destrozos que desolaban el país ocupado por el Ejército de Junot, sin impedir el ejercicio de la autoridad civil, sin imponer contribuciones; sin cambiar nada en la forma ni en la cantidad de los impuestos, guiándose en todo por el parecer y a medida del deseo de los habitantes, etcétera, etc." (Accursio das Neves, tomo I, página 302.) Taranco era mi primer amigo, y tales eran los hombres que yo empleaba.

nuestro peligro y les encarecí el servicio que harían a la Corona en preparar con todo el arte que requirieran las circunstancias su regreso y estar prontos al primer aviso.

Yo no necesitaba recordar las ordenanzas a los generales a cuyo cargo se habían puesto las plazas y provincias fronterizas de la Francia; todos tenían probada, a más de su lealtad, su instrucción, su energía y su fortaleza para el gobierno y para el mando (259). Despachéles, no obstante, a todos ellos diferentes oficiales de mi Estado Mayor, uno de éstos, don José Cortés, teniente coronel de ingenieros, al marqués de Vallesantoro, comunicándole el pesar y el desagrado con que había sabido el rey la sorpresa indisculpable de Pamplona, encomendando a su probada lealtad y a sus talentos las medidas que podrían ser necesarias para la defensa de aquel reino y el recobro de la plaza si los sucesos ulteriores nos obligasen a la guerra, conduciéndose en tanto de manera que la responsabilidad de cualquier acto hostil que pudiese ser necesario contra los franceses recayese sobre ellos, y que por nuestra parte en nada se faltase, sin una nueva orden, en cuanto al suministro de las tropas. Este mismo oficial debía entenderse con el duque de Mahón y con el general Arteaga, previniéndoles de mi parte, y con arreglo a lo mandado por el rey, que estando siempre alerta contra toda sorpresa, y preparados en todo caso necesario para rechazar la fuerza con la fuerza, consultasen, no obstante, en lo exterior a prevenir todo motivo de queja justa que pudieran alegar los franceses por falta de alojamientos, provisiones y agasajo de parte nuestra, pero sin concederles otra cosa alguna que excediese los deberes ordinarios de amistad que se acostumbra en tales circunstancias, y teniendo presente que era bien posible que aquella amistad se acabase; en cuyo duro extremo era la volun-

(259) En Guipúzcoa, el mariscal de campo duque de Mahón; en Vizcaya, el teniente general don José de Arteaga; en Navarra, el marqués de Vallesantoro; en Aragón, el teniente general don Juan Guillelmi; y en Cataluña, el conde de Espeleta de Veyre.

tad del rey que la primera hostilidad o la primera violencia fuese imputable a los franceses, o que a tener lugar por nuestra parte, fuese muy fundada sin poder tergiversarse los motivos bajo ningún concepto ni apariencia.

El mismo día en que partió Cortés a la Navarra y Vizcaya (24 de febrero), salió también en grande diligencia para Barcelona el teniente coronel de artillería don Joaquín de Osma. Sus instrucciones para el conde de Espeleta fueron las siguientes:

1.<sup>a</sup> Estar en guardia contra toda tentativa de sorpresa de la ciudadela y de la fortaleza de Montjuich que los comandantes franceses pudiesen intentar como en Pamplona.

2.<sup>a</sup> No dejar entrar, bajo cualquier pretexto que fuese, cinco franceses juntos ni en la ciudadela ni en Montjuich, cualesquiera que fuesen, aun oficiales superiores, los que lo pretendiesen.

3.<sup>a</sup> Que si era cierto que los franceses hubiesen sido alojados en el cuartel de las Atarazanas (cosa que jamás debiera haberse mandado ni permitido), procurase el capitán general, por medios discretos y sagaces, mudarlos de aquel alojamiento, y que llegada a conseguirse esta mudanza, por ningún título, ni aun por mera curiosidad, permitiese entrar franceses en aquel edificio.

4.<sup>a</sup> Que con igual solicitud extendiese su vigilancia a las demás plazas, fortalezas y castillos del principado, y tomase cuantas medidas y precauciones fuesen convenientes, para que los respectivos gobernadores militares y políticos se manejasen con la misma reserva, discreción y firmeza que se le encargaba para Barcelona, a cuyo efecto se le conferían facultades absolutas y omnímodas, entre ellas, expresa y terminante, la de mudar a su arbitrio y poner jefes de su perfecta confianza dondequiera que lo estimase necesario u oportuno.

5.<sup>a</sup> Que tanto como habría de ser el rigor que se observase en cuanto se prevenía por los artículos anteriores, tanto fuese también el esmero en la asistencia, buen trato y urbanidad con los franceses, cuidándose mucho de evitar encuentros entre éstos y los paisa-

nos, invigilando mucho en el mantenimiento del orden, y procurando evitar y prevenir hasta las más ligeras ocasiones que pudieran servir al Gobierno francés de pretexto para producir, ni aun en la apariencia, quejas justas y legales contra nosotros, y obrando, finalmente, de tal modo y con tal arte que si los jefes franceses llegasen a desentenderse de igual correspondencia en sus deberes políticos o militares, la primera señal decisiva de agresión fuese de ellos y no nuestra.

6.<sup>a</sup> Que no siendo necesario para el completo de la guarnición de Tarragona el regimiento de Hibernia que se hallaba acuartelado en aquella plaza, le hiciese partir para Valencia a las órdenes del capitán general de aquel reino, y del de Murcia, y que hiciese lo mismo con cualesquiera otros cuerpos o fracciones de cuerpos que no estimase necesarios para el servicio militar de sus respectivos departamentos.

7.<sup>a</sup> Que me informase cuanto supiese o pudiese saber sobre el número de tropas francesas que habían entrado en el principado y de la dirección que éstas tomasen o intentasen tomar, atendido que nuestra corte no había recibido todavía las comunicaciones que aguardaba, entendiendo con esto para su gobierno, que aunque no fuese de creer que el Gobierno francés tuviese designios hostiles contra nosotros debíamos estar preparados para cualquier evento inopinado que pudieran ofrecer las circunstancias.

8.<sup>a</sup> Y última; que me informase de la opinión de Barcelona y demás pueblos del principado, y que pusiese grande atención en averiguar y descubrir cualesquiera designios, bien favorables, o bien contrarios a los franceses que pudiesen tener personas sospechosas y forasteras que se hubiesen introducido en Barcelona sin ningún motivo ni causa conocida, celando entre ellas mayormente a las que se hiciesen notables frecuentando a los franceses.

Al capitán general de Valencia y Murcia, conde de la Conquista, despaché un correo de mi especial confianza, declarándole sin ningún embozo los recelos, para mi modo de juzgar cer-

tezas, de que el emperador de los franceses tramaba contra España algún gran golpe de los suyos; le hacía los mismos encargos que al de Barcelona, y le añadía que, contando con su lealtad, tan bien probada en el servicio de la Corona, podría llegar el caso de emplearle para cubrir, si las circunstancias la hacían necesaria, la internación del rey y de su familia real al Mediodía de España, donde pudiese ser más conveniente, a cuyo fin, así las tropas que debería recibir de Cataluña, como las que pudiese reunir sin estrépito de sus dos provincias, las tuviese listas y en parajes adecuados para salir a la Mancha al primer aviso.

De igual modo, por no cansar a mis lectores con inútiles detalles, dirigí mis instrucciones a cuantos jefes militares podían favorecer la internación de la familia real, tan necesaria y tan urgente cual lo era en mi concepto, y a los que al otro extremo de la España, podrían también, llegada una ruptura, distraer a los franceses y cooperar a un alzamiento en masa. Uno de mis trabajos en tan acerba crisis era de no saber a quién podía fiarme. Fueron muy pocos, en verdad, los que faltaron al secreto que requerían las circunstancias; los hubo, empero, que, o por menos cautos, o porque estaban ya ganados al partido de Fernando, dejaron conocer mis intenciones y propósitos. Esto aumentó la furia y el afán de aquel partido que vía el fin de su poder y toda su esperanza destruida, si se rompía con los franceses (260).

(260) Todas las minutas de las órdenes e instrucciones reservadas que di yo en aquel tiempo fueron encontradas en mi Secretaría. Ocupado el trono por el príncipe Fernando, hizo éste buscarlas y entresacarlas de los demás papeles que obraban en ella, cometiendo este encargo al teniente general don Gonzalo O'Farril, que lo desempeñó minuciosamente. El objeto de Fernando, o, por mejor decir, de sus consejeros, fué que se hiciese ver, con ellas en la mano, a los generales franceses, que cuanto se había pensado e intentado que fuese hostil a la Francia, había procedido de mí tan solamente, mientras que, por su parte, cuanto había yo ordenado, lo desmandó apenas subió al trono. Otro objeto que tuvieron en esto mis enemigos fué aumentar las prevenciones que, tanto directa como indirectamente, habían procurado excitar contra mí en

Todo es inútil cuando en el triste y duro paso que se hace por violencia de un Gobierno a otro, han enervado las facciones al que ya tienen combatido, cercana y casi cierta la mudanza que pretenden. Tal era ya el estado de la España. O el conde de Espeleta estaba ya ganado, u obró como el más flaco de los hombres. Tan pronta diligencia había hecho Osma con mis instrucciones, que llegó a Barcelona cerca de un día antes que Duhesme recibiese el especial encargo de hacer en Barcelona lo que en Pamplona se había hecho sin romper las amistades. Junto se hallaba Osma el día siguiente con el conde de Espeleta en su palacio, cuando entró desolado y tremulento el brigadier don Juan Viard de Santilly, gobernador de la ciudadela, advertido ya un día antes de las órdenes llegadas, y portador él mismo de la primer noticia de haber sido sorprendida aquella fortaleza, hechas, como decía, las prevenciones, y dada la consigna rigorosa que se le había mandado con arreglo a aquellas órdenes.

Un general, no un oficial cualquiera,

el ánimo de Napoleón y de su corte. Todos estos papeles deberán encontrarse todavía, si después, cuando podían dañarnos en el concepto de la nación, no los arrebataron. Por fortuna, tengo en mi poder unas notas confidenciales del mismo ministro O'Farril, donde se contiene mucha parte de lo que dejo referido, la comisión que le dió el rey Fernando para buscar aquellas órdenes, y algunos pormenores muy sustanciales, con especialidad sobre la comisión que llevó don Joaquín de Osma al conde de Espeleta, en Barcelona. Todo su empeño en estas notas es disculpar a Espeleta de su descuido y su flaqueza en la guarda de la ciudadela y de Montjuich, diciendo que aunque yo le ordenaba de parte del rey no consentir ni aun la entrada de cinco franceses juntos en aquellas fortalezas, también era cierto que yo le decía que obrase de tal modo que la idea y la palabra de un primer acto de agresión fuese imputable a los franceses y no a nosotros. Tal es el espíritu del partido. ¡Qué hombre, aun de medianas luces, pudiera haber imaginado que guardar y defender aquellas fortalezas era cometer el primer acto de agresión, o que el encomendar se tuviesen con los franceses todos los actos de atención y hospitalidad que exigía la amistad no rota todavía equivaliese a dejarles hacerse dueños de nuestra casa y a derogar lo que en tales casos previenen las leyes y ordenanzas militares de todas las naciones!

el italiano Lechi, fué encargado de cumplir en plena paz aquella fechoría tan deshonorosa, mayor vergüenza todavía del que mandando estas infamias, manchaba el alto honor tan decantado de las brillantes charreteras imperiales. Habían cundido los franceses haber llegado ya la orden que esperaban de seguir para Poniente, y de asistírnos contra los designios que suponían a los ingleses de atacar a Cádiz con todo el lleno de sus fuerzas. Bajo de aquel pretexto fué ordenada por Duhesme una revista general de las que estaban a su mando. Hízose la revista, y al retirarse ya los cuerpos del Ejército en diferentes direcciones con todo su aparato y con sus músicas, como una cosa ya acabada, volvió las riendas Lechi para la ciudadela con algunos oficiales de ordenanza, pidió entrar con el pretexto de pagar visita al brigadier Viard y despedirse, y concedido el paso y ocupando el puente Lechi, y deteniéndose en la entrada unos instantes como en traza de contener a su caballo que se alzaba, un batallón de los velites italianos que fingía caminar en dirección de la Aduana, volvió cara para la ciudadela, atropelló a la guardia de la puerta, siguió adentro tras Lechi y abrió en seguida paso a otros cuatro batallones que con evoluciones disfrazadas aparecieron nuevamente en la explanada.

Faltábales Montjuich; pero la noche antes el conde de Espeleta había encargado aquella fortaleza a don Mariano Alvarez, el defensor ilustre que fué luego de Gerona. Duhesme había intentado una sorpresa semejante para tener aquel castillo, pero sus tentativas fueron vanas. No teniendo otro modo de poder lograrlo que el de tratar con Espeleta, fué a buscarle y a tentar sus fuerzas con expresiones lisonjeras, poniendo por delante la amistad y estrecha unión de las dos cortes, disculpando lo ya hecho por la inquietud que se notaba entre los catalanes, y pidiendo por pocos días, mientras llegaba otro refuerzo para partir de la ciudad con dirección a Andalucía, que como prenda de amistad de entrambos dos Gobiernos, le dejase guarnecer aquella fortaleza. Fir-

me Espeleta todavía, contestóle tener órdenes precisas de hacer impenetrables las plazas de su mando, y, de palabras en palabras, concluyó Duhesme por decirle, que hallándose sus tropas en peligro, y siendo aquél un caso no previsto, se vería obligado, a pesar suyo, a apoderarse de Montjuich, salvo luego a las dos cortes entenderse, y que la nuestra graduase su conducta de enemiga, dando lugar a encuentros y violencias que podían parar en una guerra dolorosa entre ambas partes. Titubeó Espeleta, pidió tiempo para asesorarse con la Audiencia, pidió consejo a ésta, y el resultado fué entregar la fortaleza.

Cada cual podrá juzgar como lo entiende la conducta del conde de Espeleta. Sus excusas al Gobierno fueron éstas: que un caso tal cual se ofreció por la conducta y las demandas de Duhesme, no era en rigor una agresión o una violencia de parte de la Francia, porque este general ponía por fundamento la actitud hostil que había notado en la muchedumbre, y la inminencia del peligro en que su Ejército se hallaba, si las inquietas masas de la plebe, como empezaba ya a rugirse y a temerse dentro y afuera de aquella capital, acometían a sus soldados, que aquel peligro era muy grave con efecto, y más temible si por caso hubiesen descado los franceses un pretexto para movernos guerra y hubiesen ellos provocado oculta-mente la agresión, como habían hecho en tantas partes para justificar sus guerras desde los tiempos mismos de la República francesa; que en el extremo de exponerse a que el Gobierno le arguyera de haber dejado reventar bajo su mando el fuego de la guerra, o conceder al general francés lo que pedía guarecido con el pretexto de su defensa propia, creyó, con el acuerdo y la ciudad, después de largas conferencias, que era muy menor mal añadir aquella prueba temporal de amistad y deferencia, mucho más cuando, ocupada ya la ciudadela por sorpresa, la mitad del mal estaba hecho de una manera irremediable; y que si, al fin de todo, Su Majestad desaprobaba lo que entendía haber hecho en su servicio, estaba pron-

to y tenía medios muy sobrados para hacer salir a los franceses a la fuerza de entrambas fortalezas.

Esto escribió de oficio y debió hallarse en los papeles de mi cargo; mas con los catalanes habló de otra manera, asegurando tener orden de no empeñar en ningún caso la fuerza de las armas contra los franceses sin especial aviso. Faltó en esto a la verdad enteramente: mis instrucciones le decían tan sólo que la voluntad del rey era que el primer acto de agresión, si se venía a las manos, fuese imputable a los franceses, no a nosotros. Yo no sabré decir si la facción habría ganado al conde de Espeleta; mas todo el mundo sabe que este general, reinando ya Fernando, no sólo conservó su crédito en la corte, sino que el infante don Antonio y la Suprema Junta de Gobierno que quedó en la corte por ausencia de aquel príncipe, cuando intentaron delegar sus facultades en una Junta de Regencia que obra-se libremente, dieron la presidencia al conde de Espeleta; confianza, pues, debían tener en su persona. Después le defendieron todos mis contrarios. Los autores de la obra, tantas veces citada, con el nombre de *Historia de la guerra de España contra Napoleón*, han escrito que las órdenes remitidas a Espeleta por la mano de don Joaquín de Osma, se reducían a prevenirle que dejando tomar a los franceses sus cuarteles, evitase cuanto pudiera producir quejas por la parte de éstos. El conde de Toreno copia a la letra a estos autores sin citarlos; tengo que agradecerle, sin embargo, no haber dicho, como Escolquiz, que las plazas todas que ocuparon los franceses se entregaron por mis órdenes (261).

Una se abrió tan sólo no por mi voluntad, sino por la del rey, cuando in-

deciso todavía su majestad en punto a retirarse al Mediodía de España para ponerse en guarda contra Bonaparte y pedirle razón de su conducta, juzgó más oportuno darle una muestra todavía de su amistad y su paciencia. Sobre San Sebastián no fué intentada una sorpresa como en las otras plazas, mas fué pedida y repedida con instancia no al Gobierno de Madrid, sino a los jefes mismos de la provincia y de la plaza, como si al paso de las tropas fuese consiguiente la franqueza de las plazas, como si el paso mismo que seguían haciendo sin ningún Tratado nuevo y sin ningún aviso a nuestra corte de su objeto, fuese una cosa recibida y practicable entre amigos y aliados. Esta conducta, a la verdad, era la misma que Napoleón usaba en Alemania y en Holanda, sin que ningún amigo suyo se opusiese a esta licencia. Menos seguro de encontrar entre nosotros igual condescendencia, usó de la sorpresa donde le fué posible: en donde no, sus generales acudieron a los ruegos y a los pretextos especiosos. El duque de Mahón envió una exposición de la apretura en que se hallaba con las demandas repetidas que le hacían de abrir la plaza a los depósitos franceses; decía que era imposible defenderla muchos días, si, como recelaba, rehusada esta demanda, se intentase tomarla a viva fuerza; pero que, en todo caso, si el rey se lo mandaba, estaba pronto a sostenerle en regla hasta el postrer extremo.

Vista esta exposición, y no resuelto Carlos IV todavía a la sola medida decisiva, por la que yo le instaba, de salvar su independencia en posición segura y hablar firme a Bonaparte sobre sus intentos, después de mil angustias, me dijo estas palabras:

--Comprometer mis pueblos a una guerra tan desigual y desastrosa como

(261) En su *Idea sencilla*, Escolquiz escribió esta calumnia tan a sabiendas suyas, cuanto él mismo leyó las notas, órdenes e instrucciones arriba citadas que el ministro O'Farril presentó al rey, y en que resultaba cuanto deajo referido.

Don Juan Llorente, mal informado todavía cuando escribió el primer tomo de sus *Memorias*, dijo en él que yo permití se abriesen las plazas de San Sebastián, Pampuna, Figueras y Barcelona. Sabida más adelante la verdad de

estos sucesos, referidos hasta por los mismos franceses, me pidió mil perdones, y me ofreció enmendar su cometido yerro en un suplemento que se proponía escribir. Murió, empero, sin haber cumplido este deber de justicia, tal vez por haber juzgado bastantemente desmentida su equivocación, por la notoriedad que dieron a la verdad de estos sucesos los testimonios mismos favorables de mis enemigos, y las relaciones de los franceses.

podrá serlo en las presentes circunstancias, mientras que aún queden esperanzas de evitarla, no me lo dicta mi conciencia. Rehúsarles esa plaza, en el camino que han tomado los suecos, sería poner en ocasión a Bonaparte de que me faltar a los respetos que me debe, como habrá de suceder si la acomete por la fuerza. Al contrario, el abrirla será darle una lección que le avergüence de las maneras desleales con que se ha hecho dueño de las otras. A más, el duque de Mahón, escribe francamente que no será posible defenderla mucho tiempo si la atacan: ¿qué habremos conseguido con negarla sino empeorar la crisis en que estamos? Dile que condescienda y lo haga de manera que parezca concesión y gaje de amistad por parte de nosotros.

Su Majestad insistió en esto de tal modo, que no se retiró hasta que vió y leyó la orden extendida, la cual partió al instante.

Tan graves atenciones y cuidados que oprimían el corazón de Carlos IV, rey ya desamparado en aquel tiempo, sin más defensa ni pantalla que mi frágil existencia, tantos cuidados y amarguras eran satisfacciones y contentos para los partidarios del príncipe de Asturias, cuya influencia poderosa contagiaba la opinión en todo el reino. Cuál fuese esta opinión que ellos ponían en boga y mantenían triunfantemente, y mantuvieron ciegos hasta el funesto desenlace irremediable, lo contarán aquí otra vez sus mismos escritores que me han servido de testigos tantas veces (262). Después de referida la toma de las plazas, continúan luego como sigue:

“De esta manera se apoderaron las tropas francesas de Pamplona, Barcelona, San Sebastián y Figueras (263). Des-

pués de estos actos no podía quedar duda a nuestra corte sobre los verdaderos designios de Bonaparte; pero la nación tenía una confianza tan grande en aquel guerrero, cuyos elogios había oído repetir en todos los escritores públicos durante diez años, y era tal la seguridad que sus emisarios sabían inspirar, que la mayor parte de los españoles creían de buena fe que los franceses no tenían más objeto que el de derribar a Godoy, y asegurar a Fernando sus derechos a la sucesión de Carlos IV (264). Su Majestad y el favorito, mejor instruidos y en mejor disposición para descubrir las intenciones de la corte de París, no auguraban nada favorable al Estado (265). Sus temores se

fué mantenida con tesón y con una obstinada ceguedad hasta el día en que Napoleón se quitó el velo enteramente.

(264) Preguntados que hubiesen sido estos autores quiénes fueron los franceses que inspiraron esta confianza, reinando todavía Carlos IV, obligados se habrían visto a decir que fueron el embajador francés y los dependientes de la Embajada. Preguntados todavía a quiénes inspiraron esta confianza, obligados se habrían visto a responder que a los partidarios del príncipe Fernando con quienes tenían sus inteligencias. Preguntados, aún, quiénes fueron los emisarios de los franceses que propagaron estas especies en todo el reino, habrían tenido también que responder no haber sido otros que los mismos partidarios de Fernando, que iban enganchando gente a su partido por todas las provincias, pervirtiendo la opinión, e inspirando aquella confianza en los designios de Bonaparte que tan funesta fué a la España, y contra la cual, por más que hubiese yo querido trabajar, hubiera trabajado en vano. Estas preguntas y otras muchas semejantes, dignas de hacerse ante el Tribunal de la Historia, dejan ver la realidad de los sucesos que mis enemigos lograron tanto tiempo ocultar a la España.

(265) Aquí más que en ninguna parte convido a reflexionar a mis lectores y a verificar si mi narración es exacta. Dicen aquí: *Su Majestad y el favorito, mejor instruidos, no auguraban nada favorable al Estado; he, pues, lo que ya he dicho de que en aquellos días Carlos IV era un rey desamparado, sin más defensa ni pantalla que mi frágil existencia. No dicen ya que el Ministerio, no Cevallos, no Caballero, ni Felín, ni Gil de Lemus, sino Carlos IV y yo tan solos: luego los demás ministros se contaban ya en el bando de Fernando, o de los que creían que Bonaparte venía sólo a entronizarlo, o cosa semejante. Luego yo me hallaba solo para guardar la patria y ninguno al lado mío para ayudarme. No dicen bien, más instruidos, porque a mí no me llegaban*

(262) *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, libro I, pág. 244 de la traducción francesa.

(263) Figueras no cayó en poder de los franceses sino el 18 de marzo. Fué también ocupada por una ruin estratagema, semejante a la que Lechi jugó en Barcelona para invadir la ciudadela. El testimonio que estoy citando prueba bien que, aun en aquella fecha, la opinión cundida en los pueblos de que Bonaparte no tenía en cuanto hacía otro designio que el de derribarme y ensalzar al príncipe de Asturias,

aumentaron a principios de marzo, cuando la reina de Etruria llegó a Madrid desposeída, y pocos días después el consejero Izquierdo, a quien Napoleón hizo venir a nuestra corte con instrucciones reservadas y verbales, según el dicho de Cevallos, o con proposiciones escritas, según después hubo de asegurar el mismo Izquierdo."

Llegó la infanta doña María Luisa con efecto, llegó Izquierdo, y llegaron también por mar al mismo tiempo las ominosas nuevas de los insultos y violencias que el Papa sufría en Roma, violencias precursoras de las que preparaba Bonaparte entre nosotros. Pocos habrá que ignoren o que hayan olvidado de qué modo se apoderó de Roma el general Miollis en 2 de febrero de 1808, cuando pedido el simple paso inofensivo por los Estados Pontificios para Nápoles, y acabado de prometerse por M. Alquier, embajador francés, no harían mansión alguna en la ciudad, entraron como dueños, forzaron el castillo de Sant'Angelo, ocuparon todos los puestos militares, y plantaron la artillería con las bocas vueltas al Quirinal, mansión pacífica del venerable padre de los fieles. Fernando se asombró, o pareció asombrarse, cuando su augustó padre, conster-

ni avisos, ni advertencias, ni noticias, ni de parte de la Francia, ni de la Embajada, ni de otro punto alguno, mientras ellos tenían de parte suya la Embajada, en la que se apoyaba todo el bando de Fernando. *Mejor instruidos no debieron escribir, sino más advertidos, muy más amigos de la patria.* Básteme preguntarles quién se engañó, si Carlos IV o su infeliz amigo; o si ellos fueron los que se engañaron, y engañaron a la España.

Dirá tal vez alguno que yo debí desengañarla. Y es verdad, y así lo quise, y así se lo rogaba a Carlos IV, a cada instante, que me permitiese hacerlo. Mas para hablar a la nación, para desengañarla, era preciso, y lo primero, poner al rey en salvo, y después de esto contar todas las cosas y revelar tantas maldades. Yo tenía prevenido el manifiesto, mas Carlos IV se tardaba en resolverse, en decidirse a la partida, y de un día en otro se fué el tiempo y sobrevino la catástrofe. ¿Debí yo hablar antes que el rey saliese de Madrid, hablar sin un Ejército en su guarda, desafiar a Bonaparte descubriendo sus perfidias, y estar quieto con el rey a dos o tres jornadas de las tropas imperiales? ¿Habrá aún quien culpe mi silencio en tales circunstancias?

nado, le mostró los pliegos que nos venían por mar de Roma con las más grandes precauciones.

—Ya estás viendo—le dijo—lo que puede fiarse en la amistad de Bonaparte y lo que valen sus promesas; a ti te toca hablar a los que acaso te alucinan todavía con locas esperanzas. Piensa bien que te engañan cuantos se atreven a decirte que viene a protegerte. No se habla de otra cosa; pero es por dividirnos, por separarte de tu padre y asegurar mejor su presa. Este aviso nos lo envía Dios; de corazón, Fernando mío, a ojos vistas está ya el mal, únete con tu padre; quien de ese modo trata, y con las mismas artes que nosotros, al que le puso la corona en su cabeza, ¿qué podrá hacer por ti, ni por ninguno que sea de nuestra Casa? Fuerza es ponernos en seguro..., cuento que eres mi hijo y que las luces no te falten en los días contados que podrán quedarnos para salvar nuestra Corona y despertar con tiempo la lealtad de mis vasallos.

Lloró Fernando mucho, y, abrazado con su padre, hizo mil protestas de obediencia, aseverando una y mil veces no tener ninguna inteligencia ni directa ni indirecta con Beauharnais ni con ningún malvado de los que hacían sonar su nombre en las intrigas de la corte.

Yo procuré por bajo mano hacer cundir aquellas tristes nuevas, cierto que sería un medio de preparar los ánimos antes de hacer a la nación el manifiesto que intentaba en cuanto el rey se retirase y estuviese a salvo de las tropas imperiales. Los seductores de Fernando no tardaron en tener las mismas nuevas por varias otras cartas que llegaron, y especialmente las del nuncio, que, en verdad, no hizo misterio de las suyas; pero estos hombres, fascinados por Beauharnais, no desistieron de sus planes, ni temieron el engaño. Creyeron a Beauharnais, que desmintió tales noticias, y ¡oh maldad!, a pocos días nuestra *Gaceta* publicó un artículo de Roma concebido en estos términos: "*Roma, 8 de febrero.* Su Santidad se ha dignado hoy dar audiencia a los oficiales del Cuerpo del Ejército francés, que ha presentado M. Alquier,

embajador de Francia. El Santo Padre los ha recibido con la mayor bondad, y le ha enuñimentado, en nombre de todos, el general Miollis, comandante en jefe. Es de admirar la buena disposición, orden y disciplina de las tropas francesas y la armonía que reina entre ellas, las de Su Santidad y los naturales" (266).

De esta manera deshicieron mis contrarios aquel postrer recurso que me venía a las manos para poder hacer creíbles los designios ambiciosos y enemigos que comenzaba a realizar entre nosotros Bonaparte por los mismos medios de que usaba en Roma. ¿Quién mandó la impresión de aquel artículo? Si no hubo connivencia en la Secreta-

(266) Este artículo era de tal falsedad, enano, al contrario, revestido el Papa de un vigor extraordinario, se negó enteramente a la audiencia pedida, "haciendo escribir—cuenta Carlos Botta—al Emperador francés no tendría nunca por amigos aquellos soldados que, rompiendo las más solennes promesas, habían entrado en Roma, habían violado su propia residencia, ocupado la ciudad y el castillo, vuelto los cañones contra su propia habitación, y puesto a contribución para mantenerlos su erario y sus súbditos; que se miraba como un hombre reducido a la condición de prisionero (*carcerato*), y que no entraría en ningún género de negociación ni de Tratado con la Francia, mientras no se viese restituido enteramente a su plena y segura libertad". (*Historia de Italia desde 1789 hasta 1814*, libro XXIII.) En cuanto a la pretendida armonía entre las tropas francesas y las de Su Santidad, cuenta el mismo Botta que, desde el día de la entrada violenta de las tropas imperiales en Roma, comenzaron éstas a trabajar por enganchar las pontificias al servicio del Emperador, haciéndolas afrentarse de servir al Papa, y que el mismo Miollis las arengó un día diciéndoles que se había acabado el tiempo de servir bajo las órdenes de mujeres o de clérigos, que era lo mismo, y añadiendo diferentes otros escarnios semejantes contra el Gobierno papal. Mientras tanto, aquel mismo general intimaba la salida de Roma para Nápoles a los cardenales napolitanos Ruffo-Scilla, Pignatelli, Saluzzo, Caracciolo, Caraffa, Traietto y Firrao, juntamente con otros catorce más, naturales del reino de Italia. La casa de Correos fué también invadida, y abiertas y leídas todas las cartas que se encontraron. Ocupáronse, además, todas las imprentas por orden de Miollis, y esto de tal manera que el Papa no pudo hacer imprimir su alocución a los cardenales. Por de contado la subsistencia de las tropas fué puesta bajo el cargo del Gobierno romano, y Roma, tratada en todas cosas como un pueblo de conquista,

ría de Estado, en cuya atribución y dependencia estaba la *Gaceta*, hubo sorpresa por lo menos. El director de aquel periódico declaró con juramento haber venido el tal artículo con los demás que se enviaban por parte del Gobierno; la letra, en medio de esto, no era de mano conocida. No era ya Carlos IV quien mandaba: la Embajada francesa y la facción mandaban ya a su anchura.

Las relaciones de la infanta doña María Luisa no fueron menos inquietantes, harto tardías, empero, porque en el tiempo de su marcha, juzgándose espía en todas partes, no se atrevió a escribir ninguna cosa de política, y su camino hasta Madrid fué perezoso y lento, parte por sus achaques de salud, parte también porque temiese hallarse en los desastres que presentía de nuestra corte. Venía asombrada del recibo, más bien apoteosis, que habían hecho a Bonaparte los pueblos italianos, más asombrada todavía de la resignación de los franceses a la guerra eterna y a la servidumbre con que los trabajaba aquel guerrero mágico, tras de un poder inabarcable. Aún se admiraba más de que en ninguna clase, baja, media, o alta, no oyó a ninguno que le diese, ni en Francia, ni en Italia, el nombre de tirano.

—Los unos—nos decía—, más que amarle, le adoran como a un genio peregrino, que ha de poner la Francia a la cabeza de los pueblos todos de la Europa, y que ha de renovar la faz del mundo; los otros, se le rinden por temor, mas con aquella especie de temor reverencial con que se teme a Dios sin murmurar de sus decretos y sin osar pedirle cuenta de sus obras. No tiene ya quien le replique ni pueda replicarle en todo el continente; los dos emperadores se han repartido el mundo, a lo que empieza ya a contarse; podrá ser de uno y de otro el mando de la tierra, pero el de los franceses se apresura a recoger su parte, antes que el otro tenga lo restante y pueda equilibrarse. Esta ansia le devora, y por desgracia nuestra, teme que a poco andar de los sucesos, la España sea un obstáculo a sus planes o un peligro. Yo no sabré decir si su designio será acabar con nuestra Casa y arrojar las ramas con el tron-



co derribado; o si será su intento subyugarnos y ponernos al igual de sus confederados de Alemania, buscando a más, como hace en todas partes, cuarteles y presidios a sus tropas; o si querrá debilitarnos hasta el punto de no poder temernos en ningún evento, quitándonos provincias y arredondando más su Imperio. Todo esto podrá ser, y acaso duda todavía en cuál de estos extremos pondrá mano; pero ni yo lo dudo, ni nadie duda en Francia, que intenta por lo menos erigirse entre nosotros en mediador armado so pretexto de las discusiones de la corte, que aun cuando no sean nada o poca cosa en realidad, se hacen correr en Francia por muy graves y dañosas al Imperio bajo el título obligado de intrigas de Inglaterra. Tan grande es la importancia que el emperador les presta o finge que les presta, tales las consecuencias que imagina o finge imaginarse, que llegó a decirme sería prudencia de mi parte detenerme en el Piamonte, y esperar el desenlace enteramente inopinado que podrían tener los negocios de la España. Qué pueda haber en ella, centro de la virtud y la lealtad, comparativamente a las demás naciones de la Europa que se han dejado subyugar por Bonaparte, yo lo ignoro; mas diré que si hay algo digno de temerse, es obra o ficción suya, como en Roma, país donde al presente, menos que en parte alguna se le han dado motivos de sospecha, y en donde vocifera que hay un foco de traiciones contra su Corona, obra todo de Inglaterra, que ha invadido con su peste el consistorio: ¿querrá tener a Roma como ya tiene La Toscana, querrá también tener de España...? ¿Quién podrá calcular lo que él desca con un millón de hombres, sin tener en qué emplearlos, lo demás de la Europa encadenado, y su programa siempre listo de someter a la Inglaterra no en los mares ni en sus islas, sino en el mismo continente!

Contó después la infanta, lo mejor que pudo, la conversación enmarañada y casi incomprensible que le tuvo Bonaparte cuando se vieron en Milán en 17 de diciembre, conversación difícil de contarse por la movilidad de ideas y

sentimientos, y por la oscuridad y confusión de especies con que tiró a envolverla en dudas, en esperanzas y en temores sobre sus intenciones y designios.

La entrada refería la infanta—no pudo ser más obsequiosa, ni con mayores miramientos a una reina que él llevó al trono por su mano. Había en su rostro alguna cosa verdadera por lo menos, y era una cierta especie de embarazo en sus miradas que no alcanzó a disimular en sus primeras frases con quien hacía trocar el Arno por el Miño. “Veo a Vuestra Majestad—me dijo—con todo el afecto que ha engendrado en mí la finura y la lealtad de su conducta con mis pueblos de la Francia y de la Italia. Me causa un gran pesar, se lo aseguro francamente, esta dislocación que hacen precisa las circunstancias de la Europa y la tenacidad de la Inglaterra. El corazón y la política no están de acuerdo las más veces. No sé si en Portugal, tan cerca de sus padres, hallará Vuestra Majestad la compensación que he deseado darle por el sacrificio que sin duda le habrá costado separarse de unos pueblos que la amaban. Mi deseo es también que no se queje Vuestra Majestad de mí; más de una vez habrá notado con su penetración que de algunos años a esta parte no soy libre en lo que hago. Busco la paz universal, y esta necesidad no sólo de mis pueblos, sino de todo el mundo, me obliga a situarme de tal suerte, que por más oro que derrame la Inglaterra, no halle más adelante no sólo quien se atreva, sino tampoco a quien le sea posible venderse a sus furores. Desahuciada en el Norte de esperanzas, se vuelve al Mediodía para enredarme en esta parte, mientras que pueda preparar nuevos incendios en la otra. Vea Vuestra Majestad a Roma, ¿quién lo podría creer? Hecha ahora mismo y casi en mi presencia, hecha un foco de intrigas y una manida de raposos, donde bajo la salvaguardia de país santo, universal y neutro, tienen franca entrada y salida, y mansión disimulada los enemigos de la Francia. Cómplice o conivente el Gobierno romano, me pone en la necesidad, o de traerle a la razón,

o bien de reasumir una soberanía salida en otro tiempo de la pura gracia de un emperador francés, y reversible en todo tiempo si abusa de ella en daño del Imperio. No quiera Dios que se me ponga en tal extremo; pero si Roma no se aviene a su deber, dejará de ser por siempre un Gabinete de malsines o intrigantes (267). Vea, pues, Vuestra Majestad si en tal situación no ha sido cordura de mi parte proponer a su augusto padre el cambio que se ha hecho, y querer alejarla de un país donde podría verse fuertemente comprometida por mis enemigos, o reinar sólo en el nombre, por la necesidad que yo tendría de mantener continuamente mis tropas en su reino. No es esto decir—prosiguió después—que en España y en Portugal, teatro de guerra deseado por los ingleses para aumentar embarazos a la Francia, *no haya peligros de esta clase. Des-*

(267) Para los que no estuviesen del todo al corriente de los sucesos de aquel tiempo, es justo y necesario observar en este lugar, que si bien el Gobierno pontifical se hallaba justamente resentido, después de la consagración de Bonaparte, de que no hubiese correspondido de manera alguna a aquella complacencia exorbitante de Pío VII no sólo guardó constantemente una perfecta neutralidad en favor de la Francia, sino que tuvo con ella deferencias muy señaladas, y que en la guerra interior de las Calabrias llegó hasta negar todo asilo a los miserables refugiados que lo buscaban sólo para salvarse en aquella patria común de los católicos. Napoleón ansiaba por la incorporación de Roma a su Imperio; para llegar a este fin, se valió de dos medios: el primero, de suponer que en Roma estaba el centro de las intrigas de la Inglaterra, la Cerdeña y la Sicilia contra Nápoles y contra todo el mediodía de la Italia; el segundo, de pedir al Gobierno pontificio cosas imposibles o muy difíciles de concederse, cuales fueron en lo temporal que el Papa entrase en la liga continental contra los ingleses, declarándoles la guerra a éstos y demás enemigos de la Francia; y en lo espiritual, que la Francia tuviese un patriarca con facultades papales, que hubiese en Roma libertad de cultos, que se aboliesen todas las órdenes religiosas, que se aboliese el celibato eclesiástico, que se admitiese en los Estados Romanos el Código francés y se pudiesen en desuetud los cánones que le fuesen contrarios, con otras muchas pretensiones y peticiones de este género, cuya denegación sirviese de pretexto para la usurpación y las violencias que meditaba y fueron comenzadas en 2 de febrero, y proseguidas sucesivamente hasta la unión de Roma al Imperio, y el durísimo cautiverio de Pío VII.

*gracia será que quien ha sabido superarlos tantas veces, se deje ahora enredar en ellos... más desgracia todavía si se han trocado los papeles, y si, como recelo, la amistad o enemistad con la Francia se hubiese convertido en una cuestión de personas, no habiendo más cuestión a que atender, sino la del bien o el mal del continente, única que yo pongo a mis amigos y enemigos. Yo no veo claro todavía, madama, ni quiero aventurar mi juicio, porque las cosas de la España se necesita verlas desde cerca para no engañarse; pero me sobran datos para no poder dudar que hay un fermento extraño que podrá dañar en gran manera nuestra paz, hoy más que nunca necesaria entre los dos Estados. Los ingleses tejen mucho, y tejen más de noche que de día; no saben otra cosa... ¡Desgraciados los que ellos cojan en sus telas! Las disensiones que han brotado en vuestra real familia son su obra, y hasta la misma idea que ha habido de achucármelas, es idea inglesa enteramente, verdadera obra maestra de sus tramoyas maquinélicas, porque con ella han conseguido desquiciar la justa confianza que vuestro augusto padre debiera haber tenido más que nunca en mi amistad, después del último Tratado tan favorable y tan glorioso cual pudiera haberle sido y cual pudiera serle todavía... No, madama, no es menester que Vuestra Majestad le busque excusas, yo mismo le disculpo, le han hecho concebir que acaloraba yo un partido en contra suya para obligarle a que se ponga ciegamente entre mis manos, y abusar de su conflicto en menoscabo suyo y de la España... Aún diré más que esto (vea Vuestra Majestad si soy ingenuo), se han manejado las intrigas con tal arte, que aun a mi mismo embajador recelo que han logrado hacerle maula en los sucesos que han movido y levantado tanto polvo; mayor razón para que yo sea fácil en olvidar injurias recibidas, injurias que podéis creer serían hastantes para desobligarme de los empeños contraídos. Mas no por esto me he olvidado ni sabré olvidarme de poner los medios, ya sea para impedir que esa política malvada prevalezca o que prevaleciendo,*

cual pudiera, no me encuentre ocioso o desprovisto. Si produjere una explosión, fuerzas y recursos tengo sobrados para sofocarla, porque en punto a precauciones nadie me va adelante, y cuando llega el caso sé muy bien hacer que lo que existe pierda su existencia, y que lo que no existe se aparezca y lo reemplace. Si este cuadro, por el momento tan oscuro, que ofrece vuestra corte, causase a Vuestra Majestad algún desmayo, tan quebrantada de salud como la encuentro, de mi parte está brindarle que haga alto en su camino, donde quiera, en Turín, en Niza o en Francia, donde elija, en París mismo. Mas si prefiere ir a Madrid, ruegole hable a su padre con franqueza y que le diga me complace en ser su amigo todavía, y en pensar que lo sea mío; que la desconfianza es una bola, que en llegando a darle suelta, rueda mucho y va muy lejos; que si las circunstancias en que estamos y en que deben cerrarse a la Inglaterra todos los caminos para alterar el continente, pidieren sacrificios nuevos, tal vez grandes, los espero; bien seguro, cual podrá estar, de que los sacrificios de mis aliados los compenso al doble; que aleje de su lado a cuantos quieran apartarle de aquella confianza con que estoy acostumbrado a que me honren todos los aliados del Imperio; que estoy tan lejos de querer una guerra con España, que por evitarla, tal vez adoptaré medidas desusadas sin aguardar su acuerdo por el pronto; que jamás la Inglaterra podrá ser una amiga verdadera de la España mientras ésta sea señora de la América; que una guerra de Francia con la España, nadie puede desearla sino la Inglaterra, y que ésta solamente es quien podría dar ocasión, o por mejor decir ponerle en el peligro de perder el trono, porque lo tengo ya resuelto, que la Inglaterra no reine más en el continente de la Europa, ni directa ni indirectamente."

A estas especies, refirió también la infanta que mezcló Napoleón algunas frases enigmáticas, mal puestas en su boca ciertamente para el caso, sobre Carlomagno, tan cuidadoso de la España, que por estar seguro y quieto acerca de ella mientras domaba a los sajones,

no dudó en aliarse y sentar pactos y convenios con el caudillo mahometano que reinaba en Zaragoza, ni se creyó seguro enteramente sin tener un contradique en las provincias mismas de la España fronterizas de su Imperio, sobre lo cual insistió siempre su política sin arredrarle los reveses; como también que un rey de España de aquel tiempo, reconociendo el interés de que las dos naciones se intimasen y de que España fuese poderosa, llegó hasta el punto de hacer a Carlomagno el homenaje de su reino y de constituirle su heredero (268). Cuando soltaba estas especies, decía la infanta doña María Luisa que se alumbraba su semblante de un resplandor oscuro amedrentante como la faz de un loco; pero que luego moderaba y endulzaba la expresión, tomaba otro camino, y parecía esforzarse en recoger, horrar o corregir lo que había dicho. En conclusión, decía la infanta:

—No me es fácil pintar lo que yo he visto en aquel rostro, ni lo que yo he sentido en sus palabras, pero de todo infiero que la España corre un gran peligro, más grande o menos grande según las circunstancias se mostraren favorables a su ambición, tal vez incierta todavía, pero la boca abierta a cuanto alcance aquí y allí y en todas partes.

El príncipe Fernando oyó estas cosas, y él solo fué quien no temió al oírlas, él solo el que rió de estos temores con sus padres y su hermana.

Carlos IV se hallaba convencido, aun antes de esto, de la necesidad de retirarse con su corte al Mediodía, y de tomar con Bonaparte la actitud que requería su honor y su dignidad como monarca, cual todo soberano hubiera hecho y debía hacer en igualdad de circunstancias. Dejarse rodear de tropas extranjeras, era lo mismo que entregar-

(268) Este homenaje de don Alfonso el Casto no es un hecho bastante comprobado en la historia de aquel tiempo, y mucho menos todavía su nombramiento de heredero a Carlomagno. Napoleón debiera haber pensado que, si estas cosas fueron ciertas, los mismos cronistas que las refieren han contado que la nación entera se opuso en masa, y que el Emperador francés fué derrotado ignominiosamente con la flor de sus guerreros en Roncesvalles.

se y entregar su reino a la merced y a la ambición tan conocida del emperador de los franceses. Traidor habría yo sido, o el más cobarde de los hombres, si al que tenía en mí puesta su entera confianza, le hubiera aconsejado que esperase desarmado a Bonaparte, y que sin más defensa que su justicia y su razón, se fiase a un enemigo conocido de su Casa, y le fiase el porvenir, la independencia, la suerte entera de sus reinos, su integridad, su gloria, la nacionalidad tal vez de tantos siglos, si a la nación no se le hablaba y se dejaba en el error tan general en que sus enemigos, más que Carlos IV, más que míos, la tenían puesta. Aun cuando hubiera yo sabido ciertamente (nunca lo había creído ni nunca fueron estos mis temores) que la intención de Bonaparte hubiese sido la de obtener de Carlos IV que abdicase y coronar al príncipe de Asturias, cual comenzaba ya a decirse sin rebozo; aun cuando el mismo Carlos IV se me hubiese mostrado favorable a este concierto, mi consejo hubiera sido el mismo no por temor personal mío (que a beneficio de mi patria, en caso necesario, hubiera yo abrazado mi destierro, cual tanto tiempo lo he sufrido heroicamente por haberle sido fiel hasta el postrer instante de mi mando), sino por tres razones poderosas: la primera, que no era honroso que renunciase el rey, circunvenido por un príncipe extranjero, y que bajase o pareciese que bajaba las gradas de su trono por temor o por mandato; la segunda, que era imposible que coronando Bonaparte al príncipe de Asturias, no le cobrase su estipendio, no le quitase a su Corona algunas joyas, y, peor que esto todavía, no hiciese de él y de la España un feudo de su Imperio; la tercera..., mis lectores permitirán que la reserve por respeto, si bien es fácil comprenderla.

Traidor, en fin, hubiera sido o el más necio de los hombres, si aun cuando Bonaparte hubiese hecho mil promesas y protestas, que no hizo, de venir pacífico y amigo, hubiese aconsejado a Carlos IV le aguardase sin tomar medidas de resguardo y de defensa contra el que había lanzado cien mil hombres

por delante y ocupádole sus plazas fuertes con arterías tan ruines como inicuas y cobardes. Con qué censura y con qué sello deban ser marcados los que le aconsejaron lo contrario, los que le hicieron vacilar en su designio, y los que le impidieron realizarlo, podrán decirlo los presentes, libres ya cual se encuentran de engaños y pasiones, y lo dirá la Historia. Esta dirá también que me hallé solo o casi solo para dar aquel consejo, muy más solo para esforzarlo con instancias vivas, y solo enteramente cuando llegó el instante decisivo de cumplirlo y defender a Carlos IV de enemigos interiores y exteriores, deber que era de todos, tan siquiera de aquellos a quien tenía fiadas las riendas del Gobierno; deber en que estribaba la salud y el honor no sólo del monarca, sino de todo el reino, pues de otro modo era imposible, o se acercaba a lo imposible, libertarse de recibir la ley del extranjero por más o menos tiempo, o para siempre.

Resuelto estaba el rey, y cada día más convencido, de la necesidad de retirarse a donde fuese libre para pedir razón a su aliado de sus obras e intenciones, fuerte por su razón y su justicia que era una grande égida aun contra el mismo Bonaparte; donde pudiese hacer llamada y dar el grito del despertamiento a los demás Imperios que aún fiaban en la moralidad de aquel guerrero enloquecido; donde pudiese hablar con libertad a la nación entera que traían tan engañada los seductores de su hijo, los únicos amigos e instrumentos que Napoleón tenía en España; donde pudiese convocar los diputados del pueblo castellano y acordar con ellos todos los medios necesarios para la salvación, la libertad y el esplendor del rico Imperio de dos mundos. Así lo concebía, así lo deseaba; tardaba, empero, en realizar la ejecución de esta medida tan urgente, viendo la repugnancia que mostraban contra ella el príncipe de Asturias y el infante don Antonio, viéndola igual entre los individuos más notables de la corte con quienes consultaba aquel proyecto y como la expresión de toda ella, la opinión tan pronunciada del ministro Ca-

ballero contra la partida, y opinión que aquel hombre decía al rey, ser aún más que la suya la de sus servidores los más fieles, y la de todo el pueblo que miraba a Bonaparte como un amigo verdadero de la España, contra el cual no había motivo para romper la paz y la alianza mantenida tanto tiempo con feliz suceso. Caballero no omitió medio de disuadir al rey de aquel intento, llegando hasta el extremo de afirmarle que temía un tumulto con tan solo que fuesen vistas las señales de querer llevarse a efecto.

En estas ansiedades del monarca fué la llegada a nuestra corte del consejero Izquierdo. Después de aquel silencio artificioso y prolongado que el Gabinete de la Francia había observado con nosotros mientras que Bonaparte nos empujaba sus legiones sin dar razón de su conducta, llegó la hora de hablar, y don Eugenio Izquierdo fué llamado para llevar al rey de España en derecho explicaciones y demandas. Napoleón se estuvo al paño: fueron sus encargados para aquel negocio el mariscal Duroc y el príncipe de Benevento. Diéronle apuntamiento de aquello que fué hablado, pero sin forma alguna diplomática, como un alivio a su memoria, con expresa encomienda, repetida muchas veces, de entenderse con el rey directamente, sin conferir con los ministros ni conmigo. Llegado Izquierdo fué a buscarme, y díjome el encargo que traía de hablar al rey a solas, no que trajese cosa alguna en contra mía ni de ninguna otra persona, pero sí cosas graves y gravísimas que requerían mucho consejo y en que era indispensable a su entender que yo asistiese a Carlos IV. Respondíle que el rey me llamaría si lo tenía por conveniente, y le encargué partiese luego a presentarse y a cumplir su cometido.

Dada la audiencia al consejero Izquierdo, a que asistió la reina con el rey, en cuanto aquél hubo acabado su relato, mandó el rey se me llamase. Yo no debía excusarme en tales circunstancias con ningún motivo ni pretexto; la soledad de Carlos IV era muy grande aquellos días, que no acertaba a quién poder fiarse sin temor de ser ven-

dido, salvo el ministro Caballero, de quien no dudaba todavía le fuese fiel enteramente; mayor peligro, por tanto, si el rey le consultaba. No fué el temor, bien puedo ser creído, no fué el temor de cosa alguna que avenir pudiese en daño mío lo que llevó mis pasos para aquella conferencia; yo estaba ya votado y consentido a todos los peligros; mayores los de adentro que los que para mí podían venir de afuera. Irme a llorar lejos del mundo aquellos males que tanto trabajé por contener y desviar en tiempo hábil cuando no se quiso, era el mayor que a mí podía venirme por parte de la Francia: morir en un tumulto con riesgo de mi honra a manos de un partido poderoso, era el peligro que yo hallaba en proseguir más tiempo aconsejando y sosteniendo a Carlos IV; pero era mi señor, era mi rey, era mi grande ídolo, y en derecho suya veía mi patria en el mayor de los peligros, puesta en él por los que habían llamado a Bonaparte y le esperaban como el amparador del príncipe de Asturias, prontos en tanto, si se veían frustrados y era llegada una catástrofe, para decir al mundo, como después lo hicieron, que había llegado por mi culpa.

Deseándola evitar y promoviendo la salida de la real familia, desbarataba la esperanza de los que contaban, como sólo medio de triunfar y de llegar al mando, la amistad de Bonaparte. Yo lo tenía previsto, y no era necesario ser un lince para mirar y ver en un futuro tan cercano; no había otro impedimento a sus deseos que mi existencia. A Carlos IV le había dicho aquellos días:

—Yo permanezco a vuestro lado, sabiendo que es posible de un instante a otro que a Vuestra Majestad le traigan mi cabeza en una pica: los progresos de la facción se manifiestan a la luz del día, y ya no tienen más recursos los malvados sino asaltar el trono, y comenzar a hacerlo quitándome del puesto donde le estoy guardando.

Carlos IV, por confortarme, se reía y me llamaba visionario; mas no desconocía la situación en que me hallaba, ni yo la cruel batalla que sufría su espíritu temiendo que el momento de

emprender su marcha al Mediodía desde principio a los desastres. Y la partida, en tanto, se hacía más necesaria, más urgente. Si algo faltaba todavía para avivar esta medida de salud, fué la misión de Izquierdo, asunto y pretendido negociado, de que puedo ofrecer a mis lectores, mejor que mis recuerdos, un trasunto del papel que le fué dado para que lo copiase de su letra, y aquella copia la trajese como un auxilio solamente a su memoria. No tenía más cabeza aquel escrito que el que ya he indicado: *Especies y cuestiones proponibles* (proposables). Posco el traslado que yo hice de aquel raro documento, y que, entregado luego a Carlos IV, Su Majestad había guardado y lo llevó consigo en su viaje por si pudiese serle necesario. Su tenor literal es el siguiente:

Primera especie: Que Su Majestad el emperador de los franceses, después de tantas y tan sangrientas campañas sostenidas por la Francia en el largo discurso de quince años contra cuatro coaliciones suscitadas y costeadas por la Inglaterra, sin que los constantes triunfos de la República y del Imperio hubiesen bastado a asegurar la paz tantas veces concedida después de la victoria a las potencias coligadas, conquistada esta paz de nuevo en los campos de Polonia a expensas de los más grandes sacrificios de sus pueblos, se creía sobrado de razón y de autoridad legítimamente ganada, para impedir en lo sucesivo *por toda suerte de medios, ordinarios o extraordinarios, regulares o irregulares, violentos o suaves*, cual los sucesos podrían pedirlo, que la paz del continente pudiese ser turbada en adelante por la Inglaterra, puesto, a este fin, de acuerdo con todos los amigos y aliados de su Imperio, entre ellos el emperador de las Rusias, pronto éste por su parte a cooperar de la manera más enérgica con su majestad imperial y real para reducir a la Inglaterra a la necesidad de prestarse a una sincera y estable con la Francia y con las demás potencias sus amigas y aliadas; paz definitiva y capaz de duración, como su majestad la entendía, en que todas las naciones de la Europa gozasen de los

beneficios y derechos comunes a que naturaleza y la civilización las llamaba a todas indistintamente.

2.<sup>a</sup> Que zanjados y asegurados los designios de Su Majestad Imperial y Real en el norte de la Europa por los Tratados de Tilsit, y por la exacta y rigurosa ejecución en que desde un principio fueron puestos sin atenderse en ellos otros intereses que los comunes de la Francia y de la Europa, faltaba a Su Majestad realizar las mismas intenciones por entero en los pueblos del Mediodía, donde la Inglaterra no tenía cerrados todos los caminos de su mortífera influencia, siéndole forzoso para esto, por una parte, poner la Italia a cubierto de las intrigas y atentados de aquel Gobierno maquiavélico; y por la otra, apartarle para siempre del funesto predominio que ejercía en el Portugal, y de toda eventualidad por la cual más pronto o más tarde, se pudiese promover realizar en la Península lo que en el norte de la Europa le era ya imposible y había ansiado tanto tiempo, que era encender las hachas de la guerra, y abrir el teatro de ella en un país como España y Portugal, donde la larga extensión de sus costas debía ofrecerle más recursos para una guerra carnífera y prolongada.

3.<sup>a</sup> Que Su Majestad, para llegar al cabo de sus designios, igualmente saludables para Italia y España, había concebido con la más pura buena fe los Tratados de Fontainebleau, por los cuales, dando al rey de España una gran parte la más larga en los beneficios que debían resultar de sus proyectos y resoluciones en cuanto al Portugal, había consultado al bien común de la Francia y de la España, haciendo a ésta participante por tal medio de los gloriosos sucesos del Imperio, y contando con ella como una gran potencia que lo era, para que le ayudase largamente a asegurar la paz del continente y a destruir la tiranía marítima, doble objeto en que la España, señora casi única del continente americano, tenía aún más interés que las demás potencias de la Europa, e idea sobresaliente acerca de la cual había querido el emperador excitar más y más el ánimo de Su Majes-

tad Católica, ofreciéndose y obligándose por los mismos Tratados a reconocerle en tiempo oportuno como emperador de las dos Américas.

4.<sup>a</sup> Que Su Majestad Imperial, no ignorante de que en España había existido siempre un partido inglés que embarazaba más o menos la amistosa y noble concurrencia de la España con la Francia contra su común enemigo la Inglaterra, y de que la influencia de este partido había llegado hasta a hacer titubear al Gobierno de Su Majestad Católica sobre la buena fe de las relaciones del Gabinete imperial con el de España, vacilación lamentable que hubría podido empeñar una guerra dolorosa entre dos naciones cuyo mutuo interés era de ser perpetuamente amigas, Su Majestad Imperial, para desvanecer aquellos temores tan mal fundados, había hecho insertar, de movimiento propio suyo, la obligación en que se constituía, por el artículo XXI, de salir garante a Su Majestad Católica de la posesión de sus Estados del continente de Europa situados al mediodía de los Pirineos.

5.<sup>a</sup> Que destruida por este medio de antemano toda especie maligna que posteriormente pudiesen reproducir los ingleses contra la buena fe y la sinceridad de las relaciones del Gabinete francés con el de España, ratificados apenas el Tratado de Fontainebleau, y la Convención a él aneja, por parte de Su Majestad Imperial, y no bien seca todavía la firma que en él había puesto, tuvo el disgusto de saber la discordia que había estallado en la familia real de España, y el violento pesar de que se hubiese podido hacer creer a Su Majestad Católica que el emperador, por medio de su propio embajador, había tenido o podido tener influjo en la desobediencia o cualquiera otra falta que hubiese cometido el príncipe heredero, ofensa gravísima que habría sido bastante para haber hecho rasgar aquel Tratado y pedido una satisfacción ruidosa de tamaño agravio; pero que Su Majestad Imperial, fiel todavía a la poderosa simpatía que peleaba en su corazón a favor de Carlos IV, se contentó con exigir por única reparación la de sepultar en la nada las injustas quejas

que con tanto deshonor de su propia persona le habían sido dadas, prometiendo al mismo tiempo que si llegase a presentar a Su Majestad Imperial alguna prueba convincente de que su embajador se hubiese mezclado en asuntos interiores de la España, Su Majestad haría justicia y daría satisfacción a Su Majestad Católica.

6.<sup>a</sup> Que posteriormente Su Majestad Imperial, tanto por el temor de algunas publicaciones hechas en Inglaterra sobre los sucesos de El Escorial, como por las relaciones de algunas personas del Imperio que viajaban por la España en aquella actualidad, y por los avisos e informes de su embajador, había tenido el nuevo descontento de saber, que no bien sofocadas todavía las discordias de la real familia, se envenenaban en España los partidos, y que los agentes ocultos de Inglaterra hacían cundir que Su Majestad Imperial se proponía intervenir en aquellas disensiones y mostrarse favorable al príncipe heredero, hasta el grado tal vez de coronarle, o hacerle, por lo menos, asociar al reinado de su padre, tramas y enredos infames del Gobierno inglés, por cuyo medio se proponía lograr una ruptura de la España con la Francia, pronto a ofrecer a aquella su asistencia con armas y dinero, y a arrastrarla y empeñarla con una guerra desastrosa, con tal de tener campo donde incendiar de nuevo el continente.

7.<sup>a</sup> Que con tales premisas, sabedor Su Majestad Imperial, por una parte, de las expediciones que con el mayor misterio preparaban los ingleses para la Península, fuese para alentarla y promover en ella el grito de la guerra contra los franceses, fuese para obligarla a entrar en sus designios, y llegando a Su Majestad, por otra parte, noticias positivas sobre el ardor y la violencia de los dos partidos que dividían la corte de Su Majestad Católica, creyó el emperador de su deber, no tanto por sí mismo, como por su aliado Carlos IV, cubrir el reino y aun la corte misma contra cualquier evento peligroso; y que así lo había verificado, sin pretender por el momento la anuencia de Su Majestad Católica, por diversas razones; la

primera, de miramiento y de prudencia para evitar discusiones sobre el estado interior de la España, y apartar toda idea de que el emperador se quisiese injerir en los negocios de ella sin llamarle Su Majestad Católica; la segunda, por no exponerse a una negativa de su parte sobre la entrada de más tropas, negativa que habría sido muy posible en tales circunstancias y habría comprometido los respetos de ambas partes; la tercera, para probar también hasta qué grado podía contar Su Majestad Imperial con la confianza del Gobierno de Carlos IV a quien acababa Su Majestad de garantir sus Estados con un Tratado solemnisimo.

8.<sup>a</sup> Que por los mismos motivos, advertido como se hallaba ya el emperador, por una larga experiencia, del antiguo y nunca interrumpido sistema de precaución y restricciones que el Gobierno de Su Majestad Católica había observado siempre en sus relaciones con la Francia, había querido más bien Su Majestad Imperial que se ocupasen algunas de las plazas fronterizas por medios pacíficos e inocentes, en vez de que se hiciesen las justas reclamaciones a que le daba derecho el mantenimiento de la buena disciplina y la seguridad de sus tropas con respecto a la abertura y franqueza de aquellas mismas plazas fuertes, que podría haberle sido negada con peligro de la buena inteligencia y armonía de las dos cortes que acerca de este punto había sido mucho de extrañar para el emperador, que una vez convenida por un Tratado solemne la entrada del primer Ejército de operaciones no tan sólo no se le hubiese abierto plaza alguna fronteriza, ni del Portugal ni de la Francia, sino de que se hubiesen dado órdenes terminantes para que no se abriesen ni aun a la misma curiosidad de los militares franceses, género de conducta nunca visto entre naciones amigas, aliadas y concurrentes a una misma empresa de interés recíproco; no pudiendo ocultarse al Gobierno de Su Majestad Católica la franqueza absoluta de las plazas militares, que aun con menor motivo habían disfrutado y disfrutaban las tropas de Su Majestad Imperial en los demás países

aliados donde el interés común requería el paso de ellas, ni debiendo el mismo Gobierno ignorar, que aun en el simple paso concedido a un Ejército extranjero por país neutral, suelen ofrecerse circunstancias graves en que sea necesario apoderarse de una plaza neutral, poner en ella guarnición, y ocuparla por más o menos tiempo, para prevenirse contra un enemigo que habría invadido o intentado invadir el territorio de su tránsito.

9.<sup>a</sup> Que esta desconfianza del Gobierno español con respecto a la invariable buena fe que Su Majestad Imperial había observado siempre en todas sus transacciones políticas, daba margen al de Su Majestad el Emperador para desconfiar a su vez de la perfecta amistad y sinceridad de que aquél se alababa con respecto a la Francia, siendo una cosa cierta que el que desconfía de un amigo y teme de él algunas cosas, está muy cerca de hacerse su enemigo; y siendo de observar aquí un contraste bien marcado entre los dos Gobiernos, a saber, que Su Majestad Imperial había dejado entrar su Ejército en España sin exigir sobre las armas un número de tropas cuatro veces mayor de las que entraban de la Francia; que esta desigualdad en las señales de amistad y confianza por parte de la España, había obligado a Su Majestad el Emperador a tomar informes, y a estudiar la marcha y la política del Gobierno español con especial cuidado; que en esta exploración había notado Su Majestad, con no poco disgusto suyo, la frialdad tan notable que este Gobierno mostraba en sus medidas de cooperación contra el enemigo común, y que si bien Su Majestad Imperial había tenido motivos de satisfacción y aun de agradecimiento en los esfuerzos que habían sido hechos por parte de la España en la campaña marítima de 1805 no había tenido después nuevos motivos de alegrarse, al ver el carácter de mera guerra defensiva a que luego, por más de un año, se había ceñido su Gobierno contra la Inglaterra, cuidando más que de navíos y de armamento de Marina, de Ejércitos de tierra, propios más bien para guardarse de la Francia que de los in-



gleses, cual se había visto en Dinamarca con entera ruina de su poder marítimo hurtado al continente.

10. Que por quejas e informes de sus cónsules, tenía Su Majestad que lastimarse de la severidad y la dureza de nuestras Aduanas y Aranceles con el comercio de la Francia, sin distinguirla en cosa alguna de las demás naciones aun las más indiferentes; siendo también para el emperador un gran motivo de extrañeza, haberse diferido y postergado tantas veces el Tratado de comercio entre ambas dos potencias, indicado y prometido desde la paz de Basilea.

11. Que el contrabando inglés reinaba siempre en nuestras costas del Mediterráneo, efecto necesario de la impunidad casi segura, lo de la suavidad de los castigos (que era una cosa igual con que contaban siempre los defraudadores): mientras la Francia sujetaba a penas rigorosas las contravenciones más ligeras que podían hacerse no tan sólo en los litorales del Imperio, sino del mismo modo en los demás países aliados que hallaban protegidos por sus armas.

12. Que entre tantas y tan positivas señales de tibieza, de indiferencia y aun de aversión por parte del Gobierno de Su Majestad Católica en cuanto a concurrir con el de Su Majestad Imperial en aquella actualidad tan importante, para obligar por toda suerte de medios al Gabinete británico a la necesidad de implorar la paz, había una muy especial y muy reciente, no desmentida todavía, a saber, que habiendo invitado el Gobierno de Su Majestad Imperial al de Su Majestad Católica, a unir su escuadra de Cartagena con la francesa surgida en Tolón, para hacer levantar el bloqueo que sufrían en Cádiz las dos escuadras combinadas francesa y española, y disponer con todas cuatro el nuevo ataque que meditaba Su Majestad Imperial contra las islas Británicas, era ya pasado más tiempo de cuarenta días, sin que la escuadra de Cartagena, arribada a Mallorca y después a Menorca, hubiese dado vela para Tolón, según se había prometido a Su Majestad Imperial, difiriendo su salida el comandante de aquellas fuerzas bajo pretextos espe-

ciosos y nada comprobados de vientos contrarios y de fuerzas mayores enemigas; negocio sobre el cual se habían hecho y se estaban haciendo a nuestro Gobierno vivas y continuas reclamaciones, cuyo efecto se tardaba siempre, y en cuyo tardanza se dejaba ver una mala voluntad de concurrir a aquella empresa tan descada, quedando así más tiempo al Gobierno británico para organizar sus defensas, y armar más a su anchura las expediciones que intentaba contra la Península con mayor peligro de las armas españolas y sus auxiliares, las francesas (269).

13. Que Su Majestad el Emperador no había dudado jamás, ni persona alguna del mundo sería capaz de hacerle dudar de la probidad, de la buena fe, de la religión y del honor incorruptible de su cordial amigo y aliado Carlos IV; pero que tal seguridad no la tenía Su Majestad Imperial tan completa de los ministros de Su Majestad Católica; que después de esto, en circunstancias tales como eran aquellas en que la España se encontraba, no era fácil que

(269) Es cierto que Napoleón había hecho pedir la reunión de nuestra escuadra de Cartagena, compuesta de seis navíos de línea (entre ellos la *Reina María Luisa*, de ciento y doce cañones), con la que se hallaba surgida en Tolón; cierto, también, que se prometió enviarla, y que se dió la orden ostensible de hacerla salir de Cartagena para aquel destino. Pero las graves dudas y cuidados que ofreció la conducta de Bonaparte en los meses de diciembre y de enero, dudas y cuidados que se hacían más grandes cada día que iba pasando, fueron sobrada causa para expedir órdenes reservadas al comandante de nuestra escuadra don Cayetano Valdés, a fin de que, con pretexto, ya de enemigos, o ya de vientos contrarios, demorase su marcha para Tolón, mientras no recibiese nuevas órdenes. Dada la queja de aquel retardo por el Gabinete francés, mandé salir para Mahón al teniente general don José Salcedo con la aparente misión de tomar el mando de la escuadra y de averiguar la conducta de Valdés; pero, en la realidad, para sosegar el descontento del Gobierno francés, y dando a Salcedo el rigoroso encargo de no zarpar para Tolón de modo alguno sin orden mía terminante, obrando de igual modo que Valdés había hecho. De aquí resultó que Bonaparte no hubiera logrado gozarse con nuestra escuadra de Cartagena, ni sacar la que tenía en Cádiz, al mando del almirante Rosilí, cuando se descubrieron sus iníquas intenciones e hizo patente su perfidia con nosotros.

Su Majestad Católica se hallase constantemente en el caso de ver y juzgar los sucesos y las cuestiones que se abocaban, con la claridad, la exactitud y la imposible firmeza que eran tan necesarias y deseables; que, desgraciadamente, Su Majestad Católica, por una triste fatalidad de acaccimientos no previstos, se hallaba puesto en el batidero de dos influencias contrarias, en que se cruzaban alrededor del trono los enredos y las mentiras bajo las apariencias más engañosas; que la discordia introducida y no bien apagada en su Real Familia, tenía hondas raíces en los partidos que con astucia infernal agitaba la Inglaterra enmascarada de mil modos; que Su Majestad Imperial había sabido de una manera positiva que entre los dos partidos principales que dividían la corte de España se hacía sentir otro tercero de anarquistas, cuyos designios se alargaban al extremo de aspirar a una reforma capital de la Monarquía española, con semejanza, según unos, a la Constitución inglesa, y según otros, a la Constitución americana; que una revolución, de cualquier modo que fuese llevada a efecto, ora se contuviese en una cuestión de personas, ora se extendiese también a las cosas, podría hacer caer a Su Majestad Católica de la plena libertad que necesitaría para cumplir sus empeños contraídos con la Francia, o bien llegar a punto de desposeerle de su Real Corona, en cuyo triste evento Su Majestad Imperial podría encontrarse comprometido en la Península contra las armas británicas y contra el mismo país, teniendo que superar a un mismo tiempo la guerra civil y la guerra extranjera; que un acontecimiento de esta especie podría poner en duda hasta el honor del Gabinete francés entre los demás pueblos del continente que no podrían saber a punto fijo cuál habría sido el verdadero origen de semejante torbellino; que la existencia, en fin, de España como nación independiente, no podría menos de correr en tal revuelta un gran peligro, con más la trascendencia fatalísima de ser perdidas las Américas, y hallarse luego destruída entre las disensiones interiores y las contiendas porfiadas de

la Inglaterra y de la Francia, una nación como la España, hecha para mandar las tierras y los mares con la Francia, única amiga suya verdadera y compañera natural de intereses y política.

14. Que aun olvidando Su Majestad Imperial, como se esforzaba por olvidar, las quejas amigables que habían sido expuestas, le era imposible prescindir de la situación interior política en que se hallaban los partidos, y de las graves mudanzas que una colisión entre ellos podría ocasionar en el sistema político del Gabinete español; que en presencia de esta situación, por la cual habían variado notablemente las circunstancias en que Su Majestad Imperial había tenido a bien aprobar el Tratado de Fontainebleau, no se estimaba ligado a la rigurosa observancia de aquellos artículos y cláusulas que podrían dañar a la seguridad y al buen éxito de sus armas en la Península, mientras ésta se hallase amenazada, ya fuese en lo interior, de una guerra doméstica, ya fuese en lo exterior, de una invasión de ingleses en sus costas sostenida o no por las facciones que tenía movidas la Inglaterra; que no pudiendo el emperador ni debiendo en modo alguno desistir de su empresa en Portugal, ni dejar de hacer frente contra los ataques que intentasen los ingleses tanto en aquel reino como en España, se consideraba en la necesidad de mover y situar sus Ejércitos, en combinación con los de Su Majestad Católica, donde quiera que las circunstancias pudieran hacer necesaria la presencia de ellos, sin ninguna limitación de provincias y lugares; y que, por igual razón, no podía menos de exigir que cualesquiera plazas fuertes, sobre las cuales necesitasen apoyarse sus Ejércitos, les fuesen abiertas, haciendo el Gobierno de Su Majestad Católica responsables a sus comandantes de cualquiera oposición o tardanza que, una vez requeridos, se permitiesen en franquearlas.

15. Que por razón de las contingencias ya indicadas de un trastorno que pudiese producir la colisión de los partidos, Su Majestad Imperial no podía menos de pedir a Su Majestad Católica algunas garantías contra toda suerte de

sucesos ulteriores que, independientemente de la voluntad de Su Majestad Católica, llegasen a alterar la paz interior del reino juntamente con el sistema político de su Gobierno; que debiendo precaverse Su Majestad Imperial contra tales acaecimientos muy posibles, no podía menos de fortalecerse especialmente en las provincias españolas fronterizas de la Francia, y que tales podrían venir los sucesos que se viese obligado a establecer en ellas Gobiernos militares, y a ocuparlas hasta un año después de haberse hecho y consolidado las paces generales; que en la ejecución de esta medida, Su Majestad el Emperador no podía menos de encontrar todos los inconvenientes que lleva consigo una manera de existir precaria y preternatural, cual habría de ser en tal suposición la de aquellas provincias, y que, aun sobrado como Su Majestad Imperial podía hallarse de antecedentes históricos y de razones políticas *para añadir las al Imperio, o establecer al menos entre las dos naciones una potencia neutra que fuese un valladar entre una y otra*, se limitaba a indicar un cambio favorable a las dos partes, que era ceder el Portugal entero contra un equivalente en las provincias fronterizas de la Francia; cambio tanto más útil para España, cuanto por medio de él se evitaba la servidumbre de un camino militar de extremo a extremo de las fronteras, forzoso de sufrirse mientras la Francia poseyese alguna parte del territorio lusitano; que sin pretender violentar acerca de este cambio la voluntad de Su Majestad Católica, deseaba el emperador vivamente obtener su conformidad, y que obtenida ésta, se procediese sin más dilación a realizar aquel trueque y a asegurarle por un Tratado; no debiéndose perder de vista de que más adelante (lo que Dios no permitiese) una complicación imprevista de acontecimientos podía obligar a Su Majestad el Emperador a cimentar la seguridad de la Francia, por nuestro lado, sobre la posesión de las mismas provincias, sin tener a su mano país alguno que volver a España en cambio de ellas; que la política de Su Majestad Imperial se extendía no

menos a las cosas posibles en lo venidero, que a las reales y presentes, sirviéndole de regla las pasadas; que España no había sido en todos tiempos amiga de la Francia, y que la historia la representaba con mayor frecuencia, ora como vecina indiferente y desdeñosa, ora como rival, ora como enemiga encarnizada con odio hereditario; que la Revolución francesa había cortado los lazos de familia que durante un siglo habían unido más o menos fuertemente a entrambas dos potencias, y que faltando aquellos lazos, si bien España, por su posición geográfica y por su propia conveniencia, debía ser amiga, compañera y asociada eterna de la Francia, no por esto debía contarse fuese siempre consiguiente a este sistema y no lo abandonara como tantas veces se había visto; que aspirando Su Majestad a hacer durables a prueba de los tiempos las bases del Imperio que tenía fundado, *o por mejor decir restablecido de lo antiguo*, no debería extrañar Su Majestad Católica la indicación que le era hecha, tanto menos cuanto al hacerla, y desear poner una barrera más a sus Estados en los confines de la España, como otras veces lo tuvieron, ofrecía a ésta un nuevo reino, la libraba de una frontera perniciosa y quitaba a sus enemigos un pie a tierra que tenían en contra de ella, siempre alicerto, desde el Miño hasta el Guadiana.

16. Que aun extendidas y afirmadas de este modo contra todo evento las fronteras de la Francia y de la España, Su Majestad no miraría como una cosa indiferente cualquiera alteración o turbulencia que el maquiavelismo inglés siguiese promoviendo entre nosotros, ninguna suerte de atentado que menguase en lo más leve la dignidad y los respetos de su aliado Carlos IV; que éste debía contar con todo el lleno de las fuerzas del Imperio contra cualquiera alevosía, de dondequiera que emanase, contra su autoridad y sus derechos soberanos; que el emperador no estaba al cabo todavía de los sucesos lamentables que turbaron la paz de su familia, y deseaba cerciorarse acerca de ellos para prestarse o no prestarse a la alianza de familia comenzada a apala-

brarse entre ambas Majestades; que el emperador no asentiría definitivamente a tal enlace sin hallarse asegurado de que el príncipe de Asturias hubiese merecido la indulgencia de su padre y soberano, perseverando enteramente en su obediencia y su respeto; que siendo de otro modo, no tan sólo se negaría a introducirle en su familia, sino que mostraría muy grande complacencia en que Su Majestad le separase de su derecho al trono, y se pensase en otro de sus hijos para el enlace proyectado y para sucederle en la Corona, bien consultado este negocio y decidido por común acuerdo de Su Majestad y el Rey Católico, siendo la Francia grandemente interesada en que el príncipe heredero le sea grato y continúe sinceramente la alianza de los Estados.

17. Que en la perfecta asociación de toda suerte de intereses que el emperador quería fundar entre las dos naciones, su intención era pedir al Rey Católico que se llevase, en fin, a efecto, la celebración de un buen Tratado de comercio, en el que todo fuese igual entre las dos potencias en todos sus Estados y dominios de acá y de allende de los mares.

18. Y que, por última medida, en la prosecución de la gran obra de conquistar la paz marítima, y de hacer sólida y durable la de todo el continente, se procediese a renovar, de una manera más expresa y más completa, la alianza entre las dos potencias, bajo la doble cualidad de ofensiva y defensiva, no limitada solamente contra los comunes enemigos de una y otra, como hasta entonces lo había sido, sino perfecta y absoluta contra cualquiera que lo fuese de una de ellas, aun cuando no lo fuese de la otra; un Pacto equivalente al viejo Pacto de Familia que corrió otras veces entre las dos Coronas, y aun más perfecto todavía, cual requerían los tiempos, la obstinación de la Inglaterra y el interés preponderante de Su Majestad Católica en la extensión inmensa de sus dominios de las Indias.

Hasta aquí las especies y cuestiones de aquella rara nota, la cual finalizaba de este modo:

“La lealtad, la sinceridad y la fran-

queza que dirigen siempre la conducta de Su Majestad Imperial con sus amigos y aliados, le han hecho *anticipar* a Su Majestad estas explicaciones confidenciales de sus actos y sus pensamientos y designios, según los cuales desearía el emperador arreglar y consolidar para siempre, con recíproca utilidad, las relaciones de la Francia y de la España; añadiendo acerca de esto, que la presente actualidad ofrece una verdadera estrechez de circunstancias imposibles de superar, mientras que no se tomen de una y otra parte resoluciones prontas y definitivas, tanto más urgentes, cuanto más graves y penosos habrían de ser los resultados de cualquiera especie de trastorno que pudiese ocurrir en España y alterar sus relaciones con la Francia.”

Los que defendiendo en todo caso, a diestro y siniestro, la política invasora del emperador de los franceses, no han dudado decir que por el año 1808, después de tantas coaliciones enemigas sufridas por la Francia y prontas siempre a renovarse, no estaba ya en el caso esta potencia de tener respeto a las fronteras naturales de las demás naciones, y que en circunstancias extremas no hay más justicia que la conveniencia y el poder de un grande Estado que se forma, cuya existencia es mal mirada y se disputa tenazmente, no podrán menos de encontrar maravilloso el documento precedente que por tanto tiempo se ha ignorado y que faltaba todavía a la Historia (270). Y yo diré

(270) Un escritor francés, muy moderno y muy estimado por sus talentos diplomáticos, a propósito del empeño que mostró Napoleón por agregar al Imperio francés las provincias de España contenidas entre el Ebro y los Pirineos, acaba de dar a la estampa lo siguiente: “Ce que nous blâmons dans cette idée de Napoléon, ce n'est pas de vouloir abattre la barrière des Pyrénées. En 1808, on n'en est plus à la question de frontières naturelles. Dès long-temps les coalitions européennes ont obligé la France à les dépasser et à prendre pied chez ses ennemis. Du côté de l'Italie, elle a gardé le Piémont. Sur le Rhin, elle est maîtresse de Kelh, de Cassel et de Wesel. Puisqu'elle a dû, pour sa sûreté, tenir dans ses mains les clefs de l'Italie et de l'Allemagne, pourquoi ne prendrait-elle pas la même précaution à l'égard du gouvernement espagnol, surtout après que ce gouvernement, qui a voulu se tourner con-

también que es de admirar la sutileza, el arte, la solercia, el desahogo y el descaro heroico con que allí es visto producirse y paliarse tan desmedidas pretensiones que en él se encuentran contenidas. Mas los que piensan de aquel modo consagrarían un gran error, el más funesto, contra la independencia de los pueblos y contra la existencia de nación de cada uno, que es el primero de los bienes y el gran sagrado en la política. La Inglaterra tenía el tridente de los mares, y se le disputaba por la Francia y por sus aliados; luego aquella tenía derecho de atacar en plena paz cualquier marina que en un caso inesperado y no probable podría volverse enemiga, y de abrasar, por tanto, a Copenhague, y de tomar a Dinamarca sus escuadras y arsenales, por más que esta nación le hubiese sido inofensiva.

¿Hasta qué extremo podrían ir las consecuencias de esta política barbárica, y hasta qué punto tan subido de felonía y perfidia fué llevada por el emperador de los franceses! Porque España podría volverse en algún tiempo su enemiga, era forzoso arrebatárle sus fronteras naturales; porque probar a hacerlo con las armas le podía empujar en una guerra porfiada, a esta

tre elle, n'en a été empêché que par des événements inouïs, sur le renouvellement desquels on ne peut pas toujours compter?"

Yo no pensaré que haya muchos publicistas que adopten el principio asentado por este escritor, cuando deja entender o inferir que por asegurar un soberano sus Estados le sea lícito apoderarse de las provincias fronterizas de sus vecinos sin más motivo que el de ser o parecerle sospechosos. Cuanto a los dos casos que cita en las fronteras de Italia y Alemania, cualquiera verá que la Francia obtuvo aquellas dos llaves por el derecho de conquista en guerra peleada de una y otra parte. El caso de la España no es el mismo. Si Napoleón tuvo motivo de quejarse de nosotros año y medio antes, después mostróse satisfecho: había estrechado nuevamente su amistad con Carlos IV, y acababa de garantizar a su Corona todos sus Estados de Europa al mediodía de los Pirineos por el artículo XI del Tratado de Fontainebleau, puesto en ejecución y observado todavía por nosotros en aquella misma actualidad en que él lo quebrantaba, inundándonos con sus tropas sin consentimiento nuestro, y sorprendiendo baja y deslealmente nuestra plazas fronterizas.

nación amiga y generosa es necesario darle confianza y aumentarla por medio de un Tratado en la que le garantiza todos sus dominios de la Europa, y entrar bajo la capa de amistad y de alianza y henchir el reino de sus tropas, y sorprender sus plazas bajo el pretexto de amistad por no romperlas, y cuando le parezca estar seguro demandarle sus provincias fronterizas, la petición envuelta en amenazas (271). Y no se diga, por cubrirlo, que nos daba en cambio el Portugal entero. La ocupación del Portugal no fué conquista; el Portugal no era de nadie, ni aquel reino podía ser ni era otra cosa que un depósito hasta las paces generales, imposibles éstas de obtenerse y de cumplirse, mientras a cada parte intervenida, o despojada, no se le reintegrase en sus dominios. Fuera de que, por otro lado, ¿dónde tenía derecho Carlos IV para hacer cambios de sus pueblos, ni qué podía valer el Portugal para la España, comparado con las provincias transiberas, o quién era el impío que consintiera, para hacer más seguras las fronteras de la Francia, derribar las nuestras y dejarle abiertas nuestras puertas?

Me alargaría infinito si me quisiese detener a hacer comentarios de aquel raro memorial de especies y cuestiones que ha sido referido. El solo juicio natural de todo hombre que piense imparcialmente y no conozca por derecho el de la fuerza, hará justicia de ellas y les encontrará tan sólo un triste mérito, muy estimado ciertamente en diplomacia, que es de saber mentir a pulso quiéto con frente imperturbable, y dar un colorido de razón y conveniencia aun a las cosas más injustas y más desbaratadas. Aplándalo

(271) Si hubiera alguno que negase que temió la guerra, y prefirió la deslealtad y las traiciones para abarcar a España, le remitiré a las famosas instrucciones, citadas ya otra vez, en que decía a Murat: "*C'est à la politique et aux négociations qu'il appartient de décider les destinées de l'Espagne... L'armée évitera toute rencontre, soit avec les corps de l'armée espagnole, soit avec des détachements: il ne faut pas que d'aucun côté il soit brûlé une amorce... SI LA GUERRE S'ALLUMAIT, TOUT SERAIT PERDU.*"

quien quiera; me quejaré tan solo de una cosa, y es de ver disculpada por un gran número de autores, y aun presentada por algunos con elogio, la bajeza o la traición, o la menguada timidez de tantos hombres eminentes que en Milán, en Roma, en Génova, en Suiza, en la Holanda, en Alemania, en tantas otras partes, se doblaron a esta especie de prescripciones imperiales dadas por bajo mano, con que el emperador de los franceses les hacía llegar de hinojos y presentarle sus Estados y encartárselos, aquí con título de rey, allí como provincias del Imperio, acá para encerrarlos en cabeza de algún hermano o dendo suyo, allá para rendirle su obediencia bajo el título perpetuo de mediador de la República, acullá para hacerle tributarios como a su protector o suzerano; tantos modos de Imperio y vasallaje, cuanto quiso, tantos cambios de almas y de Estados cuantos viniéranle a las mientes; ver que estos escritores de quien hablo no tachan a ninguno de tantos personajes que corrieron a las plantas de aquel hombre poderoso desnaturalizando sus países, entregando su patria enteramente, o desmembrando sus dominios, o haciendo de ellos homenaje; y que la España de aquel tiempo sea el país precisamente a quien han prodigado los dictorios, ya de Gabinete endeble y siervo de la Francia, ya de rey flaco y descuidado a Carlos IV, y a mí, de hombre acatador de Bonaparte, siendo el solo país donde se puso mayor tasa a sus designios desmedidos, donde encontró constantemente resistencia a cuantas pretensiones intentó que no cuadrasen con el decoro y dignidad de una nación independiente, donde mientras ciñera su corona Carlos IV y no la derribaran los traidores, aun circuido, cual se vió, alevosamente por las huestes del Imperio, supo negar y resolverse a la defensa de su honor y sus Estados, fiando en su justicia y en sus pueblos. La Historia no se escribe imparcialmente hasta pasados muchos años, cuando ya han muerto las pasiones que anublaban la verdad de los sucesos; este importante plazo, si aún no ha llegado, va lle-

gando. Vuelvo otra vez al hilo de los hechos.

El rey mandó leer segunda vez a don Eugenio Izquierdo aquel papel que había traído, y preguntóle luego cuál era su opinión sobre las verdaderas intenciones del emperador de los franceses, lo que habría oído acerca de esto en los salones de la corte, y las observaciones y noticias que habría podido recoger de sus amigos. Izquierdo respondió a Su Majestad, que en su manera de pensar, por lo que había entendido y observado tan adentro cuanto le fué posible penetrar entre las sombras de que Napoleón se rodeaba, había dos cosas ciertas e indudables, una de ellas el ansia de adquirir para el Imperio nuestras provincias fronterizas; otra, la de allanarnos como tenía allanadas tantas otras cortes de la Europa haciéndolas servir a sus designios y a sus guerras con el título de amigos y aliados, y manteniendo a su costilla una gran parte de sus tropas bajo toda suerte de pretextos; que una persona muy cercana por su posición a los secretos, y el español leal de todas veras cual lo era don José Martínez de Hervás, cuñado del mariscal Duroc, le había afirmado que tenía por imposible se atreviese Bonaparte a tantear en derecho el trono de la España mientras lo ocupase Su Majestad reinante; mas que era de temer que el postrer plazo a su ambición y a sus deseos mal recatados de abismar las dinastías borbónicas, pudiera ser el día funesto en que Su Majestad faltase; que tenía el emperador muy mala idea del príncipe de Asturias, por más que le escribiese en favor suyo, cual lo hacía frecuentemente, M. de Beauharnais; que aun esto así, nadie podría fiar de que no hiciese o no probase a hacer del joven príncipe un instrumento a sus designios si le negase el rey, cual le debía negar, las desmedidas pretensiones que mostraba; que de una sola cosa, en su concepto, debía pender el salir bien de aquella crisis, que era de la estrecha unión del príncipe de Asturias con su augusto padre; que tenida esta unión, sin resistir con otras armas al emperador que las que daba al rey, su razón y su justicia a vista y a presencia

de la Europa, podrían muy bien ser eludidas las pretensiones hechas o a lo menos las más graves y las del todo incompatibles con el honor de la Corona y con la integridad de sus dominios; que se debía cuidar en gran manera de agasajar las tropas imperiales, y de evitar encuentros de paisanos y franceses con que el emperador pudiese hallar pretextos para fundar un rompimiento; que se debía mostrar muy grande confianza en su amistad para tenerle a raya, pero que en todo caso, de acercarse tropas a las reales residencias, o intentar esparcirse por el reino en todas direcciones, Su Majestad debía salvar su soberana dignidad e independencia en posición segura, y no fiar de modo alguno ni en palabras, ni en protestas, ni en visitas de amistad, porque después de todo se trataba de un hombre poderoso, y antojadizo y caprichudo más que nunca en sus proyectos gigantesco. Izquierdo se agregaba enteramente a la opinión de Hervás, y, sobre todo, acerca del gran riesgo que podría traer la desunión del príncipe de Asturias, si sus amigos encubiertos y los agentes de la Francia lograban pervertirle, siendo su juicio que el emperador hacía seguir constantemente a su cuñado el juego de esta grande intriga y preparar un nuevo rompimiento, para venir después a dar la ley en calidad de medianero.

En cuanto a las especios y rumores esparcidos en París entre las altas clases más inmediatas al Gobierno y a la corte, aseguraba Izquierdo prevalecer la idea, con muy pocas excepciones, de que el emperador se interesaba grandemente por el príncipe de Asturias, y que si hacía el viaje proyectado a nuestra corte, sería probablemente en favor suyo. Izquierdo sospechaba que esta especie era echadiza y arrojada adrede en las tertulias para cebar las esperanzas de los que conspiraban en España en calidad de fernandistas, algunos de los cuales se decía que mantenían correspondencia muy seguida con no pocos personajes de segundo o tercer orden del Imperio. En estas mismas fuentes añadía que el príncipe de Maserano, nuestro embajador en Fran-

cia, recogía las nuevas que repartía después a cuantos iban a su casa, sirviendo de instrumento, sin pensarlo, para hacer más seguros los engaños que trastornaban en España las cabezas.

Tales fueron en suma los informes y noticias que dió Izquierdo. Y he aquí ya del todo a manifiesto la inevitable alternativa en que se vió encerrado Carlos IV, o de prestarse a los deseos de Bonaparte, deseos que en aquel hombre eran equivalentes a mandatos, o correr el peligro de una guerra, tanto más azarosa cuanto podía mezclarse con una guerra interna en que se diesen mano las tropas imperiales y los que con el nombre de Fernando dividían los ánimos, y se creían y propalaban que venían en favor suyo aquellas tropas. Si aquel buen rey, tan olvidado hoy día, tan poco conocido, tan maltratado en las historias que se han hecho hasta el presente, hubiera sido un rey vulgar, sin dignidad en sus ideas, sin majestad en su carácter, sin amor a sus pueblos, sin otro amor que de sí mismo, sin más pasión que su violín y su escopeta, tantas cosas que han sido dichas como éstas y que no acierto a referirlas; si hubiera sido, digo, un rey vulgar cual le han pintado las pasiones de una cábala enemiga, cual le han herido con sus plumas un cierto número de ingratos, hubiera recibido y apretado con la suya la mano poderosa que Bonaparte le alargaba, y hubiese asegurado su Corona, al menos de por vida, destruido o acallado aquel partido que se la estaba amenazando; y hubiera, como tantos otros lo habían hecho, trocado cual rebaños una parte de sus pueblos, y hubiera sometido los que le quedaban a la íntima alianza y sociedad de guerra que pretendía Napoleón, y a que se habían prestado ya de antes tantos pueblos y tantos soberanos de la Europa; y habría quedado libre, en paz para sus cazas; y ciertamente habría contado para reinar y vegetar, sin más zozobra, con el brazo diamantino de su amigo y aliado. Los que engañaron a su hijo no habían pensado de otra suerte. Llevándole a Bayona, para afirmar allí la usurpación con el favor de Bonaparte (el mismo Escoiquiz lo ha con-

tado llanamente, y le ha servido de defensa!) (272) marchaban consentidos en que cediendo a Bonaparte las provincias fronterizas y conviniendo en la alianza defensiva y ofensiva que tenía indicada, no tardaría en reconocerle rey de España, con más las bodas imperiales. Tal fué, oh españoles, la concesión que reputaron por de bajo precio para sus intentos aquellos hombres desleales; abandonar y separar del gremio de la patria dos millones lo menos de heroicos hijos suyos, de brazos industriosos, de ciudadanos fieles tan adictos a aquella común madre, tan celosos y tan amantes de su independencia y de sus reyes, como después fué visto! No así aquel rey desamparado a quien quitaron luego su Corona, ni su infeliz ministro, o consejero, o su valido, que aquí no importa el nombre que le diere cada uno; en su mano tuvieron uno y otro la aceptación de aquel mercado y aceptándole habrían podido sostenerse contra traidores y rebeldes con las fuerzas mismas que ellos decían venir en favor suyo.

No, no; jamás reinar bajo el amparo de fuerzas extranjeras, perder más bien la real diadema que guardarla a un precio deshonroso, guardar el caro nombre de españoles, tanpreciado, hasta a los más pequeños de sus súbditos, apellidarlos noblemente, decirles su peligro, ponerse a su cabeza armado del escudo de su razón y su justicia, cumplir este deber de soberano hasta el postrer extremo, inchar, morir por ellos y con ellos primero que ponerlos o dejarlos voluntariamente bajo un yugo no querido como a un pueblo de conquista, guardar, en fin, su juramento contraído con sus pueblos y batallar hasta la muerte por no desengarzar ninguna joya de la Corona recibida mientras le fuese dado en fuerza humana conservarla, he aquí los sentimientos de aquel rey y aquel ministro tan alevosamente derrocados por los que fueron luego en derecho y libremente con el rey de su elección a presentar el plato deseado a Bonaparte.

Nunca vi tan resuelto a Carlos IV a mis consejos y a la partida deseada, como le hallé después de aquella larga y grave escena. En cuanto a la respuesta, dióla el rey mismo a Izquierdo de propia inspiración, noble, firme y bien sentida, si bien llena de miramientos y cordura cual requerían las circunstancias. Debía decir Izquierdo, que el rey de las Españas, fiel al Tratado hecho sin retractarlo en cosa alguna, y fiel a su amistad con el emperador de los franceses, se encontraba pronto a reapretar aquellos lazos de amistad en cuanto fuese compatible con el bienestar de sus vasallos y con el honor de su Corona, sin indicar más tasa en esto que la que el mismo emperador, en caso igual y en la grandeza de su ánimo, podría tener por necesaria y rigurosa con respecto a sus Estados y a sus súbditos franceses.

Que en materia de confianza, de Su Majestad Católica con respecto a las sanas y leales intenciones de Su Majestad el Emperador de los franceses, no podían ofrecerse mayores pruebas de las que el mismo Emperador había hecho por sí mismo, introduciendo en el país un número de tropas por lo menos triplicado del que había sido convenido, y viendo el agasajo y el afecto con que habían sido recibidas, por más que el peso de ellas, superior a nuestras fuerzas y recursos, aumentase los apuros de la Real Hacienda y el gravamen de los pueblos.

Que otro tanto se habían mostrado aquella confianza de Su Majestad Católica sufriendo que las tropas imperiales hubiesen sorprendido dos de nuestras plazas sin preceder explicaciones de ninguna especie, y cual no es visto hacerse de ordinario ni aun al principio de una guerra que no ha sido declarada; acerca de lo cual, por más irregular que pareciese esta conducta, había bastado al rey para no conceptuarla como hostil, la perfecta seguridad que debían inspirarle la estrecha amistad y alianza que reinaba entre ambas dos potencias, y el artículo XI del reciente Tratado de Fontainebleau en que el emperador se daba por garante a Su Majestad Católica de la posesión de sus Estados del



continente de Europa al mediodía de los Pirineos.

Que Su Majestad Católica miraba aquel Tratado como una obligación la más sagrada de una y otra parte, sin que hubiese sobrevenido después ningún suceso ni circunstancia que pudiese quebrar, alterar o enervar la fe y la unión recíproca pactada.

Que si después de la campaña marítima de 1805, no se ocupó la España con la Francia en nuevas empresas y expediciones contra la Inglaterra, Su Majestad el Emperador no podría menos de tener presente, lo primero, que entrambos Gabinetes se pusieron de acuerdo por aquella época en que, aguardando mejor tiempo, cada cual de las dos potencias empleasen sus fuerzas, como mejor lo entendiese cada una, en hostilizar a la Inglaterra, atacando de preferencia sus navíos mercantes, sus convoyes, sus avisos y sus hajeles destacados para refuerzos y remudas de sus apostaderos; lo segundo, que el Gobierno de Su Majestad se vió entonces doblemente empeñado, ya en la atención que requería la defensa tan gloriosa que habían hecho nuestras Américas con tan grandes pérdidas del enemigo, ya en la necesidad de cubrir nuestras costas y las fronteras del Portugal contra cualquiera agresión que en nuestros Estados del continente hubiese podido intentar la Inglaterra, mientras que el emperador se hallaba empeñado con todas sus fuerzas en la campaña de Polonia.

Que del aumento de fuerzas terrestres hecho por Su Majestad Católica en sus dominios para tener en respeto a sus enemigos, mal podría quejarse el Emperador, vista la largueza con que Su Majestad Católica, no obligado por algún Tratado a asistir a la Francia en sus guerras del continente, le auxilió, no obstante, con la brillante división española que le fué enviada para reforzar el gran Ejército, y cuya vuelta prometida, hechas las paces, se esperaba todavía.

Que aún no era tiempo de quejarse de que la escuadra española que había zarpado de Cartagena no hubiese ya cumplido su destino, sabidas bien, cual lo eran, las dificultades que ofrecían

los vientos en el Mediterráneo, y la continua y extremada vigilancia de los ingleses desde Cádiz hasta Malta.

Que en materia de relaciones mercantiles, la Francia estaba en posesión de ser tratada como la potencia más amiga, y que el Gobierno de Su Majestad se hallaba en estado de responder a toda queja que se le diese detallada, salvo el caso de alegar por queja que se hubiesen resistido y que se resistiesen las pretensiones desmedidas contra las leyes del país que solían hacer los comerciantes y los cónsules, interpretando los Convenios y las reglas admitidas entre las dos naciones, a su antojo.

Que en punto a contrabando, era notorio estar tomadas las medidas más completas y eficaces que eran practicable en nuestros vastos litorales para cerrarle toda entrada, y que el buen efecto producido por la observancia de ellas era también notorio; que estas medidas, las más de ellas preventivas, surtían mejor efecto que los rigores extremados sirr arruinar por medio de ellos las familias.

Que a propósito de los sucesos desagradables ocurridos en la corte pocos meses antes, cualquiera que hubiese podido ser la influencia extranjera y enemiga que los hubiese ocasionado, Su Majestad Católica no creía que, estrechadas las relaciones de la España y de la Francia tanto como lo estaban, y en tan perfecto acuerdo sus Gobiernos, pudiese echar raíz ningún partido que fomentasen los ingleses; que Su Majestad debía contar con la perfecta enmienda, la obediencia y el afecto de su hijo primogénito; que en prueba de esto, y a fin también de que el emperador formase idea cabal y exacta de aquellas ocurrencias, acerca de las cuales la malevolencia había esparcido las más extrañas falsedades, Su Majestad hacía llevar un fiel resumen del proceso que se había formado, y al cual estaba puesto fin enteramente; que en él vería el Emperador los miramientos que se habían tenido conformemente a sus deseos en cuanto podía herir al honor de su enviado, y vería, a más, las muestras más sinceras del arrepentimiento de su hijo; que en tal estado de las cosas, de nada

estaba tan distante Su Majestad Católica que de resucitar estos asuntos, ni de tocar a los derechos de su hijo, rehabilitado en todos ellos por el perdón que le había dado, y vuelto enteramente a su cariño y a su gracia (273).

En todo lo demás debía decir, que Su Majestad Católica se hallaba persuadido de que el Emperador debía fiar enteramente en su carácter personal y en tantas pruebas como le tenía dadas de su amistad sincera; que le sobraba confianza en la lealtad por excelencia que distinguía a sus pueblos para contar con ellos, sin temor de los partidos que intentaban suscitar en sus dominios sus enemigos exteriores, respondiendo acerca de esto por la nación entera con igual certeza que respondiendo de sí

(273) Al tener con efecto de la enunciativa que contiene esta parte de la respuesta mandada dar, me entregó el rey la causa de El Escorial que Su Majestad guardaba bajo llave, para que el consejero Izquierdo formase de ella un brevísimo resumen, y que en pliego cerrado con real sello le hiciese llegar a manos del Emperador, trabajo en el cual invirtió Izquierdo el corto tiempo que se detuvo en la corte. De aquí procedió que hallándose todavía aquella causa en mi papelera cuando pocos días después fué asaltada mi casa, hubiesen tomado mis enemigos un nuevo pretexto para acabar de persuadir a los incautos pueblos que el proceso de El Escorial no había sido otra cosa que una maraña mía, haciendo luego colegir con su acostumbrada lógica que yo le conservaba en mi poder, o para sepultarle si los sucesos se volvían en contra mía, o para atacar segunda vez al príncipe preparando alguna nueva intriga que le hiciese parecer como culpable y reincidente. Tales voces, que entonces se creyeron, no merecen hoy respuestas.

La idea de Carlos IV de enviar aquel resumen fué enteramente suya, y una medida muy al caso, puesto que en las especies y cuestiones se decía: "Que el Emperador no estaba al cabo todavía de los sucesos lamentables que turbaban nuestra corte, y deseaba cerciorarse acerca de ellos." Enviando aquel resumen, sin que el Emperador pudiese formar queja, se conseguía que viese por sus ojos, en las declaraciones del príncipe de Asturias y de sus seductores, hasta qué punto fueron descubiertos los manejos del embajador Beauharnais, y cuánto fueron graves los motivos que el rey tuvo cuando le escribió la carta que le fué tan enojosa. Se conseguía también por aquel medio desmentir tantas falsedades y calumnias que corrieron y aún corrian en los salones de París sobre aquel proceso, salidas muchas de ellas de los mismos cuartos del Emperador y de la amable y engañada Josefina, gracias a los informes y noticias de Beauharnais.

mismo; que en cuanto al porvenir, éste era un hijo del presente, y no podía dudarse que conciliados siempre en justas proporciones los intereses mutuos de las dos potencias, se afianzasen más y más los lazos que las habían unido un siglo entero; que si el Emperador hallaba todavía más medios de estrecharlos y afirmarlos, bajo los mismos presupuestos de intereses mutuos y de iguales miramientos que aun sin las relaciones de familia habían guardado tan dichosamente España con la Francia, y Francia con la España desde la paz de Basilea, Su Majestad adoptaría de buena voluntad cualquier proposición que se le hiciese encaminada a un fin tan importante; mas que, mi hallando por su parte cosa alguna que añadir a los Tratados hechos y vigentes, se limitaba a renovar su firme voluntad de vivir en paz segura con la Francia, de concurrir a cimentar aquella paz y a hacerla favorable de igual modo a entrambas dos naciones, y de luchar constantemente en proporción debida con sus medios y recursos contra los comunes enemigos de una y otra; que el Emperador, en fin, dado el caso de que intentase demandar más pruebas de amistad a Su Majestad Católica y añadir Tratados nuevos a los hechos, no debería extrañar que el rey se situase de tal modo que fuese visto disfrutar la libertad perfecta, no siendo cosa honrosa para que los dos monarcas, si se dijese luego, como podría decirse, que el rey de España había tratado bajo el yugo o la obsesión de los Ejércitos franceses.

Esta postrera cláusula fué puesta con dos fines: el primero, de dejar ver a Bonaparte que el rey no estaba ajeno de sostener su dignidad, si pretendiese aquél hacer abuso de su prepotencia; el segundo, porque su marcha al interior del reino no pudiera ser tenida ni por fuga ni por rompimiento, y que quedase siempre abierto algún camino para evitar la guerra. Era fundada la esperanza de que, dada esta respuesta, Napoleón cediese en sus intentos por no empeñarse en una lucha en que, aun triunfando (cosa no segura), habría perdido más que nadie, por solo el des-

honor y el desconcepto que le habría causado su conducta entre las demás naciones y entre sus propios aliados, donde ningún Gobierno habría después fiado en su palabra ni en su firma. Un solo manifiesto que el rey en libertad hubiera hecho a las demás potencias con inclusión del último Tratado, hubiera producido muy más pronto y con más fuerza aquel terrible efecto que después produjo el noble grito de la nación entera, porque de ningún modo habría podido desmentir ni calumniar a Carlos IV, con quien había tratado y a quien había salido por garante de todos sus dominios en Europa; en vez que le fué fácil por más o menos tiempo desmentir y calumniar a la nación heroica que no tenía a su frente a aquel buen rey y a la que atribuyó el delito, obra de pocos solamente, de haberle destronado, divulgándola en Francia y en Europa como un pueblo rebelado y entregado a la anarquía a discreción de los ingleses.

La respuesta que dejó escrita fué llevada; pero aún me queda por contar una flaqueza, que por tal la tuve siempre, de mi amor y mi obediencia a aquel buen rey que era mi ídolo; flaqueza, por fortuna, que no llegó al efecto, pero que anduvo ya muy cerca. Carlos IV y la reina no hicieron un misterio a nuestra infanta, la de Etruria, del mensaje que el consejero Izquierdo había traído. Cierta como lo estaba esta princesa, por tantas cosas que había visto desde cerca, de que Napoleón no daba un paso atrás cuando ya había lanzado la palabra y descubierto sus descos, persuadióse de la insistencia porfiada que haría aquél, por todos medios, en la prosecución de sus designios sobre nuestras provincias fronterizas, y concibió una idea, disparatada ciertamente y nada ajena de ambición por parte suya, mas presentada de tal modo, que ganó a la reina en favor de ella, y con ayuda suya consiguió doblar también a Carlos IV para que la adoptase, si bien con mucha diferencia, como diré después, en cuanto al modo de llevarla a efecto.

Esta idea fué, que en una extremidad, a no poder lograrse que renunciase Bo-

naparte enteramente a aquellas pretensiones, para evitar mayores males, puesto que había indicado en las *especies* del mensaje que podría satisfacerse con que entre España y Francia se constituyese una potencia neutra en las provincias transebrinas, se adoptase este partido menos malo que cualquiera otro, y adquirido el Portugal en recompensa, se fundase en ellas una nueva Monarquía, a condición que el que reinase en ella fuese un príncipe de España, como su hijo Carlos Luis, o cualquiera otro infante de Castilla; o bien que fuese un reino administrado de por tiempo, a parte de la España, por cualquiera de ellos, hasta las paces generales, en calidad de virreinato, bajo las Convenciones que se hiciesen para seguridad de España y Francia, salvos siempre los fueros y las inmunidades respectivas de los pueblos que fuesen comprendidos en aquel proyecto.

—Por tal modo —decía la infanta—, dado que Bonaparte persistiese tenazmente en alejar nuestras fronteras naturales de las suyas, tal vez podría evitarse que usando de la fuerza, y empeñada una guerra desigual para nosotros, se hiciese dueño por las armas de aquella parte de la España, y bien pudiese en ella algún extraño que reinase, o bien la incorporase a las demás provincias del Imperio. Evitado por este medio el desapropio de las provincias fronterizas a beneficio y en aumento de la Francia, podrían después incorporarse nuevamente a la Corona en tiempo más propicio, ora por transacciones nuevas que se hiciesen cuando todas las cosas se arreglasen para las paces generales, ora en cualquier sazón más favorable y oportuna que presentasen los sucesos ulteriores, siendo lo menos malo —concluía— cuando estos casos tan posibles no llegasen, que el rey que allí quedase fuese, al menos, un miembro de la familia real de España, con cuya unión e intimidad podría contarse en todo tiempo, y bajo el cual los pueblos que compendrían aquel Estado conservarían su nombre y su carácter de españoles.

Basta con lo que he dicho para dar idea del grande compromiso, o por me-

jor decir, la dura prueba en que me puso este incidente: porque no enteramente convencido Carlos IV de la oportunidad ni de la conveniencia, ni del favor que podría hallar aquel proyecto excogitado por su hija, firme en dar la respuesta que arriba ha sido dicha, desecando quedar libre para adoptar o no adoptar aquel recurso según las circunstancias se mostrasen, y no queriendo aventurarse a hacer una propuesta que era lo más probable fuese desechada con desaire suyo, halló mejor que yo la hiciese, que yo escribiese a Bonaparte mismo en derechura aquella especie como un proyecto mío que hubiese concebido yo a mis solas en fuerza del deseo que me animaba de quitar la entrada a la discordia entre ambos Gabinetes, y que diría no haberle consultado todavía ni con el rey ni con persona alguna, pero acerca del cual podría tal vez lograr su real aprobación, estando pronto a hacer cuanto pudiese por lograrla, si el Emperador lo hallase de su agrado. Y heme aquí, entre los grandes compromisos de mi vida, otro que me faltaba, bien grave, bien extraño, mandado por el rey andar un paso, que tal cual lo ordenaba, a darlo sin su orden, hubiera sido un grande crimen de mi parte, y que sin serlo en realidad, por tal lo habría tenido Bonaparte y me habría sido cerca de él una deshonra.

A esta dificultad, de un grave peso para mí, y a las demás que opuse en cuanto al fondo mismo de la idea, respondiome el rey con su vehemencia acostumbrada cuando tomaba algún empeño, que mi honor y mi suerte en todas cosas corrían del todo por su cuenta, que la amistad con que me honraba pedía algún sacrificio, que en cuanto a lo demás estaba persuadido de que Napoleón despreciaría la tal propuesta como un proyecto inútil a su intento, que era tan sólo el de apropiarse las provincias fronterizas, y que la indicación que yo le había de hacer, lejos de abrir algún espacio a su esperanza de adquirirlas amigablemente, le haría pensar que era imposible caminar más adelante, puesto que yo la haría como salida de mí mismo, y sin tener certeza de que Su Majestad adoptaría mi pen-

samiento. Fuéme preciso, en fin, hacer su voluntad, y poner manos a la obra, y escribir a Bonaparte, pudiendo asegurar que jamás, en mi vida, hallé la pluma tan pesada y tan indócil como la llegué a sentir para trazar aquella carta. No tengo copia de ella, cual quisiera, para ofrecerla a mis lectores; Carlos IV la había guardado en su poder como una prueba más de mi lealtad y del amor que le tenía; debió encontrarse en sus papeles, porque consigo no la traje. Publicádola habrían mis enemigos si hubiese habido en ella alguna especie aprovechable en daño mío. Téngola bien presente, y daré al menos en sustancia el contenido de ella, lo más breve que yo pueda.

Después de disculparme con el Emperador de la licencia que tomaba de cansarle con un escrito mío, hacíale un cuadro fiel de aquella prohibición conatural a Carlos IV que entraba en su carácter como fundamento de todas sus acciones, obra no solamente de un corazón honrado, sino de su razón y del estudio con que, subido al trono, se propuso cultivar la paz en su reinado, y a este fin adquirir la confianza de los demás monarcas y Gobiernos no haciendo a nadie ofensa, alimentando la amistad de todos ellos por la benevolencia de sus actos, y acreditando en todas partes la seguridad de su palabra y la observancia de sus Pactos. Le refería en seguida, con cuánta pena suya se encontró obligado a tomar parte en la primera lucha que la explosión terrible de la República francesa concitó en la Europa, y la satisfacción y buena voluntad con que, aflojando ya las olas de aquella gran tormenta, hizo la paz de Basilea, volvió a estrechar los nudos de amistad y de alianza entre las dos naciones y había sabido mantenerlos, dueño siempre de sí mismo, pero accesible y buen amigo; condescendiendo a muchas cosas que eran dables, pero sin renunciar a su sistema de conservar la paz con todos sus amigos, y de evitar la guerra con cualquier potencia que no la hubiese provocado. Seguía después diciendo, que a este sistema suyo, tan digno de alabanza, y cuyo grande objeto no era otro que el de preservar sus pue-

blos de los trastornos y desastres que sufrían al propio tiempo tantos Estados de la Europa, se habían debido atribuir, y no a una mala voluntad, aquellas restricciones que había puesto Carlos IV a algunas pretensiones de la Francia que le podrían haber sacado de los lindes con que se había ceñido en su política; prueba de ello la fiel ejecución tan espontánea, tan cumplida y tan perfecta de todos sus empeños con la República francesa, con el Gobierno consular, y mucho más después, con el Imperio; que en toda esta conducta tan igual que el rey había observado, no había tenido otra ambición que liberrar sus pueblos de los males espantosos que afligían la mayor parte de la Europa, y conservar intactos los dominios que le fueron confiados, al subir al trono, por la divina providencia, punto de honor y religión en que cifraba toda su gloria y su ventura, y el anhelo constante de su vida; que el Emperador podría juzgar hasta qué punto habría de herir el ánimo del rey cualquiera pretensión que destruyese aquel propósito tan noble, tan propio y digno de un monarca, propósito logrado tanto tiempo, y entre tan grandes conmociones de la Europa, tan dichosamente; que en cosa alguna de este mundo podría mostrar mejor su afecto y su amistad a Carlos IV, que en no poner la de éste en una prueba tan violenta y dolorosa, cual sería la de pedirle enajenar de su Corona y despojar del nombre de español, ni un solo pueblo que llevase y se preciara de llevar un nombre tan querido; que me atrevía a esperar de un amigo tan magnánimo, y encima de esto tan sincero como el Emperador lo era con mi rey y mi señor, no le expondría a la pena y al disgusto de negarle lo que jamás le sería dable concederle, ni a quebrar una paz que era tan ventajosa a los dos pueblos; que ansioso yo de prevenir tan deplorable acaecimiento, de tanta trascendencia tan deseable a la Inglaterra, mas que fuese faltando a los deberes rigurosos que me imponía el lugar que yo ocupaba entre los consejeros de mi rey, si aún insistía el Emperador en exigir mayor seguridad en sus fronteras contra

cualquier evento, por más difícil e improbable que éste fuese, de una guerra de agresión por parte nuestra, me atrevía a escribirle y a presentarle una idea mía, que era de conciliar unos extremos tan contrarios, tomando España el Portugal, y estableciendo en las provincias de Navarra y de Vizcaya un virreinato de por tiempo, que fuese independiente y neutro, hasta las paces generales, bajo el mando del ex rey de Etruria, o de otro infante de Castilla; y si esto no bastase, porque el Emperador no hallase todavía las garantías que deseaba, estableciendo, en vez de un virreinato, un reino aparte, del todo independiente, pero en cabeza siempre de alguno de los hijos de Su Majestad Católica, y reversible a la Corona por cualquiera de los modos que el derecho hace legítimos, salvos también sus fueros, sus privilegios, sus leyes y costumbres, y el nombre de españolas a las provincias que formasen la indicada monarquía, acerca de lo cual (según mi escrito), no cierto de inclinar la voluntad del rey, mas no juzgándolo imposible enteramente, hacía al Emperador la enunciación de aquella idea, que en caso de agraderle la propondría yo al rey; propuesta harto pesada y con extremo repugnante que sin duda habría de serle, pero quizás no tanto como cualquiera otra propuesta que le fuese hecha y que jamás concedería, de enajenar enteramente uno o muchos de sus pueblos, y arrancarles el caro nombre de españoles.

Seguía después, y concluía, cargando sobre mí todas las quejas que el Emperador podría tener del rumbo de política seguido por España desde mi entrada en el Poder y ofreciéndole un partido, que era el de retirarme enteramente y para siempre de la corte si sus desconfianzas se fundaban sobre mi influencia en los negocios, bastándome en tal caso para ser dichoso que el Emperador no contristase el ánimo del rey pidiéndole cesiones o permutas de sus pueblos; lo cual así, contento de esto sólo, sin ninguna ambición, y en busca de una paz que hacía ya tanto tiempo no gozaba, le pediría un amparo en sus Estados de la Francia y de la Italia, y

me daría yo mismo por rehenes de mi rey y de mi patria.

Esta postrera parte costóme un altercado con el rey, que no quería de modo alguno me comprometiese a tal extremo; pero doblé su voluntad con una sola reflexión, en que debía triunfar de la amistad que me tenía, aquella abnegación de todo afecto humano y de sí propio que reinaba en sus ideas y sus costumbres si se trataba de la paz, del bienestar y de la guarda de sus pueblos.

—Si se hiciera forzoso—pregunté a Su Majestad—tomar resolución entre ceder estas provincias, o empeñarse en una guerra peligrosa, o abandonarme a mí y perder tan sólo un viejo servidor que ya no vale nada, ¿cuál podría ser el peso que yo debiera hacer en la balanza que Vuestra Majestad tendría en sus manos?

—Haz, pues, lo que quisieres—respondióme entonces—y sea lo que Dios quiera; mas preparemos la partida a lo interior, y aguardemos prevenidos la respuesta.

—Santa palabra y salvadora—dije al rey—que me autoriza, en fin, a disponer y realizar el solo medio que hay posible para poner algún respeto a Bonaparte y deshacer de un solo golpe tantas intrigas y traiciones que se fraguan a ojos vistas en la corte; mas ¿para qué tardarnos y aguardar que venga la respuesta?... ¿Y si no viene?... ¿Y si la traen las bayonetas y nos ganasen por la mano?

—¿Y si nos engañamos—repuso Carlos IV—, y por habernos dado mucha prisa, precipitamos los sucesos y empeñamos la nación en una guerra destructora que aún podría evitarse?...

—Señor—clamé—, va poco menos dos años que esa prisa la estoy dando, y había ya mucha urgencia cuando empezaba a darla; ¡con cuánta más razón la debo dar cuando estoy viendo que los momentos disponibles que nos quedan, están muy cerca de acabarse! No debo callar nada en circunstancias tan premiosas; no sólo es necesario poner con tiempo a salvo vuestra real persona y su perfecta independencia contra el Emperador de los franceses... Se necesita, aún mucho más, ponerla a salvo de sus ene-

migos interiores. La nación está engañada, y es menester hablarla; que sepa lo que pasa, que reconozca su peligro, que vea claro el precipicio adonde la llevan los malvados que le pintan la agresión de Bonaparte como el advenimiento de un Mesías que viene a restaurarla. A Vuestra Majestad no le es posible alzar su voz augusta, mientras no esté, cual corresponde a su seguridad y a su decoro, sostenido por sus tropas, lejos de los franceses, lejos también de esa trinchera que ofrece a los malvados la Legación francesa, lejos, en fin, de los que cuentan todavía fortalecerse con el sagrado nombre de Su Alteza el príncipe de Asturias. Podrá llegar tal situación que no haya tiempo, ni poder, ni modo de rasgar ese funesto velo enhechizado que están tendiendo sobre España; desde cualquier concepto que se mire y contra todo evento, sólo el mudar la corte y alejarla de este foco que está ardiendo bajo tierra, es un gran paso. Mientras tanto, si Bonaparte cesare en sus designios, y respondiere cuerdamente (lo que yo no espero), nuestra partida inofensiva algunas leguas más adentro no sería un motivo para airarle; mas si, al contrario, fuese dura y mala su respuesta (como ya lo aguardo) nos hallaremos prevenidos, sin que nos falte el tiempo que podría faltarnos si esperamos a la postrer hora en medio de traidores, y cercados por los Ejércitos franceses. Puestos con tiempo en salvo Vuestra Majestad y vuestra real familia, como pudiera hacerse de contado, se miraría muy bien Napoleón antes de deshonorarse a vista de la Europa acometiendo en plena paz a un aliado sin ningún motivo ni pretexto, antes de aventurarse en una larga guerra de salida incierta que pudiera reaniciar en contra suya los rencores de sus grandes enemigos humillados, y antes que ver trocarse la alianza y abrirse a los ingleses en España el campo de batalla que no podrían tener mientras él fuese moderado y buen amigo con nosotros. Napoleón, señor, intenta someternos por el miedo y el engaño, no con armas; no le mostremos miedo, pongámonos en regla, descompongamos sus intrigas, y venga la respuesta buena o mala, como

quiera. En cuanto a preparar esta medida saludable, todo lo tengo ya dispuesto y combinado. No falta más que dar a los que están en el secreto los últimos avisos, y a los que no le tienen todavía, despacharles la orden de acudir a donde les sea dicho. A las primeras que se dieran, Vuestra Majestad podrá contar para su marcha y su recibimiento en lo interior con treinta mil soldados, y después, en pocos días, con más de ochenta mil de todas armas. Badajoz, Sevilla y en postrer recurso Cádiz, serán los baluartes de Vuestra Majestad y de su real familia; aun si fuera preciso, no están lejos las islas Baleares, donde tenemos diez mil hombres, un pueblo fiel a toda prueba, y una escuadra allí sujeta para cuanto ocurra, a más de la de Cádiz, donde, en caso necesario la francesa que hay allí podrá ser nuestra; libres también las demás fuerzas de El Ferrol y La Coruña, y libre enteramente la Marina para mover las tropas dondequiera que convenga. El Alentejo y los Algarbes están prontos a levantarse en masa, y a un solo silbo que se diese a la Inglaterra nos sobrarán auxilios. Después está la Europa, a quien, no en balde, se podrán contar en libertad las tropas de Bonaparte; y por cima de todo, está la España, la nación leal, la nación pundonorosa de los siglos, que en sabiendo lo que pasa, sabrá alzarse, como siempre, contra el yugo extraño, contra la amistad falaz de ese aliado en quien le hacen creer ahora, y contra la anagaza que le ha puesto de las bodas para cogerla entre sus redes (274).

(274) Si alguno pudiera dudar de la realidad de los medios con que me encontraba para salvar al rey y a la familia real sin que pareciese una fuga, sostenido Su Majestad por un Ejército respetable que en muy pocos días habría subido por lo menos al número de ochenta mil hombres, le bastará poder saber o recordar que yo tenía a su entera disposición, y en perfecta libertad de acudirle al momento, la división del general Solano, que estaba sobre aviso y en franquía para salir, como salió, del Alentejo y los Algarbes; la división del Ejército de Galicia, que el general Carrata hacía salir de Portugal para España en los mismos días de la catástrofe de Aranjuez; la caballería y artillería de a caballo, que debía completar la división auxiliar del Ejército francés al mando de Junot, y que en aquella misma actualidad tenía yo aún detenidas en

Yo iba a acabar contando al rey los datos que tenía sobre el camino y el terreno que ganaba por instantes la facción traidora, empujada, sostenida y obcecada cada vez más por la legación francesa; pero el rey me interrumpió, y con un tono de dolor profundo que procuraba reprimir, me dijo:

—No, no me cuentes lo que yo no ignoro; cuanto tú puedas ver afuera, no llegará a igualar lo que en mi propia casa me sucede y estoy tocando por mí mismo. Yo noto un aire de recato, de extrañeza, o sea, también de falsedad que no me es fácil explicar, en cuantos por su empleo o su dignidad se encuentran en contacto conmigo o con la reina; a los que menos, los veo mustios y callados, y las personas mismas de

la Extremadura con diferentes pretextos, a pesar de las reiteradas reclamaciones del general francés; las guarniciones de Madrid y Aranjuez; los regimientos que estaban acuartelados en las inmediaciones de Madrid; el destacamento de zapadores que se encontraba en Alcalá; los regimientos y tropas sueltas que había disponibles desde Tarragona hasta Murcia, y que el conde la Conquista debía reunir y acercar a la Mancha para salir al primer aviso; la división de tropas de línea del campo de San Roque, al mando de general Castaños, la cual debía llamarse al momento preciso de la traslación del rey; los batallones de Marina de los departamentos de Cartagena y Cádiz; los artilleros de Marina de los mismos departamentos; los tercios españoles de Tejas, que estaban al mando del brigadier don Pedro Grimaest; todas las guarniciones de las Andalucías, y entre ellas los suizos de Reding, cuyo comandante, don Teodoro Reding, se distinguió después, juntamente con el general Castaños, tan gloriosamente en los campos de Bailén; los cuerpos de milicias provinciales de las Andalucías, de la Extremadura, de Murcia y de la Mancha, de los cuales no estaban todavía incorporadas con el Ejército de línea sino algunas compañías de granaderos; las compañías de inválidos hábiles de Valencia, Andalucía y Extremadura, las milicias urbanas y compañías fijas de Cádiz, Puerto de Santa María, Tarifa, Costa de Granada, Cartagena, Badajoz, Alburquerque, Alcántara, Alconchel, Valencia de Alcántara, Ciudad Rodrigo, etcétera; los escopeteros de Andalucía, y los diferentes trozos del resguardo de las costas. Como dije ya más arriba, el Alentejo y los Algarbes se hallaban listos para un alzamiento en masa a la primer señal que se les diese, y ningún español podrá dudar de que los habitantes del mediodía de España, que tan grandes y tan gloriosas pruebas dieron de su patriotismo cuando se alzó la España, hubieran peleado con igual vigor, con la familia real en medio de

nuestra servidumbre parecen consternadas. He preguntado a Caballero, y me responde siempre, fortaleciendo su opinión, que no hay nadie que no tema una gran ruina si me alejo de mi asiento. Esto sería muy poco si contara al menos ciertamente con Fernando; pero su tío me lo pervierte. Su tío está en contra del viaje, y tiene relaciones muy secretas con Beaulieu. Esto no lo sabía; yo lo he sabido poco hace; ahora no será Escoiquiz, sino un hermano mío, el que divida mi familia. Yo veo a mi hermano que conspira en contra mía, tal vez sin que él se lo imagine; tan corto es su talento. Dos veces me ha perdido ya el respeto, me ha dicho que estoy loco, y que insistiendo en ausentarme, valdría mejor que renun-

ellos, y con la ciencia cierta de que el Emperador de los franceses se aprestaba a desmembrar la España, o a ponerla toda a su servicio. Carlos IV debía contar del mismo modo que el norte de la España se las habría del mismo modo contra Bonaparte, en cuanto hubiesen conocido su perfidia. El mismo lo sabía, lo que aún podría la España en contra suya, cuando escribiendo al príncipe Murat, en 29 de marzo (que es bueno repetirlo en este sitio), le decía: "El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades que son necesarias al jefe de una nación; pero esto no impediría que lo trasformasen en un héroe para oponérnosle. Yo no quiero que se use de violencia con los personajes de esta familia: jamás conviene hacerse odioso ni inflamar los odios. *La España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, más que lo necesario para mantener con ventaja una guerra interior: divididas estas fuerzas en muchos puntos, pueden servir de núcleo para el alzamiento total de la Monarquía...* La Inglaterra no dejará perderse esta ocasión de multiplicar nuestros embarazos; todos los días despacha avisos a las fuerzas que tiene en las costas del Portugal y en el Mediterráneo, y al presente está alistando sicilianos y portugueses... El Ejército deberá evitar todo encuentro con los cuerpos del Ejército español y hasta con sus destacamentos: no conviene que de ninguna de las dos partes se queme ni tan sólo un cebo. Dejad a Solano pasar de Badajoz adentro, dad vos mismo la indicación de las marchas de mi Ejército, para tenerle siempre a una distancia de muchas leguas de los cuerpos españoles. *Si la guerra se enciende, todo sería perdido.*"

He aquí bien, lector mío, si mis medios eran bastantes para poder haber salvado mis reyes y mi patria, lo que yo buscaba, lo que yo preveía, lo que no quisieron ver mis enemigos, los que entregaron a sus reyes y a su patria en poder de Bonaparte.

ciase la Corona. ¿Qué habré de hacer con ese hermano? El ruido que traería cualquier medida fuerte que tomase en las presentes circunstancias, sería peor que la paciencia con que lo estoy sobrellevando: todo mi afán es que se ignoren fuera del palacio estos disgustos. Yo necesito algunos días para ver si puedo concordar mi casa. Ve tú a Madrid, y haz allí tu turno de semana como de ordinario, dispónlo todo con prudencia y observa bien los ánimos; cuando volvieses partiremos, si no ocurriese un gran motivo poderoso para mudar consejo.

El corazón penado salí para Madrid; el consejero Izquierdo quedóse en Aranjuez, en donde el rey me dijo que podría necesitarle todavía. Yo me creí que su intención sería que el príncipe de Asturias y el infante don Antonio oyesen el mensaje y lo supiesen de la boca del mismo mensajero, para lo cual no convenía que me encontrase yo presente. Mas, por desgracia, no fué esto. El rey pensó que habiéndose encargado a Izquierdo un gran secreto en su misión, y que tan sólo hablase con Su Majestad acerca de ella, no convendría fiarlo ni a su hijo ni al infante, no fuera que abusasen de aquella confianza, y se supiese en la Embajada; error, error en tales circunstancias, en que importaba más que todo abrir los ojos con pruebas en las manos a los que estaban engañados. El detener a Izquierdo fué que tenía intención Su Majestad de confirmar por una carta suya las respuestas de palabra que a aquél se le encargaron, y suavizar al mismo tiempo con palabras de amistad y resistencia que se hacía a las descomunales pretensiones del mensaje. Callóme aquella idea por el momento y consultóla con Izquierdo, el cual la halló oportuna para poder probar más fácilmente a Bonaparte la actitud pacífica en que quedaba el rey, y para no dejarle ni aun pretexto para estimarse desairado, por más que fuese justo no acompañase el rey con carta alguna sus respuestas, no habiendo aquél escrito por su parte al enviarle aquel mensaje, dirigido expresa y exclusivamente a su persona. Y a la verdad no era ya aquél un tiempo de



etiquetas, cuando las realidades eran tantas y tan graves.

Despachado ya Izquierdo y en camino para Francia, detúvose en Madrid algunas horas para hablarme, mostróme aquella carta y entregóme otra del rey en la que me contaba los motivos de escribir a Bonaparte, y me decía que no olvidase enviar la mía. La de Su Majestad estaba escrita con mucha dignidad, mezclada de templanza y de cordura; breve, mas conteniendo como en trazo de un fino colorido cuanto debía decir Izquierdo de palabra más extensamente, y aun añadiendo especies que eran más propias y más graves en boca de un monarca que en la de un legado. Cuanto a la mía, no es fácil explicar cuánto me vi apretado entre mi repugnancia en darle curso y el mandato de mis reyes.

Ni Izquierdo sabía nada ni debía saber en cuanto al motivo de enviarla. Se la mostré como una idea que a mí me había venido; e Izquierdo, siempre ingenuo y siempre buen amigo, hízome en contra de ella las mismas reflexiones que yo me hacía a mí mismo. Siendo muy conveniente que Izquierdo no llamase la atención en la Embajada de la Francia y que partiese aquella noche, díjele por el pronto que se llevase aquella carta, que podría consultar o tantear acerca de su objeto al mariscal Duroc y al príncipe de Benevento si lo llegaba a juzgar útil; pero que no lo hiciese, ni menos la entregase, mientras no le enviaran nueva orden para hacerlo, que lo quería pensar más a mi despacio, y que entre tanto la guardase con la mayor reserva. Izquierdo partió luego, y aquella misma madrugada escribí al rey cuantas razones me vinieron a la mente para que desistiese de la idea de la tal carta, tomé las precauciones convenientes para que el pliego se entregase al rey cuando estuviese solo, y tuve la fortuna y el contento de que, cediendo a mis razones, me dejase en libertad de hacer lo que quisiese, salvo que ni la reina ni la infanta comprendiesen que se había mudado de propósito. Tenida esta respuesta, despaché un alcance a

Izquierdo y recogí mi carta, la cual no pasó el Ebro (275).

No me es fácil dar idea de lo que fueron para mí aquellos tristes días que pasé en Madrid, si no es que los compare con la luz de un sol pajizo y engañoso tras el cual se arrima la tormenta. Puedo decir que no observé señal alguna a lo exterior de la transmutación que tan cercana andaba. En uno de estos días me trasladé desde mi casa, sita en el Barquillo, hasta el Almirantazgo, a pie, sin otra comitiva que mis edecanes, sin ninguna guardia, y debí al pueblo de Madrid las mismas atenciones con que me honraba de ordinario. Mi casa estuvo abierta a todo el mundo como siempre, la concurrencia fué la misma que era antes, de toda clase de personas; sólo vi en ella algunos hombres que, por mostrarse placenteros y cortesés, más que nunca dejaban ver no ser amigos. Los consejeros de Castilla fueron a visitarme casi todos, y advertidos por mí de la aflicción del rey y de la posición equívoca en que se hallaba el reino con respecto a los franceses, como también de los enredos y mentiras que se urdían en la Embajada de la Francia para engañar a los incautos, me ofrecieron su leal concurso a las medidas que adoptase el rey, con expresiones, muchos de ellos, tan resueltas y vehementes, que aún hoy mismo no dudo que eran sinceras sus promesas, si bien después, bajo otras influencias del momento, hubiesen desmayado y no atreviéndose a cumplirlas. En las demás

(275) Por lo que dejo deferido hasta aquí acerca de esta carta, de su contenido, del motivo de haberla escrito, y del retiro que hice de ella, podrán hallar mis lectores la explicación de las especies relativas a esta misma carta que se contienen en los documentos número XVI, CXXVII y CXXX de las *Memorias* de don Juan Lorente, los cuales se insertarán al fin de este tomo como piezas justificativas. Mis lectores hallarán en lo que tengo referido la explicación de otra especie que se encuentra en dos de las cartas de la reina de España doña María Luisa al gran duque de Berg, donde dice a éste "que había yo escrito una carta al emperador pidiéndole un asilo, si bien recelaba que Izquierdo no la hubiese puesto en sus manos, sospechosa como se hallaba de la buena fe de aquel consejero". La reina no sabía que con acuerdo de su real esposo la había yo recogido.

autoridades y personas elevadas por sus puestos hallé no pocas muestras de la benevolencia y agasajo que estaba acostumbrado a merecerles. Muchos también, de un mirar solamente de sus ojos, dejáronme advertir sus inquietudes y su pena, pero en aquella posición tan escabrosa en que me hallaba, no me era dable todavía abrir mi corazón sino a muy pocos. Mis pasos, mis acciones, mis palabras las más indiferentes, hasta el sonido de mi voz y la color del rostro, se acechaban por mis enemigos disfrazados de mil modos. De aquella infame policía estaba el centro y la oficina principal frente a los *Mostenses*, bajo la inmunidad del extranjero. Mis fuerzas eran desiguales hasta en esto; yo no tenía ninguna policía que consistiese en espionaje y delaciones (276).

Cuanto al estado de Madrid, por todos los informes fidedignos que me fueron dados, el pueblo estaba en calma y en expectación de los sucesos, con una plena confianza de que el Emperador vendría de paz; muchos, pensando en un reinado nuevo por la cesión de la Corona que haría el rey para su hijo a persuasión e instancias de su grande amigo y aliado; otros, creyendo que sería asociado por lo menos el príncipe Fernando al solio de su padre, contan-

do unos y otros como cosa cierta o muy probable mi desgracia y mi retiro. Contáronme también que de las clases superiores y mediana no faltaban algunos que temiesen un golpe de perfidia del héroe de la Francia; pero que había muy pocos, casi nadie, que se mostrasen por la guerra, y ni aun por el retiro del rey y su familia más adentro. A la verdad no era muy fácil distinguir los que pensaban de este modo; la facción dominaba ya en Madrid enteramente, y los agentes de la Francia, y el nombre de Fernando, siempre en boca, dábanle un gran poder, con el cual en un futuro tan dudoso, no había quien se estrellase o quien quisiera hacerlo inútilmente. Contribuía también a aquella calma de Madrid, saberse ya por todos la llegada del consejero Izquierdo, que éste había hablado con el rey directamente, que yo me había encontrado en esta audiencia, que no se había notado ninguna novedad en el palacio, ni yo tampoco la había hecho, y que seguía mi turno de semanas como antes. Esto dió que pensar a la facción, y si es que en la Embajada se sabía (lo que no creo) el verdadero objeto del mensaje, guardó el secreto enteramente. De aquí el temor de muchos, de que Napoleón hubiese variado de sistema, y mucho más

(276) De esto dejé ya hablado en otro lugar; tal vez fué un grande error de mi parte el no haber establecido un sistema de policía de aquel mismo género que lo había en Francia y en tantas otras de las principales naciones de Europa; pero pudo más en mí el respeto, la lealtad y el afecto con que yo miraba y deseaba conservar el noble carácter del pueblo castellano, aquel hermoso orgullo nacional, y aquella elevación de sentimientos, más que heredad, innata, incompatible enteramente con los manejos y las artes de un régimen secreto e insidioso.

Díran algunos que en diciembre de 1807 se estableció una *superintendencia general de Policía para Madrid, su jurisdicción y rastro*. Sí, y éste fué el solo miedo que se puso a la manida de traidores que vendieron la patria. Pero aquella medida, limitada a Madrid sólo, no era nueva ni tenía nada semejante a las que luego han sido vistas y sufridas en Madrid y en todo el reino. Venía de muy antiguo, del reinado del señor Carlos III, y había sido suprimida por su hijo Carlos IV, aquel buen rey que amó hasta tanto grado el dulce nombre de padre de sus pueblos. Y aunque la tal magistratura se versase solamente sobre vagos, mal entretenidos y extranjeros, moderóla Car-

los IV, sin dejar nada a lo arbitrario ni a lo odioso. He aquí a la letra su decreto de 13 de diciembre de aquel año: "Siendo conveniente restablecer la superintendencia general de Policía para Madrid, su jurisdicción y rastro, que tuvo a bien crear mi augusto padre por Real decreto de 27 de marzo de 1782; sin embargo, de lo que previene por mi real resolución, a consulta del Consejo de 16 de mayo de 1792, he venido en nombrar por tal superintendente general de Policía a don Ignacio Martínez de Villela, con antigüedad y plaza efectiva en mi Consejo Real, y con las mismas obligaciones, facultades y jurisdicción que en el expresado decreto se contienen, el cual se tendrá aquí por inserto, para que se observe en todas sus partes, con la diferencia de que en los casos que sea conveniente representar a mi real persona, para alterar, añadir o establecer alguna cosa de nuevo, lo haya de ejecutar por la Secretaría de Estado de Gracia y Justicia, donde corresponden y se hallan radicados los negocios de policía de Madrid; por cuyo medio, o por el gobernador del Consejo, podrán representar sus quejas los que se sientan agraviados por cualquiera providencia. Señalado de la real mano, etc."

notando que era un amigo mío aquel que había venido y volvía a Francia, sin saber ninguno lo que habría entre manos.

Por punto general había mucha reserva aquellos días en las tertulias; que en tales casos como aquél, es la costumbre y el mejor consejo el aguardar a ver el tiempo claro. No así en los mentideros ordinarios, donde corrían especies singulares, algunas de ellas harto buenas para alumbrarme entre las nieblas que cubrían los horizontes. Tal fué la de uno que había dicho que si por suerte me animase a visitar al príncipe Murat, para lo cual sería invitado, mi vuelta sería tarde, mal o nunca; feliz aviso para mí, que por tercera vez le había yo escrito como amigo, por si podía arrancarle alguna luz sobre las intenciones de su carta, y por respuesta a mis tres cartas, contestóme en pocas líneas: "Que se venía de paz enteramente, que no podía fiar explicaciones a la pluma, mas que podría decirme algunas cosas boca a boca, si tomaba la pena de hacerle una visita."

¡Desdichado de mí si hubiese yo caído en aquel lazo! Se hubiera dicho luego que había ido para vender mis reyes y mi patria, y guarecerme luego entre las filas enemigas. No pude yo saber quién había sido el indiscreto que me salvó de tal peligro sin pensarlo; hubiérale premiado largamente. Si a mis crueles enemigos les constaba, como debía constarles, que se me armaba aquella trampa, ¿cómo después no sospecharon que se armase contra el príncipe de Asturias, presa mil veces de mayor estima que la mía, igual, empero, en cuanto a la traición y al menosprecio de las leyes bajo las cuales viven las naciones?

Sería demás el detenerme a referir la multitud de cuentos y disparos que se esparcían en los corrillos; de esto no hacía gran caso después de cuatro meses que duraba aquel llover y diluvio continuo de mentiras que fraguaban mis contrarios. La sola cosa que llamaba grandemente mi atención y que afligía mi espíritu sobre toda medida, era el horror que se inspiraba al pueblo contra toda idea de trasladarse más aden-

tro las personas reales. Se trabajaba sin cesar en apretar los corazones y en hacer concebir como una ruina la sola salvación y el solo medio que aún quedaba para contener a Bonaparte.

Y a la verdad tenían muy gran disculpa tantas personas engañadas de boca de unos hombres que se creía instruidos en todos los secretos y se daban por los ángeles custodios del príncipe de Asturias. De otra parte, las cartas de París, tan estudiadas, que venían, o que se hacían venir tan a propósito para obcecarse a aquellos hombres, y las proclamas de Murat, tan lisonjeras, y el susurrar tan grato y tan constante de los agentes y empleados de la Legación francesa sobre las intenciones generosas con que el Emperador iba a venir para partir su gloria y sus destinos portentosos con nosotros, todo esto junto hacía mirar no tan sólo como un error, sino también como un gran crimen inaudito, destruir aquel aspecto de las cosas tan favorable y tan grandioso que la fortuna nos abría, y cambiar en ira y guerra y servidumbre, cual sucediera en Portugal, la paz y la salud que iba a llegarnos y a comenzar una era nueva para España.

Ni mis amigos podían nada, ni yo menos, para quitar las cataratas de los ojos, puesto que se decía que yo era solamente quien corría peligro por parte de la Francia, y que era mi interés sacrificarlo todo a la conservación de mi poder y mi grandeza. ¡Qué situación la mía, y qué lección tan grande a reyes y a ministros, para que vivan siempre alerta de las facciones de la corte y tengan siempre mano firme contra ellas!

En tal estado de las cosas, lejos de desmayar en mi opinión y en mi propósito, me di más grande prisa a realizarlo, por la necesidad que había tan grande y tan urgente de que alzase el rey su voz, y la verdad sonase en tiempo útil, y de lugar seguro, a los oídos de sus pueblos. Estaba ya firmando mis postreras órdenes al general Solano y al general Carrafa, cuando me vino un pliego que el rey me dirigía, escrito de su puño, temblándole la mano de alegría aún más que del tormento de la

gota, haciéndome el anuncio de que ya había hablado con su hijo el príncipe de Asturias, contándole el objeto de la misión de Izquierdo sin reservarle cosa alguna, mostrándole su alma toda entera; su corazón de padre, y lo que había mandado responder al que le había propuesto mudar la sucesión a la Corona, si lo juzgase conveniente a su reposo y a la amistad sincera y permanente de la Francia y de la España. Fernando, en fin, estaba convencido de la falsedad de Bonaparte, pronto a marchar y dando prisa el mismo. Decíame el rey que diese ya la orden para formar el campo en Talavera y en Toledo, y que partiese al Sitio.

Sali, no tan seguro del suceso como lo estaba Carlos IV al tiempo de escribirme. Cuando llegué a Aranjuez, no tengo modo de pintar cuál fué la angustia y la aflicción en que le hallé sumido con la reina. Su Majestad había encontrado sobre su propia mesa, en el lugar más aparente, un pliego abierto, fresca la tinta todavía, la letra trabajosa, sin ninguna firma. Decíase en él al rey, que un gran número de sus vasallos, de entre los más interesados en la conservación de la Monarquía, y en general, cuantos tenían datos y noticias indudables de los grandes sucesos pacíficos que se preparaban por la venida del Emperador de los franceses, se hallaban consternados por la resolución que se cundía haber tomado Su Majestad de no aguardarle en su corte, retirarse de ella, y poner de por medio un Ejército, en vez de recibirle y hospedarle como un amigo que aspiraba a fortificar la unión de España y Francia con los vínculos del parentesco; que aquella resolución, según todas las apariencias, era mirada por sus fieles vasallos como un resultado inmediato de la venida de don Eugenio Izquierdo, debiéndose inferir que habría traído a Su Majestad tales nuevas tan siniéstras, que le hubiesen hecho mirar el próximo viaje del Emperador y el movimiento consiguiente de sus Ejércitos como la ejecución y el cumplimiento de un plan atroz de perfidia, puesto en obra contra Su Majestad y sus reinos; que tales nuevas, si con efecto las hubiese

traído, no podían ser otra cosa que una invención y una grande intriga mía, servida por Izquierdo, para impedir que avistándose el Emperador con Su Majestad pudiese influir aquella entrevista en la disminución o en la total pérdida del poder que yo tenía, que don Eugenio Izquierdo, cualesquiera que fuesen las ideas ventajosas que hubiesen podido ser inspiradas a Su Majestad en favor suyo, hombre oscuro y sin ningunas garantías de su conducta, nada bien quisto en París, y tolerado apenas en aquella corte por respeto a la nuestra, no era en la realidad un servidor del trono, sino un agente mío particular, introducido de socapa y con achaque del empréstito de Holanda en los negocios diplomáticos, puesto en París por mí con el objeto de mantener allí mi influjo, y de neutralizar la acción del príncipe de Muscrano, en cuanto se opusiese a mantener mi valimiento en las dos cortes; que a un hombre de esta especie no era bueno creerle de ligero; que entre tantas correspondencias de particulares de las clases alta y media como había entre españoles y franceses, ninguno recibía sino noticias favorables cuanto a las intenciones generosas y amigables del Emperador de los franceses, y que Su Majestad podría satisfacerse mandando hacer acerca de esto informaciones reservadas a cualquier persona de su perfecta confianza que fuese independiente; que convendría también seguir el rastro a Izquierdo, siendo de presumir no había partido para Francia sino en la apariencia; que se sabía de cierto que de resultas de un alcance que yo le había enviado ocultamente, había torcido su camino a la derecha sin pasar más adelante en el de Francia (277); que antes de resolver Su Majestad una medida de tan gra-

(277) Era un dato enteramente falso que Izquierdo no hubiese seguido derechamente su camino; pero el astuto autor de aquel anónimo, contando un hecho verdadero, cual fué el de la estafeta que le alcanzó en el puente de Miranda de Ebro, llevaba la intención de hacer creer que había torcido su camino. Era imposible engañar al rey, que todo lo sabía; si Su Majestad lo hubiese ignorado, no hubiera sido imposible hacerle concebir sospechas, a lo menos sobre la conducta de Izquierdo.

ves consecuencias, cual podía ser retirada, sería muy grande acierto mandar se le prendiese y explorase; que por más pruebas de lealtad que Su Majestad tuviese sobre mi conducta, no podría desconocer tantos y tan varios casos de ministros, que aun con menos motivos de interés que el que yo podía tener de conservar mi influjo, habían comprometido a sus soberanos, empeñándolos en guerras destructoras, por más que en todas las demás cosas se hubiesen mostrado fieles a su confianza; que la conservación de la paz con el Imperio francés era no tan sólo un interés eminente, sino también una necesidad del reino, desconocida la cual podría verse en gran peligro la Corona; que Su Majestad, a menos de un gran motivo poderoso, que no había, no quería comprometerla a la ventura de una guerra temeraria, ni exponer por ella, a más de su derecho, el de sus hijos y de su real linaje por un desastre igual al de su propio hermano el rey de Nápoles, o al reciente que en Portugal se había causado por la fuga de sus príncipes; que la consternación en que se hallaban sus vasallos, temerosos de un tercer suceso semejante, podría llevar hasta un extremo peligroso la lealtad tan acendrada con que amaban a sus reyes, y que por evitar aquel extremo, los que hacían aquella reverente exposición, no sabiendo a quién podrían fiarse con seguridad para hacer subir hasta Su Majestad los verdaderos sentimientos de sus pueblos, los confiaban a aquel escrito, que llegado por un conducto fiel de su propia casa, pudiera alumbrarle, antes que engañado por los que anteponían su interés propio al de la Monarquía, se arrojase de buena fe a dar un paso que podría causar la ruina de Su Majestad, la de toda su familia y la de todos sus vasallos.

El rey, leído y releído aquel escrito muchas veces, halló en él sobradas pruebas de que el príncipe de Asturias hubiese al menos revelado a sus parciales la conversación secreta que con él había tenido, y el punto ya resuelto y convenido de la marcha. Dos penas le asaltaron, a cuál más penetrante: la primera, el temor de que su hijo le engañase

y le vendiese en situación tan crítica; y la segunda, la amenaza que contenía el escrito; yo he referido muchas veces lo que podía sobre su alma toda idea, una vislumbre solamente, de alborotos populares. En tamaña apretura de aflicciones, así al rey como a la reina les pareció mejor, al pronto, guardar un cierto estudio con su hijo sin preguntarle cosa alguna. Ansiosos, sin embargo, de tener más luz y de formarse alguna idea más clara de aquella situación en que se hallaban, preguntaron al ministro Caballero qué se decía en el Sitio, cuál era la opinión que dominaba sobre los sucesos, y qué noticias recibía sobre el estado de los ánimos. El ministro, lograda esta ocasión que estaba deseando para poner más trabas al viaje, respondió a Sus Majestades que todo estaría en calma sin las especies que corrían de que tenían resuelto retirarse hasta Sevilla o Cádiz; que esta especie había causado un grande descontento y fermentaba mucho, sin que fuese fácil acallarla, ni menos desmentirla.

—Y ¿qué es lo que tú piensas, finalmente, en esta incertidumbre y entre tantos temores y sospechas en que nos tiene Bonaparte?

—Cuanto a dejar la corte—dijo Caballero—, mi opinión es la misma que Vuestra Majestad me ha permitido declararle muchas veces, que tal resolución no es otra cosa que la guerra, y, por tanto, es un mal cierto; que, al contrario, la de quedarse y de mostrarse confiado, si puede ser un mal, es muy incierto e improbable.

—Mas sin remedio, si éste llega—replicó la reina—, en vez que libres y campantes, podremos, o entendernos como antes con el Emperador, sin ser sus prisioneros, cual conviene a nuestro real decoro; o donde no, si él intentase someternos a sus designios ambiciosos, salvarnos y salvar la España. Yo tengo en ella mucha fe; cuando no fuese por nosotros, sabría sacrificarse por su honor y por su propia independencia.

—Por Vuestras Majestades más que todo—dijo Caballero.

El rey le replicó:

—Tal vez dirías mejor, que por Fer-

nando. No es ahora tiempo de lisonjas, Caballero; la herida que él nos hizo está manando todavía. Mas, lo que quiera que nos venga, nuestra partida está resuelta; ve que me fio de ti... acércate a Fernando, hazlo de modo que no crea que yo te envío, y explórame su ánimo.

Caballero respondió entonces que aquel paso lo había dado a precaución, por si tal vez el descontento general que se observaba podría tener algún apoyo en el palacio; que hablando con Su Alteza, no había notado en él ninguna muestra por donde sospechar que la inquietud tomase origen en su cuarto; pero que le fué fácil inferir que desde afuera entraba, y que había algunos que probasen a excitar al príncipe a fin de que impidiese o hiciese dilatar la proyectada marcha; que Su Alteza, al parecer, se hallaba vacilando entre dos fuerzas poderosas, pero tan recatado en sus palabras, que le fué imposible averiguar si se encontraba en relaciones por fuera de palacio, ni menos sospechar con quién podría tenerlas. Instado por el rey que le dijese la verdad entera, por más amarga que ésta fuese, protestó Caballero no haber podido, ni saber ni inferir más de lo que ya había dicho; y encareciendo su lealtad, declaró al rey que uno de los motivos, y el más fuerte que tenía para afirmarse en su consejo y desear no se intentase la partida, era el temor de un gran conflicto que podría ofrecerse, si, llegado el caso de la marcha, Su Alteza flaquease en sus promesas.

—Según eso, él te ha hablado—dijo el rey—de las promesas que me ha hecho.

—Todo me lo ha contado—dijo Caballero.

—Y por supuesto—añadió el rey—, a mí no me ha creído.

—A Vuestra Majestad le cree—repuso Caballero—, pero duda si a Vuestra Majestad le han engañado.

—Velo aquí, pues—exclamó el rey—; Fernando está de acuerdo con mis enemigos—y le mostró el anónimo.

—Caballero—le dijo el rey—, entre las penas que me afligen es la mayor el no saber a quién poder fiarme; yo no te creo capaz de serme infiel, sabe,

averigua cuanto haya, y no nos desampares.

Poco después de este tristísimo coloquio, que el rey me refirió cual lo he contado, fué mi llegada al Sitio.

Era el día 13, y las angustias se aumentaban de hora en hora por los diversos partes recibidos los unos tras los otros, de que los dos Ejércitos franceses, el de Dupont y el de Moncey, se dirigían a un mismo tiempo, en movimiento combinado, hacia el camino de Madrid, las divisiones casi unidas, la marcha apresurada, sin más descanso que el preciso, provistas de bizcocho y bastimento de viaje para más de una semana (278). Era preciso resolverse o

(278) El parte del teniente general don Francisco Horcasitas, comandante general de Castilla la Vieja, recibido en Aranjuez el 13 de marzo, y del cual, como de diferentes otros partes, y de mi correspondencia con el Estado Mayor en aquellos días, he podido adquirir algunas copias literales, refería por extenso que las tropas acantonadas en Palencia y en Rioseco se habían dejado caer por Valladolid pidiendo cien carros en las direcciones de Tordesillas y Medina del Campo; que para el día 14 habían pedido otros quinientos diecisiete en los mismos parajes sin designar el camino que deberían seguir; que desde el 11 debía ponerse en movimiento el Ejército que mandaba Moncey, repartido en tres divisiones, con dirección, la primera, a Aranda de Duero, siguiendo la segunda por Lerma, Cogollos y demás pueblos inmediatos, y la tercera por Burgos; que las tres divisiones venían marchando a muy corta distancia las unas de las otras con provisión completa para diez días, y que había sobrados datos para creer que la Guardia Imperial seguiría detrás la misma ruta. Añadía también, como un aviso importante para gobierno de Su Majestad, que don Ignacio Sandoval, capitán de Caballería destinado a observar y adquirir noticias en Miranda del Ebro, le escribía que el general jefe del Estado Mayor de la tercera división del Ejército de Moncey, al paso por aquella villa, en una conversación tenida con el corregidor, le había dicho que, debiendo seguir más adelante las tropas, darían poca molestia en aquellos parajes, y que todo iría bien entre las dos potencias, sin otra novedad que la adquisición de las provincias del otro lado del Ebro para la Francia.

El mismo Horcasitas me dirigía, además de este parte, una esquela muy pequeña, en la que decía tener por cierto que aquel movimiento tan acelerado de las tropas, cualesquiera que fuesen las órdenes que hubiesen llegado de París, había sido producido mayormente por avisos recibidos de Madrid en el cuartel general de que Su Majestad pensaba

a partir sin más tardanza o resignarse innoblemente y consentir un rey de las Españas a entregarse, cuerpo y alma, a discreción de un extranjero que aun sin pedir la venia ni aun por apariencia, se arrojaba hasta violar el último sagrado, el de sus reales residencias. La elección no admitía duda; pero ¿podría contarse con la tranquilidad, el miramiento y el respeto de la engañada muchedumbre? Y el príncipe de Asturias, de cuyo nombre se hacía uso por tantas almas desleales, con tan grandes motivos de temerse que le hubiesen seducido nuevamente, o que le sedujesen o le solevantasen todavía, ¿se prestaría al viaje dócilmente? ¿Se movería un tumulto a la hora misma de la marcha, o al verla disponerse? ¿Se gozaría Napoleón de ver de nuevo divididos padre e hijo, se empeñaría un combate de ambas partes, y estallaría un incendio que justificase su agresión con el pretexto de apagarle?

En tan extraña situación, tan perentoria, tan premiosa, tan erizada de peligros cual podrá juzgarla cada uno, he aquí el consejo que di al rey: llamar al príncipe de Asturias, poner de nuevo ante sus ojos el porvenir que amenazaba, y darle a que eligiese lo que estimara más al caso para la salvación de la Corona y del Estado; o bien el retirarse con Su Majestad como lo había ofrecido, o bien tomar sobre sus hombros el peso del gobierno y hacerse cargo de la España y de su integridad como lugarteniente suyo, para lo cual sería nombrado por su ausencia con los poderes necesarios en lo militar y en lo político, sin más reserva en esto que de velar Su Majestad en favor suyo, y proveer a la salud del reino, en plena libertad, por cuantos medios, dentro y fuera, se encontrasen a su alcance, si Su Alteza

---

retirar su corte a Sevilla, y que los correos de la Embajada francesa eran muy frecuentes aquellos días, tanto más propios para llamar la atención de las personas de quien recibía los informes, cuanto más procuraban aquellos disfrazarse como pasajeros que caminaban para Francia, afectando sin ninguna necesidad diferentes pretextos sobre el viaje que hacían. Concluía, en fin, por aconsejarme con vehemencia que la retirada de Su Majestad fuese más pronta.

no bastase a contener las pretensiones del Emperador de los franceses, y se llegase a ver amenazado u oprimido. Este segundo extremo equivalía a abdicar el rey, si su hijo era feliz y conseguía salvar el reino sin empeñar la guerra con la Francia; pero valía esto más que una Corona para Carlos IV, y yo sabía muy bien a quién le daba aquel consejo. Si, al contrario, aquel medio salía mal, quedaba al menos la ventaja de que se hubiese hecho una experiencia, y que los pueblos, con mejor aviso, sin la funesta banda que cubría sus ojos, se hubiesen adherido plenamente a su buen rey, y hubiesen acudido a la común defensa con mayor resolución y confianza de la que habrían tenido cuando se hallaban engañados, y lo esperaban todo del Emperador de los franceses y del príncipe de Asturias.

El rey y la reina, juntamente, no tan sólo adoptaron mi consejo, sino lo aplaudieron con ánimo sincero vuelto a llenarse de esperanzas. Tomáronse una noche de intervalo. El rey quiso aguardar a que viniese el príncipe a la hora acostumbrada el día siguiente; descaba prepararse, y que su hijo no viniese preparado. A mí me dió la orden de estar listo para asistir a aquella escena cuando me llamase, sin admitirme excusa alguna.

A la vela de una batalla en que se habría de decidir la suerte de un Imperio, ninguno habría sentido latir su corazón con más vehemencia que sentía yo el mío al despuntar el día siguiente. En mi manera de juzgar, debía salir de aquel abocamiento entre hijo y padre o su perfecta unión para cerrar a Bonaparte las veredas que tomaba en la prosecución de sus designios, o la perfecta libertad de Carlos IV para poder salir sin conmociones de la plebe y situarse y mantenerse de reserva a beneficio y en la guarda de sus reinos, si aceptando el mando el príncipe de Asturias, como era de temer con tanto fundamento, lo despeñaban sus caballos. Tanto como apretaban los avisos nuevos que venían, de encaminarse ciertamente a Somosierra y Guadarrama las tropas imperiales, tanto las horas se

me hacían pesadas para ver resuelta la partida, de un modo o de otro tan urgente. Llegóme, en fin, la orden de que entrase, y de llevar todos los partes que se hubiesen recibido. Puedo decir que pocas veces había visto a Carlos IV tan dueño de sí mismo como estaba, tan afable, tan tranquilo, y tan completamente revestido de aquella majestad sin aderezo y sin estudio que le era natural, que sentaba tan bien a su persona, que lucía tan llenamente sin ofender la vista, y que imponía respeto sin forzarlo. La reina se esforzaba en contener sus emociones; sus ojos y su rostro, más bien de madre que de reina. Fernando estaba pálido, la vista turbia y azorada.

El rey le había mostrado ya el anónimo, y le siguió diciendo:

—Conviene ahora que tú te impongas del contenido de los partes, juzgando por ti mismo la situación en que nos vemos—y mandándome entregarlos a Su Alteza, pidiéndole los leyese.

Cuando acabó Fernando de leer, volvió a hablarle Carlos IV de este modo con un tono el más pacífico:

—Te he dicho ya que esta sesión no es para darte quejas ni para argüirte; no hay tiempo ya para otra cosa que para ver el modo de salvar la Monarquía, y plegue a Dios que nos alcance. Yo la creo en gran peligro si nos estamos quietos y nos dejamos rodear por los Ejércitos franceses; otros, podrán decirte, o te habrán dicho, o te dirán, o tú podrás pensarlo, que nuestra retirada es perdición, y que me engañan o que me engañan. Cuál de los dos sea el engañado podrá decirlo el tiempo; pero no es ésta la cuestión. Dos voluntades en contrario una de otra, esa es la ruina cierta. Te lo afirmo, te lo aseguro, como padre y como rey, que no te haré ninguna culpa de que pienses de otro modo que yo pienso; de una tan sola cosa te la haría sin perdonarte, y es de que me engañases, mas que fuese por temor o por respeto. En esta inteligencia, sin otra mira ni interés que la salud del reino pendiente enteramente de nuestra unión de voluntades, voy a ofrecerte dos partidos. Tú podrás tener datos de que yo carezca y por los cuales estés cierto de

que Napoleón viene de paz, sin pensamiento de oprimirnos ni de imponernos sacrificios que menoscaben la Corona... No, no te pido cuenta, escúchame tranquilo. Si fuere así, yo te propongo que te quedes en la corte, libre yo de retirarme más adentro con un pretexto natural y verdadero, cual lo será el de consultar a mi salud, cuyo quebranto es bien sabido. Te nombraré, entre tanto, mi lugarteniente con plenas facultades en lo militar y en lo político, sin otras condiciones que las de mantener la integridad del reino, no admitir Tratados onerosos a mis pueblos, ni consentir en cosa alguna que se oponga a nuestra santa fe católica. Tú formarás tu corte y elegirás a quien quisieres para ayudarte en el Gobierno, menos Escocóquiz e Infantado, porque no es honor tuyo, ni puede serlo mío, poner al frente del Gobierno aquellos que tan gravemente me han faltado a la lealtad que me debían. En cuanto a lo demás, bajo mi real palabra, yo los perdono desde ahora, a ellos y a todos los que antes y después me hubieren ofendido, pronto a volverlos a mi gracia cuando lo merezcan por su ulterior conducta. Si tuvieses la dicha de salir con alabanza de este encargo, te asociaré al Gobierno y partiré contigo el grave peso del reinado los días que Dios me diere (que no podrán ser muchos) de vivir en este mundo. Si, por desgracia, yo no soy el engañado, y tú, Fernando mío, fueses el que se engañe, a tus espaldas quedo yo, para enmendar, si me es posible, cualquiera mal que venga. No creas que es mi intención abandonar el reino y trasladarme a la otra parte de los mares; tú sabes el respeto que yo tengo a la verdad, y yo te afirmo que mi propósito no es otro sino salvar el reino, o por tu mano, o por la mía, o por las dos unidas. Si te faltase la fortuna, o la firmeza y el acierto en la encomienda que pongo a tu elección, no te daré ninguna queja, no te haré ningún cargo: te ampararé entre los brazos de tu padre, y uniéndote conmigo, apelaremos los dos juntos al honor y a la lealtad de nuestros pueblos. Ve aquí un campo de gloria, no imposible, que te abre tu buen padre sin ninguna envidia; para ti



será esa gloria toda entera, si escuchare Dios mis ruegos. Pero si no te atreves a encargarte de esa empresa porque te falte la certeza de un feliz suceso, vente conmigo de buen ánimo, véannos unidos nuestros pueblos, reprime esa facción que se acredita con tu nombre, y que sin él no podría nada; no vean mis ojos un tumulto y un trastorno que podría apartarnos para siempre con deshonor de entrambos y con gran ruina de la España... Voy a acabar, contente todavía...: me queda por decirte que esta resolución no la he tomado de mi solo acuerdo, y que el que ves aquí presente, sí, Manuel, es quien me la ha inspirado; es una circunstancia que podrá aumentar tu confianza. Vele aquí pronto a desnudarse de todos sus empleos, de ese poder que le había dado y le ha traído tantas enemistades y tanto golpe de columnias. Resuelve, pues, ahora; tú eres libre; mas sin buscar consejo ajeno: el de tu corazón tan sólo. Sea lo que fuere lo que elijas, cuenta con el afecto de tu padre y de tu madre.

El príncipe Fernando había querido interrumpir dos o tres veces a su padre con las señales más vehementes de una emoción profunda, y ciertamente en aquel acto era Fernando enteramente de su padre. No eran compuestas, no eran falsas las lágrimas que le saltaban de los ojos, ni aquella agitación con que temblaba de sus miembros, ni aquel tono de voz, con que postrado y abrazado a las rodillas del augusto anciano, le decía:

—Yo no tendré jamás más voluntad, ni más objeto, ni más amigo, ni más dueño que mi padre; yo seré más feliz obedeciendo ciegamente a un padre tan divino (expresión suya de aquel día) que el Señor me ha dado; que mandando, si Dios me le arrebatara por castigo de mis culpas, ¿quién soy yo, qué valgo yo, para tomar las veces de Vuestra Majestad ni imponer respeto a Bonaparte? Yo soy bastante joven todavía y me podré aplicar para entender mejor la historia y la política; pero ahora no soy nada; menos que nada, padre mío. Yo seguiré hasta el fin del mundo a Vuestas Majestades, adondequiera que mandaren; yo no sabría hacer nada fue-

ra de su lado—y otras mil cosas a este modo que parecían tocar en desvarío. Del mismo modo con la reina; besábalas las manos y las bañaba con su llanto. Y a mí también me dió un abrazo y otro abrazo, y me decía:

—Tú eres mi amigo verdadero, mi corazón es tuyo; yo sería el hombre más injusto si te estimara un punto menos que mi padre; ¿quién me vendrá a decir ahora que tú querías quitarme la sucesión de la Corona? Tú eres el ángel de la guarda de esta casa, tú salvarás el reino, como lo has salvado tantas veces.

Es cosa cierta para mí que el príncipe Fernando salió del cuarto de su padre resuelto a la partida, y aun me inclino a pensar que dió algún paso con ánimo sincero para acallar a sus parciales. Fuera que así lo hubiese hecho, fuese que lo exploraran tantos emisarios que en aquellos días rondaban el palacio, fuese también que su mentor de aquellos días, el memorable infante don Antonio, que andaba siempre a las escuchas, le hubiese sonsacado y pervertido nuevamente, lo cierto fué que al otro día se murmuraba ya en Madrid con gran misterio aquella plática entre algunos, creciendo en tanto los rumores de que se aparejaba la partida, y emponzoñadas estas nuevas con la idea de que la real familia, toda entera, debía pasar el mar como la portuguesa, mal que lo resistiera y se opusiese el príncipe de Asturias. A ése no hay duda de que le volcaron haciéndole creer que las propuestas de su padre no fueron otra cosa que una trampa, de idea mía, para saber su pensamiento y oprimirle, si no se resignaba ciegamente a la obediencia. Sabido fué, a lo menos, que ya subido al trono contaba a sus amigos, que su libertad y su existencia habían corrido un gran peligro aquellos días, pero que Dios le había inspirado la manera de evitar el lazo y de salvarse (279).

(279) De aquella postrera tentativa de conciliación a que se prestaron los reyes con su hijo por consejo mío no sé que haya sido hecha mención alguna por los que en España han escrito de aquellos sucesos; lo cual no es de extrañar, lo primero, por haber sido

Por de contado, sin perder más tiempo, y con la perfecta anuencia del rey, hice dirigir en los días 14 y 15, a los generales Solano y Carafa, las postreras órdenes definitivas; al primero, para enlazar su movimiento sobre Talavera y Toledo con el que habían de hacer en la misma dirección los principales cuerpos de la guarnición de Madrid; al general Carafa, para acelerar, a marchas forzadas, la salida que tenía lista de los cuerpos de la división de Galicia, con las precauciones convenientes, y en la dirección más segura y más pronta posible para incorporarse con las demás tropas al mando de Solano; haciendo acudir al mismo tiempo a las inmediaciones de Talavera los cuerpos de caballería y la compañía de artilleros que aún permanecían en Extremadura, excusándose y excusando siempre al Gobierno con el general Junot, cuando llegase a saber estos movimientos, con la necesidad de acudir a los puntos amenazados en las cercanías de Cádiz, y procurando, si le era posible, hacerle que cediese, con el mismo pretexto, algunos de los cuerpos españoles que se hallaban incorporados con el Ejército francés de su mando. Con las mismas fechas, reiteradamente de 14 y 15, dirigí también a los jefes del Estado Mayor, que aún permanecía en Madrid, la orden de hacer salir para Aranjuez, evitando en lo posible el estrépito, los guardias de Corps, los regimientos de guardias es-

pañolas y valonas, los escuadrones de carabineros, la brigada de artillería, los dragones del rey, los voluntarios de Aragón, los granaderos provinciales y los escuadrones de mi guardia, dejando en Madrid la parte de tropas necesaria para el servicio de la plaza, apostando entre Madrid y el Sitio el regimiento de dragones de Lusitania para avisos y patrullas, y haciéndose situar provisionalmente en Pinto el regimiento de voluntarios de Estado; en Valdemoro, el de América; y en Colmenar de Oreja, los zapadores minadores.

Reconociendo al mismo tiempo la necesidad de hablar al pueblo sobre aquellos movimientos, y serenar por algún modo las inquietudes de los ánimos, viendo, por otra parte, lo mucho que importaba que el rey no fuera quien hablase mientras no pudiese hacerlo sin las reservas y cautelas que eran necesarias todavía para disimular y no romper con los franceses; cierto también, como debía yo estarlo, de que mi voz no podría nada, mientras no revelase los motivos poderosos que asistían al rey para internarse, motivos que al decir y propalar de mis contrarios, no eran más que sugestiones y ficciones más para salvar mi poderío y oscurecer y derrocar al príncipe de Asturias; acordándome, en fin, de los ofrecimientos que me hicieron poco antes en Madrid los consejeros de Castilla, casi todos, de concurrir eficazmente a las medidas que adoptase el rey para salir con bien de aquella crisis, imaginé sería mejor se encomendase por el pronto a aquel Consejo, o a su gobernador, hacer un breve manifiesto al pueblo de Madrid (como aún en casos mucho menos graves solía hacerse), en el que sin faltar a la verdad, empero paliados los motivos especiales del viaje por otros igualmente verdaderos, tranquilizase al pueblo, sin alarmar a los franceses. Bien recibida y aprobada por el rey esta medida momentánea, Su Majestad me dijo no tener por conveniente que al ministro Caballero, por más que le tocase promoverla y hacerla ejecutar, se le diera aquel encargo, visto ser tan contrario de opinión, como se había mostrado y se mostraba todavía, a la mu-

muy secreta, y, lo segundo, porque mis enemigos que escribieron en aquella época, acusadores, parte, testigos y jueces a un mismo tiempo, lejos de ganar, se hubieran hecho mucho daño en contar aquellos nobles esfuerzos de Carlos IV, tan impiamente frustrados. No así en Francia, adonde el embajador dirigió una prolija relación de aquel hecho, sobre el cual fundó Napoleón uno de los argumentos que me hizo en Bayona, de haberle sido hostil hasta los postreros momentos en que tuve el mando. Así es que algunos escritores franceses han hecho mención de aquella escena de Carlos IV con su hijo, entre ellos, mayormente, Mr. Desmarest, que en mejor posición que otros muchos para recoger datos y noticias muy interiores, la ha contado, aunque sucintamente, muy aproximada a la verdad, en su obra titulada *Témoignages historiques ou quinze ans de haute police sous Napoléon*, págs. 203 y 204.

danza de la corte. Yo, que tenía por cierta la concurrencia del Consejo en cuanto fuese de importancia para el bien de la Corona, y mucho más en una cosa tan pequeña, y, además, tan propia de su cargo, urgiendo los instantes tanto como urgían, encomendé a los mismos jefes del Estado Mayor que viesesen de entenderse para aquel objeto con el decano del Consejo, sin omitir el declararle ser la voluntad del rey que aquel servicio fuese hecho sin tardanza, cual lo pedían las circunstancias.

Para mayor felicidad junté a mi carta una minuta sobre las especies que podrían tocarse, y eran, a poco más o menos, las siguientes, a saber: "Que dirigiéndose hacia el centro del reino diferentes cuerpos de tropas imperiales que podrían tocar de paso en Madrid, o en sus inmediaciones y en los Reales Sitios, si bien atendidas las seguridades que debían ofrecer la perfecta amistad no interrumpida en modo alguno entre Su Majestad y su íntimo aliado el Emperador de los franceses, no cabía poner duda acerca de sus designios pacíficos, no podía prescindir Su Majestad de trasladar su corte momentáneamente, por convenir así al decoro que es debido y que se guarda en tales casos (aunque sea sólo por la forma y entre príncipes amigos) a la suprema dignidad y a la completa independencia de las testas coronadas; que bajo aquel concepto, y con la idea también de precaver desavenencias y disgustos de etiqueta que tan frecuentemente se ocasionan en la concurrencia, sobre un mismo punto, de tropas nacionales y extranjeras, había resuelto el rey llevar consigo las que no fuesen del todo necesarias para el servicio de Madrid y de los Reales Sitios; que esta resolución, lejos de ser hostil a su aliado, era una prueba más de la delicadeza de Su Majestad, que deseaba prevenir todo peligro de discordia o de mala inteligencia entre las dos naciones; que aquella ausencia pasajera no debía impedir de modo alguno su entrevista con el Emperador, del modo y en la forma que entrambos soberanos se dignasen concertarla, entrevista muy deseada por el rey para corroborar personalmente los mu-

tuos sentimientos de amistad que deberían mancomunarlos en beneficio de sus pueblos, y proveer de un mismo acuerdo cuanto cumpliese a la común defensa y a la paz tan deseada; que afirmando Su Majestad bajo su real palabra, no ser otros sus deseos y propósitos mientras su amigo y aliado se mostrase poseído de iguales sentimientos, debían tranquilizarse sus vasallos, y desecharse los pérfidos rumores con que los enemigos de la paz podrían turbar sus ánimos, ciertos en tanto, cual debían estarlo, de que en ninguna cosa pondría Su Majestad tanto conato como en robustecer y hacer más firme, cuanto estuviese de su parte, aquella misma paz que los había librado durante tantos años de las revoluciones, los trastornos y las ruinas que habían atribulado tantos pueblos de la Europa; ciertos, también, de que Su Majestad fiaba grandemente en su fidelidad y en su asistencia para continuar aquella dicha, y sostener a todo trance contra toda suerte de enemigos aquel estado favorable, en que, gracias al divino auxilio, entre tantas caídas de pueblos y de reinos se conservaba España ilesa en los dos mundos.

No era posible hablar más claro todavía, porque el rey no estaba libre, y porque, puesto en salvo y bien parapetado, como yo me había propuesto, aún era de esperar que el ambicioso Emperador retrocediese en sus designios. A la Francia, no menos que a la España, hubiera hablado por el pronto lo bastante aquel sencillez manifestase sin herir a nadie sino a los malvados que pervertían el juicio de los pueblos. Mas, ¡quién lo habría creído!, ya la tiniebla espesa que aquéllos extendían había ganado hasta el recinto, hasta el asiento, casi augusto, del Consejo de Castilla...

Negóse a dar el bando... ¡Y las legiones de la Francia se asomaban ya a los puertos, y los malos amigos de Fernando pedían alforrias y decían con pecho firme, que eran las huestes protectoras de aquel príncipe; y el pueblo lo creía; y al pueblo lo irritaban, porque yo debía llevarme y eclipsar aquel lucero matutino de la España y declarar la gue-

rra a los que caminaban con afán haciendo dobles marchas, para llegar con tiempo a entronizarle; y porque no faltase medio alguno de cegar los ánimos, se hacían correr de mano en mano el voto del Consejo, y a los soldados que acudían leales a donde los llamaba su buen rey, se les decía que yo quería empeñarlos en una guerra desastrosa; y se afilaban los puñales, y se compraba con el oro de un viejo infante de Castilla la sedición y el desenfreno en los portales mismos del palacio; y aquel, aquel tan sólo que aún no desesperaba de poder salvar la independencia de su patria y de sus reyes, aquel que trabajaba, a todo riesgo, por salvarla, aquél, aquél debía caer bajo la maldición y los sarcasmos del pueblo castellano!

## CAPITULO XXXII

### *Los sucesos de Aranjuez*

*... Scelerique nefando  
Nomen erit virtus, multosque exibat in  
annos Illic furor; et superos quid prodest  
poscere finem?*

PHARS. Lib. I.

Llego ya a la tragedia de Aranjuez, acerca de la cual mi largo lloro, inconsolable durante tantos años, ha sido más por mi adorada patria que por la grande desventura a que me trajo la envidia de los hombres. Si hubiese sido yo la sola víctima inmolada a los furores de un partido; si, satisfecha en mi su ira, hubiera dado aquel partido algún color a su injusticia, tomando mi lugar y haciendo un muro impenetrable al enemigo en derredor de su legítimo monarca; si hubiera respetado en Carlos IV al solo hombre que respetaba Bonaparte todavía sobre el solio de la España, y con quien le ligaban los Tratados, que no podían romper abiertamente sin su total descrédito en la Europa; si, uniendo el hijo al padre, y procurando la concordia de la nación entera, hubiera hecho más seguro aquel respeto, y sin romper con Bonaparte, puesto que por amigo le tuvie-

sen los engañados consejeros del príncipe de Asturias, se hubieran precavido por lo menos contra cualquier evento que arriesgase las personas de sus reyes y sus príncipes, sin duda habrían podido suplantarle aquellos hombres con feliz suceso, y haciendo aquello mismo que yo me había propuesto o alguna cosa semejante, hubieran dominado aquella grande crisis como yo esperaba dominarla, y habrían podido atribuirse una gran gloria.

Mas no eran por la patria sus designios; ni aquel trastorno horrible que movieron (diciendo ser por ella, y dando el nombre de virtud a un gran delito) fué otra cosa que la ruina de la España para muchos años. De allí, cual de un gran dique derruido, fué la entrada impetuosa de un océano de desgracias, de plagas, de trabajos y de calamidades inauditas sobre el grandioso imperio de la España, de acá y de allende de los mares, sin alcanzar ningún lamento, ningún ruego, para aplacar al cielo retirado de la patria en los dos mundos, mientras los demás pueblos de la Europa volvían a su reposo, mientras tantas naciones menos fuertes, menos heroicas, menos grandes y mucho más plagadas de miserias y ruinas que la España, prosperaron luego y recogieron y gozaron todo el fruto de los inmensos sacrificios que ella hizo sin que tuviesen cuenta de ellos. ¿Quién fué aquel dios del mal que atrajo tanto estrago y tanta desventura, tan prolongada, tan diuturna?

¡De mí dijeron que lo fuera! Todos los grandes males que soltaron, no entreabriendo la caja peligrosa como Epimeteo, sino quitándole la tapa enteramente, a mí me los cargaron que los estaba conteniendo y sorteando mientras no me hundieron. Triunfantes luego y rebozados con la luz de aurora, que acompaña siempre el paso del poder a manos nuevas; levantando en las almas esperanzas, que eran tan sólo para ellos, y deslumbrando al pueblo incauto, que acataba en ellos al que tuvieron engañado y poseído tanto tiempo sobre el trono, los hombres de Aranjuez lograron ser creídos en España, y los creyó tras ella, no ha-

biendo quien osase desmentirlos, toda Europa. Conocidos después como lo fueron, harto tarde, todos ellos y los que tanto tiempo mantuvieron la herencia del poder en Aranjuez arrebatado, tamaño desengaño no llegó ya a tiempo para enmendar y deshacer las hondas impresiones que contra mí estamparon en los ánimos. No de otra suerte amigos y enemigos, los que en un gran combate perecieron y colmaron el campo de batalla, son arrojados a la huesa, y pudren todos juntos, causando un mismo horror a los que viven. "Y ¿qué le importa a nadie ya de los nacidos en España (dirá tal vez alguno), después de tantas víctimas caídas por más de treinta años bajo el dominio y la influencia de la facción malvada, la que cayó primero a manos de ella?"

Importa, empero, a la razón, al interés y a la justicia de una nación magnánima poner su historia en regla, y no dejar preocupaciones a sus hijos; importa conocer y dar a conocer a los que vengan en los siglos la verdadera causa de los males comenzados aquel día en que cayó del trono Carlos IV, y a tan duras penas superados después de tantos años de sufrimientos y batalla; impórtale también volver por la inocencia, y no dejar envueltos para siempre en el oprobio amigos y enemigos; los que la habían salvado durante quince años de los desastres espantosos de la Europa y la habían hecho floreciente cuanto fué dable en aquel tiempo, con los que en un momento, al primer golpe del timón robado, causaron su naufragio; los que iban a salvarla, y hubieranla salvado, ciertamente, de la emboscada tenebrosa que le puso la ambición de Bonaparte, con los que la entregaron en sus manos, poniendo a su mandado el mismo rey que proclamaran; a los que estaban preparando para en adelante días de luz, de libertad y anchura, con los que, prometiendo maravillas, le impulsieron larga noche de tinieblas, de opresión y de dolores, anegada en sangre y llanto.

¡Ah! Si la España hubiera conocido en tiempo hábil los autores verda-

deros de sus males, hubiera ahorrado muchos años de un despotismo más que bárbaro, cual jamás se había oído en sus centurias ni aun bajo la cadena de los árabes, y habría quizá salvado otra gran víctima, tal vez más infeliz y más atormentada sobre el trono hasta su muerte que la que de él fué derrocada, y estuvo padeciendo hasta el postrer suspiro los rigores del olvido y del destierro. Padre e hijo atormentaron y afligieron igualmente por opuestos modos, y a la nación heroica la pusieron por los suelos, la devoraron como lobos hambrientados, y, por maldad postrera, le movieron la espantosa guerra de hermanos contra hermanos. ¿Qué hay de común, ¡Dios mío!, o qué hay de semejante entre las obras de estos tigres y las de aquellos hombres amantes de su patria, de cuyas manos la arrancaron incólume, dichosa, salva ella sola hasta aquel tiempo de todos los trastornos de la Europa, señora de dos mundos, honrada y respetada entre las gentes, y su poder temido aun por el mismo Bonaparte? ¿Qué hay de común o semejante entre los días serenos, apacibles, claros, bonancibles, limpios de luto y sangre del piadoso Carlos IV, y el torbellino horrible, perdurable, de atrocidades, ruinas y desgracias incesantes con que entenebrecieron el bello cielo de la España, sin dejarle un día claro en treinta años, los que, robando el cetro inmaculado de aquel augusto anciano, lo convirtieron en herencia propia de ellos y absoluta bajo el nombre de aquel hijo digno de mejor suerte, a quien tuvieron engañado, atemorizado y oprimido hasta sus últimos instantes?

Cercano ya a la tumba, que pondrá fin a mis dolores y trabajos, escribo en este tono y de esta suerte, mucho menos por mí que por mi patria, a quien han sido tan costosas las fascinaciones de aquel tiempo con que sus verdaderos enemigos, destruido aquel reinado, y calumniándole y ajándole, lograron subvertir la opinión pública, y subvertirla de tal modo, que aún les quedan parciales, y, lo que es más, millares todavía de gentes engañadas sobre la realidad de los sucesos que acarrearon la

catástrofe. La Historia es la maestra de los pueblos; mas si ella está alterada, lejos de que sea útil para prever los riesgos, y precaver los males y conocer sus causas, los extravía y deslumbra, y los hace perderse muchas veces entre las mismas sirtes donde antes zozobrarán. Muy escaso de vista habrá de ser en raya de política quien no alcanzare a percibir y conocer que la primera prueba para España de la espantosa y prolongada resistencia que habría de hacerse en ella a las reformas y a las luces le fué dada en las maquinaciones de El Escorial y de Aranjuez, en la invasión del trono y la sustitución de un nuevo rey al generoso anciano que se atrevió a abrir campo a los mejoramientos de su siglo, a aposentar las luces, a ahorrar al pobre sus inmensas cargas, y, para alivio de ellas, tocar por vez primera en el vedado de los santos.

La exaltación al solio del príncipe de Asturias, que intentaron y cumplieron sus fementidos consejeros, no fué, en verdad, para enmendar abusos; ellos los confirmaron en su nombre, ellos los consagraron nuevamente, ellos los aumentaron; y de tal modo fué este aumento que en los anales de la España no fué vista edad alguna, cual la de ellos, tan cargada, no diré ya de abusos, sino de excesos y maldades, de violencias atroces, de tiranía sin rienda, de oscuración profunda, de corrupción desembosada y de aniquilamiento de la patria. Los que de buena fe aplaudieron la fatal mudanza, y esperaron de ella el grande alumbramiento por que tanto ansiaban, vieron a pocos días que fué mandado conservar las cosas como estaban bajo la vieja Monarquía y bajo Carlos IV, con la sola excepción de que cesase en toda ella la *septimación de los bienes eclesiásticos*. No hubo tiempo a ver más en el eclipse general que los insignes hazañeros de Aranjuez causaron a la España, de sus reyes y sus príncipes.

Seis largos años de sacrificios y de guerra, de lealtad, de tareas grandes y continuas de política y gobierno, de triunfos, de reveses y de esfuerzos más que humanos, de que tendrán idea completa solamente los que vivían en aquel

tiempo, sirvieron al rescate del cautivo augusto, que sus inicuos consejeros habían puesto entre las garras del tirano de la Europa. Aún se volvió a esperar, y se esperó con fundamento: pueblo ninguno de la tierra, en ningún tiempo, había hecho tanto como España por sus príncipes. ¿Quién engañó a Fernando nuevamente? ¿Quién afligió su corazón? ¿Quién trastornó su espíritu? ¿Quién hizo que dudase de los abrazos de sus pueblos? ¿Quién, ¡oh maldad sin nombre!, consiguió persuadirle que los restauradores de su trono eran sus enemigos, y que la España se había vuelto una nación de impíos y de rebeldes? ¿Quién le hizo estremecerse al solo nombre de reformas? ¿Quién, a fin de impedir las, lo excitó a ensangrentarse contra sus propios libradores? ¿Quién a ahuyentar de España por millares los hombres más ilustres de todas las carreras, o a encadenarlos en prisiones, o confinarlos en presidios con los ladrones y asesinos? ¿Quién le hizo restaurar la Inquisición, restablecer los jesuitas y entregar el reino en todas partes a los eternos enemigos de las luces?

¿Quién?... No hay nadie que lo ignore; los mismos que arrancaron la corona a Carlos IV y a mí me asesinaron so pretexto de enmendar abusos y hacer la dicha de la España. No eran parciales míos, sino, al contrario, amigos suyos engañados largo tiempo, los hombres venerables de todas las carreras y de todas las clases del Estado, que con tan larga y dura mano proscribieron, porque amaban y ansiaban las reformas y los mejoramientos de su patria; no eran los viejos tiempos del rey Carlos, tan fuertemente calumniados, los que intentaron reformar y mejorar, visto que apenas vuelto el príncipe Fernando de su penoso cautiverio, segunda vez le persuadieron que mandase repuner las cosas en el mismo ser y estado que tenían en 808, menos tan sólo aquellas que dañaban al poder absoluto, que fundaban para ellos.

¿Fué más feliz Fernando que su augusto padre, o fué mejor tratado? No; que ni aún le dejaron cumplirse la palabra tan solemne que, alumbrada

do por algunos buenos españoles, dió en Valencia de poner su mano en los arreglos y mejoras que pedían los tiempos; no, que le arrebataron la confianza de los pueblos, persiguiendo a los buenos, multiplicando los abusos y manteniendo a fuego y sangre el poder absoluto y arbitrario.

Venidos de resultas los sacudimientos de 1820, y no bastándoles sus medios a domarlos o aplacarlos, aquellos mismos hombres que invocaron al emperador de los franceses, en 1807, a fin de que viniese a hacer nuestra fortuna, y los que les siguieron y heredaron en el mando, segunda vez llamaron en su apoyo las armas de la Francia, y protegidos y amparados por las bayonetas extranjeras, enterraron hasta las esperanzas postrimeras de la patria. Y los malvados, no contentos todavía con tantos triunfos, aún pretendían ahondar el pozo horrible que excavaron; y descontentos de Fernando, que no del todo se prestaba al cumplimiento de sus planes de opresión y tiranía, tentaron derribarle y suplantarlo, sustituyéndole su hermano, y no quedó por ellos haber hecho con Fernando lo mismo que habían hecho con su padre..., y fallecido, en fin, sin gloria en medio de sus días no acabados, le maldijeron, baldonaron e infamaron muy más que a Carlos IV, y volvieron sus ojos al instrumento nuevo que buscaban tanto deseado, y encendieron la guerra destructora, sacrílega e impía, que ha decimado nuestra patria con estrago nunca visto..., y por tercera vez no se olvidaron de calumniar su patria y buscarle enemigos en las potencias extranjeras, y apellidar la Europa entera contra la augusta hija del ídolo, ya inútil para ellos, que en Aranjuez habían alzado con tan grande aplauso.

¡Españoles! Esta es la serie de los durísimos sucesos enlazados que han corrido por más de treinta años por unas mismas manos, por un partido mismo, por unos mismos hombres, después del día nefando en que lograron derrocar del solio a aquel buen rey que (Dios me sea testigo) no aguardaba sino el reposo de la Europa, para dar a sus pueblos de dos mundos ins-

tituciones saludables; rey que jamás estuvo a la cabeza de ningún partido, que jamás excluyó del servicio del Estado al que podía acudirle con sus virtudes y sus luces; rey bajo el cual medraron con arrogante lozanía las letras y las ciencias en todo género de estudios, no sólo protegidas, sino excitadas, atraídas, halagadas y mimadas, la recompensa siempre al canto del que las cultivaba, cualquiera que éste fuese; rey indulgente, cual ningún otro, con los errores de los hombres, que en los días tan turbulentos de la Europa que estremecían la tierra a la redonda, amenazados todos los Imperios, gobernó sus reinos sin rigores, y descendió al sepulcro limpio de toda sangre de sus súbditos. Si los que le arrojaron de su asiento hicieron todo lo contrario de la manera que fué visto con asombro, y llanto, y mengua, y luto de la nación entera, es claro y evidente, más que la luz del día, que aquel ataque fué a la marcha comenzada en su reinado para abrir paso a las reformas que, con furor tan obstinado y tan sangriento, resistieron y han estado resistiendo tantos años.

En cuanto a mí, diré una cosa solamente, que es notoria y legalmente conocida después de tantos años; es a saber: que, en más de treinta ya pasados, ni un documento tan siquiera, ni un testigo, han podido presentar mis enconados enemigos para probar los yerros y delitos que por ellos me fueron imputados, y esto no obstante de haber sido tanto tiempo los dueños exclusivos y absolutos del poder en todos ramos, con tan grande clientela y tan devota que han tenido durante el largo espacio de su mando, dueños de los archivos del Gobierno, dueños de mis papeles y dueños igualmente de los de Carlos IV, las oficinas todas a su mano, ninguna cosa reservada a su escrutinio, yo ausente en lejas tierras, sin protección, callado, sin más defensa que las obras de ellos y los altos juicios de la Divina Providencia, que los dejaba despenarse. Me decretaron un proceso, y este proceso furibundo que intentaron se halla en el mismo estado que en 1808, mandado comenzar una

y más veces, y, sin embargo, *no empezado a la hora de ésta*, faltos de materiales y de pruebas para herirme; que habiéndolas hallado, cuando no hubiese sido por satisfacer su odio tan envenenado en contra mía, habrían debido producirlas a lo menos por su propia honra para justificar sus iras y el total despojo que me hicieron de mis honores y mis bienes. Me calumniaron; no han probado sus calumnias; luego no han podido hacerlo. Bastóles, sin embargo, la calumnia para arruinar al hombre, al solo hombre que aconsejaba a Carlos IV las reformas y mejoras que iba haciendo, y las que estaba preparando tan contrarias a la ambición y a la avaricia de la facción proterva que tenían movida había diez años; necesitaban un pretexto, y lo tomaron en mi amistad y valimiento con aquel buen rey, amante de sus pueblos. ¡Si me hubiera yo puesto al bando de ellos; si mi favor lo hubiera aprovechado para aumentarles privilegios, poderío y riquezas, para apagar las luces, para aumentar cadenas a los pueblos y hacer eternos los trabajos de la España, me hubieran proclamado el mejor hombre de la tierra y me habrían beatificado!

¿Por acaso habrá alguno que sacuda la cabeza y se sonríe cuando leyere esto que digo? Supóngase un instante que hubiesen sido verdaderas cuantas imputaciones y calumnias me hicieron esos hombres; júntense todas, hágase una suma y mírese si iguala o se aproxima cuanto se ha dicho en contra mía a los excesos, a los crímenes, a las enormidades y atentados que cometieron los ministros y los jefes que ellos ensalzaron y fueron sus agentes y prebostes tantos años. Cuéntese alguna cosa semejante, si se encuentra, de los días de Carlos IV estando yo a su lado. Luego si me atacaron no fué por los excesos que me atribuyeron y les sirvieron de pretexto, sino, al contrario enteramente, porque amé mi patria en vez de amar a ellos y hacerme su instrumento para oprimirla y esquilmarla. Y, llevando más lejos la inducción, véase si aquellos pocos hombres fieles a la Corona y fieles a la patria, que, elegi-

dos por Fernando, dieron muestra de ser tales, de intentar poner freno a aquellos réprobos y hacer marchar en regla la nave del Estado, pudieron sostenerse contra sus ataques, y si no fueron calumniados atrocemente, perseguidos, maltratados, y alguno de ellos aherrojado y puesto al canto del último suplicio, sin que Fernando mismo, que los amaba y apreciaba, fuese parte a defenderlos, y si en tan duro compromiso no se encontró obligado aquel monarca, para poder salvarlos, a hacerles que aceptasen el destierro y a imponerles un ostracismo doloroso.

Si para mí tan sólo no hubo vado ni remedio, fué porque los malvados consiguieron, en buen tiempo para ellos, persuadirle, siendo príncipe, que yo era su adversario, y que intenté desposeerle de su derecho a la Corona. Fué mi enemigo un rey, y enemiga me hicieron la nación entera con sus difamaciones e imposturas, no habiendo quien hablase ni escribiese sino ellos. Yo fui la primera víctima cuanto a sufrir las iras de aquel partido exorbitante y prepotente, y la postrera ya y la única después de tanto tiempo para obtener justicia. Mas lo que importa no soy yo, sino mi patria, y que ella advierta y reconozca, para saber precaucionarse y libertarse de la repetición de tantos males endurados después de treinta años, que el gran torrente de esos males fué comenzado y desatado por esos mismos hombres y sus antecesores en 1808. Esta lección es de la Historia, y ¡desgraciada la nación si no la toma para en adelante! (280).

Yo voy a concluir; mi justificación y mi defensa están ya hechas en los tomos anteriores. A mis lectores ruego que, por amor a la verdad y la justicia, lean y releen aquellos tomos, y sobre todo el quinto (\*), sin perder la

(\*) En la primera edición, el sexto comienza con este capítulo. (N. del E.)

(280) Si hubiese alguno a quien pareciese ser un ente de razón sin realidad alguna la existencia de esa facción opresora y desoladora, de la cual he hablado tantas veces en mis *Memorias*, de su antigüedad y de su lamentable influencia en los destinos de la España, podrá consultar con mucho provecho la obra intitulada *De los sucesos del Real Si-*



serie y el enlace de los hechos. Después podrán leer con mejor fruto las escenas postrimeras, y altamente enseñadoras, de la gran catástrofe que aún me quedan por contarles.

Hecho dejé ya el cuadro en todos sus detalles de la penosa y apurada situación en que se hallaba Carlos IV, y yo a su lado, en los momentos perentorios que aún quedaban a mediados de marzo para poder salvar la Monarquía (281). La partida resuelta de Sus Majestades y de la real familia equivalía a poner la proa contra todos los vientos conjurados, la mar amenazando, crepándose las olas por instantes, negros los horizontes en redondo; pero era necesario, era forzoso aventurarse. Los que amaban la patria y, engañados, temían la perdición en la medida misma que debía librarla, eran más peligrosos todavía que aquellos mismos seidas por quien estaban seducidos, porque pesaban e influían con mayor fuerza sobre la opinión extraviada. Buenos y malos, casi todos estaban en contrario, y cada hora que pasaba multiplicaba los azares. La pronta ejecución de lo resuelto, un golpe de fortuna, un no aguardar más tiempo y no exponerse a que estallase la tormenta amenazante en los momentos críticos, era la sola suerte con que podía sacarse a flote de entre los escollos la nave del Estado. Bien que este movimiento acelerado no fuese cosa

fácil en las costumbres y etiquetas del servicio de las personas reales, y bien que Carlos IV no se encontrase habituado, como otros reyes de la Europa, a marchas y viajes repentinos de esta especie, me fué posible persuadirlo de la urgencia de partir a toda prisa sin aguardar a que llegasen los cuerpos de milicia que de Madrid se habían llamado; los partes, que venían unos tras otros avisando la violenta marcha que traían los dos Ejércitos franceses, me ayudaron grandemente para decidirlo por aquella medida salvadora. Sobraban tropas en el Sitio para formar la escolta de Sus Majestades, y no cabía en mi idea que su lealtad se desmintiese en tales circunstancias tan importantes y tan graves: mi confianza la aumentaba en mucha parte el príncipe de Castel-Franco, coronel del Real Cuerpo de Infantería Valona, que se me había mostrado muchas veces favorable al viaje proyectado. Cuanto a los guardias españolas, el coronel era mi hermano. De entre los otros jefes, ninguno dió motivo para sospechar que podrían faltar a sus deberes.

Resuelta la partida para el 17 lo más tarde, si el 16 no era posible, tocó por recio de esencia que el rey dejase hecho un *Manifiesto*, con que los ojos de sus pueblos recibiesen de su propia mano la luz que les faltaba, y que, por otra parte, sin parecer hostil contra el emperador de los franceses, pudiese contenerlo en sus designios. El texto de este escrito, que el rey firmó, y el cual estaba preparado para estamparse y darse a luz el día de la partida, fué el siguiente:

“Desde el principio, en que, casi en los primeros días de mi reinado, se mostraron las turbaciones de la Revolución francesa con que la paz de Europa fué alterada, todo el cenato de mi real ánimo se fijó en el constante empeño que formé de liberrar mis pueblos del incendio que fué empujado a todas partes; y con la ayuda divina, ora en guerra, ora en paz, he conseguido traspasar y hacerlos traspasar incólumes por el largo espacio de diecinueve años, todos los grandes riesgos de que muy pocas naciones y Go-

*tio de San Ildefonso o de la Granja, a fines del año de 1832, por don Victoriano de Encina y Piedra. Aunque este autor se ha abstenido en ella de nombrar sujetos, no por eso ha sido tímido para denunciar a la nación y a la Europa entera esa conjuración permanente y sistemática que por muchos siglos ha dominado entre nosotros el poder de la Monarquía y frustrado a la España el fruto de sus virtudes y sus glorias. La iniquidad de las obras de esta facción durante el último reinado se encuentra designada y marcada profundamente en todas las páginas de dicha obra, de tal manera que sus observaciones son aún más vivas muchas veces que las mías. Yo haré mención de algunos lugares de ella en uno de mis posteriores capítulos.*

(281) En el capítulo XXXI de estas *Memorias* (parte II). Como ya indiqué poco antes, la lectura de este tomo, y más especialmente del citado capítulo XXXI, es esencialmente necesaria para tomar el hilo de esta historia.

biernos han podido libertarse, salva siempre la integridad e independencia de la Monarquía en sus dominios de ambos mundos. Para venir a estos felices resultados, he preferido siempre la dicha de mis reinos a mis particulares intereses de familia; la guerra no la he hecho sino provocado, ni he rehusado la paz mientras la he hallado compatible con el bienestar de mis vasallos, cierto, como lo he estado y estoy en mi conciencia, de que me debo a ellos mucho más que a mí mismo, y que ninguna abnegación, ni sacrificio alguno de mi parte, podría exceder la línea de lo justo, mientras que el precio fuese la conservación, la salud y la fortuna de la gran familia que Dios ha confiado a mi gobierno.

"Bajo de estos principios y estas miras, de que jamás me he separado ni sabría nunca separarme, estando cual estamos situados al occidente de la Europa, sin contacto inmediato con las regiones del Mediodía y del Norte, rayando con la Francia, y acostumbrados a vivir con ella en paz hace ya un siglo, en calidad de amigos y aliados, juzgué ser nuestro interés común restablecer con ella nuestras antiguas relaciones tan pronto como fué posible, seguro y decoroso hacerlo, sin presencia de los riesgos de que nos vimos amagados con todo el continente en los primeros años de la República francesa. Aquella paz, aún todavía más deseada por la Francia que por nosotros mismos, y que por ella misma fué propuesta entre el estruendo de las armas empeñadas de una y otra parte, ha sido conservada durante trece años con general contento de la España, libre hasta de presente de las revoluciones, los trabajos y las ruinas que han cabido a tantos otros pueblos de la Europa, si bien la dura lucha porfiada entre la Francia y la Inglaterra nos ha traído con ésta la guerra de los mares. Todavía, por el favor de la divina Providencia, junto con el valor y la lealtad de los heroicos españoles de ambos mundos, esta guerra, no buscada por nosotros, ha sido más dichosa que la que en semejantes circunstancias fué sostenida, en alianza con la Francia, por mi augusto padre, prometiendo más

gloria cada día las recientes victorias y los grandiosos triunfos obtenidos en América.

"Efecto de esta guerra irremediable ha sido la que, en unión con nuestro amigo y aliado el emperador de los franceses, me ha sido necesario acometer en Portugal, pospuesto en ella nuevamente el interés particular del parentesco a mis deseos vehementes de ver llegar las paces generales y asegurar por cuantos medios estén a mi mandado, antes de que yo muera, mis proyectos concebidos para el bien de España. Esta gran prueba del interés tan grande y exclusivo de todo otro interés que tomo por mis pueblos, los ha sido de igual modo para mi íntimo aliado, de mi confianza en sus palabras y sus virtudes generosas, en pago de la cual, al unir nuestras armas en la presente guerra, por el Tratado convenido de ambas partes, se ha declarado y constituido garante de todos mis dominios contenidos en esta parte de la Europa. Fiel a los Pactos y Convenios solemnemente celebrados, los he observado religiosamente por mi parte, sin que me quepa duda alguna de que el emperador de los franceses, tan grande amigo mío, querrá observarlos igualmente por la suya. Así es que no he extrañado, como podría extrañarse en otras circunstancias, que haya aumentado el número de tropas que, según nuestro Tratado, debían entrar y obrar con nuestro Ejército, ni que, tomando precauciones contra todo ataque inesperado o repentino que pudiese hacernos la Inglaterra, haya excedido en otros actos los lindes convenidos. Y en verdad, con aquella verdad a que jamás falté en mi vida, no hay deferencia alguna personal, que penda de mi arbitrio, para la cual no esté dispuesto en beneficio de la Francia, mientras no fuere en daño de mis reinos. Ni esto lo digo porque piense que mi grande amigo y aliado pueda, a sabiendas suyas, exigirme ni pedirme lo que pueda ser contrario al bien de España; pero el diverso modo de concebir las cosas podría, en su buena fe, llevar sus altas miras a tal punto donde no podría seguirle sin fallar a mis deberes. Tal podría ser el pensamiento y el de-

seo que, entre otras varias pretensiones de su parte me ha llegado, de ceder a España el Portugal, y de tomar su equivalencia en las provincias fronterizas de la Francia. Su alma es bastante grande y advertida para que alcance a comprender y valuar las razones poderosas que le he opuesto, no sin costarme gran violencia en mis deseos de complacerle; pero esta plática se ha abierto en los días mismos en que sus tropas se dirigen, sin acuerdo alguno de mi parte, al centro de mis reinos, y en medio de las cuales ni a mí ni a mi aliado pudieran sernos decoroso tratar ningún negocio de tan alta trascendencia. En tales circunstancias, mi obligación es conservar mi soberana independencia y retirarme más adentro momentáneamente, donde en perfecta libertad, sin semejanza alguna de obsesión o violencia, pueda seguir mis relaciones y entenderme francamente con mi íntimo aliado. Esta medida, a la verdad más necesaria por la dignidad y la etiqueta imprescindible de las testas coronadas, que por temor o recelos que no caben en mi espíritu sobre la fe de mi aliado, no deberá estimarse que se oponga en modo alguno a la observancia rigurosa de los Tratados consentidos, ni que deba entibiar en lo más mínimo la amistad sincera que nos une con el emperador y con la Francia, indisoluble enteramente por mi parte. En consecuencia de esto dejo dispuesto y ordenado que continúe cumplidamente la asistencia de sus tropas, y que ninguna cosa sea innovada en la hospitalidad y miramientos que con ellas se han tenido hasta el presente. Ni estorbará tampoco esta medida que, si el emperador quisiere renovar personalmente nuestros antiguos lazos de amistad y de alianza, y conversar conmigo boca a boca sobre los mutuos intereses de las dos naciones, y los medios ciertos y eficaces de arribar a las paces generales, le tienda yo mis brazos fraternales, salvas las reglas y las formas que convienen entre los grandes soberanos que se respetan y se aman.

"En consecuencia de estas explicaciones y protestas, de que en tales circunstancias como las presentes me considero deudor a mis amados vasallos, espero

de su lealtad que ayudarán con su conducta y sensatez, tan acreditada en todos tiempos, mis intenciones sanas y pacíficas, persuadidos de que en el orden natural y regular de los sucesos, no es de aguardar sino que se cimente más y más en proporciones justas nuestra alianza con la Francia; y persuadido yo también, como lo estoy y debo estarlo, de que la nación magnánima que Dios ha puesto a mi cuidado, no podrá menos de aplaudir y de corroborar la determinación irrevocable en que me hallo de negarme a todo género de pretensiones que pudiesen ser intolerables a mis pueblos, y entre ellas mayormente a la de enajenar, bajo cualquier pretexto que fuere, aun de ventajas materiales que me fueran ofrecidas, ni una sola aldea de mis Estados y dominios. Dado en Aranjuez, etc., etc." (282).

Por desgracia, el día mismo en que este manifiesto debía darse, comenzaron los movimientos turbulentos de la engañada plebe, lo sobrado para desalentar a Carlos IV, cuyo flaco, como he dicho tantas veces, era el terror que le causaba hasta la menor sombra de asonadas y tumultos. Este temor de aquel buen rey lo fomentaba vivamente aquel ministro, Caballero, a quien tocaba por su oficio invigilar en la quietud del reino y la sagrada inmunidad de su monarca. De los demás ministros, jefes, servidores y empleados inmediatos a Sus Majestades, en unos el silencio, en otros las respuestas estudiadas y a dos haces, en otros el temor y el sobresalto verdadero, en muchos la pereza, y en casi todos el deseo de que el viaje no se hiciese (fácil de percibirse en sus palabras y en la actitud de sus semblantes), fueron parte para abatir enteramente el ánimo del rey, cuya inquietud vino a aumentar con sus alarmas el infante don Antonio, grande ac-

(282) De entre el corto número de papeles que llevó Carlos IV a Bayona, uno de ellos fué este malogrado manifiesto, a fin de presentarlo, como lo hizo, a Bonaparte para ponerle en evidencia cuál hubiese sido la realidad de sus intenciones en la resolución que había tomado de trasladarse al Mediodía de sus reinos. De aquí ha sido que yo haya podido conservar una copia literal de este documento.

tor y fautor aquellos días de los sucesos lamentables que se vieron. El príncipe de Asturias, tan pronto protestaba hallarse listo a *cierra ojos* a lo que el rey mandase, tan pronto exageraba los peligros, tan pronto hablando con la reina le pedía que aconsejara al rey que desmandase la partida.

A tan recias congojas que padecían Sus Majestades vino a añadirse al mismo tiempo la que causó una nota del embajador Beaumont, en que decía ser muy posible que las tropas imperiales del Ejército de observación de las costas atravesasen para Andalucía por las inmediaciones de Madrid, y que, en tanto que le llegasen las instrucciones positivas que esperaba acerca de esto, daba aquel aviso a fin de que el Gobierno de Su Majestad, con previsión de aquella circunstancia, pudiese disponer con más holgura, si llegase el caso, los acopios necesarios para el tránsito y subsistencia de las tropas, cuyo número ascendía o podría ascender a cincuenta mil hombres. Este fué el colmo del apuro para el rey, que se encontraba puesto de aquel modo entre dos fuegos, un peligro actual, otro inminente, sin ningún camino medio en tal conflicto, tanto mayor cuanto empezó ya a ver Su Majestad más claramente, que los que lo causaban podían estar de acuerdo.

Cuando me fué posible hablarle a solas y Su Majestad me preguntó qué podría hacerse, con toda la vehemencia de mi espíritu le dije que la partida era precisa, mas que tronase cielo y tierra, y que el momento era llegado de dar al pueblo el manifiesto y que corriese manuscrito mientras se diese impreso, que, por desgracia, no lo estaba todavía, aunque se había encargado con urgencia se estampase. Su Majestad, con grande pena mía, después de un breve rato de silencio, me dijo estas palabras terminantes:

—Yo no quiero exponerme a la desobediencia y al desacato de mis súbditos, mucho menos al de las tropas de la Francia, si, impedido el viaje, cual veo que casi todos quieren impedirlo, me llevo a ver en manos de ellas. Yo no retracto mi partida; pero no la em-

prenderé si no estoy cierto de llevarla a efecto con la dignidad que me conviene. Dése al instante una proclama que tranquilice al pueblo, que no me haga mentir, que no me comprometa, y que mantenga mi respeto en lo que quiera que ocurriere.

Dicho y hecho, hizo llamar Su Majestad a su primer ministro, le explicó su voluntad, y ordenóle que extendiese la proclama, y que sin perder tiempo fuese dada al público. En ningún acto de su vida fué servido Carlos IV con más gusto ni más pronto. La noticia de esta orden corrió de boca en boca dentro y fuera del palacio, y la proclama salió luego a confirmarla (283).

Su efecto fueron por el pronto vítores y aplausos en los jardines y bajo los balcones del palacio, *preludio muy frecuente* y primer paso, de ordinario, en las revoluciones, para venir después a los excesos. El rey había alojado en sus designios, o suspendiéndolos al menos a la primer demostración, o, por mejor decir, primer amago de inquietudes; el paso estaba abierto, mostrado ya el camino, como sucede en tales casos, para otras nuevas tentativas muy más

(283) El tenor de ella fué el siguiente:

"Amados vasallos míos: Vuestra noble agitación en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazón, y yo, que cual tierno padre os amo, me apresuro a consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos; sabed que el Ejército de mi caro aliado, el Emperador de los franceses, atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse a los puntos que amenazan el riesgo de algún desembarco del enemigo, y que la reunión de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viaje que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y aun cuando la necesidad urgente lo exigiese, ¿podría dudar de las fuerzas que sus generosos pechos me ofrecerían? No; esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles, tranquilizad vuestro espíritu; conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro rey, y veréis en breves días restablecida la paz de vuestros corazones, y a mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y de vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez, a 16 de marzo de 1808. Yo, el Rey. A don Pedro Cevallos."

graves. El ser de los Estados depende casi siempre de un momento no advertido o malogrado, y si pasó la manecilla del Destino la gran hora decisiva y perentoria de salvarse, ¡desgraciado del que no supo o que no pudo aprovecharla! Todas nuestras desgracias comenzaron desde aquel primer triunfo que lograron los que servían tan neciamente, sin ningún recelo y sin ninguna cuenta de la patria, la ambición y la perfidia del tirano de la Europa. ¡Oh! Si se hubiese dado el *Manifiesto* que yo ansiaba, y que se hallaba preparado, ¡cómo se habrían deshecho todas las mentiras y todas las intrigas de los conspiradores! ¡Cómo se habría alumbrado y puesto en hito al pueblo castellano! ¿Quién de sana razón habría querido se cediesen las provincias fronterizas a la Francia, y quién no habría empujado a Carlos IV para que acelerase su partida? Y puesto a salvo el rey con su familia, ¡qué nueva luz tan clara pudiera haberse dado a todo el reino de aquellas demás cosas que no podían decirse bajo el yugo de las armas enemigas! Y ¡qué actitud tan noble y respetable habría tomado España, sin perder más tiempo, ante aquel que, aun con ser tan poderoso, nos temía, ante el que deseaba ahorrarse las armas y hacernos suyos solamente con engaños y ficciones! (284).

(284) En prueba de esta verdad, ruego a mis lectores no olviden los pasajes que he citado ya otras veces sobre los temores de Napoleón expresados a Murat en la famosa carta de instrucciones que le dirigió desde París con fecha de 29 de marzo de 1808. He aquí en su texto original algunos de los lugares más significativos de aquel escrito:

"Ne croyez pas que vous attaquiez une nation désarmée, et que vous n'ayez que des troupes à montrer pour soumettre l'Espagne..."

"Vous avez affaire à un peuple neuf; il aura tout le courage, il aura tout l'enthousiasme que l'on rencontre chez des hommes que n'ont point usés les passions politiques..."

"L'aristocratie et le clergé sont les maîtres de l'Espagne; s'ils craignent pour leurs privilèges et pour leur existence, ils feront contre nous des levées en masse, qui pourraient éterniser la guerre. J'ai des partisans; si je me présente en conquérant je n'en aurai plus... L'Espagne a plus de cent mille hommes sous les armes. C'est plus qu'il n'en faut pour soutenir avec avantage une guerre intérieure; divisés sur plusieurs points, ils peuvent servir de soulèvement total à la monarchie entière..."

Interrumpido, en fin, el viaje, la sola y única esperanza que había de salvación por el momento, la sola y única medida que pudiera contener la empezada agresión de Bonaparte, mandóme el rey que yo escribiese al príncipe Murat para cumplimentarle de su parte, que aquella carta fuese escrita con cuanto estudio fuese dable para obligarle a dar una respuesta sobre la dirección y objeto de su marcha, que la llevase una persona de mi perfecta confianza, capaz de insinuarse diestramente y de ex-

*L'Angleterre ne laissera pas échapper cette occasion de multiplier nos embarras; elle expédie journellement des avis aux forces qu'elle tient sur les côtes du Portugal et dans la Méditerranée: elle fait des enrôlements de Siciliens et de Portugais... Je pense qu'il ne faut rien précipiter, qu'il convient de prendre conseil des événements...*

"Vous ferez en sorte que les espagnols ne puissent pas soupçonner le parti que je prendrai: cela ne sera pas difficile; je n'en sais rien moi-même..."

"Vous ferez entendre à la noblesse et au clergé que si la France doit intervenir dans les affaires d'Espagne, leurs privilèges et leurs immunités seront respectés. Vous direz que l'empereur désire le perfectionnement des institutions politiques de l'Espagne, pour la mettre en rapport avec l'état de la civilisation de l'Europe, pour la soustraire au régime des favoris... Vous leur peindrez l'état de tranquillité et d'aisance dont jouit la France, malgré les guerres où elle s'est toujours engagée, et la splendeur de la religion, qui doit son rétablissement au concordat que j'ai signé avec le pape... (Estas mismas especies que eran las que el embajador francés inculcaba a los conspiradores de El Escorial y de Aranjuez, y con las que una multitud innumerable de individuos fueron por ellos engañados en todo el reino.) L'armée évitera toute rencontre, soit avec des corps de l'armée espagnole, soit avec des détachements: il ne faut pas que d'aucun côté, il soit brûlé une amorce... Laissez Solano dépasser Badajoz, faites-le observer; donnez vous-même l'indication des marches de mon armée pour la tenir toujours à une distance de plusieurs lieues des corps espagnols. Si la guerre s'allumait tout serait perdu. C'est à la politique et aux négociations qu'il appartient de décider les destinées de l'Espagne. Je vous recommande d'éviter des explications avec Solano comme avec les autres généraux et les gouverneurs espagnols, etc., etc."

Visto así el estado de perplejidad y de temor en que se hallaba Bonaparte, aun después que ya reinaba un príncipe que no tenía reconocido, y con el cual no le ligaban los Tratados ajustados con su padre, ni la íntima amistad política que con él tenía empeñada a la luz de toda la Europa, ¿cuál habría sido

plorar las intenciones con que los franceses se acercaban. Obedecí, mas sin quedarme duda de que era un paso inútil cual lo había sido ya tres veces. Encomendé esta carta y este paso al dignísimo oficial don Pedro Velarde, secretario del Estado Mayor, cuya lealtad y patriotismo adquirió luego tanto nombre (285).

Cuál era en tanto la intención de Carlos IV, podrá alguno preguntarme. Yo le responderé que Carlos IV mismo lo ignoraba. Reconociendo su interés y su

su temor de errar el golpe y de desopinarse en todo el mundo, si, retirado Carlos IV a lo interior, bien guarnecido, con la oliva en la mano y sin otra ninguna pretensión que la observancia del Tratado de Fontainebleau, le hubiera puesto en el caso o de mancharse con la perfidia propia solamente de un monarca atroz y bárbaro, faltando alevemente a la misma garantía de sus Estados que le tenía dada, y exponiéndose a una guerra como él mismo presentía, que pudiera hacerse eterna; o de ceder en sus designios y retirar las pretensiones, que tan sólo como un deseo había significado a Carlos IV, fáciles de excusarlas, por lo tanto, sin ninguna mengua en su amor propio?

(285) La respuesta, meramente verbal, que dió Murat a don Pedro Velarde no llegó a Madrid sino dos días después de haber subido al trono el príncipe de Asturias. Decía en ella: "...que el gran duque le había manifestado no tener orden para entrar en Madrid; pero que el día siguiente (19 de marzo) esperaba probablemente recibir instrucciones que participaría desde Buitrago; que, en caso de haber de entrar en Madrid, no saldría de San Agustín para verificarlo sin estar antes de acuerdo con nuestro Gobierno; que debería continuar su marcha a Cádiz, aunque quizá se detendría en Madrid algunos días; que en dicho pueblo de San Agustín se determinaría y arreglaría si podría convenir que entrasen en Madrid algunas tropas, su número y el día de la entrada; que allí mismo esperaba que podría publicar las miras del emperador, su soberano, dirigidas al bien de la España; que el emperador llegaría muy pronto, como dentro de cuatro o cinco días, y que encargaba y pedía encarecidamente que, con la mayor actividad y presteza posibles, se diesen disposiciones para la conducción de víveres, caballerías y carruajes a los pueblos desde Buitrago a San Agustín, como asimismo de todos los efectos y utensilios necesarios para el servicio del Ejército; que esperaba, en fin, que todo permanecería tranquilo en Madrid, puesto que no se separaría de lo que le mandase el emperador, y lo acordaría antes todo con el rey o con sus generales."

Todo este relato fué publicado a la letra en la *Gaceta de Madrid* del 22 de marzo, completándose el contenido de los triunfadores de

deber en retirarse; dos ideas fijas e inseparables de su mente paralizaban su propósito: la primera si, resolviendo nuevamente la partida y emprendiéndola, volverían las inquietudes y se vería en un gran conflicto con el pueblo; la segunda, si se podría decir que había faltado a las seguridades que parecía ofrecer bajo su nombre y firma la proclama dada. Aquel temor y esta proclama equivalían a dos fiadores que en las ruedas de su coche le habrían puesto para hacerlo inmóvil. Ni desmandó Su Majestad el viaje ya mandado, ni se atrevió a mandarlo nuevamente, ni nada estuvo preparado para el 17. De esta suerte, la nave del Estado se encontró aquel día y en el siguiente como un bajel parado en el difícil paso de la línea, el cielo encapotado y amenazando la tormenta, en medio de la calma, por instantes.

No se dormían en tanto los perversos mientras duraba aquel estado (si se puede llamar así en lo moral como en lo físico) de una perfecta catalepsis, en que habían puesto a Carlos IV. A cuantos éste preguntaba, les oía siempre el mismo tema; la unánime respuesta de que todo estaba quieto, pero añadiendo siempre que la quietud podría alterarse si se esparcían nuevos temores de que Sus Majestades se ausentasen. Todas mis tentativas para excitar aquel real ánimo suspenso, fueron vanas: más de una vez Su Majestad, cuando aún le instaba sobre los peligros interiores y exteriores de que se hallaba rodeado, volviéndose a otro lado, me trató de importuno y visionario.

De aquí ya más no me será posible referir, sino de oídas, una gran parte de

Aranjuez por la confirmación que, a su modo de ver, hallaron de las grandes promesas del embajador Beaucharnais, en la indicación que hacía Murat sobre la venida del emperador y sobre sus miras, dirigidas al bien de la España. Mientras mayor era el misterio en que los generales se encerraban con respecto a nuestra corte, más se afirmaban en creer que ellos tenían la llave del secreto en las seguridades que Beaucharnais les daba de que venían tan sólo a derribarme de mi puesto, y, cuando menos, dado el caso de que Carlos IV no abdicase la corona, a asociarle en el reinado y en el mando del príncipe de Asturias.

las cosas que fueron hechas a escondidas y trajeron la estrepitosa y deplorable peripecia de los días 17, 18 y 19. He aquí, en suma, lo más cierto y lo más digno de saberse, que, ya de propia ciencia, o ya por relaciones de personas imparciales que observaron los sucesos y oyeron algo en los adentros, puedo ofrecer a mis lectores.

El grande empeño en los principios fué tan sólo de impedir la marcha proyectada y ya resuelta de la real familia, ciertos, cual desgraciadamente y ciegamente se creían poder estarlo, los partidarios de Fernando, de que luego de llegados los Ejércitos amigos y el emperador de los franceses, el verdadero y solo rey sería aquel príncipe, si acaso no del todo en cuanto al nombre, por lo menos de hecho, partido el trono con su padre, y colocados ellos al contorno en la futura corte, hechuras del gran hombre, y paraninfos de las futuras bodas imperiales. De mí no habrían estado cuidadosos si yo no hubiese aconsejado y promovido eficazmente la partida que debía frustrar sus esperanzas; pero, cuando la vieron ya resuelta y tan cercana, todos los medios de impedir la hallaron buenos. Hubo quien discurriese arrebatarme por la noche y secuestrarme aquellos días, faltando sólo cuatro o cinco, lo más largo, para que llegar pudieran los franceses; otros, llevarme a un puerto y relegarme a tierras retiradas; otros, envenenarme; otros, pagar un asesino. Por mi fortuna o mi desgracia, aquellos hombres consultaron sus proyectos con Beauharnais, y si es verdad lo que yo he oído, éste, por más humano o por más cuerdo, si bien era el primero que movía el cielo y tierra por debajo para impedir aquel viaje, fué de opinión no se empleasen por el pronto para estorbar la retirada de la real familia sino tan sólo aquellos medios que pudiesen ser estrictamente necesarios, y entre ellos, los más suaves y pacíficos. Tal fué, después de un largo acuerdo de los conspiradores, aquel amago de inquietudes que el 16 fué hecho, y el cual habría bastado ciertamente a sus designios con muy pocos simulacros de la misma especie que hu-

biesen repetido para oprimir el ánimo del rey tan aprensivo y tan benigno.

Pero las tropas convocadas, que de Madrid habían salido y se acercaban, dieron a la facción temores nuevos, recelando que se esperaba su llegada para emprender la marcha. La voz que había corrido en un principio de que debía verificarse la partida el 17 fué resucitada, y los fatales conciliábulos volvieron con más fuerza. Hasta la calma misma que se notaba en el palacio fué interpretada como un hecho con que, mostrando gran descuido, se preparaba una sorpresa. El mismo infante don Antonio, de su propio hermano que jamás mentía, hubo de sospechar que lo engañase, siendo él quien se acercaba con perfidia para calar sus intenciones y venderlo, como después lo hizo. Háblele preguntado si era cierto que se debía partir aquella noche, asegurando hallarse pronto a obedecer y a acompañarle de buen ánimo, fuese acertado o no el viaje. El rey le respondió con su franqueza acostumbrada:

—Me tienes muy cansado; si la partida se realiza y te incomoda acompañarme, tú eres libre de quedarte. Duerme entre tanto descuidado; no me muevo, aguardo una respuesta; si resolviese la salida, nunca la haré de noche como quien va huyendo, sino de día, como conviene a un rey, al frente de mis tropas, y declarados a mis pueblos los motivos que dirigen mi conducta.

Cual se verá después, esta respuesta fué mi ruina, que aún no se hallaba aparejada. Los hombres del partido, creyendo que en efecto se movería el viaje aquella noche, habían imaginado dejar los reyes y la real familia que partiesen, y apoderarse luego de Fernando en sitio oscuro, preparado un accidente que pareciese casual, como romperse alguna rueda, quebrarse un eje, o cualquiera otra cosa semejante. Llegó, empero, Beauharnais, le consultaron este medio, y desechóle, por la razón, bien puesta de su parte, de que era provocar la división entre hijo y padre, y que al emperador, cuando llegase, no le sería posible hacer ninguna cosa en buena regla sin la presencia de uno y otro, y aún la del rey más necesaria que la

del príncipe su hijo, para zanjar y asegurar sus propósitos benéficos. En esto fué sabida la respuesta que había dado Carlos IV a su hermano don Antonio, y concluyeron todos que el rey no había cambiado de consejo, y que aguardaba el lleno de las tropas que llegarían el día siguiente para ponerse en marcha y realizar mi pensamiento.

¿Qué remedio a tan grande mal, juzgado tan posible, tan cercano y tan irremediable, si las tropas eran fieles? Echar abajo sin tardanza al que agitaba la partida, acometer su casa, gritar en contra suya, vitorcar al rey al mismo tiempo, y hacer por este modo lo que es de estilo y uso, de ordinario, en todos los tumultos de una corte. Beaumais dió pleno ascenso a aquel arbitrio: pero recomendando nuevamente dirigir el movimiento con tal pulso que nada fuese hecho en demasía, sino tan sólo lo preciso para el efecto deseado, que era librar al rey aquellos días de mi influencia. Insistió en esto fuertemente, y añadióles que sería bastante disponer la acometida de mi casa aparentando gran furor, mas calculada de tal modo que yo pudiera huir, como era de esperarse lo intentara a vista del peligro, tomadas por supuesto las avenidas del palacio para cerrarme aquel asilo, y que me viese precisado a retirarme tierra adentro; que en su opinión, aquella fuga, lejos de impedirla, convendría facilitarla, y que era necesario dejar mi vida a salvo, no exasperar a Carlos IV, y no mancharse con un asesinato; que mi prisión no convenía ni sería posible mantenerla sin ponerse en guerra abierta con el rey; que mi presencia en tal estado podría ser un embarazo a la política eminente y circunspecta con que el emperador se había propuesto proteger al príncipe de Asturias sin chocar de frente con su padre, y que en resolución, un alboroto popular sin más results que mi huida no sería un compromiso para nadie, y sobraría para impedir que Carlos IV, mal aconsejado, realizase su viaje. Este dictamen fué abrazado por los conspiradores; y como estaba todo preparado con gente y tropa sobornada para aquella noche en que se había creído que sería la marcha, y

en que se había intentado hacer el robo de Fernando, fuéles muy fácil concertar y disponer el acometimiento de mi casa de la manera y a la hora que fué hecho.

De entre las varias relaciones de estas cosas que después corrieron, y muchas de las cuales fueron después llevadas a Sus Majestades, cuando no era tiempo ni eran reyes, esta que dejo escrita es la que yo he tenido por más cierta no tan sólo en razón de las personas fidedignas y contestes de quienes procedieron, sino también por su coherencia y su perfecto ajuste con los resultados que se vieron, como se irá notando a cada paso. Y aquí encuentro el lugar de refutar muy fácilmente cierta especie que ha sido dicha y repetida en muchos liberos y folletos, de que el príncipe Fernando dijo a un guardia: *Esta noche es el viaje, y yo no quiero ir*; y que de aquí fué el movimiento y alboroto promovido. Que no era aquella noche, sabíanlo todos en palacio, donde ninguna cosa se movía, ni se alteraba en nada el orden cotidiano. Mejor que todos lo sabía también el infante don Antonio de la misma boca de su augusto hermano, y por sus propios ojos y los de sus criados, que velaban como otros tantos Argos. ¿Cómo es posible, pues, que el príncipe Fernando, que estaba en relaciones interiores con su tío, y vía, además, la paz y la quietud en que se hallaba todo, hubiese dado aquella alarma? No, no vino de Fernando el movimiento de aquella cruda noche, por más que hubiese sido de su gusto lo que hicieron sus amigos; y aún me inclino a pensar que nada supo, sino algunas horas antes, del proyecto afuera convenido.

Mientras que tales cosas se tramaban en lo oculto, daba el ministro Caballero a Carlos IV las seguridades más completas de que todo estaba en calma sin descubrirse en parte alguna el menor viso de inquietudes, acerca de lo cual, tanto al rey como a la reina, dijo que respondía con su cabeza y que, además, juzgaba muy del caso que por Sus Majestades fuesen dadas señales manifestas de su entera confianza, sin aumentar su guardia, sin alterar en nada las comodidades de su vida, ni abste-



nerse de sus paseos acostumbrados. Y fué tan general, en unos, el error, y en otros, la perfidia, que no hubo nadie que dijese al rey ni le indicase cosa alguna de la tormenta tan cercana que debía estallar a medianoche.

Su Majestad salió, en efecto, como tenía de uso por la mañana y por la tarde; la reina, el príncipe de Asturias y todos los infantes pasearon igualmente, cada cual y cada cuales de igual modo que lo acostumbraban diariamente. El rey vino a mediodía de buen semblante, me tendió la mano y hablóme de esta suerte:

—Yo soy ahora el que te traigo buenas nuevas: a mí puedes creermelo; todo está tranquilo y todo está acabado. Dios, que ve mi corazón, nos abrirá camino: respiremos un poco, y a ver venir de lejos algo a su divina Providencia.

Yo, por mi parte, que ignoraba enteramente lo que se estaba maquinando, dije al rey que mi temor era de afuera, no de adentro; que Dios hacía milagros raras veces, y que en verdad podría tenerse por milagro que los Ejércitos franceses no trajesen ellos mismos la respuesta que se había pedido.

—Pero, por Dios, vivamos hoy—me respondió Su Majestad—; mañana, no es muy tarde para hacer lo que convenga; mientras tanto, habrá llegado ya toda la tropa que debe acompañarnos, sin lo cual, por lo que pueda acontecer, no es bueno aventurarse.

Después salió Su Majestad a su recreo ordinario.

Largo y eterno se me hacía el espacio que aún faltaba para el día siguiente con la última esperanza que me dejó entreabierto Carlos IV sobre la partida. Pasé buen trecho de la tarde trazándola a mis solas, discurriendo la manera decorosa y en perfecto orden con que podría hacerse, y las medidas preventivas que deberían tomarse para impedir un nuevo movimiento de la plebe. Por si llegaba, en fin, aquella hora tan importante, tan ansiada, y por mayor seguridad, despachó con gran secreto un parte al general Solano con la orden de acelerar sus marchas y adelantar hasta el Real Sitio.

Tan pronto esperanzado, tan pronto decaído, fué para mí como una especie de delirio la manera de andar mi pensamiento aquella tarde, sin agitarme otro temor sino de que ganasen los franceses los momentos tan contados que aún faltaban para que el rey no se encontrase en medio de ellos sin libertad y sin decoro, y le arrancasen el Tratado desastroso que Bonaparte descaba. Por lo demás, en cuanto a lo interior, yo confiaba casi otro tanto como el rey en la tranquilidad y la obediencia de sus pueblos, y más si se les daba previamente el *Manifiesto*.

No faltó en tanto quien viniera y me advirtiese que se había notado haber entrado aquella tarde alguna gente forastera, de mal aire en su figura y peor en sus modales, manchegos los más de ella; que a algunos se había visto conversar de un modo cauteloso con los palafraneros del infante don Antonio; que otros, pasando por mi puerta, habían gesticulado de una manera indecorosa, diciéndose palabras al oído con risas descompuestas y afectadas; que las mujeres del mercado parecían inquietas y arriscadas; que se habían visto aquella tarde en los jardines varios grupos de soldados retozar, y vocear y figurar camorras, sin ningún respeto a aquel lugar, y sin que nadie de la guardia lo estorbaba; que se cerraban muchas tiendas, y que el aspecto, en fin, y la reserva que se veía en el pueblo no anunciaban cosa buena. Yo, sin dejar de sospechar que era posible se intentasen nuevos movimientos por los que recelaban se llevase a efecto la partida, no pude persuadirme de que el ministro Caballero, las demás autoridades, y los jefes militares que respondían y respondieron al rey mismo en aquel día de la quietud del pueblo, y del respeto, la lealtad y buena disciplina de la tropa, podrían dormirse en sus deberes, ni mucho menos quebrantarlos. Me pareció que era ofenderles, y hacer yo un mal papel, el advertirles lo que, si era cierto, debían ellos saberlo, y no lo siendo, parecería flaqueza y miedo de mi parte. Y por igual razón me abstuve de reforzar mi guardia, que era sólo de

nueve hombres (286); tenía, además, otro motivo para no aumentarla, y era que el rey no lo había hecho en su palacio. Mi corazón, por otra parte, después de tanto tiempo de una brega inútil (¡tan inútil a mi celo y a mi patria!), tan contrariada y tan sin gloria, estaba puesto y resignado a cualquier golpe que terminase mis afanes como Dios quisiese.

Aquella noche, como todas, fui a acompañar al rey; pero solo enteramente, sin llevar conmigo ni siquiera un ayudante como de ordinario solía hacerlo. Tanto al rey como a la reina los hallé tranquilos y gustosos: habían llegado juntos a la vuelta de paseo Su Majestad la reina, su hija la de Etruria, el príncipe Fernando y entrambos dos infantes sus hermanos. Todos, y el rey lo mismo, habían tenido en su camino aplausos muy colmados. Caballero había estado a su recibimiento, y había pedido albricias a Su Majestad de la quietud que se gozaba.

—Y bien—me dijo el rey cuando quedamos solos—, dime en verdad, ¿te encuentras más tranquilo?

—En cuanto a mí, señor—le respondí—, está tranquila mi conciencia, por la certeza en que me hallo de que, desde un principio hasta el presente, durante tanto tiempo en que he gozado su angusta confianza, le he dicho siempre la verdad, y le he cansado muchas veces a fuerza de decírsela. Mas ¿cómo puedo estar tranquilo, ni qué podrá importar, si es que la hay, esa apariencia de quietud, en medio de la cual y al precio de ella, de una hora a otra podremos vernos sorprendidos, y un Borbón, un rey Borbón, el solo que aún está de pie derecho en toda Europa, entre las bayonetas de sus enemigos!

—Dices bien—replicó el rey—que me has cansado muchas veces a fuerza de decírmelo. Mas tú eres muy fogoso; yo

tengo más prudencia. Con la razón que nos asiste se habrá juntado ya mañana, de una manera respetable, la que convence más que todos los discursos, que es la fuerza armada. Mi resolución, por fin de todo, es la partida: ¿estás contento?

—Contento, contentísimo—exclamé—; no me atormenta otro cuidado sino es éste: de lograr poner en salvo a Vuestras Majestades y a su real familia, aunque sea al precio de mi vida. Dios sólo sabe los apuros en que antes o después podré encontrarme; yo espero conseguir este deseo que me devora y concurrir a tan gran obra; pero, señor, si por ventura me viera yo arrancado de su lado antes de tiempo, no olvide este consejo que aún me atrevo a darle por más que tema importunarle: que Vuestra Majestad no ceda en su propósito y lo realice con denuedo y con muy grande confianza en la lealtad innata de la España con sus reyes. Yo no creo a nadie desleal y osado a su persona, si Vuestra Majestad, llegado un caso necesario, se pusiere al frente de sus tropas con imperio y con firmeza.

—Pero ¿por qué me dices tales cosas?—clamó el rey.

—Señor—le respondí—, por un evento que, a decir verdad, no lo aguardo ni lo temo; yo creo que se respete en mi persona vuestra persona angusta, de quien es la autoridad de que me encuentro revestido; pero, al fin, ¿no es posible que hubiese un asesino que, sabiendo ciertamente, como todos saben, que promuevo la partida, imaginase el impedirla quitándome de en medio? Mi antecesor Floridablanca, en circunstancias menos graves, fué asaltado y mal herido por un hombre, a no poder dudar, pagado y dirigido por los que estaban en la sombra.

—Vamos, ¡visiones tuyas!—repuso Carlos IV—; yo puedo asegurarte, de mis propios ojos, que todo está acabado y que Aranjuez está tranquilo. Para fundar estos recelos, ¿has tenido algún motivo que yo ignore? No, no me ocultes nada si lo tienes.

—Señor—respondí al rey—, en lo que he dicho mi intención ha sido solamente fortalecer vuestro real ánimo para un

(286) Cuando estaba yo en alguno de los Sitios Reales con los reyes, se componía mi guardia solamente de ocho hombres y un cabo, servida por los cuerpos de la guardia de casa real, Infantería española y valona. Mis husares, que de ordinario tenían su cuartel en Madrid, componían parte de la tropa que se había mandado venir a Aranjuez.

caso que ocurriese, no imposible, por más que yo esté lejos de pensar se verifique. Vea Vuestra Majestad si tengo confianza, que he venido solo. Las cosas que yo he oído son sólo especies vagas, poco significantes, y que no pueden oponerse a la certeza que a vuestra majestad le han dado los que tienen a su cargo el orden público, certeza en que, además, Vuestra Majestad se ha confirmado por su propia vista.

Instado por el rey a que le refiriese lo que yo supiera, conté a Su Majestad lo que había oído, sin darles más valor de lo que merecían a aquellas relaciones, empero sin quitarles el que debían tener en una crisis tan arriesgada y tan penosa como era aquella en que se estaba. ¡Fuerza de los destinos! El rey, tan aprensivo como era en punto de inquietudes, no temió nada aquella noche, ¡tanto poder tuviernm como esto los aplausos que recibió aquel día!

—Todo eso es nada, todo eso es despreciable—me contestó Su Majestad—; cuanto a los forasteros, que eran pocos, Caballero ya ha tenido buen cuidado de hacerles retirarse, y aún creo que ha hecho prender a algunos; cuanto a la tropa, sus jefes me responden de ella; y por lo que es mi hermano, yo no le tengo por tan guapo que se exponga a que lo encierre en un castillo. Duerme en paz por esta noche; yo soy tu escudo, Manuel mío, y lo seré toda mi vida.

Serían las diez y media, y atravesé de nuevo hasta mi casa, solo en mi coche, como vine, y sin más armas que la espada. No vi por ningún lado gente alguna sospechosa, ningún corrillo, todo en calma, aún más que de ordinario. “Carlos IV tenía razón—decía yo entre mí mismo—y nadie lo iba engañado.” La misma calma hallé en mi casa; la puerta quedó abierta; la mesa estaba puesta, y me senté a cenar con mi querido hermano el coronel de guardias españolas y con el comandante de mis húsares.

Y he aquí una reflexión que ella misma de suyo se ofrece claramente: los conjurados fueron dueños de mi vida por dos veces cuando pasé indefenso, a la merced divina solamente, en mi ida y a la vuelta del palacio; y esta segun-

da vez en hora más a punto para un golpe de sorpresa practicable en un momento. Aunque hubiera llevado alguna escolta, tan prevenidos como estaban, cual después fué visto, hubiera sido el golpe cierto, inevitable. Si entonces no lo dieron, fué que no estaba aquella noche en su proyecto ni matarme ni llevarme prisionero, sino ordenar después el movimiento por manera que me quedase el medio de la fuga, sin buscar otro efecto por el pronto que mi ausencia y mi separación de los negocios. Mas ¿por ventura la ira que tenían en contra mía se hubiera limitado a promover mi huida sin que la hubiese contenido y gobernado algún influjo poderoso? Yo veo la prueba en esto de las relaciones fidedignas que he contado más arriba, según las cuales fué el embajador Beauharnais el que contruvo aquella gente y la redajo al solo intento (suficiente a los designios de su corte, al menos por entonces), de asombrar a Carlos IV, y a mí alejarme de su lado. No habiendo sólo de esta suerte, yo no hallo explicación que satisfaga a estas preguntas: ¿cómo no me embistieron ni me asesinaron cuando volvía a mi casa, pudiendo haberlo hecho impunemente? Y si el intento no era otro que ahorrarme y obligar a Carlos IV a perseguirme o a alejarme de su lado, ¿cómo perdieron la ocasión tan oportuna, tan grandemente fácil que tuvieron a su mano? ¿Es de pensar que no me hubiesen visto ni a mi ida ni a mi vuelta los que se hallaban preparados y acechaban con tan grande vigilancia mi casa y el palacio? Claro está, pues, que el golpe estaba apercibido y calculado de la manera que fué vista, propio para causar un grande espanto, pero buscándose por él, más que otra cosa, mi desaparición y mi caída. No es fácil gobernar en un tumulto la violencia de las turbas desatadas; fué, empero, gobernado aquella vez con mucho pulso; acometida estrepitosa, estruendo de armas, furibunda algarada de gritos y amenazas, estrago entero de mi casa; pero muy poco empeño de encontrarme, pues si lo hubiese habido me hubieran encontrado ciertamente en donde estaba.

Era la medianoche; mi hermano y

el brigadier Truyols se retiraban ya a acostarse, y yo empezaba a desnudarme cuando se oyó sonar un tiro, después un toque de a caballo, y a poco de esto, vocería a lo lejos que iba creciendo por instantes y parecía acercarse. Mi hermano, juntamente con Truyols, bajó a informarse y requerir la guardia; yo tomé un capote y subí al postrer piso buscando una ventana desde la cual pudiese ver y descubrir las avenidas del palacio y de mi casa; tras mí subió el criado que me asistía para acostarme. Yo entré en el primer cuarto que hallé abierto; mas como la ventana diese a lo interior, iba a salir y a buscar otro, cuando, sintiéndose ya el ruido y los clamores dentro de mi casa, mi criado, sin saber qué hacerse, me cerró la puerta, echó la llave, la quitó, y a la merced de Dios, sin otro amparo, dejéme allí encerrado (287).

Cosas hay que son verdad y que parecen increíbles. Toda la casa fué embestida, las turbas anduvieron alto y bajo en todas partes, rompieron muchas puertas, y aquella sola fué dejada sin tocarla en donde yo me hallaba. Pude inferir que no eran muchos los que subieron a aquel piso, el cual fué pronto abandonado. Todo el rigor y el gran bullicio era en los cuartos principales, donde se hacía el despojo y el estrago que duró toda la noche.

(287) Es una invención mal forjada y desnuda de toda verdad y buen sentido la que después fué contada por los conjurados sobre el origen u ocasión del tumulto, diciendo que los paisanos, y los soldados que habían podido escaparse de los cuarteles, hacían la ronda aquella noche para impedir el viaje proyectado de la real familia; que la salida de mi casa de una dama con escolta dió motivo a una patrulla para acercarse y pretender reconocerla; que, habiendo opuesto resistencia los que escoltaban a la dama, fué disparado un tiro al aire; que aquel tiro fué creído ser señal de que iba ya el viaje a realizarse, y se tocó a caballo; que la tropa corrió a los puntos por donde podría verificarse la marcha; y que entre tanto mi casa fué asaltada por los paisanos. Es falso enteramente que de mi casa hubiese salido dama alguna, ni con escolta ni sin ella; falso, de consiguiente, que hubiese habido el pretendido encuentro con una patrulla. El tiro fué disparado bastante lejos de mi casa, y hubo entonces muy pocos que ignorasen que antes del tiro fué dada

El día siguiente, después de entrada la mañana, sentí ya algún sosiego: los gritos eran raros y parecía amansarse el torbellino; más tarde, ya no oía sino ruido de armas, voces y bromas de soldados.

En situación tan rara y tan incierta como era aquella en que me hallaba, no me faltaba la esperanza de algún afortunado desenlace. Aquel criado, de quien siempre tuve muchas pruebas de lealtad y apego, debía yo suponer que velaría por mi existencia, y que, sabiendo dónde estaba, buscaría traza de sacarme; o bien que habría podido penetrar en el palacio y dar aviso al rey de aquel apuro en que me había dejado. De aquí pensaba luego que el tardarse mi rescate podría ser porque aún durase más o menos la inquietud en el Real Sitio, y se aguardase hasta la noche para obrar con más recato. Hay pocas situaciones que al que se ha expuesto a perecer por no faltar a sus deberes le impidan mantener el ánimo tranquilo; yo hice la prueba de esto en tales circunstancias como aquéllas, y no desesperé ni un solo instante de Dios ni de los hombres; de Dios principalmente, que si éstos me faltaron, Dios no apartó de mí jamás su hermoso rostro, y después de habarme hecho que probase todos los extremos en la prosperidad y en las desgracias de este mun-

la primera señal desde otra parte, cuando los reyes estaban ya acostados y dormidos. Sabido fué igualmente que los húsares de mi guardia, llegados de Madrid, y todos los demás cuerpos de tropas, habían sido consignados rigurosamente en los cuarteles por una supuesta orden del rey, y que a nadie se permitió salir de ellos durante el estrago de mi casa, sino a los soldados que figuraron en el tumulto, elegidos y señalados para el caso: prueba innegable de esta verdad, que en más de cinco horas que duró el alboroto y el estrago, ningunas tropas fueron llamadas para reprimir a los tumultuados.

Mas ¿quién dió la señal? De propia ciencia mía no puedo responder a esta pregunta, y tengo por más cuerdo no decir lo que otros han contado. Básteme sólo repetir lo que ya he dicho poco antes: que de cualquiera parte que se hubiese dado la señal, ésta no pudo ser para avisar la marcha de los reyes, que se hallaban acostados y durmiendo, sino para el asalto de mi casa, sola hazaña que fué hecha.

do, me ha dejado tiempo para que, dando testimonio a su divina Providencia, escriba estas MEMORIAS.

No me faltó del todo el alimento en aquel día de soledad tenida a pocos pasos de mis perseguidores, sin más valla ni defensa que una endeble puerta. El cuarto donde estaba era de un mozo de las cuadras: había una cama, tres o cuatro sillas, una mesa y un cajón de ésta, medio abierto, donde hallé pan y algunas pasas esparcidas; había también un jarro, que tenía una poca agua. "Dios me ha puesto la mesa—dije yo a mis solas—. Dios no me olvida enteramente; comamos de sus dones." Hice mi refacción (por cierto que era viernes aquel día), y como el agua escaseaba, procuré economizarla y que sobrase alguna para pasar la noche si aquella rara crisis se alargaba. La sed, la sed fué el sufrimiento más penoso que yo tuve, el más insoportable.

Y he aquí a la caída de la tarde, y casi oscureciendo, siento pasos que se acercaban a la puerta, y una mujer gimiendo que la empuja, y que, encontrándola cerrada, dijo estas palabras:

—¡Sea por Dios! A mi marido no he podido hallarle en todo el día, y él tendrá la llave...; quizás estará preso... ¡Qué desgracia!

—No te aflijas, no llores—le respondió una voz de hombre—. ¡Así todo como esto!

Y diciendo y haciendo aquel que hablaba, hizo saltar la cerradura en un instante.

Incierto yo de lo que aquello fuese, y no teniendo tiempo para más, me coloqué en un ángulo del cuarto, y allí me estuve inmóvil aguardando. Se ha dicho y repetido como un eco por unos y por otros que escapé al furor de los tumultuados envuelto en una estera. Las que había en aquel cuarto estaban puestas; tal vez si hubiera habido alguna en rollo me habría ocultado dentro de ella como cualquiera otro hubiera hecho en igual caso; que no es valor, sino locura, abandonar la vida y el honor entre las manos de una turba amotinada cuando es posible al indefenso librarse de sus iras. Mas lo que

estoy contando es la verdad, por más que tenga visos de un prodigio o de una fábula.

El que forzó la puerta entró en el cuarto; miró por bajo de la cama, volvió a salir, y dijo a la mujer:

—Despacha, pues; ya estás servida; saca lo que sea tuyo y no nos muelas con tus llantos.

A esta mujer la conocía de haberla visto alguna vez en mis caballerizas, de que inferí que aquel era su cuarto. Yo los vi a entrambos; mas ellos no me vieron. Venía la desdichada a recoger sus prendecillas y su ropa del baúl, y mientras la sacaba, como creciese más su llanto y exclamase:

—¡Pobre señor!... ¡Tan bueno como era y tanto bien que nos hacía!... ¿En dónde estará ahora? ¿Cómo estará Su Alteza?...

Otro hombre que había afuera respondió con sorna:

—Mejor que tú y que yo... ¿Es que no estaba prevenido y tomé pipa?

En esto salía ya con su paquete, y, volviendo un instante, cogió el jarro, diciendo a los de afuera que era suyo. ¡Pobrecilla infeliz! ¡Con cuántas veras me lo había traído bien provisto, a haber sabido, si me viera, aquel tormento de la sed que me abrasaba!

Estando ya en la puerta para irse, las últimas palabras que llegaron a mi oído fueron éstas:

—Enjúgate esas lágrimas, no llores y no hables; no des lugar a que te prendan o que alguno te maltrate. Tu marido...

Ya no oí más; ellos se fueron, y yo quedé asombrado, casi pensando si era un sueño aquella escena o algún delirio de mi espíritu. Solo ya en aquel cuarto nuevamente, sin que ni aun me quedase la insegura protección de aquella triste puerta, vi en plena luz mi desamparo, y desplomóse mi esperanza de que, en sabiendo el rey dónde me hallaba y cómo estaba, cuidase de librarme y me librase. En mi cabeza no cabía que un criado tan leal y tan adicto a mi persona como era aquel que me dejó encerrado, me hubiese abandonado a mi fortuna; venderme, mucho menos, porque habría dicho dónde

estaba, y para mí fué visto aquella tarde que creían me había fugado. Así debí pensar, corrido tanto trecho ya de tiempo sin que viniese nadie a mi socorro, o que a aquel hombre le habían muerto o preso en el tumulto, o que el rey ya no lo era, o carecía de libertad para poder salvarme (288).

Preciso era buscar un nuevo asilo bajo el amparo de la noche, y aguardar a ver si por fortuna, calmado el movimiento, me abrían o se me abría el camino de salvarme decorosamente. ¡Extraña situación la mía, en que la especie misma que había oído de creerse que me había salvado, si por aquel momento me daba algún respiro, me retiraba al mismo tiempo la esperanza de que viniese alguno a libertarme aquella noche! Hallé, en fin, otra escalera y un desván por cima de ella, donde los dioses lares de mi casa, más piadosos que los hombres, podrían darme un hospedaje favorable. Nadie volvió a subir a aquellos cuartos; y, a juzgar sólo por mi oído, todo se hallaba quieto; quiero decir, no había tumulto, y parecía haber orden en mi casa, de

(288) Este criado de quien hablo, ayuda mía de cámara, era un tal Bartolomé, cuyo apellido no conservo en mi memoria. No me engañé en mis conjeturas: le habían preso. El fué uno de los de mi casa que vinieron a servirme en Francia, y me contó que, al tiempo que bajaba y se encontró con el bullicio, fingiendo detestarme y ser contrario mío, los deslumbró diciendo que había yo bajado a escapar con mucha prisa por la puerta que comunicaba con la casa de la duquesa viuda de Osuna; que toda aquella gente se agolpó a aquel punto, y que por este error en que la puso, debió ser menos el ataque y el registro de los pisos altos; que todo su conato fué después introducirse en el palacio para avisar al rey de mi peligro; pero que le fué imposible, porque todo paso para adentro estaba interceptado por la tropa amotinada y por paisanos, de tal modo que al postrer esfuerzo que había hecho para buscar entrada, le cogieron, y, después de apaleado, le pusieron en la cárcel.

En cuanto al rey, Su Majestad, cuando volvimos a juntarnos, me refirió su angustia y su penar de aquella noche en que se halló sin libertad ni medio alguno de hacerse obedecer, a causa del terror que le inspiraban y de que se mostraban poseídos, o fingían estarlo, los que debieron darle aliento, cohibido por ellos de tal suerte, con pretexto de lealtad y amor a su persona, que ni aun hablar le habían dejado dentro del palacio a los solda-

aquel orden que se observa en los cuarteles: gente de armas solamente, ruido y habla de soldados, valones los más de ellos si no todos, al menos los que estaban más cercanos a aquel piso, al pie del cual pude notar que había una guardia. Debí inferir que aquella tropa protegía la casa, y que creyéndome a mí ausente, no la habrían puesto por sospechas de que yo estuviese dentro.

Mi nueva habitación tenía comodidad cuanto al espacio y al abrigo. ¡Allí sí que había esteras arrolladas! No que me fuesen necesarias para envolverme y ocultarme en ellas, donde probablemente no debía temer subiese nadie; pero perfectamente acomodadas, con más y más alfombras y tapices, para mullir un lecho confortable de campaña y a cubierto en tierra de enemigos, que tal era mi casa por entonces. Allí tomé reposo, y desde allí veía buen trecho de los cielos, grande consolación al que creía, cual siempre lo he creído firmemente, que hay una Providencia, y que Dios es nuestro padre, siempre el mismo. Mas la flaqueza hu-

dos de su propia guardia. "Larga congoja inexplicable—me decía Su Majestad—, en que por más de cinco horas me tuvieron hasta acercarse el día, tiempo ya en que, no a mí, sino a mi hijo, y cuando el mal estaba hecho plenamente, hicieron se asomase a la ventana para sesegar el movimiento. Entonces me dijeron que te habías salvado, y que era de creer que habrías partido con dirección a Andalucía; y en seguida di la orden de que saliesen a buscarte y protegerte los carabineros, encomendando este servicio a su segundo comandante don Pedro Antonio Espejo, en quien tenía gran confianza. Y por consejo de los mismos que me rodeaban, muy de mañana todavía, para aplacar aquella tempestad tan horrorosa, lo que a tus ruegos tan continuos había negado tantas veces, hícelo por la fuerza y di el decreto en que te exoneraba de tus cargos de generalísimo y almirante; pero sin deshonorarte, como habrían querido, sin darte un sucesor, sin confiarlos a ninguno, mas reasumiéndolos yo mismo en mi persona."

He aquí, en efecto, la letra del Real Decreto:

"Queriendo mandar por mi persona el Ejército y la Marina, he venido en exonerar a don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de los empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode. Tendréislo entendido y lo comunicaréis a quien corresponda, etc."

mana no permite mucho tiempo estar en éxtasis, y me volvía a la tierra y a mi indefenso alcazarillo. Los cielos se movían y el tiempo caminaba; tan sólo mi esperanza, casi destruida, estaba inmóvil, y el reloj de mis destinos no sonaba. ¡Oh! ¡Larga noche!... ¡Eterna!... ¡Noche de desvarío y de soñar despierto, ardiendo en calentura, la calentura de la sed, la peor de todas, la más brava, más aguda y más punzante!... ¡La que Dios no quiera que mis mayores enemigos nunca sufran!

Sonaban entre tanto abajo los vasos y los jarros, y a lo que yo podía juzgar por las exclamaciones, votos y porvidas que se oían, espantaban el sueño los soldados con los naipes. Más de una vez pensé hajar y poner fin a aquel estado perdurable en que me hallaba, ya encontrase camino de salvarme, ya hallase algún amigo agradecido, ya un enemigo generoso, que sería más fácil, o ya cayese en manos de los que ansiaban devorarme.

Pero mi fe en la Providencia, de una parte, y, por la otra, la idea de mi decoro, que podría amenguarse en gran manera, siendo sobrecogido en el momento de buscar mi libertad, y semejándome a un culpable que se fuga aprovechando las sombras de la noche, me retuvieron en el banco marineró, donde la voluntad divina me había dado su consigna, y resolví esperar al día, si no llegaba mi relevo aquella noche. No me asaltó, puedo decirlo, en todo el tiempo de aquella larga y trabajosa expectativa, ni el temor de la muerte, ni tampoco el deseo de ella; temía sólo la infamia del que muere calumniado a manos de las plebes sin poder volver al mundo a defenderse y a limpiarse.

Estas ideas tan poderosas de religión y honor me preservaron del suicidio, engañoso recurso de cobardes orgullosos y de impíos para esquivar la copa amarga que los decretos adorables de un Dios, que siempre ama y de quien somos hijos, nos presentan. Esta resignación me permitió dormir algunos cortos ratos, y más habría dormido si la sed cruel que padecía no me apretara algunas veces con agonías mortales. Y

aún me acuerdo de un sueño que tuve aquella noche, sueño de gran consuelo si hubiera Dios querido hacerlo verdadero, y fué de que había muerto Bonaparte, y que mi amada patria estaba libre de sus huestes, y que había algunos que lloraban. La idea de mi peligro no había sobrepujado, ni despierto ni dormido, la inquietud que me causaba y me causó constantemente el riesgo que corrían mis reyes y el Estado.

Llegó, en fin, la nueva aurora y el sol del 19; mas para mí aún dormía la perezosa parca, y el copo de mi suerte no se hilaba todavía. Si hubiera yo querido libertarme para siempre de los golpes de mis enemigos y escapar en vida a sus furiosos sin destruirme yo a mí mismo, habría podido fácilmente abandonarme a mis destinos, morir de inanición, y convertir en tumba aquel retiro silencioso y apartado en donde nadie me buscaba, mientras quizá salían en busca mía por todo el reino mis perseguidores inhumanos. Más tarde ya después, cuando se hubiese tropezado con mi cadáver o mis huesos, tal vez hubieran sido más piadosos.

Dios no quería; Dios me tenía dispuesta una carrera larga de aflicciones y de pruebas que aún estoy cumpliendo, si bien su brazo paternal me ha sostenido siempre por cima de las olas, sin dejarme perder ni fe ni mi esperanza. Dios me dió aliento y fortaleza para arrojarle en medio de ellos a pecho descubierto y a la luz del día, si no encontrase más arbitrio de romper honrosamente y sin flaqueza la angustiosa niebla de que me hallaba circundado. Había sentido yo subir, entrada la mañana, a aquellos cuartos que estaban por debajo algunos bebedores, gente de paz, soldados de la guardia que venían a refrescar a sus anchuras sin ser vistos, y a quienes yo podía observar sin que me vieran cuando salían o entraban.

Me vino al pensamiento si por alguno de ellos me sería posible hacer llegar a Carlos IV la noticia de mi paradero; mas, por desgracia, eran valones, y eran cuatro por lo menos los que habían subido: necesitaba yo uno

sólo, y que no fuese un extranjero. Aguardé más, y al cabo de una hora vi subir un artillero, que se sentó a fumar al pie de mi escalera, medio echado en ella, cabizbajo, hablando solo y contando después unas monedas que había sacado del bolsillo. Como era este soldado de un cuerpo militar que había yo tanto fomentado hasta en sus intereses materiales, creí ser aquella la ocasión de realizar mi pensamiento, y cuando ya se iba, salí, le hice señal de que esperase y dijele en voz baja:

—Escucha, aguarda, yo sabré serte agradecido...

No tuve tiempo para más: el primer movimiento del soldado fué de un impulso favorable; pero el segundo fué el del miedo, y acto seguido, diciéndome "No puedo", saltó abajo y oíle pronunciar mi nombre con una voz pasmada. Tras de esto, ruidó de armas, pasos acelerados, voces desentonadas. No di lugar a que subiesen; yo bajaba, y vi en los rostros toda suerte de impresiones: en unos, el respeto; la ofuscación, en otros; la enemistad, en pocos; la compasión, en muchos; la indecisión, en todos. No había sino soldados.

—Sí, yo soy, amigos míos. Les dije..., y vuestro soy; disponed de mí como queráis, pero sin ultrajar al que había sido vuestro padre.

Y caminaba por medio de ellos, y nadie me ofendía, y atravesé de esta manera algunas piezas de mi casa, ni libre, ni arrestado; a un oficial que poco tiempo antes le había sacado de un conflicto le vi apartar de mí sus ojos y ocultarse, brotándole las lágrimas; ninguno daba órdenes. Todo esto fué en momentos muy contados, porque la voz había salido, y comenzó a entrar ya y a derramarse el populacho.

—Llevadme al rey, si os es posible —dije a los soldados, y enderecé mis pasos entre ellos, bajando la escalera y atravesando hacia la puerta.

Yo creo que lo habrían hecho si pudieran; mas ya era el paso más difícil: crecía la entrada de paisanos, ensañados desde afuera, y comenzaban los insultos y amenazas contra mi perso-

na, que pronto hubieran sido sangrientas y mortales realidades a no llegar a rienda suelta una partida de los guardias de la Real persona, en medio de los cuales, sin que me hubiesen permitido montar con ellos a caballo por temer no me alcanzasen de algún golpe los asesinos apiñados que amenazaban mi existencia, me vi obligado a caminar asido a los arzones de las sillas y siguiendo el trote que tomaron. De esta manera fuí llevado hasta el cuartel de guardias, y, aun así, por entremedias de ellos fuí muchas veces maltratado, y recibí una herida peligrosa. Cuéstame pena referirlo, pero es justo que se sepa que entre mis asesinos vi por mis propios ojos dos criados del infante don Antonio.

Vióse correr la sangre de aquel por quien en todo el tiempo de su mando no había corrido ni una gota de sus contrarios ni de nadie. Corrí, y corrí con abundancia, y alegró sus ojos aquella sangre descada, no tan completa, empero, la alegría en los que se gozaban ya en mi muerte y azuzaban como a perversos desatados las jaurias de lacayos, de cocheros, galopines y chusma advenediza que tenían asalariada (289).

(289) Un escritor imparcial, de quien por su posición social ningún interés, sino el de la verdad, podía dirigir la pluma, hablando en una carta inserta en las *Memorias* de don Juan Llorente, núm. 141) sobre los tumultos de Aranjuez, y refutando las excusas que don Juan de Escoiquiz había dado a Bonaparte sobre la fealdad y nobles intenciones de aquel pueblo en los movimientos que hicieron abdicar la corona a Carlos IV, arguye de esta suerte: "Y ¿quién es este pueblo de quien Escoiquiz se constituye defensor? No los vecinos de Aranjuez, pues aquel lugar no los tiene, siendo habitado por sólo labradores, jardineros y empleados de la casa real. El pueblo amotinado se reducía a los criados del señor infante don Antonio y de algunos grandes de España que tenían ya preparados con engaño y dineros a varios hombres bajos de los pueblos cercanos. Carlos IV conoció a los monteros de su hermano. En el tiempo en que no se creía venir las cosas al estado que después tuvieron, corrió voz pública de que el infante don Antonio había repartido dos millones de reales; que por parte de algunos grandes de España se habían derramado crecidas cantidades, y que todo esto se había verificado en los seis días en que se revelaba



El rey, al punto que llegó a su oído que el que juzgaba ausente, salvo y libre, se hallaba entre las manos de sus enemigos y de las turbas concitadas, según después me dijo, quiso salir a reprimir la sedición personalmente; pero habiendo cedido a los temores que le fueron inspirados por unos y por otros, de quienes se encontraba rodeado, mandó y rogó al príncipe su hijo saliese a libertarme y me salvase en el palacio mismo, poniéndole palabra (tal era ya su situación) de que el decreto que había dado el día anterior sería cumplido y que me haría partir, donde me conviniera, lejos de la corte. Yo no sé si habría entrado ya Su Alteza en el cuartel antes que yo llegase, o si llegó después que había yo entrado. Me habían tenido reposando un poco tiempo en el zaguán, y conteniéndome la sangre que me brotaba de la frente; te; después, subiendo la escalera principal con los que me ayudaban a subirla, en medio de ella encontré al príncipe.

Está aún muy cerca de nosotros en la historia el hijo de mis reyes y padre de mi reina, para que trace yo el retrato de su rostro y su talante en aquel día y aquel encuentro... ¡Ah! Si él me aborrecía, la culpa no era suya, sino de los malvados que, a golpe de martillo, por diez continuos años, día por día, labraron en su alma, más que en bronce, el odio que me tuvo...

Miré a Su Alteza con el respeto que debía, pero sin abatirme en su presencia. Hay situaciones de la vida en que ninguna cosa aterra al hombre, y tal era la mía, fuerte de mi conciencia, cierto de que yo solo de entre las personas que allí veía, y de millares de otras más que no veía, era el que había tenido y conservaba el verdadero sentimiento de la patria, sufriendo tantos males y peligros, no por imputaciones y calumnias de los tiempos ya

la salida del rey para Sevilla... Yo no quería creer lo que se contaba del infante don Antonio, pudiendo ser que los malos usurpasen el nombre de Su Alteza para cubrir su deslealtad propia; pero las *Memorias* de usted serían diminutas si se privase a los historiadores futuros de la noticia de estos hechos y estas opiniones."

pasados, sino tan solamente porque intenté librarla, salvar al rey, salvar al hijo que estaba allí presente, defenderla y defenderlos con la política y las armas. Allí, allí, en aquel punto, como quien lee una profecía, vi y sentí en lo más profundo de mi alma los años que aguardaban a la España tan distintos de los de Carlos IV, a quien había servido tan lealmente. ¡Qué me importaba ya ni mi existencia ni mi muerte aderezada con todos sus horrores!

Aquella rara escena comenzó por un silepcio indefinible, suspensos, atendiendo y alargando el cuello los que llenaban agolpados la escalera y las entradas. Después lo rompió el príncipe, y me dijo:

Yo te perdono la vida.

Yo le hice esta pregunta:

—Vuestra Alteza, ¿es ya rey?

—Todavía no—me respondió—, pero lo seré muy pronto.

Yo añadí al punto otra pregunta que me salía del alma, y dije al príncipe:

Sus Majestades, ¿están buenos?

No recibí respuesta. Su Alteza, vuelto luego hacia la turba que interceptaba el paso, y ya bajando la escalera, dirigió la palabra a aquella gente, diciendo que saliesen, y que estuviesen ciertos de que el preso y su castigo corrían de cuenta suya. Esto fué sólo lo que pude oír por entre los aplausos y los vivas, que un tardaron en cubrir la voz del príncipe.

Las demás cosas que pasaron aquel día, y las que se siguieron mientras me hallé en las manos de mis enemigos, no puedo referirlas por conocimiento propio mío, porque en aquel espacio no hubo para mí más mundo que mi triste estancia, guardado siempre a vista con tal rigor, que ni los reyes mismos encontraron medio en tantos días para pasarme ni una palabra tan siquiera de consuelo de su parte, cuanto ni más de dirigirme correspondencia alguna por escrito. De todos es sabido que los tropezos y asonadas no cesaron aquel día, si bien a mis oídos no llegó sino una sola que en las puertas mismas del cuartel tronó con nueva y grande furia comenzada ya la tarde, sin que el motivo de ella me fuese conocido ni me

lo dijese los que, amarillos y turbados, me guardaban. Mi regla y mi propósito, cumplido en todo el tiempo de mi cautiverio, fué no bajarme a preguntar a nadie cosa alguna.

Se ha dicho fué ocasión de aquel tumulto un coche de colleras que pareció en la puerta; corriéndose la voz de que iban a sacarme y conducirme hasta Granada de orden del rey Carlos. Según Su Majestad me refirió más adelante, no era verdad que hubiese dado aquella orden, aunque, a poder estar seguro de ser obedecido, la habría dado para hacer llevar a efecto su decreto, en que me había otorgado mi retiro donde mejor me conviniese. Mas Carlos IV había tenido un gran debate con su hijo cuando, volviendo éste del cuartel a darle cuenta de que me había salvado, aunque ofreciendo al pueblo mi castigo, le reconvino vivamente de haber faltado en esto al real decoro y de haber anulado por tal medio su decreto, siendo tan dueño, como a Su Majestad constaba, y se había visto, de la guardia y de la gente amotinada.

Disculpóse Fernando con decir que no había hallado otro camino para poder librarme sino el que había contado; que su intención era salvarme, y que, calmado el alboroto, buscaría ocasión, si era posible aquella misma noche, para que me sacasen sin peligro mío y se cumpliese el Real Decreto. Es de inferir que alguno hubiese oído y divulgado lo que hablaron padre e hijo, o que a Su Alteza mismo lo hubiesen explorado los que estaban al quién vive a todo instante dentro y fuera del palacio. Lo cierto es que ningún coche fué enviado por parte de los reyes ni por persona alguna de su orden, y que la tal aparición de un coche de camino, juntamente con la voz hecha correr de mi partida, no pudo ser sino una intriga de los conjurados para mover otra asonada, trabar a Carlos IV con terrores nuevos y llegar al fin que descaban de que abdicase la corona. Este alboroto de la tarde fué más trascendental que el anterior de la mañana, no producido ni mostrado solamente contra mi persona, sino también contra los reyes,

en cuyo oído resonaron muchas veces (como contaba y se afirmaba siempre en ello Carlos IV) baldones y amenazas espantosas.

Por más que hayan negado estas injurias y amenazas los que agitaron y esforzaron aquel postrer tumulto, hay una realidad para probar que fueron hechas, y es la resolución que tomó el rey aquella misma tarde de desnudarse del real manto. Y si esto no fué así, ¿en qué razón o qué motivo fué posible se fundasen los que le aconsejaban y los que le aprobaron aquel medio a un rey que el día anterior, tan lejos se encontró de abandonar el cetro, que lo apretó más fuerte entre sus manos, tomando a cargo suyo el mando del Ejército?

Tal vez me dijo Carlos IV acerca de esto—no hubiera yo cedido a los insultos y amenazas si hubiera habido entre los hombres con quien debía contar para alentarme y sostenerme alguno que lo hiciera; mas cuando vi venir, de aquellos mismos a quien estaba confiada mi defensa, la palabra de renuncia como un medio de salir de aquel conflicto, reflejé con claridad que si por serme fieles me aconsejaban aquel medio, debía ser grande con extremo el riesgo en que me hallaba, y que si aconsejarme de aquel modo era traición o connivencia con los conspiradores, no tenía ya quien me guardase. En tal extremo no creí de mi decoro comprometer mi dignidad sin tener con quien contar para salvarla, y arrojéles mi corona, dejando a Dios lo venidero (290).

(290) He aquí de qué manera se ha referido este suceso por el conde de Toreno: "El rey Carlos y la reina María Luisa, sobrecogidos con las nuevas demostraciones del furor popular, temieron peligrase la vida de su desgraciado amigo. El rey, achacoso y fatigado con los desusados bullicios, persuadido además por las respetuosas observaciones de algunos, que en tal aprieto le representaron como necesaria la abdicación en favor de su hijo, y, sobre todo, creyendo juntamente con su esposa que aquella medida sería la sola que podría salvar la vida a don Manuel Godoy, resolvió convocar para las siete de la noche del mismo día 19 a todos los ministros del Despacho, y renunciar en su presencia la corona, colocándola en las sienes del príncipe

Es de advertir aquí como una circunstancia imprescindible de los sucesos de aquel día que, aunque no hubiera yo caído entre las manos de mis enemigos, y aunque no hubiese durado todavía la general creencia de que me había salvado, no habría escapado Carlos IV a los horrores de otro tumulto nuevo aparejado para arrancarle su renuncia. Esta maquinación se habría ignorado, de igual modo que se ignoran todavía no pocos actos de los conjurados, si el ministro Caballero, por desechar de sí el oprobio de haber vendido a su monarca, no la hubiese revelado. He aquí a la letra lo que escribió sobre este punto en una carta que dirigió a don Juan Llorente, que el mismo Caballero publicó en Burdeos, y que, a mayor abundamiento, insertó después Llorente en sus *Memoorias*, número 138:

"Todos los secretarios de Estado y del Despacho—escribió Caballero—dormimos en palacio, de orden del rey, la noche del 18; y como entre ocho y

heredero." (En su *Historia de la revolución de España*, libro II.) He notado aquí este pasaje con dos objetos: el primero, de confirmar con el testimonio de este mismo escritor que ni a Carlos IV ni a mí se ha mostrado nunca favorable; que la renuncia de la corona fué propuesta y aconsejada a aquel buen rey atribulado, justamente en la tarde de su conflicto, por las personas mismas que lo rodeaban, y cuya sagrada obligación era de sostenerle y defenderle; el segundo, de probar la mala fe y la mala lógica de este mismo escritor, cuando se deja decir que uno de los principales motivos que tuvo Carlos IV para abdicar fué de haber creído, juntamente con su esposa, que aquella medida sería la única que podría salvar mi vida. Ciertamente, puede decirse que Carlos IV no reveló ni pudo jamás revelar su pensamiento al conde de Toreno, y que, de consiguiente, ha puesto aquí su imaginación y su mala voluntad a guisa de verdad histórica con infeliz ingenio. ¿De qué manera pudo Carlos IV figurarse que al que no había podido salvar como monarca en todo el lleno de sus facultades podría librarle cuando no sería más que un rey decaído y desamparado de todo el mundo? Y por ventura, al abdicar, ¿estipuló el rey alguna cosa, no diré en favor mío, mas aún en favor suyo? ¿Pudo ser más absoluto, más rotundo, el acto de renuncia que pusieron a su firma? Entre tantas absurdidades que se han dicho e inventado acerca de estas cosas, nadie, sino tan sólo el ronde de Toreno, ha imaginado una simpleza semejante.

nueve de la mañana del 19 subí a la cámara de la reina para solicitar el permiso de ir a ver a mi familia. A esta sazón entró el rey y convino en ello, mediante que todo estaba sosegado. Al salir de la real cámara me encontré con el príncipe de Castelfranco y con los capitanes de Guardias de Corps conde de Villariego y marqués de Albudeyte, que me detuvieron e hicieron volver atrás con ellos, *expresándome había una gran novedad*, sin decir cuál; y a presencia de Sus Majestades refirieron que dos oficiales de Guardias, bajo el secreto y palabra de honor, les habían dicho que la noche de aquel día sería peor que la pasada. Al oír esto no se pudo contener mi fidelidad, y sin embargo de que ya sospechaba que Sus Majestades desconfiaban de mí, les dije: *Caballeros, la autoridad del rey sufrió ayer mucho; mas el objeto, que ha sabido, era el príncipe de la Paz: éste no existe en el Sitio*. Así—prosigue Caballero—lo creían Sus Majestades y yo, quien de su orden había mandado al comandante de Carabineros, Espejo, le pusiese en salvo si, como creíamos, había tomado el camino de Andalucía. *Bajo este supuesto—continué—, el alboroto de esta noche no puede tener otro objeto que las personas de Sus Majestades; y así, díganme ustedes una verdad: ¿responden o no de su tropa? Si responden, veinte hombres a caballo bastan para dispersar esa canalla; y si no, es preciso vengan los seiscientos carabineros que están en Ocaña, que seguramente no estarán corrompidos; y con la Artillería que manda el mariscal de campo Cevallos, y no faltará, me atrevo a tomar los puntos precisos y a poner en salvo a Sus Majestades*. A esta pregunta—sigue Caballero—se encogieron de hombros, y respondieron que sólo el príncipe de Asturias podía componerlo todo. En su vista me mandó el rey fuese con ellos a hablarle, y contando a Su Alteza todo lo dicho, le manifesté que era la ocasión de añadir a las pruebas que tenía dadas de buen hijo una muy relevante. Me respondió que nada sabía y que deseaba instruirse de lo que debía hacer por

*sus padres. Le contesté que era necesario llamase a los oficiales de Guardias y demás jefes, y obligarles Su Alteza a que rodeasen al trono. Lo ofreció así, y pasó inmediatamente al cuarto de sus padres a darles este consuelo, con lo que me retiré, etc."* (291).

Tal es la relación de aquel ministro mismo, que a la tarde fué el principal incitador que tuvo Carlos IV para hacer la abdicación de la corona, del mismo que después fué recompensado por Fernando con la plaza de gobernador del Supremo Consejo de Hacienda en atención a sus buenos servicios, *y señaladamente al mérito que había contraído en las últimas ocurrencias del reinado de su augusto padre* (292). Toda la escena referida no fué en la realidad sino una tentativa concertada, por si el temor de un alboroto nuevo contra Sus Majestades y la idea del partido y del poder que su hijo disfrutaba entre los sublevados podrían bastar para inducir al rey a traspasarle la corona. No habiendo esto bastado, dispusieron la intriga del coche de coladeras, y realizaron por la tarde el movimiento que debía estallar aquella noche (293).

(291) El conde de Toreno, al referir este mismo suceso en el libro II, ya citado, añade que el príncipe "prometió a sus padres que impediría, por medio de los segundos jefes de los cuerpos de la Casa Real, la repetición de nuevos alborotos, como también que *mandaría a varias personas, cuya presencia en el Sitio era sospechosa, que regresasen a Madrid, disponiendo al mismo tiempo que criados suyos se esparciesen por la población para acabar de aquietar el desasosiego que aún subsistía*".

(292) Palabras literales, como dejó observado en otra parte, del decreto de Fernando, que fué estampado en la *Gaceta* del 6 de abril de 1808.

(293) Muchas son, a más de esto, las inducciones que de la relación del ministro Caballero podrán sacar los que pusieren alguna atención en su contenido. ¿Qué podía y qué debía significar *aquel encogimiento de hombros* de los jefes de la guardia real, que tan ingenuamente cuenta Caballero; *aquella indigna y baja pantomima* (no sé si diga más indecorosa todavía para ellos mismos que para con sus reyes) con que, en presencia de Sus Majestades, nos refiere que correspondieron a las reconvenções que les hizo? En el postrer soldado de la guardia hubiera sido

Podrá alguno preguntar si el embajador francés tuvo parte o no la tuvo el 19 en los sucesos de aquel día que fueron consumados por la abdicación de Carlos IV. Esta cuestión es importante para seguir el hilo de la historia y discernir los hechos en su origen, sin mezclar ni confundir los que fueron promovidos por la política francesa con los que fueron obra solamente de los conjurados. Cuanto al primer tumulto que se ocasionó por mi presencia el 19, es evidente que Beauharnais ni tuvo ni fué dable que tuviese parte alguna, pues se encontraba, como todos, en la común creencia de que yo me había salvado. Lo repentino del suceso y la desprevencción en que se estaba por unos y otros para aquel evento no pudo darle tiempo ni

criminal y vergonzosa tal manera de respuesta, cuanto más entre grandes de Castilla, a quien el rey tenía fiada la inmundad de su persona y de su casa. ¿No fué éste un modo de decirle, ruímente y claramente, que no debía contar con su concurso para defenderle? ¿Y peor que esto todavía, por si aún podía quedar alguna duda en su real ánimo de que su soberana autoridad no era ya nada, responden en su rostro que tan sólo al príncipe de Asturias le era dable componerlo todo! Luego, una de dos cosas; o era Su Alteza quien mandaba como rey, y como tal ya le miraban, o ellos no estaban prontos a defender al rey contra los conjurados, que obedecían al príncipe, no al rey. Y ¿quiénes eran éstos, y cuál era su fuerza? *Veinte hombres a caballo*—dice Caballero—*habrían bastado a dispersarlos*; luego podían hacerlo, y no quisieron. Y ¿qué habrían hecho aquellos grandes pretorianos que se encogían de hombros si, oída su respuesta, les hubiese el rey mandado prender al príncipe de Asturias y acometer a los rebeldes? ¿Hubiera sido obedecido? No pienso que haya nadie que lo crea.

Hago estas reflexiones por los que han dicho gravemente que la abdicación de Carlos IV fué flaqueza y cobardía. No hay rey ninguno que pueda mantenerse sobre el solio si le faltan los que deben sostenerle; un rey no es más que un hombre, si los demás se le retiran. Napoleón, él mismo, aquel guerrero formidable que subyugó tantas naciones y no cabía en la tierra, aun rodeado todavía de sus soldados, que le amaban con delirio, se encontró en caso parecido, y abdicó, sólo por verse abandonado de los hombres que pudieron sostenerle moralmente y no quisieron. Carlos IV no tuvo ni consejeros, ni soldados que sostuviesen su real solio, y abdicó; salvó a lo menos su decoro, y ahorró a sus enemigos un gran crimen.

para aconsejar ni para obrar en pro ni en contra de lo que fué hecho, sin ningún acuerdo precedente, por el populacho y por la tropa. Cuanto al tumulto de la tarde, todas las conjeturas, en armonía perfecta con las relaciones fidedignas que dejé antes indicadas, obligan a creer no sólo que no tuvo influjo alguno en el ataque que produjo la renuncia del rey Carlos, sino que aquella intriga fué contraria enteramente a los encargos e instrucciones que tenía. Lo que quiera que hubiesen sido los designios ulteriores que habría formado en su cabeza Bonaparte con respecto a España, no eran, al menos por el pronto, sino arrancarnos las provincias deseadas, y que esto fuese buenamente, por manera que nadie lo extrañase entre sus aliados, sino, por el contrario, se contase como un rasgo de su amistad con Carlos IV cederle el Portugal, un reino entero y sus colonias por las solas provincias fronterizas de la Francia. Para esto le era necesario que Carlos IV se aviniese a hacer el cambio, y que yo no frustrase aquel designio como tenía por experiencia que le había frustrado enteramente muchos otros, dañosos a mi patria (294). Su idea, desde un principio, fué alejarme de la corte. No habiendo conseguido este propósito, ni por el Principado del Alentejo y los Algarbes, donde con este objeto quiso colocarme, ni por las voces derramadas de que venía dispuesto a derrocar me y a dar su protección al príncipe de Asturias, claro está que encomendó a su embajador, por último recurso, trazar y fomentar oculta y diestramente entre mis enemigos el asalto que me hicieron; medio usado y probado tantas veces de diferentes modos y en diferentes partes con feliz suceso duran-

(294) Yo no repito en este lugar la multitud de casos en que resistí, y en que por mi consejo resistió Carlos IV las descomunales pretensiones con que aquel hombre insaciable nos atormentó constantemente, de igual modo que acostumbraba hacerlo con los demás Gobiernos de la Europa, fuesen o no sus amigos y aliados. Mis lectores hallarán todos estos casos en los capítulos anteriores.

te todo el tiempo de la República francesa y del Imperio (295).

Con esto le bastaba, en su concepto, para lograr que Carlos IV, rodeado de nuevos consejeros, accediese al Tratado que tanto deseaba, no tan sólo por debilitarnos, sino aún más por su insensata fantasía de remedar a Carlo Magno y arredondar su Imperio entre los mismos lindes que se atribuyeron al de aquel monarca. Verdad es que, caído Carlos IV, y celebrándose las bodas prometidas a Fernando, debía serle muy fácil, cosa hecha, la aceptación de aquel Tratado; mas Bonaparte se habría expuesto por tal medio a que en la Europa se pensase que había ayudado a destronar a un grande amigo suyo y aliado, y que la entrada de sus tropas en lo interior del reino había tenido por objeto aquel trastorno. Quitarme a mí de en medio, y tratar luego a su placer con Carlos IV era más fácil, más bien visto; y cuando hubiese sido hecho de este modo, habría pasado ante la Europa como efecto de acomodos amigables de los dos monarcas, o, por mejor decir, de los dos emperadores, reconociendo a Carlos IV este dictado nuevo, como le había ofrecido, y deslumbrando más y más por este medio, que nada le costaba, a los demás monarcas de la Europa, que envidiarían la suerte de la España.

Más bien que conjeturas y decires de aquel tiempo, son razones poderosas confirmadas por los hechos las que traigo a cuenta, porque, en resolución, si los encargos hechos a Beauharnais hubiesen sido de promover la exaltación del príncipe de Asturias al solio

(295) Me podrá decir alguno que nadie ha visto las instrucciones secretas que podía tener Beauharnais; mas yo responderé que fueron vistos sus efectos desde la tentativa de El Escorial, tan abiertamente favorecida y protegida por Beauharnais, cuyo objeto fué derribarme y perderme, hasta el tumulto de la noche del 17, en que fué visto andar disfrazado en medio de las turbas. Un hombre, cualquiera que éste fuese, que servía a Napoleón, no habría sido capaz de permitirse de su propio marte tales manejos, tan arriesgados, sin estar autorizado para ello por su dueño.

de su padre, aquél se hubiera presentado buenamente, como los demás embajadores y ministros del Cuerpo Diplomático, a saludar al nuevo rey por su feliz advenimiento, y no se habría eclipsado, como hizo, con asombro de los conjurados. Luego éstos traspasaron y excedieron sus intentos, como sucede casi siempre en las conspiraciones después de disparado el movimiento, obra de muchos, en la que cada cual avanza cuanto puede para hacer ciertos y seguros sus designios. Y así fué que, ya dado el primer paso en la conjura, a impulso y a contento de Beauharnais, por el ataque de mi casa, los unos por temer que Carlos IV. restablecida la quietud, mandase perseguirlos, los otros por creer que sería un grande obsequio a Bonaparte abrirle y allanarle su camino para cumplir sus votos en favor del que creían, con fe y con esperanza de judíos, previsto para yerno y hombre suyo, dieron el postrer golpe sin tener cuenta de Beauharnais, sin consultarle en aquel caso la hazaña que intentaban, bien persuadidos y seguros de que podrían pedirle albricias de aquel inmenso resultado y de haber hecho un gran servicio a Bonaparte. Este descuido de Beauharnais, y esta gran falta de advertencia y de pericia en su primer ensayo de las intrigas diplomáticas, fué el fin de su carrera. Napoleón, en cuanto supo aquella peripecia no esperada ni prevista, revocó su nombramiento y reemplazóle en la Embajada por M. de Laforest, que vino luego (296). Demás de esto, es bien sabida la sorpresa que causó a Napoleón la elevación del príncipe de Asturias; propios y extraños lo han contado, y más que nadie los famosos hazañeros de Aranjuez, que,

(296) En la conversación que cuando llegué a Bayona tuvo conmigo Bonaparte, y que referiré en su lugar oportuno en toda su extensión, hablando de M. de Beauharnais, me dijo estas palabras: "No lo creía tan incapaz como se ha visto; me ha comprometido enormemente: nunca más volveré a ocuparle." A la verdad, no he sido yo nunca de los que creyeron en la sinceridad de las palabras de Napoleón; pero tal vez la tuvo en aquel punto, porque, a lo menos, es cierto que jamás volvió a ocuparle en los seis años que se siguieron de su Imperio.

hecho coro, se han alabado y se han jactado en sus escritos de aquel golpe no previsto, de consiguiente no inspirado por el emperador de los franceses.

En fin, de cualquier modo que esto hubiese sido, el 19 por la noche se cumplieron los destinos, hasta entonces indecisos, de que debía pender por muchos años la suerte de la España. ¡Un rey desamparado, y un rey nuevo, idea, sistema opuesto de política, los Ejércitos franceses atravesando a grandes marchas por Guadarrama y Somosierra, la nueva corte ansiando su llegada como enviados del gran hombre para ayudarla y afirmarla; llanto de pocos, alegría de muchos, contento semejante al de los pueblos cuando en los días primeros del diluvio se prometían un año rico de cosechas, encarcelado en tanto y destinado al sacrificio el solo hombre que combatía este engaño y pretendía salvar sus reyes y defender su patria; tal fué la gran transmutación que presentó la España en menos de tres días, llevada de la mano, corriendo al hondo abismo que le abrían, regocijados, los insensatos triunfadores de aquel hombre infortunado.

Los tiempos han mostrado quién erraba; pero es tan grande mi desgracia, y es tanta la maldad de mis contrarios, de algunos de ellos por lo menos, que cuando todo el mundo ha conocido mi lealtad, y ellos, hasta ellos mismos, se han visto precisados a reconocer y a confesar que yo acertaba, y que mis enemigos fueron los que erraron, ha habido quien pretenda que en mí no fué lealtad, sino interés personal mío, aquel conato porfiado y aquel empeño que yo hice y me costó tan caro, de sacar mis reyes del peligro y hacer frente a Bonaparte; que aquel esfuerzo, han dicho, no lo hice sino para salvarme yo a mí mismo, sabedor por las noticias que llegaban a mi oído de que el emperador venía resuelto a derribarme (297).

(297) Pertenece también a la Historia, y es conveniente que se sepa, que dos magistrados de la primera categoría, cuyo oficio les impone, de igual modo que perseguir a los culpados, proteger y guarecer al inocente perseguido, son los que, después de treinta años de haberse visto todo claro en los su-

Muy pocas reflexiones son bastante para dar respuesta a esta infeliz escapatoria de mis enemigos sin lógica y sin arte ni aun para la mentira, que por quitar su precio a mi lealtad, con decir esto se han metido, si esta expresión algo vulgar se me permite, en una callejuela sin salida. Yo les respondo de esta suerte: si en apartar de aquel peligro tan inmensurable que corrían a mi monarca y a su real familia había también un interés personal mío, prueba será de que el del rey y la patria era uno mismo con el mío, y de que mi peligro andaba junto con el suyo, porque me puse siempre, en cuantas cosas pude, por delante y contra el batidero de sus enemigos, sin temer sus golpes, y exponiendo mi existencia del modo que la expuse. Si venía Bonaparte a derribarme, no podía ser (es fuerza confesarlo) porque le fuese favorable en sus proyectos, sino al contrario, porque mi oposición en contra de ellos lo irritase; y si me puse voluntariamente al blanco de sus iras, no pudo ser por interés particular mío, sino por el del reino, del cual hacía yo el mío. No hubo, pues, más que uno en realidad, es a saber, el de mis reyes y mi patria, a quienes yo había unido mis destinos, pronto a sufrir cuanto viniese, ya de adentro, o ya de afuera, en ruina mía.

¡Oh! Si a intereses iba personales, si, cual mis enemigos se proponían los propios suyos, hubiera consultado yo los míos, no me habría procurado un enemigo tan grandemente poderoso como Bonaparte, ante el cual se acataban en aquellos días todos los reyes de la Europa; y con mejores cartas que todos mis contrarios, lo hubiera yo ganado en favor mío. Cuando en los últimos tres meses de mi mando me hallaba ya tan solo sin tener en favor mío si no es al rey, que peligraba de igual modo, si hubiera consultado mi interés, no el de la patria, venido aquel mensaje de Napoleón que trajo Izquierdo, dueño fui de abrazarme a aquel coloso y de agradarle y complacerle, y de obligarle

en gran manera, aconsejando al rey que permutase por el Portugal las provincias fronterizas de la Francia, como aquél ansiaba tan ardientemente que adoptase el Tratado de comercio y admitiese la sociedad de guerras que contenía el mensaje. Más todavía que los Algarbes me hubiera procurado aquel servicio a Bonaparte, y habría sido aniquilar a todos mis contrarios, realzar mi poderío, hacerle incontrastable, y vengar mis agravios a placer, o perdonarlos, como mejor hubiese yo querido.

En la moral de mis contrarios, no en la mía, el complacer a aquel tirano hubiera sido un interés personal mío; no cupo, no, en mi alma tal interés ni tal idea, y en vez de consentir a la desmembración de las provincias y a las nuevas cargas que pretendía imponernos Bonaparte, preferí exponer mi vida a manos de ellos... de ellos, que habían buscado e implorado del grande emperador aquel mismo favor que yo no quise merecerle... de ellos, que contra mí se hicieron fuertes bajo la égida misma que mi lealtad había rehusado... de ellos, en fin, que se mostraron prontos y resueltos, por triunfar de Carlos IV, a conceder a Bonaparte cuanto por mis consejos aquel buen rey le había negado (298).

(298) Conviene en gran manera, para ver en toda su luz este rarísimo contraste, renovar y juntar aquí diferentes especies que han sido ya indicadas en estas *Memorias*. En el capítulo XXXI se contiene el mensaje que trajo Izquierdo, con la indicación de los deseos de Napoleón sobre el cambio de las provincias de la orilla izquierda del Ebro contra el Portugal; sobre una nueva alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia, sin ningunas excepciones, y sobre un Tratado nuevo de comercio. A continuación se refiere en el mismo capítulo la respuesta noble, severa y firme que fué dada por Carlos IV. De la misma manera, entre los documentos justificativos se contienen, bajo el número VII el ultimátum de Napoleón; su fecha 24 de marzo de 1808, en que aquellas mismas pretensiones, manifestadas solamente como deseos y ruegos en el antecedente mensaje, se reproducían insolentemente, por mandado suyo, como condiciones de su amistad con nosotros. Últimamente se advierte en aquel lugar que el referido ultimátum, despachado en París el 24, vino a parar precisamente no a las manos de Carlos IV, sino a las del prin-

cesos de aquel tiempo, han imaginado tergiversar de esa manera y rebajar la lealtad de mi conducta, con el objeto de impedir aun todavía que justicia me sea hecha.

De-seo acabar y de-jo de ocuparme en referir lo que ninguno ignora sobre las personas hasta aquí no mencionadas, que en la conjura y los tumultos de Aranjuez tuvieron más o menos parte. No sé yo si habrá alguno de entre los conjurados que pueda tener queja de que no le nombre y que, al contrario, no

ripe Fernando, ya reinante, y de su corte. Este documento, que fué publicado, en 1814, por don Juan Escoiquiz en su *Idea sencilla*, es una prueba irrefragable de que aquellas pretensiones, indicadas sólo como deseo en el mensaje que antes había traído Izquierdo para Carlos IV, fueron negadas, porque si hubieran sido admitidas, se habría celebrado el Tratado, y no habría luego venido aquel ultimátum amenazante. Claro está, pues, que, aconsejando yo a Carlos IV la negativa que fué hecha y su retirada al Mediodía de sus reinos para que pudiese mantener su libertad e independencia, no pude tener otro interés que el de mi monarca y mi patria.

¿Pensaron del mismo modo mis enemigos? Tan al contrario fué que no vieron en aquel ultimátum sino su salud y el cumplimiento de sus designios; porque de él infirieron que, admitiendo aquellas pretensiones, obtendrían el reconocimiento de Fernando por el emperador de los franceses. Esta deplorable cuanto criminal esperanza que concibieron fué la razón potísima y decisiva que tuvieron para arrojar a su infanda peregrinación a Bayona. ¿Es ésta una verdad? ¿O son tan solamente conjeturas?

Es una verdad tan cierta como que nos ha sido contada sin ningún rebozo, con la mayor ingenuidad, paladinamente, por el mismo don Juan Escoiquiz, como un medio de defensa de su dictamen y de los demás consejeros de la nueva corte acerca del viaje que emprendieron a Bayona. Los que quisieran podrán verlo y leerlo por sus propios ojos en la *Idea sencilla*, páginas 18, 25, 38 y 39, de que en el capítulo XXXI hemos dejado hecha mención anteriormente.

Y he aquí ahora el gran contraste: yo aconsejé, promoví y agité un viaje a lugar seguro, donde, además de salvar a la real familia, se pudiese organizar la resistencia contra las exorbitantes pretensiones de Bonaparte y contra cualesquiera otros designios más escondidos que pudiese tener contra mis reyes y mi patria, arrojando yo para esto todos los peligros que de presente me amargaban y los que podría correr en lo futuro. Ellos, por el contrario, llevaron a las garras del tirano su príncipe querido, prontos a concederle el ultimátum, a desmembrar la España y a someterla a sus caprichos bajo un nuevo rey, que estaría sujeto en adelante a sus mandatos, y que, casado con la sobrina, habría de haber sido (palabras textuales del mismo Escoiquiz en su *Idea sencilla*, página 31) un hijo obediente y un aliado inseparable.

se alegre de que me abstenga de nombrarle. A ninguno de los que abrieron o ayudaron a excavar aquella gran corriente de miserias y desastres que en Aranjuez fué desatada, lo citará la historia entre los grandes hombres que después, por sus esfuerzos inauditos y sus heroicos sacrificios, concurrieron a atajarla. Los hombres de Aranjuez se encuentran casi todos en la lista de los que, derribado Carlos IV y entronizado el hijo, después abandonaron a aquel hijo cautivo por su culpa, y no se estremecieron de jurar, de proclamar y de servir al rey intruso; o bien en la de aquellos otros que, al lado mismo de Fernando en su destierro, no tan sólo juraron obediencia al rey extraño, sino que al mismo príncipe cautivo le humillaron hasta el punto de excitarlo a que enviase enhorabuenas al tirano por sus triunfos obtenidos sobre los leales que se inmolaban en España por librarle. Si de entre aquellos hombres de Aranjuez hubo más tarde alguno que, a vista de la España heroicamente decidida a mantener su independencia, arrepentido o vergonzoso, obtuvo la indulgencia de la patria y consiguió ponerse a la cabeza de las filas de sus ilustres defensores, la historia no los halla sino en la triste lista de los que deslucieron las glorias y las armas españolas. Y cuando los esfuerzos de la nación magnánima lograron restaurar el trono excelso de sus reyes naturales, entonces sí, la historia los halla a todos ellos usurpadores de las glorias en que jamás tuvieron parte, recogedores ellos solos del producto y la ganancia de tanta sangre derramada, hechos señores absolutos del poder que en Aranjuez habían buscado, proscribiendo, aherrrojando y confinando en los presidios con la marca de traidores a los que habían hecho menudos las cadenas de la patria, restablecido el trono, y abierto una era nueva de inmensas esperanzas cual ningún otro pueblo de la Europa al igual suyo era capaz de levantarlas.

Tales fueron los hombres de Aranjuez, y tales serán siempre en los anales de la historia; muchos, o por oscuros o por más dichosos, se han escapado a sus catálogos. No seré yo quien



turbe la paz de sus sepulcros, ni quien aflija a nadie recordando muchos nombres de aquel tiempo ya olvidados.

### CAPITULO XXXIII

*Continuación de los sucesos desde el 20 de marzo hasta el 19 de abril. Mi traslación al castillo de Villaviciosa. Rigores ejercidos conmigo. Verdadero carácter de la abdicación de Carlos IV. Voluntad resuelta y sincera que tuvo de validarla por un acto solemne bajo formas legales. Condiciones justas y moderadas que Su Majestad se propuso para la validación de aquel acto. Oposición invencible de la nueva corte en orden a admitirlas. Violencia hecha al consejo de Castilla para el reconocimiento de la abdicación de Carlos IV. Aflicciones, temores y exasperación del ánimo del rey por la conducta hostil a su honor y dignidad que experimentaba bajo el nuevo Gobierno. Su error en haber invocado el favor de Napoleón, y del modo que lo hizo. Cuáles fueron sus intenciones y propósitos leales en medio de este error cometido. Su entrevista con el general francés Monthion. Su protesta contra la abdicación. Cuándo, cómo y por qué influjo fué hecha. Alteraciones graves cometidas en Francia sobre el informe del general Monthion sobre una carta de la reina. Continuación de las durezas de la corte con Carlos IV. Justa indignación que le causó la Gaceta extraordinaria de Madrid de 31 de marzo. Sus congojas y temores por el empeño del Gobierno en confinarle a Badajoz. Su correspondencia y de la reina con el gran duque de Berg. Cuáles fueron, entre tanto, los designios de Napoleón, y carrera que éstos tomaron. Preparativos de la corte de España para su hospedaje. Resoluciones consecutivas de salida de tres grandes de España, de don Carlos, y del nuevo rey Fernando para recibirle. Bajezas cometidas. Verdaderos motivos de los consejeros de Fernando para aquel viaje, deducidos de los escritos de don Juan de Escoiquiz. Nuevas cartas de Fernando a Napoleón. Respuesta de éste. Examen de ella. Sucesos de Vitoria. Cartas de don*

*Pedro Macanaz y de don Pascual Vallejo dirigidas desde Bayona a Escoiquiz, publicadas por él mismo. Obstinción de los consejeros de Fernando. Decreto dado en Vitoria. Observaciones sobre varios pasajes de la Idea sencilla, de Escoiquiz, y sobre las impugnaciones de este escrito que fueron hechas por Cevallos. Salida definitiva de Fernando y sus consejeros para Bayona*

De ninguno de tantos hechos lamentables que entre alegrías y regocijos de un instante formaron los estrenos de la nueva corte, no me es posible hablar de propia ciencia mía, que nada vi, ni nada supe de este mundo mientras me hallé bajo la llave de mis enemigos; podré, empero, referir de buen origen muchas cosas que no han sido publicadas y que conducen grandemente para la historia de aquel tiempo. En cuanto a mí, diré muy poco; lo que conmigo sucedía podrá servir tan sólo de lección a los que quieran aprender a ser pacientes por su patria.

No bien del todo contenido el riesgo de la herida que recibí en la frente, ni mucho menos aplacada la aguda fiebre que sufría, fuí trasladado en 23 de marzo de Aranjuez a Pinto, y desde allí al palacio viejo o casa fuerte de Villaviciosa, puesta a cargo mi persona del marqués de Castelar, amigo mío y hechura mía de largos años, mas de repente convertido con gran celo al nuevo culto, como tantos otros, por no perder lo que de mí tenían: nadie es más enemigo que un amigo en las transformaciones de una corte. Mi custodia inmediata y permanente fué fiada a un grueso destacamento de guardias de Corps que al intento eligió el príncipe, ya rey, entre los más comprometidos de aquel cuerpo en los tumultos del Real Sitio. Puedo afirmar que todos estos hombres cumplieron con su encargo de tal modo, que ni de noche ni de día abrí ninguna vez mis ojos sin ver delante un héroe armado de aquellos bravos pretorianos. Tres de ellos, en facción continua por su turno, guardaban mi aposento y espíaban los instantes todos de mi vida, la de la res aparejada para hacer las fiestas reales más completas.

Mientras estuve en Aranjuez tuve a lo menos el consuelo de ver allí mezclarse entre los encargados especiales de mi guardia algunos pocos de aquel cuerpo que nunca renegaron de mi afecto, mudos a la verdad en cuanto a hablarme (tenía sus alas el terror sobre mi cuarto y no podían), pero no mudos de sus ojos, cuya imagen aún conservo vivamente en mi memoria. A éstos, y especialmente a mi querido y constante amigo don Francisco Manuel de Villena (segundo teniente que era entonces de la tercera compañía de guardias de Corps), tengo por cierto fui deudor de muchas trazas ingeniosas dirigidas a alejar y distraer, a mi salida de Aranjuez y en sus contornos, el tropel nuevo de asesinos que agitaron los que miraban impacientes retardarse el deseado sacrificio. Mucho ayudó también a libertarme de aquel riesgo la honradez y el firme continente de los granaderos de Castilla, que fueron destinados, no sé yo por qué error de mis contrarios, para aumentar la escolta y componer la guarnición del castillo y su distrito. Incorporados al convoy como a una milla de Aranjuez, cerraron bien sus filas, y su presencia y buena disciplina dió fin a la esperanza de los que dirigían la nueva muta levantada de aulladores y asesinos. Yo contemplaba en el camino el porte mesurado de aquellos graves milicianos, nobles hijos de los campos, que, sin odio, sin aires triunfadores y sin maneras arrogantes, cumplían con su consigna, no enemigos, la compasión y aquella suerte de respeto que inspira una gran ruina pintadas en sus rostros; después hacía comparaciones dolorosas con el talante esquivo, torvo y receloso de mis antiguos camaradas, que, a ley de caballeros, cuando no de agradecidos, me eran deudores, por lo menos, de aquellos miramientos que requería su propio honor y reclamaba mi infortunio. Mas yo los disculpaba luego entre mi mismo; se habían comprometido fuertemente, venían ganando sus arneses nuevos, nadie quería pasar por sospechoso: tener piedad en tales ocasiones como aquella en que el partido vencedor aún no se encuentra bien

seguro, es un delito imperdonable en las facciones.

Llegado a mi destino, gocé la luz del cielo en derechura algunos pocos días. Daba una reja de la estancia en que fui puesto sobre la plaza de la entrada; la pieza, aunque pequeña, era agradable y muy risueña, para mí sobrada. Yo no pensé que la mudasen: la reja era muy fuerte, los muros harto espesos, la puerta y contrapuerta bien robustas. En cuanto a aquella reja, guardado a vista como estaba a toda hora, aun cuando hubiera yo querido tener inteligencias clandestinas, no era posible en modo alguno establecerlas; pero se medio oían algunas veces las conversaciones de la guardia de soldados que estaba por debajo, y se temió sin duda me llegasen por tal medio avisos o noticias de lo que afuera se pensaba o sucedía (299). Mis carceleros, pretextando mejorar mi habitación lejos del ruido, y darle anchura, me trasladaron luego al oratorio del castillo, triste remedo de un sepulcro, tal cual le aderezaron, sin entrar más luz que la precisa de lo alto por entre viejas y empolvadas celosías y vidrieras. En el altar había un San Pedro con el ángel desatando sus prisiones; de noche, al resplandor escaso y movedido de una lámpara, parecían mover los ojos y los labios aquellas dos imágenes; y como yo fijase allí mi vista con frecuencia en mis desvelos (hablo verdad y no exagero), más de una vez mis cuidadosos celadores se alertaron pensando si habría alguno que estaría escondido en el retablo.

Así pasó mi larga cuarentena; todos los días se parecieron en aquella murada soledad, donde no pudo penetrar por

(299) Uno de aquellos días fué cuando oí lo que dejé contado en el capítulo XX de estas *Memorias* sobre provocaciones hechas a los granaderos de la guardia contra mi persona por algunas mujercuelas echadizas, esparciendo hasta la especie de que yo había tratado de entregar la España a la morisma y renegar de Jesucristo. La imposible virtud de aquellos milicianos fué tal que ellos mismos tomaron mi defensa, cosa muy poco vista aquellos días, en que el mejor amigo se contentaba con callarse. Así fué que a poco tiempo de esto fué mudada aquella tropa por orden del Gobierno.

alto ni por bajo ni siquiera un recado de los reyes padres por más que lo intentaron, ni la menor noticia de las cosas que pasaban. Ningún criado se halló solo nunca en mi presencia; jamás el cirujano que venía a curarme diariamente (300) pudo hablarme a solas ni acercarse a mí, sin que le acompañase y lo observase, grandemente atento, alguno de los guardias. Una vez sola entró un barbero a rasurarme, pero de tal manera rodeado, y con tan grande turbación temblándole la mano, que no acabó su obra. Habiendo allí un altar, podía decirse misa, y cayendo la Pascua en aquel tiempo, parecía razón me hubiesen procurado que cumpliese con el precepto de la Iglesia, como se procuraba y era uso en todas las prisiones; pero ni aun este desahogo de cristianos me tuvieron; ni comunión, ni misa, ni un libro tan siquiera, ningún consuelo del espíritu. Podrían decir que yo no lo pedía; mas yo no pedía nada, guardando en esto mi decoro; y ellos sabían muy bien, pues lo veían, que yo observaba este sistema hasta en las cosas más precisas. Una tan sola en todo el tiempo que allí estuve pedí un día, no a ellos, sino al mozo que servía la mesa, y no me fué traída: ¿fué alguna cosa grande? Fué un poco caramelo de que yo usaba habitualmente. Todo esto es increíble; más increíble lo que callo por decencia: baste decir que ni una muda de camisa me fué dada en tantos días, y que cuando salí de entre las manos de mis ilustres carceleros, mi capote y mi ropa ensangrentada fué mi único vestido; no había otro (301).

(300) Don José Antonio de Capdevila, cirujano del cuartel de Guardias. Carlos IV había pedido inútilmente que se fuese mi asistencia a uno de los cirujanos de cámara con ejercicio en compañía de don Antonio Gimbernát, que era su primer cirujano. Capdevila lo era también de cámara, pero sin ejercicio. Aunque elegido por mis enemigos, puedo asegurar (y me complazco en dar a su memoria este testimonio de mi gratitud) que me asistió con toda lealtad y con todo el esmero y buen afecto que pudiera haber tenido el mejor de mis amigos.

(301) Si piensa alguno que exagero, podrá hallar comprobada mi verdad en una relación de la vida del general Manhes, bajo cuya escolta fui conducido a Bayona. Léase allí en

Sobra con lo que he dicho para satisfacer a los curiosos sobre estas pequeñas cosas concernientes a mí solo: no era mi peligro lo que ocupaba ya mi espíritu dispuesto y consentido al sacrificio, sino la suerte de mi patria puesta en manos de los que fiaban en la protección y la amistad del emperador de los franceses. Por lo que me pasaba, yo no podía dudar de que mandaban ya mis enemigos soberanamente. Debía inferir también que, si habían penetrado hasta la corte los franceses, se les habrían unido, y sería cierto lo que con tanta confianza y tantas veces se había dicho por los conjurados de que venían aquéllos en su ayuda. Debí pensar, en fin, que el precio de estas cosas serían las concesiones que Bonaparte deseaba, y la completa dependencia de la España sometida y encadenada como las demás naciones aliadas del Imperio. No iban más lejos por el pronto mis temores, y, si bien desolaba mis entrañas este cuadro doloroso, no llegué a imaginar la entera ruina a que en tan breve plazo la llevaron los consejeros de Fernando.

Dejando, pues, ahora mis inútiles dolores en la tiniebla espesa de que me hallaba rodeado, iré juntando los sucesos, procuraré enlazarlos por el orden simultáneo de los hechos bajo el cual deben juzgarse, y a lo que todos saben, sobre lo cual seré muy breve, añadiré lo que aún se ignora. Veráse de este modo a buena luz y por completo el triste y raro cuadro de aquel naufragio horrible que causaron los nuevos timoneros de la España.

una nota de aquel escrito, página 69, lo que sigue:

"Ce malheureux prince était couvert d'une mauvaise capote de soldat, teintée encore de son sang versé le jour de l'insurrection d'Aranjuez; sa barbe n'avait été faite depuis près d'un mois." (*Notice historique sur le lieutenant-général comte Manhes*; Paris, chez Dentu, 1817.)

Debo añadir aquí con lágrimas inagotables de mi eterno reconocimiento a Carlos IV, que la primera camisa limpia que me puse después de mi salida me fué enviada por Su Majestad de las de su propio uso, prenda inestimable que conservo, y que espero llevar conmigo, como una santa reliquia, a mi sepulcro.

Es necesario irlos siguiendo paso a paso para admirar sus yerros no menos graves que sus crímenes. Ninguna cosa tan al caso, tan conveniente, tan precisa en la revolución que habían ya hecho, como ponerle un buen cimiento indestructible en la bondad de Carlos IV, en el amor verdadero que tenía a Fernando, y en la noble y leal correspondencia de aquel hijo hacia su padre, que tanto o más que la piedad filial dictaba la política, para lograr que aquel angusto anciano, tan conocidamente generoso, sancionase en paz y en calma por amor lo que el terror tan solo había obtenido después de tres tumultos. ¿De qué manera tan diversa pudiera el príncipe Fernando haber tratado con el audaz emperador, no como un rey incierto y un humilde pretendiente, sino como tal rey solemnemente declarado y confirmado por su padre en plena libertad, verificados para esto los requisitos más precisos y esenciales del derecho, cuantos podían al menos haberse realizado? ¡Oh! No quedó por Carlos IV que así se hubiese hecho: esperó tanto tiempo a remediar el deshonor de la renuncia involuntaria que le fué arrancada, cuanto tardó en ver cierto que era en vano su intención de validarla convenientemente y de borrar aquella afrenta, o, por lo menos, paliarla, mediante un acto en toda regla y con las condiciones necesarias que pedía, por una parte, la suerte de sus reinos hasta entonces felizmente conservados, y que exigían no menos, por la otra, el honor de su persona, su existencia venidera, y el decoro regio propio suyo y de la reina. Ellos, los desleales consejeros de Fernando, tan funestos al hijo como al padre, no quisieron ni querían sino lo hurtado, y no tuvieron ni aun el arte de contemplar a Carlos IV, de hacerle menos dura la abdicación de su Corona, de ennoblecer los actos y los primeros pasos de aquel hijo que debía regir la España, y de formarle una reserva y un grande baluarte en el afecto, en la honradez a toda prueba, y en el concurso y valimiento de su padre. Esto no lo han contado aquellos hombres criminales, y no tan sólo lo han callado en sus escritos, sino que, a más, no habien-

do quien pudiese publicarlo sino ellos, ni quien pudiese responder y desmentirlos, se atrevieron a empañar con sus mentiras el honor de Carlos IV. A mí me toca ahora levantar el velo de esta parte de la historia, presentar los hechos, y poner en evidencia la lealtad y buena fe de aquel monarca aun con sus propios enemigos. Nada diré que no le hubiese oído muchas veces, contado siempre por su boca de igual modo, cual lo tenía inborrable en su memoria.

El rey no renunció sino para evitar mayores males, por no exponer su real decoro a los ultrajes, por no tener a quien fiarse, ni ver a nadie que resueltamente se ofreciese a defenderle, porque creyó en peligro la vida de la reina y aun la suya propia, y porque aquellos mismos que debían guardarle y sostenerle le aconsejaban la renuncia; este consejo, dado al rey en tales circunstancias como aquellas, equivalió en su modo de entenderlo y de juzgarlo a una primera intimación respetuosa, a la cual podía seguirse otra segunda en términos violentos que hollase su respeto. Tal modo de abdicar una Corona apenas entre turcos podría juzgarse válido; Su Majestad lo conocía, y estaba en su derecho de reclamar contra la fuerza cuando pudiese hacerlo libremente; mas su alma era tan noble que, aun en aquella misma extremidad en que fué puesto, no soltó su real palabra con formal designio de romperla, sino de hacerla valedera cuan convenía a la dignidad de su persona y de su hijo, si éste correspondía, como esperaba, a su carácter generoso. Y habría correspondido, me parece a mí, si lo dejaran libre los hombres criminales e insensatos que le tenían cercado; pero éstos, no contentos todavía de haber forzado a Carlos IV a la renuncia, lo afligieron y humillaron a tal grado, que cansaron y agotaron su indulgencia. He aquí un resumen muy por cima de los hechos:

Carlos IV había creído que sería bastante para calmar los alborotos su abdicación ya hecha de palabra, y de palabra suya, tan segura y tan probada como se honraba y se gloriaba de tenerla; mas no se contentaron, y le dije-

ron que su firma era precisa aquella misma noche.

Pidió Su Majestad se convocase el Real Consejo, o una diputación, al menos, de sus individuos, no para discutir la abdicación, mas para minutarla y hacer que se extendiese luego bajo las condiciones, ordenaciones, prevenciones y formalidades necesarias; pero dijeron no era tiempo en tales circunstancias de excitar recelos e inquietudes; que las formalidades podrían después suplirse.

Cedió Su Majestad y firmó el acto de renuncia cual se lo extendieron (302). Después entró Fernando a ser reconocido y declarado rey de las Españas por su padre.

Acto seguido, el nuevo rey partió para su cuarto, y en pos suyo los ministros, los grandes que se hallaban de servicio en el palacio, los jefes de la guardia y los demás amigos que esperaban impacientes en las puertas para instalar a su manera al nuevo soberano. Las tronadas de aplausos y de vivas estremecieron la real casa, correspondidas desde afuera por la soldadesca y por la gente amotinada.

¡Hubiese Dios querido que aquella noche la emplearan solamente en celebrar el triunfo conseguido! Mas no fué así, sino que casi toda fué ocupada en proponer y discutir negocios, y en arrancar al nuevo rey el galardón de los ser-

vicios que sus amigos entendían haberle hecho. Aquella misma noche fueron acordados turbulentamente los más de los decretos que después fueron saliendo, y el primero de todos, como prenda y muestra del sistema que debería seguirse en el reinado nuevo, la cesación de ventas de bienes eclesiásticos. Otro de estos decretos, adoptado con la mira de complacer la plebe, suprimía un arbitrio temporal que durante la guerra se había impuesto sobre el vino; otro, con el objeto de hacer más popular la nueva corte, mandaba destruir todos los animales destinados en los Sitios reales a la montería, disposición loable si se quiere, pero que en aquellas circunstancias era un tiro manifiesto a Carlos IV. Allí, en aquella misma noche, se comenzaron a formar las listas de proscritos y a señalarse los procesos que debían formarse *incontinenti*; dióse también encargo de buscar a toda prisa, así entre mis papeles como en las varias oficinas de la Guerra y del Ejército, cuanto pudiese hallarse relativo al viaje proyectado de los reyes, al llamamiento de las tropas hechas retirar del Portugal y de Madrid para formar un campo al mediodía del reino, y a las disposiciones que se hubiesen dado o preparado hostiles a la Francia, a fin de presentarlo todo al mismo emperador como una prueba de la fe dañada de la antigua corte, y de los sentimientos fieles y amistosos de la nueva, mandando en prueba de esto al propio tiempo que las tropas regresasen sin tardanza a su anterior destino. Allí también, aquella propia noche, no sólo se acordaron, sino que se extendieron y firmaron los decretos que llamaban al servicio de Fernando los reos de El Escorial, de quienes Carlos IV tan fundadamente se tenía por ofendido, los que tan grandes penas le había dado por sus traidores tratos con Beaubarnais, y por las relaciones clandestinas y culpables que con tanta mengua de su real decoro habían hecho que su hijo y heredero contrajese con el emperador de los franceses. Allí, en fin, fueron formadas las minutas de las cartas por las cuales Carlos IV, dando cuenta de su abdicación a Bonaparte, y a los demás

(302) He aquí el texto del acto de abdicación extendido en forma de simple decreto por don Pedro Cevallos, y hecho firmar a Su Majestad un día después de haber declarado por otro Real Decreto que era su voluntad tomar por su propia persona el mando del Ejército y de la Marina: "Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el gran peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso, para reparar mi salud, gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto, es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi Real Decreto, de libre y espontánea abdicación, tenga su éxito y su debido cumplimiento, lo comunicaréis al Consejo y demás a quien corresponda. Dado en Aranjuez, a 19 de marzo de 1808. Yo, el Rey. A don Pedro Cevallos."

monarcas y Gobiernos de la Europa, quedase más ligado a mantener las cosas hechas.

Su Majestad, bajo del peso todavía de los sucesos tan violentos que habían doblado su real ánimo en los tres días antecedentes, y sin constarle todavía lo que se había tratado aquella noche, firmó todas las cartas que en la mañana del día 20 le fueron presentadas por su primer ministro. Después mandó que viniese por la noche juntamente con el ministro Caballero, para arreglar las condiciones con que debía extenderse la escritura de renuncia, y *hacer legal* —le dijo— *lo que antes no lo fuese*. Cevallos prometió a Su Majestad cumplir lo que mandaba.

Carlos IV, en su perfecta buena fe de que iba todo a practicarse en la debida forma, hizo buscar un ejemplar de la escritura de renuncia de su abuelo el señor Felipe V, y, arreglándose a las disposiciones que aquel acto contenía, concibió su plan de condiciones y mandatos como entendió ser justo y necesario se fijasen y ordenasen en la escritura de la suya, y por el tenor de los artículos siguientes:

1.º La observancia inviolable de nuestra santa religión católica romana, con exclusión de toda otra en sus Estados y dominios de ambos mundos.

2.º La absoluta y rigurosa indivisibilidad e integridad de los mismos Estados y dominios de la Monarquía, sin que ni al príncipe, su hijo, ni a ninguno de sus sucesores, fuese nunca libre desmembrarlos, traspasarlos o cambiarlos voluntariamente de manera alguna.

3.º La buena y leal inteligencia con todos los Gobiernos con quienes la España se hallaba en paz, y muy especialmente con el Imperio francés, procurando siempre mantener la perfecta amistad y alianza contraída entre las dos naciones, bajo el principio establecido de la recíproca igualdad de interés entre las mismas dos potencias, y el mantenimiento de la garantía de todos los dominios de la Corona al mediodía de los Pirineos, según la tenía hecha y solemnemente pactada y declarada por el Tratado de Fontainebleau el emperador de los franceses.

4.º La publicación que debería hacerse, en tiempo pacífico, seguro y oportuno, del restablecimiento de la ley II, título XV, partida II, concerniente a la sucesión de la Corona, tal como se había acordado bajo su soberana aprobación en las Cortes del año de 1789.

5.º La buena administración de sus reinos con el menor gravamen posible de la agricultura, las artes, la navegación y el comercio, y con la admisión juiciosa y sucesiva de las reformas y mejoramientos que requería nuestro nivel con las potencias principales de la Europa.

6.º La omnínoda y absoluta libertad para establecer su residencia, juntamente con la reina, donde mejor pudiese convenir a su salud, tranquilidad y reposo.

7.º El señalamiento de una renta anual fija para el mantenimiento suyo y de su casa, en aquella cantidad que permitiesen los medios del Real Erario sin aumentar las cargas de sus pueblos.

8.º El señalamiento de la renta fija y anual que por fallecimiento suyo debería disfrutar la reina; y el amparo y esmerado tratamiento que se obligaría su hijo a darle y a tenerle, si llegase a quedar viuda.

9.º La designación de un palacio y parque real para habitarlo y disfrutarlo Sus Majestades durante sus vidas como y cuando pudiese convenirles, con goce suyo propio y peculiar, y con la calidad de su íntegra reversión e incorporación a los demás bienes de la Corona por fallecimiento de entrambos.

10. Recomendaciones generales y especiales a su hijo en favor de los infantes, manifestando su deseo particular de conservar en su compañía y de su esposa al infante don Francisco.

11. Otra recomendación muy especial en favor de su hija la infanta doña María Luisa, y de sus dos nietos, hijos de ésta, don Carlos Luis y doña Luisa Carlota, añadiendo encarecidamente a Fernando el encargo de mirar por la suerte del referido infante con Carlos Luis en las transacciones, Convenios o Tratados ulteriores que habrían de concluirse con respecto a sus derechos y al establecimiento competente que le era

debido por indemnización del reino de Etruria.

12. Un encargo muy estrecho de procurar por todos medios la paz y la perfecta unión de todos los españoles, y de evitar y hacer evitar toda suerte de novedades y reacciones que podrían turbarla.

13. La ejecución y pleno cumplimiento de su Real Decreto de 18 de marzo, por el cual Su Majestad se había dignado de concederme mi retiro, declarándose en consecuencia de ello que ninguno de los sucesos ocurridos contra mi persona podía dañar al honor contraído en los servicios hechos bajo su reinado, ni pararme ningún perjuicio.

14. Una recomendación particular en favor de las personas de su real servidumbre para que fuesen conservadas en sus respectivos empleos, o que, en el caso de darse a algunos su retiro por no ser necesarios al servicio de su hijo, se les conservasen sus sueldos, honores y prerrogativas.

15. Y último; que le fuese hecho y entregado por su hijo un acto de aceptación de la escritura de renuncia que le hacía, con arreglo a los artículos referidos, cuyo acto fuese semejante en la sustancia y en su expresión al que el príncipe don Luis había hecho para su augusto padre el señor Felipe V aceptando su renuncia; y que entrambos dos actos fuesen consolidados por todas las formalidades y requisitos legales que fuesen compatibles con las circunstancias y la urgencia del tiempo en aquella grave actualidad en que se hallaban los negocios e intereses de sus reinos.

Tal fué el saludable, importante y moderadísimo concierto con que Carlos IV, en su sana y perfecta buena fe, se había propuesto no sólo reparar y validar lo que era nulo desde todo aspecto de derecho, sino, además, poner en manos de su hijo un fuerte escudo con que pudiese rechazar las pretensiones suscitadas por el emperador de los franceses sobre el cambio de las provincias fronterizas, dándole de esta suerte, si se encontrase flaco o temeroso para resistir la tal demanda por sí mismo, el modo tan seguro de excusarse y de cubrir su negativa con los manda-

tos de su padre, con quien Napoleón tenía tratada la integridad y garantía de sus estados y dominios. Cuanto a las demás cosas concernientes a su existencia y su decoro, era imposible ser más parco y moderado de lo que se mostraba Carlos IV en su proyecto de renuncia. En cuanto a mí, no era pedir demasiado el sustraerme a una venganza no fundada en otra cosa que en el odio de un partido poderoso, y honrar a un rey y un padre cuyo honor estaba unido estrechamente con el honor de su ministro (303).

No quisieron, empero, los destinos, de quien los conjurados se hicieron instrumento, que así se remediase en lo posible la violencia de la revolución que habían movido. Mientras que Carlos IV preparaba y resolvía en su ánimo aquellos generosos pensamientos de paz que aún podían salvar el Estado en el borde mismo del precipicio en que le habían puesto ellos, los insensatos, en el delirio de su triunfo, no contando para nada

(303). Más adelante se verá en su lugar correspondiente, con documentos judiciales y auténticos emanados recientemente del actual Supremo Tribunal de Justicia, que ni en aquellos días, ni posteriormente en el largo transcurso de más de treinta años, no ha sido producido ni formado cargo alguno en contra mía, y que el famoso proceso mandado fulminar contra mi persona se quedó solamente en proyecto, no empezado siquiera, mucho menos seguido ni realizado de modo alguno. No ha sucedido así, ciertamente, ni por falta de tiempo, ni por falta de voluntad de mis enemigos, los cuales, dueños absolutos del poder por tantos años, tenían y debían tener un grande interés en justificar tan graves y tan inauditas violencias y tropelías que contra mí han sido por ellos ejercidas sin ninguna tela, ni contienda, ni sombra de juicio. Y, sin embargo, ellos eran los dueños de todos mis papeles, de una gran parte de los de Carlos IV, de todas las oficinas y archivos del Gobierno, y de la vasta y devotísima clientela de paniaguados y amigos que se habían formado en todo el reino. Si hubiese sido yo culpable de las imputaciones que me hacían, ¿cuán fácil les hubiera sido presentar documentos y testigos! No lo han hecho; luego no han podido; luego yo no era culpable.

Me anticipo aquí a decir esto, con el solo objeto de probar lo que arriba he dicho: de que no era mucho pedir lo que Carlos IV pedía de que su decreto de 18 de marzo fuese cumplido, declarándose no deber perjudicar a mi honor ni pararme ningún otro perjuicio los sucesos ocurridos.

ni queriendo contar más, ni con la voluntad ni con la autoridad de Carlos IV, y empeñados en desviar enteramente del camino que se habían propuesto a aquel benéfico monarca, se daban prisa a consumir los desafueros y violencias perpetradas, violando los respetos del Consejo de Castilla, presentando a aquel Supremo Tribunal la renuncia de la vispera, impidiéndole guardar, ni aun por la forma y apariencia, los trámites legales más precisos para reconocer y dar su cumplimiento a un acto de tanta gravedad como aquel era, y arrancándole *ab irato* su sanción, para la cual, seguídas en rigor nuestras leyes y costumbres, ni aun su propia autoridad era bastante (304).

Muy fácil es de concebirse cuál fué y cuál debió ser la irrupción nueva de pesares y dolores, no merecidos ni esperados, que asaltaron y afligieron de remache el corazón de Carlos IV cuando empezó a saber lo que pasaba a espaldas suyas, y cuando vió cómo se hollaba su respeto y se desestimaban sus generosas intenciones. Caballero y Cevallos vinieron a decirle aquella noche que la necesidad de superar los movimientos populares hacía marchar a toda prisa los sucesos; que todo estaba ya cumplido cuanto en aquellas circunstancias podía hacerse convenientemente; que el acto de renuncia había ya sido autorizado por el Consejo de Castilla, y anunciado al pueblo con general contento y entusiasmo de Madrid y de los pueblos comarcanos; que podría ser muy peligroso, al menos por entonces, proceder a nuevos actos que excitasen la expectación del público y la descon-

fianza de los ánimos; que, además, se acercaban los franceses, que el emperador debía venir, y que el Gobierno tenía apenas el tiempo indispensable para atender a aquella grave urgencia; que Su Majestad debía contar en todo tiempo y en toda su plenitud con el afecto de Fernando, sin que a éste fuese necesario hacer Tratados para obligarse al cumplimiento de los deberes de un buen hijo, el cual ninguna cosa deseaba en tanto grado como su salud y su reposo, y que, en fin, estas dos cosas las podría tener Su Majestad si fuese de su agrado retirarse a Badajoz, cuyo temperamento habría de serle favorable, y donde nada le haría falta.

Su Majestad, por más que se sintiese herido en lo más vivo de su alma, reprimióse cuanto le fué posible por no amenguar su dignidad ni aventurarse a nuevos desacatos, limitándose a decirles que a lo menos esperaba que su hijo tendría a bien que entre los dos, si él lo quería, secretamente, con la asistencia sola de un notario de los reinos, se extendiese aquel papel que les había indicado no por dudas que tuviese de su filial afecto, sino por dos razones de gran peso: la primera, la quietud de su conciencia al deshacerse en su persona de las obligaciones que contrajo con Dios y con sus pueblos cuando subió al trono; y la segunda, porque, en el caso de decirse, como era muy posible se dijese, que su renuncia fué forzada, pudiera producirse por su hijo un documento que le honrase y que afianzase su Corona; que en esta pretensión, en que insistía de nuevo, no iba buscando su interés, sino el honor y buena fama de su hijo, el bien de sus vasallos, la integridad del reino que estaba amenazada, y la certeza, al retirarse para siempre del Gobierno de sus pueblos, de que ninguno abusaría del juvenil carácter y de la inexperiencia de su hijo. Hízoles en seguida formar un breve apunte de las condiciones, encomiendas y mandatos que Su Majestad quería que contuviese el acto de renuncia, y despidiólos dulcemente.

En medio de esto iban viniendo, como en tropel y de crecida, unas tras

(304) El Consejo, cuando le fué presentado aquel acto, después de hacer algunas observaciones sobre la necesidad de ciertas formalidades muy esenciales, una de ellas, en aquel caso, la ratificación de Su Majestad en su pleno albedrío; y otra, la extensión de aquel documento al tenor de las reglas observadas en tales casos, mandó pasarlo a los fiscales para que diesen su dictamen. Pero inmediatamente bajó un decreto fulminante, dictado por el ministro Caballero, en el cual se reprendía agriamente la conducta del Consejo, y se le exigía la inmediata publicación de la renuncia. Obedeció el Consejo, y la publicación fué hecha sin la menor tardanza.



otras las noticias de las cosas que pasaron y pasaban desde el 19 en el Consejo de Fernando, "tales—decía Su Majestad contando estos sucesos—, como los mensajes que traían a Job sus anuncios". Uno de sus dolores más punzantes fué el oír que su hijo había llamado a Escoiquiz y a Infantado, y que a éste le había hecho un nombramiento semejante al que con lacre negro le había expedido en vida de su padre pocos meses antes. Otro no menos grave lastimó su corazón profundamente cuando le fué contado que se buscaban documentos para ganar mejor a Bonaparte mostrando las medidas que Su Majestad había adoptado por influjo mío para aflojar o desatar los lazos de amistad y de alianza que unían a España con la Francia, y encareciendo el celo de la nueva corte, por la cual se había impedido la ruptura de la paz que, sin los movimientos y sucesos de Aranjuez, se habría seguido luego entre las dos potencias.

No era que viese Bonaparte sus acuerdos y sus órdenes lo que mortificaba a Carlos IV; empero, lo afligía sobre medida que le acusasen de perfidia, y que se interpretase en tal sentido la conducta tan noble, tan leal, tan moderada y tan ceñida a su deber que había tenido: dolíale al mismo tiempo acerbamente que se adoptasen tales medios, tan inicuos, para hacer cierta la Corona de su hijo, que la pluma en la mano estaba pronto a asegurarle en toda forma y en debida regla con su firma. De aquí fué el contibir Su Majestad que había un sistema concertado entre sus enemigos de consumir su humillación por todos modos, de deshonrarle en su persona y en la mía, de confinarle y de entregarlo en un retiro indecoroso al menosprecio de las gentes. Fortalecía estas presunciones, tan desolantes para un rey, el aire de extrañeza y (peor da el decirlo) de desprecio que empezó a notar en las personas que, más que nunca aquellos días, en el ceremonial del real servicio debieron esmerarse cuidadosamente, por que Su Majestad no echase menos tan de pronto el res-

plandor de la diadema (305). Tras de esto, las noticias que llegaban de las reacciones y alborotos de Madrid, donde con el pretexto de ser amigos míos eran atropellados en sus casas y personas muchos hombres estimados y estimables por sus servicios, sus talentos y virtudes; tras de esto, en fin, la pena que le daba mi situación tan dura y el peligro en que me veía sin alcanzar a remediarlo en modo alguno.

De esta manera fué creciendo su ansiedad y turbación, y con más fuerza el día siguiente, 21, cuando, en fin, le fué dicho rotunda y secamente que no era dable hacer más nada de lo que estaba hecho; y lo que Caballero osó aún decirle, como un consejo que le daba de lealtad y amor a su persona, que su partida a Badajoz era precisa, cuando no hubiese otro motivo de emprenderla sino el de excusar desaires y conflictos muy posibles con el emperador de los franceses.

¿Mientras tanto, Fernando no estaba en el palacio? ¿No hablaban padre e hijo? Sí; mas éste se excusaba diciendo no era libre, y decía bien, porque los que tenían la unión del hijo con el padre, recelosos de su expulsión o su castigo merecido, la estorbaban, y al hijo le asombraban con el pueblo que ellos movían y gobernaban a su arbitrio, y le decían que era forzoso se prestase a los deseos del pueblo si no quería exponerse a que el amor que le mostraban se entibiase.

La censura más estrecha y más severa de la historia (necesario es decirlo y repetirlo muchas veces) no alcanzará a negar a Carlos IV, comparativamente, con los demás monarcas y Gobiernos de

(305) Entre muchos casos de esta falta de atención y miramiento a su persona que contaba Carlos IV, referiré uno solo para muestra. Comía Su Majestad, y asistiendo al servicio de la real mesa el conde de Fernán Núñez en su calidad de gentilhomme de cámara, entró un criado de Fernando, se acercó al conde, le habló al oído, y se quedó esperando la respuesta. Su Majestad, no acostumbrado a semejante desacato, preguntó al conde con viveza qué demasia era aquella. Fernán Núñez respondió tan sólo estas palabras: "Señor, el rey me llama." Hizo una reverencia, abandonó el servicio y partió inmediatamente.

su tiempo, la ventaja y el merecimiento de haber sabido preservar sus pueblos de ambos mundos, durante todo su reinado, de las revoluciones interiores y exteriores que sufrieron sin descanso tantos reinos y naciones; dieciséis años de Gobierno y dirección política, sin padecer ninguna quiebra sus Estados en la tormenta general y permanente que sufrían la Europa y sus colonias, no pueden ser mirados como un efecto del acaso; cuanto más grande era la España, otro tanto se hallaba más expuesta a la ambición de la Inglaterra y de la Francia, y, sin embargo, en guerra siempre o con la una o con la otra, y vulnerable en tantos puntos, en ninguno fué encentrada.

¿Qué le faltó a este lauro y a esta gloria para poder contarse a Carlos IV muy por cima de los demás monarcas de su tiempo? El colmo de su gloria (¡oh rey amado mío!) hubiera sido no haber doblado nunca su cerviz augusta para implorar el patrocinio del emperador de los franceses, ceder a la violencia de aquel golpe irremediable que arrancó el cetro de sus manos, abandonar la escena, retirarse a Badajoz como querían sus enemigos, o en una extrema a Cádiz, dejarlos a ellos solos responsables de sus obras, y mantenerse en guarda y en reserva para el caso en que su autoridad y su presencia hubiesen sido necesarias para salvar sus reinos de la ruina adonde aquéllos los llevaban. Si hubiera estado al lado suyo, yo se lo hubiera aconsejado, como le aconsejé pocos días antes de los sucesos de Aranjuez que a su hijo le nombrase su lugarteniente, y que Su Majestad se retirase a Badajoz para guardarle las espaldas y guardar el reino si aconteciese una desgracia (306). Nada tan fácil en aquellas circunstancias como antever el precipicio en que la nueva corte iba a lanzarse y a lanzar la España poniéndose a merced de Bonaparte; y ¡ah! ¡Cómo habría corrido entonces el pueblo castellano a invocar a Carlos IV, y a ampararse con su nombre y defender-

se contra la usurpación que meditaba aquel tirano!

Dios quiso, empero, castigarnos, y permitió que Carlos IV, sin consejeros, sin amigos, sin protección de nadie, de todo punto abandonado y vacilando, como quien huye a tientas en las tinieblas los peligros de que se siente amenazado, resbalase y cayese en el camino mismo que seguían sus enemigos, que era buscar la protección de los franceses. A la verdad tenía disculpa; por lo que vió, por lo que oía, y lo que procuraba la facción que le dijeran para acabar de amedrentarlo, temió que en toda España reinarian los mismos movimientos que de Aranjuez y de Madrid se iban siguiendo a la redonda, y se creyó perdido y puesto en blanco a la persecución, a las afrentas y al ludibrio público. En medio de esto, su intención al invocar el patrocinio de la Francia no fué de abrir dos campos enemigos por la vindicación de su corona, ni en su cabeza entró la idea de apellidar las armas extranjeras para reinar por medio de la fuerza; quería buscar tan sólo un desenlace favorable en los peligros que corría la España, y para sí adquirirse una existencia independiente y un asilo innaccesible a las miradas y a los tiros de sus injustos opresores y enemigos.

Su grande error fué de juzgar a Bonaparte susceptible de pensamientos generosos, de imaginar que por su propio honor y dignidad no abusaría de tan extraordinaria y lastimera situación en que Su Majestad se hallaba, y que podría sacar partido de aquella misma situación, tan digna de atenderse entre monarcas, para obtener por ruegos lo que tal vez no habría alcanzado por las armas, que era la integridad de la corona como la había tenido de su padre, y como felizmente había logrado mantenerla hasta aquel tiempo. Guióle esta esperanza tan errada como noble, y el que intentó ponerse a la cabeza de sus pueblos y sus tropas para pedir razón a Bonaparte y contenerle, lanzado de su asiento por los mismos que debían guardarle y sostenerlo, vino a parar en acogerse a aquel versuto y fiero usurpador, sin otro escudo ni más

(306) Mis lectores podrán recordar esta especie en el capítulo XXXI de estas MEMORIAS, la aprobación que mereció a Su Majestad, y de qué manera aquel consejo fué frustrado.

armas que su virtud y sus desgracias.

Y he aquí llegado el caso de tratar de una cuestión que los diversos escritores que han hablado sobre la protesta del acto de renuncia y del día fijo en que la hiciera Carlos IV, faltos de datos ciertos no habían resuelto todavía sino por meras conjeturas. A mí me toca referir lo que contaba aquel buen rey, para quien la verdad de sus palabras fué siempre un gran sagrado.

Carlos IV, al abdicar, de la manera y en el caso en que lo hizo, sabía muy bien la nulidad de su renuncia, y no pensó sino en salvar aquel peligro en que se vía, tomando luego tiempo para pensar en protestarla o validarla y usar de su derecho como le conviniera y entendiéndose convenir al reino cuando se hallase libre para obrar con buen acuerdo; lo cual vale decir que, tal como lo hizo bajo el terror en que fué puesto, la resistió en su pensamiento, no pudiendo resistirla de otra suerte. Después, como ya tengo referido, prevaleció en su ánimo la idea de validarla, o, por mejor decir, de hacerla nuevamente, bajo las condiciones que igualmente he mencionado. No conseguido su deseo, y hallándose oprimido, desconsiderado e innoblemente requerido de retirarse a Badajoz y de fijar allí su residencia, creyó posible mejorar también la situación de los negocios, buscando en su aliado la autoridad que le faltaba y evitando que se lo hiciesen enemigo; resuelto, empero, a renunciar y a asegurar su paz en el retiro en cuanto fuesen terminadas, lo mejor que se pudiera para España, las cuestiones que pendían y atormentaban su real ánimo.

Tal vez, si hubiese habido todavía algún recato y miramiento en la conducta de la nueva corte, habría aflojado Carlos IV en su designio, tal vez pensando y repensando lo hubiera abandonado; pero estrechado más y más para partir a Badajoz, sin que bastasen ni los ruegos eficaces que Su Majestad hizo a su hijo, ni los que casi de rodillas y con amargo llanto le hizo también la reina pidiendo se les diese tiempo y libertad para elegir su residencia donde mejor les conviniese; per-

dida al mismo tiempo la esperanza de lograr la transacción honrosa que tanto deseaba Carlos IV llevar a efecto con Fernando, y agotado ya su sufrimiento, autorizó a su hija la infanta María Luisa para entenderse con Murat y descubrir si podría hallar en el apoyo de la Francia algún recurso contra la opresión que padecía.

Murat, aprovechando la ocasión, se mostró pronto a sostener a Carlos IV, si bien con la reserva conveniente para evitar encuentros con la nueva corte hasta tener las instrucciones necesarias de la suya, que, conocido, dijo, el leal carácter del emperador, no le quedaba duda habrían de ser muy favorables a Sus Majestades. Bajo de esta abertura fué entablada la correspondencia que, pasados ya dos años, se gozó Napoleón en hacer pública; ansias, gemidos toda ella, dolores exhalados y flaquezas humanas si se quiere, empero, procedentes de los que derribados, después de veinte años que reinaban, de las alturas del real solio, y ya en el postrer tercio de su vida, no tenían en torno suyo a quien volver los ojos para buscar consuelo a sus cuitas: publicación inicua y doblemente impropia de un Gobierno poderoso, en que no sólo fué violado aquel respeto que aun los postreros de los hombres saben guardar y observan religiosamente con los que les confían sus aflicciones, sino en la cual también (según los reyes padres se quejaban vivamente cuando llegó a sus manos) se suprimieron muchas frases que mostraban sus nobles intenciones, se intercalaron otras que no había, y otras, en fin, se aderezaron al paladar de aquel que había ordenado tan baja como inútil felonía.

No se tardó Murat en enviar quien explorase el ánimo del rey y añadiese leña al fuego para hacer definitiva la funesta división de padre e hijo: modo seguro de abrir campo a su cuñado y de proporcionarle la elección de aquel partido que mejor cuadrara a su política. El general Monthion vino a Aranjuez de parte suya, tan cargado de li-sonjas para los reyes padres como provisto de instrucciones y de encargos para arrancar del rey un acto de pro-

testa. Su Majestad, después de referirle cuanto le había pasado y le pasaba, concluyó por expresarle sus deseos de retirarse libremente, y de acabar sus días donde mejor cumplierse a su salud, a su seguridad y a su decoro, para lo cual, hallándose impedido enteramente por los malvados consejeros que dominaban a su hijo, y expuesto a insultos nuevos, era su intento reclamar la protección y la asistencia de su amigo y aliado, fiando a su amistad, a su palabra y a la grandeza de su alma, lo primero de todo, la estabilidad y garantía de sus dominios, cual tenía el consuelo de que se la hubiese prometido; lo segundo, la suerte de su hijo, que, por más ingrato que le hubiese sido, volvería en su acuerdo; lo tercero, su propia suerte, de su esposa y demás hijos, sin olvidar su nieto Carlos Luis, ni a su madre María Luisa; junto a todo esto, muy especialmente la salvación de su ministro, con cuya ayuda había logrado atravesar durante quince años las borrascas de la Europa con la mayor felicidad posible y adelanto de sus pueblos; siendo tanto mayor la obligación en que se hallaba de clamar en favor suyo, cuanto, a pesar de haber pedido muchas veces su retiro, se lo había negado y lo había expuesto a aquel peligro en que se vía: pena, añadió Su Majestad, que si le hacían morir sus enemigos, acabaría también su vida.

El general Monthion aseguró a Su Majestad que el príncipe Murat, cuanto su posición le permitiese, ninguna cosa omitiría para aliviar sus penas; que Su Majestad podía estar cierto de la apiedad sincera que el emperador le profesaba, y de que no podría mirar sin grande indignación los desacatos y atentados cometidos contra su autoridad y su persona; que, para obrar con todo acierto en circunstancias tan difíciles, convenía esperar las instrucciones que enviaría el emperador, y que entre tanto, a fin de que pudiese intervenir en los sucesos ocurridos sin que fuese visto introducirse de movimiento solo suyo en cosa ajena, Su Majestad, si no lo hubiese hecho todavía, debería formalizar sin perder tiempo una protes-

ta contra el acto de renuncia a que se vio forzado, y enviársela, interpellando su socorro y su asistencia.

El rey le respondió que, en cuanto a la protesta, Su Majestad no había formalizado por escrito documento alguno, lo primero, por no tener persona a quien poder fiarse para autorizarla convenientemente, y lo segundo, por cuanto su intención, para evitar discordias intestinas que podrían moverse, había sido practicar un acto nuevo de renuncia si su hijo se avenía a consentir las justas condiciones que debían estipularse; que, defraudado en sus deseos pacíficos, Su Majestad se hallaba libre en su conciencia y en su pleno derecho de formular y producir el acto de protesta, si bien resuelto enteramente a retirarse después que se horrorase aquel escándalo, teniendo cumplimiento lo que Su Majestad tan justamente reclamaba y se lo había negado.

El general repuso que no era presumible que el emperador prestase su anuencia para la renuncia tan de pronto; que la abdicación definitiva era un negocio que debía ser meditado en plena calma del espíritu, sobre lo cual también, en su manera de pensar, debía contarse con el interés de su aliado, y que la sola cosa necesaria y conveniente en el momento era escribirle y remitirle una protesta simple y neta en que el emperador fundase su conducta. Para abreviar, después de muchas reflexiones de una y otra parte, en que la reina habló muy poco y en igual sentido que su real esposo, se terminó el coloquio por extenderse la protesta y la carta a Bonaparte, entrambos documentos bajo la inspiración del general Monthion, sin otras precauciones que evitar el rey todas las frases y palabras que pudiesen indicar la pretensión de ceñirse nuevamente la corona. Es falso enteramente que Su Majestad tuviese escrita de antemano la protesta y su misiva a Bonaparte; al pretendido informe escrito de Monthion que fué más tarde publicado, en algunas cosas inexacto y en otras incompleto, se añadió la tal especie para apartar la idea de que aquel acto hu-

biese sido sugerido; falso también e intercalado en una carta de la reina aquel período en que a Su Majestad se hacía decir al general Murat que la protesta estaba hecha. Cuanto a la fecha de ésta, el rey no se acordaba del día preciso que llevara, y aun dudaba si fué puesta (307).

Después de este suceso no fué ya dueño Carlos IV de sí mismo; el enemigo echó la red con grande arte debajo de sus pasos, y trecho a trecho la siguió apañando sin que Su Majestad se recelase del camino que emprendía. De la una parte le acosaban a fuerza de rigores y pesares; de la otra, lo adulaban y prodigándole el respeto que no hallaba entre los suyos. ¿En qué podía parar sino en caer a cierra ojos en la sima donde se hundieron juntos padre e hijo? Ambos hacían igual camino lamentable; pero ¿qué grande diferencia en los motivos y en su objeto! ¡Cuán lentamente el uno y cuán de prisa el otro! ¡Qué fácil habría sido todavía contener a Carlos IV con tan sólo avenirse a concederle lo que tan justamente había pedido! Para probar que Carlos IV había hecho su renuncia libremente y de buen ánimo, han mencionado sus contrarios el agrado que siguió mostrando con su hijo aquellos días, agrado verdadero, agrado algunas veces que rayó en la línea del de un humilde súbdito; mas lo que fué virtud y dignidad de parte suya han pretendido interpretarlo, los que tanto le affligieron, en defensa de ellos. Su honor pedía que se mostrase superior a

la corona que perdía, y que no se degradase mostrando ceño y descontento por lo que había hecho, esto por una parte; por la otra obraba en él su afecto todavía al Absalón que tanto amaba, haciendo esfuerzo en atraerle con su resignación y con su agrado, no para poner cobro a su corona, sino para ponerla del modo regular con que debía llevarla, cumplidos con su padre los deberes de que ninguna ley, ni divina ni humana, tenía poder de dispensarle. Mientras mantuvo esta esperanza Carlos IV, y no se la quitaron totalmente, había remedio todavía aun después de estar hecha la protesta: partiendo ya su hijo de Aranjuez para Madrid, le abrazó de todas veras de su alma, le repitió sus ruegos y le siguió desde el balcón con lágrimas de padre, que atriñuveron muchos malamente a envidia y a despecho, y otros, después, haciendo mención de ellas, a la confirmación, por actos subsiguientes y expresivos, de la renuncia que había hecho el 19.

Empero no supieron aprovechar aquellas lágrimas y componerle todo, sino, al contrario, hicieron más espesa la oscuración que colijaba el techo de aquellos tristes reyes decaídos del fulgor del trono, y agravaron más y más la situación desamparada y temerosa en que quedaron, expiados bajamente, rodeados de una guardia sospechosa, sus servidores mal mirados, y hechos correr a cada instante a sus oídos rumores alarmantes, a fin de intimidarlos y obligarlos al viaje que tanto repugnaban. Y en esto llegó Escoiquiz para aumentar los yerros, para mover furios nuevos y desatar las tempestades. ¡Primero su amor propio y su venganza que la patria, el santo sacerdote! ¡Primero todavía que el interés de su discípulo! ¡Ninguna paz—decía—con el tirano!, que así llamaba a Carlos IV, y así llegó a su oído... Y pocos días después fué publicada la *Gaceta* extraordinaria que renovó todas las llagas de aquel monarca atribulado, dándose en ella, en forma de resumen, tal como trabajado por Escoiquiz, una publicación, a su ventaja enteramente y de sus cómplices, del proceso de El

(307) Acerca de esta carta no ha habido nadie que haya dejado de sospechar la suplantación que fué cometida, haciendo decir a la reina que deseaba el rey ver y hablar al gran duque, y darle por sí mismo la protesta que tenía en su poder, lo cual se halla en manifiesta contradicción con lo que poco antes se ve escrito en la misma carta, de que Sus Majestades no querían sino asegurar su existencia en mi compañía donde mejor les conviniese para su salud, sin mandos ni intrigas que jamás tendrían. Aunque el informe atribuido al general Monthion, la protesta del rey y su carta misiva al emperador sean tan conocidas, las encontrarán mis lectores, por si no las tuvieron a la mano, entre los documentos justificativos, bajo los números IX, X y XI con algunas advertencias necesarias.

Escorial, tan puesta en favor de ellos como en deshonor de Carlos IV, sin que pudiese nadie desmentirlos estando en medio de ellos el ministro Caballero, el verdadero promotor de aquel proceso, el que sabía todas las cosas, el que les dió más fuego y el que, por deslucirlas luego y haber vendido a Carlos IV, recibía su galardón en el favor mezquino y momentáneo que le dieron... Y para completar este gran triunfo, tres días después se manda abrirme causa, y es designada la de El Escorial por fundamento principal, y en realidad el único, para formar los cargos que debían hacerse (308).

La impresión dolorosa que hicieron estos nuevos hechos en el corazón de Carlos IV fué tan grande que, sufriendo como estaba un paroxismo de la gota que le tenía casi baldado de la mano, tomó la pluma y escribió a Murat, denunciando como falso y subrepticio el contenido de la *Gaceta* extraordinaria, y reclamando vivamente su favor y el del emperador para que fuesen suspendidos hasta la llegada de éste los procedimientos que se estaban intentando por la nueva corte. Y no se piense que esto lo hiciese Carlos IV tan sólo por librarme; su honor estaba de por medio, como escribió a su hijo aquellos mismos días dándole grandes quejas, y haciéndole patente que aquel proceso, provocado por sus malos consejeros, transcendía a Su Majestad derechamente, y equivalía a ponerle en causa en testa ajena, a mancillar su rectitud y su justicia y a expedirle un pasaporte ignominioso que le atrajese el odio y el desprecio de los

(308) Como se verá más adelante, cuando presente a mis lectores la historia legal y auténtica del proceso intentado en contra mía (no seguido ni aún comenzado después de treinta y dos años transcurridos), el solo instrumento enviado al Consejo de Castilla para formarme cargo fué el proceso de El Escorial. Interpelado en seguida el Ministerio por el mismo Consejo para que le fuesen remitidos los demás documentos y papeles que, después del registro hecho de los míos, pudiesen ser conducentes a la formación del sumario, le fué respondido *no existir más papeles ni documentos que poder enviarle sino la causa ya remitida de El Escorial con los que a ella eran accesorios.*

pueblos dondequiera que fijase su existencia.

La respuesta de Fernando fué vaga y evasiva, dando a su padre por excusa de aquellas cosas que se hacían no estar en mano suya el evitarlas por más que desearse complacerle, y que si instaba tanto porque Su Majestad se retirase a Badajoz, era por conseguir que su presencia tan cerca de la corte no avivase más el fuego de los descontentos; que, por el pronto, su atención estaba dedicada a preparar todas las cosas para el recibimiento del augusto huésped, que de un instante a otro se esperaba; que, en medio de esto, haría cuando pudiese a fin de remediar lo que fuese remediable; y trataría de conciliar las dos partidas de *soberano* y de buen hijo.

Al contenido de esta carta, en que, sin conceder ninguna cosa positiva a Carlos IV, el solo modo de acallararlo era causarle más temores, y esto expresado por un hijo que, hablando con su padre, le mostraba ya tan pronto su calidad de soberano, juntóse y tomó cuerpo con más fuerza la aprehensión que tanto incomodaba a Carlos IV de que intentaban retirarlo a Badajoz para poder a mano salva indisponerle con el emperador de los franceses y oprimirle doblemente con su ayuda. A esta aprehensión dió un nuevo acremento la salida de don Carlos a buscar y recibir al proclamado huésped; y aquel temor llegó a su colmo cuando supo que, en compañía de Escoiquiz e Infantado, se apercibía también Fernando para salir a recibirle adelantándose hasta Burgos. Su Majestad se negó entonces firmemente a su partida a Badajoz, y resolvió pasar a El Escorial, con la intención de estar más cerca para poder hablar a su aliado y deshacer cualquiera intriga que se armase en contra suya y lo expusiese a la persecución de Bonaparte (309).

(309) Nada muestra tanto esta aprehensión tan viva que dominó a los reyes padres como las cartas de la reina, donde apenas se hallará una página en que S. M. no se deshaga en protestas de su adhesión, de la del rey y de la mía, al emperador de los franceses, proponiéndose por este modo combatir las acusacio-

No es mi intento defender el paso errado que dió el rey tomando aquel partido; tanto Su Majestad como la reina, cuando contaban estas cosas, reconocían haber errado, y disculpábanse tan sólo de su yerro por aquella posición tan humillante, tan precaria, tan expuesta y tan aislada en que se vieron sin tener a quién pedir ni auxilio ni consejo. Y otro error aún más grande reconocían Sus Majestades, y fué, ya que resolvieron escudarse con la amistad y la alianza del emperador de los franceses, haber mostrado tan abiertamente sus deseos de retirarse, en vez de haber pedido y reclamado su corona sin moverse de su asiento; pretensión contra la cual no habría podido declararse Bonaparte sin que todo el mundo hubiese dicho que, con la capa de alianza, habían venido sus ejércitos a destronar a Carlos IV y a auxiliar los conjurados. Dignas son de alabanza todas las virtudes, con tal que haya en el hombre a toda hora y en toda circunstancia una potencia superior que sea la reina de ellas y las arriende y rija convenientemente; la virtud mata muchas veces por exceso, y así se vió que la sinceridad, la buena fe y hasta la misma abnegación de Carlos IV contribuyeron a allanar el campo que los conspiradores de Aranjuez habían abierto a la ambición de Bonaparte, o, por mejor decir, donde la despeñaron para ruina suya y para estrago no sólo de la España, sino también de Francia, cuyos trabajos pos-

nes que el partido triunfante podría hacerlos y hacerme de la llamada hecha a las tropas que estaban en Portugal y del proyecto consentido por SS. MM. de retirarse al mediodía a la cabeza de su ejército, dándose ellos el mérito de haberlo impedido, de haber evitado la guerra con la Francia, etc. La gravedad de aquel temor será una disculpa que sabrán dar a la reina sobre aquellas cartas todas las almas bien nacidas, lastimándose de aquella situación tan extraordinaria en que SS. MM. se hallaban, temerosos de todo el mundo y de todas las consecuencias que la revolución comenzada podría traerles si el emperador, en vez de protegerlos, se declaraba su enemigo. La dignidad de reyes no desnuda a nadie de la naturaleza humana, y mucho menos es posible desnudarse de ella a los que, habiendo sido reyes, llegan a encontrarse por debajo de la nuda.

teriores y el hundimiento mismo del Imperio traen su primera fecha de aquel fatal origen.

Y he aquí ahora otra cuestión que merece ser resuelta al ir juntando y enlazando los diversos hilos de esta historia dolorosa: ¿Cuál era la ambición de Bonaparte y dentro de qué límites se encontraba antes que le llegase la noticia tan inesperada de lo que en Aranjuez había pasado? La respuesta a esta pregunta se contiene plenamente en aquella especie de ultimátum que, en 24 de marzo, fué enviado a nuestra corte de su orden, y en que insistía con grande empeño y agriamente en la permuta de las provincias fronterizas por el Portugal entero que intentaba darnos, y en la celebración de los Tratados que tenía propuestos, el uno de comercio y el otro de alianza defensiva y ofensiva (310); pretensión desmedida ciertamente, más pretensión entre la cual y la de apoderarse del cetro de la España había un espacio inmenso. Su manía fija de abarcar en sus dominios lo que por más o menos tiempo había abarcado Carlo-Magno; aquel deseo que lo agitaba de legitimar su usurpación y de constituirse de tal modo que a los que le pidiesen un título legítimo pudiese responderles que no era el sucesor de los Borbones, sino de aquel monarca poderoso de Occidente, cuyo Imperio había restablecido, tal fué la causa y la cuantía de su ambición, ceñida, al menos por entonces, a extender sus fronteras hasta el Ebro, y, de camino, a hacer entrar a España en el jirón de los demás confederados del Imperio. No es de dudar que en su cabeza rodase siempre el pensamiento de acabar con los Borbones, y que acechase el tiempo y la ocasión en que pudiese hacerlo sin dar un grande escándalo en el mundo; mas lo ligaba entonces la fe dada a Carlos IV, hacía apenas cinco meses, constituyéndose garante de sus dominios en Europa:

(310) Este documento se halla contenido entre las piezas justificativas de estas MEMORIAS bajo el número VII con varias notas de mucha importancia. En este mismo tomo, cap. XXXI, se cuenta largamente la historia de las referidas pretensiones.

y esta grande barrera que él mismo se había puesto no le era fácil derribarla, sin grande infamia suya, reinando Carlos IV.

Dios sólo habrá podido perdonar a los que la quitaron de delante y dieron a aquel hombre temerario la ocasión que él no esperaba tan de pronto. Cególe aquella luz que le dió el muro derribado, y si un momento concilió la idea de restablecer a Carlos IV y comportarse a ley de buen amigo y aliado, su ambición devorante y su política andariega, que jamás tomó descanso, dejó a un lado los sentimientos generosos, y se arrojó a probar si en la tormenta levantada podría pescar en agua turbia la corona de la España. La carta, dada a luz después de muchos años por su hermano Luis, según la cual Napoleón, un día después de recibida la noticia de los tumultos de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV, le proponía venir a sucederle, muestra bien cuál fué la hora en que le vino aquella idea descabellada que a él le trajo tanto daños, y a la España tantas penas y trabajos. "El rey de España—le escribía Napoleón—acaba de abdicar la corona, y el príncipe de la Paz ha sido preso. En Madrid había comenzado un levantamiento cuando estaban todavía mis tropas a cuarenta leguas de aquella capital. Sus habitantes deseaban mi presencia, y el gran duque de Berg habrá ya entrado allí con 40.000 hombres. Cierzo como estoy de que no podré tener una paz estable con la Inglaterra sin haber dado un gran movimiento al continente, he resuelto colocar a un príncipe francés en el trono de España, etc." (311).

De aquí se ve con evidencia que nuestro grande baluarte en lo político contra las miras ambiciosas del emperador de los franceses era tan sólo Carlos IV, con quien estaba religada a no poder soltarse sin deshonra inmensa suya por aquel Tratado, el de Fontainebleau, que tanto han censurado mis contrarios, nudo gordiano que, en pos-trer recurso, logré ponerle por delan-

te, y que los hombres de Aranjuez le desataron derribando a Carlos IV.

—Las circunstancias son ya otras—decía a Izquierdo Bonaparte al día siguiente de recibir las nuevas del trastorno obrado en nuestra corte—; yo estoy ya libre enteramente de las obligaciones que contraí por el último Tratado. Mi alianza con el padre no me obliga en modo alguno con el hijo, que le ha tomado la corona en medio de un tumulto. Una revolución, cualquiera que ésta sea, en el gobierno de un Estado, pone en suspenso, cuando menos, la obligación de la otra parte contratante, libre no sólo en tales circunstancias de rescindir los pactos onerosos que se hubiese impuesto, sino hasta de prestarse al reconocimiento del Gobierno o del monarca que la revolución ha producido. Por afección, por simpatía con Carlos IV y también por honor mío, aunque no esté previsto en los Tratados el caso en que nos vemos, mi intención es sostenerlo y hacer volverle la corona si ha sido violentado; pero un Tratado nuevo es necesario: el otro ha fenecido, porque las circunstancias han cambiado, y Carlos IV no puede responderme, como antes, de la unión de su familia ni de la paz de sus Estados. Si resignado a los sucesos prefiere libremente retirarse y abandonar el reino a su heredero, con él no hay nada que me ligue sino la ley común de las naciones; yo estoy en libertad de hacer lo que convenga a mi sistema de política y a la prosecución de mis proyectos contra la Inglaterra. Dado que se aviniese a mis consejos, que me ofreciese garantías cual yo las necesito, y que la nueva corte me inspire confianza, cosa que dudo mucho, podré reconocerle; pero de cualquier modo, o con el padre o con el hijo, Tratados nuevos son precisos.

De esta manera, Bonaparte, suelto cual se estimaba de obligaciones anteriores con la España, dió rienda a su ambición de cada día, o, por mejor decir, de cada hora, buscando en lo imprevisto el cumplimiento de su loca y ruin hazaña; mas no del todo cierto de poder llevarla a cabo cuando, en

(311) *Documents historiques*, publiés par Louis Bonaparte. París, 1820.



la misma carta ya citada al rey de Holanda, le añadía el párrafo siguiente: "Respóndeme categóricamente cual sea tu modo de pensar sobre este proyecto: bien ves que no es más que proyecto, y que, aunque tengo 100.000 hombres en España, puede suceder, por circunstancias que sobrevengan, o que yo mismo vaya directamente y se acabe todo en quince días, o que camine con más lentitud, siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses." Y en otra carta, ya citada muchas veces, en que dos días después daba a Murat sus instrucciones, le decía: "Manejans de tal modo, que los españoles no puedan sospechar el partido que pueda yo proponerme; esto no os será difícil, porque yo mismo lo ignoro todavía."

Mientras tanto, en España, la nueva corte, mal segura de la protección que había esperado, tan larga y anchamente prometida por Beauharnais, redoblaba sus esfuerzos para hacerse grata a Bonaparte; le prodigaba testimonios de amistad la más perfecta y de la devoción más oficiosa (312); le preparaba

(312) He aquí uno de los multiplicados documentos con que aquellos mismos que a mí me acusaron tan descaradamente del sistema político seguido en mi tiempo con la Francia, no dudaron mostrar disposiciones absolutas, y harto superiores a las mías, por lo tocante a la alianza entre las dos potencias; don Pedro Cevallos es quien habla al gobernador del Consejo:

"Ilustrísimo señor: Uno de los primeros cuidados del rey nuestro señor después de su advenimiento al trono ha sido el de participar al emperador de los franceses y rey de Italia tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo a S. M. I. y R. que, animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo más mínimo el sistema político con respecto a la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar más y más los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsisten entre la España y el Imperio francés. Su Majestad me manda participarlo a V. I. para que, publicándolo en el Consejo, proceda el Tribunal a consecuencia en todas las medidas que tome para restablecer la tranquilidad pública en Madrid y para recibir y suministrar a las tropas francesas que están dispuestas a entrar en esa villa todos los auxilios que necesiten; procurando persuadir al pueblo que vienen como amigos, y con objetos útiles al rey y a la nación. Su Majestad se promete de la sabiduría del Consejo que, enterado de los

un hospedaje suntuoso; mandaba levantar arcos triunfales; ordenaba el programa de las fiestas que debían ejecutarse; le remitía la regia espada que ganaron en los campos de Pavía, contra los franceses, nuestros gloriosos ascendientes (trofeo que yo le había negado hacía más de dos años) (313); se hacían reunir al paso del que no llegaba grandes diputaciones de todas las provincias comarcanas, desde Madrid hasta la raya, y por si no bastasen tres grandes de Castilla y un infante para salir a saludarle, los consejeros de Fernando lo arrancan de su asiento, y paso a paso, mientras mayores son los desengaños, y mientras más se aumentan no sólo los motivos de temores que ofrecía la situación, sino además tantos avisos saludables que les vienen, tantos consejos y advertencias de españoles respetables que les salen al encuentro, tantos clamores de los pueblos que

vivos deseos que le animan de consolidar cada día más los estrechos vínculos que unen a S. M. con el emperador de los franceses, procurará el Consejo por todos los medios que estuvieren a su alcance inspirar estos mismos sentimientos a todos los vecinos de Madrid. Dios guarde a V. I. muchos años.—Aranjuez, 20 de marzo de 1808.—Pedro Cevallos."

Tres días después comunicaba el mismo ministro al Consejo, entre otras varias órdenes relativas a la llegada de Napoleón, la siguiente: "Teniendo noticia el rey nuestro señor que dentro de dos y medio a tres días llegará a esta corte S. M. el emperador de los franceses, me manda S. M. decir a V. S. I. que quiere que sea recibido y tratado con todas las demostraciones de festejo y alegría que corresponden a su alta dignidad y a su íntima amistad y alianza con el rey nuestro señor, de la que espera la felicidad de la nación; mandando asimismo S. M. que la villa de Madrid proporcione objetos agradables a S. M. I. y R. y que contribuyan al mismo fin todas las clases del Estado."

Es de notar que al escribirse estas cosas ni aun contestación había tenido el nuevo rey a la carta en que, con fecha de 11 de octubre del año anterior, había pedido su protección al emperador y la mano de una princesa de su Casa, y que el mismo embajador Beauharnais, sobre cuya fe reposaban todos los amigos de Fernando, andaba retirado y se excusaba al reconocimiento de Fernando. ¡A qué ignominia le exponían por tales medios sus culpables consejeros!

(313) Véase sobre esto el cap. XXIV, segunda parte de estas MEMORIAS.

se oponen al viaje, más se obstinan y se empeñan en pasar, no el Rubicón, sino el funesto Bidasoa.

Los que fueron testigos de estas cosas las han contado largamente: yo estaba entonces bajo los cerrojos y candados de aquellos mismos hombres que iban buscando ansiosamente las cadenas de su patria en el favor de Bonaparte, mendigado infamemente; en mi capilla-calabozo, ninguna cosa supe de lo que afuera sucedía, y mal podría ocuparme de esta parte lamentable de la Historia si no es que repitiese lo que todos saben y anda escrito; presentaré tan sólo al buen sentido de los pueblos una cuestión que es digna de tratarse, y en que muy pocos se han parado. ¿Fué ceguedad no más, fué un cálculo mal hecho, y no interés personal suyo, quien decidió a los conjurados de Aranjuez a un paso tan expuesto como ajeno de la dignidad y del honor del que acababan de aclamar por rey de las Españas? No, en verdad y en evidencia; quien gobernó su pensamiento, quien dirigió su marcha fué su interés tan sólo, la posición, el descubierta en que se hallaban si les faltase la sanción del hombre poderoso en quien fundaron toda su esperanza para arrojarle a perpetrar el atentado cometido; aquel temor que concibieron de que el emperador restableciese a Carlos IV, que se desvaneciese el porvenir tan favorable para ellos que se habían trazado, y que justicia fuese hecha con mérito a sus obras. No fué, por cierto, el riesgo de la patria quien los llevó a Bayona, sino el suyo: sabían muy bien, pues habían visto el ultimátum que Bonaparte había enviado; sabían muy bien, repito, que el reconocimiento de Fernando no podría cumplirse sin conceder a aquél cuanto pedía; pero a sus ojos era menos hacer de España una provincia *mediatada* de la Francia, desmembrarla, hacerla concurrir a las empresas y a las guerras del Imperio como las demás naciones que le estaban enfeudadas, y concederle en monopolio su comercio en los dos mundos que exponerse a que reinase nuevamente Carlos IV. Si se quisiese poner duda acerca de esto, hay un testi-

go irrecusable, que es el primer actor de aquel infeliz drama: el mismo Escoiquiz, en su *Idea sencilla*. Fuerza me es reproducir un largo trozo de este opúsculo, donde, intentando su defensa, dejó ver su propio crimen y el de sus allegados. ¡Cuántos que lo han leído habrán dejado de hacer alto sobre esta confesión de parte, tan clara, tan sencilla, tan bien formalizada!

Para justificar, después de referir como un servicio grande su inteligencia y sus manejos clandestinos con el embajador Beauharnais para las pretendidas bodas de Fernando, *partido* (dice página 11) *por el cual no podía Napoleón adoptar un sistema más favorable a sus verdaderos intereses que el de remover a un enemigo declarado* (por mí es por quien lo dice), *adquirir un total influjo sobre un rey amigo, y prepararse en su heredero un aliado inseparable, poderoso y necesario para contrarrestar el despotismo marítimo de la Inglaterra su rival, estrechando su amistad con servicios tan importantes y anticipados y con los vínculos de la sangre*; después de hacer mención de la profunda enemistad que me tenía Beauharnais, y después de escribir en todas letras con la mayor sinceridad (página 18), *que su opinión, conforme con la del Consejo del rey, había sido que las intenciones más perjudiciales que podían recelarse del Gobierno francés eran las del trueque de las provincias más allá del Ebro, por el reino de Portugal, o de una vía militar desde la frontera hasta él, o tal vez la cesión sola de la Navarra*; después de suponer que al rey Fernando se le hacían instancias *mezcladas de amenazas* para salir a recibir a Bonaparte (página 24), lo cual es falso enteramente cuanto a las amenazas, y lo cual no era lo mismo que abandonar el reino y atravesar la raya, poniéndose a merced y sin defensa alguna en manos del tirano; diciendo, en fin, haberse prometido un éxito pacífico y dichoso del viaje proyectado, vuelve luego la hoja y dice de esta suerte (páginas 26 y 27): "Veía, al contrario, que si en aquel estado de crisis y de debilidad se ponía de cualquier modo a los franceses en el caso

de un rompimiento, éstos, asegurados de sacar del rey padre el partido que quisiesen (314) y de dorar su perfidia a los ojos de las demás potencias, con el pretexto, en la apariencia plausible para ellas, por no estar instruidas en la verdad de los sucesos, de sostener a un padre destronado por su hijo, SE ESFORZARÍAN A COLOCARLE DE NUEVO EN EL TRONO, COMENZANDO POR PRENDER A SU HIJO Y ENTREGÁRSELO, lo que no podía evitarse estando éste en Madrid y teniéndole rodeado con tantas fuerzas, de lo que por la resistencia del pueblo y de la corta guarnición española necesariamente había de resultar la mayor carnicería, la destrucción de aquella corte y aun, en tal confusión, la muerte quizá del rey Fernando y de las personas reales que estaban en su compañía; y, aun cuando tuviesen la fortuna de escapar de muerte y de prisión, LA RENOVACIÓN DE LA CAUSA DE EL ESCORIAL (315), la exheredación de Fernando con este pretexto y una guerra civil y extranjera a un tiempo, que no tendrían otro término que la destrucción total de la España; *pues que, no debiéndose dudar que los franceses tendrían el cuidado de hacer separar a la reina del manejo de los negocios, y de hacer seguir en la apariencia la causa del príncipe de la Paz, segregándole para siempre del Gobierno, EL REY CARLOS, QUE NO ERA ABOHRECIDO PERSONALMENTE DE UNA GRAN PARTE DE LA NACIÓN, HUBIERA TENIDO BASTANTE PARTIDO EN ELLA, Y, AYUDADO DE LOS FRANCÉSES, ADEMÁS DE DEVASTARLA, HUBIERA QUIZÁ CONSEGUIDO REDUCIRLA Y ENTREGARLA PARA SIEMPRE AL YUGO DE ÉSTOS.*

Compasión y vergüenza prodheiría

(314) Mentía en esto contra su conciencia el infame, pues sabía muy bien que el pretexto de la conjuración de Aranjuez no fué otro que impedir la partida al mediodía de la España, que tenía resuelta el rey, para evitar y resistir las exigencias de Napoleón y salvar la integridad y la independencia de sus reinos.

(315) De la cual era el reo principal; y de aquí más que de ninguna otra cosa su temor y su interés personalísimo en empujar al príncipe y a toda su corte a Bayona para ganar el favor de Bonaparte.

tan sólo este bosquejo desastrado del ingenio de don Juan de Escoiquiz, a no encontrarse en su contexto más faltas que de lógica de gramática y de frase; infeliz baturrillo de ideas contradictorias sin ningún engarce ni concierto, no escritas de repente ni de prisa, sino a su gran sabor y espacio en medio de una corte donde ocupaba el primer puesto entre los consejeros de Fernando; pero aún excita más la execración y la ira ese tejido absurdo de exposiciones y calumnias contra Carlos IV, no referentes a hecho alguno en que poder fundarlas, sino tan sólo imaginadas contra un rey tan enemigo de la sangre, tan piadoso, tan benigno y tan amante de sus pueblos: se ve claro que el temor de sus delitos lo armó y le hizo producirse de aquel modo contra un rey que le había formado su fortuna con largueza, y al cual, después de convencido de haber traídoramente dirigido al príncipe Fernando contra sus propios padres, y de haberle puesto en relaciones criminales y secretas con el emperador de los franceses, se limitó Su Majestad, por toda suerte de castigo, rey absoluto como era, a retirarlo en un convento, sin tocar a sus empleos, ni a sus honores, ni a sus rentas.

Aquel temor que él pinta a su manera, temor suyo y de sus cómplices, fué, como queda visto, quien le indujo y los indujo al verdadero sacrificio que de Fernando hicieron llevándole a Bayona; y aquel temor fué tal en su alma rea, que poco más allá del texto que he copiado (página 28), osa decir "que el restablecimiento de Carlos IV en el trono hubiera sido *la desgracia más horrible* que habría podido caer sobre la España". Y no se diga que escribía estas cosas en suposición de que, empujando el cetro nuevamente Carlos IV, volvería yo al mando; tan grande es su rencor y tan directo y especial contra el rey Carlos, que, aun dando el mismo Escoiquiz por supuesto que volviendo al trono Su Majestad habría reinado en adelante sin ningún influjo mío, y se me habría apartado para siempre del Gobierno, dice y escribe, sin embargo, que, aun bajo de estas

condiciones, la reposición de aquel monarca hubiera sido para la España la desgracia más horrible, y traza en contra suya el injurioso cuadro que hemos visto, dejando percibir a todo el mundo por tal modo de explicarse que, si a los conjurados pude servirles de pretexto para atacar a Carlos IV, el principal objeto del ataque, por más que hubiesen pretendido paliarlo en los primeros movimientos, no fué otro que aquel augusto anciano, y que la sola mira con que, desamparando el suelo patrio, guiaron a Bayona, fué la de negociar a cualquier precio, pagándolo la España, la impunidad de sus delitos, el reconocimiento de Fernando y el mando deseado.

Para mayor desgracia y para afrenta muy más grande de la España, ni aun supieron revestirse áquellos hombres del noble orgullo de españoles, ni hacer resplandecer aquel sistema de decoro, aquella gravedad y aquel talante superior y circunspecto, tan propio, tan antiguo, tan sagrado entre nosotros, con que podrían haber impuesto algún respeto a Bonaparte, cual le fué impuesto tantas veces con dignidad y con mesura reinando Carlos IV (316). Como nada contaron la majestad de la nación, jamás, en ningún tiempo de la Historia, en ningún siglo doblada al extranjero para constituirse por ajena mano, hecha a elegir sus reyes y a tenerlos solamente de su ley de Estado, con absoluta independencia del resto de la tierra. Después de más de treinta años ya pasados no habrá español alguno que no gima todavía al leer la colección de los decretos vergonzosos y humillantes que fueron expedidos, como otros tantos medios de probar al desdeñoso emperador que el rey nuevo, con la España

toda, sería puesto a su albedrío con tan sólo la licencia que le diese de ceñirse la corona sin ningún litigio, y que le honrase con tenerle por su hechura. Referiré tan sólo alguna parte de estos tristes documentos, no porque me sea grato referirlos, sino para que sirvan de lección en adelante sobre las funestas consecuencias que las usurpaciones traen consigo y sobre el riesgo inmenso que se corre en apoyarlas o buscar su apoyo en el favor y protección de los Gobiernos extranjeros.

He aquí a la letra el Real Decreto que fué dado, motivando la salida de Fernando para recibir a Bonaparte (317): "*El rey nuestro señor acaba de tener noticias fidedignas de que su íntimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona (318), con el objeto más grato, apreciable y lisonjero para Su Majestad, como es el de pasar a estos reinos con ideas de la mayor satisfacción de Su Majestad y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente a la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al muy alto carácter de Su Majestad Imperial y Real que Su Majestad pase a recibirle y cumplimentarle, y darle las pruebas más sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolución de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido y conviene que haya entre estos dos monarcas (319), ha resuelto Su*

(317) *Gaceta extraordinaria de Madrid* del sábado 9 de abril de 1808.

(318) No había llegado todavía ni llegó a Bayona sino seis días después de la fecha de este decreto, en la noche del 14 al 15; la del decreto era del 8.

(319) Yo quiero preguntar aquí, dada la ocasión y como de paso, a los que tanto han censurado la alianza moderada, juiciosa y circunspecta que se había tenido con la Francia durante el reinado de Carlos IV, y entre los cuales el ministro Cevallos fué el primero y más vehemente para vituperarla en su famoso *Manifiesto*, ¿qué podrán decir más que hiperbólico de este decreto, obra del mismo Cevallos? ¿Dirán que esto fué escrito por temor de que Napoleón se negase a reconocer al rey Fernando? Sea así, en efecto, si se

(316) Los que hubieren leído por entero mis MEMORIAS podrán recordar la multitud de hechos históricos y auténticos que lo prueban desde el tiempo de la guerra contra Portugal en 1801, hasta principios de marzo de 1808, en la noble, digna y severa respuesta que fué dada a Bonaparte sobre sus pretensiones del trueque de las provincias fronterizas y de tratados nuevos de alianza y de comercio. Esta respuesta se encuentra en el capítulo XXXI de este tomo.

Majestad salir prontamente a efectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos días, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de esta corte, que tan repetidamente se lo han acreditado, que continuarán tranquilos, confiando y descansando en el notorio celo de sus ministros y Tribunales, y principalmente en la Junta de Gobierno, presidida por el serenísimo señor infante don Antonio, que queda establecida; y que seguirán observando, como corresponde, la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de Su Majestad Imperial y Real, suministrándoles puntualmente todos los socorros y auxilios que necesiten para su subsistencia, *hasta que vayan a los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones*; ASEGUANDO SU MAJESTAD QUE NO HAY RECEO ALGUNO DE QUE SE TURBE NI ALTERE DICHA TRANQUILIDAD, BUENA ARMONÍA Y VENTAJOSA ALIANZA; *antes más bien, SU MAJESTAD SE HALLA MUY SATISFECHO DE QUE CADA DÍA SE CONSOLIDARÁ MÁS. Tendréislo entendido, etc.*"

El mismo olvido del decoro y majestad de un príncipe español, que, de cualquier manera que esto hubiese sido, ocupaba ya de hecho el trono de la España y de sus Indias, se hace sentir y deplorar en aquella humilde carta que los consejeros de Fernando pusieron a su firma para pedir a Bonaparte una respuesta a tantas otras que no la habían tenido, y reclamar su patrocinio nuevamente. En esta carta no se trata ya tan sólo de estrechar los lazos de alianza, sino de pedirle humildemente el reconocimiento que tanto se tardaba, y producir, para lograrle, merecimientos y servicios que no po-

dían probar a Bonaparte sino temor, flaqueza e ilimitado rendimiento. He aquí el texto de esta carta:

"Señor mi hermano. Elevado al trono por abdicación libre y espontánea de mi augusto padre, no he podido ver sin una verdadera pesadumbre que su alteza imperial el gran duque de Berg y el embajador de Vuestra Majestad Imperial y Real no hayan creído deber felicitarme como soberano de España, cuando lo han hecho los de otras Cortes con quienes no tengo enlaces tan íntimos y tan queridos. No pudiendo atribuir la causa de esto sino a que carezcan de las órdenes que les son necesarias, me permitirá Vuestra Majestad exponerle con toda la sinceridad de mi corazón, que desde los primeros instantes de mi reinado no he cesado de dar a Vuestra Majestad Imperial y Real los testimonios más señalados y nada equívocos de mi *lealtad y adhesión* a su persona: que *la primera de todas mis providencias fué la de hacer volver a Portugal las tropas mandadas salir de allí para las inmediaciones de Madrid*; que mis primeras atenciones tuvieron por objeto la provisión, alojamiento y subsistencia de las tropas francesas, a pesar de la extrema escasez en que encontré mi real hacienda y de los pocos recursos de las provincias en que se hallaban aquéllas, y *que no he titubeado un momento en dar a Vuestra Majestad la mayor prueba que podría darle de mi confianza, mandando salir de mi capital las tropas mías para recibir en ella una parte de las de su Ejército* (320).

puede creer que tanto extremo de humillación hubiese sido tolerable. Pero ¿por qué culpar a Carlos IV y a sus ministros de haber entretenido más bien que mantenido, por conservar la España intacta, aquella misma alianza, sin que por ella hubiesen descendido a tales humillaciones y bajezas a que descendió la nueva corte, sino, al contrario, manteniéndola con toda la dignidad que permitían las raras circunstancias de la Europa, y excediendo en esto a todos o a los más de los otros gabinetes del continente?

(320) Conviene observar aquí, aunque no sea sino de paso, que uno de los motivos que alega Escoiquiz en su *Idea sencilla* para disculpar la locura del viaje a Bayona, fué la falta de tropas en que dice se hallaba Madrid y el reino para poder cubrir la retirada de Fernando. Pero ¿a quién la falta de esto si una buena parte de las tropas con las cuales hubiera podido cubrirse la retirada, a saber, las que yo había hecho venir de Portugal y las que formaban la guarnición de Madrid y de toda la provincia, se les mandó, a las unas, volver a incorporarse con las divisiones francesas de Portugal, y, a las otras, ausentarse en su mayor parte de Madrid y de los Reales Sitios, entregándose Fernando en cuerpo y alma en medio de las legiones francesas que ocuparon la capital? Tanto

"De la misma manera he procurado en varias cartas que tengo escritas a Vuestra Majestad ofrecerle cuantos motivos de persuasión han estado en mi mano darle para hacerle ver mis deseos de estrechar de un modo indisoluble, para la felicidad de mis pueblos, los lazos de amistad y alianza que existían entre Vuestra Majestad y mi augusto padre. Con esta misma idea envié tres grandes de mi reino que salieron al

aquel príncipe, a quien el mismo Carlos IV había comunicado antes de los tumultos de Aranjuez mi proyecto y medios de defensa en la retirada que S. M. tenía resuelta a las provincias del Mediodía, como el ministro Cevallos y mi Estado Mayor conocían perfectamente estos recursos, que debieron igualmente ser conocidos por los papeles de mi secretaria, de que se apoderaron. Duchos fueron de aprovecharse de estos medios los hombres de Aranjuez, y de haber alzado en masa la nación para mantener a todo trance su integridad e independencia, e imponer respeto a Bonaparte; pero ellos no quisieron empeñarse en las contiendas que prescribía el honor, y prefirieron mendigar del extranjero la corona de Fernando.

Si aún se quisiese en prueba de esto un testimonio relevante, se hallará en la misma *Idea sencilla*, de don Juan de Escoiquiz (página 172), cuando, refiriendo sus coloquios con el emperador de los franceses, pretende haberle dicho que, en el caso de haber estado ciertos (él y sus amigos) de que su intención era destronar al rey Fernando habrían podido adoptar otro medio.

—¿Y qué medio era ése, canónigo?— refiere que le dijo Bonaparte.

—El de hacer huir secretamente el joven rey— cuenta Escoiquiz que lo dijo y que aquél le preguntó:

—¿Y adónde le habrían ustedes llevado?

—A Algeciras, señor, donde teníamos un pic de ejército y estábamos vecinos de Gibraltar.

—¿Y qué habrían ustedes hecho después?

—Siempre constantes en nuestras máximas— cuenta Escoiquiz que le dijo— de conservar una alianza estrecha, pero decorosa, con Vuestra Majestad, le hubiéramos propuesto continuarla con la condición precisa de que nos volviese las plazas fronterizas y retirarse sus tropas de la España; y en caso que Vuestra Majestad se hubiese negado, le hubiéramos hecho la guerra con todas nuestras fuerzas hasta el último extremo. Tal era mi dictamen si hubiéramos sabido de algún modo sus verdaderas intenciones.

A lo que contestó el emperador:

—Eso era todo lo que había que hacer y lo mejor pensado.

Verdadero o falso, este relato de mi mayor contrario condena su conducta y a mí me justifica.

encuentro de Vuestra Majestad en el instante de haber sabido que Vuestra Majestad tenía intención de venir a España; y para demostrar con mayores pruebas más solemnes mi alta consideración hacia vuestra augusta persona, hice salir después con el mismo objeto a mi muy querido hermano el infante don Carlos, el cual ha llegado a Bayona días hace. Así es que me atrevo a lisonjearme de que Vuestra Majestad habrá reconocido por estos pasos mis verdaderos sentimientos.

"Después de esta sencilla exposición, Vuestra Majestad me permitirá que añada aquí la grande pena que me causa estar privado de cartas suyas, aun después de la respuesta franca y leal que di a la pregunta que el general Savary vino a hacerme en Madrid en nombre de Vuestra Majestad. Este general me aseguró que los únicos deseos de Vuestra Majestad eran de saber si mi advenimiento al trono podría causar alguna mudanza en las relaciones políticas de nuestros dos Estados. Mi respuesta no fué otra que una reiteración de lo mismo que había tenido la honra de manifestar a Vuestra Majestad por escrito, y condescender, además, a la invitación que me hizo de salir al encuentro de Vuestra Majestad en el camino, para hacer más pronta la satisfacción de conocerle personalmente, tanto más cuanto ya había yo anunciado a Vuestra Majestad mis intenciones de hacerlo de voluntad propia. En consecuencia de esto, he llegado hasta mi ciudad de Vitoria, posponiendo los cuidados indispensables de un reinado nuevo que requerían mi residencia en el centro de mis Estados.

"Ruego, pues, a Vuestra Majestad Imperial y Real, con eficacia, que tenga a bien hacer cesar la situación penosa a que me hullo reducido por su silencio, y disipar, por medio de una respuesta favorable, las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufrirían con la duración de la incertidumbre.

"Ruego a Dios, etc., etc. Vitoria, 14 de abril de 1808."

Se encuentra en muchos libros, folletos y diarios la respuesta que con tardanza de dos días dió a esta carta Bo-

naparte, y por hacer más breve esta penosa historia, me ceñiré a copiar algunos trozos, los que basten para notar la obstinación indisculpable con que los consejeros de Fernando lo aventuraron todo: patria, honor, independencia y hasta el culto mismo de aquel ídolo que alzaron por su cuenta para ser sus sacerdotes.

Después de un gran preámbulo en que con muchas precauciones oratorias y en tono de lección o de consejo soltaba Bonaparte ideas amargas y admoniciones agrídules, viniendo luego al punto cuestionable, decía a Fernando de esta suerte:

"Cuanto a la abdicación de Carlos IV, ésta ha tenido efecto en un momento en que mis Ejércitos ocupaban la España; y a los ojos de la Europa y de la posteridad podría parecer que yo habría enviado tantas tropas para precipitar del trono a mi amigo y aliado. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esa abdicación. Lo digo a Vuestra Alteza Real, a los españoles y al mundo entero: si la abdicación del rey Carlos ha sido de puro movimiento suyo, y no ha sido forzado a ella por la insurrección y motines de Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla ni en reconocer a Vuestra Alteza Real como rey de España; y de aquí es mi deseo de hablar (*causer*) con Vuestra Alteza sobre este asunto. La circunstancia que de un mes a esta parte he guardado sobre estos negocios, debe responderle del apoyo que hallará en mí, si sucediese en adelante que las facciones, de cualquiera especie que fuesen, llegasen a inquietarle en su trono."

Después, hablando en la misma carta del asunto de El Escorial, toma un tono severo, y no se abstiene de increparle de esta suerte:

"Vuestra Alteza Real había sido muy culpable, sin necesitarse para mí otra prueba de ello que la carta que me escribió y que siempre he querido ignorar: cuando a su vez fuere rey, sabrá cuán sagrados son los derechos del trono. Todo paso dado cerca de un soberano extranjero por un príncipe heredero es un crimen."

Texto seguido se lee luego:

"El matrimonio de una princesa con Vuestra Alteza Real le juzgo conforme con los intereses de mis pueblos, y, sobre todo, como una circunstancia que me uniría con nuevos vínculos a una Casa a quien no tengo sino motivos de alabar después que subí al trono" (321).

Concluido este período vienen luego, sin transición alguna que con él los ate, los siguientes:

"Vuestra Alteza Real debe recelar-se de los extravíos y de las conmociones populares. Se podría cometer algún asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero las resultas serían la ruina de España. He visto ya con sentimiento que se han hecho circular en Madrid ciertas cartas del capitán general de Cataluña, y que se ha hecho todo cuanto podía exasperar los ánimos. Vuestra Alteza Real conoce, pues, mi pensamiento todo entero, y verá que vacilo entre diversas ideas que necesitan fijarse; puede estar seguro de que en todos los casos me

(321) Esta parte del texto sobre bodas no se encuentra en la publicación de la misma carta que contiene el *Monitor* de 5 de febrero de 1810, del cual tengo un ejemplar a la vista; razón por la cual debe pensarse una de dos cosas, a saber: o que el emperador mandó suprimirle en aquella publicación, o que fué intercalado por don Pedro Cevallos en la que éste hizo de la referida carta en su *Exposición o manifiesto* de 1.º de septiembre de 1808. La falta de ilación que se nota en el contenido de este período sobre bodas con las ideas y frases que le preceden y con las subsiguientes dejan lugar a pensar con alguna probabilidad que Cevallos lo introdujo e intercaló con el designio de hacer parecer menos temeraria la resolución de partir a Bayona después de recibida aquella carta. Yo no prevendré el juicio de nadie sobre esto; pero no creo será inútil para conjeturar la verdad transcribir aquí el texto francés del *Monitor*, donde, apartado dicho período, se encuentra la correlación de ideas que faltaría interponiéndolo. El texto francés está concebido en estos términos: "Votre Altesse Royale avait bien des torts: je n'en veux pour preuve que la lettre qu'elle m'a écrite et que j'ai constamment voulu ignorer. Roi à son tour, elle saura combien les droits du trône sont sacrés. Toute démarche près d'un souverain étranger de la part d'un prince héréditaire est criminelle. V. A. R. doit se défier des écarts, des émotions populaires. On pourra commettre quelques meurtres sur mes soldats isolés; mais la ruine de l'Espagne en serait le résultat", etc., etc.

comportaré con Vuestra Alteza del mismo modo que con el rey su padre. Esté Vuestra Alteza persuadido de mi deseo de conciliarlo todo y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego a Dios os tenga, hermano mío, en su santa y digna guarda."

Una carta de este especie y de este tono, por su solo contexto, habría bastado a cualquier hombre, aun de inferior sentido, para conocer la astucia y la soflama con que obraba Bonaparte, y para buscar vado en tierra propia contra aquel torrente que de tan cerca amenazaba; mas para Escoiquiz y los más de sus amigos fué un bálsamo de vida y de esperanza aquel escrito, y por tal hizo tenerlo a su engañado alumno y a sus ciegos consejeros. Entre los dos peligros para él, según los concebía, de que reinase Carlos IV. o que Fernando aventurase su libertad, su porvenir, su real decoro y los destinos de su patria, parecióle este segundo menos malo, y tuvo por más cuerdo caer en manos del terrible emperador, que en las del piadoso Carlos IV. Juntóse a esto su amor propio, aquella idea tan alta que él tenía de su talento y su elocuencia--de tantos modos desmentida en sus escritos--y se creyó poder vencer con su sabiduría al que a la Europa toda había vencido con su política y sus armas.

Bien habría quizá sido para España todavía que, ya que Escoiquiz se estimase suficiente para tal empeño, no hubiese carecido de aquella devoción hacia Fernando que le debía por tantos títulos, mas de la cual no dió la verdadera muestra, la grande, que debiera haberle dado en aquel caso, corriendo él solo los peligros, si es que peligro hubiera habido para él solo adelantándose a explorar a Bonaparte como enviado de Fernando. ¿Fué que esto no le vino al pensamiento? Probablemente no le vino de su propio instinto; pero otros, sus amigos y confidentes suyos en Bayona, le propusieron esta idea y le rogaron vivamente que él e Infantado, o él solo tan siquiera, fuesen a Bayona a platicar con Bonaparte y a evitar por este medio que la nave del Estado naufragase; faltóle, sin embar-

go, la lealtad para rendirse a este consejo y a estos ruegos. El mismo Escoiquiz, en su *Idea sencilla* (pág. 179), con su sandez acostumbrada, como un medio de defensa suya propia, publicó esta carta de un amigo suyo (322), su fecha el 18:

"Mi más estimado amigo: Así como dije a usted me parecía prudente, en vista de las explicaciones misteriosas, de los diarios, y de los rumores que circulaban aquí generalmente, no hiciesen ustedes novedad en su estancia mientras no esperásemos a descubrir las miras que hubiese hacia nuestra causa, así desde antes de ayer, que empezamos a descubrirlas, dije a usted, y repito, tengo por indispensable la entrevista de nuestro rey con el emperador. *Parece que este señor se ha explicado, extrañando mucho no tan sólo el que no haya ya venido nuestro amo, sino el que no se hayan adelantado usted e Infantado a tratar con él sobre el grande asunto en disputa*". No me es posible entrar por escrito en pormenor alguno; pero, amigo mío, en el día de hoy las cosas están peor que nunca, y el evitar el naufragio de la nave no está seguramente a nuestros alcances. Vengan ustedes, pues, y vengán luego sin perder día ni momento, y "si no se atreven todos a pasar la raya, vengán ustedes dos, o usted, a lo menos, con una carta para este señor, y hálbele al corazón el lenguaje de la verdad; que acaso se podrán evitar por este medio los grandes males que nos amenazan. Esto ruega a usted por el bien del rey, de su familia toda, y por la salud de la patria, su amigo, etc."

Tal es la carta acusadora suya y de sus cómplices y amigos que el mismo Escoiquiz nos revela. Oído tal grito de aflicción y de socorro como el de esta carta, ¿de qué linaje de españoles eran aquellos hombres que, pudiendo ir libremente con honor y con decoro por sí solos a Bayona, no acuden al momento a tantear a Bonaparte y a registrar con ojos linceos el campo peligroso don-

(322) Aunque Escoiquiz calla el nombre de este amigo suyo, se sabe bien que esta carta le fué puesta por don Pedro Macanaz, que pertenecía a la comitiva de don Carlos.



de Fernando era atraído? ¿Por qué se esquivan? ¿Por qué temen, y prefieren que el rey de su elección, el rey amado, vaya a hacer la prueba que ellos sin riesgo alguno pudieron haber hecho? Y cuando riesgo hubiese habido, ¡qué español, cuya virtud y cuya sangre no hubiese decaído de su esencia y de su origen, no se habría aprestado al sacrificio y a la muerte misma mediando aquellos nombres de *salud, de rey y patria* que de Bayona les llegaban! Bastárale leer que era posible hallar remedio al mal que amenazaba, para cerrar los ojos y votarse a todos los peligros no sólo por su rey, mas por la España cuya voz y cuyo nombre habían tomado, de cuya suerte, buena o mala, apoderados del Gobierno, debían serle responsables. Mas no era el rey, no era la patria la causa que servían aquellos hombres, sino la suya propia; y por lección eterna a los que fían en conjurados e imaginan ser servidos generosamente sin ser sacrificados al interés de la conjura, los seductores de Fernando le tomaron como prenda de resguardo de ellos mismos, y le llevaron a partir la común suerte calculando que a su sombra saldrían mejor librados.

"A Bayona", pues, se dió la orden, "y a Bayona todos juntos", cuando hubo sido recibida aquella carta (323).

(323) No se piense por esto que el dictamen de Mañanaz expresado en ella fuese de que Fernando, en suposición de una entrevista suya con Napoleón, hubiese de tenerla tierra adentro de la Francia. En otra carta suya a Escoiquiz, con fecha del día anterior, 17, publicada también por el mismo Escoiquiz en su *Idea sencilla* (pág. 177), le escribía acerca de esto lo que sigue: "Lleva el general carta para el rey, y esperamos sea satisfactoria. Por ella verán VV. que empiezan a mudar las cosas de semblante, y que, puesto que manifiesta este señor deseo de tener su entrevista con el nuestro, convendrá mucho se decida a ello, y que vengan VV. desde luego hasta Tolosa, de donde podrán proponerle que escoja el paraje, día y hora donde haya de ser, valiéndose del mismo general Savary, que volverá con la respuesta. Hemos tratado aquí de ello, y nos parece que podrá convenir sea la primera entrevista sobre el puente de Irún, o en Irún mismo, o en la casa de campo del conde de Torrealta, que está en bella situación sobre el Bidasoa, entre Irún y Fuenterrabía. Aunque conviene no mostrar

No es ya un monarca de dos mundos, independiente y libre, aquel que llevan sus amigos de la mano para salir a saludar un huésped que viene a sus Estados a estrechar los lazos de amistad y de alianza entre las dos naciones, sino un humilde pretendiente, cuya Corona es disputada y va a solicitarla, desarmado, en tierra ajena, del enemigo de su casa (324). En vano se levanta el pueblo de Vitoria para evitar tanto peligro y tanta afrenta; en vano acude la lealtad y el celo de muchos españoles generosos a disuadir de aquel viaje temerario y vergonzante a Escoiquiz y a Infantado; en vano les ofrecen medios ciertos y seguros que tenían dispuestos para salvar al rey Fernando: esta lealtad se vitupera, se rebate, se desecha; en vano, en fin, los esforzados y leales alaveses cortan los tirantes de las mulas, apartan el real coche, y a grito herido claman que no parta el joven rey; los tiros se reemplazan; Fernando parte en medio de los llantos y lamentos de la consternada muchedumbre, y el pueblo fiel es reprendido (no añadiré

*desconfianza, puede insistirse sea hacia la parte nuestra, por evitar la inquietud que en la situación actual tendrá la nación de ver salir a su rey de España a un país donde no estuviese ya reconocido como tal.*"

(324) He aquí, en prueba de esta dolorosa verdad, las dos cartas que, antes de cruzar la raya, fueron dirigidas al soberbio emperador con la firma de Fernando.

La primera, de Vitoria, el 18: "Señor mi hermano: He recibido con la mayor satisfacción la carta que V. M. I. y R. ha tenido a bien dirigirme, con fecha del 16, por medio del general Savary. La confianza que V. M. me inspiró, y mi deseo de hacerle ver que la abdicación del rey mi padre a mi favor fué efecto de un puro movimiento suyo, me han decidido a pasar inmediatamente a Bayona. Pienso, pues, salir mañana por la mañana para Irún, y pasar después de mañana a la casa de campo de Marrac, en que se halla V. M. I. y R. Soy con los sentimientos de la más elevada estimación, etc.—Fernando."

La segunda, desde Irún, el 19: "Señor mi hermano: En consecuencia de lo que tuve el honor de escribir ayer a V. M. I. y R., acabo de llegar a Irún, de donde pienso salir, a las ocho de la mañana inmediata, para conseguir la satisfacción de conocer personalmente a V. M. I. y R. en la casa de Marrac, con su permiso, como lo deseaba mucho tiempo hace. Soy con los sentimientos de la más alta estimación y consideración, etc.—Fernando."

engañado) por el decreto que fué dado de real orden, de esta manera concebido:

"El rey está agradecidísimo al extraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Alava: pero siente que pase de los límites debidos y pueda degenerar en falta de respeto con pretexto de guardarle y conservarlo. Conociendo que este tierno amor a su real persona, y el consiguiente cuidado, son los móviles que le animan, no puede menos de desengañar a todos y a cada uno de sus individuos, de que no tomaría la resolución importante de su viaje, *"si no estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el emperador de los franceses"*, y de que tendrá las más felices consecuencias. Les manda, pues, *"que se tranquilicen y esperen que antes de cuatro o seis días darán gracias a Dios y a la prudencia de su majestad de la ausencia que ahora les inquieta"* (325).

Otros mil testimonios de estos hechos deplorables, verdaderos e increíbles, que podrían llenar un libro entero, los omito por sabidos, y en mucha parte revelados por los actores mismos de la gran tragedia de Bayona (326); referiré uno solo que no es bastante conocido. Contaba el duque de Mahón a sus amigos los debates que en Vitoria había tenido con Escoiquiz, y entre otras cosas singulares refería, admirado, este remate del postrer diálogo que con él había tenido.

Escoiquiz.—Señor duque, tal vez hemos errado en caminar hasta Vitoria; pero a lo hecho, ya buen pecho: no puede usted negar que aquí nos vemos rodeados de más de seis mil hombres, y que si no seguimos adelante, cual se nos ha mostrado ya que lo desea Napoleón, podría enojarse con nosotros y

*ordenar que se nos prenda a todos, y al rey mismo, para entregarnos a su padre.*

EL DUQUE.—Pero ¿le consta a usted que no sea ésa su intención promoviendo este viaje? Si por caso tuviera ese designio, estando ustedes en Bayona no habría modo de evitarlo, en vez que aquí es muy fácil libertar al rey, sin que los franceses lo perciban, de la manera que he propuesto (327).

Escoiquiz.—Amigo mío, del dicho al hecho hay mucho trecho: la huida no es tan fácil; y aun dado que pudiese realizarse, el resultado, cuando menos, de la fuga, sería perder la confianza del emperador, que a Fernando no le reconozca, y que a cuantos le servimos se nos mire o se nos trate como reos. Al contrario, aun concediendo que sus intenciones sean dudosas, *la acción de confiarse enteramente a su Poder es tan heroica*, que, aunque haya concebido o le hayan hecho que conciba en contra de Fernando algunas prevenciones, las depondría al momento que le viese echarse entre sus brazos y hacerle dueño de su suerte. Su alma es muy grande, los antecedentes todos de su vida, que yo he estudiado mucho, no me dejan duda de lo que estoy diciendo; fuera de que, si hace el esquivo ahora, es porque no se piensa que ha influido o que ha tenido parte en los sucesos; mas, no lo duda usted, sus intenciones, tiempo hace, son que Fernando reine; poco antes de partir me lo afirmó el

(327) El proyecto del duque de Mahón era que, tomando Fernando el camino de Bayona, dejando creer a los franceses que se dirigía a aquella ciudad, torciese luego en Vergara por la parte de Durango, y, si quisiese, derechamente hasta el puerto de Bilbao. Además de un batallón del *Inmemorial del rey* de que podía disponer sobre los mismos lugares el duque de Mahón para cubrir el camino, el comandante general de los resguardos del cordón del Ebro, don Manuel Mazón, ofreció también para el mismo efecto el auxilio de todos sus dependientes, que pasaban de dos mil, y cuyos movimientos, por su oficio de guardas de aduanas y salinas, no podían ser sospechosos a los franceses: por cima de esto, y más que todo, se debía contar con el auxilio y apoyo de los leales vizcaínos, prestos a levantarse en masa a la primera voz que les hubiese sido dada. La buena suerte de la fuga era infalible.

(325) Textual, en la segunda *Gaceta extraordinaria de Madrid* del viernes 22 de abril de 1808.

(326) Véanse sobre esto por los curiosos dos opúsculos publicados en Madrid en 1814 por don Pedro Cevallos contra don Juan de Escoiquiz y las notas que éste añadió en la reimpresión de su *Idea sencilla*, respondiendo a Cevallos y al marqués de Manca contra el folleto que este último publicó en Valladolid sobre los asuntos de Bayona.

embajador, y reforzó mi confianza de tal modo que sería temeridad el no creerle.

EL DUQUE.—Señor don Juan, es muy posible que el embajador no mienta, y que, no obstante, no sea cierto lo que afirma; basta leer el *Monitor* del 27 del mes último para dudar, si no del enviado, del hombre que lo envía (328). Si tales son, como usted cree, las verdaderas intenciones del emperador de los franceses, ¿quién le impide seguir los equipajes que ha enviado por delante y cumplir tantos anuncios que de su venida han sido hechos? Si su designio es favorable, aquí podría cumplirlo a su placer enteramente, y hacer cuantos papeles le pluguiese para mostrar que obraba imparcialmente. ¿Qué tiene que temer entre nosotros ese grande hombre con cien mil hombres por delante, y en un país donde le aguardan como amigo de Fernando? Si no entra, pues, debe pensarse que sean muy otros sus proyectos, fatales a Fernando, o fatales, Dios no quiera, para el reino. En fin, señor don Juan, piense usted esto que es muy grave: *Fernando es aquí un rey; pero en pasando la frontera no es más que príncipe de Asturias.*

ESCOQUIZ.—Y rey de España *in petto* para el emperador de los franceses. Yo alabo la lealtad de usted; pero le ruego al mismo tiempo que no nos comprometa por un exceso de su celo, que nos podría perder a todos. No me es posible decir más..., créame usted, señor duque, que tenemos cuantas seguridades podrían sernos deseables; es un asunto concluido, y vamos a Bayona.

Cuáles y cómo fuesen estas seguridades de que hacía Escoiquiz un misterio, él mismo nos lo cuenta en su *Idea sencilla* (pág. 40): "Justamente — dice—

(328) Sin duda el duque de Mahón se refería por esta cita a la segunda edición del *Monitor* del 27 de marzo, que, según cuenta M. Desmarest en sus *Témoignages historiques*, mandó hacer Napoleón, y en la cual, entre otras expresiones bastante graves, se encuentra la siguiente: "Le prince des Asturies monte sur le trône couvert du sang de son père, qui lui a pardonné, il y a peu de mois, ses attentats." Esta misma redacción, cuenta Desmarest que fué enviada en la noche del 26 al *Journal de l'Empire*.

persuadidos el rey y su Consejo por este cúmulo de razones, y por las cartas particulares de los comisionados de Bayona, recibidas en Vitoria en los días 17 y 18 de abril, en que aseguraban las buenas disposiciones del emperador (329), de que no tenía que recelar

(329) El cúmulo de razones a que aquí se refiere quedan ya referidas poco antes, figurando entre ellas muy especialmente el temor de que, desagradando Fernando al emperador, éste se declarase en favor de Carlos IV, y de que a todo mal venir las cosas, aquél se contentaría con exigir el trueque de las provincias más allá del Ebro por el Portugal, o tal vez solamente la cesión de la Navarra, pretensiones que, en cambio del reconocimiento de Fernando por el emperador, las reputaba Escoiquiz y las juzgaban sus amigos concebibles. Las demás razones que aún no hemos referido, y de que hablaba en este lugar, son un panegírico ostentoso del carácter moderado del emperador y de la inviolable fidelidad que, según su modo de opinar, atribuía al emperador; elogio tan desatinado como imprudente que teje Escoiquiz a expensas de la mayor parte de los demás soberanos de la Europa, para venir a parar en que era imposible creer que intentase aquél usar de perfidia con el príncipe Fernando.

Cuanto a las cartas particulares de que habla, recibidas en Vitoria de los comisionados de Bayona, son, ni más ni menos, las que él insertó con los números 4.º y 5.º de los documentos justificativos en su *Idea sencilla*, y que dejamos referidas. En la segunda de ellas, como queda visto, le decía Macanaz que *los cosas estaban peor que nunca, y que el evitar el naufragio de la nave no estaba a sus alcances, rogándole además viniese con carta de Fernando para el emperador, y que le hablase al corazón*, por cuyo medio se podrían evitar los grandes males inminentes. ¿Cómo, pues, dice Escoiquiz que estas cartas aseguraban las buenas disposiciones del emperador sin dejar motivo de recelar la menor perfidia de su parte?

Y, en fin, cuanto a la carta del mismo emperador, ¿quién que la lea con reflexión podrá encontrar en ella ni el más pequeño viso de seguridad? Cevallos mismo, cómplice de Escoiquiz, dice en sus *Observaciones sobre la "Idea sencilla"* (pág. 80) estas palabras: "Yo la leí diferentes veces con deseo de encontrar seguridades, y en su lugar no hallé sino motivos de temor y sobresalto." Y comentando luego dicha carta, concluye de esta suerte: "No se concibe cómo una carta tan atestada de insultos y tan desnuda de los términos del decoro, singularmente entre soberanos, pudo ser considerada por el señor Escoiquiz como preliminar de ventajosos resultados." Esto escribió Cevallos, y con tal conocimiento fué a Bayona; ¡y estos hombres fueron luego proclamados, respetados y ensalzados en España!

la menor perfidia de parte de éste que en su carta convidaba a Su Majestad a venir a tratar amistosamente con él en Bayona, reflexionando que, rodeados, como se hallaban en Vitoria, de ocho mil franceses de infantería y caballería, estaban en sus manos, y que *una noble confianza era la más propia* para sacar partido de aquel monarca, a quien, visto su orgullo, lisonjearía infinito el afirmar la Corona en las sienes de uno de los reyes más poderosos del mundo (330), dando a toda la Europa el ejemplo de reconocerle, asegurarse de un aliado inseparable (331) y atraerse el amor y la admiración española con un acto tan glorioso y desinteresado (332), creyeron que el partido más seguro y ventajoso era el de que Su Majestad pasase a verse con él en dicha ciudad."

No hace aquí mención Escoiquiz de los avisos repetidos que tuvieron de personas fidedignas, entre ellos los del honradísimo joven don José Martínez Hervás, que tan claro les mostró el peligro en que iban a arrojarse (333), los del

(330) Cuando a los hombres faltan pruebas y razones, presentan, en vez de ellas, desatinos y disparates de esta especie.

(331) Vale decir de un rey que regía la España como un teniente suyo que la tendría a sus plantas y a sus órdenes.

(332) Si el reconocimiento era debido, no podía excitar la admiración de España; sólo no siendo justo podía ser admirado.

(333) Cuanto se podía y se debía temer de Bonaparte otro tanto les predijo Hervás, y bien debían creerlo, puesto que el mismo Macanaz y su amigo y compañero cerca de don Carlos, don Pascual Vallejo, en la misma carta ya citada del 17, publicada por Escoiquiz, le decían de esta manera: "El dador de ésta será el amigo don José Hervás, acreedor a todo nuestro aprecio, no sólo por sus circunstancias personales y las de su padre, sino por lo mucho y bien que nos ha servido, trabajando estos días con el mayor ahínco para vencer las grandes dificultades que hemos hallado aquí." Pero aun recomendado de esta suerte por los mismos confidentes de don Juan de Escoiquiz, desechó éste sus avisos, pretextando que era un echadizo de don Eugenio Izquierdo, partidario de los reyes padres y grande amigo mío. Era verdad que Izquierdo había rogado a Hervás que manifestase directamente a quien pudiese, fuese al padre, fuese al hijo, los peligros que amagaban la corona: mas ¿quién podía dudar por esta causa que los avisos dados en propio nombre de Hervás no fuesen verdaderos?

alcalde de Ameyugo, los de Urquijo, los del duque de Mahón, y tantos otros que les dieron los que oían hablar a los franceses alojados en sus casas, que sin ningún rebozo dejaban entender, como por mofa, la locura del viaje. Sobre esto calla, y sólo dice, mencionando los nobles movimientos del pueblo de Vitoria, lo siguiente: "¿Y qué extraño es que, penetrados el rey y su Consejo de tantas y tan sólidas razones como tenían, desconocidas del público (334), para mirar como una locura increíble en el emperador el pensamiento solo de mudar la dinastía de España, no atendiesen a los clamores del pueblo leal de Vitoria, que, movido de la *desconfianza vaga* contra una nación extranjera, quiso oponerse a su partida para Bayona?...". Y más adelante (pág. 43) acaba de esta suerte: "El rey y su Consejo, según la idea que debían tener del emperador, y que entonces tenía todo el mundo, debían creer que, por ambicioso que fuese, no sería tan ciego que se arrojase a una locura que, lejos de traerle el menor fruto, preveían como totalmente opuesta a sus intereses, etc." Contra lo cual, Cevallos, que escribió después dos folletos de *Observaciones* contra la *Idea sencilla*, en el primero de éstos (página 63) escribe de esta suerte: "¿A quién, que hubiese visto a Napoleón a la claridad de tan luminosas noticias que de él se tenían, podía ofrecerse la idea de aconsejar el viaje a Bayona? No se me objete la proclama dirigida a tranquilizar el leal y advertido pueblo de Vitoria; el señor don Juan sabe que no fué obra mía, y que estuve pasivo en ella."

De esta manera, aquellos hombres sin temor de Dios ni de la patria, así cual forajidos que buscan un asilo en tierra extraña para lograr la impunidad de sus delitos, sacrificaron a Fernando, y atravesaron el puente levadizo,

(334) Estas razones que dice, desconocidas entonces del público, son las mismas que después él nos ha revelado, y las cuales, no sin peligro de cansar a mis lectores, dejo mencionadas y juzgadas. Sin duda he sido largo en esto; pero lo he sido porque temo que todavía en España queden muchos que no hayan juzgado a mis contrarios y enemigos.

que no debían pasar de nuevo sino a la vuelta de seis años para eclipsar la inmensa gloria que en ausencia de ellos la España había adquirido, y derramar en ella, como las derramaron, todas las plagas del abismo, aún no acabadas de sufrirse.

#### CAPITULO XXXIV

*Continuación de los sucesos hasta los últimos días del mes de abril. Mi salida del castillo de Villaviciosa y entrega que fué hecha de mi persona a los franceses, sin que hubiese yo tenido parte alguna en la adopción de esta medida ni adquirido por ella mi libertad. Comparación importante entre mi conducta política y la de mis enemigos. Ocasión lamentable que éstos dieron para que Bonaparte se afirmase en su designio de robar el trono de la España, entrando y poniéndose a merced suya en Bayona. La resolución de Bonaparte, comunicada a Fernando en la noche del día 20, anterior, por tanto, a mi salida de la prisión en la madrugada del 21 y a mi llegada a Bayona, cinco días después. Injusticia y mala fe de los que han escrito que fui yo mandado llevar a Bayona por Bonaparte para que le sirviese en su proyecto de arrancar la Corona a los Borbones. Mi situación en el campamento francés, adonde fui llevado el 21. Una carta de Carlos IV recibida por mí en aquel mismo día. Mi llegada a Bayona el 26. Mi posición y aislamiento en las inmediaciones de aquella ciudad. Extraña y funesta reserva que guardó la corte de Fernando no cuidándose de avisar a Carlos IV, ni directa ni indirectamente, de las circunstancias críticas en que su hijo se hallaba. Mi llamada al palacio del emperador, y conversación que tuvo conmigo. Dudas y desconfianzas que me quedaron de la sinceridad de sus protestaciones y promesas en favor de Carlos IV. Observaciones sobre el empeño que con anterioridad a estos acontecimientos había mostrado Murat de restablecer en el trono a Carlos IV. Contestaciones y Convenio de Murat con la Junta de Gobierno sobre este negocio. Soledad absoluta*

*en que se hallaron los reyes padres en El Escorial bajo la influencia exclusiva de Murat. Partida de Sus Majestades para Bayona el 25*

Misericordia fué de la Divina Providencia en favor mío que, mientras tales cosas sucedían, me hubiese yo encontrado entre los cuatro muros donde mis enemigos me guardaban sin ningún contacto con el mundo. A haber yo estado libre, quizá también hubieran dicho que la emboscada en que cayeron fué obra mía, como después de la gran ruina que ocasionaron a Fernando, a la familia real entera y a la España, ellos, que habían llamado a Bonaparte, y le aguardaban impacientes y gozosos, me cargaron las resultas desastrosas de sus traiciones y atentados. Fernando y sus amigos habían entrado ya en Bayona, cuando los ruegos porfiados de los solos amigos inmutables que me quedaban en la tierra, los ruegos de mis reyes, rompieron mis prisiones. A ellos solos les debo la triste libertad bajo la cual, al menos, he podido defenderlos anchamente y escribir estas MEMORIAS. Si hubieran sido obedecidos y acatados un mes antes, el río que desbordaba hubiera entrado en madre por la fuerza misma de las cosas; Napoleón hubiera hallado en posición inaccesible a sus intrigas y a sus armas a un rey a quien, como él decía, mover la guerra hubiera sido un sacrilegio, y con el cual, en actitud independiente, no habrían valido sus intrigas.

¿Quién me dijera a mí un mes antes que en tan pocos días serían llevados en reata por sus propios pasos, indefensos, humildes, suplicantes, mis reyes y mis príncipes, y yo también con ellos, misero proscrito de la patria, porque intenté salvarlos y salvarla? Y ¿quién me hubiera dicho "tú serás testigo de tamaña ruina, y habrás de figurar, mal que te pese, en tan inmensa desventura"?

¡Oh cara patria mía! ¿A quién la culpa de esto? ¿Al que advertido apenas tu peligro buscó el modo de salvarte, o a los que ya advertidos, y desoyendo los avisos mismos y clamores de los pueblos, se pusieron y lo pusieron todo

entre las manos del que con el achaque de amistad y de alianza venía inundando con sus tropas el sagrado de tu suelo? Si ellos se disculparon llamándose engañados y lo fueron, si tan seguros se creían por sus promesas, no podrán alegar que las tuvieron sino por hablas clandestinas, criminales e indirectas sin ningún carácter, sin ningún escrito, sin ningún Tratado, sin ninguna fe jurada. Diversamente de esto, si Carlos IV fué engañado, fuélo mediando Pactos y Convenios solemnemente celebrados y ratificados por la una y la otra parte, que no podían violarse sin destruir abiertamente la fe de las naciones y hacer un retroceso de once siglos al tiempo de los bárbaros. Y este Tratado, al fin de todo, tomando Carlos IV la posición independiente que yo le había trazado, hubiera sido el grande escollo donde se habría estrellado la ambición de Bonaparte. Ellos hicieron vano aquel Tratado destronando a su monarca, y ellos hicieron que él, que pudo y quiso sostener la Monarquía en medio de sus pueblos, y al frente de su Ejército, reconviene a Bonaparte de soberano a soberano, se viese reducido a mendigar su amparo y a arrastrar sus pasos por la misma senda ignominiosa que abrieron a su hijo.

Dirán tal vez algunos que repito lo que he dicho muchas veces; mas yo diré también que mucho más se ha repetido la vulgar calumnia de que yo fui causa de los males que vinieron a mi patria. Fuerza también me ha sido repetirlo, llegado a referir la libertad que me fué dada de la prisión en que caí por un tumulto apalabrado, sin más motivo ni pretexto que haber querido eficazmente salvar mis reyes y mi patria, que ellos, por el contrario, derrumbaron y pusieron al albedrío del extranjero; y esto me queda de consuelo, que no fui por mis pics ni a elección mía, como ellos fueron, a Bayona (donde jamás, teniendo libertad, yo hubiera ido), sino que fui llevado, y que si prisionero fui también de Bonaparte, no fué por culpa mía, sino por culpa de ellos.

Se abrieron los cerrojos que una conjura me había echado, tal vez salí de

un gran peligro; mas sin tener yo parte alguna en el suceso que me sacó de entre las manos de aquellos enemigos, sin haber rogado, sin haber pedido a nadie, y sin pedir a Dios tampoco que me acordase cosa alguna que no me conviniese. Estaba resignado a sus decretos, pronto a la vida y a la muerte cual lo tuviesen ordenado, tranquila mi conciencia, cierto de haber servido a mis reyes y mi patria en cuanto había podido y alcanzado mi lealtad, en tiempos tan acerbos como fueron los años de mi mando, de que tan poca cuenta se ha tenido. ¡Pluguiese a Dios, pues, mas no fué posible, que aun aquello sólo que yo pude, oh patria mía, en beneficio tuyo, y que mi afán continuo había logrado conservarte en reinos y en dominios y riquezas, pudiera ahora juntarse a lo que tantos años te ha costado de ensangrentada lucha con mis enemigos que eran tuyos y no los conocías, y bajo cuya mano todo fué perdido! ¡Cuanto pasó después de mi caída, y cuanto luego se ha sufrido por más de treinta años, ninguna cosa fué obra mía; la fecha de tus males verdaderos ellos la comenzaron, y ellos son quien la alargan todavía!

No es necesario detenerme en referir lo que por tantos se ha contado sobre la resistencia porfiada que hicieron mis contrarios en cuanto a deshacerse de su víctima. Los que tan prontos estuvieron para entregar la espada del rival de Carlos V (trofeo glorioso del gran siglo de la España), y al partir para Bayona marchaban decididos a ceder a Bonaparte nuestras provincias fronterizas de la Francia, vale decir millón y medio de españoles, para obtener su bella gracia: éstos, no obstante, le anduvieron con regates cuanto a entregarle mi persona que era ya poco menos que la nada; pero les importaba en gran manera, mientras hacían esfuerzos para justificarse de sus crímenes, tenerme a mí en los hierros y ganar tiempo hasta alcanzar, como esperaban, el reconocimiento deseado que debía absolver todas sus obras y asegurarlos en el mando, libres después para inmolarme impunemente y completar su triunfo. El desengaño de sus yerros, tan fatales a

la España, vino pronto de su propio peso; ¡peso inmenso! No fué ya la cuestión que ellos pensaban la que les fué puesta sobre si hubiese sido o no legítima la abdicación de Carlos IV, ni sobre las provincias que su adorado emperador podría pedirles para reconocer por rey de España al príncipe Fernando, sino redondamente, en neto, el trueque de la España y de sus Indias por el ducado de Toscana, no en forma de cuestión, sino como resuelta y ya sentada irrevocablemente la exclusión de los Borbones del trono de la España (335)! Aquellos hombres obcecados que temían de mí no malograrse la consumación de sus proyectos si se me abrían las puertas que con tanto empeño me tenían cerradas, viéronlos destruídos por sus propios pies y manos, poniéndose a merced del solo hombre de quien no temían y que era tan temible. Así el mal, el grande mal irremediable, estaba hecho, y la feroz resolución de Bonaparte, confirmada irrevocablemente y de-

(335) Don Juan Escoiquiz, en su *Idea sencilla* (cap. IV), cuenta la resolución tomada por Bonaparte y la primera noticia que tuvieron de ella de esta suerte: "Llegado el rey con toda su comitiva a Bayona al alojamiento que se le tenía preparado, a las diez de la mañana del día 20 de abril del año mencionado, ya con la noticia funesta que sus comisionados en aquella ciudad, a cosa de dos leguas en el territorio francés, le habían comunicado de que la verdadera intención del emperador era la de destronar a la Casa de Borbón en España, recibió a poco rato la visita de aquel hombre pérfido, que duró poco, y en que no se trató sino de cumplimientos." Refiere luego que en la misma tarde, después de pagada por Fernando la visita al emperador, en la cual no se trató tampoco sino de cumplimientos, a él (Escoiquiz) le llamó aparte el emperador, con quien tuvo la conferencia que refiere en el número III de documentos, y en la cual le declaró aquél su determinación de no tolerar que la dinastía de los Borbones ocupase más tiempo el trono de España, y le propuso el trueque de la corona de ésta por la de Toscana. En el mismo capítulo, página 46, refiere otra nueva conferencia tenida con el emperador el día siguiente 21, y cuenta de esta suerte: "Tuvimos por desgracia al día siguiente el dolor de oírle en la segunda conferencia a que nos citó a Cevallos, San Carlos, Infantado y a mí, que, después de bien pensado, había determinado irrevocablemente la mutación de dinastía, y nos propuso de nuevo la compensación de Etruria."

clarada el 20, antes que mi rastrillo hubiese sido abierto. En el capítulo anterior dejamos visto que la primera tentación que tuvo Bonaparte de su alevo-sa fechoría fué un día después de haber sabido las novedades de Aranjuez y la mudanza del reinado; pudo después titubear en su proyecto faltándole las piezas necesarias para el difícil juego que intentaba: tenía Fernando detrás suyo el gran partido que en la nación le habían formado sus amigos, y puesto al frente de los pueblos y la tropa como rey de España, cuya Corona no sufría sobre la tierra vasallaje alguno humano, Napoleón habría tenido que entrar consigo en cuenta muy prolija antes de resolverse a acometerle y empeñarse en una guerra de romanos que podía desbaratarle las ventajas, siempre inciertas y arriesgadas, que en el norte de la Europa había logrado. La incertidumbre de su espíritu, por propio testimonio de los amigos suyos que han contado estos sucesos, era muy grande antes que Fernando hubiese ido a pretender y mendigarle la investidura de sus rei-

En la relación de estos mismos sucesos por don Pedro Cevallos en su *Manifiesto o exposición*, generalmente conocida, se encuentran los mismos funestos anuncios que cuenta Escoiquiz, hechos al rey Fernando en su camino a Bayona por los grandes de España que le habían precedido para saludar a Napoleón; pero sin hacer mención de la conferencia que cuenta Escoiquiz haber tenido con el mismo emperador en la noche del 20, refiere Cevallos que, apenas vuelto Fernando del convite que aquél le había tenido el mismo día de su llegada, llegó el general Savary para declarar que el emperador había resuelto irrevocablemente que no reinase más en España la dinastía de los Borbones, y que la reemplazase la suya, exigiendo aquél que Fernando, en su propio nombre y de toda su familia, renunciase a la corona de España y de sus Indias en favor de la dinastía de Bonaparte.

Así la una como la otra de estas dos relaciones, aunque no enén del todo enformes en las circunstancias accesorias, lo están enteramente en el fondo cuanto al punto de que el mismo día (20 de abril) de la llegada de Fernando a Bayona (fuese por medio de Escoiquiz, fuese por medio de Savary, o por el uno y por el otro) se verificó la declaración hecha, o mandada hacer por Bonaparte, de su resolución de cambiar la dinastía española. Esta fecha, como va a verse, es importante.

nos (336); pero después que llegó a verle tan de cerca y a tenerle en poder suyo dió fin su oscilación, y entonces fué el creer que cuanto imaginaba y deseaba era posible. Vistos los reyes desde lejos, en su altura, y puestos sus ministros por delante de ellos en los negocios diplomáticos, no pierden el prestigio que les da su dignidad y el poder de que son dueños; pero, llegados a abocarse entre ellos mismos, desaparece al punto lo divino, queda tan sólo el hombre, y la ventaja es del más diestro, por lo común del más astuto y más versado en estas pláticas.

¡Qué inmensurable diferencia entre

(336) Nada prueba tanto esta verdad como los pasajes siguientes de su carta al gran duque de Berg, fecha en 29 de marzo: "Le prince des Asturies n'a aucune des qualités qui sont nécessaires au chef d'une nation; cela n'empêchera point que, pour nous l'opposer, on en fasse un héros. Je ne veux pas que l'on use de violence envers les personnages de cette famille; il n'est jamais utile de se rendre odieux et d'enflammer les haines. L'Espagne a plus de cent mille hommes sous les armes; c'est plus qu'il n'en faut pour soutenir avec avantage une guerre intérieure; divisés sur plusieurs points, ils peuvent servir de noyau au soulèvement total de la monarchie."

Más adelante, después de significar a Murat las dificultades que encontraba en declararse por Fernando y el débil lazo que, en su modo de pensar, sería una alianza de familia, le dice de esta suerte: "Je pense qu'il ne faut rien précipiter, qu'il convient de prendre conseil des événements qui vont suivre... J'aviserai ultérieurement du parti qui sera à prendre; en attendant, voici ce que je juge convenable de vous prescrire. Vous ne m'engageriez à une entrevue, en Espagne, avec Ferdinand, que si vous jugez la situation des choses telle que je doive le reconnaître comme roi d'Espagne", etc.

He aquí, pues, que Napoleón estaba incierto de la marcha que debía seguir cuanto a reconocer o no reconocer por rey al príncipe Fernando, y no desconocía que tal podía llegar a ser la situación que le obligase a saludarle como rey de España. Si en vez de conducirlo innoblemente hasta Bayona sus depravados cuanto ineptos consejeros, le hubieran colocado y sostenido en la noble actitud que convenía a un rey de las Españas y a una nación celosa en tanto grado de su honra, Napoleón, él mismo, habría venido, mal que le pesase, a celebrar las fiestas reales. En cuanto a Carlos IV, habría bastado un poco de decoro y miramiento a sus cabellos blancos que aquellos malos hombres no le habían tenido.

aquel hijo poderoso de la Revolución francesa que menecaba el mundo entero, y nuestros príncipes y reyes, si era llegado el caso de estrenarse y de medirse cara a cara con aquel coloso en armas y en política, no la política común que él no seguía, sino *la suya a él solo!* Uno de los motivos que yo tuve para ansiar tan vivamente la partida de los reyes y de la real familia a lo interior del Mediodía, fué mi temor de que, llegados a abocarse Carlos IV y el emperador de los franceses, lo envolviese éste y le arrancase las concesiones tan dañosas para la España que buscaba ansiosamente, siendo muy fácil este triunfo a aquel dominio que ejercía con su locuela, no menos peligrosa que sus armas. Cavallos mismo, el único que hizo algún esfuerzo para impedir la entrada en Francia, una de las razopes que oponía era la insuficiencia de Fernando para poder haberlas y tenerse cuerpo a cuerpo con un hombre como Bonaparte, bajo de su Poder y sin aquel aliento que, a falta de otros dotes necesarios, podía darle la presencia y el arrimo poderoso de sus pueblos; a lo que Escoiquiz, olvidado del interés supremo de su patria, respondió sin sonrojarse, que mientras más cuitado y más humilde le encontrase Bonaparte, más propio y más al caso le hallaría para poner en él su confianza, para adoptarle en su familia, y para hacerse en él un aliado que nunca le faltase (337).

(337) Por si acaso alguno repitiere todavía u oyere decir a mis contrarios que si faltaban a Fernando aquellas calidades necesarias para haber podido hacerse respetar por el emperador de los franceses fué por falta o culpa mía, le rogaré que lea, si no lo hubiere hecho todavía, el capítulo XI de la segunda parte de estas MEMORIAS, donde se refieren los maestros que tuvo el príncipe de Asturias y el empeño hasta cierto punto temerario que yo hice con Carlos IV para que, en lugar de precipitar el casamiento del príncipe, le hiciese Su Majestad viajar por la Europa y tomar el baño que le era tan necesario de nuestro siglo. En aquel lugar, y en otros más adelante, hice también mención de la calumnia que me valió este celo que yo tomaba por la instrucción de Fernando, a quien mis enemigos persuadieron de que aquel proyecto mío no había sido sino un medio que había yo excogitado para alejarle de la corte, debilitarle el cariño de sus padres y buscar camino y medios de usurparle la corona.



Conclusión de todo esto: que yo fui quien acertaba y quien servía a mis reyes y a la España limpiamente, sin atender mis intereses ni los riesgos personales de que me hallaba amenazado por mis furiosos enemigos, cuando con tanto ahínco trabajaba para apartar mis reyes y mis príncipes del contacto y de la garra del emperador de los franceses; que los amigos de Fernando no solamente hicieron de él un instrumento para dorar sus propias culpas de ellos, lo aventuraron en Bayona y pospusieron a los suyos los intereses de la patria, sino que fueron causa de que el emperador se confirmase en sus proyectos y propósitos, y de que dueño de Fernando, de quien había temido que pudiese hacerle frente levantando la nación en masa, pusiese luego en obra lo poco que faltaba, que era atraerse y engañar, a título de amigo y aliado, a un pobre rey caído, abandonado de sus súbditos, incierto de su suerte, no acostumbrado a los trastornos, y con exceso temeroso de las revueltas de los pueblos.

De esta manera es visto y evidente a todas luces, que lo que en Bonaparte, a los principios, antes que Fernando cayese entre sus manos, no fué sino un proyecto eventual al ver venir de los sucesos, cuando logró tenerle en su poder, se convirtió en resolución irrevocable puesta al instante en obra, y que el mal, el grande mal, estaba hecho cuando salió, no a libertad, sino a cambiar de cárcel en Bayona bajo el Poder de Bonaparte, y a figurar en el destierro y en la ruina de mis reyes y mis príncipes, participante en su opresión y en sus desgracias, yo que tanto había ansiado y dado tanta prisa para llevarlos y ponerlos tras el muro inexpugnable donde, en seis años de guerra carnífera y porfiada, se estrelló todo el Poder del grande Imperio. Puestos tenía los tiros para la partida en tiempo hábil, dispuestas ya las tropas que debían cubrir la retirada de la real familia, las unas ya reunidas, las otras en camino, las otras, que después debían juntarse; el núcleo justamente que temía Napoleón, como decía a Murat, que fuese muy bastante para alzar en masa el reino entero y eternizar la guerra; motivo, para mí

glorioso, de la gran ruina en que me hundieron los que buscaron en Bayona la grandeza, el esplendor y el lustre del trono de Pelayo. Callen, pues, tengan pudor, los que dijeron que fui yo conducido para servir a Bonaparte en las renunciaciones que arrancó en Bayona.

Uno de aquellos hombres corrompidos que el emperador llevó consigo para servirle en sus intrigas y maldades, pájaro de reclamo puesto a Escoiquiz para moverle a persuadir al rey Fernando el trueque de la España por la Etruria, como en efecto trabajó por persuadirse, este hombre mismo, el santo obispo de Poitiers que entonces era, y que después, pagado con dinero, me ha calumniado tanto en sus *Memorias sobre la revolución de España* (Dios le haya perdonado). M. Pradt, se explica y cuenta como sigue: "Un día que me permitió hacerle algunas observaciones (a Napoleón) sobre la naturaleza del empeño que traía entre manos, "sí, me dijo, reconozco que lo que estoy haciendo no es bien hecho; pero declárenme la guerra"; y como yo le contestase que no era de esperarse una declaración de guerra por personas trasplantadas fuera de su territorio y privadas de libertad, "y ¿para qué han venido —replicó— gentes sin experiencia, que se han metido aquí sin pasaportes? No es difícil concebir cuánto juzgo necesaria esta empresa, pues que, teniendo como tengo tanta falta de Marina, va esto a costarme los seis navíos que están en Cádiz". Otras veces decía: "Si yo pensara que esto me podría costar ochenta mil hombres, no lo haría; pero es negocio, cuando más, de doce mil; un juego de muchachos. Esas gentes no saben todavía lo que es la tropa francesa: lo mismo eran los prusianos, y a la vista está lo que ha pasado. Créame usted que esto irá vivo. Yo no quisiera hacer mal a nadie; pero, una vez lanzado mi gran carro político, es preciso que pase, y ¡desgraciado del que se atreviese entre las ruedas!" Como esto fué—añade M. Pradt—el fondo de su conversación durante muchos días, etcétera (338).

(338) *Mémoires historiques sur la révolution d'Espagne*, page 109.

Siendo, pues, tal como aquí cuenta este testigo presencial y nada amigo mío, la disposición tan arrojada, tan decidida y tan resuelta en que se hallaba Bonaparte. ¿quién dirá que más tarde pudo añadir alguna cosa mi presencia a sus resoluciones en daño de Fernando? ¿O quién dirá cuanto a mis reyes, que habiendo yo podido, y mas que el carro furibundo ya lanzado me hubiera hecho pedazos, no habría yo sacrificado mil vidas que tenido hubiese por libertarlos y sacarlos de la ruina que les habían causado, y en que ellos mismos se habían puesto los que tomaron su Corona para ir luego a avasallarla y enfundarla al enemigo natural de los Borbones? Pero de cuantos fueron a Bayona no hubo nadie que se hallase en situación tan nula y tan precaria como aquella en que yo estaba, sin tener en derredor apoyo alguno humano, desahumbrado enteramente de las cosas que pasaban, echado en medio de aquel lago sin salida donde nús enemigos se embarcaron y embarcaron los destinos de la España, roto el timón en manos de ellos, y en poder todos del corsario, los que habían ido de su grado, y los que por la fuerza o por la astucia fueron llevados a remolque sobre aquel aguaje. ¿Quién podrá haber de sano juicio que me haga cargo, ni aún por sombra, del general naufragio padecido? ¡Oh! Mi interés, a más del de mi patria (cualquiera puede concebirlo), no era que Carlos IV, mi grande bienhechor, el solo amigo verdadero que en el mundo me quedara, de quien estaba cierto que no me hubiera abandonado en mi desgracia, y que la hubiera reparado a haber podido, renunciara su Corona para vivir en el destierro bajo el poder y albedrío de Bonaparte. No, por Dios, no estaba en esto mi interés, ni nada de esto se encontraba en los antecedentes de mi vida, a contar desde el día mismo en que estrené mi mando haciendo desvivido cuanto en arbitrio humano estuvo a mis alcances y nadie hizo en la Europa por salvar la vida del jefe de la Casa de mis reyes, hasta el día en que, después de haber bregado quince años con feliz suceso por librarlos y librar mi patria del general in-

cendio y destrucción que lloraban tantos pueblos y monarcas, por haber yo querido firmemente poner muros y defensas contra el gran devastador que, hollando los Tratados, venía a acabar con los Borbones y a uncirlos a su carro, perdí a manos de traidores, amigos e instrumentos de aquel hombre torticero, cuanto puede perderse en este mundo, sin quedarme otra cosa, por milagro, que la vida, para llorar a un mismo tiempo mi desastre, y los desastres de mi patria.

Dirán algunos que declamo a cada instante y que piso esta cuerda dolorosa de continuo; pero cualquiera en igual caso haría lo mismo; son las postreras voces que le quedan a un anciano tan duramente maltratado, tan gravemente herido. Vuelvo a seguir la triste serie de estos sucesos postrimeros.

De prisionero en propia tierra, cual lo era el 20 por la noche todavía, cambiadas mis cadenas, al despuntar del alba el 21, halléme prisionero de la Francia y trasladado al campamento del general Govet, en donde abrí mis ojos a la luz del cielo, como un muerto que, salido del sepulcro, se encontraría en un mundo nuevo: sin conocer a nadie, sin ninguno de los suyos, y entre gente extraña armada como una especie de visión del Ariosto. "¿Quién reina?"—preguntaba; los unos me decían que Carlos IV; otros, que el príncipe de Asturias; algunos, que el emperador de los franceses; y algún otro más sincero respondía que no reinaba nadie. Del príncipe Fernando me dijeron, que había salido once días antes, que estaba ya en Vitoria, y que probablemente seguiría a Bayona, donde el emperador había llegado hacía ya cinco días: cuanto a los reyes padres, me añadieron que corría la voz de que Sus Majestades irían también a verse y entenderse con su amigo y aliado; y en cuanto a mí, me respondieron que el emperador, a quien Fernando había hecho dueño de mi suerte, había mandado me llevasen a Bayona.

Era más de mediada la mañana cuando un comisionado de la Junta de Gobierno, y secretario que fué mío, a quien yo amaba mucho, de apellido San

Miguel (del nombre no me acuerdo), vino a traerme alguna ropa y un socorro de dinero, si no me engaña mi memoria cien mil reales. Por él supe que mis bienes y cuanto yo tenía se hallaba secuestrado. Por lo tocante a novedades, la misma incertidumbre que había en el campamento sobre la suerte de la España me dijo que reinaba en todas partes, si bien las voces que corrían y las noticias que enviaban los viajeros de la nueva corte eran muy favorables a Fernando. Contóme los estragos y persecuciones que sufrían y habían sufrido mis amigos, y se ofreció a seguirme adondequiera que los destinos me llevasen. Doy este testimonio a su amistad tan noble como rara en aquel tiempo de peligros y asechanzas.

Más tarde atravesó a lo lejos el general Murat, y sin bajar a verme, dejó y mandó que me entregasen una carta que para mí traía de Carlos IV. Venía esta carta abierta como Su Majestad se la había dado sin querer cerrarla, y su tenor era a la letra como sigue:

"Incomparable amigo Manuel: ¡Cuánto hemos padecido estos días viéndote sacrificado por esos impíos por ser nuestro único amigo! No hemos cesado de importunar al gran duque y al emperador, que son los que nos han sacado a ti y a nosotros. Mañana emprendemos nuestro viaje al encuentro del emperador (339), y allí acabaremos todo cuanto mejor podamos para ti, y que nos deje vivir juntos hasta la muerte, pues nosotros siempre seremos, siempre, tus invariables amigos, y nos sacrificaremos por ti como tú te has sacrificado por nosotros,

*Carlos."*

Yo sé bien que habrá no pocos todavía que censuren y condenen esta amistad de rey tan poco usada, tan rara en las historias; si bien, no muchos años antes, Carlos III, con mejor suceso que su hijo, salvó también de un gran peligro, en medio de un tumulto furibundo, a otro ministro suyo a quien amaba con extremo: tal vez habrá también

(339) Sus Majestades no pudieron luego partir hasta el 25.

alguno que tache de jactancia la publicación que hago de esta carta; no ha sido tal mi intento, ni yo la publicara si su contexto, en todo semejante a la correspondencia, tan sabida y conocida, que los reyes padres siguieron con Murat, no confirmase plenamente lo que en el capítulo anterior dejé sentado con harta pena mía; es, a saber, el inocente error que cometieron en no haberse mostrado codiciosos de tomar de nuevo la Corona, y en dejar ver aquella propensión en que se hallaban de buscar su paz y de evitar conflictos nuevos. La soledad y la tiniebla en que se veían, la incertidumbre de su suerte, aquel estado de abandono en que se hallaron sin declararse nadie en favor suyo, y la actitud violenta y aterrante que ofrecían los pueblos, son una grande disculpa de aquel apocamiento de su espíritu y del error que padecieron: error, como ya dije, que abrió a Napoleón un medio más y una esperanza más segura de ganar su inicuo juego, siendo, como lo ha sido en todo tiempo, muy más fácil sorprender la buena fe del inocente, y burlar la confianza del que no sospecha. Y he aquí toda la luz sobre el estado de las cosas con que partí del campamento aquella noche, vale decir, sin otra luz por parte de mis reyes que la de aquella carta; de la cual era muy fácil deducir que Sus Majestades no aspiraban a otra cosa que al retiro (340). Así lo concebí, y así llegué a la quinta donde me alojaron en las inmediaciones de Bayona sin tener

(340) Es de advertir en este lugar que, aunque el día 17 de abril fué entregada por Murat al infante don Antonio una carta de Carlos IV en que le declaraba que su abdicación había sido forzada y que era su voluntad volver a tomar las riendas del gobierno, fué convenido entre el gran duque de Berg y la Junta, presidida por el infante, que aquel documento quedaría bajo un inviolable secreto todo el tiempo que tardaría Su Majestad en trasladarse a Bayona, sin que, entre tanto, practicara ningún acto en calidad de soberano. Nadie sabía, por tanto, cosa alguna de esta grave ocurrencia sino los que estaban en el secreto, razón por la cual no es extraño que mi secretario San Miguel, que no podía saberlo, no me hubiese hablado de ella.

De esta carta de Carlos IV a su hermano hablaré en su lugar, más adelante.

más nuevas, y sin haber oído sino palabras sueltas y embecidas de los que me escoltaban, bastantes, sin embargo, para temer y presentir un grande aumento en las siniestras intenciones del emperador de los franceses. Mi respuesta a Carlos IV fué de gracias solamente sin mezclar en ella especie alguna de política, enviándosele abierta como la suya había venido.

No olvidaré jamás el día (día 26 de abril) en que llegué a aquel campo de Bayona, tan distante y tan diverso del que un mes antes, poco más, tenía yo preparado para salud de nuestros príncipes. La oscuridad de la prisión de donde había salido no me causó tanta congoja como aquel sol de primavera tan radiante que bañaba los horizontes extranjeros, donde tenía de decidirse sin defensa alguna nuestra, bajo un poder el más violento y más desahogado de la tierra, la suerte de mi patria; no que yo recelase hasta qué extremo llegaría la audacia y la perfidia de aquel hombre sin consejo y dementado por la gloria que nos tenía la acción ganada; mas yo no vía salida ni transacción política posible, ni con el rey, ni con su hijo, que no hubiese de costarnos inmensos sacrificios. No había a quién preguntar ni a quién poder fiarse, sujeto todo como estaba a la redonda a una severa policía, mi alojamiento rodeado de una guardia, de honor en la apariencia y en el nombre, mas, sin poder dudarse, de observación también y vigilancia, con más los individuos destinados a mi servicio y asistencia, que, a fuerza de atenciones oficiosas e importunas que me prodigaban, parecían guardarme a vista. ¡Oh! Si Cevallos, cuando llegué a Bayona, teniendo en más su patria que los rencores del partido a que se había votado, me hubiera dado aviso, como pudo, de lo que pasaba (341), y viendo ya perdida

la esperanza de salvar el cetro en manos de Fernando, hubiera vuelto en sí para buscar el modo de salvarlo en manos de su padre, no hubiera sido fácil que a Carlos IV lo engañara Bonaparte, ni que lo hubiera entretenido tan alevosamente con promesas y protestas de volverle al trono hasta la hora y el momento en que ofuscando su razón logró arrancarle, de sorpresa y de repente, la Corona. Mas no fué así, no lo quisieron, y quizá ni aun lo pensaron. La ceguedad de aquellos hombres llegó hasta el punto de creer que en sus enormes pretensiones no intentaba Bonaparte sino trabajarlos y molerlos para sacar un buen partido de Fernando. Este es un hecho referido paladinamente por el mismo Escoiquiz en su *Idea sencilla* (pág. 49), en donde narra de esta suerte:

“Sería—dice—inútil entretener al lector con todas las ideas ingeniosas, extrañas o triviales, con todas las disputas y cuestiones que ocurrieron en una colección tan numerosa de votantes (342); pero lo cierto es que las razones que probaban cuán perjudicial era para la Francia y para el emperador mismo, el proyecto de destronar a Fernando, parecieron a todos tan fuertes, que, como anteriormente lo he insinuado, la mayor parte, y entre ellos el ministro de Estado Cevallos, Labrador, Vallejo, Onís, y Bardají, no sólo se lisonjearon, sino que se obstinaron con tal empeño en sostener que el emperador no podía pensar, ni pensaba seriamente en destronar a Fernando, que cuanto hacía no tenía otro objeto que el de sacar el mejor partido posible de él, y que si se le paraba firme no sólo no exigiría las provincias de la orilla izquierda del Ebro, sino aún la Navarra, contentándose a lo más con alguna de nuestras colonias, que aun a los que estábamos ya más desengañados y más repotos de tan agradables esperanzas, nos hicieron titu-

(341) El mismo día de mi llegada, por la tarde, vinieron juntos a verme el duque de Frías y el conde de Fuentes; pero ni una sola palabra me hablaron de política, ni yo me atreví a preguntarles, notando su reserva, no fuera que pensasen que yo quería explorarlos. Esta ocasión y otras muchas, a haber querido Cevallos, pudiera haberlas aprovechado para

poner de acuerdo las dos cortes, y que ni Carlos IV ni yo nos hubiéramos hallado a ciegas de las pretensiones que el emperador había agitado y agitaba con Fernando.

(342) Había aquí del Consejo que formó Fernando de todas las personas más distinguidas de su comitiva.

hear. El efecto de este *sueño, hijo del cielo y de la rectitud del juicio*, fué el pasar en vivas contestaciones con el emperador y sus ministros los pocos días que mediaron hasta la venida de los reyes padres. En la noche que precedió a su llegada, llamado por el emperador, me encargó dijese al rey que todo trato con él estaba ya concluido, y que en adelante sólo trataría con su padre, noticia que disipó enteramente la ilusión de aquellos buenos españoles", etc.

Aún era tiempo todavía cuando salieron de este engaño para haber avisado y prevenido a Carlos IV contra los designios que Napoleón había mostrado. La historia ofrece casos a millares de enemigos generosos o prudentes que han sabido reunirse amenazados de un común peligro, y se han reconciliado, o puesto al menos tregua a sus enojos y a sus pretensiones encontradas, mientras duraba aquel peligro. No eran ya las personas, sino la cosa misma disputada o disputable lo que corría más riesgo; nada importaba en tal apuro quién fuese en fin de cuentas el que llevase la corona, sino que la dinastía borbónica no fuese despojada. Cuanto pasó en Bayona raya en lo increíble, y una de tantas cosas increíbles—en que ninguno, que yo sepa, se ha parado—fué que entre las personas que formaban la numerosa comitiva de Fernando, no hubiese habido nadie que practicara estos oficios para alumbrar a Carlos IV en tiempo hábil, y promover y concertar el interés común de padre e hijo poniéndoles de acuerdo no sólo por servirlos, sino por servir la patria en cuyo amor debían ahogarse y extinguirse todas las quejas y rencillas de una y otra parte. Mas las pasiones dominaron de tal modo a los amigos de Fernando, y tanta fué la ceguedad de aquellos hombres, que a Bonaparte le dejaron proseguir a su perfecta anchura sus planes maquiavélicos, abandonando a su fortuna, buena o mala, a aquel anciano inadvertido del peligro que corría y que ellos solos conocían. Yo me encontraba tan distante ni aun de sospechar lo que pasaba, que, en mi manera de juzgar, era Fernando el que ganaba la

partida. si bien Napoleón, queriendo hacer alarde de imparcialidad y limpieza en los sucesos ocurridos, se habría tal vez propuesto que en presencia suya y bajo formas regulares, proporcionado a Carlos IV un buen retiro honroso, a su contento, ratificase su renuncia.

De esta manera de pensar me hallaba yo, cuando al siguiente día por la mañana paró en mi puerta un coche del emperador para que fuese a verle: partí, y encomendéme a Dios y le pedí que me ahumbrase. Napoleón me recibió de buen semblante, y pareciendo condolerse al ver mi herida de la frente, no bien cicatrizada todavía, hizo una exclamación, diciendo:

—¡Eso es cruel y es un ultraje, aún más que a usted, al soberano a quien servía!—después, con tono afable, prosiguió diciendo—: En fin, ya está usted libre y habrá usted visto que yo no era su enemigo: una de las ofensas que me ha hecho ese partido de vuestro príncipe de Asturias ha sido haber pensado que yo podría alegrarme de la conducta que ha tenido contra el ministro de un monarca tan digno de respeto, y tan querido mío. No es esto disculpar a usted de haber mostrado tan poca confianza en mis designios; sabía mejor que nadie los peligros de que estaba usted cercado en una corte socavada por las intrigas de Inglaterra, y había querido libertarle de ellos formándole un Estado independiente, y haciendo no sirviese por más tiempo de pretexto a los manejos que trían los revoltosos para precipitar a Carlos IV. No quiero yo afligir a usted; pero le digo en buena paz que me ha hecho muy mal juego esa aprensión de que usted ha adolecido en todo tiempo sobre mi política. ¡Oh! Mi política era grande, muy favorable para España: yo no podía decirlo todo, y había llegado a persuadirme de que usted tendría más confianza, constituyéndome garante, cual lo hice, de los Estados y dominios de la Monarquía española. Dirá usted que después de esto he pretendido la agregación de tres provincias al Imperio; pero yo daba a ustedes seis, con el aumento de casi dos millones de habitantes, con una capital como Lisboa: el Miño, el Duero, el Tajo y

el Guadiana enteros por la medianería del Ebro solamente, y el litoral completo del Océano por el solo golfo de Gascuña. ¡De cuánta gloria hubiera sido para usted ponerse de mi parte, en vez de haber querido hacirme guerra, y de haber dado a sus contrarios la ocasión que no tenían ni habrían tenido de perderle!

—Señor—le respondí—, después de dar las gracias a Vuestra Majestad Imperial y Real por la bondad que se ha dignado usar conmigo, sin que esas quejas que tenía de mí se lo hayan estorbado; tanto por el respeto, como por la gratitud que debo a su augusta persona, le ruego que me oiga y me permita derramar mi corazón en su presencia: mi regla ha sido siempre la verdad, y en la ocasión presente debe serlo más que nunca. La alianza con la Francia en interés recíproco ha sido siempre mi sistema no sólo por afecto, sino también por convicción de que, bien correspondida y observada de ambas partes, preservaría a mi patria, como hasta de presente ha sido visto, de los males y destrozos que han sufrido tantos pueblos. La conservación del trono en la familia augusta que lo ocupa, y la de sus Estados de dos mundos, ha sido sólo, y no era poca, en tiempos tales como los presentes, toda la ambición de mi política. Esta segunda parte era el empeño grande y la idea fija que dominaba a Carlos IV, conservar y mantener la España entera como la había tenido de su padre. Era mi rey, le merecía su entera confianza, y yo debía llenarla a todo precio sin aventurar ninguna empresa, ninguna transacción, ningún concierto que pudiese defraudarla. Señor, la integridad de España, la reunión de todas sus provincias bajo un solo soberano, y el ser que tiene de nación, había costado muchos siglos de discordias y guerras intestinas; volver a verla desmembrada, quitar el nombre de españoles a los que tanto se gloriaban de llevarlo, hacer un truco de vasallos fieles y leales por un pueblo que, al contrario, detestaba nuestro nombre y nuestro yugo, era pedir a Carlos IV que se arrancase las entrañas. El sentimiento nacional y la lealtad de mi concien-

cia me inspiraban de igual modo, sin ser dueño de pensar de otra manera; y Vuestra Majestad podrá creer que no habrá un español en todo el reino que piense de otra suerte..

—Se engaña usted—me replicó Napoleón interrumpiéndome—; si yo quisiera, me bastaría tan sólo una sonrisa de favor al príncipe de Asturias para reunir esas provincias a mi Imperio, y sin volver por ellas nada.

—Yo lo concibo fácilmente—proseguí—; mas Vuestra Majestad comprenderá con su alto juicio que esa disposición accidental, de mera circunstancia, no informa la verdad de lo que voy diciendo; y con arreglo a ella, mi consejo al rey...

Napoleón me interrumpió segunda vez con su viveza natural, y sin dejarme tiempo de acabar mi frase, la acabó él mismo de esta suerte:

—Quiero quitar a usted la pena de decirlo: su consejo de usted fué hacer una cuestión de paz o guerra de la conservación de esas provincias, y resolverla puesto en armas.

—Cuestión de guerra—respondí—no hubiera sido nunca por su parte, persuadido como estaba Carlos IV, y yo igualmente, de que en el alma grande y generosa de Vuestra Majestad no podía caber hacérsela; y mucho menos era su intención ni mi consejo provocarla, sino tratar y discutir en plena libertad, cual convenía a su dignidad y a la razón de Estado, tan graves intereses, y disipar las dudas que Vuestra Majestad, mal informado, podría tener de su política, como también las propias suyas por las especies y las voces tan siniestras y alarmantes que la perfidia derramaba en todas partes para afligir y hundir su espíritu. La guerra hubiera sido una calamidad para la España, y un grande escándalo a la Europa; Su Majestad quería evitar estos dos males, y entenderse dignamente con su antiguo amigo y aliado como los soberanos deben entenderse en tales casos. Sabía yo, en medio de esto, que era yo el gran pretexto y la palabra convenida de los que conspiraban, y quise retirarme muchas veces, y le indiqué a Su Majestad personas fieles a quien podía prestar

su confianza; mas nunca pude conseguirlo: Vuestra Majestad podrá saberlo de su propia boca. En cuanto a los Algarbes, yo había pedido al rey los aceptase para uno de sus hijos no porque fuese yo capaz de tener en poca estima la situación tan ventajosa que Vuestra Majestad se dignó hacerme, sino por el temor de que dijese en mi patria que un don de tal cuantía podría ser precio de servicios indebidos o culpables. Yo no ignoraba mi peligro, el cual crecía por días y por instantes, tanto mayor, cuanto los conjurados suponían y hacían creer que estaban altamente protegidos; pero Su Majestad me retenía con el mayor empeño, y mi deber era servirle y defenderlo. Mi vida, mi fortuna, el ser de hombre, todo lo había votado a un rey que con tan grande amor me había adoptado en su familia; y aun sin contar tan grandes beneficios que me ha hecho, por él hubiera dado y daría siempre hasta la postrer gota de mi sangre. Si hubiera sido yo francés, y Vuestra Majestad me hubiera honrado y admitido en su servicio, hubiera hallado en mí la misma devoción que tengo a Carlos IV. Vuestra Majestad, señor, tan alto apreciador y tan buen juez de los hombres públicos, me hubiera despreciado y reprobado si hubiese yo tenido otra conducta.

—Yo le hago a usted justicia—me contestó el emperador—, en cuanto a su lealtad a Carlos IV; yo también quiero que sea ciega y absoluta en las personas que me sirven; pero no puedo perdonarle una gran falta, la de no haberme comprendido... ¡Fatalidad! Yo envié a Beauharnais, que, en vez de practicar mis instrucciones, se volvió un hombre de partido... ¡Jamás! ¡Jamás!, tenga usted cuenta, volveré a emplearlo... me ha faltado quien explique y quien orille en vuestra corte mis intenciones y proyectos. Pero, a pesar de todo, yo no renuncio a ellos. yo hablaré con Carlos IV; mi intención es sostenerle y hacer venir personas que nos ayuden a entendernos y a marchar en derecho a los destinos tan gloriosos que yo preparaba a vuestra patria...; y usted también es mi deber que vuelva

a España, a ese país que es tan difícil de comprender y gobernar, y que usted ha preservado de tropiezos y vaivenes en los días malos de la Europa.

—¡Oh! Cuanto a mí—repuse—, Dios me libre; yo he concluido mi carrera; el que después de haber sufrido ya un naufragio volviera a embarcarse, no tendría razón para quejarse de Neptuno si padeciese otro desastre. Un puerto si lo hallo, y no estar más al blanco de las intrigas y calumnias de mis enemigos interiores y exteriores, es todo a cuanto aspiro.

—Sobre eso ya veremos—prosiguió el Emperador—; su rey de usted llegará pronto: ¿Qué piensa usted? ¿Se encontrará bastante firme para empuñar de nuevo el cetro?

—Señor—le contesté—, no me es posible adivinar de qué manera se hallará su espíritu después de los sucesos tan terribles que han mediado. De una tan sola cosa me es dable responder, que es, de su amor inalterable para con los pueblos que Dios le ha confiado, y que este amor es superior al de sí mismo en todas cosas, como lo tiene bien probado en su sistema de política de que la Francia es buen testigo, y cual la España, tanto tiempo libre de las calamidades de otros pueblos, lo ha tocado. Este amor esencial que lo domina y en que tiene tanta parte la rectitud de su conciencia, me hace pensar que si Su Majestad comprende que el bien de España lo requiere, tomará de nuevo la corona; y, mas que sea de espinas, sabrá llevarla, sin dolerse, noble y dignamente; pero que si colige que la tranquilidad y el interés del reino piden que su hijo conserve la corona, no opondrá ningún impedimento.

—Acercas de eso—replicó Napoleón—, yo seré quien le oponga: jamás el que ha invadido los derechos y el respeto de su padre y soberano encontrará lugar en mi familia, ni tendrá el cetro, por mi voto; sería muy mal ejemplo: pues, ¿qué, no hay más sino que una gavilla de traidores se entre una noche en mi aposento para obligarme a que renuncie y apoderarse del Estado? El príncipe de Asturias se ha hecho indigno de ser rey.

Pero, señor—le dije—, la falta de experiencia, la sugestión continua que ha sufrido largo tiempo lo disculpan. No sólo no le miro como causa de lo que ha pasado, mas ni aun como instrumento; el príncipe no ha sido, como yo, sino un pretexto con que sus seductores han cubierto la ambición que los movía.

—Diga usted la Inglaterra y dirá bien—replicó Napoleón—; al príncipe de Asturias lo han perdido, al rey le han puesto en situación muy crítica, y a mí en un compromiso en que mi honor padece, pues se creará que, hallándose mis tropas derramadas en el reino, han alentado y protegido esas infamias. ¿No tendrán los ingleses buen cuidado de decirlo?

—Mas Vuestra Majestad—repuse— está por cima de todas las mentiras; y ¿quién podrá creerlas, si Vuestra Majestad, reconciliando al hijo con su padre, y al padre con su hijo, pusiere fin a esos disturbios?

—¿Querría usted que reinase el príncipe de Asturias? me preguntó Napoleón con algún tanto de soflama.

—Lo que mejor convenga a la quietud, a la felicidad y a la grandeza de mi patria, siendo al contento de mis reyes, eso es lo que deseo. No seré yo quien les dé quejas contra el príncipe Fernando, ni quien atice y sople la discordia levantada; mi corazón no siente ni el más pequeño lipo en contra de Su Alteza; es hijo de mi rey: soy como el can que ama a los hijos de su dueño, aunque éstos le maltraten; por él también daría la vida.

—Están ustedes quitos—me contestó Napoleón con tono irónico—; él me ha ofrecido la de usted como la concesión más ancha que pudiera haberme hecho en este mundo.

—Y, sin embargo—dije entonces—, no es su culpa. Su voluntad yo la concebí de esta suerte, la que era propia suya, bien diferente de la ajena que sufría y que probablemente está sufriendo sin pensarlo. Yo hubiera perecido si Su Alteza, en los azares del tumulto, no me hubiese libertado del furor de su partido. La voluntad con que lo hizo debo pensar que fué la suya, y a

esto me atengo, por lo menos para serle agradecido. Cuanto Su Alteza hubiese después hecho o decretado en contra mía, no es para mí obra suya, sino de sus amigos, que o me debían hacer pasar por delincuente, o dejar ver que ellos lo eran.

—Diga usted cuanto quiera—siguió Napoleón—, yo no veo más en cuanto dice que la fidelidad de usted hacia sus reyes y sus príncipes; ella es el gran principio de las Monarquías y el que yo aprecio, sobre todo en las personas que me sirven. Pero ahora, hablando sin rodeos, ¿qué piensa usted de la renuncia?

—¿Qué puedo yo, decir a Vuestra Majestad—le respondí—sobre una cosa de la cual no soy testigo ni de vista ni de oídas?

—Una renuncia—prosiguió—que ha sido hecha en medio de un tumulto; desamparado Carlos IV por su guardia, consternado, sin apoyo en sus ministros...

—Yo creo—le contesté—que, habiendo sido de esa suerte, Su Majestad está en el caso, ya fuese de anularla, o ya de confirmarla libremente.

—Y ¿qué idea tiene usted—continuó—sobre la fuerza del partido que sostiene al príncipe de Asturias?

—Al modo—dije—que un enfermo, cuando se alargan sus dolencias, se consuela con mudar de médico, así también los pueblos se consuelan muchas veces cuando el poder muda de mano. La España sufre por la guerra, menos a la verdad que otras naciones; pero padece mucho en la obstrucción de su comercio y en los recursos que le faltan de sus Indias. Los amigos del príncipe de Asturias han hecho concebir a la nación que los trabajos que sufrían tenían su causa en el Gobierno y que sus males cesarían si el príncipe reinase. El nombre de *Fernando* es en España un talismán de mucha fuerza; hemos tenido grandes reyes de este nombre, y esto alimenta el entusiasmo, los deseos y la esperanza entre la muchedumbre. A más, se ha hecho creer que yo era un enemigo del príncipe de Asturias, y que quería privar la España del logro de este príncipe, que excedería en vir-



tud y en gloria a sus antepasados de igual nombre. Por este medio le han prestado una gran fuerza popular, que en la ocasión presente habrá tomado un grande acrecimiento. Vuestra Majestad verá muy claramente que le hablo la verdad, y que mi objeto es orientarle y dar luz a su política en el conflicto doloroso que han producido los sucesos.

—Pero yo quiero saber más—insistió Napoleón—; ¿qué juicio forma usted sobre las altas clases del Estado con respecto a Carlos IV, la grandeza, el clero?...

—En cuanto a la grandeza—respondí—, salvo muy pocas excepciones, yo no creo que sea hostil a Carlos IV. Por lo tocante al clero, y mayormente al regular, no me atreveré a decir lo mismo. En el transcurso del reinado se han protegido más las luces de lo que esta clase habría querido, y a más de esto, se ha tocado a sus riquezas para acudir a las urgencias del Estado y sostener la carga de la Deuda pública, y aunque esto no se ha hecho sino por concesiones pontificias, el clero se ha temido que, levantada ya una vez la tapa a sus tesoros, vayan viniendo a menos cada día. Del clero pende mucha gente, y su influencia es poderosa. Esto no quita que haya en él muchos hombres dignos e ilustrados que pongan su interés al de la patria.

—Y ¿por quién juzga usted—preguntó aún Napoleón—que se hallarán mejor dispuestos los altos empleados?

—Yo no los creo enemigos de mi rey—le respondí—; pero, en general, los empleados necesitan atender a la conservación de sus destinos. Vuestra Majestad me pide la verdad, y es necesario que la diga: las voces esparcidas y creídas en la corte y fuera de ella (yo las supongo falsas, pero corrían como seguras) de que Vuestra Majestad se proponía favorecer y sostener al príncipe de Asturias, han sido suficientes para que todo el mundo se doblase al que creían que sería todo en adelante.

—Pese a Beauharnais! (en francés: *Peste soit de...*)—exclamó el emperador—; no le creí tan incapaz; me ha

comprometido enormemente... ¿Cómo se habrán reído los ingleses!... Vea usted por qué he pensado reunir aquí sujetos de los más recomendables entre las principales clases de la España; yo quiero oírlos, y que oigan ellos de mi boca lo que hasta ahora han ignorado sobre mis intenciones y deseos, y que me digan francamente lo que en España se apetece. Sé que en Madrid y en otros puntos se ha empezado a hablar de Cortes y de Juntas, y necesito prevenirme; sería de ver que con su oro, me pusiese en facha la Inglaterra una Asamblea constituyente: aquí no habrá peligro de que soborne a nadie.

—Señor—le repliqué con la dulzura necesaria que pedía mi situación—, mientras la Francia se mostrare amiga de la España, no es de temer que prevalezca en ella otra influencia. Desde los tiempos más antiguos la España ha sido invariable, leal y consiguiente con sus amigos y aliados. ¿Cuánto más con la Francia que es su aliada natural, y por encima de esto con Vuestra Majestad que, a más de ser su aliado, se ha dado por garante de las dos cosas que más ama, que son su integridad e independencia! El sentimiento y el carácter nacional de mi país (Vuestra Majestad puede creerme) conserva su pureza; el oro todo de Inglaterra y de sus Indias no alcanzaría a comprarlo. Y esto en lo lejos lo mismo que en lo cerca; de un polo a otro en las Américas no ha conseguido en tantos años de guerra y de porfía sobornarnos ningún pueblo; y ahora, recientemente, se ha viato el heroísmo con que en Buenos Aires aquellos fieles habitantes no tan sólo han desdenado la libertad que les brindaba la Inglaterra, sino que han pelando por su madre patria estrenuamente, y han rendido veinte mil ingleses que se atrevieron a asaltarlos.

—Yo lo comprendo a usted—me contestó Napoleón con cierta sorna—, y usted habla noblemente; pero las ilusiones son muy malas en política, y yo creo que usted las tiene aún después de lo que ha visto. Me habla usted de Buenos Aires, mas allí no había partidos: si los hubiera habido no habría falta-

do entonces quien se apoyase en la Inglaterra. El sentimiento nacional de que usted habla no impidió un siglo hace que unos se declarasen por la Francia y otros por el Austria; hubo traiciones, deserciones, felonías, como sucede siempre cuando se encienden las pasiones; hubo una reina calumniada, dos o tres reyes en cuestión, y hasta hubo un conde de Oropesa que salió por los tejados de su casa huyendo los furios de la plebe concitada por sus enemigos, sin que el favor del rey pudiese darle amparo. En igualdad de circunstancias los hombres son los mismos; tal vez en vuestra patria sean más terecos cuando han tomado ya un partido. La situación presente pudiera abrir mucho camino a los ingleses, y el que yo tengo andado para la paz de Europa, malogrármelo. Es necesario precaver tan grande mal sin dar lugar a que principie. Yo debo sostener a Carlos IV: mis simpatías en favor suyo están de acuerdo con los intereses de mi Imperio. Con él tan sólo tengo obligaciones contraídas; si las desestimaren en España, me encontraré más libre para hacer lo que mejor convenga a la quietud del continente. Descanse usted y restablezca su salud; mi primer cirujano está encargado de asistirle.

Tal fué la única conversación o conferencia, como se quisiese llamarla, que tuve en Bayona con el emperador de los franceses; cuando volví a mi alojamiento, mi primer cuidado fué fijarla por escrito para instruir acerca de ella exactamente a Carlos IV. Lo más obvio y lo primero que se ofrece al pensamiento sobre aquella plática, es que Napoleón, en la locura que había invadido su cabeza de arrebatar de una garfada la Corona a la familia real de España, tuvo intervalos lúcidos y que titubeaba en su designio, peleando su conciencia, o, a falta de ella, el sentimiento del honor, con la ambición que le arrastraba a un atentado tan indigno de su nombre y de la edad en que vivía. Cuantos le vieron en Bayona y le observaron desde cerca aquellos días, han referido la inquietud y las oscilaciones de su espíritu que, a pesar suyo, se mostraban. El mismo obispo de Poitiers, tan

grande servidor y amigo suyo en aquel tiempo, pintando esta batalla que Napoleón traía consigo mismo, lo representa como atormentado por los remordimientos (343). ¿Fué tal vez en las horas en que volvía en su acuerdo y aflojaba en su propósito cuando conmigo se explicó de la manera que dejo referida; o fué más bien cuanto me dijo un artificio, para que, en llegando Carlos IV, lo firmase yo en la confianza que por medio de Murat le había inspirado, y para asegurar mejor, por este modo, el golpe de sorpresa con que logró arrancarle la renuncia? De mí podré decir que sus palabras no bastaron a deshacer mis dudas sobre el valor o no valor que ellas tuviesen o se pudiese darles; que no vi en su rostro ni en su manera de decir aquellos movimientos y señales que demuestran la sinceridad de la expresión en las personas que nos hablan; y que, entre medio de mis dudas, la sola cosa cierta que yo veía con una angustia imponderable era que Bonaparte no acordaría de balde su favor ni a Carlos IV ni a su hijo, por cualquiera de los dos que al fin se pronunciase. Aislado cual me hallaba, no era posible ver más lejos. El hilo de los hechos que aún está pendiente por lo tocante a Carlos IV, aumentará las dudas cuanto a juzgar si en Bonaparte fué todo maniobra, o si sus veleidades fueron tan sólo la ocasión de las diversas fases que los sucesos presentaron. Los que han escrito de estas cosas las han tratado en globo, y no han cuidado de estudiar y comparar los hechos, ni de llevar la cuenta de las fechas tan cuidadosamente como era necesario. Por lo que importa a la verdad y al honor de Carlos IV, voy a tomarme este trabajo.

Basta a mi objeto un solo dato que debe examinarse atentamente. No tan sólo Murat ofreció a Su Majestad la protección de su cuñado, y le indujo a pro-

(343) "Voilà l'état dans lequel je l'ai vu —dice en sus Memorias sobre la revolución de España—, livré aux plus violentes agitations, et quoique j'entende la voix publique qui me crie d'arrêter, j'ajouterai aux remords; témoin de ses combats intérieurs, j'ai pu dire: morale, tu ne montreras pas!"

testar contra la abdicación de su Corona como un acto involuntario, sino que, aun antes que Fernando hubiese entrado en Francia, y sin saberse si entraría, o aguardaría en Vitoria a que el emperador pasase la frontera, cuando ninguna cosa cierta acerca de este punto podía en Madrid presuponerse, hizo Murat un grande empeño por declarar y proclamar a Carlos IV como Rey de España, de hecho y de derecho, y por hacer reconocerlo como tal a la misma Junta de Gobierno que Fernando había dejado establecida; y éste, no por demanda suya propia y ociosa, sino en virtud de orden del emperador con lugarteniente suyo, y amenazando con las armas si la Junta se negase a obedecerla. Esta, después de un gran debate entre Murat y el nuevo embajador francés M. de Laforest, por una parte, y dos de entre sus miembros (don Gonzalo O'Farril y don Miguel Asanza), por la otra, alcanzó a duras penas que Murat cediese en cuanto a la proclama que tenía ya lista, conviniendo por el pronto en que, para evitar las inquietudes de los ánimos y obrar mejor en regla, se entendiese Carlos IV en derecho y reservadamente con la misma Junta; que no se diese nada al público ni se innovase cosa alguna hasta que, dada cuenta al príncipe Fernando, se recibiese su respuesta, y que, entre tanto, Carlos IV, que se disponía a partir para tener una entrevista con el emperador, no ejerciese ningún acto como soberano (344). Aun así convenido, fué visto a los tres días de estar zanjado aquel

(344) Este grave incidente se encuentra referido con todos sus detalles en las dos cartas que la Junta de Gobierno dirigió a Fernando VII, la primera de ellas con fecha de 17 de abril, a las tres y media de la mañana; y la segunda, con la misma fecha, ampliando en ella la relación de las especies que en aquel penoso debate se habían vertido de una y otra parte. Siendo muy conocidas estas dos cartas, me abstengo de insertarlas; pero no omitiré las últimas especies que se encuentran en la segunda, por la atención que merecen en la cuestión presente. "Su Alteza Imperial—escribía la Junta—ha repetido muchas veces que la España no perdería ni una sola aldea, que los privilegios de las provincias no experimentarían mudanza alguna, que la Constitución de España sería mejorada, y que ésta entraría de una manera más activa que hasta el presente

acuerdo, que Murat, o arrepentido de no haber dado entero cumplimiento a los encargos que tenía, o porque su cuñado se los hubiese repetido, probó a salir del paso en cuanto a la proclama por segundas o terceras manos, que, sin comprometer a lo exterior su autoridad y la palabra que había dado, le sacasen de su empeño. Los dos franceses que intentaron sorprender un impresor y publicar el *Manifiesto* mismo que Murat había trazado, no podían tener misión sino de él mismo, directa o indirectamente. Y aún, a pesar de lo tratado con la Junta, y acerca de lo cual había empeñado su palabra Carlos IV, como después me refirió Su Majestad, no quedó esfuerzo que Murat no hiciese para inducirle a proclamarse soberano, atropellando y derribando aquel Gobierno interinario, bajo promesa que le hacía de reintegrarle en su poder y sostenerle a todo trance con la fuerza armada. ¿Qué hubiera sucedido si se hubiera prestado Carlos IV a las instancias porfiadas que le hacía Murat? Y una vez reintegrado Carlos IV en su Corona por las armas de la Francia, ¿qué solución hubiera dado Bonaparte a los sucesos? Una de estas dos cosas es necesario colegir, o bien que al enviar aquellas órdenes tuviese por objeto que se le hiciese resistencia, y que una insurrección contra sus tropas le ofreciese la ocasión de entrar como enemigo sin que la Europa lo extrañase, o bien que su intención de reponer y sostener a Carlos IV hubiese entonces verdadera. Pero el primer extremo no cuadra con los hechos, porque,

en el gran sistema de la confederación del Mediodía.

"Tenemos algunos datos para creer—continuaba diciendo la Junta—que el sistema federativo del Mediodía es y ha sido el principal objeto de la entrada y de la reunión de las tropas francesas en España, y que tal vez el emperador habrá pensado poder realizarla más completamente tratando con el augusto padre de Vuestra Majestad.

"La Junta ha considerado todas las reflexiones que contiene esta carta como dignas de ser comunicadas a Vuestra Majestad, y llama principalmente su atención sobre la parte concerniente al sistema federativo del Mediodía. Madrid, 17 de abril de 1808.—Señor Fr. Francisco Gil.—Gonzalo O'Farril.—Sebastián Piñuela.—José Miguel de Asanza."

si tal hubiera sido su designio, Murat lo habría llevado al cabo, mientras fué visto y es sabido que si cedió y entró en concordia con la Junta de Gobierno, fué por el temor que ésta le opuso de que la muchedumbre se irritase y resultase un gran conflicto. ¿Cómo, pues, si iba buscando este conflicto, cedió por evitarlo?

Lo he dicho muchas veces y vuelvo a repetirlo: no prueban estas cosas sino la inconstancia y la movilidad de las ideas opuestas que agitaban y que a cada paso ponían perplejo a Bonaparte; perplejidad de que la corte de Fernando pudo muy bien haber sacado un gran partido, sosteniéndose a pie firme sobre el suelo patrio, y esperando a que viniese como tenía anunciado, en vez de ir a entregarse a cuerpo descubierto entre sus manos; perplejidad también que pudiera haber valido en gran manera a Carlos IV, si en los que estaban gobernando, viendo como veían el compromiso y el peligro en que Fernando iba a encontrarse, hubiese habido un resto, por lo menos, de razón y buen sentido para acudir a su buen padre, para rogar por aquel hijo, para ofrecerle recibir en nombre suyo las condiciones razonables con que el piadoso anciano había querido y pretendido renovar su abdicación y hacerla firme y verdadera en términos legales, para contrarrestar en lo posible la influencia perniciosa de Murat, para llevarle luz y deshacer aquella situación en que se hallaba, solo, desamparado, despreciado y mal mirado de los que fueron suyos, lleno de mil temores, y sostenido y halagado solamente para la Francia.

¿Quién, no diré de los que habían tratado o conocido desde cerca a Carlos IV, mas ni aun entre sus súbditos los más indiferentes o menos allegados, pudiera haber dudado de la nobleza de su alma, de su bondad, de su clemencia, virtudes suyas tan probadas, y nunca desmentidas, en los veinte años que llevaba de reinado? Y no se diga que la Junta no estaba autorizada para tratar con Carlos IV; en ocasiones y en apuros tan extremados y tan graves en que se encontraba la suerte de la España, el celo y la lealtad valen por

órdenes. ¿Qué no se habría alegrado el rey Fernando de que le hubiesen conciliado la voluntad de su buen padre, y que, a pesar de la protesta que Su Majestad tenía enviada, hubiese declarado ulteriormente que estaba pronto a validar su abdicación de la manera que hemos dicho? Y ¿qué diverso resultado podían haber tenido los sucesos, si, sosegados los temores del rey Carlos IV por los pasos officiosos y sinceros de la Junta, y estimándose aún amado y respetado por sus súbditos, contento de saldar los desacatos anteriores que su real decoro había sufrido, amigo de la paz y ansioso cual se hallaba, en tan violenta crisis, del retiro, hubiese desistido del viaje a que su posición tan rara y tan precaria le empujaba mal su grado, y con tan grande excusa tan fundada que podía haber dado de la acerbidad de los dolores de la gota que era visto estar sufriendo? Todo esto pudo hacerse, y ¡mal pecado!, no se hizo: dejaron al acaso los sucesos, y dejaron, inhumanos o insensibles, estrellarse el uno contra el otro, padre e hijo, a los pies del extranjero.

Carlos IV no ha tenido quien defienda o quien explique su conducta, no ha habido quien descienda a estos detalles interiores, ni quien, tomando una balanza exacta, haya pesado los sucesos de la una y la otra parte. Los conjurados de Aranjuez, y el infernal partido que formaron y oprimió a la España tanto tiempo con el más puro despotismo, no dejaron a nadie que escribiese defendiendo a aquel monarca; y aun solo hablar en honor suyo echando menos la bondad y la dulzura de su mando, fué mirado y castigado como un crimen (345). De esta manera fué arraigada la opinión en contra suya, y el desdén, el menosprecio y la calumnia

(345) Los que se acordaren bien de los años de 1815, 1816, 1817 y 1818, podrán contar con qué rigor se persiguió por aquel tiempo a los que, comparando aquellos años de persecución, de suplicios, de emigraciones y destierros, recordaban y hacían recordar la paz interior que se había gozado bajo el reinado de Carlos IV, que jamás se puso a la cabeza de ningún partido, y en cuyo tiempo familia ninguna se vió en el caso de vestir luto por errores ni delitos políticos.

cubrieron sus cenizas. Los que después vinieron han creído lo que oían, y han juzgado su tiempo y su reinado, ¡oh grande yerro!, por el que fué seguido. Cumpló el deber que me ha tocado; la postrera desgracia que como a rey le cupo, y no por culpa suya, a mí me incumbe presentarla bajo su aspecto verdadero.

Murat, el solo hombre que ocupó la soledad en que el rey Carlos fué dejado a su fortuna o su desgracia, tuvo a su anchura el tiempo necesario para ganar su confianza y hacerse dueño de sus actos. En vano fué (y desgracia fué también, como ya he dicho otras dos veces) que le dijese Carlos IV que no quería reinar mientras sus pueblos no lo aclamasen nuevamente: Murat le declaró que el honor de su aliado requería que fuese reintegrado sin tardanza en la Corona, que era del todo necesario la tomase nuevamente para quitar el mal ejemplo que sería en la Europa su destronamiento por una guardia sublevada; que la anarquía empezaba ya a mostrarse en varios puntos, y que de no adoptar aquel consejo que le daba, tal podría ser el mal que, según los encargos que tenía, se viese precisado a establecer la ley marcial y a gobernar militarmente. De esta manera, le fué fácil arrancar a Carlos IV la carta que firmó Su Majestad para el infante don Antonio (346). Contado dejó

(346) He aquí el texto de esta carta que Murat llevó minutada a Su Majestad, y en la cual son de notar la ligereza, la inexactitud y la incuria con que fué dictada. Hubo motivo de creer que el autor de ella fué el embajador francés M. de Laforest:

"En 19 del mes pasado he confiado a mi hijo un decreto de abdicación. En el mismo día extendí una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto, y forzado por las críticas circunstancias. Hoy, que la quietud está restablecida, que mi protesta ha llegado a las manos de mi augusto hijo y fiel aliado el emperador de los franceses y rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr la reconozca bajo este título, declaro solemnemente que el acto de la abdicación que firmé el día diecinueve del pasado mes de marzo es nulo enteramente, y por esto quiero que hagáis conocer a todos mis pueblos que su buen rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar por hacerlos dichosos. Confirmando pro-

va que, a haber cedido en todo Carlos IV a las instigaciones de Murat, aun a pesar de lo tratado y convenido con la Junta de Gobierno, Su Majestad habría ejercido, sin pasar más tiempo, su dignidad de soberano; prefirió, empero, la observancia del convenio hecho, y arrastrado con sus males partió para Bayona.

## CAPITULO XXXV

*Aspecto político que ofreció Bayona en los meses de abril y mayo de 1808. Recibimiento solemne hecho a los reyes padres a su entrada en aquella ciudad. Demostraciones vivas de amistad que les fueron prodigadas por el emperador de los franceses. Su primera conversación con Sus Majestades. Disposiciones favorables al príncipe Fernando mostradas por los reyes y resistidas por el emperador. Llamamiento que por sugestión de éste hizo Carlos IV a su hijo para exigirle la devolución de la Corona. Convide del emperador a los reyes. Nuevas demostraciones de amistad con que Napoleón ganó la entera confianza de Sus Majestades. Mi modo de pensar y mi conducta en aquellas circunstancias. Carta de Fernando al rey con fecha de 1 de mayo sobre la restitución de la Corona. Observaciones sobre este escri-*

visionalmente en sus empleos de la Junta actual de Gobierno a los individuos que la componen, y a todos los empleados civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de marzo último. Pienso en salir luego al encuentro de mi augusto aliado, después de lo cual transmitiré mis últimas órdenes a la Junta.—San Lorenzo, a 17 de abril de 1808.—Yo el rey."

La respuesta del infante don Antonio fué a la letra como sigue:

"Señor, mi muy amado hermano: Acabo de recibir la carta de Vuestra Majestad de ayer, e inmediatamente he convocado la Junta de Gobierno para comunicársela. Con su acuerdo he determinado enviarla sin pérdida de tiempo al augusto hijo de Vuestra Majestad para que dirija a la Junta sus Reales Ordenes, que deseamos sean las más convenientes al bien de la Monarquía. Nuestro Señor guarde la Católica Real persona de Vuestra Majestad los muchos años que yo deseo.—Madrid, 18 de abril.—Señor, de Vuestra Majestad amante hermano.—Antonio Pascual.—Al rey padre, mi muy querido hermano."

to. *Visita de Napoleón a los reyes en 2 de mayo, en la cual se encarga él mismo de trazar la respuesta que debía darse al príncipe. Cartas interceptadas, noticias de España, y un parte de Murat con que el emperador comienza a afligir el ánimo de los reyes. Nuevas insinuaciones de Carlos IV a Napoleón sobre un acomodo honroso con su hijo como medio de terminarlo todo pacíficamente. Oposición constante de Napoleón a esta medida. Carlos IV adopta el texto de la respuesta a Fernando, que le es enviada por Napoleón en el mismo día. Contenido literal de esta respuesta. Nuevas visitas del emperador a los reyes en los días 3 y 4. Partes de Murat y nuevas correspondencias interceptadas, o supuestas, con que Napoleón atormenta a los reyes declarándoles su resolución de reponerlos sobre el trono a fuego y sangre. Mis consejos al rey. Contestación de Fernando a Su Majestad con fecha del 4, no llegada a sus manos, y probablemente forjada posteriormente por el ministro Cevallos en su Manifiesto. Observaciones y notas sobre el texto de la pretendida contestación del día 4. Copia de una nota de don Juan Llorente en sus Memorias sobre los consejeros del príncipe Fernando*

Es obra muy difícil hoy ya día trazar un cuadro original, en proporciones justas y con colores propios y adecuados, que represente al vivo aquel conjunto de personas, de sucesos, de incidencias, de pretensiones encontradas, de intereses dislocados, de artificios, de ilusiones y de engaños que marañó en Bayona la ambición descaminada de un guerrero enloquecido por los vapores de la gloria. Jamás un dramaturgo el más versado en la región de las ficciones hubiera ido tan lejos a buscar materia en lo imposible y monstruoso ideando tipos nuevos en la Historia de los hombres, como fué Napoleón y los llegó a crear en aquel episodio deplorable de su carrera prodigiosa. El poeta inventor de tan extraña fechoría hubiera sido escarnecido y rechiflado en los teatros como autor de un argumento tan atroz como improbable en el ca-

rácter del admirado de las gentes. Faltábale esta página a la historia, página extraordinaria no bien completa todavía, y, sin embargo, ya, por más que yo me empeñe en completarla y producirla, después de más de treinta años transcurridos, desaparecido y vuelto en humo aquel ruidoso meteoro que hizo temblar la tierra inútilmente, después de tantos vuelcos que ha dado y está dando nuestro siglo, y de la varia suerte que han corrido en su existencia y en su manera de existir tantos pueblos de ambos mundos, no bien sentados muchos de ellos todavía sobre los fundamentos que los destinos les han puesto, pocos de ellos contentos con su lote, y tantos que aún reluchan y se afanan por encontrar su centro de reposo, después de tanto que se ha visto y se está viendo diariamente en la era vacilante en que vivimos, donde muy pocos miran lo pasado, en que la lucha de principios, o, por mejor decir, de las pasiones que se agitan y se cubren con el nombre de ellos, camina con el siglo, sin que ninguno tenga confianza en lo presente, los unos deseando, temiendo tantos otros un porvenir cercano al que no alcanza humana vista; en tales tiempos, digo, como los presentes, los acontecimientos tan recientes que traigo a la memoria, son como historia vieja de siglos ya pasados que se olvida o se oscurece por la del día corriente. ¿Qué esfuerzo de atención podría pedirse a quienes ya no importa nada condenar ni descargar, a los que por culpa propia, o por ajena, naufragaron en Bayona, muertos ya los más de ellos, o tocando los pocos que han quedado la eterna orilla del olvido?

Empero los que buscan la verdad, pocos o muchos, y ven en lo futuro rotando lo pasado, no tendrán por inútil el estudio del cuadro que aquí ofrezco por entero, tan mal delineado, tan oscuro, tan infiel, y tan mendoso antes de ahora. Las impresiones, tales como entonces se formaron en los ánimos, y cual después se mantuvieron en España por la heroica lucha que con tanta gloria terminó contra el soberbio dictador del continente, han sido causa de tenerse en menos la realidad, no diré

sólo del Poder sin rienda alguna humana de que era dueño entonces, sino aun lo que fué más, de aquella especie de aparato fascinante en que sabía envolverlo y ostentarlo, de aquella atmósfera pesada y vaporosa que extendía en su rededor para pasmar los hombres, de aquella verdadera selva de Dodona que trazó en Bayona y su circuito con todos los prestigios y apariencias que han contado los poetas; no hallo comparaciones ni imágenes bastantes para pintar lo que allí hubo, lo que allí fué visto, lo que era allí sentido, más fácil de explicarse por los efectos que produjo, donde cuantos pasaron la frontera, los unos bien, los otros mal su grado, llegados a aquel campo de mentiras, no encontraban la vista de sus ojos, y, padeciendo un mismo pasmo, unos tras otros, sin excepción ninguna de personas ni de clases o partidos, los flacos y los fuertes, unos más pronto, otros más tarde, sucumbieron, y mal que les pesase, reverenciaron aquel ídolo jurando los más de ellos sus altares.

El que triunfaba allí no con las armas, sino con traiciones y perfidias desusadas, a la ambición de un Alejandro juntaba la fortuna y el talento militar de un Julio César, la astucia de un Octavio, el alma de un Tiberio, la hipocresía de un Constantino, y el ingenio de un Juliano. Hallábase avezado, a una señal de ojos, a ver venir los pueblos a rogarle los mandase, como se vió en Italia, como se vió en Suiza, cual se vió en Holanda, y, lo que es más, como se vió en la Francia, que abdicó en sus manos de buen grado la libertad que a tan inmenso costo había ganado después de haber movido y perturbado todo el mundo por tenerla. Toda la admiración que había causado con su fuerza y sus victorias la República francesa, la concentró en pro suyo sobre su persona, y añadidos triunfos nuevos que estremecieron a la Europa, y en los que tuvo tanta parte, por lo menos, su fortuna, como su política atrevida y sus talentos militares, el uno de sus medios más constante y estudiado grandemente para domar los hombres, fué el de asombrar y sorprenderlos, pasar como un prodigio, y parecer delante de

ellos como un supuesto poderoso de los destinos nuevos de la tierra. Tal vez llegó a pensarlo él mismo, y si él no lo creía, sabía hacer que lo creyesen los pueblos asombrados, así como Alejandro hizo creer en Africa y en Asia que Jove era su padre. Cuando logró en Bayona atolondrar con su presencia a los que había encerrado, como otro Polifemo, en su caverna, se extendía su dictadura a todo el continente, tenía bajo su cetro la Italia toda entera, la Francia, la Suiza, la Holanda y una gran parte de Alemania: la estadística imperial hacía contar sesenta y tres millones de habitantes sumisos a sus órdenes, y ¡guay de aquel que respirase!

Sobre esto, lo demás de la Alemania, donde reinaban sus hechuras, convertido en feudo suyo; súbditos coronados, cuarenta príncipes vasallos, verdaderos señores de pendón y de caldera siempre listos al *ban* y *arrière-ban* del nuevo Imperio, el Austria mutilada, la Prusia derruida, y la potente Rusia vencida y convertida en aliada complaciente y oficiosa de la Francia. De esta manera, sometido y acallado el continente, aquel coloso inmenso de poder, sin más cuidado ni peligro a que atender por aquel tiempo, vino a sentar sus reales en Bayona, y a reinar un reino amigo sorprendiendo con el halo terroroso de su gloria. ¡Alabanza inmortal al pueblo heroico que hizo frente al vencedor de tantos reyes y naciones, que rompió aquel centro de fulgores y prestigios, y probó a la Europa que el pretendido nuevo Carlomagno era vencible! Pero téngase al menos compasión de los que se encontraron sin ninguna culpa suya, y sin ningún amparo ni recurso humano, en aquel laberinto inextricable.

El grande crimen horroroso fué el de Bonaparte, engañador del hijo y engañador del padre, cometedor de un *guet-apens*, de que se hubiera avergonzado un César Borgia. El otro gran pecado fué el de los que llevaron a aquel hijo, bien o mal ya ceñida la corona de su padre, a que le hiciese investidura de ella el enemigo natural de su familia, bien conocido de antemano, que había ya derribado la Casa real de Ná-

poles, que había solicitado tiempo antes, con ahinco, la renuncia de los Borbones de la Francia, y que se había manchado por medios alevosos con la sangre de uno de sus príncipes. Error inevitable, no pecado, fué el del padre, del indefenso anciano que, eliminado del real solio por súbditos infieles, abandonado en su infortunio, la quietud pública turbada, y comecados a mostrarse los síntomas terribles de los movimientos populares, no viendo en torno suyo a quién volverse, se encontró forzado moralmente a mondigar su amparo entre los brazos que le abría aquel hombre peligroso, fiando más que en ellos, y que en sus palabras y promesas recibidas, en la fe de los Tratados. ¡Miseria y desventura solamente, sin ningún pecado, fué la mía, del solo hombre, cual yo fuí, que entró en Bayona por la fuerza de las armas, sin ninguna alternativa ni medio alguno humano para escoger mi suerte, preso y proscrito por aquellos mismos que intentó poner a salvo del peligro en que se echaron voluntariamente, y caído luego de sus manos en las de aquel de cuyas garras, sin temor de hacerme en él un enemigo formidable, pretendí librarlos!

¿Sobre quién, pues, el vituperio, sobre quién la indignación, y sobre quién el odio por la infanda peripecia que tuvieron las vistas de Bayona? Si hay quien disculpe a los que fueron voluntariamente para buscar la impunidad de un gran delito, mayor disculpa tiene el que jamás hubiera ido de su grado ni sometido su Corona a Bonaparte, el que la hubiera defendido noblemente como rey legítimo, en territorio propio, en medio de sus pueblos, a la cabeza de sus tropas, y al abrigo de murallas no expugnables, si no le hubiesen atajado en sus designios sus ministros y su propia guardia conjurada. Mas la disculpa para todos de lo que allí fué hecho, o, por mejor decir, de lo que allí fué padecido, es que, una vez entrados en Bayona, de cualquier manera que hubiese entrado cada uno, culpables o inocentes, ninguno fué allí libre, y todos por diversos modos se hallaron engañados y oprimidos. Lo que allí fué ejecutado fué la obra sólo de un ban-

dido, no de un guerrero ni un monarca, un hecho atentatorio, exorbitante, llevado por afuera de todos los caminos y linderos conocidos en la Historia, la afectuación insana de una idea frenética, tanto más fácil de cumplirse cuanto debía de parecer más increíble a los que había atraído como amigo con halagos y promesas, estando en plena paz con ellos, y habiendo garantido poco antes la integridad y posesión de la Corona al que tenía reconocido como rey legítimo.

La vida de aquel hombre, en lo moral y en lo político, es solamente comparable al paso de un cometa que, invadiendo nuestra eclíptica, habría desequilibrado el eje de la Tierra. Y así pasó por todas partes; ¡por cerca de nosotros, para mayor desgracia, cuando más pesaba y se encontraba más fulgente! Era también entonces cuando en Roma gravitaba de igual modo; su cola se extendía por aquel tiempo sobre las dos Hesperias, y el Papa, juntamente con todo su colegio, fué otra víctima coetánea, violentada y oprimida de igual suerte que lo fueron nuestros príncipes. ¿Quién era yo, quién era nadie ya en Bayona para contrarrestar aquella fuerza que rompía todas las leyes conocidas y fundadas en el derecho universal de las naciones? No estaba allí por cierto la salud, ni la esperanza, ni la gloria, ni la defensa de la España, donde, cegados mis contrarios por el temor de sus delitos, se imaginaron encontrarlas: estaban solamente donde iba yo a buscarlas, al otro extremo opuesto, en la CIUDAD HERCÚLEA, en donde la cabeza de Medusa a nadie habría petrificado; en CÁDIZ, no en Bayona, donde no había manera de cubrirse ni ampararse contra el poder de las Gorgonas.

Compárense despacio los actores y el papel de cada uno sobre aquel teatro de obra mágica que con tanta arte fué allí armado. El príncipe Fernando..., joven, sin más defensa ni más habla que la de aquellos hombres que tan mal lo aconsejaron, que en tal mal paso le metieron, y que tan levemente le estaban apegados, que a pocos días pasaron casi todos al servicio del intruso



rey napoleónica (347); tan ruimmente ambicioso el uno de ellos, su mayor amigo y su maestro, que, por llegar a ser alguna cosa de lo que había soñado, pretendió inducirlo a que trocase el reino de dos mundos por el ducado de Toscana (348); tan poco prevenidos todos ellos, que cuanto se trataba y discutía en el Consejo de Fernando era contado luego a Bonaparte (349); y aquel príncipe, entre tanto, hundido bajo el peso de la conspiración que había obligado a Carlos IV a desnudarse de su púrpura, traído a juicio en tal estado tan precario por aquel violento y astucioso cohechador que, para dar valor a la renuncia del rey Carlos, le pedía la suya prometiéndole el ducado de su hermana; Fernando, en fin, aislado de sus pueblos, cerrados los caminos para volver a España, sin ningún socorro humano, y palpitando entre las garras de aquel águila rampante bajo de

(347) Tales fueron el duque del Infantado, coronel de reales guardias de infantería española al servicio de José Napoleón; el conde de Fernán Núñez, su montero mayor; el de Orgaz, su gentil hombre de Cámara, etc. Tal fué también el otro héroe de la conjura, don Pedro Cevallos, transfigurado en ministro de Relaciones Exteriores del rey José, y el mismo que, en ejercicio de su nueva plaza, mandó reconocer y jurar a todos los individuos del Cuerpo Diplomático español; el mismo de quien ha quedado en la historia su carta a un amigo suyo íntimo, donde le decía lo siguiente: "He tenido el honor de presentarme al rey, que llegó ayer de Nápoles, y he formado el concepto de que su presencia, su bondad y la nobleza de su corazón, que se descubre a primera vista, bastarán, sin ejércitos, a calmar esas provincias." Aún mucho más que esto es de notar la proclama en favor del mismo rey José, dirigida a todos los españoles que firmó en Bayona, día 8 de junio, juntamente con el duque del Infantado, con el del Parque, con el conde de Fernán Núñez, y varios otros individuos de los congregados en Bayona.

(348) Véase a don Juan Escoiquiz en su *Idea sencilla*, desde la página 50 hasta la 56, donde se alaba y pretende justificarse de haber pensado de este modo y dado este consejo a Fernando.

(349) "Sospechábamos—dice el mismo Escoiquiz en su *Idea sencilla*, pág. 48—con sobrada razón casi todos los vocales (del Consejo de Fernando) que en nuestro número había a lo menos un pérfido por quien el emperador sabía al momento cuanto pasaba en ellos; y esto impedía mucho la libertad de las explicaciones; pero las circunstancias lo hacían inevitable."

cuyas alas lo habían puesto sus amigos. ¡Qué situación y qué papel tan lamentable!

De la otra parte, un rey desposeído y humillado, comido cuerpo y alma de dolores y pesares, padre muy más que soberano en cuanto a amar sus súbditos, y soberano tanto como padre para atender a su resguardo, que conservó todos sus reinos sin ningún desfalte, que gobernaba sus Estados de dos mundos sin rigores, y, sin embargo, supo libertarlos de las revoluciones desolantes que agitaban a la Europa, el que después de quince años de este continuo anhelo hasta aquel tiempo no frustrado, asaltada la España en plena paz por una atroz perfidia, sin arrearle ni sus años ni sus enfermedades, iba a ponerse a la cabeza de las tropas y sus pueblos resuelto a defenderlos o perecer en la demanda, y fué impedido en el momento mismo de querer llevar a efecto este deber sagrado de un buen príncipe, y a más escarnecido, desechado y arrojado por hombres desleales otro tanto como ingratos; rey sin mancha, en quien la rectitud, la probidad, el pundonor de sus ideas, la verdad de sus palabras y la fidelidad en sus empeños, podían servir de ejemplo a todos los monarcas de la tierra, que no mintió jamás, ni en el largo discurso de su vida se atrevió a faltar a su conciencia y sus deberes por ninguna mira de interés, de ambición o de política, puesto en faz y a discreción del que jamás se tuvo por sujeto, si podía eludirla o acallarla, a obligación o ley alguna humana... este que se juzgaba omnipotente y lo era en aquel tiempo cuanto un hombre puede serlo...; aquél, sin otras armas que su virtud y la piedad que excita un infortunio grande no merecido ni buscado... rey sin corte, sin amigos, sin familia (350), vendido por los suyos, des-

(350) Tan larga y numerosa como fué la comitiva que el partido vencedor aglomeró en Bayona, con muy poca discreción, para formar la corte de Fernando, tan diminuta fué la de su augusto padre, reducida a los dos mariscales de campo don Joaquín Manuel de Villena y don Ramón de San Martín, en calidad de gentileshombres de Cámara, con la circunstan-

amparado por sus pueblos, solo de todo cabo, sin más arrimo que un proscrito, que, por haberle amado, y haber servídole fielmente, se había visto apedreado, maldecido, y como por milagro libertado de la muerte. Tal fué la posición en que se hallaba Carlos IV y la figura que allí hacía, salvo la dignidad de su persona, aquel aspecto venerable, aquella majestad y aquel talante regío y natural de sus ínclitos abuelos, que no alcanzaron a eclipsar ni a deslucir los deslumbrantes resplandores con que el soberbio emperador brillaba entonces en el cenit de su fortuna y su grandeza (351).

No es necesario detenerme en repe-

cia de que este último no siguió al rey, como Villena, de propio impulso suyo, sino de acuerdo con la nueva corte para explorar las intenciones y observar los actos de los reyes padres. La servidumbre inferior estaba compuesta en su mayor parte de criados míos. La reina no llevaba más que una sola camarera, mujer del leal y honradísimo Villena. Tal es y ha sido siempre la suerte de un rey caído, inferior en muchas cosas a los demás hombres por cima de los cuales había estado.

(351) Cuantos extranjeros, de los que se hallaron entonces en Bayona, han escrito o hablado sobre las escenas que allí vieron, han rendido este tributo de alabanza y de verdad a Carlos IV; mucho más los que allí y después, principalmente en Marsella, tuvieron el honor de verle y tratarle desde cerca. El mismo M. Pradt, gran camarada de Escoiquiz y escritor vendido por dinero al partido enemigo de Carlos IV, venció su mala voluntad estampando en sus *Memorias* ya citadas muchas veces lo que sigue: "Je me souviens de l'affluence des personnes qui se précipitèrent autour de la voiture du roi, lorsque, venant de Bayonne à Marrac, il se disposa à descendre. Regu à la descente du carrosse par Napoléon, il ne témoigna aucun embarras, et comme pour répondre à l'empressement de la foule dont les regards le cherchaient, il s'arrêta assez longtemps sur le perron placé à l'entrée du château, et il s'y tint avec ce calme et cette aisance dans les manières qui naissent de l'habitude du commandement et qui lui conviennent si bien. On voyait un homme qui se sentait roi partout où il était. Il salua les Français comme il l'aurait fait avec sa famille. On fut frappé de la hauteur de sa stature, de l'air de bonté empreint sur sa figure, de la rondeur de ses manières: la teinte de son visage et de ses cheveux, le caractère de ses traits et de sa physionomie retraçaient tout-à-fait la race dont il était issu. Seul, au milieu de l'Espagne, un voyageur l'aurait reconnu pour un Bourbon et pour un Français."

tir o comentar tanto como se ha escrito, en bien y en mal, acerca de este hombre extraordinario que era el protagonista y el autor a un mismo tiempo de aquel drama escandaloso de Bayona. Aquel que tanto fué aplaudido por algunos cuando dijo: *Yo me contemplo solidario de toda la política francesa desde Clovis hasta el Comité de salud pública*, se pintó mejor con esta sola frase, que podrían pintarla los Suetonios y los Tácitos modernos. De cada siglo, ciertamente, tomó algo, sin perdonar las excursiones en la política italiana y en todas las políticas; pero su marcha principal y más perseverante fué tomada en los carriles de la República francesa. Napoleón no hizo otra cosa que llevar a efecto, con mano muy más firme, más eficaz y más derecha, en su provecho, la invasión universal que proclamó la Convención francesa por sus decretos atrevidos de 17 de noviembre y 15 de diciembre de 1792, con la sola diferencia de haber cambiado las insignias y adoptado la diadema en lugar del gorro frigio; la política, la misma cuanto al fondo que la de aquellos tiempos en que decía Barrère perorando contra España:

"No olvidéis, ciudadanos, vuestra bella misión, que es la de hacer revoluciones en todas las potencias, sin usar de los caminos que ha trillado la vieja diplomacia: a nosotros nos toca abrir otros conductos para entendernos con los pueblos y fundar un derecho de gentes todo nuevo."

De esta manera, aquello mismo que la democracia había querido y por ella fué apenas empezado, después vino a cumplirlo el que al salir de sus ijares le dió muerte y se hizo su heredero, y estableció por máxima *que para hacer triunfar una idea inmensa, todos los medios que conducen a su logro son loables y legítimos*. En consecuencia de ella, los que en Bayona ponía en obra, por más inicuos y más torpes que en sí fuesen, los hacía buenos su política, fiado al mismo tiempo en que la gloria de sus armas y el estruendo de su nombre sobrarían para cubrirlos o enmendarlos, y a todo esto se juntaban sus poderosos medios personales, aquel arte

en sumo grado que tenía de embelesar y de cazar las voluntades, de causar miedo o de dar ánimo, de despreciar o de mostrar estima; tan dulce y expresivo para obligar con sus caricias como violento y espantoso para aterrar con la amenaza, la figura tan pronto de un Ulises, tan pronto de un Aquiles, y aquella gran facundia natural acompañada y sostenida por la elocuencia de su frente y de sus ojos, soberbio busto del antiguo, magnífica cabeza de academia, e imagen acabada para representar en toda su expresión la prepotencia y el dominio.

Los demás actores, subalternos todos, que le ayudaban en la escena, no eran sino autómatos, a la verdad perfectamente bien montados y admirablemente exactos cuanto al juego y desempeño de la parte que a cada cual estaba señalada; más sin cabal conocimiento de la intriga y de la marcha de la pieza que era allí representada. Napoleón no revelaba a nadie por entero su secreto; los que sabían alguna cosa porque su encargo requiriese saber algo o diese campo a conjeturas, se guardaban de decirlo, y tal callaban como los mudos del serrallo (352). Esta reserva ge-

(352) He aquí de qué manera se explicaba M. Pradt, sin embargo, de la parte activa que tuvo en los enredos de Bayona. "Napoleón —dico— queriendo enmendar lo que la aspereza de su representante (Savary) podía haber tenido de enojoso, me hizo llamar el 24 de abril, y me encargó ir a conferenciar con M. Escoiquiz. Yo ignoraba, como todo el mundo, cuál fuese el fondo del negocio que se trataba entre el emperador y la corte de España. Veíase bien el juego exterior; pero en cuanto a la naturaleza de la negociación, nadie sabía cosa alguna, salvo los que de él habían recibido misión para desempeñar alguna parte. El vulgo piensa que hasta andar cerca de los grandes o en los lugares donde se tratan los asuntos para informarse de ellos; mas sucede al contrario, y de ordinario es allí donde se sabe menos. Se ve el juego de las máquinas y ninguna otra cosa; fuera de que, como lo saben los que han andado cerca de Napoleón, no dejaba éste ningún camino a la indiscreción, ni a la curiosidad. Yo ignoraba, pues, lo que en los adentros estaba pasando, y en verdad no llegué a saberlo por lo que me habló el emperador, porque con aquella ocasión, lo mismo que cuando me encargó la embajada de Varsovia, me habló tan vagamente, que de todo cuanto me dijo no quedaron en mi memoria sino dos cosas: la una,

general, en medio del bullicio y del estrépito creciente por instantes en aquella corte improvisada; aquella policía que lo entoldaba todo y que extendía sus redes invisibles desde Madrid hasta Bayona; aquella inquisición, muy más que policía, de la ciudad, y más que todo, de las residencias de los reales huéspedes en donde se espiaban hasta los más secretos pensamientos, y ninguno en su retiro mismo podía tener certeza de que algún Dionisio no estuviese contando sus suspiros; aquel rodar continuo de gendarmes, echado el sobrecejo, y esforzando adrede sus miradas torvas e irritantes (353); aquel hinchado y ostentoso lujo, de poder que allí se desplegaba, y que podía eclipsar todas las pompas de los tronos del Oriente, las músicas, las fiestas, los saludos, las entradas y salidas de las tropas, a todas horas los tambores, las trompetas y el chasquido de las postas, movimientos teatrales concertados, y tramoyas los más de ellos, pero de grande efecto, todo esto en un recinto tan estrecho, debía aturdir y estremecer a los que inciertos de su suerte, inermes, indefensos y apartados de los suyos, pendían del solo hombre que reinaba

que me avistase con M. Escoiquiz; y la otra, que viese el modo de reparar las malas impresiones que su enviado habría podido causar en los españoles, concluyendo luego y diciéndome festivamente que entre personas de una misma ropa sería más fácil entenderse, etcétera." Este lugar de las *Memorias* de M. Pradt lo he traído también a cuentas para hacer ver cuán poco informado, por su propia confesión, se hallaba de lo interior de los sucesos, de la facilidad con que en la narración de las cosas que no sabía y que no vio ni pudo ver se dejó llevar de las péfidas inspiraciones de su antiguo Escoiquiz, haciéndose su complaciente y robando, para llenar su folleto, cuanto pudo hallar al caso en la *Idea sencilla*, en los escritos de Cevallos, en las *Memorias* de Llorente, y en los varios libritos y apuntes de que le surtió la corte de Fernando.

(353) Sabido fué entonces hasta qué punto llegó la avilantez de uno de estos gendarmes, que, encontrando en la calle solos al príncipe Fernando y a su hermano don Carlos, se atrevió a echarles mano imaginando que trataban de fugarse. Por más necio o por más brutal que se quiera suponer a aquel gendarme, muy estrecha debía de ser la consigna con que aquellos hombres se hallasen, para haber de arrojarle a tan ruin atentado.

entonces por la astucia y por las armas en casi todo el continente de la Europa.

Mi papel en esta corte enmascarada con tan espesas larvas era así como el de un hombre que, desarmado y prisionero en una zagalarda de enemigos, viviría de gracia en medio de ellos, sin tener a quien fiarse ni medio alguno humano de explorar sus verdaderos pensamientos. Durante aquellos días de expectación que pasé solo, mi afán era observar, juntar ideas, algebrizarlas, buscar igualaciones que tan siquiera aproximadamente me hiciesen columbrar aquella incógnita de que pendía la suerte de mis reyes y mis príncipes, no menos que la suerte de mi patria; y en medio de esta brega de mi espíritu, disimular y hacer el bobo con los que me acechaban y espíaban. Mi vida hubiera dado por poder entenderme franca y noblemente con la corte de Fernando; mi amor a Carlos IV hubiera sido menos que los intereses de mi patria, y, a Dios pongo por testigo, no me importaba en tal conflicto quien reinase, con tal que en fin de cuentas quienquiera que reinase la salvara, y poseyese la Corona con menos costo de la España. Yo sabía bien el corazón de Carlos IV, y en descartar un acomodo decoroso con su hijo mi lealtad no se tenía por amenguada. Dios no quiso que así fuese; mis enemigos implacables se engañaron en medirme con el mismo mero con que ellos arqueaban sus propios corazones.

Mis medios de saber o de conjeturar lo que pasaba eran pasivos, pocos y dudosos, quiero decir que no podía saber sino es oyendo, que eran muy pocos los que hablaban y decían alguna especie de importancia, que de ninguno de ellos me podía hallar cierto de que dijese la verdad, y que tan sólo era posible formar juicio, o, por mejor decir, adivinar entre tinieblas, por la manera de decir, o por el tono con que soltaban sus palabras, o por la inconsecuencia o las contradicciones de sus dichos; junto con esto la certeza de que los que hablaban eran agentes, o ministros, o personas dependientes del poder a quien estaba allí sujeto todo el mundo. En esta situación tan pa-

recida a la de un buque dado al través y batallando sin ningún socorro entre las rocas encubiertas, el disimulo y el recato eran el solo medio que podía servirme para no empeorarla. En mis conversaciones, harto raras, con aquellos que de suyo o por encargo ajeno hablaban algo de las cosas sucedidas o pendientes, guardé constantemente el mismo círculo de ideas a que me había ceñido con el emperador en la conversación que ya dejé contada, mi tono siempre favorable, cuanto en mi situación era posible, al príncipe de Asturias, lo primero por lealtad, sentimiento sublime y superior a todo género de quejas, sin el cual no hay Monarquía ni puede haberla; y lo segundo, por política. Los que no crean en lo primero y me hagan esta injuria, creerán al menos una cosa, y es que mi posición pedía también que yo observase esta conducta. Después de tantos años de experiencia en los asuntos y en los misterios diplomáticos, debía ser desconfiado con extremo, y mucho más en aquel caso tan singular y extraordinario. Yo no sabía tampoco cuál podría ser en conclusión, después de tantas penas y amarguras, la voluntad de Carlos IV. Fernando era su hijo, y un hijo a quien amaba por más ingrato que le fuese; si Carlos IV, o por amor, o por cansancio del reinado, o por política, revalidaba su renuncia, Fernando era mi rey.

No era, en tanto, posible imaginar, ni al diplomático más ágil se le habría ocurrido sospechar, lo que Napoleón tramaba en su cabeza para arrancar a Carlos IV la Corona dulcemente sin ruido ni fatiga. La voz que en los postreros días de abril corría por la ciudad, era que estaba decidido firmemente a reponerle sobre el trono, y así lo daban a entender, entre otros grandes oficiales de su corte, el mariscal Duroc, el conde de Champigny y el duque de Róvigo. Esta creencia fué cuando se vió el recibimiento que fué hecho a Carlos IV. *Como a mi persona misma*, respondió Napoleón, cuando le preguntaron de qué modo sería su voluntad que fuese recibido Carlos IV. Y así lo fué, en efecto, con toda la grandeza del ce-

remonial y de la gala del Imperio; y hubo de haber sin duda encargos especiales del mismo emperador para aumentar las ilusiones, visto el ruido de vivas y de aplausos populares, que jamás se hubieran dado sin su orden a príncipes Borbones, mezclados estos videntes con el estruendo de las salvas que partían de mar y tierra, los bajeles del puerto empavesados, toda la guarnición sobre las armas, y los más altos militares y oficiales del Imperio formando el real cortejo hasta el palacio; este palacio, el mismo que estuvo en un principio prevenido para el emperador, soberbiamente puesto y equipado (354).

Fácil es comprender las impresiones favorables que este recibimiento debió de hacer no tan sólo en el alma del rey Carlos, sino en todos cuantos vieron tantas muestras exteriores de amistad, de honor y de respeto que Napoleón le prodigaba. Y esto fué poco com-

(354) He aquí acerca de este recibimiento la relación hecha en sus *Memorias* por el prefecto del palacio imperial: "Le roi Charles et la Reine d'Espagne arrivèrent le 30 avril à Bayonne. L'empereur avait envoyé le duc Charles de Plaisance à Irun, et le prince de Neufchatel aux bords de la Bidassoa, pour complimenter LL. MM. Catholiques. Elles trouvèrent à leur entrée en France un nombreux détachement de troupes qui leur servit d'escorte jusqu'au moment où la garde d'honneur à cheval du département fut reconstruite. LL. MM. furent reçues à Bayonne avec les plus grands honneurs; la garnison était sous les armes, les vaisseaux du port étaient pavés; les canons de la citadelle et du port les saluèrent, et toute la population les accueillit avec des cris de joie mille et mille fois répétés. En descendant de voiture au palais du gouvernement, elles trouvèrent le grand-maréchal qui les conduisit dans leurs appartements, et qui leur présenta les personnes que l'empereur avait nommées pour faire un service d'honneur auprès d'elles. C'étaient son aide-de-camp le général comte Reille, faisant les fonctions de capitaine des gardes et de gouverneur du palais, le comte Dumañoir, chambellan, et le comte d'Audenarde, écuyer, tous trois distingués par leur politesse, leur esprit et leur excellent ton."

El duque de Róvigo cuenta también en sus *Memorias* de esta suerte: "L'empereur le fit recevoir comme roi d'Espagne. Tout ce qu'il y avait de troupes à Bayonne prit les armes; l'artillerie tira cent et un coups de canon, et les officiers attachés à la maison de l'empereur allèrent augmenter son cortège, qui le conduisit au logement destiné auparavant pour l'empereur lui-même."

parado con las que dió después personalmente a nuestros reyes, con aquel habla seductora y aquella gracia de expresión a cuyo mágico poder había debido una gran parte de sus triunfos en política. Ni eran lisonjas solamente las que usó con nuestros reyes, sino promesas terminantes sin ninguna forma ambigua, ofrecimientos positivos y evidentes, posturas y palabras fervorosas de amistad y unión eterna; y esto con tal manera de elocuencia familiar, sin nada de aderezo o de misterio, que, como Carlos IV decía luego, no era posible recelar que no brotasen de un ánimo sincero.

—Vuestras Majestades—les decía—han padecido mucho, porque ha faltado un modo de entendernos con aquella franqueza y abandono que requiere la amistad, y con aquella mutua confianza sin la cual no se hace nada bueno ni eficaz entre los soberanos aliados. Yo tampoco hice bien en respetar tan minuciosamente, como pensé que debía hacerlo, vuestros asuntos interiores de familia que han tenido un fin tan doloroso; pero, aun no viendo claramente lo que había, velaba yo por Vuestras Majestades, y hacía acercar mis tropas a sus reales residencias para impedir un atentado que era muy posible, y que, dichosamente, si no hubo tiempo de estorbarlo en el primer momento, lo ha habido de enmendarlo y reprimirlo —y dirigiendo la palabra a Carlos IV—: Vuestra Majestad ha visto—prosiguió—que hasta su propia guardia le ha sido corrompida, y que ninguno de los cuerpos de su Ejército que mandó venir para escoltar su real persona, no levantó la voz en su defensa. ¿Qué hubiera sucedido sin mis tropas? Vuestra Majestad lo ha visto: la perfidia inglesa, una misma en todas partes, y aullando por ganar algún terreno sobre el continente que le está cerrado, había dispuesto bien sus máquinas para abrirselo en España: la sangre habría corrido a ríos, porque jamás se verifica la mudanza de un sistema repentinamente sin excesos y crímenes horribles, y más en pueblos como España donde las pasiones son tan vivas y tenaces. Así lo iba buscando la Inglaterra, y

si yo hubiese estado menos prevenido, la anarquía habría ganado en breve tiempo todo el reino. Por fortuna, todo está acabado; Vuestra Majestad será restituido en todos sus derechos. Este es mi gran deber, por amistad, por gratitud, por conveniencia, por interés mío propio y de todos los monarcas, que es uno mismo y solidario en tales casos como éste. Yo quiero dar a España una lección de mi política; y a Vuestra Majestad una gran prueba la más noble de mi sinceridad y del carácter de la amistad que le profeso. Aparto mano enteramente de toda pretensión de las provincias, cuyo cambio por el Portugal, por más que a todas luces fuese ventajoso para España, daría pena a Vuestras Majestades por el amor con que las miran como parte de sus reinos heredados; y abundo en este modo de pensar con tanta más razón, cuanto veo que, si insistiese de presente sobre tal idea, se daría lugar a que dijese la Inglaterra que había y aprovechado las circunstancias lamentables en que Vuestras Majestades se encontraban. La sola cosa que yo espero y me prometo de esta prueba que les doy de la lealtad de mis designios, es que la España de hoy ya más sea la compañera de la Francia sin restricción alguna en esta guerra a muerte que es necesario hacer a los ingleses, y a la cual el continente todo se prepara para lograr la paz y abrir los mares. Nuestras marinas necesitan reponerse; sobre esto pido y pediré constantemente un concurso extraordinario de la España, aún más interesada en este esfuerzo que la Francia, por razón de los dominios de sus Indias. En cuanto a lo demás, nuestro Tratado de Fontainebleau tendrá su cumplimiento con muchas cosas más; pues mi intención es que la España, cueste lo que costare, recobre a Gibraltar, que nos hagamos dueños del litoral del Africa, y que el Mediterráneo sea la partición, por excelencia, de la Francia y de la España. Todo lo he dicho en esto: es un gran bien para los pueblos y se anda más camino cuando sus soberanos pueden entenderse boca a boca *sin intermedio de ministros y sin las formas diplomáticas que todo lo*

*entorpecen*. Afortunadamente, en esta crisis podremos comprendernos, y yo habré hecho lo bastante para que en lo venidero no tenga nunca entrada la desconfianza en nuestros Gabinetes. No necesita ya la Francia ser más grande en cuanto a territorio; pero le conviene mucho que las potencias con quienes está aliada sean también poderosas en cierta proporción con ella, y que caminen todas juntas, cada cual con su parte de poder, a la gran obra de la mejoración del mundo que, a la cabeza de ellas, me han confiado los Destinos. Vuestra Majestad tiene delante de sí y debe ver venir los mejores años de su reinado y de su vida sin temor de que nadie vuelva a amargárselos: yo tengo fuerzas sobradas para entrambos.

Yo no he hecho más que referir aquí en compendio, con arreglo a mis apuntes y recuerdos, alguna parte, no bastante bien vertida, de aquel decir tan prestigioso, tan fecundo, tan poético, con que encantó a los reyes aquel hombre indefinible, de quien podría afirmarse que cambiaba de alma cada y cuando lo juzgaba necesario para poder decir de corazón y sin mentira las cosas que expresaba. Sus halagüeñas, melodiosas frases, corrían con una fuente bulliciosa de su boca, capaces de adular y de hacer suyos los oídos más difíciles, cuanto más los de los reyes padres tan necesitados como estaban de consuelos y esperanzas, y que a nadie habían oído hablar tan dulcemente y con tan gran vehemencia de sentimientos amistosos, naturales y sinceros, cual su magnífico hospedante tenía el arte de mostrados. En medio de esto, Carlos IV, que pecaba por exceso en punto de verdad y de franqueza, y no quería que nadie le venciese en estas nobles cualidades, desabrochó su corazón para mayor desgracia, y, cual si codiciara una corona que era propia pudiese tener aire de ambición personal suya, y trabajado todavía por la impresión de los sucesos que habían hundido su real ánimo, abrió el flanco que jamás debiera haber mostrado a Bonaparte, contándole por cima sus dolores y trabajos, y diciendo luego:

Que en la invasión escandalosa que

su autoridad había sufrido, no se cuidaba de otra cosa que de su honor y su respeto sin querer hacer violencia a sus vasallos; que en verdad se sentiría infinitamente dichoso de poder trabajar por la paz del mundo en compañía y en la intimidad del héroe de la Europa; pero que si, atendida la efervescencia de las pasiones que los malévolos habían excitado en España, y para conseguir la unión y la concordia de los ánimos, pudiese ser necesario o conveniente renunciar de una manera legal y honrosa su corona en favor de su hijo Fernando, se hallaba pronto a hacerlo, no mirando en esto otra cosa que la quietud y paz de sus Estados, a la cual en todo el tiempo de su reinado había dirigido sus mayores esfuerzos, sin perdonar ningún género de sacrificios en lo tocante a sus intereses personales; que la corona verdaderamente de espinas que había llevado tantos años, no le ofrecía atractivo alguno, ni le causaría dolor el desprenderse de ella; si bien, reconociéndose acreedor a la veneración y al reconocimiento de sus pueblos, no podía consentir en verse despojado de su trono ignominiosamente, ni sabría cederlo sin que antes fuesen reparadas las injurias que tenía sufridas, y su abdicación se hiciese luego, por lo menos, con igual solemnidad a la que había tenido la renuncia de su ilustre abuelo, con más las condiciones y reservas que eran justas y debidas a su real persona después de vuelto en toda regla a sus derechos inviolables y legítimos.

Napoleón, manteniendo el mismo tono de intimidad y de cordial afecto, respondió a Su Majestad "que no era en modo alguno conveniente, ni, moral y políticamente hablando, posible, que abdicase su Corona en aquella actualidad ni en todo el tiempo que tardasen en lograrse las paces generales; que no había más persona en su familia que Su Majestad, en cuya buena fe, y bajo cuya garantía pudiese estar segura la alianza de las dos naciones; que el príncipe de Asturias carecía de las prendas y virtudes necesarias para ocupar el trono; que, fiel y consiguientemente a su política, no le era dable convenir

en que aquel príncipe reinase mientras no corrigiese su conducta y adquiriese la experiencia, las virtudes y la capacidad de que se hallaba enteramente falto; que traspasarle la corona sería entregar el reino a las facciones en contra de las cuales no había sabido, ni probablemente sabría nunca precaverse; que, aunque Su Majestad hiciese en él una renuncia enteramente libre y voluntaria, se negaría a reconocerle, y se vería en la precisión de ocupar militarmente la España mientras la paz universal no se ajustase; que su hijo don Carlos y su hermano don Antonio se hallaban bajo el peso de una misma complicidad con el príncipe de Asturias y militaban contra ellos las mismas causas y razones, haciéndose por esto necesario obligar al infante don Antonio a que viniese a Bayona y que los tres quedasen en la Francia de por tiempo, para quitar a los facciosos el apoyo que su presencia podría darles; que Su Majestad estaba todavía en la mejor edad de un rey para el gobierno de sus pueblos, que su nombre era adorado en las Américas, y que no era fácil prometerse que el del príncipe su hijo mantuviese la lealtad tan firme y espontánea que a Su Majestad tenían probada aquellos habitantes; que había dado ya sus órdenes de hacer venir a las personas de más nombre y de más peso en la opinión, no tan sólo de Madrid, sino también de las provincias, para satisfacerle, antes de todo, de los agravios recibidos, y tratar después acerca de los medios de enderezar de nuevo el carro del Estado, y de abrir caminos anchos a la felicidad y a la grandeza de sus reinos; que en España, no avezada a las revoluciones, sería cosa muy fácil restablecer el orden y emprender una gran marcha bajo la rienda de las leyes sin cuestiones ni alborotos; que estaban hechos de su mano los modelos para el bien de todo el mundo, que la Europa los copiaba y paso a paso los iba recibiendo con general provecho; y que, en resolución, a ver venir los tiempos, terminada, cual no podría tardar de serlo, la guerra de los mares, Su Majestad podía contar

que su Corona se volvería de rosas y laureles”.

—Falta una cosa solamente—conchuyó Napoleón—, y es que Vuestra Majestad, de su plena y absoluta autoridad, llame a su hijo y lo requiera de dar por concluido su gobierno, de renunciar a sus culpables pretensiones, y de volverle su corona por un acto escrito, firmado de su puño. No estaría bien que yo lo hiciese, porque no soy su padre ni su rey, sino tan sólo un soberano amigo y aliado de Vuestras Majestades. Esto, no obstante, si lo juzgaren conveniente para imponer mayor respeto a ese hijo extraviado, yo estoy pronto a acompañarlos y asistirlos en este grave paso que es inevitable (355). Bien sabido fué en Bayona cuál fuese el porte que yo tuve en aquella triste y rara situación en que se hallaron padre e hijo. Nadie me vió presente pretendiendo hacer figura contra mis enemigos. Mi grande estudio fué eclipsarme cuantas veces, ora el rey Fernando, ora sus cortesanos, vinieron a rendir a Carlos IV y a la reina su respeto. Yo no quería que pareciese delante de sus ojos como un triunfo mi presencia, y me excusé constantemente con Sus Majestades por más instancias que me hicieron de ocupar mi puesto en tales ca-

(355) A la vista salta cuál pudo ser en esto la intención de Bonaparte. Una entrevista a solas de Fernando con sus padres, sobre una cuestión de tan grave importancia, hubiera producido explicaciones por las cuales éstos habrían sabido la inicua pretensión que había agitado Bonaparte con su hijo y con su corte sobre el cambio de la España por la Etruria. Gran guerrero como era, su tarea en aquellos días fué más bien de un jugador de manos. No tan sólo no habló nada el príncipe Fernando sobre aquella tentativa del emperador, sino que en su respuesta dada luego por escrito no dijo una palabra acerca de ella, como se verá muy pronto. ¿No es de pensar que el que trazó la tal respuesta se hallaba corrompido, o intimidado, cuando menos, guardando aquel secreto cuya revelación hubiera dado una gran luz a Carlos IV? ¿Sería verdad lo que oí contar más tarde cuando todo era acabado: que aquella carta fué trazada al paladar de Bonaparte por alguno de los seidas que vendían la corte de Fernando, y que Escoiquiz y Cevallos la aceptaron ciegamente, o por temor de Bonaparte, si revelaban a los reyes padres aquella pretensión a que se había arrojado con Fernando? Más adelante iremos viendo.

sos: mayor razón de retirarme cuando Fernando fué llamado, el rey, la reina y el emperador presentes. De lo que allí pasó o fué hablado yo no fuí testigo; pero sí diré que oí más adelante lamentarse, tanto al rey como a la reina, de que los partidarios de su hijo habían exagerado y malignado inicuaamente las reconvenciones y los cargos que le fueron hechos. La reina, sobre todo, se quejaba amargamente de que se hubiese dicho que pidió para Fernando el último suplicio, ¡noble madre que echó al fuego, por librarle, el documento con que lo pudo haber perdido! (356). Fué cierto que la reina hizo memoria de este hecho como prueba de la nobleza de conducta que con él había tenido, y para hacerle recordar que aquel papel habría bastado para ponerle en un patíbulo. ¡Qué grande diferencia, y de qué modo tan injusto se ha alterado siempre la verdad contra los que han caído sin defensa bajo el furor de los partidos! ¡Y qué conducta tan diversa la de aquellos padres que, mientras tales cosas se escribían dentro de España, en Francia, Italia y casi toda Europa, disparadas contra ellos toda suerte de calumnias, se abstendían de defenderse y me prohibían que yo lo hiciese, por no exponer a su hijo ni a la España a nuevas turbaciones y desastres! (357).

(356) Véase acerca de esto el capítulo XXX de estas MEMORIAS.

(357) Es un hecho bien sabido que el Congreso de Viena se negó a reconocer al rey Fernando, mientras su augusta padre no se hubiese desprendido en favor suyo de sus legítimos derechos, cual lo hizo de buen ánimo y de perfecto acuerdo con la reina, por el amor que entrambos le tenían, y por la paz del reino; siendo un contraste digno de notarse que así entonces, en aquella misma actualidad, como después por largo tiempo, se escribían y se pagaban tantos y tan diversos vituperios y denuestos contra aquellas nobles víctimas. El propagador de esta impostura que refuto fué el obispo Pradt, el grande y digno amigo de don Juan Escoiquiz, que con él formaba coro en sus escritos contra los reyes padres, con gran gusto de la corte de su hijo, el cual ni tan siquiera se halló libre bajo aquel partido para prohibir la *Idea sencilla*, que tan inicuaamente los trataba. La tal especie dijo M. Pradt que la había oído del mismo emperador; pero, aun dado que sea cierto que tuviese tal origen, Napoleón pudo engañarse y no haber comprendido exactamente lo que la



El gran dolor de los dolores fué que Napoleón hubiese conseguido apoderarse enteramente de la confianza de los reyes padres, y la hubiese ganado de tal modo que, sin tener necesidad de personas intermedias para dar cima a sus designios, se pudo reservar y reservó para sí solo el entenderse con Sus Majestades. El día de la comida en el palacio de Marrac, las atenciones, las finezas, las lisonjas, las promesas y los magníficos anuncios de un porvenir dichoso que les sería abierto, les fueron repetidos por Napoleón con redobladas muestras y encarecimientos de amistad y afecto, sin dejarles ver la menor sombra ni apariencia de nublados y dificultades ulteriores (358). ¡Qué noche de quietud, y mejor, qué espe-

reina hablaba en una lengua por su Majestad muy poco usada; como también fué muy posible que el mismo Pradt no hubiese oído o entendido claramente lo que, según él cuenta, refería Napoleón en su jardín, en medio de un gran ruedo de sus cortesanos apiñados para oírle, entre los cuales es probable que hubiese habido muchos otros por delante de aquel curioso y novelero sacerdote.

(358) A propósito del día de esta comida, ha escrito M. Bausset que yo no estaba puesto en la lista para la mesa, lo cual es cierto. No lo es, empero, lo que cuenta de que Carlos IV, notando mi ausencia, hubiese preguntado al emperador si había sido yo olvidado. No; en Carlos IV rebosaba la dignidad, y nadie en todo el mundo le excedía en la circunspección que exigía su real decoro y el noble orgullo de su estirpe. Fué una atención de Bonaparte, sin duda preparada con estudio, cuando al sentarse preguntó por mí a Sus Majestades, mandando luego me buscasen; y así es como lo ha referido con toda verdad M. Desmarest en sus *Testimonios históricos*, página 218. Dejo aquí sin trasladar la indecencia y baja chocarrería con que M. Bausset, olvidando los deberes de un hombre bien educado y de la posición que entonces tenía, ha pretendido agradar no sé a qué clase de lectores, trocando a su placer y alterando fuertemente la conversación que Carlos IV tuvo en la mesa sobre sus carcerías, muy diferente en la sustancia y en el modo de ella del carácter y de la sazón ridícula que este escritor, de última clase en cuanto al mérito literario, le ha prestado en sus *Memorias anecdóticas*. Este mismo autor pudiera haber contado con mejor verdad y buena fe aquel diálogo que oyo cuando se hallaba cuidando del servicio y del café, y el emperador, viendo que el rey no lo tomaba y se excusaba de tomarlo por no ser bebida de su uso, le dijo, proponiéndole una copa de vino generoso: "Yo he visto ya tam-

ranza de certeza sobre las nobles intenciones del emperador, fué aquella que pasaron de vuelta a su posada, persuadidos firmemente de que el fin de tantos horos se acercaba, y conversando placenteros, sin olvidar los medios que se podrían poner por obra para la vuelta y el perdón de aquel hijo seducido que tanto habían amado!

Conmigo solo se mostró severo aquella noche Carlos IV. Me preguntó Su Majestad si había ya desechado mis recelos sobre la sinceridad de la conducta de aquel hombre que tan fino, tan abierto y tan amigo se mostraba; y como respondiese que, en verdad, no había duda de su intención y su propósito de reponerle sobre el trono, pero que el exceso mismo de sus demostraciones y su obsequio me hacía temer

bién que Vuestra Majestad no ha gustado ningún vino en la mesa, pero a lo menos esta pequeña copa después de la comida..."

Y Carlos IV:

—Yo lo agradezco mucho; pero soy abstemio por costumbre y nunca lo he gustado; mi padre era lo mismo.

—Y ¿tabaco?—preguntó el emperador.

—Ni de polvo ni de humo—dijo el rey.

—Vuestra Majestad me admira—siguió Napoleón—; pero yo quería saber, para agradecerle, alguna cosa de su gusto.

—Vuestra Majestad—respondió el rey—tiene colmados mis deseos: mi comida y mi bebida más gustosa es la felicidad de mis vasallos y yo he logrado asegurarla con la ayuda del más grande de los héroes.

Y el emperador:

—Vuestra Majestad dirá mejor: *el primero y el más fiel de sus amigos*.

En este lugar debo también hacer notar una de las innumerables inexactitudes de que abundan las *Memorias* del duque de Róvigo, el cual refiere en ellas que el día del banquete tendido por el emperador a los reyes padres comí yo a la mesa del gran mariscal, y que antes de acabada la comida fui llamado por Napoleón, infiriendo de aquí que sería para tratar en compañía de los reyes y del emperador sobre los asuntos pendientes. El duque de Róvigo pudo muy bien haberme visto un instante en la sala de comer del gran mariscal, adonde fui guiado por un ujier; pero no en la mesa, pues que un instante después fui llamado a la del emperador. En cuanto a conferencias, dueño éste como se hizo de la confianza de los reyes, no tan sólo no tenía necesidad de mí, sino que me miraba más bien como un estorbo y ninguna cosa evitó tanto en los días siguientes como el que yo pudiese encontrarme en sus conferencias y conversaciones con Sus Majestades.

en gran manera que a la postre se quisiese hacer pagado de su obra caramente para España—volviendo el rostro con enojo:

—¿Piensas tú—me contestó agriamente—, que, cuando así pudiese ser, que estoy muy lejos de pensarlo, recibiría yo el trono de sus manos pagándolo la España? La situación precaria en que me encuentro yo no la he buscado, ni jamás me hubiera puesto a merced suya sino en el extremo en que me he visto; extremo no tan sólo para mí, sino aún más para mis reinos, porque en punto a pretensiones de su parte, nadie podría encontrarse más necesitado de admitirlas y aceptarlas que mi hijo, que venía buscando la confirmación de su atentado. De aquí debo yo inferir que no son grandes concesiones las que el emperador tendrá en su idea pronunciándose por mí, que no me encuentro en igual caso que mi hijo, siendo yo el rey legítimo. No más desconfianzas, porque ya serían inútiles, y peor que inútiles dañosas. Dios lo ha querido de esta suerte, y nos hallamos en las manos de este hombre que tan favorable se nos muestra por encima de nuestras mismas esperanzas: Dios dispondrá lo que convenga para en adelante.

Yo no tenía ya más que aconsejar ni qué decir, ni en punto de fe humana podría ya haber duda de que el emperador cumpliera las promesas que a Sus Majestades había hecho tan terminantes y formales. Y diré más, y es que lo fueron de tal modo, tan expresivas, y bajo toda suerte de apariencia tan cordiales, que aún es hoy y al acordarme pienso muchas veces que en aquellos dos primeros días, desechados sus pensamientos ambiciosos a vista y en presencia de aquel monarca infortunado, tan respetuoso y venerable, que venía a buscar en él su amparo, prometió y habló sinceramente.

Mas de cualquier manera que esto hubiese sido, aquel feliz empieza duró poco. Como después de un bello día de sol comienzan a mostrarse telarañas en el cielo, y la atmósfera a perder su transparencia, así el día 2 de mayo (tan grande y doloroso para España, como

funesto, andando el tiempo, a Bonaparte) comenzó a turbarse el gozo y la esperanza de los reyes padres. Aquel día por la mañana recibieron la respuesta por escrito de su hijo, muy diversa de la que aguardaban, y a Sus Majestades tanto más sensible y dolorosa, cuanto más tenían la intervención violenta que el emperador podría adoptar en la disputa que iba a abrirse. Aunque esta carta es conocida y se encuentra en muchos libros, el hilo de esta historia lamentable exige que la inserte y que la una a estas MEMORIAS con algunas notas oportunas. La respuesta de Fernando estaba concebida en estos términos (359):

“Venerado padre y señor: Vuestra Majestad ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez dirigidos, como es notorio y a Vuestra Majestad consta, no a disgustarle del Gobierno y del trono, sino a que se mantuviese en él y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependían absolutamente del trono mismo (360). Su Ma-

(359) Deseando siempre la más escrupulosa verdad en todo lo que escribo, debo advertir que traslado aquí esta carta según fué publicada por don Pedro Cevallos entre las piezas justificativas de su *Manifiesto*; y aunque no tuve lugar de leer la original sino una sola vez, cuanto puede alcanzar mi memoria no se hallaban en ella algunas de las frases en forma de reconvencción que se leen en la publicada por Cevallos: bien entendido que esta diferencia en las formas más o menos ásperas de la carta no quita nada al fondo y sustancia de su contenido.

(360) Es necesario observar sobre el contexto de esta primera especie la falsa suposición que en ella se hace de que el rey había intentado abandonar el trono retirándose o pretendiendo retirarse a las Andalucías, cuando, todo al contrario, era su objeto conservarle poniéndose a cubierto de los movimientos hostiles o sospechosos de las tropas francesas, y defender sus reinos. Es de notar también la mala fe con que esta especie se escribía, no diré por el príncipe, sino por sus inicuos consejeros, después que por su propia experiencia habían visto los designios de Napoleón, y que el peligro del trono estaba en Bayona, donde ellos habían querido venir, y no en Sevilla o en Cádiz, adonde Carlos IV había determinado trasladarse y hacerse fuerte con todos los que en su existencia dependían absolutamente del trono, que eran sus hijos y familia. ¿Era que estos hombres pretendían alabarse todavía de su viaje a Bayona?

jestad me dijo igualmente que su abdicación había sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario no le creyese, pues jamás había firmado cosa alguna con más gusto. Ahora me dice Vuestra Majestad que, aunque es cierto que hizo la abdicación con toda libertad, todavía se reservó en su ánimo volver a tomar las riendas del Gobierno cuando lo creyese conveniente (361). He preguntado en consecuencia a Vuestra Majestad si quiere volver a reinar, y Vuestra Majestad me ha respondido que ni quería reinar ni menos volver a España (362). No obstante, me manda Vuestra Majestad que renuncie en su favor la Corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicación. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia a sus padres (363), ninguna prueba que pueda calificar es-

(361) Mis lectores deberán recordar sobre esta otra especie lo que en el capítulo anterior dejé dicho: lo primero, acerca de la necesidad en que, por su propio decoro, se halló el rey de disimular la fuerza, por lo menos moral, que había sufrido cuando pronunció y firmó su renuncia; lo segundo, la disposición en que después se halló su real ánimo de validar aquella renuncia bajo las formas legales y las condiciones que requerían su dignidad y la grandeza de un tal acto. Los que dictaron esta carta se desentienden de esto y de la increíble repulsa que opusieron a las generosas intenciones y deseos de Carlos IV.

(362) Carlos IV, que, como he dicho tantas veces, jamás mentía, cuando leyó esta carta en el *Manifiesto* de Cevallos, extrañando como yo extrañaba también ciertas faltas de exactitud en la reproducción que aquel ministro hacía de la original, me aseguró que sus palabras a las cuales se refería esta cláusula fueron las siguientes: "Yo no quiero reinar ni volver a España sin el decoro que es debido a mi persona, y sin que antes me sea hecha una solemne reparación por los que me han faltado y ofendido, entre los cuales eres tú el primero de quien yo la exijo." Su Majestad no conservaba la carta original, porque Napoleón se apoderó de ella para minutar por sí mismo la contestación, como se verá después, y no se cuidó de volverla.

(363) El que dictó esta carta (la cual, por los solecismos que contiene, muy frecuentemente en los escritos de Escoiquiz, pudiera atribuírsele) no tuvo aquí presente la que el engañado príncipe Fernando dirigió, en 11 de octubre del año anterior, a Napoleón trasladándole la obediencia que debía a su padre, pidiéndole una esposa, ofreciéndole ser su hijo el más

las cualidades es violenta a su piedad filial; principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con Vuestra Majestad como hijo suyo, no están en contradicción con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni éstos, que tienen el primer derecho a mis atenciones, queden ofendidos, ni Vuestra Majestad descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, a hacer la renuncia de mi Corona en favor de Vuestra Majestad bajo las siguientes limitaciones:

"1.<sup>a</sup> Que Vuestra Majestad vuelva a Madrid, hasta donde le acompañaré y serviré yo como su hijo más respetuoso.

"2.<sup>a</sup> Que en Madrid se reúnan las Cortes; y pues que Vuestra Majestad resiste una congregación tan numerosa, se convocarán al efecto los Tribunales y los diputados de los reinos (364).

"3.<sup>a</sup> Que a la vista de esta Asamblea se formalizará mi renuncia exponiendo los motivos que me conducen a ella; éstos son el amor que tengo a mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procurándoles la tranquilidad, y redimiéndolos de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida a que Vuestra Majestad vuelva a empuñar el cetro, y a regir unos vasallos dignos de su amor y protección.

*reconocido y afecto*, invocando su protección, acusando a su padre de desueto a la alianza francesa y de estar rodeado de egoístas pérfidos, pidiéndole que abriese los ojos de sus padres y que tomase por su cuenta hacer la dicha de la nación y la suya.

(364) El autor de esta carta comete aquí una falta de buena lógica, porque aunque fuese fácil de presumir que el rey no quería congregar las Cortes, no habiéndose tratado ni propuesto antes cosa alguna acerca de esto, no podía darse por sentado que Su Majestad resistía esta proposición, y debió decirse en lugar de *pues que*, y "por si Vuestra Majestad resiste, etc.". No hago estas observaciones que podrán parecer minuciosas, sino para hacer notar las inexactitudes y la mala fe que ofrece esta carta. Es también mucho de notar en ella que, no habiendo permitido los ministros de Fernando al Consejo de Castilla que se detuviese ni aun a oír en voz a sus fiscales sobre la abdicación de Carlos IV. pidiesen y exigiesen tantos requisitos para la renuncia de su hijo.

"1.<sup>a</sup> Que Vuestra Majestad no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nación (365).

"5.<sup>a</sup> Que si Vuestra Majestad, como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver a España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugarteniente suyo. Ninguno otro puede ser preferido a mí; tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligación como yo (366). Contraída mi renuncia a estas limitaciones, comparecerá a los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interés de su conservación a la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar a unos pueblos a cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de más lisonjero y seductor entre los hombres.

"Dios guarde la importante vida de Vuestra Majestad muchos y felices años que le pide postrado a L. R. P. de Vuestra Majestad su más amante y rendido hijo.—*Fernando*.—Pedro de Cevallos.—Bayona, 1 de mayo de 1808."

Por el contenido de esta carta se ve bien de qué manera los consejeros de Fernando le alejaban de un feliz concierto con su padre, en circunstancias tales como aquéllas en que la unión sincera y el perfecto acuerdo de uno y otro eran el solo medio de salvar el gran peligro en que se hallaban y de

que estaba tan ajeno Carlos IV. Faltaron a sus reyes, y faltaron a su patria, dejando de instruirle sobre las pretensiones que el emperador había traído con su hijo; falta tanto más grave y más culpable, cuanto, como el mismo Escoiquiz ha contado (367), "en la noche anterior a la llegada de los reyes padres le llamó el emperador, y le encargó dijese a Fernando que todo trato con él estaba concluido, y que en adelante sólo trataría con su padre". ¿Fue temor, o fue más bien inteligencia que el que dictó la carta habría tenido con el emperador o con algún agente suyo para que callasen lo que importaba tanto que supiese Carlos IV? Yo no sabré decirlo; pero sí diré que el haber ocultado a Carlos IV en ocasión tan crítica tan grave antecedente fué un servicio de gran monta prestado a Bonaparte. La intimidad de Escoiquiz y de Pradt era muy grande; Escoiquiz era fatuo no menos que perverso; Pradt, un hombre astuto y agilísimo. Escoiquiz se gloriala de que el emperador había formado de él un gran concepto, al cual, como ha contado en sus *Memorias* el mismo M. Pradt, le llamaba aquél (por antífrasis, sin duda) *le petit Ximenez* (368); no sería, pues,

(367) *Idea sencilla*, cap. IV, pág. 50.

(368) La necia vanidad de Escoiquiz, y la flaqueza que le dominó en Bayona de figurar allí como un gran político, y de parecer como un diplomático apreciado y distinguido por el emperador, se manifiesta con la más deplorable fatuidad en el relato de las conversaciones o conferencias que con él refiere en su *Idea sencilla* haber tenido. En la página 135 se alaba de que el emperador le hubiese dicho *que le habían dado ya una idea de su rectitud e instrucción*; en la página 138, de que le había dicho: *Sé que usted es un hombre de bien*; en la 153, de que, sonriéndose y tirándole con bastante fuerza de una oreja, le dijo: *Me han hablado de usted mucho, y veo con efecto que calza usted muy largo*; y en la 176 se alaba de que Napoleón había dicho al duque del Infantado: *El canónigo me ha hecho esta mañana una arenga ciceroniana*. Este insensato no alcanzó a sospechar que estas lisonjas, verdaderamente burlescas, eran la añagaza con que el emperador, conocida su simpleza, se proponía ganarle a sus designios, como le ganó en efecto para que fuese a persuadir al rey Fernando el cambio de la España por la Etruria. Y así fué que el entremetimiento de este hombre en los negocios que no le tocaban, mangoneando y tratando, sin misión alguna, con los minis-

(365) Vale decir el hombre que, si no le hubiesen derroado, a todos los habría salvado, y no se hubieran visto en la terrible y humillante posición en que se hallaban.

(366) No clame nadie que esta aseguración de Fernando no fué cumplida en los años de su reinado. Con muy pocas excepciones, todos los príncipes que se aman a sí mismos aman a sus pueblos; pero no siempre son libres para hacer obras que lo aprueben. La desgracia del rey Fernando fué no haber podido nunca sacudir el yugo de los que le entronizaron antes que le llegase su tiempo. Todos cuentan que Fernando gobernaba interiormente su casa con grande amor, liberalidad y sabiduría, mostrándose en ella como excelente padre de familia. En esta parte fué libre, y siéndolo se hizo digno de alabanza. Mal pecado el de aquellos que no le dejaron serlo como rey, y que hasta la postrera hora de su vida lo gobernaron, lo atormentaron y oprimieron.

un juicio temerario sospechar de Escoiquiz, que, viendo el pleito en mal estado, para evitar su riesgo y de los suyos, se hubiese manejado de manera que le pudiese merecer en todo evento la protección de Bonaparte. Lo cierto es, como se ve por esta carta, que le fué guardado un fiel secreto de sus pretensiones con Fernando, que la carta dejó a oscuras de estos hechos a los reyes padres, que este silencio de la carta fué precisamente un silencio meditado y una inicua felonía, ya fuese por temor, o ya por connivencia con el emperador de los franceses.

No tardó éste en presentarse en la posada de los reyes un cuarto de hora apenas de recibirse la tal carta, lo cual deja lugar a sospechar que tuvo aviso de su envío. En cuanto fué anunciado que llegaba, rogué al rey me permitiese retirarme, siendo un asunto del príncipe su hijo el que iba allí a tratarse. Su Majestad convino en que saliese por el pronto, pero sin dejar mi cuarto por si el emperador pedía se me llamase. No lo pidió, ni yo bajé hasta después que hubo partido y cuando Carlos IV tuvo a bien llamarme. Napoleón, como por prueba de su afecto y de su celo por el honor del rey, se había ofrecido, o, por mejor decir, se había encargado de dictar él mismo la contestación que convendría se diese al príncipe Fernando, y prometió ponerla cual correspondía a la dignidad de su primer amigo y aliado, para que Su

tros y agentes de Napoleón, ayudaron a mantener las esperanzas de éste, y a tener aún en menos de lo poco que valía la corte de aquel príncipe. De esto se quejó bien claramente don Pedro Cevallos en sus *Observaciones sobre la "Idea sencilla"*, publicadas en Madrid, en 1814, donde, hablando de esta introducción oficiosa e indebida de Escoiquiz con los agentes de Napoleón, se explica (página 23) de esta suerte:

"No pudiendo yo llevar en paciencia que el señor Escoiquiz, aunque fuese con buen celo, entrase en conferencia con los satélites de Bonaparte, le pregunté con qué autoridad se mezclaba en discusiones diplomáticas, cuando para ellas no le había autorizado el rey; y me respondió que le buscaban y que no podía dejar de dar oídos a los que le hablaban; ¡nuevo género (continúa Cevallos) de poderes desconocidos en la diplomacia hasta la época de Bayona!"

Majestad, hallándola conforme a su merecimiento propio y al objeto de ella, cuidase de enviarla.

El rey se hallaba triste y abatido; Napoleón le había mostrado diferentes cartas interceptadas, una de ellas del príncipe su hijo al infante don Antonio, en la cual, entre otras faltas de reserva en cuanto a decir mal de los franceses, la emperatriz, sin que viniese al caso el hablar de ella, parecía puesta en menosprecio: sobrada ligereza en tales circunstancias la de aventurar escritos de esta especie sin estafetas ni correos seguros (369). Las otras cartas me dijo Carlos IV que eran de españoles, las unas de personas de la comitiva de su hijo; las otras, de corres-

(369) M. Bausset, que refiere en sus *Memoirs* haber traducido esta carta en francés de orden del emperador, quedándose con una copia de ella, la estampa toda entera, advirtiendo que la que fué publicada en el *Monitor*, y después en las *Memorias* de M. Pradt, no era sino un fragmento de la original que él publica. La inserto aquí, tal como M. Bausset la ha dado, completa, con el solo objeto de hacer ver todavía de qué manera, hasta en una carta confidencial, y tan confidencial que se ridiculizaba en ella, hasta cierto punto, a la emperatriz Josefina, se guardaba pleno y absoluto silencio sobre las pretensiones de Bonaparte en orden al trueque de la corona de España por la de Etruria, exigido imperiosamente. He aquí el texto de esta carta en francés, según se encuentra, a la letra, en la obra de M. Bausset:

Bayonne, 23 avril 1808.

A don Antonio:

"Cher ami, j'ai reçu ta lettre du 21, et j'ai lu les copies de deux autres qu'elle renferme, celle de Murat et sa réponse; j'en suis satisfait: je n'ai jamais douté de ta prudence ni de ton amitié pour moi. Je ne sais comment t'en remercier.

"L'impératrice est arrivée ici hier au soir à sept heures; il n'y eut que quelques petits enfants qui crièrent *vive l'impératrice*; encore ces cris étaient-ils bien froids, elle passa sans s'arrêter et fut de suite à Marrac, où j'irai lui rendre visite aujourd'hui.

"Cevallos a eu un entretien fort vif avec l'empereur, qui l'a appelé traître, parce qu'ayant été ministre de mon père, il s'est attaché à moi, et que c'était là la cause du mépris qu'il avait pour lui. Je ne sais comment Cevallos a pu se contenir, car il s'irrite facilement, surtout en entendant de tels reproches. Je n'avais pas jusqu'à ce jour bien connu Cevallos: je vois que c'est un homme de bien qui règle ses sentiments sur les véritables in-

ponales suyos de la corte, hostiles todas ellas e injuriosas a su real persona, y mayormente las de España (370). Junto con ellas, añadió Su Majestad, "que Napoleón le había mostrado la correspondencia de Murat, en que éste le escribía que la inquietud iba creciendo por instantes no tan sólo en Madrid, sino también en las provincias; que la Junta de Gobierno, lejos de poner freno a los desórdenes, contemporizaba ocultamente con los perturbadores y los

térêts de son pays, et qu'il est d'un bon caractère, ferme et vigoureux, tel qu'il en faut dans de semblables circonstances.

"Je l'avertis que Marie Louise (reine d'Etrurie) a écrit à l'empereur qu'elle fut témoin de l'abdication de mon père, et qu'elle assure que cette abdication ne fut pas volontaire.

"Gouverne bien, et prends des précautions de peur que ces mandits Français n'en agissent mal avec toi. Reçois les assurances de mon tendre attachement.—*Ferdinand*."

Después continúa M. Bausset contando lo que sigue acerca de su carta: "J'observais l'empereur pendant qu'il lisait ma traduction. Il me parut choqué de ce qui concernait l'impératrice; mais indigné surtout de l'épithète de *maudits Français*. 'Etes-vous bien sûr que ce soit exactement le mot?' Je lui lis l'original: *malditos*. 'C'est bien cela... ce mot est presque italien, *maledetto*,' me répondit-il. L'original fut repris par l'empereur".

(370)Cuál fuese esta ínfima violación del sagrado derecho de la correspondencia epistolar tratándose de un pueblo amigo y aliado, lo cuenta *frescamente* el mismo M. Bausset de esta manera: "Il est inutile de faire un mystère des précautions qui furent prises pour être instruits de ce qui se faisait, se disait et s'écrivait dans le palais occupé par les infants. Ces mesures, dit-on, sont d'usage en pareil cas. Cette cour jeune et confiante était loin de s'en douter dans les premiers temps de son séjour à Bayonne. Des rapports journaliers et secrets instruisaient Napoléon. Le prince et ses courtisans écrivaient sans précaution; mais leurs courriers étaient arrêtés à la frontière par un double cordon de gendarmes d'élite et de douaniers qui fouillaient impitoyablement tous les voyageurs, même les femmes du peuple, sur lesquelles on trouvait souvent des dépêches qu'elles devaient remettre à des émissaires espagnols qui attendaient au-delà de la Bidassoa."

El duque de Róvigo cuenta lo mismo y con igual *frescura* que M. Bausset, de esta suerte: "A quelques lieues de Bayonne on arrêtait les courriers qu'il (le prince Ferdinand) envoyait en Espagne ainsi que ceux qui en venaient; on les mettait dans une maison où ils étaient gardés à vue, bien nourris et soignés, mais on leur prenait leurs dépêches que l'on apportait à l'empereur."

dejaba organizarse; que había una grande ira manifiesta en contra de nosotros, y que había sido gran fortuna que hubiésemos partido y aprovechado los momentos críticos, porque una vez corrida, como ya lo estaba, la voz de mi protesta, podían habernos atacado los malévolos y haberse originado una catástrofe; que la Reina de Etruria estaba mal mirada y muy expuesta, que había sabido con certeza que entre algunos partidarios exaltados de Fernando se meditaba sorprenderla y al infante don Francisco, arrebatarlos del palacio e internarlos como por rehenes del príncipe de Asturias; que igual maquinación sabía se había tratado contra él mismo y contra algunos generales del Ejército; que se encontraba prevenido y preparado grandemente contra todo acaecimiento de esta especie, pero que tenía por más seguro quitar las ocasiones, y enviar al infante y a su hermana a incorporarse con nosotros en Bayona; y, en fin, que si la Junta de Gobierno, que aún regía bajo el nombre del príncipe Fernando, no mudaba de conducta, se vería obligado a hacer partir también para Bayona al infante don Antonio, y a ocupar la presidencia de la Junta (371).

(371) Es de advertir en este lugar que cuando los reyes se decidieron a emprender su desaventurado viaje, ya Murat había pretendido que llevasen consigo al infante don Francisco y a la reina de Etruria, pero que Sus Majestades se negaron a llevarlos, por dos razones: la primera, por evitar cuestiones y choques con la Junta de Gobierno después de haber prometido el rey que no haría uso de su autoridad durante su paso a Bayona; y la segunda, por no dejar lugar ni a sus amigos ni a sus enemigos para que pensasen que abandonaba el reino o que le faltaba confianza en la lealtad de sus pueblos. Esto no obstante, después de haber contado Murat a Sus Majestades con los más fuertes colores los alborotos de Burgos y Toledo ocurridos en aquellos días, logró arrancar a Carlos IV una carta sin fecha para su hermano con orden de hacer partir tanto al infante como a la infanta para Bayona, dando Murat a Su Majestad la palabra que éste le exigió de no hacer uso de aquella carta, ni llevar a efecto aquella orden, sino en un caso extremo que no ofreciese otro recurso.

En cuanto a lo demás, es de pensar que el pliego de Murat que Bonaparte mostró al rey no sería sino una carta convenida y os-

Después de la lectura de estas cartas, decía Su Majestad:

—Napoleón no sólo se ha mostrado consiguiente a sus promesas anteriores, sino aún más firme y más vehemente en sostenerlas, exclamando y protestando que antes de pocos días me haría subir al trono de su propia mano, y que si hallaba resistencia, me servirían de gradas los cadáveres sangrientos de mis enemigos. Napoleón no me conoce, y así, le he dicho francamente que yo no quiero la Corona a precio de la sangre de mis vasallos seducidos; que mil Coronas que tuviese las querría perder más bien que pretender reinar como un Tarquino, apoyándome en la fuerza que podrían prestarme las armas extranjeras; que al cabo de mis años y de un reinado tan suave y tan pacífico como el mío lo ha sido, no quiero desmentir en mi vejez la mejor gloria de mi vida, que es la de haber reinado sin rigores ni sevicia veinte años, y que de nuevo le pedía que, sin perder de vista en cuanto fuese necesario los intereses de la España y de la Francia, se acomodase con mi hijo, abriéndome un asilo donde acabar mis días sin los tormentos del reinado. Todo esto ha sido inútil, me ha repetido que jamás consentirá que mi hijo reine, y ha calmado al fin un tanto mis angustias, haciéndome esperar que podría todo componerse sin las armas por medio del Congreso que tenía intentado de diputados españoles. que en Bayona, libres del temor de los partidos, podrán abrir camino a la concordia de los ánimos.

Muy fácil fué después, cuando se consumaron los sucesos, reconocer la falsedad y la segunda con que procedía Napoleón en todos estos pasos; pero en la soledad y el aislamiento en que se hallaban nuestros reyes y en que yo me hallaba, no era posible adivinar sus verdaderas intenciones. Tal vez que entonces todavía no hacía otra cosa más que tantear los medios del ataque; y es fuerza confesar que los benignos y leales sentimientos que le mostraba Car-

los IV, le dejaron ver el lado por donde podría herirle y suplantarle.

Después de aquella hora y de aquel día, no tuvo el rey más tregua ni descanso en sus penalidades de alma y cuerpo. La reina, poco menos abatida, lo alentaba, conforme enteramente con Su Majestad en la resolución que había mostrado de no entrar a mano armada a recobrar su trono. La idea de aquella especie de Congreso que Napoleón tenía intentado y de que tanto hablaba, le parecía un buen medio por el cual podrían cesar tantos peligros, conciliarse los partidos, y ponerse en salvo los intereses de la España, que eran los primeros.

Vino en tanto sin tardarse, el mismo día, la respuesta para el príncipe Fernando de que el emperador se había encargado, traída y entregada en propia mano con la mayor reserva a Carlos IV por el mariscal Duroc; al cual, habiéndola leído, le mostró Su Majestad su complacencia, y le encargó decir a su eficaz amigo y aliado "que la adoptaba toda entera, que aquel escrito era una prueba superior y la más notable que podía añadirle de su amistad ilimitada, y un papel equivalente a un *Manifiesto* y a una completa apología de su reinado".

El contenido de esta carta, bien que sea muy conocida, pertenece al orden de los hechos cuya historia estoy contando, y, aunque en estilo enteramente gálico, y con algunas inexactitudes en los detalles, sostiene de una manera enérgica y elevada la razón y la justicia que militaba triunfantemente en favor de Carlos IV, dejándose ver en ella, al mismo tiempo, el profundo disimulo y artificio con que procedía Napoleón para inspirar confianza a los reyes, y apartar de sus ánimos todo motivo de dudas y temores mientras preparaba su gran golpe inesperado. He aquí el texto literal de aquella carta según fué publicada por Cevallos:

"Hijo mío: Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España a una situación crítica: sólo el emperador puede salvarla.

"Desde la paz de Basilea he conocido que el primer interés de mis pue-

tensible, independientemente de las comunicaciones ocultas con que sin duda era manejada aquella inicu intriga tan difícil de creerse si después no hubiese sido vista.

blos era inseparable de la buena inteligencia con la Francia. Ningún sacrificio he omitido para obtener esta importante mira: aun cuando la Francia se hallaba dirigida por Gobiernos efímeros, atagué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política y el bien de mis vasallos.

"Cuando el emperador hubo restablecido el orden se disiparon grandes sobresaltos, y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel a mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra a la Francia, logré felizmente ser neutro y conservar a mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó después de cuatro fragatas mías, y me hizo la guerra aun antes de habérmela declarado; y entonces me vi precisado a oponer la fuerza a la fuerza, y las calamidades de la guerra asaltaron a mis vasallos.

"La España, rodeada de costas, y que debe una gran parte de su prosperidad a sus posesiones ultramarinas, sufrió con la guerra más que cualquiera otro Estado: la interrupción del comercio y todos los estragos que acarrea afligieron a mis vasallos, y cierto número de ellos tuvo la injusticia de atribuirlos a mis ministros.

"Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de la inquietud en cuanto a la integridad de mis provincias, siendo el único de dos reyes de Europa que se sostenía en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aún gozaría de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habéis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera mujer tenía a la Francia, y habéis participado irreparablemente de sus injustos resentimientos contra mis ministros, contra vuestra madre y contra mí mismo.

"Me creí obligado a recordar mis derechos de padre y de rey: os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer a mi hijo en un cadalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante, mis vasallos estaban agitados por las

prevenciones engañosas de la facción de que os habéis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me vi precisado a unir las penas que me causaban los males de mis vasallos a los pesares que debí a las disensiones de mi misma familia.

"Se calumniaba a mis ministros cerca del emperador de los franceses, en cual, creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados (aun en el seno de mi familia), cubrió bajo varios pretextos mis Estados con sus tropas. En cuanto éstas ocuparon la ribera derecha del Ebro y mostraban tener por objeto mantener la comunicación con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaría los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me había dispensado; pero, al ver que sus tropas se encaminaban hacia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi Ejército cerca de mi persona, para presentarme a mi augusto aliado como conviene al Rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: di orden a mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y de reunirse sobre varios puntos de mi Monarquía no para abandonar a mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Además, mi larga experiencia me daba a conocer que el emperador de los franceses podía muy bien tener algún deseo conforme a sus intereses y a la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradicción con los intereses de mi Casa. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber intraducido el desorden en mi palacio, y amotinado el cuerpo de guardias de Corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero; mi primor ministro, que había yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fué conducido de un calabozo a otro. Habéis desdorado mis canas, y las habéis despojado de una Corona poseída con gloria por mis padres y que había conservado sin mancha. Os habéis sentado sobre mi trono, y os pusisteis a la disposición del pueblo de Madrid y de tropas extranjeras que en aquel punto entraban.



"Ya la conspiración de El Escorial había obtenido sus miras; los actos de mi administración eran el objeto del desprecio público. Anciano y agobiado de enfermedades, no he podido sobrellevar esta nueva desgracia. He recurrido al emperador de los franceses *no como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa del trono, sino como un rey infeliz y abandonado*. He hallado protección y refugio en sus reales, le debo la vida, la de la reina y la de mi primer ministro. He venido, en fin, hasta Bayona, y habéis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediación de este gran príncipe.

"El pensar en recurrir a agitaciones populares es arruinar la España, y conducir a las catástrofes más horribles a vos, a mi reino, a mis vasallos y a mi familia. Mi corazón se ha manifestado abiertamente al emperador; conoce todos los ultrajes que he recibido y las violencias que se me han hecho; me ha declarado que no os reconocerá jamás por rey, y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza a los extraños. Me ha mostrado, además, cartas de vuestra mano que hacen ver claramente vuestro odio a la Francia.

"En esta situación, mis derechos son claros y mucho más mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos, no hacer nada al fin de mi carrera que pueda acarrear asolamiento e incendio a la España reduciéndola a la más horrible miseria. Ciertamente que sí, fiel a vuestras primeras obligaciones y a los sentimientos de la naturaleza, hubierais desechado los consejos perversos, y que, constantemente sentado a mi lado para mi defensa, hubierais esperado el curso regular de la naturaleza que debía señalar vuestro puesto dentro de pocos años, hubiera yo podido conciliar la política y el interés de España con el de todos. Sin duda, hace seis meses que las circunstancias han sido críticas; pero, por más que lo hayan sido, aún hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los medios que aún tenía, y de la fuerza moral que hubiera adquirido, presentándome dignamente al encuentro de mi aliado a quien nun-

ca diera motivo alguno de queja (372), un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero, arrancándome la Corona, habéis deshecho la vuestra, quitándole cuanto tenía de augusta y la hacéis sagrada a todo el mundo.

"Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interés ni de la patria el que pretendáis reinar. Guardaos de encender un fuego que causaría inevitablemente vuestra ruina completa y la desgracia de España.

"Yo soy rey por el derecho de mis padres; mi abdicación es el resultado de la fuerza y de la violencia; no tengo, pues, nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir a ninguna reunión en junta, nueva necia sugestión de los hombres sin experiencia que os acompañan.

"He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolución. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él: olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes (373). Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos, y en la edad a que he llegado no haré nada que esté en oposición con su religión, su tranquilidad y su dicha. He reinado para ellos; *constantemente me ocuparé de ellos*; olvidaré todos mis sacrificios, y

(372) En la copia de esta carta, publicada en lengua castellana por el *Monitor* francés de 5 de febrero de 1810, se lee: *a quien nunca diera motivo alguno de guerra*; pero en la versión francesa que contiene el mismo *Monitor* se encuentra la palabra *queja* en lugar de la de *guerra*, leyéndose de esta suerte: *auquel je n'avais jamais donné de sujet de plainte*.

(373) El que extendió esta frase cometió aquí una gran falta de lógica y de sintaxis, como cualquiera podrá reconocer a muy poca atención que ponga en ella. En la versión francesa ya citada del *Monitor* de 5 de febrero se lee: *Oublier cette maxime, c'est se rendre coupable de tous les crimes qui dérivent de CET OUBLI*; pero la copia que allí se encuentra en lengua española contiene el mismo defecto que la publicada por Cevallos. Este no nos ha dicho en poder de quién fué dejada la carta original.

cuando, en fin, esté seguro que la religión de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años (374).

"Dado en Bayona en el Palacio Imperial, llamado del Gobierno, a 2 de mayo de 1808.—Carlos."

Los días siguientes, 3 y 4 de mayo, no ofrecieron a los reyes padres sino una serie de tribulaciones, en que las esperanzas mismas, casi seguridades, que el emperador les daba de un pronto desenlace favorable, les aumentaban su inquietud y sus angustias; tanta era el arte y la malicia con que Napoleón sabía mezclar el veneno y la triaca, aquél en grandes dosis; ésta, escasa; pero endulzado todo con las más vivas apariencias de amistad, de celo y decisión en cuanto a hacer triunfar la causa de Sus Majestades.

Napoleón había encontrado el medio cierto de affligirlos y abismarlos, comunicándoles los partes que le venían de España, y presentándoles las cartas que interceptaban sus gendarmes y aduaneros; todo esto sin testigos, a solas con los reyes, haciendo gran misterio, y encomendando la reserva de estas cosas como secretos de amistad que les fiaba mientras ponía remedio a todo. Con tales datos en la mano los representaba el suelo de la España, más y más amenazado cada día del fuego subterráneo que los conspiradores agitaban, y que era alimentado, les decía,

(374) Conviene advertir en este lugar que en la publicación que ha hecho el conde de Toreno de esta carta (refiriéndose a la publicada por Cevallos entre las piezas justificativas de su *Exposición o Manifiesto* de 1 de septiembre de 1808, bajo el número 8, ha omitido aquel escritor una frase importante de dicha carta, cuando, diciendo Carlos IV *He reinado para ellos* (lo cual se lee en la publicada por Toreno), sigue el rey diciendo: *Constantemente me ocuparé de ellos*. La omisión de esta segunda frase podría inducir en error a los que no lean sino el libro de Toreno, pues podría dejar lugar a pensar que en aquella actualidad, vale decir, en 2 de mayo, se encontraba ya Carlos IV poseído de la idea de renunciar su corona, lo cual sería un error gravísimo.

desde Bayona mismo por su hijo y por sus arrimados.

Cuanto se hacía en Madrid, y cuanto se pensaba, lo sabía, hasta el proyecto de una nueva Junta, por la cual la de Gobierno había intentado o intentaba hacerse reemplazar en lo interior del reino y en país libre. Las inquietudes de Madrid, la agitación de las provincias, los acopios de armas que se hacían en Aragón y en otros puntos, el rompimiento preparado contra los franceses, de que se hablaba sin rebozo en un informe dirigido a los consejeros de Fernánb (375), y, sobre todo esto, las exclamaciones y amenazas de castigo y de venganza que profería Napoleón, herían el ánimo del rey y de la reina, que nada sentían tanto como ser pretexto u ocasión de que se derramase la sangre de sus súbditos.

Mientras más se enfurecía o aparentaba Bonaparte enfurecerse hablando de estas cosas, mayor era el partido que sacaba para el desmayo de los reyes; y cuando había clavado bien los agujones en sus almas, los hacía más suyos y ganaba más su confianza, con la esperanza que les daba de que su experiencia y su política podrían tal vez ahorrar la sangre, interponiendo acerca de esto su palabra de que no sería el primero en hacer uso de las armas, ni las haría emplear mientras no fuese provocado con hostilidades manifiestas. Cuando así el rey como la reina me contaban estas cosas, el grande mal que yo temía era que se abatiesen, hasta el punto de no querer volver a España; no porque deseara, en intetés mío propio solamente, y en el suyo, que reinasen, sino muy más por el peligro de mi patria, si, consternado Carlos IV, y temeroso en tanto grado, cual lo era, de las revoluciones, llegaba a echarse a tierra y abandonaba la Corona.

Sobre esto hablé a Sus Majestades con el mayor esfuerzo, pidiendo a Carlos IV no olvidase, y que fijase bien en su memoria, lo que el emperador

(375) M. Bausset, en sus *Memorias anecdóticas*, ha hecho mención de este informe interceptado, y ha dado en ellas algunos trozos de este escrito, traducido, según dice, por él mismo, por orden de Bonaparte.

le había enunciado desde el primer día, de que Su Majestad, y nadie otro de su real familia, le inspiraba confianza en aquella actualidad para poder zanjar de nuevo la amistad y la alianza de las dos naciones; visto lo cual, Su Majestad debía pensar que si, desanimado por la ingratitud de alguno de sus súbditos, retiraba su mano salvadora de la España, quedaría ésta abierta a la ambición de Bonaparte, tanto más cuanto le sobrarian pretextos para hacer la guerra, ya fuese al príncipe su hijo, ya fuera a quien mandase en nombre suyo.

—Vuestra Majestad, señor, tan solamente puede salvar la España en esta crisis—le decía, con toda la vehemencia de mi alma—; con Vuestra Majestad tan solamente tiene el emperador obligaciones, que no podría romper sin perder la confianza de todas las potencias con quien está ligado y deshonorarse ante la faz del mundo; sin Vuestra Majestad todo es perdido, perdido enteramente.

Tal fué el postrer consejo que di al rey en medio de la nada y de la oscuridad a que me hallaba reducido, consejo reiterado muchas veces mientras tuve tiempo, el cual volaba preñado de tormentas y desgracias nuevas. Su Majestad, saltándole las lágrimas, juntó su mano con la mía (la suya estaba ardiendo), y respondíome solamente:

—¡Oh! ¡Qué mal te han conocido! ¡Qué mal te pagan y me pagan!

El día siguiente fué aún más erudo. Napoleón volvió a la carga con sus noticias alarmantes, con nuevos pliegos recibidos y con cartas y más cartas, verdaderas o fingidas, de correspondencias españolas (376). Lo que más cons-

ternó al rey fué el parte de Murat, por el que daba cuenta de la fermentación, que iba creciendo por instantes; de sus debates incesantes con la Junta de Gobierno; de la oposición, que ésta movía con el mayor empeño, a la partida del infante don Francisco; de la anarquía, según contaba, que amenazaba a todo el reino, y, más que todo, el semblante y actitud hostil que ofrecía la capital, sin que la Junta hiciese nada para calmar los ánimos y estorbar un gran conflicto entre los habitantes de Madrid y las tropas de su mando, que parecía inminente, y que podría causar, a pesar suyo, un gran desastre; “todo—decía—por falta de un Gobierno firme, a cuyo frente estaba un hombre tan incapaz e inerte como enemigo de su hermano y de la Francia”. De esta manera, solo siempre, como enidaba estarlo con los reyes, sin darles tiempo de pensarlo y ponderándoles la urgencia de anticiparse a prever un horroroso estrago, del cual podrían surgir las más funestas consecuencias, arrancó Napoleón a Carlos IV el nombramiento de Murat para lugarteniente suyo y presidente de la Junta de Gobierno.

Otra aflicción no menos viva de los reyes aquel día fué que, preguntando Bonaparte a Carlos IV si su hijo no le había enviado su desistimiento de sus pretensiones y de las condiciones que había puesto para volverle su corona, como Su Majestad le hubiese dicho no haber tenido todavía contestación alguna, ni aun aviso del recibo de su carta, exclamó aquél, enfurecido, que estaba ya muy cerca de usar de su derecho y encerrar en un castillo al príncipe, a su hermano y a todo su Consejo, porque Su Majestad no era ya sólo el ofendido, sino también él mismo, con noticia cierta que tenía de que el príncipe y su corte conspiraban sin respetar el territorio donde por pura gracia fueron recibidos, y que trataban nada menos que de expedir la orden de sublevar la España, de convocar las Cortes y romper la guerra con la Francia. Sus Majestades respondieron “les parecía imposible que su hijo se atreviese a autorizar una resolución de aquella especie, y que, si bien entre sus consejeros

(376) He dicho verdaderas o fingidas, porque, aunque yo no vi ninguna de ellas, lo que Sus Majestades me contaron que habían leído con sus propios ojos me parecía imposible que hubiese sido escrito por quien tuviese sangre de españoles. Napoleón tenía consigo dos secretarios intérpretes, aun sin contar con la ayuda de M. Bausset, que se ha alabado de haber hecho traducciones y de haber ayudado en estos chismes. ¿No es de creer más bien que algunas de estas cartas, o a lo menos estas últimas, hubiesen sido contrahchas en Bayona para acabar de hundir el ánimo del rey?

era dable hubiese habido alguno que la propusiera, no podían creer que ni Fernando ni su hermano fuesen capaces de adoptarla; que le rogaban se abstuviese de medidas rigurosas, que podrían hacer más graves las penosas circunstancias en que se encontraba la cuestión pendiente; que si era necesario, repetirían, cederían contentos en Fernando la Corona para evitar tantos escándalos contra el honor de su familia, y, peor que esto, tantos riesgos que amenazaban a sus reinos; que en vez, en fin, de proceder por medio de rigores, sería mejor que se aguardase con paciencia la llegada de los diputados, cuya presencia era probable que bastase para calmar los ánimos y terminar en paz tantos disgustos”.

Atormentados y tundidos de esta suerte los corazones de los reyes, más que el grano bajo la piedra del molino, les dió muestra Bonaparte de aplacarse, pero añadiéndoles la especie de que la Junta de Madrid se había negado a autorizar los pasaportes para la entrada en Francia de los *notables* convocados, mientras no tuviese orden para esto del príncipe Fernando.

Me es necesario aquí hacer alto, y detenerme acerca de una carta publicada por Cevallos como respuesta dada el 4 por el rey Fernando a la que en 2 de mayo le dirigió su padre. Tal carta, si fué escrita, puedo asegurar que no llegó a sus manos, ni mucho menos a las mías, ni de persona alguna del palacio. ¿Sería que Bonaparte la hubiese interceptado? Es bien posible; pero me inclino a sospechar que aquella carta es uno de los datos faltos que ingirió en su *Manifiesto* aquel ministro. El que fingió, por darse tono o por deseo de sincerarse, la carta que supone dirigida por Fernando, en 6 de mayo, a Carlos IV, carta que, andando el tiempo y cotejada con otros documentos reconocidos como auténticos, ha visto todo el mundo ser apócrifa, pudo muy bien haber fingido la del 4. Comprometido cual se hallaba gravemente el buen Cevallos, no tan sólo por haber jurado y proclamado al rey intruso, sino aceptado, además de esto, de su mano, y ejercido el cargo de primer ministro

suyo mientras picaba el viento en la tercera nave que montaba; este ministro, digo, de tres reyes en tres meses, por ambición, y más que todo por temor, se vió obligado a hacer su propia apología por cuantos modos se encontraron a su mano en unos días que no había nadie que pudiese, o a quien le conviniese desmontarlo, visto que aquellos que podían haberlo hecho eran participantes de los yerros, de las faltas, las flaquezas y las culpas que habían sido cometidas (377). Entre las alabanzas exquisitas que se dió Cevallos en su *Manifiesto*, una de ellas fué de ser autor de las dos cartas de que hablo; de la primera, sobre todo, que él llama *prudentísima*. A mis lectores ruego me perdonen que los canse refiriéndola y poniéndole debajo algunas apostillas, necesarias por lo menos a los que desearan poder juzgar imparcialmente.

“Señor. Mi venerado padre y señor: He recibido la carta que Vuestra Majestad se ha dignado escribirme con fecha de antes de ayer, y trataré de responder a todos los puntos que abraza con la moderación y respetos debido a Vuestra Majestad.

“Trata Vuestra Majestad, en primer lugar, de sincerar su conducta con respecto a la Francia desde la paz de Basilea; y *en verdad que no creo haya habido en España quien se haya quejado de ella: antes bien, todos unánimes han alabado a Vuestra Majestad por su constancia y fidelidad en los principios que había adoptado. Los*

(377) No se piense por esto que escribo que intenté vituperar el bien que hizo con su *Manifiesto*, despertando la atención de los gobiernos de la Europa sobre los atentados cometidos en España por el emperador de los franceses. Si hubiera yo podido, habría hecho lo mismo; y él sabía mejor que nadie la proclama a las naciones, que estaba preparada en mi despacho para el caso en que, retirada a lo interior la real familia, hubiera seguido Bonaparte en su propósito de invadir la España y someterla a sus caprichos. Yo culpo sólo a aquel ministro de lo que tantos otros le culparon, hasta su amigo Escoiquiz: de haber querido defenderse a costa ajena; y yo le culpo más de haber osado defenderse y pretendido acreditarse *ajando y calumniando a aquel buen rey*, a quien debió un amor particular, y su carrera y su fortuna, y hasta haciendas...

*mios, en este particular, son enteramente idénticos a los de Vuestra Majestad, y he dado pruebas irrefragables de ellas desde el momento en que Vuestra Majestad abdicó en mí la Corona (378).*

"La causa de El Escorial, que Vuestra Majestad da a entender, tuvo por origen el odio que mi mujer me había inspirado contra la Francia, contra los ministros de Vuestra Majestad, contra mi amada madre y contra Vuestra Majestad mismo, *si se hubiese seguido por todos los trámites legales* (379), habría

(378) El mismo que hace explicarse de esta suerte al príncipe Fernando condena acerbamente esta política, pocas hojas más atrás, en su *Manifiesto*; añadiendo que el motivo principal de haber sido adoptada fué el de conservarme yo en el favor que gozaba cerca de Carlos IV; sabiendo, en medio de esto, Cevallos, y constándole de propia ciencia, que jamás habían sido estrechadas más íntimamente las relaciones de la España con la Francia que bajo los Ministerios de don Francisco Saavedra y de don Mariano Luis de Urquijo (de los cuales ni el uno ni el otro dieron muestra de ser amigos míos), en los tres años en que estuve retirado de los negocios sin mando alguno; constándole igualmente, no diré sólo mis debates, sino también los suyos, en mi ayuda, con el Gabinete francés desde el año de 1801 en que el rey volvió a ocuparme en su servicio; debates que me atrajeron la enemistad de Bonaparte, y en los últimos tiempos los ataques y persecuciones del embajador Beauharnais por medio de Fernando, hasta dar conmigo en tierra. Y este mismo hombre, algunas hojas más adelante, se alaba de haber dicho a M. Champagny, en Bayona, *que la conducta política de Carlos IV, después del tratado de Basilea, ofrecía una gran prueba de que los soberanos saben sacrificar sus intereses de familia cuando éstos se hallan en oposición con los de sus Estados, y que la situación topográfica de los dos reinos bastaba para demostrar la importancia para España de mantenerse en buena inteligencia con la Francia, siendo el único Estado del continente de la Europa con quien tenía relaciones largas y directas, y con el cual debía, por tanto, MANTENER UNA PAZ PERPETUA*. Estas contradicciones de Cevallos, en un libro tan pequeño, dejan ver que aquel hombre que llegó a tener tres corazones para servir a tres reyes que se despojaron sucesivamente el uno al otro, tenía también en su cartera recetas de política para adular, vender y hacer traición a cuantos reyes le llamasen a servirlos.

(379) ¡Vald' decir: Si Vuestra Majestad no me hubiese perdonado! Sabiendo, cual sabía Cevallos, cuánto hubo en este asunto, y cómo fué guiada y concluida aquella causa, ¿en

probado evidentemente lo contrario; y no obstante que yo no tenía la menor influencia, ni más libertad que la aparente, en que estaba guardado a vista por los criados que Vuestra Majestad quiso ponerme, los once consejeros elegidos por Vuestra Majestad fueron unánimemente de parecer que no había motivo de acusación, y que los supuestos reos eran inocentes (380).

"Vuestra Majestad habla de la desconfianza que le causaba la entrada de tantas tropas extranjeras en España, y de que si Vuestra Majestad había llamado las que tenía en Portugal y en Madrid, no era para abandonar a sus vasallos, sino para sostener la gloria del trono. Permitame Vuestra Majestad le haga presente *que no debía sorprenderle la entrada de más tropas amigas y aliadas, y que, bajo este concepto, debían inspirar una total confianza* (381). Permitame Vuestra Majestad

donde está la buena fe, siquiera un color de ella, tratándose de un hijo que se supone hablar en esta carta con su augusto padre?

(380) Al trazar este párrafo tuvo Cevallos tan corta memoria, que no se acordó de la carta de Napoleón de 16 de abril al príncipe Fernando, contenida en el *Manifiesto* bajo el número 3, donde aquel se expresaba de este modo: "Cuando el rey Carlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeó de haber contribuido por mis insinuaciones al buen éxito del asunto del Escorial. Vuestra Alteza Real era culpable; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he deseado olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal, etc."

Mis lectores habrán visto o podrán ver en el capítulo XXXI de esta segunda parte de mis MEMORIAS de qué manera fué seguido y terminado aquel proceso, cuál fué la parte que tuvo el ministro Cevallos en el triunfo de los culpados, cuál la influencia del embajador francés, y cuál una respuesta que me tuvo el decano del Consejo sobre la sentencia que fué puesta: "Cuando el principal acusado ha obtenido la clemencia real, y mañana o el otro podrá llegar a suceder que empuñe el cetro, ¿nos tocará a nosotros condenar a los que han sido sus agentes?"

(381) Por el amor de la verdad, un instante no más, aquí, a mi lado, lector mío. ¿Se podrá creer que hablase así Fernando, o se le hiciese hablar de esta manera por Cevallos, arguyendo a Carlos IV de haber desconfiado de Napoleón por el aumento de más tropas

observarle igualmente que las órdenes comunicadas por Vuestra Majestad fueron para su viaje y el de su real familia a Sevilla; que las tropas las tenían para mantener libre aquel camino, y que no hubo una sola persona que no estuviese persuadida de que el fin de quien lo dirigía todo era transportar a Vuestra Majestad y su real familia a América. Vuestra Majestad mismo publicó un Decreto para aquietar el ánimo de sus vasallos sobre este particular; *pero como seguían embargados los carruajes y apostados los tiros*, y se veían todas las disposiciones de un próximo viaje a la costa de Andalucía, la desesperación se apoderó de los ánimos y resultó el movimiento de Aranjuez (382). La parte que yo tuve en

*amigas y aliadas* que enviaba? Fernando habría podido tener este lenguaje cuando, engañado por Beaubarnais, creyó que aquellas tropas venían a favor suyo; pero en 4 de mayo no era posible decir esto, ni había otra cosa más que confesar su yerro, pedir perdón a su buen padre, contarle francamente y en todos sus detalles, sin ocultarle cosa alguna, los intenciones con que Napoleón había intentado arrebatarle la corona, y si no osaba hacerlo por escrito, haber enviado a alguno de los suyos que en secreto revelase a Carlos IV lo que había pasado, y lo pusiese en guardia del peligro en que uno y otro se encontraban.

(382). Ciertamente que en la extremidad a que habían llegado los sucesos cuando se supone escrita esta carta, no era tiempo oportuno para discutir estos hechos; ni mucho menos, en las circunstancias en que Fernando y sus amigos se hallaban, es creíble que se hubiesen atrevido a desmentir a Carlos IV de una manera que rayaba en la insolencia. Pero, dejando esta cuestión, aprovecharé la coyuntura que esta parte del texto me ofrece, para hacer ver a un mismo tiempo la injusticia y la inconsecuencia de mis enemigos. Probado y demostrado dejé hasta la evidencia en el capítulo XXXI de esta segunda parte de mis *Memorias*, y en diferentes lugares de ellas, que jamás fué la intención de Carlos IV ni la mía de abandonar el reino y emigrar a la América, sino el sostener la Monarquía y la Corona con la asistencia de sus pueblos y con los auxilios que habría invocado y obtenido, no sólo de la Inglaterra, sino de los demás príncipes de la Europa que soportaban, mal de su grado, el yugo y la preponderancia del emperador de los franceses. Los conspiradores de Aranjuez lograron su designio esparciendo páfídamente la voz de que Carlos IV se proponía abandonar sus reinos, como los príncipes portugueses habían abandonado los suyos, todo lo cual es bien sabido; pero no lo es

él, Vuestra Majestad sabe que no fué otra que ir por su mandado a salvar del furor del pueblo, *al objeto de su odio porque le creía autor del viaje* (383).

"Pregunte Vuestra Majestad al emperador de los franceses, y Su Majestad Imperial le dirá sin duda lo mismo que

tanto, y merece ser traído a cuenta en este lugar, que los mismos que han pretendido cubrir la revolución de Aranjuez con este pretexto, quisieron luego transigir con Bonaparte, consintiendo en que Fernando renunciase al trono de la España a condición de que aquél le permitiese ir a reinar en las Américas. Esta proposición fué concertada entre don Juan de Escoiquiz y el obispo Pradt, el cual nos lo ha contado en sus *Memorias*, como también que Bonaparte se negó a admitirla. Más adelante todavía volvió a ocuparse Escoiquiz de esta idea, y él mismo narra lo que sigue en su *Idea sencilla* (capítulo V, páginas 78 y 79):

"El motivo del viaje que hicimos el duque de San Carlos y yo a París *con aprobación del rey* fué habernos dicho Talleyrand que al emperador se le había metido entonces en la cabeza el proyecto de enviar al rey a Méjico o a cualquiera de las colonias suyas que eligiese, con condición de renovar su renuncia de la España, y de llevarse consigo no sólo a los señores infantes, sino a los reyes padres, al infante don Francisco, a la infanta doña María Luisa y su familia y a cuantos príncipes de la casa de Borbón pudiese recoger, ofreciéndoles Estados en aquellas vastas posesiones, etc." Y poco más abajo añade lo siguiente: "Fué cierto, en efecto, este proyecto del emperador, que, si se hubiera realizado, siendo por naturaleza nulas cuantas cesiones hiciese el rey en el suelo de la Francia, le hubiera valido la libertad y la proporción de volver a España en el momento en que se hubiese encontrado entre sus vasallos de Ultramar, etc."

He aquí, pues, los grandes hombres del partido que derribó del trono a Carlos IV, bajo la falsa especie de que intentaba refugiarse en sus Estados de la América, solicitar después ignominiosamente (por ellos mismos confesado) trasladar allí a Fernando, verificada su renuncia a la Corona de la España.

(383). Incurrir en el odio de su patria por haber querido salvarla, es el último grado de merecimiento a que puede ascender un buen ciudadano. Si el viaje de que fui autor se hubiera cumplido, la familia real no se hubiera visto prisionera en Bayona, y probablemente no hubiera habido tampoco guerra, porque, no teniendo Napoleón ningún motivo para hacerla, hubiera desistido de sus designios malogrados, y no habría querido desacreditarse en la Europa persiguiendo a un amigo suyo y aliado de tan alta esfera, y a cuyas grandes pruebas de amistad se había manifestado obligadísimo en dos de sus arengas públicas a los cuerpos del Estado.

me dijo a mí en una carta que me escribió a Vitoria; a saber: que el objeto del viaje de Su Majestad Imperial y Real a Madrid era inducir a Vuestra Majestad a algunas reformas, y a que separase de su lado al príncipe de la Paz, cuya influencia era la causa de todos los males (384).

"El entusiasmo que su arresto produjo en toda la nación es una prueba evidente de lo que dijo el emperador (385). Por lo demás, Vuestra Majestad es buen testigo de que, en medio de la fermentación de Aranjuez, no se oyó una sola palabra contra Vuestra Majestad ni contra persona alguna de su real familia; antes bien, aplaudieron

Así es que por esta sola frase que estoy apostillando, tanto como a mí me eleva Cevallos sin pensarlo, otro tanto él se deprime y se condena a sí mismo, que no tan sólo se opuso al viaje salvador que yo tenía dispuesto, sino que se agregó a la conspiración, y fué uno de los grandes farantes del viaje de perdición que dejó a la España huérfana y empeñada en una guerra cierta y espantosa.

(384) *Cuya influencia era la causa de todos los males*, es una añadidura que pone aquí Cevallos, pues que esta frase no se encuentra en la tal carta. En cuanto a los deseos de Bonaparte de separarme del lado de Carlos IV, cierto es que los tenía desde el año de 1802; pero esto me honra mucho y es para mí una gran defensa, porque si yo hubiese sido servidor y partidario suyo, hubiera trabajado no por separarme, sino por sostenerme junto a Carlos IV.

(385) Después de haber hecho mis enemigos creer al pueblo que yo había intentado perder y suplantar al príncipe de Asturias, y que, viniendo Napoleón con sus tropas a sostenerle y a derribarme a mí del poder, había yo sorprendido el ánimo del rey representando como suyo el peligro que no era sino mío, e induciéndole a una fuga vergonzosa con toda su familia a las Américas, de cuyas resultas no podía menos de suceder que Napoleón entrase en España como enemigo, y se produjesen los mismos desastres que estaba padeciendo el Portugal, después, digo, de tales alarmas dadas a la nación en contra mía, nada tiene de extraño que mi caída y mi arresto hubiesen producido un contento general. Pocos hay en el día que no hayan hecho experiencia de lo que son las iras de los pueblos, y de qué modo se levantan y se benefician por los partidos interesados en promoverlas. A los que desearan saber todos los odios de que fui víctima y los verdaderos fundamentos de estos odios, les ruego que lean el capítulo XXXI de esta segunda parte.

a Vuestra Majestad con la mayor demostración de júbilo y de fidelidad hacia su augusta persona (386). Así es que la abdicación de la corona que Vuestra Majestad hizo en mi favor sorprendió a todos y a mí mismo, porque nadie la esperaba (387) ni la había solicitado. Vuestra Majestad mismo comunicó su abdicación a todos sus ministros, dándome a reconocer a ellos por su rey y su señor natural; la comunicó verbalmente al Cuerpo Diplomático, que residía cerca de su persona, manifestándole que su determinación procedía de su espontánea voluntad, y que la tenía tomada de antemano. Esto mismo lo dijo Vuestra Majestad a mi muy amado hermano el infante don Carlos, y a mi tío el infante don Antonio, añadiéndole que la firma que Vuestra Majestad había puesto al Decreto de abdicación era la que había hecho con más satisfacción en su vida; y, últimamente, me dijo Vuestra Majestad a mí mismo, tres días después, que no creyese que la abdicación había sido involuntaria, como alguno decía, pues ha-

(386) Cevallos no dice aquí que los aplausos y aclamaciones de que habla recaían sobre concesiones y decretos arrancados al rey bajo el temor y la preocupación de los tumultos movidos y continuados en los dos días que precedieron a su abdicación. Hombre de Estado como era, no podía ignorar cuál fuese el valor y la significación de estos aplausos.

(387) Y, sin embargo, pocas hojas antes dice Cevallos en su *Manifiesto* que, con anterioridad de tres semanas a los tumultos de Aranjuez, había oído a Su Majestad decir a la reina: "María Luisa: sería mejor retirarnos a una de nuestras provincias, donde pasaremos nuestra vida en quietud; Fernando, que es joven, podrá tomar sobre sí el peso del gobierno." Contar esto en una parte de su escrito, y decir luego que la abdicación de Su Majestad sorprendió a todos, es una contradicción manifiesta, y sabido es de todos que los que mienten se contradicen; mientras tanto, tiene buen cuidado de callar que Carlos IV, después de los sucesos de El Escorial, contó muy pocos días de paz bajo el peso y en el batidero casi continuo de aflicciones que le causaban, de la parte de afuera, la conducta inexplicable de Napoleón, y a la parte de adentro, las maniobras de los partidarios de su hijo. Todo esto lo encontrarán mis lectores perfectamente detallado en el capítulo XXXI.

hía sido totalmente libre y espontánea (388).

"Mi supuesto odio a la Francia, tan lejos de aparecer por ningún lado, resultará, de los hechos que voy a recorrer rápidamente, todo lo contrario.

"Apenas abdicó Vuestra Majestad la Corona en mi favor, dirigí varias cartas desde Aranjuez al emperador de los franceses, las cuales son otras tantas pruebas de que mis principios, con respecto a las relaciones de amistad y estrecha alianza que felizmente subsistían entre ambos Estados, eran los mismos que Vuestra Majestad me había inspirado y había observado inviolablemente. Mi viaje a Madrid fué otra de las mayores pruebas que pude dar a Su Majestad Imperial y Real de la confianza ilimitada que me inspiraba, puesto que, habiendo entrado el príncipe Murat el día anterior en Madrid con una gran parte de su Ejército, y estando la villa sin guarnición, *fué lo mismo que entregarme en sus manos* (389). A los dos días de mi residencia en la corte me fué dada cuenta de la correspondencia particular de

Vuestra Majestad con el emperador de los franceses, y hallé que Vuestra Majestad le había pedido recientemente una princesa de su familia para enlazarla conmigo, y asegurar más de este modo la unión y estrecha alianza que reinaba entre los dos Estados. Conforme enteramente con los principios y con la voluntad de Vuestra Majestad, escribí una carta al emperador pidiéndole la princesa por esposa (390).

"Envié una diputación a Bayona para que cumplimentase en mi nombre a Su Majestad Imperial y Real; hice que partiese poco después mi muy querido hermano el infante don Carlos para que le obsequiase en la frontera; y, no contento con esto, salí yo mismo de Madrid en fuerza de las seguridades que me habían dado el embajador de Su Majestad Imperial y Real, el gran duque de Berg, y el general Savary, que acababa de llegar de París, y me pidió una audiencia para decirme de parte del emperador que Su Majestad Imperial no deseaba saber otra cosa de mí sino si mi sistema con respecto a la Francia sería el mismo que el de Vuestra Majestad, en cuyo caso el emperador me reconocería como Rey de España, y prescindiría de todo lo demás. Lleno de confianza en estas promesas, y persuadido de encontrar en el camino a Su Majestad Imperial, vine hasta esta ciudad, y en el mismo día en que llegué se hicieron verbalmente proposiciones a algunos sujetos de mi comitiva, *tan ajenas de lo que hasta entonces se había tratado, que ni mi honor, ni mi conciencia, ni los deberes que me impuse cuando las Cortes me juraron por su príncipe y señor, ni los que me impuse nuevamente cuando acepté la corona que Vuestra Majestad*

(388) La realidad de las cosas que aquí se cuentan desfiguradamente, sobre la conducta de Carlos IV después de su abdicación, se encuentra con todos sus pormenores en el capítulo XXXIII de esta segunda parte.

(389) ¡Esta confesión se hace aquí como un motivo de alabanza por el primer ministro y principal consejero de Fernando! Don Juan de Escoiquiz no había llegado todavía a Madrid, de donde resulta que el primero que puso al príncipe Fernando en poder de los franceses fué don Pedro Cevallos. ¿Qué se hubiera dicho de mí si hubiera yo inducido al príncipe de Asturias a semejante paso?... Y, sin embargo, yo, que hice cuanto estuvo en mi poder para librar a Su Alteza, a sus augustos padres y a toda la real familia, fui tratado como un reo de alta traición, traído por las calles, sumido en una prisión, despojado de mis honores y mis bienes y difamado por Cevallos y sus amigos durante treinta años como autor de los males que vinieron por la mano de ellos... ¡Ellos recompensados, alabados y ensalzados en los primeros puestos del Estado; yo, perseguido, maldecido y deshonrado permanentemente!... Dios ha querido darme tiempo y vida para que yo, a mi vez, haga INMORTAL la infamia de ellos en estas páginas que escribo, y queden confundidas las que ellos han escrito.

(390) ¡Cosa bien digna de extrañarse que, habiendo sido Fernando el primero que, a escondidas de su padre, pidió una esposa a Bonaparte, protestándole que resistiría con invencible constancia su casamiento con cualquiera otra persona que fuese sin su consentimiento y aprobación (carta 11 de octubre de 1807), se le haga decir aquí que la pidió después de haber visto que su padre lo había ya hecho! Véase sobre aquella petición de esposa el capítulo XXIX de esta segunda parte.



*abdicó en mi favor me han permitido acceder a ellas* (391).

"No comprendo cómo pueden hallarse cartas mías en poder del emperador que prueben mi odio contra la Francia después de tantas pruebas de amistad que le he dado (392), y no habiendo yo escrito cosa alguna que lo indique.

"Posteriormente se me ha manifestado una copia de la protesta que Vuestra Majestad hizo al emperador sobre la nulidad de la abdicación. Luego que Vuestra Majestad llegó a esta ciudad, preguntándole yo sobre ello, me dijo Vuestra Majestad que la abdicación había sido libre, aunque no para siempre. Le pregunté, asimismo, por qué no lo había dicho cuando la hizo, y Vuestra Majestad me respondió que porque no había querido; de lo cual se infiere

(391) A no ser éste el texto mismo literal de la carta publicada por Cevallos, cualquiera podría sospechar que se hubiese suprimido alguna parte de ella, no pudiéndose explicar el secreto que se guarda en ella todavía sobre la naturaleza de las proposiciones que habían sido hechas por Napoleón al príncipe Fernando. Aun cuando esta carta hubiese llegado (que, como tengo dicho, no llegó) a las manos de Carlos IV, no hay en ella una sola palabra por la cual Su Majestad hubiese podido venir en conocimiento de que el emperador se había manifestado pronto a reconocer a Fernando como Rey de España, a condición de que esto fuese renunciando la misma Corona que le reconocería, y trocándola con él por la de Etruria. Ni Carlos IV, ni yo, ni nadie, hubiera podido adivinar tamaño y tan inhumano despropósito. Todo lo que estas frases embosadas pudieran haber hecho pensar al rey habría sido que Napoleón, por precio del reconocimiento que Fernando pretendía, le habría pedido algún desmembramiento de provincias o algún grande sacrificio de intereses nacionales. ¡Por qué razón estos misterios! ¡Por qué razón guardar este secreto, cuya revelación a Carlos IV le hubiera puesto en guardia contra Bonaparte, y hubiera echado abajo todos los engaños y artificios con que había logrado ganar su entera confianza. Yo no lo concibo.

(392) Otras muchas de estas pruebas omitió Cevallos en el contenido de esta carta; una de ellas, la de haber mandado volverse a Portugal las tropas que yo había hecho venir para defensa de los reyes y de la real familia; la otra, de haber entregado la espada de Francisco I, demostración vergonzosa que debió haber herido en lo más profundo de sus entrañas la nacionalidad española, y haber iluminado muchas almas.

que la abdicación no fué violenta, y que yo no pude saber que Vuestra Majestad pensaba en volver a tomar las riendas del Gobierno (393). También me dijo Vuestra Majestad que ni quería reinar ni volver a España (394).

"A pesar de esto, en la carta que tuve la honra de poner en manos de Vuestra Majestad, manifestaba estar dispuesto a renunciar la Corona en su favor, mediante la reunión de las Cortes, o, en falta de éstas, de los Consejos y diputados de los reinos; no porque esto lo creyese necesario para dar valor a la renuncia, sino porque lo

(393) El contenido de este párrafo no sería censurable más que por su enroscada lógica, si la verdad de los hechos no se hallase tan gravemente alterada. Cuando Carlos IV leyó por primera vez en Roma esta carta, en una traducción italiana del *Manifiesto* de Cevallos, publicada en Palermo por el año de 1814, me aseguró Su Majestad que se acordaba muy bien de lo que en aquella ocasión había hablado con su hijo, reducido a decirle "que Su Majestad no tenía que darle cuenta de sus obras ni de sus pensamientos; que su intención no había podido ser de ninguna manera transmitirle la Corona de un modo aún más deshonroso para él mismo que para su real persona; que su bondad paternal había querido después enmendar aquel escándalo y dar muestras de haber ohrado con libertad reproduciendo su abdicación con las formalidades y condiciones debidas a su dignidad y a su decoro; pero que ni él ni sus perversos consejeros habían querido, y se habían condenado y perdido ellos mismos".

Es de notar también la falsedad con que se pretende hacer entender aquí que el príncipe y sus consejeros no habían sabido nada de la protesta de Carlos IV, siendo así que, antes de haber salido de Madrid para recibir al emperador, estaban casi ciertos de que la protesta había sido hecha. La prueba de esta verdad es el pasaje siguiente de Escoiquiz, en su *Idea sencilla* (capítulo I, págs. 14-15):

"Entre estas vocales miraban todos con desconfianza a uno solo, que era a Caballero, a quien sospechábamos, con sabrado fundamento, de secreta inteligencia con el Gobierno francés y con los reyes padres, de quienes teníamos así seguridad habían protestado contra la abdicación de su Corona, y de que se entendían con aquel Gobierno, mediante la reina viuda de Toscana y el gran duque de Berg."

(394) Yo he referido ya en otra nota cuáles hubiesen sido las verdaderas palabras de Carlos IV, es a saber, de que no quería reinar ni volver a España sin el decoro debido a su persona, y una solemne reparación hecha por los que le habían tomado u ofendido y por su propio hijo.

juzgo muy conveniente para evitar la repugnancia de esta novedad, capaz de producir choques y partidos, y para salvar las consideraciones debidas a la dignidad de Vuestra Majestad, a mi honor y a la tranquilidad de los reinos (395).

"En el caso que Vuestra Majestad no quiera reinar por sí, reinaré yo en su real nombre, o en el mío, porque a nadie le corresponde sino a mí el representar su persona, teniendo, como tengo, en mi favor el voto de las leyes y de los pueblos, ni es posible que otro alguno tenga tanto interés como yo en su prosperidad (396).

"Repito a Vuestra Majestad nuevamente que, en tales circunstancias, y bajo dichas condiciones, estaré pronto a acompañar a Vuestra Majestad a España para hacer allí mi abdicación en la referida forma; y en cuanto a lo que Vuestra Majestad me ha dicho de

(395) Todas estas razones, bien pesadas en la balanza de la justicia, eran otros tantos cargos contra la aceptación inmediata, y, por decirlo así, subitánea, de la renuncia de Carlos IV, pronunciada en medio de las agitaciones populares, tanto más en contra de aquella aceptación y de la validez de la abdicación, cuanto ni aun concedido le fué después al rey ratificarla con alguna sombra de libertad, adoptando las formas legales y las condiciones justas y moderadas que Su Majestad deseaba y había pedido.

(396) En tiempo hábil, cuando Su Majestad, el príncipe y toda su real familia se hallaban libres en medio de sus pueblos, en 14 de marzo, aquel buen padre había propuesto a su hijo nombrarle lugarteniente suyo, y retirarse tierra adentro, si Su Alteza se creyese con mejores medios y mejores esperanzas para tratar con Napoleón, manteniendo la integridad del reino, y evitando Tratados onerosos a la España. El príncipe no quiso. (Véase sobre esto el capítulo XXXI hacia el fin.) No quedó tampoco por Carlos IV en Bayona, como ya dejé contado, que Napoleón se hubiese acomodado con Fernando. Si Napoleón no quiso y pronunció que jamás lo reconocería como rey de España, ¿a quién la culpa? ¿A nadie más sino al mismo que se alaba de haber dictado esta carta, a Cevallos y a sus demás cómplices y amigos, que, pudiendo, cual pudieron, en Madrid o en Aranjuez, haber asegurado la Corona noblemente sobre las sienes de Fernando de mano de su augusto padre, bajo las debidas reglas y formalidades, prefirieron ir a recibirla o a hacerla valedera de la mano de un príncipe extranjero y enemigo natural de los Borbones!

no querer volver a España, le pido con lágrimas en los ojos, y por cuanto hay de más sagrado en el cielo y en la tierra, que, en caso de no querer con efecto reinar, no deje un país ya conocido, en que podrá elegir el clima más análogo a su quebrantada salud, y en el que le aseguro podrá disfrutar mayores comodidades y tranquilidad de ánimo que en otro alguno (397).

"Ruego, por último, a Vuestra Majestad encarecidamente que se penetre de nuestra situación actual, y de que se trata de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tienen y pueden tener derecho a la corona, ni tampoco sin el expreso consentimiento de la nación española, reunida en Cortes, y en lugar seguro; que, además de esto, hallándonos en un país extraño, no habría quien se persuadiese que obramos con libertad, y esta sola consideración anularía cuanto hiciésemos, y podría producir fatales consecuencias (398).

(397) Sobre la sinceridad de estos ruegos bastará observar que la facción bajo la cual se vió obligado el rey Fernando a plegar su voluntad todo el tiempo de su vida, no le permitió después, en los días de su felicidad, invitar a aquel augusto desterrado para que volviese a España, donde sus años de vida podrían haber sido más largos.

(398) Es todavía de admirar el misterio, o sea la manera de expresarse, vaga, confusa y embebida, que se nota en este otro párrafo sobre una materia de tanta importancia, callándose siempre los hechos cuya entera noticia bien circunstanciada era tan necesaria para alumbrar a Carlos IV sobre los designios de Bonaparte. Decir al rey que el emperador los tenía contra su dinastía, no era añadir nada a lo que Su Majestad mismo había dicho más de una vez a su hijo después que Napoleón había destronado a su hermano el rey de Nápoles. Por estar bien penetrado Su Majestad de esta idea, que por espacio de cerca de tres años había yo procurado inculcar altamente en su ánimo, fué su resolución de escudarse y hacerse firme en lugar seguro contra la invasión de sus reinos traidoramente comenzada. Y pues Fernando y sus amigos impidieron a mano armada aquella resolución por la cual debió haber sido salvada la Corona, y por causa de ellos se encontró o creyó encontrarse Carlos IV en el caso de ponerse bajo el amparo de aquel mismo contra el

"Antes de acabar esta carta, permítame Vuestra Majestad decirle que los consejeros que Vuestra Majestad llama pérfidos, jamás me han aconsejado cosa que desdiga del respeto, amor y veneración que siempre he profesado y profesaré a Vuestra Majestad, cuya importante vida ruego a Dios conserve felices y dilatados años. Bayona, 4 de mayo de 1808.—Señor, a los reales pies de Vuestra Majestad, su más humilde hijo, *Fernando*."

Este capítulo es prolijo, y yo lo reconozco; pero conduce mucho para poner en claro, con la luz que les faltaba, los sucesos de Bayona, acerca de los

cual había intentado defenderse y defender la España, era un doble deber de aquellos hombres que en tan mal paso se habían puesto y le habían puesto el de haberse unido a su monarca sin ningunas condiciones, y de haberle informado abierta y plenamente de cuanto había ocurrido, pues no podían dudar que Carlos IV lo ignoraba con tan sólo haber visto el contenido de su carta al príncipe Fernando. Esta que yo comento prueba bien que no lo hicieron.

Pero, como tengo dicho, ni aun llegó esta carta a Carlos IV, y, visto el tenor de ella, es muy probable que, si en efecto la escribieron, no se atrevieran a enviarla. Cuanto a no haber sido recibida, añadiré una prueba más, y es una copia autógrafa, que Carlos IV me hizo el honor de darme, de una posdata que había puesto en una carta al rey de Nápoles después que hubo leído por primera vez el *Manifiesto* de Cevallos. Su Majestad me autorizó para mostrarla a todo el mundo, y se hallará reproducida al fin de este volumen en la misma lengua italiana en que la escribió Carlos IV, y con su misma ortografía.

"P. D. Doppo scritta questa lettera mi è capitato tra le mani un libretto ristampato in Palermo, e scritto da don Pietro Cevallos, che fu mio segretario di Stato, in cui riferisce le cause e successi della rivoluzione de 1808, nel quale fra altre cose false sul mezzo mette una sua ripresentanza fatta nel consiglio di mio figlio e in sua presenza in Vitoria la quale è una orribile calunnia, e invettiva contro il principe della Pace che è stato il mio più fedele ministro unico amico nostro inseparabile, e che è stato la vittima del suo attaccamento per me, a cui anno infamato contro ogni ragione e verità; e verso il fine ci sono due lettere che si dicono scritte da mio figlio Ferdinando, l'una del 4 maggio e l'altra del 6, le quali non ho visto e che sinceramente non avrei sofferto per il loro contenuto e poco rispetto alla mia persona: vi prego a non permettere simile scritto e fare tutto il vostro sforzo per ritornare la sua stima al principe

cual no se había oído todavía sino lo que han contado los que tenían necesidad de disculparse por haber llevado y puesto en manos del emperador de los franceses la suerte de sus reyes y los destinos de su patria. Voy a dar fin copiando aquí una nota de don Juan Llorente, que se encuentra en sus *Memorias* (tomo II, págs. 161 y siguientes) a continuación de la carta de 4 de mayo, publicada por Cevallos. Es de observar, a propósito de esta nota, que Llorente hizo en ella un esfuerzo por manifestarse imparcial, y que, sin embargo, escribió lo que sigue:

"Yo no llamaré, como Carlos IV, pér-

della Pace che ve ne sarò obbligato tanto come se lo faceste per me."

La supuesta carta del 6 de mayo, de que habla aquí Carlos IV, estaba concebida tal como la ha insertado Cevallos en su *Manifiesto*, de la manera siguiente:

"Venerado padre y señor: El primero del corriente puse en las reales manos de Vuestra Majestad la renuncia de mi Corona en su favor. He creído de mi obligación modificarla con las limitaciones convenientes al decoro de Vuestra Majestad, a la tranquilidad de mis reinos, y a la conservación de mi honor y reputación.

"No sin gran sorpresa he visto la indignación que han producido en el real ánimo de Vuestra Majestad unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy deudor a mis vasallos.

"Sin más motivo que éste, ha creído Vuestra Majestad que podía ultrajarme, a la presencia de mi venerada madre y del emperador, con los títulos más humillantes; y, no contento con esto, exige de mí que formalice la renuncia sin límites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiración. En tal estado de cosas, hago la renuncia que Vuestra Majestad me ordena para que vuelva el Gobierno de la España al estado en que se hallaba en 19 de marzo, en que Vuestra Majestad hizo la abdicación espontánea de su Corona en mi favor.

"Dios guarde la importante vida de Vuestra Majestad los muchos años que le desea, postro a L. R. P. de V. M., su más amante y rendido hijo, *Fernando*.—Pedro Cevallos.—Bayona, 6 de mayo de 1808."

Tanto esta carta, como diferentes otros hechos, unos falsos y otros alterados, que contenía el *Manifiesto* de Cevallos, dispuestos por él como mejor le convino para su propia apología, fueron creídos generalmente en España hasta el año de 1814, en que cada uno de los que agraviados por este ministro en su escrito se encontraron en posición de poder escribir libremente, cuidó de hacer la vindicación de

fidios a don Juan de Escoiquiz y al duque del Infantado, porque tal vez creyeron compatible su conducta con la fidelidad a Carlos IV. Pero diré a la faz de todo el mundo que el primero que dió nacimiento a las desgracias de España fué Escoiquiz, con sus tratos y consejos secretos a un hijo, sucesor del trono, contra la libre autoridad de un padre que lo poseía. Tan imposible me parece disculpar estos consejos y sus auxilios prácticos para que produjesen efecto, como dar satisfacción a los argumentos del emperador Napoleón en su carta de 16 de abril de 1808, y a los que hace Carlos IV en la que

su honor y de la verdad en la parte que le tocaba. Entonces fué visto que esta carta del 6 de mayo de que Cevallos hace ostentación en su *Manifiesto* era una invención suya, y que la verdaderamente escrita y dirigida a Carlos IV por su hijo con aquella fecha estaba concebida de esta suerte:

"Mi venerado padre y señor: Para dar a Vuestra Majestad una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumisión, y para acceder a los deseos que Vuestra Majestad me ha manifestado reiteradas veces, renuncio a mi Corona en favor de Vuestra Majestad, deseando que Vuestra Majestad pueda gozarla por muchos años. Recomendando a Vuestra Majestad las personas que me han servido desde el 19 de marzo: confío en las seguridades que Vuestra Majestad me ha dado sobre este particular. Dios guarde a Vuestra Majestad felices y dilatados años.—Señor, a L. R. P. de V. M., su más humilde hijo, Fernando.—Bayona, 6 de mayo de 1808." (Véanse sobre esto las *Memorias de Llorente*, tomo II, desde la página 168 hasta la 174 inclusive.)

Todavía, si se puede dar crédito a M. Bausset en sus *Memorias anecdóticas*, resulta que el texto de esta carta fué enviado previamente al emperador de parte de Fernando para que aquél la reconociese antes de enviarla a su padre, y que hecha la traducción en francés, y presente a aquel acto don Juan Escoiquiz, fué practicado el cotejo del original español con la versión francesa y dada la aprobación por Bonaparte.

Demostrada así la falsa mercancía que dió Cevallos al público en su pretendida carta del 6 de mayo, no es temeridad, después de todo lo que dejó dicho anteriormente, el deducir que la carta del 4 es un producto de la misma fábrica. El hecho es que no hay más autoridad que la de Cevallos para probar que esta carta fué escrita y enviada, y que el que fabricó la del 6 pudo haber fabricado la del 4, una y otra en el interés de su propia alabanza para volver a ganar la opinión que había perdido por los sucesos de Bayona.

da ocasión a la presente. *Esta es la causa de todos los padres y de todos los reyes.* La miran con indiferencia, según vemos: el tiempo les hará abrir tarde o temprano los ojos, y ver sus propios riesgos.

"El duque del Infantado—continúa Llorente—es cooperador en segundo de todas las desgracias de España (aunque no pensase causarlas), porque contribuyó a las intrigas de Escoiquiz, ya presentándole al embajador francés Beauharnais, ya aceptando el nombramiento del comandante general de todas las armas españolas, incluidas las de la Casa Real; pero está exento de toda culpa en los sucesos de Aranjuez: a lo menos yo vivo persuadido de que no tuvo parte. No es lo mismo acerca del viaje de Fernando a Bayona. El duque y Escoiquiz, y aun San Carlos, y los otros menos metidos en la intriga, *se creyeron perdidos para siempre si Napoleón declaraba definitivamente por nula la renuncia de Carlos IV, y mandaba que éste volviese a empuñar el cetro. Confían que persuadirían a Napoleón lo contrario en Bayona, condescendiendo en desmembrar las provincias españolas de la orilla izquierda del Ebro, en conceder franquizas exorbitantes al comercio francés en América y en casar con una sobrina* (399).

(399) He aquí todavía sobre esto algunos pasajes de una carta de don Mariano Luis de Urquijo a don Gregorio de la Cuesta (fecha 13 de abril de 1808) publicada en diferentes colecciones de documentos relativos a estos sucesos, y en la de Llorente, tomo II, bajo el número 34.

"Sobre todo les he preguntado (a los ministros y consejeros de Fernando) cuál era el objeto de su viaje; cómo se degradaba al soberano de una Monarquía de España e Indias, y se le llevaba a un reino extranjero sin convite, sin preparativos, sin toda la etiqueta que en tales casos se observa, y sin habérsele aún reconocido, pues se le llama siempre príncipe de Asturias. Les he dicho que recordasen el nombre de la isla de los Faisanes, en los Pirineos, en donde, para una entrevista de los soberanos, se tomaron tantas precauciones de igual número de tropas a una y otra orilla del río Bidasoa, igual número de personas en los barcos, pesándose hasta los arneses para que no hubiese nada que recelar, etc., etcétera. ¡Pásmese usted, amigo mío! ¡Por toda respuesta me han dicho que sólo se iba a contentar la ambición del emperador con ciertas

"Esta confianza fué el verdadero motivo del viaje que hace desgraciadas, sin culpa ninguna de ellas, a doce mil familias; que tiene convertidas en escombros algunas poblaciones; que ha empobrecido a la España para un siglo, y que ha separado las Américas para siempre. El deseo de mandar bajo el nombre de Fernando, y el miedo de ser castigados si volviese a reinar Carlos IV, fueron los únicos motivos de tan infausto y pernicioso viaje."

## CAPITULO XXXVI

*El 5 de mayo*

En tal día como éste, año de 1808, un rey pacífico, hombre de bien, amante de sus pueblos, incapaz de dolo y artificio, fiel a su palabra, modelo de verdad y prototipo nobilísimo de rectitud y honor en todas sus acciones, fué sorprendido, consternado, martirizado en su espíritu, trastornado en su razón y reducido a un verdadero estado de enajenamiento mental por un soldado poderoso, que llegó a ser emperador y rey, amigo suyo y aliado; el cual, después de haber vencido con las armas a los demás reyes de la Europa que le fueron enemigos, como le hubiese parecido una especie de sacrilegio hacer la guerra a este rey amigo suyo, pre-

*concesiones de territorio y de comercio! Al oírles no he podido menos de contestar que entonces le diesen la España."*

Más adelante se lee en dicha carta este otro párrafo:

"En fin, amigo mío, he dicho a Infantado cuanto hay que decir sobre lo arriesgado del viaje, y que sus consecuencias podían ser el exterminio nacional. He hecho más: le he dicho que si él no quiere ir de embajador a Bayona, iré yo a pactar con el emperador y concluir este desagradable negocio, tan mal principiado y conducido; pero que, entre tanto, por una de las casas inmediatas a la del alojamiento del rey, se saque a Su Majestad, a medianoche, disfrazado, y se le lleve por de pronto a Aragón; pues el alcalde de aquí, Urbina, proporcionará la salida de Su Majestad, la cual, y el ver que puede y sabe obrar por sí, sin duda decidirá al emperador a mudar de designio: ¡Nada, nada he conseguido en mi conferencia!... Yo veo con dolor que todos están ciegos y caminan al precipicio."

firió arrebatarse su Corona por el engaño y la sorpresa, y le arrancó una renuncia en favor suyo del trono de dos mundos.

Seis años más tarde, aquel mismo guerrero poderoso, después de haberse visto obligado por las armas extranjeras y por la reprobación de sus propios súbditos a abdicar sus dos coronas, vió amanecer el primer día de su destierro en la isla de Elba, en 5 del mismo mes de mayo.

Y en 5 también del propio mes de mayo, después de siete años de rigoroso cautiverio en medio de los mares, fué llamado a la otra vida a rendir cuenta de lo bueno y de lo malo que había obrado en su carrera portentosa. A vista de estas raras y notables coincidencias de los tiempos que han pasado delante de nosotros, se han hecho inseparables en mi espíritu estas tres fechas misteriosas, o, por mejor decir, providenciales: la suplantación del Justo es una de las malas obras, acerca de las cuales la divina justicia acostumbra revelarse en este mundo. Voy a contar aquel día 5, el más violento y más amargo de cuantos he pasado en esta vida.

Yo estaba con los reyes, y era ya media tarde, cuando vimos venir al emperador a caballo, despacio, con muy poca comitiva; al parecer, de muy mal cejo su semblante. Justamente, a aquella hora estaba el rey hablando de la inquietud que le causaba el no haber recibido todavía contestación alguna de su hijo, y se temió que esta visita sería algún nuevo enredo que el emperador vendría a contarle. Yo quise retirarme, pero no hubo tiempo.

Napoleón entró de un modo brusco, la palidez y el fuego de la ira marcados en su rostro y en sus ojos.

—Ya yo lo había previsto—entró diciendo—, yo lo aguardaba esto: la Inglaterra triunfa de nosotros; la anarquía ha levantado su cabeza ya en España; se ha degollado a mis soldados alevosamente; la sangre de franceses y españoles, tan largo tiempo amigos y aliados, ha corrido por las calles de Madrid...: por mis condescendencias...; por ensayar medios pacíficos en donde no

cabían sino rigores... Todo este grande encendimiento se ha votado desde aquí, desde Bayona... Tengo las cartas y las pruebas en la mano... ¡Infeliz padre! ¡Infeliz reino!...

Y otras exclamaciones semejantes, de que su boca era un torrente.

En seguida dió a leer a Carlos IV el pliego de Murat, que estaba concebido en términos atroces; su proclama, y la sangrienta orden del día del terrible 2 de mayo. Mucha parte de estas cosas leyó el mismo emperador, y cual si todo esto no bastase para aterrizar su víctima, hizo acercarse al oficial que había traído aquellos papeles, y le mandó que hablara y que contase, como testigo presencial, los horrores que había visto. Cuando éste hubo acabado y se acabaron los comentarios que hacía Napoleón a cada instante, preguntó éste a Carlos IV si su hijo no había escrito, o si, más bien, no había venido a devolverle la corona. Carlos IV respondió que aún tenía una pena más como una añadidura a la aflicción mortal que le causaban las espantosas nuevas recibidas, y que esta pena era el silencio de su hijo. Napoleón rompió de nuevo todas las compuertas de su ira, y dijo a Carlos IV:

—Es necesario hoy mismo poner fin a tantos crímenes... Haced llamar a vuestro hijo... ¡No más treguas! ¡No más treguas!

El rey mandó llamarle. Yo aproveché esta coyuntura para retirarme, y no me hallé presente a las escenas lamentables que siguieron, ni fui llamado a ellas. Mi cuarto, en el segundo piso, daba casi encima del fatal salón, en donde, sin pensarlo nadie, iba a jugar-se en una sola suerte la Corona de España. Allí gemí, oprimido de una mortal congoja, sin poder ver claro; pero ofreciéndose a mi espíritu en confuso todos los azares que podría traer la competencia de hijo y padre y las temeridades a que podría dejarse ir Napoleón andando los sucesos, cual empezaban ya a mostrarse, y el partido que aquel hombre podría sacar más adelante de un príncipe y un rey que no se hallaban avezados a contiendas y vaivenes de esta clase. Yo no llegué a pen-

sar, ni era posible adivinarlo, el repentino y asombroso desenlace con que todo fué acabado aquella tarde; todos los grandes males que presentía mi corazón los veía como cercanos, mas no como presentes... ¡Ah! ¡Tan presentes como estaban!... ¡Tan inmediato el hundimiento del terreno sobre el cual había montado Bonaparte aquel teatro! (400).

Dos horas, por mi cuenta, para mí dos siglos, eran ya pasadas cuando vinieron a llamarme. Napoleón había partido. El rey estaba inmóvil, sin hablar ni una palabra; su rostro, hecho una brasa, y sus hermosos ojos, sanguino-

(400) Entre las infinitas inexactitudes, cuentos e invenciones de que adolecen las *Memorias* del duque de Róvigo, y con mayor especialidad en los asuntos de España, una de tantas es lo que cuenta de que mientras duró la sesión a que fué llamado el príncipe de Asturias, presentes solamente los reyes padres y el emperador, a puerta cerrada, el tal duque, yo y algunos oficiales franceses estuvimos escuchando y atisbando por las rendijas de la puerta. Cuando hubiera yo podido prescindir del respeto que me debía a mí mismo poniéndome a la escucha de una manera tan innoble, me habría guardado con mayor razón todavía de hacer semejante papel a presencia de los principales individuos de la comitiva de Fernando, que, como refiere el mismo duque de Róvigo, ocupaban la antesala. Yo no dudo que Savary, el cual de ninguna cosa de este mundo se avergonzaba, hubiese cometido esta falta de decoro y de delicadeza en presencia de aquellos mismos hombres que había traído engañados desde Madrid, y sin tener cuenta consigo propio del alto grado que ocupaba en la corte francesa; pero, por parte mía, aun cuando no se quisiese tener en consideración sino tan solamente mi amor propio, nadie hallará creíble tal conducta; fuera de que, si hubiese sido verdad, Escoiquiz, Cevallos y tantos otros enemigos míos de aquel partido que se hallaron presentes habrían tenido buen cuidado de contarlo.

Aún es más raro, no un cuento, sino una singular machada de M. Bausset, el cual refiere en sus *Memorias anecdóticas* que el rey, durante una conversación de más de una hora con el emperador, pasó dos veces a su aposento interior, sin duda—dice—para comunicarme conmigo y pedirme consejo. Aquel augusto anciano, enfermo, sufriendo aquel día más que ningún otro de los días anteriores, sosteniéndose apenas y disimulando la fiebre que atacaba su cuerpo no menos que su espíritu, no fué dueño de entrar momentáneamente en su cuarto para consolar su naturaleza, sin que el alma insensible y fría de M. Bausset infiltrase de esto que entraba a consultarme ocultamen-

lentos y empañados. La reina sollozaba amargamente al otro lado, y con la voz entrecortada prorrumpió diciendo:

—¡El rey ha renunciado la Corona en Bonaparte!...

Yo me sentí sobrecogido de un espanto indefinible; yo iba a preguntar al rey si era posible tan extraña novedad inesperada; pero Su Majestad, fuera de sí, me interrumpió, exclamando:

—No; yo no he dado nada...; yo no era más rey... ¡Mi corona!... ¡Mi corona!... ¡En Aranjuez me la quitaron! Yo no he dado nada mío. Yo soy un rey proscrito: esa revolución que habéis oído ha sido en contra mía...; tal vez también en contra de la Francia, por la única razón de haberse oído que el emperador trataba de reponerme en mis derechos... ¡Las tropas de la Francia!... Ellos las deseaban, ellos salían a recibirlas, ellos las festejaban cuando creyeron que venían a coronar a mi hijo; si ahora se han vuelto contra ellas es porque se han mostrado favorables a su padre... ¿Quién me ha llamado desde España? ¿Quién me ha escrito? Vosotros lo habéis visto, que ni una sola carta hemos tenido de entre tantos hombres que me debían su suerte, su elevación, su gloria y, mucho más que todas estas cosas, mi amistad, mi afecto. ¡Al tirano más bajo de la tierra no se le habría tratado de esta suerte! Hubo un Nerón en Roma, y, sin embargo, tenía amigos, y de no pocos fué llorado... Yo no he sido un tirano; yo he sido el padre de mis pueblos veinte años... ¿Prefieren a mi hijo? Ténganle en hora buena: ¡no quiera

te. Yo dejo a este escritor, como ya dije otra vez, de última clase, la ignominia de haber escrito tan miserables renglones.

Heme aquí, pues, en tanto, por decirlo así, hecho *ubícuo*: según el testimonio del duque de Róvigo, acechando con él por las rendijas y resquicios de una puerta lo que pasaba adentro; según M. Bausset, en lo interior, aconsejando a Carlos IV. Como esto son todas las cosas que se han dicho en contra mía: mi silencio prolongado tantos años mientras vivió Fernando por obedecer eternamente a su buen padre, vivo y muerto, ha podido dar valor a tantas fábulas, y sin arrepentirme de haber cumplido en esto un gran deber heroico, lo lloro y lo conozco.

Dios que por castigo!... Yo no me he opuesto, y, al contrario, he intercedido en favor suyo muchas veces. No tiene más contrario para ir a coronarse que aquel mismo de quien había esperado la corona, y a quien sirvió tan grandemente cerrándome los pasos que yo daba para salvar mis reinos y a él salvarlo juntamente; de mí no tiene que quejarse...

—Pero, señor—le dije—, ¿es que el emperador ha retractado su palabra, que ha repetido tantas veces, de reponer a Vuestras Majestades en su trono?

—No, no ha retrocedido—dijo el rey—; me ha renovada sus instancias y promesas; pero quiere hacerme entrar a fuego y sangre en mis Estados. Tú me conoces bien... ¡Jamás!... ¡Jamás la sangre por mi causa! ¡Jamás ser un verdugo de mis súbditos! ¡Jamás reinar por el auxilio de tropas extranjeras!... Tú me lo oías cuando mi hermano consintió en volver a Nápoles después de tantas muertes, tantos horrores y suplicios con que le rescataron su corona los ingleses, y los turcos, y los rusos. Mil veces te lo dije, que no habría yo tenido cara para mostrarme sobre el trono deslustrado con la sangre de mis pueblos. Yo no he cambiado de opinión, yo soy el mismo...; mis manos están limpias, y al Tribunal Divino quiero llevarlas de esta suerte. Dios es quien da y quita las coronas...; yo no la he mancillado la que me había dado..., la que yo guardaba sin faltarle ni un quilate.

—Pero un indulto general...—repliqué a Su Majestad, que me respondió al instante con dolor:

—No es tiempo ya de indultos; el incendio ha prendido largamente, e irá ganando las provincias; si es verdad lo que esta tarde hemos oído, están ganadas. Si yo bastara solo, y si mi hijo se me hubiera unido, abandonando sus insensatas pretensiones, quizá habría remedio; pero, llevado yo a mi asiento por mano de extranjeros, me escupirían los españoles, y yo no quiero merecerlo. Y, a más de esto (entre nosotros, hablando francamente), ¿quién me asegura a mí de que el emperador no enrede de tal modo los sucesos que,

después de haberme deshonrado yo a mí mismo, acometiendo por su mano a mis vasallos, y haber servido de pretexto a su ambición, no dé fin a sus proezas por hacerse dueño de mis reinos y dejarme sepultado en la ignominia? ¿No es mucho menos malo que el odio de sus actos recaiga sobre él solo, y que jamás pueda decirse que yo he sido su instrumento? ¿Habrá nadie, ni en la Europa ni en el mundo, que pueda persuadirse de que yo me haya encontrado en libertad, o de que haya sido yo tan necio que le haya regalado la Corona por sus bellos ojos? ¿No vale más hacerle una renuncia aquí en Bayona, donde a la luz de todo el mundo será nula, que verme acaso precisado a hacérsela en España, si, con tantos medios como tiene para todo, se procura allí un partido en favor suyo? Y aun sin esto, ¿no sería posible que, como ha hecho en otras partes, provocase una reacción por bajo mano en contra suya, y, suponiéndome implicado en ella, me atacase en regla y me robase la Corona como a mi hermano el rey de Nápoles, teniendo en este caso un título especioso con que cubrir su usurpación ante los Gabinetes extranjeros? ¿Puede caberme duda ya al presente de que su venida y su manejo, en esta dura situación en que nos vemos, no tenga más objeto que arrebatarnos el cetro de la España? ¿No es una cosa vista que su intención es acabar con los Borbones? Y cuando tú me persuadías la retirada para ponernos en seguro y defendernos, ¿no eras tú mismo quien me hacía sentir este argumento?

—Vuestra Majestad, señor—le respondí—, tiene razón sobrada en cuanto dice; pero le ruego me permita preguntarle si fué suya la iniciativa de renuncia o si el emperador...

Su Majestad se alteró mucho; no me dejó seguir, y me increpó, diciendo:

—¡Tú me ofendes!... ¡La iniciativa, mía!... ¿Y tú podrías pensar que fuese yo capaz de una flaqueza semejante? El es; él es el que ha lanzado la palabra de renuncia sin el menor rebozo. "Si Vuestra Majestad no quiere ir—me ha dicho con dureza—, ni que yo cum-

pla mi deber de colocarle nuevamente sobre el trono, yo me haré dueño de la España: no puedo permitir que reine en ella ni el príncipe de Asturias, ni su hermano, ni su tío, todos tres conspiradores e incapaces, a más de esto, de regir la Monarquía en las presentes circunstancias; vuestro otro hijo, por desgracia, no tiene edad para reinar, y no es posible una regencia en el estado en que se ve a la España. ¡La espada!... No hay más ley ni más autoridad para impedir que la Inglaterra infeste la Península. Si Vuestra Majestad no quiere o no se atreve a tomar parte en este empeño, yo le daré un asilo en mis Estados, y *Vuestra Majestad me hará renuncia de los suyos*. Cuanto yo hiciese en nombre suyo estando ausente de sus reinos, sería muy mal interpretado; dirían que Vuestra Majestad no obraba libremente, y haríamos uno y otro una figura muy equívoca. No hay otro modo de hacer frente a los negocios de la España: o yo solo por mi cuenta, o Vuestra Majestad enemigo." Después me habló de mil funestas contingencias, de Gobiernos militares, de particiones de provincias y de una turba de desastres que podrían originarse si la anarquía llegaba a tomar cuerpo, como había empezado. En medio de esta angustia le pregunté qué garantías podría ofrecermé si yo le hiciese la renuncia. Me respondió que aquellas cuatro cosas que podrían interesar mi corazón más vivamente: la independencia de mis reinos bajo un rey de su familia que a la nación le fuese grato, sin mezcla de otra alguna, y una amnistia completa. Yo he admitido esta propuesta. Pierda yo todas las cosas de este mundo con tal que España se mantenga entera, indivisible y poderosa cual yo la he recibido de mis padres, cual yo la he mantenido hasta el presente, cual yo la hubiera defendido hasta el postrer suspiro sin esa mala raza de traidores que pervirtieron a mi hijo. Sin soldados, sin vasallos, sin amigos, y prisionero cual me encuentro, por lo menos moralmente, entre las manos de este hombre, aún he hecho cuanto puedo



en mis desgracias por los que no me quieren...

Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando decía estas cosas; su voz salía ya ahogada, y yo tenía que se insultase. Venciendo, sin embargo, mi temor, y en medio de la angustia que oprimía mi espíritu, dije a Sus Majestades:

—Pero, después de todo, una conversacion no es un tratado, y aún puede haber remedio: yo estoy pronto a dar la cara y a disputar hasta la muerte los derechos de Vuestras Majestades.

El rey me respondió:

—Yo he dado mi palabra, y el emperador no es hombre que se deshaga de su presa.

La reina, que se había abrazado con su real esposo sosteniéndole, vuelta hacia mí, me dijo:

—Eso es verdad... ¡Qué compromiso! ¡Qué horrible desenlace! ¡Qué dirán de nosotros en España!

Y Carlos IV, revolviéndose con fuerza:

—Dirán, dirán que yo no he sido quien rompió los lazos que me ligaban con mis pueblos... Dirán que ellos han sido los que los han disuelto lanzándome del trono y no volviendo nadie por mi causa... Yo no he venido aquí por mi elección..., yo quise sostenerlos, y ellos me lo impidieron..., esto dirán los hombres cuerdos cuando serán contadas las traiciones que me han puesto en este extremo. Sobre todo, Dios está en los cielos, y él me hará justicia si los hombres me la niegan (401).

(401) De las cosas que pasaron aquella tarde entre los reyes, el emperador y el príncipe de Asturias, he aquí lo que resulta en algunas publicaciones francesas de aquel tiempo, con las cuales está conforme, a poca diferencia, la que el duque de Róvigo ha insertado en sus *Memorias*, y en la cual, después de referir los cargos que los reyes padres hicieron a su hijo, cuenta que Napoleón le habló de esta manera:

"Prince, jusqu'à ce moment je ne m'étais arrêté à aucun parti sur les événements qui vous ont amené ici; mais le sang répandu à Madrid fixe mes irrésolutions. Ce massacre ne peut être que l'oeuvre d'un parti que vous ne pouvez pas désavouer, et je ne reconnaitrai jamais pour roi d'Espagne celui qui le premier a rompu l'alliance qui depuis si long-

El rey estaba ardiendo en calentura y le llevó la reina a que tomase algún reposo. Fuera de mí, y el alma traspasada de dolor, me eché a pensar si podría hallarse algún camino para enmendar un mal tan grande, tan inmenso, y sacar salvo el trono de la España, de que aquel prestigiador, sin ningún temor de Dios ni de los hombres, había probado a hacerse dueño por un golpe de sorpresa, por un golpe calculado sobre la desgracia, sobre el abatimiento, sobre el desamparo, y, más que todo, sobre la lenidad y la índole pacífica de un rey a quien, a título de amigo, ahogaba entre sus brazos. Mientras Su Majestad se hallaba reposando, hacía yo mil preguntas a la reina, la cual ni más ni menos refería de lo que Carlos IV había ya dicho.

—No es más pronto—añadía la atribulada reina—, no es más pronto el lazo escurridizo o el juego de una trampa con que asegura el cazador su presa, que el artificio de este hombre sobre mi pobre Carlos. Yo quise hablar; mas

temps l'unissait à la France, en ordonnant le meurtre des soldats français, lorsque lui-même venait me demander de sanctionner l'action impie par laquelle il voulait monter au trône. Voilà le résultat des mauvais conseils auxquels vous avez été entraîné; vous ne devez vous en prendre qu'à eux. Je n'ai d'engagements qu'avec le roi votre père; c'est lui que je reconnais, et je veux le reconduire à Madrid, s'il le désire."

"Le roi Charles IV répliqua vivement: "Moi je ne veux pas. Eh! qu'irais-je faire dans un pays où il a armé toutes les passions contre moi? Je ne trouverais partout que des sujets soulevés; et après avoir été assez heureux pour traverser sans pertes un bouleversement de toute l'Europe, irai-je déshonorer ma vieillesse en faisant la guerre aux provinces que j'ai eu le bonheur de conserver, et conduire mes sujets à l'échafaud? Non, je ne le veux pas; il s'en chargera mieux que moi." Et regardant son fils, il lui dit: "Tu crois donc qu'il n'en coûte rien de régner? Vois les maux que tu prépares à l'Espagne. Tu as suivi de mauvais conseils, et je n'y puis rien; tu t'en tireras comme tu pourras; je ne veux pas m'en mêler: va-t'en."

"Le prince sortit, et fut suivi par les espagnols de son parti qui l'attendaient dans la pièce à côté."

Los reyes me contaron después en nuestro destierro que los cargos que hicieron a su hijo aquella tarde fueron enérgicos y amargos otro tanto cuanto fué horrible y desesperada la situación repentina en que se vieron puestos, de-

no dió tiempo, amontonando frases y palabras, hablándoselo todo, prometiéndonos tal género de dicha, que a él mismo, nos decía, le sería envidiable. Sus últimas palabras, sobre todo, me desmayan, porque suponen en su ánimo un hecho concluido y aceptado. La felicidad no existe ni existirá jamás, dijo ese engañador, bajo el dosel del trono: yo renunciaré también un día cuando sea tiempo; yo siento alguna cosa dentro de mí mismo como Diocleciano y como Carlos V.

—Mas a pesar de todo—dije yo a la reina—si el rey cobrara más aliento y consintiera en proponer, en reclamar, o en exigir una entrevista nueva con el emperador para tratar en plena calma una cuestión tan grave como la presente, cuestión que de una y otra parte se ha tratado bajo las penosas y violentas impresiones recibidas esta tarde, y si Su Majestad se hiciese firme en pretender que la resolución definitiva que hubiera de tomarse se sujetase a conferencias en reglas diplomáticas, hecha abs-

tracciones todas las esperanzas que habían concebido de un acomodo y de una terminación pacífica; pero, cuando leyeron el *Manifiesto* de Cevallos, entre las imposturas que excitaron su indignación contra aquel ingrato y fementido ministro, señalaron muy particularmente la que contenía la supuesta carta del 6 de mayo sobre ultrajes hechos a su hijo, y sobre una nueva intimación de Carlos IV mandándole hacer la renuncia absoluta de la Corona so pena de ser tratado él y toda su comitiva como reos de conspiración.

—Tan falso es esto—decía Carlos IV—que cuando, consternado, no por mis palabras, sino por las que oyó a Napoleón, dió por toda respuesta que se hallaba pronto a hacer la renuncia sin ningunas condiciones, le dije que yo era el rey, y que no necesitaba de su renuncia, porque ésta suponía derechos que él no tenía, visto que la usurpación no podía dárselos; que mi amor por la paz y mi deseo de abrirle un camino honroso que reparase sus errores fueron el solo motivo que yo tuve en nuestra primera conferencia para exigirle una renuncia, y que en mi carta del 2 le había ya hablado bastante claro acerca de este punto.

Y esto es tan cierto que, como se ha visto un poco antes, la verdadera carta del día 6 no habla de tal nueva intimación que hubiese sido hecha por Carlos IV. El único que promovió y exigió esta renuncia tardía fué Napoleón, porque así convenía a su intento; pero con tan mala maña, que la hizo poner con fecha el día 6 cuando había ya concluido su grande y malvada intriga del día 5.

tracción, cual debe hacerse, de la resolución intempestiva que su aflicción le ha hecho adoptar sin tomar tiempo para obrar con pleno acuerdo de su ánimo, yo no puedo imaginar que, de bueno o de mal grado, deje el emperador de conformarse y de ceder a esta exigencia que Su Majestad se encuentra en todo su derecho de imponerle. ¿Qué podría hacer Napoleón en contra de esto sin exponerse a la censura de la Europa y a la alerta de sus otros aliados? ¿En dónde está el empeño ni mucho menos el contrato que podría fundarse sobre lo que esta tarde ha sido hablado sin testigos entre el emperador y Vuestras Majestades asombradas? Yo, por último servicio, echando el pecho al agua como ya lo he echado tantas veces, estoy pronto a dar la cara; y venga luego cuanto Dios quisiere sobre mis espaldas; peor no podrá ser de lo que ha sido: me quedará a lo menos el consuelo de haber hecho en esta misma extremidad y en esta nada en que me hallo, cuanto ha podido ser posible para salvar a mis reyes y mi patria, aun después de estar proscrito porque quise, hace dos meses, libertarlos.

—Dios oiga tus deseos y nos ayude—me respondió la reina—. Difícil como es volver camino atrás con Bonaparte, yo encuentro aún más difícil persuadir a Carlos a entrar haciendo guerra a sus vasallos, ni yo tampoco soy capaz de aconsejárselo. ¿Crees tú que sea posible recobrar nuestra Corona sin que haya sangre derramada?

—Y tan posible cual lo hallo—respondí al instante—. Napoleón ha hecho su juego ponderando ese peligro y sorprendiendo a Vuestras Majestades; yo no comprendo tal peligro: una amnistía, no más, un acto generoso de olvido y de clemencia que en Vuestras Majestades es innata, bastaría al presente para calmarlo todo y para que saliesen a su encuentro sus vasallos con los brazos desplegados. El movimiento de Madrid, por más violento que haya sido, y por lo mismo de haber sido tan violento, deja ver bastante claro que es efecto de un sentimiento nacional de independencia y patriotismo, cuando han caído de su error los que creye-

ron que el emperador venía sin otro fin que el de casar y coronar al príncipe, mejorando al propio tiempo nuestras leyes; mas al presente que ven claro, el interés común no puede ser ya otro que la defensa de la patria y la conservación de la Corona de sus reyes. Una amnistia es bastante para enmendarlo todo; es necesario conocer el leal carácter de los españoles: pocos serán hoy día, si aún hay algunos, que no hayan conocido quién pretendía salvar el reino, y quién le ha puesto al canto de su ruina.

La reina comenzaba a respirar y se mostró resuelta a aprovechar la primera hora en que encontrase al rey más despejado, para inspirarle mis consejos y para hacerme entrar a sostenerlos. Hablando de esto sin cesar, y ensayando la reina su papel y la mejor manera con que podría animar y levantar el corazón de Carlos IV, he allí que vienen a anunciar al mariscal Duroc que pide hablar al rey sobre un negocio urgente que el emperador le había encargado. Salíó la reina a recibirle, y a poco de esto vuelve a entrar diciéndo que Duroc traía el tratado de renuncia, y que pedía el emperador que fuese concluido aquella noche.

Cosas son éstas que algún día parecerán novelas más que historia, y, sin embargo, son historia verdadera. No se atrevió la reina a dar respuesta por sí sola; triunfaba allí el terror, la inmensa mole del terror con que Napoleón pasmaba el mundo en aquel tiempo. Un día después pudiera haber hallado resistencia, y trabajando estábamos en esto: ¿de qué manera le era dable atravesarnos y salirnos al encuentro? Apresurando el golpe, golpe seguro tanto más, cuanto era menos esperado. Desatinar al enemigo, sorprenderle, acometerlo, no darle tiempo a recobrarse... así ganó las más de sus batallas y así triunfó por muchos años su política.

La reina entró y halló despierto a Carlos IV; contóle lo que había, le dijo era un buen medio el de excusarse por el estado en que se hallaba, y le indicó con grande prisa las ideas que yo le había propuesto. Yo entré también

para esforzarlas; ¡vano empeño! El rey se levantó, tomó una silla, estuvo pensando un breve rato y exclamó en seguida:

—Pues Dios lo quiere o lo permite, su voluntad se cumpla—y dirigiéndome la vista—: Ve y ajusta ese Tratado.

—Señor—le repliqué—, lo que Vuestra Majestad me manda no es posible; no ha habido tiempo de pensarlo. ¡Renunciar una Corona!... ¡Y la de España!... A Vuestra Majestad le ha sorprendido y le ha engañado Bonaparte.

Y el rey, con mucha calma:

—El es el que se engaña: llegará precisamente un día en que se sepan estas cosas... de la manera que él las hace, y mientras más se apresurare, más nulo es todo cuanto haga...; es imposible que su reino dure mucho tiempo... Esta es mi vez ahora...

—Señor—clamé—, para los casos como éste es el vigor de una alima regia; consienta al menos Vuestra Majestad en diferir por esta noche una resolución tan extremada; yo tomaré sobre mí mismo cuanto venga: hay mil caminos todavía para salir de este mal paso.

—No hay ninguno—dijo el rey—; por cualquier lado que se tome, nos saldrá al encuentro... Al que sus pueblos no respetan, mal sabrá respetarlo el que ambiciona su Corona con un poder tan grande. Si le oponemos resistencia, no se hará otra cosa que agravar los males y que llegue el peor de todos, la desmembración de España... Ve a impedirlo y ajusta ese Tratado mientras por él se salve la integridad de las Españas, su entera independencia y nuestra santa fe católica.

—Señor, señor—clamé de nuevo—, por la primera vez después de tantos años, por Vuestra Majestad, por su interés, el de su Casa, el de sus reinos, me atreveré a decirle que no puedo obedecerle...

—Y bien—me dijo el rey—, vete a juntar con los demás que me han desamparado; yo me seré bastante, yo iré a ajustar ese Tratado... ¡Rey miserable, a tal extremo que no tiene ya siquiera quien le dé su firma!...

Y Su Majestad iba a salir, temblán-

dole sus miembros, sin escucharme, ni a la reina.

En tal extremidad de circunstancias, yo cerré mis ojos, cumplí su voluntad, y vi entonces por mí mismo que no hay fuerzas en lo humano contra la fuerza del Destino, y que se da con él más ciertamente por la senda misma por donde el hombre espera y se propone con más ansia destajarlo.

Tales fueron los sucesos interiores que pasaron en Bayona, en el palacio del Gobierno, durante los seis días en que los reyes fueron envueltos, festejados, engañados y robados por su heroico huésped. Los que ninguna cosa vieron de lo que pasó allí dentro, y los que fueron causa, solo ellos, de que el emperador de los franceses cautivase toda entera la familia real de España (que a no impedirlo ellos atrocemente por la fuerza, hubiera yo librado y defendido a todo trance), después han pretendido inicuiamente hacer creer que yo excité a mis reyes a ceder a Bonaparte su Corona. Si aquellos hombres, desleales igualmente a Carlos IV y a Fernando, de los cuales una parte, de la noche a la mañana, se votaron al servicio del monarca intruso, e igualmente, todos ellos, hasta el mismo Escoiquiz, lo acaataron como rey, y se reconocieron por escrito sus vasallos (402); si aquellos

(402) Mis lectores hallarán por entero, en el tomo II de las *Memorias* de don Juan Llorente, número LXXV, la carta de Escoiquiz y demás individuos de la comitiva del rey Fernando al rey José desde Valençay, en 22 de junio de 1808, rindiéndole obediencia y pidiéndole el favor de ser reconocidos por vasallos suyos. Me coñiré a copiar aquí, porque es muy larga, algunos rasgos, los más vivos y más dignos de notarse; por ejemplo, éste: "Los exponentes consideran como obligación suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado por su nación, y rendir sus más humildes homenajes a Vuestra Majestad Católica, asegurándole también la misma inclinación, el mismo respeto y la misma lealtad que han manifestado al Gobierno anterior, de lo cual hay las pruebas más distinguidas; creyendo que esta misma fidelidad pasada será la garantía más segura de la sinceridad de la adhesión que ahora le muestran, y jurando obediencia a la nueva Constitución del país, y la fidelidad al rey de España José I."

Y para que se vea el gran móvil, el de su interés tan sólo, que tuvieron siempre en todas sus acciones, he aquí el párrafo que sigue:

hombres, digo, no pudieron ni quisieron comprender los sentimientos de lealtad con que en el desamparo en que se hallaba, aconsejé fielmente a Carlos IV, sin temer ser víctima de la aversión con que de antiguo me miraba Bonaparte; ellos que, así en Bayona como en Madrid y en Aranjuez, no con-

"La generosidad de Vuestra Majestad Católica, su bondad y su humanidad, les hacen esperar que, considerando la necesidad que estos príncipes tienen de que los exponentes continúen sirviéndoles, se dignará Vuestra Majestad Católica de confirmar el permiso que hasta ahora han tenido de Su Majestad Imperial y Real para permanecer aquí, y asimismo *continuarles con igual magnanimidad "el goce de los bienes y empleos que tenían en España; con las otras gracias que, a petición suya", les tiene concedidas Su Majestad Imperial y Real hermano de Vuestra Majestad Católica, y constan de la adjunta nota que tienen el honor de presentar a los pies de Vuestra Majestad Católica con la más humilde súplica. Una vez asegurados de que, aun sirviendo como están a Sus Altezas Reales, serán considerados como vasallos fieles de Vuestra Majestad Católica y como españoles verdaderos prontos "a obedecer ciegamente la voluntad de Vuestra Majestad hasta en lo más leve"; si se les quisiese dar otro destino, participarán completamente de la satisfacción de todos sus compatriotas, a quienes debe hacer dichosos "para siempre un monarca tan justo, tan humano y tan grande en todo sentido como Vuestra Majestad Católica". Ellos dirigen a Dios los votos más fervorosos y unánimes "para que se verifiquen estas esperanzas", y para que Dios se digne conservar por muchos años la preciosa vida de Vuestra Majestad Católica: y con la más profunda humildad y más sincero respeto, tienen el honor de ponerse, señor, a los pies de Vuestra Majestad Católica sus más humildes servidores y fieles vasallos, en nombre de todas las personas de la comitiva de los príncipes.—El duque de San Carlos, grande de España de primera clase, teniente general de los Reales Ejércitos de Su Majestad Católica y mayordomo de la casa de Sus Reales Altezas.—Don Juan Escoiquiz, limosnero mayor de SS. AA. RR. y consejero de Estado de S. M. C.—El marqués de Feria.—Don Antonio Correa.—Don Pedro Macanaz, etcétera, etc."*

No necesito ofrecer pruebas sobre este documento que el mismo Escoiquiz, acusado por su cofrade Ostolaza de tan ruin bajeza, se vió obligado a reconocer como cierto en su *Idea sencilla*, disculpándose y suponiendo que lo escribieron y lo dirigieron por inspiración de Talleyrand, y por temor no fuera que los apartasen de los príncipes; vano escudo, pues se negaron a firmarle el mismo Ostolaza y otros varios individuos de la comitiva, sin que por esto hubiesen sido echados de ella,

sultaron otra cosa que su ambición, su impunidad, sus intereses y sus miras personales, a juzgar por ellos mismos y por sus propios corazones, habrían debido al menos concebir que mi interés, mi honor, mi porvenir y toda mi existencia dependía de que reinase Carlos IV; mi lealtad y mi interés en aquel caso estaban al unísono. Ni yo fui como ellos; yo no pedí al emperador, como ellos le pidieron, gracias y favores; yo no reconocí a José ni lo juré cual lo reconocieron ellos y juraron por conservar sus bienes: José dispuso de los míos como si no tuviesen dueño conocido; y por no rendirle en modo alguno, ni directa ni indirectamente, mi sumisión y mi respeto, no reclamé este agravio, y contentéme, en tal estado de las cosas, con vivir de las migajas de la mesa de mis reyes, que en diferentes intermedios de su peregrinaje doloroso, vivieron de prestado, como fué público en Marsella y en Italia. Lo he dicho ya otra vez, y lo repito con orgullo: yo soy uno de los pocos hombres de la Europa que en las vicisitudes tan violentas y frecuentes que han sufrido los gobiernos, no ha prestado más que un solo juramento, el que presté a mi rey, y he mantenido hasta su muerte y después de ella, obedeciendo sus encargos y mandatos hasta el punto de postergar mi honor y mi defensa al cumplimiento de ellos. ¿Y habrá acaso todavía quien, después de tales pruebas e inducciones en contrario, pueda ni aun sospechar que yo induje a Carlos IV a renunciar en Bonaparte la Corona? (403).

(403) El perverso y venal amigo de Escoiquiz, M. Pradt, que jamás entró en el palacio del Gobierno, donde los reyes estaban hospedados, que jamás se halló en las visitas que Napoleón les hizo, y que nada supo de lo que pasó allí dentro sino lo poco que halló escrito en los folletos de Escoiquiz y Cevallos, como puede verse por las citas que les hace, aún se adelantó sobre ellos a afirmar, sin ofrecer ninguna prueba ni presentar hecho alguno con que apoyar su dicho, que la renuncia de Carlos IV fué obra mía, y que en ella no hubo otra cosa por parte de Su Majestad que su sola rúbrica. Para afirmarlo así ni siquiera nombra a alguno a quien lo hubiese oído. Su dicho es una mera complacencia que le fué pagada por mis enemigos, como

fáltame solamente vindicar a aquel buen rey de las injurias y baldones con que sus enemigos y los que han adoptado los escritos de éstos, han censurado su renuncia. Si fué un error, nadie de los que sucumbieron en Bayona con menor motivo bajo la prepotencia, la osadía y el terror de Bonaparte. Menos disculpa tienen los que arrancaron la Corona en Aranjuez a su monarca por que querría ponerse en guarda contra la irrupción de Bonaparte en sus Estados; los que no contentos de esto llevaron y pusieron a Fernando entre sus manos; los que le aconsejaron adherirse a la renuncia de su padre, y, abandonando al rey de su elección, sirvieron y juraron al intruso; los que le proclamaron, y los que recibieron y aceptaron de la mano de Napoleón, de un príncipe extranjero, la ley fundamental que les impuso como medio el más seguro de afirmar la usurpación de la Corona; los que se hallaron, o a lo menos se mostraron muy contentos de estas cosas, y escribieron y enviaron a la España tantas grandezas y alabanzas del nuevo rey que habían jurado. Por sus pies fueron de buen grado los más de éstos a Bayona aun a sabiendas ya

las demás mentiras tan acaloradas que contra mí ha embastado en sus *Memorias*. Antes de que muriese, llegó a sus manos el primer volumen de las mías, y un día que me encontré con él en París, en una casa respetable, se disculpó conmigo, diciéndome que le habían engañado, y que se proponía reformar su dicho en los papeles públicos. Lo mismo dijo pocos días después al coronel M. Esménard, añadiéndole que, después de haberme conocido, no sabría acusarme de otra falta que de no haber puesto mis caudales al abrigo de los bancos extranjeros: ¡sentimiento propio y digno de tal hombre! Después no se acordó ya más de mí, y ha muerto en su pecado. Acabaré con una observación acerca de este obispo, y es la siguiente: que el pensar mal de mí, y de cualquiera otro que fuese, en cuanto de lealtad, no podía menos de serle muy fácil, juzgando de los otros por sí mismo, que vendió a su bienhechor y soberano en Varsovia, y que después, en marzo de 1814, trabajó con el mayor esfuerzo en contra suya para derribarle del trono a él, su hijo y toda su familia. Y no hablo yo aquí al aire sin ninguna prueba, como él ha hablado en contra mía, pues que de molde está su libro intitulado *La Embajada de Varsovia*, en que se alaba de estos hechos, los especifica, y pide el premio de ellos.

de lo que había pasado, y a todos dominólos y arrastrólos Bonaparte bajo su dictadura y con el solo peso de su nombre, tantos varones fuertes que allí fueron, tantos sujetos eminentes que eran reverenciados en España y componían la nata de sus hombres públicos, todos votados a Fernando, grandes de España, magistrados supremos de todos los Consejos, generales, dignidades eclesiásticas, obispos, inquisidores de la fe, y hasta vicarios generales de las Ordenes Monásticas (404). Disculpa ha habido para todos, para tan grande muchedumbre de magnates que no osó poner defensa ni hacer rostro a la circuncención de Bonaparte... ¿Y no habrá excusa ni piedad para el rey desventurado que, sin amigos, sin vasallos, sin ningún amparo de sus pueblos, su hijo en contra, y nadie en favor suyo, sucumbió bajo el poder, el poder mismo

(404) Los que quieran ver el pormenor de los individuos que se enervaron no sólo en Bayona, sino en Madrid mismo, bajo la voluntad y las insinuaciones de aquel Júpiter tonante; los que ambicionaron y obtuvieron los empleos y dignidades de la nueva corte, personajes todos ellos del partido de Fernando; los que felicitaron a la España la dicha que encontraban en la introducción de la nueva dinastía; los que escribieron, de su cabeza y de su puño, las proclamas persuadiendo al pueblo castellano a someterse a aquel gran rey que le venía como del cielo por su alta providencia, y los noventa y tantos que aceptaron y juraron la Constitución que ayudaron a formar, para la España, al mismo Bonaparte, los hallarán sin faltar a nadie en las *Memorias* de don Juan Llorente, tomos I y II. Allí encontrarán entre los primeros que desde Madrid, en 13 de mayo, dieron gracias a Bonaparte de que se dignase enviar a España un rey de su familia, a los acendrados patriotas fernandinos *don Arias Mons* y *don Frey Francisco Gil*, miembros de la misma Junta de Gobierno a quien Fernando había fiado por su ausencia la suerte de la España. Así éstos como sus dos colegas, Piñuela, Caballero, Azanza, O'Farril, Iriarte, el duque de Granada, y el marqués de las Amarillas pudieron escapar de Madrid y trasladarse a punto libre; y, sin embargo, no lo hicieron, y escribieron esta frase, entre otras muchas de la misma estampa: "Convencidos nosotros de que la posición de España y todos sus intereses se unen esencialmente en el sistema político del Imperio que Vuestra Majestad Imperial gobierna con tanta gloria, creemos que la más grande prueba de amor que nuestros soberanos han dado a la nación española es la de haber fundado sus últimas determinaciones sobre un

bajo el cual cayeron tantos grandes hombres y tantos padres de la patria que contaban a lo menos, o contar pudieron con la nación entera que se mostraba detrás de ellos? ¿Hubo por suerte alguno de entre tantos individuos, que aun en situación muy menos dura de la que había tocado a Carlos IV, resistiese, y hubiese defendido la Corona de sus reyes?

Y no tan sólo se ha tachado a Carlos IV de flaqueza y cobardía, sino aun, lo que es más grave, de insensibilidad, de desafecto hacia sus hijos, y de abandono de sus pueblos. La sola relación que dejo hecha día por día, de la fascinación, de los engaños, los ardidés y artificios con que el emperador de los franceses logró arrancarle su renuncia, basta y sobra para su defensa; pero, si para algunos no es bastante, añadiré por último argumento un paralelo entre

*príncipe que es evidente por sí mismo y confirmado por una larga serie de acontecimientos políticos: no haya más Pirineos.*" "La Monarquía española—dicen más adelante—ocupará de nuevo el rango que le pertenece, cuando se vea unida por nuevo Pacto de Familia a su aliado natural cuyo poder es tan grande. *Cualquiera príncipe que Vuestra Majestad nos destine entre los de su augusta familia nos traerá con esta sola circunstancia la garantía que necesitamos... El Consejo de Castilla (cuya prudencia ha ofrecido a estos principios todo el apoyo que la misma prudencia debía darle) se une a este voto de la Junta Suprema de Gobierno.*" (*Memorias de Llorente*, tomo II, núm. 62.)

De la misma tinta, y aún más viva y reluciente, son las demás arengas y proclamas de la multitud de personajes que figuraron en Bayona, donde sobresalen siempre las firmas de don Arias Mons, decano del Consejo; del duque del Infantado (a quien Bonaparte dió permiso de viajar, y el cual prefirió ser coronel de guardias españolas al servicio del napoleónida), y de don Pedro Cevallos, que le juró tres veces: la primera, como gentil hombre de Cámara; la segunda, como individuo de la Asamblea constituyente de Bayona, y la tercera, como ministro de Negocios Extranjeros.

Al producir aquí estos desagradables recuerdos, no ha sido mi intención ocasionar disgusto a nadie, y por esta razón me he abstenido de citar una multitud de nombres propios. Mi objeto es solamente reclamar en favor de Carlos IV tan siquiera la indulgencia que, atendidas aquellas raras circunstancias de la situación, han obtenido tantos hombres, aun aquellos mismos que las produjeron.

el rey Carlos y el hombre de más medios y más fuerte de su siglo, puesto aquel hombre, no diré en iguales, sino aún en mucho menos graves circunstancias. La ventaja en cuanto a la disculpa del acto de renuncia se hallará en favor de Carlos IV tan injustamente escarnecido y despreciado, al mismo tiempo que el cotejo de uno y otro mostrará la mano de Dios vivo sobre las injusticias de los hombres.

Napoleón, el gran Napoleón, se vió también abandonado, no de todos, sino tan sólo de una parte de los suyos, de los que más había querido, levantado y relleno de honores y riquezas, y aunque muchos de sus servidores no renegaron de él, y le ofrecieron su lealtad y su asistencia, *renunció, no obstante, dos Coronas* que su poder había adquirido, doblemente afirmadas con los votos, los aplausos y el afecto de la Francia y de la Italia.

Carlos IV se halló solo enteramente: ninguno de sus súbditos se atrevió a mostrarse en favor suyo, y, a más de abandonado por sus pueblos, tenía en contra sus dos hijos mayores y su hermano.

Napoleón contaba para sostenerse, si quería, contra los reyes aliados que le exigían su abdicación, no tan sólo las tropas con que en Fontainebleau se había apostado, y entre ellas los invencibles veteranos de su guardia, sino también al duque de Dalmacia, que aún le defendía en Tolosa con cincuenta mil soldados; al mariscal Suchet, que con otros quince mil regresaba ya de España a Francia; a Augereau, con igual número; con diez mil lo menos al general Maison; las guarniciones de las plazas fronterizas, y al virrey Eugenio, que aún podía acudirle con treinta mil soldados de la Italia.

Carlos IV no tenía ni generales ni soldados: todos le habían faltado o se encontraban oprimidos por el partido dominante de los engañadores de su hijo.

Napoleón se hallaba en tierra propia, dueño absoluto de sus actos: detrás del Loira habría podido defenderse bravamente y defender la Francia, como en igual paraje la defendió Carlos Mar-

tel contra un diluvio de tropas agarenas.

Carlos IV se hallaba en tierra extraña, en medio de las tropas de la Francia, sin más defensa que aquellas mismas tropas con que Napoleón le había ofrecido recobrarle la Corona que quería quitarle.

Napoleón cedió al desmayo que causó en su espíritu la defección de los que habían tomado las riendas del Gobierno, y, sobre todo, la proclama de la Junta Provisoria (405).

Carlos IV se encontró en el mismo caso con respecto a España, y mucho más a Bonaparte la proclama de sus enemigos interiores, desmayaron y abatieron a aquel augusto anciano las correspondencias (tal vez algunas de ellas contrahechas, como antes dejé dicho) que aquél le había traído, y en alguna de las cuales se trataba de su vida, dado el caso de volver a España.

Napoleón dió por motivo principal de someterse a la renuncia que le imponían los aliados su deseo de no empe-

(405) He aquí algunos lugares de aquella proclama: "¡Soldados! La Francia acaba de romper el odioso yugo bajo el cual ha gemido con vosotros después de tantos años. Vosotros no habéis combatido nunca sino por la patria; pero bajo la bandera de ese hombre que os manda todavía, vuestros combates no podrán ya ser sino contra ella. Contemplad todo lo que habéis sufrido por su tiranía: ¡un millón compatriotas de soldados, y casi todos han perecido! Se les ha entregado al fiero enemigo sin subsistencias y sin hospitales, condenados a perecer de hambre y de miseria... ¡Vosotros sois los más nobles hijos de la Francia y no podéis pertenecer al hombre que la ha desolado, a el que la ha entregado sin armas y sin defensa, al que ha querido hacer vuestro nombre odioso a todas las naciones, y habría comprometido tal vez vuestra gloria, si un hombre que ni siquiera es francés pudiera amenguar el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados!"

Ciertamente que tales acusaciones no podían escribirse contra Carlos IV, pero Su Majestad tuvo el dolor de leer en una de las cartas que le presentó Bonaparte como interceptadas, las siguientes frases, que nunca se borraron de su memoria: "Hemos sido flacos, nos ha faltado resolución, nos ha faltado un Beningsen y una noche como la del palacio de San Miguel: un gran príncipe del Norte no estaría hoy reinando, si sus amigos hubieran sido tan rematados como nosotros; pero no es tarde todavía, etc."

ñar la Francia en los horrores de una guerra civil y extranjera (406).

Carlos IV tuvo no sólo este motivo, sino también el noble sentimiento de no querer reinar por fuerza de armas, bajo el auxilio y dependencia de tropas extranjeras.

Napoleón, armado como estaba todavía, y con toda la ventaja que le daban sus talentos militares y el afecto de sus tropas, no fué dueño de imponer ningunas condiciones al Tratado que fué hecho con los reyes aliados. La Francia perdió al fin no tan sólo las fronteras que había ganado la República, sino una parte no pequeña de las que Luis XIV había adquirido.

Carlos IV estipuló como una condición indispensable, *sin cuyo cumplimiento la cesión que hacia a Napoleón de sus derechos no debería surtir efecto*, la integridad del reino en todos los dominios de la Monarquía española en los dos mundos, con absoluta independencia nacional, y con entera prohibición de hacer mandanza en sus fronteras. En fuerza de este artículo, y, sin embargo de la guerra tan encarnizada que se siguió después entre españoles y franceses, la integridad de España fué guardada y respetada, sin que Napoleón, que tanto ansiaba unir al territorio de la Francia nuestras provincias fronterizas, hubiese osado hacerlo. El mismo rey intruso se escudaba con aquel artículo, y escribía a su hermano

(406) El texto literal de la renuncia de Napoleón, en 11 de abril de 1814, fué como sigue: "Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo que había para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador, fiel a sus juramentos, declara que renuncia *por sí y por sus hijos* a los tronos de Francia y de Italia, y que no hay sacrificio alguno, hasta el de su propia vida, que no esté pronto a hacer por los intereses de la Francia."

Dios hizo, de este modo, que se descifrase el mismo de entrambas dos Coronas que tenía, de la misma suerte que él había hecho deshacerse de la suya a Carlos IV, y con igual motivo.

M. de Caulaincourt, cuando Napoleón le dió a leer el acta de renuncia que había escrito, le dijo estas palabras: "Sire, no hay nada en la historia que pueda compararse al sacrificio que Vuestra Majestad acaba de hacer en este momento."

terminantemente, que si quitaba a España la izquierda del Ebro, *resultaría infringido el Tratado de Bayona con sujeción al cual reinaba*: que su honor estaba de por medio, y que al primer decreto de reunión que le llegase, dejaría la España al día siguiente (407).

Hecho este parangón tan lógico y tan justo, viene ahora al caso esta pregunta: si no ha vituperado nadie a Bonaparte de cobardía ni de flaqueza, ni de falta de amor hacia su hijo y su familia, ni de abandono voluntario de sus pueblos, por la abdicación que hizo, aun pudiendo haberse defendido con esperanza de un buen éxito, ¿con qué razón se vituperaba a Carlos IV de la cesión que hizo sin libertad, sin armas y sin ningún auxilio humano? En 1808 Napoleón pesaba más sobre todo el continente que después pesaron sobre él los aliados.

Por cima de esto Carlos IV tiene en favor suyo que él no eligió la situación en que fué puesto; que su intención y su conato, y su designio noble y regio de hacer frente a Bonaparte, de enviar en tanto de virreyes a la América dos o tres infantes de Castilla, y defender a todo extremo y conservar intacta su querida España de acá y del otro lado de los mares, que esto se lo impidieron volviendo en contra suya hasta su propia guardia, y destronándole, los que, desconfiando malamente de la España para afirmar el cetro que pusieron en manos de su hijo, prefirieron el voto y el apoyo del que ansiaba conocidamente, tiempo había, la destrucción de los Borbones, y le llevaron a sus garras, y a aquel infeliz padre lo apuraron y lo redujeron a seguir la misma suerte.

Grande, magnífico, admirable hubiera sido Carlos IV, si a la manera de Pío VII hubiera sostenido sus derechos, prisionero, en medio de las armas enemigas que le rodeaban, si bien esta constancia le hubiera sido inútil, como lo fué a aquel Papa; mas no se olvide

(407) Véanse sobre esto las cartas del rey José que fueron interceptadas y se publicaron en Cádiz en la *Gaceta de la Regencia* de 2 de junio de 1812, como también las *Memorias* de Azanza y de O'Farril, hacia el fin de ellas.



nunca que si cedió a la fuerza Carlos IV, fué por ahorrarse la sangre de sus pueblos: o que, al menos, no fuese derramada por su causa ni en su nombre; y que su postrer voto y la suprema condición bajo la cual dobló su cuello, fué la integridad de España y su inviolable independencia en cuerpo de nación indivisible, cual había logrado mantenerla mientras tuvo el cetro de ella. Rey nacido para días de paz, tocáronle los tiempos de las guerras más furiosas que en la edad moderna se habían visto; y, sin embargo de esto (es necesario repetirlo muchas veces a los que han nacido ulteriormente y no le han conocido sino por los dictérios y sarcasmos de sus enemigos), cuando cayó del trono, después de quince años de revoluciones, de reinos destruidos, de Imperios mutilados, y de naciones absorbidas por la Francia y por la Gran Bretaña en la espantosa lucha en que envolvieron a los pueblos, la España estaba incólume sobre las cinco partes de la tierra que ocupaba. ¡Quién diciera a los presentes ver su patria tan grande cual lo estaba entonces; más las instituciones y los mejoramientos de sus leyes que en tiempos favorables y tranquilos se habrían hecho y estarían rigiendo aquí y a la otra parte del Atlántico!

### CONCLUSION

Dejo cumplido, en fin, el laborioso empeño que me propuse en esta obra y para el cual la Divina Providencia se ha dignado darme tiempo: la historia del reinado del señor don Carlos IV, bajo el cual serví a mi patria, está acabada. Mejores plumas que la mía podrán formarla bajo un sistema más sencillo que el que yo he seguido, pues no tendrán que entrar en las continuas discusiones que me han sido necesarias para echar por tierra las imposturas y calumnias que la prepotencia de un partido, dominante y exclusivo largos años, hizo pasar, así en España como en los pueblos extranjeros, por historia verdadera. Ningún hecho he presentado que no sea público y notorio, o que no

esté documentado, o que la marcha y la cadena de sucesos de aquel tiempo y de los posteriores no hubiese confirmado o revelado. Faltábales la luz bajo la cual debían ser vistos, comparados y juzgados, luz que le habían quitado los que, aprovechando entre nosotros el olvido o la ignorancia de los sucesos de la Europa entera durante aquella época, aislaron nuestra historia, no tuvieron cuenta del cataclismo universal en lo político que fué sufrido en nuestro continente, y evitaron el cotejo de la España con los otros pueblos, que mientras Carlos IV tuvo el cetro y mantenía los suyos sin desfalte en medio de las olas, padecieron infinitamente más que ella, y muchos de los cuales perdieron hasta el nombre.

Faltaba dar a conocer y denunciar a todo el mundo el duro monopolio que, como en todas las cosas, en punto de escribir había ejercido la facción tiránica, tan largo tiempo empadronada de la España, y que por tantos años, a fuerza de mentiras, de rigores y violencias, pretendió cubrir los negros y afrentosos cuadros de su vida y de su origen, corrompiendo la opinión, y calumniando, proscribiendo y aterrando a aquellos que podían hacerle frente. No descuajadas plenamente todavía las raíces tan profundas que había echado sobre el suelo de la España, aún viven engañadas por sus falaces tradiciones muchas gentes. Esa facción abominable que la historia no ha pintado todavía con todos los colores que merece; esa facción que es rea de cuanta sangre de españoles ha sido derramada desde los tumultos de Aranjuez hasta la toma de Morcilla; esa facción que en diecinueve años y medio de la paz de toda Europa, ha consumido al doble más tesoros que consumió la guerra con la Francia y con la Gran Bretaña bajo Carlos IV; esa facción asoladora que desterró todas las luces, que entenebreció a la España, que eclipsó su antigua gloria, y que a sus heroicas e inmortales huestes que resucitaron a la Europa, substituyó quinientos batallones de voluntarios, o, por mejor decir, de *jacobinos reales* no para conquistar de nuevo las Américas que por la culpa de ella se per-

dieron, ni los ducados españoles en la Italia, ni el alto puesto que gozó la España tantos siglos entre las cortes extranjeras, sino para guardar y sostener su tiranía y hacer callar hasta los ayes y las respiraciones mismas de los que agonizaban por su patria (408); esa facción no halló otro medio para darse tono y acallar a todo el mundo, sino el de denigrar aquel reinado que ella había echado por los suelos, y apellidar despótico y tiránico el gobierno del que abrió puertas y ventanas a las luces de su siglo, encadenó la Inquisición, rigió en paz *sin policías* la España y las Américas, y conservó la Monarquía entre los huracanes de su tiempo cual la había tenido de sus padres. Mis MEMORIAS han vengado esta maldad de los que, no contentos de haber puesto por los suelos a la España, han pretendido, calumniando aquel reina-

do, distraer a los incautos y apartar su vista de los males (irreparables muchos de ellos) que a su doliente patria le han causado.

Desgracia fué también que el partido de las luces que trabajó por dar a España instituciones nuevas, se hubiese amalgamado en un principio con aquellos mismos hombres que después fueron sus verdugos, y que en unión con ellos hubiese difamado ciegamente el anterior reinado, y emprestillase de ellos todas las calumnias que por cubrir sus crímenes forjaron en mi daño. De aquí la prevención y el general error con que la España me ha mirado tanto tiempo, viendo entre mis contrarios hasta aquellos mismos hombres que yo amaba y que formaron libremente sus talentos a mi sombra. Si la facción triunfante tuvo por motivo para infamar y calumniar el reinado antecedente, ase-

(408) Es conveniente y necesario que la España recuerde y que la Europa toda sepa cuál fué esta creación inaudita en los anales de la historia, que con el nombre de *cuerpos de voluntarios realistas*, obra de la facción, pesaron sobre la España durante diez años continuos. No quiero yo contarlos por mí mismo, no sea que en los países extranjeros se crea que escribo con calor los hechos que van a referirse y que tienen traza de increíbles. Cuéntelo aquí uno de los hombres más moderados de la España, don Victoriano de Encina y Piedra, antiguo ministro español, en su obra intitulada *Sucesos de San Ildefonso*, de quien son a la letra los pasajes siguientes. "Este cuerpo, en que se alistaron muchos de los jefes de la facción, que fué formado con el fin de apoyar sus vastas pretensiones, y que ni el Gobierno ni el rey pudieran dar un paso sin consultarla, pretendió aún muy a los principios vivir sin ley, sin regla y sin otro moderador que su voluntad, su capricho, o las sugerencias del bando a que pertenecía. Por esto fué que cuando en 1823 el ministro de la Guerra de aquel tiempo quiso sujetarlo a una disciplina regular, se levantó contra él un grito y un clamor tal, que *toda la protección del monarca no le pudo salvar del furor del partido, ni de la causa que le formaron atribuyéndole crímenes que no había cometido, y amenazando a cada instante sus días en la dura prisión en que se le tenía custodiado*. La fuerza física y moral de este cuerpo humillaban las mejores intenciones del Gobierno, y el rey se vió en la necesidad de dejarlo vivir en absoluta independencia del Ministerio de la Guerra, sujeto a un solo jefe que se entendía con Su Majestad, y de consentir se gravase a los pueblos con arbitrios sin límites para mantener este desorden, obligando a las justicias y mu-

nicipalidades a que obedecieran a las órdenes de aquel jefe, sin la menor intervención ni conocimiento del Ministerio de Hacienda: de modo que existía en el Estado un Ejército formidable que no reconocía la autoridad del Departamento de la Guerra, y un nuevo sistema de contribuciones, de que no tenía la menor noticia el ministro de Hacienda, y mucho más sensible que las demás cargas del Estado por la fuerza brutal que las exigía.

"Era tal el desorden—continúa el señor Piedra—y tanta la confusión y arbitrariedad del manejo de este cuerpo, que *había pueblos que contribuían para la compra de vestuario y armamento de un batallón, sin tener más que diez o doce individuos alistados*, por manera que los concejales y justicias, de un lado, y por otro, la inspección general y jefes de los voluntarios realistas, *prodigaban la sangre y sudor del pueblo, o atesoraban estas costosas sacrificios para darles aplicaciones ajenas de su objeto, o satisfacer sus caprichos*. Y ésta es la razón por qué, tratando de saber el nuevo Ministerio de 1 de octubre de 1832 [el señor Piedra era uno de ellos encargado del Departamento de Hacienda] la situación de este cuerpo, se le informó que en Madrid, Valladolid, Sevilla y otros puntos *tenía depósitos que importaban más de sesenta millones de reales, y que las cantidades que paraban en poder de las justicias y ayuntamientos por los excesos referidos eran incalculables*."

Los que desearan formarse una idea más completa de los males causados por esta facción podrán leer la obra entera del señor Piedra, de la cual no son sino una muy pequeña parte estos lugares que he insertado, y se encuentran desde la página 47 hasta la 49.

gurar el suyo y dominar la España a su provecho de ellos exclusivo como lo consiguieron en efecto; los que, al contrario, desearon sacudir de un solo golpe el gobierno absoluto de tres siglos, se hallaron bien para su objeto con las calumnias propagadas contra el de Carlos IV, y bien o mal creídas, empero acomodables y oportunas a su intento, entrambos dos partidos, aunque con fines diferentes, procrearon la tradición odiosa, que, a falta de otros datos y de otros escritores, tomó cuerpo contra aquel reinado y comenzó a tomar asiento en nuestra historia. Tal vez, si yo no hubiese escrito, habrían permanecido en ella para siempre con deshonra de España los errores y mentiras que acerca de aquel tiempo canonizaron las pasiones; y tanto más hubiera sucedido de esta suerte, cuanto ha mostrado la experiencia que los extranjeros se complacen de ordinario en admitir en sus escritos todo lo que hallan propio para amenguar la España, y cuanto a nosotros, los que han nacido en tiempos posteriores no podían ver (salvo un esfuerzo no común en los que leen y los que oyen) lo que era falso o verdadero en las *Gacetas*, los folletos y los libros consagrados por el tiempo.

Todos los hombres nuevos que han vivido y que han sufrido, no diré bajo el reinado de Fernando VII, sino bajo la hacha de la facción asoladora que ha dominado tantos años en España, podrán haber creído que el reinado de su padre fué aún más duro, más arbitrario, más violento, y más desopinado en las naciones que el que tenía delante. En mis *MEMORIAS* habrán visto con asombro, año por año, suceso por suceso y todo comprobado, que aquel Gobierno no ofreció ninguna cosa semejante, y que, absoluto como era, gozó España bajo de él *más libertad que en todos los reinados anteriores*; que se dió principio en él a enmiendas y reformas que hasta entonces se juzgaban imposibles en España; que en materia de luces y adelantos en las ciencias se alzaron nuestros sabios al nivel de los primeros pueblos de la Europa; que bajo aquel Gobierno se formaron la mayor parte de los hombres que han

brillado en nuestros días en los consejos nacionales, a la cabeza de las tropas, en los Tribunales y en las sillas eclesiásticas; que aquellos mismos individuos que dieron tanto brillo y tanta gloria a nuestra patria, todos o casi todos fueron puestos sobre el candelero bajo aquel reinado; que nunca figuró partido alguno en los consejos del monarca, que no hubo camarillas; que jamás subió las escaleras del palacio la canalla; que no hubo *Hugartes*, ni hubo *Corpas*; que no encontraron allí oído en ningún tiempo los delatores y soplores o, por mejor decir, con gloria de la España, que aún no se conocía esta peste en aquel tiempo; que no hubo proscripciones (409); que nadie fué juzgado sobre ningún delito sino por sus jueces naturales; que no hubo en tantos años Tribunales especiales; que por ningún motivo se vió ciudad, ni villa ni territorio alguno fuera de la ley, nuevo trabajo conocido en tiempos posteriores; que en los países extranjeros no se vieron emigrados de aquel tiempo, sino españoles libres, protegidos

(409) Todos los enemigos de Carlos IV y míos han traído a cuentas contra aquel reinado la confinación de don Melchor Gaspar de Jovellanos, y me la han atribuido. Se ha llamado maliciosamente que este ilustre publicista había caído en desgracia de la corte y había sido confinado a Gijón en tiempo del ministro Floridablanca; que por oficios míos fué vuelto a la gracia del rey, y que yo fui quien alcanzó de Su Majestad, en 1798, que le nombrase ministro de Gracia y Justicia. Se ha llamado igualmente que su nueva caída fué obra de su enemigo capital, don José Antonio Caballero, que le sucedió en su plaza de ministro; que el fundamento de esta desgracia fueron las envenenadas contiendas del llamado jansenismo, gran pretexto para los que deseaban persecuciones contra las personas más distinguidas por sus buenos estudios; que aquel incendio fué ahogado por la lealtad de los oficios conciliadores que yo practiqué aquietando la conciencia del rey, y templando los resentimientos de Roma y del nuncio apostólico; que salvé a un gran número de sujetos eminentes comprometidos en aquellas cuestiones, y que, a haber podido, habría también salvado a Jovellanos, a quien por lo menos tuve la satisfacción de haberle evitado un proceso y un auto de fe que le tenían dispuesto sus enemigos semejante al que sufrió Olavide bajo el reinado del señor Carlos III. (Véase sobre esto el capítulo XLI de la primera parte, y el IV de la segunda, tomo I de estas *MEMORIAS*.)

dos por su rey, y los que a expensas del Erario se enviaban a instruirse, o a visitar la Europa para importar las luces, o para concurrir a las sesiones y a las faenas de los sabios en cuyas academias figuraban muchos de ellos con singular aprecio; que si la imprenta no fué libre por la ley, lo fué de hecho cuanto en aquellos nuevos tiempos que empezaban era dable, y cuanto nunca lo había sido bajo ningún reinado antecedente (410); que en lugar de cerrarse la enseñanza, se extendió con profusión por todo el reino y se hizo general a toda clase de individuos; que la instrucción primaria fué llevada hasta los lugares y las aldeas más interiores; que no hubo, a la verdad, ni vino a nadie al pensamiento para aumentar la gloria de las artes, un Real Colegio de toreros que debió después la España al buen gusto, a la largueza y a la encumbrada ilustración de la facción cristiana y apostólica; pero que a falta de este rasgo digno de ella, en todas las ciudades hubo cátedras fundadas nuevamente de ciencias naturales, y fueron prodigadas en el reino escuelas de enseñanza para los labradores y artesanos; para los comerciantes, escuelas de comercio y de estadística; para los hombres públicos amantes del progreso de su patria, de Economía política; que cada sociedad de Amigos del País fué una tribuna nacional, a ciclo descubierto, alimentada y sostenida por el brazo mismo del Gobierno, tribuna honrosa y general en donde se ensayaron y empezaron su carrera tantas lenguas argentinas que dieron luego su sonido en

(410) Cual suele verse en una selva despojada de sus antiguos árboles, algunos de éstos que han quedado como por memoria, así vive todavía en la capital del reino, amado, reverenciado y universalmente apreciado, el antiguo y dignísimo juez de imprentas cuyo nombramiento hizo Carlos IV a ruegos míos, don Juan Antonio Melón, padre, amigo y protector, más bien que censor, de cuantos en aquel tiempo escribieron y trabajaron para el aumento y propagación de las letras y las ciencias en España. Aún quedan millares de personas que podrán confirmar este debido testimonio que me complace en darle, y que ninguno de cuantos le han conocido sabrían excusarse de rendirle.

los congresos nacionales; que la salud, primera base del trabajo y del bienestar de las familias fué un objeto el más continuo y más constante de las atenciones del Gobierno, abastecida y derramada la enseñanza de las ciencias y artes médicas con una protección tan eficaz y liberal que casi daba envidia a las demás escuelas de otros ramos; que los azotes y trabajos de terremotos, carestías y fiebres que Dios quiso enviarnos, fueron aliviados, remediados y desaparecidos en gran parte sin perdonar ningún dispendio, según las intenciones paternales de aquel rey piadoso y amante de sus pueblos; que los quebrantos de la guerra casi no se sintieron entre la muchedumbre de las clases productoras; que el peso de los gastos se repartió a medida del poder de cada una, y por primera vez se hizo acudir el clero a ellos en proporción con su opulencia, gran pecado aquellos días para los santos, por más que así se hubiese obrado sin empobrecerlo ni humillarlo, y bien tratado, cual hoy lo deseara poder serlo; que, uno solo exceptuado, cuantos empréstitos se hicieron bajo aquel reinado fueron noble y francamente nacionales, contratados a la par y sin ningún desquite de comisión y de manejos ruines que en los tiempos posteriores se han usado con tan grande escándalo; que su empleo fué intervenido por el Consejo de Castilla, del mismo modo que las ventas y productos de obras pías y de bienes eclesiásticos convertidos en rentas del Estado; que el solo empréstito extranjero, que lo fué el de Holanda, se negoció por más de un tripló de valores reales que los préstamos ruinosos y leoninos que después se han trapeado y consumido vorazmente por la facción triunfante y gobernante; que de aquel negociado con la Holanda, a que obligó la urgencia extraordinaria de los tiempos, y en que medió la diplomacia, di el honroso y noble ejemplo, no seguido bajo el posterior reinado, de rehusar como una mengua del carácter castellano los vergonzosos gajes comenzados ya a tomarse por los medianeros de estos tratos, gajes que, por su parte, no halló indignos de su

altura un grande *dignatario* de la Francia (411); que en una corta clara de la paz marítima, que duró apenas treinta meses, se consiguió llegar hasta la 72.<sup>a</sup> amortización de vales reales, y se descargó la Deuda pública de 229.297.129 reales por actos públicos pasados ante el Consejo de Castilla (412); que ni las rentas del Estado ni los demás recursos añadidos alcanzaban a cubrir los gastos que causaba la guerra de los mares, y los que es fácil concebir que requería la situación del mundo en aquel tiempo, y el deber supremo de salvar y mantener a todo costo la inmensidad de los dominios españoles en medio del desquicio universal que producía con tantas ruinas la ambición desenfrenada de la Inglaterra y de la Francia; que aquel tiempo, nunca visto en los modernos fastos de la Europa, no fué en nada parecido a los días de plena paz que tuvo el mundo todo, mientras la facción dominadora de la España devoró a su salvo no tan sólo el dinero del Estado, sino el que a más petardeó con ignominia de la fe española a las demás naciones; que si en los días de Carlos IV padeció el comercio por las guerras de aquel tiempo y no por culpa suya, dobló la agricultura sus productos por las medidas que sacaron de las manos muertas tantos campos productores, y se aumentó la industria en multitud de ramos, que hasta entonces

beneficiaba sólo el extranjero: en vez que luego, bajo la mano de los hombres que tan injustamente difamaron aquel tiempo, vino la ruina casi entera de la agricultura, de la industria, de la navegación y del comercio, sin otros enemigos en el mundo contra España que ellos solos; que todos los errores y todos los abusos en materia de gobierno que venían de antiguo, comenzados ya a enmendarse en no pequeña parte bajo los tres reinados anteriores, y más que en ninguno otro bajo el de Carlos IV, ellos los renovaron, los consagraron nuevamente y los acrecentaron de una manera escandalosa nunca vista en nuestra Historia; que los que tanto han censurado los sacrificios pecuniarios a que las circunstancias rigurosas y extremadas en que se halló la España, y en que se halló la Europa toda, forzaron al gobierno del rey Carlos para apartar de entre nosotros las ruinas y desastres que cupieron a tantos otros pueblos en la asoladora lucha de la Inglaterra y de la Francia (413), ellos en medio de la paz del mundo entero, sin caridad ninguna de la patria derrochando sus caudales para buscar favor y apoyo a su tiránico gobierno en las potencias extranjeras (414); que las virtudes civi-

(413) Véase acerca de esto el capítulo XIV de la segunda parte de estas MEMORIAS.

(414) Larga cuenta de esto tendrá que formar el que hubiese de escribir la historia del tiempo en que, tomando el nombre de Dios y de Fernando VII, reinaron estos hombres. No hablaré aquí de las inmensas sumas empleadas y gravosas deudas contraídas para restablecer su dominación tiránica en 1823; deudas y empeños con que dieron fin a nuestro crédito, y que pesarán largo tiempo sobre presentes y venideros; ni me detendré tampoco en recordar y referir los valores que, por complacer al emperador moscovita y tenerle de su parte, fueron sacrificados en la compra de la escuadra podrida que fué hecha a la Rusia bajo la intervención del insigne Ugarte, de asquerosa memoria; ni de las humildes deferencias de intereses que fueron hechas a los Estados angloamericanos, ni de la deuda contraída con el Gobierno francés por gastos de la invasión que ellos promovieron y lograron. Otros serán los que, con documentos exactos a su mano, podrán contar todo detalladamente. Me bastará por muestra de estos execrables y voluntarios despilfarros citar aquí un lugar del antiguo ministro don Victoriano

(411) Véase acerca de esto el capítulo XXVII de la segunda parte de estas MEMORIAS, en el cual hallará también el lector un ligero bosquejo de las grandes tareas emprendidas, y algunas de ellas finalizadas en 1806 y 1807 por las Oficinas de Rentas y por las que nuevamente se crearon con el título de Fomento, para preparar la reforma radical que por más de tres siglos era deseada en todos los ramos de la Hacienda pública.

(412) Véase el capítulo XIX de la segunda parte acerca de este dato, donde se contienen otros muchos sobre las gravísimas atenciones cumplidas por el Gobierno en aquella época desde 1801 hasta 1804. Véase también el capítulo I de la primera parte, donde se refieren los errores cometidos en materia de Hacienda y crédito público, y los desastres que de aquellos errores resultaron mientras yo estuve retirado enteramente de la corte y de los negocios públicos, por los años de 1798, 1799 y 1800.

cas. el amor de la patria, el de la gloria, el honor, la hermandad, la buena fe, la mutua confianza, la devoción recíproca y todas las demás virtudes propias de la España, que, a más de embellezar la vida, mantienen el poder de los Estados, florecieron llenamente bajo Carlos IV (415): en lugar que, bajo de

de Encima y Piedra en su obra ya mencionada anteriormente, donde, entre los diversos cuadros afrentosos que presenta sobre las iniquidades de tales hombres, escribe lo siguiente (págs. 22-23): "Por último, para que se vea la estupidez, la ignorancia y abandono con que esta facción mira todo lo que no dice relación a sus fines ambiciosos y desarreglados, no hay más que recordar el contrato de indemnización que en el año de 1823 se celebró con la Inglaterra, en que se estipuló que la España no podría reclamar daños y perjuicios, ni gastos de ninguna especie anteriores a 1808, y que a la Inglaterra se le abonaría lo que tuviese que reclamar desde esta misma época."

"Todo el mundo sabe—continúa el señor Piedra—que la España poco o nada tenía que pedir a la Inglaterra desde 1808 en adelante; pero si era acreedora al resarcimiento de considerables menoscabos y quebrantos que, por apresamientos ilegales o violación de Tratados, se le habían inferido en los tiempos que precedieron a dicha época. De sus resultas, en vez de percibir un saldo de importancia que hubiera arrojado de sí una liquidación bien entendida, tuvimos que reconocer un crédito a favor del Gobierno inglés de 300.000 libras esterlinas, o sean, cuatro millones y medio de pesos fuertes, cantidad que habría sido lo menos que hubiéramos podido reclamar de aquella nación; de modo que, de darlos a tomarlos, perdió la España nueve millones de pesos fuertes; y la multitud de particulares españoles que esperaban una transacción de Gobierno a Gobierno para recobrar sus pérdidas, tuvieron que abandonar sus esperanzas, y resignarse a la triste suerte que la imbecilidad y el desprecio de los más sagrados deberes les tenía reservada. Sería nunca acabar si me detuviera a exponer y examinar los infinitos errores políticos y económicos cometidos por la facción en el tiempo de que hablamos, y las injusticias, tropelías y desaceos con que insultó la moral pública y atropelló los derechos de todos."

Yo desafío, entre tanto, al más valiente de mis enemigos que, *con pruebas en la mano*, pueda decir alguna cosa semejante del reinado de Carlos IV, o de las personas que gobernaron en su tiempo. Todas mis persecuciones y todas mis desgracias proceden de no haber contemporizado jamás con la facción de que aquí se trata, única autora de todos los males y desastres sufridos por la España después de la caída de aquel buen rey tan digno de otra suerte.

(415) Prueba incontestable de esta verdad, sin que sea necesario repetir aquí las acciones

ellos, todas estas virtudes fueron deshonradas, comprimidas, perseguidas, castigadas atrozmente, y que de haber ellos podido las habrían desarraigado

heroicas que ofreció nuestra guerra contra la República francesa, el heroísmo de Cádiz, de El Ferrol, de Algeciras y de otros puntos de nuestros litorales en los ataques siempre infructuosos que nos fueron hechos por los ingleses; la gloriosa defensa de Tenerife, donde el famoso Nelson perdió un brazo juntamente con el honor de las armas británicas que comandaba; el valor y la grandeza de nuestros marinos en la terrible batalla de Trafalgar; la acendrada lealtad con que los americanos mantuvieron y defendieron a todo trance en Puerto Rico, en las costas de Guatemala, en Caracas y en Buenos Aires los gustosos vínculos que los unían por aquel tiempo con la madre patria; la expedición filantrópica de la propagación de la vacuna en la América y el Asia, concebida y ejecutada en medio de la guerra de los mares, y tantos otros rasgos de virtud sublime con que se distinguió en aquel reinado la España de dos mundos conservada intacta, de que dejo hecha larga historia imperecible en mis MEMORIAS; sin necesidad, digo, de repetirlos en este lugar, me bastarán estas dos solas preguntas: si las virtudes de que dejo hecha mención se hubieran desmentido o alterado bajo aquel reinado, ¿de dónde pudo salir aquella devoción heroica, única, singular entre las demás naciones del continente, que no tan sólo hizo frente y abatió al formidable conquistador de la Europa, sino que hizo resucitar con su ejemplo el sentimiento nacional en todas ellas? ¿Por ventura, después de los seis años de la horrorosa tiranía, corrompedora de las costumbres y de todos los sentimientos generosos, que a contar desde el año de 1814 ejerció a su anchura la facción malvada que destronó a Carlos IV, alcanzó la España a resistir, no diré a un Napoleón, a quien antes había resistido y vencido tan gloriosamente, sino tan sólo a un duque de Angulema?

Cuanto a la urbanidad de las costumbres, la libertad y la expansión del ánimo, la tranquilidad individual pública y doméstica, la comunicación franca y leal de la amistad, los sentimientos dulces de una patria común bien asentada, la garantía del honor público, la seguridad en la protección de las leyes y en la mansedumbre del Gobierno, la benevolencia recíproca de ciudadano a ciudadano, del superior y el inferior, del gobernante y el gobernado, aquella grata y tranquila armonía de la sociedad que se gozaba, todo esto y mucho más de bueno en aquel tiempo dejó a los viejos que lo cuentan, y que digan si después, bajo el látigo levantado en 1814 y reforzado en 1823 por la impía facción creciente, volvieron a ver alguna semejanza de aquellos días serenos, confortables y halagüeños que ofreció la sociedad durante el reinado de Carlos IV.

enteramente en nuestro suelo patrio (416); que mientras tuvo el ceiro Carlos IV brilló la religión en todo su esplendor sin degradarse; quiero decir, sin sangre ni rigores con que se había manchado en otro tiempo entre nosotros, con que volvió a mancharse cuando bajo el posterior reinado se convirtió en un hacha del poder, y no cabiendo ya en las cárceles las víctimas, se transformaron en prisiones los conventos y en carceleros los preladados (417); que nada, en fin, hubo común ni semejante entre el gobierno innoble, sanguinario, corruptor e impio

(416) Hable otra vez acerca de esto el señor Piedra, cuya moderación en opiniones y en carácter es notoria; el cual, después de referir por cima los atentados y los crímenes a que en 1814 y en los siguientes años se abandonaron estos hombres, se explica de esta suerte (págs. 16-17): "Todo esto y mucho más que omito, en obsequio de la brevedad y por ser demasiado sabido, fué obra de la facción *fratricida* de que hablamos, que, teniendo en continua alarma al soberano, y haciéndole sospechar de las acciones más indiferentes y de los sujetos más pacíficos, le persuadía al mismo tiempo que no había otro modo de salvarse que un rigor brutal y el olvido completo de los derechos y obligaciones que nos unen en la sociedad. Esta facción miserable dejaba más atrás el conato de aquel que habría querido acabar con el pueblo romano si no tuviera más que una cabeza, y gozosa de triunfos, espía sin descanso el asilo doméstico, los desahogos más naturales, y hasta los gestos y miradas del pacífico habitante, que se daba por contento si podía regar impunemente con sus lágrimas el amargo pan que repartía con sus hijos y familia.

"Y ¿para qué todos estos sacrificios?—continúa el señor Piedra—. ¿Para qué tantas persecuciones, embargos, violencias, rapiñas e injusticias? Para engrosar el patrimonio de la facción, para restablecer órdenes religiosas y conventos sin necesidad; para aumentar las cargas y gastos públicos; al paso que se disminuían los medios de adquirir y contribuir, para diseminar la corrupción en todas las clases; para tener en continua agitación al Estado; y con este motivo pedir un ceiro de hierro que protegiera los abusos y, en fin, para que la ignorancia, los vicios y el desorden fuesen el poderoso baluarte en donde se estrellaran los mejores descos y las más sanas intenciones, y cimentar la violenta y criminal usurpación de los enemigos de la patria."

(417) El reinado de Carlos IV ha sido el primero bajo el cual, después del establecimiento de la Inquisición, no se ha quemado a nadie. La última quema tiene la fecha de 1780, reinando un monarca tan celebrado como el

de aquellos malos hombres, y el benigno, cristiano, amigo de las luces, generoso y tolerante del piadoso Carlos IV (418).

Todo esto es evidente; y cuando me pregunto yo a mí mismo cuál puede ser la causa de que el reinado de este príncipe haya sido difamado tan injusta y duramente, cuando apenas se halla un libro que se encontre ni aun por sombra de igual modo contra los que mandaron bajo el reinado subsiguiente, llego a pensar, con grande pena mía,

señor Carlos III, y siendo su ministro el conde de Floridablanca. La cuestión del tormento dejó también de tener uso bajo el reinado de Carlos IV; y sabido es hasta qué punto fué encadenada la Inquisición en su tiempo. Dirá tal vez alguno que toda esta mejoración fué producida por el imperio de las luces; pero ¿quién les dió ancho entrada entre nosotros sino Carlos IV y su desventurado consejero y amigo? Fuera de que no había menos luces en los años 1814 y siguientes y no bastaron éstas para impedir que la Inquisición hubiese sido restablecida en todo su hervor antiguo. Más de veinte víctimas estaban previstas para el fuego en la famosa causa que fué seguida por los años de 17, 18 y 19 para la exterminación de los masones, y la España hubiera visto otra quema como la de los templarios sin la revolución de 1820. Toda España sabe también que en aquella misma fatalísima época fué restablecida de hecho la cuestión del tormento, y muy pocos habrá que ignoren quiénes fueron las víctimas. Las carnes se estremecen al oír tan sólo contar las atroces ejecuciones de muerte que ensangrentaron la ominosa y nueva época de terror comenzada en 1823 bajo la germanía apostólico-política que pesó sobre la España tan acerbamente, siendo de ver la increíble impudencia con que aquellos mismos hombres que *fulminaban* (como nota el señor Piedra, pág. 25) *decretos tan atroces contra los masones, tenían logias y reuniones secretas para urdir sus tramas y maquinaciones con títulos tan consoladores como el del "Ángel exterminador, Parezca todo el mundo y viva la Religión y otros semejantes."*

(418) *Corruptor* se llama en toda el valor de esta palabra a aquel Gobierno que, por medio de falsas y mentirosas doctrinas, impuestas autoritativamente, vicia y destruye en los corazones y en las conciencias todos los sentimientos humanos de donde nacen y de que viven las verdaderas virtudes morales, civiles y políticas; que sostiene su poder por el terror; que turba y acobarda los ánimos persiguiendo y espionando las acciones, las palabras y hasta los pensamientos más íntimos; que el amor de la patria lo constituye en crimen de *lesa majestad*; que abre el campo, honra y premia a los delatores; que disimula o prote-

que el partido de estos hombres, o la licencia por lo menos de sus principios y hábitos, tenga mucha fuerza todavía y se mantenga en lo encubierto. Y otra respuesta más me hallo en lo que cuentan los viajeros de la religión de algunos pueblos del Africa y del Asia, que reconocen un Dios bueno y un Dios malo; que a éste se le respeta, se le adora y se le ofrenda por temor del mal que hace o puede hacerles, sin que se atreva nadie a lamentarse de sus obras; pero que se desquitan mofándose del bueno que no les hizo

ge las violencias y los excesos de los cuadrilleros que le sirven; que aparta su sabor de los que esquivan agregarse a esta perversa cofradía, y que a aquellos que profesan, o sospecha que profesan, ideas contrarias a la tiranía que ejerce, los condena a la expatriación, a los grillos, o a la muerte. Bajo un Gobierno de esta naturaleza no hay patria: los individuos y las familias se aíslan, los vínculos sociales se desatan, nadie cuida sino de sí mismo, la caridad se apaga, y, por último resultado de esta gravísima enfermedad política, se produce la miseria general y, con ella, el postrer grado de la corrupción y pudrimiento de las almas. Toda virtud que en tal estado de las cosas no se dobla a las circunstancias del tiempo es sacrificada; la hipocresía, la mentira, la bajeza y la prostitución son los solos medios de salvarse; los de prosperar y ser dichosos, tomar parte en la opresión y en el botín de los que mandan. Las generaciones nuevas han visto todo esto; de entre las anteriores, yo desafío al más terco de los difamadores del gobierno de Carlos IV a que, con datos y hechos comprobados y fehacientes, cuente y diga si en su tiempo vió en España alguna cosa parecida a este sistema que he descrito, y que después de la caída de aquel noble soberano ha sido visto y aguantado tantos años.

*Impío*, a más de corruptor, he llamado también a ese Gobierno que fundaron los inclitos varones de El Escorial y de Aranjuez, y que después abrió en España, con nombre de apostólico, todos los pozos del abismo. Más que negar a Dios es impiedad tomar su nombre para el crimen: su religión divina la afrentaron con sus obras, y ellos dieron lugar a los baldones y blasfemias que ha sufrido. No así en los días de Carlos IV, en los que fué acatada y adorada bajo su carácter propio, de la sola manera que es posible de hoy ya más que sea reverenciada con voluntad sincera para los pueblos, dulce, apacible, sabia, persuasora, medianera, conciliante, contenidos sus ministros en sus justos lindes, sin espada, sin más armas que la cruz de Jesucristo y la palabra santa, magistrados de paz y de concordia, no alguaciles, ni fiscales, ni prebostes ni verdugos de los hombres.

nunca daño ni es capaz de hacérselo, menospreciándole, por tanto, diciéndole baldones y escupiéndole en su rostro con frecuencia. A este maniqueísmo deplorable se parece en gran manera la religión política en casi todos los países de la tierra.

Estoy al fin, y fáltame tan sólo epilogar, y decir algo para aquellos que leen poco sobre la política exterior que fué observada en el difícilísimo reinado que tocó en suerte a Carlos IV. De entre todas las cosas cuestionables, ninguna abre más campo a las disputas que los sistemas políticos, juzgados de ordinario muy más por el suceso que han tenido que por las bases, y motivos sobre que fueron concebidos y adoptados. Empero fué tan natural, tan bien fundado, y por encima de esto tan necesario y tan forzoso el que en España fué seguido durante los periodos sucesivos de la Revolución francesa, que para defenderle basta sólo referirlo.

De los tres primeros años, desde la abertura de los Estados generales hasta la formación de la República francesa (tiempo que no fué mío), no diré nada que no sepa todo el mundo. La indecisión y el titubeo de los diversos Gabinetes de la Europa, la variedad de miras e intereses que reinaba en sus acuerdos, la divergencia consiguiente en los proyectos y la dificultad de concertarse en una idea común acerca de los medios más prudentes y seguros que podrían ser puestos contra la general perturbación que amenazaba al continente, fueron causa de dos males de infinita trascendencia: el uno, de irritar el fuego de la Francia y darle pasto; el otro, de acudir a contenerle y empeñar la lucha sin un plan asegurado contra todos los eventos, y sin aquella unión, aquel esfuerzo y aquella decisión universal y simultánea que no llegó a tenerse sino después de veinte años de desastres. Cuanto a España, no es menos conocida la marcha irresoluta y variante que, consiguientemente a las oscilaciones de las demás potencias, fué tenida por los dos ministros que me precedieron bajo aquel nublado pavoroso que se espesaba por ins-



tantes (419). Yo no subí al poder sino a la misma hora de comenzar los rayos y los truenos que estremecieron a la Europa, Y, sin embargo, a la ventura, a ciegas ojos, con el mayor esfuerzo, por cuantos medios fueron dables en aquellas circunstancias, solo en la Europa para mi designio, sin ninguna ayuda de los demás gobiernos, tenté a poner el pararrayo que se debió haber puesto en mejor tiempo, y que pudiera haber salvado, o no menos a la Francia que a las demás naciones, de los estragos prolongados que después vinieron. Mas, por desgracia, ya era tarde: la cabeza angusta del rey de los franceses rodó sobre el tablado, y el torrente de la democracia desatóse, amenazando todas las fronteras de la Francia (420).

La guerra fué forzosa y se rompió por todos lados, y no aguardó la Francia a que la España se la declarase; ella fué la primera en declararla porque no cometimos la bajeza que exigía imperiosamente de desguarnecer los Pirineos (421).

(419) Carlos IV tenía por costumbre señalar a sus ministros los principios y bases de conducta que deseaba se observasen, encomendando a su lealtad los medios que convenían para su cumplimiento. En aquellas circunstancias fueron sus deseos que, lo primero de todo, se trabajase de mancomún, si era posible, con los demás Cabinetes, en poner por obra todas las medidas que pudiesen determinar una solución pacífica en las turbaciones de la Francia, y que no se empeñase una coalición mientras aquella no comprometiese la paz y la seguridad de sus vecinos. Dado el caso de que la coalición fuese absolutamente necesaria, Su Majestad deseaba que esta liga fuese asentada sobre un convenio expreso y una garantía común de no dejar las armas sino por mutuo acuerdo de todas las potencias coligadas. Mis lectores encontrarán en los capítulos VI y XII de la primera parte de estas MEMORIAS cuál hubo sido la dirección política que observaron en aquellos tres años sucesivamente los condes de Floridablanca y de Aranda.

(420) Véanse sobre esto los capítulos VI y VII de la primera parte de estas MEMORIAS.

(421) Mis enemigos, sin temor de contradecirse, atacando a diestro y a siniestro cuanto yo hice, me han atacado diciendo que aquella guerra fué el resultado de mi inexperiencia en los negocios y de mis deseos de hacerme popular visto el voto general de la nación contra la Francia, y que debiera haber bastado poner cien mil hombres en la frontera

Nuestra primer campaña fué feliz y gananciosa (422); la segunda, al contrario, desgraciada y costosa, aunque no tanto cual lo fué por todas partes la de las demás naciones aliadas (423); la tercera, grandemente laboriosa, reñida fuertemente de ambas partes, encomendadora de las quiebras que por la anterior se habrían sufrido, cercana a fuerza de armas y prodigios, de valor y de pericia a parecerse a la primera, cuando la paz nos fué propuesta por la misma Francia, paz ansiada por su parte sin ningún rebozo, controvertida y disputada por nosotros por más tiempo de dos meses, sin dejar las armas, no asentada ni firmada sino debajo del escudo (424).

Mis enemigos, sin embargo, la han llamado vergonzosa; y vergonzosa la han creído y la creerán los que no leyeron, o no lean sino sus escritos mentirosos. Los franceses, al contrario, han alabado en sus historias de aquel tiempo la firmeza de la España cuando se trató de aquellas paces, y no se han desdichado de contar, cuando se firmaron, estaban ya las armas españolas a punto de invadir de nuevo el territorio de la Francia (425).

adoptando el sistema de neutralidad armada. Los que tal han dicho, han probado una de estas dos cosas: o su completa mala fe, o su completa ignorancia de los sucesos de aquel tiempo, siendo un hecho histórico que la Convención francesa se negó inflexiblemente a reconocer este sistema con respecto a todos sus vecinos, y que ella fué quien nos declaró la guerra. (Véanse, en prueba de esto, los capítulos VII, VIII, IX y X de la primera parte.)

(422) Véanse los capítulos XVI y XVII de la primera parte.

(423) Véanse los capítulos XXII y XXIII de la misma.

(424) Véanse los capítulos XXIV y XXV, donde hallarán mis lectores los detalles de esta gloriosa campaña, y la historia de los sucesos y de las negociaciones propuestas por la Francia y seguidas—como escribió M. Lacretelle—por el Gabinete de Madrid lenta y mesuradamente, con toda la flemia nacional en medio del estruendo de las armas.

(425) La mala fe de mis enemigos y de monsieur Pradt, que se hizo después el eco de ellos, ha pretendido hacer creer que la España pidió la paz de resultados de haber pasado el Ebro el Ejército del general Moncey, amenazando ya las Castillas. Lejos de que así hubiese sido, tres mil hombres que des-

A los que digan que aquella paz fué vergonzosa por las condiciones con que fué hecha, deberá bastar por respuesta el texto literal del Tratado, que se contiene todo entero en el capítulo XXVI de la primera parte. Y en el capítulo XXVII encontrarán también que, de todos los tratados de paz que las demás potencias coligadas hicieron con la Francia, el nuestro fué el más honroso de todos, sin ningún otro sacrificio que la cesión a la Francia de la parte española de la isla de Santo Domingo, la cual, lejos de ser estimable, no era más que una carga y un peligro después que, dada por la Francia la voz de emancipación y libertad a los negros, se desenvolvió la insurrección y la anarquía en aquella isla, que no volvió a ser más ni francesa ni española. Cuanto a España, ni una sola aldea, ni un palmo de terreno nuestro fué guardado por la Francia; nuestra neutralidad fué reconocida, y nuestra mediación aceptada en favor del Portugal, de Nápoles, de Parma, de Cerdeña y de cuantas potencias la buscasen (426).

tacó este general sobre el Ebro para distraer a nuestro Ejército de la defensa de Pamplona fueron arrojados, con grave pérdida, del castillo de Miranda, que ocuparon sólo algunas horas. Los que mienten es necesario que tengan grande cuenta con las fechas. Las paces se firmaron en 22 de julio en Basilea, y la incursión de aquellos tres mil hombres no ocurrió sino el 24. ¿Cómo, pues, pudo ser que, por results de ella, se pidieran las paces? Hay otro dato más acerca de esto, y es que la plenipotencia de la República para tratar de paces con España fué despachada al ciudadano Barthélemy con fecha de 10 de mayo; y la de Carlos IV, a don Domingo Iriarte con la de 2 de julio: la cronología es un gran medio para deshacer mentiras y purificar la Historia. A los que dudaren de estas cosas, les pido que lean, además de los capítulos XXIV y XXV, ya citados, el XXVIII, compuesto todo de relaciones de los historiadores franceses en honor nuestro.

(426) Expuesto queda ya el solo y único sacrificio, verdaderamente nominal, que fué hecho por la España, cediendo la parte española de Santo Domingo: he aquí ahora lo que costó la paz a las demás potencias que la hicieron en la misma época. El duque de Toscana fué obligado a pagar una cuantiosa indemnidad. El Rey de Prusia y el landgrave de Hesse-Cassel, a ceder a la República todos sus territorios ocupados por las armas france-

¿Fué un error aquella paz, o fué un pecado de nuestro Gabinete? Cuando esta paz se hizo, la Suecia, Dinamarca, Venecia y la Suiza reconocían solemnemente la República francesa y enviaban sus ministros cerca de ella. La coalición se deshacía: la Toscana, en 9 de febrero; la Prusia, en 5 de abril, y la Holanda, en 10 de mayo, habían hecho sus paces con la Francia. De la Alemania, uno detrás de otro iban llegando a Basilea en busca de las paces los delegados de sus príncipes, y el mismo emperador había enviado al conde de Lehrbach para probar a hacerlas, si la República francesa se quería avenir a devolver alguna parte, por lo menos, de los Estados conquistados al Imperio. ¿Debía la España a estotro lado de la Francia, sola, sin más ayuda que su pobre vecino el Portugal, consentir a verse expuesta a soportar el peso de la guerra, cuando cada cual de las demás naciones coligadas lo soltaban, o buscaba el modo de soltarle? ¿No hice yo un gran servicio a mi monarca y a mi patria en aceptar aquella paz tan ventajosa y tan honrosa que nos fué propuesta por la Francia? ¿Y, por ventura, el voto nacional en favor de aquella paz no fué uno mismo en toda España? ¿Y, por acaso, ignora alguno que, mientras tanto que la España, peleaban a costa suya enteramente sin ningún subsidio de Inglaterra ni de nadie, la Prusia que cedía, el Austria que buscaba el modo de ceder y componerse con la Francia si la encontraba favorable, y la famosa emperatriz de Rusia, que a nada cooperaba sino con promesas y palabras, se reparaban bonitamente la Polonia?

“Pero, de hacer la paz, hasta aliarse con la República francesa había un gran trecho”. dirán mis enemigos, y lo han dicho. Yo tengo respondido larga-

sas a la izquierda del Rin. La Holanda, a cambiar su forma de gobierno, a pagar cien mil florines a la Francia y a cederle sus Estados de la Flandes, y con ellos la ribera izquierda del Hondt, Maestricht, Venlo y sus dependencias; a hacer común el puerto de Flesinga a la Holanda y a la Francia y a dejar en poder de ésta, mientras durase la guerra, todas sus plazas fuertes.

mente acerca de esto en mis MEMORIAS (427); renovaré, no obstante, en un brevísimo resumen mi respuesta.

Nuestra situación política en medio de las guerras porfiadas que la Revolución francesa ocasionó en la Europa, era distinta enteramente, y singular por excepción, de la común en que se hallaban las demás potencias de nuestro continente. La Monarquía española de aquel tiempo no era la de ahora: reinaba España entonces del uno al otro polo en las Américas, tenía ricos dominios en África y en Asia, y el sol, como se ha dicho tantas veces, a todas horas alumbraba alguna parte de sus innumerables posesiones. *Capaz de ser herida en tantos puntos, mi deber, deber cumplido, de que nadie me quitará la gloria, fué guardarla y defenderla en todos ellos.*

En todas circunstancias, aun las más comunes, se necesitan aliados, si la neutralidad se hace imposible; y ¿quién mejor que la España hubiera deseado poder contar con la Inglaterra para tenerse neutra en las contiendas de la Europa, y atender holgadamente a su conservación y a la conservación de sus dominios de ambas Indias? Pero hubo antes de mí un ministro, largamente celebrado por mis enemigos, que nos enajenó por largo tiempo la amistad de la Inglaterra, cooperando con la Francia, o, por mejor decir, sirviéndola con grande riesgo nuestro, para hacer perder a los ingleses en América sus posesiones más queridas, un gran reino, cuyo valor inmenso no hay nadie que lo ignore. Este resentimiento envenenado nos lo guardaba la Inglaterra, y en amistad o en guerra, amigos o enemigos, buscaban los ingleses su desquite, que al fin de fines lo han tenido (428).

He dicho *amigos* o *enemigos*, y cualquiera podrá ver que yo no me engañaba, pues lo que no pudieron en diez años mientras fuimos enemigos, lo alcanzaron siendo amigos cuando con una mano auxiliaban a la España contra

Bonaparte, y con la otra protegían y fomentaban la insurrección de los dominios españoles en América.

Yo había hecho lo bastante mi experiencia en los tres años que la Gran Bretaña fué nuestra aliada contra la República francesa, y otro de los motivos que yo tuve para adoptar la paz cuando fué dable el adoptarla con honor y sin faltar a los empeños contraídos con las demás potencias, fué el de evitar el riesgo de que los ingleses nos alzasen bajo mano las Américas si en los azares de la guerra con la Francia nos tocase, por más o menos tiempo, algún desastre semejante a los que Holanda, el Austria y tantos otros pueblos padecieron. Puesta en duda la existencia de la Monarquía española por cualquier fracaso de los que en aquel tiempo fueron tan comunes y frecuentes en la Europa, no era ya fácil responder de la lealtad y la constancia de la España ultramarina.

*En esta posición, y bajo el peso de tan inmensas atenciones, es necesario que se juzgue mi política.* Neutral logré que se quedase España con la Francia. Libre en sus relaciones con todas las potencias, y entre ellas la Inglaterra, con la que se tuvieron cuantas deferencias amistosas eran permitidas a un país neutro. ¿Quién nos llevó al extremo de renunciar a aquel estado y de aliarnos con la Francia? La conducta hostil de la Inglaterra durante más de un año, haciéndonos sufrir con guerra sorda y traicionera toda especie de insultos y de agravios, pocos menos que pudiera haberlo hecho en una guerra abierta (429). Era ya el tiempo en que la lucha encarnizada que se trabó en la Europa desconocía el derecho de los pueblos a rehusar su concurrencia en los debates extranjeros: el gran duque de Toscana vió ya por aquel tiempo su neutralidad violada por ingleses y franceses; Génova, también neutra, vió en pocos días hollados sus dominios por ingleses, austriacos y franceses; poco después, Venecia, neutral entre la Francia y el Imperio de Alemania, fué el

(427) En los capítulos XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV de la primera parte.

(428) Véase sobre esta causa de la enemistad de la Inglaterra con la España el capítulo XXXVII de la primera parte.

(429) Véase el capítulo XXX y los siguientes, ya citados, hasta el XXXV inclusive.

precio de la paz de Campo Formio; y no es menos sabido por los que leen la Historia de qué manera tan tenaz y tan violenta deshicieron los ingleses la neutralidad armada, que más tarde se formó en el Norte por la Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca. *La naturaleza de esta guerra*—decía Pitt resueltamente a nuestro embajador en Londres—*no nos permite distinguir entre enemigos y neutrales*; y, mientras tanto, proyectaba de secreto con la Rusia el modo de obligarnos a la guerra, ocupando el Portugal con un Ejército anglo-ruso, y entrando en nuestro suelo a fuego y sangre.

Y no fué mi opinión tan solamente la que hizo decidirse a Carlos IV a unirse con la Francia: todas las clases del Estado que podían juzgar esta cuestión imparcialmente y con acierto, fueron consultadas, y todas convinieron, si la alternativa de unirse o con la Inglaterra o con la Francia era forzosa, en preferir la unión con esta última (430).

(430) Véanse acerca de esto los capítulos XXXI y XXXII de la primera parte, de los cuales, consultando la brevedad, no reproduciré aquí sino algunos fragmentos de los dictámenes que fueron traídos al Consejo de Estado. "En las presentes circunstancias—nos decía nuestro sabio diplomático Iriarte—no se está en el caso de elegir entre un bien y un mal presentes, sino de entre dos males el que ofreciere menos riesgos de turbar la Monarquía y de causarnos pérdidas irreparables." El arzobispo de Granada, ilustre americano, político eminente y gran conocedor de su país, habiendo sido consultado por el rey, se expresaba en estos términos: "La conservación de aquellas regiones depende enteramente de la tranquilidad de la España. Cualquiera turbación en su gobierno, la dominación extranjera sobre todo, aun cuando fuese pasajera o momentánea, movería en las regiones de la América el deseo natural de evitar igual suerte, y este deseo sería un pretexto para aquellos que querrían hacer independiente su patria. Si, resucitada la guerra, ocurrieran en España desgracias del tamaño de las de Italia, ¿quién nos asistiría para conservar las Américas? ¿Por ventura los ingleses, que por interés propio suyo y por venganza no desean sino apropiarse el comercio y las riquezas de aquel país afortunado? Aliada con la Inglaterra, si una lid nueva con la Francia nos trajese reveses y desastres, no pudiendo atender a otro objeto que a su propio suelo, ¿confiará la España a los ingleses la conservación y la guarda de sus Indias, y al lobo la custodia

La prueba del asenso general prestado a esta medida, y del convencimiento en que se estuvo en aquel tiempo a favor de ella, fué que mis sucesores en el mando, por ninguno de los cuales se dió muestra de ser parciales míos, y en un tiempo en que yo no podía nada, la siguieron con la mayor constancia, y se estrecharon con la Francia muy más allá del linde y de la tasa que yo me había propuesto y observado cuidadosamente (431).

Muchos han dicho, y se les ha creído, que mi opinión por la alianza de la

del rebaño apetecido? La experiencia de lo que han tentado en los tres años de la guerra que se ha tenido con la Francia deja ver lo que harían si una guerra más empeñada y más incierta en sus resultados les volviese el tiempo que les ha faltado para falsear en las Américas todo el sistema de intereses que las une a su metrópoli. Hablo de ciencia cierta, de experiencia mía propia; nadie me aventaja en España para juzgar de los negocios que conciernen a la América: la América española no tiene simpatías con los ingleses, y, al contrario, con los franceses tiene muchas. Apartados éstos, acatizados los ingleses por nosotros, y dueños a su salvo de surtir aquellos puntos, de halagar el gusto y de ganar la voluntad de aquellos naturales, ¿les daremos una influencia y una acción que aún no tienen? Mi conciencia, mi lealtad y mi calidad, como obispo, de consejero nato de la Corona, me hacen salir tal vez de los lindes del informe que se me ha pedido: mi deber es de ilustrar al Gobierno en la materia de que hablo, porque en España hay muy pocos que conozcan, como ella es, la cuestión de ingleses y de América. No es la Francia donde apuntan éstos, provocando una rotura contra ella: el objeto de sus tiros con la lucha en que quieren empeñarnos es la riqueza de la América, que la paz de Basilea ha salvado de sus manos, etcétera, etc." No debo ser cansado en lo que sólo es un resumen; en cuanto al resultado de los demás informes y dictámenes que alumbraron las sesiones del Consejo, remito a mis lectores a los dos capítulos citados.

(431) Véase el capítulo XLIX de la primera parte, donde se trata este punto extensamente. Una de tantas injusticias que me han sido hechas, y de las más grandes, ha sido la de atribuirme los errores y los yerros que fueron cometidos, tanto en la administración exterior como en la interior, durante el tiempo de mi absoluto retiro de los negocios, a contar desde marzo de 1798 hasta más de mediado el de 1800: mi vuelta al mando de una manera definitiva, en calidad de generalísimo, no fué sino en 1801. Véase también, cuanto a los negocios interiores durante el tiempo de mi retiro, el capítulo I de la primera parte, y el II de la parte segunda.

Francia tuvo por objeto el escudarme y conservarme por su influjo en el poder; imputación tan falsa a todas luces, que uno de los motivos por que salí del Ministerio fueron los ataques que el Directorio Ejecutivo de la República francesa me había hecho, hasta el extremo de pedir oficialmente a Carlos IV mi retiro del poder, alegando, entre otras quejas, que trabajaba yo secretamente por los realistas de la Francia y contra la República (432).

Cuanto a la utilidad de esta alianza, la prueba son los hechos, y, por mejor decir, un solo hecho, que es bastante, y fué el de haber guardado y conservado nuestras Indias en medio de una guerra pelcada y sostenida tantos años. Térese una mirada sobre las guerras anteriores contra la Inglaterra: bajo Felipe II, Cádiz fué asaltada y saqueada por los ingleses; bajo Felipe IV, nos arrancaron la Jamaica; bajo Felipe V, nos quitaron Gibraltar, destruyeron el puerto en Vigo y, apoderados en América de Portobelo, arrar-

(432) Por dos veces tuve la felicidad de resistir con feliz suceso la invasión del Portugal, pretendida con el mayor ardor por el Directorio ejecutivo; ni menos pude alcanzar de mí la reunión de nuestras fuerzas marítimas a las expediciones francesas de Irlanda y del Egipto. No pudo tampoco conseguir en mi tiempo la expulsión de los emigrados pacíficos, a quienes España daba una generosa hospitalidad. El Directorio había comenzado por halagarme; pero, irritado de la constante oposición que encontré en mí a las pretensiones que resistí, por ser incompatibles con el interés y la dignidad de la Corona, como hubiese hallado un rastro de mis relaciones secretas con el director Barilhémy tocante al restablecimiento de la Monarquía constitucional en Francia, mandó al embajador Truguet dar la queja a Carlos IV y pedirle mi deposición, como, en efecto, fué pedida. Cuáles hubiesen sido mis esfuerzos y mis miras por la casa de Borbón lo da a entender muy bien en sus *Memorias* M. Pradi, cuando me increpa en ellas acerca de este punto y se explica de esta suerte: "On connaît les intrigues ourdies par le prince de la Paix, pour amener quelques membres du Directoire à placer sur le trône de France le second fils du roi d'Espagne. On sait aussi le nom du négociateur, le temps de son séjour à Paris, et la manière dont il fut éconduit." Después de esto, yo no sé que pueda darse una prueba más evidente de que yo no tuve por objeto sostenerme con el favor del Directorio cuando me resolví a establecer la alianza de la España con la Francia.

saron sus fortalezas; bajo Carlos III, en los tiempos de un Wal, un Grimaldi y un Aranda, conquistaron la Habana, y se apoderaron de Manila y demás islas Filipinas, con más en la Florida, de San Agustín y Panzacola; más cerca de nosotros, en tiempo de Moñino, tomaron por asalto a Omoa, en la bahía de Honduras, y apresaron las naves del registro cargadas de oro y plata, que estaban allí ancladas. Bajo de Carlos IV, una isla solamente, la Trinidad de Barlovento, nos fué quitada en los diez años, y no lo fué por falta de defensas, sino por sorpresa y por traición de los colonos extranjeros (433). La alianza con la Francia y con la Holanda nos sirvió constantemente para multiplicar las atenciones de la marina inglesa, dividir sus fuerzas, entretenerlas por lo menos e impedir que se ocuparan en empresas sostenidas contra nuestras Indias. Mezquinos son por cierto y poco dignos de figurar como maestros en política los que han querido echar en cara a los ministros de aquel tiempo los gastos que causaron nuestros cuantiosos armamentos, sin advertir que eran el precio de la inmunidad de nuestras costas y de la salvación de nuestras ricas posesiones a la otra parte de los mares.

Muchos han dicho (y en decirlo han probado su ignorancia de la historia de aquel tiempo) que nuestros armamentos fueron hechos en beneficio de la Francia solamente; cuando, al contrario de esto, fué visto que la Francia perdió del todo sus colonias, y que nosotros conseguimos conservar las nuestras con tan feliz suceso como fueron conservadas. Si, al parecer de algunos, era la Francia quien sacaba el fruto de la unión de nuestras fuerzas en los mares con ella y con la Holanda, visto al fin el resultado tan favorable para España, dirían mejor que los franceses hacían más bien nuestro negocio, tal vez sin que ellos mismos lo pensasen. Y hubo también de nuestra parte cierto egoísmo de política de que no pocas ve-

(433) Véase el capítulo XXXVIII de la primera parte.

ces se quejaron, puesto que no quisimos ayudarlos en la expedición de Egipto, ni a sus expediciones en Irlanda, ni en los inmensos armamentos y faenas de los preparativos de Bolonia (431).

Debían pensar, en fin, los que tan duramente han censurado esta alianza, que no la hicimos absoluta contra los enemigos de la Francia, sino tan solamente contra la Gran Bretaña, que era el único enemigo que tenía la España. Prueba de esto, entre otras muchas, fué que, en la segunda coalición en que tan apurada se encontró la Francia con los enemigos a sus puertas después de mil derrotas, no le dió España ni un soldado, ni la República francesa se atrevió a pedirnos asistencia, por respeto a la tasa con que nuestra alianza fué pactada (435).

Mudóse luego aquel teatro, y levantáronse los sellos de los furiosos males que aún estaban reservados a la tierra: ¡mal pecado! Aquella misma coalición volvió la vida a la República francesa, que estaba ya expirando, y a Bonaparte dióle el cetro de la Europa de por tiempo.

Nuestro primer trabajo fué aquel prurito que le vino en medio de sus triunfos de invadir el Portugal, proponiendo unir sus fuerzas y las nuestras para obligarle a renunciar, hasta las paces generales a su amistad con la Inglaterra, como en un caso semejante se había hecho por el rey Carlos III y por Luis XV; o bien que se le diese el *paso inofensivo* para cumplir él solo aquel proyecto. El Portugal lo merecía en verdad por su conducta infiel con la España y con la Francia; empero Bonaparte era para nosotros un amigo muy diverso de Luis XV.

Negar el paso era difícil, visto que la ley común de las naciones señala al-

gunos casos como el nuestro en que deba darse (436), y que, negado que le hubiese sido a Bonaparte, se lo habría tomado él mismo, siendo forzoso entonces a la España cruzar las armas ella sola con la Francia. Para mayor conflicto, los ministros que me sucedieron en el mando habían aminorado nuestro Ejército aún por debajo de la fuerza necesaria en vías de paz, junto además con esto que, por sus yerros en Hacienda, el tesoro estaba exhausto.

De aquí tomó principio la cadena de desgracias con que cargó el Destino mi existencia, volviéndome de nuevo a las tormentas de la corte. Llamado por el rey, que se encontraba consternado por la obstinación del Gabinete portugués en no prestarse a sus consejos para evitar aquella lucha, mi dictamen fué no sólo hacer la guerra, sino precipitarla y emprenderla por nosotros, sin esperar a los franceses, reuniendo nuestras fuerzas tal como se hallasen, y supliendo la audacia y el valor de nuestras tropas los medios que faltasen para romperla a toda prisa. Si se lograba de este modo reducir el Portugal a la razón cual lo pedían las circunstancias, el concurso de la Francia se hacía inútil, se evadía el peligro de tener abierto indefinidamente el paso militar a los franceses, y se impedían, lo que era más, las tentaciones de que era tan capaz el triunfador soberbio que reinaba ya de hecho en Francia y en Italia.

Mi consejo era bueno; mas no había nadie que quisiera comprometer su gloria y acometer la empresa sin un Ejército al completo, bien equipado y pertrechado. El rey, en tal apuro, me propuso que me encargase de ella *si le amaba*, y yo acepté el encargo por amor suyo y de mi patria.

Cierto no fué ambición tomarla por mi cuenta, cuando pendía de un dado lograr un buen suceso, y por la cual, si se frustraba mi designio, debía quedar al blanco de los escarnios y la mofa de españoles y franceses; pero la Providencia favoreció de aquella vez mis nobles intenciones: cada marcha fué un triun-

(434) Véase el capítulo XXXV de la primera parte.

(435) Véase el capítulo XXIV y el artículo 18 del Tratado de San Ildefonso, cuyo texto literal es el siguiente: "Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto a las demás potencias que están en guerra en la República."

(436) Véase a Grocio, lib. II, cap. II, número 5, y a Vattel, lib. III, cap. VII.

fo, y cuando los franceses pasaron la frontera, la paz estaba hecha. Luciano Bonaparte se había dado por contento, y el Portugal se hallaba en regla con la España y con la Francia, quedando por nosotros una joya más a la Corona, Olivenza y su distrito.

¿Fué por complacer a Bonaparte por lo que fueron hechas estas cosas? Empresa más difícil que someter el Portugal fué luego para mí el empeño de sostener aquel Tratado que había hecho, y al tenor del cual el rey se declaraba al príncipe regente por garante de sus reinos. Yo había tratado por España, Luciano por la Francia, y era un asunto concluido. Bonaparte, no obstante, desaprobó el Tratado de su hermano, y no le quedó piedra por mover para lograr que Carlos IV retractase el suyo: muy cerca de tres meses se siguieron de contiendas agrias de entrambos Gabinetes; pero, con mucha gloria de la España, triunfó el nuestro, y el Ejército auxiliar retornó a Francia, de bastante mala gana, sin haber pisado el Portugal ni disparado un tiro contra nadie.

Ninguno me ha tenido cuenta de estas cosas: mis enemigos se han burlado de esta guerra, y ha habido un *conde de Toreno* que la llama escandalosa! Menospreciable ha sido para ellos el doble sacrificio que yo hice: primero, el de arrojarme sin fuerzas y sin medios suficientes a una guerra en que pudiera haber hallado al Portugal entero alzado en masa, y por encima de esto, a los ingleses; segundo, haberme contentado con la paz, cuando en mi mano estuvo llegar hasta Lisboa, y hacer alarde de esta gloria y afirmarla con los franceses que llegaban; pero primero fué mi patria: si yo no hubiera obrado de aquel modo, y les hubiera permitido penetrar en Portugal y guarnecer sus puertos como lo ansiaba Bonaparte, desde aquella fecha habría empezado España a ser cuartel de los Ejércitos franceses, como lo fueron largo tiempo en todas partes las provincias de los otros aliados de la Francia (437).

Después de estos sucesos, por des-

gracia mía, quedé amarrado a los negocios, porque así lo quiso Carlos IV, corriendo siempre en contra mía el odio y el furor de aquel partido que, a la larga, concluyó por destronar a su monarca y sumergir la España en un abismo de trabajos perdurables.

La paz de Amiens nos dió un respiro, y aun después de rota a poco tiempo entre la Francia y la Inglaterra, a duras penas, y no sin grandes sacrificios, conseguimos mantenernos neutros, hasta que la segunda, preparando nuevas ligas contra la primera, quebró también las paces con nosotros alevosamente sin dejarnos más partiblo que asociarnos, o con ella o con la Francia.

Napoleón gozaba entonces de todo el entusiasmo que le habían dado los sucesos, sus talentos y sus artes. La Prusia se negaba firmemente a nuevas luchas, y el Austria andaba incierta: fuerza nos fué asociarnos nuevamente con la Francia y con la Holanda para la guerra de los mares. La prueba del acierto que tuvimos en elegir este partido, fué el desastre doloroso que sufrió más tarde el Austria. La Inglaterra, que la había empeñado en aquella nueva guerra prematura, consiguió por este medio libertarse de la invasión terrible de que se hallaba amenazada por la Francia. Para ésta, las resultas fueron hacer más sólida y segura la entronización de Bonaparte, y reforzar las alas de las nuevas águilas que hacían temblar el continente.

No fué mi culpa si entre tanto no triunfamos en los mares. Nada quedó que hacer por parte nuestra para dar un golpe a la Inglaterra, ningún esfuerzo perdonado en los soberbios armamentos que se hicieron, y si después de una campaña prolongada y bien reñida con no pocos sucesos favorables, no sin estrago grande de su parte, triunfó la Gran Bretaña, en Trafalgar, de Francia y de la España, jamás nuestros marinos adquirieron mejores títulos de gloria sobre los que ganaron con esfuerzos más que humanos de valor en aquel durísimo combate (438).

(437) A mis lectores ruego que den una ojeada sobre los caps. V y VI de la segunda parte.

(438) Véanse los capítulos XVIII, XXI y XXII de la segunda parte.

Grande fué y dolorosa aquella pérdida por más que nuestro honor saliese de ella a salvo (439): mas no fué comparable al gran desastre que, luchando al sueldo de la Gran Bretaña, sufrió el augusto jefe del Imperio de Alemania, el cual, después de la derrota de Austerlitz, vióse obligado a mendigar personalmente en el vivac de Bonaparte aquella paz que en mala hora intempestiva rompió contra la Francia. Aquella gran catástrofe fué mil veces más funesta para la Alemania de lo que fué para nosotros el quebranto que en Trafalgar sufrimos con un destroz casi igual de naos inglesas, y de francesas y españolas. Si España hubiese dado oído a la Inglaterra (que no buscó otra cosa en la tercera coalición sino endosar su propio riesgo a sus amigos), pudiera haber sufrido igual desastre al de los austriacos y los rusos; y justamente al tiempo mismo en que la fiebre, los terremotos y la escasez de granos affligian nuestras provincias (440).

¿Dirán mis enemigos, entre tanto, que nuestro Gabinete mantenía su buena inteligencia con la Francia a fuerza de humillarse y de sufrir su dictadura; o que yo apuntalaba mi poder doblando el cuello a Bonaparte y complaciendo su política?

Asunto es éste sobre el cual los que hubiesen leído estas MEMORIAS sin otro fin que el de juzgar con ánimo sincero los sucesos de aquel tiempo, me encontrarán justificado plenamente.

Yo les diré a mis enemigos (porque conviene mucho en este punto hacer comparaciones que ellos con grande estudio han evitado), yo les diré, que las condescendencias de nuestro Gabinete con la Francia son antiguas, viejas de más de un siglo; las más de ellas y las más notables, las del Gabinete autor del Pacto de Familia bajo el rey Carlos III, y que éstas fueron muy más grandes y

más graves que las que se tuvieron bajo Carlos IV, mientras los malos hombres de El Escorial y de Aranjuez no destruyeron mi sistema de política. La influencia de la Francia sobre España fué un resultado necesario de la nueva situación en que ésta debió hallarse por la obra que emprendió y a que dió cima Luis XIV. Después de aquella fecha, la España anduvo siempre remolcada y conducida por la Francia a todos sus debates; una tan sola vez que bajo el ministerio de Alberoni pretendió Felipe V sacudir el yugo de su casa, vióse obligado, a fuerza de armas de sus propios deudos, a bajar cabeza y desistir de sus proyectos. Y en verdad ni el regente de la Francia, ni después Luis XV, ni Luis XVI más tarde, fueron hombres de la talla del emperador de los franceses (441).

Véase después si España fué en presencia de este hombre, sobre todo guarismo poderoso, tan fácil o tan blanda

(441) A los que, preocupados por los escritos y las hablas de mis enemigos, han creído que la España bajo Carlos IV perdió su dignidad e independencia temporizando con la Francia, les rogaré que, antes de todo, lean la historia de los reinados anteriores, y del del rey Carlos III mayormente, a quien los enemigos de su hijo han presentado al mundo como rey modelo. Convendría hacer la suma de los gastos en hombres y en dinero que costaron a la España sus condescendencias voluntarias con la Francia, ya en la guerra de 1762, a que nuestro Gabinete fué arrastrado por el de Versalles para sostener contiendas que en nada interesaban a la España; ya desde 1778 hasta el de 1782, en una guerra que, lejos de importar a la España, iba directamente contra su interés fundamental en las Américas, protegiendo y fomentando con sus armas la insurrección de las provincias angloamericanas contra su metrópoli; insurrección que tan funesto ejemplo y tan inmenso campo dió y abrió a los habitantes de nuestras grandes posesiones de aquel mundo. Consecuencia inmediata, como todos saben, fué la famosa insurrección del Perú y de una parte de la Plata, el mismo año justamente en que la independencia de los Estados de la Unión fué consagrada por las armas de la España y de la Francia. ¿Qué sacrificio de esta especie fué hecho a Francia mientras Carlos IV tuvo el cetro? ¿Qué no costó de sumas aquella mala guerra, a que la España fué enganchada por la Francia sin ganancia alguna nuestra, y, al contrario, para echar en aquel suelo retirado la semilla de las insurrecciones, que después nos han robado nuestra gran obra

(439) Los cantos líricos de Quintana, de Moratín, de Arriaza, de Mor de Fuentes y otros varios de nuestros poetas conservarán en la posteridad la gloria inmarcescible que adquirieron en Trafalgar nuestros marinos. (Véase todo el capítulo XXII de la segunda parte, tomo IV.)

(440) Véanse sobre estas plagas los capítulos XVIII y XIX de la segunda parte.



como lo había sido con la Francia bajo los reinados anteriores. No, ¡por Dios!, y en honra de la España lo diré, que en todo el continente no hubo potencia alguna que tuviese más medida en sus condescendencias con aquel caudillo de la Francia tan temido en todas partes. Para no tenerlas grandes y afrentosas, como las tuvieron tantos reyes y tantos príncipes vencidos, fué el tenerle algunas aquellas solamente que fueron compatibles con la dignidad de la Corona y con su independencia. A los que tanto han censurado mi política, quisiera haberlos visto en lugar mío sorteando aquella fiera y osando resistirle. Mientras que no hallé modo ni divisé camino alguno bien seguro para empeñar la España en una guerra que ofreciese feliz éxito, anduve bordeando, y a la capa, para no estrellar la nao querida contra aquel inmenso promontorio del poder que no habían visto semejante los nacidos, ni se había visto en muchos siglos. Cuando fué tiempo, no quedó por mí que los ocho lamentables años que siguieron no se hubiesen abreviado.

He dicho, y lo he probado en mis MEMORIAS con multitud de hechos, que en todo el continente no hubo potencia alguna que aventajase a España en la medida de sus condescendencias con aquel eterno pedidor y exigidor de los que él llamaba sus amigos: he aquí en breve una reseña de los principales lances en que no dudé poner enmienda, o pronunciar un no redondo a sus molestas y pesadas exigencias.

El año 1800 negoció su embajador Berthier con don Mariano Luis Urquijo el cambio de La Luisiana por el gran Ducado de Toscana con el título de reino para el príncipe heredero del ducado de Parma y de Plasencia. Yo reformé más tarde aquel Tratado, al cual faltaban garantías y condiciones nece-

de tres siglos? No fué así Carlos IV cuando se unió a la Francia: *Unióse sólo con el fin de conservar aquel emporio de riquezas de la madre patria, y conservóle con la Francia; su augusto padre nos había legado la enemistad de la Inglaterra; no hubo otro medio de evitar sus justas represalias que unirnos con la Francia, y su noble designio fué logrado.*

sarias para su entero valimiento, y exigí de Bonaparte lo afirmase por un artículo especial en el de Luneville, y que añadiese al nuevo reino el principado de Piombino. Verificado así, cuarenta días después de confirmada la paz de Luneville, se rescindió el primer Tratado, y celebré otro nuevo con Luciano Bonaparte (442).

Por el mismo tiempo fué la gran cuestión de Portugal de que ya he hablado poco antes, y en que la voluntad de España, y no la voluntad de Bonaparte, fué cumplida.

La tentación primera que tuvo Bonaparte de enlazarse con alguna casa real y antigua de la Europa, databa ya de aquella época. Luciano Bonaparte, pocos días antes de volverse a Francia, me hizo con gran reserva una asomada acerca de esto, y la persona deseada por entonces fué la infanta doña María Isabel, que había tocado apenas la edad núbil. Yo me encerré en palabras vagas, las sazoné cuanto me fué posible con alabanzas de su hermano, y procuré encubrir la desazón y la sorpresa que tamaña especie me produjo. De aquí fué luego la gran prisa de casarla con el príncipe heredero de las Dos Sicilias. Desde el día en que estas bodas fueron concertadas, cambió semblante con nosotros Bonaparte (443).

Ya por el tiempo de haberse convenido en los preliminares de la paz de Amiens la restitución de Malta al or-

(442) Véanse los capítulos II y III de la segunda parte.

(443) Es necesario entender que las insinuaciones que me fueron hechas por Luciano Bonaparte sobre el tal enlace no tuvieron más carácter en la manera de producirlas que el de un simple pensamiento suyo para en adelante; pero sobradamente claro para conocer su verdadero origen. Si alguno me pidiera pruebas de la exactitud de esta especie, le diré que antes de publicarlas en mis MEMORIAS, hice comunicar a Luciano Bonaparte, por medio de M. Ladvocat, editor de la traducción francesa de ellas, todas las hojas de mi escrito en que se hallaba contenida, y que Luciano no opuso cosa alguna en contra de ella, ni después de publicada la ha contradicho en más de cuatro años que pasaron antes de su fallecimiento. Su secretario de Embajada, M. Félix Desportes, que aún vive, fué sabedor de esta tentativa, y más de una vez la ha recordado conmigo. (Véase el capítulo VI de la segunda parte.)

den de San Juan, y que, verificada la elección del gran maestro, se le haría la entrega de la isla, Bonaparte concibió la idea de intrigar y conseguir que el nombramiento recayese en algún miembro de las lenguas de Aragón o de Castilla. Su objeto era sin duda, andando el tiempo, de apoderarse nuevamente de la isla, contando o no contando para ello con nosotros. La previsión del compromiso en que este caso nos podría poner de quebrar más adelante nuestras paces, o con Francia o con la Gran Bretaña; fué para mí un motivo de aconsejar al rey que incorporase a la Corona para siempre las lenguas y asambleas de España, y que se declarase gran maestro por lo tocante a sus dominios, como en tiempos más antiguos se había hecho relativamente a los maestrzgos de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. Hízose de este modo tan de pronto, que fué ya tarde cuando vino la proposición de Bonaparte comunicando sus deseos y su intención de procurar a España, según él, aquel gran lustre: todos los esfuerzos, ya personales con el rey, o ya conmigo y con Cevallos, que practicó el embajador por que el pretendido favor del primer cónsul se aceptase, fueron vanos. Bonaparte dió quejas muy amargas sobre esto a nuestro embajador Azara, diciendo que la España había quitado una gran basa a su política (444).

Para llevar a cabo su famosa y desastrosa expedición contra los negros, nos pidió la escuadra que a la sazón se hallaba surta en Brest, y la asistencia de seis mil soldados nuestros que podrían hacerle mejor juego para sujetar aquella parte de la isla donde el nombre de españoles no estaba tan odiado como el de franceses. Una y otra petición le fué negada, consintiendo solamente Carlos IV en que la escuadra nuestra que debía partir al mismo tiempo para América, ayudase a la francesa para la conducción de tropas de la Francia (445).

La Corona a que aspiraba sordamen-

te Bonaparte le hacía buscar los medios de adquirirla, de legitimarla, y de quitar el grande estorbo que podían hacerle acerca de esto los derechos de los príncipes franceses. Y he allí que acude a España con el objeto y el empeño de que Carlos IV propusiese sus renunciaciones a la Corona de Francia. Era una de mis reglas más constantes de política la de cubrir al rey en cuantos casos podía hacerlo, y evitarle compromisos con los ministros extranjeros; la proposición y mi respuesta comedida y grave podrán verse en el capítulo XII de la segunda parte. Bonaparte, mal que le pesase, desistió de importunar al rey con aquella pretensión tan impolítica, y ajena en tanto grado del honor de un rey Borbón con respecto a su familia; poco después logró del rey de Prusia lo que por parte de la España fué negado.

Hecha la paz de Amiens, como tardase la Inglaterra en evacuar a Malta mientras las tropas de la Francia no evacuasen por su parte la Holanda y la Suiza, agriándose de nuevo las dos cortes, pretendió el primer cónsul que la España, como parte interesada y contratante que había sido en el ajuste de las paces, le ayudase y sostuviese en sus reclamaciones sobre el artículo de Malta. Yo me sostuve firme en resistir aquel empeño que podía comprometer nuestra amistad zanjada ya con la Inglaterra sin ningún motivo de disputa, y di por fundamento, no usando de rodeos, que no era España quien ocasionaba aquel retardo de la parte de Inglaterra, sino la Francia solamente en interés tan sólo suyo, porque, después de aquel Tratado, acrecentaba sus dominios, no cumplía las transacciones sobre Holanda, y a más de esto subyugaba a la Suiza (446).

El fin de estas disputas fué otra vez la guerra entre las dos rivales: no quedó modo de rogar, ni de inducir, ni de empeñar, hasta acercarse a la amenaza, que no usase Bonaparte para arcastrar-nos a la lucha como arrastró a la Holanda. Firme yo en tanto en mi propó-

(444) Véase el capítulo X de la segunda parte.

(445) Véase sobre esto el mismo capítulo X.

(446) Véase el capítulo XIV de la segunda parte.

sito de mantenernos neutros, pude lograr que el primer cónsul desistiese de su tema, a condición de que la España le prestase algún auxilio compatible con su estado neutro, y consiguiente a su alianza con la Francia (447). A la verdad no estaba contenido un caso semejante en aquel Pacto, mas no hubo modo de acabar esta disputa sin ceder en aquel punto. Yo estuve ya muy cerca de lograr que se diese por contento Bonaparte con un Tratado favorable de comercio cuanto era dable que lo fuese en tales circunstancias, y sin dañar a nuestra industria; pero tuve en contrario la opinión de varios consejeros, y entre ellos la del ministro mismo de Estado don Pedro Cevallos, el cual, en su manera de pensar, juzgó ser cosa menos grave el pago de un subsidio pecuniario. El rey siguió este parecer, y el subsidio fué adoptado por más esfuerzos que yo hice en persuadir y dar a comprender mi pensamiento, que, a mi juicio, debía cargar en favor nuestro la balanza del comercio. La idea de este subsidio me ha sido atribuída por mis enemigos, y, sin embargo, yo había dicho en el Consejo: *¡más bien la guerra que el subsidio!* (448).

(447) "Dar un socorro moderado, cuando el hacerlo así provenga de una antigua alianza defensiva, no es hacer la guerra ni asociarse a ella. Puede cumplirse lo pactado sin faltarse por esta causa a los deberes de neutrales: los ejemplos de esto son frecuentes en la Europa." (Vattel, libro III, capítulo VII.) He dicho y repito que el caso pretendido por Bonaparte era en la realidad muy disputable; pero es necesario reconocer al mismo tiempo que en el estado a que llegaron nuestros debates, a no terminarlos con las armas en la mano, no ofrecían otra salida que la que fué adoptada. Todas las potencias del continente se hallaban entonces en paz con la Francia, razón por la cual habría sido una gran temeridad de parte nuestra resolver aquella disputa por medio de las armas, sin otra asistencia sino la siempre incierta y siempre peligrosa que podría habernos dado la Inglaterra.

(448) La verdad de este hecho que refiero se encuentra en la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, escrita y publicada en Madrid por los años de 1815 y siguientes por una Comisión de militares españoles, bajo la inmediata inspección del Gobierno de aquel tiempo, y parte de ella siendo Cevallos otra vez ministro de Fernando VII, lo cual vale decir que en este punto que me es favorable puede ser creída, si bien la in-

Nuestro principal cuidado, cumplido ya el desco por no decir nuestra ilusión, de ser reconocidos y poder seguir viviendo como neutros, fué mantener aquel estado por manera que el Gabinete inglés no concibiese celos de nuestras relaciones con la Francia. Continuas fueron las demandas que, a pesar de lo pactado, seguía haciendo Bonaparte y (a veces más gravoso a sus amigos y aliados que a sus mismos enemigos), y a todas, sin embargo, no negamos con la mayor firmeza. "Siquiera carpinteros de Marina y gente de maestranza para los armamentos de Boloña", nos decía el embajador de parte suya. Ni aún esto le fué dado; y en aquel incesante balidero, yo era siempre la piedra de tropiezo de aquel hombre, para el cual la oposición a sus deseos y a sus caprichos, por más justa que ésta fuese, era una afrenta.

¿Podrá creerse en punto de esto que aquel hijo y heredero de la República francesa nos arguyó de desafueros y licencia escandalosa de la imprenta? En nuestro estado de neutrales era un deber de parte nuestra que en un periódico oficial cual lo era la *Gaceta de Madrid* se contuviesen igualmente los debates de la Francia y de la Inglaterra sin glosar ninguno de ellos. Díonos, no obstante, amargas quejas Bonaparte, y se atrevió a pedir que en adelante no contuviese la *Gaceta* sino los artículos ingleses, comentados cual se hallasen en los *Monitores*; o bien, que se cesase de ponerlos. Tamaña pretensión me ocasionó disputas las más agrias con el ministro de la Francia en nuestra corte, al cual, no siéndole bastantes las razones moderadas que procuré tenerle, me fué forzoso declararle definitivamente, que si España, sobradamente generosa con la Francia, había cedido noblemente cuanto a intereses pecuniarios, jamás podría ceder a pretensión alguna con

tención de los que escribían no fué sino de censurar mi proyecto de un Tratado de comercio hasta cierto punto libre. Los que quieran cerciorarse de esto podrán hallarlo en el capítulo III de la introducción a dicha obra, hacia el fin de aquel capítulo. (Véase también sobre esto mismo el capítulo XIV de la segunda parte de mis MEMORIAS, en las últimas páginas de dicho capítulo.)

que su honor se deprimiese, ni avenirse a que poder alguno de la tierra se mezclase en lo interior de su gobierno. Dióse orden en seguida de que en los artículos tomados de los papeles de Inglaterra se citase al pie de ellos el nombre del periódico británico de donde cada uno procediese. Nuestra *Gaceta* (¡oh Francia en aquel tiempo sufridora!) fué prohibida (449).

No cuento otros sucesos de esta especie que pasaron en lo oscuro sin saberse afuera, y que podrían tenerse por inventos a fuerza de increíbles. En la segunda parte (capítulo XXIV) podrá verse como muestra de las raras pretensiones que nos venían de Francia, aquel antojo que le vino a Bonaparte de pedirnos como una nueva prueba de amistad, se le cediese y enviase la famosa espada que en la batalla de Pavía ganaron nuestras armas, y la repulsa fiera y castellana que por mí fué hecha, sin arredrarme la amenaza con que su enviado pretendió aterrarme: ¡triste espada!... ¡Ah! ¡Quién entonces me habría dicho que años después sería el primer regalo que le harían mis enemigos para adquirir su bella gracia!

Y aquel hombre, por cierto, no dormía, pensando cada noche lo que al día siguiente podría pedir a sus amigos o arrancarles. En alguna de estas noches fué sin duda cuando le cayó en mientes que podría cuadrarle el puerto de Pasajes, y sin andarse por las ramas, otra pretensión al canto, con el mayor ahinco, y siempre amenazando, de que le fuese dada hasta las paces generales aquella rica joya, porque sabía que los ingleses se proponían robárnosla. La respuesta fué tan pronta como la demanda:

—Lo que rehusa la amistad—dije al embajador—porque no es dable concederlo, ninguna suerte de temor que se querría imponernos podrá arrancarlo de nosotros. El Imperio francés y el reino de España tienen de un mismo modo sus límites sagrados. No estamos en Italia, ni nuestra alianza es fúdo, ni España ha dado todavía ningunas

muestras de flaqueza a amigos ni a enemigos. Nuestra casa sabemos defenderla, sin necesitar que otro más fuerte se aposente en ella, porque nosotros nos bastamos (450).

Todo esto emponzoñaba día por día las relaciones de la España y de la Francia, envenenadas doblemente por la noble resistencia que fué hecha de reconocer al nuevo rey de Nápoles; pero no era aún tiempo de romper, si bien el tiempo se acercaba de poder hacerlo sin exponer la España a una funesta contingencia: la tercera coalición había aumentado el poderío de aquel coloso, cuya columna de la plaza de Vendôme, labrada con despojos de sus enemigos, se alzaba hasta las nubes. El disimulo y la paciencia son una regla de política cuando se tiene enfrente un enemigo poderoso: con disimulo y con paciencia se aguarda la ocasión de desquitarse con buen logro. Por aquel mismo tiempo tuvo Napoleón el desempacho de pedirnos nada menos que un año de subsidio pecuniario que trató Cevallos con la Francia tan a pesar mío.

Era razón y era un derecho nuestro claro y evidente que cesase aquel subsidio desde el día en que, rompiendo la Inglaterra nuestra paz, unimos nuestras armas con la Francia y con la Holanda. Así fué respondido; pero Napoleón, mudando de tono y refiriendo el descalabro en que se hallaba su Erario por los inmensos gastos de armamentos de Marina que había hecho en los tres años anteriores, y por los empeños nuevos que la tercera coalición le había causado (451), se ciñó a pedir a Carlos IV le socorriese poco o mucho con lo que pudiera, bajo el ofrecimiento que le hacía de renovar nuestro Tratado de alianza con tales condiciones, que las ventajas y las cargas fuesen equilibradas a contento de la España. Dejado el tono exigidor, halló mejor camino por los ruegos para sacar par-

(450) Véase el capítulo XXIV de la segunda parte.

(451) Era justamente el tiempo en que el crédito público había sufrido en Francia un grande contratiempo, y en que las cédulas mismas del Banco no corrían sino con pérdida.

(449) Véase el capítulo XII de la segunda parte.

tido de la honradez de Carlos IV, el cual, en el postrer Consejo que se tuvo acerca de esto, concluyó diciendo: "No es cordura que se niegue todo; padézcalo el dinero, pues que el honor no es el que sufre; désele lo que alcancen nuestras fuerzas." Dióse, en efecto, la tercera parte de lo que había pedido (452). Jueces quisiera hacer acerca de este hecho a todos los ministros de los demás Gobiernos de la Europa que se hallaron al timón de los negocios en aquellos años, los cuales, ciertamente, se reirán de nuestros sacrificios tan pequeños, comparados a los que costaba en todas partes el ser amigos o enemigos del emperador de los franceses (453).

Como las aguas que las arenas tragan al pasar por un desierto sin quedar señal de su pasaje, así eran los favores que se hacían a Bonaparte cuando cesaba la corriente. Esta experiencia fué común a todos los Gobiernos de la Europa: "Cien pruebas de amistad y deferencia—decía un ministro de la Holanda en nuestra corte—no hacían mella en aquel hombre, y equivalían a nada si pedía la ciento y una y no le era concedida." Vuelto a la carga luego para exigir que Carlos IV reconociera al nuevo rey de Nápoles, nuestra resistencia fué absoluta.

—Hermano por hermano—dije yo a su embajador—no vale menos el de un rey de España para ser considerado que el del emperador de los franceses; y ya que los respetos de amistad y de alianza tan dignos de atenderse, no han bastado para contener el duro golpe que el emperador ha descargado sobre el que Carlos IV amaba tanto, déjese por lo menos condolerlo y respetarlo en su

desgracia sin pretender que se degrade autorizándola.

Este incidente tan penoso hizo enersarse los debates de la una parte y de la otra, llevados por la Francia hasta el extremo de amenazar la dinastía española, la sola que quedaba de príncipes Borbones ocupando un trono (454). La imprenta de la Francia desatada contra ellos, y en la historia han sido conservadas las últimas palabras desleales e imprudentes que, partiendo ya para la guerra contra el rey de Prusia, y desahuciado de arrancarnos el reconocimiento que pedía, pronunció Napoleón contra su noble amigo Carlos IV, contra aquel mismo amigo suyo de quien, pocos meses antes, había dicho, en pública asamblea, a los representantes de la Francia, "que no hallaba expresiones que bastasen para alabar a un aliado *tan leal, tan generoso y tan magnánimo como con él se había mostrado el rey de España*" (455).

En medio de estas cosas no me había dormido como mis sucesores cuando salí del Ministerio, que por una mala economía en días tan peligrosos como presentaban las turbaciones de la Europa, reformaron el Ejército de tierra que yo dejé tan bien montado. Mi grande ocupación durante cuatro años, a pesar de las graves atenciones que volvió a ofrecernos la guerra de los mares, fué organizarlo nuevamente, y establecer nuestra milicia sobre los mismos fundamentos de instrucción y disciplina que se hallaban adoptados con mejor suceso por las demás potencias de la Europa. Este es un hecho incontestable que mis mayores enemigos no han negado, y sobre el cual no es poco lo que han hecho los más de ellos con callarse (456). No me dormía tampoco

(452) Véase el mismo capítulo XXIV, ya citado, de la segunda parte.

(453) Y, sin embargo, el conde de Toreno, en su *Historia de la revolución de España*, ha pretendido formarme una gran culpa de esta concesión en que intervino Carlos IV y todo su Consejo de Ministros, diciendo fué un servicio a que di mi aprobación por la esperanza de ser elevado a más entiente puesto. A mis lectores ruego que lean atentamente la respuesta triunfante que leí dado a esta invectiva en el capítulo XXIV de la segunda parte.

(454) Véase un resumen de estos debates en el mismo capítulo XXIV.

(455) Al Cuerpo legislativo, en 2 de marzo de 1806.

(456) En el mismo capítulo XXIV de la segunda parte he citado el testimonio que, por decirlo así, como a regañadientes, me han dado acerca de esto los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, los cuales, a pesar de los esfuerzos que contra mí hicieron en ella para complacer la corte del rey Fernando VII, rebajando el mérito del Ejército que yo había organizado, y

en explorar los sentimientos y tendencias de los diversos Gabinetes de la Europa, ni en procurarme informes razonados de la fuerza moral con que, llegado un día, podrían contar en las disposiciones de los pueblos las potencias oprimidas o agraviadas por el emperador de los franceses. Viajaban por la Francia y por todo el continente amigos fieles míos y buenos españoles, que, con achaque de explorar las ciencias y los progresos de las artes, estudiaban a la par los barómetros políticos, y me comunicaban puntualmente sus observaciones, tan exactas de ordinario y tan cumplidas, cuanto era dable hacerlas en la meteorología tan incierta y tan difícil de los elementos diplomáticos. Con *paciencia española*, que, como ha escrito con mucha verdad M. de Chateaubriand, se parece en lo larga a la divina, estaba yo aguardando la ocasión de desviar aquel gigante que, con título de amigo, nos hacía sentir un peso insostenible; mucho más cuando yo oí que su enemistad con los Borbones empezaba a amenazarnos.

La cuarta coalición... he aquí ya el caso en que la Europa toda pudo lograr su independencia, y por resultas de la cual la Francia misma pudiera haber tenido, juntamente con las glorias de más de quince años, su reposo, sin haber perdido los lindes naturales que tenía ganados noblemente. Mientras más triunfos y conquistas consiguiese su turbulento emperador, más pesada debía hacerse la cadena que a su libertad le tenía puesta, y mayor había de ser la suma de peligros que debían amenazarla en la reacción del continente, que, más tarde o más temprano, por el orden

poniendo por mi cuenta no solamente los yerros que se cometieron durante el tiempo de los Ministerios de Saavedra y de Urquijo, sino también los cometidos en los reinados anteriores, dejaron escaparse de su pluma este rasgo, harto pequeño, pero para mí importante: "El generalísimo, dueño de la confianza de su soberano, rodeado de los hombres de más mérito, y teniendo a su vista los planes que había reunido de todos los Ejércitos de Europa, hubiera podido dar al de España la forma más completa a su objeto; pero sería injusticia no convenir en que lo mejoró considerablemente."

en lo moral y en lo político, no podía menos de cumplirse.

No fué un deslumbramiento lo que ocupó mi espíritu para el designio que me vino de cargar la espada de la España en la balanza salvadora. La Rusia, la Suecia y la Inglaterra estaban concertadas con la Prusia; el Austria, silenciosa y precavida después de tantos golpes que tenía sufridos, pero no desprevenida, hacía el papel de neutra, pronta, no obstante, a decidirse en viendo realizarse con un buen éxito probable los empeños de la nueva Liga; y cuando le fué dicho por la Rusia que la España estaba lista para entrar en la palestra, prometió, rota una vez la guerra al Mediodía y al Norte, salir también al campo, a la hora y punto conveniente, con todo el lleno de sus fuerzas. Napoleón, en tanto, arrebañaba para su agresión toda la tropa activa y disponible que tenía en la Francia, y la dejaba descubierta a estotro lado, ocupada otra parte de sus armas en las dos Calabrias, que se habían alzado en masa. La Holanda estaba ansiando verse libre, no poca parte de la Italia disgustada, la Francia no contenta.

¿Era temeridad por parte de la España el asociarse a aquella empresa? Nuestro Ejército de tierra, aun en pie de paz como se hallaba, llegaba a cien mil hombres de entre todas armas en servicio activo, sin incluir en este número otros cuarenta mil de las milicias provinciales, ni los cuarenta batallones de Marina que, en caso necesario, podían servir en tierra. Llegado el rompimiento, estaba todo prevenido para un nuevo alistamiento que formase la reserva (457), contando, además de esto, con treinta mil soldados que el Portugal estaba pronto a darnos. En cuanto a generales, contaba con los mismos que habían medido ya sus armas con las de

(457) A los que pudieren pensar que exagero, les rogaré que den una ojeada sobre los dos estados, números 7 y 8, de nuestras fuerzas militares de mar y tierra, a principios del año de 1808, que encontrarán al fin del primer tomo de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón*, que he citado poco antes; y, sin embargo, estos estados fueron hechos con todas las disminuciones posibles, para halagar a mis enemigos.

la Francia cuando ésta pelcaba con el doble entusiasmo de la libertad y de la gloria, y con los mismos, todos de mi tiempo, todos de mi elección, los que en la guerra de la independencia dieron *triumfos verdaderos* a la patria (458).

Lo más difícil para mí fué decidir a Carlos IV por la guerra. Aquel buen rey pacífico miraba como casos de conciencia todos los grandes casos de política, y ¡ojalá todos los reyes y todos los Gobiernos los mirasen de esta suerte! Mas no había casos de conciencia con el hombre que, aspirando al dominio universal, carecía de ella enteramente.

Cuando hube conseguido persuadir al rey y obtuve el sí que tanto me era deseado, me di prisa, mucha prisa, para evitar se malograra aquella buena hora; porque notaba yo que el ánimo del rey estaba inquieto, y me temía que alguno lo mudase. Tal fué el motivo que yo tuve para mi proclama que se ha llamado intempestiva: ella fué el solo medio que encontré para afirmar a Carlos IV en su propósito, y que, pasado el río, se resolviese a ir adelante; pero como jamás yo hacía ninguna cosa sin tomar su venia, le llevé mi escrito, y aunque Su Majestad convino en que lo diese al público, como le pareciese estar muy fuerte y demasiadamente expresado, me hizo mudarlo y remudarlo de mil modos; yo complací su voluntad, derecho hacia mi objeto de cualquier manera que esto fuese (459).

Era, entre tanto, el tiempo en que el partido que Escoiquiz gobernaba hacía ocho años y que logró poner bajo la égida de Fernando y de su esposa, había mudado de sistema para abrir mejor camino a la influencia y al poder que iba buscando de su real alumno.

(458) Me explico de este modo porque muy pocos de los hombres que anduvieron en las conjuraciones de El Escorial y de Aranjuez fué visto que corriesen a las armas para defender la patria; y porque aquellos pocos que acudieron al peligro no le dieron sino pérdidas y afrenta.

(459) Mi circular a los capitanes generales y a las demás autoridades principales, toda mía, sin ninguna enmienda, estaba más expresa y mejor compaginada. Esta circular y la proclama se encuentran entre los documentos justificativos de este tomo.

Mientras vivió aquella princesa, cuyo grande empeño fué constantemente que la España se aliase con la Gran Bretaña, dirigió Escoiquiz, bajo aquel sentido, todas sus intrigas; pero después que murió aquélla, como no fuese el bien de España lo que buscaba aquel partido, ni aspirase a otra cosa más que al mando, y como en aquel tiempo hubiese comenzado Bonaparte a procurarse entronques reales para elevar a su familia y asegurar mejor sus aliados, desatinóse Escoiquiz con la idea de que, casando al príncipe de Asturias con alguna de las hembras imperiales, podría elevar al hijo por cima de su padre, y paso a paso aislar a éste, darle su paz en un retiro, reinar aquél en lugar suyo, y al modo de *Alberoni* en otro tiempo, llegar a ser él mismo, como promovedor de aquellas bodas, el hombre de la España, y el amigo predilecto del emperador de los franceses (460).

Justamente al tiempo mismo en que Escoiquiz discurría con sus amigos sobre el modo de montar y aparejar en sus telares esta invención satánica, fué el darse mi proclama, por la cual, comprendido bien su objeto, vió convertirse en humo sus proyectos. Pero el remedio lo halló al punto: poner en movimiento la facción para hacer correr de boca en boca que, ganado por el Gabinete inglés iba yo a perder la España, a enajenarle un aliado cuya gloria se derramaba sobre ella, y a poner en cuestión nuestra existencia, cometiendo iguales yerros a los que habían perdido al rey de Nápoles.

Este rumor, que se aumentaba cada día, no tardó en sonar a los oídos del monarca, y por si acaso no bastaba aquel murmullo sordo, llegaron a sus manos hasta anónimos capaces de turbar en su lugar el ánimo más fuerte (461). Y he aquí que en medio de

(460) Véanse, a propósito de la conducta y del carácter de este conspirador, el capítulo XLIII de la primera parte, y los capítulos XIV, XVIII y XXIV de la segunda.

(461) Una de las muchas revelaciones que el príncipe de Asturias hizo a sus padres, de resultados de la causa de El Escorial, fué que don Juan Escoiquiz y sus amigos habían sido los autores de los anónimos dirigidos al palacio.

esto vienen las noticias del desastre del Ejército prusiano. Unos de buena fe, y otros de mala, nadie se guardó entonces de aconsejar al rey que desistiese del empeño comenzado.

Yo me hallé casi solo para probar a sostener al rey contra estos débiles consejos. Cuantos esfuerzos caben en la persuasión humana, otros tantos puse en obra para conseguirlo, con documentos, relaciones, correspondencias diplomáticas, planes, medios y recursos de las potencias coligadas, y todo género de pruebas en la mano para hacer ver que esta primera victoria no bastaría a desvanecer los grandes compromisos y peligros en que el emperador se hallaba puesto, y su ruina casi cierta, si la España y el Austria cooperaban a la grande empresa proyectada; pero todo fué inútil, todo en vano, cuando llegaron a decir a Carlos IV que los pueblos murmuraban, y que aquella guerra tenía en contra el voto de la España.

De allí, de un paso en otro, de un yerro en otro yerro, se adoptaron las medidas que el temor aconsejaba. Y no quedó por mí que se tomase la que yo pedí con ansias que me salían de las entrañas, y fué que el rey me despidiese para satisfacer a Bonaparte, y que el honor de la Corona se salvase a expensas mías. ¡Tiempo también perdido! Negóse el rey a concederme mi demanda. De cuantas veces pedí a Su Majestad me concediese mi retiro, nunca me negó esta petición con tanto empeño como en aquellas tristes circunstancias. ¿Fué virtud, fué flaqueza obedecerle a tal extremo? Yo he respondido a esto en mis MEMORIAS: "Fuese virtud, fuese flaqueza, fué un verdadero sacrificio, fué abnegación entera de mí mismo. Los que aún puedan dudarlo se hallarán obligados a explicar ¿cómo fué que, llegadas las catástrofes de Aranjuez y de Bayona, lejos de atribuirme sus desgracias, se culpó a sí propio de las mías, y tomó tan a pechos mi salvación y mi defensa? ¿Sucede así frecuentemente con los reyes? ¿De qué provino esta excepción, que lo es en realidad, de los ejemplos que en semejantes casos se encuentran en la Historia? Carlos IV lo dijo muchas veces de palabra y por es-

critó: "*El se ha sacrificado por haberme obedecido.*"

A este infeliz suceso se eslabonaron luego todos los grandes males que después vinieron atropelladamente, arreados por la vara de aquellos malos hombres que, desconcertados un instante en su camino, hallaron campo abierto para concertar a mano salva, no mi ruina solamente, que era poco para ellos, sino también la del monarca venerable cuyo trono derribaron. Lisonjear a Bonaparte a nombre de Fernando, y presentarlo como el iris de la paz que iba a turbarse, indisponer al padre y hacerle despreciable y sospechoso al que podría vengarse y oprimirlo, ofrecerle amor, respeto y obediencia de la parte de su hijo, y pedirle una esposa como prenda de una amistad y una alianza ilimitada y absoluta; he aquí todo el proyecto concebido, puesto en obra y conducido hasta el despeñadero donde precipitaron a sus reyes y su patria. Y por si les faltaba un caldeador inteligente para añadir más fuerza a la locomotiva que montaban, les vino a punto y como aparecido el nuevo embajador que enviaba Bonaparte para abrir camino a sus designios: Francisco de Beauharnais.

Y yo no sabía nada, ni en mis ideas cabía que en almas españolas cupiese tal proyecto, que equivalía a poner la patria entre las manos y a la merced del insaciable tragador de Estados y Coronas. Y en la continua expectación de los sucesos, cuando llegaban nuevas de la guerra de Polonia, de la situación amenazante que guardaba el Austria con sus cuatro Ejércitos (462), y del peligro cierto en que se hallaba Bonaparte, corría al palacio y me afanaba nuevamen-

(462) Estos cuatro cuerpos, puestos en tren de guerra con el pretexto de sostener la neutralidad del Austria, se hallaban al mando de los archiduques Carlos, Juan, Fernando y Maximiliano: las fuerzas austríacas se componían en aquella actualidad de trescientos mil hombres, se hacía además una gran leva y se mandaba organizar en todas partes las milicias nacionales. En el mensaje del Emperador de los franceses al Senado pidiendo la conscripción de 1808, se leían estas palabras: "Todos los Estados confinantes toman las armas: la Inglaterra acaba de mandar se pongan sobre ella otros doscientos mil hombres; varias po-



te por inflamar a Carlos IV, diciéndole: "¡Aún es tiempo!".

Cuando pidió Napoleón desde Hosterde la conscripción anticipada de 1808; cuando a sus federados de Alemania les hizo redoblar sus contingentes; cuando la Italia, Holanda y la Suiza fueron estrujadas inhumanamente para formar las grandes masas que necesitaba con urgencia; cuando, en fin, se abalanzó hasta a pedir a España tropas auxiliares, "¡aún es tiempo!"—clamé al rey con doble esfuerzo...

—Y tú tienes razón—me respondía—, y yo te alabo de pensar tan noblemente; pero el voto de España no está por esa guerra que tú quieres y que yo quisiera.

A Dios habrán ya dado cuenta los que engañaron a su rey tan malamente: murieron sin que España la tomase, porque también a ella lograron engañarla cargándole sus culpas y maldades... ¡Ah! No quedó por mí que, en vez de aquel socorro que pedía Napoleón, se hubiesen enviado en contra suya doscientos mil soldados.

Entre mis grandes amarguras y mis funestas previsiones me vino luego al pensamiento otro proyecto, que a lo menos pudiera haber quitado a Bonaparte la ocasión o los pretextos de introducirse en nuestro suelo. A poco más o menos por el tiempo en que expidió en Berlín su colérico decreto sobre el bloqueo continental de la Inglaterra, se le escapó decir a nuestro embajador en Prusia que era forzoso separar de nuevo el Portugal de su amistad con los ingleses; y aun sin haberlo dicho, bastaba aquel decreto para inferir de cierto que la cuestión del Portugal sería movida nuevamente. Era importante, urgente, desviar aquel peligro, y yo no tardé en ver que a la sazón era más fácil el salvarlo, que lo fué cinco años antes con tan próspero suceso. Napoleón estaba lejos, todas sus tropas ocupadas en el Norte; la fortuna parecía

indecisa entre los dos emperadores combatientes, y la campaña de Polonia se alargaba. En tanto, los ingleses, aprovechando el tiempo como tenían de uso, empleaban sus escuadras y sus mejores tropas en sus expediciones de Buenos Aires y de Egipto. Yo le propuse al rey aprovechar también el nuestro, y asir al vuelo la ocasión, tan cierta, tan segura, que se venía a las manos, de obligar al Portugal a que, de bueno o de mal grado, se uniese con nosotros contra la Inglaterra cerrándole sus puertos, y guarnecidos éstos igualmente y en unión por sus tropas y las nuestras. Este era el solo medio de salvar los dos países, si Napoleón volvía triunfante. Lejos de mostrar queja de nosotros, se hubiera visto precisado a darnos gracias de lo que, a fin de prevenirnos contra él mismo, habríamos hecho.

Mi pensamiento fué acogido por el rey como una inspiración venida de los cielos; pero, poniendo a un lado la mitad de mi proyecto, la parte belicosa, la amenaza, y toda especie de violencia. En su juicio no cabía que el Portugal no se prestase a una medida que debía ser su salvación, si el emperador de los franceses triunfaba del de Rusia. Tenía además Su Majestad gran confianza en el influjo de su hija, y hasta llegó a pensar que los ingleses mismos, por salvar al Portugal de aquel peligro, consentirían en que, aguardando mejor tiempo venidero, cediese aquel Gobierno a la necesidad que le imponía el presente.

Avisos y advertencias y ruegos porfiados fué lo solo que se hizo en muchos meses, siempre en vano. Un momento, no obstante, pareció moverse por los consejos de la España, y aún llegó a adoptarse, para obrar al tenor de ellos, el borrador que se extendió en mi mismo cuarto de un manifiesto decoroso que daría aquel príncipe, escrito de tal modo que no hiriese enteramente a la Inglaterra, ni al Portugal lo rebajase (463). Se veía la muerte al ojo; Napoleón había triunfado y ajustaba ya sus paces con la Rusia y con la Prusia.

tencias levantan igualmente considerables Ejércitos, etc., etc." La capital, en tanto, y las provincias de la Francia, aun en medio de la opresión, mostraban su disgusto y en aquel tiempo justamente fué la primera tentativa del general Mallet contra el Imperio.

(463) La sustancia de este escrito, que estuvo preparado y convenido en mi cuarto con el conde de Egea, se encuentra en el capítulo XXIX de la segunda parte, tomo V.

Mas la Inglaterra dominaba siempre al Gabinete lusitano, y el embajador inglés hizo creer con maquiavélico artificio que su Gobierno se inclinaba a hacer también las paces, pronto ya en el estado que tenían las cosas a consentir, por el reposo de la Europa, todos los sacrificios que fuesen compatibles con el honor británico. De esta manera fué impedida aquella marcha salvadora en el momento mismo de ir a hacerse; creyóse en Portugal que la medida ya acordada no era urgente, y que sería prudencia diferirla y ver venir las cosas.

Yo insté al rey, clamé, rogné, y cuanto puede porfiarse con un rey, lo hice también porque me permitiese negociar a la cabeza y en presencia de un Ejército... No pude conseguirlo: las virtudes más loables pecan con frecuencia por el exceso del principio mismo sobre el cual están asentadas. Carlos IV se entendía directamente con su hija y lo esperaba todo de ella, sin acabar de convencerse de que por mucho que pudiera una mujer, no era bastante para contrarrestar la influencia inglesa, tan poderosa y tan antigua en aquel reino.

El triunfador volvió a París, y sin tomar reposo, como si nada hubiese hecho mientras aún le quedase por hacer alguna cosa descada, nos dirigió su primer nota, puesta con grande estudio para inspirarnos confianza, proponiendo al rey:

1.<sup>o</sup> Interponer su mediación y valimiento con la familia de Braganza para que se asociase al continente contra la Inglaterra.

2.<sup>o</sup> Unir sus armas con las del Imperio contra el príncipe regente, dado el caso de que éste se negase a los oficios amigables de la España y de la Francia. Al mismo tiempo dirigía su intimación al príncipe regente.

No cabe en un resumen contar cuanto fué hecho para atraer al Portugal al único partido que podía salvarlos, y a nosotros libertarnos de tan grave compromiso (464). Todo el mundo sabe

(464) Mis lectores hallarán en toda su extensión lo que aquí se omite, recorriendo el capítulo XXV y XXIX de la segunda parte, en este tomo.

cual fué la indecisión, la veleidad y el cegamiento del Gabinete portugués en circunstancias tan premiosas, sabiendo bien, como sabía, la inflexibilidad de Bonaparte y el engrandecimiento y el orgullo que le daban sus victorias conseguidas, sabiendo al mismo tiempo, cual sabía, que en el peligro en que se hallaba, ocupada como lo estaba la Inglaterra en otras partes, no podía venir a su socorro. Cumplido el fatal plazo que Napoleón le había fijado para decidirse, y otros dos más que conseguimos que después le diese, corridos todos tres inútilmente, aquel hombre, afortunado hasta en las resistencias que encontraba, pronunció la guerra (465).

A todos los políticos del mundo, y a los que no lo sean, a cuantos hombres tengan buen sentido, los llamo yo aquí ahora a que discurran y declaren qué podía hacer España o debía hacer en tal apuro.

¿Resistir a Bonaparte y empeñar con él la guerra?... Un año antes pudo hacerse sin peligro, y cuanto estuvo en mi poder y en mi influencia lo moví porque se hiciese: con doscientos mil soldados con que contaba yo para esta empresa, habría sobrado entonces para cumplirla con gran lauro; mas ¿quién dirá que, malograda la ocasión que entonces hubo, era bastante aquella fuerza para oponerla al que tenía detrás de sí casi un millón de hombres disponible y el continente entero sometido? ¿Por ventura en la Prusia y en Polonia no había triunfado contra fuerzas más grandes que las que España y Portugal podían armar en contra suya, las fterzas de dos reinos y un Imperio coligados? ¿Se atrevió el Austria, con trescientos mil soldados que tenía a disputarle sus victorias? ¿Se podía contar en aquel caso en que nos vimos con

(465) La nota del encargado de Negocios del Imperio francés fué presentada al Gobierno portugués en 12 de agosto; el término que en ella le fué dado para conformarse o no con las pretensiones de Napoleón fué el 1 de septiembre; los dos más que nosotros le conseguimos fueron cada uno de quince días. Cumplido el último en 30 del mismo mes, el enviado francés pidió sus pasaportes, y se retiró, en consecuencia de las órdenes que tenía.

la asistencia de Inglaterra, divertida a la sazón en sus expediciones no sólo de la América, del Hespono y del Egipto, sino también en la del Báltico contra la capital de Dinamarca infelicísima? Ni aun esta unión, tan peligrosa para España, que podía costarle una gran parte de sus Indias, adoptada que lo hubiese sido, nos podía ser útil en los momentos perentorios que Bonaparte había contado. Tenía la Gran Bretaña que consultar, antes de todo, a su defensa propia, porque Napoleón mandaba armar de nuevo su flotilla de Boloña, y estaba promoviendo al mismo tiempo con su nuevo amigo el moscovita una coalición marítima en el Norte. Y así fué que ni aun al Portugal, su aliado predilecto, en tan fatales circunstancias en que llegó a verse, y en que se veía por causa suya, no pudo socorrerle ni hacerle otro servicio la Inglaterra que el de salvar sus príncipes (466).

¿Qué podía hacer la España en tal estado de las cosas? Napoleón no daba tiempo, y sus Ejércitos marchaban y estaban ya tocando la frontera.

¿Dirá tal vez alguno que, a haberle hablado España con firmeza, se hubiera contenido, y que por evitar la mala nota que le habría traído un rompimiento injusto contra un gran pueblo

(466) Para formar un juicio cabal sobre las cosas que contra mí han sido dichas por mis enemigos, cumple mucho hacer mención aquí de uno de los ataques más vulgares, por el que todos ellos a una voz han dicho que las fuerzas de España habían sido disminuidas notablemente por resultados de la sangría que les fué hecha de dos divisiones enviadas fuera del reino: la una, a principio del año 1806, para guarnecer la Toscana, y la otra, la que en el año siguiente de 1807 pidió Bonaparte, y le fué concedida, para formar un cuerpo de observación hacia el país de Hannover. Debo decir acerca de esto que la división, compuesta apenas de cinco mil hombres, que se envió a la Toscana, tuvo por objeto la conservación de aquel nuevo reino ensendado a la España, cuando, temiendo yo, a consecuencia de una conversación que el embajador francés tuvo conmigo, no fuese que Napoleón tomase un pretexto de apoderarse de aquel país, como se apoderó de Nápoles, en un evento muy posible de que los ingleses invadiesen a Lióna, conseguimos de él que consintiese en que la Etruria fuese guardada por tropas españolas. Nos convenia también este pie a tierra en Italia mirando al tiempo y

amigo suyo, habría cejado? Mas era tal la situación en que nos vimos, que nuestra resistencia a permitirle la invasión del Portugal le hubiera dado un gran pretexto con que deslumbrar los ojos de sus demás amigos y aliados, siendo cierto, por desgracia, que el Portugal no había guardado noblemente, ni con España ni con Francia, su carácter de potencia neutra, y con nosotros mucho menos, visto que en aquella misma actualidad había estado dando asilo en el Brasil a los ingleses que combatían a Buenos Aires y abasteciendo sus escuadras. ¿Qué más habría querido Bonaparte que poder decir a todo el mundo como lo habría dicho: "Yo no quería la guerra; la España la ha buscado. Cuando pensaba hacer por mi aliado Carlos IV grandes cosas, vengarle sus agravios, domar el Portugal en favor suyo, tomar prendas y rehenes contra los ingleses que atacaban sus Estados en la América, hacerle muy más grande y ensancharle sus dominios, se ha mostrado mi enemigo y ha salido a recibirme con las armas en la mano. Los Borbones son incorregibles; la Inglaterra ha hecho de ellos su postrer instrumento para impedir la paz del continente"? Ciertamente lo habría dicho, y nadie ignora la ventaja que tenían sus holo-

nidero; y así fué que en mi plan de guerra, intentado aquel mismo año, entraba otra expedición de diez mil hombres al mismo punto, para ayudar a recobrar el reino de Nápoles y ofrecer un buen punto de apoyo a los movimientos del Austria, que no se habría dormido acerca de la Italia.

Cuanto a la división auxiliar concedida a Bonaparte, yo he dicho ya que no fué enviada por mi voto, y que, al contrario, cuando se mandó enviarla clamaba yo todavía por la guerra. Fáltame decir ahora, y es lo principal, que esta división, mucho menor de lo que Bonaparte deseaba, llegaba apenas a quince mil hombres, y que en este número entraron para acabar de componerla las tropas que teníamos en la Etruria.

Y yo pregunto ahora a cualquiera de sano juicio: ¿fué la falta de aquellos quince mil hombres la que impidió que bastásemos para cerrar la entrada a Bonaparte, y que hubiésemos podido hacer, nosotros solos, lo que no pudieron hacer juntos los prusianos, los ingleses, los suecos y los rusos con cerca de quinientos mil soldados, si es que no pasaban de este número? ¿Era entonces la guerra como las guerras ordinarias de otros tiempos?

times y proclamas en la Francia y entre sus aliados. Y si la España, sola enteramente contra aquel monstruo de poder, hubiera sucumbido y hubiera sido derrocado Carlos IV, ¿qué habría dicho de mí el mundo, o de cualquiera otro que hubiese ocasionado en semejante coyuntura tal catástrofe?

Júntese luego a esto que, aun cuando hubiese yo querido locamente hacer la guerra y arrostrar tantos peligros, ni el rey ni nadie me hubiera sostenido en tal intento, puesto que nadie me sostuvo cuando era tiempo hábil y pudo haberse obrado a nuestra entera anchura. Más que temeridad hubiera sido presentar a Bonaparte una ocasión de combatir a mano salva el postrer árbol que aún quedaba de la dinastía de los Borbones. No me faltaba confianza en la lealtad y en el carácter de la España; mas la opinión no estaba entonces contra Bonaparte; si hubiera yo querido provocar la guerra en tal extremo de las cosas, mis enemigos habrían dicho que iba yo a causar la ruina de la España por servir a la Inglaterra. Para cambiarse entre nosotros la opinión de que gozaba en aquel tiempo Bonaparte, fué necesario que los españoles, tan leales, tan sinceros, tan firmes en sus Pactos, se encontrasen a ojos vistas engañados, haciendo la experiencia por sí mismos, cautiva la familia entera de sus reyes, y delante de ellos la cadena que intentó ponerles el gran hombre que admiraban.

Yo busqué en vano otro camino que ya me había servido en días mejores, en los cuales, aunque poderoso ya Napoleón por sus hazañas militares, no era más que primer cónsul de la República francesa. Yo le hice proponer que nos cediese aquella empresa para la cual sobaban nuestras fuerzas, y en cuya ejecución sería cumplido llenamente el grande objeto de cerrar el Portugal a los ingleses y de guardar sus puertos hasta las paces generales; ¡tentativa inútil! Napoleón no era ya un hombre que por necesidad o por cordura cediese en sus proyectos.

En tal extremidad en que nos vimos, y no por culpa mía, el primero, el más grande de todos los deberes era no ex-

poner la España a una gran ruina casi cierta, disminuir nuestro peligro y buscar vado a aquel torrente por cuantos medios ofreciese la política en la ley común de las naciones. Era nuestro derecho (por más que a Bonaparte no le fuese grato) pedir seguridades y exigir las garantías y condiciones que en semejantes casos pueden ser pedidas y exigidas. Para un orgullo como el suyo, se acercaba casi a ser ofensa esta desconfianza que nosotros le mostramos, y pocos hay que sepan lo que costó de esfuerzo y arte el escudarnos con el Tratado que se hizo.

Era ya el mes fatal en que los seductores del príncipe de Asturias le arrancaron su malhadada carta infanda pidiendo a Bonaparte, a más de una princesa de su casa para esposa, su protección y amparo, malquistando a su padre y haciéndole entender que éste se hallaba rodeado de hombres pérfidos, contrarios de la Francia, rogándole que viese el modo de abrir los ojos a sus padres y hacer feliz la España, y trasladando en términos expresos su ternura, su amor y su obediencia al enemigo capital de su linaje (467). Aquella carta fué como una mina puesta a los cimientos de la Monarquía española, y de aquella carta tomó cuerpo la inundación de males que vinieron sobre ella. Jamás, en ningún tiempo fué más necesaria la unión entre padre e hijo, y la perfecta unión de toda España: al que en aquel momento casi era imposible superarlo por las armas, lo hubiera superado una actitud compacta, severa, noble y circunspecta tan eminentemente propia de españoles; ¡y cabalmente en este mismo tiempo se despega por traidores a aquel infeliz hijo de su padre, y a la nación la deslumbran y la ofuscan por la cuestión de padre e hijo, cuando todas las miradas era tan necesario dirigirlas y fijarlas sobre el hombre a quien, subyugadas ya o vencidas las demás naciones del continente de la Europa, le faltaba sólo España! Y ¿cómo cupo en la cabeza de aquellos rudos conjurados ni en enten-

(467) Léase con atención esta carta en el capítulo XXIX de la segunda parte, donde se contiene el texto literal de ella.

dimientos españoles caber pudo, que la suerte de la España sería más ventajosa, más holgada, más exenta de trabajos, o más independiente y más gloriosa bajo la protección de Bonaparte, y bajo un príncipe que, agradecido a sus favores y enlazado a su familia, no habría podido ser sino un perfecto coronado del Imperio, como tantos otros príncipes lo estaban siendo ya, a vista de la Europa, en sus ducados y sus reinos?

Estos inicuos tratos, por confesión que en alabanza suya propia consignó en la historia el principal tercero en ellos don Juan Escoiquiz (468), traían su fecha de ocho meses; por manera que la carta de Fernando no fué otra cosa más que el complemento, o, por mejor decir, la garantía que le pidió el embajador Beauharnais de lo que anteriormente habían tratado. La llaga estaba hecha cuando volvió Napoleón de sus campañas, tanto más peligrosa aquella llaga, cuanto se hallaba más oculta, sin sentirse ni poder sentirse. El germen de discordia entre el monarca y el príncipe heredero estaba puesto, germen no sólo dentro del palacio, sino también en todo el reino, donde lo propagaban a dos manos los prosélitos de aquella cábala traidora. Debilitado y distraído de esta suerte el elemento grande del Poder y del Gobierno, que es la unidad moral de los

que mandan y los que obedecen, Napoleón podía cortar en tela larga y ancha, cierto de poder contar con aquel hijo si le marraban sus designios con el padre, o de poder perder entrambos, el uno por el otro, como después en fin de fines hizo.

Con estos precedentes nadie podrá extrañar que Bonaparte osase dar principio a sus proyectos nuevos redondeándose en Italia, y deshaciendo el trono de la Etruria que él mismo en otro tiempo había asentado; como también que aquel agravio a un nieto y a una hija de su aliado Carlos IV, lo hiciese redimible en otro reino, no conquistado todavía, donde reinaba otra hija suya: enorme sacrificio que osó pedir a Carlos IV, como podría un huido, en tono de amigo, pero armado horriblemente, pedir la bolsa al inocente caminante.

En vano fué oponerle que el rey no era ya dueño de estipular contra un derecho que competía a su nieto por pactos y convenios reconocidos por la Europa y consagrados por el tiempo, derecho doblemente asegurado por los que fueron renunciados en su nombre del ducado de Parma para adquirir el de Toscana; y que, por cima de esto, era una dura condición haber de indemnizarle a costa de otro Estado cuyo despojo habría de herir a otra hija suya tan querida. Napoleón dió por respuesta que la paz de Europa y el sistema de su Imperio requerían esta mudanza; que unido ya a Napoleón se hallaba a aquel sistema, la Toscana no tenía importancia para España, y que encerrada y sola en aquel radio del Imperio, sería una extravagancia; que si el rey no se juzgaba con derecho para cambiar los de su nieto, se entendería derechamente con la madre y le daría un equivalente en Alemania; y que, en fin, en cuanto al Portugal, si Carlos IV repugnaba unirse a su proyecto, su intención no era forzar su voluntad, y le bastaba el paso por sus tierras, paso que ni en las reglas conocidas y usuales del derecho le podía negar. Su Majestad para una empresa de interés común a todo el continente, ni convendría a la España disputárselo.

(468) En su *Idea sencilla* (capítulo I, páginas 9 y 10), donde cuenta, gloriándose, que dió principio a aquellos manejos en marzo de 1807. En este mismo lugar refería que la primera idea acerca del casamiento de Fernando con alguna de las parientes de Bonaparte le fué inspirada por Beauharnais; pero inspirada o no inspirada, el crimen que cometió buscando la intervención de un soberano extranjero para atacar al Gobierno, pasando en nombre de aquel príncipe y extraviando y corrompiendo su corazón, hasta el extremo de hacerle escribir de propio puño y letra a un hombre tan ambicioso, tan temerario y tan violento como el Emperador de los franceses, indisponiendo con él a su augusto padre, desdorándole y calumniándole, es uno de aquellos atentados enormísimos que no se pagan solamente con la vida, sino con deshonra eterno. Y, sin embargo, tal fué y tal ha sido el poder de la facción que Escoiquiz dirigía, que por nadie se le ha hecho cargo en España, sacrificada aún más que Carlos IV por sus intrigas y traiciones.

Cuanto a seguridades, si el rey se unía al proyecto, se mostró pronto a darnos cuantas se pidiesen, y añadió de suyo que en el Tratado que se hiciese se constituiría, además, garante de todos los dominios de Su Majestad Católica en Europa (469).

En situación tan apurada, dar el paso y abstenernos de asociarnos al proyecto de aquel hombre invadeable, era dejar la España indefinidamente a merced suya y de sus tropas sin intervención ninguna nuestra: negar el paso era la guerra, y una guerra con la acción ganada de su parte. Unirnos a la empresa e intervenirla bajo la égida de un tratado, y bajo la esperanza de que en las paces generales podría encontrarse algún remedio contra aquellas novedades y violencias, era el partido más seguro o menos peligroso a que nos obligaba la ley suma, la suprema, de la conservación y la defensa propia. No sé si podrá hallarse quien discurra otro mejor camino por el cual, en tal extremo de las cosas y en tal priesa en que nos vimos (lo digo y lo repito muchas veces, *no por culpa mía*), hubiese sido dable haber echado, o medio alguno humano para haber quebrado la voluntad de bronce de aquel a quien al cabo de los tiempos, si bien a duras penas pudo vencerle por las armas la mitad de Europa levantada en contra suya, no

(469) Esta conducta de Napoleón, tan fuera de camino de las reglas ordinarias y trilladas de la Europa culta, no era nueva. Aun con menor poder del que tenía en aquella actualidad, cuando la Prusia estaba entera dos años antes y le pudo haber opuesto 150.000 hombres que tenía sobre las armas (casi ya decidida a tomar parte en la tercera coalición, y en la cual hubiera entrado si los austriacos y los rusos no hubiesen sucumbido en Austerlitz), en tales circunstancias, digo, en que la Prusia podía hacerle mucho daño, osó Napoleón pedirle y arrancarle a lo amigable los países de Anspach y de Baruth, Neufchatel y Clèves, dándole en cambio de ellos Hannover a condición de conquistarlo, pues que se hallaba todavía aquel electorado entre las manos de los rusos. Traigo este caso a cuentas por los que han dicho que si Napoleón llegó a demasiarse con nosotros fué porque no supimos hacernos respetables. ¿Con quién no fué demasiado en toda Europa, ni a quién bastó en aquellos años medio o modo alguno de que Napoleón le respetase como enemigo o como amigo?

logró hacerle entrar en la razón, abierto ante sus pasos, y visto por sus ojos el abismo donde iban a hundirse para siempre.

Lo que urgía, lo que importaba, era el tratado, el solo freno que se podía ponerle, antes que, hollando todos los respetos y saltando las barreras, como tenía de uso en todas partes, se nos entrase desbocado.

Los poderes se enviaron, y con ellos instrucciones, dispuestas de tal modo que fuesen ostensibles en caso necesario, y que lo convenciesen sobre las condiciones y reservas sin las cuales rehusaría el concierto Carlos IV. Se admitían las propuestas de la Francia; pero exponiendo al mismo tiempo el sacrificio que hacía el rey de sus afectos personales, bajo la sola mira de concurrir al bien tan deseado de las paces generales. Poníase tasa fija por nosotros al número de tropas que deberían obrar en concurrencia con las nuestras, número igual de cada parte; fijábase asimismo la dirección precisa que debían tomar de un punto a otro de las dos fronteras las tropas de la Francia, con más la condición de que por cada parte fuese preveído el gasto de las suyas. En cuanto al mando de ellas, se exigía empeñadamente que la cooperación de ambas naciones fuese igual en dignidad e independencia, y que, en el caso de que el rey, o bien personalmente, o bien representado por su generalísimo, creyese necesario ponerse a la cabeza de las tropas combinadas, podría hacerlo. Y en previsión del caso de que por parte de Inglaterra se hiciese un desembarco en Portugal con fuerzas respetables, y que por esta causa fuese necesario aumentar los dos Ejércitos, se añadía la condición de que la entrada de refuerzos por parte de la Francia no podría tener lugar de modo alguno sin preceder un nuevo acuerdo entre las dos potencias. No se podía hacer más, y en realidad era hacer mucho poner tales restricciones al que salía y entraba con sus tropas, a su arbitrio, sin condición alguna y con la mesa siempre puesta, en todos los Estados de sus demás amigos.

¿Por quién quedó, he exclamado en

mis MEMORIAS y exclamo nuevamente, por quién quedó ¡oh Dios mío! que esta actitud severa de la España hubiese sido mantenida, que el trono de sus reyes, el trono de dos mundos, hubiese conservado su prestigio, y que Napoleón, para bien suyo y para el nuestro, hubiese comprendido la España de los siglos?... ¡Oh baldón! ¡Oh dolor! ¡Oh mengua nuestra no merecida ni buscada!... Al mismo tiempo que los poderes se enviaban (con diferencia de tres días tan solamente), cuando iba a celebrarse aquel tratado, nuestra muralla, nuestro solo escudo en circunstancias tan solemnes y tan críticas..., arrastrado, engañado, traicionado, envilecido el príncipe heredero por traidores, hombres indignos para siempre del nombre de españoles, firmó y dejó partir, sin conocer su trascendencia, aquella carta infausta que le habían dictado para enlazarlo con la casa del soldado de ventura que ocupaba el trono de su ilustre abuelo Luis XIV, para hacer a aquel hombre sospechosa la conducta de su propio padre y soberano, y para suplicarle que quisiese hacer su dicha y la de España.

Aquella carta abrió la brecha que había buscado Bonaparte; la división de padre e hijo estaba ya lograda, y de tal modo se aumentó su orgullo y su esperanza, que ya ni aun parecía acordarse del tratado que tenía ofrecido; y, de repente, sin ningún motivo que nos fuese conocido, y de su sola autoridad, da la orden de reunirse todo el cuerpo del Ejército, de apereibir su marcha en veinticuatro horas y atravesar nuestra frontera (470).

¿Faltaba alguna cosa para agravar aquel conglobamiento tan arriesgado y tan penoso que iban tomando los sucesos? Faltaba el episodio lamentable que ofreció El Escorial a pocos días, capaz de derribar el ánimo más fuer-

te, cuando las tropas extranjeras penetraban ya en Castilla; cuando la enemistad de padre e hijo podía ofrecer a Bonaparte un gran pretexto para ingerirse en los negocios del Estado en calidad de amigo y medianero; cuando la España toda, que ignoraba lo que pasaba adentro, creyó lo que decían mis enemigos, que había yo calumniado al príncipe de Asturias para usurparle la Corona. ¿Qué medio o qué recurso en tal conflicto de las cosas para llamar los españoles a las armas y a levantarse en masa? Un caso semejante bastaría en la historia para hacer buenos los rigores de don Juan II de Navarra y de Aragón, de Federico I, rey de Prusia, y del zar Pedro el Grande, con sus hijos.

Yo no miré otra cosa en tan gravísimo suceso sino el peligro de mi patria, y sin cuidarme de mí mismo, sin tomar cuanto a mí ningunas precauciones contra las calumnias de mis enemigos, enfermo como estaba, me di prisa para cortar aquel incendio que, seguido, hubiera dado a Bonaparte la dictadura de la España, y conseguí apagar las llamas, y trabajé cuanto en mí estuvo por apagar del mismo modo las cenizas. Ningún peligro podía darse tan temible en lo político como la enemistad del rey y el príncipe heredero en la sazón en que debían hallarse más unidos, nada tan azaroso como la rebelión de un hijo que o se apoyaba, o pretendía apoyarse con la fuerza del emperador de los franceses al mismo tiempo en que sus tropas transitaban por el reino. Una facción lo sacrificaba todo para sostenerse, y el riesgo de mi patria era más grande, muy más grande todavía que el de mi soberano, porque si apadrinaba Bonaparte la facción, habría obtenido de ella cuanto él habría querido para poner la España a su mandado, siendo una cosa bien sabida y

(470) Es de notar, sobre esta resolución tan repentina de Bonaparte, que, estando convenido entre las dos cortes que las tropas francesas no deberían entrar sino después de haberse celebrado el Tratado y con arreglo a las condiciones que serían estipuladas, había dado aquél la orden de que la caballería francesa, acantonada en las inmediaciones de Bayona, pasase a forrajear en las dehesas de

los Altos Pirineos. ¿Qué nuevo acaecimiento pudo inducirlo a saltar aquella barrera que, de común acuerdo suyo y nuestro, estaba puesta sino la carta recibida del príncipe Fernando? Nuestros poderes habían sido enviados con fecha 8 de octubre; la carta de Fernando fué despachada en 11 del mismo mes, y la orden dada por Bonaparte (de precipitar la entrada de sus tropas) fué del 17.

bien probada que jamás sirvió de balde a nadie. Unidos padre e hijo, habría perdido Bonaparte el juego inicuo comenzado: unidos padre e hijo, no habría hallado Beauharnais, ni el mismo Bonaparte, con quien urdir traiciones nuevas, la facción no era nada sin el príncipe; unidos padre e hijo, o Bonaparte no habría osado probar a subyugarnos; o hubiera hecho la guerra a su aliado sin ningún motivo ni pretexto razonable, guerra que él mismo dijo un día al duque de Róvigo (como éste lo ha contado en sus *Memorias*) *que su intención era evitarla, porque tendría el aspecto de sacrilega*; unidos, finalmente, padre e hijo como yo busqué que lo estuvieran por el perdón tan generoso y absoluto que a aquel príncipe le obtuve, ni uno ni otro hubieran hecho la triste caminata de Bayona; y la nación heroica, salida de su engaño, unida con sus reyes y sus príncipes en nuestro suelo inconquistable, visto el mal pago y la perfidia de su falso amigo y aliado (si es que se habría atrevido a mover armas contra ella) hubiera combatido como sabe y como supo hacerlo en todo tiempo contra el yugo ajeno, sería dichosa ahora, y hubiera conservado sus dominios de ambos mundos.

Tal es mi excusa y mi respuesta al solo cargo que hoy ya día, después de la experiencia tan larga y tan costosa que mi patria ha hecho de la facción que trajo tantos males, pudiera serme hecho, y es de no haber dejado que la justicia obrase, a cualquier riesgo que esto hubiese sido, y haber buscado en la clemencia aquella enmienda que rara vez o nunca se consigue en las facciones cuando han llegado ya al extremo de conjurar contra el Gobierno del Estado (471).

Mas los que de esto me culparen no me podrán negar que, sobre todas cosas, lo primero era atender al grave

riesgo que ofrecían las tropas entradas ya en el reino contra la ley de las naciones, sin ningún ajuste previo, sin otra autoridad que la osadía de Bonaparte, justamente al mismo tiempo en que debía estallar una conjuración en que el embajador francés tenía una gran parte, conjuración que habría estallado ciertamente si el príncipe Fernando se hubiera precavido teniendo en buena guarda los papeles que halló el rey en la visita de su cuarto; conjuración, en fin, como fué visto, que no llevaba sólo por objeto el atacarme y oprimirme, sino, lo que era era más, el de poner a Carlos IV bajo el dictado de su hijo y de ministros nuevos al gusto de Beauharnais. Deshacer aquella unión que habían logrado los traidores, quitarles el resguardo que tenían en la persona de Fernando, unirlo con su padre y hacerle conocer el compromiso en que habían puesto la Corona sus malos consejeros, era el solo recurso que se ofrecía a mis ojos entre tamañas estrechuras para acudir sin embarazo, y la cabeza alzada, al otro riesgo que de afuera amenazaba: ¡días de congoja imponderable los que por mí pasaron hasta el día consolador en que, obtenido ya el perdón del príncipe Fernando, llegó la primer nueva de que el tratado estaba hecho con las seguridades deseadas!

La lealtad, la habilidad y la constancia imperturbable del consejero de Estado y de Guerra don Eugenio Izquierdo consiguieron arrancar aquel tratado al intratable emperador, que durante muchos días se hacía sordo e invisible, mientras, sabiendo Izquierdo que las tropas imperiales penetraban en España, pasaba notas y más notas apretantes al ministro de Negocios Extranjeros. Al mismo emperador se avanzó un día por entre tanto mundo de alta esfera que en Fontainebleau bullía, hablóle con respeto, pero con la firmeza propia de un navarro, y el emperador cedió a aquel hombre vigoroso (472).

(471) Mis lectores hallarán en el capítulo XXX de la segunda parte la historia completa de los sucesos de El Escorial, cuyos detalles, todos ellos importantes, no pueden abarcarse en un resumen. Conviene mucho, para no perder la serie de los hechos, haber leído el XXIX.

(472) Cuáles fuesen los merecimientos contraidos por don Eugenio Izquierdo en el servicio de la Corona desde el tiempo del reinado anterior del señor Carlos III, y cuál en proporción con sus talentos e instrucción fuese



De esta manera, con papel escrito, con *papel sagrado* que lo habría sido para cualquiera otro que no fuese Bonaparte, se estipuló en Fontainebleau solemnemente la incolumidad de España. Todo tratado es inviolable y más seguro que las armas aun tratando con salvajes, cuanto y más con pueblos cultos: por su honor, por su decoro, por su interés en ser creído y sostener la fe de sus palabras en Europa, desde que estampó su firma en el tratado debió abjurar en su interior todo proyecto que tuviese de atentar contra la España, de conquistarla o de amenguarla. He aquí el artículo 11 de aquel Tratado: *Su Majestad el Emperador de los franceses, rey de Italia, sale garante a Su Majestad Católica el Rey de España de la posesión de sus Estados del continente de Europa situados al Mediodía de los Pirineos.* Y he aquí después, de propio ingenio suyo, el artículo 12 siguiente que hizo poner por colmo de su amistad y devoción a Carlos IV: *Su Majestad el Emperador de los franceses, rey de Italia, se obliga a reconocer a Su Majestad Católica el Rey de España como Emperador de las Américas, cuando todo esté preparado para que Su Majestad pueda tomar este título, lo que podrá ser, o bien a la paz general, o, a más tardar, dentro de tres años.*

En cuanto al número de tropas que debían entrar, y las que eventualmente podrían entrar en la Península, destino respectivo de las fuerzas combinadas, y su mando, he aquí los artículos contenidos en la convención anexa al mismo Tratado, firmada y ratificada por Napoleón de igual modo que el Tratado.

Artículo primero. Un cuerpo de tropas imperiales francesas de veinticinco

su probidad incorruptible; cuáles también los motivos de haberle empleado en negociaciones especiales diplomáticas, se podrá ver en los capítulos XXIV y XXIX de la segunda parte, en los cuales, y principalmente en el XXIV, se hallarán plenamente refutadas y deshechas las calumnias escritas por el conde de Toreno contra aquel ilustre sabio español, más ventajosamente que no él, conocido por sus virtudes y su ciencia en las principales cortes de Europa.

*mil hombres de infantería y de tres mil de caballería, entrará en España, y marchará en derecha a Lisboa.* Se reunirá a este cuerpo otro de ocho mil hombres de infantería y de tres mil de caballería de tropas españolas, con treinta piezas de artillería.

Artículo 2.º Al mismo tiempo una división de diez mil hombres de tropas españolas tomará posesión de la provincia de Entre Duero y Miño y de la ciudad de Oporto, y otra división de seis mil hombres, compuesta igualmente de tropas españolas, tomará posesión de la provincia de Alentejo y del reino de los Algarbes.

Artículo 3.º Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España, y sus sueldos pagados por la Francia durante el tiempo de su tránsito por España.

Artículo 4.º Desde el momento en que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tra-os-Montes y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se impongan quedarán a beneficio de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes, serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribuciones que se impongan quedarán a beneficio de la España.

Artículo 5.º El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y a él estarán sujetas las tropas españolas que se reúnan a aquéllas. *Sin embargo, si el rey de España o el príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse a este cuerpo de Ejército, el general comandante de las tropas francesas, y estas mismas, estarán bajo sus órdenes.*

Artículo 6.º Un nuevo cuerpo de cuarenta mil hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona, a más tardar el 20 de noviembre próximo, para estar pronto a entrar en España y *transferirse al Portugal en el caso de que los*

*ingleses enviásen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará, sin embargo, en España, hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo a este efecto (473).*

Yo no sé que en años anteriores, o en los posteriores al Tratado de Fontainebleau, hubiese sido hecho por Napoleón algún otro semejante, en que ligase más sus propios actos, en que partiese más al largo la autoridad y la influencia con la otra parte contratante, y en que la independencia de ésta, su dignidad y su respeto hubiesen recibido de su puño y firma un testimonio tan expreso y tan completo; aquella, sobre todo, fué la sola vez en que llegó hasta a consentir y estipular que sus tropas pudiesen ser mandadas por otros generales que los suyos, y en la dependencia de otro soberano. Ciertamente, a haber podido hacerlo sin exponer mi patria a una gran ruina, hubiera preferido yo las armas, pero después que por desgracia de la España, aún más que mía, y tan a pesar mío, se desmandó la guerra que tan dichosamente pudo haberse hecho en tiempo hábil, y después que habían logrado mis contrarios para sus fines depravados fomentar y hacer correr por todo el reino el aura popular de que gozaba Bonaparte, no había otro medio ni otro arbitrio para guarecer la España y libertarla del inminente riesgo en que se hallaba, sino el Tratado que se hizo, cumplido el cual, como debió esperarse que lo fuese, aunque Napoleón no consultase otro motivo que su propia honra, se habría salvado todo, el Portugal habría sufrido menos, España habría tenido prendas ciertas para tratar con gran ventaja cuando llegase el caso de ajustarse las paces generales, y habría quedado libre para enmendar más tarde las lesiones y trastornos que la política de urgencia habría causado.

Esto no obstante, aquel Tratado, ha sido objeto de una censura tan violenta como injusta de todos mis contrarios, y, en lugar de ver en aquel acto

una muralla que en lo moral y en lo político hubiese sido puesta a la ambición de Bonaparte, ¡han dicho que, al contrario, por aquel Tratado le abrí las puertas de la España y que la puse a su mandato! Respondiendo al uno de ellos, daré respuesta a todos: he aquí cómo se expresa el conde de Toreno, hablando del postrer recurso a que acudí, de retirar la real familia al Mediodía de España cuando empezó a manifestarse la perfidia con que obraba Bonaparte.

“Siendo, pues—dice—, esta determinación la más acomodada a las circunstancias, don Manuel Godoy, en aconsejar el viaje obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta; *pero le juzgará, si, gravemente culpable en haber llevado como de la mano a la nación a tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciendo en el corazón del reino tropas extranjeras, deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes*” (474).

No es ignorancia, sino mala fe, cual la de todos mis contrarios, la que gobernó la pluma del conde de Toreno en las imputaciones que me hace: iré por partes respondiendo a todas ellas triunfalmente.

Menos quince mil hombre (que se habrían podido reponer, y mucho más, en pocos días), las mismas tropas tenía España en 1807 que las que yo tenía dispuestas para haber combatido a Bonaparte un año antes en combinación con la Inglaterra, con la Rusia, con la Prusia, la Suecia, y hasta con el Austria, que, como llevo dicho, una vez entrada España en aquella grande arena que iba a abrirse, habría añadido a tantas armas el peso de las suyas. No fué mi culpa que esta guerra, tan practicable, tan segura, tan honrosa, tan gran remedidora como podía haber sido de la Europa, guerra por la cual yo agonizaba, y por la cual di un grito, no hubiese sido hecha: mis enemigos la estorbaron.

¿Debí arrojarme a ella cuando Na-

(473) El tenor completo de este Tratado se encuentra en el capítulo XXIX de este tomo.

(474) En su *Historia de la revolución española*, libro II, página 75.

poleón volvió triunfante, y ofrecer a su ambición y a su enemiga contra los Borbones un pretexto para invadir la España sin que sus demás amigos y aliados extrañasen su conducta y se alertasen?

¿Debí comprometer mi patria a una contienda contra la inmensidad de fuerzas, desocupadas y vacantes, con que Napoleón contaba entonces, exponerla a los desastres que sufrieron los prusianos y los rusos, y el trono a una caída como del de Nápoles?

Y lo que no alcanzaron en la cuarta coalición tantos ilustres generales y tres monarcas juntos con fuerzas combinadas y en gran manera superiores a las que España (aún suponiendo que hubiese hecho un grande esfuerzo portentoso), era capaz de haber juntado y haber opuesto a Bonaparte, ¿lo hubiera yo podido en un empeño que rayaba en lo imposible, el de cerrar el paso en nuestro suelo a sus legiones victoriosas? (475).

Y cuando hubiese sido yo tan necio y tan desacordadamente temerario que, cerrando los ojos en presencia de un peligro tan visible, hubiese pretendido en aquel caso hacer la guerra, ¿lo hubiera permitido Carlos IV?

Y ¿habría aprobado la nación tan peligroso arrojó, sola como se hallaba, sin ninguna ayuda, todo lo demás del continente sometido y acallado, y la Inglaterra distraída y ocupada en sus expediciones y en su defensa propia?

Además de esto, ¿habría querido la

(475) Entiéndase bien aquí que la cuestión de que se trata, y sobre la cual ha pretendido inculparme el conde de Toreno, no es otra que ésta: ¿Se debió negar el paso que Napoleón había pedido? Negarlo era la guerra, y yo no digo que a la larga, en una lucha porfiada, no habría bastado España a hacerle frente y superarlo, sino que en aquellas circunstancias ninguna fuerza habría bastado para cerrarle el paso, que es una cosa muy diversa. La encarnizada guerra de seis años, que costó a la heroica España librarse de sus armas, y quebrárselas aun distraído, cual se vió por otras guerras formidables en el Norte, sobra para probar que cuando pidió el paso, libre como se hallaba de enemigos en todo el continente y con cerca de un millón de tropas aguerridas, ningún esfuerzo humano habría impedido que atravesase la frontera.

nación entrar en guerra contra el hombre de quien entonces se gloriaba ser amiga y aliada? Y el mismo conde de Toreno ¿no ha contado largamente la opinión de que en aquella actualidad gozaba Bonaparte en toda España, mirado por el clero como el restaurador de los altares; como restaurador de la nobleza por las clases nobles; como el exaltador y el glorificador de la carrera de las armas por los militares; como el garante, en fin, del orden y del reposo público contra la demagogia y la anarquía por los hombres moderados? (476).

Y si cegado hasta tal punto que, sin respetar la opinión pública, ni la voluntad suprema del monarca, ni calcular tampoco la oposición que podría hacerme el audacísimo partido que comenzaba ya a mostrar sus zarpas y sus uñas, me hubiese yo atrevido a pronunciar un no absoluto con las armas en la mano, ¿cuál habría sido el resultado, cuando en aquellos mismos días trataba aquel partido nada menos que de hacerse en Bonaparte un protector y un grande amigo, uniendo al príncipe de Asturias a una princesa de su casa, y rogando se ocupase de la dicha de la España!

¿Cómo, pues, dice el conde de Toreno que yo dejé a la España sin defensa, porque ahorré las armas en aquellas duras circunstancias en que no po-

(476) He aquí el texto literal del conde de Toreno: "Por otra parte, el clero español, habiendo visto que Napoleón había levantado los derribados altares, prefería su imperio y señorío a la irreligiosa y perseguidora dominación que le había precedido. No perdían los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que había creado órdenes de caballería y erigido una nueva nobleza en la nación en donde pocos años antes había sido abolida y proscrita. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que, para ceñir sus sienes con la corona, no había presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. Los hombres moderados, los amantes del orden y del reposo públicos, cansados de los excesos de la revolución, respetaban en la persona del Emperador de los franceses al severo magistrado que con vigoroso brazo había restablecido concierto en la hacienda y arreglo en los demás ramos." (En el mismo libro II, ya citado.)

dían moverse sin un excidio casi cierto? ¿Por qué se desentendió de la defensa que yo puse, la sola practicable en el conflicto que nos vino, la de un Tratado en que aquel mismo de quien podía temerse un pensamiento de conquista, se declaró garante el rey de todos sus dominios en Europa, y en que, no obstante tamaña garantía, le fué tasado el número de tropas que podrían ser empleadas por la Francia y atravesar nuestras provincias?

Y ¿cómo añade todavía, con la misma mala fe y con tan mala lógica, que yo llevé a la España al lastimoso apuro en que nos vimos, introduciendo tropas extranjeras en el reino?

¿Fui por ventura yo quien pretendió que Bonaparte las entrase? ¿Fui yo el autor de su decreto de Berlín sobre el bloqueo continental de la Inglaterra, decreto en que se hallaba contenida virtualmente su intención de reducir el Portugal a su sistema, de grado o por la fuerza?

¿Fue culpa mía que el Portugal no se aviniera y no cediese a aquella voluntad, más que de hierro, del emperador de los franceses?

¿No le hice yo pedir que nos dejase la pequeña gloria para él, para nosotros grande, de obligar al Portugal a unir sus armas con las nuestras contra la Inglaterra? ¿Fue también culpa mía que Napoleón no se fiase de nosotros? (477).

Y, en tal extremo de las cosas, ¿habría bastado que le diese yo una voz

(477) He aquí las palabras terminantes del mariscal Duroc a don Eugenio Izquierdo sobre la pretensión de encargarnos nosotros solos de la reducción del Portugal: "Cuanto a formalidades, quiere el Emperador que se complazca a ustedes, y que una vez por todas se cercioron de sus intenciones generosas. Todo cuanto se pide o se insinúa acerca de este punto por parte de la España será hecho a su contento, menos una cosa: que es el dejar a ustedes solos la conquista de aquel reino. Esto no tiene que extrañarse; las circunstancias no son hoy como otras veces. Usted verá también que, unida con la Francia en esa expedición, será España más respetada por la Inglaterra, y que las esperanzas de ésta se harán más imposibles. Créalo usted, pues ya se ha visto muchas veces: los ingleses no gustan presentarse en donde hay tropas del Imperio."

y le dijese: *No se pasa? ¿Basta dar gritos a un torrente para que vuelva atrás o se detenga?*

Y ya que contenerle era imposible, ¿no puse un dique al aluvión para que entrasen menos aguas y no nos inundase?

¿Habría valido más dejar que Bonaparte hubiese entrado a viva fuerza en clase de enemigo, que encerrarle entre los lindes de un Tratado en calidad de amigo?

¿Fue también culpa mía que Bonaparte no respetase aquel Tratado? Y el conde de Toreno ¿no ha hecho él mismo mi defensa en diversos lugares de su obra, refiriendo que la entrada inmoderada de las tropas imperiales fué una obra de violencia, sin conformidad alguna con nuestro Gabinete, y quebrantando lo pactado? (478).

Dice no obstante, o da entender, el conde de Toreno, que, deslumbrado yo por la imaginaria soberanía de los Algarbes que me dió Napoleón o fingió darme, dejé entrar, por el Tratado que fué hecho, tropas extranjeras. Ya es tiempo de hablar de esto y responder

(478) He aquí algunos de estos lugares. Hablando de la entrada del general Dupont con un cuerpo de 24.000 hombres de infantería y 3.500 caballos, dice Toreno de esta suerte: "Empezó a entrar en España sin convenio anterior ni conformidad del Gabinete de Francia con el nuestro, con arreglo a lo prevenido en la convención secreta de Fontainebleau: infracción precursora de otras muchas." (Libro I, página 46.)

Poco más adelante (página 47), hablando de la entrada de otro cuerpo bajo el mando del mariscal Monecy, cuenta de este modo: "Prosiguió su marcha hasta los límites de Castilla, como si no hubieran hecho otra cosa que continuar por provincias de Francia, prescindiendo de la anuencia del Gobierno español y quebrantando de nuevo y descaradamente los concertos y empeños con él contraídos."

Y en la página 64 del mismo libro se lee también lo que sigue: "Había ya en el corazón de España, aun no incluyendo los de Portugal, cien mil franceses, sin que a las claras se supiese su verdadero y determinado objeto, y cuya entrada, según dejamos dicho, había sido contraria a todo lo que solemnemente se había estipulado entre ambas naciones."

Ahora, pues, diré yo al conde de Toreno: Si tú has reconocido esta verdad y has dado testimonio de ella, ¿por qué razón poco después te has hecho olvidadizo, y has dicho que yo entré en el corazón del reino tropas extranjeras?

a este estribillo de todos mis contrarios.

Por de contado está ya visto y demostrado que no hubo otro recurso para evitar nuestro peligro y permitir el paso (que, a no dárlo, se lo habría tomado Bonaparte), sino ponerle el parapeto de un Tratado, por el que, a más de estipularse el número de tropas que obtendrían el paso, y su camino en derechura para la frontera portuguesa, se impondrían las condiciones y seguridades que en tales casos se acostumbra por el Derecho público de Europa; que las tratamos y fijamos todas ellas minuciosamente, y que de tal manera las pusimos, que el mismo emperador llegó hasta el punto de constituirse y declararse por garante de todos los dominios de la Monarquía española al Mediodía de la frontera pirenaica: que, sin embargo de esto, se defendió la entrada de más fuerzas, salvo el caso de que, desembarcando los ingleses tropas suyas y dando auxilio al Portugal, se hiciese necesario reforzar las combinadas españolas y francesas; y que, aun en este caso que llegar pudiese, no podrían entrar refuerzos de más tropas imperiales, sin preceder nuevo convenio entre ambas partes contratantes. Bajo estos datos, y confesando el mismo conde de Toreno que la entrada de más tropas sobre la tasa puesta fué una violación de aquel Tratado y un acto de invasión por parte de la Francia, ¿cómo osa decir luego que obré yo deslumbrado por la soberanía de los Algarbes? Si yo lo hubiese estado, no hubiera opuesto tal barrera a la ambición de Bonaparte, barrera poderosa, barrera santa e inviolable aun entre pueblos bárbaros, que le debía costar su honor, su dignidad, la confianza de los pueblos y sus futuras glorias quebrantarla: uno de los motivos del malquerer que me tenía fué mi constancia, mi insistencia en la celebración de aquel Tratado de la manera que se hizo.

En cuanto a los Algarbes, muy pocos hay que ignoren, aunque lo finjan muchos, cuál fué el motivo de colocarme, o, por mejor decir, de pretender colocarme aquel favor de griegos. Básteme referir aquí una parte del colo-

quio que tuvo Bonaparte con don Eugenio Izquierdo, tocante a sus proyectos sobre el reino lusitano.

Como en lo relativo al trueque de la Etruria por otro Estado soberano en Portugal que Bonaparte pretendía, le hubiese dicho Izquierdo que Carlos IV no podría acceder a esta demanda sin batallar en gran manera contra su conciencia, le interrumpió el emperador y hablóle de este suerte:

—Usted podrá decir que lo que es cargo de conciencia, yo lo tomo por ante Dios y ante los hombres. Yo soy quien hago la injusticia, si por tal se tiene: la paz de Europa y el sistema del Imperio, requiere esta mudanza. Si Su Majestad Católica no la aprobare, me entenderé con los de Etruria y les daré su equivalencia en Alemania. Bajo de tal concepto, ¿no sería mejor que el rey juntase su familia, y que esa rama, sin ningún influjo ya en Italia, lo tuviese en la Península? ¿Vea usted mi intención recta..., voy a decirlo toño y a ligarme: tres Estados en Portugal, en vez de uno, todos tres colindados a Su Majestad Católica. A los de Etruria, la provincia de *Entre Duero y Miño* con la ciudad de *Oporto*; las provincias de *Beira*, *Tra-os-Montes*, y la *Extremadura portuguesa* para la casa de Braganza, si no se hiciere enteramente indigna de este miramiento; el *Alentejo* y los *Algarbes*..., tal vez pensará usted que para alguno de los míos...; tampoco... todo para España...: para el ministro a quien más ama Su Majestad Católica...; al que hizo entrar en su familia: le ha servido fielmente y allí tendrá un amigo verdadero. ¿Se negaría también a esto Carlos IV? ¿Vuestro príncipe de la Paz desdeñará ser príncipe de los Algarbes?

Izquierdo respondió:

—Vuestra Majestad, señor, es generoso sin medida, ¿quién podrá dudarlo? Pero el príncipe de la Paz..., conozco mucho su carácter..., podrá temer con fundamento que le arguyan algún día de haber sacrificado el Portugal aconsejando al rey la desmembración de aquel Estado para tener allí su parte...

—¡Bueno sería también—replicó Napoleón—hacer la mueca a una Corona

por el qué dirán las gentes! Yo no comprendo a ustedes.

—Pero en España—dijo Izquierdo—se piensa de otra suerte que en lo demás de Europa; la opinión es un freno en mi país que lo sujeta todo...

—Y ¿qué opinión es ésa?—preguntó Napoleón de muy mala catadura—. ¿Es que en España se creería que para hacer la guerra en Portugal a mi enemigo, necesito yo comprar vuestro ministro?... Señor Izquierdo, yo no preciso a Carlos IV, ni a su ministro, ni a ninguno, a hacer la guerra; si el rey no quiere hacerla, me sobra con el paso por sus tierras, que ni en las reglas del derecho ni podría rehusar en modo alguno, ni menos impedírmelo con armas. ¿Habrá alguno de tan corto alcance entre los españoles que piense de otro modo?... Pero, en fin, por lo que valga, vea usted mi pensamiento; no se dirá que no soy franco..., tan favorable para España como usted me encuentra, me es necesario prevenirme contra todos los eventos. Vuestro príncipe de la Paz está ya usado; ha hecho grandes servicios, ha libertado a España de las revoluciones de la Europa; pero, además de estar usado, tiene muy fuertes enemigos en su patria: la grandeza y el clero están en contra suya, y más que todos el príncipe de Asturias: la España no está lejos de una grande intriga que fomentan los ingleses, etc. (479).

Basta con esto para ver cuál fuera la intención de Bonaparte en amañar aquel señuelo que me puso en la soberanía de los Algarbes. Lo que por fuerza de armas consiguió en otros pueblos de la Europa, se había propuesto conseguirlo entre nosotros por la intriga y la política: las resistencias que yo opuse tantas veces a sus descabelladas pretensiones, hicieron me mirase de mal ojo como un estorbo a sus designios, y que buscase el modo de encontrar más dóciles consejos cerca

(479) Lo demás de la conversación que tuvo Napoleón con el consejero Izquierdo relativo a este asunto lo hallarán mis lectores en el capítulo XXIX, cuya lectura es grandemente necesaria para comprender en todo su valor estos sucesos.

de Carlos IV. Pedirle mi retiro era exponerse a darle un gran disgusto y a entibiar la buena inteligencia y amistad que procuraba mantener con él para llegar más fácilmente y sin estruendo a la consecución de sus proyectos: quitarme de su lado por tal modo que el rey no percibiera cuál fuese su intención, y que, al contrario, le quedase agradecido, tal fué la causa, y no hubo otra, del acomodo en la apariencia tan garboso a favor mío que hizo escribir en el Tratado, mientras su embajador Beauharnais, día por día, daba más alas y más garras a mis enemigos para causarme espanto; mientras Junot, pasando por Madrid con dirección a Portugal, me decía al oído, con misterio, que el emperador le había encargado me advirtiese *que si no tenía ambición, me contase por perdido*; mientras después, ya entrado en Portugal, me escribía y aconsejaba que no perdiese la ocasión de hacer seguros mis destinos y me pudiese a la cabeza de la división del Alentejo.

Y así fué que en cuanto vió Napoleón que yo no me movía y que me estaba siempre al lado de mi rey a quien había votado mi existencia, desaparecieron sus favores y sus dones como las falsas luces con que los cazadores encandilan a las aves por la noche. Y yo no me engañé, yo conocí sus intenciones, y al rey le aconsejé que propusiese en lugar mío alguno de sus hijos. Su Majestad no quiso, temiendo (y se fundaba) no nos metiese en los Algarbes alguna cuña de su casa (480).

A los que han dicho que aquella investidura del señorío de los Algarbes, contenida en el Tratado, fué una condición que yo exigí del emperador de los franceses para haber de abrirle el paso por España, les opondré tan sólo el buen sentido natural que hasta y sobra para convencerlos, sea de su mala fe, o sea de su ignorancia. Sabido

(480) He aquí la respuesta del rey cuando le di aquel consejo: "Bueno está lo bueno; no conviene: la voluntad de Bonaparte es movidiza como el viento; se necesita asirlo por sus propuestas mismas, no sea que invente otra diablura peor que ésta; Dios nos alumbrará después lo que mejor convenga." (Véase el capítulo XXIX.)

y tan sabido en todo el mundo cuál era su poder en aquel tiempo, cuánto fuese encumbrada y más que olímpica la posición en que se hallaba, cuál su altivez y orgullo, al que no creo que haya igualado, ni en lo moderno ni en lo antiguo, ningún orgullo de otro hombre, ¿quién podrá haber capaz de persuadirse que osara yo pedirle un trono e imponer condiciones, en mi nombre y en provecho mío, al que podía sin mí cuanto quisiese, al que acababa de imponerlas tan desmedidas como insólitas al autócrata de Rusia (481), al que dejaba reducido a poco menos que la nada a un sucesor de Federico el Grande, y a quien no sólo de la Europa, sino también del Africa y del Asia, prestaban homenajes en aquella misma época embajadores y legados de todas las potencias? ¿Habría yo perdido el juicio a tanto grado, y el emperador de los franceses habría depuesto su fiereza a tal extremo, que de igual a igual me encaramase yo a exigirle un reino, y él se abajase a concedérmelo?... Y ¿por qué o para qué? ¿Por que le abriese el paso en la frontera, que ni yo ni nadie podía impedirle a sus armas, y que él sabía muy bien que Carlos IV no querría negárselo? A los que tanto han batallado contra mí no sólo con mentiras y calumnias, sino con propósitos, les pido que batallen, si es que las entienden, con las armas de la lógica.

Júntese a todo esto mi conducta después de aquel Tratado; porque, si hubiese yo tenido la flaqueza de querer aprovechar aquella hora de fortuna que Napoleón hacía sonar en mis oídos, era

(481) Fuéronlo de tal modo las condiciones impuestas por el Tratado de Tilsit al emperador Alejandro, que, además del reconocimiento que Napoleón le exigió de sus dos hermanos José y Luis, del uno como Rey de Nápoles y del otro como Rey de Holanda, además del reconocimiento que le arrancó del futuro reino de su hermano Jerónimo, y de todos los príncipes de la Confederación del Rin, según la había zanjado, le hizo declarar por el artículo 15 de aquel Tratado que reconocía desde entonces anticipadamente todos los demás príncipes que se agregasen en adelante a la misma Confederación, con todas las calidades y títulos que Napoleón les quisiese señalar en las actas de su accesión.

una cosa consiguiente de mi parte que hubiese yo querido hacerla cierta y cumplidera, lisonjando y complaciendo a aquel de quien pendía se realizase la dicha prometida; que hubiese ido a París a darle gracias y a figurar entre la turba de aspirantes a cetros y coronas que llenaban su palacio y le rendían adoraciones, y que, ya que no lo hiciese faltando a la etiqueta rigurosa de aquel tiempo de ilusiones, hubiese procurado por lo menos serle grato sin atreverme nunca más a disgustarle. Pero ninguna de estas cosas fué visto que yo hiciese; lo que se vió fué que, al contrario, en ningún tiempo cuidé menos de agradarle. El mismo día, por cierto, en que llegó a mis manos el Tratado con su firma, después de haber logrado que perdonase Carlos IV al príncipe de Asturias, logré también que aquel buen rey, tan circunspecto y moderado cual lo era por carácter, se revistiese de firmeza y escribiese a Bonaparte de su propio puño, y en términos tan duros, cuanto era doble que lo fuesen de testa a testa enronada, dándole vivas quejas sobre la conducta de su embajador Beauharnais, pintándole con fuerza el indecoro de las negociaciones clandestinas entabladas por su mano con los hombres desleales que extraviaban a su hijo, y apelando al honor de los dos tronos, comprometido gravemente por la audacia inexplicable de Beauharnais.

Leída aquella carta, que le fué entregada el 11 de noviembre por el príncipe de Maserano, embajador de España, rompió Napoleón en gritos furibundos y en amenazas y denuestos, diciendo, casi ahogado por la ira, que recibía como una ofensa la más grave que cabía de un rey a otro aquella carta que, a no poder dudarse, habría copiado Carlos IV sin advertir lo que escribía, que aquella carta era obra mía, y una osadía contra la cual debía pedir al rey una satisfacción ruidosa, que no sería bastante a no quitarme de su lado, y desterrarme para siempre de la corte; que se hallaba tentado de declarar la guerra en aquel acto, y hacer prender la Legación entera y cuantos españoles hubiese en sus Estados; que lo de El

Escorial habría sido otra intriga semejante contra el príncipe inocente; que no había recibido carta alguna suya, y que Beauharnais ninguna cosa le había escrito relativa a bodas ni a ninguna otra pretensión por parte de aquel príncipe; que era una gran maldad el calumniarle de aquel modo, y complicar en tal calumnia su propio nombre y los respetos de su Imperio; que, desde aquel momento, pondría bajo su amparo al príncipe Fernando, y que, si fuese necesario, le defendería contra cualquiera que intentase difamarle y oprimirle. A esto añadió otras cosas, con su refrán acostumbrado de que era la Inglaterra quien movía y agitaba aquellos chismes para soplar la guerra entre las dos potencias (482).

Este acontecimiento fué público en París por las indiscreciones del príncipe de Maserano, que no sabía callar ninguna cosa, y que, temiendo le prendiesen, comenzó a poner en salvo los papeles y comunicó su miedo a muchos españoles. Lo peor de todo para mí,

(482) De esta manera trasteaba y no temía mentir, ni a sí mismo desmentirse, aquel gran hombre. He dicho *desmentirse*, porque después, pasados apenas cinco meses, en la respuesta, de todo el mundo conocida, que dió al príncipe Fernando, en 16 de abril de 1808, le dijo, relativamente a los sucesos de El Escorial, lo que sigue: "Vuestra Alteza Real había cometido sobradas culpas: *hasta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar.* Cuando Vuestra Alteza fuere rey, conocerá cuánto son sagrados los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal, etc." Y en el *Monitor* de 5 de febrero de 1810, bajo el título de *Piezas relativas a los asuntos de España*, artículo oficial, se cuenta el recibo de aquella carta por el Emperador de esta manera: "Hallándose el Emperador en Fontainebleau, en octubre de 1807, recibió la carta aquí adjunta (número 1) del príncipe de Asturias, de quien apenas conocía la existencia. Esta carta no había sido precedida de paso alguno anterior, y Su Majestad no pudo menos de entrever que se intentaba tomar su nombre para dar a los asuntos de España una dirección opuesta a sus intereses, etcétera."

La brevedad necesaria en un resumen no me permite extenderme a más detalles en lo que estoy contando. Mis lectores podrán hallarlos completos acerca de este incidente del 11 de noviembre, en el capítulo XXX de la segunda parte de estas *Memorias*, y en las de don Juan Llorente, tomo III, número 119.

fué que el mismo Maserano no tan sólo comunicó al Gobierno, como debió, en efecto, hacerlo, cuanto había ocurrido en la furiosa escena del día 11, sino que, faltando gravemente a sus deberes, bajo las impresiones del temor de que se hallaba poscido, envió una relación a sus amigos de lo que había pasado, diciendo a algunos de ellos que me huyesen, que me aguardaba una caída estrepitosa, y que el emperador se declaraba abiertamente por el príncipe de Asturias. De la una de estas cartas vino a mis manos una copia: mis enemigos repartieron otras muchas entre sus paniaguados, y muy pronto fué sabido en todo el reino aquel estado de las cosas. De aquí, juntas también las relaciones, las palabras y promesas del embajador Beauharnais, fué el ir creciendo aquel partido con una fuerza imponderable, derecho im a mi ruina solamente, sino también de Carlos IV.

Y yo pregunto ahora: esta conducta que yo tuve, aconsejando al rey aquella carta cual lo requería el honor, no menos que la seguridad del trono socavado por traidores, pero que podía traerme, cual me trajo, la indignación de Bonaparte, ¿fué la de un hombre seducido o deslumbrado por la soberanía de los Algarbes? Y aún hubo más, porque, aun después de lo ocurrido con nuestro embajador, como éste huiese dicho al emperador que don Eugenio Izquierdo había tenido carta mía por el mismo correo de Gabinete que trajo la del rey, mandó aquél que el mariscal Duroc buscara a Izquierdo y viese el modo de saber su contenido. Izquierdo la mostró a Duroc, y sin acobardarse quiso dársela para que el emperador la viese por sus propios ojos. Duroc se contentó con una copia: en esta carta hacía yo a Izquierdo, para su gobierno, una sucinta indicación de los sucesos y de los manejos de Beauharnais, resultando que el emperador vió en ella la confirmación de la del rey.

Cuatro días continuos duraron luego los coloquios del príncipe de Benevento, del mariscal Duroc y del ministro de Negocios Extranjeros con Izquierdo sobre aquel asunto, sosteniendo éste dignamente y con sagaz firmeza la in-



dependencia y el honor de nuestro Gabinete, hasta que, al fin, después de mil rodeos para excusar las iras del día 11, y echar agua sobre el fuego levantado de ambas partes, partió el emperador para la Italia, mandando a su ministro comunicase a Izquierdo los artículos o cláusulas siguientes:

"1.º Que el emperador pedía muy de veras que por ningún motivo ni razón, y bajo ningún pretexto, no se hablase ni publicase en aquel negocio cosa alguna que tuviese alusión a su persona ni a su embajador en Madrid, y que nada se actuase de que pudiese resultar indicio ni sospecha de que el emperador ni su embajador en Madrid hubiesen sabido cosa alguna interior de España, ni intentádola o coadyuvado a ella. 2.º Que si se hiciese lo contrario, lo miraría como una ofensa a su persona, que tenía medios de vengarla, y que la vengaría. 3.º Que el emperador declaraba que jamás se había mezclado en cosas interiores de España, y que aseguraba solemnemente que jamás se mezclaría; que nunca había sido su pensamiento que el príncipe de Asturias se casase con una francesa, y mucho menos con *mademoiselle Tascher de la Pagerie*, sobrina de la emperatriz, prometida, había mucho tiempo, al duque de Arenberg; y que no se opondría, como tampoco se opuso cuando lo de Nápoles, a que el Rey de España casase a su hijo con quien tuviese por acertado. 4.º Que *monsieur de Beauharnais* no se entremetería en asuntos interiores de España; pero que el emperador no le retiraría, y que nada debería dejarse publicar ni escribir de que pudiera inferirse cosa alguna contra aquel embajador... 5.º Y principalmente que se llevasen a ejecución estricta y prontamente los convenios ajustados el 27 de octubre último; que no hubiese pretexto para dejar de enviar las tropas prometidas; que no faltasen éstas en ningún punto, y que si faltasen miraría esta falta como una infracción al Tratado."

Por este resultado que tuvo el incidente de ambas cartas, la del rey y la mía, cualquiera observará que, cuando estaban de por medio la seguridad y

dignidad del trono, yo no contemplaba al formidable emperador, el cual fué visto de qué modo se halló desconcertado, y en la necesidad de dar excusas entre sus mismas amenazas, negando y renegando la evidencia de los hechos con que el rey le había argüido.

Pero, en medio de estas cosas, el mal quedaba siempre por el duro caso en que los maniobristas de las traiciones comenzadas habían puesto los respetos del monarca de la España. Una cuestión penosa se venía a los ojos: ¿Debía escribir el rey al orgulloso emperador para templar aquel enojo que le había mostrado? ¿Debería el rey hacerlo en formas diplomáticas, imitando el mismo modo de que había usado Bonaparte en sus explicaciones, y en sus excusas y promesas? ¿Sería más conveniente para evitar encuentros y disgustos nuevos que el rey le diese explicaciones por su parte con otra carta de su puño?

Su Majestad se decidió por escribirle; pero aún se presentaba otra cuestión más espinosa. Napoleón había tocado la rechinante cuerda de las pretendidas bodas de Fernando, haciéndola sonar de una manera que indicaba estar herido su amor propio: dejarle sin respuesta, ni aun de cumplimento, acerca de este punto, equivalía a un desprecio meditado; era forzoso decir algo, y no chocar contra el orgullo y el despecho del que se acordaba todavía de las bodas presurosas de la infanta doña María Isabel con el príncipe de Nápoles. ¿A quién la culpa de que el rey se hubiese hallado en tan desagradable y humillante compromiso?

La carta fué enviada, tan circunspecta y digna en su contesto del que la escribía, cuanto era más violento el sacrificio que éste hacía sobre sí mismo. Decía en ella a Bonaparte que, al dirigir sus quejas de la conducta tan extraña que había tenido su enviado en nuestra corte, no había sido su intención atribuirle ni la más pequeña connivencia con aquel ministro; que persuadido, como estaba, de la intimidad y de la franqueza con que entrambos debían comunicarse entre sí mismos, sin personas intermedias y sin

ruido, cuanto en asuntos reservados conviniese para su buena inteligencia, le había escrito en derecho el extravío de su representante, no menos ofensivo a los respetos del alto soberano a quien representaba que a los de aquel cerca del cual tenía su residencia; que, atento siempre a la necesidad de mantener el real decoro de las dos Coronas, había cuidado de correr un velo desde el principio mismo de los sucesos ocurridos sobre la parte que Beauharnais había tenido en ellos, sin aguardar se le pidiese o exigiese esta medida de prudencia; que la infidelidad de su enviado se hallaba descubierta por las revelaciones del príncipe de Asturias, confirmadas por las declaraciones de sus culpables consejeros; que el grande sentimiento que le habían causado estos manejos no era tan sólo por la injuria que por ellos se había hecho a su persona, sino también, y en igual grado, porque, en vista de estos tratos clandestinos, se podía pensar que la reserva de su hijo tendría por causa disposiciones enemigas de su padre con respecto a la persona del que trataba tan sinceramente como amigo y aliado, o con respecto a su familia y a su Casa; que, buen padre y buen amigo, Su Majestad no se habría opuesto a la alianza que su hijo deseaba, y que, en suposición de que pudiese realizarse, Su Majestad daría su pleno asenso; que en todo lo demás debía el emperador tener por ciertas y constantes sus disposiciones para la ejecución de los tratados concluidos y comenzados a cumplirse, sin dudar de su amistad probada largo tiempo, la cual jamás por parte suya sería desfallecida por ningún evento ni por ninguna queja de un orden subalterno.

Napoleón, después de muchos días, contestó al rey desde Milán a aquella carta. Negaba en ella todavía que por la mano de Beauharnais ni de ninguna otra persona hubiese recibido carta alguna del príncipe de Asturias, y daba luego esta salida de que, si bien pudo haberla escrito el príncipe, y hallarse persuadido de que su carta fué enviada, cierto de lo primero, no podía estarlo de esto último, y que sin duda al-

guna le engañaron los que habían montado aquella intriga. En cuanto a bodas, respondía con otro cumplimiento semejante al que le tuvo Carlos IV, y le decía que en cuanto fuese conducente para estrechar las relaciones del Imperio y de la Monarquía española, le hallaría el rey pronto, siendo entre tanto su principal deseo que el príncipe de Asturias volviese a hacerse digno de su paternal benevolencia.

Un mes después, a poca diferencia, le regaló el emperador dos tiros de oaballos, y le escribió de nuevo finamente, dándole quejas amigables de que no hubiese vuelto a insinuarle cosa alguna sobre enlace de las dos familias, por el cual, decía, podría aumentarse la unión, la fuerza y el poder de entrambos dos Imperios para dar la paz al mundo. Escribía así para dorar los grandes desafueros con que, violando los Tratados, de cuya ejecución se había mostrado tan celoso, hacía inundar el reino con sus tropas.

La guerra, en tanto, del partido que sostenía Beauharnais, y a la cual servía de lema y de divisa el nombre de Fernando, más descubierta y arrojada cada día que iba pasando, cobraba fuerzas nuevas. Yo era el pretexto de ella; su objeto, Carlos IV. Cuantos esfuerzos caben en persuasión humana, otros tantos puse en obra porque Su Majestad me permitiese retirarme.

—Se necesita—dijo al rey—un nuevo Ministerio, grandemente respetable, que, comprendiendo bien la situación presente, pueda hacer rostro, dentro y fuera de la España, a toda suerte de enemigos; se necesitan hombres nuevos y de buen tamaño, de corazón muy grande, hombres no expuestos de antemano ni a los tiros de la envidia, ni a la malevolencia de ningún partido, libres de amor y odio en cuanto a las personas, de nadie temerosos e inaccesibles a la intriga de donde y como quiera que viniere. Esta elección no es muy difícil; los buenos españoles abundan dondequiera, y saben acudir a su monarca.

Y el rey me respondía:

—O los ministros nuevos serán desagradables al emperador de los fran-

ceses, o le serán gustosos: si fuere lo primero, buscará modo de apelarlos; si lo segundo, será porque los halle favorables a las ideas que tenga en su cabeza. Con la facción que sorprendió a mi hijo, mientras ésta se encuentre alimentada y sostenida por Beauharnais, sucederá lo mismo: cualesquiera personas que yo nombre, no siendo de su bando, dirán que son hechuras tuyas, e intrigarán en contra de ellas, y no serán tan fuertes como tú lo has sido para contenerla tantos años.

Y, sin embargo, yo insistía, y le propuse al rey que, al tenor de los Tratados concluidos, y asistido de los generales Taranco y Solano, cuyos talentos y virtudes militares igualaban su lealtad al trono, tomase el mando superior de los Ejércitos, llevándose consigo al príncipe Fernando y ocupándole en la guerra. Su Majestad me opuso sus achaques, las circunstancias nada propias y adecuadas para ir a figurar a la cabeza de un Ejército, donde los generales extranjeros, franceses de otros tiempos muy diversos, no prestarían a su persona sino un respeto de etiqueta y de apariencia, junto con los desdenes y desaires a que podría encontrarse expuesto en tal teatro, donde al cabo de sus años, sin experiencia alguna de la guerra, iría a estrenarse.

Y como yo le instase y le dijese que la facción no desmayaba en sus intrigas y en las difamaciones que me hacía por todo el reino de que yo tenía jurada la perdición del príncipe, Carlos IV hizo llamarle por más que yo le suplicase no lo hiciese en mi presencia, y mostrarle el empeño que yo hacía por retirarme:

—Su solo fin—le dijo—es que la paz, tan necesaria en todo tiempo, y al presente más que nunca, no se perturbe por su causa. De ti estoy ya cierto; me has dado muchas pruebas estos días de tu sincera vuelta al seno de tus padres y de tu horror a los malvados que consiguieron engañarte: yo quiero darte otra por mi parte de que me fio de ti, y preguntarte estas dos cosas: la primera, si piensas tú que esté ya hundida, ya callada, esa facción que se jactaba de tenerte a su cabeza, y que, cual

tú me has dicho, hacía ya largo tiempo que trabajaba en dividirnos y en atentar a mi gobierno: la segunda, si será un medio conveniente, en tu manera de pensar, para acabar de desarmanla, que a Manuel le conceda su retiro.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!—dijo Fernando, acompañando a sus palabras con la expresión más viva y tierna de sus ojos—. El que me ha vuelto a vuestra gracia cuando me hallaba tan ajeno de lograrla, no debe nunca separarse de nosotros—y asíéndome una mano, y asomándole las lágrimas, con voz entrecortada prosiguió diciendo—: He visto el precipicio donde había caído, y he conocido bien las redes que me fueron puestas; nadie podrá salvarnos sino el mismo que por tantos años nos ha librado de las garras de Francia, y que con sólo su prudencia ha contenido a los perversos: no hay que temer a ese partido. ¿Quién son ellos ni quién pudiera sostenerlos en medio de nosotros, unido yo como lo estoy con Vuestra Majestad tan firmemente y reclamando los castigos que merecen tales pícaros?

Otras mil cosas como éstas dijo el príncipe abrazándose. Yo le correspondí como debía; pero me guardé de repetir en su presencia la totalidad de los motivos en que yo fundaba la necesidad de retirarme, temiendo no llegasen a noticia de Beauharnais, no porque yo dudase que en aquel momento no fuesen verdaderas las palabras de Fernando; mas no podía desconocer que su albedrío se hallaba trabajado por dos fuerzas en dirección opuesta, y no era fácil acertar cuál triunfaría. El rey creyó más poderosa la de un padre, y se afirmó en negarme lo que con tantas ansias le rogaba: ni a derecha ni a izquierda había camino para mí por donde huir los duros fallos del Destino.

Tras un día malo, otro peor, y peor que éste el que seguía, creciendo estas peorías en progresión geométrica. Sin que hubiese venido a proteger o a disputar el Portugal expedición alguna de Inglaterra, sin preceder ningún convenio nuevo, y sin pedir ni aun por de-

coro nuestra venia, he allí entrar, cual por su casa, por la nuestra, nuevas tropas imperiales, y agolparse otras más en la frontera para seguir entrando sin verse el fin de la irrupción que comenzaba. Mi postrera experiencia de la llaga que se abría en los corazones fué hecha entonces. Con grande asombro mío noté que nadie se alarmaba, y que hasta los ministros se esforzaban para tranquilizar a Carlos IV. A duras penas conseguí que se tuviese sobre aquella grave novedad un Consejo extraordinario.

Pedí yo en él que, señalando al Gabinete francés como una prueba de nuestra confianza y amistad no haberse opuesto resistencia a diez mil hombres que sobre el número fijado en el convenio de Fontainebleau, y sin convenio nuevo de las dos cortes aliadas, habían atravesado la frontera, se le exigiese suspender la marcha a España de otros catorce o quince mil que parecían seguir tras de ellos, hasta que, vuelto ya el emperador, se entendiesen nuevamente entrambos dos Gobiernos; bien entendido que la España no se encontraba en situación de proveer mantenimientos a más tropas, y que además no le era menester auxilio alguno para guardar sus costas como antes lo había hecho en diferentes casos con mucha gloria suya propia, a la cual no era honroso renunciarse; tanto más todo esto cuanto el peligro que debía pararse no era grande, puesto, por una parte, que la Gran Bretaña, por más que se esforzase en aquella actualidad, no nos podría oponer tal número de tropas que balancease las fuerzas combinadas españolas y francesas puestas ya en campaña, y visto, por la otra, que todo el Portugal se hallaba sometido y resignado de un cabo a otro de aquel reino; motivo por el cual, en vez de tropas y más tropas que sin necesidad gravasen a aquellos pobres habitantes, el mejor modo de guardarle y conservarle sin alterar los ánimos era contar con el país y gobernarle como un pueblo amigo, de la manera misma que por parte de Su Majestad Católica se estaba practicando en las provincias que ocupaban las divisiones españolas; diciéndo-

se además que el Rey de España, fiel y constante cual se hallaba cuanto al exacto y esmerado cumplimiento de los Tratados concluidos, pedía su ejecución del mismo modo por parte de la Francia, y concluyendo, en fin, que, mientras los sucesos ulteriores no hiciesen necesario se aumentasen las fuerzas militares por entrambas partes, ni precediese para ello el mutuo acuerdo de una y otra como estaba estipulado, se invitaría por parte nuestra al jefe del segundo Cuerpo de Observación de la Gironda a suspender su marcha para España, y a esperar las nuevas órdenes que, en armonía, sin duda, con las nuestras, le dirían que hiciese alto en su camino y se abstuviese de internar más tropas.

Tan moderada y circumspecta como esto que refiero fué la propuesta que yo hice en el Consejo para no espantar los ánimos y conseguir alguna cosa tras la cual podrían venir otras mejores por sus propios pasos; pero fué tanta mi desgracia que hasta al rey le tuve en contra. Cuando hubie ya acabado, dirigiéndome su voz, me dijo estas palabras:

—Lo que propones es lo justo, lo debido y lo que exige el honor de mi Corona; mas ¿qué se hará después si el emperador insiste en que entren nuevas tropas?

—Señor—respondí yo—, negar la entrada con firmeza mientras ningún motivo poderoso previsto en el Tratado pueda justificarla.

—Y si las manda entrar no obstante—añadió el rey—, ¿qué es lo que podrá hacerse?

—Defendernos, si a tal se atreve en casa ajena sin ningún motivo verdadero—dijo al rey—, hablar a la nación, decirle lo que pasa, fiar en Dios, en nuestra buena causa y en España.

—¡Resolución heroica, pero desesperada!—exclamó el rey, y en seguida hizo señal para que hablase cada uno por su turno.

Todos los pareceres fueron uniformes en igual sentido que habló el rey, y yo me quedé solo sin ningún apoyo. Y hubo más: que un ministro, el de Marina, el bailío Gil, muy grande ami-

go mío mientras mi suerte fué propicia, se arrojó hasta el extremo de decir "que cuando en todo evento presumible Napoleón, mal informado, tuviese alguna queja de personas, no podía ser de ningún modo contra Su Majestad, a quien ante la Francia y ante la Europa entera tenía prestados tan grandes testimonios de amistad y de respeto; mas que, temiendo acaso hallar quienes se opusiese en nuestra corte a sus combinaciones y proyectos contra la Inglaterra, o quien desconociese sus intenciones manifiestas de estrechar sus relaciones y partir su gloria con la España, no era una cosa de extrañar que se tomase una licencia a que estaba acostumbrado con sus demás amigos y aliados, sin intentar por esto deprimirlos ni dañarlos, sino, al contrario, engrandeciéndolos y poniéndolos más altos".

Extendióse después a pincelar, a su manera, con los colores más sobrios, el resultado de la guerra que podría encenderse, y concluyó llorando y protestando vivamente no querer hacerse responsable por su voto de los tremendos males que venir pudiesen sobre España, por empeñar un choque en tales circunstancias con el emperador de los franceses (483).

Mi respuesta a este ministro fué una advertencia inútil a los que estaban ciegos.

(483) No hay mayor enemigo que un ingrato. Cuando la Junta Suprema de Gobierno acordó, en abril de 1808, mi salida de la prisión, donde el partido vencedor me guardaba para hacer conmigo un auto de fe, según la antigua usanza en el advenimiento de los reyes al trono, el bailío Gil se opuso vivamente a aquel acuerdo y votó en contra. El conde de Toreno le ha alabado de aquel rasgo de firmeza; pero no ha contado que este mismo individuo fué uno de los miembros de la misma Junta que poco tiempo después, en 13 de mayo siguiente, firmó la Exposición dirigida a Napoleón para darle gracias de que se hubiese dignado resolver que un príncipe de su familia viniese a ocupar el trono de las Españas, diciendo, entre otras cosas, que la mayor prueba de amor que nuestros reyes y príncipes habían dado a la nación era la de haber renunciado en sus manos todos sus derechos. Más ingrato que conmigo fué el ministro Gil con su nuevo rey Fernando (Véase esta Exposición en la colección de Llorente, número 62, tomo II de sus *Memorias*.)

---No es mi intención---les dije---hacerme muy cansado; pero debo responder alguna cosa a lo que he oído. Por no empeñar un choque ahora, en este tiempo que ha llegado y yo tenía previsto, quise empeñarlo hace ya un año, y me hallé solo como ahora...; más que esto todavía...; lo que intenté yo entonces y pudo ejecutarse con fortuna casi cierta, hoy se me cuenta como un yerro. Nada ignoro de lo que dicen y se murmura en todo el reino, que yo solo soy el blanco de las quejas o del odio del emperador de los franceses; y en verdad yo no dudo de que el emperador me mire mal, pues que jamás he sometido, en cuanto ha estado de mi parte, nuestros intereses al suyo. ¡Pluguiese a Dios que fuese cierto eso que dicen! Porque el remedio estaría entonces en la mano; remedio, si lo es, que yo he pedido tantas veces y estoy pidiendo con más ansia cada día que pasa. Mas, comoquiera que ella sea, y cuanta fuere la mala voluntad o la enemiga que el emperador me tenga, no puedo persuadirme que acerque tanta gente y que viole los Tratados con el solo objeto de hacerme a mí la guerra. Daría muy mala idea de su poder si no creyese que bastase a derribar el mío una tan sola insinuación de parte suya. Podré ser el pretexto que le cuadre para encubrir sus miras sobre España; pero la realidad la dirá el tiempo si no se toma más camino que mostrarle confianza y abrirle nuestras puertas, como las tiene abiertas en toda la Alemania. Allí, a lo menos, no hay Borbones...; queda sólo una rama de esta familia augusta, y esta tan sola rama es la de España. Omíto aquí el hablar de otras especies que circulan y no son para este sitio; sólo diré una cosa que es de esencia, y es que si el rey nuestro señor, que está presente, no inspira confianza al soberano de la Francia, mal la podrá inspirar cualquiera otro en que se piense por algunos. No hablo de nadie aquí presente; pero los hay en otras partes que lo sueñan. Estos sueños son muy malos, porque podrán entretener la opinión pública, dar una mala confianza y adormecer los ánimos en medio del peligro. He dicho

más que no pensaba; concluiré sólo con decir, sin necesidad de hacer protestas, que si se deja entrar más tropas y sobreviene una catástrofe, la postrera injusticia y la más grande de mis enemigos será tal vez, serálo ciertamente, de hacerme responsable de cuanto aconteciere, cual si no hubiera hecho cosa alguna ni querido hacerla para salvar la patria y la corona de mis reyes. No tendré entonces más defensa que el testimonio augusto de Sus Majestades, y el que me sabrían dar en tal extremo vuestras excelencias, si tan funesto porvenir como entreveo, Dios no lo quiera, se cumpliere.

En tan resbaladiza situación volví a pedir a Carlos IV mi retiro. ¿Quién que me lea de buena fe (lo he dicho en mis MEMORIAS, y otra vez lo digo), quién podrá creer que alguna especie de ambición me retuviese todavía de propia voluntad cabe la orilla de un abismo que se abría para tragarme, sin que siquiera fuese dueño de poner delante de él alguna valla, rodeado de enemigos cual me hallaba, tibios y amedrantados los que podían llamarse amigos, contraria ya la corte toda y el rey mismo a mis consejos? Mas, mientras más difícil se hacía mi posición, más me amarraba Carlos IV al pie del solio cercano a desplomarse.

No pasaran dos días sin que ya se supiese y refiriese en todas partes cuanto había pasado en el Consejo, formándose argumento sobre esto de que mi caída era infalible, visto que Carlos IV había dado tan gran muestra de sustraerse a mi influencia. Faltó sólo escarnecerme cara a cara, pero llovieron los anónimos cargados de rechiflas, de insultos y amenazas. Tal vez podrá pensarse que pondero cuando cuento aquel estado de impotencia en que mis enemigos me pusieron para defender mi patria, extraviando la opinión de la manera que lo hicieron, volviéndome el ludibrio de la España y concitando contra mí las pasiones y los odios de mis conciudadanos engañados. Pero tengo un testimonio de estas obras infernales, dado por el mismo que estaba a la cabeza de aquella inicua bandería que causó tan grandes males a la Es-

paña. Esta revelación la debo al mismo Escoiquiz, que, en su *Idea sencilla* (capítulo primero), después de suponer que mi ambición produjo en todos los españoles, y particularmente en el príncipe de Asturias, la sospecha de que yo aspiraba al trono (484), y que por esta causa el príncipe se vió obligado a encargarle se valiese de todos los medios posibles para precaver tamaño atentado, sigue contando de esta suerte:

"Pasé en consecuencia, sin perder instante, a Madrid, en donde practiqué las diligencias y tomé las medidas que pueden verse en la famosa causa de El Escorial. Una de ellas fué la de tratar con el embajador de Francia, conde de Beaumont, en secuencia de ciertas proposiciones secretas de amistad y confianza hechas de parte del emperador su amo al príncipe de Asturias sobre el proyecto de casar a Su Alteza con una princesa de su sangre imperial. Las explicaciones de dicho embajador, a quien estudié con el mayor cuidado, me parecieron sinceras, y lo eran, en efecto, de su parte, pensase o no pensase de otro modo su Gobierno, pues me consta que estaba persuadido el expresado embajador de que no había más que seguir sus verdaderas miras.

"Estas eran tanto más probables para

(484) El autor y promovedor de esta especie, que él llama *sospecha*, no fué otro que el mismo, el cual atormentó con ella, por espacio de más de diez años, los oídos del príncipe Fernando, y engendró en su corazón aquel odio capital de que fué víctima, tan arraigado y tan tenaz, que con él bajó al sepulcro. De esta atrozísima calumnia no he cuidado de defenderme en mis *Memorias*. ¿Quién que conozca España podrá imaginarse que un particular, por más rudo y temerario que fuera, pudiese aspirar al título de rey, y a reinar entre iguales? Napoleón mismo no habría podido hacer entre nosotros lo que hizo en Francia. Y, sin embargo, esta calumnia, a fuerza de ser tan absurda e increíble, fué una de las armas con que mis enemigos me combatieron a muerte. M. de Sémonville decía, a propósito de este género de calumnias exorbitantes: "Si un enemigo me acusara de un crimen ordinario, por más atroz que fuese, acudiría sin turbarme delante de mis jueces, y no perdería mi tranquilidad, seguro como estaría de mi inocencia; pero si me acusaran de que *había robado las dos torres de la catedral*, me echaría a correr y a ponerme en salvo, temeroso del castigo que podría venirme sin hallar misericordia en nadie."

mi—continúa Escoiquiz—cuanto las confirmaba entonces la voz que corría por toda la España de que el emperador Napoleón, irritado contra la perfidia de don Manuel Godoy, a quien achacaba justamente la proclama hostil e intempestiva publicada contra él poco antes de la batalla de Jena, compadecido de la preocupación del señor don Carlos IV para el tal favorito, estaba empeñado en desengañarle, en privar al favorito de todo su influjo, en remover a la reina, aún más engañada por él, del manejo de los negocios, y en volver a excitar en el rey el amor paternal y la confianza para con su hijo el príncipe de Asturias, contando con esto asegurarse totalmente de la fidelidad de la España en su alianza. Con efecto, todas mis observaciones y noticias debían persuadirse que esta voz era fundada (485), y, por consiguiente, que las explicaciones del Gobierno francés por su embajador eran sinceras, pues no podía adoptar un sistema más favorable a sus verdaderos intereses que el de remover a un enemigo declarado (486), adquirir un total influjo so-

(485) En este lugar (pág. 11) se hace llamada a una nota en que dice el mismo Escoiquiz lo que sigue: *Esta voz fué tan notoria y universal en aquella época, que no necesitan mis compatriotas, que se acordarán de ella, que se la pruebe. No necesito llamar aquí la atención de mis lectores sobre la tosquedad, la incorrección y trabajosa contextura del estilo de este malaventurado sacerdote, pues es cosa que salta a la vista, lo mismo en este lugar que estoy trasladando que en todos los demás de su Idea sencilla, cuyo epíteto puede sólo convenirle por ironía: otra cosa merece más ser notada, y es la sandez con que pretende hacer creer que aquella voz le llegó del pueblo, habiendo sido él su autor y promovedor por sí, y por sus demás amigos y agentes de la facción, de la cual él y el duque del Infantado eran los principales caudillos. Nadie, fuera de Escoiquiz, Infantado y algún otro confidente, tuvo relaciones íntimas con el embajador francés y, de consiguiente, nadie sino ellos y algunos dependientes de la Embajada con quienes estuvieron de acuerdo pudieron ser los autores de los rumores extendidos de boca en boca por todo el reino: llegaronle, sin duda, también del pueblo, pero como un eco de los que él había movido.*

(486) *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos.* Todo el odio que contra mí suscitaron mis enemigos en las grandes masas de la nación procedió de ha-

bre un rey amigo (487) y prepararse en su heredero un aliado inseparable, poderoso y necesario para contrarrestar el despotismo marítimo de la Inglaterra su rival, estrechando su amistad con servicios tan importantes y anticipados y con los vínculos de la sangre (488); tal fué el primer fundamento de la confianza que dividió (489) conmigo toda la nación en la rectitud de las miras del Gobierno francés en aquella sazón.

"Creció esta confianza en mí—sigue todavía Escoiquiz—como en todos los españoles por la enemistad constante del embajador francés contra el príncipe de la Paz (490), y por su conducta en favor del príncipe de Asturias y de los implicados en la causa de El Escorial hasta su conclusión, y subsistió la misma confianza hasta la época del tumulto de Aranjuez y de la abdicación de la Corona hecha por el señor don Carlos IV."

berles hecho creer que yo había vendido la España a Bonaparte, calumnia atroz que no sólo fué funesta para mí, sino también para una multitud de españoles, dignos hijos de la patria y servidores suyos meritísimos, que fueron asesinados por las engañadas plebes, sin otro motivo que haber sido amigos míos. ¡Y he aquí el gran cuadrillero de todos mis contrarios, que seis años después me reconoce en la letra de molde por un enemigo declarado de Bonaparte! ¿Quién si no una justa providencia de los cielos pudo haber movido la pluma de Escoiquiz para hacer esta confesión, sin que él lo pensase, en favor mío?

(487) Luego antes no tenía un influjo entero; luego nuestra corte no le estaba vendida en mi tiempo; luego cuando ellos, para perderme, dijeron lo contrario, fueron calumniadores y asesinos o fautores de asesinos.

(488) Luego faltaba mucho en el reinado de Carlos IV para llenar los deseos de Bonaparte; luego necesitaba Bonaparte prepararse en Fernando un amigo más servicial y complaciente; luego, en opinión de Escoiquiz, convenía que se estrechase esta amistad con los vínculos de la sangre para servir mejor a Bonaparte.

(489) Participó, quiso decir Escoiquiz con este galicismo aún mal hecho, de que usa escribiendo *dividió*, por *partagea*.

(490) Esta enemistad constante de Beauharnais conmigo era una prueba de que el emperador no era mi amigo ni yo suyo. Si me hubiera yo prestado a sus deseos y a sus caprichos, bien se habría guardado aquel embajador de hacerme guerra; ni Beauharnais ni nadie de los que Bonaparte empleaba en su servicio eran hombres que osasen separarse, ni en una tilde, de sus instrucciones.

Si se necesitaran más testigos para apoyar esta relación de Escoiquiz, serían muchos, al escoger, los que podría producir en este lugar de entre los mismos escritores de su pandilla; pero bastará ceñirme a trasladar un testimonio de igual autoridad sacado de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte* por una Comisión ministerial de militares, sobre la cual he hablado ya otras veces (491):

“El general Dupont—cuentan estos autores—, comandante del segundo Cuerpo del Ejército de la Girona, entró en Irún el 24 de diciembre, aunque, según el *Tratado*, la entrada de aquel Cuerpo no debiese tener lugar sino en el caso de moverse los ingleses para defender al Portugal, en lo cual no se estaba, puesto que el bloque del Tajo no podía calificarse de defensa de aquel reino, ni menos todavía las simples amenazas de un desembarco al Occidente de aquel reino. Se reunían al mismo tiempo nuevas tropas en el departamento de los Pirineos orientales, y cada día se descubría más claramente un proyecto de invasión; pero convencidos los españoles de que las tropas francesas venían destinadas para obrar en favor del príncipe de Asturias, y aunque no viesen con placer aquellas tropas extranjeras, las trataban con una sincera cordialidad, y no se quejaban de los sacrificios indispensables que pedía su subsistencia” (492).

(491) En mis MEMORIAS tengo advertido, y vuelvo a advertirlo en este resumen, que no poseyendo sino una traducción francesa de esta obra, publicada en París en el año de 1818 por un individuo que, sin decir su nombre, sólo se manifiesta con el título de *testigo ocular*, hago mis citas con relación a ella. Este pasaje de dicha obra se encuentra en el libro I, páginas 228 y 229.

(492) Se me ofrece aquí la ocasión de confirmar lo que dije poco antes en otro lugar de que el plan de la facción, por más que me hubiese tomado a mí por pretexto, iba trazado principalmente y como de rechazo contra Carlos IV. He aquí acerca de esto mis inducciones, perfectamente fundadas: si la facción y los pueblos engañados por ella se alegraban de la entrada indefinida de las tropas francesas, creyéndolas destinadas para obrar en favor del príncipe de Asturias, ¿qué era lo que podía desearse y esperarse que hiciesen por aquel príncipe? ¿Librarle de los

Sería contar y no acabar y estar contando siempre si me empeñase en referir todos los medios con que mis enemigos trabajaron para irritar y enfurecer en contra mía no tan sólo la opinión del reino, sino también la de la Francia, donde hacían correr la voz de que estaba yo buscando, para sostenerme, la protección de los ingleses; que habían salido agentes míos con dirección a Gibraltar y a Londres para abrir pláticas de paz y de alianza, y que la España estaba a pique de ser puesta, a pesar suyo, por centro de un incendio nuevo que podría frustrar por quinta vez la paz del continente. Si Napoleón sabía correr, más que correr, volar, sin aguijones ni reclamos, para dar cima a sus proyectos, ¿qué nuevo grado de viveza no debía tomar aquel hijo del trueno y del relámpago al recibir estos anuncios apoyados por Beauharnais, y quién podrá extrañar que amontonase tropas y que las derramase sobre España en todas direcciones, que acechase nuestras plazas, que se hiciese dueño de ellas con engaños y sorpresas (493) y que se apresurase a rodear

procedimientos de la causa del Escorial? Fernando estaba perdonado por su padre. ¿Se hallaba maltratado u oprimido? No, porque a muy pocos días de su perdón le volvió a su gracia Carlos IV, le abrió su corazón, se esforzó en atraérselo por cuantos medios tiene un padre para ganarse nuevamente a un hijo extraviado, y llegó hasta el extremo de escribir a Bonaparte y de significarle su paternal agrado acerca de las bodas que Fernando había pedido y deseaba. ¿Qué era, pues, ya lo que faltaba, qué tenían que hacer o que vencer en favor suyo las tropas que avanzaban en tan crecido número? Grande debía de ser la empresa que la facción soñaba, no la de derribarme, que era de muy poca obra para tanta gente, sino la de ponerle la corona y obligarle a Carlos IV a retirarse. Tal era el gran proyecto ya amasado, no que el embajador fuese tan lejos en los planes de su corte, mas sí que se hiciese concebir esta esperanza para allanar la España y alimentar aquel partido que debía allanarla: los sucesos posteriores lo probaron.

(493) No es necesario detenerme aquí a referir los engaños y las trazas, indignas del temple, de la fuerza y del poder de un guerrero tal como Napoleón lo era, con que sus generales sorprendieron la buena fe y la confianza de los comandantes de las plazas fronterizas. Mis lectores hallarán por completo en el capítulo XXXI de la segunda parte la relación de estas vergonzosas hazañas con que las



nuestro Gobierno y a aprovechar los días y los momentos que tan buena andanza le ofrecían en las disposiciones de los que tan gozosos, y tan grandemente confiados le aguardaban? Estos son, diré yo al conde de Toreno, *los que introdujeron en el corazón del reino las tropas extranjeras*; ellos los que tan sólo merecieron en España el epíteto vulgar de *afrancesados* con que después tildaron y affigieron a tantos buenos españoles; ellos los que debieron ser marcados con este innoble apodo, si otro más infamante, el de *traidores*, no hubiese sido el justo nombre que merecieron por sus obras.

¡Quién me podrá argüir, en vista de estas cosas, sobre los desastres que se precipitaban en España! Retirarme no me era dado por más que le rogaba a Carlos IV día por día; desmentir las calumnias que contra mí esparcían mis enemigos a propósito del príncipe de Asturias no me era permitido sin publicar los hechos y extravíos del que ya estaba perdonado, y cuya unión y buen acuerdo con su padre era tan necesario en faz del enemigo que procuraba su discordia. Hablar a la nación y declarar al pueblo castellano su peligro hubiera sido un medio en otras circunstancias, no en aquéllas: nadie me habría creído, cuando se hacía creer en todo el reino que venía Bonaparte a derribarme y a dar favor y ayuda al príncipe de Asturias; mientras, por otro lado, un manifiesto a la nación, con que pudiese abrir sus ojos, hubiera equivalido a declarar la guerra a Bonaparte, y declararla inútilmente si yo no era creído. Y ¿quién podía creerme? La corte y todo el reino, amigos y enemigos, me miraban todos como un proscrito del Imperio; a Carlos IV, como a un rey cansado y fácil, que se vería obligado a descenderse la corona y traspasarla a su heredero a la menor insinuación de Bonaparte. ¿Qué es el poder de un rey, quienquiera que éste

sea, y cuáles son sus medios y recursos cuando en las grandes crisis de los pueblos, y cuando necesita más su confianza y su concurso, se lo niegan? Napoleón, tan poderoso y tan temido como era, perdió sus dos coronas cuando llegó a faltarle este concurso de los pueblos.

Se anunciaba un sol nuevo entre nosotros; todos se preparaban a adorarle; ¿qué importaba ya más? Aquel angustioso anciano, que por tantos años, ya que no había podido, por los rigores de los tiempos que le habían tocado, hacer felices a sus pueblos cuanto él habría querido y cuanto quiso, los había por lo menos preservado de los terribles males y trastornos que sufrió la Europa en tan sangrienta y tormentosa era, ¡único rey que en todo el continente podía jactarse de esta gloria...!—y yo le había ayudado, yo había tenido parte en ella—, ya la nación iba marchando y sacudiendo los errores de los viejos siglos, había ya andado muchos pasos adelante, y sólo le faltaban, para haber conocido enteramente a Carlos IV, y haberle hecho justicia, los días de paz que requería la gran reforma deseada por los buenos, y tan temida por los malos. Muy pocos ignoraban lo que se estaba haciendo y preparando: ella se habría cumplido teniendo un tanto de paciencia (494). Los que la prefirieron y esperaron por la obra del príncipe Fernando y de sus grandes consejeros, ellos han visto bien, y harto cruelmente, hasta qué punto se engañaron, y el salto atrás que se hizo dar a España, coronada de laureles y triunfadora cual se hallaba, como otra nueva Atenas, del *Dario I* de la Europa: ¡salto infeliz no sé a qué edad indefinible, peor que la Edad Media!

¡Y yo para atajar tan grandes males venideros me vi solo! De nadie tenía ayuda, los ministros del rey estaban ya ganados por los conspiradores, menos uno, que fué dejado para víctima: sus ojos no veían sino un reinado nuevo, un señor nuevo y una corte nueva que

tropas imperiales hicieron sus estrenos en España. En el mismo capítulo hallarán también los esfuerzos, tan inútiles como eficaces, que yo hice para impedir que en Cataluña se repitiesen las mismas o semejantes sorpresas comenzadas en Pamplona.

(494) Véase acerca de esto la primera mitad del capítulo XXVII, y el capítulo XXVIII de la segunda parte desde el principio hasta el fin, todo entero.

habría de componerse de aquellos servidores que, a cual mejor, hubiesen dado pruebas de adhesión y de servicio al que debía ceñirse en breves días la corona de su padre bajo la iniciativa y el amparo del emperador de los franceses. A mis amigos mismos, aun los más probados, los veía yo hacerse extraños y cautelarse más o menos ante el nublado porvenir que se acercaba; nadie quería perderse, y en general, cuantos oían a toda hora que mi caída era infalible, temían participar de mi desgracia, si no se daban prisa a abandonarme y dar pruebas de ser contrarios míos.

Por más que me afligiese, de ninguna de estas cosas me admiraba, frecuentes todas ellas en las lecciones de la Historia. Había una torre, sin embargo, que hasta entonces la miré toda mi vida como una fortaleza inexpugnable y como el baluarte consagrado entre nosotros para mantener a un mismo tiempo la autoridad de los monarcas y las inmundades de los pueblos: ¡aún me faltaba ver aquellos altos muros cuartearse! Si alguna cosa podía dar un gran sacudimiento para acabar de deslumbrar a los incautos pueblos y arrastrarlos en favor del príncipe de Asturias, era ganar los jueces que debían fallar la causa proseguida contra los seductores de aquel príncipe. Fiel a las leyes Carlos IV, más que ningún otro rey de España, y enemigo—como yo también me mostré siempre—de Tribunales especiales y arbitrarios, cometió aquella causa, aun perdonado ya su hijo, al Tribunal Supremo de sus reinos, al arcópagu castellano en donde no había ejemplo de su prevaricato en punto de justicia. Consiguiente al perdón tan generoso que había dado al príncipe Fernando, su intención era usar misericordia con los que habían de ser juzgados; pero quería también que, antes de usarla, fuese oída y entendida la voz de la justicia. Se escasearon los rigores, y, por mejor decir, no hubo rigores; no fué una cárcel ni una torre, sino una celda cómoda de las que en San Lorenzo se habitaban por los monjes, la prisión de cada uno; no se incomunicaron sino pocos días, no se

cerró la entrada a sus familias; ninguno fué afligido con la presencia de una guardia; su solo carcelero era el honor de cada uno; Infantado tenía su espada que yo mismo le había vuelto.

Tanta dulzura usada con aquellos reos, dulzura consiguiente a la que el rey había tenido con su hijo, y desde cierto aspecto necesaria por la violencia que fué hecha a la justicia sustrayendo aquel príncipe al proceso; tanta dulzura, por mayor desgracia, dió nuevo texto a la facción para argüir aquel proceso de fantástico. Confesaron, no obstante, sus delitos los culpables; cuanto Fernando había depuesto contra ellos reconocieron ser verdad, cubriéndose tan sólo con disculpas especiosas. Reos eran de delitos que en todas las naciones y en todos los Gobiernos, lo mismo que en España, son mirados como altos crímenes de Estado; y en tales circunstancias como aquéllas, en que se hallaba el reino amenazado por la ambición de Bonaparte, no tenían límite ni medida algunos de estos crímenes (495). Convictos y confesos Escóquiz e Infantado, pidió el fiscal la pena que la ley impone a los traidores; pena que, ciertamente, hubiera conmutado Carlos IV, mientras que al mismo tiempo, si hubiese sido pronunciada cual lo pedía la causa, hubiera confundido las calumnias con que atacaban la facción no mi honor solamente, sino el de la real persona en sumo grado; sentencia merecida que hubiera puesto a toda España en hito de las tramas y traiciones que se urdían tomando por pretexto la lealtad y amor que se debía al príncipe heredero, calumniado, cual se hacía decir, por un padre sin entrañas. No quiso Dios tam-

(495) "El solo decreto expedido (por el príncipe) a favor de Infantado, escribe el conde mismo de Toreno, hubiera acarreado en otros tiempos la perdición de todos los comprometidos en la causa; por milas se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Carlos IV y los recelos de las ambiciosas miras del valido, antes bien se hubieran tenido como agravantes indicios, que admitiéndose como descargos de la acusación. Semejantes precauciones, de dudosa interpretación aun entre particulares, en los palacios son crímenes de Estado cuando no llegan a cumplida ejecución y acabamiento."

poco darles fuerza a aquellos magistrados: ¡los reos fueron absueltos! Los once jueces declararon *no resultar ninguna culpa contra los acusados, y ser hallados dignos de continuar en sus empleos y ocupaciones, con más las demás gracias a que la inalterable justicia y clemencia del rey los pudiese hallar acreedores.*

Hoy se admirará cualquiera de este fallo, porque ninguno ignora hasta qué grado eran culpables aquellos reos absueltos. No así entonces que los pueblos no sabían lo que pasaba adentro, mientras que la facción hacía decir por todas partes que Fernando y sus amigos eran todos inocentes, y que el proceso fué una trama que, ansioso de perder a aquel heroico príncipe, había yo urdido calumniándole. La buena fama que gozaban aquellos magistrados no era inferior al alto grado de sus puestos. ¿Quién no debió creer lo que se hablaba y divulgaba por los parciales de Fernando, y quién podía volver por el honor que la sentencia quitaba a Carlos IV, ni cómo defender yo el mío de inculpaciones tan atroces que parecían justificadas? Cuando aquel fallo subió al rey, su resolución primera fué publicar la causa entera sin cuidarse de otra cosa:

—¡Mi honor! ¡Mi honor antes que la Corona!—decía a gritos.

Y yo, ¡infeliz de mí!, amando más mi patria que el honor del rey y el mío, trabajé por aplacarle y contener, como contuve, aquella ira tan peligrosa como justa; temí una guerra en lo interior, amenazado el reino como estaba de otra externa; temí que se empeorase aquella crisis; aun esperé que la prudencia y la bondad del rey sería un motivo más para afirmar el ancla de que pendían todas las cosas, que era la unión, la unión sincera del hijo con el padre. ¡Triste esperanza! Pocos días después de pronunciada la sentencia del Consejo, don Arias Mon, hablando de ella, me dijo estas palabras:

—Cuando el primer acusado ha obtenido la clemencia real, y mañana o el otro podrá llegar a suceder que empuñe el cetro, ¿nos tocaba a nosotros condenar a los que han sido sus agen-

tes? ¿Se puede hacer justicia en tales circunstancias como las del día?

Júzgueme, pues, ahora sin pasión el hombre más austero que se encuentre en punto de deberes a la patria. Yo solo, yo hecho el blanco de tantos cnemigos; yo, atacado de tantos modos; yo, sin fuerza moral en tales circunstancias, herido de calumnia y divulgado en todas partes como un atentador de los derechos, del honor, de la existencia y de las glorias preparadas al príncipe de Asturias por el primer monarca de la Europa; yo, ¡misero de mí!, que ni aun tenía el recurso de dirigir mi voz al pueblo castellano y advertirlo de su mal y su peligro, porque se hacía creer a todo el mundo que yo quería la guerra contra el emperador de los franceses por evitar mi ruina y por quitar al príncipe Fernando aquel amparo, perplejo en tanto cual se hallaba Carlos IV sin saber a qué consejo debería atenerse en los peligros y aflicciones de que se veía cercado, yo, solo de esta suerte y expuesto cual me hallaba a todas horas al furibundo ataque que maquinaban mis contrarios y que tardó tan poco tiempo en realizarse, yo dije entre mí mismo: "Más sola está la patria, mayor es su peligro: ¿qué importa mi existencia mientras me fuere dable hacer algún esfuerzo por salvarla? Tal vez, tal vez la disciplina del Ejército y la lealtad al rey, tan bien probada, de sus jefes, podrá impedir la ruina que amenaza: éste es el caso de morir mil veces en el puesto en que la confianza de mi rey me tiene colocado..." Y el pecho eché a las olas y a los vientos que bramaban en redondo, a lo que quiera que viniese, a todas las venturas, y no sin esperanza todavía de que mi cara patria pudiese ser salvada.

Esta esperanza yo la tuve, y trabajé por realizarla por cuantos medios tiene el hombre de dar cabo a un buen propósito y cumplirlo, hasta la noche acerba en que mis enemigos, no teniendo otro modo de atajar mis pasos, apelaron al desorden y a la fuerza, y me hundieron en la nada. Yo no podía dudar que Bonaparte tenía designios enemigos contra España, y que el Trata-

do hecho no bastaba contra su ambición desenfrenada. Cuando hacia fin de enero pidió la conscripción del año IX, era preciso estar del todo ciegos para desconocer sus intenciones: ¿qué nueva empresa tenía enfrente Bonaparte en paz, y paz segura por entonces con todo el continente, aliado con la Rusia y con la Dinamarca, la Suecia invadida por la Rusia, la Prusia aniquilada, aún más de la mitad de la Alemania comprometida en favor suyo por intereses nuevos que le había creado, la Italia entusiasmada de su poder y de sus glorias y postrada de buen ánimo a sus plantas; hasta la Puerta, hasta la Persia haciéndole homenaje, y el Portugal, la sola cosa que parecía faltar a sus descos, completamente subyugado?

Faltábale la España. No había ya más en toda Europa que excitar pudiese su ambición de entre los demás vecinos de la Francia. Pedir la conscripción del año IX al comenzar el año VIII suponía alguna empresa peligrosa a que Napoleón se preparase nuevamente, y cada cual podía advertir que derribar a Carlos IV y coronar al príncipe Fernando no le podía ofrecer ningún peligro, sino, al contrario, en el estado en que se hallaba la opinión, salvos, vítores y aplausos. Luego intentaba más, luego intentaba alguna cosa muy más grave, o bien hacer de España un feudo del Imperio dejándole a Fernando solamente un vano título como lo fué el de Holanda y el de Nápoles; o desmembrarla y agregarse alguna parte de su suelo como precio del coronamiento de Fernando, o acabar de una vez con los Borbones, aniquilando aquella sola rama que quedaba del gran tronco derribado en Francia. Tal vez este posterior peligro, que era el más probable vistas las prevenciones que tomaba Bonaparte, la facción, en la embriaguez con que alteraban su razón las promesas de Beauharnais, no pudo columbrarlo: cuanto a los otros dos no solamente los previeron aquellos hombres desalmados, sino los aceptaron: Escoiquiz, buen testigo irrecusable, nos lo ha dicho, y en su *Idea sencilla* lo ha conta-

do paladinamente sin ningún rebozo (496).

Pero, a cualquiera de estas cosas que intentase Bonaparte, le faltaba la sanción del pueblo castellano, del pueblo castellano tan celoso de su honra y de

(496) Hablando del proyecto de Tratado que el emperador de los franceses hizo proponer a España como una especie de *ultimatum*, pidiendo el cambio de las provincias del Ebro por el Portugal, una asociación de guerra defensiva y ofensiva y un tratado de comercio libre entre las dos naciones, con exclusión de las demás potencias, para probar Escoiquiz que no fué temeridad haber llevado al príncipe a Bayona, se explica de esta suerte (página 18): "Tal fué, pues, el dato que fijó al Consejo del rey [Fernando VII], en que las intenciones más perjudiciales que podía recelar del Gobierno francés eran la del trueque de las provincias más allá del Ebro por el reino de Portugal, o de una vía militar desde su frontera hasta él, o tal vez la cesión sola de la Navarra: opinión que fué también la mía, a pesar de algunas voces vagas que comenzaban a esparcirse en el vulgo sin más fundamento ni objeto que el del odio nacional recientemente despertado, y de una desconfianza general que no se fijaba en objeto alguno determinado." Y más adelante (páginas 24 y 25) se halla escrito lo siguiente: "Persuadidos con efecto el rey y su Consejo por los datos de que he hecho mención, y por otras razones solidísimas, de que el objeto de los franceses en su conducta amenazadora no era otro que el de conseguir una de las pretensiones alternativas contenidas en el proyecto de tratado remitido por mano de Izquierdo a nuestra corte, esto es, la de la cesión de las provincias de la izquierda del Ebro, o la vía militar para Portugal, o quizá la Navarra sola, y asegurarse, sondeando las disposiciones del rey Fernando antes de reconocerle, de si debían o no esperar de él un fiel y constante aliado, no podía menos de lisonjearse de que una conducta amistosa y constante, y el influjo de la sobrina del emperador, una vez ajustada la boda con el rey, bastarían para suavizar aquellas exorbitantes pretensiones, y que, en todo caso, teniendo, como resultaba del Tratado [propuesta de Tratado debía decir], el arbitrio de elegir la concesión de la vía militar para Portugal, consiguiendo por este arreglo la restitución de Barcelona y demás plazas no situadas en ella, y el retiro del ejército internado hasta Madrid, la guerra que no podía menos de encenderse luego hacia el Norte, otros mil azares, y la restauración de su tranquilidad y fuerzas traerían precisamente el momento de sacudir aquel yugo precario." A mis lectores pido perdón de haber puesto ante sus ojos este hatiburrillo de frases arrastradas con que pretendió hacer su defensa el traidor Escoiquiz; mas la verdad de los sucesos hace necesaria su lectura.

su independencia, del pueblo castellano tan fiel a su amistad y a su palabra, como terrible a quien le engaña y ofende su amor propio. Para contar con él, para salvarle, bastaba sólo abrir sus ojos y sacarle del engaño en que se hallaba, juntando a las razones que ya he dicho los demás antecedentes que ignoraba y no podían decirse sino ostentando el rey a salvo de los Ejércitos franceses que se agolpaban sobre España: la salida de aquel foco permanente de traiciones y engaños, donde el rey ya no era libre y donde peligraba su Corona, era precisa. De día, de noche, a todas horas, no le hablaba de otra cosa que de mudar de asiento a país seguro dentro de sus reinos, de rodearse de sus tropas, de pedir razón a Bonaparte de la infracción de los Tratados, y de alzar su voz augusta y apellidar sus pueblos a la común defensa, si aquel hombre temerario no hacía alto en el camino comenzado, y proseguía violando entre nosotros la ley de las naciones.

Yo conseguí se persuadiese Carlos IV de no quedar más medio de cumplir los deberes de buen rey, de proteger sus pueblos, y de poner en guarda su Casa y su Corona, sino tomar aquel partido. Faltábame tan sólo persuadirlo de la urgencia de poner en obra esta medida salvadora; Su Majestad titubeaba todavía en la elección del tiempo apto para realizarla, cuando le llegó el regalo de dos tiros de caballos que Napoleón le hacía, y la carta de que he hablado anteriormente, llena de lisonjas; mas sin decir en ella cosa alguna de las tropas que inundaban nuestro suelo. No fué inútil a sus miras este juego de su astucia: cada momento que corría se hacía para mí un siglo, y yo no me cagaba, y daba prisa; pero el rey volvió a su tema habitual, al *esperemos todavía, al veamos aún más claro, no nos precipitemos, no provoquemos una lucha que él tal vez no ha imaginado*; tema digno en verdad de su alma noble que no quería exponer sus pueblos a los azares de una guerra con el que había vencido tantos reyes y naciones; tema, empero, que hacía ya cerca de año y medio que había frustrado mis

consejos, y había dejado al enemigo el tiempo que fué nuestro y que debió salvarnos: los días contados que aún quedaban se nos iban con poco que esperásemos.

Mientras el general Dupont, fingiendo caminar a Salamanca, se está en Valladolid muy a su espacio, el mariscal Moncey le sigue en Burgos, y el Pirinco no se despeja. El mariscal Bessières se acerca al Bidasoa con otro cuerpo igual al de Moncey: Murat viene a tomar el mando en jefe, y yo le escribo y le pregunto, y no responde. Ningún aviso desde Francia, y la Embajada está sin nuevas y sin instrucciones. Y mientras todo esto, he aquí un parte de Pamplona de que una división francesa ha penetrado en Roncesvalles caminando en dirección a la ciudad. Tras de este parte, otro a los tres días, de que la ciudadela ha sido sorprendida y ocupada por las tropas imperiales. De Cataluña, casi al mismo tiempo, aviso de que una división francesa comienza a entrar por la Junquera con derrota a Barcelona: algunos días después llega la extraña nueva inesperada de que la ciudadela ha sido sorprendida, y que el comandante general conde de Ezpeleta se había visto en el apuro, por evitar un rompimiento, de abrir las puertas de Montjuich al general Duhesme (497).

(497) La ocupación de la ciudadela y de la fortaleza de Montjuich era tanto más inesperada cuanto que, en vista de lo que había sucedido en Pamplona, hice partir con toda diligencia para Barcelona al teniente coronel don Joaquín de Osmá, el cual llegó a aquella ciudad con mis instrucciones a Ezpeleta veinticuatro horas antes que Duhesme hubiese practicado su cobarde hazaña: hubo tiempo sobrado para prevenir, como se previno en efecto, al gobernador de la ciudadela de estar en grande guarda para impedir toda tentativa que pudiesen hacer los franceses; a Ezpeleta le encargaba yo estrechamente en mis instrucciones no se dejase entrar, bajo ningún pretexto, cinco franceses juntos, ni en la ciudadela ni en Montjuich, aun cuando fuesen oficiales superiores los que lo pretendiesen; que si era cierto que los franceses hubiesen sido alojados en el cuartel de las Atarazanas, buscarse el modo de mudarles aquel alojamiento, prohibiendo después toda entrada en aquel edificio; que extendiese su vigilancia a todas las demás plazas del principado, para cuya conservación le daba en nom-

En tal extremo de las cosas, aún aguardaba el rey, antes de resolverse a la partida, a que llegase alguna explicación de parte de la Francia, y ver más claro: Su Majestad, para mayor desgracia, se aconsejaba todavía con el ministro Caballero, que estaba ya vendido a los conspiradores, y el tiempo se pasaba infelizmente entre temores y esperanzas, ganando en tanto cada día más fuerza la facción que la Embajada de la Francia gobernaba. He aquí cómo se explican todavía los historiadores de la *Guerra de España contra Bonaparte*, después de haber contado los medios y las artes de que los franceses se valieron para apoderarse de las plazas:

“Después—dicen—de estos actos, no debía quedar duda a nuestra corte sobre los verdaderos designios de Bonaparte; pero la nación tenía una confianza tan grande en aquel guerrero cuyos elogios había oído repetir por todos los escritores públicos durante diez años, y era tal la seguridad que sus emisarios sabían inspirar, que la mayor parte de los españoles creían de buena fe que los franceses no tenían más objeto que el de derribar a Godoy, y asegurar a Fernando sus derechos a la sucesión de Carlos IV. Su Majestad y el favorito, mejor instruidos y en mejor disposición para descubrir las intenciones de la corte de París, no auguraban nada favorable al Estado (498).

bre del rey facultades omnímodas y absolutas de tomar a su albedrío cuantas disposiciones extraordinarias estimase convenientes; que procurase mucho conservar el orden; que se apartasen todas las ocasiones de disputas entre paisanos y franceses y que con éstos se manejase, en punto a asistencia, buen trato y urbanidad, de manera que si venían de mala fe, la primera agresión fuese de ellos y no nuestra. (Véase todo esto más extensamente en el capítulo XXXI.)

(498) A los que duden de la entera solidad en que me encontré con Carlos IV, debo hacerles notar estas palabras: *Su Majestad y el favorito, mejor instruidos y en mejor disposición para descubrir las intenciones de la corte de París, no auguraban nada favorable al Estado*. Por de contado es falso que el rey o yo tuviésemos más luces sobre las cosas que pasaban; nuestra sola ventaja era tener mejor sentido; mas para lo que llamo mayormente la atención de mis lectores es para

Sus temores se aumentaron a principios de marzo, cuando la Reina de Etruria llegó a Madrid desposeída, y pocos días después el consejero Izquierdo, a quien Napoleón hizo venir a nuestra corte con instrucciones reservadas y verbales, según el dicho de Cevallos, o con proposiciones escritas, según después hubo de asegurar el mismo Izquierdo” (499).

Dicen muy bien en esto cuando cuentan que se aumentaron los temores del rey Carlos y los míos; pero de aquella especie de temores que dan ánimo para cerrar los ojos y embestir a todo el mundo que se pudiese por delante. En el capítulo citado XXXI pueden verse los que las relaciones de la infanta debieron inspirarnos, por más que el príncipe Fernando hubiese despreciado los avisos de su hermana. A poco de esto llegó Izquierdo. Después de aquel silencio artificioso y prolongado que el Gabinete de la Francia había observado con nosotros, mientras que Bonaparte nos empujaba sus legiones sin dar razón de su conducta, vino, en fin, la hora de hablar, y don Eugenio Izquierdo fué llamado para que llevase al rey de España explicaciones y demandas. Napoleón se estuvo al paño: fueron sus encargados para aquel negocio el mariscal Duroc y el príncipe de Benevento. Diéronle apuntamiento de las explicaciones, pretensiones y deseos de que el emperador quería que fuese

hacerles ver que ya no dicen que el Ministerio, o que Cevallos, Caballero, Gil de Lemos y Felín se encontrasen con más medios de descubrir las intenciones de la corte de Francia, sino Carlos IV y yo tan sólo: luego aquellos ministros se contaban ya en la banda de Fernando o de los que creían que Bonaparte venía sólo a entronizarlo, o alguna cosa semejante; luego yo me hallaba solo para guardar la patria, y ninguno al lado mío para ayudarme. A mí no me llegaban ni avisos, ni advertencias, ni noticias, mientras ellos tenían de parte suya la Embajada, en la que se apoyaban su conducta y su esperanza, y componían la sola corte a quien Beauharnais comunicaba los secretos y las miras de la suya, verdaderas o inventadas. No debieron escribir del rey y de mí más instruidos: hubieran dicho más bien más advertidos, más leales y más amigos de la España. Básteme ahora preguntar quién se engañó: si Carlos IV y su infeliz amigo, o si ellos fueron los que se engañaron y engañaron y perdieron a su patria.

(499) En la *Historia* citada, libro I.

intérprete cerca del Rey de España, más bien como un alivio a su memoria, que como nota diplomática; pero con la encomienda, repetida muchas veces, de entenderse con el rey directamente, sin conferir con los ministros ni conmigo. Llegado Izquierdo fué a buscarme, y díjome el encargo que traía de hablar al rey a solas, no que trajese cosa alguna en contra mía ni de ninguna otra persona, pero sí cosas graves y gravísimas que requerían mucho consejo y en que era indispensable que yo asistiese a Carlos IV. Le respondí que el rey me llamaría si lo tenía por conveniente, y le encargué partiese luego a presentarse y a cumplir su cometido.

Dada la audiencia a Izquierdo, y enterado el rey de los asuntos que traía, mandó Su Majestad se me llamase. Yo no debía excusarme en tales circunstancias; la soledad de Carlos IV era muy grande. No fué temor de cosa alguna que contra mí adviniese lo que llevó mis pasos a aquella conferencia; votado y consentido estaba ya a todos los peligros, mayores los de adentro que los que para mí podían llegar de afuera. Irme a llorar en un retiro aquellos males que ansié tanto remediar cuando se pudo y no se quiso, era lo más que me podía venir por parte de la Francia, y a consultar tan sólo mi interés, hubiera sido un grande bien en vez de un mal, y hubiera redimido tantas penas y trabajos que después cargaron sobre mi existencia: morir en un tumulto con riesgo de mi honra a manos de un partido poderoso, era el que yo encontraba en proseguir más tiempo aconsejando y sosteniendo a Carlos IV; pero era mi señor, era mi rey, era mi bienhechor, y vía mi patria juntamente con el rey en el mayor de los peligros; yo no debía hacer cuenta de los míos.

El mensaje dado a Izquierdo fué una obra de las más artificiosas, mejor entrelazadas y de mejores apariencias que Talleyrand hizo en su vida. Es necesario ver en toda su extensión, como lo tengo referido en mis MEMORIAS (500), aquel concebimiento especial suyo, y aquel arte que tenía de acomodar ideas

y de amandarlas, de tomar todos los hilos de un asunto, de apañar razones y darles colorido para llegar a su designio, y fascinar la vista del más hábil en política. He aquí un brevisimo resumen de las explicaciones tanto tiempo deseadas y pedidas:

Primero. Que el emperador de los franceses, después de tantas y tan sangrientas guerras sostenidas por la Francia contra cuatro coaliciones suscitadas y costeadas por la Inglaterra, se creía sobrado de razón, y de autoridad legítimamente ganada, para impedir en lo sucesivo, *por toda suerte de medios, ordinarios o extraordinarios, regulares e irregulares, violentos o suaves*, cual los sucesos podrían pedirlos, que la paz del continente pudiese ser de nuevo turbada por la Inglaterra, puesto a este fin de acuerdo con todos los amigos y aliados de su Imperio, y entre ellos, novísimamente, el emperador de las Rusias.

2.º Que, zanjados y asegurados sus designios en el norte de Europa, le faltaba realizarlos por entero en los pueblos del Mediodía, donde la Inglaterra no tenía cerrados todos los conductos de su mortífera influencia, siéndole necesario para esto poner la Italia a cubierto de las intrigas y atentados de aquel Gobierno maquiavélico, y apartarlo al mismo tiempo del funesto predominio que ejercía en el Portugal, y de toda esperanza de levantar un nuevo campo de batalla en la Península española.

3.º Que, para conseguir estos fines, había concebido con la más pura buena fe los Tratados de Fontainebleau, dando al Rey de España una gran parte, la más larga, en los beneficios que debían resultar de sus proyectos acerca del Portugal, haciéndole igualmente participar por este medio de las glorias del Imperio, y prometiéndose por esta conducta tan amigable que Su Majestad le ayudaría con eficacia para asegurar la paz del continente, y destruir la tiranía marítima, en cuyo empeño, por razón de ser la España señora casi única del continente americano, debía ésta tener mayor interés que todas las demás potencias de la Europa.

4.º Que, no ignorando el emperador que en España había habido siempre, y aún había, un partido inglés, cuya influencia había llegado algunas veces hasta a hacer dudar al Gobierno del rey de la buena fe del Gabinete imperial; para desvanecer estos temores tan mal fundados, había hecho insertar, de movimiento propio suyo, en el Tratado, el artículo 21, por el cual se constituyó y declaró garante al Rey de España de todos sus Estados en Europa.

5.º Que, posteriormente a estas pruebas de amistad tan completas como solemnes que el emperador había dado al Rey de España, tuvo el disgusto de saber las desavenencias ocurridas en la real familia, y el violento pesar de que se hubiese podido hacer creer a Su Majestad Católica, por sí o por medio de su embajador, hubiese influido en la desobediencia o cualquiera otra falta del príncipe heredero; motivo de queja sobrado para que el emperador hubiese debido exigir una ruidosa satisfacción, y acerca de la cual se contentó con pedir por única reparación se evitase repetir tamaño agravio, pronto como se hallaba a hacer justicia siempre y cuando se le presentasen pruebas de que el embajador hubiese quebrantado sus deberes.

6.º Que el emperador había sabido después que, no bien sofocadas todavía las discordias de la real familia, hacían cundir los agentes ocultos de la Inglaterra que se proponía intervenir en aquellas disensiones a favor del príncipe de Asturias, buscando por este medio, el común enemigo de entrambas dos potencias, indisponerlas y promover una guerra desastrosa, a fin de tener un campo nuevo para incendiar otra vez el continente.

7.º Que, con tales premisas, sabiendo el emperador, por una parte, que los ingleses preparaban expediciones secretas para agitar la Península, y por otra, ser muy grande el ardor y la violencia de los partidos que dividían la corte de Su Majestad Católica, creyó de su deber, no tanto por sí mismo como por su aliado Carlos IV, cubrir el reino y aun la corte misma contra cualquier evento peligroso; y que así

lo había verificado, sin pretender por el momento la anuencia de Su Majestad Católica, por diversas razones; la primera, de miramiento y de prudencia para evitar discusiones sobre el estado interior de la España; la segunda, por no exponerse a una negativa de nuestro Gabinete que habría comprometido los respetos de ambas partes; la tercera, por probar también hasta qué grado podría el emperador contar con la confianza del Gobierno del rey a quien acababa de garantizar solemnemente sus Estados.

8.º Que, por las mismas razones, había querido el emperador se ocupasen algunas de las plazas fronterizas, prefiriendo para esto que se usase de medios pacíficos e inocentes, y se evitase de esta suerte tener que hacer reclamaciones que pudiesen ser desatendidas en medio de la urgencia en que sus tropas podrían verse por cualquier suceso imprevisto, y atendida, además de esto, la necesidad de mantener la buena disciplina de ellas; que acerca de este punto no había podido menos de extrañar que, una vez convenida la entrada del primer Ejército de operaciones, no se le hubiese abierto plaza alguna como era consiguiente que se hubiese hecho, y que, al contrario, se hubiesen dado órdenes secretas para que no se abriesen ni aun a la misma curiosidad de los militares franceses; conducta nunca vista entre naciones aliadas, concurrentes a una misma empresa de interés recíproco; no pudiendo ocultarse al Gobierno de Su Majestad Católica la franqueza absoluta de las plazas militares, que con igual o menor motivo habían disfrutado siempre y disfrutaban las tropas del emperador en los demás países aliados, ni debiendo ignorar que, aun en el simple paso de un Ejército extranjero por país neutral, suelen ofrecerse circunstancias graves en que sea necesario apoderarse de una plaza neutra para prevenirse contra un enemigo que habría invadido, o intentado invadir, el territorio de su tránsito.

9.º Que esta desconfianza con que era visto proceder el Gobierno español con respecto al del emperador, le ha-



cían a su vez desconfiar de nosotros, y más siendo una cosa digna de observarse, que el emperador había dejado entrar su Ejército en España sin exigir ninguna garantía, aunque el Gobierno de Su Majestad Católica tuviese sobre las armas un número de tropas cuatro veces mayor de las que entraban de la Francia; que el emperador tenía notado que, después de la campaña marítima de 1805, se había ceñido la España a una mera guerra defensiva contra la Inglaterra, cuidando más que de navios y de armamentos, de Ejércitos de Tierra, propios más bien para guardarse de la Francia que de los ingleses.

10. Que el comercio de la Francia se quejaba de la severidad y dureza de nuestras aduanas y aranceles, sin que fuese distinguido en cosa alguna del de las demás naciones, aun las más indiferentes, siendo asunto de dolerse que aún no se hubiese hecho ningún Tratado nuevo de comercio entre ambos dos Gobiernos, indicado y prometido desde la Paz de Basilea.

11. Que el contrabando inglés reinaba en nuestras costas del Mediterráneo por la suavidad de los castigos que se imponían a los defraudadores, mientras la Francia sujetaba a penas rigurosas las contravenciones más ligeras no tan sólo en los diversos litorales del Imperio, sino del mismo modo en todos los países aliados que se hallaban protegidos por sus armas.

12. Que entre tantas señales de tibieza, de indiferencia y aun de averción dadas por el Gobierno de Su Majestad Católica en cuanto a concurrir eficazmente con el del emperador para imponer por toda suerte de medios al Gabinete británico la necesidad de implorar la paz, había una muy especial y reciente, no desmentida todavía, visto que, invitado el de Su Majestad Católica a unir su escuadra de Cartagena con la francesa fondeada en Tolón, para operaciones marítimas importantes, eran ya pasados más de enarenta días sin que la nuestra, arribada a Menorca, se moviese todavía, difiriendo su salida el comandante de aquellas

fuerzas con pretextos especiosos (501).

13. Que el emperador no había dudado jamás de la buena fe, de la religión y del honor incorruptible de su cordial amigo y aliado Carlos IV; pero que esta seguridad no la tenía tan completa como quisiera de sus ministros; que en las tales circunstancias en que España se encontraba, no era fácil que el rey se hallase constantemente en el caso de ver y juzgar los sucesos con la claridad, la exactitud y la impasible firmeza que eran tan necesarias; que la discordia introducida en el palacio tenía hondas raíces en los dos partidos que agitaba la Inglaterra, haciéndose sentir otro tercero que aspiraba a una reforma capital de la Monarquía española; que una revolución, ora se contuviese en una mera cuestión de personas, ora se extendiese también a las cosas, podría hacer carecer a Su Majestad Católica de la plena libertad que necesitaría para cumplir sus empeños contraídos con la Francia; que el emperador podría llegar a verse comprometido en la Península contra las armas inglesas y contra el mismo país,

(501) Es cierto que Napoleón había hecho pedir la reunión de nuestra escuadra con la francesa que aguardaba en Tolón; cierto también que se le prometió enviarla y que se dió la orden ostensible de hacerla salir de Cartagena para aquel destino. Pero las graves dudas y cuidados que ofreció la conducta de Bonaparte en los meses de diciembre y de enero fueron sobrada causa para expedir órdenes reservadas al comandante de nuestra escuadra, don Cayetano Valdés, a fin de que, con pretexto ya de enemigos o ya de vientos contrarios, demorase su marcha para Tolón mientras no recibiese nuevas órdenes: se trataba, en unas circunstancias tan dudosas, de no exponer aquella escuadra, compuesta de seis navios de línea, y entre ellos el *María Luisa*, de 112 cañones. Dada la queja de aquel retardo por el Gabinete francés, mandé salir para Mahón al teniente general don José Salcedo, con la misión aparente de tomar el mando de la escuadra y de averiguar la conducta de Valdés; pero, en realidad, para asegurar el descontento del Gobierno francés, dando a Salcedo el riguroso encargo de no zarpar para Tolón sin recibir para ello una orden terminante con tales y tales señas que yo le puse. De aquí resultó que Bonaparte no hubiese logrado apoderarse de aquella escuadra ni sacar la que tenía en Cádiz al mando del almirante Rosilly cuando se hicieron patentes sus perfidias con nosotros.

teniendo que superar a un mismo tiempo una guerra civil y otra extranjera; que su honor podría padecer en la Europa si, estallando una revolución, no se pudiese saber a punto fijo cuál hubiese sido el origen de ella; que la existencia, en fin, de España como nación independiente, no podía menos de correr en tal revuelta un gran peligro si se dejasen a su suerte los sucesos.

14. Que, aun olvidando el emperador, como se esforzaba por olvidar, las quejas amigables que tenía dadas, no podía prescindir de la situación interior política del reino, y que en presencia de ella, habiendo variado notablemente las circunstancias desde las cuales fué ajustado el Tratado de Fontainebleau, no se estimaba ligado a aquellos artículos y cláusulas que podrían dañar a la seguridad y buen éxito de sus armas en la Península, mientras se hallase amenazada, ya fuese en lo interior de una guerra doméstica, ya en lo exterior de una invasión de ingleses en sus costas; razón por la cual se consideraba en la necesidad de mover sus Ejércitos y de situarlos en combinación con los de Su Majestad Católica, dondequiera que las circunstancias hiciesen necesaria su presencia, y que, por el mismo motivo, no podía menos de exigir que cualesquiera plazas fuertes sobre las cuales necesitasen apoyarse sus Ejércitos, les fuesen abiertas, dadas a este fin por el Gobierno de Su Majestad Católica las competentes órdenes.

A estas explicaciones y preparamientos, harto graves y harto serios, seguían luego las demandas presentadas como insinuaciones del que ruega, manda, adula y amenaza a un mismo tiempo; acerca de las cuales seguiré contando por el orden mismo que llevaba:

15. Que, por razón de las contingencias ya indicadas, el emperador no podía menos de pedir a Su Majestad Católica algunas garantías contra toda suerte de sucesos ulteriores, que, independientemente de su voluntad, pudiesen alterar la paz del reino; que, para precaverse contra ellos, podría el emperador tener necesidad de hacerse fuerte en las provincias españolas fronterizas de la Francia y ocuparlas hasta pa-

sado un año de estar hechas y consolidadas las paces generales; que esta medida, a más de ser violenta, ofrecería un estado muy equívoco y precario para aquellos pueblos, y que, si bien no carecía el emperador de antecedentes históricos y de razones políticas *para añadirlas al Imperio, o establecer al menos entre las dos naciones una potencia neutra que fuese valladar entre una y otra*, se limitaba a proponer un cambio favorable a las dos partes, que era ceder a España el Portugal entero contra un equivalente en las provincias fronterizas de la Francia; cambio tanto más útil para España, cuanto por medio de él se evitaría la servidumbre de un camino militar, forzoso de sufrir mientras la Francia poseyese alguna parte del territorio lusitano; que, sin pretender violentar acerca de esto la voluntad del rey de España, deseaba el emperador obtener su beneplácito, no debiendo perderse de vista que más adelante, lo que Dios no permitiese, tal podía venir a enredarse una complicación de sucesos, que el emperador necesitase zanjar la seguridad de la Francia por nuestro lado sobre la posesión de las mismas provincias, sin tener entonces a su mano país alguno que volver en cambio de ellas; que en los futuros contingentes era muy posible que la España no fuese siempre amiga de la Francia, y que Su Majestad Católica no debería extrañar la indicación que le era hecha, de un mismo modo ventajosa a entrambas partes, puesto que el emperador, al desear poner a sus Estados una barrera más en los confines de la España, ofrecía a ésta por *compensación* un nuevo reino, y la libraba de una frontera perniciosa desde el Miño hasta el embocadero del Guadiana.

16. Que, demarcadas de esta suerte contra todo evento las fronteras de la España y de la Francia, no por esto alojaría el emperador en su amistad y devoción a Su Majestad Católica, sino, antes al contrario, le apoyaría y defendería con todo el lleno de sus fuerzas contra cualquier alevosía, de dondequiera que emanase, contra su autoridad y sus derechos soberanos; que el

emperador no estaba bien al cabo de los sucesos lamentables que turbaron la paz de su familia, y descaba cerciorarse acerca de ellos para prestarse o no prestarse a los deseos del príncipe su hijo en cuanto a bodas, a las cuales no daría su asenso sin estar seguro de que habría enmendado su conducta; que, siendo de otra suerte, no tan sólo se negaría el emperador a introducirle en su familia, sino que tendría mucho contento en que el rey le separase de su derecho al trono, y se pensase en otro de sus hijos para el enlace proyectado y para sucederle en la Corona.

17. Que, en la perfecta unión de toda suerte de intereses que el emperador quería fundar entre las dos naciones, su intención era pedir al Rey Católico la celebración de un buen tratado de comercio, por el que todo fuese igual entre una y otra en todos sus dominios respectivos de acá y de allende de los mares.

18. Y que, por última medida de reciprocidad entre las dos potencias, se procediese a renovar con más grandeza su alianza bajo la doble cualidad de ofensiva y defensiva, no limitada, cual se hallaba, contra los comunes enemigos de una y otra, sino perfecta y absoluta contra cualquiera que lo fuese de una de ellas, aunque no lo fuese de la otra; un pacto, en fin, equivalente al antiguo Pacto de Familia, y aún más estrecho y bien marcado todavía.

Esta manera de cubrir y barnizar sus actos con fantásticos colores que él mismo fabricaba, y de pedir y de exigir insinuando, para obtener los sacrificios que quería como si fuesen espontáneos, no era nueva en Bonaparte, acostumbrado como estaba ya en la Europa a hacer pasar como favores especiales sus proyectos, a indicarlos bajo nudo y hacer que le pidiesen lo mismo que él buscaba. No de otra suerte fué traído el padre de los fieles a estotra parte de los montes para consagrar la usurpación del trono de la Francia; no de otra suerte un *Melzi*, hombre de una opinión tan bien sentada entre los italianos, vino a pedirle que aceptase la Corona de *Luitprando*; de igual modo un *Jerónimo Durazzo* fué a Milán a su-

plicarle que aceptase por ofrenda la noble patria de Andrés Doria; así también el hombre de la Holanda, *Schim-melpennineck*, vino a pedirle un rey de su familia para mejor gobierno y mayor dicha de su patria.

Por semejantes sendas preparó la situación entre nosotros Bonaparte, más ásperas las sendas que tomaba, porque la situación era más ardua. Descantillarnos era el primer paso, y a ver venir más adelante los sucesos, disfrutar en tanto nuestras armas y riquezas como las disfrutaba en Alemania, y dondequiera que tenía protegidos y aliados. Izquierdo, ansioso de venir a España y advertirnos lo que tan sólo a viva voz podía manifestarnos anhelantemente, recibió su encargo, sin mostrarse a Talleyrand como contrario a las insinuaciones que traía, para evitar de esta manera que se retrajesen de enviarle. Una de las personas que le ayudaron a explorar, por entre las tinieblas de que Napoleón se rodeaba, lo que pasaba adentro, fué su amigo don José Martínez de Hervás, cuñado de Duroc, y español leal de todas veras, que, por su posición, estaba más cercano a los secretos. Este le dijo que tenía por imposible se atreviese Bonaparte a tantear en derechura el trono de la España mientras lo ocupase Su Majestad reinante; mas que era de temer que el postrer plazo a su ambición y a sus deseos mal recatados de abismar las dinastías borbónicas, pudiera ser el día funesto en que Su Majestad faltase; que tenía el emperador muy mala idea del príncipe de Asturias, por más que le escribiese en favor suyo, cual lo hacía frecuentemente, M. de Beauharnais; que aun esto así, nadie podría fiar de que no hiciese o no probase a hacer del joven príncipe un instrumento de sus planes, si se le negase el rey, cual le debía negar, las desmedidas pretensiones que mostraba; que de una sola cosa, en su concepto, podía pender el salir bien de aquella crisis, y era de la concordia y firme unión del príncipe de Asturias con su padre; que, tenida esta unión, sin resistir con otras armas al emperador que las de la razón y la justicia, podrían muy bien ser elu-

didadas las pretensiones nuevas que su ambición movía: que se debía cuidar en gran manera de agasajar las tropas imperiales, y de evitar encuentros de paisanos y franceses que pudiesen dar pretexto a un rompimiento; que convenía mostrar muy grande confianza en su amistad para tenerle a raya, y, sin embargo, no fiarse; que, dado el caso de acercarse tropas a las reales residencias, o intentar esparcirse por el reino en todas direcciones, Su Majestad debía salvar su soberana dignidad e independencia en posición segura, y no creer de modo alguno ni en palabras, ni en protestas, ni en visitas de amistad; porque, después de todo, se trataba de un hombre poderoso, antojadizo y caprichudo en sus proyectos gigantesco de que a nadie daba parte sino al momento mismo de ponerlos por la obra.

Izquierdo se agregaba enteramente a la opinión de Hervás; pero añadiendo no quedarle duda de que Napoleón seguía su doble juego por mano de Beauharnais; que sus palabras y protestas de amistad al rey no concordaban con las voces que corrían entre las altas clases inmediatas al Gobierno, de que el emperador se interesaba grandemente por el príncipe de Asturias, y que se disponía para pasar a España y arreglarlo todo en favor suyo; que estos rumores, en su manera de pensar, eran especies echadizas para hacerlas cundir en las tertulias y cebar las esperanzas de los fernandistas, de algunos de los cuales se decía que mantenían correspondencia muy seguida con no pocos personajes de segundo o tercer orden del Imperio y que, en fin, entre tan varias y contrarias conjeturas que podía formarse sobre la intención de Bonaparte, dos cosas eran ciertas e indudables, a saber: que por el un camino o por el otro, quería extender hasta las márgenes del Ebro su dominio, y allanarnos, como tenía allanadas tantas otras Cortes de la Europa, haciéndolas servir a sus designios y a sus guerras, y manteniendo a sus costillas una parte de sus tropas bajo toda suerte de pretextos.

La respuesta que fué dada, noble y

decorosa, moderada y firme a un mismo tiempo, por igual modo insinuativo al que trajeron las explicaciones y propuestas del mensaje recibido, podrán verlas mis lectores en el capítulo citado XXXI: todo fué negado con igual dulzura y con la misma maña con que fué pedido, y con no menos entereza. En cuanto a sucesión de la Corona, respondióse que de ninguna cosa estaba más distante el rey que de tocar a los derechos de su hijo, rehabilitado en todos ellos por el perdón que le había dado, y vuelto enteramente a su cariño y a su gracia (502).

Sienta aquí bien reproducir ahora lo que acerca de este rasgo de firmeza, tan honroso a Carlos IV, tengo dicho en mis MEMORIAS. Si aquel buen rey, tan olvidado hoy día, tan poco conocido, tan maltratado en las historias que se han hecho hasta el presente, hubiera sido un rey vulgar, sin dignidad en sus

(502) Después de su vuelta a París hasta el 24 de marzo había tenido don Eugenio Izquierdo muchas y muy escabrosas conferencias con Talleyrand y con Duroc sobre las especies que en calidad de insinuaciones había llevado a Madrid, y sobre las respuestas que había traído. Durante aquellos días, tanto el uno como el otro, habían apurado todas las astucias del arte diplomático para persuadir a Izquierdo de la necesidad de complacer al emperador, de las ventajas que podría traer a España la posesión entera de Portugal y de los gravísimos disgustos que podrían ofrecerse negándose nuestra corte a las concesiones que tan pacíficamente le habían sido insinuadas. Talleyrand llegó hasta pretender de Izquierdo que, aunque no fuese sino una simple promesa *sub spe rati*, firmase un tratado que con muy poca diferencia contenía en el fondo las propuestas hechas. No habiendo podido conseguirlo, le dijeron el día 22 que el emperador quería hablar con él antes de enfadarse seriamente; pero este caso no llegó, y, en vez de ser llamado para aquella entrevista, le fué entregada *ex abrupto* al día siguiente, como una verdadera especie de *ultimatum*, aunque sin pronunciar este nombre, la nota verbal que incluyó Izquierdo en su relación del 24, y que, llegada a Madrid cuando Fernando ocupaba el trono, fué recibida con gran contento por Escoiquiz y Cevallos, sacando de allí argumento para apresurarse a ir a Bayona a solicitar el reconocimiento, o, por mejor decir, la investidura de rey de España de las manos de Bonaparte, concediéndole a este fin las demandas que la nota verbal contenía. El texto de esta nota y de la relación de Izquierdo se encontrarán entre los documentos del presente tomo.

ideas, sin majestad en su carácter, sin amor a sus pueblos, sin otro amor que de sí mismo, sin más pasión que su violín y su escopeta, descuidado, indolente, y tantas cosas como estas que se han dicho; un rey, cual lo han pintado las pasiones de una cábala enemiga, cual le han ajado con sus plumas tanto número de ingratos, hubiera recibido y apretado con la suya la mano poderosa que Bonaparte le alargaba, y hubiera asegurado su Corona, al menos por sus días, destruido o acallado aquel partido que se la estaba amenazando; y hubiera, como tantos otros lo habían hecho, trocado cual rebaños una parte de sus pueblos, y hubiera sometido los que le quedaban a la íntima alianza y sociedad de guerras que pretendía Napoleón, y a que se habían prestado ya de antes tantos pueblos y príncipes de Europa; y habría quedado libre y en paz para sus cazas; y, ciertamente, habría contado para reinar y vegetar sin más zozobras, con el brazo diamantino de su amigo y aliado.

Y cuanto a mí, si hubiera preferido mi interés al de mi patria, si la soberanía de los Algarbes me hubiera deslumbrado, o si el desecho de desquitarme o de abatir mis enemigos me hubiera poseído, ¿qué ocasión tan rodada no fué aquélla para lograrlo todo complaciendo a Bonaparte, y aconsejando a Carlos IV, como un medín de triunfar de las facciones, que accediese a sus deseos? Tal vez mi honor habría sufrido menos tomando este partido, porque el poder lo cubre todo y paraliza al enemigo. Nadie en España ha perseguido a los que no tan sólo confesaron, sino que se alabaron de haber ido a Bayona consentidos a ofrecer a Bonaparte las provincias fronterizas a trueque de afirmar sobre las sienes de Fernando la corona de su padre (503); y todos estos hombres han gozado luego de los aplausos de su patria, y han ocupado largo tiempo los primeros puestos del Estado. ¡Para mí solo la ignominia, que pudiendo, como pude, sostener a Carlos IV, y sostenerme yo a su lado por tal medio, amando más mi patria

que a mi soberano y a mí mismo, no lo hice! En mano suya estuvo y en la mía la aceptación de aquel Tratado, por el cual habría podido aquel buen rey vilipendiado defenderse de traidores y rebeldes con las fuerzas mismas que ellos decían venir en favor suyo (504).

Pero el deber, y un gran deber, estaba de por medio ante sus ojos y los míos: perder más bien la real diadema que guardarla a un precio deshonroso, guardar el caro nombre de españoles tanpreciado hasta a los más pequeños de sus súbditos, apellidarlos noblemente, decirles su peligro, ponerse a su cabeza armado del escudo de su buena causa, morir con ellos y por ellos primero que ponerlos o dejarlos voluntariamente bajo un yugo no querido ni buscado como si fuesen siervos, guardar, en fin, su juramento contraído con sus pueblos, y batallar hasta la muerte por no desengarzar ninguna joya de la Corona recibida mientras le fuese dado en fuerza humana conservarla... he aquí los sentimientos de aquel rey y aquel ministro, tan alvocosamente derrocados por los que fueron luego en decrechura y libremente con el rey de su erección, a presentar el plato descado a Bonaparte (505).

El rey, después de minutada y entregada a Izquierdo la respuesta, me mandó que preparase la partida a lo interior para estar prontos a emprenderla

(504). Véase el núm. 16, de las explicaciones y propuestas poco antes referidas.

(505). Por si a alguno que no hubiere leído más que este resumen le ocurriese decir que Carlos IV no mostró en Bayona la misma nobleza de carácter, le rogaré que lea, por lo menos, los dos últimos capítulos de estas MEMORIAS, XXXV y XXXIV. Ninguno que los haya leído imparcialmente encontrará motivo para poner esta tacha a aquel buen rey desamparado, que ni en la próspera fortuna ni en la adversa desmereció jamás el afecto de sus pueblos. Carlos IV en Bayona no era ya más que un rey caído en medio de un tumulto, fugitivo, sin amigos, sin soldados, sin sus pueblos, sin defensa alguna humana, sin nadie que volviese por su causa, enfermo y dolorido de alma y cuerpo, sin más aliento en tal estado que el que le daba y le quitaba alternativamente Bonaparte, hasta que en fin pudo aterrarlo con la idea del *Dos de Mayo*, dándole entonces a elegir entre el extremo

si las resultas lo exigiesen. A prevención, por si llegaba el caso, tenía yo dirigidas las convenientes instrucciones al general Solano, que mandaba en Portugal la división del Alentejo, y al general Carrafa, que a la sazón tenía a su cargo la del Miño. Estos dos generales eran también los jefes de Andalucía y Extremadura, cuyas Capitánías les fueron conservadas, aunque ausentes, por la mira que yo tuve de fiar a pocas manos las operaciones necesarias: estaban igualmente sobre aviso los capitanes generales de Granada, de Valencia y Murcia, y el de Granada con encargo de entenderse con el general Castaños, que mandaba el campo de San Roque, y advertirle en tiempo útil el movimiento de los reyes y de la real familia, llegado a realizarse. Yo expuse a Carlos IV la necesidad de adelantarnos a las dificultades que podía ofrecer cualquier retardo en la medida que debía salvar la independencia y el honor del trono.

—La nación está engañada—le decía yo al rey—; es menester decirle lo que pasa, que reconozca su peligro, que vea claro el precipicio, a que la llevan los malvados que le pintan la agresión de Bonaparte como el advenimiento de un Mesías que viene a redimirla. A Vuestra Majestad no le es posible alzar su voz augusta mientras no esté, cual corresponde a su seguridad y a su decoro, sostenido por sus tropas, lejos de los franceses, lejos también de esa trinchera que ofrece a los malvados la Legación francesa. Napoleón intenta someternos por el miedo y el engaño, no por armas; se miraría muy bien antes de deshonrarse a vista de la Europa acometiendo en plena luz a un aliado, y exigiéndole a la fuerza el abandono de una parte de los dominios mismos de que bajo su firma se declaró garante; no nos mostremos tímidos, pongámonos en regla; descom-

de vengarle y de subirle al trono sobre los cadáveres sangrientos de sus enemigos sublevados o el cederle sus derechos. Carlos IV prefirió cederlos todos primero que mancharse con la sangre de sus pueblos, y aun en tan dura situación cuidó y logró poner a salvo la integridad de España y su ser de nación libre, no sujeta ni agregada a otra ninguna.

pongamos sus intrigas, y venga una respuesta buena o mala, como quiera. No falta más que dar vuestra real orden a los que están ya preparados, y a los demás, la de acudir a donde les sea dicho. A las primeras que se dieran, Vuestra Majestad podrá contar para su marcha y su recibo en lo interior con treinta mil soldados, y después, en pocos días, con más de ochenta mil de todas armas. Badajoz, Sevilla, y en pos- terior recurso Cádiz, serán los haluartes de Vuestra Majestad y de su real familia; aun, si fuera preciso, no están lejos las islas Baleares, donde tenemos diez mil hombres, un pueblo fiel a toda prueba y una escuadra allí sujeta para cuanto ocurra, a más de la de Cádiz, donde, en caso necesario, la francesa que hay allí podrá ser nuestra; libres también las demás fuerzas de El Ferrol y La Coruña, y libre enteramente la Marina para mover las tropas dondequiera que convenga. El Alentejo y los Algarbes están prontos a levantarse en masa; la Inglaterra dejará de ser nuestra enemiga, y su interés le hará ayudarnos. Después está la Europa, a quien, no en balde, se podrán contar en libertad las tropelías de Bonaparte; y por cima de todo está la España, la nación leal, la nación pundonorosa de todas las edades, que, en sabiendo lo que pasa, sabrá alzarse, como siempre, contra el yugo extraño, contra la amistad falaz de ese aliado en quien le hacen creer ahora, y contra la añagaza que le ha puesto de las bodas para cogerla entre sus redes (506).

(506) Si alguno pudiese dudar de los medios con que me hallaba para salvar al rey y su real familia sin que pareciese una fuga, y para formar el cuadro de un grande ejército respetable, le diré que contaba con la división del general Solano, que estaba sobre aviso y en franquía para salir, como salió en efecto, del Alentejo para los puntos que le fueron señalados; con las tropas del ejército de Galicia, que el general Carrafa hacía salir de Portugal para España en los mismos días de los tumultos de Aranjuez; con la caballería y artillería de a caballo que debía completar la división auxiliar del ejército francés de Junot, y que con diferentes pretextos tenía yo aún reunida en la Extremadura española; con las guarniciones de Madrid y Aranjuez; con los regimientos acuartelados en las inmediaciones de Madrid; con el destacamen-

Ira de Dios para la España fueron no sólo Bonaparte, sino también aquellos hombres desleales que se pusieron por delante para entorpecer la voluntad de Carlos IV. En mis MEMORIAS he contado largamente (507) las intrigas, los esfuerzos y los inicuos medios con que procuraron impedirle aquella marcha, de que pendía el honor de la Corona y la salud de España. Los mejores días fueron perdidos por las dudas y temores que infundieron en su espíritu; y cuando al fin, llegados los momentos perentorios de salvarse, o de entregarse en manos de las tropas invasoras, reanimó su corazón y resolvió llevar a efecto la partida, nadie ignora de qué modo fué frustrado en su designio lo que conmigo hicieron, que es lo menos; lo que con él osaron, que era más y fué lo sumo, cercando y afligiendo su real ánimo, hasta que consiguieron se desnudase del real manto. ¡Maldad atroz la que inventaron para cegar los pueblos, esparciendo que Su Majestad huía para la América, que

to de zapadores que se encontraba en Alcalá; con los regimientos y tropas sueltas que había disponibles desde Tarragona hasta Murcia, y que el conde de la Conquista debía reunir y acercar a la Mancha; con la división del Campo de San Roque, que debía llamarse al momento preciso de la traslación del rey; con los batallones de Marina de los departamentos de Cartagena y Cádiz; con los artilleros de la Marina; con los tercios españoles de Tejas, que estaban al mando del brigadier don Pedro Grimarest; con todas las guarniciones y destacamentos de las Andalucías; con los cuerpos de milicias provinciales de los cuatro reinos de Andalucía, de la Extremadura, de Murcia y de la Mancha, de los cuales no estaban todavía incorporadas con las tropas de línea sino algunas compañías de granaderos; con las compañías de inválidos hábiles de Valencia, Andalucía y Extremadura; con las milicias urbanas y compañías fijas de Cádiz, Puerto de Santa María, Tarifa, costa de Cartagena, Badajoz, Alburquerque, Alcántara, Alconchel, Valencia de Alcántara, Ciudad Rodrigo etc.; con los escopeteros de Andalucía, y con los diferentes trozos del resguardo de las costas, muy numerosos en aquella actualidad, y asistidos en diferentes puntos de tropa activa de línea: todo esto sin hacer entrar en cuenta las demás tropas repartidas en el norte de España y en las otras provincias, aun las ocupadas por el enemigo, que habrían competido en lealtad y decisión con las del Mediodía, como después fué visto.

(507). Capítulo XXXI.

iba a dejarlos huérfanos y a poner la España en igual caso doloroso en que había quedado el Portugal por la fuga de sus príncipes! ¡Maldad atroz, sabiendo, cual sabían, que calumniaban a su rey, que los aprestos del viaje aún no llegaban a los que solían hacerse para mudar de residencia de un Sitio Real a otro; que nada se innovaba en el Gobierno; que a nada se tocaba en el palacio; que no se hacía ningún acopio de caudales ni de alhajas, ni se veían embalajes de importancia, ni se notaba operación alguna que indicar pudiese, ni aun por sueño, tal viaje a la otra parte del Atlántico!

No eran, por cierto, necesarias tales pruebas, y bastaba la fe debida a Carlos IV, que al príncipe de Asturias, al infante don Antonio, a todos sus ministros y a diferentes grandes, familiares del palacio, les mostró sus intenciones de hacerse respetar de Bonaparte en posición independiente, y atraerle a sus deberes, o fiar en Dios y en el país para guardar sus reinos y la inmunidad de su Corona. No era esto, empero, lo que quería aquel bando de ambiciosos sin virtud ni entendimiento. Napoleón era el escudo en que fundaban su esperanza; el nombre de Fernando, su divisa: perder aquel escudo, perder esta divisa era venir a tierra todos sus proyectos de ventura, no de España, sino de ellos. Si el rey llevaba a efecto su partida, ¡adiós esta ventura casi ya al momento mismo de creerla asegurada! Este era el gran pecado que debía costar a Carlos IV su Corona y a mí la larga serie de trabajos que aún estoy llevando. ¡Ah! Carlos IV no iba a América; si bien no se olvidaba de aquella parte de sus reinos, pronto a poner en obra mi consejo de enviar a aquellas vastas posesiones dos o tres infantes de Castilla con ministros sabios, que cumpliesen los deseos de aquellos habitantes con leyes adecuadas a sus necesidades y a los progresos que habían hecho: éste fué otro de los bienes que impidieron aquellos hombres sin consejo, por quienes luego fué perdida aquella inmensa parte de la Monarquía española, tan dichosamente conservada bajo Carlos IV en

medio de las guerras en que ardían las tierras y los mares.

Yo acabo aquí el resumen de mis actos tocante al tiempo en que el rey Carlos se dignó ocuparme en su servicio. Lo que pasó después de mi caída no me pertenece, ni a mí me es imputable. Es cosa bien sabida que mi prisión fué tal como un sepulcro donde fuí guardado, al modo que la muerte guarda inexorablemente a los que entraron bajo su dominio. Sólo mis enemigos pueden ser llamados responsables del compromiso doloroso en que pusieron a los reyes padres, cuando humillados, afligidos, solos, llenos de mil terrores e inciertos de su suerte sucumbieron a la idea de seguirlos a Bayona (508). Si hubiera yo podido aconse-

(508) Los conspiradores de Aranjuez hicieron grande estudio de callar y hacer ignorar a todo el mundo las disposiciones favorables con que se mostró Carlos IV en los días siguientes a su renuncia del 13 de marzo para formalizarla y validarla por todos los medios legales que serían posibles en aquellas circunstancias, bajo condiciones las más reducidas y moderadas, en gran manera inferiores a las que Felipe V había dictado cuando abdicó la corona en favor de su hijo Luis I. Estas disposiciones tan generosas, no sólo fueron despreciadas y rebatidas, sino que, por cima de esto, osaron intimar a los reyes padres la orden de que se retirasen a Badajoz, donde les habrían hecho partir forzosamente, a no haber tenido la intervención de los franceses, a cuyo amparo se acogieron Sus Majestades. Los tumultos y desórdenes que ocurrieron aquellos días en diferentes puntos del reino; las felicitaciones, hechas a Fernando, que publicaba diariamente la *Gaceta*, sin tenerse cuenta de lo que directa o indirectamente contenían de amargo para su padre; los papeles sueltos e ignominiosos que se hacían correr subrepticamente; la *Gaceta* del 31 de marzo; el completo abandono en que se hallaba de todos sus amigos y servidores; el registro que se hacía de sus papeles y los míos para indisponerle con el emperador, haciéndole ver las medidas que se habían tomado en contra suya, y otros muchos motivos de esta especie, pusieron a Sus Majestades en el triste caso de intimarse con Murat, que les abrió sus brazos, y adoptar el pérfido consejo que les daba de partir para Bayona. Mis enemigos han callado todo esto, y no han dado otro motivo del favor y de la protección que los reyes buscaron del emperador y de su cuñado sino el ansia que tuvieron de salvarme. Verdad es que la tuvieron, y que mi triste suerte formó parte de sus muchas aflicciones; pero también es cierto que cuando realizaron

jar a Carlos IV, otro camino muy distinto habría tomado: en el postrer rincón del reino, en una cueva, si hubiese sido necesario tal extremo, le hubiera yo propuesto que aguardase a ver el final de los sucesos, y le habría dicho que esperase un día cercano, en que, desengañada la nación y conociendo su peligro, vendrían los pueblos a buscarle y aclamarlo, más que por rey, por redentor, por salvador, por un dios suyo (509). Cuando salí de mi sepulcro, hasta mi vida hubiera puesto nuevamente para poder hablarle y disuadirlo del viaje que tenía resuelto; pero de Herodes en Pilatos, de prisionero en tierra propia, cambiadas, mas no rotas mis cadenas, prisionero de la Francia, de mi persona no era libre, y a mí también me condenaron los Destinos a andar aquel camino, que jamás hubiera andado por acuerdo propio mío.

Llegado a la ciudad en donde estaba aparejado el gran teatro de mentiras y traiciones inauditas que la Historia no ha contado por entero todavía, me fué precisa una reserva extrema cual la exigía mi situación, pues no sabía cuál podría ser la voluntad de Carlos IV, ni lo que allí pasaba, ni debía esperar tampoco que la verdad me fuese dicha. En mis MEMORIAS he estampado mi conversación con Bonaparte, en la que, sin faltar a Carlos IV, defendí cuanto en mí estuvo al príncipe de Asturias: los que no crean que lo hice así por un esfuerzo de lealtad, lo negarán que debí hacerlo por política.

Y yo no me engañaba: Carlos IV y

su partida para la frontera hacia ya cuatro días que me encontraba a salvo de mis enemigos, y que aquel viaje no lo hicieron por mi causa. (Véanse sobre esto los caps. XXXIII y XXXIV.)

(509) Pocos habrá que ignoren las invitaciones y los ruegos que por el año de 1815 y siguientes recibió en Roma Carlos IV para que volviese a España y la librase de la durísima opresión en que se hallaba; pocos habrá también que duden de la general aclamación con que habría sido recibido y llevado al trono por la muchedumbre de los pueblos, tan mal pagados como fueron de los heroicos sacrificios que habían hecho tan inútilmente, y cuyo fruto había cogido para ella solamente la facción triunfante.



María Luisa venían con la esperanza de mejorar la situación, de hacer valer las condiciones con que desde el principio desearon validar la abdicación que por tantas circunstancias era nula, salvar su real decoro, e intervenir en los Tratados que propondría Napoleón, para lograr que no abusase, con daño de la España, de la posición precaria en que Fernando se había puesto a merced suya.

¡Grande acto de virtud y abnegación de Carlos IV, bastante para haber rendido o moderado la ambición desordenada de cualquiera otro que no hubiese sido Bonaparte! Pero esta noble ingenuidad del hombre justo que abría su corazón tan francamente, y que con fin tan sano como llevaba en esto le afirmó que el trono no excitaba su codicia, que prefería el retiro y el descanso, que no quería violencias ni trastornos por su causa, y que tan sólo deseaba la paz de sus vasallos y la suya, esta abertura de su alma delante de aquel hombre tan astuto, fué el costado descubierto que halló éste para llegar oblicuamente a sus designios.

Protestas de amistad sin tasa, necesidad por honor suyo de reponerle en sus derechos, necesidad de deshacer un mal ejemplo cuya enmienda interesaba a todos los monarcas, oposición de parte suya a que reinase el príncipe de Asturias por la razón de que pasarle la Corona sería entregar el reino a las facciones, elogios al latente, a la moderación y a la cordura con que Su Majestad había reinado, empresas y proyectos para bien no sólo de la España y de la Francia, sino de todo el mundo, a que quería asociarle: tales y tales otras cosas como éstas opuso Bonaparte a aquel desinterés con que miraba Carlos IV la Corona.

Bajo este mismo tema siguió los pocos días que le bastaron para encontrar su hora deseada, embelesando a Carlos IV y a la reina con su habla, colmándolos de obsequios y finezas, anunciándoles la orden que había dado para que viniesen a Bayona diputados españoles a desagruarlos y a tratar acerca de los medios de enderezar de nuevo el carro del Estado; y poco a

poco, detrás de esto, refiriendo el mal aspecto que la España (dirigida, les decía, por los ingleses bajo mano) iba tomando; aguiñandoles su gozo, ya con los partes que llegaban de Murat cada día más alarmantes, ya con los pliegos y papeles que interceptaban los gendarmes, ora una carta de Fernando, ora de algunos de su corte, ora de amigos suyos poco o nada precavidos que les escribían de España contra Carlos IV; por un lado, reanimando, por el otro, consternando el corazón de aquel buen rey, tan enemigo de la sangre; tan pronto dándole el veneno, tan pronto la triaca, hasta aquel día fatal en que, llegadas las noticias y los partes del terrible *Dos de Mayo* (ya hubiese sido preparada por Murat esta jornada dolorosa, como algunos han pensado, o ya un acaecimiento que la general irritación hubiese producido), la aprovechó Napoleón para abismar el ánimo del rey, haciéndole creer que aquella gran tragedia era la obra de los partidarios de su hijo en odio de su padre, y que la España estaba ardiendo en vivas llamas, presentándole cuadros horrorosos del progreso que podía tomar aquel incendio, y dándole a elegir entre seguirle a conquistar su trono a fuego y sangre, sin piedad de nadie, por sobre los cadáveres de sus contrarios, o renunciar a él en favor suyo para ponerlo en manos que bastasen a contener tan grandes males, y libertar la España de la ruina de que se hallaba amenazada.

Así fué el golpe de sorpresa con que logró desabientar a Carlos IV y arrancarle la Corona. Después de las señales y demostraciones de favor y de amistad que fué visto prodigarle Bonaparte, la voz común en la ciudad y entre los mismos oficiales del Imperio no fué otra sino que, fiel y generoso con su augusto amigo, estaba decidido a reponerle en sus derechos, y el golpe fué tan cierto y tan seguro, cuanto era menos esperado.

El rey quiso más bien perderlo todo que ver verdugo de sus pueblos, y no se olvidó de ellos cuando al prestarse a la renuncia que sabía muy bien ser nula bajo todo aspecto, no consintió en hacerla sino a condición, *sine*

*qua non*, de que la integridad del reino en los dos mundos fuese mantenida, y la nación y la Corona fuese en todo tiempo independiente.

Toda esta mutación tan asombrosa fué la obra de un instante; Napoleón no dijo a nadie su intención ni su secreto, ni hubo más diplomacia que la suya; negocio atropellado y arreado con tal priesa por su propia mano, que aquella misma noche, a pesar de los esfuerzos que yo hice porque el rey tomase tiempo y lo pensase, fué todo consumado (510).

Tal fué el fin de los seis días en que los reyes padres fueron envueltos, festejados, engañados y robados por su heroico huésped. Los que ninguna cosa vieron de lo que pasó allí dentro, y fueron causa *solo ellos* de que el emperador de los franceses cautivase la familia real de España (que a no impedirlo ellos atrozmente por la fuerza, hubiera yo salvado y defendido a todo trance), han pretendido luego inicuaamente hacer creer que yo excité a mis reyes a ceder a Bonaparte la Corona. Si aquellos hombres, igualmente desleales a Fernando y a su padre, los cuales todos ellos, hasta el mismo Escoiquiz, acataron al monarca intruso como Rey de España, y se reconocieron por escrito sus vasallos (511), votándose los más a su servicio en las primeras plazas del Estado; si aquellos hombres, digo, no pudieron ni quisieron comprender los sentimientos de lealtad con que en el desamparo en que se hallaba, hasta la postrer hora, aconsejé fielmente a Carlos IV, y me esforcé por animarlo a resistir a Bonaparte sin temor de ser su víctima: ellos, que así en Bayona como en Madrid y en

Aranjuez, no consultaron otra cosa que su ambición, su impunidad, sus intereses y sus miras personales, a juzgar por ellos mismos, y por sus propios corazones, habrían debido por lo menos concebir que mi interés, mi honor, mi porvenir y toda mi existencia pendían de que reinase Carlos IV; mi lealtad y mi interés, en aquel caso, estaban al unísono. Ni yo fuí como ellos; yo no pedí al emperador, como ellos le pidieron, gracias ni favores, ni él tampoco me los hizo; yo no reconocí a José ni lo juré, cual lo reconocieron ellos y juraron por conservar sus dignidades, sus plazas y sus bienes; José dispuso de los míos como si no tuviesen dueño conocido, y por no rendirle en modo alguno ni directa ni indirectamente mi sumisión y mi respeto, no reclamé este agravio, y contentéme en tal estado de las cosas con vivir de las migajas de la mesa de mis reyes, que en diferentes intermedios de su peregrinaje doloroso vivieron de prestado, como fué público en Marsella y en Italia.

Lo he dicho ya más de una vez en mis MEMORIAS, y aún lo repito con orgullo: yo soy uno de los pocos hombres del tiempo en que vivimos que, en las vicisitudes tan violentas y frecuentes que han sufrido los Gobiernos de la Europa, no haya prestado más que un solo juramento. El que presté a mi rey lo mantuve no tan sólo hasta su muerte, sino después de ella, obedeciendo sus encargos y mandatos hasta el punto de postergar mi honor y mi defensa al cumplimiento de ellos, y haber callado y encerrado mis dolores en mi alma tantos años... Y ¿habrá acaso todavía quien, después de tantas pruebas relevantes de mi amor y mi lealtad a Carlos IV, pueda ni aun sospechar que yo lo induje a desceñirse la Corona y a ponerla en manos del emperador de los franceses?

Todos mis males, todos mis trabajos, toda la enemistad de mis conciudadanos, que de todos mis dolores ha sido el más agudo, tantas penas y amarguras que he sufrido, y que se doblan con los años sin ningún alivio ni rescate todavía, proceden sólo de una voz, la que me echaron los malvados que,

(510) Mis lectores hallarán todos los detalles de esta triste historia, desde el 17 de marzo hasta el 5 de mayo, en los caps. XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV y XXXVI, con que finalizan mis MEMORIAS.

(511) Para reconocer hasta qué grado pueden llegar la corrupción y bajeza de los hombres, debe leerse la petición de Escoiquiz y demás individuos de la comitiva del rey Fernando al rey José, dirigida desde Valençay en 22 de junio de 1808. Mis lectores la hallarán en el tomo II de las *Memorias de Llorente*, bajo el número 75; parte de ella la encontrarán en las mías, capítulo XXXVI.

después de haber buscado en Bonaparte el patrocinio de sus crímenes; después de haberme derrocado para impedir la salvación que yo buscaba de mis reyes y mis príncipes; después de haber llevado al príncipe Fernando y puéstole en las manos y a merced del enemigo de su Casa; después que fueron causa, o por lo menos ocasión de que su atribulado padre cayese en igual lazo; después, en fin, de la catástrofe venida por tal obra de que ellos solos fueron reos, a mí me la cargaron, diciendo a la nación que yo la había vendido a Bonaparte. Los tiempos descubrieron lentamente estas maldades; los velos que habían puesto, a la verdad harto ya tarde para España, los descubrió la Historia; pero las impresiones que dejaron sus calumnias en los ánimos, tan largo tiempo mantenidas por el poder de que se hicieron dueños, no están quizá borradas totalmente entre la muchedumbre. Y he aquí, no obstante, el hombre en los postreros años recogió todos los odios y baldones de mis enemigos para verterlos contra mí en su historia; he aquí, no obstante, lo que el conde de Toreno, cediendo a la verdad tan manifiesta en nuestros días, escribe acerca de esto:

"El reconcentrado odio que había contra su persona (512) fué también causa que, al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleón, se le achacase que, de consuno con éste, había procedido en todo: *aserción vulgar, pero tan generalmente creída en aquella sazón, que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel a Carlos IV y a María Luisa, sus fieles protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un cetro en los dominios de América, más bien que exponerlos, continuando en España, a que fuesen destronados y presos*" (513).

(512) Las verdaderas causas de este odio las encontrarán mis lectores menudamente explicadas en las primeras páginas del capítulo XXXI, y yo les ruego que las lean si desean juzgar imparcialmente.

(513) En su *Historia de la revolución de España*, libro II, pág. 75. Yo dejo dicho y bien probado que el ánimo del rey, confor-

Yo agradezco al conde de Toreno esta justicia que me ha hecho, harto raída a la verdad y harto forzada; pero, al fin, justicia hecha por quien tanto, tan sin causa y tan injustamente, me ha ultrajado. La Historia, cuando aparte la basura que han esparcido las pasiones, dirá mejor y dirá más.

Dirá que estuve largos años trabajando por mantener la paz del reino, que mi trabajo no fué en vano y la mantuve, con un mérito especial en nuestros tiempos, sin rigores.

Dirá que al mismo tiempo estuve batallando sin intermisión, y sin ningún descanso, por más de doce años, contra aquellas dos fuerzas colosales que amenazaban, cada una por su lado, tragarse el mundo entero, sin ser fácil decidir, en el sistema y en el rumbo que tomaron una y otra, cuál de las dos causase más peligro a las naciones, ni de cuál modo fuesen más dañosas, ora se las mirase como amigas, ora como enemigas.

Dirá que, sin embargo, ni la una ni la otra, mientras estuve a la cabeza o al lado del Poder, en quince años ya pasados en esta ruda brega, no lograron decentar, ni aun tan sólo pellizcar, la Monarquía española, faltando sólo el haber visto cómo hubiera yo salido de la prueba en que Napoleón puso a la

me enteramente con mis consejos, no fué de abandonar el reino, sino de defenderse y defenderlo. Esta manera de narrar del conde de Toreno, aun confesando la verdad y dando testimonio a la lealtad de mi conducta, prueba una cosa sobradamente manifiesta, y es la mala voluntad con que lo daba: tanto mayor motivo en favor mío para ser creído. ¡Oh! Ciertamente, si el conde de Toreno hubiera escrito después de ser ministro, de otra manera habría contado, habiendo visto por experiencia propia suya lo que pasa en las alturas del Poder, de donde en breve tiempo salió herido y malherido en lo más caro que hay en el mundo para el hombre, hecho la fábula de España y de la Europa entera, cumplido en él aquel oráculo terrible no de un padre de la Iglesia que él buscó, trayéndole a la fuerza, para insultarme en mis desgracias y de paso hacer creer que *sabía griego*, sino del divino autor de todas las verdades cuando dijo: *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis. Et adjicietur vobis*. Estas añadiduras yo no se las deseo; yo lo perdono, y así Dios quiera perdonarlo y darle enmienda.

España al mismo tiempo que llegaban de la otra parte de los mares los anuncios de los triunfos inmortales conseguidos contra la Inglaterra en Buenos Aires.

Dirá que, en la medida que tomé con tanto empeño de poner a salvo la familia real, y apellidar la tierra contra la invasión francesa, no aventuraba más que los azares de una guerra en que a mal venir la suerte, todo podía perderse por más o menos tiempo, empero no el honor de la Corona y de la España.

Y hará comparaciones y dirá:

"Godoy quiso salvar sus reyes y sus príncipes, y negociar honrosamente con las armas en la mano; mas la facción traidora derrocóle, y a sus reyes y sus príncipes los sujetaron y pusieron deshonrosamente a la merced del emperador de los franceses.

"Godoy quiso llevarlos a la ciudad inexpugnable, contra la cual después fué visto que las armas del famoso Imperio se estrellaron: ellos, por el contrario, guiaron a Bayona, sin armas, sin defensa, sin garantía ninguna, y como el mismo emperador por mofa dijo un día, hasta sin pasaportes (514).

"Godoy, aun maltratado cual se hallaba en la nación por las mentiras y calumnias de sus enemigos, tuvo fe en el carácter del pueblo castellano, no dudó de su lealtad, y contó con su concurso para defender la patria amenazada: ellos, que tenían en favor suyo, merced a sus engaños, la opinión de España, menospreciaron su lealtad, no la tuvieron por bastante, y fiaron más que en ella en Bonaparte, prefiriendo, contra el voto de los pueblos, ir a pedirle de rodillas la investidura de Fernando.

"Godoy, por impedir que Carlos IV, rodeado de tropas enemigas, se viese compelido a sucumbir a los deseos de Bonaparte de arrancarle las provincias fronterizas, prefirió arriesgar su vida por poner al rey en libertad para po-

der negárselas: ellos, por el contrario, sabiendo los deseos de Bonaparte, se animaron a pasar la raya para ir a negociar la vergonzosa investidura que buscaban al precio de los pueblos que él quería, al precio de los súbditos leales que en Vitoria clamaban y gemían, y les rogaban no pasasen la frontera con Fernando, prontos a defenderle y a salvarlo del peligro a costa de su sangre.

"Y hubo más, que el grande consejero, el capitán del infeliz convoy, el maestro de Fernando, se esforzó, cuando vió el pleito malparado, a persuadirle que trocase la nación, la nación misma, toda entera, que lo había aclamado, por los italianos de la Etruria.

"Suma total de los sucesos espantosos que trajeron las culpas y traiciones de estos hombres...: el doloroso cautiverio de sus reyes y sus príncipes...; la orfandad absoluta de la España, quedada sin gobierno, abandonada a su fortuna, frente a frente del hombre que llamaron, de puño y letra de Fernando, para que se dignase hacer su dicha y la de España...; muertes por todas partes de españoles inocentes y leales...; división, en dos partidos, de los hombres más ilustres de la España, aún no bien reconciliados...; cruda guerra de seis años, a la cual Napoleón no hubiera osado despeñarse contra Carlos IV, con quien estaba atado con pactos y convenios personales, y el cual, parapetado en medio de sus tropas y en posición inexpugnable, le hubiera hablado y contenido en sus designios con el honor y la grandeza que cumplía a un Rey de las Españas; y donde no, señor de sus acciones, dueño de dar su voz y denunciarlo a todos los monarcas de la Europa como un bandido coronado, sin honor y sin palabra, dueño de abrir sus puertos a los que tanto deseaban el nuevo campo de batalla que en España podía abrirse, y abrir de nuevo la esperanza a las naciones subyugadas; rey a la frente de sus pueblos, de la nación inconquistable, de la nación heroica, fuerte por todas partes con sus cadenas y lazadas de altísimas montañas y ciudadelas naturales, favorecida a la redonda por dos mares, y allende

(514) "¿Et pourquoi aussi sont-ils venus? —decía Napoleón—. Ce sont des jeunes gens sans expérience, et qui viennent ici sans passeports." M. Pradt, en sus *Memorias*.

de estos mares poderosa y rica por sus dominios transatlánticos."

Esto dirá la Historia, y dirá más; dirá que al que pensó de esta manera, y tuvo corazón para intentar salvar sus reyes y su patria y hacerla respetar por Bonaparte, casi cierto de lograrlo, sin cruzar las armas, con la actitud tan sola digna y grave en que habría puesto a su monarca; que aquel que tenía prestos ya todos los medios necesarios para el cumplimiento de este deber sagrado, y ansiaba, no sin riesgo de su vida, libertar la España de aquella suma de trabajos que sus enemigos, más enemigos de ella que no suyos, le causaron; a ese español desventurado, los que fueron a Bayona para poner en manos del ambicioso emperador al rey que ellos alzaron y los destinos de su patria, le cargaron las traiciones y delitos de que ellos solos fueron reos, y le imputaron las desgracias de que ellos solos fueron causa; y así, hicieron conmigo para purificarse, como los judíos con el macho emisario del Levítico, poniendo por mi cuenta sobre mi cabeza todos sus pecados (515).

Treinta y tres años he llevado este anatema, herido de la mano de los mismos que durante un reinado todo entero hicieron luego tantas víctimas: yo, la primera de ellas. La Historia ha hablado, y ya no caben más engaños; justificado, empero, por la Historia, aún me faltaba que la justicia humana, tan largo tiempo muda y ensogada, hablase; y esta justicia ha hablado, no enteramente sin temor de los que tienen interés en mis desgracias, pero obligada, en fin, a declarar que no ha podido hallar ningún delito, ningún cargo, ninguna acusación en contra mía, que no hay proceso, que no hay causa, que nada se ha actuado en tantos años,

ni nada se ha alegado, ni se han hallado materiales para poner en juicio mi conducta. Tal ha sido el fallo unánime del Tribunal Supremo de Justicia en su consulta de 22 de abril del año próximo pasado 1840, dirigida al Gobierno de Su Majestad la Reina.

He aquí, pues, con referencia a esta consulta, la historia en breve de la marcha que ha tenido aquel furial proceso decretado por mis enemigos en el ardor del triunfo, tan funesto para España, que lograron para ellos. *No soy yo a quien importan estos hechos*: impórtale saberlos a todo ciudadano que estime en algo sus derechos, su libertad, su honor, su hacienda y su persona; porque, si en tela de justicia pudiera consagrarse hoy día lo que conmigo ha sido hecho por encima de las leyes y de las garantías sociales bajo las cuales vive cada uno, nadie podría tenerse por seguro de no sufrir jamás tan enormes desafueros y violencias como yo he sufrido y aún estoy sufriendo.

En marzo, y en la misma noche en que se desdijó de su corona Carlos IV, se decretó con fecha del día 20 la confiscación entera de mis bienes, acciones y derechos.

El 29, con mejor acuerdo, se dió un decreto nuevo por el cual, corregido el del día, se mandó que mis bienes se tuviesen solamente bajo el concepto de embargados hasta las resultas de la causa que debía formármeme, *decreto que después no ha sido nunca revocado*.

En 3 de abril siguiente fué dada la Real Orden al Consejo de Castilla para formarme causa *por extravíos y excesos públicos, manejo de intereses, y demás que resultase de la de El Escorial y de las diligencias practicadas hasta entonces acerca de esta última*.

Los fiscales pidieron al Consejo, y éste pidió al Gobierno, los documentos que tuviese por resultas del examen que fué hecho de todos mis papeles, y cuantos datos y conocimientos hubiese recogido y fuesen conducentes para la instrucción de aquel proceso.

El Gobierno contestó no tener más documentos ni papeles que enviarle fuera de la causa original de El Esco-

(515) *Tunc offerat (Aaron) hircum viventem, et posita utraque manu super caput ejus, confiteatur omnes iniquitates filiorum Israel, et universa delicta atque peccata eorum: quæ imprecans capiti ejus, emitet illum, per hominem paratum, in desertum. Cumque portaverit hircus omnes iniquitates eorum in terram solitariam, et dimissus fuerit in desertum, revertetur Aaron in tabernaculum, etc.* (En el Levítico, cap. XVI, vers. 20, 21 y 22.)

rial que le había ya remitido con sus incidentes (516).

Los acontecimientos posteriores y la invasión de los franceses estorbaron que el proceso decretado hiciese más camino, hasta que, en fin, restaurado el trono en 1814, el Consejo de Castilla, a cuyo cargo se había puesto desde su principio aquel procedimiento, representó al Gobierno la necesidad de darle curso, y, para poder darlo, expuso ser en gran manera necesario que, habiendo sido sustraída por el Gobierno intruso la causa de El Escorial y los expedientes relativos a esta misma causa, se hiciese diligencia por la Secretaría de Estado para reclamar en Francia aquellos autos, sin perjuicio de que al mismo tiempo, si el rey lo tenía a bien, se comenzase a proceder con presencia de dos copias de la dicha causa que existían, autorizadas, aunque incompletas una y otra.

El rey se conformó con la consulta hecha, y dió la orden de proseguir la causa según y como proponía el Consejo.

Esto no obstante, pasaron cuatro años todavía sin que se hubiese dado un solo paso en el proceso: la razón de esta tardanza fué expresada en un informe dado por acuerdo del Consejo al Ministerio en 13 de noviembre de 1818, y era que carecía de la causa original de El Escorial, en la cual, y los papeles que le eran relativos, no se podía dar paso legalmente y con acierto en un asunto de tanta consecuencia.

Cinco años de inacción corrieron luego sobre los otros cuatro sin que aún

tuviese vida mi proceso, cuando, por efecto de algunas pretensiones hechas sobre bienes míos, la sala segunda del Tribunal Supremo de Justicia, que ejercía por aquel tiempo las funciones judiciales del Consejo de Castilla, en consulta dirigida al rey a 22 de marzo de 1823, declaró a Su Majestad *que había imposibilidad de que tuviese cumplimiento legal la Real Orden de 3 de abril de 1808, por la cual se mandó formarme causa, mientras por el Gobierno no se facilitasen al poder judicial todos los documentos que ofreciesen hechos relativos a mis extravíos, a mis excesos públicos y a manejo de intereses, añadiendo y repitiendo la necesidad que se tenía de la causa original de El Escorial, y que la copia de ella, por más autorizada que estuviere, nunca podía servir de fundamento para dar el carácter legal a las operaciones de justicia.* A pesar de esto, ni datos, ni papeles, ni documento alguno de los que pedía la Sala para el procedimiento fueron surtidos ni enviados por el Ministerio; la causa original de El Escorial, tampoco; *sin embargo* (como dice el señor fiscal Crespo Cantolla en su dictamen de 2 de marzo de 1839, anexo a la última consulta de 22 de abril de 1840) *de que había noticias, NO VULGARES, de que fué traída a Madrid en 1820.* De las dos copias que existían en los archivos del Consejo, la una se había perdido, y aquella sola que quedaba fué arrancada, de Real Orden, por el ministro Calomarde. De aquí ya más en adelante no volvió a hablarse de proceso (517).

(516) A pesar de la prolija inspección que fué hecha de todos mis papeles, ninguno ha sido producido en contra mía después de tanto tiempo, y ni aun se sabe cosa alguna acerca de su paradero. La sustracción de mis papeles es uno de los grandes daños que mis enemigos me han causado: tenía yo en ellos mi mejor defensa; a más de esto tenía un libro de registro, donde apuntaba día por día todos mis actos concernientes a asuntos de Gobierno, y todos los recuerdos de las cosas que podían hacerse en beneficio de mi patria, de las que eran hechas y las que deseaba que se hiciesen. ¿Por qué se han ocultado y hecho desaparecer estos papeles? ¿Por qué no se trajeron al proceso? ¿Por qué no se pusieron a lo menos en depósito? La respuesta es obvia: *porque me eran favorables.*

(517) No es necesario mucho discurso para reconocer que, sin el calor de la reacción del año de 1808, fué señalada la causa de El Escorial como principal fundamento del proceso que contra mí fué fulminado; entrada luego la reflexión, no pudo menos de advertirse que la inspección de aquella causa debía comprometer más bien que mi honor el del príncipe de Asturias, sentado ya en el trono quieta y pacíficamente. Hubiese o no hubiese venido a sus manos la causa original que los ministros del rey José se llevaron para quitar de en medio las pruebas de los manejos culpables del embajador Beauharnais, lo cierto es que, de las dos copias que existían en poder del Consejo, la una desapareció sin saberse cómo, y la otra fué recogida, a mano

Yo hago ahora un alto acerca de esto, porque las reflexiones se vienen a la vista en favor mío: procuraré ser breve.

Tan duro, tan cruel, tan absoluto como fué el golpe que me dieron mis contrarios, tan necesario debió ser que la justicia confirmase y abonase legalmente lo que la cólera había obrado, tanto más necesario todavía, cuanto el honor de un rey caído y de otro levantado se hallaba de por medio, y era de esencia proveerse y prepararse para el juicio de la Historia.

¿Cómo, pues, fué que en diecinueve años que reinó a su anchura el rey Fernando VII no llegó a realizarse aquel proceso?

¿Cómo ha sido que aquel mismo soberano a quien lograron persuadir que yo había sido su enemigo capital y que había atentado a su corona, dejó morir aquel proceso de que fué hecho tanto ruido?

¿Cómo es que, habiendo sido aquel monarca mi grande acusador bajo el reinado de su padre, y que siendo tan preciso cubrir, justificar y defender cuanto fué obrado en los tumultos de Aranjuez, y aquel despojo universal de honores, de derechos y de bienes que me hicieron, no hubiese sido alimentada y proseguida aquella causa por decoro tan siquiera de quien la había mandado y anunciado a toda España?

Si yo había sido reo, ¿cómo se halló la corte de Fernando en tal penuria de datos y de pruebas para justificarlo?

Hervían mis enemigos en aquella corte, mis enemigos gobernaban; abiertos les estaban los archivos del Gobierno, las oficinas a sus órdenes, mis papeles todos y una parte, la más grande, de los de Carlos IV entre sus manos, ¡y, sin embargo, nada pudo hallarse con que formar ni una apariencia de sumario!

De tantos enemigos míos tan poderosos, tan erguidos, tan acreditados cual se vieron tanto tiempo sobre todos los puntos culminantes del Gobierno, con tan larga clientela que tenían a su man-

dato, ¿cómo fué que ninguno de entre ellos, ni aun de los mismos inventores y propagadores de las inculpaciones horribles que me hicieron, se ofreciese por testigo en contra mía, o bien buscase quien lo fuera y no le hallase?

¿Se dirá acaso que el motivo de abandonar aquel proceso fué mi ausencia? Pero se debió citarme y emplazarme, y nadie me ha citado ni emplazado: estaba viva y aún lo está, pues no ha sido nunca revocada, la Real Orden de 29 de marzo de 1808 por la que fué mandado que mis bienes, acciones y derechos se entendiesen embargados solamente, responsables y sujetos a las resultas de la causa. No permitían las leyes otra cosa, y era de esencia que esta causa se siguiese y terminase para disponer acerca de ellos conformemente a la sentencia que se diese. Y aun puesto el caso de que, citado yo en debida forma, no hubiese parecido, no había ningún estorbo para seguir la causa, sentenciarla en rebeldía, y acabarlo todo legalmente. De otra manera no era dable disponer, ni de mi honor, ni de mis bienes, sin caer en lo arbitrario y cometer un atentado contra las leyes más sagradas en que estriban la seguridad no menos que la propiedad del ciudadano, tan altamente respetadas y afianzadas en nuestros sabios códigos (518).

(518) He aquí algunas de nuestras leyes patrias acerca de este punto establecidas desde la cuna misma de la Monarquía, consagradas y afirmadas por los siglos posteriores: La quinta, título 1.º, libro 2.º del *Fuero juzgo*, publicada por Recesvinto en el concilio VIII de Toledo, por la cual se prohíbe al rey disponer de los bienes injustamente adquiridos, estableciendo que todos los arrancados siniestramente del seno del vasallo se le restituyan. La promulgada por don Fernando IV en el Ordenamiento de las Cortes de Valladolid del año 1301, en la que se dispone "que si el rey don Alonso su abuelo, o el rey don Sancho su padre, tomaron algunos heredamientos, o algunas aldeas a algunos homes de ellas *sin razón ni derecho*, que sean tornados a aquel de quien se tomaron". La sancionada por don Alonso XI en las Cortes de Valladolid, año de 1325, a las que se refiere don Enrique II en respuesta a la petición 26 de las de Toro de 1371, por estas palabras: "A los que nos pidieron por merced que no demandásemos tomar a nadie ninguna cosa de lo suyo *sin ser antes llamado, oído e vencido por fuero e por*

poderosa, por el ministro Calomarde, cuya responsabilidad hubiera sido inmensa si hubiera obrado de esta suerte sin expresa y terminante orden de Fernando VII.

A pesar de esto, al abandono que fué hecho del proceso, se siguió el distribuir todos mis bienes como al rey le plugo, sin dejar ni una reliquia de ellas a su dueño, *no llamado, no oído, no juzgado, no vencido en juicio.*

Y no quedó por falta de peticiones y de ruegos por que se me oyese: en vida de mis reyes, desde Roma, dirigí muchas a su hijo, encomendadas todas ellas y apoyadas con razones poderosas de puño y letra de su padre, de las cuales aún conservo una que me dió Su Majestad por duplicado.

Después de fallecidos padre y madre, sin que ni sus ruegos ni los míos hubiesen sido oídos, y solo ya en el mundo, menos debí esperar que se me oyese, y, sin embargo, de tiempo en tiempo enviaba mis clamores al hijo de mis reyes: no había otro a quien pudiese dirigirme, pues de su sola voluntad dependía todo.

Y no se piense que estos ruegos y clamores eran para pedir gracia; mi honor me interesaba más que todo, y yo quería justificarlo: tregua pedía tan solo al rey Fernando en sus enojos, y

*derecho, por querrela nin por querellas, que a nos fueren dudas, según que está ordenado por el rey don Alfonso nuestro padre en las Cortes que hizo en Valladolid; a esto respondemos que es grande nuestro servicio "c que nos place". Y el mismo Enrique II, a la súplica que le habían hecho los diputados del reino en otro Ordenamiento de Toro publicado en 10 de septiembre de 1371, determinó "que por cuanto había fallado que es derecho que ninguno non sea despojado de su posesión sin ser primeramente llamado, e oído, e vencido por derecho, así se ejecute, y que las cartas y albaes en que no fuera dada audiencia a la parte, que los alcaldes las obedezcan, pero que no las cumplan". La ley 2.<sup>a</sup>, título primero de la Partida segunda, en la que declara el rey don Alonso el Sabio "que el rey no puede tomar a ninguno lo suyo sin su placer, si non fuere que lo deba perder por ley". Otra, en fin, que es la 4.<sup>a</sup>, título 7.<sup>o</sup> libro 12 de la Novísima Recopilación, promulgada por don Juan II en las Cortes de Valladolid, año de 1447, en la que se ordena que los que cometieren algún delito de traición [vale decir los acusados de ella] no pierdan sus bienes sin que primero sean oídos y vencidos. Tal como esto fué la solicitud de nuestros reyes y nuestras Cortes para poner defensa al ciudadano contra la calumnia, la ambición, la avaricia, las venganzas, y el abuso del poder y de la fuerza.*

que, entre tanto, en juicio o fuera de él, como más fuese de su agrado, me permitiese defenderme de las imputaciones y calumnias que mis enemigos me habían hecho. Jamás tuve respuesta.

Para salvar mi honor no me quedaba otro recurso que apelar al juicio de la Historia; pero fui tan cuerdo, tan leal, tan fiel a la palabra que había puesto a Carlos IV de no dar armas nunca a los contrarios de su hijo, que cerré mis labios indefinidamente..., aún estarían cerrados si viviese.

Este silencio no bastó, ni a rendir al rey Fernando, ni a cansar las lenguas de mis enemigos; al contrario, para ellos fué un pretexto nuevo del cual formaron argumento para decir al mundo que mi paciencia no era más que la paciencia de un culpable bajo el peso de sus culpas.

El mundo ha visto ya que me sobraban armas para haberme defendido, y que no menos me sobraba hierro para marcar a todos ellos en la frente; pero estaba de por medio el hijo de mis reyes; no lo he hecho sino después de haber cumplido todos los deberes que me imponía la gratitud a un rey que me había unido a su familia y fué mi amigo hasta su muerte.

Después, bajo el reinado de su augusta nieta, he conseguido ver sacar del polvo los innumerables rollos que dormían en los archivos, concernientes a mi llamada *causa* y a los despojos que he sufrido. Por un Decreto Real, su fecha 16 de agosto de 1837, fué cometida al Tribunal Supremo de Justicia la inspección de cuantos expedientes se encontraron en las oficinas del Gobierno relativos a mi asunto, para que, en vista de ellos y de los que existiesen en poder del mismo Tribunal, procediese éste a lo que hubiese lugar en justicia, o consultase su dictamen con arreglo a la equidad y a las leyes.

Tres años fueron empleados en la inspección y examen de los inmensos autos que se habían reunido y de otros más que se buscaron y se hallaron; de los cuales, como en la respuesta ya citada del señor Crespo Cantolla ha sido dicho, *salvo lo poco que fué hecho para la preparación de mi proceso que*



*jamás se llevó a efecto, todos los demás eran tocantes a la averiguación de los bienes e intereses embargados, a su administración y a las medidas practicadas para impedir que hubiese ocultación o fraudes, con otros incidentes sin relación ninguna con la causa.*

Terminadas las tareas del Tribunal Supremo, se declaró, por voto unánime de todos sus ministros, no haberse hallado en contra mía sino los primeros pasos que se dieron para abrirme causa conforme a lo mandado en 3 de abril de 1808, sin acusación formal, contestación ni diligencia alguna que causase estado de litispendencia; que después, en todo el tiempo del reinado de Su Majestad Fernando VII, no había sido proseguida, y que por lo presente era imposible ya seguirla o instaurarla legalmente.

Heme aquí, pues, no habiendo sido culpa mía bajo ningún concepto, que en los diecinueve años del reinado de Fernando VII, ni en los que precedieron o siguieron, no se hubiese actuado cosa alguna en el proceso decretado, ni que no haya medios en el día, ni instrumentos, ni testigos, ni elementos posibles para seguirle o instaurarlo; heme, digo, en el caso en que la ley absuelve al que fué puesto en causa como reo, y esto en el caso mío por dos capítulos: el uno, por no haber habido acusación, ni documentos, ni testigos, ni probanza alguna en contra mía; el otro, por no haber pasado el tiempo en que prescriben todas las acciones en causas criminales. Un Tribunal es el postrer amparo donde el honor y la incolumidad del hombre combatido y difamado por las iras de un partido tiene prevista y señalada su defensa por las leyes: éstas no han sido hechas para mantener o respetar las prevenciones que el error, la intriga, la apariencia o la calumnia han producido, sino, al contrario, para defender al ciudadano contra las prevenciones, de cualquier naturaleza que éstas sean, que no han podido o han rehusado sostener la prueba en los debates judiciales y en el crisol de la justicia.

Al tenor de estos principios de verdad eterna, la declaración de que no

ha habido ni hay proceso en contra mía, ni medio o modo alguno de instaurarlo legalmente, *de facto* vale tanto como declararme libre, absuelto y vuelto a entrar en mis legítimos derechos: falta la fórmula tan sólo según los términos del foro, la cual es consiguiente e innegable.

No obstante, acerca de este resultado que debió tener la declaración que ha sido hecha ha habido división entre mis jueces.

Uno de estos ministros respetables dió su voto aparte, larga y doctamente razonado por el tenor de nuestras leyes, según el cual debía expresarse y declararse en la consulta que el embargo o secuestro de mis bienes, subsistente todavía de hecho, no habiendo sido yo citado, ni oído, ni vencido en juicio, era ilegal y debía alzarse; que, con arreglo a nuestras leyes, debían restituirse según los poseía en 1808, con más los intereses devengados hasta entonces, quedando libres los fiscales para reclamar por los trámites legales cualquier agravio que estimasen inducido al interés de la Corona con respecto a bienes procedentes de donaciones reales; salva también la acción con que se crean los detentores de mis bienes libres para reclamar, después de vueltos a su dueño, cuanto estimen convenientes o pertenecerles por cualquier título que sea; que esta restitución es de la competencia del Gobierno realizarla; que, por lo tocante al modo de poder verificarla o de poder indemnizarme en orden a los bienes que el Estado hubiere consumido, o que en la actualidad le fuesen necesarios, podría acudir a la sabiduría y al juicio de las Cortes; y que, además de todo esto, fuese declarado que por ningún decreto, ni de la Junta Gubernativa de 1808, ni de la Central, que le siguió, del reino, ni de las regencias sucesivas, ni del rey Fernando vuelto al trono, ni por Tribunal alguno he sido despojado de los títulos, honores y condecoraciones que gozaba y debería seguir gozando.

Otros cuatro ministros del mismo Tribunal pusieron igualmente voto aparte, según el cual debía reconocerse y expresarse en la consulta que, me-

diando en el asunto pretensiones puramente civiles sin ninguna complicación con cuestiones políticas, debían juzgarse por las leyes existentes, sin sujetarlas a disposiciones nuevas legislativas, que tendrían el vicio de una fuerza retroactiva; que si en algunos puntos resultasen dudas que mereciesen decidirse por los cuerpos colegisladores, en los demás podrían fallarse enteramente por los Tribunales; y que, visto el estado que presentaba el expediente, se me debía manifestar *que, en cuanto a las acciones civiles, tenía expedito mi derecho para ejercerla donde, y como, y en la forma que estimase convenirme.*

Los demás señores que, con los otros cinco ya indicados, componían el Tribunal Supremo, reconociendo por su voto que, según las reglas ordinarias que la ley previene, debía ser pronunciado el sobreseimiento de la causa que me fué intentada, han encontrado, a su entender, que la cuestión en cuanto a mí es *de un carácter diferente, extraordinario, que no puede resolverse sino por una medida especial que con él sea compatible, con sus circunstancias, CON LO QUE LOS SUCEOS POLÍTICOS Y EL TRANSCURSO DEL TIEMPO TIENEN CONSAGRADO, y con lo que exige el cambio de nuestras instituciones y de nuestro sistema de gobierno.*

No es fácil comprender todo el sentido de estas cláusulas, y ni aun por sombra cabe imaginar que sea el objeto de ellas que se entienda deberse respetar por la justicia las voces y calumnias que contra mí han corrido tanto tiempo. Yo no me atrevo, ni jamás me atreveré a recelar tal pensamiento de parte de mis jueces, que, en calidad de tales, no son dueños de juzgarme sino por lo probado y alegado; mas ¿por qué quieren sacarme por fuera de la ley que nos protege a todos, y por fuera de la cual ninguno debe ser juzgado ni aun bajo los Gobiernos mismos absolutos? Yo había querido defenderme legalmente, *yo había pedido citación y audiencia en los estrados públicos del Tribunal; yo habría podido destruir en públicos debates las falsedades y calumnias que el tiempo, juntamente con la*

prepotencia de mis enemigos, ha mantenido largos años; mas ni aun siquiera para ilustración de la verdad me ha sido concedida entrega de los autos, siendo de tal manera mi desgracia que, declarado no haber causa ni modo de seguirla, mi condición se ha hecho peor que si se hubiese declarado haber lugar a proceder y se estuviese procediendo, porque en este caso ciertamente habría podido defenderme en tela de justicia, y, sin que nadie fuese dueño de impedirlo, hubiera sido oído, y mi defensa judicial estaría hecha del mismo modo que la histórica. Cuanto al sistema nuevo de gobierno, nadie dirá que se han cambiado estas sagradas garantías sociales y civiles que a nadie son legables, sino que se han consolidado, y que ninguna cosa está más lejos de su índole y carácter que las *medidas especiales* para hacer justicia, poniendo al que la busca fuera del escudo de las leyes.

Y he aquí un trabajo más que ha resultado de no haberme sido dada audiencia ni conocimiento alguno de los autos, y es que la mayoría del Tribunal ha sido sorprendida por una especie peregrina, que juega en el contexto de su voto muchas veces para probar que la cuestión de que se trata no es judicial, sino política. Dícese en él de esta manera:

“Tampoco, por otra parte, podía la Sala acordar el sobreseimiento estando en creencia de que no había proceso judicial pendiente, o bien porque no se hubiese empezado de un modo que causase radicación, o bien porque hubiese caducado por la estipulación, convenio, o como quiera llamarse, entre el señor don Fernando VII y el Emperador de los franceses para la entrega de la persona de don Manuel Godoy. La calificación de este convenio, su valor y su extensión no pueden ser del resorte de los Tribunales, y habrían de ir envueltas en el auto del sobreseimiento. Esto se provee ordinariamente en uno de dos casos: cuando no se halla culpa o delito que perseguir, y cuando no aparecen pruebas suficientes acerca de los autores del delito o de la culpa. En ambos casos re-

sulta del sobreseimiento un efecto necesario, que es el de dejar a los individuos que fueron complicados de cualquier modo en el procedimiento, en el estado que tenían cuando se empezó. Ya se ve la inmensa trascendencia que llevaría consigo el mandato de sobreseer según las reglas comunes: don Manuel Godoy podría volver a España sin embargo de lo pactado en el convenio, y debería volver a la posesión de sus bienes, de sus títulos y sus dignidades, como si hubiera obtenido la absolución más completa."

Poco más adelante sigue el voto de esta suerte: "Se preparaba una causa y estaban sujetos a sus resultados los bienes de Godoy. En tal estado se publicó en la *Gaceta* extraordinaria, de 22 de abril, una Real Orden (519), según la cual Su Majestad había hecho al Emperador de los franceses la generosa oferta de poner a su disposición la persona del príncipe de la Paz, con las seguridades inviolables de que no volvería jamás a entrar en España y sus dominios. Este suceso notable que se consumó, varió enteramente el aspecto de las cosas. Destruyó todo lo que se había mandado hacer acerca de la formación de causa, que ya no podía tener objeto por lo respectivo a su persona; mas la resolución de Su Majestad no puede considerarse como una absolución, como una indemnidad ni como un indulto. Ni aun conmutación de pena se puede suponer, porque ninguna había impuesta. Se impuso una y grave por la misma resolución: la de expatriación o extrañamiento perpetuo de los dominios españoles. Importa poco el nombre que se deba dar a esto; fué una de las cosas que hacen los monarcas cuando ejercen el poder absoluto (520). Sin embargo, no debe olvi-

(519) La imparcialidad, la rectitud y el amor a la verdad del Tribunal no podrán ofenderse de que advierta en este lugar que no fué una Real Orden, sino un mero anuncio que hizo la Junta Gubernativa del reino, falso enteramente, como se verá después, y tan falso, que la Real Orden que tenía la Junta era terminante, rigurosa y absoluta de no entregarme.

(520) *Arbitrario* ha querido decir sin duda la consulta. El *absoluto* obra con arreglo a las

darse que el negocio estaba muy enlazado con la política interior, y que intervino en él un príncipe extranjero, a quien se hicieron promesas, y de quien se exigieron condiciones. Es verdad que después se volvió a hablar de la causa; pero son exactas las observaciones que hizo la Sala primera en su exposición, de que se escribía de un modo y se obraba de otro, debiendo inferirse de esto que, si el augusto esposo de Vuestra Majestad tomaba en cuenta la opinión pública para contemporizar con ella, quería al mismo tiempo manifestarse fiel a sus empeños, que no sabemos hasta dónde llegaron (521), o si tenían alguna parte no comprendida en la Real Orden citada. Lo cierto es que, durante el reinado del señor don Fernando VII, nada se adelantó en la causa de Godoy; y que éste aceptó, por su parte, la que puede llamarse transacción diplomática, y que de hecho ha estado sometido a la expatriación convenida en aquella" (522).

Renglón seguido, continúa la consulta de este modo: "Se puede preguntar ahora: ¿Hubo alguna cosa pactada ex-

leyes que el rey tiene juradas en el advenimiento al trono, y a las mismas que él hubiere añadido. El *arbitrario* obra como quiere, y es un abuso del *absoluto* sin otra legalidad que la de la fuerza.

(521) ¿Mas con quién estos empeños? ¡Con el emperador de los franceses, de cuya perfidia había sido víctima seis años; con el emperador de los franceses destronado y confinado en Santa Elena; con el que había violado todos los tratados de amistad y de alianza que lo habían ligado con la España!... Y ¿habrá quien pueda persuadirse de que el rey Fernando no hizo seguir mi causa por ser fiel a los pretendidos empeños que con él podía haber contraído en orden a mi suerte?

(522) Si el Tribunal me hubiera dado la audiencia que en toda forma legal había yo pedido, o a lo menos hubiera mandado entregarme los autos para hacer siquiera cobrar alguna luz al expediente con las alegaciones y respuestas que yo hubiese dado (concesión que uno de los señores fiscales fué de dictamen que podía hacerseme), no hubiera aventurado su dicho el Tribunal, porque hubiera yo demostrado hasta la última evidencia que no había habido tal transacción, y hubiera probado con documentos que jamás había yo aceptado la situación en que fui puesto por la sola voluntad del rey Fernando, sin haber podido conseguir que se me oyese: yo dejo hablado acerca de esto anteriormente.

plícitamente en la transacción acerca de los bienes de don Manuel Godoy? No se sabe. ¿Hubo en la misma transacción algún pacto que llevase implícita la disposición relativa a los bienes? También se ignora. En la forma en que se estipuló el extrañamiento perpetuo, ¿envolvía la muerte civil, la pérdida de todos los derechos y la confiscación de los bienes, que en aquel tiempo era una pena legal y de uso bastante frecuente? (523). No es muy fácil resolver esta cuestión. Comoquiera que se responda a estas preguntas, siempre habrá que tratar de la inteligencia, de la extensión y del valor de la transacción misma; y los sucesos de Bayona, la prisión de Valençay y el glorioso triunfo de la buena causa en la guerra de la Independencia vienen a hacer más complicadas estas cuestiones, sobre las cuales no es posible la decisión de los Tribunales."

He aquí, pues, ya explicado el principal motivo que ha tenido la mayoría del Tribunal para abstenerse de mandar, en lo que son las formas, se sobresea en mi causa, por más que virtualmente haya sobreseído declarando no haber causa ni poder seguirseme. Prescindo de tratar una cuestión, si cuestión cabe en tal materia; es a saber: si cabe dar algún valor legal a aquella entrega que un monarca negociase de alguno de sus súbditos con un príncipe extranjero que mediasse en favor suyo sin su consentimiento y sin haberlo pretendido, y que por esta entrega sea legitimado el despojo que el primero le habría hecho de su estado, de su honor, de sus haberes y de todos sus derechos, sin juicio alguno ni sentencia precedente, sino por su solo ar-

(523) Los señores que dictaron esta consulta saben muy bien que, si la confiscación era una pena frecuente en aquel tiempo, no se imponía jamás ni podía imponerse, según nuestras leyes, sino después de oído, convencido y sentenciado el que era objeto de ella; por consecuencia natural, no habiendo yo sido ni oído, ni vencido en juicio, ni de manera alguna juzgado, ni el rey ni nadie tenía facultad alguna legal para imponerme tal pena. Y de aquí fué el decreto de 29 de marzo de 1808, por el cual ordenó que mis bienes no se entendiesen confiscados, sino embargados hasta las consultas de la causa que se me formase.

bitrio. Prescindo de tratar y ventilar las consecuencias que esta facultad, una vez reconocida, debería traer contra la inmunidad de todo ciudadano, no teniendo por derecho, ni pudiéndose tenerle por culpable mientras la Ley no ha pronunciado que lo sea por la boca de sus órganos. Prescindo, en fin, o, por mejor decir, me abstengo de preguntar aquí (porque sería una injuria preguntarlo) si, bajo del sistema de las instituciones nuevas que hoy rigen en mi patria, cabe de algún modo sea pensar, sea proponer, que un Tratado tan inicuo, dado el caso que existiese, se trajese a cuentas para fallar por él y decidir la suerte de quienquiera contra el cual fuese invocado.

Pero es inútil insistir y disputar sobre este punto; la religión del Tribunal ha sido sorprendida: no ha existido tal Tratado.

El solo fundamento en que se apoya la consulta es la *Gaceta* extraordinaria de Madrid, de 22 de abril de 1808, donde se lee, como ya dije, no una *Real Orden*, sino un *anuncio al público*. Esta *Gaceta* reza lo que sigue:

"El rey nuestro señor, haciendo el más alto aprecio de los deseos que el Emperador de los franceses y Rey de Italia ha manifestado de disponer de la suerte del preso don Manuel Godoy, escribió desde luego a Su Majestad Imperial y Real mostrando su pronta y gustosa voluntad de complacerle, asegurado Su Majestad de que el preso pasaría inmediatamente la frontera de España, y que jamás volvería a entrar en sus dominios.

"El Emperador de los franceses ha admitido este ofrecimiento de Su Majestad, y mandado al gran duque de Berg que reciba al preso y le haga conducir a Francia con escolta segura.

"La Junta de Gobierno, instruida de estos antecedentes y de la reiterada expresión de la voluntad de Su Majestad, mandó ayer al general a cuyo cargo estaba la custodia del citado preso que lo entregase al oficial que destinase para su conducción al gran duque de Berg; disposición que ya queda cumplida en todas partes. Madrid, 21 de abril de 1808." (No hay ninguna firma.)

Causa admiración, y aún más que admiración asombro, que la persona o las personas encargadas de reunir antecedentes para instrucción del Tribunal hubiesen presentado solamente esta *Gaceta*, y cual si nada les constase de los sucesos de aquel tiempo contenidos en todas las historias y en la multitud de relaciones que de ellos fueron hechas, ni de los documentos mismos contenidos en los archivos del Consejo de Castilla, que fueron explorados o debieron explorarse, y como si ignorasen hasta la *Exposición o Manifiesto* de don Pedro Cevallos, publicada en septiembre de 1808, tan conocida en España, no hubiesen dado luz al Tribunal para que viese que la tal *Gaceta* fué dada al público por la Junta de Gobierno para cubrirse con el pueblo en los momentos de irritación y efervescencia en que los ánimos se hallaban; y que tanto por Cevallos, como por el Consejo de Castilla, no sólo fué desmentida la supuesta orden del rey para mi entrega, sino también vituperada e increpada la conducta de la Junta por el hecho de haberla supuesto; y, aun mucho más que esto, haber sido desmentida oficialmente la tal orden por el mismo rey Fernando.

¿Habrá quien dude acerca de estos hechos? Léase el apéndice que unió Cevallos a su *Manifiesto*, sin otro objeto que probar que la Junta de Gobierno no tan sólo obró sin orden del rey Fernando, sino contra su orden. Después de referir las pretensiones que se hicieron a la Junta de Gobierno acerca de mi entrega, cuenta Cevallos de esta suerte (524):

“La Junta resistió los primeros ataques de Murat, y consultó al rey sobre el partido que debería tomarse en tan críticas circunstancias. Su Majestad tuvo a bien responder lo mismo que había

(524) No habiendo podido adquirirme en París sino una traducción de dicho *Manifiesto* y su apéndice, me ha sido necesario volverlo en lengua castellana, y lo he hecho con la más escrupulosa exactitud, por manera que, salva la diferencia que podrá hallarse en la estructura de la frase, todo lo demás será encontrado idéntico. La prueba será muy fácil en España cotejando esta versión con su original tan conocido.

ya respondido al mismo Emperador de los franceses, el cual había solicitado de Su Majestad la libertad del preso. La carta de Su Majestad estaba concedida en los términos siguientes:

“El gran duque de Berg y el embajador de Vuestra Majestad Imperial y Real han hecho diferentes instancias verbales para obtener que don Manuel Godoy, preso por delitos de Estado en el palacio de Villaviciosa, sea puesto a disposición de Vuestra Majestad. En consecuencia de la obligación en que me encuentro de administrar justicia a mis pueblos, he mandado al más respetable de los Tribunales de mis reinos que juzgue con arreglo a las leyes a don Manuel Godoy, príncipe de la Paz; y tengo prometida a mis vasallos la publicación de las resultas de un proceso tal como éste, del cual depende la reparación del honor de un grande número de familias de mis vasallos (525) y la conservación de los derechos de mi Corona (526). En toda la extensión de mis dominios no hay un país, por pequeño que sea, que no haya dirigido acusaciones a mi trono contra este preso (527); todos mis vasallos

(525) Me veo en la precisión de defenderme a izquierda y a derecha; pero la defensa, siempre cierta y sin tener que hacer ningún esfuerzo. El honor de las familias de que se trataba en esta carta no era otra que el de los reos de la causa de El Escorial. Los autos del intentado proceso no ofrecen queja alguna de personas o familias agraviadas. ¡Cosa, en verdad, que es digna de tenerse en cuenta, con tan poderosos enemigos como yo tenía, ausente en lejanas tierras, y con tantos bienes embargados en España que debían causar codicia y tentaciones de atacarme en juicio para tener alguna parte en los despojos; y, sin embargo de esto, no haber habido nadie que lo hiciese!

(526) A no leerse, parecería imposible que se hubiese escrito tal especie tan absurda; pero ésta era la creencia en que tuvo Escóquiz a su alumno, diciéndole al oído por espacio de diez años que yo era su enemigo y que quería quitarle la Corona.

(527) Si tantas y tales acusaciones se dirigieron contra mí de tantos puntos, ¿dónde están? ¿Qué se hizo de ellas, visto, como ha sido luego, que ninguna fué enviada ni al Consejo de Castilla, ni a Tribunal alguno para darles curso? De los autos mismos que acompañan la consulta consta: que el Consejo no una vez sola, sino muchas, pidió al rey se le enviase cuanto hubiese en contra mía para

han hecho demostraciones extraordinarias de alegría desde el momento en que tuvieron noticia de la prisión de don Manuel Godoy (528), y todos fijaron la vista sobre el procedimiento y la decisión de su causa. Vuestra Majestad, tan sabio legislador como grande guerrero, podrá conocer fácilmente el peso de estas consideraciones. Pero si Vuestra Majestad toma interés por la vida de don Manuel Godoy, yo doy y empeño a Vuestra Majestad mi palabra de que, en el caso en que por el resultado del proceso sea condenado a la pena de muerte, lo haré gracia de la vida por respeto a la mediación de Vuestra Majestad Imperial. Y con esto ruego a Dios, etc. Vitoria, 16 de abril de 1808."

En seguida de esto refiere Cevallos el abuso que Napoleón hizo de esta carta, escribiendo a Murat que el príncipe de Asturias me había puesto a su disposición, y encargándole reclamar con energía mi entrega. Cuenta asimismo los oficios que practicó Murat a consecuencia de esta orden, y después de referida la nota que el general Augusto Belliard pasó a la Junta de Gobierno, sigue contando de esta suerte: "Añadió después Murat a viva voz tan atroces e inauditas amenazas, que la Junta, temerosa de que llegase a realizarlas y se viese comprometida la tranquilidad de Madrid, tuvo la debilidad

poder formar la causa, que nada fué enviado; y que, por falta de capítulo y cargos, se quedó en blanco mi proceso. Y ¿cómo puede compararse que contra mí llegasen tantas acusaciones, y que ninguna de ellas haya sido vista?

(528) Los partidarios de Fernando, como más atrás se ha referido y demostrado por sus escritos mismos, habían hecho creer a la nación que Napoleón no venía sino a exaltar al príncipe de Asturias, a gran despecho mío; que para impedirlo quería yo hacer la guerra al emperador de los franceses, y comprometer la nación retirándome con las personas reales a la América, y dejándola huérfana y expuesta a todos los trabajos y violencias que estaba sufriendo el Portugal a causa de la fuga de sus príncipes. ¿Qué extraño, pues, podía ser que la nación, engañada de esta suerte, hiciese demostraciones extraordinarias de alegría por mi caída, que en concepto suyo debió libertarla de una completa ruina? Además, había un sol nuevo, a quien los pueblos, como los pájaros por la mañana, entonan siempre cantos de gozo y alabanza.

*de consentir a la proposición de Murat, y de mandar al marqués de Castelar, diciendo obrar de orden del rey, que en aquella misma noche entregase el preso, como en efecto se hizo, no sin gran repugnancia del marqués de Castelar y demás oficiales que le custodiaban. En honor de la verdad, es necesario decir que el señor bailío don Francisco Gil, ministro de Marina, y bajo de esta cualidad individuo del Gobierno, se opuso a la entrega del preso porque el rey no la había autorizado, y no es una cosa fácil de concebir cómo, después de unos hechos tan evidentes, se hubiese atrevido la Junta de Gobierno a anunciar al Consejo y al público, POR MEDIO DE DOS "GACETAS" EXTRAORDINARIAS, que la entrega del príncipe de la Paz se había hecho por orden del rey."*

Continúa todavía Cevallos, como podrá verse en el original español, sus argumentos y cargos contra la Junta sobre haber obrado sin autorización del rey, y por última prueba y demostración decisiva y fehaciente concluye de este modo: "Además, cuando la Junta de Gobierno dió cuenta al rey de las razones y motivos por los cuales hizo poner en libertad a Godoy [que fueron los que ya he referido], Su Majestad me mandó responder a la Junta en los términos siguientes: *El rey queda enterado de los motivos que ha tenido la Junta de Gobierno para acordar la entrega del preso SIN SU ORDEN.* De esta exposición de la Junta—sigue diciendo Cevallos—, y de la respuesta del rey, dan fe los dos oficiales mayores de la primera Secretaría de Estado y del Despacho de Su Majestad, secretarios suyos con ejercicio de decretos, don Eusebio Bardají y Azara y don Luis de Onís, por cuyas manos pasaron."

El apéndice concluye por el certificado, concebido en estos términos: "Don Eusebio Bardají y Azara y don Luis de Onís, secretarios del rey nuestro señor, con ejercicio, y oficiales mayores de la Secretaría de Estado y del Despacho, certificamos ser cierta la representación de la Junta de Gobierno y la respuesta que dió el rey a ella, y estar concebidas en los términos con que lo

expresa en su *Exposición* el excelentísimo señor don Pedro Cevallos, por haberlas visto nosotros y haber pasado una y otra por nuestras manos. Y para que conste, lo firmamos en Madrid, a 3 de setiembre de 1808.—*Eusebio de Bardaji y Azara.—Luis de Onís.*”

Más de admirar es todavía que el Tribunal Supremo, en cuyo poder obran los archivos del antiguo Consejo de Castilla, no hayan sido presentados los antecedentes de este asunto, ni el *Manifiesto del Consejo*, impreso y conocido en toda España, y en el cual se alaban sus ministros de que rehusaron publicar el decreto de la Junta acerca de mi entrega, de haber representado en contra de él a aquella misma Junta, de haber dado cuenta al rey de la resistencia que había opuesto a la publicación del tal decreto *por haberse dado sin su orden*, y de la respuesta que dió al rey elogiando y aprobando su conducta.

No debo cansar más a mis lectores citando aquí lugares de cuantos han escrito estos sucesos, ninguno de los cuales se hallará que los haya contado de otro modo. Don Miguel de Azanza, él mismo, y don Gonzalo O’Farril, que eran miembros de la Junta, se han disculpado de este hecho en sus *Memorias*, por el descao que habían tenido de evitar mayores males; pero confiesan que la Junta procedió en aquel acuerdo contra las órdenes del rey recibidas de Vitoria: ¡hechos notorios todos, por nadie rebatidos; hechos contemporáneos, hechos documentados!... ¿Por qué fatalidad ha sido tanta mi desgracia que al Tribunal Supremo de Justicia se los hayan ocultado y héchole así caer en un error tan grande, por el cual ha llegado a recelar o a mirar como posible que yo hubiese muerto civilmente?

No; *no hay Tratado, no ha habido pacto alguno*. Fernando había negado al mismo Emperador mi libertad, y con la misma fecha había encargado estrechamente a la Junta de Gobierno que no se me entregase. *No hay transacción alguna* para que pueda preguntarse si en ella iría incluido algún pacto que llevase implícita la disposición acerca de mis bienes, o por el cual se hubiese es-

*tipulado el extrañamiento perpetuo, de tal naturaleza que envolviese la muerte civil, la pérdida de mis derechos y la confiscación de bienes*. No; no estoy muerto civilmente, porque nadie muere de esta suerte sin haber sido oído, vencido en juicio y sentenciado legalmente. No hay confiscación, ni puede haberla, porque en España, ni aun por la misma Inquisición podía imponerse semejante pena sin haber precedido la defensa del tratado como reo, oídos sus descargos, vencido y condenado. Y no hay cuestión política tampoco, pues no hay ningún Tratado *cuya discusión o inteligencia pertenezca a otros poderes del Estado*, sino cuestión tan sólo judicial; es, a saber: si soy reo o no soy reo, declarado o declarable como tal según las reglas y solemnidades señaladas por las leyes. El Tribunal ha declarado que no ha habido causa ni es posible que la haya; pero que al ejercicio de sus facultades judiciales, en cuanto a pronunciar sobreseimiento, se oponía la idea que concibió de que se atravesaba en el asunto una cuestión política. ¡Error fatal a mi vejez! ¡Error que alarga indefinidamente mis trabajos! ¡Error que agrava, cada día que pasa, mi indigencia, gloriosa ciertamente para mí, pero durísima! ¡Error, en fin, que aumenta y exacerba mis dolores de treinta y tres años, sin poder hallar justicia, y salto de los medios necesarios para litigar y superar los enemigos que aún me quedan y la estorban!

La compasión es hija del interés que tiene cada uno por sí mismo, poniéndose en el caso del que sufre. ¿Quién más que yo podrá excitarla? ¿Quién es el hombre que, en tiempos de revueltas y partidos como los presentes, pueda estar seguro de un ataque de sus enemigos? Y ¿quién, para tal caso tan posible, no desea que sean su baluarte las leyes que defienden el honor, la libertad, los bienes y la seguridad de las personas? Tal es el interés de todos; pero interés más grande, en sumo grado, para los que gobiernan puestos siempre al blanco de la ambición y de la envidia ajena. A éstos les toca más que a nadie, por la conservación común y

por la suya propia, invigilar y desviarse sobre el cumplimiento puntual, riguroso y absoluto de las leyes, sin el cual podrían llegar a verse como yo me he visto y me estoy viendo. Un solo caso basta para formar antecedente y repetirse muchas veces; el mío es muy grande y debe estremecer a todo hombre que se estime en algo, y que de corazón hubiere expuesto su existencia por la patria. Sócrates no fué el único a quien los atenienses propinaron la cicuta; el inmortal Forion, a sus ochenta años, fué acusado de traición, y helió de igual modo aquel brebaje, siendo arronte; Demetrio de Falera, en cuyo honor alzó aquel mismo pueblo trescientas sesenta estatuas, fué luego condenado a muerte, no evitada sino por la fuga.

Mi proceso añadirá algún día, entre las causas célebres sacadas de los fastos judiciales, algunas cosas nunca vistas, nunca oídas:

Treinta y tres años bajo el peso de un mandato de ponerme en causa que ni siquiera se ha empezado;

una corte poderosa, compuesta toda de enemigos míos, y un rey a su cabeza que ha prometido a la nación hacer seguir aquel proceso y publicarlo después de concluido; y en diecinueve años que ha reinado libremente y sin ningún estorbo a su poder, no haberse dado un paso para formalizar, aunque no fuese sino una sombra de sumario con que poder cubrir tantos rigores y tan grandes iras con que fui tratado;

no haber habido documentos de ninguna especie que presentar en contra mía, ni testigos espontáneos, o a lo menos buscados y traídos, que ante el altar de la justicia repitiesen tantas difamaciones y calumnias que contra mí vertían mis enemigos, de palabra y por escrito, en sus libelos esparcidos por el mundo;

haberse decretado que mis bienes, acciones y derechos se entendiesen embargados solamente y responsables a las resultas de la causa; no haber podido proseguirla; no haber causa, y, sin embargo, disponerse de mis bienes como si estuviesen confiscados, sin ningún de-

creto ni sentencia que los declarase como tales;

no haber podido conseguir del rey Fernando que mandara se me oyese ni en tela de justicia, ni instructivamente, ni de modo alguno, durando este rigor constantemente todo el tiempo de su vida;

haber logrado, al fin, bajo el reinado de su augusta hija, que fuese sometida al Tribunal Supremo de Justicia la inspección de cuanto hubiese sido obrado en contra mía, para que procediese en reglas de derecho si había causa para ello, o consultase la medida que podría adoptarse para obrar según las leyes en el otro extremo de no haber procedimiento;

no haber podido conseguir del Tribunal Supremo que se me diese citación y audiencia de las partes en estrados públicos;

no haberme sido dada entrega de los autos para alegar en favor mío lo que me conviniese *ad erudiendum* tan siquiera;

haberse declarado en pleno Tribunal por todos votos que el proceso decretado contra mí por la Real Orden de 3 de abril de 1808 *no había tenido efecto, que no había proceso*; y que en la actualidad, *ni materialmente de hecho, ni menos de derecho, era posible ya formarlo*;

haber sido negada en tal estado de los autos, por la mayoría del Tribunal, la pronunciaci3n, o sea declaraci3n de deber sobrescarse, la cual, de esencia según ley, es consiguiente a la declaraci3n de no haber causa ni modo alguno de seguirla, como en sus últimas respuestas expusieron largamente dos de los señores fiscales;

haberse dado por motivo de no poder sobrescarse, lo primero, un hecho enteramente imaginario, como ya se ha visto, contra el cual deponen de público y notorio no tan sólo todas las historias de aquel tiempo, sino los documentos mismos autenticados, conservados y existentes en los archivos del Consejo de Castilla, y, lo segundo, las resultas que traería el sobrescarse, que serían las de volverme mi honor, mis bienes y mis títulos. vale decir, *lo mis-*



mo que litigo y que la ley me da por no haber causa ni probanza alguna en contra mía, ni elementos de ninguna especie para poder formarla (529);

consultar, por tanto, al trono, bajo

la ley política vigente, que la cuestión de que se trata no puede resolverse por las leyes existentes ni por las reglas comunes, sino por medidas especiales que sean correspondientes con los me-

(529) Cuál sea el espíritu que domina más o menos abiertamente acerca de esto en el voto de la mayoría del Tribunal, se manifiesta sin ningún rebozo en uno de los párrafos del dictamen que por la Sala Primera fué presentado al mismo Tribunal pleno en 11 de julio de 1839, dictamen que corre unido a la consulta, y al cual se refiere la misma mayoría adoptándole: Dos de los señores fiscales habían sido de opinión de que mi causa debía instaurarse, y pidieron se instaurase para que fuese cumplida la promesa que fué hecha a la nación por el rey Fernando VII, de que mi causa sería seguida y se daría satisfacción a la vindicta pública. La Sala primera, después de haber sentado en su dictamen que no había proceso, y que era imposible comenzarlo de nuevo, dice a propósito de la vindicta pública lo que sigue: "Y no se crea que se perjudicará a la vindicta pública *negando la entrada a la formación de causa*. Es todo lo contrario: *la vindicta pública sería perjudicada si la causa se formase, porque su resultado no podía ser otro que el de la absolución* faltando los elementos y las pruebas legales para los cargos. Suponiendo (sin intención de que sea una calificación ni verdadera ni probable) que don Manuel Godoy fuese criminal, la causa le daría el producto que sólo es debido a la inocencia, y su silencio por treinta años, para dar lugar a que desapareciesen los documentos y faltasen los testigos, le habría asegurado un triunfo a que antes no podía aspirar. Este triunfo le devolvería derechos, rehabilitaciones y otras cosas en que no debe pensar. Véase ya cómo el celo por la vindicta pública se despliega mejor negando que concediendo la formación de la causa."

Yo llamo en este lugar la atención de todo hombre que tenga corazón de ciudadano, y le preguntaré de qué manera califica esta jurisprudencia, por la cual los primeros y más altos magistrados, cuyos fallos son la postrer palabra que pedirse puede a la justicia humana, se glorían de consultar mejor a la vindicta pública negando la defensa en juicio al que pudiera ser culpable y ser absuelto si llegase a ser juzgado. Temen que el que pudiera ser culpable salga puro de los debates judiciales, mas no temen que si, al contrario, es inocente, viva eternamente bajo el peso de la infamia y demás penas que la Ley reserva a los culpables.

Y ¿qué es vindicta pública? No es otra cosa esta vindicta sino la aplicación de aquel castigo que la Ley señala, y que, ajustadamente a los procedimientos judiciales por ella establecidos, impone el juez o el Tribunal por un delito al que resulta en juicio haberle cometido.

Y si no existe ese delito (por más que los

rumores esparcidos, de buena fe o de mala, por pocos o por muchos, hubieren sido de que existe, pero sin que ninguno se presente en calidad de acusador o de testigo, ni se encontrasen pruebas de que haya sido cometido, ¿podrá el juez o el Tribunal desamparar al perseguido y maltratado como autor de aquel delito, y denegarle el beneficio de la ley? Abandonarle de esta suerte, ¿será haber satisfecho la vindicta pública?

¿A qué fin aquel derecho, que en el estado puramente natural tenían los ofendidos de castigar sus ofensores, ha sido trasladado por la convención civil a un cierto número de hombres imparciales e imparciales que ocruten los castigos merecidos, cuando hay culpa conocida, por los medios que las leyes han previsto y definido? Para estorbar dos grandes males, a saber: 1.º Los excesos que podían traer estos castigos dejados al arbitrio y al poder de los que se juzgasen ofendidos o quisiesen parecerlo. 2.º Para impedir que, por error o por malicia, fuese oprimido o maltratado el inocente, ¿deberá, pues, el juez o el Tribunal establecido abandonarlo y abstenerse de fallar en favor suyo por respeto a los rumores populares más o menos extendidos, pero ninguno de los cuales ha pasado por el examen y criterio que la convención civil, o sea la ley, ha señalado y prevenido?

¿Valdrá decir que éste es un caso extraordinario? Pero en materia criminal no hay ningún caso extraordinario si la ley no lo ha previsto y designado, prescribiendo lo que deba hacerse cuando por tal fuere tenido. ¿Quién podría estar seguro, de otra suerte, acerca de su honor, de su vida, o de sus bienes? Mientras más duros, más enormes, más atroces y de mayor esfera fuesen los ataques que sufriese un individuo, mayor sería el motivo para graduar tamaña situación de extraordinaria, retirarle el amparo de las leyes, y someterle a lo arbitrario. Un caso como el mío pudiera repetirse: ¿quién no tiembla?...

¿Valdrá más lo que se ha dicho en el dictamen de la Sala y en la consulta misma, de que yo he obrado con cautela, dejando pasar años y años para pedir justicia cuando no hubiese ya testigos, y habrían desaparecido o faltarían los documentos por los cuales pudiese ser juzgado? Pero ¿de dónde o cómo consta que yo no haya clamado, que yo no haya pedido antes de ahora? No había más que una puerta para mí, y aquella puerta era de bronce, y mientras no se abriese aquella puerta, ninguna otra podía abrirse. Fuerza me fué esperar a que la abriese el tiempo o la piedad, si estaba escrito en mis destinos que se abriese. Cuando oí decir que estaban ya quitados los cerrojos para otros desgraciados, me atreví a llantar también, y me fué abierta por la reina,

dios y caminos especiales que ha traído hasta el presente, vale decir, por medio y caminos arbitrarios;

desentenderse enteramente, no obstante la *equidad* que encomendó la reina de la dolorosa situación en que me hallo, de la indigencia extrema a que he llegado, a mis setenta y cuatro años, la puerta del sepulcro ya entreabierta; declarar que no hay proceso ni elemen-

y se dignó enviarme al Tribunal Supremo de Justicia, *encomendando la equidad sin daño de las leyes*. Claro está, pues, que no soy yo quien ha causado este retardo de que se me arguye: *fuera mayor*, que se llamó por aquel tiempo más que absoluta *absolutísima*, fué la que ha ocasionado la tardanza. ¿Quién impidió que en diecinueve años se hubiese dado curso a mi proceso? No se dirá que fuese yo, ausente de mi patria, y sin tener amigos, sino, al contrario, millares de enemigos poderosos en la corte, y el rey no amigo mío. ¿Por ventura no es más lógico el decir que faltaron materiales, como ahora, para seguir la causa, y que a tenerlos se hubiera proseguido para cubrir siquiera las inauditas tropelías que conmigo se habían hecho?

En cuanto a documentos, de uno solo, remitido en un principio para materia del proceso, se sabe bien que el rey mandó quitar de los archivos del Consejo hasta la postrer copia, buena o mala, que quedaba: no había otro. Si faltan documentos para ponerme en causa, es porque nunca los ha habido. Existen los archivos del Gobierno, los de los Consejos, los de todo el reino. ¡Por Dios!, ¿es culpa mía también que en ningún departamento de los ministerios, ni en ninguna dependencia de tantos ramos que comprende la Administración tan vasta cual entonces era la de la Monarquía española, ni en mis papeles mismos que fueron todos sorprendidos, ni en los de Carlos IV, no haya sido hallada ninguna suerte de instrumento para hacer buenas las calumnias de mis enemigos? ¿Es culpa mía también que yo no sea culpable?

Y ¿por ventura yo he callado? ¿Acaso yo no he hablado cuando he podido hacerlo sin turbar la paz del hijo de mis reyes? ¿Ha habido un solo cargo de cuantos mis contrarios me han hecho en sus libelos infamantes a que no tenga latamente respondido en mis MEMORIAS? Y si por suerte el Tribunal me hubiera dado audiencia, como yo le había pedido, ¿no habría yo confirmado por mi defensa judicial mi defensa histórica?

Yo omito aquí otras reflexiones que, a cada frase que se lea del párrafo citado saltan a la vista. Diré una cosa solamente, y es que, no oído, no vencido en juicio ni juzgado, se ha dicho oficialmente por quienes son mis jueces que no tengo que pensar en rehabilitaciones ni en derechos vueltos, aunque no haya causa ni sea posible que la haya: esto es lo mismo que decir que para mí no hay leyes ni justicia.

tos para poder formalizarlo, y denegarme la palabra judicial de estar absuelto que la ley señala en tales casos, sea luego lo que fuere de mis bienes, acerca de los cuales toca al Gobierno y a los otros Tribunales ordenar y pronunciar según las leyes;

y no tan sólo negarme esa palabra consagrada en el derecho con que el honor legal es vuelto, sino oponer montañas de dificultades contra el recobro de mis bienes, conglobando y envolviendo en una misma serie los que son tenidos por dudosos, los que el Gobierno ha consumido y los que, aparte de éstos, sin ninguna conexión con ellos, bienes libres y adquiridos de dinero propio mío, se encuentran distraídos en terceras manos: categorías distintas, reconocidas como tales por cinco de mis jueces, que pusieron voto aparte, que no han negado mis derechos, y en uno de los cuales lo ha instruido desenvolviendo largamente en favor de mi justicia nuestras leyes patrias, todas ellas terminantes y conformes, ninguna oscura ni dudosa;

Introducirse, en fin, la mayoría del Tribunal como de oficio, y oficiosamente, en la consulta (*párrafos XI y XII*) a hacer indicaciones o advertencias en favor de las terceras manos detentoras de mis bienes libres como si fuesen heredados, contra un padre que no ha muerto, que está vivo natural y civilmente, y que se encuentra sumergido en la última miseria, peregrino, y reducido a la limosna generosa del rey de los franceses, sin la cual habría tenido que buscar amparo en un hospicio: contra un padre cuyo honor debiera ser el sacramento grande y la primera y principal herencia de los que por tener sus bienes, en vez de defenderlo, quieran verle deshonrado eternamente, y nada han hecho en su defensa, antes, por el contrario..., no más, no más acerca de esto!... De toda suerte de amarguras ha querido la voluntad divina que yo pruebe; por los bienes y los males le doy gracias.

Tal ha sido por tan largos años la penosa marcha y tal el punto a que ha llegado, no diré mi causa criminal, que *ni existe, ni ha existido, ni es posible*

*hacer que exista*, como por el Tribunal Supremo ha sido declarado; sino el expediente monstruoso promovido para el despojo de mis bienes que al presente son mis grandes y mis nuevos enemigos. Un año va a cumplirse después que la consulta de que dejó hablado ha sido hecha (530); mas su tenor, en vez de abrir camino a las resoluciones del Gobierno, se las ha vuelto más difíciles, y todo está en suspenso, excepto mis dolores y trabajos que van creciendo con los días y los instantes.

En medio de esto tengo fe en mi patria: tanto como la amo, tanto espero en ella. De tantos hijos suyos que han sufrido proscripciones en sentidos tan diversos, yo soy el solo que aún suspira por su abrazo, de que nunca me he hecho indigno. Herido en lo más caro y más precioso para el hombre, que es la honra, privado de mis títulos y honores, desposeído de mis bienes, aun de los adquiridos, no por merced o gracia del augusto soberano a quien servía, sino con fondos propios míos, sufriendo tanto tiempo la proscripción sin nombre, sin sentencia y sin decreto alguno dado, que aún me oprime, la España verá, en fin, en mis desgracias, un caso, no común en las historias, de los que en tiempos de partidos y borrascas lo aventuran todo y lo posponen al deber sagrado de servir su patria: verá la víctima inocente del error que le infundieron sus enemigos y los míos; en mí verá aquel hombre que en el día de su caída estrepitosa *fué el único que tuvo el pensamiento de salvarla, y que cayó porque lo tuvo y quiso realizarlo*, porque intentó descomponer y deshacer la gran traición que estaba preparada bajo el patrocinio y los engaños del que intentaba someter a su ambición la Monarquía española; verá en mí el hombre que, fiel a su país, despreció de un mismo modo sus amenazas y sus dones, y prefirió hacer rostro al triunfador de tantas gentes, primero, que ceder a su ambición y traspasar a su dominio las provincias españolas que buscaba; verá en mí el

hombre que, durante todo el tiempo de su mando, tan injustamente calumniado, había logrado mantener la integridad del reino en los dos mundos (única España en las naciones de la Europa a quien la Francia o la Inglaterra no hubiesen sojuzgado, ni mutilado en sus dominios durante quince años); verá en mí el hombre en cuyo tiempo, por el tacto con que cuidó llevar las riendas del Estado, los habitantes de Ultramar amaron su metrópoli hasta el punto de derramar su sangre combatiendo a todo trance por llevar su nombre y por vivir bajo sus leyes, sin admitir la libertad e independencia que les brindaba el extranjero; verá en mí el hombre el cual, si no lo hubiesen derrocado, tenía previstas y seguras las medidas por las cuales hubiera sido conservado el continente americano; verá en mí, por otra parte, el hombre que mandó sin tiranías, sin sangre, sin rigores de ninguna especie; el que jamás, ni por defensa suya propia, osó arruinar sus enemigos mismos que tanto trabajaban por su ruina; del que nadie en el reino podrá quejarse de un *despojo* o de un *agravio* que le hubiese hecho en su fortuna; de quien familia alguna podrá decir que vistió luto por su causa; a quien debieron tantos verse salvos de sus perseguidores y enemigos; el que apreciaba en tanto grado los talentos y el merecimiento, y los estimulaba sin guardarse de ellos, y a los hombres de provecho para servir la patria, antes que le buscasen, él mismo los buscaba; a quien las ciencias y las artes debieron tanto aumento y tanto lustre; a quien debió la agricultura tanto adelantamiento que logró en sus días; a quien en todo el tiempo de la guerra desolante de los mares halló el comercio siempre cuidadoso y desviado para templar y remediar los males y las quiebras que aquélla producía, no limitadas a la España, sino iguales o mayores en todo el continente de la Europa; aquel hombre, finalmente, tan amante de su patria, tan apegado a su país, tan español en todas cosas, que toda su fortuna la fincó en su territorio, que graduó de malfetrín poner

(530) Se cumplirá en abril del presente año de 1841.

a salvo sus caudales en reinos extranjeros, y que, cercado de enemigos cada día más poderosos, y previendo cual previa su casi cierta ruina, fuerte por su conciencia, y fiel al noble suelo donde había nacido, quiso más bien aventurar todos sus bienes, que hacerlos ciertos y seguros, como tantos y tantos, a ojos vistas y la frente alzada, los han hecho en tierra extraña: pobreza santa, gloriosa y casi sin ejemplo en nuestros

días la que en su vejez llorosa y desvalida le ha traído esta conducta.

Yo dejo aquí la pluma: lo que no vieron, o lo vieron sin examen los abuelos, lo verán mejor sus nietos, si en lugar de dar oído a las calumnias arraigadas por la facción tiránica que a mí me hundió en la nada, y a mi patria poco menos, consultaren imparciales la verdadera historia de los hechos que no han visto.

FIN DE LAS MEMORIAS

## DOCUMENTOS CITADOS EN EL SEGUNDO VOLUMEN

### I

*Manifiesto de guerra contra la Gran Bretaña, dirigido a todos los Consejos por don Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del Despacho, con fecha de 12 de diciembre de 1808.*

El restablecimiento de la paz, que con tanto gusto vió la Europa, por el tratado de Amiens, ha sido por desgracia de muy corta duración para el bien de los pueblos. No bien se acababan los públicos regocijos con que en todas partes se celebraba tan fausto suceso, cuando de nuevo principió a turbarse el sosiego público y se fueron desvaneciendo los bienes que ofrecía la paz. Los Gabinetes de París y Londres tenían a la Europa suspensa y combatida entre el temor y la esperanza, viendo cada día más incierto el éxito de sus negociaciones, hasta que la discordia volvió a encender entre ellos el fuego de una guerra que, naturalmente, debía comunicarse a otras potencias, pues la España y la Holanda, que trataron juntas con la Francia en Amiens, y cuyos intereses y relaciones políticas tienen entre sí tanta unión, era muy difícil que dejasen al fin de tomar parte en los agravios y ofensas hechas a su aliada.

En estas circunstancias, fundado S. M. en los más sólidos principios de una buena política, prefirió los subsidios pecuniarios al contingente de tropas y navíos con que debía auxiliar a la Francia en virtud del Tratado de alianza de 1796; y tanto por medio de su ministro en Londres como por medio de los agentes ingleses en Madrid, dió a conocer del modo más positivo al Gobierno británico su decidida y firme resolución de permanecer neutral durante la guerra, teniendo por el punto el consuelo de ver que estas ingenuas seguridades eran, al parecer, bien recibidas en la corte de Londres.

Pero aquel Gabinete, que de antemano hubo de haber resuelto en el silencio, por sus fines particulares, la renovación de la guerra con España siempre que pudiese declararla, no con las fórmulas o solemnidades prescritas por el derecho de gentes, sino por medio de agresiones positivas que le produjesen utilidad, buscó los más frívolos pretextos para poner en duda la conducta verdaderamente neutral de la España, y para dar importancia al mismo tiempo a los deseos del rey británico de conservar la paz: todo con el fin de ganar tiempo, adormeciendo al Gobierno español y manteniendo

en la incertidumbre la opinión pública de la nación inglesa sobre sus premeditados e injustos designios, que de ningún modo podía aprobar.

Así es que en Londres aparentaba artificialmente proteger varias reclamaciones de particulares españoles que se le dirigían, y sus agentes en Madrid ponderaban las intenciones pacíficas de su soberano. Mas nunca se mostraban satisfechos de la franqueza y amistad con que se respondía a sus notas; antes bien, soñando y ponderando armamentos que no existían, y suponiendo (contra las protestas más positivas de parte de la España) que los socorros pecuniarios dados a la Francia no eran sólo el equivalente de tropas y navíos que se estipularon en el Tratado de 1796, sino un caudal indefinido e inmenso que no les permitía dejar de considerar a la España como parte principal de la guerra.

Mas como aún no era tiempo de hacer desvanecer del todo la ilusión en que estaban trabajando, exigieron como condiciones precisas para considerar a la España como neutral la cesación de todo armamento en estos puertos y la prohibición de que se vendiesen las presas conducidas a ellos; y a pesar de que una y otra condición, aunque solicitadas con un tono demasiado activo y poco acostumbrado en las transacciones políticas, fueron desde luego religiosamente cumplidas y observadas, insistieron, no obstante, en manifestar desconfianza, y partieron de Madrid con premura, aun después de haber recibido correos de su corte, de cuyo contenido nada comunicaron.

El contraste que resulta de todo esto entre la conducta de los Gabinetes de Madrid y de Londres bastaría para manifestar claramente a toda Europa la mala fe y las miras ocultas y perversas del Ministerio inglés, aunque él mismo no las hubiese manifestado con el atentado abominable de la sorpresa, combate y apresamiento de las cuatro fragatas españolas que, navegando con la plena seguridad que la paz inspira, fueron dolorosamente atacadas por órdenes que el Gobierno inglés había firmado en el mismo momento en que engañosamente exigía condiciones para la prolongación de la paz, en que se le daban todas las seguridades posibles y en que sus buques se proveían de víveres y refrescos en los puertos de España.

Estos mismos buques que estaban disfrutando la hospitalidad más completa y experimentando la buena fe con que la España probaba a la Inglaterra cuán seguras eran sus palabras y cuán firmes sus resoluciones de mantener la

neutralidad, estos mismos buques abrigaban ya en el seno de sus comandantes las órdenes inicuas del Gabinete inglés para asaltar en el mar las propiedades españolas: órdenes inicuas y profusamente circuladas, pues que todos sus buques de guerra en los mares de América y Europa están ya deteniendo y llevando a sus puertos cuantos buques españoles encuentran, sin respetar ni aun los cargamentos de granos que vienen de todas partes a socorrer a una nación fiel en el año más calamitoso.

Órdenes bárbaras, pues que no merecen otro nombre, las de echar a pique toda embarcación española cuyo porte no llegase a cien toneladas; de quemar las que estuviesen varadas en la costa y de apresar y llevar a Malta sólo las que excediesen de cien toneladas de porte. Así lo ha declarado el patrón de un laúd valenciano de cincuenta y cuatro toneladas que pudo salvarse en su lancha el día 16 de noviembre sobre la costa de Cataluña, cuando su buque fué echado a pique por un navío inglés, cuyo capitán le quitó sus papeles y su bandera y le informó de haber recibido las expresadas órdenes de su corte.

A pesar de unos hechos tan atroces, que prueban hasta la evidencia las miras codiciosas y hostiles que el Gabinete inglés tenía meditadas, aún quiere éste llevar adelante su péfido sistema de alucinar la opinión pública, alegando para ello que las fragatas españolas no han sido conducidas a los puertos ingleses en calidad de apresadas, sino como detenidas, hasta que la España dé las seguridades que se descan de que observará la neutralidad más estricta.

¿Y qué mayores seguridades puede ni debe dar la España? ¿Qué nación civilizada ha usado hasta ahora de unos medios tan injustos y violentos para exigir seguridades de otra? Aunque la Inglaterra tuviese en fin alguna cosa que exigir de España, ¿de qué modo substaría después un atropellamiento semejante? ¿Qué satisfacción podría dar por la triste pérdida de la fragata *Mercedes*, con todo su cargamento, su tripulación y el gran número de pasajeros distinguidos, que han desaparecido víctimas inocentes de una política tan desecable?

La España no cumpliría con lo que se debe a sí misma ni creería poder mantener su bien conocido honor y decoro entre las potencias de la Europa si se mostrase por más tiempo insensible a unos ultrajes tan manifiestos y si no procurase vengarlos con la nobleza y energía propias de su carácter.

Animado de estos sentimientos el magnífico corazón del Rey, después de haber apurado, para conservar la paz, todos los recursos compatibles con la dignidad de su Corona, se ve en la dura precisión de hacer la guerra al Rey de la Gran Bretaña, a sus súbditos y pueblos, omitiendo las formalidades de estilo para una solemne declaración y publicación, supuesto que el Gabinete inglés ha principiado y continúa haciendo la guerra sin declararla.

En consecuencia, después de haber dispuesto S. M. se embargasen por vía de represalia todas las propiedades inglesas en estos

dominios y que se circularasen a los virreyes, capitanes generales y demás jefes de mar y tierra las órdenes más convenientes para la propia defensa y ofensa de enemigo, ha mandado el Rey a su ministro en Londres que se retire con toda la legación española, y no duda Su Majestad que, inflamados todos sus vasallos de la justa indignación que deben inspirarles los violentos procedimientos de la Inglaterra, no omitirán medio alguno de cuantos les sugiera su valor para contribuir con Su Majestad a la más completa venganza de los insultos hechos al pabellón español. A este fin, les convida a armar en corso contra la Gran Bretaña y a apoderarse con denuedo de sus buques y propiedades con las facultades más amplias, ofreciendo Su Majestad la mayor prontitud y celeridad en la adjudicación de las presas, con la sola justificación de ser propiedad inglesa, y renunciando expresamente Su Majestad en favor de los apresadores cualquiera parte del valor de las presas que en otras ocasiones se haya reservado, de modo que las disfruten en su íntegro valor sin descuento alguno.

Por último, ha resuelto Su Majestad que se inserte en los papeles públicos cuanto va referido, para que llegue a noticia de todos; como igualmente que se circule a los embajadores y ministros del Rey en las cortes extranjeras, para que todas las potencias estén informadas de estos hechos y tomen interés en una causa tan justa; esperando que la Divina Providencia bendicirá las armas españolas para que logren la justa y conveniente satisfacción de sus agravios.

## II

### *Proclama a la nación española y al Ejército.*

El Rey se ha dignado encargarme, como generalísimo que soy de sus reales armas, la dirección de la nueva guerra contra la Gran Bretaña; y quiere que todos los jefes de sus dominios se entiendan directa y privadamente conmigo en cuantos asuntos ocurrieren relativos a ella. Para corresponder a esta soberana confianza y al honroso empeño en que me hallo, por tener el mando de sus valerosas tropas, debo desplegar todos los resortes de mi ardiente celo y dirigir mis ideas a cuantos deben concurrir para realizarlas.

Bien público es que, hallándonos en paz con la Inglaterra y sin mediación alguna que la interrumpiere, ha empezado las hostilidades tomando tres fragatas del rey, volando una, haciendo prisionero un regimiento de Infantería que iba a Mallorca, apresando otros muchos buques cargados de trigo y echando a pique los menores de cien toneladas... Pero ¿cuándo se cometían todos estos robos, traiciones y asesinatos?... Cuando nuestro soberano admitía los buques ingleses al comercio y socorría desde sus puertos a los de guerra... ¿Qué iniquidad por una parte! ¿Qué nobleza y buena fe por la otra!... Al ver esta perfidia,

¿habrá español que no se irrite? ¿Habrá soldado que no corra a las armas?... *Marinos*: trescientos hermanos vuestros hechos pedazos, mil aprisionados traidoramente, excitan vuestro honor al desagravio. *Soldados del Ejército*: igual número de vuestros compañeros desarmados vergonzosamente, privados de sus banderas y conducidos a una isla remota, donde perecerán tal vez de hambre o se verán obligados a tomar partido en las falanges enemigas, os recuerdan vuestros deberes. *Españoles todos*: muchos pacíficos e indefensos pescadores, reducidos a la mayor miseria, y sus pobres mujeres y sus tiernos hijos, maldiciendo a los autores de su ruina, excitan vuestra compasión e imploran vuestro auxilio. Por último, millares de familias que esperaban el sustento preciso en el año más calamitoso y que se lo ven arrebatar pérfidamente claman: *venganza, venganza...* Corramos a tomarla como el rey lo manda y la justicia y el honor lo exigen. Si los ingleses se han olvidado de que circula por las venas de los españoles la sangre de los que deceleraron a los cartagineses, a los romanos, a los vándalos y a los moros, nosotros tenemos presente que debemos conservar la fama de nuestros valientes abuelos y que espera la posteridad algunos de nuestros nombres para aumentar el número de héroes castellanos. Si los ingleses, observando nuestra tranquilidad y nuestro deseo de conservar la paz, han tenido la obcecación de creer era efecto de una debilidad y una apatía que no pueden existir en el ardiente y generoso carácter español, bien pronto les haremos ver que a una nación leal, virtuosa y valiente que ama la religión, el honor y la gloria, no se la puede ofender impunemente ni dejará de vengar la más sangüinaria de sus afrentas. Si los ingleses, sacudiendo de sí aquel pudor que no permite cometer los últimos atentados y despreciando las formalidades practicadas por los Gobiernos cultos, han preferido la traición y el robo al honor y la fe pública, los españoles les acreditarán al momento que la violación del derecho de gentes, el abuso de la fuerza y el exceso del despotismo han causado siempre la ruina de los Estados... ¡Que se avergüencen! ¡Que tiemblan a la vista de esos miserables caudales que, teñidos en sangre de víctimas inocentes, les imprimen un borrón eterno y les hacen odiosos a todo el universo!

Españoles generosos: la nobleza y la magnanimidad de vuestro carácter no podrá resistir más tiempo sin vengarse de tamaños agravios; y el amor que el rey tiene a sus pueblos es sobradamente cierto y conocido para que no se esmeren todos sus vasallos en corresponder a sus justas y soberanas intenciones. Hágase, pues, la guerra del modo que sea más funesto a nuestros crueles enemigos, pero sin imitarlos en los procedimientos que no estén autorizados por los derechos de aquellas naciones cultas que no han perdido todavía su decoro y buen concepto. Y a fin de que puedan los jefes militares proceder con aquella firmeza y desembarazo que exigen las circunstancias y con la confianza que el rey ha depositado en su autoridad, les ofrezco en su

real nombre que no se les hará cargo de que las operaciones que intenten no obtengan el éxito feliz a que se aspire y hayan hecho prometer con fundamento el examen, la prudencia y el valor que las hubiesen dictado; pero sí serán responsables de que no hagan uso de todos los medios que tengan a su disposición y pueda crear un ardiente y bien aplicado celo. Naciones con muchos menos recursos que la nuestra, y en situaciones más críticas, han sabido desarrollar tan oportunamente sus fuerzas, que han sido víctimas de su enérgico resentimiento los imprudentes que atropellaron sus derechos. Inflámesen bien el ánimo de los pueblos; aprovechése la exaltación de sus nobles sentimientos y se harán prodigios. A los capitanes o comandantes generales de las provincias corresponde entusiasmar el ánimo de sus tropas, y a los reverendos arzobispos y obispos, preladados eclesiásticos y jefes políticos de todos los cuerpos del Estado, persuadir con su elocuencia y ejemplo a que vuelvan todos del mejor modo que puedan por el honor de su Rey y de su patria.

En situaciones extraordinarias es menester apelar a recursos y a operaciones de la misma especie, y cada provincia ofrecerá medios particulares que puedan emplearse en hacer mucho daño al enemigo. Sépales aprovechar la política y el amor a la causa pública, y aspire cada jefe y cada pueblo a presentar a su soberano, a la Europa entera y a sus conciudadanos el mayor número de hazañas y de generosos esfuerzos. Cuando se ofrezca una ocasión favorable de dañar al enemigo, aprovéchela todo el mundo, sin detenerse a esperar las órdenes de la superioridad ni a multiplicar consultas que inutilizan en la irresolución el valor de los ejecutores, hacen perder los instantes más preciosos y desairan el honor nacional.

Persígase al contrabandista como al reo más abominable, como el que presta auxilios a nuestro codicioso enemigo, e introduzca géneros fabricados por sus manos ensangrentadas en los padres y hermanos de los mismos que deben usarlos. Inspírese un horror patriótico hacia ese infame comercio; y cuando esté bien reconcentrado, cuando no haya español alguno que se envilezca contribuyendo a tan vergonzoso tráfico y la Europa toda reconozca sus verdaderos intereses y cierre sus puertas a la industria inglesa, entonces será completa la venganza; veremos humillado ese orgullo insuportable y perecerán rabiando sobre montones de fardos y de efectos repelidos de todas partes esos infractores del derecho de gentes y esos tiranos de los mares.

Sea una misma nuestra voluntad; sean generales nuestros sacrificios, y si, lo que no es de esperar, hubiese alguno que no abrigase en su corazón este ardor sagrado para defender la patria ofendida, huya de la vista de sus conciudadanos y no escandalice sus ánimos generosos ni entibie su ardimiento con una criminal indiferencia. La edad, los achaques de otros, no les permitirá tomar una parte activa y personal en esta heroica lucha, pero podrán contribuir con sus riquezas o con sus discursos

y consejos a los fines que Su Majestad quiere y yo deseo; y no desperdiciándose elemento alguno para ejercitar nuestra indignación, será terrible en sus efectos. En fin, si algún vasallo del rey quisiese tomar a su cargo alguna empresa particular contra los ingleses, y por su naturaleza necesitase los auxilios del Gobierno, dirijame sus ideas para que, examinando las bases de la combinación, pueda recibir inmediatamente cuantos recursos necesite, siempre que la hallare bien cimentada y que viere puede resultar daño al enemigo y gloria a la España.

Madrid, 20 de diciembre de 1804.

*El príncipe de la Paz.*

### III

*Cartas relativas al asunto de Marruecos, copiadas a la letra de las Memorias de M. Bausset (1)*

"Le Prince de la Paix au marquis de la Solana.

"J'ai reçu la lettre que V. E. m'a écrite sous la date du 25 du mois dernier. J'ai été très satisfait de vos observations, et de la résolution que vous avez prise de concourir de tous vos moyens au succès des affaires d'Afrique. En retour des sentiments que V. E. veut bien m'exprimer, je puis l'assurer que mon plus vif désir est de trouver une occasion de lui témoigner toute ma sensibilité. V. E. doit être bien certaine que j'ai une extrême confiance dans sa prudence et dans son dévouement. Lorsque le moment d'agir sera arrivé, je la préviendrai.

"Le premier courrier que j'enverrai à V. E. lui donnera de plus grands détails sur cette affaire. Il est nécessaire qu'elle connaisse bien l'état de choses passé et tout ce qu'il convient de faire en ce moment, ainsi que les dispositions nécessaires pour ne point perdre le fruit d'une si belle entreprise, faute d'avoir pris toutes les précautions et mis toute l'acti-

ulté convenable. J'ai chargé mon agent de porter à V. E. les chiffres et les instructions préalables pour votre correspondance directe avec le voyageur, dans les cas urgents et indispensables.

"Que Dieu garde d'heureux jours à V. E.

"Madrid, 4 juin 1804.

*"Le Prince de la Paix."*

*Le Prince de la Paix au commandant de l'île de Léon.*

"Le roi ordonne à V. E. de mettre à la disposition du marquis de la Solana, capitaine-général de votre province, tout ce qu'il vous demandera, soit en armes, munitions et objets d'artillerie, soit en soldats et officiers de l'armée royale, ou des dépôts divers qui sont sous votre commandement. S. M. connaît votre dévouement à son service, et elle se plaît à croire que vous remplirez ses intentions avec autant de promptitude que de discrétion. En transmettant à V. E. les ordres du roi et les miens pour cet objet, je suis assuré que son empressement et le zèle qu'elle a toujours fait paraître procureront au marquis de la Solana toutes les facilités qui pourront dépendre d'elle.

"Que Dieu garde des jours longs et heureux à V. E.

"Aranjuez, 11 juin 1804.

*"Le Prince de la Paix."*

*Le marquis de la Solana au Prince de la Paix (2)*

"Excellentissime seigneur,

"Je puis assurer à V. E. que j'emploierai toutes mes facultés à me rendre de plus en plus digne de l'honneur et de la confiance qu'elle veut bien me témoigner par sa lettre du 4 de ce mois. Si mon intelligence est faible, mon cœur ne l'est pas, et il sent vivement tout le prix des bontés dont V. E. daigne m'honorer.

"Dès que j'aurai reçu les instructions que V. E. m'annonce, je ferai toutes les dispositions qui me seront prescrites.

"Votre agent m'a remis les chiffres et la méthode nécessaire pour en user. Je suis parvenu à bien comprendre ce procédé, et je crois pouvoir assurer à V. E. que je suis déjà en état de m'en servir utilement. C'est ce que votre agent pourra vous confirmer.

"Je prie Dieu d'égaliser mes lumières à mon zèle pour la gloire de V. E. et pour le bien de la monarchie.

*"Le marquis de la Solana" (3).*

(2) Cette lettre est sans date; elle doit être placée ici. (Note de Mr. Bausset.)

(3) En este lugar echo de menos tres o cuatro cartas desde el 4 de junio hasta el 17.

(1) De esta parte de mi correspondencia con el marqués de la Solana, publicada por Mr. Bausset, he omitido de intento una carta de aquel general, que ninguna otra cosa contenía sino elogios del proyecto y alabanzas mías personales. Todo lo demás va a la letra y en francés, tal como lo ha traducido M. Bausset. No he querido volver al castellano ninguna de estas cartas por dos razones: la primera, por serme doloroso haber de dar mis propias cartas, traducidas del castellano al francés y del francés otra vez al castellano, mucho más al notar en la versión francesa varias faltas que, aunque las más de ellas sean accidentales, no por eso dejan de oscurecer el texto y de hacerle inexacto; la segunda, porque nadie pueda recelar que, habiendo yo la traducción, le hubiese dado mayor importancia o más valor que el que podría tener la traducción francesa de M. Bausset. Igual motivo me ha hecho copiar también en el mismo idioma la relación histórica del proyecto de Marruecos dada por el mismo autor. El texto original de M. Bausset merecerá tanta más fe en los elogios que hace del proyecto y en las cosas que acerca de él se refiere cuanto es visto que este escritor, cuando se ofrece hablar de mí en el decurso de su obra, ha copiado casi siempre las relaciones de mis enemigos, cargándolos más de una vez con hechos falsos o alterados.



*Le prince de la Paix au marquis de la Solana.*

"J'ai dit à V. E., dans ma dernière lettre, que je lui ferais incessamment connaître tout ce qu'il convenait de préparer pour l'heureuse issue de l'entreprise d'Afrique, et pour en assurer le succès par l'exactitude et par la précision la plus rigoureuse.

"Les nouvelles que je reçois de notre voyageur exigent que nous nous mettions promptement en mesure de lui envoyer secrètement tous les secours qu'il juge nécessaires pour parvenir à remplir heureusement la mission dont il est chargé. Au premier avis qu'il donnera, il faut que tout soit prêt à être débarqué sur la côte d'Afrique et sur le point qu'il désignera.

"Avant que cette expédition parte pour sa destination, je crois utile et convenable de donner à V. E. une juste idée des circonstances dans lesquelles nous allons entrer, et généralement de tous les efforts qu'il faut faire pour réussir.

"Muley-Soliman, empereur actuel de Maroc, est un être si stupide, si superstitieux, qu'il faut s'étonner qu'il soit encore sur le trône, tant il est abhorré de ses sujets, qui n'ont d'autre désir que d'en être débarrassés. Lâche autant que cruel, souillé de tous les vices, il n'a aucune de ces nobles qualités que l'on remarque dans notre jeune voyageur. Ce Muley-Soliman ressemble à l'indolent monarque du Mexique, tandis que notre jeune Espagnol a toute l'énergie et le courage de Cortez. Il apprécie si bien lui-même sa position et celle de Soliman, qu'il me mande, avec toute la confiance possible, qu'il tient entre ses mains un autre *Motézuma*.

"Les enfants ressemblent au père, et aucun d'eux n'a les qualités nécessaires pour régner à la satisfaction des habitants de Maroc. L'aîné est proscrit et exilé; le second est un poltron méprisé et détesté par toute la nation, quoiqu'il soit l'objet des préférences de son père; les autres sont en horreur ou exilés. Le seul compétiteur d'un peu d'importance, et qui a annoncé des prétentions à la couronne, est le pacha de Mogador, Muley-Abdelmelek. Quelques circonstances heureuses pour lui sembleraient favoriser son ambition et devoir nuire à mes projets. Il aurait été à désirer que le gouvernement de Mogador, qui compte de grands établissements maritimes, se fût trouvé placé entre les mains d'un homme moins recommandable, et qui eût des prétentions moins élevées; toutefois notre nouveau Cortez ne paraît point le redouter.

"A présent que V. E. connaît la situation de toute cette famille, elle doit voir que tout concourt à favoriser notre plan. Il lui paraîtra, comme à moi, naturel et dans l'ordre des choses, que l'esprit, l'adresse, l'intelligence et le caractère de notre voyageur lui aient acquis un tel ascendant sur ces âmes vulgaires, et une telle prépondérance, qu'il serait peut-être possible qu'il parvint à opérer une grande révolution. Même sans le secours d'un appareil de force militaire, sans coup férir et sans éclat.

Toutefois il se tiendra prêt à repousser la force par la force si les circonstances l'exigent.

"Quant aux ministres et aux premiers personnages de l'État, il est inutile d'en parler. C'est une classe remplie d'ambition, d'ignorance, d'avarice, de bassesse, et de poltronnerie.

"Le vice-consul du roi à Mogador, D. Antonio Rodríguez Sánchez, a été averti de favoriser de tout son pouvoir les excursions scientifiques de notre jeune savant, et on lui a donné à entendre qu'il serait possible que ces excursions changeassent d'objet; on lui a promis de l'avancement et une forte récompense s'il contribuait à faire réussir les projets du voyageur. Ce vice-consul est jeune, actif, dissimulé et discret, d'une figure agréable, et n'est point marié. Les Maures et les indigènes l'aiment beaucoup, et il ne pouvait se rencontrer, pour concourir avec nous, un homme d'un caractère plus approprié et plus convenable pour l'exécution des ordres dont il sera chargé.

"Le consul de S. M., D. N. Salmon, a fort bien dirigé l'introduction du voyageur ainsi que sa correspondance, il a également bien aplani tous les embarras de ce premier moment: il a fait preuve de prudence et de sagesse. Il pourrait cependant ne plus être le même, s'il venait à savoir que les opérations scientifiques peuvent devenir militaires. Il a beaucoup de femmes dans sa maison; il est dominé par elles: leur commerce habituel a singulièrement amolli son caractère, et le rendrait peu propre à nous seconder. Ce consul a d'ailleurs de grandes relations avec tous les négociants de l'empire de Maroc, et s'il avait la moindre crainte de voir sa fortune compromise, il n'y a aucun doute qu'il ne commençât par faire rentrer ses capitaux et sauver ce qu'il possède, ce qui nécessairement donnerait l'éveil aux Maures et aux autres consuls étrangers. Il n'en faudrait pas davantage pour renverser tout notre plan: la maxime la plus vraie en politique est qu'il ne faut pas accorder à quelqu'un plus de confiance qu'il n'en peut mériter; il faut toujours la proportionner aux qualités reconnues et avérées: aussi lui a-t-on fait un mystère de ce qui se prépare. Nous continuerons à agir ainsi avec lui jusqu'au moment où des circonstances imprévues exigeraient qu'il fût mis dans le secret et que l'on eût besoin de ses services.

"De toute façon, il sera prudent d'assurer la retraite, et de ne point abandonner les Espagnols qui pourraient se trouver à Maroc ou à Tanger, dans le cas où V. E. serait avertie avant moi d'un danger imminent. A cet effet j'engage V. E. à préparer secrètement toutes les embarcations convenables, et à tenir dans la baie de Tanger des bâtiments d'Algésiras, de San Lucar et de Cadix, comme aussi quelques-unes de ces felouques que l'on emploie pour le commerce de Tanger et de Gibraltar.

"Après avoir fait connaître le caractère des personnes qui doivent paraître dans cette grande scène, il faut que je donne à V. E. une idée de quelques autres points qui sont assez importants.

"V. E. partagera l'opinion du voyageur que la garnison de Ceuta doit être progressivement augmentée, de manière à y réunir une force disponible de neuf à dix mille hommes que l'on pourrait faire camper sous les murailles de la ville lorsque le moment d'agir serait arrivé; sous prétexte de les exercer et de les faire manoeuvrer dans leurs lignes seulement. Cette démonstration suffirait seule pour attirer sur ce point l'attention des Maures, et opérerait une forte diversion. Ces troupes ne devront agir hostilement que lorsque leur commandant en aura reçu l'avis d'Ali-Bey. V. E. ne manquera pas de bonnes raisons pour colorer et expliquer cette grande augmentation des troupes dans Ceuta. Elle peut dire que ces troupes ne sont envoyées que pour contenir le grand nombre de condamnés aux travaux forcés qui abondent dans cette ville.

"V. E. pourra dire encore, pour empêcher les observations des puissances étrangères, des habitants de Maroc et même des Espagnols, que la connaissance que vous avez des troubles intérieurs qui existent dans cet empire voisin vous inspire des craintes pour la forteresse de Ceuta, l'une des plus importantes de votre commandement, et que c'est pour la préserver de toute atteinte que vous renforcez la garnison pour la mettre en état de soutenir un siège.

"Venons aux demandes d'Ali-Bey:

"1° Vingt-quatre artilleurs et deux officiers; 2° trois ingénieurs et deux mineurs; 3° quelques chirurgiens avec leurs instruments et une petite pharmacie; 4° quelques pièces de campagne de différents calibres avec leurs affûts; 5° deux mille fusils et des munitions; 6° quatre mille baïonnettes; 7° mille paires de pistolets.

"Les quatre derniers articles sont ceux qui pressent le plus; il faut les disposer le plus promptement et le plus secrètement possible. A cet effet, V. E. trouvera dans les arsenaux de Cadix, ou dans les magasins de la marine, le nombre demandé de fusils, de baïonnettes et de pistolets, soit de nos fabriques, soit de celles de l'étranger. Il faut choisir ce qu'il y a de meilleur pour que l'humidité ne les altère pas, dans le cas où l'on serait obligé de les enterrer sur quelque plage au moment du débarquement.

"Quant aux projectiles, aux pièces de campagne et aux affûts, dont le nombre n'est pas déterminé non plus que leur calibre, je m'en remets entièrement à la décision de V. E. soit pour leur transport, soit pour les précautions à prendre pour les déguiser et leur donner l'apparence des armements de commerce. Les ordres que j'adresse au commandant de l'île de Léon, et dont je vous envoie copie, vous mettront en état d'opérer avec réserve, et au moment favorable, le transport de tout ce matériel.

"A l'égard des officiers, des ingénieurs, mineurs et artilleurs qui sont demandés, je ne pense pas qu'un grand nombre soit nécessaire. Des officiers de cette espèce ne se déplacent pas en si grande quantité sans éveiller le soupçon. La nature de leur service exige d'eux qu'ils soient un peu initiés dans le secret

des travaux qu'on leur impose; mais plus un secret est répandu et moins il est gardé. Nous aurons, au reste, le temps d'y songer, ainsi qu'aux chirurgiens.

"Attachons-nous en ce moment à établir une correspondance sûre et suivie avec Mogador, et à ménager la retraite en cas de malheur, du vice-consul et des autres Espagnols qui pourraient s'y trouver. Ces sages précautions d'ordinaire doublent le courage des gens que l'on emploie. Un seul bâtiment ne suffit point pour cet objet. Il ne faut pas penser à envoyer une flotte, parce qu'une infinité de raisons s'y opposent en ce moment. V. E. a très bien fait d'avoir remis ses dernières dépêches à un pilote de confiance, en lui prescrivant de ne les remettre qu'entre les mains de la personne à qui elles sont adressées. La marine royale a, dans votre département, deux petits bâtiments qui pourront être utilisés pour la correspondance; mais comme leur armement est tout militaire, ainsi que les autres bâtiments du roi, il faut en user sobrement, et ne les employer qu'à la dernière extrémité et dans le cas où les bateaux chargés de dépêches tarderaient trop à venir, où bien dans le cas où il y aurait des objets dont l'envoi serait pressé par le voyageur. Il faudra le prévenir de toutes ces dispositions pour sa gouverne particulière.

"Je renouvelle à V. E. les assurances que je lui ai déjà données de toute ma confiance dans sa personne et de la satisfaction que j'éprouve de la voir en de si bonnes dispositions pour le succès de notre entreprise. J'adresse à V. E. la copie d'un avis que le voyageur m'a fait passer depuis quelque temps, afin qu'elle puisse en user convenablement dans le cas où cela deviendrait nécessaire.

"Aranjuez, 17 juin 1804.

"*Le prince de la Paix.*"

*Le marquis de la Solana au Prince de la Paix (4)*

"Très-excellent seigneur,

"J'ai reçu, ce matin, à six heures, la lettre confidentielle que V. E. m'a fait l'honneur de

(4) Cette lettre porte en marge, de la main du prince de la Paix: Très confidentielle.

"Cette expédition doit être considérée comme m'étant personnelle. Ce fut sur mon rapport que le roi donna son approbation. C'est à moi seul qu'en appartient l'idée, quoique dans l'avenir on puisse ne pas m'attribuer les conséquences qui auraient pu en résulter. Les documents seront communiqués à la secrétairerie de la guerre, et ne seront ensuite portés chez moi.

"Je continuerai moi-même à suivre cette affaire, selon les diverses modifications qu'elle pourrait éprouver, et jusqu'à ce que notre voyageur soit sorti du mauvais pas dans lequel sa vivacité naturelle, son esprit ardent et sa courageuse imprudence l'ont entraîné.

"Répondre au marquis de la Solana, et accuser réception de sa lettre (a)."

(a) Esta apostilla que M. Bausset supone hallarse puesta a la carta del marqués de la Solana, fechada en 22 de junio, corresponde a otra carta suya anterior, de ocho o diez días por lo menos, la cual no se halla entre las demás que ha insertado.

Debe también notarse aquí que de dos cartas del

m'écrire le 17 de ce mois, et qu'elle a bien voulu me faire parvenir par un courrier extraordinaire. J'ai adressé au vice-consul de Mogador celle qui était renfermée dans votre paquet. Je lui écris en même temps, et je lui expédie le tout par l'entremise de François Atalaya, patron du bateau le *Saint-Louis*. Je lui ai donné des instructions très détaillées, et j'ai toute espèce de raison de compter sur sa fidélité et sur son intelligence: il vient de partir à l'instant avec un vent favorable.

"V. E. trouvera ci-jointe la lettre qu'elle me fit l'honneur de m'écrire le 17 juin et qui renferme ses instructions, ainsi que la copie de l'ordre qu'elle avait adressé au commandant de l'île de Léon, et qu'elle voulut bien me confier. J'obéis à ses ordres en lui renvoyant ces deux documents.

"Quant aux dépenses que j'ai été dans le cas de faire, je ne puis en donner une note exacte dans ce moment. J'attendrai le retour de l'avis que je viens d'expédier à Mogador, car je n'ai aucune idée de ce qu'il aura pu dépenser.

"Je ne puis dire à V. E. combien je suis affligé d'un événement qui la force de renoncer à une entreprise qui aurait rendu immortel son nom, déjà si glorieusement lié au honneur de cette monarchie. Le grand coup que V. E. allait frapper aurait étonné l'Europe. La politique et la position de l'Espagne; le souvenir ineffaçable des horreurs exercées pendant sept siècles d'esclavage et d'asservissement sur nos ancêtres par ces détestables africains; le dommage continué que nous cause leur fatal voisinage, soit que leur caractère féroce les y porte naturellement, soit qu'ils ne fassent que céder aux suggestions perfides de nos rivaux en Europe; les établissements nombreux qu'ils ont sur leurs côtes, au grand préjudice de notre commerce et de notre navigation... toutes ces graves considérations auraient dû faire mieux sentir la nécessité d'assurer notre indépendance en mettant ces Barbaresques dans l'impossibilité de nous nuire. Les rois catholiques, prédécesseurs de notre auguste monarque, seraient peut-être parvenus à anéantir ces odieux forbans, mais le manque d'énergie dans la nation, la cupidité qui n'attachait de prix qu'aux trésors du nouveau monde, les traités qui suivirent les nombreuses alliances de notre maison royale avec les autres puissances

de l'Europe, apportèrent tant d'obstacles à la destruction de ces barbares, qu'ils ont toujours continué à nous inquiéter à un tel point, que depuis Charles V jusqu'à nos jours, il a été plus d'une fois nécessaire de déployer un appareil de forces considérables sans pouvoir jamais les anéantir. Pour forcer cette vile canaille de rentrer dans ses tanières, l'admirable projet qu'avait conçu V. E. aurait certainement atteint son but, et doté en même temps la nation des plus belles colonies.

"Mais puisque le roi, dont vous êtes le digne organe, ordonne qu'il en soit autrement, ses fidèles sujets doivent se conformer à sa royale décision.

"Dans toutes les circonstances de ma vie je serai aussi dévoué serviteur du roi que reconnaissant et empressé d'exécuter les ordres que V. E. voudra bien me donner.

"Dieu garde, etc., etc.

"Cadix, le 22 juin 1804.

*"Le marquis de la Solana."*

*Noticia histórica dada por M. Bausset sobre el mismo asunto de Marruecos*

"Le 11 juin 1803, pendant notre séjour à Bayonne, l'empereur me fit demander, j'avais été sur un petit canot me promener dans le port avec le projet d'aller jusqu'à la mer. Le comte de Bondi, toujours bon et aimable, envoya courir après moi. Je virai de bord, et arrivai promptement au palais de Marrac: je fus introduit.

"Je viens de causer, me dit l'empereur, avec un Espagnol que vous aurez dû voir dans le salon; je n'ai pas assez de temps à moi pour donner une attention suivie à son histoire, qui d'ailleurs me paraît fort longue. Voyez-le, causez avec lui, et prenez connaissance du manuscrit dont il m'a parlé; vous m'en rendrez compte. En me disant ces mots, il me congédia.

"Rentré dans le salon dont l'empereur m'avait parlé, je vis un homme jeune encore, d'une taille haute et élégante. Il portait un uniforme bleu de roi, sans parements, sans revers ni épaulettes; un magnifique cimenterre, attaché à la manière des Orientaux, pendait à son côté, suspendu par un cordon de soie verte. Les traits de son visage étaient réguliers; l'ensemble de sa figure était bien, mais un peu sévère. Ses belles moustaches noires, ses grands yeux vifs et perçants, donnaient à sa physionomie et à son regard une expression particulière; ses cheveux étaient noirs et épais. Je m'approchai de lui, et lui dis que j'étais autorisé par l'empereur à faire connaissance avec lui. Il me répondit obligeamment; alors sa physionomie exprima une telle douceur et en même temps une telle vivacité, que je me sentis tout-à-fait disposé à le prévenir dans tout ce qui pouvait dépendre de moi. Je lui proposai de passer dans le jardin du palais; nous y causâmes long-temps; je me nommai, et lui fis part de la contrariété que j'éprouvais d'être obligé de lui demander son nom. Ici et en Espagne je m'appelle Badia Castillo y

marqués de la Solana, la una acusando el recibo de mis instrucciones y la otra contestando a la controrden que fué dada, M. Bausset, o cualquiera que haya sido el que suministró los documentos insertos, han compaginado una sola, la cual produce una confusión harto extraña. Déjase concebir que los documentos traducidos por M. Bausset no eran sino copias sacadas a retazos y de prisa, y que la misma precipitación con que hubieron de ser hechas produjo la inexactitud de las fechas y la confusión de los traslados. Badia, acabado de llegar a Bayona del Oriente, no pudo presentar a M. Bausset sino copias que alguien le hubiese dado de aquella correspondencia. Quién sacó estas copias y por qué manos, pudieran llegar hasta Badia yo lo ignoro enteramente. M. Bausset da a entender que estos documentos los recibió de mano suya, y los presenta como auténticos; mas como tengo dicho, yo no puedo creer sino que fuesen copias. De otra suerte, no se podrían explicar las inexactitudes que se notan en las fechas y en la correlación de estas cartas.

*Leblitch; mais en Orient je suis connu sous le nom d'Ali-Bey, prince de la famille des Abussides. Il dut remarquer mon étonnement, car il entra de suite dans les plus grands détails sur les principaux événements de sa vie. Le voyage précieux et intéressant qu'il fit imprimer en trois volumes en 1814, suivi d'un atlas d'une centaine de planches, me dispense de parler de tout ce qu'il a fait connaître. Je me bornerai à publier la partie secrète et politique qui n'est point connue. Il est mort en Asie en 1819; je puis donc sans indiscretion révéler ici ses confidences et imprimer la traduction que j'ai faite sous ses yeux de plusieurs documents authentiques qui viennent à l'appui de ce qu'on va lire.*

*Badia Castillo y Leblitch, né en Espagne en 1767, annonça de bonne heure les plus heureuses dispositions; elles furent cultivées avec soin; il acquit de vastes connaissances dans les hautes sciences, dans les mathématiques, l'astronomie, l'histoire naturelle, la physique, la chimie, dans le dessin, et surtout dans les langues de l'Orient: il réunissait en lui seul toutes les qualités nécessaires pour étudier et interroger la nature, observer les astres, déterminer leur situation, lever des plans et dessiner les aspects divers qu'il pouvait rencontrer. Encouragé et protégé par le prince de la Paix, il se rendit à Londres pour y perfectionner ses études; il y laissa croître sa barbe, se fit circoncire, s'habilla comme les arabes se composa une généalogie inen authentique et de la plus haute extraction, et, sous le nom d'Ali-Bey, prince des Abussides, famille célèbre par ses nombreux califes, il vint débarquer en France, se rendit à Paris, communiqua au Bureau des Longitudes le but scientifique de son voyage, prit des notes sur les points géographiques et nautiques sur lesquels la classe des hautes sciences de l'Institut désirait avoir des éclaircissements précis; il traversa la France et l'Espagne, reçut à Madrid ses dernières instructions, de grands secours, de grands crédits, et des lettres de recommandation pour tous les consuls d'Espagne, d'Afrique et d'Asie, auxquels ce voyage ne fut annoncé que sous le point de vue qui pouvait se rattacher aux sciences et aux progrès des lumières.*

*Le véritable but politique était de chercher à opérer une révolution dans l'empire de Maroc, à renverser l'empereur régnant, et à faire de ce vaste pays une riche et belle colonie espagnole, plus importante peut-être que celles d'Amérique, puisque deux heures seulement de navigation donnaient la facilité d'y parvenir sans danger: l'idée était grande en elle-même.*

*La Hollande, la France, l'Angleterre, et même la Russie, commençaient déjà à porter leur attention sur ce continent d'Afrique, qui renferme tant de richesses. Ces colonies, non moins fécondes que celles de l'Amérique, auraient coûté moins de temps et moins de sang pour les conquérir. Il y a lieu de s'étonner que l'idée de leur conquête se soit présentée si tard au gouvernement espagnol, qui aurait trouvé sur les côtes de Barbarie des ressources immenses. Toutes sortes de raisons auraient*

*dû faire préférer ce climat à celui de l'Amérique: le grand nombre des habitants, la variété du sol, une situation admirable pour le commerce de l'univers, devaient offrir à la politique, à la philosophie et même à la religion, des conquêtes dignes de la nation espagnole. Les mines de Bambouk, jointes aux productions abondantes du sol, aux ivoires, aux gommés et aux esclaves pour les colonies, devaient faire considérer la côte d'Afrique comme le pays le plus précieux que la nature pouvait placer près de l'Espagne.*

*On a peine à concevoir comment les portugais, les français et les anglais ont pu se faire si longtemps la guerre pour les côtes du Sénégal, dont le climat brûlant dévore tous ceux qui ont le malheureux courage d'aller y tenter fortune, tandis qu'ils avaient des sources de richesses plus rapprochées, et dont l'invasion aurait été si facile.*

*Le roi d'Espagne est le seul souverain de l'Europe qui possède sur cette côte quelques établissements proprement militaires, situés, il est vrai, dans la partie la plus pauvre et la moins habitée de la Barbarie.*

*Toutes ces importantes considérations frappèrent à la fin le gouvernement espagnol, et Badia Castillo, sous le nom d'Ali-Bey, fut envoyé en 1802 à Maroc, pour observer, préparer et disposer toutes choses, dans l'idée de s'emparer de force ou par adresse de ce vaste empire. Les commencements de son établissement furent heureux. Il parvint même au plus haut degré de faveur auprès de l'empereur et des plus grands personnages de l'État. Ces premiers succès encouragèrent le prince de la Paix, qui composait à lui seul tout le gouvernement espagnol; il laissa Ali-Bey maître de diriger tous les plans, et de combiner tous les moyens de commencer cette grande révolution. Les États de Maroc se composent de cinq millions de Maures, qui sont autant d'esclaves sans propriétés, parce que tout le territoire forme le domaine de l'empereur. Tout le monde sait au reste que le trône appartient à un souverain qui n'a d'autre droit pour y monter que la force et la violence. Ce souverain, tout méprisable qu'il est, dont le gouvernement n'a pour loi que le caprice, l'arbitraire et l'injustice, voit chaque année grossir ses trésors par les honteux tributs que les puissances de l'Europe lui apportent pour obtenir la permission de faire quelque commerce avec ses sujets, et solder l'humiliante protection qu'il accorde aux bâtiments qu'elles emploient: scandaleux servage qui lui seul constituerait le droit de tenter l'invasion d'un voisin si injurieusement exigeant... A ces considérations, Ali-Bey ajoutait et disait que les tribus libres du mont Atlas, voisines de l'empire de Maroc, avaient toujours les armes à la main pour se défendre contre l'empereur et maintenir leur indépendance; que cet état de guerre perpétuelle les mettait dans l'impossibilité de faire aucun commerce avec l'Europe; qu'elles accueilleraient avec transport tous ceux qui attaqueraient le tyran qui vouloit les opprimer, et deviendraient des alliés fidèles.*

*Mais la plus importante des considérations*

était celle de la faiblesse des moyens militaires de l'empereur de Maroc. Six à huit mille nègres forment sa garde, et suffisent seuls pour opprimer les malheureux habitants de ce royaume: Ali-Bey assurait que le mécontentement des principaux habitants était à son comble, et qu'ils appelaient de tous leurs vœux un gouvernement juste et éclairé; que les tribus de l'Atlas, qui plus d'une fois s'étaient emparé des plus riches provinces de l'empire qu'elles n'avaient jamais su conserver, sentiraient renaitre leur courage si elles se voyaient secondées, par l'Espagne, plus intéressée que toute autre puissance à y établir sa domination.

C'était sur ces motifs qu'Ali-Bey fondait le succès de l'expédition. Ses liaisons et son intimité avec les chefs pritaipaux du gouvernement, et même de la garde du roi de Maroc, lui faisaient regarder son projet comme le plus sûr qu'on pût tenter.

"L'affaire, comme on le voit, était assez bien préparée. Voici les documents officiels et secrets du gouvernement espagnol au mois de mai 1804."

M. Bausset inserta en este lugar la correspondencia con el marqués de la Solana, y siguiendo luego su relación, concluye de esta suerte:

"Cette affaire d'Afrique fut brusquement terminée. Elle en resta là. Je présume que le prince de la Paix, en y réfléchissant un peu plus, sentit qu'il s'était trop mis en avant. Le système généralement adopté par les puissances de l'Europe aurait fait considérer comme une infraction réelle à la balance politique un accroissement aussi important de pouvoir et de richesses. Ce qui aurait paru tout simple de la part d'un parti d'aventuriers, prenait une couleur bien différente lorsqu'une semblable tentative émanait d'un gouvernement tel que l'Espagne. D'ailleurs l'accession de Napoléon à la couronne impériale que venait de lui déferer le Sénat, dut nécessairement inspirer des craintes, des réflexions, et refroidir cet enthousiasme qu'avait fait naître la création improvisée d'une grande colonie. L'issue était d'ailleurs au moins douteuse à raison de la faiblesse des moyens indiqués. On est doublement à blâmer quand un succès éclatant ne vient pas colorer jusqu'à un certain point la témérité de l'entreprise. Il parut plus simple au prince de la Paix de rejeter sa faute et sa légèreté sur Ali-Bey: peut-être encore l'interruption subite de ce rêve séduisant doit-elle être attribuée aux discussions qui s'élevèrent à cette époque entre l'Angleterre et l'Espagne, et qui finirent par constituer ces deux puissances en état de guerre avant la fin de l'année" (5).

(5) Las diferentes conjeturas que forma aquí monsieur Bausset prueban que entre los papeles que tuvo a su mano faltaba mi carta al marqués de la Solana, en donde, juntamente con la revocación de las órdenes dadas, se contenía el motivo de esta novedad, consistente sólo en la escrupulosa rigidez de Carlos IV cuando se hubo enterado perfectamente de los medios que Badia había puesto por la obra y de los beneficios que Muley Solimán le tenía hechos. No es de creer que M. Bausset hubiese suprimido esta carta teniéndola en sus manos ni que lo hubiese hecho así por sólo el placer de argüirme de ligereza o de veleidad en mi proyecto.

"Ce que je sais de positif, c'est qu'Ali-Bey m'assura que l'embarras où le jeta l'hésitation du cabinet de Madrid, les délais continuels qu'on mit à lui envoyer les hommes et le matériel demandés, le contraignirent à renoncer à cette singulière tentative. Alors, et d'après les avis qui lui furent donnés, il se décida à voyager *scientifiquement* dans l'Orient.

A son retour, Ali-Bey reprit son véritable nom, s'attacha à la fortune du roi Joseph, et fut nommé préfet de Cordoue. A la seconde sortie de ce prince il vint à Paris pour s'occuper de l'impression de son voyage, qui fut dans le commencement imprimé aux frais du gouvernement impérial, puis achevé et dédié au roi Louis XVIII. Sa passion pour l'Orient l'entraîna malheureusement en Asie, où il avait déposé des objets d'arts et de sciences les plus intéressants. Il y trouva la mort en 1819; elle fut attribuée au pacha de Damas ou d'Alep. La publicité de son voyage rend très probable toutes les conjectures qu'on a faites à cette époque."

## IV

*Mi proclama a los españoles, dada en 6 de octubre de 1806 (6)*

En circunstancias menos arriesgadas que las presentes, la lealtad de los españoles ha procurado auxiliar a sus soberanos con dones y con medios anticipados para las necesidades de la Monarquía. Nuestra situación actual requiere con urgencia estos esfuerzos patrióticos. El reino de Andalucía, privilegiado por la Naturaleza en la producción de caballos propios para la Caballería ligera, y la provincia de Extremadura, que tantos servicios hizo en esta especie al señor Felipe V, ¿podrán ver con paciencia que la Caballería del Rey de España se encuentre reducida e incompleta? No, yo no lo pienso, sino, al contrario, espero que del mismo modo que los gloriosos abuelos de la generación presente sirvieron al de nuestro Rey, la asistiran también los nietos con regimientos y compañías de hombres diestros en el manejo del caballo para defender la patria todo el tiempo que duraran los peligros actuales, después de los cuales, luego que pasaren o hubieren sido superados, volverán llenos de gloria y con mejor fortuna a la paz de sus familias. Entonces, si, cada cual de los que hubieren acudido al riesgo, repartirán entre ellos mismos los laureles que serán cogidos; cuál dirá deberse a su brazo la salvación de su familia, cuál la de sus jefes, cuál la de su pariente o amigo, y todos a una tendrán razón para atribuirse, lo que es más, la de su patria. Venid, pues, mis amados compatriotas, venid

(6) No habiendo podido, por más que lo he procurado, tener a mano ningún ejemplar auténtico de esta proclama ni de mi circular a las autoridades dirigida con el mismo motivo, me he visto obligado a buscar entrambos documentos en las traducciones extranjeras y a conformarme con ellas, reproduciendo el texto castellano de la mejor manera que me ha sido dable y han podido alcanzar mis recuerdos después de tanto tiempo.

a alistaros en las banderas del más benéfico de los reyes; yo os recibiré con la más viva gratitud, y yo os prometo a todos recompensas, si el Dios de nuestros padres nos concede con la victoria una paz feliz y duradera, sólo objeto de mis votos. No, no os detendrá el temor, no la pérdida; vuestros pechos no abriguen nada de esto, ni la seducción extranjera podrá mellaros nunca. Venid, pues, y si las cosas llegasen a punto de tener que cruzar nuestras armas con las del enemigo, ninguno dé ocasión a que le tilden en su honor, ni siquiera ser mirado como sospechoso, por haber parecido indiferente a esta llamada patriótica.

Si mi voz no bastare a despertar vuestro amor de la gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores y padres del pueblo, a quienes igualmente me dirijo, la que os penetre más y más sobre lo mucho que os debéis a vosotros mismos, a nuestro honor y a la sagrada religión que profesamos.

En San Lorenzo, a 6 de octubre de 1806.

*El príncipe de la Paz.*

*Circular a las autoridades sobre el mismo asunto.*

Muy señor mío:

El Rey me manda decir a V. que en las circunstancias presentes espera una gran prueba de su lealtad y eficacia en el importante asunto que se le encomienda relativo al sorteo y alistamiento general para el aumento del Ejército. S. M. no se dará por contento de los esfuerzos de V. mientras no pasen de la línea ordinaria que se acostumbra seguir en tales casos, ni yo podré disimular la menor tardanza o flojedad en el cumplimiento de este importantísimo servicio. Se necesitan medios y caminos extraordinarios para conseguir sus buenos efectos. Convendrá, entre otros muchos, significar a los curas párrocos en nombre del Rey que S. M. cuenta muy especialmente con su cooperación para levantar el espíritu nacional, y que los señores obispos los sostendrán en los oficios que practicaren al intento (7), procurando también excitar a los ricos para que ayuden y se presten a los sacrificios necesarios que exigirá la guerra, una vez llegada a realizarse. De la misma manera, convendrá que V. se entienda oportunamente con la nobleza para excitar su aliento generoso, sin dejar de hacerle presentir que se trata en el día de la conservación de su estado y de sus ventajas sociales no menos que del interés de la Corona y de la guarda de la Monarquía.

Cuanto al alistamiento, añadiré a V. toda-

via de orden de S. M. que, además de la prontitud en su ejecución, deberá V. poner en obra todo su celo y entereza para que el resultado que se obtenga ofrezca en su provincia el mayor número que sea posible de soldados con arreglo a las ordenanzas y sin ningún abuso en materia de excepciones.

Dios guarde a V. muchos años, etc.

V

*Copia literal de la carta que me dirigió lord Holland después del fallecimiento de Carlos IV.*

Excelentísimo señor y muy estimado amigo:

Al punto que supe el triste acontecimiento que nos han comunicado los papeles y recientes noticias de Roma, me acordé de la conversación que tuvimos la última vez que tuve el honor de verle en Verona, y me fui a ver a los ministros a fin de informarme de si pondrían dificultad en que V. tomase su residencia aquí en caso de que lo juzgase conveniente. De resultas tengo la satisfacción de asegurarle que no pondrán impedimento alguno ni a su desembarque ni a su permanencia aquí. No me han dado por escrito esta su determinación, porque no quieren que semejante paso pueda mirarse como una especie de convite hecho a V., sino como una contestación sencilla a una pregunta hecha por un amigo, que por tal me hacen el honor de contarme.

Por lo demás, si V. lo juzgase conveniente, puede sin reparo alguno venir a Inglaterra, adonde vivirá sin sufrir molestia alguna, como otro cualquier extranjero, aunque bajo una ley que da poder a nuestros ministros a obligar a cualquiera de ellos a salir del reino si así lo considerasen necesario a la quietud pública. Pero esta ley puede V. estar cierto que no será usada por ninguna preocupación nacida de acontecimientos políticos ya pasados. Nuestros ministros tienen empeño en manifestar que no la emplean contra ninguno que no se mezcla en negocios políticos, y como me aseguran que no pondrían ningún impedimento a su desembarque, estoy certísimo de que la tal ley no perturbará su quietud cuando se halle en este país.

Aunque nada sé de sus planes y determinación de V. para lo por venir, me ha parecido que acaso le será a V. útil el saber que en cualquier acontecimiento tiene V. un asilo abierto en este país. ¡Ojalá que nada adverso le obligue a V. a ello! Pero, en cualquier caso, tendrá la satisfacción de haber cumplido con un deber de gratitud por las atenciones que he debido a V., y especialmente por la generosa clemencia con que, en 1805, a instancia mía, salvó V. la vida del infeliz Poëvell. Este favor está tan vivamente impreso en mi memoria, que no puedo menos de aprovecharme de la primera ocasión que se ofrece para

(7) A los obispos y demás prelados de superior jerarquía, con cuyo celo y luces especiales se podía contar, se dirigieron otras cartas reservadas, en muchas de las cuales, según el grado de confianza que merecían del Gobierno, fueron más explícitas y detalladas las significaciones que se dieron sobre el motivo y el objeto de la guerra.

mostrar mi agradecimiento. Con sinceros deseos de la felicidad de V., quedo su obligado y fiel amigo, q. s. m. b.,

V. Holland.

En Londres, 30 de enero de 1819.

P. D.—Una carta dirigida a Holland House, Kensington, London, me halla siempre.

*Copia literal de mi respuesta.*

Roma, 24 de febrero de 1819.

Milord y mi muy amado amigo:

La carta con que V. me favorece de 30 de enero es la mayor prueba de su amistad y la más relevante demostración de la grandeza de su alma. Si, amigo mío, puedo con verdad y con razón querellarme de los hombres, asegurándole que entre el número inmenso de personas a quienes he rendido servicios singulares, una sola he encontrado que haya correspondido a los sentimientos de nobleza que distinguen al hombre honrado del débil; todos, todos han enmudecido al verme perseguido por la suerte, y sólo han recurrido a mí los que necesitaban nuevos socorros de mi liberalidad; éste es el mundo, y tal lo conocía; pero la prueba ha sido cruel. Puedo, no obstante, lisonjearme de poseer un bien singular, ya que el respetable milord Holland me dispensa su amistad; agradezco, pues, amado amigo, todo cuanto ha ejecutado luego que llegó a su noticia la última desgracia que me aflige, y si las circunstancias del día no variaren mi suerte mejorándola, seguiré el camino que mi amigo me ha franqueado; seré feliz si algún día puedo a viva voz demostrarle mi gratitud, y entre tanto concluyo asegurándole la sincera amistad y respeto de su affmo. servidor, q. l. b. l. m.,

*El príncipe de la Paz.*

## VI

*Carta mía a don Eugenio Izquierdo, mandándole devolverme la que había entregado para el Emperador de los franceses.*

Mi estimado Izquierdo: He pensado mejor sobre la presentación de mi carta al Emperador, y veo me comprometo demasiado con las provincias y el reino si acaso se hiciese mal uso de ella. Devuélvame V. con ésta, y, en caso necesario, haga uso, para negociar, de las especies de la del Rey, y aun de las que contiene ésta; pero no las sugiera V., y deje tiempo a que se las propongan. Avíseme V. de todo con oportunidad.

Son las tres y media de la tarde. Adiós. Es de V. afectísimo,

Manuel.

Madrid, y marzo 11 de 1808.

## VII

*Nota diplomática dirigida a mí, desde París, por don Eugenio Izquierdo, en 24 de marzo de 1808; recibida por don Pedro Cevallos como ministro de Fernando VII y publicada por don Juan Escoiquiz en 1814 (8).*

La situación de las cosas no da lugar para referir con individualidad las conversaciones que desde mi vuelta de Madrid he tenido por disposición del Emperador, tanto con el gran mariscal del palacio imperial, el general Duroc, como con el vice-gran elector del Imperio, el príncipe de Benevento. Así me ceñiré a explicar los medios que se me han comunicado en estos coloquios para arreglar, y aun para terminar, amistosamente los asuntos que existen hoy entre España y Francia, medios que me han sido transmitidos con el fin de que mi Gobierno tome la más pronta resolución acerca de ellos.

Que existen actualmente varios cuerpos de tropas francesas en España, es un hecho constante. *Las resultas están en lo futuro.* Un arreglo hecho entre el Gobierno francés y el español, con recíproca satisfacción, puede detener los eventos, y elevarse a solemne Tratado y definitivo sobre las bases siguientes (9):

(8) Después de su vuelta a París, hasta el 25 de marzo, había tenido don Eugenio Izquierdo muchas y muy escabrosas conferencias con el príncipe de Benevento y con el mariscal Duroc sobre las especies que en calidad de insinuaciones había llevado a Madrid y sobre las respuestas que había traído acerca de ellas. Durante aquellos días, tanto el príncipe de Benevento como el mariscal habían apurado todas las astucias del arte diplomático para inducirle a concluir y firmar, aunque no fuese sino como simple promesa «sub spe rati», un tratado que con muy poco disfraz contenía en el fondo las mismas especies a que se había respondido. No habiendo podido conseguirlo, le dijeron el día 22 que el emperador quería hablar con él «antes de enfadarse seriamente»; pero este caso no llegó, y en vez de ser llamado para aquella entrevista, le fué entregada al día siguiente por el príncipe de Benevento, como una verdadera especie de «ultimatum», aunque sin pronunciar este nombre, la nota verbal que incluyó Izquierdo en su relación del 24, asegurándole aquel, como una confianza de amistad, que la oposición de nuestra corte a los deseos tan pronunciados del emperador, y aun el solo retardo en condescender a ellos, podría traer fatales consecuencias. Mis lectores, en vista de esta nota y de la relación de Izquierdo, verán y palparán con evidencia lo que dejó escrito en mis MEMORIAS sobre la digna y decorosa respuesta que fué dada por Carlos IV, resistiendo las especies, insinuaciones o propuestas que habían sido hechas en derechura a Su Majestad por medio de Izquierdo.

(9) Cuantos pretendan disculpar la fe, peor que «griega» y que «pónica», de Napoleón, tendrán que señalar y explicar con qué otro derecho que el de la fuerza, y por qué otro modo que el de un total olvido de sí mismo y de su propio decoro, pudo consentir a que su voluntad se explicase en este preámbulo, de la manera que fué puesto, con un añadido que ningún motivo de queja le había ofrecido y con quien tenía pactadas tan recientes y tan solemnes obligaciones por el último tratado vigente. Napoleón hubiera podido insistir, sin tener que avergonzarse, rogando, instando y poniendo en obra todos los medios honrosos y urbanos, por lo menos en la apariencia, que sabe y pueda usar la diplomacia; pero pedir aquellas cosas, con respecto a las cuales ningún derecho tenía, con amenazas, después de haber introducido sus tropas a pretexto de cubrir la España contra los ataques de los ingleses, decir luego «que las resultas de la entrada de aquellas tropas estaban en lo futuro», y que el convenio propuesto, es decir, el

"Primera base: En las colonias españolas y francesas comerciarán libremente, el francés en las españolas como si fuese español y, recíprocamente, el español como si fuese francés en las francesas, pagando unos y otros los derechos que se paguen en los respectivos países por los naturales. Esta prerrogativa será exclusiva, y ninguna potencia sino la francesa podrá obtenerla en España, como en Francia ninguna potencia sino la española.

"Segunda base: Portugal está hoy poseído por Francia. La comunicación de Francia con Portugal exige una ruta militar, y también un paso continuo por España para guarnecer aquel país y defenderle contra la Inglaterra. Ha de causar multitud de gastos y obstáculos, y producir tal vez frecuentes motivos de desavenencias. Podría amistosamente arreglarse este objeto, quedando todo el Portugal para España, y recibiendo un equivalente la Francia en las provincias de España contiguas a este Imperio.

"Tercera base: Arreglar de una vez la sucesión al trono de España.

"Cuarta base: Hacer un Tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que se han de ayudar recíprocamente ambas potencias."

Tales son las bases, continúa la relación de Izquierdo, con que debe cimentarse y elevarse a Tratado el arreglo, como se indica, capaz de terminar felizmente la actual crisis política en que se hallan España y Francia. En tan altas materias, yo debo limitarme a ejecutar fielmente lo que se me diga. Cuando se trata de la existencia del Estado, de su honor y decoro y del de su Gobierno, las decisiones deben dimanar únicamente del soberano y de

su Consejo. Sin embargo, mi ardiente amor a la patria me pone en la obligación de decir que en mis conversaciones he hecho presente al príncipe de Benevento lo que sigue:

1.º Que abrir nuestras Américas al comercio francés es partir las entre España y el Imperio francés; que abrirlas únicamente para los franceses es (dado que no quede de una vez arrojada la arrogancia inglesa) alejar cada día más la paz y perder, hasta que se firme, nuestras comunicaciones y las de los franceses con aquellas regiones. He dicho que aun cuando se admita el comercio francés, no debe permitirse que se avecinen vasallos de la Francia en nuestras colonias, con desprecio de nuestras leyes fundamentales.

2.º Concerniente a lo de Portugal, he hecho mención de nuestras estipulaciones de 27 de octubre último; he hecho ver el sacrificio del rey de Etruria, lo poco que vale el Portugal separado de sus colonias, su ninguna utilidad para España, y he hecho una fiel pintura del horror que causaría a los pueblos cercanos al Pirineo la pérdida de sus leyes, libertades, fueros y lenguas y, sobre todo, el pasar a dominio extranjero. He añadido que no podré yo firmar la entrega de Navarra, por no ser el objeto de execración de mis compatriotas, como lo sería si constase que un navarro había firmado el Tratado en que la entrega de la Navarra a la Francia estaba estipulada. En fin, he insinuado que si no había otro remedio, podría erigirse un nuevo reino o virreinato de Iberia, estipulando que este reino o virreinato no recibiese otras leyes ni otras reglas de administración que las actuales, y que sus naturales conservasen sus actuales fueros y exenciones. Este

abandono de las provincias de la izquierda del Ebro, las condiciones onerosas de una nueva alianza en perfecta sociedad de guerra y un tratado de comercio cuyas ventajas debían todas venir a parar en beneficio de la Francia otro tanto como en perjuicio de la España, podían ser un medio de transacción para detener los eventos, sin explicar qué eventos fuesen éstos ni poder ser otros que, el volver sus armas contra el mismo país amigo y aliado que le había recibido bajo la fe de los tratados, es el último grado, no diré sólo de inmundicia y de perfidia, sino de inculcación y (la palabra propia) de barbarie, en que nadie había pensado que podría caer un príncipe de nuestro siglo. Cuando Bonaparte no hubiese pecado más que en este modo brutal de comunicar con un monarca independiente, amigo suyo y digno de toda su consideración y respeto, habría echado una gran mancha en la historia de su vida. Los que han dicho que la España fué puesta a merced de Bonaparte han olvidado ciertamente que además de un ejército disponible de ciento cuarenta mil hombres, por lo menos, que tenía la España en aquel tiempo, y cuya existencia mis propios enemigos no se han atrevido a desmentir en sus cálculos, tenía, pues, al mismo tiempo la muralla del tratado de Fontainebleau, por el cual no fué concedido el paso por España para el Portugal sino a veintiocho mil hombres, con entera defensa de entrar mayor número sin una necesidad reconocida, con mutuo acuerdo de las dos naciones y después de garantía con la firma del emperador la integridad de España; defensa ciertamente mayor que el de la fuerza entre naciones civilizadas, porque aun con doble número de tropas, pudo la España haber sucumbido contra cerca de un millón de soldados que tenía Bonaparte; pero sin afrenta de éste no podía caer, vigente como estaba aquel tratado tan reciente y tan solemne. ¡Que se me diga ahora qué se podría haber hecho mejor de aquello que se hizo! Dirá alguno tal vez, como lo ha dicho el conde de Toreno, que negar

el paso. Mas se lo hubiera tomado el mismo emperador sobrándole la fuerza para esto y teniendo además lo que en el derecho común de las naciones se llama un motivo o un pretexto justo. Y entonces habría entrado sin estar ceñido por la letra y el espíritu de una convención solemne a tasa alguna de soldados. Pero ¿de qué sirvió la convención? Aquí venía a parar: si no sirvió no fué por falta mía; yo había hecho cuanto es dable en tales casos, hasta en unir la España a aquella empresa por conservar su influjo en ella, como ya lo había logrado con tan feliz suceso en 1801. Subiendo más arriba, añadiré que no quedé por mí, como habrán visto los que han leído estas Memorias, que se ocupase el Portugal en tiempo hábil por nosotros, para evitar que Bonaparte se nos metiese en nuestra casa con el pretexto de invadirlo. Diré, en fin, que no quedé por mí se hubiese hecho la guerra a los franceses en la sola y única ocasión que tuvimos de emprenderla con los mejores agüeros, en simultaneidad y correspondencia de la Prusia, la Rusia, la Suecia y el Austria, que se hubieran unido a la misma empresa declarándonos nosotros. Si después de aquella época se atravesaron mis enemigos interiores en cuanto intenté hacer para defensa y gloria nuestra, y si amparados con el prestigio de un nombre augusto lograron seducir a los pueblos en contra mía y arrancarme toda la fuerza moral y hasta la física, ¿a quién la culpa? ¿Se ha pensado, se ha calculado seriamente todavía cuál fué mi posición entre el emperador de los franceses por un lado, con la boca abierta, sin escuchar razones, todo poder perdido en su hambre de la España, y la facción interna de los que se escudaban doblemente con el nombre de Fernando y con la legación francesa, levantando al pueblo en contra mía y allanando el camino a aquella fiera de la Europa? ¿Qué pude hacer o qué intentar, repetiré, que yo no hubiese hecho o intentado por salvar la España, hasta el postrer momento en que caí bajo el furor de aquellos proditores!



reino o virreinato podía darse al Rey de Euzuria o a otro infante de Castilla.

3.º Tratándose de fijar la sucesión de España, he manifestado lo que el Rey, nuestro señor, me mandó que dijese de su parte, y también he hecho de modo que creo que quedan desvanecidas cuantas calumnias, inventadas por los malévolos en ese país, han llegado a influir en la opinión pública en éste (10).

4.º Por lo que concierne a la alianza ofensiva y defensiva, mi celo patriótico ha preguntado al príncipe de Benevento si se pensaba en hacer de España un equivalente a la Confederación del Rin y en obligarla a dar un contingente de tropas, cubriendo este tributo con el decoroso nombre de *Tratado ofensivo y defensivo*. He manifestado que nosotros, estando ya en paz con el Imperio francés, no necesitamos de socorros de Francia para defender nuestros hogares; que Canarias, Ferrol y Buenos Aires lo atestiguan; que África es nula, etc.

En nuestras conversaciones ha quedado ya

(10) Sobre este lugar de la relación de don Eugenio Izquierdo dice Mr. Bignon en su «Historia de Francia bajo Napoleón»: «...ser una cosa evidente que las calumnias de que en él se hablaban eran relativas a mí, porque si éstas hubiesen sido contra el príncipe de Asturias, Izquierdo no se hubiera tomado un grande empeño en combatirlas». Al escribir esto Mr. Bignon no alcanza yo a comprender cómo pudo ignorar o haber olvidado tantas y tan graves calumnias que los amigos del príncipe Fernando esparcieron a la viva voz y por escrito, no sólo contra mí, sino también contra sus augustos padres, sobre la pretendida opresión en que decían tenerle y sobre el «odio capital y antinatural», que suponían «denegarle Sus Majestades». La obra de Mr. Bignon prueba bastante que cuanto ha escrito acerca de estos sucesos lo ha tomado en los libros y relaciones de mis enemigos. Con sólo, pues, que hubiese leído la «Idea sencilla» de Escoiquiz y sus diálogos, verdaderos, supuestos o abultados, con Napoleón en Bayona, hubiera visto patentemente que no eran solamente contra mí las calumnias que rebatió Izquierdo. Mis lectores habrán visto ya en el último capítulo de este tomo los encargos que se hicieron a Izquierdo sobre este punto por el rey para las respuestas que debía dar a las especies o insinuaciones que había traído anteriormente, unas mismas en la sustancia con las que fueron luego dadas por el príncipe de Benevento, no ya como insinuaciones amigables, sino como una especie de «ultimatum». Si Bonaparte insistió todavía sobre la especie de fijar la sucesión de la Corona, fué, sin duda, para dejar campo abierto a las ideas que revolvía en su cabeza sobre los mejores medios eventuales que podrían ofrecer las circunstancias o para escamotear aquella corona, o para hacerla poseer, en faltando Carlos IV, por un príncipe de su devoción. A Fernando debió mirarle con desconfianza desde que en unos correos interceptados por sus generales tuvo en sus manos la correspondencia de la princesa de Asturias con su madre, la reina de Nápoles; y mucho más cuando por más útil que le hubiese sido su conducta, le vió ponerse en contra de sus padres al frente de un partido execrable. Izquierdo había llevado también el encargo particular de deshacer estas preveniciones y de declarar que Carlos IV conservaría a su hijo, lo mismo que su amor al derecho que tenía a la corona como su primogénito, perdonados ya y dados al olvido todos sus errores.

Mr. Bignon, lejos de aquella severa y noble imparcialidad que habría sido tan propia de su discreción y sus talentos, como si no quisiese quedar en zaga de lo que han escrito mis enemigos, sino más bien añadir de suyo alguna cosa y dar también una patada al hombre medio muerto, escribe lo que sigue: «Una multitud de circunstancias contestan que el príncipe de la Paz aspiraba a otra soberanía de la que le había sido prometida en los Algarbes. Era éste un ambicioso cuyo carácter estaba lejos de ser igual a

como negocio terminado el del casamiento. Tendrá efecto, pero será un arreglo particular de que no se tratará en el convenio de que se envían las bases.

En cuanto al título de *Emperador*, que el Rey nuestro señor debe tomar, no hay ni habrá dificultad alguna. Se me ha encargado que no se pierda un momento en responder, a fin de precaver las fatales consecuencias a que puede dar lugar el retardo de un día en ponerse de acuerdo.

Se me ha dicho que se evite todo acto hostil y todo movimiento que pudiera alejar el saludable convenio que aún puede hacerse.

Preguntado si el Rey nuestro señor debía irse a Andalucía, he respondido la verdad: que nada sabía. Preguntado también si creía que se hubiese ido, he contestado que no, vista la seguridad en que se hallaban (concerniente al buen proceder del Emperador) tanto los Reyes como V. A.

He pedido (pues que se medita un convenio) que interin que vuelva la respuesta, se

sus pretensiones y que paso a paso se había colocado entre el trono y el suplicio. El primero se le escapó de entre las manos, harto feliz de haber podido escapar al segundo. Nos hallamos ciertamente en un tiempo que sólo por el gusto de hacer una bonita antítesis aun los mejores escritores no temen confundirse con el vulgo de los folletistas y de los maldicientes. En vez de estas tres pulidas frases, hubiera consultado mejor Mr. Bignon a la verdad de la historia declarando, aunque hubiese sido de paso, cuál fué aquella multitud de circunstancias («une foule de circonstances», como dice el texto francés) que señalaron o probaron mi ambición al trono de España. Ni aun mis mayores enemigos que me la imputaron la creyeron: ya he dicho acerca de esto aún más de lo bastante en mis MEMORIAS, y no debe ser cansado. Añadiré tan solamente, por venir al caso, una verdad, y es que la presente relación de Izquierdo, recibida y publicada por mis enemigos, es un testimonio irrefutable de aquella lealtad poco común con que oíré hasta el último instante de mi carrera política; de aquel linaje de lealtad con que, a sabiendas mías, acepté tantos peligros y me volé más que a la muerte por mi patria, pues me voté a la maldición que estaba viendo amenazarme, y que cayó tan a su peso sobre mí, que aún estoy sufriendo sus results todavía, después que todo ha sido visto. Aquella relación estaba escrita por un amigo mío, del que todos mis contrarios han contado que era un agente mío exclusivo; y aquella relación, la postrera de cuantas hizo, venía de él a mi derecho, cierto Izquierdo, sin ningún motivo en dudarlo, que yo era quien había de recibirla. Busquese, pues, en ella, y véase si es posible encontrar una sola palabra que diga relación a alguna especie de intereses míos, alguna cosa tan siquiera relativa a los Algarbes, como pudiera haberla escrito, si antes no le hubiese hablado francamente de la soberanía de aquel país como de una gran quimera en que jamás había creído seriamente y como un echo miserable que me había puesto Bonaparte para que, o dispusiese a Carlos IV a someterse a sus designios, o, a lo menos, me retirase de su lado. Diga también Mr. Bignon si eran muy comunes en la diplomacia de Europa, cuando imperaba Bonaparte, las maneras de negociar y resistir que tuvo Izquierdo, tan honrosas para él como al que le enviaba y de quien recibía instrucciones. ¿Dónde está, pues, la lógica para inferir Mr. Bignon que yo aspiraba a la soberanía de España? ¿Y ante quién? ¿Ante Napoleón? ¿Y por qué medios? ¿Negándole las provincias, que, según Mr. Bignon, codiciaba con una especie de manía incurable, y resistiendo las demás propuestas, que enviadas antes amigablemente, renovó después con amenazas? ¿Y yo aspiraba a tal altura inaccesible teniendo, o por mejor decir, poniendo en contra mía, yo mismo, en tiempos como aquéllos, al emperador de los franceses!... Decir ya más acerca de esto sería ofender a mis lectores.

suspenda la marcha de los ejércitos franceses hacia lo interior de la España. He pedido también que las tropas salgan de Castilla. Nada he conseguido; pero presumo que si vienen aprobadas las bases, podrán las tropas francesas recibir órdenes de alejarse de la residencia de SS. MM.

De allí se ha escrito que se acercan tropas por Talavera a Madrid y que V. A. me despachó un alcance. A todo he satisfecho exponiendo con verdad lo que me constaba.

Según se presume aquí, V. A. había salido de Madrid acompañando a los reyes a Sevilla; yo nada sé; y así he dicho al correo que vaya hasta donde V. A. estuviere.

Las tropas francesas dejarán pasar el correo, según me ha asegurado el gran mariscal del palacio imperial.

París, 24 de marzo de 1808.

Serenísimo señor, de V. A.,

*Eugenio Izquierdo.*

### VIII

*Carta de don Eugenio Izquierdo a don Pedro Cevallos en 10 de abril de 1808 (11).*

Excelentísimo señor:

Muy señor mío: El 26 del mes último, a las siete de la mañana, el correo de S. M. don Alonso Mazorra puso en mis manos el pliego que, con fecha del 18 del mismo, se sirvió V. E. dirigirme desde Aranjuez.

Este pliego decía, entre otras cosas, lo que sigue: "Como V. E. se hallaba encargado por el príncipe de la Paz de varias comisiones, debo prevenir a V. E., de orden del Rey, que los papeles relativos a ellas y las contestaciones que tenga que dar me las dirija V. E., en pliego reservado para S. M., a fin de que yo pueda entregarlo sin abrirlo" (12).

El mismo día 26, S. M. I., recibida la carta del Rey nuestro señor, tuvo a bien hacerme llamar al sitio de Saint Cloud, admitirme a su

presencia, sentarse conmigo en su gabinete (sin que en él hubiese príncipe, ministro, ni persona de la servidumbre del palacio, sin guardia alguna) y tener a solas conmigo un coloquio, que duró sin interrupción desde antes de las tres hasta después de las cinco de la tarde.

Tenia yo escrito el pliego en que daba cuenta a S. M. de este evento, cuando el día 28, por la mañana, el príncipe Masserano me llamó a su casa, y me leyó una carta de V. E. para que le entregase, bajo de inventario, todos los papeles relativos a las negociaciones de que estaba encargado en esta capital por el señor príncipe de la Paz. Respondí que no tenía ninguna, y respondí la verdad.

Era mi ánimo escribir esto mismo a V. E. con el primer correo extraordinario que saliese, y también evidenciarlo con explicaciones y pruebas irrefragables; pero el príncipe de Masserano despachó aquella misma noche un correo del Rey (el mismo que había venido a mis órdenes), y mandó se me ocultase su salida; ha despachado luego otro correo, ocultándome también; y este proceder, tan suyo, me ha quitado todo medio de comunicación con V. E. Ha hecho más: me ha mirado y tratado desde aquel momento (y a su ejemplo, todos los de la Embajada) como hombre ya proscrito por su nación.

Ayer me pasó el oficio de que es copia el adjunto papel número 1; respondí con el del número 2, y me contestó con el del número 3, que acompaño.

Ahora bien, excelentísimo señor: reciba V. E. de mí, hombre honrado, verídico y libre en su modo de pensar, amante hasta el entusiasmo del honor, esplendor y gloria de su patria, celoso sostenedor de su independencia y posesiones, fiel servidor del Rey y del Estado (cuya fortaleza de alma y rectitud de corazón no descenderán jamás, ni aun por evitar una muerte afrentosa, no digo a negar, sino ni a tergiversar la verdad), reciba V. E. de este hombre (cuya conducta política debe en justicia hacerse pública a toda España y toda

(11) Es copia textual del borrador de ella, que de letra son de don Eugenio Izquierdo, fué hallado con otros varios documentos relativos a su misión en París, entre los papeles de su testamentaria, que publicó don Juan Lorente en 1816, y de los cuales he hablado ya en otros lugares. Se halla esta copia bajo el núm. CXXX en sus «Memorias para la historia de la revolución española», tomo III. Ninguno de mis enemigos, ni mucho menos don Pedro Cevallos, para quien es un sello de oprobio, se han atrevido a publicarla ni a responder a ella. El mismo conde de Toreno, que cita diferentes veces en su «Historia» varios documentos de aquella colección, faltando a la debida imparcialidad de todo historiador, se ha callado sobre esta carta.

(12) Esta orden fué arrancada a Carlos IV, en medio de la congoja y turbación en que se hallaba, por don Pedro Cevallos, su primer ministro, el mismo que dos días después, primer ministro de Fernando, expidió, en nombre de su nuevo señor, la segunda de que habla Izquierdo más adelante, y que dió ocasión a esta carta. ¿Cuál fué el motivo de ansiar tanto apoderarse de aquellos papeles? Como Fernando hubiese sido instruido por su augusto y bondadoso padre de las «especies» traídas por Izquierdo, y entre ellas aquella en que Bonaparte proponía fijar la sucesión de la Corona de modo que fuese más conveniente para la tranquilidad del rey y para la con-

servación de la amistad entre la España y la Francia, por más que a aquel príncipe le hubiesen querido hacer dudar sus malos amigos de la verdad de aquella propuesta, ni ellos ni Fernando dejaron de temer que fuese verdadera. De aquí el ansia de saber la realidad a punto fijo y el dolo y la precipitación con que Cevallos arrancó a Carlos IV, el mismo día 18, la precipitada orden que en suposición de haber de continuar reinando (como era su intención y la manifestó reasumiendo en su persona el mando del Ejército y de la Marina), no solamente no había motivo de darla, sino que, además, era contraria al objeto de las pláticas pendientes entre Carlos IV y el emperador de los franceses. Siglos parecían los instantes a los conspiradores para saber lo que pudiese haber en aquel asunto, no creída por aquellos impíos la respuesta tan favorable a Fernando que había dado Carlos IV, y de la cual le había instruido, Rey ya este príncipe veinticuatro horas después, fué el apretar Cevallos con segunda orden y con baldones y amenazas para recoger todos los papeles de Izquierdo. De este modo se manejó este hombre de cien caras, que alcanzó luego a ser ministro de cinco Gobiernos diferentes y contrarios; infiel a Carlos IV, infiel a Fernando, infiel al jurado rey intruso José, infiel, en fin, al régimen jurado del tiempo de la regencia y de las Cortes.

Europa) una franca, espontánea y verdadera manifestación de todas sus relaciones con el señor príncipe de la Paz, y de cuanto ha hecho en París concerniente a lo que se denomina en un oficio *comisiones* y en otro *negociaciones* encargadas por dicho señor Príncipe.

*Primer punto:* Yo era conocido en España, y bajo su gobierno, por haber hecho buenos servicios al Estado (los documentos fehacientes de estos servicios existen en varias secretarías del Despacho y en mi poder), antes que hubiese visto, ni escrito, ni hablado al señor príncipe de la Paz, antes de tener noticia de su existencia.

II. La dirección del Gabinete de Historia Natural me la resolvió el Rey durante el Ministerio del marqués de Grimaldi. Varias comisiones del Gobierno, unas públicas, otras reservadas, me han sido confiadas durante los Ministerios del señor conde de Floridablanca, del señor conde de Lerena y del señor conde de Antonio Valdés, *todas anteriores al año 1789.*

III. La primera vez que hablé en mi vida al señor príncipe de la Paz fué en el año de 1797.

IV. Nunca he sido tan vano que me haya presentado al público como uno de sus amigos ni de los que gozaban de su trato familiar. He sido meramente un fiel servidor del rey, que he trabajado a sus órdenes como lo he hecho sin interrupción a las de muchos predecesores y sucesores suyos en los ministerios de nuestro superior Gobierno.

V. Así, no es el favor, no la amistad, no la protección del señor príncipe de la Paz, lo que me ha conducido a los negocios del Estado; son los negocios del Estado y mi empeño en ellos los que me han valido toda la amistad de S. A., todo su favor y confianza; y esta circunstancia (tan verdadera como digna de notarse) aumentó en S. M., cuando últimamente la oyó, el buen concepto que siempre he debido por mi leal conducta a S. M.

VI. Si he servido en los negocios del Estado al lado del príncipe de la Paz, ha sido por expresa voluntad y orden del Rey nuestro señor, recibida de boca de S. M. mismo varias veces. En El Escorial, antes de mi primera venida diplomática a París, hablando conmigo mi soberano en presencia de S. M. la Reina, se dignó decirme: "Trabaja al lado de Manuel; es tu protector; haz cuanto te diga; por medio suyo, debes servirme." SS. MM. confirmarán esta verdad.

VII. Durante toda mi misión secreta en París no ha existido correspondencia mía con el señor príncipe de la Paz que no hayan leído los Reyes. SS. MM. mismos me lo han asegurado personalmente y SS. MM. mismos lo asegurarán en el día. Ni ha podido existir, porque no hubiera tenido objeto; respecto de que aquí jamás he tratado de asunto que no haya concernido al bien general de la Monarquía y al bienestar de toda la familia real.

VIII. Si en menoscabo de uno o de otro o a expensas o con sacrificios de uno o de otro; esto es, del bien del Estado o del de la familia real, yo hubiera dado un solo paso

con este Gobierno en utilidad y ventaja del señor príncipe de la Paz, yo (que no descendería jamás a cubrir este hecho, excusándome con que había obrado mandado por el ministro del Rey, a quien el Rey me había mandado obedecer) me tendría por delincuente y por primer cómplice en los proyectos del señor príncipe de la Paz; *pero es necesaria toda la bajeza de un corazón fementido y abrigador de traiciones, toda la perversidad de un alma atroz que las promueve*, para suponer en el señor príncipe de la Paz tan horrible deslealtad, y en mí tan loca y tan infructífera complicidad. ¡Yo, al cabo de tantos años de estudios y de servicios consagrados en utilidad de mi patria, cómplice de un traidor! ¡Traidor yo mismo con entera certidumbre de no poder sacar, en tiempo alguno, fruto ni ventaja alguna de tan peligrosa maldad! ¡Y esto yo, que nunca en el señor príncipe de la Paz he incensado al privado del Rey, y que en él me he refiado siempre a no ver, a no servir, sino al ministro de mi soberano!

Así, en presencia del Todopoderoso, y a la faz de todo el universo, declaro que durante mi misión diplomática en París jamás me ha sido inspirada ni comunicada por el señor príncipe de la Paz, hasta el día de hoy, idea opuesta al bien general del Estado, ni al de la real familia, ni idea dirigida a utilidad suya, actual o futura.

IX. Mi misión ha sido para que ambos Gobiernos se comunicasen por un conducto fiel, seguro, secreto y de tal lealtad, que no mezclase jamás intereses suyos personales con los del Estado, como han hecho casi todos los embajadores de ambas potencias en estos últimos tiempos, con graves e incalculables perjuicios de nuestra infeliz patria.

X. En París no he tenido otro encargo político del Rey nuestro señor, ni del señor príncipe de la Paz, que el de comunicar directamente a S. M. el Emperador cuanto se me decía de Madrid y de comunicar a Madrid cuanto me encargaba S. M. I. y R.

XI. Con nadie en Francia, con nadie (esta proposición es de rigor) he tratado pública ni reservadamente de asunto ninguno político, ni siquiera de una mera noticia, sino con las personas que me han sido designadas por el mismo Emperador. Jamás he visto a un ministro sino de orden suya o con su beneplácito.

XII. No he dado tampoco un paso en este país, en asunto ninguno de España, sin previa comunicación a la persona de S. M. I. y sin su explícita anuencia. Nada he hecho tampoco durante mi mansión en París, ni se encontrará jamás punto alguno, de que los Reyes nuestros soberanos no hayan quedado enterados.

XIII. ¿Y cuáles han sido los resultados y el fruto de mi misión en París? *¿No me dijo últimamente V. E. en Aranjuez, y en su misma secretaría, que los convenios firmados en 27 de octubre último por el gran mariscal del palacio imperial, el general Duroc, y por mí, ratificados inmediatamente por S. M. el Em-*

perador y por el Rey nuestro señor, eran los más ventajosos que había hecho España en ningún tiempo? ¿Y no me dijo también V. E. que yo en ellos había logrado lo que en dos siglos había negado constantemente la Francia, aun a su misma dinastía reinante en España?

XIV. ¿Es culpa del negociador, debe acaso disminuirse el servicio que ha hecho en la negociación, porque causas independientes de ella hayan impedido la ejecución de los Tratados firmados y ratificados?

Pero, excelentísimo señor: más que de oírme de la conducta particular del señor príncipe de la Paz y de la mía, descará V. E. recibir la contestación categórica a lo que con fecha del 27 de marzo último dijo V. E. de oficio al príncipe de Masserano, a saber: que yo le entregase inmediatamente las instrucciones reservadas que me dieron, según constaba por escritos del príncipe de la Paz, cuando salí de Madrid en mi último viaje.

Asegura mi lealtad que cuando salí de Madrid últimamente, ni durante mi última mansión, así en aquella capital como en Aranjuez, no me han sido dadas instrucciones reservadas; y también afirma que tal cosa no puede constar por escritos del señor príncipe de la Paz en el sentido en que se tiene entre nosotros la palabra instrucciones.

Díré con candor y sencillez cuanto sé en esta materia. Hice mi último viaje a Madrid por disposición particular de S. M. I. y R. Lléve ideas y cuestiones por escrito, que me fueron dadas en París. Las leí a SS. MM., estando presente el señor príncipe de la Paz. SS. MM. me mandaron hablar; me respondieron, y el señor príncipe apenas se mezcló en los coloquios.

El señor príncipe nada me dijo en particular que alterase ni se opusiese a lo que me dijeron SS. MM. en su presencia. Nada se me dió por escrito.

La noche de mi partida (el 16 de marzo último) me manifestó S. A. una carta que tenía escrita para el Emperador, la que me iba a entregar. Acerca de ella le hice algunas observaciones, y por la prisa con que estábamos, me dijo: "Llévese V. la carta; reflexionaré sobre lo que hemos hablado, y avisaré si la ha de entregar V. o no." Este es el único escrito que me dió, y que devolví a S. A. desde el puente de Miranda de Ebro, en donde me encontró el *alcance* que envió para buscarle.

La carta del señor príncipe a S. M. I. contenía algunas ideas sobre el modo de arreglar los intereses políticos entre España y Francia, ideas todas favorables a los Reyes y a la real familia, ninguna para la persona del señor príncipe ni para sus intereses. Leída por mí, recayó mi observación, que hice al señor príncipe, sobre toda nuestra anterior conducta diplomática, de la cual nunca nos hemos separado, a saber: no proponer nada en ningún tiempo, mirando como un principio de sana y prudente política que al más fuerte toca pro-

poner, al menos fuerte limitarse a aceptar (13).

Si a esta carta (lo que no puedo creer) llamó el señor príncipe por escrito (sea aquella noche al escribir desde Madrid a los Reyes, sea en otra ocasión al escribir a otra persona) instrucciones reservadas, sería porque en vista de mis observaciones convinimos en que antes de presentarla yo al Emperador podría consultar con el príncipe de Benevento y con el mariscal Duroc, si convendría o no ponerla en manos de S. M. I.; y a esto podría hacer alusión la palabra *reservadas*, que en este sentido querrá decir *no ostensibles*.

La verdad de cuanto expongo: mi conducta política, mi patriotismo, mi lealtad y mi amor a mis soberanos, mi tesón en no consentir que se aminore nuestro antiguo poderío nacional, mi oposición a firmar Tratado que no sea glorioso para España; todo esto está consignado para siempre en mi expedición, dirigida en 24 de marzo último, por el correo de S. M. Rossi, al señor príncipe de la Paz, en un tiempo en que yo debía estar persuadido de que mis cartas no llegarían a otras manos que a las suyas.

Esta expedición (ya sé que el correo Rossi la entregó a V. E.) contenía las bases propuestas por este Gobierno para la conclusión de un arreglo definitivo que comprendiese todos los intereses políticos existentes hoy entre España y Francia; y V. E. habrá visto ya en dicha expedición que cuanto se iba a estipular era todo en utilidad del Estado, en esplendor de la real familia y *nada* en favor del señor príncipe de la Paz en recompensa de sus importantes servicios, y sobre todo de su admirable conducta política (14).

Mas todo queda ya trastornado por los últimos eventos de ese país; y mi desgraciada

(13) El verdadero fundamento de aquella regla de conducta en las transacciones que yo dirigí por medio del consejero Izquierdo no está bien expresado en este lugar, como él y yo lo entendíamos, tal vez por temor que Izquierdo tuviese de que esta carta fuese interceptada en Francia. Yo no quería se hiciesen propuestas: 1.ª, para evitar que, aceptándolas, Napoleón quisiese que por buena correspondencia aceptásemos las suyas, por más que nos fuesen dañosas; 2.ª, porque su diplomacia, sacando ilaciones, justas o no justas, de aquello que propusiésemos, no intentase enredarnos en sus pretensiones con las mismas nuestras; 3.ª, porque la aceptación de una propuesta hecha por el más fuerte y admitida en circunstancias difíciles, no obliga con tanta fuerza como aquello que, propuesto o insinuado por el menos fuerte, se ha concedido por la otra. Ninguna precaución me pareció nunca bastante para evitar toda especie de compromisos de este género.

(14) Mis lectores encontrarán aquí una frase que parece envolver contradicción con el párrafo antecedente, donde habla de su oposición a firmar el tratado propuesto de orden de Napoleón, mientras en el siguiente dice que cuanto se iba a estipular era todo en utilidad del Estado y en esplendor de la real familia. ¿Fue en realidad una contradicción? Yo no lo pienso. Es fácil de notar la incorrección de estilo con que esta carta se halla escrita, como era natural que se escribiese por Izquierdo en medio del tropel de sentimientos que afectaban su ánimo. Yo creo que su objeto al escribir este párrafo no fué otro sino el de hacer observar que cuanto comunicaba en su relación pertenecía a cuestiones del Estado y de la real familia, sin cosa alguna que versase en favor mío en aquello que se pretendía estipular ni en ninguna otra materia que a mí me concerniese. Casi todo el contexto de su carta favorece este modo de entender el sentido y la intención de este párrafo.

patria va a ver que las causas que ninguna conexión tienen con los asuntos políticos entre España y Francia han influido en este trastorno. Va a ver también que no se ha podido derribar al hombre sin derribar al mismo tiempo cuanto manejaba, y que las ideas erróneas esparcidas y cundidas en ese suelo acerca del actual estado político de las cosas, del rumbo que en tan crítica situación se seguía y del que debía seguirse, han producido otras que van a ser enteramente funestas a la patria.

Daré fin a esta manifestación haciendo saber a V. E. que el señor príncipe de la Paz me comunicó la última noche de mi estancia en Madrid, y en su última conversación, que un agente del Gobierno francés, que pasaba a Portugal (15), había dicho a cierto ministro extranjero residente en esa corte (16) que en París se sospechaba que el señor príncipe tenía una porción de sus caudales colocados en Inglaterra y otra mucho mayor en camino para fuera de España, y que esta sospecha se desvanecería si enviase algunos fondos a Francia para hacer compra de bienes raíces. El señor príncipe me añadió: "Tengo en pagarés sobre América el importe de la casa que he cedido al rey para el Almirantazgo; no me hallo con otra cosa disponible. Así, si V. ve en París que las sospechas del Emperador son efectivas (lo que no creo) y que se desvanecerán en comprando yo haciendas en Francia, propóngalo V. a S. M. I., reciba su anuencia y, en tal caso, podrán negociar los pagarés sobre Méjico, y con lo que produzcan compraré haciendas para dos hijos que tengo, no legítimos, de cuya existencia, así como de mis miras relativas a ellos, están cerciorados SS. MM. los Reyes nuestros señores."

Si este encargo particular (puramente doméstico y que ninguna conexión tiene con los negocios políticos del Estado), hecho verbalmente y en mera conversación, se ha denominado en algún escrito por el señor príncipe *instrucciones reservadas*, esto habrá podido dar a creer que yo las habría recibido de S. A. en mi último viaje, excepto lo que consta de mi expedición citada de 24 de marzo último; expedición que sola basta para la entera justificación del señor príncipe de la Paz y mía.

A la sencilla manifestación que acabo de hacer, añadiré la de un punto que concierne a mi persona. Un papel original que existe en el proceso formado en el Sitio de San Lorenzo (y que, escrita por una superior mano para ser dirigido al Rey nuestro señor, lei en Aranjuez), hablando de mí, me calificaba de *hechura del señor príncipe de la Paz*. No me desdeñaría de serlo, no, ciertamente; pero la justicia y la verdad exigen que combata esta falsa aserción.

Desde que conozco al señor príncipe de la Paz, no se me ha dado por el Gobierno ni empleo, ni sueldo, ni gratificación. No he recibido del soberano merced alguna. Aún se me

debe cuanto he expendido durante mi larga mansión en París, y en los diferentes viajes emprendidos para asuntos del Estado. He desempeñado lo más arduo de esta embajada, y otros han gozado de los sueldos, emolumentos, honores y prerrogativas de ella. Se me han conferido los honores de conde de Estado; pero no los miro ni como merced ni como recompensa. Fué necesidad el dármelos; era preciso distinguirme con una decoración para que tratase sin desventaja con los que aquí tenían tantas, y sobre todo para que pudiese firmar, de un modo decoroso a España, los tratados y convenios en que estaba entendiendo. Por esta razón he mirado siempre esos honores como un capuchino mira la rica casulla que viste para celebrar un día solemne, y que, acabada la misa, deja, quedándose con su sayal; y estoy pronto a ejecutar lo mismo, porque, a la verdad, ya me son del todo inútiles.

No es mi intención quejarme de que no se me hayan recompensado mis servicios; mucho menos de censurar la conducta conmigo del que el Rey mismo llamaba *mi protector*; si hacer patente que no puede decirse de mí con verdad *que soy su hechura*, aunque he sido la persona que más ha distinguido, a la que ha dado lo más que podía dar, esto es: su entera e ilimitada confianza.

Concluyo esta carta pidiendo a V. E. que, para justificación del señor príncipe de la Paz y mía, la comunique y publique. Así no me verá en la triste necesidad de publicar la defensa de S. A. y mi apología yo mismo (17).

¡Saber que está oprimido!, ¡saber que es víctima del odio de muchos, de la preocupación de todos!, ¡saber que es inocente! (a lo menos en cuanto las relaciones políticas con este país, de las que he tenido completo conocimiento), ¡saber que ha sido el más fiel apoyo de toda la dinastía reinante, el que ha visto más allá que todos los demás...! Esto ¿no ha de excitar mi honradez y mi lealtad, para que, apoyadas en la verdad y en la justicia, defiendan el honor del que acaba de ser tan ignominiosamente ultrajado en su persona, a vista y a pesar de su Rey, con aprobo del Gobierno y deshonor de mi patria?

Nuestro Señor guarde la persona de V. E. muchos años.

París, 10 de abril de 1808.—Excmo. Sr.—Eugenio Izquierdo.—Excmo. Sr. D. Pedro Cervillos.

## IX

*Carta del general Monthyon al gran duque de Berg en 23 de marzo de 1808, según se contiene en el Monitor de 3 de mayo del mismo año.*

Conforme a las órdenes de V. A. I., vine a Aranjuez con la carta de V. A. para la reina de Etruria. Llegué a las ocho de la mañana:

(15) M. Lagarde, ministro de Policía en Portugal.  
(16) M. de Strogonoff, ministro de Rusia en Madrid.

(17) La muerte arrebató a este hombre de bien y este sabio antes que hubiese podido cumplir su propósito.

la reina estaba todavía en cama; se levantó inmediatamente; me hizo entrar; le entregué vuestra carta; me rogó esperase un momento mientras iba a leerla con sus padres el rey y la reina; media hora después entraron todos tres a la sala en que yo me hallaba.

El rey me dijo que daba gracias a V. A. I. por la parte que tomábais en sus desgracias, tanto más grandes cuanto era el autor de ellas: un hijo suyo. El rey me dijo "que esta revolución había sido muy premeditada, que para ella se había distribuido mucho dinero y que los principales personajes habían sido su hijo y M. Caballero, ministro de la Justicia; que Su Majestad había sido violentado para abdicar la corona por salvar la vida de la reina y la suya, pues sabía que sin esta diligencia los dos hubieran sido asesinados aquella noche; que la conducta del príncipe de Asturias era tanto más horrible cuanto más prevenido estaba de que, conociendo el rey los deseos que su hijo tenía de reinar y estando S. M. próximo a cumplir sesenta años, había convenido en ceder a su hijo la corona cuando éste se hubiese casado con una princesa de la familia imperial de Francia, como S. M. había deseado ardientemente" (18).

El rey ha añadido que el príncipe de Asturias quería que su padre se retirase con la reina a Badajoz, frontera de Portugal; que el rey le había hecho la observación de que el clima de aquel país no le convenía, y le había pedido el permiso de elegir otro, por lo cual el mismo rey Carlos deseaba obtener del Emperador la facultad de adquirir bienes en Francia y de asegurar allí su existencia. La reina me ha dicho "que había pedido a su hijo la dilación del viaje a Badajoz; pero que nada había conseguido, por lo que debería verificarse en el próximo lunes".

Al tiempo de despedirme yo de SS. MM., me dijo el rey: "Tengo escrito al Emperador poniendo mi suerte en sus manos; quise enviar mi carta por un correo, pero no es posible medio más seguro que el de confiarla a vuestro cuidado."

El rey pasó entonces a su gabinete, y luego salió trayendo en su mano la carta adjunta. Me la entregó, y dijo estas palabras: "Mi situación es de las más tristes: araban de llevarse al príncipe de la Paz y quieren conducirlo a la muerte; no tiene otro delito que haber sido muy afecto a mi persona toda su vida."

Añadió "que no había manera de rogar que no hubiese puesto en práctica para salvar la

vida de su infeliz amigo, pero que había encontrado sordos a todos y dominados del espíritu de venganza; que la muerte del príncipe de la Paz produciría la suya, pues no podría S. M. sobrevivir a ella".

B. de Monthyon.

Aranjuez. 23 de marzo de 1808 (19).

## X

*Carta del rey Carlos IV al Emperador de los franceses, según se contiene en el Monitor de 5 de febrero de 1810.*

Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no podrá ver sin algún interés a un rey que, forzado a abdicar la Corona, acude a echarse en los brazos de un gran monarca aliado suyo, poniéndose en todo a la disposición del único que puede hacer su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles y amados súbditos. Yo no he declarado hacer dejación en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, y cuando el ruido de las armas y los clamores de una guardia sublevada hacían conocer bastante que me era necesario elegir entre la vida y la muerte, la cual hubiera sido seguida de la de la reina.

Yo he sido forzado a abdicar; pero, asegurado ahora y lleno de confianza en la magnanimidad y en el genio del grande hombre que siempre se ha mostrado amigo mío, he tomado la resolución de referirme a lo que éste quiera determinar sobre nosotros, sobre mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz. Dirijo a V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicación. Me pongo acerca de esto y enteramente confío en el corazón y en la amistad de V. M., pidiendo

(19) Por el contexto de esta carta aparece que el general Monthion omitió referir en ella la indicación que había hecho a Carlos IV de la necesidad de formalizar una protesta y remitirla a Napoleón, para que éste pudiese intervenir en los sucesos ocurridos sin parecer hacerlo de movimiento propio suyo, como también lo que S. M. le dijo de que, para evitar mayores males, ahondaba en la intención de producir un acto nuevo de abdicación, si su hijo se aviniere a aceptar las justas condiciones que debían estipularse para salvar su real decoro, pronto luego a retirarse en cuanto se hubiese quitado al escándalo de la conducta que con S. M. había tenido. Para mí es más probable que el general Monthion habría dado a Murat una cuenta puntual del coloquio que tuvo con Sus Majestades; pero que después no fué publicado sino lo que pareció a Napoleón conveniente para cubrir o disimular las intrigas con que había tanteado o preparado el desenlace de sus pérfidos manejos contra el rey y contra el príncipe de Asturias. Su principal objeto es visto que fué el de hacer creer en toda la Europa que Carlos IV, con quien solamente estaba ligado por los Tratados vigentes, no quería de ningún modo reinar, sin advertir que la protesta inspirada a S. M., y realizada, no podía menos de desmentir esta idea completamente, destapándose por un lado lo que por el otro habría tapado. (Véase sobre esto el capítulo XXXIII.)

(18) Toda esta frase fué aderezada y recompuesta al paladar de Napoleón según le convenía en aquel tiempo. Cuando el rey leyó después esta publicación, y después en diferentes ocasiones, le vi constantemente afirmar no haber pronunciado tal palabra de "deseos ardientes", y que lo poco que le dijo acerca de esto fué que una vez que hubiesen sido celebradas las bodas que su hijo deseaba, y sobre las cuales había escrito Su Majestad al Emperador enmendando la manera indecorosa con que a escondidas de su padre las había aquél solicitado, había sido su intención asegurar por un Tratado nuevo las ulteriores relaciones amigables de la España y de la Francia, y traspasarle luego la Corona.

a Dios que os tenga en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R., su muy afecto hermano,  
Carlos.

Aranjuez, 27 de marzo de 1808 (20).

## XI

*Protesta de Carlos IV, según se halla, a continuación de la carta precedente, en el Monitor ya citado.*

Protesto y declaro que todo lo que manifesté en mi decreto del 19 de marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado, por precaver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y, por tanto, de ningún valor.—Aranjuez, a 21 de marzo de 1808.—Yo, el rey.

## XII

*Posdata autógrafa de una carta del rey de España, Carlos IV, a su hermano el rey de Nápoles, escrita en junio de 1814.*

Después de escrita esta carta, me ha llegado a las manos un folleto, reimpresso en Palermo y escrito por don Pedro Cevallos, que fué secretario mío de Estado, en que refiere las causas y sucesos de la revolución de 1808, y en el cual, entre otras cosas falsas, hacia la mitad del libro pone una representación hecha en el Consejo de mi hijo y en su presencia, en Vitoria, la cual es una horrible calumnia e invectiva contra el príncipe de la Paz, que ha sido mi más fiel ministro, único amigo nuestro inseparable y víctima de su lealtad para conmigo, a quien han difamado contra toda razón y verdad; y hacia el fin se encuentran allí dos cartas que se dice haberme sido escritas por mi hijo Fernando, la una en 4 de mayo y la otra el 6, las cuales no he visto, y seguramente no las habría sufrido a causa de su contenido y del poco respeto que en ellas se nota a mi persona. Os ruego no permitáis semejante escrito, y que apliquéis todo vuestro esfuerzo para volver su estimación al príncipe de la Paz, a lo cual os será reconocido tanto como si lo hicierais por mí.

Carlos.

(20) En el capítulo XXXIII dejó dicho que esta carta fué puesta bajo la inspiración del general Monthion, lo cual, aun sin necesidad de advertirlo, lo deja colegir la frase de ella enteramente galicana. Es también de notar que, debiendo ser la fecha de esta carta por lo menos del 22, a ser verdad lo que se hace decir al general Monthion en la suya del 23, de que el rey la tenía escrita de antemano, se hubiese publicado en el «Monitor» con fecha del 27. Tal vez ésta fué alterada con el objeto de quitar la sospecha de que la protesta y la carta hubiesen sido consacadas por el general francés, sin acordarse de lo que se había dicho en la carta de éste a Murat, publicada dos años antes en el «Monitor» de 3 de mayo.

## APENDICES

### I

*En respuesta a una nota titulada justificativa que se encuentra al fin de la Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, por el conde de Toreno, sobre un hecho llamado importante relativo a mis Memorias.*

En el Libro I de la antedicha *Historia*, páginas 7 y 8 del primer tomo, edición de Madrid, refiriendo el conde de Toreno mi proyecto de que España hiciese causa común con la Prusia, la Rusia y demás potencias coligadas en 1806 contra el Emperador de los franceses, dice lo que sigue:

“Animado el príncipe de la Paz con los consejos de dicho ministro (el barón de Strogonoff) y mal enojado contra Napoleón, inclinábase a formar causa común con las potencias beligerantes. Pareciéndole, no obstante, ser prudente, antes de tomar resolución definitiva, buscar arrimo y alianza en Inglaterra. Siendo el asunto espinoso, y pidiendo, sobre todo, profundo sigilo, determinó enviar a aquel reino un sujeto que, dotado de las convenientes prendas, no excitase el cuidado del Gobierno de Francia. Recayó la elección en don Agustín de Argüelles, que tanto sobresalió, años adelante, en las Cortes congregadas en Cádiz. *Rehusaba el nombrado admitir el encargo por proceder de un hombre tan desestimado como era entonces el príncipe de la Paz*; pero instado por don Manuel Sixto Espinosa, director de la Consolidación, con quien le unían motivos de amistad y reconocimiento, vislumbrando también en su comisión un nuevo medio de contribuir a la caída del que en Francia había destruido la libertad pública, aceptó al fin el importante encargo confiado a su celo.

“Ocúltose a Argüelles lo que se trataba con Strogonoff, y tan sólo se le dió a entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra si no se quería perder toda la América, en donde acababa de tomar a Buenos Aires el general Beresford. Recomendóse en particular al comisionado discreción y secreto; y con suma diligencia, saliendo de Madrid a últimos de septiembre, llegó a Lisboa sin que nadie, ni el mismo embajador, conde de Campo-Alange, trasluciese el verdadero objeto de su viaje. Disponíase don Agustín de Argüelles a embarcarse para Inglaterra cuando se recibió en Lisboa una desacordada proclama del príncipe de la Paz, fecha 5 de octubre, en la que, apelando a la nación a guerra sin designar enemigo, despertó la atención de las naciones extrañas, principalmente de la Francia. Desde entonces miró Argüelles como inútil la continuación de su viaje, y así lo escribió a Madrid; mas, sin embargo, ordenósele pasar a Londres, en donde su comisión no tuvo resultado, así por repugnar al Gobierno inglés *tratos con el príncipe de la Paz, ministro tan desacreditado e imprudente*, como también por

la mudanza que en dicho príncipe causaron los sucesos del Norte" (21).

Después, en una nota del Apéndice del primer libro, que es la tercera, añade el conde de Toreno lo siguiente:

"La amistad que media hace muchos años entre don Agustín de Argüelles y nosotros (vale decir y nos el conde de Toreno) nos ha puesto en el caso de haber oído muchas veces de su misma boca la relación de esta misión que le fué encomendada. A mayor abundamiento *conservamos* por escrito una nota suya acerca de aquel suceso."

Sobre el contenido de estos lugares que he trasladado del señor Toreno, puse yo en el cuarto tomo de mis MEMORIAS, capítulo XXIV, una nota que es, a la letra, como sigue:

"Ha escrito el conde de Toreno en su obra ya citada muchas veces, que por el tiempo de que estoy hablando di una comisión secreta a su amigo don Agustín de Argüelles para abrir pláticas de paz en Inglaterra. Por más esfuerzos de memoria que he procurado hacer, no he podido recordar que tal encargo hubiese dado, ni al mencionado señor Argüelles ni a ninguna otra persona. Me acuerdo solamente que tuve intención de enviar algún sujeto que no fuese del Cuerpo diplomático, para instruir verbalmente a aquel Gobierno de nuestras intenciones, para proponer la cesión de hostilidades de una y otra parte y pedir la restitución de los condales que nos fueron apresados en 1804; pero habiéndome ofrecido el barón de Stroganoff que su Gabinete daría estos pasos amigables con suceso más seguro, tengo para mí que ninguna persona fué enviada. *Mas la memoria es frágil, y quizá que yo me engaño.* Lo que NO PUEDO CONCEBIR es que don Agustín de Argüelles, si me debió esta confianza, la haya correspondido con los denuestos e improperios contra mí que ha referido el conde de Toreno; más fácil me es pensar que ha faltado en esto a la verdad, como en tantas otras cosas. Y aun aquí daré una prueba de que el tal conde, por zaherirme, escribía sin reflexar, y ciego de tal modo, que ni aun sabía guardarse y ocultar su mala urdimbre de mentiras, cuando dice, por ejemplo, "que su amigo Argüelles, *vislumbrando* en su comisión un nuevo medio (yo no sé cuál era el viejo) de contribuir a la caída del que había destruido la libertad, aceptó, en fin, el importante encargo confiado a su celo. Pero ocúltose a Argüelles, sigue luego, lo que se trataba con Stroganoff, y sólo se le dió a entender que era forzoso *ajustar paces con Inglaterra si no se quería perder toda la América, en donde acubaba de tomar a Buenos Aires Beresford*". Al leer tal baturrillo, ¿habrá alguno que le crea, o que pueda concebir que ni a Argüelles ni a ningún otro, se le hubiese dado comisión para tratar de paces sin ningunas instrucciones, ni más cosa que *indicarle* que eran necesarias

estas paces? ¿Qué habría hecho el enviado con decir en Londres: "La España quiere paces por el temor de perder la América"? Para mentir, señor Toreno, se necesita que las cosas que se dicen sean creíbles. Si la comisión fué dada, debió decirse al encargado la intención de apartarnos de la Francia y de romper con ella, no que *él la vislumbrase*; y añadir después de esto algunas bases, o tales condiciones que fuesen convenientes, preliminares a lo menos. Si no hubo nada de esto, ¿cómo pudo merecer aquel encargo el nombre de *importante* que le da Toreno en el concepto de su amigo? Ni importante, ni nada, ni ningún otro nombre podía dársele que el de necio y absurdo. Muy más necio habría sido el que lo habría aceptado y estimádole importante. ¿Se cuenta así la historia y se echan de este modo en un escrito grave embustes tan pelados y tan mal urdidos?"

Hasta aquí la nota, la cual tiene dos partes, como está a la vista: la primera, sobre la misión del señor Argüelles en calidad de agente secreto de nuestra corte a la de Inglaterra; la segunda, sobre las palabras que el conde de Toreno en su narrativa hace decir al mismo señor Argüelles en vilipendio y ofensa mía.

En cuanto a la primera de estas dos partes, me limitaré a decir, como se ve y se lee, que no me acordaba de haber dado aquella misión ni al señor Argüelles ni a otra persona alguna; pero que la memoria es frágil y podía yo haber olvidado aquel hecho. Yo no sé que el que escribe la Historia deba contar las cosas sino como están en su conocimiento, o se las representa su memoria. *No acordarme de un hecho, decirlo así, y añadir luego que yo podía muy bien estar acordado*, no es negarlo ni desmentirlo. Menos podría decirse que yo tenía interés en disminuirlo o en hacerlo dudoso, puesto que aquel hecho debía confirmar y confirmaba toda la parte esencial de lo que yo relacionaba sobre aquella materia en mis MEMORIAS, y que, lejos de poder tener en menos haber elegido para aquella comisión al señor Argüelles, era de mi interés añadir en el hecho de aquella elección una prueba más de que yo buscaba siempre con ansia para el servicio de la patria, sin necesidad de que ellos me buscasen, a los hombres de probidad y de talento.

He aquí, pues, que el conde de Toreno, sorprendiendo la amistad y la buena fe del señor Argüelles, le hace creer, yo no sé cómo, que yo le he desmentido, y me lo pone en tren de defenderse y de acudir a los archivos de dos reinos para probar con documentos, y con más de doce firmas, un hecho que me honraba, que yo tenía olvidado, que daba testimonio de verdad a mis MEMORIAS y que yo no había negado. En vez de tener queja, debo al contrario darle gracias; muchas más gracias todavía por el contexto de su carta al conde de Toreno, que éste ha publicado sin detenerse a ver cuán diferente sea, en la sustancia y en el modo, del contexto de su historia en

(21) Los que no hubieren leído los capítulos XXIV y XXV de la segunda parte de mis Memorias, tomo IV, podrán buscar allí la historia verdadera y comprobada de estos sucesos con todos sus antecedentes.



los lugares ya citados. Se ha querido lavar, y se ha lavado en agua hirviendo (22).

Lo que no es fácil concebir con perfecta claridad es de qué modo el conde de Toreno pudo hacer creer al señor Argüelles que yo había desmentido la verdad de su misión, o cómo pudo hacer que no leyese la segunda parte de la nota, en donde habría encontrado que el desmentido era Toreno, no en cuanto al hecho que contaba éste, y que yo mismo aseguraba que podía ser cierto y haberle yo olvidado, sino en el modo de contarle y en cuanto a las injurias y denuestos que contra mí ponía en boca de su amigo. He aquí una conjetura que yo formo: don Agustín de Argüelles, en su carta publicada por Toreno, comienza de esta suerte: "Querido Toreno: No puedo explicar a V. lo que me ha sorprendido la nota impresa del tomo IV de las *Memorias* del príncipe de la Paz, pág. 210, que Vd. me incluye en su estimada carta." De aquí se hace inferir que lo que vió el señor Argüelles fué una copia de mi nota, remitida por el conde de Toreno. ¿Es que tal vez copió la primera parte solamente, sin trasladar y remitirle la segunda? Ruin tramoya, en verdad, de parte de un amigo, si fué así como lo hizo y como encuentro yo probable que lo hubiese hecho, porque el señor Argüelles, a haber leído aquella nota entera, hubiera visto claramente que yo no desmentía sino a Toreno, no en cuanto a la misión que refería, sino tan sólo, como he dicho, en cuanto al modo de contarla, y al papel innoble que le hacía representar to-

mándole por texto para herirme. "Mas la memoria es frágil—decía yo—, y quizá que yo me engañe. Lo que no puedo concebir es que don Agustín de Argüelles, si me debió esta confianza, la haya correspondido con los denuestos e improperios contra mí que ha referido el conde de Toreno; más fácil me es pensar que ha faltado en esto a la verdad como en tantas otras cosas." Lejos, pues, de irritarse por mi nota, si el señor Argüelles la hubiese visto toda entera se hubiera complacido, y habría tenido la certeza de que le conocía y reconocía como un digno caballero, no solamente de linaje, sino también de nobles prendas personales, cuando escribía tan francamente no serme a mí posible concebir que habiéndome debido aquella confianza tan honrosa la pagase con ultrajes, porque, en pureza, si el señor Argüelles me tenía por un hombre tan desestimado, como el conde de Toreno afirma que le dijo, o no debió aceptar mi comisión o, habiéndola aceptado, no debió vilipendiarle, tomando ocasión de ella para hacerlo. Debo, pues, colegir que no leyó la nota entera, y tanto más me afirmo en esta coyuntura cuanto en la carta suya que ha insertado el conde de Toreno ninguna cosa dice aquél sobre esta parte de la nota. Cuenta y prueba aquel hecho que juzgó, o por mejor decir, le hicieron que juzgase, hallarse desmentido en mis *MEMORIAS*, pero el señor Argüelles no confirma como suyo el modo absurdo y desbocado con que, poniéndole por texto, lo ha contado el conde de Toreno. Bástame a mí con esto,

(22) He aquí la manera con que el señor Argüelles cuenta su repugnancia en aceptar la misión que le fué dada: «V. me ha oído diferentes veces hablar de mi sorpresa al verme designado por el señor Espinosa para una comisión semejante, siendo yo tan joven, sin experiencia de negocios y con tan poca propensión a entrar en ellos». Finalmente, después de resistirlo cuanto pudo, cedió con indecible repugnancia a sus reflexiones y salió de su despacho a disponer mi viaje.»

Cuenta el señor Argüelles su presentación en mi casa el día 3 de octubre por don Manuel Sixto Espinosa; refiere hasta las más pequeñas circunstancias de cuanto observó, ninguna en daño mío, y explica lo que le dije, como sigue, a la letra: «Después de haberme recibido con mucho agrado, me dijo con muy poca diferencia lo siguiente: «Ya el señor don Manuel ha enterado a V. de la naturaleza del encargo que se le confía. Aprovechándose V. de las recomendaciones que V. lleve, procurará V. persuadir a aquellos magnates (expresión que tengo muy presente) de que el Gobierno está muy deseoso y dispuesto a entrar en negociaciones, y que admitirá gustoso cualquier persona debidamente autorizada que quieran enviar al intento; y asegúreles V., desde luego, que este Gobierno no pondrá ninguna condición, sino una satisfacción, por el insulto de las fragatas. V. se entenderá en derecho con el señor don Manuel, avisando sin pérdida de momento cuanto V. adelanté, y en consecuencia, se autorizará a V. para cuanto sea necesario y conveniente, según las circunstancias lo exigieren. Por lo que me ha informado el señor don Manuel, no dudo que V. corresponderá a esta confianza con todo celo, actividad y reserva.» Contesté (sigue luego el señor Argüelles) del mejor modo que me fué posible, y recuerdo también que el señor Espinosa, al volvernos en su berlina, se manifestó muy satisfecho del modo como yo me había expresado.»

Cuenta luego su viaje, y dice de esta suerte: «Al día siguiente, 4 de octubre, por la mañana, sali en posta para Lisboa, donde entregué en propia mano al conde de Campo-Alange, nuestro embajador en aquella corte, la carta de que acompaño copia auto-

rizada en debida forma, pues acaba de hallarse y existe original en el archivo de nuestra legación. Antes de embarcarme recibí cartas del señor Espinosa en que me enaegaba lo hiciese sin pérdida de momento, y aprovechando el primer paquete sali para Falmouth, no obstante que me hallaba en cama con calentura. Desde Londres avisé puntualmente al señor Espinosa cuanto me habían contestado las personas con quien hablé; lo que consta y se conserva original en el expediente respectivo, archivado con los demás pertenecientes a la correspondencia extranjera.»

Visto el contexto literal del señor Argüelles sobre su misión en la carta que dirigió al conde de Toreno con facultad de publicarla, mis lectores observarán el tono grave, noble y decoroso con que narra el primero y el tono de libelo, no de historia, con que cuenta en la suya el segundo, lo que jamás podré creer que le hubiese dicho el señor Argüelles.

La copia autorizada que este señor incluye es de mi carta al conde de Campo-Alange, cuyo contenido era el siguiente: «Excmo. señor: don Agustín Argüelles, que va a esa ciudad con objeto de embarcarse para Londres a tratar de negocios de su propio interés, lleva al mismo tiempo un importante encargo reservado del real servicio; y así espero que V. S. se servirá no solamente proporcionarle los medios de que pase prontamente a su destino, sino también facilitarle los auxilios que pendan de su autoridad, y las recomendaciones oportunas. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, a 3 de octubre de 1806.—El príncipe de la Paz.—Señor conde de Campo-Alange.»

He aquí, pues, en limpio, el triunfo del señor Toreno: es, a saber, poder probar que después de treinta y dos años se me había olvidado esta pequeñísima incidencia del asunto principal que yo contaba, y que este olvido fué precisamente de un hecho que, lejos de dañarme, confirma la verdad de los afanes que tomaba para salvar con tiempo mi querida patria. Este triunfo, en verdad, no es suyo, sino mío. Juntese este otro para mí, y es que el conde de Toreno, publicando la carta del señor Argüelles, se ha desmentido a sí mismo y ha dejado ver que toda la hiel de detracciones y sarcasmos que vertió en sus dos párrafos citados no eran del señor Argüelles, sino suya.

como también discurro que bastará al señor Argüelles, para calmar su enojo, lo que dejo escrito.

Quédome solo ahora, cuerpo a cuerpo, con el señor Toreno. En el principio de su nota dice que se ha querido *desmentir* en mis MEMORIAS la misión que di al señor Argüelles; después me acusa solamente de que *la había olvidado*, que ciertamente no es lo mismo: pase este olvido suyo; mas sigue luego de esta suerte, con su *culembour* al canto para mostrar su ingenio y su buen gusto: "Y si el autor de las *Memorias* ha perdido la suya sobre un hecho de *tamaño entidad*, ¿qué crédito podrán merecer los demás sucesos que relata en su obra?" ¡Oh lógica estúpida la del señor conde! El hecho de *entidad* era el que yo contaba; es a saber: mi empeño y mis esfuerzos porque España en tiempo hábil y oportuno, en una coyuntura casi cierta de lograrse un término dichoso, concurriese con la Europa a contener las ambiciones, ya tan manifiestas, del Emperador de los franceses (23).

Este era el *hecho de importancia*: enviar o no algún agente a la Inglaterra para tener camino con aquel Gobierno; y que este agente hubiese sido bien el señor Argüelles o bien cualquiera otra persona no era más que un accidente que nada le quitaba ni ponía a la importancia del asunto que mis MEMORIAS referían. ¡Y he aquí el señor Toreno, por este leve olvido en que yo estaba, después de tantos años, de una circunstancia tan pequeña, infiere no merecen ser creídas mis MEMORIAS! ¡Y entre tantos sucesos que yo cuento, no ha encontrado más tacha que ponerles, en punto a su verdad, sino este olvido diminuto de una cosa que podría llamarse nada! ¡Oh, qué de olvidos importantes y olvidos maliciosos, amén de tantas falsedades y calumnias que contra mí se ha permitido, pudiera yo citarle acerca de su *Historia*! ¿Mas por ventura no leen muchos, ansiosos de verdad, celosos de ella, que los podrán haber notado en muchas partes de su obra y no contra mí sólo?

Este hombre, pues, para acabar su nota y exornarla a su manera, forma estrado, *sedet pro tribunali*, y con su *nos* acostumbrado, determina y falla que *mi obra es una fastidiosa*

*compilación, falta de verdad e interés histórico, y desnuda de todo mérito literario*. Para llamarla falta de verdad no ha encontrado más dato en que apoyar esta censura tan redonda sino mi antedicho olvido; si alguna cosa más hubiera hallado que poder echarme en cara contra la veracidad de mis MEMORIAS, nadie podrá dudar que el que con tanto afán, para probarme un simple olvido de tan poca monta como ya se ha visto me ha opuesto un protocolo de catorce firmas, muy más hubiera dicho para sacarme mentiroso.

Cuanto a la falta de interés de mis MEMORIAS, no por ellas ni por mí (yo no soy juez en causa propia), me atreveré a decir que sean interesantes; mas para tantos individuos y familias, caídos y caídas en olvido, cuyos merecimientos y alabanza vivirán con mis MEMORIAS, no puedo yo pensar que sean indiferentes; ni que lo sean tampoco para muchos las glorias de la patria, muy poco conocidas en un tiempo en que el grandor de los sucesos y el hervor de las pasiones hacían que se olvidase lo propio por lo ajeno, lo verdadero por lo falso, lo justo por lo injusto; de un tiempo rebajado y calumniado por algunos malos hijos de aquella madre perillustre que tanto han ayudado al extranjero para llamarla inculta, a una nación prestante cual era nuestra España, cual la vimos, no inferior en luces ni en virtudes a pueblo alguno de la tierra, inferior sólo en su fortuna. Esto me basta sólo para esperar que duren mis MEMORIAS. Plumas muy más dichosas que la mía encontrarán en ellas todos los materiales necesarios para escribir la Historia, que a mí no ha sido dable presentar sin deshacer al mismo tiempo tantos nublados de mentiras que la hacían incomprensible, sin verme precisado a una polémica continua y a defender a aquel buen rey que tanto amaba y defenderme yo también, como era justo que lo hiciese. Hecho ya este trabajo indispensable, de tantos nobles hijos que aún le quedan a la patria, no faltará quien eslabone aquel reinado con honor en los anales españoles y haga la historia de aquel tiempo, suelta y horra de disputas, sin parecerle *fastidiosos* los materiales que he juntado, juzgando en plena luz y corrigiendo y mejorando lo que he escrito. En tanto, si hay algunos, o si hay muchos, a quien parezcan fastidiosas o cansadas mis MEMORIAS, verán que no es mi culpa: mi libro era el primero salido a combatir a aquellos escritores que por tan largo tiempo tuvieron privilegio de escribir para ellos solos y por ellos solos, sin que pudiese nadie combatirlos, a aquellos escritores del partido infando y prepotente que interrumpió las glorias de la patria y le ha traído, año por año desde entonces, tantos llantos y dolores.

Daré también, porque es preciso, alguna cosa en cuanto a darse el nombre de compilación a mis MEMORIAS por el conde de Toreno. Compilación no es más que una colección de cosas ya escritas y esparcidas en diferentes otros libros, o bien de documentos, escrituras, actos públicos, memorias, partes, relaciones de periódicos, etc., citados por su-

(23) A los verdaderos amigos del emperador de los franceses les pido no me aborrezcan por haber querido que en aquellas circunstancias se hubiese asociado la España a las demás potencias guerreantes. Lo he dicho ya otra vez y me complazco en repetirlo: que no fué mi deseo ni que la Francia sufriese la opresión de un yugo extranjero ni que a Napoleón lo destruyesen, el cual, con demasia o sin ella, había asentado en su país de un modo indestructible el régimen monárquico y había vencido la anarquía, que, por contrario extremo, era tan peligrosa a sus vecinos como antes se había visto. Yo quería y yo esperaba que, apretado como se habría visto sabiendo España y Austria a la palestra con la Rusia, la Prusia y la Suecia, hubiese refrenado su ambición y su tendencia a la quimera de la monarquía universal, se hubiese contentado con las magníficas fronteras que la Francia había ganado tan gloriosamente y hubiese transigido noble y cuerdatamente con la Europa. Si mi intención y mis deseos se hubieran realizado, es de conjeturar que no habría muerto en Santa Elena, y que la Francia tendría hoy aquellos lindes tan preciados.

puesto sus orígenes, y si son hechos que otros cuentan, o principios y doctrinas que han vertido, declarados los autores. Los que refieren hechos que otros han contado no son compiladores por el solo hecho de contarlos nuevamente, y mucho menos si los cuentan bajo un sistema diferente y propio suyo. Si esto no fuera así, cuantos escriben una historia de cosas ya pasadas serían compiladores en el rigor de la palabra: cualquier historiador recoge, une y refiere lo que encuentra escrito, juntando, si son cosas de su tiempo, lo que ha visto o entendido. Si escribir de este modo es ser compilador, ¿quién más que el conde de Toreno lo sería? El cual ha hecho un gran trabajo muy prolijo de examinar Gacetas y diarios, partes militares, actas públicas, libros ya escritos y documentos conocidos, haciendo extracto de ellos y contando como mejor le ha parecido, copiando además de esto a algunos escritores sin nombrarlos ni referirse a ellos de algún modo. Y diré más, por incidencia, que esta compilación que ha trabajado es lo mejor que ha hecho, porque en la parte de doctrina y enseñanza sacada de la Historia no se hallan en la suya sino cosas muy triviales, dichas, redichas, repetidas y manoseadas por millares de escritores; su crítica, muy pobre de ordinario, y más que pobre cuando cuenta la historia de las Cortes, gran teatro, campo inmenso de honor y patriotismo y de talentos y de luces y virtudes, no inferior en cosa alguna al teatro de las armas; vasto lugar para esparcirse y acopiar lecciones grandes y provechosas a los tiempos posteriores. No lo ha hecho.

Cuanto a lo mío, tengo ya dicho no atreverme a hacer de juez en causa propia. Yo también he recogido cuantos hechos y noticias bien probadas he podido unir y comparar con mis recuerdos, pobre en verdad más que ninguno, de medios y recursos para poder hacer compilaciones, lejos, muy lejos, de mi amada patria, falto también de multitud de escritos circulantes sólo en ella, que no han llegado a mi noticia o no he podido procurármelos; falto, en fin, de mis apuntes y papeles que quedaron en manos enemigas (mi mejor defensa), y sin tener a mano los archivos. Si he referido muchos hechos que otros han contado, yo los podía contar también de propia ciencia, rectificarlos o explicarlos como he hecho; mas no he copiado a nadie ni podrá hallarse ningún plagio en cuanto he escrito: a cada cual he dado lo que es suyo, y no pequeña parte de estos hechos los he contado ora en sustancia, ora en sus circunstancias y accidentes, de diversa suerte cuando no estaban bien contados. Cuanto he impugnado es obra mía tan sólo, y no es compilación, ni podría serlo, porque, como ya he dicho, no habiendo sido nadie libre de escribir dentro de España, en tantos años, las cosas de mi tiempo, sino mis contrarios, ni habiéndose contado por los autores extranjeros sino lo que han hallado en los escritos de mis enemigos, yo no he tenido a quien copiar en pro de Carlos IV, y mucho menos en defensa mía. He vindicado aquel reinado

de todas las calumnias con que se había intentado degradarlo por un partido poderoso y exclusivo, y por esto, sin duda, el conde de Toreno, poniéndose en el bando de aquellas almas desleales, ha añadido en su nota que yo he desfigurado la historia del reinado de aquel rey tan favorable a todos los ingenios y talentos, y contra el cual escribe tan sin alma (24). ¿Qué otra cosa podría decir aquel que tan de balde le ha infamado, aquel que no ha temido, al modo de un escuerzo inmundo y venenoso, derramar su saliva virulenta al pie del trono y herir en lo más vivo donde puede herirse aún al más bajo de los hombres, a sus augustos reyes?... ¡Dios santo!... ¡Un español!... ¡A los abuelos mismos de su augusta reina, ministro suyo un poco tiempo, y obligado a defender más que otro alguno su sagrado honor y sus derechos! ¡Júzguelo España toda, y vea quién mancilla y quién profana y ennegrece nuestra Historia!

La indignación me hace ya menos lo demás a que aún me falta responder de esa apostilla desdichada, de esa coronación de ripio y lodo que ha puesto al postrer tomo de su obra. Desnuda dice el sabio conde estar mi obra de todo mérito literario; bástame decir esto acerca de ella. Si he conseguido yo el objeto que me propuse en mis MEMORIAS, es a saber, poner en evidencia la verdad histórica acerca de un reinado en que vivió feliz España en los dos mundos, cuanto un pueblo pudo serlo entre las grandes conmociones, las tremendas guerras y los espantosos hundimientos de la Europa, sola nación la España que, mientras Carlos IV tuvo el cetro, atravesara incólume el general incendio (25); si yo lo he demostrado, como también que en el espacio por lo menos de tres siglos no gozó España la libertad que disfrutó en su tiempo, ni conoció un Gobierno más humano, ni más exento de rigor, ni en que la Monarquía absoluta se hubiese asemejado más a la templada en cuanto a sus efectos, o en que se hubiese caminado más aprisa para abrir el campo a las reformas deseadas, o en que con más sinceridad hubiesen sido abiertas puertas y ventanas a las luces sin las cuales no era dable llugar a las reformas; si todo esto lo he probado con hechos evidentes, de que todo el mundo, dentro y fuera, fué testigo, ¿qué me podrá importar que a mis MEMORIAS las llame *iliteratas* el conde de Toreno y que de mí diga después que soy un hombre nada versado en letras? ¿Quién me podrá quitar el grato triunfo que he logrado de haber unido

(24) Los asturianos de Gijón, en las grandes fiestas que celebraron por la inauguración del Instituto Real Asturiano, fundado por Carlos IV, pusieron una inscripción en la casa del Instituto donde llamaban a aquel buen rey «protector de las ciencias, padre y delicia de sus pueblos».

(25) Yo no cuento, ni nadie deberá contar, por reinado de Carlos IV sino el que acabó en 19 de marzo de 1808, de cualquier manera que aquel suceso, origen de tantas ruinas posteriores, pueda ser considerado. Desde entonces no fué más rey, ni fué libre en sus actos, ni más que un hombre desventurado, de los de mayor desventura, porque ningún hombre lo es tanto como un rey destronado y escupido por su pueblo sin haberlo merecido.

a nuestra historia, con gloria y con honor, los diecinueve años de un reinado laborioso y próspero cuanto cabía en prosperidad de aquel tiempo, tan digno de contarse, y condenado cual se hallaba a la ignorancia por el furor de aquellos hombres que lo hundieron, que todo lo han perdido y que han causado tanto estrago? Si; mis MEMORIAS son un don y un buen legado que yo dejo a mi querida patria antes de dar mi postrimer suspiro, y un don también particular para millares de sus hijos, aun de los más pequeños, que algo hicieron en mi tiempo por aquella madre o que en alguna cosa la ilustraron. Sus hijos y sus nietas las guardarán en sus estantes con aprecio, y dirán: "He aquí un libro honrador de nuestros padres, por el cual vivirán más largo tiempo en la memoria y el aprecio de los hombres, y que sin él habrían caído en el olvido de los tiempos" (26).

En materia de estilo, dice también el conde sabihondo que es vulgar mi lenguaje. No me daré por juez tampoco en esta parte; juzguenme los lectores de uno y otro, y juzguenlos también en cuanto a lógica y estilo, comparando su *nota* y mi respuesta. Podría decir en mi favor que el mío no tiene afeite ni pegotes: yo, por lo menos, antes de escribir, no me he formado un diccionario de arcaísmos para lucir con ellos a tuertas o a derechas. Su estilo, ha dicho alguno que lo entiendo, se parece al vino nuevo que ha adobado un mercader para darle un dejo a rancio. Otro ha dicho que su estilo y su dicción se asemejan a la forma y al efecto de una letra disfrazada con muchísimo trabajo para imitar la letra antigua; pero en la cual se muestra a cada paso un pulso no seguro y una mano poco diestra, entremetidos y mezclados con desmaña los trazos de una y otra. Menos severo, diría yo, *mañier no estar versado en letras*, pero queriendo hacerle algún encomio, que cuando nuestro conde cuenta la verdad, y raciocina en puntos que él alcanza y en los cuales se posee a sí mismo, suele escribir con buen acierto y buen concierto de frases y palabras, mas que esto no es continuo ni tampoco muy frecuente, y que descendié muchas veces a lo ordinario y a lo ínfimo con arrastrada frase, dura, tirante, ingrata a los oídos como el rodar de una carreta. En los elogios de esta especie es cosa recibida poner también alguna tacha; yo he cumplido.

Dice también que cuanto he escrito en contra suya son *personalidades, o comunes, o falsas, o ridículas*. Dueleme que esté ciego hasta el extremo de acusarme de personalidades un hombre cuya obra, en cuanto a mí, no es otra cosa que un *libelo infamatorio*. Libre sea en Historia al que la escribe usar de una censura rigurosa o de una crítica severa de las accio-

nes de los hombres; mas descender a las injurias, a los baldones y al ultraje con que tan torpe y brutalmente me ha ofendido más que ninguno de tantos enemigos, es desnudarse enteramente del rico manto de la Historia, es profanarlo, envilecerlo, conculcarlo, dejar de ser historiador y convertir tan alta dignidad en el papel infame de un malsín y de un denostador. Léanse de extremo a extremo los dos libros, el primero y el segundo de su Historia en cuanto tiene relación conmigo, y léanse luego mis respuestas, amargas ciertamente, pero no excedentes de las armas que permite la defensa propia. Juzguenlas los lectores como todo, y juzguen además si las heridas que le he vuelto son *personalidades comunes, falsas o ridículas*.

Añade el gentil conde todavía en su *nota* que con mis MEMORIAS he puesto a mi carrera un funesto calma; y que tres o cuatro de mis antiguos aduladores o secuaces, a quienes yo he servido de instrumento torpe y ciego, son sus verdaderos componedores.

En cuanto a lo primero, pues que él también ha hecho una carrera, que hacia el fin podría decirse que lo ha sido de baquetas, recibidas igualmente de naturales y extranjeros que de tan buena gana y con tan recia mano se las han asentado, digo yo que haría mejor en imitarme, si le es dable, y responder a tantas cosas que le han dicho y a tantos cargos que le han hecho, ninguno respondido todavía. Téngole caridad: materiales me han dado para hundirlo, no autores como aquellos que de oídas, por lo que habían hablado y esparcido mis contrarios poderosos, me han lastimado en sus escritos sin haberme visto y conocido, sino aquellos que a él le han dado tantos golpes afrentosos en hechos y en materias que han visto y que han tocado por sí mismos. La imprenta, así de España como de toda Europa, sin diferencia alguna de opiniones y partidos, me ofrece texto y lugares muy sobrados para formar un tomo entero y darlo por respuesta y hacer eternas sus heridas; soy empero muy más mirado que el imprudente conde; téngole compasión; y después de esto no querría que en una obra en donde a tantos he alabado y tantas glorias de españoles he contado, quedase escriturado para siempre lo que han escrito en mengua suya tantas plumas. Mas le aconsejo no me incite y no me obligue a que le haga pagarme el siete tanto. A más, y por segunda vez, le vuelvo a aconsejar que escriba sus MEMORIAS; ya lo deseo que pueda de resultados, si es posible, reportar el fruto que las mías, aún no acachadas, me han rendido: hombres nobles de corazón, no sólo de linaje, caballeros en el valor y en toda la extensión de la palabra, que habían escrito en contra mía de buena fe por lo que habían hallado en tantos libros de mis enemigos sin saber de muchos de ellos que lo fuesen, han comenzado a retractar lo que escribieron, después que me han leído, y han encontrado la verdad que siempre fué su objeto. Yo hablaré de esto más despacio al fin de mis MEMORIAS.

Por lo tocante a *aduladores* y a *secuaces* míos, el conde de Toreno, tal vez sin adver-

(26) Muchos me han criticado de haber sido con extremo minucioso y abundante en alabanzas, y yo les ruego que perdonen este exceso, si por tal lo tienen. Hasta a mis enemigos, si eran merecedores de la patria bajo algún concepto, he tributado mis elogios; cómo podía olvidar a los que amigos de ella y miembros suyos dignos, grandes o pequeños, lo fueron también míos?

tirlo, cuenta en esto un caso milagroso que no sé yo si encuentre a alguno que lo crea, y es que después de treinta años aún me quedan aduladores y secuaces que vengan a quemar incienso en mi honradísima cuanto infeliz mansarda, y se hayan afanado durante algunos años para hacer mi libro y ofrecérmelo, a mí, que nada soy sino una víctima hecha cuartos y acabada por los furiosos de un partido. ¡A mí, que a nadie puedo darle sino lágrimas, cuyo valor se sabe lo que es en nuestros tiempos! Y aún es más alta todavía, más singular, la lógica del conde, que campea en su nota de igual modo que en su *Historia*. De los que dice y llama mis secuaces, a mí me hace o me supone secuaz de ellos, y dice que les sirvo de instrumento. ¿Y para quién, o contra quién, me hacen a mí instrumento? ¡Claro está: lo que él intenta que se crea..., contra el conde de Toreno! Vale la pena decir que mis secuaces un han encontrado mejor medio de derramar su hiel, como él expresa, en contra suya, que poniendo en nombre mío lo que ellos en el suyo no osarían tal vez decirle. ¡Y esto en la España y en la Europa donde han escrito tantos contra él, bajo sus firmas y sus nombres! ¡Y esto en París, en donde, de alto abajo, las fruteras mismas de la *Halle* lo maldicen!

Concluyo, en fin, con responder a lo que dice que *maltratados como han sido en mis Memorias todos los hombres célebres y dignos que ha contado la España desde Carlos III acá, se huelga de estar en compañía tan honrosa*. Siento que sea cruel esta respuesta que me es preciso darle: quéjese de sí propio. Para sentar o no sentar un hecho, tan grandemente falso, debiera el conde haberse precavido, leyendo mis MEMORIAS. Si no las ha leído para poder decir o no decir lo que ha afirmado, diré no tiene seso y que es un temerario; mas que, si las ha leído, no encuentro un adjetivo que me sea bastante para calificar tamaña falta de verdad y buena fe de un hombre que habla al público y se expone a que cualquiera lo desmienta, sin más disputa ni contienda que mostrarle el libro. Me han censurado algunos, como ya dije poco antes, la multitud de elogios que contienen mis MEMORIAS; no han sido en tanto estos elogios a mis amigos solos; cuantos en grande o en pequeño han merecido de la patria, amigos o enemigos míos han sido en ellas mencionados indistintamente, así los del reinado del señor Carlos III como los del reinado de su augusto hijo Carlos IV, y los que figuraron con honor bajo el siguiente. Este era mi deber, porque escribía la historia de aquel tiempo, y nada tenía tanto en mis entrañas como las glorias de mi patria. No he maltratado sino a aquellos que atrajeron y causaron sus desastres, la ruina que fué vista, la ruina que lloramos. Si el conde de Toreno quisiera tomar plaza entre esa gente, de quienes ha tomado las injurias e improperios que contra mí ha vertido, tómela enhorabuena con Infantado, con Escoiquiz, con Montijo, con tantos otros semejantes. Si por acaso me he defendido contra alguno que sin ser de esta mesnada, o por error, o por temor,

o por injustas prevenciones, llegó a herirme en lo más vivo de mi alma, que es mi honor y mi lealtad, y le volví la herida que me hiciera, fué un legítimo desquite; mas sin tocar su honor en lo esencial, como él lo hizo en contra mía, y sin rehusarle la alabanza en otras cosas.

Esto así, cual pueden verlo cuantos leyeren mis MEMORIAS, diré al conde de Toreno que, por ponerse en fila donde ninguno le ha llamado, ni pienso que le llamen, se ha atrevido a suponer (porque al fin no me leen todos, y son los más los que no leen) que yo he atacado a los hombres dignos de la patria a quienes he nombrado tantas veces, no sólo con honor, sino con entusiasmo, y con veneración, y con alguna cosa más que se aproxima a un culto religioso. Acabo y le diré tan sólo al conde de Toreno para mi despedida que no es a él a quien le toca colocarse en esas filas como ha hecho; porque un hombre de esta valía es necesario se conceda por el tiempo y por la Historia, que nunca o rara vez lo otorgan sin que se hubiere merecido.

## II

### *Un obsequio a la piedad filial.*

Hace ya algunos meses que recibí con mucho retraso una carta venida de Méjico, cuya copia, a la letra, es como sigue:

"Méjico, 20 de noviembre de 1838.—Aunque con algún retardo y en una lengua extranjera han llegado a nuestras manos las MEMORIAS que V., después de tan largo y heroico silencio, ha publicado en vindicación de los actos de su ministerio y del reinado de S. M. Carlos IV.

"La aparición de esta obra, mirada con razón como uno de los más preciosos monumentos de la época presente, ha excitado en estas regiones un interés proporcionado a su alta importancia, y todos han visto en ella el triunfo más completo de la justicia contra los clamores enfurecidos de la calumnia despertada por los artificios de la envidia.

"En medio de la brillantez con que se ofrecen a la vista los colores de tan hermoso cuadro, desaparece a los ojos de la generalidad de los observadores una que otra muy ligera falta en la delineación de algunas figuras; mas los que por su relación con ellas las han contemplado con cuidado y preferente atención, quisieran verlas en su verdadera actitud y colorido en una composición tan grandiosa destinada a fijar los juicios de la inflexible posteridad.

"Tal es el caso en que se halla nuestro venerado padre el teniente general don José DE ITURRIGARAY (*dignos y nobles hijos!*), cuya buena memoria es un depósito sagrado que debemos conservar inviolable. Usted tuvo la bondad de hacer una honorífica mención de su mérito en la nota de la página 228, tomo I, de la traducción francesa, con motivo de referir la batalla de Pontós; mas quizá por las circunstancias en que V. escribió, privado de los documentos relativos a tanta multitud de

pormenores, le fué fácil olvidar el distinguido lugar que, merced a las bondades de V., ocupó don JOSÉ DE ITURRIGARAY en las tres campañas del Rosellón, donde siempre mandó la brigada de carabineros, que debió a su pericia, valor y reconocimientos el crédito que logró en aquellas guerras, las cuales le vieron en las más empeñadas funciones mandar en jefe con una bizarria siempre elogiada por la corte; y en la misma batalla de Pontós, tan justamente recomendada por Vd., estuvo al frente de la derecha del Ejército, contribuyendo siempre con particular esfuerzo a la gloria que entonces adquirieron las armas españolas.

"Un mérito tan sobresaliente lo creemos digno de una especificación más singular que la de una simple nota, donde mi nombre tan ilustre se halla confundido con otros muchos que (en paz sea dicho) no lo son tanto.

"Por este motivo nos tomamos la libertad de acompañar aquí una copia de la hoja de servicios de nuestro amado padre, suplicando a V. tenga la dignación de hacer de ella el uso que le diete su amor a la justicia en el lugar que parezca más oportuno de la obra, que entendemos continúa publicándose, o en alguna de las ediciones sucesivas.

"Y con esto tenemos el honor de ofrecer a V. la expresión de los sentimientos de adhesión y respeto con que somos sus muy atentos y obedientes servidores.—José de Iturrigaray.—Vicente de Iturrigaray."

En más de un lugar de mis MEMORIAS he rogado me disculpen los que en el tiempo de mi mando dieron gloria, honor y lustre a mi querida patria en cualquier ramo que esto hubiese sido, y de los cuales yo no hubiese hecho mención, o la hubiese hecho muy sucinta por flaqueza de memoria después de tanto tiempo ya pasado, o por falta de documentos a que poder referirme. Todo el mundo sabe que mis libros y papeles fueron ocupados por mis enemigos; si tan siquiera me hubiese sido devuelto mi gran libro de registros, yo me hallaría en el caso de poder publicar una biografía completa de los hombres ilustres del reinado del señor don Carlos IV; pero ni la menor noticia he podido adquirir de su paradero, y me aflijo algunas veces al pensar si la envidia de mis contrarios lo habría entregado a las llamas.

Para mí es un gran contento el de satisfacer los nobles deseos de mis hijos de aquel ilustre general, tan valiente y perito militar como excelente administrador en el gobierno político: dignos son por su piedad filial (virtud que parece hoy día abandonar la tierra como tantas otras que han desaparecido en nuestros días infelicitados), dignos son de que yo les tenga esa complacencia, y de que sus nombres lleguen con el de su padre a la posteridad, y vivan en ella tan largamente como vivirán estas MEMORIAS, publicadas en tres lenguas, y a la prueba de los tiempos para honra y gloria de los buenos.

Resulta, pues, de la hoja de servicios, cuya copia me ha sido remitida y que he encontrado en todo y por todo conforme a la verdad, que el teniente general don JOSÉ DE ITURRIGARAY,

nacido en Cádiz, año de 1742, comenzó su carrera militar en 16 de febrero de 1759, en clase de cadete del regimiento de Infantería de España, subiendo luego por todos los grados sucesivos hasta el de teniente general, en 4 de septiembre de 1795; que estrenó su carrera militar en la campaña de Portugal del año de 1762; que se halló en el sitio y rendición de Almeida, y en el de Gibraltar, el año de 1782, hasta la paz con la Inglaterra, recomendado particularmente al rey por el comandante general, duque de Crillon, por los hechos de armas con que se había distinguido en calidad de coronel de la primera columna de granaderos; que hizo las tres campañas del Rosellón y se encontró en la batalla de Masden, en 19 de mayo de 1793; en el ataque a las baterías de Perpiñán, en 17 de julio; en el de Cabestani, mandando en jefe; en el de Ribesaltes; en el de Bernet, mandando en jefe; en otro al mismo punto, a la orden del teniente general don Juan Courten; en el ataque de Peires-Tortes; en la batalla de Truillas; en el ataque de la Trompeta a la caballería enemiga, mandando en jefe; en la defensa de Espolla; en el ataque de San-Felices; en el ataque a las baterías de Villalonga, como general de Caballería; en el ataque y toma de Archelès, mandando en jefe; en la defensa de Villalonga, mandando en jefe; en el paso del Tech y ataque a una columna enemiga, mandando en jefe; en las campañas de 1794 y 1795, y en ellas, en la retirada de Argelès, mandando la brigada y cubriendo las tropas del mando de don Eugenio Navarro; en los ataques de la Muga; en la función de Pons de Mulins, y en la batalla de Pontós, mandando la derecha del Ejército.

En la guerra con Portugal, en 1801, mandó, bajo mis órdenes, el Ejército de Andalucía, que obraba contra aquel reino por la parte de Ayamonte, y, concluida la guerra, ejerció el cargo de segundo comandante general de Andalucía hasta el 6 de julio de 1802, en que fué nombrado virrey, gobernador y capitán general de Nueva España, en cuyo cargo y desempeño se hallaba todavía en 1808, cuando el trono de Carlos IV fué ocupado por su hijo. Los del general Iturrigaray no me han hablado en su carta de los nuevos merecimientos que su ilustre padre contrajo en aquellas regiones durante todo el tiempo de su virreinato. Yo no sé si habrá llegado a sus manos el tomo III de la traducción francesa, en la cual (capítulo XVII, página 356) podrán ver la nueva mención honorífica que yo le hice, habiendo del magnífico caudano de Méjico a Veracruz emprendido en 1803 bajo sus auspicios. Por mi parte, puedo asegurar que fué tan fiel a sus deberes con la metrópoli como amigo generoso del país que le estaba encomendado, a cuyo bien se votó ardentemente, y en el cual, si el rey Carlos no hubiera sido desalojado del trono, habría llevado a efecto las grandiosas ideas que aquel buen rey abrigaba en su corazón, juntamente conmigo, para el completo bienestar de la familia española establecida a la otra parte de los mares.



# INDICE

## SEGUNDA PARTE (Continuación)

	<i>Páginas</i>
<b>CAPITULO XVIII</b>	
Año de 1804. Plagas de aquel tiempo. Intrigas de mis enemigos. Hambre ficticia. Disturbios promovidos en la Vizcaya. Elementos de rencores y discordias avivados en el palacio en contra mía. Cuarto del príncipe. Correspondencia secreta de la princesa Maria Antonia con su madre. Aspecto político de la Europa. Quejas injustas y afectadas de la Inglaterra con nuestro Gabinete. Satisfacción que le fué dada. Su ruptura intempestiva y alevosa con nosotros. Nuevo encendimiento de la guerra entre las dos naciones .....	3
<b>CAPITULO XIX</b>	
De la Hacienda en 1804. Pérdidas y gastos extraordinarios que las calamidades generales ocasionaron al Erario. Obras públicas y empresas filantrópicas con que se acudió al socorro de las clases indigentes. Construcción y establecimiento general en todo el reino de camposantos: abolición definitiva de sepultar en las iglesias. Aumentos y progresos de los grandes estudios positivos. Inspección general de caminos, puentes y calzadas: escuela de este ramo. Libros y producciones nuevas en ciencias, letras y artes .....	17
<b>CAPITULO XX</b>	
Continuación del anterior. Mis deseos de aumentar nuestras relaciones comerciales en Africa y en Asia. Viajes y exploraciones que se encomendaron a don Domingo Badía y a don Simón de Rojas Clemente. Asunto de Marruecos. Grande empresa frustrada. Singular incidente a que dió margen este asunto en 1808. Suerte de los dos viajeros y de sus escritos .....	28
<b>CAPITULO XXI</b>	
Año de 1805. Parte militar y política. Planes, operaciones y acontecimientos de la campaña marítima emprendida contra la Inglaterra por las armas combinadas españolas y francesas hasta fin de julio de aquel año .....	37
<b>CAPITULO XXII</b>	
Continuación del anterior. Entrada en El Ferrol de la escuadra francoespañola. Su reunión con la que estaba aparejada en aquel puerto. Su dirección a Cádiz, su entrada y aumento de otros cuatro navíos. Combate de Trafalgar. Triunfos de Napoleón en Alemania y en Italia. Paz de Presburgo .....	48
<b>CAPITULO XXIII</b>	
De la Hacienda en 1805. Asuntos interiores de conservación y fomento. Refutación de un pasaje del conde de Toreno. Esfuerzos míos en favor de la librería, de la imprenta y de las enseñanzas generales. Mejora de los teatros. Abolición de las corridas de toros de muerte .....	59
<b>CAPITULO XXIV</b>	
Año de 1806. Parte política. Críticas y lamentables resultados de la Tercera Coalición. Aspecto de la Europa. Desarrollo del proyecto de Bonaparte sobre la formación de un grande Imperio europeo. Destronamiento del rey de Nápoles. Destinación y partida de una división de tropas españolas a la Toscana para guarnecer aquel reino. Motivo de esta medida. Demandas	



graves de Bonaparte negadas por España. Asunto de los veinticuatro millones que le fueron concedidos, en lugar de setenta y dos que intentó exigirnos. Intervención que tuvo en este negocio don Eugenio Izquierdo y necesidad de ocuparle en agencias particulares diplomáticas. Refutación de una calumnia del conde de Toreno. Contestaciones duras entre las dos cortes, española y francesa, sobre el reconocimiento pedido en favor del nuevo rey de Nápoles. La nuestra se niega firmemente a reconocerle. Intenciones no encubiertas por Bonaparte de incluir la España en su sistema imperial y de hacer desaparecer todas las dinastías borbónicas. Situación de la Prusia y del norte de Alemania. Cuarta Coalición. Mis consejos a Carlos IV y mis porfiados esfuerzos por que España tomase parte en ella. Pasos que fueron dados a este fin y malogro de ellos por las intrigas de mis enemigos .....

70

## CAPITULO XXV

Continuación del anterior, hasta marzo de 1807. Dificultosa posición de nuestro Gabinete. Explicaciones de Napoleón con nuestro embajador en Berlín. Mis reiterados consejos al rey acerca del Portugal. Reconocimiento del nuevo rey de Nápoles. Establecimiento del Almirantazgo. Llegada del nuevo embajador francés Francisco de Beaubarnais. Comunicación a nuestra corte del decreto de bloqueo de las Islas Británicas. Observaciones sobre este decreto. Auxilio que nos pidió Napoleón de una división militar española. Opinión mía contraria a la concesión de este auxilio. Resolución favorable de Carlos IV sobre esta petición. Partida de la división española para el Norte. Mis instrucciones y últimas palabras al marqués de la Romana, encargado del mando de aquellas tropas .....

92

## CAPITULO XXVI

Prosperidad de nuestras armas en América. Tentativas del partidario don Francisco Miranda sobre las provincias de Tierra Firme. Invasión de Buenos Aires por sir Home Popham. Reconquista de aquella ciudad por don Santiago Liniers. Nueva expedición inglesa contra aquel virreinato. Ocupación de la Banda Oriental y toma de Montevideo por las tropas enemigas. Ataque de Buenos Aires. Defensa heroica de la ciudad bajo el mando de Liniers. Derrota completa del Ejército británico. Capitulación que le fué concedida a condición de evacuar a Montevideo y reembarcarse. Un rasgo generoso de lord Holland. Vuelta de Balmis de su viaje alrededor del mundo para la propagación de la vacuna .....

106

## CAPITULO XXVII

Administración interior en los años 1806 y 1807. Tareas de las oficinas de Fomento y de Hacienda en aquellos años. Intima unión del cuerpo de comercio de Madrid y de la Caja de Consolidación en favor del crédito público. Empréstito de Holanda. Conducta que yo tuve en este Negociado. Justas observaciones y respuestas a mis detractores y enemigos .....

121

## CAPITULO XXVIII

Continuación del capítulo XXVII. Mi proyecto de un nuevo sistema de educación primaria fundamental y uniforme para todas las clases del Estado. Establecimiento del Instituto Real Pestalozziano. Extensión que debía recibir esta enseñanza; medios y modos de dirigirla al grande objeto de formar la razón pública. Bula impetrada del Papa para la reforma de los Institutos monásticos. Mis ideas acerca de esta reforma, y mis fundadas esperanzas sobre la cooperación del clero para la necesaria y deseada correspondencia de la educación moral, civil, política y religiosa. Dirección que debía darse con el mismo objeto a los espectáculos, fiestas y regocijos populares. Un pensamiento de leyes censorias en armonía con nuestros tiempos. Progreso no interrumpido de las letras, artes y ciencias en los años 1806 y 1807. Obras públicas continuadas o emprendidas nuevamente en los mismos años .....

133

## CAPITULO XXIX

Situación de la Europa después de la paz de Tilsit. Sucesos anteriores y posteriores a este grave acontecimiento. Nuestra difícil posición en aquellas circunstancias. Mi respuesta a los que han escrito que las ideas de Napoleón contra España tuvieron su origen de mi designio de asociarla a la Cuarta

Coalición. Infortunios y trabajos en diferentes puntos de la Europa. Política de la Inglaterra. Catástrofe de Copenhague. Esfuerzos de nuestro Gabinete para separar al Portugal de la Inglaterra y quitar a Napoleón el pretexto de una guerra contra aquel reino. Obstinación del Portugal. Llegada de Napoleón a París. Colmo de su poder en aquella época. Su pretensión de obligar al Portugal a adherirse de todo punto a su decreto de Berlín de 21 de noviembre de 1806, o de hacerle la guerra en unión con España. Nuevos esfuerzos inútiles de nuestra corte para atraer al Portugal a su interés y al nuestro. Mediación nuestra con la Francia para detener el golpe, y cumplimiento de los plazos que fueron conseguidos. Resolución de la guerra por Bonaparte. Compromiso inevitable en que se vió nuestro Gabinete de acceder a sus pretensiones. Petición de un tratado por nuestra parte para proveer a un mismo tiempo a nuestra seguridad y decoro. Propositiones de Napoleón dirigidas a nuestra corte por el intermedio de don Eugenio Izquierdo. Nuestra adhesión a ellas y motivo de esta adhesión. Consideraciones sobre la proposición de Napoleón desiriéndome el principado de los Algarbes. Plenos poderes despachados y refrendados por el ministro Cevallos en favor de don Eugenio Izquierdo. Observaciones sobre la conducta ulterior de aquel ministro. Carta del príncipe de Asturias a Napoleón en las circunstancias críticas de estar tratando las dos cortes. Los efectos que se vieron de esta carta sin conserse la causa. Celebración definitiva y letra del Tratado de Fontainebleau. Breves reflexiones sobre el progreso de los designios de Bonaparte en orden a la España .....	157
<b>CAPÍTULO XXX</b>	
Los sucesos de El Escorial .....	187
<b>CAPÍTULO XXXI</b>	
Continuación de los sucesos hasta 15 de marzo de 1808 .....	233
<b>CAPÍTULO XXXII</b>	
Los sucesos de Aranjuez .....	301
<b>CAPÍTULO XXXIII</b>	
Continuación de los sucesos desde el 20 de marzo hasta el 19 de abril. Mi traslación al castillo de Villaviciosa. Rigores ejercidos conmigo. Verdadero carácter de la abdicación de Carlos IV. Voluntad resuelta y sincera que tuvo de validarla por un acta solemne bajo formas legales. Condiciones justas y moderadas que Su Majestad se propuso para la validación de aquel acto. Oposición invencible de la nueva corte en orden a admitirlas. Violencia hecha al Consejo de Castilla para el reconocimiento de la abdicación de Carlos IV. Aflicciones, temores y exasperación del ánimo del rey por la conducta hostil a su honor y dignidad que experimentaba bajo el nuevo Gobierno. Su error en haber invocado el favor de Napoleón, y del modo que lo hizo. Cuáles fueron sus intenciones y propósitos leales en medio de este error cometido. Su entrevista con el general francés Monthion. Su protesta contra la abdicación. Cuándo, cómo y por qué influjo fué hecha. Alteraciones graves cometidas en Francia sobre el informe del general Monthion sobre una carta de la reina. Continuación de las durezas de la corte con Carlos IV. Justa indignación que le causó la <i>Gaceta extraordinaria de Madrid</i> de 31 de marzo. Sus congojas y temores por el empeño del Gobierno en confinarle a Badajoz. Su correspondencia y de la reina con el gran duque de Berg. Cuáles fueron, entre tanto, los designios de Napoleón, y carrera que éstos tomaron. Preparativos de la corte de España para su hospedaje. Resoluciones consecutivas de salida de tres grandes de España, de don Carlos y del nuevo rey Fernando para recibirle. Bajezas cometidas. Verdaderos motivos de los consejeros de Fernando para aquel viaje, deducidos de los escritos de don Juan de Escoiquiz. Nuevas cartas de Fernando a Napoleón. Respuesta de éste. Examen de ella. Sucesos de Vitoria. Cartas de don Pedro Marañez y de don Pascual Vallejillo dirigidas desde Bayona a Escoiquiz, publicadas por él mismo. Obstinación de los consejeros de Fernando. Decreto dado en Vitoria. Observaciones sobre varios pasajes de la <i>Idea sencilla</i> , de Escoiquiz, y sobre las impugnaciones de este escrito que fueron hechas por Cevallos. Salida definitiva de Fernando y sus consejeros para Bayona .....	330

## CAPITULO XXXIV

Continuación de los sucesos hasta los últimos días del mes de abril. Mi salida del castillo de Villaviciosa y entrega que fué hecha de mi persona a los franceses, sin que hubiese tenido yo parte alguna en la adopción de esta medida ni adquirido por ella mi libertad. Comparación importante entre mi conducta política y la de mis enemigos. Ocasión lamentable que éstos dieron para que Bonaparte se afirmase en su designio de robar el trono de España, entrando y poniéndose a merced suya en Bayona. La resolución de Bonaparte, comunicada a Fernando en la noche del día 20, anterior, por tanto, a mi salida de la prisión en la madrugada del 21 y a mi llegada a Bayona, cinco días después. Injusticia y mala fe de los que han escrito que fui yo mandado llevar a Bayona por Bonaparte para que le sirviese en su proyecto de arrancar la Corona a los Borbones. Mi situación en el campamento francés, a donde fui llevado el 21. Una carta de Carlos IV recibida por mí en aquel mismo día. Mi llegada a Bayona el 26. Mi posición y aislamiento en las inmediaciones de aquella ciudad. Extraña y funesta reserva que guardó la corte de Fernando, no cuidándose de avisar a Carlos IV, ni directa ni indirectamente, de las circunstancias críticas en que su hijo se hallaba. Mi llamada al palacio del Emperador, y conversación que tuvo conmigo. Dudas y desconfianzas que me quedaron de la sinceridad de sus protestaciones y promesas en favor de Carlos IV. Observaciones sobre el empeño que, con anterioridad a estos acontecimientos, había mostrado Murat de restablecer en el trono a Carlos IV. Contestaciones y convenio de Murat con la Junta de Gobierno sobre este negocio. Soledad absoluta en que se hallaron los reyes padres en El Escorial bajo la influencia exclusiva de Murat. Partida de Sus Majestades para Bayona el 25 .....	358
--	-----

## CAPITULO XXXV

Aspecto político que ofreció Bayona en los meses de abril y mayo de 1808. Recibimiento solemne hecho a los reyes padres a su entrada en aquella ciudad. Demostraciones vivas de amistad que les fueron prodigadas por el Emperador de los franceses. Su primera conversación con Sus Majestades. Disposiciones favorables al príncipe Fernando, mostradas por los reyes y resistidas por el Emperador. Llamamiento que, por sugestión de éste, hizo Carlos IV a su hijo para exigirle la devolución de la Corona. Convierte del Emperador a los reyes. Nuevas demostraciones de amistad con que Napoleón ganó la entera confianza de Sus Majestades. Mi modo de pensar y mi conducta en aquellas circunstancias. Carta de Fernando al rey, con fecha 1 de mayo, sobre la restitución de la Corona. Observaciones sobre este escrito. Visita de Napoleón a los reyes en 2 de mayo, en la cual se encargó él mismo de trazar la respuesta que debía darse al príncipe. Cartas interceptadas, noticias de España y un parte de Murat con que el Emperador empieza a afligir el ánimo de los reyes. Nuevas insinuaciones de Carlos IV a Napoleón sobre un acomodo honroso con su hijo, como medio de terminar todo pacíficamente. Oposición constante de Napoleón a esta medida. Carlos IV adopta el texto de la respuesta a Fernando, que le es enviada por Napoleón en el mismo día. Contenido literal de esta respuesta. Nuevas visitas del Emperador a los reyes en los días 3 y 4. Partes de Murat y nuevas correspondencias interceptadas, o supuestas, con que Napoleón atormenta a los reyes, declarándoles su resolución de reponerlos sobre el trono a fuego y sangre. Mis consejos al rey. Contestación de Fernando a Su Majestad con fecha del 4, no llegada a sus manos, y probablemente forjada posteriormente por el ministro Cevallos en su <i>Manifiesto</i> . Observaciones y notas sobre el texto de la pretendida contestación del día 4. Copia de una nota de don Juan Llorente en sus <i>Memorias</i> sobre los consejos del príncipe Fernando .....	374
--	-----

## CAPITULO XXXVI

El 5 de mayo .....	406
CONCLUSIÓN .....	418
DOCUMENTOS CITADOS .....	502
APÉNDICES .....	520